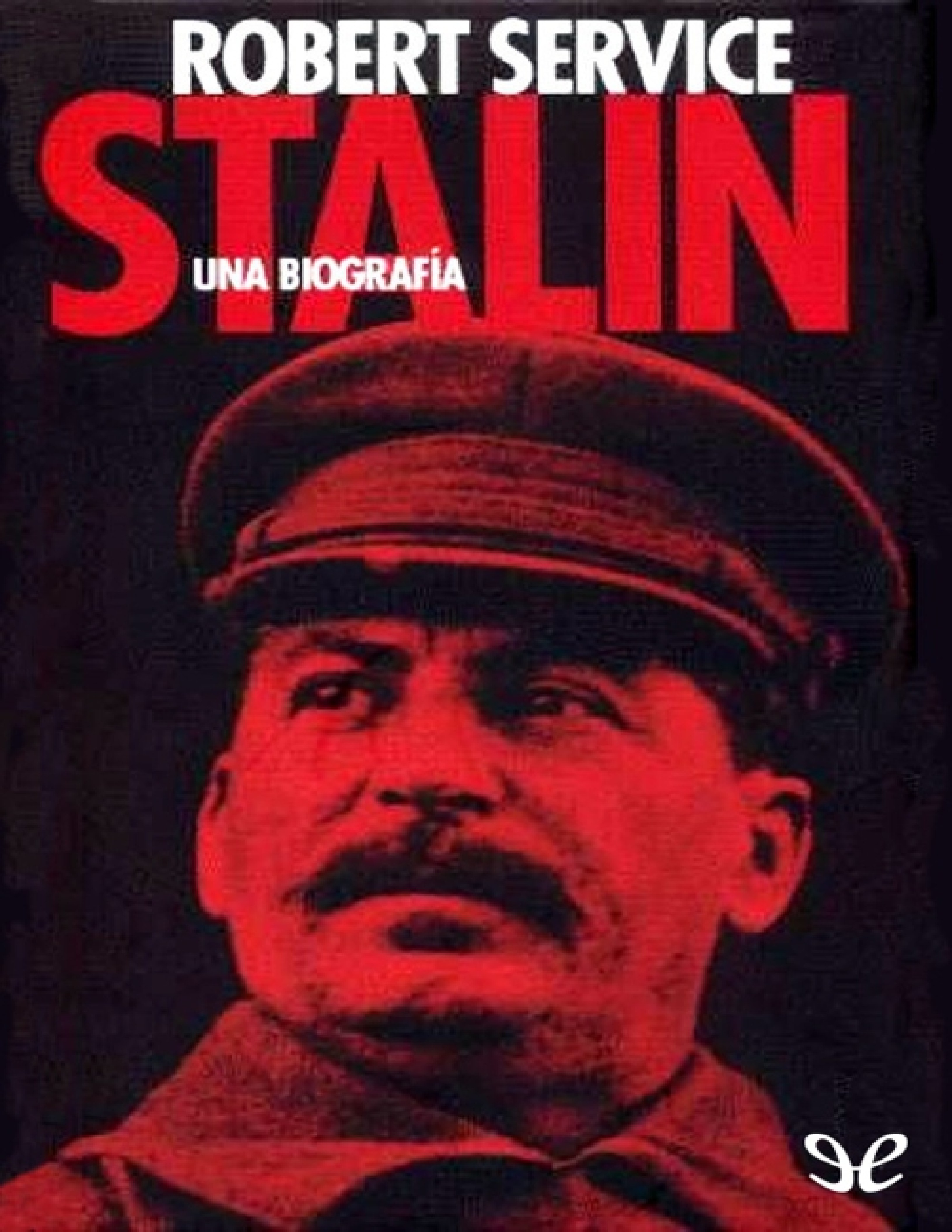

ROBERT SERVICE
STALIN
UNA BIOGRAFÍA

Robert Service goza de reconocido prestigio como experto en la historia de Rusia. En esta demoledora biografía de Iósef Stalin pone a nuestro alcance por primera vez un estudio completo sobre la vida, a lo largo de m ás de veinte años, de uno de los personajes más controvertidos de la historia. Service ha investigado en los archivos de Moscú, recientemente abiertos al público y a los que han tenido acceso muy pocos expertos occidentales, y ha recopilado testimonios personales y documentos privados por toda Rusia, Georgia y Abjasia. Ello le ha permitido desafiar la imagen comúnmente aceptada del líder soviético como un simple burócrata asesino.

Cuando, en 1928, obtuvo el poder supremo Stalin tenía cincuenta años. Service describe con un detalle sin precedentes los factores vitales que configuraron al «Hombre de Acero»: su temprana infancia en Georgia, hijo de un borracho violento y de una mujer devota; su incorporación al seminario religioso; su etapa juvenil revolucionaria como denodado marxista, cuyo celo lo llevaría a afianzar su posición y su influencia en el partido bolchevique, mucho antes de la Revolución rusa.

Asistimos al papel que jugó en la guerra civil de 1918-1920 y al modo en que sus acciones a lo largo del conflicto prefiguraron al Stalin del Gran Terror. Pero Service también nos muestra a un hombre de ideas: un voraz lector y poeta consumado cuyo rigor analítico competía con el de Lenin y otros artífices de la Rusia soviética.

Los datos sobre su vida siempre han sido opacos, orquestados por su implacable esfuerzo por silenciar a los testigos y su sistemática distorsión, ocultamiento y destrucción de documentos. Robert Service ha dedicado treinta años al tema, y su reciente y pormenorizada investigación le permiten reconstruir al hombre que se oculta tras el mito, en esta obra que es hasta la fecha la más

autorizada sobre la larga carrera de Stalin, sobre su impacto y sobre su extraordinaria personalidad.



Robert Service

Stalin

Una biografía

ePub r1.0
ultrarregistro 08.12.14

Título original: *Stalin. A biography*
Robert Service, 2004
Traducción: Susana Beatriz Celia
Revisión: Patricia Varona Codeso
Diseño de cubierta: Fernandez Ciudad, S. L.

Editor digital: ultrarregistro
ePub base r1.2



Prefacio

Francesco Benvenuti, Adele Biagi, Geoffrey Hosking y Arfon Rees leyeron el borrador y, como muchas otras veces antes, me brindaron valiosas sugerencias. También leyeron varios capítulos Katia Andréiev (sobre la Segunda Guerra Mundial), Jórg Baberowski (sobre la «cuestión nacional»), Ioram Gorlizki (sobre los años posteriores a 1945), Mark Harrison (sobre la economía soviética), George Hewitt (sobre el idioma y la cultura georgianos), Stephen Jones (sobre el marxismo y la cultura georgianos), John Klier (sobre los judíos) y David Priestland (sobre la década de los treinta). Asimismo aprecio los consejos sobre temas específicos de Bob Alien, Rosamund Bartlett, Vladímir Buldákov, Bob Davies, Norman Davies, Simón Dixon, Richard Evans, Israel Getzler, Alí Granmayeh, Riitta Heino, Ronald Hingley, Vladímir Kakalia, Oleg Jlévniuk, Vladímir Kozlov, Slava Lakoba, Melvyn Leffler, Hugh Lunghi, Rosalind Marsh, Claire Mouradiane, Zakro Megreshvili, Simón Sebag Montefiore, Silvio Pons, Al Rieber, David Saunders, Harry Shukman, Peter Stickland, Martin Stugart, Ron Suny, Steve Wheatcroft, Jerry White, Faith Wigzell y Jackie Willcox. Doy las gracias a Matthew Hingley por haber grabado en un disco compacto mis discos de 78 r.p.m. de los discursos de Stalin y a Vladímir Kakalia por haberme regalado algunos de estos discos. Georgina Morley, Kate Harvey y Peter James, en lo concerniente a la edición, siempre me ayudaron con sus sugerencias para mejorar el trabajo.

El libro se ha beneficiado de las exposiciones en el Instituto de Historia Rusa de la Academia de Ciencias, el Instituto de Historia Universal y el Archivo Estatal Ruso de Historia Socio-política, y, más recientemente, ha sido de gran ayuda discutir este tema en la Universidad Internacional de Verano cerca de Gagra en Abjasia y en la Biblioteca Nacional de Tbilisi (cuando Stalin estudiaba en el seminario, cerca de allí, se le prohibió utilizar esa biblioteca).

El Centro de Estudios Rusos y Euroasiáticos del St. Antony’s College ha sido un entorno incomparable para esta investigación. Mis colegas Archie Brown, Alex Pravda y Jackie Willcox me han dado consejos y me han alentado constantemente. También me he beneficiado de los seminarios de los lunes desarrollados por nuestro Centro, donde se discutieron varios de mis ensayos relativos a este tema. Jackie Willcox y Angelina Gibson, bibliotecarios de Oxford, me advirtieron sobre el material que se publicaba en Rusia. Simón Sebag Montefiore compartió generosamente conmigo sus notas sobre las memorias inéditas de Kandide Charkviani. Heinz-Dietrich Lówe y Shaun Morcom me consiguieron otros materiales. Liana Jvarchelia y Manana Gurgulia, organizadoras de la Universidad de Verano de Abjasia, junto con Rachel Clogg y Jonathan Cohén, de Conciliation Resources, me consiguieron acceso a la *dacha* de Stalin en Jolódnaia Rechka; Rachel Polonski, al apartamento de Mólotov en el centro de Moscú; mi agradecimiento a todos ellos. Zakro Megreshvili me ayudó a conseguir y traducir memorias políticas georgianas; Elin Hellum tradujo al inglés un artículo de un diario sueco.

Las características fundamentales de la línea de interpretación más influyente de la figura de Stalin y su carrera son considerablemente homogéneas y hace tiempo que deberían haber sido cuestionadas. Este libro se propone demostrar que Stalin era una figura mucho más dinámica y polifacética de lo que convencionalmente se supone. Stalin fue un burócrata y un asesino; también fue un líder, un escritor y editor, un teórico (en varios aspectos), un poco poeta (en la juventud), apasionado del arte, hombre de familia e incluso seductor. La otra razón que me impulsó a escribir esta biografía es que hacia finales de la década de los ochenta las puertas de los archivos rusos empezaron a abrirse. Todavía sigue siendo difícil acceder a

ellos, pero muchos rincones oscuros de la vida y la trayectoria de Stalin ahora pueden ser estudiados. También se han publicado recopilaciones de documentación que todavía no se han integrado en una biografía exhaustiva. Los historiadores y archiveros de la Federación Rusa han estado desarrollando una labor especialmente importante que todavía tiene que ser analizada a fondo.

La vida de Stalin suscita preguntas acerca del enfoque histórico. Muchos estudios han caído en una de estas dos categorías: algunos se han centrado en su personalidad y motivaciones y en el efecto de éstas en la política y la sociedad; otros arrojan luz sobre la historia general de la URSS y otros lugares y dan por supuesto el conocimiento de Stalin en cuanto individuo. Ninguna de las dos es suficiente por sí misma y en los capítulos que siguen ofrezco una síntesis de ambas. Así pues, si es fundamental examinar la peculiar personalidad de Stalin, es igualmente necesario analizar el ambiente en el que creció y las presiones tanto políticas como de otro tipo bajo las que actuó. Los estudios también se dividen entre aquellos que subrayan la especificidad de un período dado y aquellos que destacan los factores más persistentes de su carrera y de la historia de su partido. Este libro tiene el propósito de tender un puente entre estos dos elementos de una dicotomía artificial. Así pues, mientras las investigaciones detalladas acerca del Gran Terror son esenciales, también lo es una consideración del conjunto de circunstancias producidas por la Revolución de octubre (y, por cierto, también por situaciones anteriores). El objetivo es vincular lo que habitualmente se denomina intencionalismo y estructuralismo tanto como combinar lo que podrían denominarse enfoques diacrónico y sincrónico.

Varias partes de este libro han exigido el examen de registros de archivos y de recopilaciones de documentos recientes: acerca de la niñez de Stalin en Gori; sobre su educación; sobre su «Credo» de 1904; sobre su campaña de robo a mano armada; sobre su estancia en Siberia; sobre su actividad en 1917, en la Guerra Civil y en la guerra ruso-polaca; sobre la política de 1922 a 1923; sobre sus matrimonios; sobre las motivaciones del Gran Terror; sobre su liderazgo en la Segunda Guerra Mundial; y sobre sus discursos y maniobras en 1952 y 1953. En el transcurso de este proceso han salido a la luz datos significativos en lo que respecta a los hechos. El libro

también reinterpreta ciertos aspectos importantes de su vida: las raíces nacionales georgianas; su desarrollo cultural; la autoridad política de Stalin antes, durante y poco después de la Revolución de octubre; la ruptura con Lenin en 1922-1923; los orígenes y las consecuencias del Gran Terror; el extraño «culto» impersonal; el estilo de su gobierno y los límites de su poder despótico; y la multiplicidad de dimensiones de su carrera política. Un último aspecto a destacar es que el libro está concebido como una descripción y un análisis generales. Desde su nacimiento en 1878 hasta su muerte en 1953, Stalin fue un terremoto humano. Cada episodio importante de su vida requiere una cuidadosa atención. Pero también debe encontrarse sentido a la interrelación entre él y su época durante una existencia larga, muy larga.

Quisiera destacar una de las experiencias que tuve en el curso de la investigación, que me impresionó especialmente. En diciembre de 1998 entrevisté para un programa de radio que estaba realizando con Sheila Dillon, de la BBC, a Kira Allilúeva, la sobrina de Stalin, en su apartamento al norte de Moscú. Recuerdo de forma vivida cómo Kira Allilúeva negaba estar resentida por haber sido encarcelada por su tío, así como su deseo de vivir y gozar. En aquella ocasión me obsequió con un ejemplar de la poesía de su tío (los primeros capítulos demuestran por qué los versos de Stalin son importantes para una mejor comprensión de su figura). Era la primera vez que estaba con alguien que hubiese conocido a Stalin en la intimidad (el intento que hice en 1974 de entrevistar a Lázar Kaganóvich, a quien reconocí en la Biblioteca Lenin de Moscú, fue amablemente rechazado. Con todo, valió la pena intentarlo). La insistencia de Kira Allilúeva en que todas las numerosas facetas de Stalin deben ser entendidas antes de trazar una perspectiva de conjunto es un principio que inspira este libro.

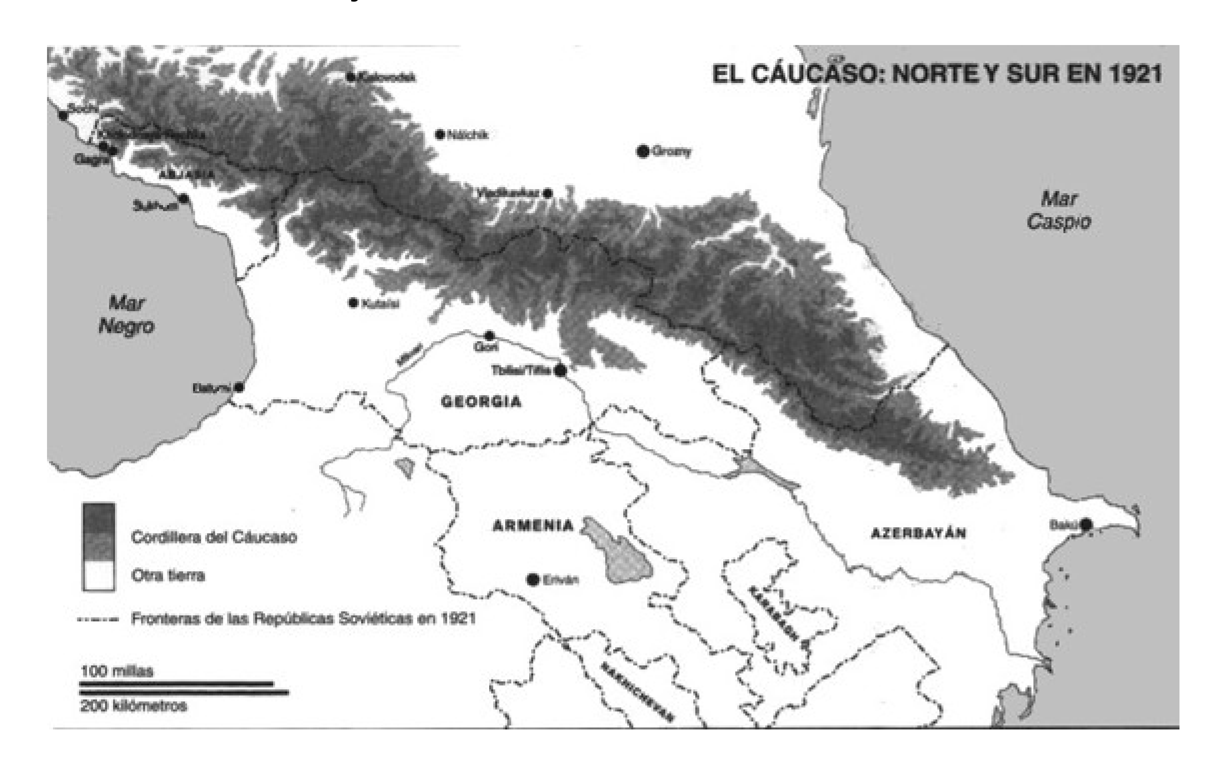
Oxford, junio de 2004

Nota aclaratoria

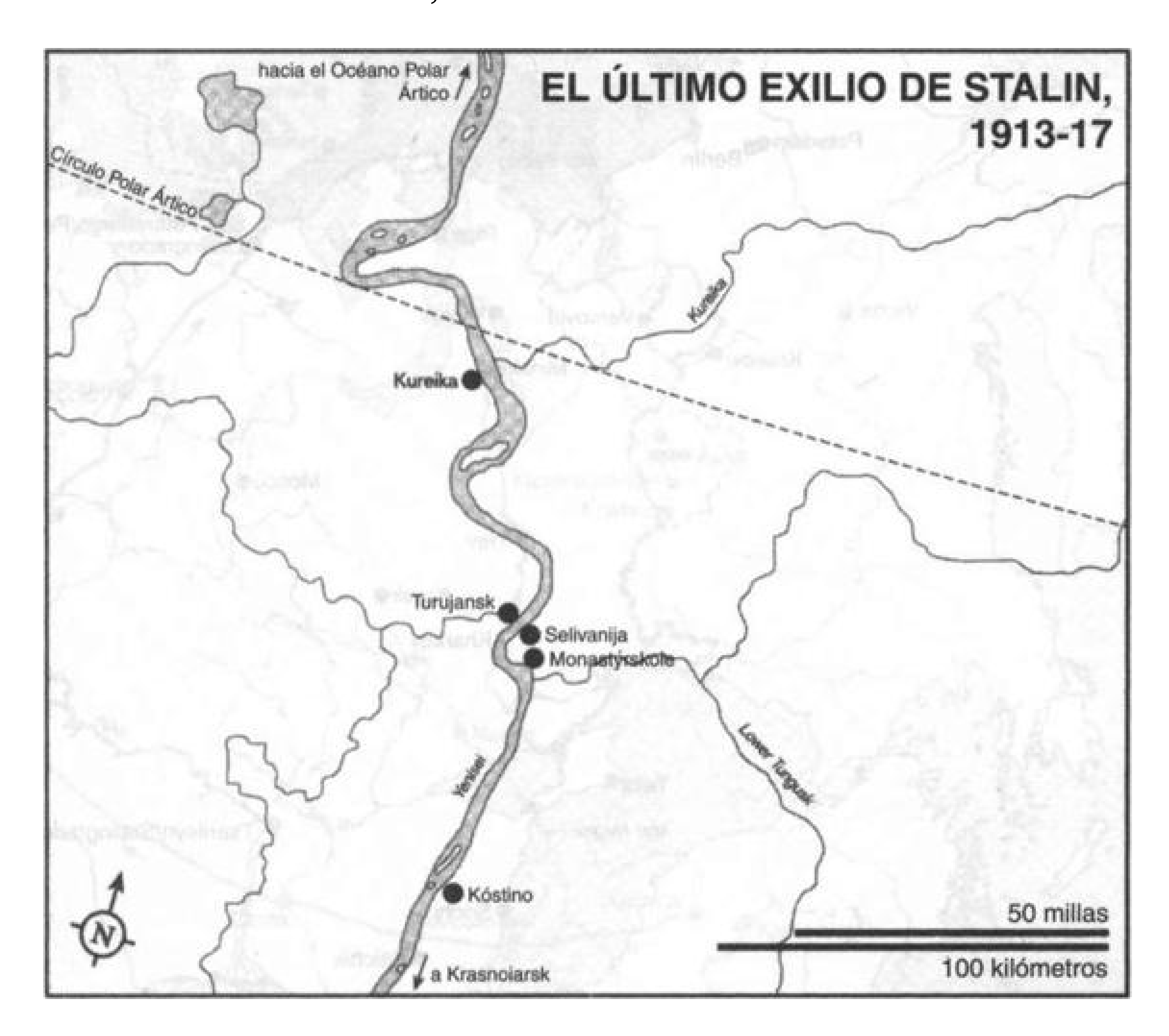
Stalin cambió de nombre muchas veces antes de la Gran Guerra y sólo comenzó a llamarse de forma permanente Stalin en 1912. En beneficio de la claridad lo he llamado Dzhughashvili hasta 1912 y Stalin en adelante, aunque muchos de sus allegados lo conocían por otros apodos (Soso, Soselo y Koba) y por seudónimos (incluyendo Ivánovich y varios más), tanto antes como después de ese año. Y aunque fue bautizado como Iósef Dzhughashvili, he utilizado principalmente el nombre más familiar de Iósef Dzhughashvili. Los nombres de otros georgianos aparecen en la transliteración convencional al inglés, pero sin los signos diacríticos. El territorio de la cordillera del sur del Cáucaso presenta una dificultad de nomenclatura. A fin de enfatizar su significación intrínseca, especialmente en la primera parte del libro, me refiero a esa zona como el sur del Cáucaso en vez del Transcáucaso, que es el término geográfico y administrativo ruso, a excepción de denominaciones oficiales soviéticas como Federación Transcaucásica. En cuanto a la transliteración del ruso, he usado una versión simplificada del sistema de la Library of Congress con la salvedad de que en las notas finales se utiliza el sistema completo[1]. Las fechas se dan según el calendario ruso oficial del momento. Las autoridades emplearon el calendario juliano hasta 1918, cuando lo reemplazaron por el gregoriano.

Mapas

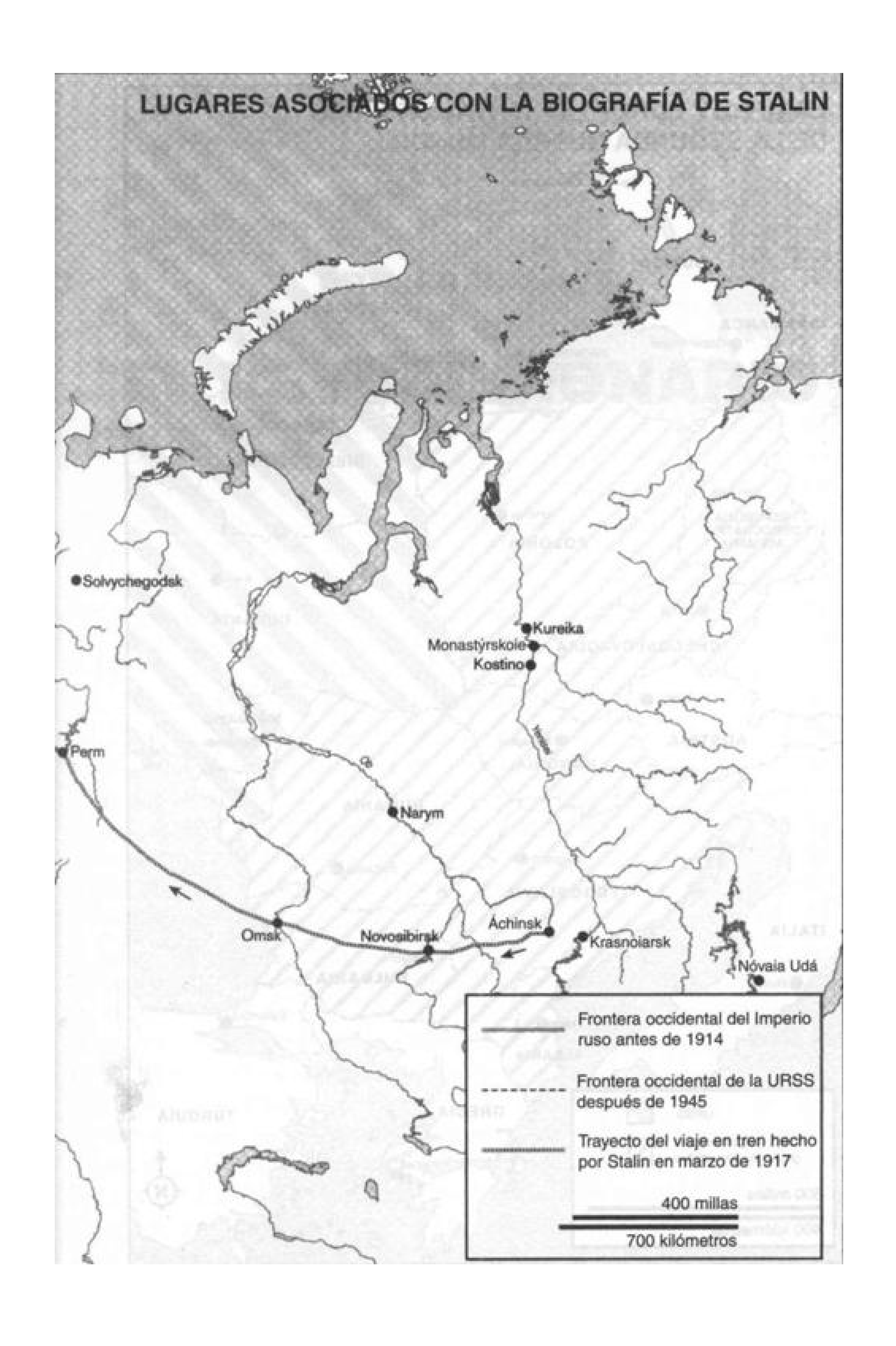
[1] El Cáucaso: Norte y Sur en 1921 <<



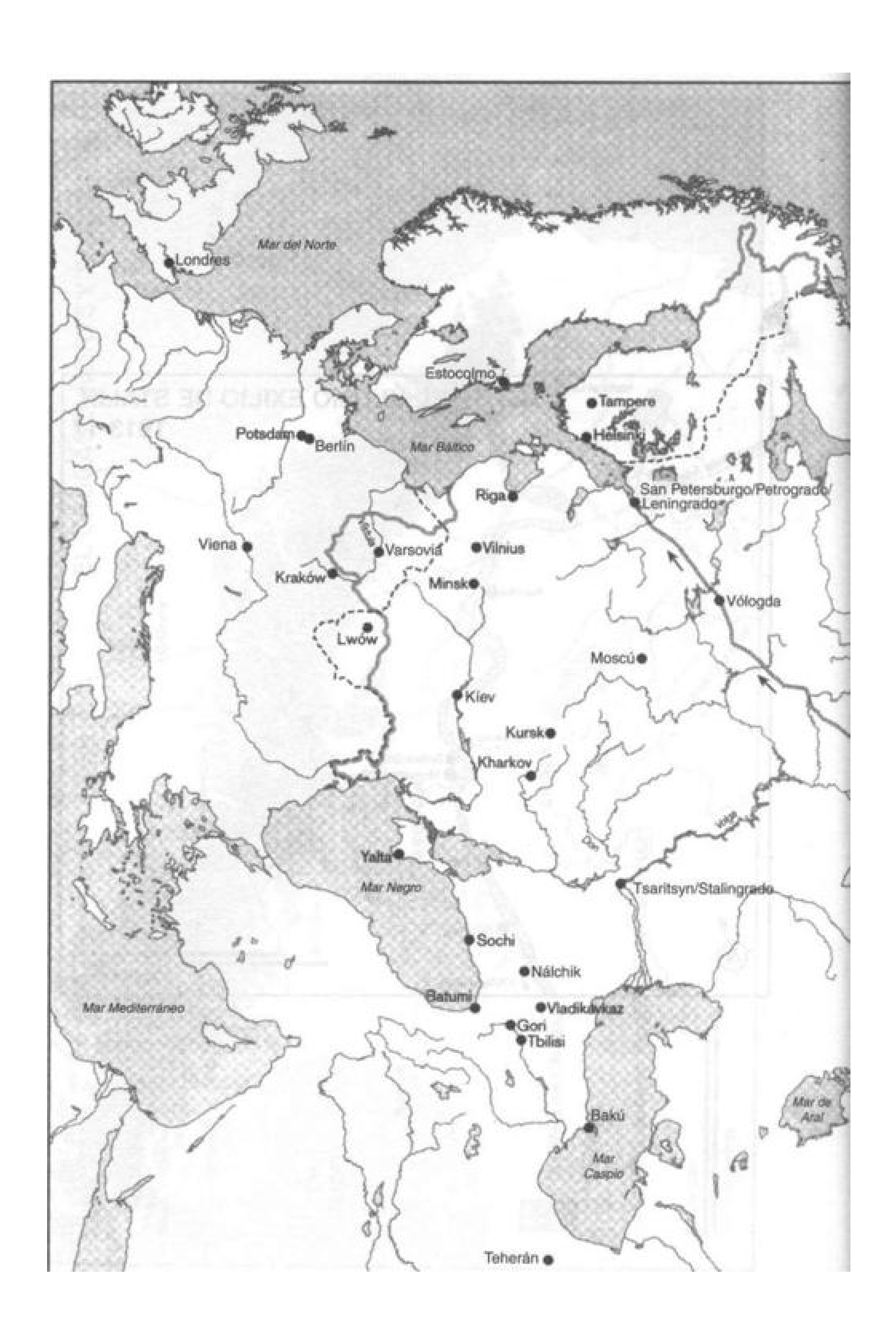
[2] El último exilio de Stalin, 1913-1917 <<



[3] Lugares asociados con la biografía de Stalin <<



LUGARES ASOCIADOS CON LA BIOGRAFÍA DE STALIN
Solvychegodsk
Kureika
Monastýrskoie
Kostino
Perm
Narym
Omsk
Novosibirsk
Áchinsk
Krasnoiarsk
Nóvaia Udá
Frontera occidental del Imperio ruso antes de 1914
Frontera occidental de la URSS después de 1945
Trayecto del viaje en tren hecho por Stalin en marzo de 1917
400 millas
700 kilómetros


Mar del Norte
Londres
Estocolmo
Tampere
Helsinki
Potsdam
Berlín
Mar Báltico
Riga
San Petersburgo/Petrogrado/
Leningrado
Viena
Varsovia
Vilnius
Kraków
Minsk
Vólogda
Lwów
Moscú
Kíev
Kursk
Kharkov
Volga
Yalta
Mar Negro
Tsaritsyn/Stalingrado
Sochi
Nálchik
Batumi
Vladikavkaz
Mar Mediterráneo
Gori
Tbilisi
Mar de Aral
Bakú
Mar Caspio
Teherán

[4] La URSS y Europa oriental después de la Segunda Guerra Mundial <<


LA URSS Y EUROPA ORIENTAL DESPUÉS DE LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL
Leningrado
Estocolmo
Tallin
REPÚBLICA SOCIALISTA FEDERATIVA SOVIÉTICA RUSA (RSFSR)
SUECIA
Riga
LETONIA
DINAMARCA
Copenhague
PROVINCIA DE KALININGRADO (RSFSR)
LITUANIA
Vilnius
Kaliningrado
Minsk
BIELORRUSIA
Berlín
REPÚBLICA DEMOCRÁTICA ALEMANA
Varsovia
POLONIA
Kiev
Praga
UCRANIA
CHECOSLOVAQUIA
Viena
MOLDAVIA
AUSTRIA
Budapest
Kishinév
HUNGRÍA
RUMANIA
Belgrado
Bucarest
YUGOSLAVIA
ITALIA
Sofía
BULGARIA
Roma
Estambul
Tirana
ALBANIA
URSS
Países que adquirieron gobiernos comunistas
GRECIA
TURQUÍA
Atenas
300 millas
400 kilómetros
N

PRIMERA PARTE

EL REVOLUCIONARIO

STALIN TAL COMO LO CONOCEMOS

Iósef Stalin es una de las figuras más famosas de la historia. Ordenó asesinatos sistemáticos a gran escala. Durante sus años de poder y boato, desde finales de la década de los veinte hasta su muerte en 1953, personificó el orden comunista soviético. La Revolución de octubre de 1917 había dado origen en Rusia a una dictadura de partido único y de ideología única que sirvió de modelo de transformación social para un tercio de la superficie del globo después de la Segunda Guerra Mundial. Aunque Lenin había fundado la URSS, fue Stalin quien reforzó y consolidó decisivamente la estructura. Sin Stalin, la Unión Soviética podría haberse desmoronado décadas antes de que fuera desmantelada en 1991.

Después de la muerte de Lenin en 1924 mucha gente se sorprendió cuando Stalin logró la victoria en el conflicto por la sucesión que tuvo lugar entre los líderes del partido. Hacia el final de esa década ya había anulado los compromisos que el partido había aceptado de mala gana para mantenerse en el poder después de la Guerra Civil que se había producido en el antiguo Imperio ruso. Stalin dirigió la Unión Soviética hacia la industrialización. Millones de campesinos murieron en el proceso de colectivización de la agricultura. La red de campos de trabajo se expandió y Stalin fortaleció su despotismo por medio del Gran Terror a finales de la década de los treinta. La Operación Barbarroja impulsada por Hitler contra la Unión Soviética en 1941 encontró a Stalin catastróficamente desprevenido. Sin embargo, el Ejército Rojo logró responder al ataque y, con Stalin como comandante supremo, derrotó a la Wehrmacht. Después de la Segunda Guerra Mundial, la URSS afirmó su dominio sobre la mitad oriental de Europa. La reputación de Stalin, para bien o para mal, alcanzó

su punto culminante. Cuando murió en 1953 fue llorado por millones de compatriotas que tenían razones de sobra para detestarlo a él y a su política. Dejó la URSS convertida en una potencia mundial y en un coloso industrial con una sociedad alfabetizada. Dejó como legado instituciones de terror y de adoctrinamiento con pocos rivales de su envergadura. La historia de la URSS después de su muerte consistió en gran medida en una serie de intentos para conservar, modificar o liquidar su herencia.

Stalin no dejó una autobiografía. Hasta finales de la década de los veinte casi nadie se molestó en escribir algo más que una breve semblanza suya. Los que publicaban sus obras lo despreciaban. El insuperable cronista de Rusia en el año 1917, Nikolái Sujánov, lo desestimó llamándolo «una nulidad gris y obtusa»[1]. Trotski y simpatizantes suyos como Boris Souvarine e Isaac Deutscher ridiculizaron a Stalin considerándolo un burócrata sin opiniones ni personalidad propias; ésta también había sido la apreciación de los líderes de otros partidos revolucionarios —los mencheviques y los social-revolucionarios—, que se vieron obligados a exiliarse en el extranjero[2]. A pesar de la diversidad de sus orientaciones políticas, todos estos autores estaban de acuerdo en su caracterización del sucesor de Lenin. La falta de talento de Stalin era para ellos un axioma. Sus defectos se consideraban obvios. ¡Stalin no había vivido como emigrado antes de la caída de la monarquía imperial en la Revolución de febrero! ¡No era ni un políglota ni un orador decente! ¡Era un simple administrador! Tales rasgos se presentaban como prueba de que merecía ocupar un lugar de segunda fila entre los líderes del partido. Inclusive los compañeros que no lo atacaban pensaban, en la década que siguió a la Revolución de octubre, que su único fuerte era la administración y que las decisiones importantes del Estado debían quedar en sus manos y no en las de Stalin[3].

Ambicioso y resentido, Stalin intentó mejorar su reputación. En 1920 insistió en que Lenin, durante el primer encuentro que tuvieron en 1905, le había impresionado por su discreción. El objetivo estaba claro. Stalin estaba indicando que ésa era la clase de hombre que había fundado el Partido Comunista y a quien él deseaba emular: en realidad estaba presentando un autorretrato. Pero llamar la atención no era lo suyo. El asistente de Stalin, Iván Tovstuja, escribió una semblanza biográfica en 1924 en la que

mencionaba su actuación en diversos puestos destacados durante la Revolución de octubre y la Guerra Civil[4], pero esta obra apenas añadía una nota de color. Tanto Stalin como su entorno acentuaron siempre sus deseos de encajar en un colectivo político. Se comparaba a los presuntuosos protagonistas de la política en la Unión Soviética —Lev Trotski, Grigori Zinóviev, Lev Kámenev y Nikolái Bujarin— con el modesto secretario general del partido.

Al reanudar su ascenso a la cima de la política, Stalin dispuso que se hicieran mayores exaltaciones de su figura. Se publicaron biografías autorizadas, cada una más hagiográfica que la anterior. En 1938 se publicó un grandilocuente relato escrito por los títeres del Comité Central del partido y editado anónimamente por Stalin[5]. El texto lo presentaba como el genio contemporáneo del comunismo mundial; y la tendencia creciente era equipararlo a Lenin como líder del partido, teórico marxista y estadista mundial. Esta imagen fue recogida en Occidente por comentaristas impresionados por el progreso industrial y educativo de la URSS en la década de los treinta.

Desde 1941, cuando la URSS se incorporó a la lucha contra la Alemania nazi, el elogio de Stalin fue ilimitado. La revista *Time* lo honró como «Hombre del Año» que por sí solo había tenido la tenacidad de conducir a su país al triunfo militar. Después de la Segunda Guerra Mundial, cuando estalló la Guerra Fría y los aliados occidentales lo convirtieron de héroe en villano, el número de admiradores de Stalin se redujo drásticamente. Sin embargo, entre sus críticos había muy pocos que le siguieran considerando mediocre. Reverenciado o detestado, era reconocido como uno de los políticos más relevantes del siglo XX.

Algunos lo vieron como el auténtico sucesor de Lenin, como el que condujo el tren de la revolución por el camino ya trazado por Lenin. Otros lo consideraban el gran traidor al leninismo. Al actuar a favor de los intereses de Rusia, muchos lo presentaban como un gobernante muy similar a los emperadores de antaño. Al parecer, lo que Stalin deseaba lograr primordialmente eran los objetivos que no habían conseguido los más grandes de los Románov[6]. Tal deseo se revelaba en su política exterior de expansión hacia Occidente. En el interior de la URSS se manifestaba en la

concesión de privilegios a la etnia rusa en los empleos, la educación y el estatus. Stalin fue descrito como un exponente del imperialismo ruso tradicional.

Otra imagen de Stalin hace de él un asesino hambriento de poder. Al parecer, una vez conseguido el poder supremo, sus impulsos psicóticos latentes se liberaron y comenzó la carnicería de la década de los treinta. Algunos argumentaron que esto no podría haber sucedido de no haber estado ya afianzadas las doctrinas y prácticas de partido único en el estado soviético; sin embargo, también insistieron en que tal depuración no habría ocurrido entre 1937 y 1938 sin que un dictador desquiciado tuviera el control del partido y de la policía política[7]. Stalin no sólo encarceló y asesinó. Al aplicar la tortura física y mental a sus víctimas, las degradó del modo más humillante. Hallaba en esto una profunda satisfacción. Aunque no era él quien aplicaba los castigos a aquellos que la policía confinaba en la prisión de la Lubianka, alentaba las medidas más brutales. Se deleitaba manteniendo en un temor constante incluso a sus allegados más cercanos. Las hipótesis acerca de su posible locura son controvertidas, pero indudablemente la personalidad de Stalin estaba peligrosamente perturbada y esta personalidad suministraba el potente combustible para el viaje al Gran Terror.

¿O era simplemente un burócrata mediocre que protegía los intereses de los cuadros administrativos de un estado de partido único? Según esta interpretación, los administradores de los comisariados del partido, la policía y la economía aspiraban a expandir su autoridad y privilegios. Ya en la década de los veinte habían abandonado el compromiso revolucionario. Así pues, Stalin entendió lo que querían y utilizó su posición en el Secretariado del Comité Central para satisfacer los deseos de estos funcionarios. Como burócrata supremo de la URSS no cabe duda de que también él se benefició de semejante desenlace. El hecho de que los cuadros administrativos hubieran ejercido tal poder se atribuyó a profundas tensiones inherentes a la sociedad y al estado soviéticos. La Revolución de octubre de 1917 se había hecho en nombre de la clase obrera y de los sectores más pobres del campesinado. Pero estos grupos fracasaron en su intento de afianzarse en el poder. Las tensiones que se produjeron

promovieron una situación que brindó oportunidades a la «burocracia». Poco escrupulosos y bien disciplinados, los funcionarios del partido y del estado se constituyeron firmemente en una casta separada del resto de la sociedad y la eminencia gris de Stalin fue su principal encarnación[8].

Apenas ha transcurrido un solo año desde la muerte de Stalin en 1953 en que no apareciera otra biografía más. Durante tres décadas todas dispusieron del mismo material: las memorias, viejas y nuevas, junto con los informes desenterrados de los archivos a instancias de Nikita Jrushchov —el sucesor de Stalin en el Kremlin— cuando hizo descender a Stalin del pedestal de la estima comunista a partir de mediados de la década de los cincuenta. Luego, en 1985, Mijail Gorbachov se convirtió en secretario general del partido. Gorbachov retomó la campaña contra Stalin y toda su obra y se desató una verdadera oleada de datos documentales. Pero hubo que esperar a la llegada al poder de Borís Yeltsin, en 1991, para que la mayoría de los investigadores pudieran tener acceso a los archivos. Fue un período fundamental para la investigación. Lo inconcebible se había convertido en realidad: el Archivo Central del Partido ubicado en la calle Pushkin de Moscú se abrió a la investigación independiente y un ingente número de documentos fueron desclasificados[9]. Este proceso tiene todavía un largo camino por recorrer y ha habido algún retroceso ocasional. Pero cualquier comparación con los años anteriores arroja un saldo positivo. Ahora es posible indagar en la vida política, ideológica, cultural y privada de Iósef Stalin hasta un grado de intimidad que antes era imposible.

Los escritores rusos aprovecharon la oportunidad. Su precursor fue el disidente Roy Medvédev, que escribió una denuncia de Stalin a mediados de los sesenta[10]. En la URSS se prohibió la publicación del libro y sólo circuló en copias ilegales. Su hipótesis fundamental no era nueva: Medvédev sostenía que Stalin era un cínico y un burócrata con una personalidad inadaptada que sofocó los ideales revolucionarios de Lenin. Bajo Gorbachov hubo otros intentos de analizar a Stalin. Dmitri Volkogónov, al mismo tiempo que mostraba a Stalin como un dictador asesino, reivindicaba que debían reconocerse sus virtudes como líder de la industrialización y del ejército[11]. Otros biógrafos pusieron reparos a esta equivocación y Edvard Radzinski escribió un popular relato que se centraba

en las peculiaridades psicóticas de su protagonista[12]. Aunque añadían nuevos detalles de los hechos, los análisis de Volkogónov y Radzinski no ofrecían nada que no estuviera ya disponible en Occidente.

Los propios historiadores occidentales durante mucho tiempo no pusieron en cuestión los conocimientos básicos convencionales que habían sido desarrollados entre las décadas de los veinte y los cincuenta. Los diferentes relatos se centraron en aspectos particulares de su personalidad, sus actitudes o sus políticas. Las disputas han sido extremadamente enconadas. Incluso ha habido controversias acerca de si Stalin fue responsable o no del comienzo del Gran Terror. El historiador norteamericano J. Arch Getty sostuvo que las medidas terroristas del estado no surgieron de la iniciativa de Stalin sino de las presiones ejercidas por un grupo de miembros del Politburó, siempre con el objetivo de elevar el nivel de la expansión industrial y molestos por la resistencia pasiva de los miembros del partido de menor rango y de la oficialidad gubernamental[13]. Se alegó que Stalin era simplemente un agente del poder entre los políticos del Kremlin. Al parecer, sólo instigó los asesinatos en masa para acatar las firmes opiniones expresadas por el círculo dirigente. Éste era un alegato insólito, ya que incluso la larga lista de escritores que negaron que las víctimas del Gulag se contaran por millones habían asignado la responsabilidad decisiva a Stalin.

Hoy en día prácticamente todos los estudiosos aceptan que él inició el Gran Terror. Las excepciones, sin embargo, no carecen de apoyo. Entre ellas se cuentan los nacionalistas rusos que sienten nostalgia de la victoria soviética en la Segunda Guerra Mundial y lamentan la caída de la URSS. También muchos georgianos se sienten afectados por los ataques a su compatriota más famoso aun cuando reconocen que cometió abusos estremecedores contra la sociedad soviética. E incluso entre el resto de nosotros todavía se mantiene una gran controversia. Espero iluminar los rincones oscuros de la vida de Stalin de varios modos. Uno de ellos implica examinar detenidamente su formación, vida familiar, esposas, hijos y otros parientes. Hasta hace poco, esto era difícil: Stalin se había preocupado de excluir las referencias a su vida privada en el material publicado. También ejecutó o encarceló a muchos de los que lo conocían bien. Incluso Anna

Allilúeva, que le remitió prudentemente el borrador de sus memorias para que él opinara, fue a parar a la Lubianka. La personalidad de Stalin fue misteriosa durante su vida, como él quería que fuera, y muchas de las fuentes más conocidas acerca de él, especialmente las memorias de Trotski y de Jrushchov, son relatos impregnados de hostilidad política.

Desde finales de los años ochenta ha sido posible realizar un análisis más detallado. Simón Sebag Montefiore y Miklós Kun han investigado la vida privada de Stalin y su entorno[14]. Las preferencias de Stalin en cuanto a la comida y al esparcimiento no fueron drásticamente anormales, al menos hasta que logró un poder despótico. Muchas personas de su entorno tenían la sensación de que sus enemigos habían exagerado flagrantemente sus defectos personales. Esta clase de información proporciona un vía para entender su carrera pública. No me disculpo por ahondar en el análisis de su paso por la escuela, el seminario y las primeras agrupaciones políticas o su intimidad familiar. Su estado físico y su perfil psicológico también merecen atención. Esta clase de material contribuye a evaluar sus motivaciones y su comportamiento en la carrera pública.

Otro tema del libro es el grado de influencia que tenía Stalin antes de la muerte de Lenin. Ninguna biografía deja de despreciar sus ya desarrolladas capacidades como político. Este libro se beneficia de las investigaciones de carácter político y psicológico de Robert Tucker, Adam Ulam, Robert McNeal y Ronald Hingley[15]. Pero incluso estas obras daban por sentado que Stalin no contaba mucho entre los bolcheviques antes de 1917. Tucker sostuvo que la actitud de Stalin hacia Lenin durante la década de los treinta venía a ser un mero culto al héroe[16]. El incuestionable predominio de Lenin es también el tema fundamental del estudio de Robert Slusser, que definió al Stalin de 1917 como «el hombre que se perdió la Revolución»[17]. Al parecer, Stalin era el chico de los recados de Lenin antes y durante 1917. Con respecto a los años inmediatamente posteriores a la Revolución de octubre se ha mantenido el mismo enfoque, ya que los biógrafos han insistido en que Stalin era un oscuro burócrata de la trastienda del bolchevismo. Como mucho, se le ha descrito como el emisario de Lenin: el hombre al que se enviaba en situaciones de emergencia con una orden específica del Kremlin. Pero rara vez se da crédito a la posibilidad de que la

pertenencia de Stalin a los órganos supremos del Partido Bolchevique y del gobierno soviético demuestre que ya era un miembro consolidado del grupo dirigente comunista. Este libro cuestiona esta opinión histórica establecida durante largo tiempo.

Asimismo los biógrafos, que con toda razón destacan que Stalin concentró e hizo uso de un enorme poder desde los años treinta, habitualmente han dejado de señalar que no era omnipotente. Tuvo que manejar la maquinaria del sistema de poder que heredó. Pudo modificarla, pero fue incapaz de transformarla sin hacer añicos las bases del «poder soviético». Durante el Gran Terror de 19371938 se esforzó en eliminar las tendencias políticas que limitaran el ejercicio de la autoridad central: clientelismo, localismo y resistencia pasiva en la administración. También trató de liquidar las tendencias obstruccionistas que dominaban la sociedad soviética y que contrarrestaban las políticas del Kremlin. No sólo los administradores sino también los obreros y los trabajadores de las granjas colectivas encontraron modos de defenderse de Moscú y sus requerimientos. La introducción, por parte de Stalin, de nuevas políticas desde finales de los años veinte estuvo acompañada de ajustes en el orden comunista. Pero estos ajustes provocaban un conflicto de intereses que dificultaba el cambio sustancial a largo plazo. Presentar a Stalin como un déspota sin límites es algo convencional. Sin duda pudo introducir políticas internas y externas sin oposición por parte del Politburó. Pero yo pretendo demostrar que su gobierno personal dependía de su disposición de conservar el sistema administrativo que había heredado. También tuvo que adaptarse de muchas maneras a la idiosincrasia de la población de la Unión Soviética para continuar gobernándolos sin provocar una revuelta.

Stalin, custodio en jefe del orden soviético, fue también su prisionero. Para gobernar despóticamente por medio de la dictadura comunista, tuvo que limitar su inclinación a eliminar prácticas que inhibían la imposición de un perfecto sistema de mando vertical. Por muy poderoso que fuera, sus poderes no eran ilimitados. Esta consideración no es una sofisticada hipótesis erudita, sino que ayuda a comprender las vicisitudes de su carrera. Al final de su vida intentó mantener el orden soviético en un estado de agitación controlada. Con el objetivo de conservar el despotismo personal y

la dictadura del partido, se esforzó en desbaratar las tendencias hacia una estabilización que podían entrar en conflicto con sus propósitos a gran escala. Pero las limitaciones del poder existían incluso para Stalin.

En todo caso, las determinaciones de Stalin no sólo surgieron de sus impulsos psicológicos y de sus cálculos prácticos sino también de su visión del mundo. El marxismo fue la filosofía que guio su vida adulta. Pero no fue el único ingrediente de su pensamiento. Su origen georgiano, sus intereses culturales y su educación eclesiástica dejaron su impronta. Las tradiciones nacionales rusas también tuvieron una importancia creciente, especialmente desde los años treinta. No fue un intelectual original. Lejos de esto, sus pocas innovaciones en el campo de la ideología fueron toscos y dudosos desarrollos del marxismo. En algunos casos las innovaciones fueron el resultado de sus propios intereses políticos más que de una auténtica reflexión intelectual. Sin embargo, no cabe duda de que Stalin sentía una genuina fascinación por las ideas. Leía voraz y activamente. Su incorporación de los temas nacionalistas a la ideología soviética oficial debe sopesarse en su justa medida. Stalin desplegó el tipo de nacionalismo que le pareció adecuado. No era el nacionalismo de la Iglesia, el campesino y la aldea. Ni siquiera era el nacionalismo de los zares, porque, aunque elogiaba a Iván el Terrible y a Pedro el Grande, condenaba a la mayor parte de los gobernantes del pasado. El de Stalin era un nacionalismo ruso del Estado, de la tecnología y la intolerancia, del ateísmo, de las ciudades y del poder militar. Era una mezcla tan peculiar que puede considerarse casi una invención suya, y se solapó sustancialmente con el marxismo soviético tal como se había desarrollado desde la muerte de Lenin.

No obstante, Stalin siguió siendo pragmático, y su habilidad para decidir sobre importantes cuestiones internacionales con los líderes de las grandes potencias del mundo llevó a algunos historiadores a concluir que fue un estadista en la tradición de los zares. Había algo de esto. Stalin quería que los líderes norteamericanos y europeos le tomaran en serio y lograr concesiones a los intereses soviéticos en la mesa de negociación. También se esforzó por entender las complejidades de los problemas de la propia URSS en lo referente a la administración, la economía y la sociedad.

Era un gobernante muy laborioso e intervenía en las minucias de la política siempre que podía.

Sin embargo, ha subsistido la duda sobre su estado mental. Su obsesión por el control personal era tan extrema y brutal que muchos han considerado la posibilidad de que fuera un psicótico. Roy Medvédev, el historiador soviético disidente, negó que Stalin fuera un demente[18]. Robert Tucker también adoptó una actitud cauta y sostuvo que Stalin, si bien no estaba clínicamente loco, tenía una personalidad traumatizada por sus experiencias infantiles. Robert Conquest estaba de acuerdo con esto, pero insistió en el insano apetito de Stalin por la venganza y el asesinato. Todo esto trae a colación el tema de la naturaleza de los «enemigos» a los que Stalin deseaba eliminar. ¿Eran fantasmas de su imaginación sin existencia en la realidad objetiva? Medvédev, Tucker y Conquest están de acuerdo en que Stalin tenía una personalidad profundamente inadaptada. Desde que se abrieron las puertas de los archivos el extraño modo en que se comportaba dentro de su círculo íntimo se ha ido aclarando cada vez más. En los años veinte su ambiente familiar estaba muy enrarecido y el hecho de que su esposa Nadezhda fuera mentalmente inestable empeoró las cosas. En política Stalin era excepcionalmente suspicaz, vengativo y sádico. Padecía un fuerte desorden de la personalidad.

¿Pero su conducta era simplemente el reflejo de su infancia en Georgia? Las ideas acerca de la dignidad personal y la venganza estaban muy extendidas en su tierra natal, especialmente en las zonas rurales. Prácticamente todos los biógrafos han dado por sentado que esto influyó en su carrera posterior. Pero la cultura georgiana no era ni uniforme ni inalterable. En Gori y Tbilisi Stalin se imbuyó de ideas que fueron rechazadas por otros y no es correcto achacar exclusivamente su comportamiento personal y político a sus orígenes nacionales. El mal funcionamiento de la familia Dzhughashvili fue advertido por sus amigos. Sus propias rarezas empeoraron a causa de la posterior experiencia de ser menospreciado, por sus camaradas en el movimiento revolucionario; y los principios y prácticas del comunismo reafirmaron sus tendencias más crueles (todos los líderes bolcheviques justificaron el Terror Rojo que se desató en 1918: ésta fue otra razón más por la que tendieron a ignorar el

extremismo de Stalin hasta finales de los años veinte). También influyeron en él los libros que leyó acerca de los gobernantes rusos del pasado, especialmente Iván el Terrible, e hizo anotaciones a *El Príncipe*, de Maquiavelo. Hubo muchos factores cuya interacción contribuye a explicar la extraordinaria ferocidad de Stalin.

Aunque exageró la fuerza y el alcance de quienes se le opusieron, esta oposición tenía un potencial nada despreciable. La supuesta locura de Stalin no carecía de método. Conquest y Medvédev han señalado la existencia de agrupaciones críticas en el interior del partido[19]. Getty ha indicado que Stalin estaba descontento con la resistencia pasiva a sus políticas por parte de los cargos del partido en las provincias[20]. Jlévniuk ha señalado su constante interés por los miembros, anteriores o actuales, de la directiva comunista[21].

Este libro pretende demostrar que los intereses de Stalin fueron más amplios y más profundos que su preocupación por el sector crítico del partido. Realmente tenía multitud de enemigos. Ninguno de ellos tuvo muchas oportunidades frente a él. Sus derrotados oponentes murmuraban contra él y algunos subordinados del partido formaron grupúsculos para conspirar en contra suya. En los Congresos del Partido había muchos delegados que tenían la sensación de que su poder había aumentado en exceso después del Primer Plan Quinquenal de 1928-1932. En general, fuera del partido mucha gente tenía buenas razones para odiarle: bolcheviques expulsados del partido; sacerdotes, mulás y rabinos; mencheviques y social-revolucionarios; nacionalistas no rusos —y también rusos—; campesinos e incluso trabajadores y soldados. Su impopularidad era tan grande como su poder cuando estuvo en la cima, y el hecho de que fomentara el culto a su personalidad significaba que nadie en la URSS podía dejar de considerarle responsable de las políticas que tanto sufrimiento habían traído al país. Esta situación no tenía probabilidades de mejorar a corto plazo. En el mismo momento de su victoria política, Stalin ya tenía muchas razones para estar preocupado.

Los capítulos que siguen ofrecen un retrato exhaustivo de Stalin en su época. Investigan no sólo lo que hizo sino también por qué lo hizo y cómo pudo hacerlo. Se analiza simultáneamente a Stalin como líder,

administrador, teórico, escritor, camarada, esposo y padre. También se analizan su entorno social, su formación, nacionalidad y formas de trabajo y esparcimiento. Asimismo es necesario considerar a Stalin como sujeto psicológico; también se han tenido en cuenta tanto sus hábitos cotidianos como sus maniobras políticas a gran escala y su condición de estadista.

Se ha sugerido que este tipo de enfoque corre el riesgo de «humanizar» a los líderes comunistas. Me declaro culpable. Stalin llevó a cabo campañas de crímenes que han sido definidas con palabras ajenas al léxico de nuestra especie: monstruosas, diabólicas, propias de reptiles; pero la lección que se debe aprender al estudiar a algunos de los políticos más asesinos del siglo XX es que es un error describirlos como seres que en modo alguno pueden compararse con nosotros mismos. No sólo es un error, también es peligroso. Si individuos como Stalin, Hitler, Mao Tse-tung y Pol Pot son representados como «animales», «monstruos» o «máquinas de matar», nunca podremos reconocer a sus sucesores. En muchos aspectos Stalin se comportó como un «ser humano normal». Pero de hecho estaba muy lejos de ser «normal». Tenía un vasto deseo de dominar, castigar y asesinar. A menudo profería burdas amenazas en privado. Pero también podía ser encantador: podía despertar la pasión y la admiración tanto de sus camaradas más cercanos como de una inmensa cantidad de gente. En algunas ocasiones podía ser modesto. Era muy trabajador. Era capaz de ser cariñoso con sus parientes. Se preocupaba realmente por el bien de la causa comunista. Antes de que comenzara a matarlos, la mayoría de los comunistas de la URSS y de la Comitern consideraban que cumplía sus funciones dentro de los límites aceptables de la conducta política.

Desde luego, pasaron por alto el otro lado de Stalin, un lado que se hizo más que evidente después de la Revolución de octubre. Había matado a muchos inocentes durante la Guerra Civil. Había causado cientos de miles de muertes durante el primer y el segundo plan quinquenal. Era un asesino de Estado mucho antes de instigar el Gran Terror. El hecho de que no se prestara atención a sus inclinaciones parece inexplicable a menos que se tenga en cuenta la complejidad del hombre y del político oculto detrás de «la borrosa figura gris» que ofrecía a una multitud de observadores. Stalin fue un asesino. Fue también un intelectual, un administrador, un estadista y

un líder político; fue escritor, editor y estadista. En privado fue, a su modo, un marido y padre tan atento como malhumorado. Pero estaba enfermo de cuerpo y de mente. Tenía muchas cualidades y utilizó su inteligencia para desempeñar el papel que pensó que se ajustaba a sus intereses en un momento dado. Desconcertaba, aterrorizaba, enfurecía, atraía y cautivaba a sus contemporáneos. La mayoría de los hombres y mujeres de su época subestimaron a Stalin. Es tarea del historiador examinar sus complejidades y sugerir el modo de entender mejor su vida y su época.

LA FAMILIA DZHUGHASHVILI

La biografía oficial de Stalin apareció en 1938. Los primeros años de su vida se describen en las cinco primeras frases[1]:

> Stalin (Dzhughashvili), Iósef Vissarionovich nació el 21 de diciembre de 1879 en la ciudad de Gori en la provincia de Tiflis. Su padre, Vissarion Ivanovich, de nacionalidad georgiana, descendía de campesinos de la aldea de Didi-Liio, en la provincia de Tiflis, y fue zapatero hasta que posteriormente se convirtió en obrero en la fábrica de zapatos Adejánov. Su madre, Yekaterina Gueórguievna, provenía de la familia de campesinos Gueiadze, vinculada a la aldea de Gambareuii.
>
> En otoño de 1888 Stalin ingresó en la escuela religiosa de Gori. En 1894 Stalin terminó la escuela e ingresó en el seminario ortodoxo de Tiflis.

En la época de la publicación del libro los medios soviéticos abrumaban a los ciudadanos de la URSS con exageradas manifestaciones a favor de Stalin; pero los años de la niñez y adolescencia merecían muy poca atención.

Los comunistas de la época de Stalin no fomentaban los relatos que se detuvieran en aspectos de su vida privada. Para ellos la política era más importante que todo lo demás. Pero la susceptibilidad de Stalin era excesiva, incluso para los estándares de su partido, de modo que reunió a los autores de su biografía en el Kremlin para discutir el borrador[2]. Evidentemente, insistió en que sólo dos cortos párrafos cubrieran sus

primeros años. Lo último que deseaba, como georgiano que gobernaba a los rusos, era llamar la atención acerca de su origen nacional. Había otras razones por las que su niñez le resultaba embarazosa. Como hombre que provenía de una familia desgraciada, no quería que el mundo supiera el daño que esto le había hecho. Además, no estaba nada orgulloso de su padre. Como revolucionario y ateo militante no quería reconocer la contribución del régimen imperial y de la Iglesia Ortodoxa a su desarrollo personal. La escasez de datos tenía aún otro propósito. Al envolverse en el misterio a los ojos de los ciudadanos soviéticos, Stalin esperaba granjearse la admiración del pueblo como gobernante. Por sus estudios de la historia rusa, sabía que los zares más efectivos habían restringido el conocimiento de sus vidas y opiniones personales. Al limitar lo que sus biógrafos podían escribir, aspiraba a crecer en la estima de los ciudadanos soviéticos.

La falsificación no le era ajena. La primera frase de esa biografía oficial era una mentira, porque Iósef Dzhughashvili no nació el 21 de diciembre de 1879, sino el 6 de diciembre de 1878. La verdad ha sido confirmada mediante investigaciones en los registros parroquiales de Gori[3]. No se sabe con certeza por qué puso en práctica este engaño. Pero no fue un error: Stalin siempre cuidaba mucho los detalles. A esta distancia de los hechos, sólo podemos especular. Aparentemente empezó a fabular acerca de su fecha de nacimiento después de dejar el seminario en Tbilisi y cabe la posibilidad de que el motivo fuera evitar el servicio militar: sin duda en esos años muchos georgianos alteraban los registros con ese propósito. Otra posibilidad es que simplemente tratara de confundir a la policía cuando entró en el movimiento revolucionario[4].

Sobre algunas cosas dijo la verdad. Su padre Besarión (o Vissarión en ruso) era realmente un zapatero que se casó con Ketevan (o Yekaterina en ruso) y vivían en Gori. Los Dzhughashvili eran subditos de los zares rusos. La conquista total de la región del Cáucaso había tenido lugar poco tiempo atrás cuando, en 1859, el rebelde islamista Shamil, de Dagestán, fue capturado por las fuerzas imperiales. Algunas partes de Georgia no habían perdido del todo su condición autónoma hasta la segunda mitad del siglo XIX. Había sido el gobernante georgiano del Este, Irakli II, quien en 1783 había solicitado que su reino se convirtiera en un protectorado ruso.

Siguieron otras adhesiones de territorio georgiano. Paulatinamente, los zares fueron derogando los acuerdos que garantizaban exenciones dentro del modelo que gobernaba el resto del Imperio. Se establecieron guarniciones militares. La autonomía de la Iglesia Ortodoxa georgiana fue abolida en 1811. A los campesinos rusos se les otorgaron tierras en Georgia. Se restringió la enseñanza de la lengua georgiana en las escuelas y los seminarios. Se controló la prensa georgiana. Los administradores rusos y los oficiales enviados al sur del Cáucaso robaron la dignidad nacional a los georgianos.

La pequeña ciudad de Gori, en Georgia central, se extiende junto al rápido río Mtkvari (o Kurá, como lo llaman los rusos). Está rodeada de colinas. En la más alta de ellas, al Norte, hay una gran fortaleza medieval —Goristije—, que en el siglo XIX era casi tan grande como la ciudad sobre la que se alzaba: sus muros y torres almenados se extienden como un enorme pulpo por las pendientes. El valle es ancho a la altura de Gori y en las colinas cercanas hay bosques de avellanos, nogales, abetos y castaños. En los días claros las montañas del Cáucaso se divisan a lo lejos. Cuando Iósef era un niño, la población era de poco más de veinte mil personas. La mayoría de las iglesias de la ciudad pertenecían a la Iglesia Ortodoxa Georgiana; pero también vivían allí muchos armenios, unos cientos de rusos y algunos judíos, e incluso había una colonia religiosa de dujobores[5]. La mejor educación local, disponible solamente para los varones, era la que ofrecía la escuela religiosa. La principal actividad laboral de Gori se relacionaba con el comercio con campesinos que llegaban a la ciudad con sacos de uvas, patatas, tomates, nueces, granadas y trigo, así como con sus vacas, cerdos y ovejas. La ciudad estaba a más de cincuenta millas por carretera de la capital georgiana, Tbilisi, a la que a pie se tardaba en llegar dos días. Había mucha pobreza en Gori. Para los campesinos, ésta había sido la norma durante siglos, pero, hacia finales del siglo XIX, también la mayoría de los nobles de la región pasaban por una mala época.

Gori no poseía grandes empresas; su economía se basaba en la producción artesanal y el comercio. Cebollas, ajos, pepinos, pimientos dulces, coles, rábanos, patatas y berenjenas crecían en un clima perfecto, y el vino *atenurí* producido de la uva *ateni* era muy apreciado. Las ovejas y

vacas estabuladas en las pequeñas granjas de las laderas eran famosas por su calidad. En la misma ciudad de Gori existía un comercio floreciente de cuero y lana y los artesanos hacían zapatos, chaquetas y alfombras. Por todas partes había tiendas y establos. La mayoría de los propietarios eran sastres, zapateros y carpinteros. Las actividades profesionales se limitaban principalmente a los sacerdotes y los maestros. Los policías mantenían el orden. Existían varias tabernas y los hombres encontraban alivio en la bebida. Todo este escenario se mantenía más o menos igual desde que los rusos habían entrado en Georgia a petición de sus distintos gobernantes de finales del siglo XVIII. Sin embargo, Gori estaba cambiando. En 1871 la ciudad se hizo con una estación de tren junto al río Mtkvari. Los trenes permitían a los pasajeros llegar a Tbilisi en dos o tres horas. La penetración del comercio y la industria en la zona sólo era cuestión de tiempo.

Los georgianos como la familia Dzhughashvili se vestían con sencillez. Las mujeres usaban largas camisolas negras y cuando iban a la iglesia se tapaban la cabeza con pañuelos. Los sacerdotes vestían sotanas negras. El resto de los hombres no usaba ropa mucho más colorida. Chaquetas, camisas y pantalones negros eran lo corriente y nadie presionaba a los hombres de la clase trabajadora para que tuvieran un aspecto elegante. Los hombres aspiraban a mandar en sus casas con una sumisión total por parte de sus esposas, y Vissarión destacaba por su mal carácter y violencia. Las mujeres hacían todas las tareas domésticas, incluida la cocina. Esta era una de las glorias de la vieja Georgia, cuya cocina era una sorprendente combinación de los sabores del Mediterráneo oriental y del Cáucaso. Entre sus extraordinarios platos se incluían el esturión en salsa de granada, los kebabs de cerdo adobado y las berenjenas con pasta de nuez. Las ensaladas típicas también eran excelentes. La combinación kutaisi de tomates, cebollas, cilantro y nueces era todo un manjar. Pero las familias pobres, aunque mantenían sus vínculos con el campo, rara vez tenían la oportunidad de probar toda esa variedad de platos. De hecho, la gente como los Dzhughashvili solía subsistir principalmente a base de judías y pan. Para la mayoría de los habitantes de Gori la vida era muy dura y había pocas perspectivas de mejora.

Vissarión se casó con la joven de diecinueve años Ketevan Gueladze el 17 de mayo de 1874. El padre de ella había muerto cuando la muchacha era muy joven; ella y su madre tuvieron que ingeniárselas para subsistir en la pequeña aldea de Gambareuli[6]. Ketevan —llamada Keke por su familia y conocidos— se quedó embarazada muy pronto. De hecho, tuvo dos hijos antes de la llegada de Iósef. El primero fue Mijaíl, que murió al año de edad. Luego llegó Guiorgui, pero también murió pronto. Sólo Iósef sobrevivió más allá de la primera infancia. El 17 de diciembre de 1878 lo llevaron a la iglesia, donde fue bautizado por el arcipreste Jajásnov y el catequista Kvinikadze[7].

Aunque lo bautizaron como Iósef, todos lo conocían por el diminutivo de Soso. Muy poco más —de hecho nada más— se sabe acerca de los primeros años de su vida. Se podría suponer que el padre y la madre de Iósef, después de haber sufrido la pérdida de dos hijos a muy temprana edad, habrían tratado al tercero con especial cariño. Esto también habría estado de acuerdo con la tradición georgiana de mimar a un nuevo bebé en la familia. Los georgianos se parecen más a los italianos y a los griegos que a las gentes de la Europa del Norte en lo que se refiere a la atención a los niños. Vissarión Dzhughashvili fue una excepción porque nunca mostró ningún afecto por su hijo. Keke trataba de compensar esta carencia. Aunque era una madre estricta y dominante, le hizo sentirse especial y le vestía tan bien como se lo permitían sus finanzas. A Vissarión esto le molestaba. Keke deseaba con todo su corazón que Iósef tuviera una buena educación e ingresara en el sacerdocio, mientras que Vissarión quería que fuera zapatero como él. Casi desde el comienzo los Dzhughashvili tuvieron una relación desgraciada; y, lejos de aliviar la situación, la llegada de Iósef exacerbó la tensión entre ellos.

El temperamento de Vissarión a menudo estallaba con violencia contra su esposa. La ambición comercial que él había abrigado no tuvo éxito. Su negocio de zapatería artesanal no pudo adaptarse a los nuevos tiempos fabricando zapatos al estilo europeo —en lugar de los tradicionales zapatos georgianos— que se estaban volviendo populares[8]. Todo lo que intentó terminaba siempre fracasando y su fracaso como artesano independiente y la pérdida de la estima local probablemente aumentaron su tendencia a los

arrebatos volcánicos. Perdió el control de la bebida. Pasaba más tiempo empapándose en vino en la taberna de Yákob Egnatashvili que atendiendo sus obligaciones familiares[9].

Según la mayoría de las versiones, Keke era una mujer devota. Iba a la iglesia, consultaba a los sacerdotes y deseaba que su hijo se convirtiera en uno de ellos. Sin embargo, algunos rumores la presentaban bajo una luz diferente. Sergo Beria, hijo del que fue jefe de policía de Stalin desde 1938, escribió que su abuela —que se hizo amiga de Keke en su vejez— hablaba de una mujer de vida ligera con inclinación a los chismes indecentes: «Cuando yo era joven limpiaba casas y cuando me encontraba con un buen mozo no perdía la oportunidad». Cuando Vissarión no proporcionaba el dinero que necesitaba la familia, al parecer Keke salía y vendía su cuerpo[10]. Según una versión más moderada, aunque ella no era verdaderamente promiscua, tuvo una relación con una de las personalidades más prominentes de Gori. Los candidatos habituales eran el tabernero, Yákob Egnatashvili, y el jefe de la policía local, Damián Davrishevi[11]. Como suele suceder en estos casos, no hay pruebas; pero una prueba circunstancial vino a completar las habladurías de los chismosos. Cuando Stalin alcanzó el poder supremo, elevó a los hijos de Egnatashvili a un alto rango y esto a veces se interpreta como una señal de que había un parentesco especial entre ellos[12].

La paternidad de Soso también se ha adjudicado, en ocasiones, a Damián Davrishevi. El hijo de Damián, Iósef, amigo de la infancia de Iósef Dzhughashvili, no podía dejar de notar el parecido físico entre ambos; y en el transcurso de su vida Iósef Davrishevi no excluyó la posibilidad de que fueran medio hermanos[13]. A finales de los cincuenta se investigó para reunir pruebas definitivas que condenaran a Stalin; y las autoridades no eran reacias a descubrir que la imagen de Keke como una simple campesina temerosa de Dios no era sino un mito. Si podía echarse barro sobre su madre, parte de él también salpicaría al hijo. Pero no se encontró nada.

Sin embargo, si los rumores de este tipo circulaban durante la niñez de Stalin, habrían contribuido muy poco a calmar la mente ya atribulada de Vissarión. Bien pueden haber sido el motivo fundamental por el que se hundió en la bebida, el vandalismo y la violencia doméstica. Conocido

como el Loco Beso, se fue deteriorando a medida que su negocio se desmoronaba. Iba de mal en peor y Keke se consolaba como podía en la iglesia local. Ella también se ganaba la vida a duras penas haciendo trabajos de limpieza y costura: estaba decidida a impedir que su furibundo e incompetente marido destruyera su hogar. Beso mismo se dio cuenta de que no tenía ningún futuro comercial en Gori. Al igual que otros artesanos, buscó trabajo en el pujante sector industrial de Tbilisi. Allí encontró empleo como trabajador de la gran fábrica de zapatos de Emile Adeljánov en 1884. La jornada era larga y el salario escaso. Beso siguió bebiendo mucho y no hay constancia de que enviara dinero a Keke. Sus visitas a Gori no deparaban a su esposa e hijo ninguna tranquilidad: ebriedad y violencia era todo lo que podían esperar del gandul. Cuanto más se corrompía él, más buscaba Keke refugio emocional y espiritual dentro de los muros de la iglesia parroquial.

Existen otras versiones acerca del linaje de Iósef. La más grotesca de ellas sugiere que uno de los más famosos etnógrafos y exploradores de entonces, el noble Nikolái Przhevalski, tuvo una relación ilícita con Keke Dzhughashvili y que Iósef fue el producto de ese romance. Esto no sólo es improbable, sino físicamente imposible. Przhevalski ni siquiera estaba en Georgia en la época en que Iósef Dzhughashvili fue concebido[14]. Nada de esto es realmente sorprendente. Cuando los personajes de origen oscuro se convierten en gobernantes famosos comienzan a tejerse leyendas en torno a ellos y con frecuencia se rumorea que su origen fue más noble de lo que se supone.

Según una variante de este tipo de leyenda, el líder no es de la nacionalidad que se pretende. En el caso de Stalin se decía que en realidad no era georgiano sino de Osetia. Esto seguiría la pista de los ancestros de la familia Dzhughashvili (pero no de la familia Gueladze) hasta las montañas más allá de la frontera septentrional de Georgia. El mismo apellido bien podía tener una raíz no georgiana, sino precisamente de esta procedencia. Los pueblos del Cáucaso se habían desplazado por la zona durante siglos e incluso la somnolienta ciudad de Gori había recibido intrusos mucho antes de que los rusos se impusieran. Detrás de la historia de la ascendencia osetia, sin embargo, subyace la insinuación de que esto explicaría el

salvajismo de la posterior tiranía de Stalin, ya que una creencia ampliamente difundida considera que la gente de la montaña es menos civilizada que los habitantes de las ciudades ubicadas en los valles. Más aún, para algunos georgianos tal genealogía los libera de la vergüenza de que se les relacione con tan célebre déspota. Ninguno de sus compañeros de escuela menciona nada de esto en sus memorias, pero casi seguro que durante su niñez se les prestaba atención[15]. Aunque Iósef Dzhughashvili creció orgulloso de pertenecer por nacimiento y cultura al pueblo georgiano, puede haber disimulado una temprana sensación de ser diferente de la mayoría de los otros chicos de la ciudad.

Las historias que Stalin contó a sus amigos y parientes desde la década de los treinta en adelante son una de las principales fuentes para saber qué sucedió en su infancia. Sin embargo, casi no hace falta insistir en que era un mentiroso empedernido e, incluso cuando no mentía directamente, a menudo exageraba o distorsionaba la verdad. Las historias que solía contar acerca de su niñez hacían frecuentes referencias a los estallidos de violencia alcohólica de Vissarión, pero todas sus historias deben ser tratadas con precaución. Cuando en 1931 el escritor Emile Ludwig le preguntó a Stalin acerca de su niñez, éste rechazó enérgicamente toda insinuación de maltrato. «No —afirmó—, mis padres no eran gente instruida, pero de ningún modo me trataron mal»[16]. Esto no se corresponde con otros recuerdos suyos. A su hija Svetlana le contó cómo se enfrentó a su padre y le arrojó un cuchillo cuando estaba golpeando una vez más a Keke. El cuchillo no dio en el blanco. Vissarión se abalanzó sobre el joven Iósef, pero no fue tan rápido como para alcanzarlo. Iósef salió corriendo y los vecinos lo escondieron hasta que la furia del padre se calmó[17].

Las memorias de sus amigos afirman, sin excepción, que Beso era un padre brutal. También se ha dicho que Keke no era reacia a darle palizas a su hijo[18]. Si esto fuera cierto, la casa de los Dzhughashvili habría estado llena de violencia, y el pequeño Iósef habría crecido dando por sentado que ése era el orden natural de las cosas. Tal vez dijo lo contrario cuando fue entrevistado por Ludwig porque tuvo la sensación de que se estaba tratando de buscar una causa psicológica que explicara su severidad política. No hace falta ninguna sofisticación psicoanalítica. Al igual que mucha gente

que ha sido maltratada en la infancia, Iósef creció buscando a otros a los que pudiera maltratar. No todos aquellos que son golpeados por sus padres adoptan una personalidad asesina. Sin embargo, algunos sí, y parece ser que lo hacen más a menudo que el resto de la sociedad. Lo que hizo que las cosas fueran peores para el posterior desarrollo de Iósef fue que la violencia de su padre no era ni merecida ni predecible. Apenas puede sorprender que creciera con una fuerte tendencia al resentimiento y la venganza.

Keke Dzhughashvili era estricta con él, pero también le abrumaba con atenciones y afecto. En un momento en que bajó la guardia con el comandante del ejército soviético Gueorgui Zhúkov, durante la Segunda Guerra Mundial, Stalin dijo que ella nunca le había permitido estar fuera de su vista hasta que tuvo seis años. También dijo que había sido un niño enfermizo[19]. Esto era expresarlo de una manera suave. Alrededor de los seis años cayó enfermo víctima de la viruela. Su madre estaba enloquecida. La viruela era casi siempre una enfermedad mortal y durante un tiempo ella creyó que iba a perderle. Las familias pobres como los Dzhughashvili no podían permitirse la visita del médico ni las medicinas. En estos casos, la mayoría de la gente de Gori conservaba la fe en los métodos tradicionales de curación. Se mandó llamar a una curandera —a la que Stalin luego llamaría una *znajarka* cuando hablaba en ruso— para que tratara a Iósef. Contra todo pronóstico, se recuperó. Las únicas secuelas se limitaron a las marcas en el rostro. Iósef Dzhughashvili se había salvado por poco. Esta situación se repetiría en los años siguientes. Aunque Iósef era propenso a las enfermedades, su capacidad de recuperación física le ayudaba[20].

No sería sorprendente que la crisis hubiera reforzado la actitud protectora de la madre. La desilusión que Keke sentía respecto de su marido se sublimaba en las grandes esperanzas que tenía puestas en su hijo Iósef, y el hecho de que fuera el único hijo que le había sobrevivido intensificaba su preocupación por él. Keke era la típica mujer georgiana de la época. No tuvo ninguna oportunidad de salir del círculo vicioso de la pobreza. Lo mejor que podía hacer era ganar algún dinero limpiando y cosiendo para familias mejor situadas. Así mitigaba un poco la miseria. El cambio a mejor tendría que esperar a la siguiente generación. Iósef era su única esperanza.

Pero ella no podía retenerlo en casa para siempre. Iósef tenía su propio modo de ver las cosas y quería ser aceptado por los demás chicos. Sin embargo, cuando Iósef empezó a salir a la calle tuvo que enfrentarse a otro desafío. Los muchachos de Gori formaban pandillas en cada uno de los pequeños barrios. Había mucho jaleo. También mucha mezcla de los diversos grupos nacionales. Los chicos que podían cuidar de sí mismos en los combates de lucha que se organizaban sin que los adultos lo supieran eran respetados. Las peleas a puñetazos eran frecuentes. A Iósef, que había estado pegado a las faldas de su madre, le llevó tiempo hacerse valer. Su contemporáneo Kote Charkviani escribió: «Antes de matricularse en la escuela no pasaba un día sin que alguien le pegara y, entonces, o se iba a la casa llorando o la emprendía con algún otro»[21]. Pero, como señaló Charkviani, Iósef estaba decidido a triunfar. No importaba cuántas veces lo derribaran, se levantaba y peleaba. Se saltaba las reglas si eso le ayudaba a ganar. Iósef era astuto. También era ambicioso: siempre quería liderar la pandilla y se sentía contrariado cuando no lo conseguía.

Por su parte, la madre seguía adorándolo y encaminándolo a la carrera eclesiástica; y él tenía que asentir siempre que ella estaba cerca. Era obligatorio ir a la iglesia regularmente. Pronto Iósef despertó la atención de figuras influyentes de la ciudad. Iósef era temeroso de Dios y brillante. Era exactamente la clase de chico que los sacerdotes deseaban admitir en la escuela religiosa de Gori, especialmente teniendo en cuenta el deseo de la madre de que su hijo ingresara en el sacerdocio. Se le concedió una plaza en el verano de 1888, cuando tenía diez años. Sus estudios comenzarían en septiembre.

Pese a que la familia Dzhughashvili era pobre, le estaban ofreciendo una oportunidad que sólo tenían unas pocas docenas de niños en toda la ciudad: se le iba a dar una educación. Recibiría una pequeña ayuda de tres rublos al mes[22]. De un recuerdo de Vano Ketsjoveli proviene un retrato suyo al comenzar los estudios[23]:

> Vi (…) que entre los alumnos estaba parado un chico al que no conocía, vestido con un largo *ajaluji* [una sencilla túnica de tela] que le llegaba hasta las rodillas, con botas nuevas de bordes altos. Tenía

> un grueso cinturón de cuero fuertemente atado a la cintura. En la cabeza llevaba una gorra picuda hecha de tela negra con una punta charolada que brillaba al sol.

Ningún otro usaba un *ajaluji* ni unas botas semejantes, y los demás alumnos lo rodearon mirándolo con curiosidad. Obviamente su madre deseaba verdaderamente vestir a su hijo lo mejor posible; lo había mimado desde que nació. Ella nunca había ido a la escuela, y probablemente no entendía que al vestirlo de un modo diferente no le hacía ningún favor frente a sus compañeros.

Gradualmente comenzó a independizarse de ella. Cuando no lo veía, se quitaba el cuello blanco y se mezclaba con los otros chicos por la calle[24]. Adoptó la misma conducta en la escuela. Todos los relatos de primera mano registran su beligerancia ante cualquier rival. Pero también era devoto, trabajador y decidido a triunfar, y el camino que estaba transitando le ofrecía la oportunidad de salir de la pobreza que debía soportar en su casa.

Su inteligencia y diligencia fueron reconocidas. Los que lo rodeaban enseguida notaron sus rarezas: era voluble, astuto y susceptible. Pero todavía nadie tenía la sensación de que estos rasgos de su carácter llegasen a ser anormales. Había tenido una infancia mucho más dura que la mayoría de los otros niños de la ciudad y muchas cosas se le perdonaban. Sólo de forma retrospectiva se hizo detectable la combinación de factores que dañaron de forma permanente su personalidad. Fue maltratado por su padre, al que odiaba. Al mismo tiempo, su madre lo trataba como si fuera una persona muy especial; se esperaba mucho de él. Al ser hijo único, su madre lo malcrió. Esto sólo puede haber incrementado su resentimiento ante el modo en que su padre se comportaba con él. Los mimos de Keke lo protegieron durante un tiempo de los rudos juegos de los chicos del lugar. Pero la voluntad de probarse a sí mismo seguía presente en él y la recurrente violencia de su padre le sirvió como modelo de la clase de hombre que quería ser. Aunque quería convertirse en sacerdote, también quería probar su fuerza. No había conocido la benevolencia por parte de su padre; no mostraría ninguna con quienes se interpusieran en su camino. No era el más fuerte de la calle, pero lo compensaba utilizando métodos que

otros evitaban. Su deseo constante era estar en la cima y permanecer allí: ésta fue una de las pocas actitudes que compartían su padre y su madre, si bien cada uno a su modo.

La infancia del joven Dzhughashvili no predeterminó la carrera de Iósef Stalin. Hubo demasiadas contradicciones en su personalidad y en el trato que le dieron sus padres como para predecir un único resultado. Muchas cosas más tendrían que ocurrir antes de que llegara a forjarse su perfil psicológico, y esto incluyó tanto sus experiencias particulares como los acontecimientos en el mundo. Y, sin embargo, si Iósef no hubiera tenido esas experiencias infantiles no habría habido un Stalin. Para que crezca un árbol tiene que haber una semilla.

LA EDUCACIÓN DE UN SACERDOTE

Iósef necesitó algo de tiempo para obtener un rendimiento completo de esta oportunidad. Como no había hablado el ruso en su casa, permaneció en las clases preparatorias durante dos años. Pero demostró que podía aprender con rapidez y logró asimilar lo suficiente del idioma como para pasar de la clase de los principiantes. Comenzó el curso completo en septiembre de 1890[1]. A Beso Dzhughashvili nunca le había gustado la idea de que su hijo estudiara. En algún momento, cuando Iósef empezaba el curso en la escuela religiosa de Gori[2], hubo una terrible discusión entre Beso y Keke. El iracundo Beso triunfó y se llevó con él a Iósef de vuelta a Tbilisi para que trabajara en la fábrica de zapatos de Adeljánov. Iósef se convertiría en aprendiz y el plan de Keke de que entrara en el sacerdocio se frustraría[3]. Beso era un borracho y un artesano fracasado, pero su actitud no era inusual. Insistía en que un trabajo que era suficientemente bueno para él, era igualmente adecuado para su vástago.

Las autoridades consideraban la fábrica de zapatos de Adeljánov una de las más respetables de Georgia por el trato a sus ochenta trabajadores ya que, al contrario que las fábricas rivales, tenía su propia atención médica. Aun así, la mayoría de la gente pensaba que Emile Adeljánov, que había abierto su empresa en 1875, era un cruel explotador de su fuerza de trabajo. Los salarios eran bajos y las condiciones especialmente duras para los jóvenes: incluso las propias autoridades se preocupaban por el elevado número de jóvenes que había empleado Adeljánov y por los efectos que tendría sobre su salud crecer encerrados en un lóbrego edificio rectangular[4]. Adeljánov no era un filántropo. Cuando a finales del siglo, las condiciones del mercado se volvieron contra él, al instante recortó los

salarios. El resultado fue una huelga que se peleó a muerte[5]. Sin embargo, a Beso Dzhughashvili el reclutamiento de menores para rebajar los costes le atrajo claramente. El dinero extra, aunque inicialmente fuera poco, llegaría a ser útil: Iósef podría comenzar a mantenerse solo. No vería mucho del centro de Tbilisi con sus palacios, catedrales y grandes establecimientos. Se alojaron en un cuarto barato en el barrio de Avlabari, en la orilla izquierda del río Mtkvari, y cada día pasaban junto a la prisión Meteji y cruzaban el puente hasta llegar a las calles sinuosas y empedradas del barrio de Ortachaala, donde se encontraba la fábrica. El primer encuentro de Iósef con el capitalismo fue cruel, rudo y deprimente.

Y, sin embargo, no podía dejar de notar lo diferente que era Tbilisi de Gori. En los alrededores de la fábrica de zapatos de Adeljánov se mezclaban las culturas. Aparte de la fábrica de zapatos Mantashov, rival de la otra, habían sinagogas para los judíos de Tbilisi, algunas iglesias armenias y una media docena de iglesias georgianas. Allí cerca estaban los baños de sulfuro que habían sido usados por el gran poeta ruso Alexandr Pushkin a principios de siglo. Toda el área, incluyendo el burbujeante curso del río Mtkvari, se extendía a lo largo de surgentes de agua caliente valoradas por sus propiedades medicinales. Durante el tiempo que pasó en la fábrica, Iósef Dzhughashvili pudo ver que existía un mundo más amplio que experimentar que el que posiblemente había llegado a imaginar cuando estudiaba en Gori.

Si Beso se hubiera salido con la suya, no habría habido Stalin y la historia del mundo habría sido diferente. Para llegar a la cumbre del Partido Comunista Ruso en la década de los veinte era esencial tener una pluma fluida y convincente; y por mucho que criticara a los sacerdotes que le enseñaron, Iósef siempre les debería su educación. También debía agradecer a su madre que no se diera por vencida. Mirando por el bien de su hijo ausente, fue a ver a los sacerdotes de Gori y consiguió que la ayudaran a obligar a Beso a que liberase a Iósef del trabajo en la fábrica. Beso cedió y unos pocos meses después Iósef volvió a su pupitre en la escuela religiosa. No resulta sorprendente que no se hubiera convertido en un buen zapatero en ese breve período. Sus tareas se habían limitado a traer y llevar materiales a los adultos de la fábrica. Pero había visto lo suficiente de la

manufactura contemporánea como para querer evitar que la experiencia se repitiese. Resultó ser la única oportunidad que tuvo de conocer de forma directa el trabajo industrial, pero ni una sola vez se refirió a ello por escrito. Aunque en los años posteriores escribiría sobre «la clase obrera» y «el sistema fabril», se inspiró en su mayor parte en las conversaciones que tuvo con trabajadores del tipo que él nunca llegó a ser.

Beso Dzhughashvili empezó a desaparecer de las vidas de Keke y de Iósef. No se sabe cuántas veces regresó a Gori, si es que hubo alguna. Lo que es seguro es que nunca volvió a vivir allí por mucho tiempo. La bebida parece haberlo dominado mientras pasaba de un trabajo a otro. Según una leyenda, Iósef asesinó a Beso. No se ha encontrado ni la más mínima prueba de ello y la verdad es probablemente mucho más prosaica. Beso, después de haber convertido su vida en un desastre, tuvo que arreglárselas él solo. Trabajaba en fábricas, bebía en la taberna y finalmente perdió todo control sobre sus actos. Según algunas historias, murió antes del cambio de siglo; pero lo más probable es que Beso, solo y acabado, muriese de cirrosis hepática en 1909[6].

En ausencia de Beso, Iósef quedó bajo el cuidado exclusivo de su madre. No está claro cómo se tomó Iósef la ruptura del matrimonio de sus padres y la partida de su padre. Pero se conservan indicios. Cuando publicó unos poemas entre 1895 y 1896, uno de sus seudónimos fue «Besoshvili». Está claro que no se trataba de una elección casual. Tampoco lo era la referencia en uno de sus primeros artículos al modo en que la economía capitalista ponía a los artesanos independientes bajo una enorme presión comercial y obligaba a la mayoría de ellos a abandonar sus talleres para buscar trabajo en una fábrica. La conclusión es inevitable. Iósef no compartía lo que su padre ambicionaba para él. No le gustaba que le pegasen. Se había enfurecido ante las exigencias y el comportamiento insoportables de Beso. Pero Iósef era un chico tan reflexivo como sensible. Cuando comenzó a pensar como un marxista, empezó a ver a Beso como una víctima de la historia[7]. Esto seguramente no habría pasado si, en su fuero interno, Iósef no hubiese conservado un sentimiento de afecto y comprensión hacia su padre. Esto puede parecer paradójico. Stalin, la víctima de Beso, conservó pensamientos afectuosos hacia el hombre que lo

había maltratado. No es una reacción inusual. El hecho de que Beso hubiese desaparecido de su vida probablemente le ayudó a superar sus recuerdos.

De vuelta en Gori, Iósef retomó la vida de la iglesia, la escuela y la calle. Fue un período lleno de acontecimientos. Un día, mientras estaba parado a la puerta de la iglesia, Iósef fue atropellado por un faetón. Era un carro tirado por caballos, que normalmente tenía dos o tres asientos para los ocupantes, flejes de suspensión primitivos y un juego de ejes simple. No tenía capota ni techo y era una de las formas más baratas de carruaje. El que lo conducía ese día en Gori perdió el control del caballo. El faetón se abalanzó con fuerza hacia la multitud que estaba junto al muro de la iglesia y el joven Iósef Dzhughashvili no logró apartarse a tiempo. Pudo haber sido un accidente fatal[8].

Aunque el brazo izquierdo y las piernas del chico quedaron gravemente dañadas, se recuperó enseguida[9]. Muy pronto asistía de nuevo a la escuela. El daño físico, sin embargo, fue permanente. Le quedó el brazo izquierdo más corto y carente de flexibilidad. Por eso el ejército imperial no le llamaría a filas entre 1916 y 1917. Así pues, un caballo desbocado, al atrepellar al joven de Gori, fue el instrumento que lo salvó de una posible aniquilación en la Gran Guerra. El accidente lo dejó desgarbado y aparentemente molesto por su apariencia. Y así otro elemento de tensión psicológica se añadió a la lista. La lesión tampoco contribuía a mejorar su habilidad en las competiciones de resistencia entre los muchachos de la ciudad. Pero Iósef estaba decidido a probarse a sí mismo. Su compañero de escuela Iósef Iremashvili recordaba cómo el joven Dzhughashvili siguió empleando métodos sucios para ganar a sus adversarios[10]. Nada lo satisfacía excepto la posición de líder. No pudo soportar que su amigo David Machavariani encabezara la pandilla de su calle. A veces se iba y se unía a otra pandilla antes que aceptar órdenes de Machavariani. Ésta era la clase de conducta que hizo que llegara a conocérsele por su «mal carácter».

Cuando esto no lo llevaba a ningún lado, aceptaba el liderazgo de Machavariani. Como todos los demás, tuvo que pasar por una serie de pruebas de iniciación para unirse a la pandilla. Los candidatos a ser miembros tenían que probar su habilidad corriendo una larga carrera, cometiendo un robo y sometiéndose a ser golpeados con una correa. Otros

miembros de la banda eran Péter Kapanadze y Iósef Davrishevi[11]. El joven Dzhughashvili nunca olvidó esos días y siguió en contacto con Péter hasta que ambos fueron ancianos[12]. Esos amigos recordaban a Iósef como un muchacho bastante torpe. Nunca pudo dominar las danzas tradicionales de Georgia. La *lekuri* (conocida en Rusia como la *lezguinka)* siempre estuvo fuera de su alcance. Los muchachos de la ciudad competían por quién la bailaba mejor. Cuando un compañero lo hacía mejor, Iósef se acercaba a su rival y le golpeaba en las piernas.

Su madre comenzó a trabajar como costurera en la casa de la familia Davrishevi y Iósef Dzhughashvili empezó a ver a Iósef Davrishevi con mucha frecuencia. Algunos días escalaban hasta la fortaleza que se alzaba sobre la ciudad para ver a los pájaros que anidaban en las murallas. Pero no siempre se llevaban bien. Iósef Dzhughashvili no se privaba de robar la comida de su amigo. Cuando estallaba una disputa, el padre de Davrishevi salía y les daba otro plato. Dzhughashvili justificaba su mal comportamiento diciendo a su amigo que había conseguido que recibieran el doble de la ración normal[13]. Sin embargo, a veces abusaba de su suerte. Aficionado a mostrar lo resistente que era, desafiaba a chicos más fuertes a pelear. Quedó muy lastimado después de que un chico de otra pandilla le derribara diez veces en una pelea. Su madre se lo llevó a la casa y se quejó al jefe de policía Davrishevi, pero éste le replicó: «Cuando un pote de arcilla se choca con otro de hierro, es el de arcilla el que se rompe y no el de hierro»[14].

Los desmanes de Iósef no se limitaban a sus peleas con otros chicos. El brillante estudiante de la escuela era un granuja en las calles. Entre sus víctimas estaba una mujer deficiente mental que se llamaba Magdalena. Su socio en el crimen era el jóven Davrishevi. Magdalena poseía un gato persa y los dos muchachos la molestaban atando una sartén a la cola del gato. El día de su santo se metieron en la cocina mientras ella estaba en la iglesia y le robaron un enorme pastel[15]. El asunto se resolvió sin demasiado alboroto, pero Davrishevi, que a duras penas podía declararse inocente, concluyó que esto demostraba que Iósef Dzhughashvili había sido desde siempre un elemento inmundo y perverso. Otro autor de memorias de su juventud, Iósef Iremashvili, tenía la misma opinión. Tanto Davrishevi como

Iremashvili le imputaban la principal responsabilidad a su amigo. Partiendo de los mismos recuerdos ambos aseguraban que Dzhughashvili tenía un papel destacado aun cuando nunca logró su objetivo de ser el líder de la pandilla. El joven Dzhughashvili era irritable, voluble y ambicioso; también se sentía frustrado: nunca suplantó a David Machavariani como jefe de la pandilla. Pero al parecer no aceptó esta situación. Le molestaba. Tenía talento y deseaba que los demás lo reconociesen. Se resistía a esperar. Los demás debían mostrarle más respeto del que por lo general le tenían.

Hubo además otro aspecto de mayor alcance en la formación de su carácter. Se crio cerca de las montañas de Georgia, donde persistían tradiciones de venganzas de sangre, y se ha sugerido que su propensión a la violencia, la conspiración y la venganza surgieron de esta cultura. Aquí hay una dificultad obvia. La mayoría de los georgianos que accedieron a las instituciones educativas durante el último período imperial tendieron a adaptarse a una visión de mundo menos tradicional. Si es cierto que le influyó la cultura montañesa, Iósef tuvo la peculiaridad de no apartarse de ella. No todos los georgianos eran obsesivamente vengativos. La habitual insistencia en buscar compensación por una ofensa no implicaba necesariamente el principio de ojo por ojo y diente por diente. Las negociaciones entre el agresor y la víctima de —o sus parientes— eran una alternativa para solucionar el problema. Había algo muy extraordinario en el carácter vengativo de Iósef Mientras crecía, se hacía conocido por esta característica suya: gozaba derrotando a sus rivales, nunca se conformaba simplemente con vencerlos. La cultura popular georgiana hacía mucho hincapié en el honor. Éste implicaba lealtad a la familia, a los amigos y a los protegidos. En contraste, Iósef no se sentía obligado con nadie por mucho tiempo. Más tarde ejecutaría a parientes políticos, líderes veteranos que fueron sus compañeros y grupos enteros de comunistas de los que había sido jefe. En apariencia era un buen georgiano. Nunca dejó de venerar la poesía que amaba en su juventud. Ya en el poder, fue anfitrión de copiosas cenas a la manera caucásica. Le gustaba la diversión; mecía a los niños en sus rodillas. Pero no tenía un sentido tradicional del honor. Si conservó algunas actitudes y costumbres de su niñez, también hubo muchas que

abandonó. La historia del siglo XX habría sido mucho menos sangrienta si Iósef Dzhughashvili hubiese sido mejor georgiano.

No sólo la cultura popular, sino también la literatura georgiana influyeron en él. Amaba los clásicos nacionales, especialmente la poesía épica de Shota Rustaveli, un poeta del siglo XIII al que los georgianos veneraban como su Dante[16]. Otro de sus preferidos era Alexandr Qazbegi, cuya historia *El parricida* había sido publicada con gran éxito en 1883. Iósef la adoraba. El personaje principal se llamaba Koba. El argumento contenía episodios de la historia de la gran resistencia liderada por Shamil contra el imperialismo ruso en la década de los cuarenta. Koba era un *abrek*. Este término no alude simplemente a un ladrón, sino a un montañés con temeraria hostilidad hacia cualquier autoridad. Para vivir, los *abreks* recurren tanto a la astucia como a la violencia, pero no atacan a la gente común. Su código de honor les permite ser despiadados y les incita a ello. Lo que castigan es la traición. No esperan que la vida sea fácil o que Dios los libere del infortunio, y *El parricida* sugiere que se puede esperar la traición por parte de amigos allegados. Pero la venganza es dulce; los *abreks* siempre perseguirán hasta la muerte a quienes les han hecho algún mal. Koba declara: «¡Haré llorar a sus madres!».

Los *abreks* causaron a la sociedad civil daños mucho mayores de los que Qazbegi admite. Como escritor urbano de Georgia, se esforzó por demostrar que las viejas costumbres del Cáucaso tenían una cierta nobleza. Escritores rusos como Pushkin, Lérmontov y Tolstói también incorporaron bandidos caucásicos a sus obras, pero rara vez —hasta el *Hadji Murat* de Tolstói en 1912— lograron presentar una visión convincente, y desde dentro, de la mentalidad de los proscritos de las montañas. Qazbegi no estaba a su altura como figura literaria, pero su popularidad entre los lectores georgianos fue enorme en el momento. Su tratamiento de la resistencia de Shamil omitía las referencias a sus proyectos islamistas. Brindó a los georgianos un sentido de orgullo nacional. Ofrecía un retrato admirable de las violentas tradiciones de las montañas: sangrientas rencillas, venganza, honor personal y vida fuera de la ley. Era una visión romántica más extrema en sus aspectos particulares que cualquiera de las que presentaban Walter Scott, lord Byron o Alexandr Pushkin. Qazbegi

daba a entender que los valores dominantes en las ciudades y pueblos de Georgia —el cristianismo, el comercio, la educación, la ley y la administración— eran inferiores a las creencias y costumbres salvajes de los habitantes de las montañas.

Gori está en un valle y sus habitantes no eran rudos montañeses que vivieran del robo, el secuestro y el asesinato. Sin embargo, uno de sus amigos de la escuela recordaba lo impresionado que estaba Iósef por la obra de Qazbegi[17]:

> Koba era el ideal de Soso y la imagen de sus sueños. Koba se convirtió en el Dios de Soso, en el sentido de su vida. Quería ser un segundo Koba, un luchador y un héroe —como él— cubierto de gloria (…). Desde entonces adoptó el nombre de Koba, de ningún modo quería que lo llamáramos de otra manera.

Las obras literarias admiten interpretaciones diversas. La historia de Qazbegi es excepcionalmente directa, y la posterior preocupación de Stalin por la venganza y el honor personal indican que el mensaje primordial de la obra se transmitió con éxito.

Uno de los acontecimientos más horribles de la infancia de Iósef debería interpretarse en relación con esto. Cuando Iósef era alumno de la escuela, dos «bandidos» fueron colgados en el patíbulo en el centro de Gori. Este suceso dejó una profunda huella en la mente del niño, y muchos años después —cuando se publicaron detalles biográficos sobre él— permitió que se reprodujera el relato del ahorcamiento. Con frecuencia sus biógrafos han presentado su recuerdo de esos hechos como una prueba de su singularidad psicológica. Que Iósef desarrolló un gran «trastorno de conducta» es casi innegable. Pero no fue el único que presenció o recordó el ahorcamiento. Fue el acontecimiento más destacado de Gori en el último cuarto del siglo XIX. Sucedió lo siguiente. Un policía montado a caballo perseguía a dos montañeses para intentar apoderarse de su vaca. Ellos se resistieron. En el altercado que siguió le dispararon. Los enfrentamientos entre los bandidos y la policía no eran desconocidos en Gori y en los alrededores. Los tiroteos eran cosa frecuente. Generalmente los habitantes

de la ciudad solían ponerse en contra de la policía. El odio a la autoridad estaba muy extendido. La defensa de la familia, la propiedad y la aldea natal se consideraban justificados a pesar de la legislación imperial. Así que cuando los bandidos capturados fueron sentenciados a muerte, el interés de la gente —y no sólo el de Iósef— fue enorme[19].

El jefe de policía Davrishevi había previsto la posibilidad de desórdenes cerca del patíbulo, de modo que le prohibió a su propio hijo que saliera de casa. Iósef Dzhughashvili fue a ver la ejecución acompañado por otros dos amigos. ¿Qué fue lo que vieron? La popularidad de los convictos llevó a las autoridades a ordenar a los tamborileros que desfilarán por la plaza y no dejaran de tocar con fuerza. La sentencia se anunció en ruso. Era justo lo que no había que hacer si se quería tranquilizar el ánimo de los espectadores. Alguien arrojó una piedra cuando el verdugo, protegido por soldados, iba a cumplir su cometido. Estallaron los disturbios. La policía estaba al borde del pánico cuando los bandidos fueron colgados. La muerte no llegó enseguida. Las sogas no habían sido bien atadas y las víctimas tardaron un tiempo insoportable en morir[20]. Los habitantes de la ciudad no creían que las víctimas merecieran tan terrible castigo. Los bandidos no habían infringido el código de honor local: estaban protegiendo lo que creían que era suyo. Eran héroes locales. El joven Davrishevi, él mismo hijo de uno de los oficiales de más alto rango de la ciudad, los describió como «santos mártires»[21]. Cuando Iósef y sus compañeros presenciaban el ahorcamiento, participaban del sentimiento general.

Esto no significa negar que Iósef sentía una atracción particular por la violencia en el trato hacia los enemigos. El Imperio estaba castigando a los subditos rebeldes. Los habitantes de Gori debían soportarlo sin poder hacer nada para detener el proceso. Ni Iósef ni sus amigos dejaron registro alguno de sus impresiones. Pero no sería improbable que él llegara a la conclusión de que el poder estatal era un factor insoslayable y determinante en la sociedad y que, para que se produjese algún cambio sustancial, sería necesario usar la fuerza para enfrentarse al orden establecido. También pudo haber pensado que el castigo drástico de los delincuentes ayudaba a afianzar un régimen. Sin duda hubo muy poco en sus primeros años que

fomentara un punto de vista sobre los asuntos humanos en el que no hubiera lugar para la violencia con un propósito determinado.

Iósef completó su curso al final del verano de 1894, la junta de la escuela religiosa de Gori lo recomendó para que ingresara en el Seminario de Tiflis y le dieron un certificado[22]. Su conducta en la calle no era la misma que en clase, donde era un muchacho que se portaba bien y un estudiante aplicado al que se aplaudía. Aprendió con gran rapidez el ruso, aunque su acento siguió siendo marcadamente georgiano; estudió aritmética, literatura y la Biblia. Su aplicación en Gori había sido ejemplar y había demostrado tener una magnífica memoria y agilidad mental. Iba a la iglesia con regularidad y tenía una buena voz, una ventaja para un aspirante a sacerdote, ya que los servicios de la Iglesia Ortodoxa siempre han hecho hincapié en los cánticos. Los sermones no eran corrientes y había pocos deberes pastorales fuera de la liturgia. Iósef era obediente. En Gori se lo recordaba como «muy devoto». Uno de sus compañeros de estudios, cuando en el año 1939 se le preguntó qué recordaba de entonces, dijo que Iósef había asistido puntualmente a todos los servicios religiosos y que había dirigido el coro de la iglesia: «Recuerdo que no sólo realizaba los ritos religiosos, sino que también nos hacía reparar siempre en su significado»[23].

Pese a la interrupción a causa de la enfermedad y del empleo en la fábrica, se puso a la altura del resto de los alumnos. La junta de la escuela estaba impresionada. En el título que recibió había excelentes calificaciones en todas las materias, excepto en aritmética (ésta no fue una carencia permanente: posteriormente resultó ser muy cuidadoso y efectivo cuando tenía que controlar las tablas estadísticas que le remitían sus subordinados)[24]. El director de la junta escribió en el título un «excelente» junto a la categoría de conducta. También obtuvo calificaciones óptimas en otras materias: antiguo Testamento, Nuevo Testamento, catecismo ortodoxo, liturgia, ruso y eslavo eclesiástico, georgiano, geografía, caligrafía y música religiosa rusa y georgiana. Obtuvo un cuatro en lugar de un cinco en griego antiguo[25]. Pero los borrones eran escasos. Iósef Dzhughashvili había completado el curso en la escuela religiosa de Gori con distinciones. El mundo eclesiástico georgiano se hallaba a sus pies. Pero era un muchacho

con una personalidad compleja que hacía que sus allegados se sintieran incómodos. Con talento para el estudio, deseaba ser admirado como un chico valiente en las calles. Amaba a su madre y aceptaba las ambiciones que ella tenía para él, pero era lúcido y tenía sus propias ideas. Los sacerdotes escribían sobre él en términos muy elogiosos. Y, sin embargo, sus amigos, cuando llegaron a escribir sus memorias, recordaban ciertos hechos o detalles que tuvieron eco en su carrera posterior. Cabe la posibilidad de que inventaran o exageraran las cosas. Pero probablemente tenían razón en que Iósef Dzhughashvili era, en efecto, Stalin en potencia.

POETA Y REBELDE

Iósef Dzhughashvili se marchó a Tbilisi a la edad de quince años, en septiembre de 1894. Esta vez no fue a la fábrica de zapatos de Adeljánov, sino al Seminario de Tiflis. Tiflis era la variante extranjera más utilizada del nombre georgiano Tbilisi; no sólo se usaba en ruso, sino también en otros idiomas europeos. Fundado por las autoridades del Imperio ruso, el Seminario de Tiflis estaba en la parte alta de la calle Pushkin, en el corazón de la ciudad. Aunque el alojamiento y la comida eran gratuitos, Iósef Dzhughashvili tuvo que pagar por las clases que recibía. Esto habría sido un problema si no hubiese podido ganar una paga fija de cinco rublos por cantar en la catedral de Zión, junto al río Mtkvari[1]. No era el único alumno de la escuela religiosa de Gori que se marchaba a Tbilisi. En el Seminario había también amigos de su edad procedentes de Gori, incluyendo a Péter Kapa-nadze, Iósef Iremashvili, Vano Ketsjoveli y M. Davitashvili (Iósef Davrishevi, cuyo padre ganaba un sueldo digno, pudo pagar los honorarios del Primer Gimnasio Clásico de Tbilisi)[2]. La soledad no iba a ser un problema para Iósef Dzhughashvili.

Llegaba a la capital del poder imperial ruso en el sur del Cáucaso. A finales del siglo XIX Tbilisi era la ciudad más grande de esa zona del Imperio ruso con una población de 350.000 habitantes —solamente Bakú, a orillas del mar Caspio, con 220.000, se le acercaba remotamente—. El virrey residía allí y gobernaba a muchos pueblos de la región, desde las laderas septentrionales de la cordillera del Cáucaso hasta la frontera con el Imperio otomano al Sur, en nombre del emperador Nicolás II. Los reyes de la Georgia oriental habían elegido Tbilisi como capital por buenas razones. Al igual que Gori, estaba surcada por el río Mtkvari, que corría hacia el

Norte desde las montañas de Turquía; aún más importante en siglos anteriores había sido el hecho de que atravesaba una de las antiguas rutas de caravanas que habían hecho posible el comercio entre Asia central y Europa. A fin de consolidar el lugar que Georgia habría de ocupar de forma permanente en el Imperio ruso, el gobierno de San Petersburgo construyó la carretera militar georgiana desde Vladikavkaz a Tbilisi. Esta ruta iba de Norte a Sur (el ferrocarril que unía el sur del Cáucaso con Rusia iba desde Bakú hasta la costa del Caspio). Dos cuerpos de ejército tenían su base en la guarnición de la orilla oriental de Tbilisi. Después de completar la conquista de la región en la primera mitad del siglo XIX, los Románov asignaron el personal, las comunicaciones y la fuerza necesaria para conservarla.

Tbilisi, a diferencia de Gori, tenía una población multinacional dentro de la cual los propios georgianos eran una minoría. Junto con ellos había rusos, armenios, tártaros, persas y alemanes. Los rusos vivían en la parte central de la orilla oriental. Los bazares armenios y persas se encontraban cerca de allí. Los georgianos tenían su distrito al otro lado del río. Al norte de ellos vivían inmigrantes alemanes que se habían trasladado allí, procedentes principalmente de Württemberg, invitados por el emperador Alejandro I.

Así que Iósef asistió a un choque de culturas mucho más intenso que en Gori. El barrio ruso del centro poseía el Ayuntamiento, el palacio del virrey, los cuarteles del Estado Mayor, la catedral ortodoxa y otras iglesias, el Banco Imperial, la Biblioteca Pública y el Museo Militar. Las calles eran rectas, los edificios altos y de reciente construcción. El barrio alemán se distinguía por su limpieza y el orden social que allí reinaba. Los armenios y persas, que eran los grandes negociantes de la ciudad, poseían bazares ruidosos y concurridos donde se comerciaba con platería, alfombras y especias. Los comerciantes georgianos se especializaban en comestibles, pescado y calzado. En la parte sudoriental de la ciudad estaban las fábricas y la prisión, que Iósef conocía desde los tiempos en que trabajó para Adeljánov. Había también una gran estación de tren y obras de reparación en el importante distrito de Didube. Por la ciudad circulaban soldados rusos de botas altas, tártaros con sus turbantes verdes y blancos (y sus esposas

cubiertas con túnica y velo) y alemanes cuidadosamente vestidos al estilo de Europa central. Estos mismos habitantes quedaban eclipsados por el esplendor de los comerciantes de las cumbres del Cáucaso con sus trajes tradicionales: osetios, kabardos, chechenos e ingushes.

Los georgianos tenían una influencia bastante limitada en los asuntos de la ciudad. Los funcionarios designados por San Petersburgo, por lo general rusos, se ocupaban de la administración y del mando de las fuerzas armadas. La banca estaba en manos de rusos y judíos y los armenios poseían las mayores empresas comerciales. La jerarquía rusa dominaba la Iglesia Ortodoxa Georgiana desde que, en 1811, el emperador Alejandro I había sancionado su incorporación a la Iglesia Ortodoxa Rusa. El Seminario de Tiflis en el que ingresó Iósef estaba sujeto a las autoridades eclesiásticas de San Petersburgo.

El Seminario era un gran edificio con un pórtico elevado de columnas corintias coronado por un frontón. Construido por el millonario azucarero Zubalishvili, la Iglesia Ortodoxa Rusa se lo había comprado en 1873 y le había dado un uso clerical. La fachada era rústica desde un punto de vista arquitectónico. No había escalones que condujeran al pórtico, que se había añadido más para exhibición que con fines prácticos. Las gentes del Cáucaso debían sentirse impresionadas ante la grandeza del poder imperial, y el Seminario simbolizaba la soberanía de los Románov tanto en los asuntos espirituales como temporales de la región. El resto del edificio era como un barracón[3]. Tenía cuatro pisos. Cerca de la entrada estaban el guardarropa y el refectorio. El primer piso albergaba una gran sala que se había convertido en capilla. El segundo y tercer pisos eran aulas y el cuarto se destinaba a los dormitorios. La decoración eran simple y los seminaristas carecían de intimidad. Un corredor abierto conectaba los dormitorios; las pertenencias personales estaban a la vista de todos. Las sotanas, los libros de texto y la Biblia eran los objetos habituales. Como sus compañeros del Primer Gimnasio Clásico, a mitad de camino bajando por la avenida Golovín, los seminaristas se preparaban para servir a Dios, al zar y al Imperio.

En la época de la llegada de Dzhughashvili, el exarca de Georgia era el arzobispo Vladímir. Desde 1898 el rector era Guermoguén, un ruso. El

inspector del Seminario era un georgiano llamado Abashidze. El clero ruso no se caracterizaba precisamente por tener convicciones políticas y sociales liberales. Los designados para el exarcado de Georgia eran incluso más reaccionarios de lo habitual en Rusia y algunos iban a identificarse públicamente con la causa del nacionalismo ruso en años posteriores. Muchos fueron antisemitas virulentos que propagaron ideas que hoy se reconocen como protofascistas. Mientras ejercían sus funciones en Georgia, consideraban que era su deber erradicar todo signo de afirmación nacional georgiana[4]. Llevaron al extremo su intolerancia. La lengua georgiana estaba severamente reprimida en el Seminario de Tiflis y se exigía a los estudiantes que hablaran y escribieran en ruso, so pena de ser castigados. El arcipreste Ioann Vostorgov, que influyó en la política educativa de la Iglesia en todo el Imperio ruso, proporcionó una justificación para esta medida. Sostenía que Tbilisi era una ciudad con un fuerte componente multiétnico y, por lo tanto, no tenía sentido privilegiar el georgiano sobre otras lenguas[5]. Algunos sacerdotes se referían al georgiano de forma menos cortés como «una lengua sucia»[6].

Las normas eran estrictas. A los seminaristas sólo se les permitía salir por la ciudad una hora al día. Había que tributar gestos de respeto al rector y a su personal. La disciplina se administraba desde la oficina del inspector Abashidze, situada a la izquierda del vestíbulo. Las faltas podían castigarse con el aislamiento. Las autoridades reclutaban informantes entre los seminaristas para erradicar la insubordinación. Sólo se podían tener los libros aprobados. Se hacían inspecciones regulares de los armarios. La comida era sencilla y sólo los que vivían en pensiones se libraban de una dieta compuesta principalmente por judías y pan. Los seminaristas se acostaban temprano y se levantaban a primera hora de la mañana. Apenas puede exagerarse la perplejidad de Iósef y sus compañeros recién llegados. En Gori siempre podían ir y venir a su antojo después de la escuela. El régimen del rector Guermoguén prohibía todo eso. Lo que empeoraba las cosas para Iósef era su edad. Estaba ya en la segunda mitad de su adolescencia cuando se fue de Gori. Normalmente, en el Seminario ingresaban muchachos de trece años. Al tener tres años más que la mayoría de los seminaristas de primer curso, Iósef era menos fácilmente maleable.

Los biógrafos de Stalin han tendido a subestimar la calidad de su curriculum. La razón es la de costumbre: han reproducido sin criticarlo lo que los enemigos de Stalin en el movimiento revolucionario publicaron sobre el tema. Para ellos, era un ignorante sin una educación adecuada. El propio Stalin reforzaba esta impresión. Como revolucionario, le disgustaba prestar atención a los beneficios que había obtenido del régimen imperial. De hecho, sólo los muchachos verdaderamente brillantes eran admitidos en el Seminario de Tiflis y la educación tenía un nivel más elevado que la de otras instituciones eclesiásticas menos prestigiosas. Había dos seminarios de ese tipo en Tbilisi: uno para los georgianos y otro para los armenios; atraían a los jóvenes que carecían del dinero necesario para ingresar en el Primer Gimnasio Clásico. Incluso algunos padres metían a sus hijos en los seminarios a sabiendas de que el curso les proporcionaría la cualificación necesaria para continuar la educación superior laica.

Estos estudios contribuyeron a formar a la persona que se convertiría en Stalin. Se daba por supuesto que el ruso y el eslavo eclesiástico ya se dominaban[7]. Se esperaba que los estudiantes del Seminario de Tiflis, reclutados entre lo mejor de las escuelas locales georgianas, abordaran una amplia gama de materias. La enseñanza de la vocación cristiana no era lo más importante al principio: no sólo estudiaban literatura e historia de Rusia, sino también griego y latín[8]. Desde luego, la pedagogía tenía una orientación política. De la literatura secular se escogían obras concebidas para justificar el gobierno imperial y la asignatura de historia se basaba en el libro de texto de D. I. Ilovaiski, cuya prioridad era alabar a los zares y enaltecer sus conquistas[9]. El itinerario básico exigía que los alumnos dominaran la *Anabasis* de Jenofonte y, en el cuarto año, que estuvieran familiarizados con la *Apología* y el *Fedón* de Platón[10]. Aunque el estudio de materias seculares no era tan amplio como en los gimnasios, proporcionaba a los alumnos una cultura bastante extensa teniendo en cuenta los parámetros europeos de la época.

Iósef empezó bien. En los exámenes del primer año, logró las calificaciones más altas en todas las materias, con una sola excepción[11]:

Sagradas Escrituras	5

Literatura rusa	5
Historia	5
Matemáticas	5
Georgiano	5
Latín	–
Griego	4
Canto eslavo eclesiástico	5
Canto georgiano imeretiano	5

Su paso por la escuela en Gori había hecho que no dominara el griego como otras materias (y, tal vez, su tardía entrada al Seminario le impidió comenzar con el latín).

En los cursos superiores del Seminario el programa incrementaba el énfasis en la fe cristiana y en la preparación práctica para el sacerdocio. En el sexto año Iósef Dzhughashvili sólo tenía una clase de griego a la semana y ya no había ni literatura ni historia de Rusia, ni tampoco ninguna ciencia ni matemáticas. En su lugar estudiaba historia eclesiástica, liturgia, homilética, dogma, teología comparada, teología moral, trabajo práctico pastoral, didáctica y, como antes, Sagradas Escrituras y canto eclesiástico[12]. El programa atormentaba a los jóvenes seminaristas. Todas las obras de la literatura rusa que estaban permitidas eran anteriores a Alexandr Pushkin. Otros clásicos no permitidos eran las novelas de Lev Tolstói, Fiódor Dostoievski e Iván Turguénev. La poesía y la prosa georgianas estaban prohibidas. Incluso Shotá Rustaveli, el poeta del siglo XIII, estaba prohibido[13]. El programa y las normas del Seminario de Tiflis constituían una afrenta a la sensibilidad nacional y las aspiraciones culturales, y el rector no tenía otra actitud que reforzar su autoridad mediante la vigilancia y el castigo. Mientras Iósef Dzhughashvili progresaba de año en año, sus simpatías se dirigían hacia aquellos que se oponían a los reglamentos. Inteligente y patriota, se negó a aceptar las condiciones establecidas. Conversaba en secreto con los seminaristas que sentían lo mismo. Cada vez que podían, socavaban el régimen impuesto.

La evolución personal de Iósef tenía una larga tradición. Ya desde los primeros años de su fundación el Seminario había dado problemas a las autoridades. La rebeldía era constante. Silva Dzhibladze, futuro marxista, fue expulsado en 1884 por agredir físicamente al rector. Dos años más tarde un tal Largiashvili, seminarista proveniente de Gori, dio un paso más y mató al rector de una puñalada[14]. Durante la Cuaresma de 1890, cuando Iósef Dzhughashvili estaba todavía en la escuela religiosa de Gori, los seminaristas de Tbilisi se declararon en huelga. Hartos de las interminables comidas a base de judías, se negaron a asistir a las clases a menos que se cambiara la dieta. Entre los cabecillas de la huelga estaban Noé Zhordaniia y Pilipe Majaradze[15]. Zhordaniia se convertiría en el líder del menchevismo georgiano y Majaradze, en un dirigente del bolchevismo georgiano. Sus exigencias se incrementaron hasta incluir también que se enseñara en georgiano y que se impartieran clases de historia y literatura georgianas. El boicot a las clases duró una semana y Zhordaniia y Majaradze elaboraron un periódico manuscrito en una campaña para conseguir apoyos[16]. En 1893 estalló otra huelga por la comida que llevó a la expulsión de Akaki Chjenkeli, Vladímir Ketsjoveli y Severián Dzhugheli. Todos ellos serían famosos marxistas. Mija Tsjakaia e Isidor Ramishvili también se afiliaron al movimiento marxista después de dejar el Seminario[17].

La Iglesia Ortodoxa Rusa se había convertido en la mejor agencia de reclutamiento para las organizaciones revolucionarias. Cada año las quejas específicas de los seminaristas eran las mismas: las limitaciones de los programas, la denigración de la cultura georgiana, la dura disciplina y las austeras comidas de cuaresma. El antagonismo de los sacerdotes a todo lo que fuera secular, nacional y moderno era francamente contraproducente. El rector Guermoguén y el inspector Abashidze le hicieron el trabajo a Karl Marx.

No hubo huelgas en la época en que Iósef estuvo en el Seminario. Pero la resistencia a las normas era sistemática y él se unía resueltamente a los rebeldes. Sus mentes estaban sedientas de un alimento intelectual distinto del que ofrecía el programa oficial. Fuera de allí, en la ciudad, encontraban lo que deseaban. Los seminaristas temían ser denunciados si pedían

prestados los libros prohibidos en la cercana Biblioteca Pública. En lugar de esto buscaban en las oficinas editoriales de *Iveria* y *Kvali* y en la librería de Zakaria Chichinadze. Allí podían leer y conversar acerca de los temas prohibidos por los sacerdotes. *Iveria* era editada por el poeta y crítico Ilia Chavchavadze. Aunque clamaba por la libertad cultural georgiana, Chavchavadze se abstenía de hacer las más tibias exigencias de reformas sociales y económicas. *Kvali,* de Guiorgui Tsereteli, era más radical. Salía todos los sábados, publicaba contribuciones de intelectuales críticos pertenecientes a un amplio espectro de tendencias, desde socialistas agrarios hasta marxistas (y en enero de 1898 Tsereteli se lo entregó todo a Noé Zhordaniia sin ponerle condición política alguna)[18]. Zakaria Chichinadze era simpatizante del socialismo. Chavchavadze, Tsereteli y Chichinadze tenían muchas divergencias, aunque coincidían en la necesidad de reformas y de que los georgianos lucharan con ese fin. Comprendían que la clave del éxito estaba en su campaña para ganar los corazones y las mentes de jóvenes como Iósef.

Como editores eran muy emprendedores. La censura imperial era un fenómeno variable. Rígida y entrometida en San Petersburgo, era más flexible en Georgia y en Finlandia. El estricto control sobre las ideas que mantenía el Seminario no se reproducía fuera de sus muros. Aunque las obras de manifiesto carácter nacionalista llamaban la atención, se permitía la publicación de estudios sobre temas sociales, económicos e históricos. Por otra parte, antes del cambio de siglo se pensaba que el peligro más acuciante para los Románov provenía de aquellos intelectuales que llamaban a la lucha armada, clamaban por la autonomía regional o inclusive por la secesión del Imperio ruso. Chavchavadze no representaba un desafío directo a la monarquía ni al orden social. Pero tampoco se consideraba a los marxistas como una amenaza importante, ya que aparentemente se preocupaban por las injusticias sociales y económicas; ninguno de ellos exigía la autonomía territorial georgiana, ni mucho menos, la independencia. El principal censor de Tbilisi, Guiorgui Zhiruli, admitía alegremente su ignorancia acerca del marxismo. Esta atmósfera hacía posible que existiera un vivo debate público. Los marxistas de Rusia debían contentarse con gruesos periódicos publicados en San Petersburgo y con la

aparición intermitente de periódicos editados por los emigrados[19]. El debate sobre el alma de la nación georgiana era intenso, ya que los conservadores, los liberales y los socialistas discutían entre sí.

Iósef Dzhughashvili tenía más seguridad en sí mismo que la mayoría de los seminaristas de primer curso. Había empezado a escribir sus propios versos y nada más llegar a Tbilisi comenzó a hacer intentos para publicarlos. Escribía sobre la naturaleza, la tierra y el patriotismo. Iliá Chavchavadze valoraba su talento. El primer poema de Iósef que fue publicado, «A la Luna», apareció en la revista *Iveria* en junio de 1895. La revista *Kvali*, de Guiorgui Tsereteli, no reaccionó con menos entusiasmo ante su obra y Iósef —firmando con seudónimos como «I. Dzhshvili» y «Soselo» para que no le descubrieran el rector y el inspector del Seminario — publicó seis poemas entre 1895 y 1896[20].

El poema «La mañana» era una obra conmovedora escrita en el estilo literario romántico por entonces habitual en los círculos literarios georgianos[21]:

El capullo rosado se abre.
Rápido se tiñe de pálido azul violáceo
Y agitada por una brisa ligera,
La lila del valle se inclina sobre la hierba.

La alondra ha cantado en el oscuro azul.
Volando más ato que las nubes,
Y el ruiseñor de dulce sonido
Canta desde los arbustos una canción a los niños.

¡Flor, oh mi Georgia!
¡Deja que reine la paz en mi tierra natal!
¡Y que vosotros, amigos, deis renombre
A nuestra patria con vuestros empeños!

Nadie afirmaría que este texto traducido es arte con mayúsculas, pero en el original georgiano tiene una pureza lingüística reconocida por todos. Los temas de la naturaleza y la nación apelaban a la sensibilidad de los lectores.

El educador Yákob Goguebashvili, que tenía contactos con los revolucionarios de Tbilisi[22], valoró tanto el poema que lo incluyó en las ediciones posteriores de su libro de texto escolar, *Lengua materna (deda ena)*[23].

Había un matiz nacionalista en los poemas de Iósef, aunque intentaba refrenarse para evitar irritar al censor de Tbilisi. Sus imágenes eran semejantes a las que utilizaban muchos escritores de los países oprimidos de Europa y Asia en aquel entonces: las montañas, el cielo, el águila, la patria, las canciones, los ensueños y el viajero solitario. La obra en la que más cerca estuvo de desvelar su orientación política fue un poema sin título dedicado «al poeta y cantor de los labradores, el conde Rafael Eristavi». Para Iósef, Eristavi se había identificado con la difícil situación de los labriegos pobres de la campiña georgiana[24].

> No en vano el pueblo te ha glorificado,
> Tú cruzarás el umbral de las edades
> ¡Oh, que mi país pueda elevarse!

Eristavi, nacido en 1824, era, además de poeta, etnógrafo y folclorista. Se centró en la necesidad de reformas económicas y sociales, lo que le convirtió en un indudable oponente del *statu quo* del Imperio ruso. Según uno de los compañeros de Seminario de Iósef, el poema dedicado a Eristavi se interpretó como revolucionario por su contenido[25]. Quizá sea una exageración, pero sin lugar a dudas había escrito una obra concebida para criticar el orden de cosas imperante.

La leyenda que hablaba del joven georgiano rechazado fue producto de la imaginación de Stalin. Fue bien recibido por la élite cultural georgiana. Desde que abandonó Gori no volvió, excepto para pasar unas vacaciones. Tbilisi le ofrecía la promesa de realizar sus ambiciones. Sus amigos, tanto los que provenían de familias ricas como pobres, sentían lo mismo. Ansiaban destacar en el mundo, lejos de la ciudad donde habían nacido.

Más tarde Stalin dio a entender que tanto él como sus camaradas entraban furtivamente en el establecimiento de Chichinadze y que, como andaban escasos de dinero, copiaban subrepticiamente en sus cuadernos los

textos prohibidos. Al parecer lo hacían por turnos para aliviar el dolor de mano. Es difícil imaginar una situación más improbable en un establecimiento bien organizado (lo que no quiere decir que los biógrafos se hayan privado de tomar la historia tal cual). Chichinadze estaba del lado de aquellos que se oponían al dominio ruso en Tbilisi. Cuando los seminaristas llegaron a su local, sin duda los recibió cordialmente; y si se hicieron copias, debió de haber sido con su permiso explícito o implícito[26]. La difusión de las ideas era más importante para la élite intelectual metropolitana que el mero beneficio económico. Era una batalla que los liberales apenas podían contribuir a ganar. La tienda de Chichinadze era como una mina que atesoraba el tipo de libros que los jóvenes querían. A Iósef Dzhughashvili le gustaba el libro de Víctor Hugo, *El noventa y tres.* Le castigaron por introducirlo clandestinamente en el Seminario; y cuando en noviembre de 1896, como resultado de una inspección, se encontró el libro de Hugo, *Los trabajadores del mar,* el rector Guermoguén dictaminó una «larga estancia» en la celda de aislamiento[27].

Según su amigo Iremashvili, el grupo también pudo acceder a textos de Marx, Darwin, Plejánov y Lenin[28]. Stalin se refirió a esto en 1938, afirmando que cada miembro había pagado cinco kopeks por tomar prestado el primer tomo de *El capital* de Marx durante una quincena[29]. Por mucho que les agradasen Ilia Chavchavadze y Guiorgui Tsereteli, no eran sus seguidores incondicionales. Algunas obras de Marx y de sus seguidores se publicaron legalmente en el Imperio ruso. Otras pasaban secretamente de mano en mano. La Iglesia Ortodoxa había perdido el desafío de retener a sus seminaristas más activos de la capital georgiana. La verdadera lucha se daba entre las distintas tendencias políticas y culturales que existían fuera del Seminario. Chavchavadze, un reformista conservador, esperaba un renacimiento de la cultura nacional; Tsereteli, un liberal radical, apuntaba a una reforma socioeconómica de base. Sin embargo, en la década de los noventa tenían que competir con defensores de las diversas corrientes del socialismo. El marxismo estaba en alza en Georgia y Iósef Dzhughashvili ya empezaba a sentirse atraído por sus propuestas.

En el momento en que su estancia en el Seminario de Tiflis estaba a punto de concluir Iósef se había alejado totalmente de las autoridades.

Había dejado de estudiar con esmero desde el segundo curso, cuando comenzó a interesarse por escribir y publicar[30]. Pero también se apartaba del mundo de la literatura. Pese al patronazgo de Ilia Chavchavadze y Guiorgui Tsereteli, ya no deseaba convertirse en poeta. Dejó de lado la oportunidad de unirse a la élite cultural georgiana. En su lugar se dedicó a estudiar el socialismo, la política y la economía. Después de haber resplandecido fugazmente como un pequeño meteoro que surcaba la escena literaria de Tbilisi entre 1895 y 1896, se esfumó con la misma velocidad. Podría parecer que dejó de escribir poesía por completo. Poca gente, aparte de sus editores y de sus más íntimos amigos del Seminario, sabía que había publicado algo (cuando Yákob Goguebashvili reimprimió «La mañana» en 1912, lo hizo con el seudónimo original)[31]. Dzhughashvili buscaba un modo de vida distinto de los que le ofrecían tanto el sacerdocio como los círculos literarios de Tbilisi. Su *alter ego* de militante de voz ronca proveniente de las profundidades de la sociedad estaba comenzando a emerger y, hasta donde sabía la mayoría de la gente, este personaje fue el único Dzhughashvili que existió.

Detestaba el régimen disciplinario del Seminario. Estaba al frente de un grupo que el 28 de septiembre de 1898 fue sorprendido leyendo material prohibido. Iósef incluso había hecho anotaciones en él[32]. El inspector Abashidze, exasperado por estas infracciones, informó:

> En el transcurso de un registro de las pertenencias de ciertos alumnos de quinto curso, Dzhughashvili, Iósef (V. I.) protestó varias veces a los inspectores, expresando en sus comentarios el descontento por los registros que se hacen de cuando en cuando a los seminaristas. En uno de ellos afirmó que tales registros no se realizan en ningún otro seminario. En general, el alumno Dzhughashvili es maleducado e irrespetuoso con las personas que ejercen la autoridad y sistemáticamente ha dejado de inclinarse ante uno de los profesores (A. A. Murajovski), como este último ha referido con frecuencia a los inspectores.
>
> Ha sido reprendido y confinado en la celda durante cinco horas por orden del padre rector.

Con su conducta, podría decirse que se estaba buscando problemas y la reacción del rector agravó la tensión en el joven. Era sólo cuestión de tiempo que Iósef tirara por la borda su vocación sacerdotal.

Aguantó casi hasta el final del curso. Hubo razones practicas para que lo hiciera. Una hoja de papel que certificara la finalización de los estudios en el Seminario, aunque rechazara entrar en el sacerdocio, le habría dado la cualificación (si hubiera tenido el dinero necesario) para ingresar en alguna de las universidades del Imperio ruso. Pero Iósef no disponía de ninguna fuente privada de ingresos y no tenía contactos con ninguna organización que lo pudiera mantener. Tendría que haberse ganado la vida empezando de cero. Así que su desaparición del Seminario de Tiflis en mayo de 1899, cuando estaban a punto de realizarse los exámenes finales, fue una elección existencial. No dejó a las autoridades ninguna explicación acerca de su resolución. En años posteriores simuló que había sido expulsado por llevar «propaganda marxista»[33], pero la realidad es que tomó la decisión de irse por su cuenta. Tenía un espíritu voluntarioso. Había perdido la fe religiosa y estaba empezando a descubrir un modo diferente de interpretar el mundo en el marxismo. También era impulsivo. Iósef Dzhughashvili había tenido suficiente: dejó el ambiente sacerdotal según su propio parecer. Siempre quería que el mundo concordara con sus deseos. Si detrás quedaba algo sin resolver, mala suerte. Había tomado una decisión.

Aborrecía a las autoridades imperiales. Tenía orgullo nacional. En Tbilisi reaccionó a la efervescencia intelectual de la vida pública georgiana de finales del siglo XIX. Ya se consideraba a sí mismo un hombre de extraordinaria capacidad. Ya había demostrado su ambición al conseguir que sus poemas se publicaran.

Los rasgos de la personalidad posterior de Iósef empezaban a manifestarse. Se dedicaba a perfeccionarse mediante el estudio diario. Su capacidad para el trabajo duro, siempre que pensara que semejante trabajo resultaba útil, era inmensa. El régimen imperial le había dado una educación provechosa y amplia, pese a que fuera una educación basada en la liturgia cristiana y en la lealtad al zar. Sabía de números y letras; su poesía tenía un estilo agradable. En su tiempo libre había comenzado a familiarizarse con ideas más amplias acerca de la sociedad y a estudiar los

textos marxistas. También leía novelas clásicas europeas y rusas. Obviamente era capaz de ingresar en la universidad y tenía una mente analítica aguda. Su problema era qué hacer con su vida. Tras haber abandonado el cristianismo, no tenía una carrera por delante y su familia carecía de los recursos y del deseo de ayudarle a ingresar en otra profesión. Durante unos pocos años iba a gastar mucha energía tratando de resolver la pregunta fundamental de los rebeldes en el Imperio ruso: ¿qué hacer? Otra pregunta también acuciaba su mente: ¿con quién hacerlo? El joven Dzhughashvili, liberado del Seminario de Tiflis, todavía debía formular sus respuestas.

MILITANTE MARXISTA

Al dejar el Seminario, Iósef Dzhughashvili tenía que encontrar un empleo remunerado sin demora. Gori no tenía atractivo alguno. Sólo Tbilisi ofrecía oportunidades serias y, fuera como fuera, Iósef deseaba combinar el trabajo con la actividad revolucionaria. Durante un tiempo se ganó la vida dando clases particulares[1], pero el 28 de diciembre de 1899 sus amigos le ayudaron a conseguir un puesto en el Observatorio Físico de la calle Mijailovski. Trabajó allí durante tres meses. Fue el único período en que tuvo un empleo fijo antes de la Revolución de octubre. Iósef compró la traducción al ruso de la *Astronomía* de sir Norman Lockyer, publicada por primera vez en 1874, como obra de referencia[2]. Sus obligaciones cotidianas exigían que registrara cuatro veces la temperatura y el clima. La única necesidad técnica era leer la cinta magnética, que tenía que firmar cada día antes de incorporarla a los archivos del Observatorio[3].

Dormía de vez en cuando en el Observatorio desde que, en octubre, su amigo de la escuela en Gori, Vano Ketsjoveli, comenzó a trabajar allí. Hacia finales de año, M. Davitashvili, también amigo de la escuela en Gori y después seminarista, se les unió en la misma habitación individual[4]. El hecho de que Davitashvili a menudo se quedara con unos parientes en la ciudad paliaba la falta de espacio. Más tarde, en enero de 1900, a Iósef y a Vano les concedieron un apartamento de dos habitaciones en la planta baja con vistas al agradable jardín de la parte trasera del edificio. Muy poco después recibían al antiguo seminarista V. Berdzenishvili como compañero de piso[5]. Todos ellos eran hostiles al régimen imperial y querían un cambio revolucionario. El apartamento se convirtió en lugar de reunión para otros disidentes. La calle Mijailovski era la más concurrida de la orilla

izquierda de Tbilisi, de modo que los amigos podían ir y venir sin despertar sospechas. Entre los que entraron en contacto con ellos estaba el hermano mayor de Vano Ketsjoveli, Lado (que había sido expulsado del Seminario en 1893)[6]. Iósef y Lado simpatizaron a pesar de la diferencia de edad. Los dos eran tenaces y ambiciosos. También tenían madera de buenos organizadores. Era una cuestión de tiempo que ambos quisieran ir más allá de sus discusiones en el Observatorio Físico.

Después de abominar del Seminario y de su código de normas, Iósef deseaba jugar el papel de un revolucionario duro y nada sentimental. Su padre había trabajado en una fábrica. Lo mismo había hecho Iósef, durante un breve período: no necesitaba que nadie le enseñara cómo vivía la clase obrera en el Imperio ruso. Iósef se negaba a vestir el característico atuendo de tres piezas del teórico marxista[7]:

> Usaba una sencilla camisa rusa de color negro y una corbata roja típica de todos los socialdemócratas. En invierno también se ponía un largo abrigo marrón. Para cubrirse la cabeza sólo usaba una gorra rusa (…) Sólo se le veía con una camisa gastada y zapatos sucios. En general intentaba demostrar que no tenía una mentalidad burguesa.

Su descuido en el vestir indicaba un rechazo deliberado de los valores de la «clase media». Pero al mismo tiempo había algo más complejo. El corte de su camisa era ruso, pero el hecho de que fuera negra lo señalaba como georgiano. La ambigüedad nacional manifestaba la decisión de vivir a su modo. Quería aparecer como «proletario» y al mismo tiempo ser considerado un «intelectual». Para los obreros era un maestro y un organizador; para los camaradas cultos era un organizador y un potencial alumno.

Los grupos de marxistas de Tbilisi buscaban donde fuera los textos políticos que necesitaban. Las obras de Marx, Engels, Lassalle y Dickstein, así como las de Gueorgui Plejánov y Alexandr Bogdánov se estudiaban detenidamente en la década de los noventa[8]. También se analizaban obras sobre las primeras generaciones de revolucionarios rusos, sobre la Comuna

de París de 1871 y sobre la Revolución francesa[9]. Entre los grupos marxistas había uno dirigido por Lev Rozenfeld y Suren Spandarián. Rozenfeld sería más conocido por su seudónimo Kámenev. Kámenev y Spandarián se convertirían más tarde en camaradas de Dzhughashvili. Kámenev había sido alumno del Primer Gimnasio Clásico. Su padre era un destacado ingeniero y empresario que ayudó a construir el oleoducto desde Bakú a Batumi. Daba charlas sobre teoría marxista en secreto. Dzhughashvili asistió a una de esas reuniones por sugerencia de su amigo de Gori, Davrishevi, y se quedó impresionado[10]. Fue una ironía histórica: Kámenev, que jugó un papel destacado en el acercamiento de Stalin al marxismo, sería fusilado por la policía política de Stalin (conocida en ese tiempo como la NKVD) en 1936. En todo caso, estos antiguos estudiantes del Seminario y del Gimnasio Clásico sentían que había un mundo por explorar. Los obreros estaban en el centro de sus análisis pero no eran todavía el punto de apoyo de la actividad marxista.

Aunque estaba obligado a permanecer muchas horas en el Observatorio cada día, las tareas de Iósef no eran muy fatigosas; podía leer lo que quisiera mientras cumplía con sus obligaciones. Este cambio con respecto al Seminario fue muy bienvenido. Aprovechaba su tiempo libre. Entre los libros de reciente publicación que adquirió estaba el *Breve curso de ciencia económica* de Alexandr Bogdánov. No todas las obras de su creciente biblioteca eran marxistas. Iósef también compró la *Filosofía general del alma* del aristócrata ruso exiliado de mediados del siglo XIX, Alexandr Herzen. Tampoco abandonó su interés por la literatura georgiana, rusa y europea. Pero el marxismo ocupaba el lugar primordial en sus planes de futuro. Siempre hacía las cosas con un propósito definido. En este caso el propósito estaba claro: Iósef planeaba reavivar su carrera de escritor por medio de contribuciones a los debates marxistas en Georgia.

Entre las posibilidades que tenía, la mejor en el cambio de siglo era la revista *Kvali*, que había sido traspasada a un sorprendido Noé Zhordaniia en 1898 (y que había publicado algunos de los poemas de Dzhughashvili antes de que abandonara sus ambiciones literarias). *Kvali* logró impactar a la *intelliguentsia* georgiana con sus análisis críticos de las condiciones económicas y sociales. La oficina de la censura imperial en el Cáucaso

intentó abordarlo con diplomacia, pero Zhordaniia enseguida reconvenía al censor jefe cuando éste ponía reparos a algún número del periódico[11]. Sin embargo, fue Iósef Iremashvili, que como Dzhughashvili había decidido no completar la educación para sacerdote, el primero que presentó un artículo a *Kvali*. Dzhughashvili felicitó a su amigo por su trabajo sobre la cuestión agraria[12]. Entretanto, Iremashvili advertía con cuánto empeño estudiaba Dzhughashvili. En la mesa del apartamento del Observatorio había una pila de libros de Plejánov y Lenin (cuyo verdadero nombre era Vladímir Ilich Uliánov): Dzhughashvili ya admiraba a Lenin[13], pero todavía no tenía algo propio que decir. Se había vuelto cauto. En cambio, se lanzó a la actividad propagandística entre los obreros de Tbilisi. Éste era el modo habitual de actuar entre los intelectuales marxistas. Mientras se educaban leyendo las obras de Marx y Engels, difundían las ideas marxistas entre ferroviarios, zapateros y trabajadores de la industria textil. Se le asignó a Dzhughashvili la dirección de dos círculos de obreros[14].

Los progresos de Iósef se vieron interrumpidos la noche del 21 al *22* de marzo de 1901. La policía hizo una redada en varias casas de marxistas y el Observatorio estaba en la lista. Iósef había estado bajo vigilancia prácticamente desde que comenzó a trabajar allí[15]. Varios de sus amigos en toda la ciudad fueron arrestados, pero a él no lo tocaron. No sería la última vez que tuvo suerte (lo que más tarde dio origen a la sospecha de que era un agente de la policía política imperial, la Ojrana)[16]. Pero obviamente no podía regresar al Observatorio sin correr el riesgo de ser arrestado. Optó por una existencia errante. Estaba decidido. Vivía para la revolución y sabía que esto le depararía con frecuencia episodios desagradables en el trayecto. La prisión y el exilio eran en definitiva inevitables. Durante unas pocas semanas se alojó en distintas casas pertenecientes a sus correligionarios.

Los marxistas georgianos se tomaban muy en serio el desarrollo de su nación, Pero Georgia planteaba problemas. La mayoría de los georgianos no se consideraban ante todo georgianos. Se veían a sí mismos como pertenecientes a alguno de los grandes grupos étnicos de Georgia y algunos de ellos, especialmente los mingrelios, hablaban su propia lengua, diferente de la de los demás. Sin embargo, los marxistas georgianos creían que fomentar la conciencia nacional estimularía el desarrollo político y, en

última instancia, la difusión de las ideas socialistas. También había otra dificultad de índole geopolítica. Los marxistas se daban cuenta de que la independencia de Georgia pondría al país a merced del Imperio otomano. En todo caso, el marxismo les había enseñado a ver la salvación no en la secesión de Rusia, sino en el avance de las clases obreras en todos los países. Todos deseaban que el marxismo se convirtiera en una fuerza unida en todo el Cáucaso, pese a los sustratos nacionales. Georgianos, armenios y azeríes debían ser animados a luchar contra la monarquía de los Románov y su régimen político y social. Los marxistas del Cáucaso también debían afiliarse al Partido Obrero Socialdemócrata Ruso, fundado en 1898, que abarcaba todo el Imperio ruso.

La influencia del marxismo no hacía más que crecer entre los intelectuales disidentes y entre los obreros desde mediados de la década de los ochenta. Se inspiraban en las ideas desarrolladas por el emigrado político Gueorgui Plejánov, que sugería que el capitalismo se estaba desarrollando con rapidez en todo el Imperio y que la clase obrera era el grupo social con mayor capacidad para terminar con la monarquía de los Románov y para iniciar los cambios que conducirían finalmente a la consecución del socialismo. Otros socialistas se aferraban a una tradición rusa anterior que Plejánov había abandonado. Éstos eran revolucionarios que esperaban que fuese principalmente el campesinado el que acabase con la opresión del Estado y la sociedad. Liderados por Víktor Chernov, iban a formar el Partido de los Social-revolucionarios en 1901. Chernov compartía ideas con los marxistas, pero sostenía que la estructura social del Imperio ruso aún no había cambiado todavía tanto como aseguraba Plejánov; también consideraba que los trabajadores industriales no eran muy diferentes, desde un punto de vista social y cultural, del campesinado. También había grupos políticos liberales activos en el Imperio ruso. Inicialmente estuvieron encabezados por Piotr Struve, que había comenzado su vida pública como marxista. En 1905 iban a formar el Partido Constitucional-democrático. Los constitucional-demócratas (o kadetes) abogaban por la democracia liberal y el capitalismo como solución para los problemas del país.

Los marxistas, sin embargo, dominaban el debate público en Georgia. Triunfaron sobre los liberales y conservadores que ya existían. Los social-revolucionarios no consiguieron seguidores en el sur del Cáucaso. Los principales rivales del marxismo eran los social-federalistas, socialistas georgianos con una orientación fuertemente nacionalista que exigían la transformación del Imperio ruso en un estado federal con Georgia como uno de sus elementos constitutivos. Pero los social-federalistas no lograron atraerse a la mayoría de la opinión disidente. Noé Zhordaniia era la voz dominante entre los marxistas georgianos. Tenía una fuerte personalidad, fuerza moral y habilidad con la pluma[17]. El marxismo georgiano era en gran medida el producto de sus ideas y de su actividad. Zhordaniia también entendía que la independencia de Georgia los expondría a la invasión del Imperio otomano. Pero no era invulnerable al desafío a su autoridad. Pilipe Majaradze, Mija Tsjakaia y otros marxistas lo consideraban demasiado blando con los liberales georgianos. Sin embargo, Zhordaniia veía a los marxistas georgianos como los líderes de un movimiento nacional contra el sistema económico y político del zarismo. Para combatirlo cooperó con todas las tendencias de la oposición a los Románov en Georgia. Esto era lo que había inducido al liberal Guiorgui Tsereteli a transferirle a él la posesión de *Kvali*.

Lado Ketsjoveli, amigo de Dzhughashvili, estaba de acuerdo con los críticos de Zhordaniia y dispuesto a contrarrestar esta tendencia por medio de la acción. Ketsjoveli era partidario de la creación de un periódico clandestino. Aunque *Kvali* tenía su utilidad, no podía propagar un mensaje totalmente revolucionario por miedo a la censura imperial[18]. Ketsjoveli y Dzhughashvili por lo general preconizaban formas más rígidas de organización «subterránea» que las aprobadas por Zhordaniia. Mientras Zhordaniia esperaba ampliar las oportunidades de que los obreros comunes se unieran a los marxistas y contribuyeran activamente en la actividad del partido, sus jóvenes críticos consideraban arriesgado que la autoridad dejara de estar en manos de organizadores expertos como ellos. Esta disputa afectó al conjunto del Partido Obrero Socialdemócrata Ruso en el cambio el siglo. Los inicios de la escisión que tuvo lugar en 1903 entre los bolcheviques y los mencheviques ya podían detectarse. Estaban de acuerdo en que las

técnicas de la actividad clandestina del partido tenían que ser respetadas. Más allá de esto se advertían los síntomas de una escisión que se convirtió en una herida abierta en el marxismo georgiano en los años venideros.

Lado Ketsjoveli ignoró la autoridad de Zhordaniia al fundar un periódico marxista ilegal, *Brdzola* («Lucha»), en Bakú, a orillas del Caspio. Zhordaniia había tratado de impedir una aventura de ese tipo en Georgia por miedo a poner en peligro la publicación de *Kvali*. Para Ketsjoveli, la reacción de Zhordaniia era un signo más de que el liderazgo marxista de Tbilisi estaba haciendo demasiadas concesiones. La población de Bakú incluía rusos, armenios y georgianos, así como la mayoría azerí. Enseguida encontró una imprenta en Bakú[19] y falsificando documentos supuestamente llegados del gobernador de Yelizavetgrad pudo conseguir que los propietarios iniciaran la impresión[20]. Ingenioso y decidido, diseñó el tipo de periódico en georgiano que quería. Se enviaron ejemplares a los grupos marxistas de todo el Cáucaso. Tiempo después Dzhughashvili pretendió haber cofundado *Brdzola*. En realidad, fue obra exclusivamente de Ketsjoveli. Dzhughashvili también exageró el grado de antagonismo que existía entre ellos dos y Zhordaniia. Las tensiones ciertamente existieron y fueron en aumento, pero persistió la cooperación y finalmente Ketsjoveli acudió a Zhordaniia para que escribiera el editorial de uno de los números de *Brdzola*[21].

Entretanto Dzhughashvili se estaba convirtiendo en una figura molesta en la capital georgiana. El Comité de Tiflis del Partido Obrero Socialdemócrata Ruso estaba dominado por las disputas políticas y personales (los marxistas georgianos, que nunca aspiraron a una secesión del Imperio ruso, llamaban Tiflis a la capital). Pero Dzhughashvili lo empeoraba todo. En unas memorias, sin nombrarlo directamente, se le identifica como un «joven y confuso camarada de la *intelliguentsia*, “muy enérgico” en todos los aspectos». Según este relato, el individuo, «invocando consideraciones conspirativas, así como la falta de preparación y de conciencia [política] de los obreros, se mostró contrario a que se admitieran obreros en el comité»[22]. Los marxistas de Tbilisi consideraron que era una postura desagradable expresada de forma desagradable —y por el contexto es casi seguro que Dzhughashvili era el camarada en cuestión

—. Otro contemporáneo, Grigol Uratadze, escribió más directamente que Dzhughashvili tuvo que comparecer ante sus camaradas y se le encontró culpable de «difamación»[23].

En noviembre de 1901, después de haber sido apartado del trabajo de propaganda en Tbilisi por el Comité de la ciudad, Dzhughashvili se marchó a Batumi, a orillas del mar Negro, con el propósito de difundir sus ideas en un medio más receptivo. Pero a muchos marxistas de Batumi no les cayó simpático. Dzhughashvili seguía vociferando acerca de los pecados por comisión y omisión del Comité de Tiflis. Esto ya era bastante negativo, pero los camaradas de Batumi no podían soportar su «temperamento caprichoso y su tendencia a comportarse de forma despótica»[24]. Lo importante aquí es que las objeciones no se hacían tanto a sus ideas políticas como a su actitud y comportamiento. La crueldad con sus allegados había sido su sello distintivo desde muy joven. La ambición también había sido una de sus características. Pero él quería elevarse a la cumbre revolucionaria a su modo; y cada vez que alguien le contrariaba, le decía que estaba equivocado y que era estúpido. Era un joven sagaz que pensaba que tenía la respuesta a las dificultades experimentadas por los propagandistas marxistas en el sur del Cáucaso, Insistiendo en la necesidad de la actividad clandestina, de la propaganda ilegal y del control de los trabajadores, Dzhughashvili era un bolchevique al acecho.

Su trabajo en Batumi dio sus frutos. Trabajó con sus compañeros marxistas y con los obreros del oleoducto y del puerto para provocar la revuelta contra sus patronos. Establecían contactos con probables reclutas para el partido. Las empresas Rothschild y Mantashov eran sus blancos favoritos. Al mismo tiempo él se mantuvo en contacto con Ketsjoveli, que estaba a cientos de millas al Este, en Bakú. Estallaron huelgas en Batumi y Dzhughashvili y su grupo estaban involucrados. Estaba haciendo lo que su ideología y sus políticas le inducían a hacer. También estaba detrás de la organización de una manifestación de protesta de obreros el 8 de marzo de 1902. Exigían la liberación de los líderes huelgistas apresados unos días antes. La manifestación tuvo consecuencias fatales. Las autoridades de la ciudad sintieron pánico al ver a 6.000 obreros furibundos desfilando y las tropas abrieron fuego contra ellos. Murieron quince manifestantes. A esto

siguió una exhaustiva investigación por parte de la Ojrana. Se efectuaron cientos de arrestos. Los confidentes de la policía se habían infiltrado en la organización marxista de Batumi y era sólo cuestión de tiempo que descubrieran el paradero de Dzhughashvili. El 5 de abril fue detenido y confinado en la prisión de Batumi.

Hashim Smyrba lamentó la partida de Dzhughashvili. Durante un tiempo había estado escondido con él. Hashim, un campesino que probablemente era abjasio, se había encariñado con él y le había expresado su pena porque no fuese musulmán: «Porque si adoptaras la fe musulmana, te encontraría siete hermosas mujeres para que te casaras con ellas»[25]. Esta escena se ha relatado muchas veces para señalar que Dzhughashvili siempre había estado en contacto con el pueblo. Pero Smyrba era un viejo campesino al margen del movimiento revolucionario. El hecho de que pocos obreros testificaran a favor de Dzhughashvili décadas después de su paso por Batumi seguramente era significativo. Se reservaba para sí mismo. Era autosuficiente y no quería confiar en nadie a menos que fuera imprescindible. Ya era una especie de solitario.

En cualquier caso, Dzhughashvili no dependió más de la buena voluntad de los camaradas de Batumi o de Tbilisi. Se mantuvo en estrecho contacto con su amigo Ketsjoveli en Bakú. Su artículo sobre «El Partido Socialdemócrata Ruso y sus tareas inmediatas», que trataba muchas cuestiones políticas y organizativas del momento, fue el más importante del segundo número de *Brdzola*[26]. A Ketsjoveli no le importaba. Aunque seguía siendo el editor jefe reconocía que era mejor organizador que escritor o editor. Ambos formaban una buena pareja. *Brdzola* se convirtió en un éxito de publicación del movimiento clandestino marxista en todo el sur del Caucaso. Según el propio relato de Stalin, se sintió atraído por la vida de escritor y consideró seriamente abandonar la actividad política clandestina e ingresar en la universidad —no precisamente como estudiante sino como profesor— (nunca explicó quién le habría pagado los gastos)[27]. Otro aspecto de su temprana carrera literaria continuó preocupándole en su vejez: el contenido «pacífico» de varios de sus escritos. Incluso en *Brdzola*, donde no tenía que preocuparse por la oficina de la censura, había evitado un llamamiento directo a la revolución.

Se ha dicho que Ketsjoveli echaba pestes de él por ser demasiado moderado, pero Dzhughashvili pudo aducir que hasta el tiroteo contra los obreros en Batumi en marzo de 1902 su tono comedido se justificaba. Después todo cambió: «Se alteró el tono». Dzhughashvili nunca más se refrenó en la lucha con los oponentes del marxismo en Georgia o en el conjunto del Imperio ruso[28]. Ketsjoveli y Dzhughashvili estaban descubriendo por sí mismos que sus tendencias fundamentales no eran exclusivamente suyas ni tampoco de Georgia. En diciembre de 1900 unos emigrados rusos marxistas, a iniciativa de Lenin, habían fundado *lskra* («La chispa») en Múnich. Sus partidarios alegaban que la actividad política clandestina era la clave para un futuro golpe. Uno de los contactos de *lskra* en el sur del Caucaso era Lev Galperin, que trabajaba para *Brdzola*. Entre 1901 y 1902 empezó a llegar a Batumi material de Alemania[29]. *Iskra* desarrollaba una campaña para hacerse con el control del Partido Obrero Socialdemócrata Ruso. Sus ideas estaban más desarrolladas que las de Ketsjoveli. Lenin y sus camaradas no querían compromisos con la clase media. Instaban a la formación de grupos militantes férreamente organizados. Optaban por la centralización, la disciplina y la ortodoxia doctrinal. *Brdzola,* sin embargo, había sido destruida por la Ojrana incluso antes del arresto de Dzhughashvili: el 14 de marzo de 1902 todo el grupo editorial y sus simpatizantes, excepto Abel Enukidze y Bogdan Knuniants, fueron arrestados en Bakú[30].

Mientras el grupo de *Brdzola* languidecía en las cárceles de Batumi y de Bakú, Noé Zhordaniia siguió elaborando la estrategia y las tacticas del marxismo georgiano. Tanto Zhordaniia como Lenin tenían la sensación de que los padres fundadores del marxismo en el Imperio ruso —Gueorgui Plejanov, Pavel Axelrod y Vera Zasúlich— no habían comprendido las ventajas de recurrir al campesinado. Lenin estaba decidido a atraerse las simpatías del campesinado ofreciéndoles la devolución de las parcelas de tierra que habían pasado a manos de los nobles terratenientes por el Edicto de Emancipación de 1861. Muchos marxistas rusos pensaban que era una propuesta demasiado generosa para el campesinado; preferían el método ortodoxo de atraerse a la clase obrera. Sin embargo, Zhordaniia criticó a Lenin por su poca audacia. En cambio, él reclamaba urgentemente que

todas las tierras de cultivo pasaran a manos de los campesinos. Los beneficios nobiliarios, eclesiasticos y dinasticos debían ser expropiados. La mayoría de los trabajadores georgianos tenían vínculos con el campo. Georgia era una sociedad predominantemente agraria. No sólo eso: Zhordaniia instaba a los marxistas georgianos a entrar en contacto con los campesinos y a reclutarlos en las filas del marxismo organizado[31]. Sus camaradas respondieron enseguida al llamamiento y la campaña dio resultado. En ningún otro lugar del Imperio ruso hubo campesinos tan dispuestos a prestar oídos a los marxistas. Éstos podían alardear de su hegemonía en la oposición política a la monarquía de los Romanov en Georgia.

Dzhughashvili no aprobaba la estrategia de Zhordaniia. Estaba de acuerdo en que a los campesinos se les debería prometer la transferencia de todas las tierras de cultivo y en que la propuesta de Lenin era muy tímida. Pero le disgustaba la idea de desviar tanta propaganda y esfuerzo organizativo para los campesinos. Insistía en la necesidad de trabajar entre los «obreros». También insistió en la necesidad de que los marxistas informaran sobre las vicisitudes del movimiento obrero fuera del Imperio ruso, especialmente en Europa central y occidental[32].

No obstante, siempre iba a mostrar una reserva extraordinaria en lo que respecta a otro punto de desacuerdo con Zhordaniia. Dzhughashvili estaba todavía lejos de haber abandonado todo su patriotismo georgiano. Quería para Georgia un partido marxista propio. Mientras Zhordaniia era partidario de una organización regional que abarcara todo el Cáucaso sin tener en cuenta sus antiguas fronteras nacionales y étnicas, Dzhughashvili exigía una demarcación territorial del partido en Georgia[33]. Entre Zhordaniia y Dzhughashvili había grandes diferencias; pero aún eran mayores las que había entre Dzhughashvili y aquellos otros camaradas que, como Mija Tsjakaia, estaban a punto de pasarse al bolchevismo. Tsjakaia estaba de acuerdo en que los libros, panfletos y periódicos se escribieran en georgiano —si no, los trabajadores georgianos nunca podrían familiarizarse con el marxismo— pero, al igual que otros marxistas radicales, tenía la sensación de que la preocupación de Zhordaniia por el desarrollo nacional y cultural de Georgia tenía cierto tufo a nacionalismo. La idea de Dzhughashvili de

una organización demarcada territorialmente en el sur del Cáucaso también les parecía maloliente a los radicales que habían abrazado el marxismo porque les ofrecía un camino hacia la modernidad y un medio para deshacerse de los conflictos nacionalistas.

De hecho, esta idea tenía mucho más eco en el Partido Obrero Socialdemócrata Ruso. El Bund judío —la organización marxista con base en los límites occidentales del Imperio ruso y dedicada exclusivamente a trabajar con los judíos— fue criticada por el grupo de *iskra* por exigir autonomía territorial dentro del partido a pesar del hecho de que otros grupos étnicos vivían en la misma región (los marxistas del sur del Cáucaso evitaban esta clase de peticiones en nombre de un grupo nacional o étnico en particular). Esta petición se discutió en el II Congreso del Partido en agosto de 1903. Cuando los representantes de *lskra* se opusieron a cualquier principio territorial de organización, los bundistas se retiraron. Voluntarioso y de pensamiento independiente, Dzhughashvili corría el riesgo de que le clasificaran como un marxista que no podía aceptar el compromiso del Partido Socialdemócrata Ruso con el internacionalismo.

A pesar de todo, Dzhughashvili no se dejó amilanar. Había comenzado a afirmarse en sus posturas. Tras haber tenido que marcharse de Tbilisi, no se había ganado una reputación de camarada amistoso, pero esto no le impidió imponerse. En Batumi encontró un grupo de trabajadores maduros para ser influidos por su llamamiento a la actividad revolucionaria y ayudó a organizar las huelgas y manifestaciones contra la monarquía. Desde Batumi se mantenía en contacto con Bakú y estaba desarrollando sus habilidades para la propaganda marxista. El confinamiento en la cárcel de Batumi interrumpió su carrera literaria, pero siguió discutiendo sus controvertidas inclinaciones estratégicas y escribiendo sobre ello[34]. Estuvo encerrado allí durante un año antes de ser trasladado a Kutaísi. Después de que lo llevaran de vuelta a Batumi —en agosto de 1903— finalmente fue despachado a la parte sur de Siberia central. El destino era Nóvaia Udá, en la provincia de Irkutsk, a donde llegó el 27 de noviembre. Se escapó a principios de 1904 y se dirigió a Tbilisi (necesitó dos intentos. En la primera ocasión, cometió la estupidez de no procurarse ropa de abrigo para el invierno siberiano y cuando le volvieron a apresar tenía la cara y las orejas congeladas)[35]. El

segundo intento tuvo éxito. Desde Tbilisi viajó a lo largo y ancho del sur del Cáucaso.

Grigol Uratadze, compañero de prisión en Kutaísi, dejó un valioso testimonio acerca de Dzhughashvili en esos años. Escribió mucho después de que Dzhughashvili se hubiera convertido en Stalin y en dictador de la URSS, y los dos hombres fueron oponentes políticos durante largos años. Sin embargo, las memorias tienen cierta credibilidad, ya que Uratadze no pretende que Dzhughashvili ya pareciera un dictador en potencia. Comenzaba diciendo: «Como individuo Stalin no tenía rasgos particularmente distintivos». Pero luego se contradecía[36]:

> Era un persona muy seca; incluso podría decirse que estaba reseco. Por ejemplo, cuando nos dejaban salir para hacer ejercicio y todos nosotros, cada uno con su propio grupo, íbamos a uno u otro rincón del patio de la prisión, Stalin se quedaba solo y caminaba de un lado a otro con sus cortos pasos y si alguien trataba de hablarle, abría la boca y mostraba esa fría sonrisa suya y tal vez decía unas pocas palabras. Y este carácter insociable llamaba la atención de todos.

Era una conducta extraordinaria en un prisionero que tenía contadas ocasiones de hablar con otros. Había llegado a la prisión de Kutaísi como el único «intelectual» del grupo de prisioneros trasladados desde Batumi[37]. Y aun así ni ayudó a levantarles la moral ni buscó contacto con intelectuales de su propio partido[38].

Los internos recordaban con nostalgia la prisión de Kutaísi como una «universidad»[39]. Los presos marxistas leían libros y discutían sus ideas. Dzhughashvili, sin embargo, se mantenía aparte. Su desapego impresionó a Uratadze[40]:

> Iba desaliñado y su cara picada de viruela no contribuía a que tuviera buen aspecto (…) En la prisión se dejaba barba y tenía el cabello largo cepillado hacia atrás. Caminaba como si se arrastrara, con pasos cortos. Nunca abría la boca para reírse, a lo sumo para

> sonreír. Y el tamaño de la sonrisa dependía del volumen de emoción que le suscitara un hecho en particular, pero su sonrisa nunca se convertía en una risa franca. Era absolutamente imperturbable. Vivimos juntos en la prisión de Kutaísi durante más de medio año y ni una sola vez vi que se agitara, que perdiera el control, se enojara, maldijera o —en resumen— se revelara de otro modo que completamente calmado. Y su voz se correspondía exactamente con el «carácter glacial» que le atribuían los que lo conocían bien.

Si este fuera el único testimonio de esta clase acerca de él, podría ser fácilmente desestimado. Pero coincide con todo lo que se ha dicho acerca de su personalidad antes y después de su período de confinamiento.

Tras *escapar* por fin de Nóvaia Udá, volvió con sus camaradas bolcheviques con el ánimo de imponer su visión[41]. En su ausencia se habían producido cambios fundamentales en el Partido Obrero Socialdemócrata Ruso y Lenin, durante un tiempo, salió victorioso. En el II Congreso del Partido, que se celebró en Bruselas y Londres entre julio y agosto de 1903, el grupo de Lenin de *lskra se* había impuesto a otras tendencias. Pero en el momento de su triunfo los iskraistas se dividieron. Los partidarios de Lenin abogaron por una serie de condiciones particularmente exigentes para ser admitido como miembro del partido. Yuli Mártov, que anteriormente había sido aliado de Lenin y que le había ayudado a rechazar al Bund, se encontró en minoría. Mártov estaba de acuerdo en la necesidad de la clandestinidad, el centralismo, la disciplina y la unidad ideológica. Pero, al igual que a Zhordaniia en Georgia, le disgustaban las políticas concebidas para restringir el número de miembros del partido. Mártov pensaba que Lenin había emprendido una campaña organizativa autoritaria y contraproducente. Ambos, con sus respectivos partidarios, votaron uno contra otro. Lenin ganó y llamó a sus seguidores «mayoritarios» (*bolsheviki* o bolcheviques) y Mártov, en un gesto de renuncia, dejó que sus hombres y mujeres fueran conocidos como «minoritarios» (*mensheviki o* mencheviques).

Los pormenores del desenlace del II Congreso del Partido no llegaron a Georgia hasta pasado un tiempo. La escisión de los exiliados en

bolcheviques y mencheviques no se reprodujo en Tbilisi. Lo mismo ocurrió en la mayoría de las ciudades rusas. Pero, de cualquier modo, surgieron dos tendencias principales a lo largo del Imperio ruso, y Georgia no fue una excepción. Mija Tsjakaia fue uno de los primeros en declararse bolchevique. Dzhughashvili también se puso de parte de Lenin. Pero después de huir de Nóvaia Udá, en Tbilisi no le recibieron con entusiasmo. La razón era su recurrente llamamiento a la creación de un partido georgiano autónomo. Le tenían preparada una fuerte reprimenda y se enfrentaba a la amenaza de ser expulsado de la facción bolchevique antes de que llegara a formarse propiamente. Le dieron a elegir: si quería quedarse con los bolcheviques, tenía que escribir una declaración de sus convicciones que sería examinada a la luz de la ortodoxia por los camaradas dirigentes[42]. Fue una experiencia humillante para un hombre tan orgulloso como Dzhughashvili. Pero era realista. Tenía que demostrar que era un bolchevique disciplinado y ortodoxo. Si deseaba recuperar la aceptación, tenía que retractarse, que comprometerse con lo que más tarde, cuando gobernaba la URSS, llegó a conocerse como «autocrítica». Se hicieron setenta copias de su «Credo» que se enviaron a otros tantos marxistas radicales de Georgia. El «Credo» abjuraba definitivamente de la campaña para que los marxistas georgianos tuvieran su propio partido autónomo —y esta retractación fue un éxito—: Stalin logró pasar la previsible censura.

En la década de 1920 enviaría emisarios al Cáucaso para seguir la pista de las copias del «Credo» que había escrito en 1904[43]. Casi con seguridad las destruyó todas (en el prefacio al primer volumen de sus obras completas, escrito en 1946, los editores señalaron que todas las copias se habían perdido)[44]. Pero los memorias inéditas de Serguéi Kavtaradze, un bolchevique de Tbilisi que fue aliado de Stalin después de la Revolución de octubre, nos dan amplia cuenta de lo que había sido el «Credo» de Dzhughashvili[45]. Después de que se retractase aún se cernía sobre su cabeza una nube de sospecha. Ni siquiera la promesa de no repetir sus errores logró acallar las críticas. Lo llamaban el «bundista georgiano»[46] (un curioso apelativo para una persona que posteriormente sería tachada por muchos de antisemita). Tsjakaia fue a las reuniones de los marxistas radicales y habló a favor de Dzhughashvili[47], que sobrevivió y siguió

prosperando en la facción bolchevique. Era enérgico, decidido y ambicioso. Era obstinado: no aceptaba ideas sólo por la autoridad de otros; cambiaba sus políticas únicamente bajo una extrema presión. Era quisquilloso y conspirativo. Seguía firmemente convencido de que había que respetar las sensibilidades nacionales de los georgianos y de otros pueblos. Empezó a la sombra de Lado Ketsjoveli, pero había comenzado a distinguirse por sus propias opiniones y actividades. Entre los marxistas georgianos nadie dudaba de su talento.

Los acontecimientos en el Imperio ruso estaban a punto de poner a prueba su espíritu revolucionario. Desde el cambio de siglo, los campesinos habían sido golpeados por condiciones comerciales adversas; tampoco olvidaban la gran cantidad de tierras que poseía la pequeña nobleza. Los obreros exigían salarios más altos. Entre la *intelliguentsia* cundía el descontento por el rechazo del emperador y su gobierno a cualquier reforma del sistema político. Varias nacionalidades no rusas —especialmente los polacos, los finlandeses y los georgianos— protestaban por el tratamiento que se les daba en San Petersburgo. La agitación en el campo iba en aumento. Las huelgas en la industria se incrementaban en frecuencia e intensidad. Se estaban formando partidos políticos y sindicatos clandestinos. En medio de esta situación, en 1904, Nicolás II decidió ir a la guerra contra Japón. Uno de sus cálculos era que una guerra corta y victoriosa lograría reavivar el prestigio de la monarquía de los Románov. Fue un error estúpido. Enseguida las fuerzas armadas rusas se dieron cuenta de que los japoneses, que habían consolidado su capacidad militar e industrial en los años anteriores, eran más que un desafío para ellos.

EL PARTIDO Y EL CÁUCASO

La monarquía imperial se enfrentaba a una situación de emergencia a principios de 1905. El 9 de enero había habido una manifestación política en San Petersburgo. Tenía como propósito presentar al emperador una petición de garantía de los derechos civiles generales. Se ordenó a las fuerzas de seguridad que abrieran fuego contra los manifestantes y el resultado fue una masacre. Hubo un elevado número de muertos. No se podía culpar de la carnicería a Nicolás II, pero en todo el país se le consideraba responsable. La policía y el ejército se mantenían en alerta mientras se desarrollaban los mítines de protesta. Estallaron las huelgas. Polonia y Georgia eran importantes focos de tensión. Los campesinos se movilizaban para afirmarse contra la pequeña nobleza terrateniente. El monarca y sus ministros, ya desacreditados por las derrotas en la guerra con Japón, aún sin concluir, parecían de pronto vulnerables. Los obreros eligieron sus propios consejos (o «soviets»). Las fuerzas armadas del ferrocarril transiberiano amenazaban con amotinarse. Los esfuerzos de la Ojrana eran inútiles: los partidos políticos actuaban cada vez con menos temor a los arrestos y, aunque su contacto con el pueblo había sido débil en los años previos, se ganaron rápidamente la confianza de la gente. Era una prueba de fuerza para el régimen de los Románov sin precedentes desde la revuelta de Pugachov de 1773-1775.

Para el Partido Obrero Socialdemócrata Ruso la sorpresa era tan grande como para cualquier otro grupo político. Lenin, en Suiza, estaba perplejo; también lo estaban sus seguidores en San Petersburgo y en el resto del Imperio ruso. Sin embargo, la mayoría de los emigrados se cuidaron de regresar antes de que Nicolás II promulgara el Manifiesto de Octubre

prometiendo reformas. Mientras tanto, los militantes revolucionarios tuvieron que arreglárselas solos. Los bolcheviques celebraron un particular III Congreso del Partido en Londres, en abril de 1905, y fijaron su estrategia general. Preconizaban un levantamiento armado y la formación de una dictadura revolucionaria provisional. Aspiraban a la total expropiación de la tierra que pertenecía a la monarquía, a la Iglesia y a la pequeña nobleza.

Dzhughashvili no estaba entre los participantes georgianos: todavía no se habían disipado las dudas acerca de él entre los bolcheviques. Fue su amigo y camarada Mija Tsjakaia, mayor que él, quien encabezó el grupo del país, y Tsjakaia no dejó de criticar el creciente culto a Lenin por parte de la facción bolchevique. Esto tenía una dimensión práctica. Muchos delegados del Congreso denunciaban la reticencia de Lenin a trasladar la sede del Comité Central a Rusia y pensaban que los emigrados se sentían demasiado cómodos en el extranjero; lograron obtener el compromiso de que se realizara el traslado. Dzhughashvili, de vuelta en Georgia, estaba entre los que argumentaban que, para que la revolución tuviera éxito, debían concentrarse todos los recursos en el Imperio ruso. Había conseguido muchas cosas antes de los estallidos revolucionarios. Viajó a Bakú y Kutaísi antes de establecerse en Tbilisi. Publicó artículos en el recientemente fundado *Proletarians Brdzola* («Lucha proletaria»), entre los que se incluía uno sobre la cuestión nacional que se mantenía dentro de la línea oficial bolchevique. Escribió a los bolcheviques emigrados. Durante las huelgas y manifestaciones que siguieron al Domingo Sangriento del 9 de enero de 1905, se lanzó a una frenética actividad literaria y organizativa —era el líder del Comité Bolchevique de Tiflis, cuya política de levantamiento armado lo separaba definitivamente de los mencheviques de la ciudad—. A veces esto le implicaba en abiertas disputas sobre los méritos respectivos del bolchevismo y del menchevismo; en otras ocasiones esgrimía los argumentos marxistas generales contra los rivales locales del partido: los anarquistas, los social-federalistas y los social-revolucionarios. Fuera donde fuera en la capital georgiana, estaba en el meollo de las cosas.

Para muchos de sus camaradas, sin embargo, estaba demasiado dispuesto a llegar a acuerdos sobre la «cuestión nacional». Cuando se negó a ayudarles en su disputa en el Comité de la Unión del Cáucaso del partido,

de acuerdo con la política local bolchevique, Serguéi Kavtaradze lo acusó de ser un «traidor». Pero Dzhughashvili se mantuvo impasible. Para él, Kavtaradze y los demás no sabían discernir los asuntos de importancia primordial de los de importancia secundaria. «No tengo la intención de tener una discusión con el Comité de la Unión acerca de esto (…) Pero haga lo que le parezca». Dicho esto encendió un cigarrillo barato y contempló sin pestañear a Kavtaradze; quería que sus críticos supieran que no iba a dejarse manejar de nuevo. Kavtaradze entendió el gesto y nunca lo olvidó[1]. Dzhughashvili era un compañero que sólo presentaría batalla cuando estuviera razonablemente seguro de ganarla. La rectitud ideológica estaba muy bien, pero los resultados prácticos también eran importantes y debían evitarse las disputas innecesarias. Su problema residía en su incapacidad para reunir un grupo de seguidores a su alrededor. Para él, en Georgia los bolcheviques eran demasiado rígidos en su leninismo mientras que los mencheviques se equivocaban de política.

Cuando se produjo la revolución en el sur del Cáucaso, las autoridades regionales se vieron tan sorprendidas como en el resto de los sitios. I. I. Vorontsov-Dáshkov fue enviado como virrey y se encontró con una situación calamitosa. Las huelgas y manifestaciones afectaban a casi todas las ciudades y poblaciones industriales. La resistencia a las fuerzas imperiales se extendía. El ímpetu revolucionario más fuerte provenía de Noé Zhordaniia y de los mencheviques georgianos, que se postularon tanto como marxistas cuanto como defensores de la nación contra el poder ruso. Los pueblos de Guria, en Georgia occidental, eran especialmente receptivos a las consignas del menchevismo. Pero en el Cáucaso había revueltas nacionales y étnicas por todas partes. A ambos lados de la cadena montañosa muchos líderes anteriormente ocultos surgían para desafiar a Nicolás II y a su gobierno. Las tensiones con San Petersburgo no presidían todos los conflictos. Las rivalidades entre etnias, largo tiempo reprimidas por las fuerzas armadas rusas y la camisa de fuerza de la creciente economía capitalista, acabaron con la paciencia de la sociedad. En el norte del Cáucaso, el tradicionalismo religioso empezó a destacar y la violencia entre los islamistas y sus rivales creció en intensidad. En torno a la gran ciudad petrolera de Bakú, el odio mutuo entre armenios y azeríes explotó

con terrible violencia cuando los musulmanes azeríes masacraron a los armenios cristianos a pesar de las precauciones tomadas por Vorontsov-Dáshkov[2].

Entre los armenios de Bakú, como entre los de Tbilisi, había gente muy rica, mientras que los azeríes normalmente constituían la parte más pobre de la fuerza de trabajo. Vorontsov no subestimó las dificultades y decidió minimizar el uso de la violencia para asegurar la restauración del orden imperial en el sur del Cáucaso[3]. En todos los lugares del Imperio ruso, en el último trimestre de 1905, las fuerzas armadas tenían mucho trabajo. Los soviets de obreros eran enérgicamente reprimidos y el levantamiento armado del Soviet de Moscú fue salvajemente sofocado. Los campesinos sublevados estaban acorralados. Las ciudades rebeldes de la Polonia «rusa» fueron sometidas. Se arrestó y fusiló a los amotinados del ejército y la Marina. Georgia se rebelaba. Zhordaniia y sus mencheviques, al igual que los bolcheviques como Dzhughashvili, estaban exultantes. Sus organizaciones captaban montones de reclutas. Dejaron de ocultar sus actividades y el virrey optó por una hábil combinación de la fuerza y el diálogo. Los marxistas georgianos dominaban la escena política. Ya no querían la secesión, al igual que los bolcheviques. Ahora consideraban que el destino de Georgia estaba ligado al desarrollo de la revolución en Rusia.

Pero Dzhughashvili ya había elegido: la estrategia bolchevique le parecía la mejor. Lo que impresionaba a sus allegados era la extraordinaria crudeza con que entraba en polémica. Tenía poco ingenio. Los discursos que pronunciaba eran secos y agresivos. Alineado firmemente con el bolchevismo, odiaba profundamente a cuanto menchevique encontraba. «¡Contra ellos —exclamaba— todos los métodos son buenos!»[4]. Se distinguía por sus capacidades prácticas; y, con la excepción de Lev Trotski, que dirigía el Soviet de Petersburgo desde el otoño de 1905, desempeñó un papel mucho más influyente en los acontecimientos de ese turbulento año que cualquier otro miembro del primer Politburó del partido, que se formó después de la Revolución de octubre. Dzhughashvili discutía a menudo con los mencheviques georgianos. Hablaba en los mítines obreros. Era uno de los escritores más prolíficos del *Proletarians Brdzola*. Siempre instaba a los marxistas a oponerse a los enfrentamientos violentos entre naciones.

Defendía con pasión las políticas bolcheviques y llamaba al derrocamiento de la monarquía mediante un levantamiento que llevaría al poder a un gobierno revolucionario provisional. Los marxistas debían unir a obreros y campesinos en una alianza política. Había que rechazar cualquier compromiso con la clase media en línea con el modelo menchevique.

Y sin embargo las perspectivas para el bolchevismo en el sur del Cáucaso nunca habían sido más desoladoras. Dzhughashvili, desanimado, escribió a Lenin en mayo[5]:

> Escribo esta carta con retraso, camarada. No he tenido ni tiempo ni ánimo de escribir. Durante todo este tiempo he tenido que viajar por el Cáucaso, hablar en debates, alentar a los camaradas, etc. En todas partes los mencheviques han pasado a la ofensiva y hemos tenido que rechazarlos. Casi no teníamos gente (y ahora hay muy poca, dos o tres veces menos de la que tienen los mencheviques), así que he tenido que hacer el trabajo de tres hombres a la vez (…) Nuestra situación es como sigue. Tiflis está casi enteramente en manos de los mencheviques. La mitad de Bakú y de Batumi están también con los mencheviques (…) Guria está en manos de los conciliadores, que han decidido acercarse a los mencheviques.

Evidentemente pensaba que su camarada, que ahora residía en Génova, debía saber la amarga verdad acerca del equilibrio de fuerzas entre los marxistas en el sur del Cáucaso.

A lo largo de todo el año el menchevismo, bajo la égida de Zhordaniia, se abrió paso como la fuerza conductora de la rebelión contra la monarquía imperial en Georgia. El bolchevismo estaba en minoría entre los revolucionarios georgianos. Así pues, Dzhughashvili había elegido una tendencia que parecía condenarlo a la oscuridad. El campesinado de Georgia seguía a los mencheviques y, aunque él insistía en que esa estrategia desviaba la atención de la propaganda y organización de la clase obrera, era una voz clamando en el desierto. Debió de haber pensado que la debilidad del bolchevismo en Georgia era achacable en cierta medida a su fracaso —pese a su advertencia de 1904— a la hora de presentarlo como

abanderado de los intereses nacionales. Sin embargo, él mismo no era infinitamente flexible. También quería que la actividad revolucionaria se centrase en las ciudades, los obreros y la ortodoxia marxista. El bolchevismo marchaba mejor en el sur del Cáucaso, donde la industria estaba bien desarrollada. Éste era el caso en Bakú. Pero Dzhughashvili no desesperaba: había tomado una decisión meditada, pensaba que la estrategia de los bolcheviques era básicamente correcta y que más pronto o más tarde triunfaría. Durante el resto del año predijo la inminencia del derrocamiento de la monarquía de los Románov. Como todos los bolcheviques, declaró que la insurrección violenta y la dictadura revolucionaria eran esenciales para este fin.

A Nicolás II le entró el pánico en 1905. Los trabajadores habían formado sus propios consejos (o «soviets»), que empezaron por organizar huelgas y llegaron a suplantar a los organismos oficiales del gobierno. Los campesinos se movilizaban contra los terratenientes llevando el ganado a pastar ilegalmente y robando madera de los bosques. En Polonia y en Georgia las autoridades prácticamente habían perdido el control. Nicolás II siguió el consejo del conde Witte y promulgó su «Manifiesto de Octubre» prometiendo reformas. En las semanas siguientes quedó claro que estas reformas incluirían la elección de un parlamento que se llamaría Duma estatal, así como una Ley Fundamental que establecería el marco en el que se definirían y limitarían los poderes del emperador, del gobierno y de la Duma. Estas concesiones dieron tiempo y apoyo a la monarquía y, aunque los bolcheviques procedieron a organizar una insurrección en Moscú, las fuerzas armadas inmediatamente restablecieron la autoridad en todo el Imperio.

La impaciencia revolucionaria de Stalin no se había esfumado: seguía siendo partidario de la adhesión incondicional a la estrategia del bolchevismo. Tanto éxito había tenido en Tbilisi que fue elegido de forma natural como delegado para la conferencia de la facción bolchevique que tuvo lugar en Tampere (Tammerfors), Finlandia, a mediados de diciembre de 1905. Allí conoció por fin a Lenin. Según lo que relató después, se sintió perplejo ante la apariencia poco atractiva del líder del bolchevismo. Dzhughashvili se esperaba una persona alta, muy digna. En cambio vio a un

hombre no más grande que él mismo y sin la altivez de las figuras prominentes de la emigración[6]. La Conferencia de Tampere resultó incómoda para Lenin. La mayoría de los bolcheviques, incluido Dzhughashvili, rechazaron su propuesta de que la facción tomara parte en las elecciones a la Duma estatal. Defendían la insurrección armada y el establecimiento de «una dictadura revolucionaria y democrática del proletariado y el campesinado», y no veían el sentido de gastar energías en unas elecciones convocadas en los términos de Nicolás II. La exigencia de Lenin de sutileza táctica los dejó fríos. Se habían convertido al bolchevismo porque les atraía el radicalismo leninista y se sintieron defraudados al ver que su líder ya se estaba comprometiéndose con las instituciones del régimen imperial. El propio Lenin se echó atrás antes que perder a sus seguidores en la conferencia[7].

Dzhughashvili estaba imbuido del espíritu de la facción en ese momento. Todavía se estaba desarrollando como político. Sus problemas con los compañeros bolcheviques de Georgia en 1904 demostraron que no le faltaba flexibilidad estratégica (y continuó sugiriendo acuerdos políticos en los años venideros). Pero en 1905 vivía en la atmósfera de las ideas de la insurrección armada y de la dictadura revolucionaria. Pensaba sinceramente que la monarquía imperial podía ser reemplazada. Por lo tanto, se negó a aceptar una política que se conformase con un orden político fijado por Nicolás II. Un número creciente de bolcheviques reconoció después que habían cometido un error al no seguir el consejo de Lenin. Lenin mismo decidió ejercer más presión en su facción para que se acordara la reunificación con los mencheviques en el Congreso del Partido —no podía soportar a todos esos bolcheviques que pretendían ser más «leninistas» que él mismo—. El hecho de que las dos facciones, a pesar de mantener una existencia separada en la emigración, a menudo cooperaran en el Imperio ruso, precipitó este acercamiento.

El punto elegido para el IV Congreso del Partido fue Estocolmo. Dzhughashvili era el único bolchevique entre los dieciséis delegados elegidos para representar a Georgia. Viajaron en secreto vía Moscú y San Petersburgo hasta Helsinki. Desde allí, disfrazados como maestros que iban de excursión, tomaron un vapor hasta el puerto de Abo. En ese lugar se

dividieron en grupos más pequeños[8]. Dzhughashvili tomó el barco de vapor *Wellamo* y navegó hasta la capital sueca. Se había dispuesto que se alojara en el Hotel Bristol con el compañero bolchevique Kliment Voroshílov. Los planes «conspirativos» de los bolcheviques habían llegado a oídos de la policía de Estocolmo. Numerosos recién llegados de aspecto extraño y sin propósitos visiblemente profesionales o comerciales estaban condenados a llamar la atención. Dzhughashvili fue arrestado e interrogado por el comisario Mogren, un policía y un intérprete llamado Alexéi. Dijo que se llamaba Iván Ivánovich Vissariónovich y se hizo pasar por un refugiado político y un demócrata nacionalista. Aseguró a la policía que no le financiaban los finlandeses (lo que consituía una preocupación para los cuerpos de seguridad suecos en aquellos años). También prometió presentarse regularmente ante las autoridades durante su estancia. Indicó que tenía la intención de ir a Berlín antes de regresar a su casa. Al igual que otros, Dzhughashvili fue liberado porque le tomaron por un visitante inofensivo[9].

Después fue a divertirse con el resto de la delegación de la facción bolchevique. Sus modestos gastos los cubría el partido. Este fue el primer período de tiempo que pasó fuera del Imperio ruso. El partido tenía relaciones fraternales con los socialdemócratas suecos y con la ayuda de éstos había conseguido utilizar la Casa del Pueblo para las sesiones del Congreso. No se puso demasiado empeño en evitar que la Ojrana tuviera noticia del acontecimiento y, de cualquier manera, la Ojrana tenía informantes de sobra y recibía informes detallados de las reuniones de la cúpula del Partido Obrero Socialdemócrata Ruso, a pesar de las precauciones de los revolucionarios. Cada facción discutió sus asuntos internos. También hubo negociaciones entre las facciones. La atmósfera era agradable, aunque los delegados no tenían tiempo para ver mucho de la ciudad aparte de sus hoteles y de la Casa del Pueblo. Para Dzhughashvili, sin embargo, esto no era importante. Había leído artículos de las luminarias del Partido Obrero Socialdemócrata Ruso —Plejánov, Axelrod, Lenin, Mártov, Bogdánov y Máslov— durante muchos años (Alexandr Bogdánov, filósofo y organizador, se había vuelto casi tan influyente entre los bolcheviques como el mismo Lenin). Ahora Dzhughashvili los veía

reunidos en una misma gran sala. La tarea convenida era sortear los problemas entre los bolcheviques y los mencheviques, así como establecer un conjunto de políticas comunes, y Dzhughashvili desempeñó bien su papel.

Mientras abogaba por la reunificación, Lenin no se desarmaba políticamente. Mantenía el Centro Bolchevique apartado de cualquier órgano del partido en el que hubiera mencheviques. También seguía aprobando los robos a mano armada cometidos por los bolcheviques como forma de reunir fondos para objetivos políticos. El IV Congreso prohibió ambas cosas. Lenin y sus partidarios accedieron en público, aunque en realidad ignoraron la prohibición —y Dzhughashvili, como principal organizador de la campaña bolchevique de robo y extorsión en Georgia, fue una figura sustancial en este engaño sistemático.

Fue en el IV Congreso donde Dzhughashvili —usando el seudónimo de Ivánovich— exigió que los principales líderes del partido le tomaran en serio. Fue elegido para la comisión que revisaba los mandatos de los delegados. También puso en duda la credibilidad de los informes de los mencheviques georgianos sobre la situación en Georgia, lo que produjo una gran controversia. También los mencheviques cuestionaron su propio discurso y le pidieron que se justificara. Les contestó gritando: «¡Les daré mi respuesta cuando yo lo crea conveniente!»[10]. Declaró: «No es un secreto para nadie que se han marcado dos sendas en el desarrollo de la vida sociopolítica en Rusia: la senda de las reformas a medias y la senda de la revolución». Para Dzhughashvili los mencheviques habían sido estúpidos al adoptar ideas que les desviaban de la estrategia marxista[11]:

> Por el contrario, si los intereses de clase del proletariado conducen a su hegemonía y si el proletariado debe ir, no a la cola, sino a la cabeza de la revolución en curso, es más que evidente que no puede sustraerse ni de una activa participación en la organización de la insurrección armada ni de la toma del poder. Este es el «plan» de los bolcheviques.

Con fanática confianza, atacó abiertamente a los veteranos del movimiento marxista ruso, incluidos Plejánov y Axelrod[12].

También participó vigorosamente en el debate acerca de la «cuestión agraria», y sus contribuciones fueron mencionadas por otros participantes[13]. El especialista menchevique, Piotr Máslov, había propuesto que se hiciera campaña a favor de la «municipalización» de la tierra como un medio de atraer al campesinado. Este proyecto transferiría la propiedad del suelo cultivable a los consejos de distrito. Lenin, por el contrario, había desarrollado sus ideas y sugería la nacionalización de la tierra; quería que el gobierno central poseyera la tierra. Tanto Máslov como Lenin deseaban expropiar a los terratenientes sin compensación alguna y poner todos los campos a disposición de los campesinos a bajo precio. Esto tenía como objetivo estipular los términos de la tenencia de la tierra. Pero la mayoría de los bolcheviques, siguiendo a un tal S. A. Suvórov, consideraron que la propuesta de Lenin era tan poco práctica como la de Máslov. Entre ellos estaba Dzhughashvili. Subió a la tribuna y propuso simplemente que se permitiera a los campesinos hacerse con las tierras sin restricciones. Esto haría posible que la alianza entre la clase obrera y el campesinado se convirtiera en una realidad, y los marxistas se ganarían el apoyo de la gente del campo, por el que competían con los social-revolucionarios[14]. Suvórov y Dzhughashvili querían que la tierra fuera declarada «propiedad común de todo el pueblo». Sin embargo, la disputa interna entre los bolcheviques no pasó a mayores, porque los mencheviques eran mayoría en el Congreso y la municipalización de la tierra se convirtió en la política oficial del partido.

Una vez más Dzhughashvili había hablado a favor del bolchevismo sin apoyar automáticamente todo lo que propusiera Lenin. Lo reconocía como el líder de la facción. Pero no le obedecía ciegamente: Dzhughashvili pensaba que su experiencia cotidiana sobre el terreno en el Imperio ruso le mantenía en un contacto más cercano con los eventos revolucionarios que el que pudieran tener los emigrados.

En cualquier caso, había una razón que no tenía que ver con la política para que Dzhughashvili se sintiera feliz: había encontrado a una mujer con la que quería casarse. Tenía casi treinta años y la mayoría de sus amigos ya estaban casados. La mujer que atrajo su atención era Ketevan Svanidze. Era

una hermana de Alexandr, un amigo del Seminario. Alexandr Svanidze, como Dzhughashvili, era bolchevique; por lo tanto, Dzhughashvili confiaba en que ella entendiera las exigencias de la vida de un revolucionario. El cortejo fue rápido. Ketevan trabajaba como costurera para la modista francesa Mme. Hervieu en el distrito Sololaki de Tbilisi. Como la policía le buscaba, Dzhughashvili tenía que ser cuidadoso cuando se citaba con ella; pero afortunadamente para él la patrona de Ketevan era una persona amable y le permitía encontrarse con su amada en la trastienda del establecimiento. Sin embargo, en una ocasión Mme. Hervieu casi lamentó su tolerancia cuando el teniente Piotr Stróiev irrumpió acompañado de dos feroces perros alemanes entrenados para cazar hombres. Ella corrió a advertirle y él escapó en el último momento por la puerta trasera[15]. Ketevan tenía una hermosa figura y era una mujer simpática y amable; se contentaba con una vida hogareña: no tenía la ambición de convertirse en activista del movimiento revolucionario. No se sabe qué vio en él. Nadie de la familia Svanidze, que llegó a ocupar un lugar prominente en la vida pública soviética en la década de los treinta, mencionó el asunto. Tal vez ella lo consideró muy seductor después del duro trabajo de costurera. De cualquier manera, él tenía un físico esbelto y una gran energía mental y, como quedó demostrado después de que ella muriera, su aspecto y su personalidad resultaban atractivos para muchas mujeres.

Ketevan y Iósef observaron la costumbre religiosa y el 16 de julio de 1906 hicieron sus votos matrimoniales en una ceremonia completa según el rito ortodoxo georgiano en la catedral de Zión, en la orilla septentrional del Mtkvari. Si el sacerdote sabía que varios asistentes a la boda eran militantes ateos (y ex seminaristas), guardó silencio al respecto. Después de la boda hubo un convite típico georgiano. La comida y el vino eran abundantes y el tamadá (el encargado de hacer el brindis) fue el bolchevique más antiguo de Georgia, Mija Tsjakaia[16]. Las expectativas de Dzhughashvili eran las habituales: la función de Ketevan era cocinar para él, limpiar y barrer su casa y darle descendencia —y se diría que Ketevan estaba completamente feliz con este acuerdo—. Era propio de Dzhughashvili. Nunca le gustó que los parientes o amigos pudieran hacerle sombra desde un punto de vista

intelectual. A su debido tiempo la pareja tuvo un hijo, que nació el 18 de marzo de 1907. Lo llamaron Yákob[17].

El papel de marido no lo ataba y siguió ocupado con sus escritos y con la organización en Tbilisi. Entre sus obras estaba una larga serie de artículos sobre «Anarquismo y socialismo»[18]. Entre los resultados de su actividad organizativa estaban los actos delictivos, ya que Dzhughashvili, que se servía de Semión Ter-Petrosián como ladrón en jefe bolchevique, fue responsable de una serie de robos a mano armada[19]. A principios de 1907, cuando todavía residía en la capital georgiana, contribuyó a fundar el periódico *Mnatobi* («La antorcha»). Al igual que Lenin, dio la bienvenida al panfleto del teórico marxista alemán Karl Kautsky sobre *Las fuerzas motrices y las perspectivas de la revolución rusa,* que sin pretenderlo prestó apoyo a la propuesta bolchevique de una alianza revolucionaria de obreros y campesinos; y Dzhughashvili escribió un prefacio para la edición georgiana. Para entonces Dzhughashvili era ya el líder bolchevique de Georgia. Las dudas acerca de su ortodoxia doctrinaria eran cosa del pasado. Tanto en Georgia como en Finlandia, donde el Centro Bolchevique continuaba funcionando, sus méritos fueron reconocidos por otros miembros que militaban en su misma facción. Sin embargo, los avatares políticos del bolchevismo en su propia patria eran poco alentadores; y cuando él se enteró de que el V Congreso del Partido iba a desarrollarse en Londres en el mes de abril, supo que los participantes mencheviques iban a poner en cuestión su legitimidad como representante de los grupos marxistas de Tbilisi. Había trabajado intensamente, pero no había obtenido resultados concretos excepto subir en la estimación de los bolcheviques.

Previendo una disputa sobre su mandato como delegado, Dzhughashvili viajó a Londres con la identidad de «Mr. Ivánovich». Como todavía no era una figura prominente del partido fuera de Georgia, los organizadores del Congreso no tenían motivo para alojarle con los líderes —Plejánov, Axelrod, Lenin y Mártov— en el Bloomsbury de la clase media. En su lugar fue con el grueso de los delegados al East End. Miles de familias de inmigrantes judíos de origen ruso vivían allí a comienzos del siglo XX (y, lo mismo que los irlandeses, constituían una minoría importante)[20]. Éste era el mejor lugar que podían encontrar los delegados para no llamar la

atención del Special Branch. También podían conseguir alojamientos baratos y no importaba mucho si no sabían hablar inglés.

Stalin nunca habló de sus impresiones sobre Londres. Tal vez su visita fue demasiado rápida y llena de ocupaciones como para que pudiera formarse opinión alguna. Le habían alojado en una habitación en el número 77 de la calle Jubilee, en Stepney. El Congreso tenía lugar en la Brotherhood Church, tres millas al Norte en la esquina de Southgate Road con Balmes Road[21]. Así pues, los ateos militantes del Imperio ruso debatían acerca del derrocamiento de los Románov en un lugar de culto cristiano donde habitualmente se reunía una congregación de pacifistas y seguidores del artista, escritor y socialista moderado William Morris[22]. Al volver a su habitación cada noche se ponía a escribir y a hacer planes. Su casero era un zapatero que hablaba ruso, probablemente judío, que había huido del Imperio ruso. Un testigo de su breve estancia nos ha dejado su relato. Se trata de un muchacho llamado Arthur Bacon, que hacía recados y pequeños trabajos en la zona por medio penique. A menudo iba a la casa del zapatero para limpiar la chimenea y llenarla de carbón y leña, y Dzhughashvili lo usaba para enviar mensajes a varios de los delegados bolcheviques alojados en la vecindad. La esposa del zapatero ponía la dirección en los sobres, ya que el inglés de Dzhughashvili no era suficiente para escribir nombres.

Aunque de adulto el joven Bacon votaba a los conservadores, recordaba a Mr. Ivánovich con afecto. A Dzhughashvili le gustaban los dulces que el muchacho le traía. Bacon tenía buenas razones para estar agradecido: en lugar del medio penique que solían pagarle, recibía una moneda de dos chelines por entregar un mensaje a un camarada[23]. Ya que esto significaba el 4.700% de la tarifa habitual, parece que la perspicacia financiera de Dzhughashvili dejaba que desear.

Mientras que se había destacado en el Congreso de Estocolmo atacando a los líderes mencheviques y distanciándose de la política agraria de Lenin, en Londres hizo muy poco por distinguirse. Como se esperaba, estalló una discusión sobre su mandato. Finalmente se le permitió asistir al Congreso pero sin derecho a voto[24]. Hubo otras controversias sobre los procedimientos. Durante tres días estuvieron discutiendo la agenda. La

situación se complicó por la admisión en el Congreso de varias organizaciones provenientes de las «naciones» fronterizas —los polacos, los mencheviques consiguieron una mayoría firme y se necesitaron muchas discusiones entre bastidores para garantizar un acuerdo. Lenin le ofreció a Zhordaniia y a los mencheviques georgianos un pacto según el cual podían dirigir los asuntos del partido en Georgia sin injerencias a cambio de que no se opusieran a los bolcheviques en el conjunto del Partido Obrero Socialdemócrata Ruso. Zhordaniia se negó[25]. De haber conocido esta propuesta, Dzhughashvili habría montado en cólera. La componenda entre Lenin y Zhordaniia habría dado al traste con todo aquello por lo que Dzhughashvili había luchado en el sur del Cáucaso desde que se hizo bolchevique. También le habría enseñado que la región no era de extrema importancia para el liderazgo bolchevique. Un enfrentamiento entre Lenin y Dzhughashvili habría sido inevitable.

De cualquier forma, los bolcheviques que asistían al Congreso se empeñaron en mantener su Centro separado, en continuar con los robos a mano armada y en negarse a compartir los fondos del partido con los mencheviques. Realmente los bolcheviques fueron igual de agresivos. Aunque ahora pensaban que era deseable participar en las elecciones de la Duma, rechazaron la idea de cooperar con los liberales en la cámara; acusaron a los mencheviques de vender la causa revolucionaria. Las sesiones fueron muy intensas y controvertidas. Se formó un Comité Central de quince miembros. Cinco eran bolcheviques y cuatro mencheviques. El equilibrio del poder lo mantenían las organizaciones «nacionales» dentro del partido. Un periódico unitario, *Sotsial-demokrat*, iba a volver a salir. Pero esto no engañaba a nadie. Las divisiones internas desgarraban el Partido Obrero Socialdemócrata Ruso.

FUGITIVO

Iósef Dzhughashvili volvió del Congreso de Londres a una revolución en retirada. Su carrera durante los años siguientes iba a ser un reflejo de la situación. Fijó en Bakú su base de operaciones y durante varios meses se dedicó a organizar, escribir y editar para apoyar a la facción bolchevique entre los obreros del oleoducto. Era un lugar común entre los dirigentes bolcheviques del sur del Cáucaso que Tbilisi, si bien era el centro administrativo y cultural del Cáucaso, ofrecía menos oportunidades para el tipo de propaganda y organización que se requerían para el avance de la causa bolchevique. Fue allí con Stepán Shaumián[1]. Se burló de los mencheviques georgianos por su preocupación por la población más desfavorecida y por la economía de su tierra natal: continuaba su propia evolución política[2]. Pero la Ojrana le capturó. El 25 de marzo de 1908 fue arrestado mientras actuaba con el alias de Gaioz Nizheradze y encerrado en la prisión de Bailov, en las afueras de Bakú.

Los años de cautiverio, exilio, huida y vuelta a prisión se sucedieron. El 9 de noviembre fue escoltado hasta Vólogda, en el norte de Rusia. Era una pequeña capital de provincias, famosa sólo por la fabricación de encaje, 370 millas al este de San Petersburgo. A su llegada le ordenaron trasladarse 400 millas al Este, a Solvychegodsk, una vieja ciudad a quince millas del ferrocarril más cercano, a orillas del río Vychegda. Llegó allí el 27 de febrero de 1909 e inmediatamente planeó la huida. Lo consiguió el 24 de junio y, después de pasar unos pocos días en San Petersburgo, volvió al sur del Cáucaso para seguir trabajando como organizador del movimiento bolchevique en la clandestinidad en Bakú y Tbilisi. Pero no estuvo mucho tiempo en libertad. El 23 de marzo de 1910 fue arrestado por la policía y

confinado en la prisión de Bailov. Esta vez su seudónimo era Zájar Melijiants. Pasaron seis meses antes de que las autoridades dictaran sentencia sobre su caso (y mientras tanto se las arregló para escribir una «Carta desde el Cáucaso» que logró publicar en el *Sotsial-demokrat*, el órgano central del partido en París)[3]. El 23 de septiembre fue enviado de vuelta a Solvychegodsk. El 27 de junio de 1911 se le permitió trasladarse a Vólogda[4]. El 6 de septiembre huyó de nuevo, haciéndose pasar por un tal P. A. Chízhikov. Llegó a San Petersburgo, donde contactó con su viejo amigo de Tbilisi, Serguéi Allilúev[5].

Pero la Ojrana había sido informada. Fue arrestado nuevamente el 9 de septiembre y el 25 de diciembre lo enviaron de vuelta a Vólogda bajo custodia.

Las autoridades imperiales estaban aplastando el movimiento revolucionario. Los campesinos rebeldes eran sometidos a consejos de guerra y ejecutados. Las huelgas obreras fueron reprimidas. Los motines del ejército y la Marina imperial fueron salvajemente sofocados. En las provincias en las que había disturbios se otorgaron poderes extraordinarios a los gobernadores y comandantes militares. La agitación revolucionaria fue cruelmente reprimida y los principales líderes de los partidos socialistas —el Partido Obrero Socialdemócrata Ruso y el Partido de los Social-revolucionarios— regresaron a Suiza y a otros países europeos para reagrupar sus fuerzas hasta la siguiente gran crisis política.

Nicolás II no revocó la Ley Fundamental que había sancionado a principios de 1906. Pero se arrepintió de haber permitido un sistema electoral por el que se eligió a un gran contingente socialista tanto para la primera Duma estatal como para la segunda. El 3 de junio de 1907 Piotr Stolypin, su primer ministro, modificó el sistema con el fin de obtener una mayoría conservadora en la tercera Duma estatal, que iniciaría sus sesiones en noviembre. Sin embargo, Stolypin también se daba cuenta de que la reforma agraria era esencial. Había ejercido el cargo de gobernador en la provincia de Sarátov y consideraba que la tierra comunal de la aldea era una fuente de inestabilidad social crónica; introdujo una legislación que permitía a los campesinos establecerse como granjeros independientes. Financió proyectos para fomentar la migración hacia las tierras vírgenes de

Siberia. Stolypin, con el consentimiento del emperador, se esforzó por establecer una relación de trabajo con la tercera Duma estatal, especialmente con el partido Octubrista liderado por Alexandr Guchkov. También permitió que siguieran existiendo los sindicatos locales y una prensa que no estaba tan maniatada como antes de 1905. Sin embargo, la propaganda y la militancia revolucionaria directas y abiertas seguían siendo reprimidas. El régimen de Stolypin era un intento contundente y lúcido de conservar el sistema imperial. No sólo le odiaban los revolucionarios, sino también aquellos miembros de la corte que sospechaban que su colaboración con la Duma recortaba los poderes del emperador. Pero Stolypin aguantó. El Partido Obrero Socialdemócrata Ruso, que en la primavera de 1907 tenía 150.000 miembros, quedó rápidamente reducido a un puñado de miles cuando el estado recuperó el control[6].

La existencia de Dzhughashvili estaba poblada por camaradas, espías, policías, novias y terratenientes. Todo se hacía dando por sentado que una palabra imprudente podía tener como consecuencia la cárcel. Los supuestos allegados podían resultar informantes de la policía. La Ojrana, pese a ser una organización reducida, administraba muy bien sus recursos y se infiltraba en todos los partidos revolucionarios. Dzhughashvili sólo podía confiar en los viejos amigos y en su familia más cercana.

Se había acostumbrado a valerse por sí mismo y, aunque tenía esposa y un bebé, sus obligaciones para con el partido le mantuvieron lejos de casa cuando regresó del v Congreso del partido. La paz doméstica de que había disfrutado terminó abruptamente el 22 de noviembre de 1907, cuando Ketevan, después de semanas de sufrimiento, murió. La causa más probable fue la tuberculosis. Iósef y Ketevan habían estado casados menos de dos años. La muerte de su esposa hizo trizas su equilibrio. Su compañero de escuela Iósef Iremashvili lo acompañó al funeral religioso y registró la escena ocurrida en Tbilisi cuando el viudo le agarró del brazo con fuerza y dijo: «¡Soso, este ser ablandó mi corazón de piedra; se ha ido para siempre y con ella se han ido mis últimos sentimientos de cariño por la gente!». Después Dzhughashvili se puso la mano derecha sobre el pecho y exclamó: «¡Aquí todo está tan vacío, tan completamente hueco!»[7]. Iremashvili concluyó[8]:

> Le expresé mis condolencias a Koba. Lo hice tan honesta y sinceramente como pude, pero sabía que de ahí en adelante Koba estaría despojado de todo freno moral y que desde entonces se dedicaría por entero a sus fantásticos planes, dictados únicamente por la ambición y la venganza.

El desconsuelo, según Iremashvili, tuvo profundas consecuencias al endurecer su actitud hacia el resto de la humanidad[9].

Iremashvili escribió sus memorias años después de huir de la Georgia soviética; difícilmente pudo haber recordado las palabras exactas de Iósef en el cementerio. Además, se había convertido en enemigo personal y político de Stalin y deseaba vender tantos ejemplares de su libro como pudiera. ¿Exageró la verdad? En otras memorias que hacen referencia al mismo período anterior a 1917, se presenta a un Iósef Dzhughashvili diferente: introvertido, evasivo, taciturno y desapasionado[10]. Sin embargo, aunque Iremashvili haya exagerado o inventado algo, su opinión no debería desestimarse. Conocía a Dzhughashvili desde la más temprana infancia y lo sabía todo acerca de la parte emocional de su personalidad. Ambos estaban juntos en el seminario cuando Dzhughashvili escribía poemas de tono romántico. Más aún, eran georgianos que asistían a un funeral ortodoxo y Iósef Dzhughashvili actuó según las convenciones, demostrando a la familia y a los amigos lo profundamente que sentía la muerte de su esposa.

En cualquier caso, el citado comentario sobre Dzhughashvili es una especie de cliché que muestra a un viudo más preocupado por sí mismo que por Ketevan o su hijo. Ni siquiera se había molestado en vivir con ella durante los últimos meses de su enfermedad. Sin embargo, está fuera de discusión que su muerte sacudió a Iósef. Lo que es menos plausible es que este hecho aislado fuese el que le convirtiera definitivamente en un hombre que buscara vengarse cruelmente del resto de la humanidad en general. En su larga vida se produjeron muchos acontecimientos. Sus amigos y conocidos notaban cómo cada uno de ellos le volvía más duro en su trato con el mundo. Iremashvili afirmó que incluso antes de la muerte de Ketevan era obvio que Iósef se comportaba despreciativamente con todo el mundo excepto con su madre, su esposa y su hijo[11]. La muerte de su esposa lo

dejó solo con su pequeño hijo Yákob. Pero no iba a permitir que la pérdida interfiriera en su actividad política. Después de haber elegido la vida de un revolucionario absolutamente dedicado a la causa, no iba a dejar que la paternidad fuera una carga para él. Para esto precisaba de una total libertad personal, de modo que les pidió a sus parientes políticos, los Svanidze, que se hicieran cargo de Yákob. Ketevan tenía tres hermanas y un hermano. Para alivio de Iósef, estos parientes quisieron criar al chico. También ayudaban a Iósef cuando se quedaba sin dinero[12].

Debe de haber comparado con tristeza su vida con la de los emigrados bolcheviques en las pequeñas colonias de Suiza o Francia. La mayoría de los dirigentes emigrados podía vivir de sus propios ingresos. Podían frecuentar las bibliotecas, cartearse e ir de vacaciones sin preocuparse de que la Ojrana les siguiera los pasos (los agentes de policía de esos lugares no alteraron mucho los hábitos cotidianos de los emigrados, aunque todos sabían de su existencia). Tenían tiempo para escribir y oportunidades de publicar. Podían conocer a revolucionarios extranjeros. No tenían que buscarse la vida mientras iban constantemente de un lado para otro. No estaban amenazados por la cárcel o el exilio en Siberia.

Aparte de sus camaradas, Dzhughashvili estaba solo en el mundo. No sabía nada de su madre, que seguía en Gori. Hacía mucho tiempo que había perdido todo contacto con su padre. Pero esto no impidió que Iósef siguiera pensando en él. En uno de sus primeros artículos presentaba el siguiente relato[13]:

> Tomemos un ejemplo simple. Imaginemos a un zapatero que poseía un pequeño taller, pero que no pudo sobrevivir ante la competencia de las grandes empresas y cerró su taller y tal vez se fue a trabajar en la fabrica de zapatos de Adejónov en Tiflis. Entró como empleado de Adejanov no para convertirse en un trabajador contratado de forma permanente, sino más bien para ahorrar algún dinero, reunir un pequeño capital y reabrir su taller. Como se ve, ese zapatero ya tiene una condición proletaria pero su conciencia *no es aún* proletaria: es completamente pequeñoburguesa.

Estos detalles son tan parecidos a la vida de su padre que seguramente Iósef debía de estar describiéndole. El destino de Beso fue desgraciado. Después de separarse de Keke y de Iósef se había marchado a Tbilisi a trabajar y a emborracharse, y más tardé Iósef declaró que había muerto apuñalado en un altercado en una taberna en 1909[14].

Si Iósef lloró su muerte, no dejó rastros de ello; en realidad ni siquiera se sabe con exactitud cuándo se enteró de la muerte de Beso. Durante este período, la prioridad de Dzhughashvili era evitar ser arrestado. Era experto en ardides. Pero su recurrente éxito en burlar a la policía hizo que surgiera de nuevo el rumor de que andaba en dudosos tratos con las autoridades imperiales. ¿Era un empleado de la Ojrana? En 1905 el menchevique Isidor Ramishvili lo había acusado de ser «agente del gobierno, espía y provocador»[15]. Estas historias sin fundamento se repitieron durante años. Incluso se ha argumentado que el archivo de la Ojrana sobre él había circulado en el partido en la década de los veinte y que Stalin instigó el Gran Terror a finales de la década de los treinta principalmente para eliminar a aquellos que habían tenido conocimiento de su empleo[16]. En realidad, los análisis más rigurosos de los testimonios no proporcionan un fundamento serio para la idea de que Dzhughashvili fuera un agente de policía. Esto no significa que dejara de aprovechar los lazos que tuviera con la Ojrana. Fue arrestado e interrogado muchas veces. Es bastante verosímil que dejara caer información que pudiera incriminar a los enemigos de su facción o incluso a sus rivales dentro de la facción. Hubo muchas investigaciones sobre el arresto de Stepán Shaumián y al parecer algunos compañeros bolcheviques intentaron citar a Dzhughashvili ante un tribunal del partido. El arresto y el exilio le evitaron a Dzhughashvili ese destino[17]. Shaumián era la otra figura señera del bolchevismo en el sur del Cáucaso; habría sido propio del ambicioso Dzhughashvili quitárselo de en medio.

Sin embargo la Ojrana prefería mantener a sus principales informantes fuera de prisión; y Dzhughashvili, aunque algunas veces recibió sentencias breves, estuvo encarcelado o exiliado con demasiada frecuencia y durante demasiado tiempo como para que se pueda considerar que fuera empleado de la policía. Tuvo que pasar la Gran Guerra, hasta la Revolución de febrero de 1917, en Siberia, aunque las autoridades del estado podrían haberse

servido provechosamente de él si en realidad hubiese estado trabajando para ellos.

La actividad política clandestina era compleja y exigente, y la posición de dirigente de Dzhughashvili requería que conservara un amplio espectro de allegados y fuentes de información. Los camaradas estaban entre ellos; eran indispensables si se quería mantener un núcleo revolucionario sólido. Pero también tenía que buscar información en un campo más extenso. Al establecerse en zonas obreras donde los informantes abundaban y donde la cárcel era un peligro constante, un líder revolucionario tenía que vivir de su ingenio —y Dzhughashvili se destacaba por el número de contactos que tenía—. El menchevique georgiano Artiom Guío dejó un relato de las reuniones de los militantes marxistas en Tbilisi. Cuando entró de golpe en el apartamento de un amigo, Dzhughashvili se quedó perplejo al encontrar a Guío esperándole. «No esperaba esto precisamente —exclamó—. ¿Cómo ha ocurrido? ¿No le habían arrestado?»[18]. Guío estaba explicando cómo había escapado a la suerte de otros, cuando entró un extraño. Dzhughashvili tranquilizó a Guío: «Puede decir lo que tenga que decir con entera libertad (…) Es un camarada mío». El recién llegado resultó ser un georgiano que trabajaba como intérprete para la policía. Había ido corriendo para contarle a Dzhughashvili las últimas novedades: varios camaradas cercanos (incluido el futuro suegro de Dzhughashvili, Serguéi Allilúev) estaban bajo arresto. De hecho ya se había asignado a un destacamento para que arrestara a Dzhughashvili al anochecer. El intérprete, sin embargo, estaba desconcertado por la presencia de Guío, y, después de haber pasado la información, huyó[19].

Éste es un episodio oscuro pero significativo en la carrera de Dzhughashvili. Demostraba que estaba envuelto en asuntos muy poco ortodoxos, ya que el intérprete no era un militante marxista, sino —según las palabras de Dzhughashvili— «un gran nacionalista»[20]. Este hombre odiaba tanto el dominio del Imperio ruso que ayudaba voluntariamente a otros oponentes del zarismo: deliberadamente traducía mal para ahorrarles problemas a los militantes georgianos. El relato de Guío se sale de lo común. Solía presentarse a los bolcheviques como gente que no tenía ningún tipo de tratos con la policía, y no puede descartarse la posibilidad de

que el libro de Guío se publicase en 1925 en Leningrado sólo porque Zinóviev, adversario de Stalin dentro de la facción bolchevique, controlaba la prensa en esa ciudad y quería enturbiar su reputación. Pese a todo, la tarea de hacer la revolución en el Imperio ruso precisaba de múltiples habilidades y de un código moral flexible. Dzhughashvili poseía estos atributos.

Sin embargo, era un juego peligroso. Otro de los contactos de Dzhughashvili era un tal Kórnev. Dzhughashvili le dijo a Guío las palabras que tenía que usar como contraseña cuando se encontrara con Kórnev. Pero Guío sospechó de Kórnev y se dijo: «¡O es un agente de la Ojrana o un gran cobarde!»[21]. Aunque trabajaba en una sastrería, Kórnev obviamente no tenía ninguna experiencia en cortar y coser. Todo en él resultaba sospechoso. De ahí había sólo un paso hasta concluir que «en sus manos estaba el hilo con el que [pensaba] infiltrarse en nuestras organizaciones»[22]. Guío se excusó y fue a esconderse; su instinto le decía que el contacto en el que Dzhughashvili confiaba era un espía de la policía y que el propio Dzhughashvili había sido engañado. Pudo haber sido así. Otra posibilidad es que Dzhughashvili fuera más dado que la mayoría de los revolucionarios a arriesgar la vida de sus camaradas. Egoísta y calculador, juzgaba las situaciones en términos de su propio interés. La gente le importaba sólo en tanto pudiera usarla para el bien de la causa o para su propio progreso político y su comodidad y placer personales. Su temeridad en el trabajo revolucionario clandestino era congruente con las demás manifestaciones de su personalidad.

Si bien la relación de Dzhughashvili con la policía conserva cierto misterio, ya no queda ninguna duda acerca de otro aspecto sombrío de sus actividades. Antes de la Gran Guerra se le acusó de estar involucrado en la organización de robos a mano armada y de que continuó con esta actividad incluso después de que el V Congreso del Partido la prohibiera. Durante mucho tiempo las pruebas siguieron siendo poco concluyentes. Sin embargo, Dzhughashvili nunca negó expresamente haber participado en estos actos delictivos. Durante años sencillamente desvió el interés público acerca del asunto; y cuando se hizo con el poder supremo, eliminó toda referencia al tema.

Sus obligaciones en Georgia en apoyo del bolchevismo abarcaban mucho más que la pura actividad política. También estaba implicado en la organización de «exes». Esta era la abreviatura del partido para designar las expropiaciones o, dicho de forma más directa, los robos. Durante la Revolución de 1905 y 1906 hubo muchos grupos marxistas en todo el Imperio ruso involucrados en intentos de financiar el partido mediante el robo de bancos. Entre ellos estaban los bolcheviques, y Georgia ocupaba un lugar primordial en estos esfuerzos. Había buenas razones para que así fuera. El bandidaje en las montañas era común y la opinión popular estaba muy lejos de considerarlo condenable. La tradición del *abrek,* que robaba y asesinaba mientras se burlaba de la autoridad oficial y distribuía algunas de sus mal obtenidas ganancias entre los pobres de la localidad, seguía siendo fuerte (éste era el meollo de la novela de Alexandr Qazbegi, *El parricida,* que tanto había admirado el joven Iósef Dzhughashvili). Los bolcheviques de Georgia se veían a sí mismos como canalizadores de este tipo de costumbres hacia un propósito altruista similar: la confiscación de las ganancias del capitalismo en beneficio de un partido dedicado a la causa del pueblo. El último congreso del partido había prohibido la organización de «exes». Pero el Centro Bolchevique seguía exigiendo que se llevasen a cabo. Lenin y sus camaradas necesitaban el dinero.

Dzhughashvili estaba a cargo de las operaciones bolcheviques en Geogia y el que las llevaba a cabo era el armenio Semión Ter-Petrosián, que se escondía bajo el seudónimo de Kamo[23]. Dzhughashvili y su amigo de la escuela Iósef Davrishevi lideraban grupos rivales de ladrones políticos desde casas del monte David, en Tbilisi. La policía estaba al tanto de lo que sucedía. Uno de los protegidos del padre de Iósef Davrishevi, el jefe de la policía Damián Davrishevi, un tal Davydov, era el encargado de patrullar la zona. Como quería llevar una vida tranquila, Davydov le pidió a Iósef Davrishevi que no causara problemas en su territorio —y Davrishevi supuso que lo mismo le habían propuesto a Dzhughashvili—. Davrishevi era hábil y atrevido y, aunque pertenecía a los social-federalistas (que eran socialistas pero también antimarxistas y marcadamente nacionalistas), Dzhughashvili intentó que se pasara a los bolcheviques. Davrishevi se negó (los bolcheviques de Georgia, desde luego, habían sospechado de la

atracción de Dzhughashvili por el nacionalismo georgiano. ¿Este interés por Davrishevi era una prueba más?). En cualquier caso, Dzhughashvili y sus compañeros bolcheviques no tuvieron en cuenta la petición de Davydov. En monte David se repetían los incidentes. Los dos grupos siguieron engrosando las finanzas de sus respectivos partidos mediante la persuasión, el fraude, la extorsión y el robo a mano armada. A los propietarios de los negocios se les intimidaba fácilmente. Incluso la familia de empresarios que había construido el edificio que más tarde se convirtió en el Seminario, los Zubálov, subvencionaban a Davrishevi[24]. Dzhughashvili guardó silencio sobre los nombres de sus proveedores. Pero no es improbable que los Zubálov, una de cuyas dachas de las afueras de Moscú iba a ser ocupada por Stalin y su segunda esposa desde 1919, cedieran a las exigencias bolcheviques en el período de la eclosión revolucionaria.

Llevaron a cabo el golpe de más envergadura en la plaza Ereván de Tbilisi, casi a la vista del Seminario, el 12 de junio de 1907. Kamo llegó disfrazado de general del Imperio en un cómodo carruaje tirado por caballos. Sabían que una diligencia iba a entregar una gran cantidad de billetes. Arrojaron bombas a los guardias. Kamo y sus cómplices cogieron las bolsas de lino que contenían un cuarto de millón de rublos y el propio Kamo huyó con su carruaje a toda velocidad aprovechando que la escena era caótica y sangrienta. Llevó el fruto del robo al Centro Bolchevique situado en Kuok-kala, en Finlandia. Lenin estaba encantado.

Dzhughashvili había hecho un breve viaje a Berlín justo poco antes[25] —probablemente tuviera que consultar el asunto con la dirección bolchevique en el extranjero—. Después del robo, Lenin, Dzhughashvili y Kamo procuraron mantenerlo todo en estricto secreto. Dzhughashvili y Kamo se sentían especialmente vulnerables, ya que varios marxistas de Tbilisi sabían quiénes habían organizado los atracos. Los mencheviques, que todavía tenían más peso en Georgia que los bolcheviques, comenzaron a investigar en noviembre de 1907. Silva Dzhibladze se encargó de la comisión designada para juzgar a los sospechosos de participar en ellos. El propio Dzhibladze tenía un pasado muy poco virtuoso; había sido expulsado del Seminario de Tiflis por haber agredido físicamente al Rector[26]. Pero no estaba dispuesto a consentir desviaciones de la política

oficial del partido. Dzhughashvili fue identificado, más allá de toda duda razonable, como la *éminence grise* que estaba tras el asunto de la plaza Ereván[27]. Por entonces, sin embargo, no se pudo encontrar a Dzhughashvili en ninguna parte. Como le preocupaba que le buscase la policía o que los mencheviques le pidiesen que rindiera cuentas, había huido a esconderse en Bakú[28]. Los mencheviques iban a reclamar que fuera expulsado del partido[29]. Lo que queda claro es que los bolcheviques, tras hacer mucho dinero con los robos, abandonaron esta actividad delictiva y que Dzhughashvili llegó a ser una figura cada vez más prominente del bolchevismo en el sur del Cáucaso. Él y Kamo siguieron siendo amigos y se vieron a menudo durante y después de 1917. Tenían razones para creer que habían seguido las instrucciones de Lenin con gran diligencia.

Dzhughashvili se consagró a la tarea de combatir al menchevismo en el sur del Cáucaso. Este enfrentamiento entre facciones le importaba tanto como la organización de actividades revolucionarias entre los obreros de Bakú y el control de las expropiaciones. Su celo e inteligencia lo habían llevado a la primera fila del bolchevismo en la región. En Georgia era «conocido como el segundo Lenin»[30]. A menudo ridiculizaba el orgullo que mostraban los mencheviques por sus éxitos entre el campesinado georgiano en 1905-1906. Decía que la lucha de clases estaba mejor organizada en Bakú, en la costa del Caspio, con su gran concentración de habitantes de clase obrera. Mientras Zhordaniia y los mencheviques dirigían sus esfuerzos a los georgianos, Dzhughashvili se movía entre rusos, armenios y azeríes, así como entre gente de su propia nacionalidad. Era verdaderamente descarado, incluso cuando afirmaba que los mencheviques de Tbilisi eran reacios a enfrentarse en un debate con los bolcheviques. Esto era un infundio: Zhordaniia siempre estaba dispuesto a aceptar tal desafío. Pero a Dzhughashvili no le interesaba el juego limpio. Quería desacreditar a los mencheviques y estaba dispuesto a utilizar cualquier recurso que tuviera a mano. Normalmente acusaba a Zhordaniia de estar obsesionado con la actividad legal, lo que venía a ser lo mismo que acusarle de clausurar la red clandestina del partido[31].

Zhordaniia replicaba que los mencheviques no habían descuidado ni Bakú ni a la clase obrera, sino que en realidad eran más fuertes allí que los

bolcheviques[32]. La verdad estaba a mitad de camino entre Zhordaniia y Dzhughashvili. Los mencheviques consideraban a Georgia como su baluarte. Sin embargo, también trabajaban en otros lugares, incluido Bakú, y a veces eran más efectivos que los bolcheviques. Pero las diferencias en cuanto a la estrategia mantenían a las facciones separadas. Mientras que los bolcheviques operaban casi exclusivamente entre los obreros, los mencheviques tomaban muy en serio a otras clases, como el campesinado. Los mencheviques estaban mucho más dispuestos que los bolcheviques a servirse de la Duma estatal como instrumento de organización y propaganda política. Los bolcheviques, a pesar del fracaso de la revolución de 1905-1906, mantenían vivo el sueño de organizar un levantamiento armado contra la monarquía imperial.

Dzhughashvili era un combatiente de primera línea del menchevismo en una de las regiones más importantes para la causa revolucionaria en el Imperio ruso. Su intransigencia era justamente lo que Lenin quería de sus seguidores. El propio Dzhughashvili había adquirido una perspectiva más amplia de la política desde que había asistido a las grandes asambleas del partido en Tampere, Estocolmo y Londres, y su elección de trabajar en Bakú y no en Tbilisi era muy significativa. Ya no se consideraba primordialmente un marxista georgiano; su papel había pasado a ser el de un marxista que podía trabajar en cualquier lugar del sur del Cáucaso o en el Imperio en su conjunto. Cuando informó acerca del V Congreso del Partido, comentó[33]:

> La composición nacional del Congreso era muy interesante. Según las estadísticas, los judíos constituían la mayoría en la facción menchevique, seguidos por los georgianos y los rusos. En la facción bolchevique, en cambio, los rusos son la mayoría (…) seguidos por los judíos, los georgianos, etc. Uno de los delegados bolcheviques (creo que era el camarada Alexinski) destacó, un poco en broma, que los mencheviques son judíos mientras que los bolcheviques son una auténtica facción rusa; así que noharíamos ningún daño si nosotros, los bolcheviques, lleváramos a cabo un pequeño pogromo en el partido.

Ésta es una de las primeras señales de que Dzhughashvili se daba cuenta de la importancia de la propaganda revolucionaria, el reclutamiento y la organización entre el grupo nacional más grande del imperio, los rusos.

Posteriormente los comentarios de Dzhughashvili se usaron como prueba de su antisemitismo. Ciertamente eran muy crueles e insensibles. Pero probablemente no demostraban aversión hacia todos los judíos, o en realidad hacia todos los georgianos. Él, un georgiano, estaba repitiendo lo que un bolchevique ruso había dicho sobre los rusos y los judíos. Después sería, durante muchos años, amigo, allegado o líder de incontables judíos. Lo que contaba para Dzhughashvili era la marcha de la historia; se daba cuenta de que, si la monarquía imperial iba a ser derrocada, habría que empujar tanto a los rusos como a los judíos y los georgianos para que tomaran parte activa. Lo que es más, estaba publicando su comentario tres décadas antes de que Hitler exterminara a los judíos de Europa oriental. Antes de la Gran Guerra, Dzhughashvili puede no haber tenido una especial simpatía por los judíos en tanto judíos, pero tampoco estaba en contra de ellos. Ésta era su actitud hacia toda la humanidad. No le agradaba ni odiaba a ningún pueblo en particular; su principio rector era juzgar cómo podían ser impulsados u obligados a contribuir al logro de la clase de estado y de sociedad que él aprobaba. A pesar de estas reservas, el comentario tenía un trasfondo de insensibilidad. Un pogromo era un pogromo. Expresaba la violencia popular de las masas contra los judíos. Dzhughashvili, cuando menos, había hecho una broma políticamente incorrecta. Además estaba sugiriendo implícitamente que la influencia judía en el Partido Obrero Socialdemócrata Ruso debía ser contrarrestada. Su internacionalismo no era un compromiso carente de ambigüedades.

Como fuera, su propia afirmación nacional estaba declinando y empezó a escribir en ruso y no en georgiano. Su primer artículo en ruso apareció, después de su regreso de Londres, en el periódico bolchevique de Bakú *Bakinski rabochi*[34]. De ahí en adelante, no escribió en georgiano más que cartas a camaradas y parientes. Dejó en gran medida de escribir en su lengua natal para el público político. Era un paso que solían dar los bolcheviques georgianos. Pertenecer a las filas del bolchevismo implicaba un compromiso con el internacionalismo y con el ruso como instrumento en

el marco del marxismo organizado en todo el Imperio. Durante un tiempo estudió esperanto por su cuenta. Dzhughashvili y muchos jóvenes revolucionarios creían que este lenguaje, inventado por el investigador judío polaco Ludwig Zamenhoff, sería uno de los cimientos culturales del orden socialista que deseaban crear en todo el mundo[35].

De cualquier modo, no era la sospecha de antisemitismo lo que más perturbaba a quienes estaban en contacto con Dzhugashvili por entonces. Semión Vereshchak le conoció en la prisión de Bailov, en las afueras de Bakú, y se quedó perplejo ante su crueldad. Dzhughashvili no dejaba de enfrentar a un preso contra otro. En dos ocasiones esto terminó en violencia[36]:

> En el corredor del pabellón de los políticos [de la prisión] estaban pegando a un joven georgiano. Todo el que pudo se unió a la paliza con lo que tuviera a mano. Una palabra resonó en el pabellón: ¡provocador! (…) Todos pensaron que era su deber dar golpes. Finalmente llegaron los soldados ydetuvieron la pelea. Llevaron el cuerpo ensangrentado en camilla al hospital de la prisión. El administrador cerró los corredores y las celdas. Llegó el ayudante del fiscal y comenzó la investigación. No se encontró ningún responsable. Los muros del corredor estaban cubiertos de sangre. Cuando todo se hubo calmado, comenzamos a preguntarnos unos a otros a quién habíamos pegado. ¿Quién dice que es un provocador? Si es un provocador, ¿por qué no le han matado? (…) Nadie sabía ni entendía nada. Y sólo mucho después quedó claro que bzhughashvili había propagado el rumor.

En otra ocasión un criminal conocido como Mitka Grek apuñaló y mató a un joven obrero. Al parecer Dzhughashvili le había dicho a Grek que era un espía[37].

Los revolucionarios no tenían escrúpulos a la hora de eliminar a los que informaban sobre sus actividades o trataban de impedirlas. Lo peculiar de Dzhughashvili, sin embargo, era que hacía este tipo de cosas en silencio. La indagación de rigor sobre el acusado no tenía lugar. Dzhughashvili

sencillamente tomaba una decisión e instigaba a la acción[38]. Ponía a sus compañeros conspiradores en peligro y se mantenía al margen del asunto. Era resuelto, inmisericorde y extremadamente seguro de sí mismo. Pero también era valiente. Los que buscan adjudicarle todos los defectos posibles normalmente lo pasan por alto. Incluso su detractor Semión Vereshchak concede que Dzhughashvili se comportaba con coraje y dignidad frente a las autoridades. En la Pascua de 1909 una unidad de soldados irrumpió en el pabellón de los presos políticos para pegar a los internos. Dzhughashvili no demostró miedo. Decidió enseñar a los soldados que su violencia nunca podría con él. Con un libro en la mano, mantuvo la cabeza bien alta mientras se abalanzaban contra él[39].

Esta conducta era lo suficientemente extraordinaria como para que Vereshchak se sobrecogiese al recordarlo. Otros aspectos del comportamiento de Dzhughashvili eran menos apreciables. Se recuperó de la muerte de su esposa con increíble rapidez y siempre que estaba fuera de la cárcel tenía líos de faldas. Delgado, silencioso y seguro, siempre había sido atractivo para las mujeres. Tuvo una novia, Tatiana Sújova, en Solvychegodsk en 1909. Había llegado allí con ropas del Sur, poco apropiadas para el crudo invierno del norte de Rusia. Sújova le ayudó en todo; hasta le dio dinero y le ayudó a escapar[40]. En otra de sus estancias en Solvychegodsk salió con una estudiante del lugar que se llamaba Pelagueia Onúfrieva. Sólo tenía 17 años en ese momento. No fue su última aventura sexual con adolescentes[41] y no todos sus camaradas las aprobaron, entonces o más tarde. Menos agradable fue el modo en que trató a María Kuzákova, que poseía una de las casas de madera más grandes de Solvychegodsk, donde le alojó. Kuzákova era una joven viuda campesina. A su debido tiempo tuvo un bebé al que bautizó con el nombre de Konstantín. No había mucha duda acerca de la paternidad de Konstantín. Todos los que lo vieron cuando ya era un adulto recordaban cuánto se parecía a Stalin en su aspecto y hasta en su forma de moverse[42].

Dzhughashvili no tenía la intención de quedarse con la madre y al hijo. Consideraba que las mujeres eran una fuente de gratificación sexual y de comodidad doméstica. Le gustaba relajarse con ellas sólo si tenían las características que encontraba agradables. Sus acompañantes tenían que

apoyarle en todo y ser sumisas. Requería de una mujer que se dedicara exclusivamente a él y Kuzákova le vino bien durante un tiempo. Sin embargo, esa relación rompía un código. Como otros revolucionarios, los bolcheviques creían que tenían la misión de construir un mundo mejor sobre los principios de la colectivización de los bienes. Dzhughashvili había utilizado a Kuzákova de un modo egoísta para satisfacer su lujuria, y ni entones ni luego consideró que su actitud fuera reprobable. Así pasó agradablemente el tiempo de su sentencia junto al río Vychegda hasta el 27 de junio de 1911, cuando se le permitió trasladarse a Vólogda. Viajó hasta Kotlas y tomó el nuevo tren hacia el Oeste. Nunca volvió a Solvychegodsk.

EN EL CENTRO DEL PARTIDO

Los líderes del Partido Obrero Socialdemócrata Ruso en la emigración tardaron en reconocer a Iósef Dzhughashvili como un dirigente de talento. La composición de la élite dirigente no era inamovible, pero sin el auspicio de alguno de sus miembros era difícil que alguien pudiese sumarse a ella. Dzhughashvili no se hizo a sí mismo ningún favor quedándose en el sur del Cáucaso y en Rusia. En las reuniones de Tampere y Estocolmo había sostenido con firmeza sus opiniones. En cada ocasión había puesto objeciones a Lenin[1], que era el único dirigente del que cabía esperar que sugiriera su inclusión en el Comité Central. Lenin seguía muy atento a Rusia; incluso se mostraba dispuesto a dejar Georgia en manos de los mencheviques con la condición de que no metieran las narices en los asuntos del marxismo ruso[2]. Dzhughashvili no estaba de acuerdo. Para él, la expansión industrial y comercial de Bakú, Tbilisi y Batumi le daban a la zona una importancia comparable a la de las regiones del centro y el norte de Rusia; y no cambió de postura hasta que la facción bolchevique le encomendó tareas en otros lugares. Lo que ya estaba claro era su voluntad de mantener sus opiniones en las asambleas del partido fuera de la región. No se había unido al movimiento marxista para que sus propósitos quedasen sepultados por la política oficial del partido.

La promoción, cuando llegó, vino de manos de Lenin. Después de años de difícil e irregular cooperación con los mencheviques, Lenin consideró que ya había llegado a un punto límite. Hacia 1911 las desventajas de compartir un partido con ellos y con las diferentes organizaciones regionales no rusas sobrepasaban a las ventajas. Planeaba convertir la facción bolchevique —o más bien a aquellos bolcheviques que le seguían

siendo leales— en el Partido Obrero Socialdemócrata Ruso y tratar a todas las demás facciones como si ya no formaran parte del partido.

Los mencheviques habían denunciado la aprobación de los atracos a bancos por parte de Lenin como un medio de financiar el bolchevismo. También querían su parte del dinero de la herencia de dos hermanas llamadas Schmidt, que pertenecía al partido en conjunto. Pero Lenin pretendía que todos los fondos quedasen en manos bolcheviques. Éste no era el único problema. Los partidos marxistas no rusos —polacos, letones y lituanos, así como el Bund judío— estaban causando problemas al criticar sus políticas. Incluso dentro de la facción bolchevique había disidencias. Cuando Lenin expulsó a Alexandr Bogdánov, se dio cuenta de que muchos bolcheviques seguían considerando el cisma como algo innecesario y contraproducente. Tan confiado en sí mismo y tan hábil como siempre, Lenin convocó una asamblea del partido en Praga. A pesar de que se había asegurado de que todos excepto un par de participantes serían leninistas leales, le dio el nombre de Conferencia del Partido. En esencia estaba dejando de lado incluso la apariencia de coparticipación en el mismo partido. Las sesiones comenzaron en enero de 1912. Las tácticas de Lenin, que buscaban la escisión, desconcertaron a los delegados y algunos no dejaron de condenar sus obsesivas polémicas de emigrado. Pero Lenin siguió con su plan. Se eligió un Comité Central y Lenin comenzó a actuar como si los mencheviques no existieran.

Por entonces Dzhughashvili estaba varado en Vólogda; pero la ciudad estaba unida directamente a San Petersburgo por tren y Lenin en absoluto se había olvidado de él. Lenin había formado una «escuela del partido» en 1911 en Longjumeau, en las afueras de París, y Dzhughashvili era una de las personas a las que quería tener a su lado. «Gente como él —le decía al menchevique georgiano Guiorgui Uratadze— es justamente lo que necesito»[3]. Longjumeau era un pueblo tranquilo en el que Lenin había preparado un programa de conferencias y reclutado a varios conferenciantes marxistas, además de él mismo, para que enseñaran a los jóvenes bolcheviques las bondades de las doctrinas y la historia del partido. El objetivo era inculcar a los estudiantes una firme lealtad al bolchevismo; y Dzhughashvili, que ya había hecho su contribución como escritor

bolchevique en los más altos niveles de la facción, era un candidato natural. Otro bolchevique georgiano al que Lenin había echado el ojo era el futuro compañero de Dzhughashvili, Sergo Ordzhonikidze, que estudió en Longjumeau y le impresionó. De un modo u otro, sin embargo, Dzhughashvili no recibió la invitación. Tal vez sucedió simplemente que Lenin no disponía de alguien para que llevara el mensaje hasta Vólogda. De cualquier modo, Ordzhonikidze impresionó tanto a Lenin en Longjumeau que lo designó para que hiciera los preparativos de la Conferencia de Praga[4].

De haber asistido Dzhughashvili al curso de Longjumeau, tal vez le habría dado a él esta misión. Casi con seguridad habría ido a Praga e incluso habría sido elegido para el Comité Central. Tenía un abanico de aptitudes, especialmente como escritor y editor, más amplio que el de su amigo Ordzhonikidze. Sin embargo, esta elección no le habría hecho un favor. El nuevo Comité Central incluía a un tal Román Malinovski, que era un agente pagado por la Ojrana. Todos los miembros del Comité Central que volvieron al Imperio ruso, excepto Malinovski, fueron arrestados en pocas semanas. También en 1912, Malinovski, dirigente sindical de los trabajadores metalúrgicos de San Petersburgo, concurrió como candidato bolchevique para la Cuarta Duma estatal y obtuvo una brillante victoria. La Ojrana podía mantenerse informada acerca de los cuerpos más importantes del bolchevismo —el Comité Central y la facción en la Duma— e influir en sus decisiones.

Sin embargo, el arresto de la mayoría de los miembros del Comité Central que regresaron cambió la suerte de Iósef Stalin. Tras haber perdido la oportunidad de asistir a la escuela del partido en Longjumeau y a la Conferencia de Praga, estaba disponible para actuar en el nivel más alto de la facción bolchevique. Lenin lo consideraba un hombre que podía operar a su favor en varios aspectos. Dzhughashvili era un reputado organizador. Nunca se quejaba de las tareas que le asignaban: ya era conocida su capacidad para ejecutar trabajos pesados. Aunque había tenido desacuerdos políticos con Lenin, no era el único, y de cualquier modo entre 1911 y 1912 ambos estaban de acuerdo en la mayoría de las cuestiones prácticas que afectaban a los bolcheviques. Tenía conocimientos básicos de la teoría

marxista. Era un escritor fluido y un editor capaz. Era muy directo cuando había que obligar a una persona o a un comité a acatar la línea oficial de la facción. Lenin y Grigori Zinóviev, que pasaban una temporada en París antes de trasladarse a la sede del Comité Central en Cracovia, en los dominios polacos de la monarquía de los Habsburgo, decidieron elegir a Dzhughashvili (o Ivánovich, como solían llamarle) para formar parte del Comité Central. En febrero de 1912 enviaron a Sergo Ordzhonikidze a Vólogda para comunicarle las noticias en persona[5].

La comunicación con la emigración era lenta y Lenin se impacientaba: «No hay rastro de Ivánovich. ¿Qué le ha pasado? ¿Dónde está ahora? ¿Cómo está?»[6]. Por entonces Dzhughashvili estaba considerado como uno de los pocos camaradas realmente útiles. Pero Lenin no tenía que preocuparse. Ordzhonikidze encontró con facilidad en Vólogda al camarada elegido y le informó de que el Comité Central deseaba que abandonara de inmediato la ciudad y trabajara como uno de los principales dirigentes en el Imperio ruso. Por fin había alcanzado la élite de la facción bolchevique.

Dzhughashvili partió de Vólogda con documentación falsa el 29 de febrero de 1912. Primero estuvo en el Cáucaso. Allí escribió para justificar la formación del nuevo Comité Central, a pesar del hecho de que los mencheviques y otras facciones del Partido Obrero Socialdemócrata Ruso habían sido excluidas ilegítimamente. Concentró sus esfuerzos en Bakú y en Tbilisi. Pero sus nuevas obligaciones implicaban que ya no se limitaría a una zona del Imperio ruso. El 1 de abril partió, de acuerdo con Lenin, hacia Moscú, donde se encontró con Ordzhonikidze. Después fue a San Petersburgo. Sus deberes eran fatigosos e importantes. Escribió para el periódico bolchevique *Zvezda* («La Estrella»), que también ayudó a editar; su fluidez literaria era muy apreciada por los apremiados bolcheviques metropolitanos. Al mismo tiempo entabló relaciones con los diputados bolcheviques de la Tercera Duma estatal con el objetivo de fundar un diario más popular, *Pravda* («La Verdad»), Dzhughashvili se convirtió en su editor. Había tres salas de trabajo en el cuartel general del periódico y la imprenta tenía dos habitaciones en otra parte[7]. Difícilmente puede decirse que hubiera conseguido pasar inadvertido a la Ojrana. Le quedaba la esperanza de que la policía, por motivos propios, no quisiera arrestarlo.

Pravda apareció por primera vez el 22 de abril de 1912. Dzhughashvili había escrito un artículo para este número, «Nuestros objetivos». Había hecho lo que se le había indicado desde Cracovia y se había situado en el núcleo de la dirección bolchevique de San Petersburgo. *Pravda* era el diario legal de la facción. Su objetivo era recabar el apoyo de los trabajadores industriales en una época de creciente descontento popular con el zar y con los patronos. Los mineros en huelga en los yacimientos de oro de Lena, en Siberia, habían sido tiroteados por las autoridades el 4 de abril. Una ola de manifestaciones de protesta se extendió por todo el imperio. Había disturbios en San Petersburgo. El largo período de inmovilidad del movimiento obrero desde 1906 estaba llegando a su fin. Las campañas de los militantes bolcheviques comenzaron a eclipsar a las de los mencheviques. Consecuentemente, los bolcheviques dejaron de ser útiles para la Ojrana como una fuerza que creaba disensiones en el seno del Partido Obrero Socialdemócrata Ruso. Puede que no fuera una coincidencia que la orden de arrestar a Dzhughashvili se diera apenas comenzó a venderse *Pravda*. La verdad no ha sido todavía desenterrada de los archivos del Ministerio del Interior. Dzhughashvili fue arrestado el 22 de abril y confinado en el Centro de Detención Preliminar de la capital. El 2 de julio le enviaron con una escolta al distrito de Narym, cerca de Tomsk, en Siberia occidental, donde se le sentenció a permanecer durante tres años. Después del largo viaje en el «vagón de arresto» del Transiberiano hasta Tomsk, fue embarcado en el vapor *Koi-páshevets* y llevado curso abajo del gran río Ob, hacia Narym.

Hasta su confinamiento Dzhughashvili había escrito con más intensidad que en cualquier período anterior de su vida. Fue también en esta época en la que algunos de sus poemas de adolescencia se reimprimieron en la última edición de la antología de literatura georgiana de Yákob Goguebashvili, *Lengua materna*[8]. Pero no se lo comentó a nadie (cabe la posibilidad de que no supiera de la publicación). Algunos destellos de su espíritu poético todavía se manifestaban. En una proclama que escribió para el 1 de mayo de 1912, declaraba[9]: «La naturaleza despierta de su sueño invernal. Los bosques y las montañas reverdecen. Las llores adornan los prados y los pastos. El sol brilla más cálido. Sentimos en el aire la nueva vida, y el

mundo está empezando a bailar de alegría». Éste fue el último estallido romántico que publicó. Durante el resto de su vida nunca repitió semejantes efusiones de verborrea. Verdaderamente había pasado mucho tiempo desde la última vez que se había permitido algo así[10].

La misma proclama no se refería a ninguna de las regiones del Imperio ruso, excepto Rusia. Estaba exclusivamente dirigida a los trabajadores rusos y les incitaba a «levantar la bandera de la Revolución rusa [russkoi]». No hace falta abundar en interpretaciones sobre esto (lo que no ha impedido que muchos biógrafos lo intentaran). Dzhughashvili estaba trabajando en la capital rusa, escribiendo en ruso y dirigiéndose a los trabajadores industriales rusos. Naturalmente, Rusia estaba en el centro de su mensaje, lo cual no habría sido así de haber estado todavía en Tbilisi. No obstante, se detecta un giro en su personalidad política en torno a este momento. Desde 1912 su principal seudónimo fue Stalin. Era un nombre inconfundiblemente ruso derivado de la palabra «acero» *(stal).* Aunque no era la primera vez que recurría al ruso en busca de una falsa identidad, habitualmente volvía a los nombres georgianos. Ahora, sin embargo, estaba construyendo su imagen en el Partido Obrero Socialdemócrata Ruso y ya no deseaba que lo vieran simplemente como alguien del Cáucaso. Ponía cada vez más énfasis en la necesidad de lograr una solución general para los problemas del Imperio ruso y quería ser parte de esa solución.

En persona, desde luego, Stalin no podía hacerse pasar por ruso. Sabía que tenía un aspecto, un modo de hablar y un comportamiento «sureños». Admiraba a los clásicos de la literatura georgiana. Nunca sería ruso. Y, al contrario de lo que se dice en todas partes, en realidad no lo intentó[11]. Si verdaderamente hubiera deseado desgeorgianizar su perfil político entre los bolcheviques, habría dejado de escribir acerca de la «cuestión nacional». Judíos como Zinóviev y Kámenev querían que se les conociese como internacionalistas y casi nunca hacían referencia a su proveniencia étnica. Stalin también quería que se le considerara un internacionalista; también pretendía que le tomaran en serio en la política socialista rusa. Pero seguía insistiendo al partido para que promoviera los intereses de los no rusos bajo una futura administración socialista. Su folleto de 1913, *La cuestión nacional y la socialdemocracia*, iba a contribuir mucho a elevar su

reputación en el partido; también consolidó su relación con Lenin, que lo describió en una carta al escritor Maxim Gorki como «el maravilloso georgiano»[12]. Lo que queda claro es que Stalin había dejado de ocuparse en particular de los georgianos en sus manifestaciones sobre la cuestión nacional. Cuando escribía o decía algo, trataba a los georgianos ni mejor ni peor que a cualquier otro pueblo no ruso. No ofrecía a sus compatriotas perspectivas de tratamiento preferente, si bien por su aspecto, acento, modales y parte de su cultura, seguía siendo un georgiano.

Esto poco significaba para Stalin cuando iba camino a Narym bajo custodia. Permaneció unos pocos días en Kolpáshevo, un pueblo donde varios líderes bolcheviques vivían exiliados. Entre ellos estaban Mijaíl Lashévich e Iván Smirnov. Stalin también se encontró con su amigo bolchevique Semión Surin, así como con su conocido de la prisión de Bailov, Semión Vereshchak: cenó con ellos, se recuperó y luego partió hacia el Noreste por el río Ob hasta el destino que se le había asignado en Narym[13]. En realidad no era el peor lugar para exiliarse dentro del Imperio ruso. Narym, a diferencia de otras ciudades ubicadas más al Norte, se encontraba en una zona agrícola. Pero las condiciones podrían haber sido mejores. El invierno era crudo. La vida económica giraba sobre todo en torno a la caza y la pesca. El contacto con San Petersburgo era poco frecuente y estaba sujeto a vigilancia policial.

El compañero del Comité Central Yákov Sverdlov recibió a Stalin en Narym y le ofreció una habitación. No se llevaban bien. No podían ponerse de acuerdo ni siquiera sobre las tareas domésticas. Mientras que Sverdlov quería mantener un mínimo orden, Stalin era descuidado y egoísta. Habían pactado recoger el correo y se suponía que el que no iba tenía que ordenar la casa. Años más tarde ambos compararon sus recuerdos acerca de cómo Stalin se libró del acuerdo[14]:

> *Stalin:* Me gustaba salir para ir a recoger el correo [el día en que le tocaba ir a Sverdlov], Sverdlov tenía que cuidar la casa le gustara o no —mantener la estufa encendida y hacer la limpieza (…)—. Cuantasveces traté de engañarte y librarme del trabajo de la casa.

> [También] solía despertarme cuando me tocaba y quedarme quieto como si estuviera durmiendo.
>
> *Sverdlov:* ¿Crees que no me daba cuenta? Claro que me daba cuenta.

Aunque Sverdlov se reía de buen talante, en aquel entonces no le resultaba nada agradable. La conducta de Stalin era indudablemente egoísta. El que se acercaba a la oficina de correos se encontraba con otros camaradas y se daba un respiro de la monotonía del exilio. Todos pensaban que las condiciones eran deprimentes y se tomaban mal el egocentrismo de Stalin.

Ambos planearon huir de Narym para continuar con la actividad política clandestina. El Comité Central de Cracovia les animaba a hacerlo. Había dos «oficinas» de fugas, una en Kolpáshevo y la otra en Narym. Sverdlov lo intentó en primer lugar, pero fue capturado cerca de Tomsk. Después escapó Lashévich, seguido por Stalin y Sverdlov, el 1 de septiembre[15]. Fue un viaje lleno de incidentes. Habían concebido un plan muy ingenioso que requería que el diminuto Sverdlov se escondiera en un cesto de lavandería. Un gendarme abordó a Stalin e intentó examinar el cesto hundiendo en él la bayoneta. Stalin logró que desistiera mediante un soborno. Esta historia, contada por Stalin tres décadas más tarde, no se puede comprobar[16]. Pero no es inverosímil. Los revolucionarios fugitivos se aprovechaban a menudo de la ineficiencia y la venalidad de los agentes imperiales de la ley y el orden.

Stalin y Sverdlov se alojaron con la familia Allilúev en San Petersburgo[17]. Enseguida restablecieron los contactos con las organizaciones del partido en el imperio y con la parte «extranjera» del Comité Central en Cracovia. Todo ese tiempo le llevaron la delantera a la Ojrana. La campaña electoral para la Cuarta Duma estatal estaba en pleno auge y Stalin se quedó en la capital para ayudar y dirigir las actividades bolcheviques. También comenzó a escribir de nuevo para *Pravda*. El 19 de octubre publicó el artículo principal sobre «La voluntad de los delegados de los votantes»; y Lenin publicó su escrito «El mandato de los obreros de San Petersburgo» en el periódico de los emigrados *Sotsial-demokrat*. El día de las elecciones, el 25 de octubre, los bolcheviques lograron asegurarse seis escaños. La necesidad de coordinación era lo más importante y Stalin

realizó un viaje de último momento para ver a los bolcheviques de Moscú y tratar con Román Malinovski y otras personas recientemente elegidas. Al final de la campaña electoral urgía igualmente fortalecer el contacto con Cracovia. Stalin, después de un breve regreso a San Petersburgo y de asegurarse de que los preparativos para la Duma estuvieran en orden, compró billetes de tren para Polonia a principios de noviembre. Iba a consultar a Lenin. Por primera vez se encontrarían como miembros del Comité Central.

El viaje fue memorable para Stalin. Cuando el tren se acercaba a la frontera con la Polonia austríaca, se encontró en un vagón con un pasajero que leía en voz alta un periódico ruso nacionalista. No pudo contenerse y le gritó: «¿Por qué está leyendo esa basura? ¡Debería leer otros periódicos!»[18]. Una vez que descendió del tren, tuvo que buscar ayuda para cruzar la frontera en dirección a Cracovia. Deambuló por el mercado hasta que dio con un zapatero amistoso. Stalin usó su encanto: «Mi padre también fue zapatero, allá en mi tierra, Georgia». El zapatero, sin aceptar ninguna recompensa, llevó a Stalin a su casa, le dio de comer y cuando oscureció le acompañó por una sinuosa ruta a través de las montañas hasta la Polonia austríaca[19].

Llegó a tiempo para una reunión entre los miembros del Comité Central y tres diputados bolcheviques de la Duma. Stalin no disfrutó de la experiencia. En noviembre los bolcheviques habían organizado una huelga política de un día y una manifestación ante el palacio de Táuride en San Petersburgo. Cuando los mencheviques se opusieron a esto aduciendo que era peligroso e improductivo, la facción bolchevique se echó atrás. Lenin se enteró de esto en Cracovia y escribió un artículo furibundo[20]. No se le había pasado el mal humor cuando los tres diputados de la Duma llegaron a Polonia. Stalin estaba de acuerdo en que la facción bolchevique había cometido un error, pero dudaba de que el mejor modo de encauzarlos fuera intimidarlos[21]:

> Ilich recomienda «una política dura» para el grupo de los seis [diputados bolcheviques de la Duma] dentro de la facción, una política de amenazar a la mayoría de la facción, una política de

> apelar al rango y la fila contra la mayoría de la facción; pero Ilich cederá, ya que es evidente que los seis [bolcheviques] no están todavía bien entrenados para llevar a cabo una política tan dura, que no están preparados y que es necesario comenzar por reforzar a estos seis y luego usarlos para aplastar a la mayoría de la facción como Iliá [Múromets] usó a un tártaro para aplastar a los tártaros.

Stalin pensaba que los bolcheviques podían derrotar a los mencheviques en la facción de la Duma. Había asistido a una reunión de la facción y podía atestiguar que era factible. La persuasión podía funcionar. Stalin creyó a Lenin inepto y mal informado por insistir en la intransigencia táctica[22].

Lev Kámenev, conocido de los días de Tbilisi y miembro del Comité Central, tenía una relación mucho mejor con Stalin. Stalin se sentía solo en Cracovia y le escribió lo que sólo puede denominarse una «carta amorosa»[23]: «Te doy un beso esquimal en la nariz. ¡El diablo me lleve! Te echo de menos, lo juro y perjuro. No hay nadie, absolutamente nadie con quien tener una conversación sincera, maldición. ¿No podrías venirte de algún modo a Cracovia?». Como todavía estaba tratando de afianzar su posición en la dirección del Partido Obrero Socialdemócrata Ruso, intentaba llegar a posibles amigos que pudieran ayudarle.

Tras volver brevemente a San Petersburgo, Stalin trabajó con los seis diputados bolcheviques de la Duma antes de viajar de nuevo a Cracovia a finales de diciembre para otro encuentro del Comité Central con el grupo bolchevique de la Duma. Permaneció en el extranjero durante el período más largo de su vida y llegó a establecer una relación más amistosa con Lenin. Sin embargo a pesar de haber sido invitado a comer con Lenin y su esposa Nadezhda Krúpskaia, insistió en buscar un restaurante. Perplejo ante su reacción, Lenin fue a buscarlo. Lo encontró comiendo con una botella de cerveza en la mesa. En adelante, Lenin se aseguró de que su casa estuviese surtida de alcohol y retomaron sus conversaciones políticas en sociedad. Mientras tanto, las malas lenguas del lugar comentaban la conducta de Stalin. Al pedir una comida en ruso en una estación de tren de la línea entre Cracovia y Zakopane, notó que otros clientes entraban al restaurante y se les servía mientras que él tenía que esperar. Le trajeron la sopa después de

una espera excesiva. Ofendido, volcó la escudilla y se marchó. Lenin tuvo que explicarle, al que supuestamente era el experto del partido en la cuestión nacional, que a los polacos les disgustaba tener que hablar en ruso[24].

Lenin tenía la habilidad de hacer que los bolcheviques se sintieran cómodos en sociedad, y Stalin enseguida se tranquilizó. Los dos conversaban incansablemente. Para Lenin, Stalin reunía las condiciones del perfecto bolchevique. Era tenaz y no se quejaba (para entonces Stalin todavía no había exteriorizado su lado autocompasivo y reprobador). Parecía ajustarse al estereotipo de la clase obrera. También era un revolucionario comprometido y leal a la facción bolchevique. Stalin era obviamente brillante y Lenin, que estaba embarcado en una controversia con Zhordaniia y otros mencheviques sobre la cuestión nacional, animó a Stalin a que dejara temporalmente sus obligaciones y escribiera un artículo largo sobre el tema. Ya en 1910 Lenin había citado a Stalin (bajo el seudónimo de K. S.) como un analista más autorizado en lo relativo al Cáucaso que el más famoso Zhordaniia[25]. Ahora le impulsaba a profundizar en sus investigaciones y a publicar el resultado.

Con esto en mente, en la segunda mitad del mes de enero de 1913 Stalin viajó a Viena, donde podía utilizar bibliotecas con mejores fondos de literatura marxista que los disponibles en Cracovia. Permaneció unas pocas semanas con compañeros bolcheviques de la parte meridional de la ciudad, no lejos del palacio de Schönbrunn, en un apartamento del primer piso en la Schönbrunnerschlossstrasse. Los camaradas de Stalin tenían montones de libros para ofrecerle. Le dieron un escritorio y un diván[26] (nunca ponía pegas a dormir en los lugares más modestos)[27]. Durante varias semanas leyó en las bibliotecas vienesas y escribió su trabajo en el apartamento. Con frecuencia consultaba a los camaradas del lugar sobre los textos en alemán de Bauer, Kautsky y el diario marxista *Die neue Zeit*[28]. Stalin tenía una misión. Vivió la cuestión nacional y habló de ella incluso en reuniones sociales. Galina, la hija de seis años de sus anfitriones bolcheviques, se aburría muchísimo en sus paseos por los bien cuidados parques de Viena: «¡No empiece a hablar de la nación otra vez!»[29]. Stalin, separado de su hijo Yákob, que se había quedado en Georgia, se aficionó a Galina, lo

mismo que a otros chicos vivaces. Ella le retaba: no le creyó cuando, con su fuerte acento, le hizo la tentadora promesa de traerle «chocolate verde» del Cáucaso[30].

Stalin tomó largas notas y escribió la mayor parte del texto de su folleto antes de volver a Rusia. Al principio publicó «La cuestión nacional y la socialdemocracia» en la revista marxista de San Petersburgo *Prosveshchenie* («Ilustración»)[31]. De vuelta en la capital a mediados de febrero de 1913, Stalin retomó su lugar en el complejo juego que se desarrollaba entre los partidos revolucionarios y la Ojrana. Hacía mucho tiempo que la policía había aceptado que una política de total supresión del movimiento revolucionario no daría resultado, así que desde la década de 1880 venía actuando con conciencia de ello (el problema era que la Ojrana podía cambiar las reglas del juego a voluntad y el resultado podía ser la prisión o el exilio para algunos revolucionarios). Stalin tenía que enfrentarse a los riesgos habituales. Esta vez no se quedó en los barrios menos agradables de la ciudad, sino en el centro, en el número 44 de la calle Shpalérnaia, en el apartamento que los diputados bolcheviques de la Duma E Samóilov y Alexandr Badáiev habían alquilado[32]. La Ojrana estaba al tanto de que Stalin seguía las instrucciones de la dirección de los emigrados de Cracovia —o al menos lo estaba haciendo en la medida en que le parecía bien—. Stalin se dio cuenta de que la Ojrana sabía quién era y qué se proponía. La Ojrana esperaba conseguir pistas de círculos más amplios de la actividad bolchevique; Stalin intentaba no dejar estas pistas mientras continuaba guiando a la facción de la Duma hacia el fin deseado.

Evidentemente su presencia en San Petersburgo no era un secreto. En cualquier momento podía ser arrestado. Con la bendición de Lenin, dirigía la actividad de la facción en la capital. Sin embargo, apenas podía pavonearse. Tenía que ser cauto. La voluntaria oscuridad de 1912 y 1913 ha llevado a muchos a continuar suponiendo que era una figura insignificante entre los bolcheviques antes de la Gran Guerra. Esta idea era muy errónea. Había llegado a la cúspide del Comité Central y consideraba que sus habilidades radicaban en el trabajo que podía hacer en el Imperio ruso.

Lo inevitable sucedió el 23 de febrero de 1913. Stalin fue al baile del Día Internacional de la Mujer en la lonja Kaláshnikov. Era una gran ocasión

y muchos militantes se dirigían al mismo lugar. Sin embargo, la Ojrana había decidido que ya había llegado el momento de arrestarle. Al parecer, Malinovski había puesto a sus jefes sobre aviso del paradero de Stalin ese día. Fue detenido y esposado nada más llegar. Para entonces ya había terminado su extenso artículo sobre «La Cuestión Nacional y la Socialdemocracia» (que más tarde se volvió a publicar como *El marxismo y la cuestión nacional)* y lo había enviado a las oficinas de *Prosveshchenie* en la capital[33]. Esta era una revista marxista que se publicaba legalmente y que trataba temas de teoría doctrinaria y análisis de actualidad. El hecho de que sus editores recibieran con agrado su artículo era una señal de su creciente importancia entre los marxistas del Imperio ruso. Se consideró que el escrito era lo suficientemente valioso como para ser publicado en forma de folleto. Stalin también había dejado otro artículo, mucho más breve, para *Pravda*[34]. Era un informe sobre «La situación del grupo socialdemócrata de la Duma». Su contenido era una justificación de la línea dura que sostenían los bolcheviques comparada con la de los mencheviques. Pero para entonces Stalin estaba fuera de combate en el Centro de Detención Preliminar de la capital.

No sabía que no volvería a disfrutar de las delicias de la libertad durante exactamente cuatro años; porque fue precisamente el Día Internacional de la Mujer de 1917 cuando las trabajadoras textiles fueron a la huelga en la capital y pusieron el primer eslabón de una cadena que derrocó a la monarquía imperial algunos días después. No se imprimieron más obras de Stalin entre la fecha de su arresto y la abdicación de Nicolás II. Apenas había entrado en el círculo central de la facción bolchevique cuando fue arrastrado por los vientos de la justicia zarista. Conocía los riesgos. Los continuos arrestos y el exilio eran lo normal para los revolucionarios que no emigraban. Debió de haber esperado que lo enviarían de nuevo a algún lugar como Solvichegodsk o Narym y que el Comité Central le ayudaría a escapar y a retomar sus importantes funciones políticas. No lo llevarían a juicio. Su futuro inmediato dependía de la policía. Stalin esperaba la decisión con su acostumbrada fortaleza.

KOBA Y EL BOLCHEVISMO

Dzhughashvili no era en absoluto un pensador destacado. Esto no asombraría a nadie si sus seguidores no le hubiesen ensalzado como una figura intelectual de importancia universal. Siempre tuvo muchos detractores y la mayoría de los que al principio le criticaban sugerían —implícitamente— que ellos mismos eran pensadores de primer orden. Se engañaban a sí mismos. Prácticamente ninguno de los dirigentes del Partido Obrero Socialdemócrata Ruso hizo alguna contribución intelectual original. Plejánov, Lenin y Trotski fueron brillantes sintetizadores de ideas de otros —y no todos esos otros eran marxistas—. Cada uno llevó su síntesis personal a un extremo idiosincrásico. Esto es cierto también en el caso de Bujarin, que hizo el mayor esfuerzo para profundizar en la perspectiva marxista a la luz de la filosofía, la sociología y la economía contemporáneas. Sólo Bogdánov puede ser definido como un pensador original. La amalgama que Bogdánov hizo de Marx y Engels con la epistemología de Ernst Mach le llevó a rechazar el determinismo económico a favor de un interacción dinámica de los factores objetivos y subjetivos en la «ciencia» social. Su trabajo sobre la importancia de las ideas para el control de las sociedades por parte de las élites a lo largo de la historia constituyó una contribución seria. El *empiriomonismo* de Bogdánov fue un *tour de force*[1].

Sin embargo, las otras figuras dirigentes lograron persuadir a sus camaradas de que también tenían una significación cultural excepcional. Antes de la Gran Guerra Stalin no intentó destacarse en este aspecto. Tampoco en los años siguientes insinuó que hubiera hecho alguna aportación original. Siempre había afirmado que simplemente era un

leninista leal[2]. Se definía como un *praktik*, con lo que quería decir que era más bien un revolucionario práctico que un teórico. Cuando publicó «Anarquismo o socialismo» en 1906-1907, muchos lectores pensaron que no podía ser el auténtico autor. Davrishevi, su amigo de la escuela, dio por supuesto que lo había escrito otro bolchevique, tal vez el camarada de Dzhughashvili Suren Spandarián. Pero Spandarián corrigió a Davrishevi. Sí que era un artículo de Stalin[3]. «Anarquismo o socialismo» no era un trabajo brillante. Stalin lo admitió en privado después de la Segunda Guerra Mundial (y su comentario se interpretó como extraordinariamente modesto)[4]. De cualquier modo, fue un libro de gran importancia práctica en el momento de su publicación. Los biógrafos de Stalin no han prestado atención a esto, pasando por alto el hecho de que los anarquistas estaban muy activos en Tbilisi tras el cambio de siglo. Se sabía que en Georgia la monarquía imperial iba a enfrentarse a un desafío muy importante. Los líderes anarquistas emigrados habían enviado misiones de propaganda a Tbilisi. Stalin se sumergió en la literatura marxista disponible antes de escribir su apremiante réplica[5].

De hecho, se mantuvo dentro de la línea general del bolchevismo antes de la Gran Guerra. Suscribía los preceptos de la estricta disciplina del partido tal y como estaban formulados en el *¿Qué hacer?* de Lenin; también compartía el punto de vista leninista sobre las fases de la revolución, la dictadura y la alianza de clases de 1905. Aseguraba que las versiones rivales del marxismo en el Imperio ruso eran traiciones a la fe. Acentuaba la necesidad de liderazgo, de una vanguardia revolucionaria y de evitar el «seguidismo». La vanguardia debía organizar la insurrección y tomar el poder. Por otra parte, no temía oponerse a proyectos presentados por el mismo Lenin y hacerlo en un debate abierto. Sin embargo, en la mayor parte de los asuntos estaba de acuerdo con Lenin y, por su parte, Lenin tenía una gran necesidad de las contribuciones de Dzhughashvili sobre la cuestión nacional. Mientras que los mencheviques tenían varios teóricos que escribían sobre las nacionalidades en el imperio, los bolcheviques sólo contaban con Dzhughashvili (o Stalin, como se le conoció públicamente a partir de ese período). No es de extrañar entonces que Lenin le apreciara.

Aunque varios aspectos de su pensamiento salieron a la superficie sólo en los años en que ejerció el poder, es improbable que no existieran antes. Stalin había crecido cuando las potencias imperialistas del mundo estaban aplicando la fuerza militar sin disimulos. La fuerza basada en la superioridad tecnológica y organizativa era la regla suprema. El Imperio británico se extendía sobre un quinto de la superficie de la tierra. La edad de la sangre y el acero había llegado. El capitalismo había triunfado. Los marxistas pensaban que el socialismo lograría la victoria final y que el capitalismo estaba destinado a ser derrotado. Creían que era inminente la llegada de una nueva era en la historia de la humanidad. Los marxistas radicales esperaban que se produciría una guerra civil entre las clases medias y las clases obreras a una escala global. De este conflicto surgiría el bien para las generaciones futuras. El marxismo justificaba el sacrificio de millones de seres humanos en aras de la revolución.

La sociedad perfecta llegaría una vez que terminara el conflicto militar. Los pobres heredarían la tierra. Esto se lograría mediante la «dictadura del proletariado». La necesidad de métodos represivos persistiría hasta que se lograra acabar con la resistencia de las viejas clases propietarias. Aunque la dictadura sería severa, Stalin y los demás bolcheviques no se esperaban demasiados problemas. Creían que la superioridad numérica y organizativa del proletariado pronto acabaría con toda oposición. La vieja sociedad será eliminada y se erradicarían los privilegios de clase. El estado implantaría la «modernidad» en todos los aspectos de la vida y sería una modernidad superior a las variantes capitalistas existentes[6]. Se establecería la enseñanza gratuita para todos. La producción material se efectuaría de modo organizado y el derroche del capitalismo sería suprimido. Todos los ciudadanos podrían disfrutar del acceso al trabajo, la alimentación, la vivienda, la atención médica y la educación. Este conjunto de ideas militantes le iba bien a Stalin. Vivía para el conflicto. Siempre quería dominar a los que le rodeaban y había encontrado una ideología que se avenía con esta inclinación. Todo lo concerniente al bolchevismo encajaba con sus propósitos: la lucha, la represión, la hegemonía del proletariado, la rivalidad interna del partido, el liderazgo y la modernidad; y ya se veía a sí

mismo como un auténtico líder en un partido que en sí mismo buscaba conducir a las «masas proletarias» a un mundo nuevo y mejor.

Con todo, Stalin no era un leninista que obedeciera ciegamente. En varios asuntos importantes consideró que Lenin no estaba en el camino correcto y así lo dijo. En el Congreso bolchevique que se celebró en la ciudad industrial finlandesa de Tampere en diciembre de 1905, se había opuesto al plan de Lenin de que el partido presentara candidatos a las próximas elecciones para la Primera Duma estatal. Como la mayoría de los delegados, Stalin consideraba que para la facción era una pérdida de tiempo participar en la campaña electoral y sólo después, al igual que muchos otros bolcheviques, se dejó convencer por Lenin[7]. Sin embargo, no cambió de opinión sobre la «cuestión agraria». Lenin defendía que la «dictadura revolucionario-democrática del proletariado y el campesinado», después del derrocamiento de la monarquía, debía convertir en propiedad estatal toda la tierra cultivable. Stalin seguía considerándolo ingenuo e irrealizable. En cambio, proponía que la dictadura debía permitir que los campesinos se apoderaran de la tierra e hiciesen con ella lo que quisieran[8]. También creía que la exigencia de Lenin de una ruptura radical con los mencheviques en la Duma estatal simplemente confundiría y molestaría a los bolcheviques de la Duma. Tanto Lenin como Stalin eran rígidos y pragmáticos. En ocasiones importantes no se ponían de acuerdo sobre dónde debía terminar la rigidez y empezar el pragmatismo. Sus desacuerdos afectaban a decisiones operativas, no a los principios revolucionarios, aunque estos temas se debatían intensamente en el seno del bolchevismo. Lenin no podía soportar que sus seguidores interpretaran el leninismo sin que él les orientara. Stalin era uno de esos líderes bolcheviques que no temía defender sus opiniones sin salirse de la facción.

Además tenía reservas sobre las preferencias intelectuales de Lenin en materia de filosofía. En 1908 Lenin publicó un trabajo de epistemología, *Materialismo y empiriocriticismo*. El núcleo de la obra era un ataque feroz a su estrecho colaborador, Alexandr Bogdánov. Se oponía al aparente relativismo filosófico de Bogdánov. Para Lenin, que el «mundo exterior» existía con independencia de su conocimiento por parte de la mente humana era un axioma. Por lo tanto, la «realidad» era un fenómeno objetivo y

perceptible. Lenin sostenía que el marxismo constituía un irrefutable corpus de conocimiento acerca de la sociedad. Insistía en que la mente funcionaba como un aparato fotográfico que registraba y transmitía con exactitud datos absolutamente verdaderos. Aseguraba que cualquier cuestionamiento a estas premisas implicaba apartarse del materialismo marxista y abrir las puertas de la intelección al idealismo filosófico e incluso a la religión. Bogdánov, cuyo compromiso con todas y cada una de las afirmaciones de Marx y Engels era más que absoluto, fue castigado como un enemigo del marxismo.

Stalin pensaba que Lenin estaba perdiendo el tiempo con temas que no eran de importancia central para la revolución. En una carta a Vladímir Bobrovski desde Solvychegodsk, escrita en enero de 1911, declaraba que la controversia epistemológica era «una tormenta en un vaso de agua». Por lo general ridiculizaba a los emigrados[9]. Pensaba que Bogdánov había realizado un trabajo filosófico convincente que «[había] percibido correctamente algunos errores puntuales de Ilich»[10]. Quería que todos los bolcheviques se concentraran en los temas más importantes desde un punto de vista práctico, y había muchos por discutir antes de poder formular las políticas apropiadas. Stalin estaba dispuesto a criticar «la política organizativa del comité editorial» de *Proletari*[11] que, a instancias de Lenin, había expulsado a Bogdánov. Stalin estaba expresando su desacuerdo no sólo con la epistemología de Lenin, sino también con su entusiasmo por dividir la facción en porciones todavía menores. Aconsejaba moderación en las polémicas y recomendaba a los líderes de ambas partes de la controversia que se había producido en la facción —Lenin y Bogdánov— que reconocieran que «el trabajo conjunto es tan lícito como necesario»[12]. Stalin mantuvo esta postura durante los años siguientes. Incluso la mantuvo a lo largo de 1917, ya que cuando Lenin exigió que se adoptaran severas medidas disciplinarias contra Kámenev y Zinóviev, fue Stalin quien lideró la oposición.

Así que entonces era lo que se denominaba un «conciliador» dentro del bolchevismo. Despreciaba los ardides de los emigrados y quería que los bolcheviques, vivieran donde vivieran, se mantuviesen unidos. Era una cuestión de prioridades. La filosofía no era tan importante como hacer la

revolución. Para este propósito se necesitaba mantener a los bolcheviques unidos, y no se debía permitir que Lenin pusiera en peligro ese objetivo.

Aun así, Lenin toleraba a Stalin, y cabe atribuir en gran medida su actitud positiva al folleto de Stalin *El marxismo y la cuestión nacional*. Los enemigos posteriores de Stalin desecharon ese trabajo sin ambages. Se dijo que o bien Stalin en realidad no lo había escrito o que lo había hecho con la ayuda decisiva de otros. Al parecer, su negro fue Lenin. Es innegable que Lenin y otros le hicieron sugerencias sobre los borradores. Es un procedimiento muy normal cuando se trata de escritores razonables: es mejor someter el trabajo a crítica antes de la publicación que después. Otra hipótesis era que la incapacidad de Stalin para leer en idiomas extranjeros, excepto algunas pocas frases con la ayuda de un diccionario alemán-ruso, significaba que no pudo haber leído las obras de los marxistas austríacos que se citaban en las notas. Sin embargo, cualquiera que haya leído *El marxismo y la cuestión nacional* se dará cuenta de que la mayoría de las referencias a libros de Otto Bauer, Karl Renner y otros están tomadas de las traducciones rusas, fácilmente disponibles. Otro aspecto a tener en cuenta es que Lenin era un autor orgulloso. Si en realidad hubiese escrito el libro, lo habría publicado bajo alguno de sus propios seudónimos.

A Lenin le agradaba *El marxismo y la cuestión nacional* porque Stalin estaba de acuerdo con él en la solución fundamental. Una ventaja adicional era que Stalin no era ruso, sino georgiano. Después del cambio de siglo los marxistas de la monarquía de los Habsburgo —especialmente Bauer y Renner— argumentaban que el imperio era un mosaico de nacionalidades y que no se podía separar claramente a cada estado-nación. Lo que proponían era ofrecer a cada nación un cuerpo representativo propio en el centro del imperio con la misión de defender los intereses nacionales. Los mencheviques, con el apoyo del Bund judío y de Noé Zhordaniia, adoptaron el plan de Bauer como la futura base de la estructura estatal del Imperio ruso una vez que se hubiese depuesto a los Románov. Sin embargo, Stalin se adhería a la posición oficial bolchevique de que se debía conceder autonomía administrativa a los no rusos en las zonas donde se concentraban. Los finlandeses en Finlandia y los ucranianos en Ucrania eran los ejemplos habituales. De este modo, los bolcheviques esperaban

mantener un estado centralizado al mismo tiempo que accedían a las aspiraciones nacionales y étnicas.

Stalin no estaba simplemente imitando los tempranos escritos de Lenin. Hay un pasaje en *El marxismo y la cuestión nacional* que merece especial atención, ya que se refiere a Georgia. Merece la pena citarlo por completo[13]:

> Tomemos el caso de los georgianos. Los georgianos de la época anterior a las grandes reformas [de la década de 1860] vivían en un mismo territorio y hablaban una misma lengua, pero, en sentido estricto, no constituían una nación ya que, al estar divididos en una gran cantidad de principadosseparados unos de otros, no podían llevar una misma vida económica y emprendieron guerras entre ellos durante siglos y se destruyeron unos a otros, agravando los problemas entre los persas y los turcos. La unificación efímera y accidental de los principados que un zar conseguía llevar a cabo con éxito muy de vez en cuando, lo máximo que logró fue abarcar sólo la superficie del plano administrativo, y rápidamente fue destruida por los caprichos de los duques y la indiferencia de los campesinos.

En gran medida, la idea de que los georgianos constituían primordialmente una nación se desarrolló plenamente antes de su incorporación al Imperio ruso.

La argumentación de Stalin continúa del siguiente modo[14]:

> Georgia sólo hace su aparición como nación en la segunda mitad del siglo XIX, cuando el colapso del régimen feudal, el surgimiento de la vida económica del país, el desarrollo de los medios de comunicación y el nacimiento del capitalismo establecen una división del trabajo entre las regiones de Georgia y finalmente pulverizan el aislamiento económico de los principados y los vinculan en un todo único.

Es una visión puramente materialista de la historia, pero encaja perfectamente dentro del marco analítico construido por Stalin para su análisis del tema de la nacionalidad. Para que se les considerase una nación, los georgianos tuvieron que compartir no sólo sus raíces «psíquicas» y su territorio, sino también su vida económica.

Entre los marxistas georgianos, ésta no era una hipótesis original. También Zhordaniia había subrayado siempre los agudos contrastes que separaban las muchas regiones de la pequeña Georgia[15]. Sin embargo, entre Zhordaniia y Stalin había una diferencia de énfasis. Mientras que Zhordaniia quería que la mayoría de los habitantes de Georgia se asimilaran a la identidad georgiana, Stalin seguía reconociendo que la georgianización era algo que no podría lograrse nunca. Tanto Zhordaniia como Stalin eran socialistas internacionalistas. Pero Stalin no dejaba de dar en el blanco cuando señalaba los componentes nacionalistas —aún inconscientes— de sus adversarios mencheviques. Stalin cuestionaba en particular si los mingrelios y adzharos, que vivían en Georgia occidental, debían ser considerados georgianos o no[16]. ¿Qué conclusión debemos sacar de todo esto? En primer lugar, que sin duda Stalin estaba más sensibilizado con su Georgia natal y sus alrededores de lo que habitualmente se supone (tampoco debemos sentirlo demasiado por él: en los años siguientes se convirtió en el gobernante más brutal que había tenido el Cáucaso desde la época de Tamerlán —y, desde luego, por esta razón se ha prestado poca atención a la sofisticación de sus primeros análisis). De cualquier modo, rechazó la política menchevique porque proponía soluciones simplistas basadas en datos demográficos inexactos.

Stalin destacaba que la nacionalidad era un fenómeno contingente. Podía llegar con el capitalismo. Pero bajo condiciones cambiantes también podía desvanecerse. Algunos grupos nacionales podrían asimilarse a una nación más poderosa, otros no. Stalin era firme en este punto[17]:

> No puede discutirse que el «carácter nacional» no es un hecho dado de cierta permanencia, sino que cambia según las condiciones de vida (…) Y así se entiende fácilmente que la nación, como cualquier

> otro fenómeno histórico, tiene su propia historia, su comienzo y su final.

En consecuencia, no tenía sentido que los marxistas de cualquier nación se identificasen permanentemente con esa nación en particular. La historia estaba en marcha. El futuro residía en el socialismo, en los estados multinacionales y, finalmente, en una comunidad humana global.

Al escribir sobre los marxistas, Stalin decía mucho de sí mismo y del desarrollo de sus opiniones. El joven poeta que había apelado a sus compatriotas georgianos a que «deis renombre a nuestra Patria con vuestros empeños» había desaparecido[18]. En su lugar había un internacionalista que luchaba por la causa del proletariado de todas las naciones. El Stalin de *El Marxismo y la cuestión nacional* no consideraba que los rusos fueran un problema. Al describir la Georgia contemporánea, afirmaba[19]:

> Si las campañas de represión [del gobierno] afectan a los intereses de «la tierra», como ha sucedido en Irlanda, las amplias masas del campesinado pronto se unirán bajo la insignia del movimiento nacional.
>
> Si, por otra parte, no hay un auténtico nacionalismo *anti-ruso* en Georgia, es sobre todo porque allí no hay terratenientes no rusos o gran burguesía rusa que pudiesen alimentar esta clase de nacionalismo entre las masas [georgianas]. Lo que existe en Georgia es un nacionalismo *anti-armenio*, pero esto es porque hay una gran burguesía armenia que, al explotar a la burguesía georgiana, tan pequeña como débil, empuja a esta última hacia el nacionalismo anti-armenio.

El análisis de Stalin señala la complejidad de la cuestión nacional en el Imperio ruso. Prevé que rusos y georgianos se unirán armónicamente dentro del mismo estado multinacional.

Evidentemente, daba por sentado que el Imperio ruso no debía partirse en estados separados cuando la revolución depusiese por fin a los Románov.

Incluso la Polonia rusa, que Marx y Engels habían querido que obtuviese la independencia junto con otras tierras habitadas por polacos, en opinión de Stalin debía permanecer dentro de Rusia[20]. Su regla de oro era que «el derecho de secesión» debía ser ofrecido, pero que no había que animar a ninguna nación a que lo ejerciera.

Lo que movía a Stalin era el objetivo de conducir a «las naciones atrasadas y a las nacionalidades hacia el canal general de una cultura más elevada». Puso esta frase en bastardilla en su folleto. La propuesta menchevique de «una autonomía nacional y cultural» permitiría que las fuerzas religiosas y sociales más reaccionarias aumentaran su influencia y el proyecto socialista quedaría postergado durante años[21]:

> ¿Adónde conduce [«la autonomía nacional y cultural»] y cuáles son sus resultados? Tomemos como ejemplo a los tártaros transcaucásicos, con su mínimo porcentaje de alfabetización, sus escuelas dirigidas por mulás omnipotentes y con su cultura impregnada de espíritu religioso (…) No es difícil entender que organizados en una unión nacional y cultural significa poner a sus mulás a cargo de la población, empujarla a ser devorada por los mulás reaccionarios y crear un nuevo bastión para el embrutecimiento reaccionario *[zakabalenie]* de las masas tártaras por sus peores enemigos.

La hipótesis de Stalin no dejaba de ser plausible. Luego planteaba algunas preguntas pertinentes[22]:

> ¿Y qué sucede con los mingrelios, los abjasios, los adzharos, los esvanos, los lezguinos y otros que hablan lenguas diferentes, pero que no tienen su propia literatura? ¿Cómo relacionar estas naciones? ¿Es posible organizarías en uniones nacionales? Y ¿en torno a qué «aspectos culturales» podrían ser «organizadas»?
>
> ¿Qué sucede con los osetios, entre los cuales los osetios transcaucásicos se están asimilando (pero aun así están todavía muy

> lejos de haberse asimilado por completo) a los georgianos, mientras que los osetios del norte del Cáucaso en parte están asimilándose a los rusos y en parte desarrollándose aún más por medio de la creación de su propia literatura? ¿Cómo pueden ser «organizados» en una sola unión nacional?
>
> ¿A qué unión nacional deberían adscribirse los adzharios que hablan georgiano pero viven según la cultura turca y profesan la religión musulmana? ¿Deberían ser «organizados» aparte de los georgianos *sobre la base de los aspectos religiosos* o junto con los georgianos *sobre la base de otros aspectos culturales*? ¿Y qué pasa con los kobuletsy? ¿Con los ingushes? ¿Con los inguiloitsy?

Zhordaniia no tenía respuestas para estas preguntas.

La alternativa de Stalin era el autogobierno regional, como Lenin había recomendado desde 1903. Esto se llevaría a cabo de tal modo que se diese a cada grupo étnico, por pequeño que fuese, el derecho a usar su propio idioma, a tener sus propias escuelas, a leer su propia prensa y a practicar su propia fe[23]. Stalin y Lenin recibieron una respuesta ácida, liderada por el antagonista georgiano de Stalin, Zhordaniia. Para Zhordaniia lo importante era que el desarrollo económico capitalista había diseminado las naciones en vastas regiones. Por lo tanto, era impracticable proteger los derechos nacionales y étnicos sobre una base puramente territorial. De este modo, el leninismo era una doctrina del «viejo mundo»[24]. Zhordaniia también afirmaba que «la parte rusa del partido», con lo que se refería a los bolcheviques, no era sensible a la gravedad de la opresión que sufrían las naciones en el Imperio ruso[25]. En realidad, a bolcheviques y mencheviques se les daba mejor criticarse unos a otros que encontrar una solución que no llevara de algún modo a resultados opresores. Si, según la propuesta de los bolcheviques, se les ofrecía a los ucranianos el autogobierno, los judíos y los polacos de Ucrania tendrían buenas razones para preocuparse. Si, según la propuesta menchevique, los ucranianos adquirían el derecho a autoorganizarse territorialmente, las perspectivas de un gobierno central supranacional se volverían caóticas. Stalin y Zhordaniia lidiaban con un problema que no tenía una solución teórica definitiva.

Sin embargo, la disputa se llevó a cabo con rigor intelectual en su mayor parte, aunque el lenguaje por parte de ambos lados no fuese moderado. Incluso los que estaban en desacuerdo con Stalin se tomaron en serio su análisis de la situación en el Cáucaso. No había dicho nada ofensivo excepto para los oídos de los nacionalistas más extremistas. Pero después, cuando sus enemigos buscaban el modo de difamarle, se prestó muy poca atención a su folleto.

La excepción fueron los pasajes de *El marxismo y la cuestión nacional* sobre los judíos. Según las categorías empleadas por Stalin, los judíos no podían ser considerados una nación porque no vivían en un territorio en particular. Tenían una lengua —el yiddish— y una religión propias, y eran conscientes de su condición de judíos. Pero la cuestión del territorio era fundamental para Stalin y llevó las ideas bolcheviques acerca de la nacionalidad a su conclusión lógica. El ataque al Bund judío era directo[26]:

> Pero [la autonomía cultural y nacional] se vuelve todavía más peligrosa cuando se impone a una «nación» cuya existencia y futuro está sujeto a duda. En tales circunstancias los defensores de la autonomía nacional deben guardar y conservar todas las peculiaridades de «la nación», incluyendo no solo aquellas que son útiles sino también las que son dañinas con tal de que «la nación pueda ser salvada» de la asimilación y «pueda ser protegida».
>
> El Bund inevitablemente estaba obligado a emprender este peligroso camino. Y ese camino ha emprendido realmente.

Stalin señalaba que, mientras otros partidos marxistas habían apelado al derecho general de las naciones a hablar su propia lengua, tener sus propias escuelas y seguir sus propias costumbres, el Bund sólo mencionaba a los judíos. Por lo tanto, en su opinión, se había convertido en una organización nacionalista[27].

Criticaba duramente la preocupación del Bund por el yiddish y el sabbath judío. Señalaba que algunos bundistas incluso querían hospitales separados para los judíos. Todo esto suponía un golpe para el deseo de los marxistas de concertar la unión de los trabajadores de los distintos grupos

étnicos y nacionales en una única organización política. Para Stalin, se había ido demasiado lejos al sugerir que se debería permitir a todos los obreros judíos faltar al trabajo desde el anochecer del viernes hasta el anochecer del sábado[28].

Todo esto atizaba las llamas de la controversia: los análisis de Stalin enfurecían a mencheviques y bundistas. Pero se mantuvo en sus posiciones y publicó una autodefensa explicativa en el mismo periódico[29]. Resultaba que la mayoría de los mencheviques eran judíos. Los ataques de Lenin habían propiciado que se acusara a los bolcheviques de antisemitas[30]. Sin embargo, se pasaba por alto el hecho de que varios dirigentes bolcheviques también eran judíos —el mismo Lenin tenía un abuelo judío—[31]. Pero en política las apariencias importaban tanto como la realidad, y el rechazo por parte de Stalin de las exigencias de los judíos de obtener reconocimiento como nacionalidad y del derecho al autogobierno parecía otro ejemplo de la hostilidad de los bolcheviques hacia los judíos. También se rumoreaba que Stalin hacía comentarios antisemitas en la intimidad. En contra de esto está el hecho incontrovertible de que entre los amigos y allegados de Stalin antes y después de la Gran Guerra había judíos. Sin embargo, el Bund judío se oponía a los bolcheviques en la mayoría de los debates del Partido Obrero Socialdemócrata Ruso antes de la Gran Guerra. Stalin y Lenin gustaban de atacar a los bundistas y a sus aspiraciones. La controversia entre mencheviques y bolcheviques implicaba tanto consideraciones de facción como ideológicas. Sería difícil culpar a Stalin de antisemitismo simplemente por lo que escribió en su obra maestra acerca de la cuestión nacional.

ÓSIP DE SIBERIA

Los meses de espera terminaron cuando la policía de San Petersburgo sentenció a Iósef Stalin a cuatro años de exilio. Lo sacaron de la prisión el 2 de julio de 1913 y lo llevaron a un vagón de prisioneros con dirección a Siberia. Por lo general los convictos eran acompañados por amigos y parientes que desde el andén les daban ánimos con sus gritos, que penetraban por las rendijas cubiertas con barrotes de los costados del vagón. Sin embargo, nadie en la capital estaba dispuesto a despedir a Stalin. Su esposa Ketevan había muerto y su madre estaba muy lejos, en Gori; la familia Allilúev, conocida por apoyar activamente a los bolcheviques, hubiese hecho mal en ir a la estación. Apenas se había elevado Stalin a la cima de la facción bolchevique, su suerte había caído. De ser el líder del bolchevismo en San Petersburgo, con responsabilidades tanto en las actividades de la facción en la Duma como en la línea editorial de *Pravda*, se vio reducido a ser uno más de los cientos de revolucionarios arrestados. Le pusieron grilletes y tuvo que dormir en una dura litera de madera. Tanto a él como a sus camaradas se les daba de comer y de beber como si fueran ganado mientras el tren avanzaba hacia el Este a través de la llanura de Eurasia. Los presos atisbaban por las rendijas cubiertas con barrotes mientras el tren avanzaba. A los pocos minutos de partir perdieron de vista la última imagen de la capital rusa, la cúpula de la catedral de San Isaac. La tundra y la taiga siberianas les aguardaban[1].

El gobierno vigilaba con preocupación cómo las consignas de los bolcheviques atraían a los obreros de las fábricas, y los bolcheviques como Stalin eran una amenaza para el régimen imperial, ya que el movimiento huelguista de la industria se extendía. También se tuvieron en cuenta los

antecedentes penales de Stalin. El ministro del Interior no tenía motivos para mostrar indulgencia hacia este dirigente revolucionario que se había escapado varias veces de sus anteriores lugares de exilio. Junto con sus camaradas, le enviaban al distrito de Turujansk, en la provincia de Yeniséi, situada muy al noreste de Siberia. Turujansk tenía una fama atroz. Era el lugar donde se confinaba en las décadas anteriores a los revolucionarios que habían incumplido su condena. Los períodos de exilio de Stalin en Nóvaia Uda, Solvychegodsk, Vólogda y Narym le iban a parecer placenteros en comparación. No había ningún lugar bajo la administración del Imperio tan sombrío como Turujansk[2].

Con una superficie de 600.000 millas cuadradas, la provincia de Yeniséi era más grande que Gran Bretaña, Francia y Alemania juntas. Se extendía desde la ciudad de Yeniseisk hacia el Norte a lo largo del río Yeniséi hasta el Océano Ártico. El distrito de Turujansk estaba escasamente poblado. Antes de la Primera Guerra Mundial había menos de 15.000 habitantes y la mayoría de ellos pertenecían a tribus que habían vivido allí durante siglos. Monastyrskoie, la capital del distrito, tenía menos de cincuenta casas (aunque la compañía peletera Revillion de Nueva York y Montreal tenía una sucursal allí y más al Norte había minas de grafito)[3]. El clima era terrible. El invierno, con sus frecuentes tormentas de nieve, duraba nueve meses; a veces las temperaturas descendían a 60 grados bajo cero y los días eran muy cortos. El verano también tenía sus inconvenientes, porque apenas se ponía el sol los mosquitos picaban a través de la ropa. No se podía practicar la agricultura, ya que el suelo estaba helado todo el año. Se importaba harina y verduras de los lugares de Rusia que tenían un clima más benigno y se desconocía la cría de ganado. La gente del distrito de Turujansk vivía de la caza y la pesca[4].

Escapar de esos poblados remotos era sumamente difícil. La línea telegráfica, que terminaba en Monastyrskoie, facilitaba la vigilancia policial[5]. La tundra era tan dura que escapar por el Oeste hacia el río Ob o por el Este hacia el río Lena no eran opciones viables. Los que trataban de huir por el río se enfrentaban a obstáculos de otra clase. La ruta del Norte era difícil, especialmente en la vasta franja sobre el Círculo Polar Ártico. Las autoridades controlaban la identidad de todos los pasajeros, los botes

eran pocos y el agua solo se descongelaba unas pocas semanas al año. La posibilidad de ir hacia el Sur era poco mejor. El vapor estaba bajo vigilancia constante; y cuando alguien tomaba un bote o un trineo tirado con perros para ir de un pueblo a otro, los campesinos tenían la orden de informar a la policía[6]. Había más de 600 millas desde Monastyrskoie hasta Yeniseisk y 170 millas desde Yeniseisk hasta Krasnoiarsk. Las oportunidades de pasar inadvertido a lo largo del camino remontando el río hasta Krasnoiarsk eran escasas. Como lugar de detención, Monastyrskoie era casi tan efectivo como la Isla del Diablo o Alcatraz[7]. Stalin y sus compañeros de cautiverio tuvieron tiempo de sobra para reflexionar sobre todo esto durante el largo viaje en el Transiberiano hasta llegar a Krasnoiarsk.

Desde allí viajaron río abajo en un vapor. Yákov Sverdlov, también miembro del Buró Ruso del Comité Central y conocido de un período anterior de exilio, había emprendido la marcha a Monastyrskoie antes que Stalin. Por disposición administrativa, ambos fueron asignados a pueblos de los alrededores de Monastyrskoie: Stalin fue a Kóstino y Sverdlov, a Selivanija[8]. Kóstino estaba a diez millas de Monastyrskoie y Selivanija, a tres.

En los pueblos vecinos vivía una gran colonia de revolucionarios. La mayoría había llegado recientemente. Hasta la revolución de 1905 el ministro del Interior había enviado a los convictos de ese tipo a Tobolsk, Narym o Yakutia. Resultó que era fácil escapar de estos sitios. Rara vez era difícil sobornar con una pequeña cantidad a policías mal pagados y a campesinos empobrecidos. El distrito de Turujansk había sido muy bien utilizado en la década de los noventa —el futuro líder menchevique Yuli Mártov había cumplido allí su condena—. En el momento en que llegó Stalin, la colonia revolucionaria había crecido. Los exiliados que residían allí pertenecían sobre todo a los partidos que se consideraban como las mayores amenazas al orden político y civil; entre éstos se incluían no sólo los bolcheviques y los mencheviques, sino también los anarquistas y social-revolucionarios. Por lo tanto, Monastyrskoie era una colmena de ideologías variadas. Por lo general, las disputas no conllevaban demasiada polémica. Los exiliados se mantenían fieles a sus partidos. Dentro de cada partido se compartían los libros y se ofrecían prestaciones. Se transmitían los

mensajes de Rusia; se hacían solicitudes en nombre de individuos que no gozaban de buena salud o que se quedaban sin dinero. Los revolucionarios se mantenían en alerta intelectual, en previsión del regreso definitivo a la actividad política después de su liberación.

Aunque el régimen penitenciario era duro bajo los Románov, nunca fue ni de lejos tan opresivo como bajo Stalin en la década de los treinta. Los revolucionarios podían conservar la moral alta gracias a las reuniones sociales. Incluso alguien compuso una «Marcha de Turujansk». Sus palabras eran más estimulantes que poéticas y el estribillo era el siguiente[9]:

> ¡Con valor, hermanos, con valor
> Afrontemos el cruel temporal
> Con nuestra risa
> Y esta valiente canción!

«El cruel temporal» se refería menos al clima del lugar que al opresivo régimen zarista. Todos los militantes exiliados, mientras anhelaban dejar Siberia y derrocar a los Románov, encontraban fácilmente habitaciones de alquiler. Cada uno cobraba un subsidio de quince rublos al mes. Era suficiente para cubrir el alquiler, que costaba aproximadamente dos rublos, y la alimentación básica[10]. Pero se jugaba mucho y los revolucionarios compraban el equipo necesario para pescar y cazar. También podían trabajar para los campesinos del lugar[11]. Muchos exiliados tenían familiares en Rusia que les enviaban dinero; otros —entre los que se contaba Stalin— confiaban fundamentalmente en que su partido los mantuviera. Turujansk no tenía el régimen penitenciario más severo, pero tampoco era liviano.

Sverdlov, también miembro del Comité Central, recibió a Stalin. Se conocían y no simpatizaban demasiado desde los tiempos en que compartieron exilio en el distrito de Narym en 1912. Stalin seguía tan reservado como antes y se mantuvo apartado de todos. Hizo caso omiso de la costumbre de presentar un informe detallado de la política en general y de las perspectivas de revolución según su experiencia directa de los últimos acontecimientos de Rusia. Los otros exiliados bolcheviques se

vieron privados de la información actualizada que sólo él hubiese podido darles.

Unos meses después de la llegada de Stalin, tanto a él como a Sverdlov se les ordenó que se trasladaran más al Norte. A mediados de marzo de 1914, el nuevo gobernador de la provincia de Yeniséi transfirió a estos dos bolcheviques a un lugar todavía más distante. Había sido puesto sobre aviso de los planes de fuga de ambos[12]. Stalin había tratado de disipar las sospechas escribiendo a Malinovski el 10 de abril de 1914[13]:

> Al parecer, algunos están difundiendo el rumor de que no voy a seguir en el exilio hasta que se cumpla mi condena. ¡Eso es basura! Le informo y juro y perjuro que voy a quedarme en el exilio hasta el final de mi condena (hasta 1917). Algunas veces he pensado en escaparme, pero ahora rechazo la idea, la rechazo definitivamente. Tengo buenas razones y, si quiere, alguna vez le escribiré para contárselas con detalle.

En la misma carta le ofrecía suministrar artículos para *Pravda* sobre «Los fundamentos del marxismo» y «Los aspectos organizativos de la cuestión nacional»[14]. Pero la Ojrana no se dejaba engañar. Lenin quería que se ayudara a Stalin y a Sverdlov a huir de Siberia, de modo que los camaradas del partido que estaban en Rusia les enviaban dinero a Monastyrskoie[15].

A Stalin y a Sverdlov les habría beneficiado más que el Comité Central no les hubiese enviado el dinero directamente, sino a través de intermediarios. En cualquier caso, había espías infiltrados en el Comité Central. El agente de la Ojrana, Malinovski, con quien Stalin mantenía correspondencia, informó en noviembre de 1913 al Departamento de Policía de San Petersburgo de la intención de organizar una fuga. Stalin y Sverdlov eran presos de importancia. Por disposición administrativa se les trasladó a la inhóspita aldea de Kureika[16]. Allí serían los únicos convictos, mientras que la mayoría de los residentes eran ostiacos.

Ambos estaban deprimidos. Cualquier oportunidad que hubiesen tenido de remontar el río hacia Krasnoiarsk no podía sino esfumarse en un lugar

como Kureika. Sverdlov tenía un motivo especial para sentirse abatido, como le explicaba en una carta a su hermana Sarra[17]:

> Iósef Dzhughashviii y yo vamos a ser trasladados 100 kilómetros al Norte, 80 kilómetros hacia el interior del Círculo Polar Artico. En ese lugar estaremos sólo nosotros dos, con dos guardias. Hanreforzado la vigilancia y nos han suspendido el correo. El correo llega una vez al mes y a menudo con retraso. En la práctica no hay más que ocho o nueve entregas al año.

Pero sus conocimientos geográficos no eran exactos. Había dos lugares llamados Kureika al norte de Monastyrskoie. El que Sverdlov tenía en mente estaba junto al río del mismo nombre, bastante más allá del Círculo Polar Artico. El gobernador había especificado otra Kureika, que estaba en la orilla occidental del río Yenisei, justo bajo la línea. Aun así, estaba 75 millas río abajo de Monastyrskoie, lo suficientemente lejos como para desanimarles[18].

Aunque el lugar no eran tan espantoso como habían temido, era bastante horrible. Stalin hizo su propia contribución al descontento general. En Monastyrskoie se había apropiado de libros donados a los bolcheviques que residían allí por el compañero de exilio Innokenti Dübróvinski. Cuando Stalin partió para Kureika, simplemente se llevó los libros. Otro bolchevique, Filip Zajárov, salió a quejarse y fue tratado «más o menos como un general del zar recibe a un soldado raso que se ha tomado el atrevimiento de presentarse a él con una demanda»[19].

Tanto a Stalin como a Sverdlov les disgustaba la ruidosa familia de Kureika en cuya casa se hospedaban. No tenían queroseno y tenían que usar velas si querían leer durante el largo invierno[20]. Pero lo peor era la relación entre ambos. Sverdlov escribió[21]: «Una cosa que tengo que soportar es no tener una habitación para mí solo. Somos dos. Está conmigo el georgiano Dzhughashvili, viejo conocido de un exilio anterior. Es un buen compañero, pero terriblemente individualista en la vida cotidiana». «Individualista» era una palabra maldita entre los marxistas, que exigían

que las inclinaciones personales se subordinasen a las necesidades colectivas. Fuera de sí, Sverdlov decidió mudarse de casa; le escribió a un amigo en mayo de 1914[22]:

> Hay un camarada aquí conmigo. Pero nos conocemos demasiado bien. Lo que es más, y esto es lo más triste, a una persona le arrancan la ropa hasta dejarla desnuda frente a uno, en condiciones de exilio y cautiverio, y queda al descubierto en cada mínimo detalle. Lo peor de todo, solamente es visible desde el punto de vista de «los detalles de la vida cotidiana». No hay lugar a que se revelen los grandes rasgos de carácter. Ahora vivo en un apartamento separado de este camarada, y rara vez nos encontramos.

Sverdlov logró que le devolvieran a Selivanija a finales de septiembre aduciendo razones de salud[23].

Mientras tanto, Stalin seguía adelante con su característico egocentrismo. Siempre se había sentido atraído por las muchachas adolescentes, pero cuando se estableció como huésped de la familia Perepryguin, se comportó de un modo muy escandaloso al seducir a la hija de catorce años. No sólo eso: la dejó embarazada. Incluso en esa localidad, donde la administración apenas estaba presente, fue imposible mantenerlo en silencio. La policía intervino. Stalin fue interrogado y tuvo que aceptar casarse con la infortunada muchacha a su debido tiempo. Esto lo salvó de ser acusado en los tribunales[24]. Posteriormente anuló el acuerdo. Para Stalin, la relación no era sino una forma de aliviar las carencias sexuales del exilio. Vivía como un señor feudal en la casa de la empobrecida familia Perepryguin y cogía lo que se le antojaba siempre que le venía en gana. Actuaba como si tuviera derechos y no obligaciones. Despreciaba todas las conductas humanas salvo la suya.

Su actividad política se vio debilitada por el hecho de que su contacto por correo con el mundo exterior era intermitente[25]. Esto resultaba extremadamente irritante, porque en Europa había estallado la guerra. El asesinato del archiduque Francisco Fernando de Austria por parte de un nacionalista serbio en julio de 1914 había provocado una crisis diplomática

generalizada. El gobierno austríaco había enviado un humillante ultimátum a Serbia. Rusia, que se había mantenido al margen en anteriores conflictos balcánicos, decidió apoyar a Serbia. Por fin iba a detenerse la expansión de Austria en la zona. Las cosas se habían complicado porque Alemania había optado por apoyar a Austria en caso de una crisis en los Balcanes. El ejército imperial ruso se movilizó y Nicolás II se negó a retirar las tropas cuando los alemanes enviaron un ultimátum a San Petersburgo. Las fuerzas rusas avanzaron a través de Prusia oriental hacia Berlín. Austria ocupó Serbia. Francia y el Reino Unido, en cumplimiento de los tratados, declararon la guerra a Alemania y Austria-Hungría y se pusieron del lado de Rusia. El ejército imperial alemán se defendió en el Este y, violando la neutralidad de Bélgica, atravesó su territorio en dirección al norte de Francia. Sin que nadie lo hubiera previsto, había estallado una guerra en Europa.

Mientras esto sucedía, Stalin y sus compañeros de exilio no podían tomar parte en la campaña de Lenin y sus partidarios contra la participación de Rusia en la guerra contra las potencias centrales. Desde la seguridad de su residencia en Suiza, Lenin animaba a todos los marxistas a que trabajaran por la derrota de las fuerzas de Nicolás II. Se organizaron huelgas en las fábricas, especialmente en la capital (a la que se rebautizó como Petrogrado porque se consideró que San Petersburgo sonaba demasiado alemán). Los bolcheviques enviaban propaganda antibelicista a los prisioneros de guerra que estaban en campos alemanes y austríacos. Los dirigentes bolcheviques discutían las motivaciones políticas y económicas de los beligerantes en la prensa de Petrogrado. La Ojrana seguía tomando represalias y los grupos bolcheviques locales eran desmantelados continuamente; por más que Lenin fuera infatigable, perdió muchos seguidores a causa de la desmoralización y del sistema penintenciario.

Sin embargo, Stalin no se preocupaba por esos peligros; quería volver a la acción en Rusia y se sentía muy frustrado por su permanente exilio. Le escribió a Malinovski reclamando la ayuda del partido[26]:

¡Saludos, amigo!

> Me siento un poco incómodo al escribir esto, pero la necesidad obliga. No creo haber experimentado nunca una situación tan terrible. Me he quedado sin dinero, tengo una tos siniestra que coincide con las heladas más fuertes (37grados bajo cero), un decaimiento físico general; y no tengo almacenado nada de pan, azúcar, carne, queroseno: se me fue todo el dinero en los gastos diarios, ropa y calzado. Sinprovisiones, todo aquí es muy caro: el pan de centeno cuesta aquí cuatro kopeks y medio la libra, el queroseno, quince kopeks, la carne, dieciocho, el azúcar, veinticinco. Necesito leche, necesito leña, pero (…) el dinero, no tengo dinero, amigo. No sé cómo voy a pasar el invierno en estas condiciones (…) No tengo ni parientes ni conocidos ricos ni nadie más a quien recurrir, por eso me dirijo a usted, y no sólo a usted, sino también a Petrovski y a Badáiev.

Pedía que estos diputados bolcheviques de la Duma —Malinovski, Petrovski y Badáiev— le enviaran dinero del «fondo para los represaliados» que tanto ellos como los diputados mencheviques costeaban. ¿Podrían tal vez enviarle sesenta rublos?

Stalin expresaba su esperanza de que a Nikolái Chjeidze —líder de los diputados mencheviques de la Duma— le conmoviera su situación, ya que ambos eran georgianos[27]. El mensaje era fruto de la desesperación: nadie era más odiado por los mencheviques georgianos que Stalin. Mientras tanto, ordenaba sus pensamientos en Siberia. Leía con voracidad; no le quedaba tiempo para entristecerse por su destino[28]. Miembro del Comité Central desde 1912, seguía recibiendo ayuda económica mediante transferencias bancarias desde Petrogrado. Pese a la vigilancia de la Ojrana, la facción bolchevique no dejó de atender a Stalin, Sverdlov y otros[29]. La policía local hacía la vista gorda. La regularidad de los envíos, que no era ningún secreto para el Ministerio del Interior, suscitó la sospecha natural de que Stalin estaba planeando una fuga. Tendría que sobornar a los policías y pagar los billetes de tren para que saliese bien.

En el caso de que pudiera volver a Petrogrado, sabía que podía contar con la ayuda de Serguéi y Olga Allilúev (cuya hija menor Nadia iba a

convertirse en su segunda esposa después de la Revolución de octubre). Le envió una carta muy afectuosa a Olga el 25 de noviembre de 1915[30]:

> Le estoy agradecidísimo, mi profundamente respetada Olga Yevguénevna, por sus buenos y puros sentimientos hacia mí. ¡Nunca olvidaré la protección que me dispensa! Ansio que llegue el momento en que me encuentre liberado del exilio y pueda volver a Petersburgo [como los bolcheviques siguen llamando a la capital] y darles las gracias personalmente a usted y a Serguéi por todo. Solo me quedan dos años como máximo.
>
> He recibido el paquete. Gracias. Solo quiero pedirle una cosa: no gaste más dinero en mí; sé que lo necesitan. Estaré feliz si de cuando en cuando me envía alguna postal con paisajes naturales o algo similar. La naturaleza en este maldito lugar es indescriptiblemente yerma: el río en el verano y la nieve en el invierno es todo lo que brinda la naturaleza aquí, y yo me estoy volviendo loco por el ansia de contemplar escenas de la naturaleza aunque sólo estén en el papel.

Stalin no se comportaba a menudo con amabilidad, pero podía hacerlo cuando lo deseaba.

No se había desligado por completo de la política activa. El procesamiento de la facción bolchevique de la Duma y de su consejero, Lev Kámenev, a principios de 1915 en Petrogrado había desestabilizado el bolchevismo. Las acusaciones eran tanto de índole política como revolucionaria. En lugar de limitarse a denunciar al gobierno imperial, Kámenev se había distanciado de la política de Lenin de que, para el movimiento marxista europeo, el mejor desenlace de la guerra sería la derrota de las fuerzas armadas rusas a manos de los alemanes. Aun así, Kámenev no pudo *escapar* de la sentencia de exilio en Siberia. Al llegar al distrito de Turujansk fue sometido de nuevo al «juicio del partido». Las sesiones se llevaron a cabo en Monastyrskoie, y Sverdlov y Stalin estaban presentes, al igual que los miembros de la representación bolchevique de la Duma. La mayoría de los participantes decidieron apoyar la política de

Lenin[31]. Stalin mantenía una amistad con Kámenev; siguieron siendo amigos durante el exilio en Siberia y varios años después. Sin embargo, se resistió a apoyar a Kámenev en el proceso abierto en Petrogrado a fin de mostrar solidaridad con la política oficial de la facción. Probablemente Stalin tenía reservas con respecto a los llamamientos de Lenin a una «guerra civil europea», una política poco factible tanto en términos políticos como militares; pero había que llamar al orden a Kámenev. La disciplina era la disciplina. Kámenev había cometido una infracción y debía ser castigado.

Stalin comenzó a disfrutar la vida en Kureika. Empezó a pescar: esto le deparó no sólo una mejora de su alimentación, sino también un auténtico placer. Los hombres de Ostiak le habían enseñado y pronto, según su propio testimonio, logró ser mejor que los ostiacos mismos. Al parecer, ellos le preguntaron cuál era su secreto[32]. De cualquier modo, lo aceptaron en el lugar y llegaron a conocerle como Ósip (o, menos agradablemente, como Oska, el picado de viruela)[33].

La pesca en el exilio siberiano podía ser peligrosa, como recordó posteriormente[34]: «Sucedió que la tempestad me sorprendió en el río. Por un momento pensé que no había nada que hacer, pero alcancé la orilla. No podía creer que hubiese logrado llegar, el río estaba completamente revuelto». En otra ocasión se desató una tormenta de nieve. Stalin había pasado un buen día a orillas del río con los ostiacos de su pueblo y había conseguido una buena cantidad de esturiones y salmones de mar[35]. Cometió la estupidez de marcharse a casa antes que los otros. La tormenta —conocida en Siberia como *purga*— se desató repentinamente. Era demasiado tarde para regresar y le quedaba un largo camino hasta Kureika sin poder ver casi nada. Si hubiera sido sensato, habría abandonado el pescado. Pero el pescado era su comida del mes; y, de cualquier manera, Stalin era obstinado. Se abrió paso con dificultad a través de la espesa nieve, bajando la cabeza en medio del viento implacable. La luz de la luna nueva le hizo creer que cerca de él se atisbaban siluetas borrosas; las llamó, confiando en la tradición local de ayudar a los extranjeros que están en apuros. Pero las figuras pasaron de largo. Eran verdaderamente los aldeanos a los que había dejado antes con sus perros y, cuando vieron la forma

gesticulante y cubierta de nieve, crédulamente supusieron que se trataba de un demonio del agua. Stalin mismo no estaba seguro de si las figuras eran seres humanos y no trató de alcanzarlas[36].

Continuó por sus propios medios. Era bastante probable que no pudiera encontrar el pueblo, aunque sobreviviese al frío. Pero logró llegar. Desafortunadamente, seguía teniendo el aspecto de un aparecido, desde su cara barbuda hasta la punta de sus botas. Arrastrándose hasta la choza más cercana, ofrecía un aspecto horroroso. «Ósip —gritó uno de los aldeanos mientras se pegaba temeroso a la pared— ¿eres tú?». Stalin contestó: «Claro que soy yo. ¡No va a ser un espíritu de los bosques!»[37]. Millones de campesinos del Imperio ruso conservaban las antiguas supersticiones paganas aunque pertenecieran a la Iglesia Ortodoxa Rusa o a alguna otra iglesia cristiana. La creencia en espíritus, demonios y brujas seguía estando muy extendida y en Siberia oriental la Iglesia había cambiado poco la mentalidad popular. Para Stalin fue una advertencia más de que vivía en una sociedad en la que las ideas de la Ilustración apenas se habían difundido. Se descongeló, comió y bebió. Después se fue a la cama y durmió dieciocho horas seguidas[38].

Contó otra de estas anécdotas muchos años después. En una recepción en el Kremlin en 1935, recordó que estaba sentado en la orilla del río mientras los hombres del pueblo salían a pescar al comienzo de las crecidas primaverales en el río Yeniséi. Cuando volvieron, faltaba uno. No prestaron atención a esto, pero Stalin les preguntó y le dijeron que el hombre se había ahogado. Según dijo, lo que dejó perplejo a Stalin fue lo poco que pensaban en la muerte. Si él no hubiese tocado el tema, habrían vuelto a sus chozas sin hacer ningún comentario. Stalin meditó sobre ello. Estaba seguro de que si una vaca hubiese estado enferma, habrían salido y habrían intentado salvarla. Pero la pérdida de un hombre era una «trivialidad» para ellos. En su opinión, lo que sucedía era que resultaba fácil producir hombres, mientras que los animales suponían una tarea mucho más complicada[39]. Era una tontería. Tal vez Stalin también lo creyó así, pero el hecho de que lo repitiera aproximadamente dos décadas después significaba que o bien lo creía o lo había inventado y había decidido que encajaba con sus intereses

políticos del momento: a mediados de la década de los treinta quería recalcar la importancia de conservar los cuadros bolcheviques[40].

Stalin recordaba su temporada en el exilio con agrado. A pesar de lo que decía en sus suplicantes cartas dirigidas a los camaradas del partido, en general gozó de buena salud. Se le trataba como un respetable miembro de una comunidad que estaba de visita. Por primera vez convivía estrechamente durante un largo período con gente que no eran ni georgianos ni intelectuales. La mayoría eran ostiacos, pero había también algunos rusos. Esta experiencia le serviría de mucho cuando, años más tarde, se convirtió en su líder político. Siempre hablaba del tiempo que pasó en Siberia, de la pesca, del clima, de las conversaciones y de la gente. Estas experiencias, aunque estaba allí contra su voluntad, le subieron la moral. Disfrutaba del asombro y la admiración que despertaba en los aldeanos de Kureika. Sabían que era un «sureño», pero no tenían idea de dónde quedaba Georgia. Veían que amaba los libros: en una cultura de tradición oral tan sólo este aspecto ya lo señalaba como alguien diferente. Incluso su pipa era objeto de temor reverente. Sentado en la choza al atardecer, solía pasarla para que los demás echasen una calada. Los que visitaban a los aldeanos se daban una vuelta por allí con el propósito específico de probar ese modo de fumar tan diferente del habitual en ellos. Tras haber charlado con el famoso revolucionario que vivía entre ellos, se iban contentos[41].

Obviamente el contacto con la dirección de la facción bolchevique se hizo más difícil durante la Gran Guerra. En 1915, Stalin y Suren Spandarián, también miembro del Comité Central, escribieron a Lenin. La parte de la carta correspondiente a Stalin decía así[42]:

> ¡Saludos, estimado Vladimir Iiich, mis más cálidos saludos! ¡Saludos a Zinóviev, saludos a Nadezhda Konstantinovna! ¿Cómo va todo, cómo está usted de salud? Yo sigo aqui como siempre, mordisqueo mi pan y ya he cumplido más de la mitad de la condena. Es muy aburrido, pero ¿qué se le va a hacer? ¿Y cómo está usted? Debe de haber estado pasando mejores momentos (…) Hace poco lei los articuios de Kropotkin —el viejo rufián está completamente fuera de sus cabales—. También lei un pequeño articulo de Plejánov

> en *Rech* —¡qué incorregible vieja chismosa!—. ¡Eh! (…) ¿Y los Liquidadores con susrepresentantes [de la Duma] de la Sociedad Económica Libre? ¡Diablos!, ¿no hay nadie que les dé una paliza? ¡Seguramente no van a quedar impunes asi como así! Denos una alegría e infórmenos de que pronto habrá un órgano que les dé unos buenos y merecidos azotes en el lomo —y sin demora.

Este era el ímpetu de un hombre que quería exhibir su estilo militante ante su líder. Se repetían las referencias a los golpes. Las frustraciones del exilio saltaban a la vista. Stalin esperaba convencer a Lenin de que, cuando su exilio terminara, podria ser una mano derecha útil en la politico rusa de la clandestinidad; pero no se perdió la oportunidad de recordarle lo diferente que era la situación de ambos.

El exilio tuvo sus momentos brillantes para Stalin, pero por lo general sacó lo peor de él. Era una persona con carencias emocionales: la gente que le rodeaba tenía que soportar el látigo de su lengua o simplemente de la insensibilidad diaria y su egoismo. Pertenecia a un partido revolucionario para el que la virtud consistia en situar la satisfacción individual por debajo de las necesidades colectivas. Era un partido que también estimaba el buen humor y la camaraderia. En realidad Stalin no era insociable. Tenía amigos. Le gustaban las bromas y era un imitador divertido. Pero sus amigos tenian que reconocer su primacia. Tenía una profunda necesidad de dominar. Por esta razón sus compañeros de exilio lo encontraban inaguantable. Era desagradable tratarle de cerca; la estancia en Siberia concentró la atención de todo el mundo en los aspectos más antipáticos de su carácter, que en otras circunstancias habian pasado por alto debido a los beneficios que aportaba a la causa de la revolución.

REGRESO A PETROGRADO

El caleidoscopio de la vida de Stalin dio dos giros bruscos durante el invierno de 1916 y 1917. El primero fue una experiencia desagradable, el segundo le brindó satisfacción. En diciembre, cuando el ejército imperial se reforzaba con la incorporación de nuevos soldados, el gobierno amplió la base de reclutamiento. El gabinete decidió servirse incluso de los presos políticos. Era un paso difícil. Ese tipo de gente había quedado exenta de ser llamada a filas porque se pensaba que harían propaganda enemiga entre las tropas. El alistamiento compulsivo siempre había sido problemático. En 1915 el reclutamiento de los musulmanes había desatado un levantamiento en el Asia central rusa. Mientras tanto, la lucha contra las potencias centrales se había convertido en una contienda bastante estática y las pérdidas eran enormes a ambos lados de las trincheras. Sin embargo, la moral del ejército imperial seguía estando alta. Los iniciales embotellamientos de la producción militar, el transporte y el abastecimiento habían sido desbloqueados. El Mando Supremo planeaba una nueva estrategia en un intento de organizar una ofensiva exitosa y se le daba al general Brusílov la oportunidad de probar su capacidad. No había escasez de alimentos ni de equipamiento en el frente. Pero se necesitaban más hombres. Stalin estaba entre los revolucionarios a los que se les ordenó que se sometieran a un examen médico con vistas a su ingreso en el ejército de Nicolás II.

Tenían que viajar a Áchinsk, una ciudad que estaba una milla al norte del ferrocarril transiberiano y cien millas al oeste de Krasnoiarsk. Stalin, Kámenev y otros bolcheviques —así como grupos de mencheviques, social-revolucionarios y anarquistas exiliados en el distrito de Turujansk— tenían

que hacer un arduo viaje remontando el Yeniséi hasta Krasnoiarsk durante los meses más fríos del norte de Siberia. Tardarían semanas. Ninguno de los elegidos apoyaba los objetivos militares del gobierno imperial (aunque muchos mencheviques y social-revolucionarios habrían apoyado resueltamente a un gobierno democrático que sucediera a los Románov en la defensa del país)[1].

Stalin se despidió de Kureika y partió hacia Monastyrskoie. No hay señales de que haya pensado ni por un momento en el daño emocional que ocasionaba a la familia Perepryguin. En Monastyrskoie se unió a un grupo de candidatos al recultamiento. El jefe de policía los puso en fila en la calle y fueron vitoreados por sus camaradas, que sabían que era posible que no volviesen a verlos. Los vapores no podían funcionar en invierno y el viaje remontando el Yeniséi debía realizarse en trineos tirados por perros de pueblo en pueblo. Antes de la partida alguien se les acercó. Era el contable adjunto de la oficina de la compañía Revillion con una mandolina y una guitarra que los bolcheviques se habían olvidado[2]. A Stalin le encantaba cantar. El viaje no tenía que carecer de diversiones. Sin embargo, la temperatura se mantuvo siempre varios grados bajo cero y el viento cortaba la cara de los viajeros. La larga travesía desde Kureika a Áchinsk fue una de las más agotadoras que hizo Stalin en toda su vida. Al llegar a Áchinsk estaba más delgado de lo que lo había estado en muchos años, y las largas noches invernales del lejano Norte le habían dado a su piel una palidez especial[3]. Pero pudo disfrutar. El grupo se detuvo en muchas pequeñas aldeas. Stalin había cantado para alegrarse el corazón y, pese a las normas, había pronunciado discursos políticos en abiertos mítines[4].

Pero su buen humor se acabó cuando con la llegada a Krasnoiarsk se enfrentó con la posibilidad de ser reclutado. Sólo le quedaba una opción: pedir permiso a su guardia Krávchenko para quedarse una semana allí antes de trasladarse a los cuarteles de alistamiento[5]. Se le concedió su petición (¿sobornó a Kravchenko?). Sin embargo, se preocupó inútilmente. Los médicos del ejército lo rechazaron para el servicio militar a causa de su lesión en el brazo derecho. Nunca llevó un rifle por el zar y la patria.

Como su período de exilio debía terminar a mediados de 1917, se le permitió quedarse en Áchinsk con los demás revolucionarios rechazados

para el servicio militar. Entre éstos estaba su amigo Lev Kámenev. Stalin acudía con frecuencia a la casa que había alquilado Kámenev. El bolchevique Anatoli Baikólov realizó más tarde una descripción no muy atractiva de la situación. Stalin llevaba siempre la pipa consigo. La cargaba con *majorka*, el tabaco picante que gustaba a obreros y campesinos. El humo y el olor molestaban a la esposa de Kamenev, Olga. Según Baikálov, «ella estornudaba, tosía, protestaba, imploraba» que Stalin dejara de fumar, pero él no le hacía ningún caso. Era su conducta típica. Convertía este comportamiento de viejo cascarrabias en un arte cuando una mujer le pedía algo que no le gustaba. Esperaba que lo admiraran y selsloimetieran a él, y en ese caso podía ser encantador. Pero nadie que llevara falda, ni siquiera la bella Olga, podía exigirle nada[6]. Seguramente tampoco ayudaba el hecho de que Olga fuera inteligente, supiera expresarse bien y fuera la hermana de Trotski, enemigo jurado de los bolcheviques. El fin de su aislamiento en Kureika no había contribuido a mejorar su carácter ni sus modales; su rudeza se incrementaba en proporción directa a la disminución del aprecio y respecto que ansiaba.

Sus conocidos no encontraban mucho que apreciar. Stalin era taciturno y algo melancólico. Aunque escuchaba atentamente, apenas aportaba algo en las discusiones acerca de la guerra y las relaciones internacionales. En cambio, Baikálov se sentía atraído por la presencia vivaz de Kámenev y su dominio de los argumentos[7]; dos décadas más tarde, cuando Baikálov escribía sobre ese tiempo, recordaba que Kámenev desestimaba los escasos comentarios de Stalin «con observaciones breves, casi despectivas»[8].

Los Kámenev y Baikálov tenían prejuicios que les impedían darse cuenta de que Stalin no era un asno. Tenían una conversación fluida, provenían de familias acaudaladas en las que semejantes tertulias eran habituales: el padre de Kámenev era ingeniero y empresario; el de Baikálov, propietario de una mina de oro. Tanto Kámenev como Baikálov se habían educado en gimnasios[9]. Se sentían seguros de su cultura en público, mientras que Stalin todavía titubeaba cuando hablaba en ruso[10]. Los cuatro años que había pasado entre los ostiacos no habían contribuido en absoluto a mejorar su competencia lingüística. Baikálov lamentaba que Stalin era incapaz de ser ingenioso (se suponía que los intelectuales debían ser

brillantes conversadores). Kámenev y Baikálov también subestimaban las virtudes del silencio. Cuando escuchaba a Kámenev, Stalin tenía la sensación de que estaba aprendiendo. Toda su vida se dedicó a acumular conocimientos. Su capacidad de concentración, su memoria y sus dotes analíticas eran muy agudas, aunque no alardeara de ellas; y aunque sus conocimientos de marxismo no estaban a la altura de los de otros líderes bolcheviques, se esforzaba por mejorar. En cualquier caso, cuando Stalin se encontraba entre personas que le animaban a relajarse, contaba chistes y hacía imitaciones de maravilla. Además, entendía perfectamente el ruso escrito y era un excelente editor de manuscritos rusos[11]. Se le subestimaba y él lo sufría en silencio[12].

Todo esto no habría tenido mucha importancia en los anales de la historia rusa y mundial si no se hubiese visto afectado por un segundo acontecimiento en el invierno de 1916-1917. La causa fue la tormenta política que se vivía en Petrogrado. Nicolás II pasó una mala Navidad. Lo único bueno fue la ofensiva militar de Brusílov en diciembre de 1916, que hizo retroceder a los alemanes varias millas. Fue un triunfo militar ruso que hacía tiempo que tenía que haberse producido. Pero el resto de las noticias eran nefastas. Los líderes de los partidos conservador y liberal en la Cuarta Duma estatal murmuraban cada vez más abiertamente sobre la necesidad de un cambio de régimen si las fuerzas armadas llegaban a derrotar a las potencias centrales. Uno de ellos, Alexandr Guchkov, tanteaba a los generales sobre un *coup d'état*. La reputación de la dinastía estaba hecha añicos. Rasputin, el «hombre santo» que había ayudado a aliviar los efectos de la hemofilia que padecía el heredero del trono, Alexéi, había sido asesinado en diciembre, pero los rumores que circulaban sobre él —sus apuestas, aventuras amorosas, blasfemia y venalidad política— seguían pesando sobre Nicolás y la emperatriz Alejandra. En realidad, difícilmente los liberales o los conservadores podrían haberlo hecho mejor. La prolongación de la guerra significaba un enorme perjuicio para el transporte y la administración; también hacía inevitable que se acuñara moneda para financiar el gasto militar y esto provocaría con seguridad un aumento de la inflación. Nicolás II disolvió la Duma el 26 de febrero de 1917. Estaba decidido a mantener el control de la situación.

Esto podría haber funcionado si la opinión popular no hubiese sido tan hostil a los Románov. Los campesinos protestaban por los precios fijos del grano y por el déficit de bienes industriales consecuencia de la prioridad que se le había dado a la producción de armamento y equipamiento militar. A los soldados de las guarniciones les disgustaba la posibilidad de ser movilizados al frente. Los obreros estaban furiosos por el deterioro de las condiciones de vida y de trabajo. Aunque hubiesen ganado salarios más elevados, la devaluación de la moneda habría anulado sus efectos. En diciembre de 1916 estallaron huelgas que fueron reprimidas con severidad. Con todo, el descontento persistía.

Sin que lo supieran los revolucionarios que estaban en Áchinsk, los conflictos obreros se sucedieron en Petrogrado durante la última semana de febrero de 1917. Los disturbios estallaron entre las trabajadoras textiles el Día Internacional de la Mujer y rápidamente se extendieron a los trabajadores de la planta de armamento Putílov. El envío de tropas de las guarniciones para controlar a la muchedumbre fue contraproducente, porque los soldados se pusieron del lado de los huelguistas y se unieron a ellos o depusieron las armas. El desorden se apoderó de la capital. La policía huía y el pánico se apoderaba de los generales. Los políticos de la Cuarta Duma estatal, que se había disuelto, tenían la sensación de que por fin había llegado la hora de ajustar cuentas con la monarquía de los Románov, pero les faltaba valor para pasar a la acción. Incluso los partidos revolucionarios estaban en un dilema. La represión de las huelgas de diciembre les había dado tiempo para pensar. Las redes clandestinas de mencheviques, bolcheviques y social-revolucionarios todavía no se habían restablecido del todo y la moral seguía estando baja. Pero el ardor de los huelguistas era insaciable y pronto se exigió la formación de un Soviet en Petrogrado.

Nicolás II tardó en comprender la magnitud de las fuerzas opositoras. Cuando regresaba a Petrogrado desde Moguiliov le informaron de que todo se había terminado. Aceptó el consejo del Mando Supremo; consultó al portavoz de la disuelta Duma estatal, Mijaíl Rodzianko. En primer término deseaba preservar la dinastía transfiriendo el trono a su hijo hemofílico, Alexéi. Pero en la corte nadie lo consideraba acertado. Después el zar se lo

planteó a su hermano, el gran duque Mijaíl, pero éste rechazó la oferta. Nicolás II sucumbió y el 2 de marzo abdicó, para regocijo de todo el imperio. Multitudes eufóricas salieron a la calle en todos los pueblos y ciudades.

Las noticias viajaban a Siberia más rápido por las líneas de telégrafo de lo que llevaba transportar los periódicos en tren. El grupo bolchevique de Áchinsk estaba exultante. Nicolás el Sangriento había sido destronado. La dinastía había llegado a su fin. Los revolucionarios de la ciudad se reunieron a pesar de su afiliación justo después de que se supiera que el gran duque Mijaíl había rechazado la corona. Una animada discusión siguió al anuncio. Como sentían la necesidad de contribuir activamente al desenlace político, muchos exiliados firmaron un telegrama felicitando al gran duque por su gesto cívico. Posteriormente Stalin afirmaría que su amigo Kámenev había incluido su firma. Kámenev rechazó con vehemencia estaacusación e incluso Stalin admitió que Kámenev se había arrepentido inmediatamente de su acto. En cualquier caso, en marzo de 1917 Kámenev y Stalin estaban de acuerdo en sus objetivos estratégicos. El 3 de marzo se formó un gobierno provisional con el apoyo del Soviet de Petrogrado, liderado por los mencheviques. El primer ministro sería un liberal, el príncipe Gueorgui Lvov, y los liberales, especialmente los constitucional-demócratas (o kadetes) dominaban el gabinete. Solamente un socialista, el social-revolucionario Alexandr Kerenski, se convirtió en ministro. El proyecto inicial de los bolcheviques de establecer una «dictadura democrática revolucionaria» había fracasado, y Kámenev y Stalin estaban dispuestos —al igual que la mayoría de los mencheviques, la mayoría de los social-revolucionarios y muchos bolcheviques— a dar su apoyo al gobierno provisional con la condición de que el gabinete promulgase las libertades civiles fundamentales y se limitase a una guerra defensiva contra las potencias centrales.

Tan pronto como pudieron sacar los billetes, los bolcheviques de Áchinsk viajaron desde Krasnoiarsk en el ferrocarril transiberiano hasta Moscú, y de ahí a Petrogrado. Los jefes del grupo eran Kámenev, Stalin y el antiguo diputado de la Duma, Matvéi Muránov. La experiencia fue muy diferente del anterior viaje de cada uno de ellos hacia su lugar de exilio.

Ahora viajaban como pasajeros comunes y no en el vagón de los prisioneros. Debido a su reciente confinamiento cerca de la vía principal llegarían a Petrogrado antes que la mayoría de los exiliados, por no hablar de los emigrados. Kámenev y Stalin eran aliados especialmente comprometidos; estaban de acuerdo en la política, y Stalin no tenía deseos de resucitar el viejo asunto de la conducta de Kámenev en el juicio de 1915. La intención de ambos era tomar el control del Comité Central Bolchevique en la capital. Su objetivo era resarcirse de los años perdidos en su confinamiento siberiano.

El 12 de marzo de 1917 los tres bajaron del tren en la estación Nikoláievski en el centro-este de Petrogrado. Caía una fina nieve, pero Stalin y sus compañeros apenas lo notaron. Kureika les había acostumbrado a un clima mucho peor. ¡Por fin estaban de nuevo en Petrogrado! Stalin llevaba un cesto de mimbre de tamaño mediano; tenía pocas pertenencias personales y carecía de ahorros. Llevaba el mismo traje que vestía cuando partió en julio de 1913[13]. La única diferencia en su atuendo era que ahora calzaba *valenki*, las botas altas forradas que los rusos usaban en el invierno[14]. Tenía mala cara después del largo viaje en tren y había envejecido visiblemente en los cuatro años de exilio. Se había ido siendo un joven revolucionario y volvía como un veterano político de mediana edad. Stalin había escrito para avisar a su viejo amigo Serguéi Allilúev de su llegada[15]. Esperaba que estuviera en la estación y que tal vez hubiera enviado el mensaje al Buró Ruso del Comité Central. Los demás pasajeros y el personal ferroviario habían estado festejando a Stalin, Kámenev y Muránov como heroicos luchadores contra el régimen depuesto. Se preveía una recepción honorífica en Petrogrado.

En realidad, nadie fue a la estación Nikoláievski. No había bandas, discursos ni escolta de honor hasta el cuartel general del partido en la casa de la antigua amante del emperador Matilda Kshesínskaia[16]. Tuvieron que ir por su cuenta. Cuando habían dejado la capital rumbo a Siberia eran miembros del Comité Central, de modo que esperaban ser tratados con el debido respeto. Se encontraron con una desagradable sorpresa.

El hecho de que Shliápnikov y Mólotov, que dirigían el Buró, no hubieran ido a recibirles no era accidental. Kámenev, Murátov y Stalin

esperaban que se les otorgaran asientos junto a los miembros existentes, que tenían mucha menor trayectoria en el bolchevismo. Pero el Buró pensaba de otro modo. Si Stalin se mostraba dispuesto a dejar pasar la falta de Kamenev hacia el protocolo revolucionario, el Buró no era tan indulgente. Había pecado; no había mostrado arrepentimiento. También parecía que la reputación de insolidario de Stalin le había precedido. Una lucha por el liderazgo en el Buró Ruso era inevitable. Había también un aspecto político que considerar. El Buró Ruso bajo la dirección de Shliapnikov y de Mólotov se mostraba en contra de cualquier apoyo, aunque fuera condicionado, al gobierno provisional. Abogaban por la oposición total. También sabían que había muchos militantes bolcheviques no sólo en los barrios de la capital sino también en las provincias que pensaban igual. Partiendo de esta base editaron el nuevo periódico del partido, *Pravda*, en un esfuerzo por ganar el apoyo de todos los bolcheviques. De por sí no les complacía demasiado la llegada de Kamenev y, cuando descubrieron de qué lado estaban él, Stalin y Muranov en el debate político del momento, decidieron evitar que ocuparan un lugar destacado.

La posición se clarificó el 12 de marzo, cuando el Buró decidió incluir sólo a los nuevos miembros «que considerase útiles según su credo político»[17]. Muranov entraba sin problemas dentro de esta categoría y se le otorgó un lugar. Luego se consideró el caso de Stalin[18]:

> Respecto de Stalin, se ha informado de que fue agente del Comité Central en 1912 y, por lo tanto, sería deseable que fuera miembro del Buró del Comité Central, pero, a la luz de ciertos rasgos esenciales de su personalidad, el Buró del Comité Central ha tomado la decisión de invitarle (a unirse) como consejero.

Stalin había sido insultado. Incluso se había falseado su trayectoria, porque él no había sido un mero «agente» del Comité Central, sino un miembro de pleno derecho desde 1912. Tampoco se especificaban los «rasgos» que habían disgustado al Buró. Sus formas poco limpias de llevar los asuntos personales y políticos seguramente habían jugado en contra suya. En cuanto a Kamenev, fue rechazado de plano como miembro del Buró: sólo se le

permitía contribuir en *Pravda* con la condición de que lo hiciera anónimamente; también se le exigió que diera una explicación satisfactoria de su comportamiento en el pasado[19].

Stalin se dirigió al apartamento de los Allilúev después de la reunión del Buró. En 1915 había escrito a Olga Allilúeva diciéndole que los visitaría tan pronto como terminara su exilio[20]. Cuando hizo esta visita, solamente su hija Anna estaba en casa. Sus padres y su hermano Pavel estaban trabajando y la hija menor, Nadia, estaba fuera recibiendo su lección de piano. Tampoco estaba el otro hermano, Fiódor (o Fedia)[21]. Al final de la jornada toda la familia Allilúev había vuelto. Conversaron con el visitante hasta muy entrada la noche. Le ofrecieron una cama en la sala de estar, donde también dormía Serguéi, y Olga y las niñas se fueron al dormitorio. Iósef les había causado a todos una buena impresión. Anna y Nadia se sentían muy cómodas con él. En particular Nadia, de dieciséis años, disfrutó mucho de su buen humor. El ruido que provenía del dormitorio molestaba a Serguéi, que tenía que ir a trabajar al día siguiente en la estación eléctrica. Pero Iósef intervino a favor de las muchachas: «¡Déjalas en paz, Serguéi! (…) Son jóvenes (…) ¡Deja que se rían!». Al día siguiente, antes de partir para el Buró Ruso, les preguntó si podía alojarse con ellos. El apartamento no era lo suficientemente espacioso para todos, pero le tenían tanto afecto que la familia decidió buscar uno más grande. Les encomendaron la tarea a Anna y a Nadia. Al mismo tiempo, Iósef se mostró perspicaz: «Por favor, asegúrense de reservar una habitación para mí en el nuevo apartamento»[22].

La prioridad de Stalin era aclarar su posición en el Buró Ruso. Después de dejar la casa de los Allilúev, se apresuró a llegar al cuartel general y armó un escándalo. Esta vez tuvo más éxito. El resultado fue un acuerdo para encontrar trabajo para Kamenev sobre la base de que los bolcheviques emigrados, incluyendo presumiblemente a Lenin, seguían valorándolo mucho. Stalin se incorporó al comité editorial de *Pravda.* Kámenev se le unió el 15 de marzo y Stalin fue nombrado miembro del Presidium del Buró ese mismo día[23]. La persistencia y la experiencia rendían sus frutos. Mólotov fue expulsado del Buró[24]. Evidentemente, había tenido lugar una feroz disputa y Shliápnikov y Mólotov habían perdido. *Pravda* empezó a

acatar una línea aprobada por Stalin y Kámenev, y el Buró Ruso dejó de solicitar la deposición del gobierno provisional.

La posición de Stalin y Kámenev pronto se convertiría en motivo de vergüenza para ambos, y Stalin se disculpó por no haber adoptado un punto de vista más radical; pero no había sido tan moderado como gustaban de sugerir sus posteriores enemigos, especialmente Trotski. Es verdad que se negó a atacar a los mencheviques en público. Igualmente innegable es el apoyo que prestó a una política de mera «presión» sobre el gobierno provisional[25]. Sin embargo, no dejaba de denunciar a los mencheviques que abogaban por la defensa incondicional del país. Stalin exigía más: proponía que los bolcheviques debían cooperar sólo con los mencheviques que aceptaran la línea adoptada en las conferencias de Zimmerwald y Kienthal y que militaran activamente para poner fin a la Gran Guerra. No quería la unidad a cualquier precio[26]. Más aún, quería que el Soviet de Petrogrado continuara intimidando al gobierno provisional. Declaró que el Soviet debía trabajar para vincular «la democracia metropolitana y provincial» y para «convertirse en el momento necesario en un órgano de *poder* revolucionario capaz de movilizar a todas las fuerzas sanas del pueblo para oponerse a la contrarrevolución». El objetivo inmediato era asegurarse de que el gobierno provisional no se pusiera del lado de la contrarrevolución. La convocatoria urgente de una asamblea constitucional era esencial[27].

Tampoco dejó Stalin de introducir un tema que no se había tratado en *Pravda* antes de su regreso: la cuestión nacional. Exigió la igualdad lingüística para las naciones no rusas. Abogó por el autogobierno regional. Más que cualquier otro bolchevique de Petrogrado en marzo de 1917, entendió que el bolchevismo tenía que apelar a los habitantes de los territorios fronterizos. Se opuso deliberadamente a hablar de federalismo[28]. Los bolcheviques ortodoxos tenían el objetivo de formar un estado unitario y Stalin estaba de acuerdo con esto; pero la «autodeterminación» era posible dentro del marco de la política que tanto él como Lenin habían propuesto antes de la guerra. La «opresión nacional» tenía que ser erradicada, y el gobierno provisional, como un gabinete que

perseguía los intereses del capitalismo, no había mostrado la simpatía necesaria[29].

Kámenev y Stalin continuaron con su programa combativo en el encuentro extraoficial de bolcheviques y mencheviques de todo el país que tuvo lugar a finales de marzo de 1917. El Buró Ruso lo eligió para hablar en el debate conjunto sobre el gobierno provisional. Su crítica del régimen posterior a los Románov fue implacable[30]:

> Las élites —nuestra burguesía y la de Europa occidental— se unieron a favor de un cambio de decorado, para sustituir a un zar por otro. Querían una revolución cómoda, como la turca, y una libertad restringida para el sostenimiento de la guerra —una pequeña revolución para una gran victoria—. Sin embargo, las clases inferiores —los obreros y los soldados— profundizaron en la revolución, destruyendo los fundamentos del viejo orden. Así se pusieron en movimiento dos corrientes —desde abajo y desde arriba — que impulsan dos tipos de gobierno, dos fuerzas diferentes: 1) el gobierno provisional apoyado por el capital anglo-francés; 2) el Soviet de los representantes de obreros y soldados. El poder se dividió entre estos dos órganos y ninguno de ellos tiene todo el poder. Existen tensiones y conflictos entre ambos y no puede ser de otro modo.

Stalin terminó diciendo que la ruptura política con la «burguesía» era deseable y que «el único órgano capaz de tomar el poder en toda Rusia es el Soviet de los representantes de obreros y soldados»[31].

Los bolcheviques se reunieron aparte. Fue allí donde Kámenev denunció la cordialidad del apoyo oficial menchevique al gobierno provisional e insistió en la necesidad de volver al Soviet de Petrogrado[32]. Los bolcheviques y los mencheviques, después de todas las divisiones organizativas que habían tenido desde 1903, conformaban una vez más un solo partido. Eran las dos facciones más grandes del Partido Obrero Socialdemócrata Ruso. En el nivel central mantenían órganos separados, pero a escala nacional —especialmente fuera de Petrogrado— trabajaban

juntos. Esta situación era insostenible. El ala derecha del menchevismo abogaba por una vigorosa defensa de la nación, mientras que todos los bolcheviques querían que se llevase a cabo una firme campaña a favor de una paz multilateral. Kámenev y Stalin planeaban resolver estos problemas llamando a los mencheviques antidefensistas a separarse del ala derecha de su facción.

Entre los bolcheviques, Kámenev expuso francamente sus cálculos[33]:

> Es un error adelantarse a los hechos y evitar de antemano los desacuerdos. No hay vida de partido sin confrontaciones. Dentro del partido podremos afrontar pequeños desacuerdos. Pero hay una cuestión en la que es imposible unificar lo que no se puede unificar. Formamos un solo partido junto con los que se nos unen sobre la base de Zimmerwaid y Kienthal, esto es, los que están en contra del defensismo revolucionario.
>
> Tenemos que anunciar a los mencheviques que este deseo es sólo el deseo del grupo de gente que se ha reunido aquí y que no es obligatorio para todos los bolcheviques. Debemos ir al mitin y evitarpresentar plataformas particulares. [Deberíamos hacerlo] dentro del marco de un deseo de convocar una conferencia sobre la base del antidefensismo.

Tales afirmaciones, hechas tres días antes de la llegada de Lenin a Petrogrado, indican que Kámenev y Stalin estaban muy lejos de estar bien dispuestos hacia el menchevismo. Implícitamente tendían al cisma sobre la base de una política acerca de la guerra y la paz que necesariamente llevaría al partido a un conflicto abierto con el gobierno provisional.

Era una estrategia plausible. Tan sólo el hecho de que en unas semanas los bolcheviques comenzaron a llevarla a cabo solos y de que luego, meses después, hicieron su Revolución de octubre explica que la audacia de la estrategia de Kámenev y Stalin se olvidara. Después de 1917, tanto Kámenev como Stalin tuvieron que abjurar de su estrategia, cuando la política más radical de tomar el poder sin la ayuda de los mencheviques se convirtió en uno de los hechos sagrados de la historia del bolchevismo. En

cualquier caso, el episodio es importante por la luz que arroja sobre la carrera de Stalin. Él y Kámenev, a pesar de la hostilidad del Buró Ruso, se habían abierto camino hasta la dirección de la facción y habían elaborado una estrategia que, de haberse seguido, podría haber generado un partido de oposición radical al gobierno provisional. En marzo y abril las lealtades a las facciones eran extremadamente inciertas. La astuta idea de tentar a los mencheviques del ala izquierda a unirse a los bolcheviques tenía un sólido potencial político. Kámenev y Stalin habían sido al mismo tiempo hábiles y decididos. Habían visto mucho más de Rusia en el siglo XX que Lenin; habían experimentado la atmósfera política revolucionaria de Petrogrado desde la Revolución de febrero. Su plan de realizar una campaña de políticas radicales a favor de la paz, el pan, la tierra y el gobierno tenía la posibilidad de lograr una enorme popularidad.

Lenin manifestó rotundamente su desacuerdo. Escribió desde Suiza sus «Cartas desde lejos», en las que exigía el derrocamiento del gobierno provisional. La estrategia original del bolchevismo, enunciada desde 1905, había sostenido que los obreros debían derrocar la monarquía y establecer una dictadura revolucionaria temporal, uniendo a todos los partidos socialistas, que pondrían en práctica todas las libertades cívicas imaginables y establecerían una economía capitalista. La formación del gobierno provisional, liderado por los liberales, y la promulgación de las libertades cívicas habían dejado obsoleta la estrategia de Lenin. Nunca explicó adecuadamente por qué de repente creyó que Rusia ya estaba lista para la segunda gran etapa prevista en su desarrollo revolucionario —es decir, la «transición al socialismo»—, pero insistió en que era la única política auténticamente bolchevique. Tuvo la oportunidad de pelear por sus ideas cuando, a finales de marzo, el gobierno alemán le permitió a él y a un grupo de marxistas antibelicistas viajar hacia Escandinavia a través de Alemania antes de dirigirse a Petrogrado.

Los telegramas le precedieron y el Buró Ruso preparó una recepción adecuada. Kámenev y el resto de los dirigentes bolcheviques viajaron desde Petrogrado para recibirle en Beloóstrov cuando el tren se detuvo brevemente en la frontera administrativa entre Finlandia y Rusia el 3 de abril. Lenin no se anduvo con rodeos. Señaló a Kámenev como el

responsable del apoyo condicionado del Buró al gobierno provisional y lo maldijo enérgicamente[34] (Stalin se libró de la diatriba sencillamente porque no había ido a Beloóstrov con el comité de bienvenida)[35]. El humor de Lenin no había mejorado cuando el tren llegó después de medianoche a la estación de Finlandia en Petrogrado. Una vez más denunció furioso al gabinete de Lvov y se comportó con brusquedad con el líder menchevique Nikolái Chjeidze, que encabezaba la delegación del Soviet de Petrogrado designada para recibirle como un célebre revolucionario que regresaba. Luego se dirigió al palacio de Táuride, donde habló en un encuentro de la facción bolchevique y exigió una transformación de la estrategia. Le oían con incredulidad, pero no iban a desanimarle; en una sesión conjunta de bolcheviques y mencheviques declaró de nuevo que todo compromiso con el gobierno provisional era intolerable. Durante todo el 4 de abril Lenin se dedicó a la agitación, mientras Kámenev y Stalin observaban con impotencia. De líderes dominantes se habían convertido en espectadores.

Los miembros del Buró Ruso que habían sido postergados por Kámenev y Stalin estaban encantados. Por fin contaban con alguien con el suficiente peso entre los bolcheviques como para exigir una posición ultrarradical. Estaban fascinados con Lenin y sus ideas, que él redujo a unos cientos de palabras y publicó como sus *Tesis de abril*. En otros lugares del país, muchos otros integrantes de la facción estaban igual de molestos con la política de apoyo condicionado al gobierno provisional. El bolchevismo siempre había abogado por el extremismo revolucionario. Para los bolcheviques a los que, en Petrogrado o en otras partes del país, les parecía bien dar un apoyo condicionado al gobierno provisional, la llegada de Lenin fue similar a la estampida de un toro en una tienda de porcelana. Todos los bolcheviques, de uno y otro lado del debate, habían quedado paralizados ante la visión de un líder que había regresado lleno de furor y seguridad; y ya estaba claro que los miembros del partido tendrían que elegir definitivamente entre las estrategias rivales de Kámenev y Lenin.

Stalin, como muchos otros, apoyó decididamente la posición de Lenin. Nunca se molestó en justificar esa decisión. De mitin en mitin, Lenin unió a los ultrarradicales y engatusó a los indecisos en aquellos primeros días

después de su llegada a Petrogrado. Fue un *tour de forcé* político. Pero al mismo tiempo fue más fácil para Lenin de lo que parecía en el momento. El bolchevismo siempre había adoptado posiciones extremas. En realidad, hasta 1917 la facción tenía pensado formar una «dictadura provisional democrático-revolucionaria del proletariado y el campesinado» en caso de que la monarquía imperial fuese derrocada. Un gobierno de kadetes siempre se había considerado una posibilidad odiosa en la mentalidad bolchevique. Kámenev y Stalin, los defensores de llegar a un acuerdo con ciertos componentes de la facción menchevique, siempre habían tenido un objetivo ulterior. Stalin cambió de postura el 4 de abril, pero no hasta el extremo de convertirse abruptamente de «moderado» en «extremista». Además, al inclinarse a favor del ala leninista no aceptó la totalidad de las propuestas de Lenin. Siguió creyendo que Lenin tenía mucho que aprender acerca de la Rusia revolucionaria (¡e incluso acerca de la Europa no revolucionaria!).

Pero no podía dejar de ver la diferencia entre Kámenev y Lenin. Kámenev había sido el superior de Stalin, su amigo y aliado. Pero Lenin era un verdadero líder. Desde abril de 1917 hasta la incapacidad física de Lenin en 1922, Stalin le dio su apoyo. A menudo fue una relación problemática. Tuvieron disputas todos los años hasta la muerte de Lenin. Pero se llevaron bien entre febrero y octubre, y Lenin tomó a Stalin bajo su protección e impulsó su carrera en el bolchevismo.

SEGUNDA PARTE

EL LÍDER DEL PARTIDO

EL AÑO 1917

Los meses transcurridos entre las revoluciones de febrero y de octubre fueron extraordinarios para Rusia. La política se tornó libre y visible. Petrogrado estaba cubierta de banderas rojas y sin policía. Los dirigentes socialistas del Soviet de los Obreros y Soldados de la capital estaban de fiesta. Se cantaba la *Internacional* en las ocasiones ceremoniales. Abundaban las bravatas y el socialismo estaba en la cima de la popularidad. El gobierno provisional bajo el mando del liberal Gueorgui Lvov gobernaba solamente con permiso del Soviet de Petrogrado. La extrema derecha política había desaparecido tras la caída de la monarquía. «Organizaciones de masas» como la Guardia Roja mantenían el orden en las calles. Los oficiales del ejército aprendieron a consultar a sus tropas. La vida pública estaba dedicada al servicio del pueblo. Se exigía camaradería en todos los eventos oficiales. Si había que tomar decisiones, se suponía que debían estar precedidas por un debate y que los obreros, campesinos y soldados debían influir en lo que se resolviera. Surgieron soviets en todas las ciudades del país. Elegidos por las clases sociales inferiores, intervenían en los asuntos públicos cada vez que sus líderes —los mencheviques y los social-revolucionarios— sospechaban que los órganos del gobierno central o local contravenían el acuerdo con el gobierno provisional sobre la libertad civil general y la guerra defensiva.

Stalin trabajaba con Lenin para preparar una conferencia de bolcheviques que tendría lugar en abril. Era uno de los muchos dirigentes bolcheviques de Petrogrado y de las provincias cuyas opiniones estaban cambiando a causa del impacto del debate iniciado por Lenin. Se unían a aquellos otros bolcheviques que siempre se habían mostrado adversos a

brindar siquiera el más leve apoyo al gobierno provisional. Incluso varios mencheviques rechazaron la política oficial de su agrupación pasándose al bolchevismo y toda la Organización de Distritos, que antes había sido antibolchevique, se unió a los bolcheviques en mayo[1]. La distancia entre bolcheviques y mencheviques siempre había sido grande, pero a la escisión inicial de los emigrados en 1903 le siguieron varios intentos de reunificación y, aunque la Conferencia de Praga de 1912 había dividido al Partido Obrero Socialdemócrata Ruso, bolcheviques y mencheviques de muchas ciudades rusas siguieron cooperando durante muchas semanas después de la Revolución de febrero. Pero sus radicales diferencias políticas eran cada vez más importantes y las facciones bolchevique y menchevique se convirtieron definitivamente en partidos separados.

Stalin, aun después de haber aceptado las *Tesis de Abril* de Lenin, no adoptó todas las opiniones políticas del líder. Lenin exigía la propiedad estatal de la tierra. Stalin continuó sosteniendo que esto podría privarles del apoyo de los campesinos, que deseaban tener el control total del campo[2]. Insistía en que la tierra debía ser transferida al campesinado sin condiciones[3] y quizás pensaba que una vez que Lenin adquiriera una experiencia más directa de las condiciones de vida en Rusia comprendería su postura. Stalin también evitaba la consigna más provocativa de Lenin acerca de la guerra. Al igual que Kamenev, Stalin omitía el llamamiento a los soldados y obreros a transformar la «guerra imperialista» existente en una «guerra civil europea» entre los proletariados de Europa y sus respectivas burguesías[4]. Kámenev y Stalin entendían que si los bolcheviques querían aumentar su popularidad, tenían que poner el acento en el hecho de que eran el único partido de Rusia que podía traer la paz. Igualmente destacable es que Stalin evitara expresiones tales como «la dictadura del proletariado»[5]. Prestaba oídos a las tendencias de la sociedad. Los trabajadores y los soldados vieron la caída de la monarquía como la inauguración de un régimen de libertad y democracia. Las ideas referentes a dictadura se consideraban típicas de la monarquía depuesta en febrero de 1917. Stalin defendía sus ideas —y no fue él sino Lenin quien finalmente tuvo que rectificar su posición[6].

Entretanto el gobierno provisional sucumbía a las dificultades. La guerra continuaba y los ejércitos rusos parecían ser cada vez más inferiores a sus enemigos alemanes. El caos económico empeoraba las cosas. Comenzaron a escasear los alimentos. Las fábricas estaban a punto de cerrar debido a que el metal, el combustible y otras materias primas no podían ser distribuidas. Los bancos dejaron de financiar empresas industriales. El sistema administrativo civil, que ya se tambaleaba por las exigencias de la guerra, comenzó a desmoronarse. No se podía contar con el buen funcionamiento del transporte ni de las comunicaciones. Al mismo tiempo, las exigencias del pueblo se intensificaban. Los obreros reclamaban salarios más elevados y un empleo estable. Los soldados de las guarniciones militares apoyaban una política de paz: les aterrorizaba la posibilidad de que les enviasen al frente. Los campesinos querían precios más elevados por sus cosechas; también insistían en obtener la posesión de toda la tierra cultivable y pedían el fin de la guerra. Los comerciantes y artesanos reclamaban medidas que les protegieran de las grandes empresas. Los ucranianos, finlandeses y georgianos querían pruebas de que las autoridades de Petrogrado no los estaban colocando en una posición desventajosa. El gobierno provisional hizo algunas concesiones. Introdujo tribunales de arbitraje para las disputas industriales. Aumentó los precios del grano. Toleró la insubordinación de las guarniciones militares. Garantizó la autonomía total de los organismos locales de autogobierno. Prometió convocar elecciones a una asamblea constituyente tan pronto como fuera posible.

Los ministros se negaron a sancionar mayores reformas hasta que no se hubiera logrado derrotar a las potencias centrales. El problema manifiesto desde la Revolución de febrero era que el gobierno provisional carecía de la capacidad para contener a los grupos sociales que reclamaban la introducción inmediata de reformas. La autorización del Soviet de Petrogrado había sido fundamental para que se estableciera el primer gabinete, y los soviets, los comités de fábricas y talleres, los comités militares y las comunas rurales empezaron a restringir los poderes de los ministros gobernantes. Las fuerzas armadas carecían de autoridad para sustentar la política del gobierno provisional debido a la insistencia de los

soldados de las guarniciones en hacer caso omiso de las órdenes que les disgustaban. La policía había sido siempre inútil para repeler la desobediencia civil —y de cualquier modo virtualmente se habían dispersado solos cuando se produjo el derrocamiento de la monarquía.

Si Stalin tenía alguna duda acerca de seguir a Lenin, los acontecimientos de Petrogrado pronto la disiparon. El Ministro de Asuntos Exteriores, Pável Miliukov, había enviado una nota diplomática a Londres y París en la que afirmaba que los objetivos rusos de la guerra seguían siendo los mismos que bajo Nicolás II. Como estos objetivos incluían la expansión territorial a expensas del Imperio otomano, cundió un gran rechazo entre los obreros y soldados de la capital. El gobierno provisional había llegado al poder con el apoyo del Soviet de Petrogrado partiendo claramente de la base de que la guerra debía tener una función defensiva y de que debía renunciarse al expansionismo. Entre el 20 y el 21 de abril los dirigentes mencheviques y social-revolucionarios del Soviet de Petrogrado organizaron una manifestación. Similares manifestaciones de oposición tuvieron lugar en ciudades por todo el país. Algunos bolcheviques de Petrogrado llamaban a un levantamiento armado contra el gobierno provisional y Lenin tuvo que desautorizarlos como representantes del partido. En cualquier caso, todo el asunto Miliukov jugó a favor de Lenin. Para muchos que todavía no eran bolcheviques convencidos, así como para un creciente número de obreros y de soldados, pareció haberse confirmado que Lenin tenía razón y que había que culpar a los mencheviques y los social-revolucionarios por haber confiado en el gobierno provisional.

Dentro del bolchevismo, la opinión se inclinó definitivamente a favor de Lenin cuando logró reunir el apoyo de aquellos que habían sido postergados por Kámenev y Stalin en marzo. Lenin lo consiguió haciendo valer su posición y su personalidad ante quienes le oían y leían, y contaba con la ventaja de que muchos bolcheviques veteranos, aunque no compartían del todo sus ideas en cuanto a estrategia, se sentían incómodos prestando su apoyo, por más que fuera condicionado, a un gobierno provisional dirigido por liberales[7]. Kámenev también se puso de su lado. Por su parte, Lenin abandonó algunas de sus consignas más extremas. Dejó de exigir la transformación de «la guerra imperialista en una guerra civil europea».

Temporalmente renunció a sus proclamas públicas a favor de la «dictadura» y la «guerra revolucionaria»[8]. Aunque Lenin todavía no se había adaptado plenamente al ambiente político ruso, Kámenev ya no lo veía como el fanático revolucionario que parecía ser en la Estación de Finlandia. Stalin tenía la misma opinión. Dejó a un lado su anterior actitud conciliatoria con respecto al gobierno provisional y se convirtió en un inequívoco defensor del leninismo. Miliukov hizo el resto y, cuando comenzó la Conferencia del Partido Bolchevique el 24 de abril, Lenin sabía que la victoria sería suya.

En la conferencia Lenin y Kámenev se unieron para defender la oposición incondicional al gobierno provisional. También exigieron medidas drásticas para poner fin a la Gran Guerra. Lenin continuó promoviendo su política de nacionalización de la tierra y la conferencia votó a su favor. Stalin, a pesar de haber argumentado en contra en *Pravda*, se contuvo. Pronto se sintió compensado: a mediados del verano Lenin llegó a convencerse de que la tierra debía pasar a manos del campesinado por medio de la «socialización de la tierra».

Stalin y Lenin habían sido aliados en la cuestión nacional desde antes de la Gran Guerra y fue Stalin quien informó de ello en la conferencia. Ambos querían atraer hacia los bolcheviques las simpatías de los habitantes no rusos del antiguo Imperio ruso. Sin embargo, el resultado fue el debate más enconado de toda la conferencia. La mayoría de la comisión preparatoria votó contra Stalin y a favor de Gueorgui Piatakov. Asimismo, a la mayoría de los bolcheviques no les agradaba el compromiso de Lenin y Stalin con la autodeterminación nacional, incluyendo la posibilidad de secesión del antiguo Imperio ruso. Parecía que la política oficial ignoraba los principios internacionalistas y hacía concesiones al nacionalismo; daba la impresión de que esto no tenía en cuenta ni las tendencias económicas generales ni los intereses de las clases obreras del mundo. Supuestamente, la política bolchevique debía dar más importancia a la revolución proletaria que a la autodeterminación nacional. Según Lenin, Piatakov subestimaba el odio que las regiones fronterizas sentían por Rusia y los rusos. La hostilidad podría disiparse sólo si se les decía a los ucranianos y a los finlandeses que tenían derecho a la independencia. Predijo que tal oferta apaciguaría los

sentimientos antirrusos y convencería no sólo a Ucrania y Finlandia, sino también a otros territorios rusos, de que continuaran unidos a Rusia.

Stalin recogió estas hipótesis y añadió otras. Sostuvo que cualquier política que se formulara para el antiguo Imperio ruso tendría implicaciones en el extranjero. Si se veía que los bolcheviques trataban decentemente a sus minorías nacionales, esto alentaría los movimientos de liberación nacional en todo el mundo. La política actuaría como un «puente entre Occidente y Oriente». La apasionante contribución de Stalin fue el éxito del día[9]. Había necesitado el apoyo de Lenin y de Zinóviev. En cualquier caso, se había desenvuelto muy bien al dar su primer informe en una conferencia del partido. Aguantó sin rechistar las críticas personales provenientes del veterano bolchevique georgiano Pilipe Majaradze, que preguntó cómo abordaría las «aspiraciones separatistas» de las naciones del sur del Cáucaso. Majaradze también quiso saber si el establecimiento de administraciones locales sobre una base naciónal-territorial podría resolver el problema de la compleja mezcla nacional en Georgia y otros lugares[10]. En el preciso momento en que Stalin disfrutaba de su posición como experto del partido en la cuestión nacional, otro georgiano se levantó para desafiarle. Stalin no dejó ver su irritación. Concentró su artillería verbal en Piatakov y en Dzierzyñski e ignoró las punzantes preguntas de Majaradze. Piatakov era un joven teórico bolchevique que había criticado la estrategia revolucionaria de Lenin a lo largo de la Gran Guerra; Dzierzyñski provenía del marxismo polaco y se había unido recientemente a los bolcheviques. Nunca había aceptado la política oficial bolchevique sobre la cuestión nacional.

Sin embargo, sin el apoyo de Lenin puede que Stalin no hubiese sido elegido para el Comité Central. La mayoría de los delegados apenas lo conocían; hizo falta puntualizar que uno de sus seudónimos era Koba: todavía no era conocido por todos como Stalin. Pero su problema fundamental era la posibilidad de que alguien pudiera repetir las objeciones que se le habían hecho en marzo. Lenin destacó: «Conocemos al camarada Koba desde hace muchísimos años. Solíamos verlo en Cracovia, donde teníamos nuestro Buró. Su actividad en el Cáucaso fue importante. Sabe desenvolverse muy bien en todo tipo de tareas de responsabilidad». Con

esta recomendación pudo respirar tranquilo otra vez y no tuvo que encarar a la oposición frente a candidatos menos conocidos pero aun así controvertidos como Teodoróvich, Noguín, Búbnov y Glébov-Avüov. Lenin tampoco tuvo que pronunciar un discurso apologético tan extenso como en el caso de la candidatura de Kámenev. Stalin había escalado a la cúpula del partido: quedó tercero después de Lenin y Zinóviev en las elecciones al Comité Central[11].

El ritmo del trabajo político se había vuelto frenético desde el momento en que Stalin llegó a Petrogrado. Un día típico incluía mítines en las oficinas del Comité Central, en la mansión Kshesínskaia, que a menudo se prolongaban hasta la noche. Stalin no era uno de los oradores del partido; según uno de sus colaboradores, «evitaba pronunciar discursos en los mítines multitudinarios»[12]. Sus defectos eran obvios. Su voz no se oía sin micrófono[13] y tenía un acento muy marcado. No declamaba ni engolaba la voz como un actor por naturaleza. Si se necesitaba un orador del Comité Central, generalmente la elección recaía sobre Grigori Zinóviev (o sobre Lev Trotski y Anatoli Lunacharski, que se unieron a los bolcheviques en verano). En ocasiones también Lenin intervenía en un mitin abierto después de haber dominado sus propias reticencias iniciales. Stalin evitaba a toda costa estas funciones a menos que fuera requerido especialmente por el Comité Central. El diseño de políticas y la organización eran sus actividades preferidas. También le agradaban las tareas asociadas con la edición de *Pravda*. Aunque su trabajo se desarrollaba detrás del escenario, no se limitaba a la administración interna del partido. Ese papel recayó en Yákov Sverdlov, que encabezaba el Secretariado del Comité Central. Stalin estaba ascendiendo en el partido sin que el resto de éste se percatara todavía. Pero los que concluyeron que era una «figura gris» sencillamente demostraban su ignorancia acerca del núcleo central del partido[14].

No llegó a mudarse con la familia Allilúev, como había acordado en marzo[15]. Sin embargo, le habían dejado una habitación libre y los jóvenes Allilúev —en especial Anna y Nadia— esperaban ansiosamente su llegada. Al igual que otros dirigentes bolcheviques, dormía donde y cuando podía. Estaba haciendo nuevas amistades. También salía con las mujeres que le

atraían. Era una existencia desordenada y agotadora, pero no dejaba de tener sus encantos sociales.

Mientras tanto, el gobierno provisional no logró resolver los conflictos después de abril. Entre sus problemas estaba un conflicto entre sus miembros socialistas y liberales. Los mencheviques Irakli Tsereteli y Mijaíl Skóbelev y el social-revolucionario Víktor Chernov insistían en que debía garantizarse el autogobierno a Finlandia y Ucrania. Los kadetes se retiraron el 2 de julio en vez de aceptar responsabilidades en el gabinete. El Ministro de Asuntos Militares, el social-revolucionario Alexandr Kerenski, había comenzado una ofensiva contra las potencias centrales unos pocos días antes. Sobrevino la crisis política. Los bolcheviques, que habían cuestionado al gobierno provisional en primavera, querían tantear de nuevo el terreno. Organizaron una masiva manifestación de protesta el 4 de julio. Su consigna era «¡Todo el poder para los soviets!» y se proponían suplantar al gobierno. Los marineros de la guarnición de Kronstadt fueron invitados a participar armados. El gobierno provisional, apoyado por los mencheviques y los social-revolucionarios, prohibió la manifestación. Pero tal era el descontentó popular que las multitudes siguieron reuniéndose en Petrogrado. En el último momento el Comité Central bolchevique temió que las autoridades recurrieran a la fuerza e intentaron desconvocar la manifestación. Pero el gobierno provisional había tenido suficiente. Los contactos financieros de Lenin con el gobierno alemán salieron a la luz y se dictó una orden de arresto contra él. Los bolcheviques de Petrogrado se ocultaron, mientras que dirigentes como Lev Trotski, Lev Kámenev y Alexandra Kollontai fueron puestos bajo custodia.

Los Allilúev pusieron su habitación vacante a disposición de Lenin. En su huida de las autoridades en los «Días de julio», Lenin buscó refugio en primer lugar en la casa del activista bolchevique Nikolái Poletáiev. Pero Poletáiev era muy conocido porque anteriormente había sido diputado de la Duma y Lenin se sintió muy agradecido por el ofrecimiento de los Allilúev. Estuvo allí unos pocos días antes de disponer su partida al Norte, al distrito rural de Razliv. El disfraz era fundamental. Decidió afeitarse la barba y el bigote. Stalin, que fue a la casa de los Allilúev para despedirse, hizo las veces de barbero en jefe del partido[16] (esto sucedió algunos años antes de

que se convirtiera en su maestro carnicero). Cuando Lenin se miró al espejo, se sintió complacido: «Está muy bien ahora. Parezco ni más ni menos que un campesino finlandés, y casi nadie podría reconocerme»[17]. Mientras Lenin estuvo con los Allilúev, Stalin se mudó con los compañeros solteros Viacheslav Mólotov y Piotr Zalutski —así como con Iván Smilga y su esposa— a un apartamento bastante espacioso en los alrededores de Petrogrado[18]. Las disputas entre Mólotov y Stalin acabaron cuando Stalin admitió: «Estuviste más cerca de Lenin que nadie en la fase inicial, en abril»[19]. Sin embargo, hubo otras desavenencias en su relación. Ya anciano, Mólotov recordaba que cuando compartían apartamento Stalin le quitó una novia —una tal Marusia[20].

Más o menos una semana después de la partida de Lenin, Stalin, pese a la preocupación por el peligro que su presencia podría entrañar para la familia[21], se mudó a casa de los Allilúev. Para entonces se habían trasladado a un distrito más céntrico y habían alquilado un apartamento más grande en el número 17 de la calle Décima Rozhdéstvenskaia. Tenía tres habitaciones, una cocina y un baño, las escaleras de todo el edificio eran «lujosas» y se encargaba de ellas un conserje uniformado. Un ascensor subía hasta el quinto piso, donde vivían los Allilúev. Stalin tenía su propia habitación[22]. La mayor parte del tiempo estaba solo, ya que Anna y Nadia habían dejado Petrogrado durante las vacaciones de verano y Fedia trabajaba tanto como sus padres, Serguéi y Olga[23]. Llevó allí sus pocas pertenencias —manuscritos, libros y algo de ropa— en una cesta de mimbre. Olga se preocupaba por Iósef (como le llamaba) e insistía que se procurara un traje nuevo. Cuando Iósef alegó que no tenía tiempo, ella y su hermana María salieron y le compraron uno. Les pidió que le pusieran unos paños térmicos dentro de la chaqueta. También dijo que le resultaba incómodo usar una chaqueta y una corbata corrientes debido a su infección de garganta. Olga y María se sentían más que dichosas de atenderle y María le cosió dos cuellos verticales de terciopelo en el traje. Aunque no parecía un dandi, sin duda su aspecto se volvió algo más elegante[24].

Nadia volvió a Petrogrado para el comienzo del curso a finales del verano. Cumplía dieciséis años en septiembre, pero estaba harta de la escuela y había tenido que soportar gran cantidad de burlas debido a las

tendencias bolcheviques de sus padres[25]. Cuando volvió al apartamento de la calle Décima Rozhdéstvenskaia desarrolló una pasión por las tareas domésticas. Un día el ruido que producía el movimiento de las mesas y sillas hizo que Stalin saliera de su habitación: «¿Qué pasa aquí?, ¿qué es todo este lío? ¡Ah, eres tú! ¡Veo que una verdadera ama de casa se ha puesto a trabajar!». Esto desconcertó a Nadia, que le preguntó: «¿Qué ocurre? ¿Está mal?». Enseguida Stalin la tranquilizó: «¡Por supuesto que no! ¡Está muy bien! Pon un poco de orden, sigue (…) ¡Que vean los demás!»[26].

A Stalin le gustaban las mujeres que se ocupaban de la casa. También esperaba y necesitaba ser admirado, y estaba buscando un enclave donde poder descansar de su ajetreada vida política. Quizás comenzaba a sentirse atraído por Nadia. Aunque le doblara la edad, esto no le había impedido conquistar a adolescentes en Siberia. Sin embargo, durante ese tiempo siguió comportándose con ella por las noches casi como un padre. Leía a los hermanos Allilúev «El camaleón» y otros cuentos de Chéjov y recitaba a Pushkin. Maxim Gorki era otro de sus preferidos. Cuando aparecían los amigos de los jóvenes, también se divertía con ellos[27]. Antes de irse a la cama retomaba su trabajo y a veces estaba tan cansado que se quedaba dormido con la pipa todavía encendida; en una ocasión quemó las sábanas y estuvo a punto de provocar un incendio en el apartamento[28]. Pero la mezcla de trabajo y atmósfera familiar le agradaba. Tenía casi cuarenta años. Rara vez se había establecido con personas que le tuviesen cariño. En casa de los Allilúev encontró al fin un santuario. Se estaba cerrando una herida en sus sentimientos; apenas sorprende que pronto desposara a un miembro de la familia.

Sin embargo todavía tenía que arreglarse por su cuenta. La familia Allilúev siempre estaba muy ocupada y, en cualquier caso, los movimientos de Stalin eran impredecibles. Por lo tanto, se compraba la comida cuando volvía del trabajo. En la esquina de la calle Décima Rozhdéstvenskaia solía detenerse en un puesto y comprar una hogaza de pan y un poco de pescado ahumado o una salchicha. Ésta solía ser su cena —o, si su actividad en el partido había sido frenética, el almuerzo que se había saltado[29].

Con todo, la política era el principal objeto de sus afectos. El poder y el prestigio satisfacían sus más profundos e intensos anhelos. No había renunciado a sus ambiciones como teórico marxista. Pero en este momento sus inclinaciones se dirigían hacia asuntos de índole práctica como contribuir en la dirección del Comité Central, editar *Pravda* y planificar las maniobras de los bolcheviques de Petrogrado. Su desagradable recepción por parte del Buró Ruso en marzo había quedado muy atrás; se había establecido firmemente en la dirección del partido. Trabajaba sin descanso. Sus tareas en el Comité Central y en *Pravda* implicaban escribir tanto, fuera con pluma o lápiz, que le salieron callos en los dedos de la mano derecha[30]. Con el trabajo vino la autoridad. Lenin y Zinóviev habían huido. Trotski, Kámenev y Kollontai se encontraban en prisión. La dirección del partido quedó en manos de Stalin y Sverdlov, ya que eran los únicos miembros del núcleo interno del Comité Central que seguían en libertad. Esta situación pudo haber desconcertado a muchos. Pero Stalin y Sverdlov superaron con aplomo las dificultades mientras trataban de reparar el daño que los «Días de julio» habían causado al partido —y Stalin disfrutaba de la oportunidad de demostrar que tenía las habilidades políticas que todavía no habían detectado en él sino unos pocos miembros del partido.

A comienzos del VI Congreso del partido, que se celebró en la clandestinidad a finales de julio, no había duda acerca de la preeminencia de Stalin entre los bolcheviques. El Comité Central le eligió para presentar su informe oficial, así como otro «sobre la situación política». Su antigua hostilidad mutua ya no preocupaba ni a Stalin ni a Sverdlov. Como secretario del Comité Central, Sverdlov ya no constituía un verdadero rival para Stalin. En realidad, Sverdlov era *par excellence* un administrador y, aunque también se le podía invitar a pronunciar vehementes discursos con su resonante voz de bajo, no aspiraba de convertirse en una personalidad política destacada: dejaba que otros elaboraran las políticas. Esta actitud se avenía bien con los deseos de Stalin, que buscaba una posición destacada en el partido bolchevique.

Los «Días de julio» de Petrogrado habían perjudicado al partido en las provincias y los delegados provinciales se quejaban de que el Comité

Central había llevado mal los asuntos en la capital y de que habían dejado de lado las necesidades del resto del partido. Stalin se enfrentó a esto resueltamente. La crítica, señaló:

> proviene de los comentarios de que el Comité Central no mantuvo contacto con las provincias y de que concentró su actividad en Petrogrado. La acusación de que se ha dejado de lado a las provincias no carece de fundamento. Pero no era posible abarcar toda la red provincial. La acusación de que el Comité Central se convirtió en realidad en un Comité de Petersburgo es cierta parcialmente. Así fue. Pero es que la política de Rusia giraba en torno a Petrogrado.

Después de haber abordado las objeciones, insistió en que el Congreso debía concentrar su atención en la estrategia futura. En ese momento los soviets permanecían bajo el control de los mencheviques y los social-revolucionarios, y Lenin —todavía escondido en Finlandia— deseaba impulsar la consigna «¡Todo el poder para los soviets!». Stalin se oponía discretamente a esta línea. Entendía que, si el Partido quería ganar popularidad, tenía que presentarse como un agente entusiasta de las «organizaciones de masas».

Stalin también realizó una notable contribución al debate «sobre la situación política». Yevgueni Preobrazhenski, un joven y prometedor delegado (que iba a incorporarse al Comité Central en 1919), deseaba que se insistiera más en la necesidad de que se produjeran revoluciones en todas partes de Europa. Stalin no estaba de acuerdo[31]:

> No se excluye la posibilidad de que Rusia sea justamente el país que allane el terreno al socialismo. Hasta ahora ni un solo país disfruta de la libertad que hay en Rusia y ninguno ha tratado de establecer el control obrero de la producción. Más aún, la base de nuestra revolución es más amplia que en Europa occidental, donde el proletariado se enfrenta a la burguesía completamente solo. Aquí los

> trabajadores son apoyados por las capas más pobres del campesinado. Finalmente, el aparato del poder estatal en Alemania funciona incomparablemente mejor que el aparato imperfecto de nuestra burguesía, que depende del capital europeo. Debemos rechazar la anticuada idea de que sólo Europa puede mostrarnos el camino. Hay un marxismo dogmático y un marxismo creativo. Yo me sitúo en el terreno de este último.

Esta afirmación adquirió relevancia varios años más tarde cuando Stalin, convertido en secretario general del partido, reclamó que la política del partido se centrara en la construcción del «socialismo en un solo país»[32].

La política estaba cambiando rápidamente fuera del partido bolchevique. Alexandr Kerenski, que se convirtió en primer ministro después de los «Días de julio», intentaba restaurar el orden. Organizó una Conferencia de Estado para recuperar el apoyo de los partidos y de otras organizaciones públicas. Entre los que fueron bien recibidos en los círculos políticos de derechas de la Conferencia de Estado estaba el comandante en jefe de Kerenski, Lavr Kornílov. Kerenski y Kornílov trazaron un plan para trasladar las unidades de la línea del frente a Petrogrado (donde las tropas de las guarniciones tenían fama de no ser muy de fiar). En el último momento, el 28 de agosto, Kerenski sospechó injustificadamente que Kornílov estaba urdiendo un complot para dar un golpe de estado y se le ordenó que mantuviera sus fuerzas en el frente. Esto sirvió para convencer a Kornílov de que Kerenski ya no era capaz de gobernar el país en situación de guerra y decidió derrocarle. El pánico se apoderó de Petrogrado. Los recursos militares de Kerenski eran débiles y confiaba en los agitadores socialistas para que salieran al encuentro de los trenes y convencieran a las tropas de que desobedecieran a Kornílov. Entre los tan necesarios agitadores estaban los bolcheviques, así como los mencheviques y los social-revolucionarios. Kornílov fue arrestado y Kerenski logró salvarse, pero sus días ya estaban contados.

El bolchevismo volvió a surgir abiertamente como una fuerza política, aunque ya no lo hizo bajo el doble liderazgo de Stalin y Sverdlov. El 30 de agosto el Comité Central consideró una petición secreta de Zinóviev para

volver a la acción. Era arriesgado. Zinóviev no sólo podía ser arrestado, sino que también su reincorporación al Comité Central podía provocar una renovación de los ataques al partido por parte de las autoridades. Se le dijo que el Comité Central estaba «haciendo todos los esfuerzos para que pudiera estar tan cerca como fuera posible del partido y del trabajo en el periódico»[33]. Esto no logró desanimar a Zinóviev, que al día siguiente asistió a la reunión del Comité Central[34]. El Comité Central reconoció que necesitaba un líder revolucionario de su talento. Con Trotski sucedía lo mismo, aunque muchos bolcheviques continuaban siendo hostiles hacia él. Una vez liberado de la cárcel, estaba impaciente por obtener repercusión pública. El 6 de septiembre el Comité Central dispuso nuevas asignaciones de personal. El comité editorial de *Pravda*, previamente dirigido por Stalin, se amplió para incluir a Trotski, Kámenev, Sokólnikov y a un representante del Comité de Petersburgo. Trotski fue asimismo designado para colaborar en la edición de *Prosveshchenie* y para unirse al Comité Ejecutivo Central del Congreso de los Soviets. Aunque también Stalin fue designado para integrar el Comité Ejecutivo Central, sus deficiencias como orador implicaban que Trotski sería allí la figura más destacada del partido[35].

Se terminaban las semanas de esplendor de Stalin. La tarea inmediata del Comité Central era organizar a los bolcheviques para la Conferencia Democrática convocada por Alexandr Kerenski. Se había fijado su celebración en el teatro Alexandrinski el 14 de septiembre y Kámenev fue elegido como el orador principal de los bolcheviques. Stalin se unió a Trotski, Kámenev, Miliutin y Rykov en la comisión que elaboró la declaración del partido[36]. La Conferencia Estatal Democrática reunió a los partidos socialistas de todo el antiguo Imperio ruso. Entre los mencheviques y los social-revolucionarios había un creciente descontento por la incapacidad del gobierno provisional para aliviar el malestar social y por su negativa a profundizar las reformas. Alexandr Kerenski se estaba convirtiendo casi en su *bite noire*, como ya lo era para los bolcheviques. La estrategia del Comité Central era persuadir a los delegados que participaban en la Conferencia Estatal Democrática de que Kerenski tenía que ser reemplazado por un gobierno socialista. Los mencheviques y los social-revolucionarios seguían estando al frente de la mayoría de los soviets en la

Rusia urbana, aunque tanto el Soviet de Petrogrado como el de Moscú habían caído en manos de los bolcheviques. Por lo tanto, la declaración apelaba a todos los socialistas, incluidos los bolcheviques, para que unieran sus fuerzas en la persecución de sus objetivos comunes. Esto se acordó dando por supuesto que estaba de acuerdo con el compromiso estratégico aceptado por Lenin en Finlandia.

Las exigencias específicas de los bolcheviques eran de carácter global, y esto inevitablemente llevaría a disputas con los mencheviques y los social-revolucionarios. Mientras intentaba establecer una única administración para todo el socialismo, el Comité Central bolchevique insistía en la radicalización de las políticas. Había que expropiar a la nobleza terrateniente. Debía implantarse el control obrero y la gran industria debía ser nacionalizada. Había que proponer «una paz democrática universal» a todos los pueblos del mundo. La autodeterminación nacional tenía que proclamarse. Había que establecer un sistema de seguridad social de cobertura global[37].

Pero el Comité Central no había contado con que Lenin había dejado de creer —si es que alguna vez había creído en ello— en la posibilidad de un proceso revolucionario pacífico. El 15 de septiembre el Comité Central analizó una carta suya en la que reclamaba que se iniciasen los preparativos para una insurrección armada[38]. No decía nada acerca de una coalición de todos los socialistas. Para él lo principal era deponer a Kerenski e implantar una administración revolucionaria. Su frustración por tener que permanecer oculto se canalizaba en sus escritos. Los artículos fluían de su pluma en Helsinki y cada uno de ellos dejaba claro que la sección bolchevique no debía establecer pactos en la Conferencia Estatal Democrática: el tiempo de hablar se había terminado. En «Marxismo e insurrección» reclamaba «la inmediata transferencia del poder a *los demócratas revolucionarios encabezados por el proletariado revolucionario*»[39]. Sus llamamientos al levantamiento causaron consternación entre varios miembros del Comité Central. En la misma asamblea del Comité Central hubo acaloradas discusiones, y Stalin confirmó su apoyo a Lenin al proponer que la carta fuera enviada a las organizaciones más importantes del partido para su análisis; pero el Comité Central finalmente decidió quemar la carta y

conservar una sola copia en los archivos. La moción se aprobó por seis votos contra cuatro[40].

La política del partido bolchevique acerca de la cuestión fundamental del gobierno fluctuaba. Con el abierto regreso de Trotski a la actividad, se reforzó la tendencia más radical. Por otra parte, había muchos líderes y activistas socialistas por todo el país que querían la deposición del gobierno provisional. Cada vez más soviets de las ciudades, sindicatos y comités de fábricas y talleres adquirían una mayoría bolchevique a finales de septiembre y principios de octubre. Más pronto o más tarde habría que responder a la pregunta: ¿Van a tomar el poder los bolcheviques? De ser así, ¿cuándo será? En ese caso, ¿iban a actuar solos o en algún tipo de alianza socialista? Sin embargo, Stalin ya había elegido. Ya no consideraba viable un acuerdo con los mencheviques (Trotski había adoptado la misma postura). Su futuro estaba ligado únicamente al de los bolcheviques. Su posición en el Comité Central bolchevique se había consolidado, pero fuera de este marco apenas tenía autoridad política. Era uno de los bolcheviques más influyentes y al mismo tiempo uno de los más oscuros. Si hubiera muerto en septiembre de 1917, seguramente nadie habría escrito su biografía.

OCTUBRE

En octubre de 1917 la ciudad de Petrogrado estaba más tranquila que en cualquier otro período desde la caída de los Románov. Las escuelas y las oficinas funcionaban sin interrupción. Las tiendas abrían con normalidad. El correo y los tranvías funcionaban con regularidad. Estaba empezando a refrescar y la gente se abrigaba bien antes de salir, pero todavía no había nevado. La calma prevalecía en la capital rusa y las violentas manifestaciones masivas parecían cosa del pasado. Los dirigentes bolcheviques que planificaban la insurrección tenían motivos para preocuparse. ¿Y si Lenin se había equivocado y la gente había abandonado la idea de apoyar un cambio revolucionario de régimen?

No obstante, los niveles subterráneos de la política estaban virando. Lenin, escondido en Helsinki desde mediados de julio, se sentía frustrado por la negativa del Comité Central a organizar un levantamiento contra el gobierno provisional. El instinto le decía que había llegado el momento de actuar y decidió arriesgarse volviendo clandestinamente a Petrogrado. Los dirigentes bolcheviques que se encontraron con él en secreto tuvieron que soportar la furia con que exigía una insurrección. Los preparaba para una confrontación en el Comité Central el 10 de octubre. Asistieron doce miembros. Todos sabían que habría problemas. Se levantó acta a grandes rasgos, lo que significa que no quedan testimonios de la intervención de Stalin. En cualquier caso, las posiciones fundamentales parecen haber sido establecidas por Sverdlov y por Lenin. iComo secretario del Comité Central, Sverdlov tenía información sobre el estado de las organizaciones del partido y sobre la campaña política en todo el país. Convencido por los argumentos de Lenin a favor de un levantamiento, añadió una nota positiva

en su informe al insistir en el incremento de miembros del partido. Esto le dio a Lenin la oportunidad que buscaba: «La mayoría del pueblo está ahora con nosotros. Políticamente la situación está completamente madura para la transferencia del poder»[1].

Dos miembros del Comité Central bolchevique se opusieron a Lenin. Uno fue Kámenev, que nunca había sido un bolchevique radical, ni en 1917 ni antes durante la guerra. Sorprendentemente el otro era Zinóviev, que había sido asistente de Lenin durante la emigración antes de la Revolución de febrero[2]. Kámenev y Zinóviev se enfrentaron a Lenin. Desestimaron su extremo optimismo y señalaron que los bolcheviques todavía tenían que ganar muchos soviets urbanos. Acentuaron que el electorado del partido estaba limitado a las ciudades pequeñas. También sembraron la duda sobre la suposición de que el resto de Europa estaba al borde de la revolución. Temían que estallara una guerra civil en Rusia[3].

Sin embargo, la votación favoreció a Lenin por diez votos contra dos. Stalin estaba entre sus partidarios; había dejado completamente atrás su relación con Kámenev. Estaba convencido de que había llegado la hora de tomar el poder. El artículo que publicó en *Rabochii put* («El camino de los obreros») —este periódico era el sucesor de *Pravda* y estaba bajo su control editorial— permite valorar su postura. Stalin tenía grandes esperanzas[4]:

> La revolución está viva. Después de haber desbaratado el «motín» de Kornilov y reorganizado el frente, se ha extendido a las ciudades y vivificado los distritos fabriles y ahora se difunde por las zonas rurales, sin atender a los odiosos puntales del poder terrateniente.

No era un llamamiento explícito a la insurrección. Stalin no quería dar motivos a Kerenski para que volviese a clausurar la prensa bolchevique, pero advertía de que la acción de Kornílov había sido el primer intento contrarrevolucionario y de que podría haber otros. El colaboracionismo, con lo que se refería a la ayuda que los mencheviques y los social-revolucionarios habían prestado al gobierno provisional, estaba en bancarrota política. Los kadetes habían demostrado ser «un nido de la contrarrevolución y difundirla». Los soviets y los comités del ejército

debían prepararse para repeler «una segunda conspiración de la *Kornílovshchina*». Stalin estaba convencido de que «toda la fuerza de la gran revolución» estaba dispuesta para la lucha[5].

El Comité Central volvió a reunirse el 16 de octubre. Los representantes de los órganos del partido de Petrogrado y de las provincias fueron invitados a asistir. Lenin hizo otro llamamiento a la insurrección. Sostuvo que el momento estaba maduro, aunque hubiera informes de que los obreros no estaban entusiasmados con la toma del poder. Lenin argumentó que «el humor de las masas» siempre era voluble y que el partido debía guiarse por la evidencia de que «todo el proletariado europeo» estaba de su lado. Añadió que la clase obrera rusa se había volcado a favor de los bolcheviques desde el caso Kornílov. Se enfrentaban a él los miembros del Comité Central, inspirados por Kámenev y Zinóviev. Su crítica se basaba en que los bolcheviques no tenían la fuerza suficiente para alzarse contra el gobierno provisional y en que no existía una coyuntura revolucionaria en todas partes de Europa. Incluso Petrogrado resultaba ser un bastión inseguro del bolchevismo. Zinóviev afirmaba: «No tenemos derecho a correr este riesgo y jugar al todo o nada»[6].

Stalin apoyó a Lenin[7]:

> Podría decirse que es necesario esperar un ataque [contrarrevolucionario], pero debe entenderse lo que significa un ataque: el alza del precio del pan, el envío de cosacos al distrito de Donets y cosas similares constituyen un ataque. ¿Hasta cuando vamos a esperar si no se produce un ataque militar? Lo que proponen Kamenev y Zinóviev lleva objetivamente a que la contrarrevolución pueda reorganizarse; seguiremos hacia una retirada interminable y perderemos la revolución por entero.

Pidió al Comité Central que tuviera «más fe»: «Hay dos líneas a seguir en este punto: una línea mantiene la victoria de la revolución y confía en Europa, la otra no cree en la revolución y cuenta meramente con permanecer en la oposición»[8]. Sverdlov y otros miembros del Comité Central también estuvieron de parte de Lenin y, aunque Trotski estaba

ausente debido a sus obligaciones en el Comité Militar Revolucionario del Soviet de Petrogrado, Lenin ganó el debate después de la medianoche. De nuevo la votación fue de diez contra dos a favor de su postura.

Lenin volvió a su escondite y envió furiosas cartas a sus camaradas del Instituto Smolny, una antigua escuela secundaria para señoritas del centro de la capital en la que el Soviet de Petrogrado y los órganos centrales de varios partidos —incluyendo a los bolcheviques— tenían su sede. Lenin mantenía la presión con vistas a una acción armada. Kerenski sopesaba sus opciones y llegó a la conclusión de que era necesario actuar drásticamente antes de que los bolcheviques se movilizaran contra él. El 18 de octubre la tensión aumentó cuando Kámenev transgredió la disciplina de partido escribiendo contra la insurrección en el periódico de la izquierda radical *Novaia Zhizn* («Vida Nueva»)[9].

Al tiempo que no revelaba lo que había decidido el Comité Central bolchevique en concreto, dejaba caer afirmaciones muy fuertes. Lenin escribió al Instituto Smolny exigiendo la expulsión del partido de los «esquiroles» Kámenev y Zinóviev[10]. El 19 de octubre Zinóviev intervino con una carta a *Rabochiiput.* Zinóviev declaraba que Lenin había malinterpretado su posición y que era preciso que los bolcheviques «cerrasen filas y pospusiesen las disputas internas hasta que las circunstancias sean más propicias»[11]. No esta claro qué se proponía realmente Zinóviev. Tal vez quería que el tema pudiera seguir discutiéndose en el Comité Central (mientras que Kámenev innegablemente había roto la confidencialidad y puesto en peligro la seguridad del partido).

Esta rencilla cayó en manos de Stalin en su calidad de editor en jefe de *Rabochiiput.* Decidió aceptar el paso conciliador de Zinóviev y publicó la carta[12]. Pero ni Zinóviev ni Stalin explicaban cómo Kámenev y Zinóviev podrían trabajar con Lenin, Trotski y los que se habían comprometido con la insurrección si se oponían a la acción armada. El 20 de octubre el Comité Central juzgó el asunto. Fue una sesión muy dura y la primera ocasión en que Stalin y Trotski se enfrentaron seriamente. Trotski estuvo desafiante. Sokólnikov, el editor de Stalin en *Rabochii put*, negó toda implicación en la decisión editorial. Stalin se reveló como el responsable[13]. Kámenev dimitió como miembro del Comité Central porque no tenía confianza en la

política de insurrección. Stalin siguió apoyando la política de Lenin, pero la humillación que había sufrido en el debate le indujo a presentar su renuncia al comité editorial[14].

Recobró el aplomo sólo cuando su petición fue rechazada. El asunto parecía concluir aquí; nadie supo cuán profundamente le afectaba cualquier golpe a su autoestima —y en 1940 Trotski iba a pagar el máximo precio por ello—. En términos de la estrategia política bolchevique quedaba poco claro por qué Stalin era indulgente con Kámenev y Zinóviev. Nunca explicó su modo de pensar. Pero podría tener relación con su habitual actitud de considerar a Kámenev y a Zinóviev como aliados en la lucha para reducir al mínimo la influencia de Trotski. La creciente predilección de Lenin por Trotski era una amenaza para la autoridad de los veteranos del Comité Central. Otra posibilidad es que Stalin intuyera que los oponentes a la insurrección en última instancia permanecerían del lado del partido. Miliutin rápidamente volvió a alinearse con la política oficial. Tal vez Stalin creyera que un partido dividido no podría llevar a cabo las maniobras necesarias contra el gobierno provisional. De cualquier modo, volvió con la mejor disposición al Comité Central el 21 de octubre. Stalin, y no Trotski, diseñó la agenda para el inminente II Congreso de los Soviets. Su plan contemplaba que Lenin hablara de «tierra, guerra y poder»; Miliutin, del control obrero; Trotski, de «la situación actual» y él mismo, de «la cuestión nacional»[15].

En ese mismo encuentro del Comité Central Stalin fue incluido en la lista de los diez miembros comisionados para reforzar el Comité Ejecutivo del Soviet de Petrogrado. Estaba en el centro de las operaciones políticas[16]. Ya pertenecía al Comité Militar Revolucionario. También tenía una gran influencia en el Comité Central del partido y, pese a sus contratiempos con Zinóviev, estaba entre los dirigentes mejor considerados.

El gobierno provisional fue el primero en actuar. En la mañana del 24 de octubre, bajo las órdenes de Kerenski, las tropas irrumpieron en los locales de *Soldat* y *Rabochii put*, rompieron algunas máquinas y se incautaron de equipamiento. Stalin estaba presente. Observaba detenidamente cómo requisaban la edición que había enviado á la imprenta mientras un guardia armado custodiaba la puerta. No pudo haberle

sorprendido que Kerenski tomara esas medidas. Su anónimo editorial afirmaba[17]:

> El actual gobierno de terratenientes y capitalistas debe ser reemplazado por un nuevo gobierno, un gobierno de obreros y campesinos.
>
> El actual seudogobierno que no fue elegido por el pueblo y que no rinde cuentas ante él, debe ser reemplazado por un gobierno reconocido por el pueblo, elegido por representantes de los obreros, soldados y campesinos y que rinda cuentas ante sus representados.
>
> El gobierno de Kishkín-Konoválov debe ser reemplazado por un gobierno de soviets de diputados de obreros, soldados y campesinos.

Kishkín era ministro del Interior y Konoválov, ministro de Industria. Stalin recomendaba a los lectores del periódico «organizar sus mítines y elegir sus delegaciones», y terminaba con la invocación: «Si todos actuáis con firmeza y constancia, nadie se atreverá a oponerse a la voluntad del pueblo»[18]. El llamamiento a la revolución era obvio, aunque Stalin, con sentido pragmático, eludía nombrarla directamente.

Presumiblemente fueron sus obligaciones editoriales las que le impidieron asistir al Comité Central ese mismo día. Trotski también estaba ausente, pero esto no le impidió denigrar a Stalin acusándole de haber evitado participar en las decisiones y actividades relacionadas con la toma del poder[19]. Durante mucho tiempo circuló la opinión de que Stalin fue «el hombre que se perdió la revolución»[20]. Se creyó que la prueba estaba en las misiones encomendadas por el Comité Central a sus propios miembros. Aquí está la lista de asignaciones[21]:

> Bubnov — trenes
>
> Dzierzyñski — correos y telégrafos
>
> Miliutin — suministro de alimentos
>
> Podvoiski — vigilancia del gobierno provisional (sustituido por Sverdlov después de la protesta de Podvoiski)

Kamenev y Vínter — negociaciones con los Socialistas Revolucionarios de Izquierda (que constituían el ala más radicalizada del Partido de los Socialistas Revolucionarios)

Lómov y Noguín — información a Moscú

Trotski pensó que esto demostraba que Iósef Stalin ocupaba un lugar marginal en la histórica jornada que se había planeado.

Si su inclusión en la lista era fundamental, ¿por qué se omitía a Lenin y Trotski? Y, si el compromiso con la insurrección era un criterio para la selección, ¿por qué el Comité Central había designado a Kámenev? Lo que sucedía era que Lenin tenía que permanecer oculto y que Trotski estaba ocupado en el Comité Militar Revolucionario. Stalin, como editor de un periódico, también ejercía una labor muy absorbente, y esta labor no carecía de importancia. Tan pronto como tuvo tiempo, volvió al Instituto Smolny y se sumó a los camaradas dirigentes. Inmediatamente se le encomendó una tarea: se le envió con Trotski a informar a los delegados bolcheviques que habían llegado al edificio para el II Congreso de los Soviets. Stalin habló de la información que llegaba a las oficinas del Comité Central. Insistió en el apoyo de las fuerzas armadas a la insurrección, así como en la desorganización del gobierno provisional. Stalin y Trotski desempeñaron bien su tarea. El Comité Central reconocía la necesidad de extremar la sutileza táctica. Había que evitar un levantamiento prematuro y, a fin de ganar la aquiescencia de los social-revolucionarios de izquierdas, era sensato actuar como si cada medida que se tomara fuera un mero intento de defender los intereses de la revolución contra sus enemigos declarados[22].

La situación en Petrogrado fluctuaba peligrosamente. Las tropas avanzaban desde las afueras de la capital para ayudar al Comité Militar Revolucionario, que ya controlaba la oficina central de correos. Stalin confiaba en que se pudiera disponer de instalaciones para volver a poner en funcionamiento *Rabochiiput,* a pesar del ataque sufrido por el periódico a primera hora de ese día[23]. Todo dependería del equilibrio de las fuerzas que reuniesen al día siguiente el Comité Militar Revolucionario y el gobierno provisional. Kerenski se enfrentaba a un desafío decisivo.

Stalin volvió al apartamento de los Allilúev para pasar la noche. No había tiempo para juegos ni para contar cuentos. Estaba exhausto. Había cumplido con su obligación de forma más que satisfactoria. Anna Allilúeva le oyó decir: «Sí, todo está preparado. Mañana entramos en acción. Tenemos todos los distritos de la ciudad en nuestras manos. ¡Vamos a tomar el poder!»[24]. Se echó a descansar. Serían las últimas horas de sueño tranquilo de que disfrutaría durante varios días, pero no durmió mucho rato. Antes del amanecer del día 25 de octubre se convocó una reunión urgente del Comité Central y Stalin tenía que estar presente. Incluso los «esquiroles» Kámenev y Zinóviev asistieron. Las actas no sobrevivieron a la Revolución de octubre, pero seguramente la agenda estuvo dedicada a los aspectos prácticos de la toma del poder. La planificación militar estaba terminada y la discusión se centró en el nuevo gobierno revolucionario, su personal y sus decretos. Lenin se encargaría de esbozar los decretos sobre la tierra y la paz. Cuando llegara el momento, el Consejo de los Comisarios del Pueblo tenía que ser capaz de dejar claros sus propósitos[25].

El hecho de que a Stalin no se le pidiera que dirigiese ninguna acción armada ha perpetuado la leyenda de que no contaba para nada en el Comité Central. Esto implica pasar por alto que la reunión tenía un mayor alcance. El Comité Militar Revolucionario ya había tomado disposiciones sobre las guarniciones y la Guardia Roja. Las funciones de Stalin le habían impedido previamente tomar parte en esas actividades y habría sido una estupidez incluirlo en el último momento. Pero en la reunión también se deliberó sobre lo que iba a suceder cuando se declarara depuesto el gobierno provisional a última hora del día. Stalin tomó parte en las discusiones al amanecer. Entonces ya sabía que tendría que abordar una ingente tarea cuando se hiciera de día[26]. Crecía la expectación. Tanto él como sus camaradas del Comité Central comían y bebían mientras hablaban. Seguían consultándose unos a otros. Recibían a los mensajeros que llegaban de todo Petrogrado y enviaban a otros con diversos encargos. Aunque tenían los ojos enrojecidos por la falta de sueño, su concentración era máxima. Era la oportunidad de sus vidas. La Dictadura del Proletariado estaba a punto de ser proclamada y la revolución iba a extenderse por toda Rusia y pronto estallaría también en Europa.

Los hechos del 25 de octubre de 1917 fueron históricos desde cualquier punto de vista. Actuando mediante el Comité Militar Revolucionario del Soviet de Petrogrado, Trotski y otros dirigentes bolcheviques controlaban las guarniciones de la capital y dirigían a las tropas leales para tomar las oficinas de correos y telégrafos, las sedes del gobierno y el Palacio de Invierno. En la noche del 24 al 25, Lenin regresó al Instituto Smolny para retomar la dirección del Comité Central. Fue él quien, con paciencia y mediante órdenes, logró que los bolcheviques se mantuvieran firmes en los propósitos acordados. Había que tomar el poder sin demora. El Comité Militar Revolucionario se aseguró el control de importantes edificios de administración y comunicaciones por toda la capital. Mientras tanto, cientos de delegados se habían reunido para la apertura del II Congreso de Representantes de los Soviets de Obreros y Soldados. Ante la insistencia de Lenin, se adelantó el derrocamiento del gobierno provisional. Intuía que podría haber problemas en el Congreso si la toma del poder no se convertía en un *fait accompli* y continuó empujando a la acción a sus camaradas del Comité Central. El gobierno provisional ya no existía. Aunque los bolcheviques no tenían la mayoría absoluta en el Congreso, constituían con mucho el partido más grande —y los mencheviques y social-revolucionarios estaban tan molestos por los hechos ocurridos durante la noche que se marcharon—. El poder quedó cómodamente en manos del partido bolchevique.

Stalin no tuvo un papel visible. No habló en el Congreso. No dirigió el Comité Militar Revolucionario. No estuvo recorriendo Petrogrado. Aunque había apoyado la política revolucionaria en los meses anteriores, apenas se le vio en esa noche histórica. Como era su costumbre, cumplió con las tareas que tenía asignadas y no metió las narices en los asuntos de los demás. Aquí esta el testimonio de Fiódor Allilúev[27]:

> En los días de Octubre [de la toma del poder] el camarada Stalin no durmió durante cinco días. Muerto de cansancio, finalmente se quedó dormido en la silla ante su mesa. Lunacharski, completamente fascinado, se acercó de puntillas mientras dormía y

le dio un beso en la frente. El camarada Stalin se despertó y se rio jovialmente de A. V. Lunacharski durante un buen rato.

Tal jovialidad parece extraña sólo si se creen los mitos posteriores acerca de él. Cuando volvió de Siberia, sus allegados habían avisado de los rasgos desagradables de su carácter y éstos se habían discutido en la Conferencia del Partido en abril. Pero en los meses siguientes se había ganado una reputación mejor. Ni una sola vez se hizo notar por su mal humor, falta de sensibilidad o egocentrismo. Si algo había en su contra era que apoyaba en exceso a Lenin en la cuestión nacional.

Había realizado sus tareas —importantes tareas del partido— con diligencia y eficacia. Con Sverdlov había manejado el Comité Central en julio y agosto. Había editado el principal periódico del partido todo ese tiempo hasta la toma del poder en octubre. Desde abril había contribuido a ajustar pragmáticamente la política del partido a las demandas populares. Se sentía como en su propia casa en el ambiente de la Rusia revolucionaria y cuando volvió al apartamento de los Allilúev le recibieron con admiración. Escribió, editó, discutió y planificó con entusiasmo.

La composición de las nuevas autoridades revolucionarias reflejaban esto. El Consejo de Comisarios del Pueblo —o Sovnarkom en el acrónimo ruso— se dio a conocer el 26 de octubre. El título era idea de Lenin y Trotski. Lenin estaba encantado: «Es maravilloso: ¡tiene el terrible olor de la revolución!»[28]. Los bolcheviques querían evitar que se les asociara con la cultura política «capitalista», con todos sus gabinetes, ministerios y carteras. No habría un primer ministro, sino un presidente. Éste sería Lenin. El comisario del pueblo de Asuntos Exteriores sería Trotski. Rykov, Shliápnikov, Lunacharski, Miliutin y Noguín eran otros miembros del primer gobierno. Stalin también estaba en la lista. Su puesto era de creación reciente y no tenía precedentes en los gobiernos del Nicolás IT o de Kerenski. Iba a ser comisario del pueblo para Asuntos de las Nacionalidades. Aunque sus funciones y poderes estaban por delimitar, el objetivo básico era establecer una institución con miras a ganar a los no rusos del antiguo imperio para la causa del Sovnarkom. Cuando *Pravda* volvió a publicarse, Stalin fue relevado de la edición. Debía reservar todas

sus fuerzas para trabajar en el Comité Central, el Sovnarkom y su propio Comisariado del Pueblo. La posición de Stalin en el centro de la acción política revolucionaria quedaba confirmada.

Inicialmente Lenin había tenido la esperanza de compartir algunos puestos con los social-revolucionarios de izquierdas, que estaban impresionados por la decisión de los bolcheviques de imponer una reforma agraria inmediata en beneficio del campesinado. Pero las negociaciones se estancaron enseguida. Lenin tenía menos interés en formar una coalición con los mencheviques y los otros social-revolucionarios, pero muchos de los miembros del Comité Central no opinaban igual; en realidad, la mayoría de los bolcheviques de Petrogrado y de las provincias suponían que el derrocamiento del gobierno provisional se había llevado a cabo para establecer un gobierno revolucionario que reuniese a todos los partidos socialistas. Durante varios días el Comité Central bolchevique estableció conversaciones con ellos. Lenin y Trotski querían que fracasaran; y cuando esto efectivamente ocurrió, varios comisarios del pueblo expresaron su disgusto renunciando al Sovnarkom. Entre ellos estaban Rykov, Miliutin y Noguín. Todo esto sucedió en medio de una atmósfera de emergencia militar y política. El sindicato de ferroviarios, dirigido por los mencheviques, amenazó con una huelga hasta que no se formase una amplia coalición. Kerenski, que había escapado del Palacio de Invierno, reclutó una fuerza de cosacos y avanzó sobre Petrogrado. En las ciudades de provincias se producían conflictos armados cuando los bolcheviques que apoyaban al Sovnarkom se enfrentaban con sus adversarios.

Los ferroviarios no mostraron finalmente la determinación necesaria y Kerenski fue derrotado en los Altos de Pulkovo. El fracaso de las conversaciones para formar una coalición, por más que haya que culparle a él mismo, dio a Lenin el pretexto para consolidar un gobierno central íntegramente bolchevique. En noviembre, los social-revolucionarios de izquierdas reconocieron la situación y acordaron unirse al Sovnarkom como los socios menores de una coalisión bipartidista. Lenin empezó a ver a Stalin como una figura cada vez más brillante. Stalin nunca flaqueó. Lenin le pidió que explicara la línea oficial del partido a los bolcheviques que habían llegado a Petrogrado para el II Congreso de los Soviets[29]. También

le hizo participar en la firma de los decretos del Sovnarkom que confirmaban la clausura de los periódicos hostiles al gobierno revolucionario[30]. Stalin había desoído los llamamientos a abandonar el Sovnarkom cuando los bolcheviques monopolizaron el poder. Individuos como él no abundaban en el Comité Central bolchevique. Lenin necesitaba de todos los talentos disponibles y, decidido a dominar el Sovnarkom, le parecía conveniente contar con Stalin, entre otros, como contrapeso del carismático Trotski.

COMISARIO DEL PUEBLO

El decreto que anunciaba su designación como comisario del pueblo para Asuntos de las Nacionalidades presenta el apellido de Duzhghashvili-Stalin. La publicidad del decreto gratificaba a un hombre todavía desconocido para la mayoría de los ciudadanos. Lenin y Trotski eran las figuras relevantes en el Sovnarkom y en el Comité Central bolchevique; Zinóviev, Kámenev, Bujarin y Lunacharski también eran famosos. A pesar de la reciente importancia que había logrado, sin embargo Stalin siguió trabajando a la sombra de los otros dirigentes. Fiódor Allilúev, que fue su primer asistente personal, recordaría que[1]:

> En aquellos días sólo conocía de verdad al camarada Stalin un reducido círculo de gente que había entrado en contacto con él en el trabajo político de base o que había logrado —después de Octubre (de 1917)— distinguir el auténtico trabajo y la auténtica devoción a la causa de la charlatanería, el ruido, el balbuceo sin sentido y la jactancia individual.

Stalin se daba cuenta de que otros habían cosechado mayores elogios entre las revoluciones de febrero y octubre. Admitía que no era muy buen orador, pero lo convirtió en un bisturí para segar a sus rivales. En su opinión, no alardeó ni intentó sobresalir, sino que se concentró en las cuestiones prácticas[2]. Pero a Stalin le gustaba decir tales cosas de sí mismo más que oírlas de boca de otros, de modo que los escritos de Fiódor fueron relegados a los archivos de documentos inéditos.

Stalin necesitaba de su astucia. La institución que regía no sólo carecía de personal suficiente, sino que ni siquiera disponía de financiación ni oficinas propias. Su equipo tenía que trabajar en las habitaciones del Instituto Smolny a la espera de un lugar más espacioso. Los fondos escaseaban porque todos los trabajadores de la banca estaban en huelga. Stalin envió a su ayudante Stanisíaw Pestkowski para solicitar una subvención a Trotski, que había tomado posesión de los depósitos de la caja principal del antiguo Ministerio de Asuntos Exteriores. Cuando finalmente Stalin y Pestkowski embargaron un edificio adecuado, clavaron una enérgica nota en la pared para reclamarlo como sede del Comisariado del Pueblo para Asuntos de las Nacionalidades[3].

Las cosas no fueron mejor después de que el gobierno soviético se trasladase a Moscú en marzo de 1918 para alejarse del alcance de la inmediata amenaza militar alemana. Se asignaron oficinas al Comisariado del Pueblo en dos edificios separados que estaban en calles diferentes, pese a las protestas de Stalin. Consideró la medida desesperada de adueñarse del Gran Hotel Siberiano en la calle Zlatoústinskaia. Pero el Consejo Supremo de Economía del Pueblo, encabezado por Nicolái Osinski, ya se lo había apropiado. Stalin y Pestkowski no se dieron por vencidos. Arrancaron el cartel de Osinski y pusieron el suyo. Alumbrándose con cerillas, entraron en el edificio por la parte de atrás. Pero Osinski se quejó al Sovnarkom y Stalin tuvo que abandonar el edificio. «Fue uno de los pocos casos —recordaba Pestkowski— en que Stalin sufriera una derrota»[4]. Más difícil todavía era reunir personal. La mayoría de los militantes bolcheviques no quería saber nada de un organismo cuyas competencias implicaban hacer concesiones a las sensibilidades nacionales —incluso a Pestkowski le disgustaba que se le hubiese asignado a él—[5]. Stalin empezó a confiar cada vez más en la familia Allilúev y le pidió a la hermana menor de Fiódor, Nadia, que fuera su secretaria[6]. De un día para otro ella pasó de ser una alumna aburrida de las lecciones del gimnasio[7] a convertirse en empleada del gobierno revolucionario.

La vaguedad de la política del partido seguía siendo un problema. Aunque se habían declarado los objetivos de los bolcheviques, nunca se habían formulado medidas concretas. Stalin tuvo que ocuparse por su

cuenta de organizar la puesta en práctica detallada de la política relativa a la cuestión nacional. Para llevar a cabo esta tarea contaba con la gran ventaja de que disfrutaba de la confianza de Lenin. Cuando Lenin se fue de vacaciones a Finlandia a finales de 1917, las relaciones del gobierno con la autoridad regional ucraniana —la Rada— eran extremadamente tensas. El general Kaledin estaba reuniendo y entrenando una fuerza contrarrevolucionaria en el sur de Rusia. El sur del Cáucaso era un hervidero. Los movimientos revolucionarios de Estonia requerían atención. Algunos dirigentes bolcheviques estuvieron a la altura de las funciones que se les habían asignado en el Sovnarkom; otros no pudieron hacerles frente o echaron a perder sus tareas. Stalin cumplió con sus responsabilidades.

Por supuesto, Lenin era quien encabezaba la directiva colectiva bolchevique. Incluso Trotski estaba a su sombra. Sin resentimiento, Stalin reconocía que Lenin era la pieza central de la maquinaria gubernamental y el 27 de diciembre le envió una petición urgente de que volviera de sus vacaciones en Finlandia para ayudar en Petrogrado[8]. Lenin insistió en que Stalin se las arreglase solo y continuó sus breves vacaciones con su esposa Nadezhda y su hermana María. Stalin continuó reafirmando los objetivos que Lenin y él habían sostenido antes de la Revolución de octubre. Debía haber autodeterminación nacional para todos los pueblos del antiguo Imperio ruso. Era necesario asegurarles que no se concertarían privilegios para los rusos. Cada pueblo tendría el derecho y los recursos para desarrollar su propia cultura, establecer escuelas donde se empleara su propia lengua y controlar su propia prensa. Se garantizaría la libertad de creencias religiosas y de organización (con la excepción de que las iglesias, mezquitas y sinagogas perderían sus extensas propiedades de tierra). Habría una administración regional propia para aquellos grupos nacionales y étnicos que estuvieran concentrados en un área en particular. Apenas se mencionaba a los rusos como pueblo. Se declaraba el fin de la era del imperio.

Con estas promesas extraordinarias Lenin y Stalin se proponían evitar que los no rusos sospecharan que iban a ser objeto de discriminación por parte de los bolcheviques. Al ofrecer el derecho a la secesión, el Sovnarkom trataba de convencer a los no rusos de que el estado revolucionario trataría a

todos los grupos nacionales y étnicos por igual. Se tenían firmes esperanzas en que la consecuencia fuese que las demás naciones creyesen que podían confiar en los rusos. El enorme estado multinacional se iba a conservar de una forma nueva y revolucionaria.

Hubo excepciones a este modelo. Siguiendo el precedente del gobierno provisional, Lenin y Stalin aceptaron la independencia polaca. Habría sido poco inteligente actuar de otro modo. Toda Polonia estaba bajo dominio alemán y austríaco. El Sovnarkom estaba reconociendo un *fait accompli;* también estaba tratando de establecer que, mientras que las potencias centrales habían sojuzgado a los polacos, el gobierno revolucionario de Petrogrado favorecía su liberación política y económica. Una posesión de los Románov constituyó una prueba fehaciente de tal compromiso: Finlandia. Las relaciones entre los marxistas rusos y finlandeses siempre habían sido buenas, y los bolcheviques se habían beneficiado de los refugios seguros que los finlandeses les habían proporcionado. El partido bolchevique había apoyado la firme movilización de la opinión popular finlandesa a favor de una campaña por una autonomía total del gobierno ruso. La independencia absoluta no se reclamaba demasiado. Y, sin embargo, Lenin y Stalin, para sorpresa del mundo entero, animaron a los finlandeses a adoptar esta postura. Una delegación de ministros finlandeses fue invitada a la capital rusa y se firmó una declaración formal de secesión el 23 de noviembre (o 6 de diciembre, según el calendario gregoriano adoptado por el Sovnarkom a principios de 1918). Esta política no tenía paralelos en la historia. Lo que había sido un poder imperial insistía ahora en que una de las regiones dependientes, le gustara o no, debía quedar fuera de su dominio.

Los motivos de Lenin y Stalin eran menos indulgentes de lo que podría parecer. Ambos tenían la sensación de que los marxistas finlandeses lograrían aprovechar la excelente oportunidad de dominar una Finlandia independiente. Esto permitiría a los bolcheviques y a sus camaradas de Finlandia retomar sus estrechos lazos operativos y, finalmente, incluir nuevamente a Finlandia en el estado multinacional gobernado desde Petrogrado. Había otro aspecto más en la política del Sovnarkom: el cálculo de que una sola acta de secesión del antiguo Imperio ruso constituiría una

magnífica propaganda a favor de la revolución socialista en todas partes, en especial en Europa central y del Este.

Lenin y Stalin también empezaron a modificar sus ideas a fin de incrementar la popularidad del partido en las regiones habitadas principalmente por pueblos que no eran rusos. Dejando de lado viejos argumentos bolcheviques, empezaron a defender la causa federalista. Se resistían a explicar lo que querían decir con federalismo. Sus enemigos señalaban que la nueva política no encajaba con el permanente compromiso del bolchevismo con el centralismo y la dictadura; pero ni Lenin ni Stalin se preocupaban por las críticas: habían llegado a la conclusión de que si los bolcheviques querían extender su autoridad en las regiones fronterizas del antiguo Imperio ruso, tenían que defender el federalismo. El viejo amigo de Gori de Stalin, Davrishevi, social-federalista, siempre había querido que el Imperio ruso se transformara en una federación socialista. En realidad Lenin y Stalin no habían adoptado los principios federalistas. No tenían intención de convertir a Ucrania, Georgia y otras naciones en miembros iguales de una unión federal. Pero querían que su propaganda tuviera efecto y estaban dispuestos a cambiar la terminología. El control central sobre las «regiones fronterizas» seguía siendo indispensable. Básicamente, Lenin y Stalin esperaban seducirlos y colocarlos de nuevo bajo el dominio de la capital rusa. Podían hurtar consignas pero sus propias ideas y propósitos fundamentales seguían intactos.

Como el área bajo control soviético se extendía, al menos en las ciudades, el Comisariado del Pueblo para Asuntos de las Nacionalidades adquirió una importancia adicional. Stalin presidía las reuniones cuando sus otras obligaciones en el gobierno y en el partido no se lo impedían, y autorizaba a Stanisíaw Pestkowski y a Iván Tovstuja a dirigir los asuntos en su ausencia. En el Comisariado del Pueblo se fundaron muchos departamentos encargados de las distintas nacionalidades. El enérgico liderazgo de Stalin superó los problemas iniciales y las provincias comenzaron a experimentar los resultados en los primeros meses de 1918. Dispensó fondos a grupos nacionales y étnicos para que crearan periódicos en sus propias lenguas. Lo mismo se hizo con las escuelas. Esta tendencia había comenzado bajo el gobierno provisional; los bolcheviques la

reforzaron con vigor y la colocaron en el núcleo de su propaganda. Se creó un periódico central, *Zhizn natsionalnostei* («La vida de las nacionalidades»), para difundir el mensaje en aquellas partes del país donde la presencia bolchevique era débil. Se desarrolló un plan para garantizar la administración local a las naciones que constituían una mayoría en cualquier región, y Stalin esperaba fundar una república tártaro-bashkiria a orillas del Volga. Se tomó muchas molestias en apoyo del Comité Central para demostrar que se estaba construyendo un estado verdaderamente internacionalista[9].

Otros bolcheviques se presentaron como representantes de los intereses de las naciones a las que pertenecían[10]. Pero sus miembros fluctuaban y las sesiones eran caóticas. A menudo los designados eran recién llegados al Partido. Con frecuencia los departamentos no lograban cooperar entre sí. Pronto se reconoció que los funcionarios podrían usar el Comisariado del Pueblo para impulsar los intereses de sus naciones con mucha más fuerza de la que había previsto el Sovnarkom[11].

Existía el peligro de que las cosas se les fueran de las manos. Stalin lo descubrió enseguida. Un brillante joven tártaro llamado Sultán-Galíev ingresó en el partido en noviembre de 1917. Como escritor y orador elocuente, era un obvio candidato a ser reclutado para el Comisariado del Pueblo. Sultán-Galíev estaba ansioso por alzar la bandera de la revolución entre los mulsulmanes en general. Lamentablemente, resultó ser difícil de contener. Como comisario de Asuntos Musulmanes en el interior de Rusia sus iniciativas rápidamente molestaron a otros miembros del Comisariado del Pueblo para Asuntos de las Nacionalidades y se cuestionó su lealtad al bolchevismo[12]. En realidad, su campaña para difundir el socialismo entre los creyentes musulmanes le llevó finalmente a proponer una república panturca fuera del control del Sovnarkom (fue arrestado en 1923 y ejecutado durante el Gran Terror). Aunque Sultán-Galíev suponía una notable fuente de problemas para los bolcheviques, no era el único miembro del partido al que se consideraba excesivamente tolerante con el nacionalismo y la religión. Stalin y Lenin se habían arriesgado al insistir en atraer a los no rusos al bolchevismo por medio de distintas concesiones. En 1917 se les había criticado en la Conferencia del Partido de abril; y entre

1918 y 1919 las dificultades para llevar a cabo esa política ya eran manifiestas. El trabajo en el Comisariado del Pueblo era muy difícil.

Stalin no se arredró. En el III Congreso de los Soviets, en enero de 1918, se tomó muy en serio la proclama gubernamental del «derecho de todos los pueblos a la autodeterminación mediante la completa secesión de Rusia». Comparó favorablemente la política nacional del Sovnarkom con las «medidas represivas» del gobierno provisional. Según Stalin, esos conflictos tal como habían aparecido desde la Revolución de octubre surgían de enfrentamientos relacionados con la clase y el poder y no con la nacionalidad[13]. En cualquier caso, su actitud fue condenada por los social-revolucionarios por estar «imbuida de poder centralizado». Stalin no cedió: dijo que el país afrontaba una elección entre «la contrarrevolución nacionalista de un lado y el poder soviético del otro»[14].

Su capacidad para hacer frente a los dirigentes de otros partidos, así como su experiencia editorial y su conocimiento de la cuestión nacional convertían a Stalin —junto con Sverdlov— en la persona idónea para presidir las sesiones de la comisión que estaba redactando el borrador de la Constitución de la República Soviética Federal Socialista Rusa (o RSFSR). No se habían considerado las cuestiones específicas antes de la Revolución de octubre. Incluso los principios generales no habían quedado del todo claros: Lenin y Stalin habían abogado por el federalismo al mismo tiempo que eludían definir con exactitud sus implicaciones. Sin que los fanáticos de su Comisariado del Pueblo para Asuntos de las Nacionalidades pudieran oírlo, Stalin admitió que muchos grupos no rusos no reclamaban en absoluto la autonomía: Rusia no estaba amenazada por un estallido nacionalista. Stalin reconoció que incluso los tártaros y los bashkires, a quienes quería garantizar una república autónoma, estaban mostrando una «completa indiferencia». Por lo tanto, deseaba evitar que se especificasen en la Constitución los aspectos concernientes a lo nacional mientras persistiera esta situación[15]. Sin embargo, estaba claro que había que incorporar algo si se quería ganar a los no rusos, y Sverdlov y Stalin insistieron en ello a pesar de la fuerte oposición de la izquierda bolchevique[16]. Los bolcheviques tenían que ser pragmáticos a la hora de

difundir el poder y la ideología de la revolución. La cuestión nacional les ofrecía una oportunidad de ganar adeptos para el socialismo.

Esto no salvó a Stalin de sufrir ataques personales. Los social-revolucionarios de izquierdas tenían representantes en la comisión, y no se privaron de hacerle críticas. A. Shréider le objetó que no se había comprometido por principio con los derechos nacionales y que usaba una retórica federalista para disfrazar un propósito imperialista. Según afirmaba, la política oficial bolchevique se diferenciaba muy poco de las medidas adoptadas por Nicolás II[17]:

> Las estructuras propuestas por Stalin son una típica construcción imperialista; él es un típico *kulak* [campesino rico] que declara con descaro que no lo es. El camarada Stalin se ha acostumbrado tanto a esa postura que incluso ha asimilado a la perfección la jerga imperialista: «Ellos nos suplican y nosotros les damos garantías». Y desde luego —según Stalin— ¡si ellos no piden, entonces no les damos nada!

Esto era una calumnia, ya que Stalin estaba ofreciendo la autonomía incluso a los grupos nacionales que no la reclamaban. No es difícil imaginar cuál fue el destino de Shréider en los años posteriores. Stalin no solía olvidar nada. Como principal perseguidor de los kulaks desde finales de la década de los veinte, no le agradaba en absoluto que se le comparara con un kulak ni con ningún otro «enemigo del pueblo»; y nunca perdonaba una afrenta.

Su hipersensibilidad quedó clara en marzo de 1918. El líder menchevique Yuli Mártov publicó un artículo sobre los pecados cometidos por los bolcheviques en el pasado, donde mencionaba que Stalin había sido expulsado de la organización de su propio partido antes de la Gran Guerra por haber organizado robos de bancos a mano armada. Stalin acusó a Mártov de difamación ante el Tribunal Revolucionario de Moscú[18]. El que Stalin emplease tanta energía en tratar de refutar la acusación de Mártov era un signo de su permanente sentimiento de inseguridad en la cúspide de la política. Tenía un sentido georgiano del honor personal y, en realidad, lo tenía en forma un tanto exagerada. Mártov había manchado su reputación.

Stalin logró limpiar su nombre ante un tribunal bolchevique (cabe notar que Stalin no negó haber estado involucrado en la organización de los robos: no se la jugó arriesgándose a que Mártov pudiera convocar a testigos)[19]. El Tribunal Revolucionario de Moscú falló a favor de Stalin, pero no antes de que Mártov sacara a la luz otros episodios comprometedores de su pasado. Mencionó que los camaradas de la prisión de Bakú habían juzgado a Stalin por su participación en la campaña de robos; Isidor Ramishvili fue convocado como testigo. Mártov también trajo a colación la historia de que Stalin había golpeado a un trabajador casi hasta matarle[20].

El proceso por difamación constituyó una reacción desmesurada por parte de un hombre demasiado susceptible. Si Stalin no hubiese armado tanto alboroto, casi nadie se hubiese enterado de lo que Mártov había escrito. El resentimiento de Stalin no concluyó con el final del juicio. Cuando en 1922 Lenin le pidió que enviara fondos a Berlín para la atención médica de Mártov, ya agonizante, Stalin lo rechazó de plano: «¿Qué, vamos a gastar dinero en un enemigo de la clase obrera? ¡Búsquese otro secretario para eso!»[21].

Éste no fue el único aspecto de su vida privada que salió a la luz en esos meses. Cuando se debatían las cuestiones nacionales y las estructuras administrativas en la comisión constitucional, declaró con energía: «¡Los judíos no son una nación!». Stalin sostenía que no podía existir una nación sin un territorio definido donde su pueblo constituyera la mayoría de los habitantes. Ésta había sido siempre su opinión[22], y desechaba la posibilidad de garantizar a los judíos «una república regional autónoma», tal como él mismo proponía para otros pueblos[23]. ¿Prueba esto que odiaba a los judíos por el hecho de ser judíos? Stalin difería de Lenin en tanto que él nunca —ni una sola vez— hablaba de la necesidad de evitar impulsos antisemitas. Sin embargo, su Comisariado del Pueblo para Asuntos de las Nacionalidades tenía su propia sección judía y había fundado periódicos en yiddish, clubes y grupos folclóricos. Muchos judíos pertenecieron a su entorno durante las dos décadas siguientes. En gran medida, él simplemente se adhería a una versión dogmática del marxismo. Pero probablemente hubiera algo más. No es posible probar nada, pero quizás se sintiera molesto al tener que tratar con judíos porque no era fácil ejercer sobre ellos

el control administrativo sobre una simple base territorial —y además Stalin rivalizaba de forma creciente con varios líderes del partido de origen judío: Trotsky, Kámenev y Zinóviev.

De cualquier modo, los registros de la comisión apenas si se refieren a Lenin. Los asuntos se debatieron según su importancia dentro del marco ideológico de los bolcheviques y de los social-revolucionarios de izquierdas. Stalin se representó a sí mismo. En realidad, fue el social-revolucionario de izquierdas M. A. Reisner quien invocó el nombre de Lenin. Su objeción era que el proyecto de Stalin reflejaba las tendencias «anárquicas» contenidas en la reciente publicación de Lenin *El Estado y la revolución*. La respuesta de Stalin fue claramente desdeñosa[24]: «Aquí se menciona al camarada Lenin. He tomado la decisión de permitirme hacer notar que Lenin, en tanto que yo sé —y lo sé muy bien— dijo que ¡el proyecto [del propio Reisner] no sirve!». El resto de la comisión estuvo de acuerdo y aceptó el borrador de Stalin con su defensa de las unidades administrativas territoriales-nacionales[25]. La propuesta de su colega Sverdlov fue desechada en favor de la de Stalin[26]. Sverdlov había sido la persona con más responsabilidad en el diseño de las estructuras administrativas generales de la república soviética después de la Revolución de octubre, por lo que ésta fue otra señal de la creciente importancia de Stalin entre los bolcheviques, y su conocimiento acerca de la cuestión nacional le ofrecía un trampolín que le permitiría subir más y más arriba.

Si era un bolchevique un tanto moderado en cuanto a la cuestión nacional, sin embargo, constantemente sostenía posiciones extremas en defensa del uso de la violencia por parte del Estado y en defensa de la dictadura. Stalin estaba convencido de que había que aplicar medidas severas contra los enemigos del Sovnarkom. Se expresaba de un modo apocalíptico: «Definitivamente debemos derribar de un golpe a los kadetes ahora mismo, de otro modo serán ellos los que nos derriben de un golpe, ya que son ellos los que han abierto fuego contra nosotros»[27]. La violencia, la dictadura y el centralismo apenas se habían adormecido en la mentalidad política rusa —y muchos conservadores, liberales y socialdemócratas ya habían empezando a pensar que se habían equivocado al atacar los principios de los derechos civiles universales, el gradualismo y la

democracia después de la Revolución de febrero—. El bolchevismo nunca había traído aparejado un legado de inhibición semejante. Normalmente se podía persuadir a los bolcheviques partidarios de una revolución moderada para que aceptaran el autoritarismo. No había necesidad de persuadir a Stalin.

Los bolcheviques siempre habían hablado con normalidad del terror y de su utilidad para una administración revolucionaria. Pero hasta que no llegaron al poder no estuvo claro en qué medida estaban dispuestos a recurrir a él. Si había algunas dudas acerca de esto, Lenin y Trotski rápidamente las disiparon en las semanas posteriores al derrocamiento del gobierno provisional. Lenin estableció una Comisión Extraordinaria para la Lucha contra la Contrarrevolución y el Sabotaje (Cheka según el acrónimo ruso), y se aseguró de que permaneciera bajo la supervisión regular del Sovnarkom. En los años siguientes apoyó casi todas las demandas de Félix Dzierzyñski y otros dirigentes de la Cheka solicitando permiso para extender la aplicación de métodos de terror estatal. No todos los dirigentes bolcheviques aprobaban este desarrollo. Kámenev a la derecha y Bujarin a la izquierda de la dirección en ascenso del partido insistían en que la violencia debía ser empleada sobre una base más predecible y su alcance debía ser reducido. Stalin nunca fue uno de ellos. El terror le atraía como a una abeja una flor perfumada. Ni una vez había emitido una opinión sobre el tema antes de la Revolución de octubre de 1917, si bien su preferencia por la violencia estatal arbitraria era cada vez más evidente. Cuando los bolcheviques de Estonia le telegrafiaron consultándole sobre la erradicación de «contrarrevolucionarios y traidores», les contestó con vehemente aprobación: «La idea de un campo de concentración es excelente»[28].

La concepción del terrorismo de Estado ya se había instalado en su estructura mental como un elemento permanente. Resultaba atractivo para su ruda personalidad. Pero la atracción no era meramente psicológica, sino que también estaba basada en la observación y en la ideología. Stalin y otros bolcheviques habían crecido en una época en que las grandes potencias mundiales habían usado el terror contra los pueblos conquistados y, aunque el terror era excluido como método, estas potencias no habían tenido escrúpulos en sostener guerras con un elevado coste de vidas

humanas. Con estos medios habían extendido un sistema económico superior por todo el mundo. Este sistema había sido defendido mediante el abuso de autoridad. Los pueblos colonizados lo habían sufrido. Las clases trabajadoras de las mismas potencias imperiales eran explotadas y oprimidas. La Gran Guerra había empobrecido a la mayoría y enriquecido a unos pocos. Para Stalin, la cuestión fundamental era que la violencia había sido un arma efectiva para el capitalismo y que tenía que ser adoptada por el estado revolucionario soviético para sus propios fines. Después de haber llegado al poder en Rusia, los bolcheviques tenían que ser realistas. La dirección bolchevique pensaba que la Comuna de París de 1871 había fracasado por falta de crueldad. Los bolcheviques no iban a cometer el mismo error. Aunque habían esperado que su revolución fuera más sencilla de lo que resultó ser, siempre habían estado dispuestos a combatir el fuego con el fuego. Stalin no necesitaba que nadie le persuadiera de esto.

Con todo, el ámbito en que Lenin apreciaba más a Stalin era la política exterior. Hacia el año nuevo, Lenin y Trotski se dieron cuenta de que carecían de las fuerzas armadas necesarias para llevar el socialismo a Europa central mediante la «guerra revolucionaria». Pero mientras que Trotski deseaba adherirse al compromiso del partido con la guerra revolucionaria, Lenin concluyó que había que cambiar de política. Cuando Alemania y Austria-Hungría enviaron un ultimátum al Sovnarkom, Lenin insistió al Comité Central bolchevique en que firmara la paz por separado. La mayoría de los miembros del Comité Central —así como todo el Partido Social-revolucionario de Izquierdas— rechazaron su argumentación de que lo prioritario debía ser la preservación del estado soviético. Para ellos, una paz por separado implicaría una traición a los ideales internacionalistas. Era mejor seguir luchando por la revolución socialista europea que pactar con los gobiernos capitalistas ladrones de las potencias centrales.

Stalin siempre había sido escéptico acerca del pronóstico de una revolución inminente en el resto de Europa y, por lo tanto, el que los proletariados de todas partes de Europa no se alzaran contra sus gobiernos no le sorprendió. La propensión al compromiso estratégico y táctico que siempre había mostrado en los asuntos internos del partido se aplicaba ahora a la política del estado revolucionario. Si las potencias centrales no

podían ser derrocadas por la revolución ni derrotadas en la guerra, la alternativa más sensata era firmar la paz con ellas. De hecho, ésta ya era la opinión de Lenin, cuya reputación de conciliador en las disputas internas del partido era menor que la de Stalin, pero que siempre había insistido en la necesidad de tener un margen de maniobra en el campo más amplio de la política. Sverdlov, Kámenev, Zinóviev y algunos otros miembros del Comité Central se alinearon hombro a hombro con Lenin. Pero la votación del Comité Central les fue muy desfavorable en la discusión preliminar del 11 de enero de 1918. Quien ganó ese día fue Trotski, que abogaba por una política basada en la siguiente fórmula: «Estamos parando la guerra, no estamos firmando la paz, estamos desmovilizando al ejército». Sugería que esto tenía el mérito de evitar un compromiso intolerable con las fuerzas del imperialismo internacional[29].

Lenin mantuvo su posición sin hacer referencias personales en su crítica. Stalin se contuvo menos. Como a la mayoría de los otros dirigentes bolcheviques, le disgustaba Trotski y desconfiaba de él, y en la misma reunión expresó sus sentimientos[30]:

> La posición del camarada Trotski no es una posición en absoluto. No hay movimiento revolucionario en Occidente: los hechos no existen y sólo hay posibilidades —y no podemos actuar sobre la base de lo meramente posible—. Si los alemanes inician un ataque, esto reforzaría la contrarrevolución aquí [en Rusia]. Alemania podrá atacar, ya que posee sus propios ejércitos kornilovitas, su guardia. En octubre hablábamos de nuestra «cruzada» porque nos habían dicho que la mera mención de la palabra «paz» desataría la revolución en Occidente. Pero esta suposición ha resultado ser injustificada.

Este fue el primer hito de un enfrentamiento político que terminó sólo en agosto de 1940, cuando el agente soviético Ramón Mercader clavó un piolet en el cráneo de Trotski en Coyoacán, México.

Aun así, la afirmación de Stalin en apoyo suyo irritó a Lenin. Objetó al comentario que no existía en Occidente «un movimiento de masas» y dijo

que los bolcheviques serían «traidores al socialismo internacional si cambiaban [sus] tácticas a causa de esto». Lenin quería asegurar a los que sostenían la necesidad de una guerra revolucionaria que, si alguna vez parecía que una ruptura de las conversaciones de paz iba a servir para llevar a la clase obrera alemana a la revolución, entonces «tendremos que sacrificarnos, ya que la revolución alemana forzosamente será mucho más poderosa que la nuestra»[31]. No era tanto como lo que Stalin había dicho acerca de que las iniciativas revolucionarias eran imposibles en Occidente. Tampoco era lo que había sostenido en 1917[32]. Incluso se mostraba renuente a apostar por la «revolución socialista europea» —y para Lenin este era un compromiso muy ligado a la estrategia revolucionaria que había elaborado en el partido antes de octubre de 1917—. Estas tensiones no importaban mucho en este momento. Lenin necesitaba todo el apoyo que pudiera obtener. Una y otra vez en los días siguientes Stalin votó a favor de Lenin[33]. Su postura siempre era que los bolcheviques necesitaban ser prácticos: no podían derrotar militarmente a los alemanes y el estado soviético recién nacido se desplomaría a menos que se firmara una paz por separado con las potencias centrales.

Estaba tan deseperado como Lenín. El 18 de febrero de 1918 protestó ante el Comité Central: «La cuestión formal es superflua. Hay que pronunciarse directamente sobre la esencia del asunto; los alemanes nos atacan, nosotros no tenemos fuerzas suficientes; ¡es hora de decir con todas las letras que deben retomarse las negociaciones!»[34]. Se daba cuenta perfectamente del poder militar del enemigo: «No tienen más que abrir su fuego huracanado durante cinco minutos y no nos quedará ni un soldado en pie en el frente. Debemos poner fin a esta insensatez»[35]. El 23 de febrero insistió: «La cuestión es esta: o la derrota de nuestra revolución y el fin de la revolución en Europa o nos damos un respiro que nos permita fortalecernos. Esto no es retrasar la revolución en Occidente. Si se da el caso de que carecemos de los medios para detener un ataque alemán por medio de las armas, debemos usar otros métodos. Si Petrogrado tiene que rendirse, esto no significa una derrota total ni que nuestra revolución se eche a perder. No hay otro camino: o nos damos un respiro o de otro modo será la muerte de la revolución»[36].

Los leninistas no obtuvieron una mayoría en el Comité Central hasta el 23 de febrero. Para entonces las condiciones alemanas se habían endurecido. La paz por separado requeriría que el Sovnarkom no reclamara su soberanía sobre los territorios fronterizos occidentales del antiguo Imperio ruso. Era, según la frase de Lenin, una paz obscena. Debía permitirse que Ucrania, Lituania, Letonia y Estonia cayeran en las garras de las potencias centrales. Había que renunciar bajo juramento a la mitad de los recursos humanos, industriales y agrícolas de los dominios de Nicolás II en la pequeña ciudad de Brest-Litovsk, en el frente, si el Sovnarkom deseaba evitar ser derrocado por los alemanes. Ningún otro partido político de Rusia accedería a tales condiciones. El Partido Socialrevolucionario de Izquierdas, ya disgustado por las expropiaciones forzosas del grano producido por los campesinos, abandonó la coalición del Sovnarkom y organizó un fallido *coup d’état* contra los bolcheviques en julio de 1918. Con todo, Lenin y sus seguidores siguieron impulsando la estrategia elegida. El Tratado de Brest-Litovsk se firmó el 3 de marzo de 1918. Para Lenin la paz brindaba «un respiro» a los bolcheviques para fortalecerse y expandir la revolución en su propio país y para preparar la guerra revolucionaria en Europa central que hasta ahora había sido imposible de llevar a la práctica. Comenzó a formarse un Ejército Rojo y Trotski, que había condenado la paz por separado, estuvo de acuerdo en convertirse en comisario del pueblo para Asuntos Militares. Otros bolcheviques que se habían opuesto al tratado se retiraron del Comité Central y del Sovnarkom.

Las funciones de Stalin en la primavera de 1918 confirmaron su elevada posición en la dirección en ascenso del partido. En los asuntos internos y externos había apoyado a Lenin. No lo había hecho de forma servil. En la discusión sobre Brest-Litovsk había enfocado la cuestión desde un ángulo diferente al de Lenin y, en contra del estereotipo convencional que existe sobre él, esto siguió siendo así después de la firma del tratado. Cuando los ejércitos alemanes sobrepasaron la línea de demarcación entre Rusia y Ucrania acordada en mayo, él reconsideró todo el tratado de paz. A diferencia de Lenin, sugirió que se reanudaran las hostilidades. Expuso su postura ante el Comité Central y el Sovnarkom[37]. Pero Lenin ganó el debate sin el apoyo de Stalin y la disensión que había entre ellos

desapareció. A la luz de los hechos futuros, Lenin debió de haber aprendido de ese episodio que su comisario del pueblo para Asuntos de las Nacionalidades era un político que conocía su propia valía y que estaba decidido a hacerse valer. Stalin peleó por su espacio en el Comité Central y dominó su Comisariado del Pueblo. Su competencia y capacidad de adaptación habían pasado la prueba de fuego de una Revolución de octubre que todavía debía ser consolidada. Su apoyo a las medidas duras era tan feroz como todo lo que impulsaban Lenin, Trotski o Dzierzyñski. Esperaba que los demás reconocieran lo que podía ofrecer a la causa.

¡AL FRENTE!

El 31 de mayo de 1918 se le encomendó a Stalin una nueva tarea. El suministro de alimentos en Rusia había bajado hasta un punto crítico y el Sovnarkom estaba al borde del pánico. Se decidió enviar a dos de los organizadores más capaces del partido, Stalin y su antiguo oponente bolchevique, Alexandr Shliápnikov, para que obtuvieran grano en el sur de la república soviética. La región del Volga y el norte del Cáucaso eran tradicionalmente áreas donde la agricultura abundaba, de modo que a Stalin y a Shliápnikov se les concedieron plenos poderes para obtener alimento donde pudieran encontrarlo. Stalin iba a dirigirse a Tsaritsyn, y Shliápnikov, a Astraján.

Le acompañarían sus ayudantes en el Comisariado del Pueblo para Asuntos de las Nacionalidades. Fiódor iría como asistente y Nadia, como secretaria. Llegaron con su equipaje a la estación de Kazán, en Moscú, dos días más tarde. Allí los aguardaban el caos y sus guardias del Ejército Rojo. Los mendigos y los carteristas merodeaban en las taquillas y en los andenes. Había también muchos «hombres del saco» que viajaban a Moscú para vender harina, patatas y verduras en el mercado negro. A veces los pasajeros tenían que permanecer allí durante días antes de poder subir a un tren. Había una atmósfera de desesperación. Cuando se anunciaban las salidas de trenes se producía un revuelo para coger un asiento o un lugar en el pasillo. Todos los compartimentos estaban repletos de gente y habitualmente los decepcionados viajeros con pasaje tenían que subirse a los techos de los vagones y viajar sin poder protegerse del calor del verano o el frío del invierno. Stalin tenía un fajo de documentos que indicaba su prioridad sobre otros pasajeros. Pero el comisario del pueblo para Asuntos

de las Nacionalidades tuvo que perder la calma para que los oficiales de la estación le garantizaran un compartimento para él y sus acompañantes. Era otra muestra más del extremo desorden de la Rusia revolucionaria[1].

Los viajeros de Moscú, después de muchos altos en el camino, llegaron a destino el 6 de junio[2]. Tsaritsyn, después llamada Stalingrado y ahora —desde las denuncias postumas de Stalin por parte de Jrushchov— Volgogrado, era una de las ciudades a orillas del Volga construidas a finales del siglo XVII como puesto cosaco avanzado. En la mayoría de los sentidos era un lugar insignificante. Ni siquiera era capital de provincia, sino que estaba sujeta a las autoridades administrativas de Sarátov. Sin embargo, desde un punto de vista geográfico y económico Tsaritsyn tenía una importancia estratégica. La ciudad albergaba el comercio regional del grano, el mimbre y el ganado. También era un centro vital de almacenamiento y distribución. Situada en el primer gran recodo del Volga para los barcos que remontaban el río hacia Rusia central desde el mar Caspio, Tsaritsyn había sido una importante escala desde su fundación. La construcción de vías férreas aumentó su importancia. Una línea principal se dirigía directamente al sur desde Moscú hacia Rostov del Don y se construyó un ramal desde Kozlov hacia Tsaritsyn que seguía hacia Astraján en la costa del Caspio. También se habían tendido líneas desde Tsaritsyn hacia el Oeste hasta Rostov del Don y hacia el Sudeste hasta el cruce de Tijorétskaia y las montañas del norte del Cáucaso. El control de Tsaritsyn y sus alrededores le permitiría al Sovnarkom hacerse con el suministro de alimentos de una vasta área.

La misión que el Sovnarkom le había encomendado a Stalin era la de mejorar el suministro de grano. Andréi Snésarev, antiguo general del Ejército Imperial que se había alistado con los rojos, había marchado antes que él a Tsaritsyn. Las funciones de Stalin y Snésarev estaban concebidas para que se complementaran. Se consideraba que la aplicación combinada de la fuerza política y militar sería el mejor método para asegurar el suministro de pan para Moscú y Petrogrado[3].

El Sovnarkom había juzgado mal a su comisario del pueblo. Stalin interpretó su obligación de conseguir grano, que se apoyaba en el uso del Ejército Rojo, como una autorización para imponerse sobre todos los

comandantes militares de la región. Aunque se había negado a servir como soldado en el Ejército Imperial, esto no lo hizo retroceder ante la oportunidad de hacerse cargo del frente del norte del Cáucaso. Un mes más tarde informaba a Lenin[4]:

> La cuestión del suministro de alimento esta naturalmente ligada a la cuestión militar. Por el bien de la causa necesito plenos poderes militares. Ya escribí al respecto y no recibí respuesta alguna. Muy bien. En tal caso yo mismo y sin formalidades voy a deponer a todos esos comandantes y comisarios que están arruinando la causa. Así es como me mueven los intereses de la causa y desde luego la falta de un pedazo de papel firmado por Trotski no me va a detener.

Stalin estaba aprovechando codiciosamente su oportunidad. Su renombre en Moscú no podía compararse ni siquiera de lejos con el de los más eminentes camaradas del Sovnarkom y del Comité Central del partido. Ahora se le presentaba la ocasión propicia para demostrar su capacidad política y militar. Estaba decidido a afrontar el desafío.

Sobre los bolcheviques pesaban varias amenazas a lo largo y ancho de la república soviética hacia mediados de 1918. Un «Ejército de Voluntarios» rusos estaba siendo entrenado en Novocherkask al mando de los generales Alexéiev y Kornílov, que habían huido de Petrogrado y planeaban marchar sobre Moscú. El Ejército de Voluntarios fue el primero de los autoproclamados Ejércitos Blancos que se oponían al socialismo y al internacionalismo y buscaban la restauración del orden social anterior a 1917 mediante la destrucción militar de los rojos. En septiembre, otra fuerza armada a las órdenes de los social-revolucionarios había sido forzada a salir de Kazan —700 millas al norte de Tsaritsyn— por el Ejército Rojo. El sistema de mandos y reclutamiento reorganizado por Trotski mostraba ya su efectividad. Sin embargo, los regimientos de los social-revolucionarios no habían sido destruidos. Después de retirarse a los Urales se reagruparon y engrosaron con oficiales del mismo tipo de los reclutados por Alexéiev y Kornílov en el Sur. En noviembre se produjo un golpe en Omsk y el almirante Kolchak se deshizo de los social-revolucionarios y reorganizó el

ejército según sus propios criterios. Estos ejércitos denunciaban a los bolcheviques por traicionar a la Madre Rusia. Los cosacos liderados por el general Krásnov atacaban a los bolcheviques y a sus simpatizantes al sur de Tsaritsyn. Estaban bien equipados y tenían la moral alta; detestaban el Sovnarkom de Lenin por su socialismo, ateísmo y hostilidad a las tradiciones nacionales. La misión de Stalin le ponía en peligro —y tanto él como sus acompañantes de la familia Allilúev nunca dejaron de ser conscientes de los riesgos[5].

Los que más tarde fueron sus enemigos no prestaron atención al valor que demostró en la Guerra Civil. No era un cobarde en el aspecto físico; eclipsó a Lenin, Kámenev, Zinóviev y Bujarin al negarse a eludir el peligro en tiempos de guerra. Sin embargo, no fue un héroe de guerra y sus posteriores encomiastas magnificaron su imagen de comandante genial que salvó la Revolución de octubre desde las orillas del Volga.

La misión de Stalin en el Sur era importante. Sin alimentos el régimen soviético estaba condenado. La ocupación alemana de Ucrania, así como la presencia de Alexéiev y Kornílov en Rostov del Don habían estrechado peligrosamente la base agrícola del estado soviético. Las incursiones de Krasnov a finales de julio habían cortado la comunicación con Tsaritsyn. El sur de Rusia y el norte del Cáucaso eran áreas fundamentales de producción de trigo y en Moscú Lenin estaba decidido a terminar con los embotellamientos en el abastecimiento y la distribución. Los ejércitos blancos no eran la única amenaza. Muchos grupos locales armados también interferían en el comercio y el traslado y, aunque algunos de ellos eran simples bandidos, otros tenían motivos políticos o religiosos. Las nacionalidades de la región querían ser autónomas. La desintegración del estado ruso en 1917 les había dado la oportunidad de volver tanto al autogobierno como al bandidaje. Encargado de restablecer la circulación del grano desde esta región turbulenta, Stalin soportaba sobre sus hombros una pesada carga. Pero nunca se echó atrás, llevó a cabo sus responsabilidades con orgullo y transmitió su decisión a sus compañeros de viaje.

Las autoridades de Tsaritsyn habían pensado que se comportaría como el funesto «ojo de Moscú»[6]. Se equivocaban. Stalin mostraba una indiferencia total por las instrucciones de la capital. Inmediatamente

después de su llegada se dedicó a purgar el Ejército Rojo y las agencias de recolección de alimentos de los «especialistas» de clase media que detestaba en conjunto. Esto era una flagrante contravención de la política oficial. Stalin no se preocupó por las posibles objeciones de Lenin: «Dirijo a todo el mundo hacia adelante y maldigo al que tenga que maldecir». A los especialistas los llamaba «zapateros»[7]. Era una metáfora muy significativa en boca de un hijo de zapatero que deseaba probar su primacía como comandante del ejército; también era una ruptura la línea aprobada por el Comité Central.

A pesar de tener sólo los poderes de un comisario de suministro de alimentos, Stalin se impuso sobre todas las autoridades militares y civiles de los alrededores: Andréi Snésarev, comandante del frente del norte del Cáucaso; Serguéi Minin, jefe del Soviet de Tsaritsyn; y Kamil Yakúbov, dirigente de las delegaciones de suministro de alimentos en la región. Si Stalin quería que se le conociese como un luchador, tenía que hacer algo inusual. Los blancos habían cortado la línea férrea entre Tsaritsyn y Kotélnikovo. Stalin desafió el peligro yendo a inspeccionar la situación. Esto no era típico de él: durante el resto de la Guerra Civil y toda la Segunda Guerra Mundial evitó cualquier tipo de aventura de esta clase[8]. Pero ahora tomó un tren blindado desde Tsaritsyn hasta Abganerovo-Zutovo, donde una brigada de reparaciones de vías estaba trabajando para reanudar el servicio. Después de arriesgar su vida, volvió dos días más tarde con una reputación mejorada[9]. De vuelta en Tsaritsyn, Stalin reunió a los funcionarios de la ciudad y, haciendo gala de su autoridad como miembro del Comité Central del partido y del Sovnarkom, anunció una reorganización total del mando militar de Tsaritsyn. Apostaba por la supremacía en el frente del norte del Cáucaso.

Astutamente puso de su parte a compañeros bolcheviques. Serguéi Minin era uno de ellos. Otro fue Kliment Voroshílov, que estaba ansioso por tener mando en el terreno de operaciones a pesar de su falta de experiencia militar. Ambos se sintieron más que felices de unirse a Stalin para formar su propio Consejo Militar a fin de supervisar las operaciones en la región (que fue rebautizada «frente del Sur»), El 18 de julio Stalin y sus nuevos aliados

enviaron un telegrama a Lenin en el que solicitaban la destitución de Snesárev y la confirmación de su Consejo Militar[10].

La petición fue aceptada. Lenin y sus camaradas de Moscú estuvieron de acuerdo en que una coordinación más estrecha de las medidas económicas y militares en Tsaritsyn era fundamental para asegurar el suministro de alimentos. Stalin estaba encantado. Se instaló no en un hotel, sino en un vagón de tren decomisado detenido fuera de la estación de la ciudad, y parecía otro hombre. Al llegar a Tsaritsyn, mandó llamar a un zapatero para que le hiciera un par de botas negras altas que combinaran con su túnica negra. El zapatero llegó al vagón de tren y le tomó las medidas. «Bien —preguntó Stalin—, ¿para cuándo estarán listas?». «Dentro de cinco días», replicó el zapatero. Stalin exclamó: «¿No hablará usted en serio? ¡Vamos! ¡Mi padre podía hacer dos pares de botas así en un día!»[11]. La anécdota muestra lo poco que Stalin había aprendido del oficio de zapatero. No obstante, desde el verano de 1918 hasta el día en que murió el atuendo de estilo militar fue lo usual en él. Llegó a conocérsele no sólo por sus botas altas, sino también por su túnica sin cuello de colores claros. Abandonó para siempre los trajes, las camisas corrientes y los zapatos[12]. Empezó a comportarse como un soldado. Llevaba una pistola. Adoptó un aire áspero de comandante. Era un estilo totalmente acorde con él; Stalin lo pasó bien en Tsaritsyn pese a los peligros[13].

También en su vida personal tuvo momentos gratos. Nadia Allilúeva, que lo había acompañado desde Moscú, ya no era meramente su secretaria sino que se había convertido en su esposa. Según el relato de la hija de ambos, muchas décadas después, ya vivían como una pareja casada en Petrogrado después de la Revolución de octubre[14]. Es imposible fechar el acontecimiento con precisión. En aquellos días los bolcheviques se negaban a casarse porque lo consideraban una farsa burguesa. Lo que es cierto es que después de su regreso de Siberia no tenía intención de mantenerse célibe. Había muchísimas mujeres bolcheviques que le atraían y salió con algunas en 1917[15]. Pero quería un hogar estable que su existencia nómada le había impedido tener (sus aventuras amorosas en Siberia habían sido de la variedad señorial). En el apogeo de su pasión marcharon a servir juntos a la revolución en el norte del Cáucaso y en los frentes del Sur.

Iósef era un dirigente del partido comunista y la familia de Nadia estaba entregada a la causa del partido. Era divertido y plácido en la flor de la juventud, y probablemente su talento para manejar los asuntos políticos resultó atractivo para Nadia. El hecho de que la vida familiar de los Allilúev hubiese estado constantemente interrumpida por los compromisos revolucionarios también pudo haber empujado a Nadia hacia un hombre mayor que evidentemente le inspiraba confianza. Pudo haberlo visto como el padre que le había faltado mientras crecía[16]. Nadia no debió de haberse dado cuenta del huraño egoísmo de Iósef. Sin embargo, él había ya sido testigo de los síntomas de inestabilidad mental de Nadia[17]. Así, mientras él resplandecía al calor de la admiración que ella sentía por él, ella disfrutaba de sus atenciones. Sin ser una belleza, tenía un largo cabello oscuro que peinaba con raya en medio y recogido en un moño; tenía los labios gruesos y unos ojos tiernos, aunque sus dientes estuvieran un poco «separados»[18]. A él le gustaban las mujeres de formas llenas como las de Nadia. No le preocupaba que ella tuviera menos de la mitad de su edad. Había leído más que ella y había visto más de la vida, y seguramente pensaba que siempre podría llevar las riendas del matrimonio. Los Allilúev siempre lo habían socorrido y todos se llevaban bien con él. No sólo ganaba una esposa, sino también —por fin— una familia más amplia, estable y comprensiva[19].

Sólo había un aspecto de su situación en Tsaritsyn que le molestaba. Era la interferencia de Moscú en sus actividades, y nadie le irritaba más que Trotski. Stalin había formado el Consejo Revolucionario del frente del Sur el 17 de septiembre. Inmediatamente recibió órdenes de Trotski, su superior militar en su calidad de Presidente del Consejo Militar Revolucionario de la República, de dejar de desafiar sus decisiones[20]. Stalin telegrafió a Lenin para decirle que Trotski no estaba en el lugar y no era capaz de entender las condiciones que se daban en la región[21]:

> El asunto es que Trotski, a grandes rasgos, no puede estar sin hacer ruido. En Brest [-Litovsk] le dio un golpe a la causa mediante su inconcebible gesto «izquierdista». En la cuestión de los checoslovacos perjudicó de forma similar a la causa común exhibiendo su ruidosa diplomacia en el mes de mayo. Ahora vuelve

> a golpear con sus gestos sobre la disciplina, y sin embargo toda esta disciplina trotskista favoreceen realidad a los líderes más destacados dei frente inspeccionando el trasero de los especialistas militares desde el campo de contrarrevolucionarios «sinpartido» (…).

Stalin le recordaba a Lenin que Trotski tenía un pasado antibolchevique; su resentimiento hacia el desdeñoso recién llegado era inconfundible. Según su punto de vista, Trotski no era de confianza. Stalin pedía medidas más severas.

> Por lo tanto le pido que a su debido tiempo, cuando todavía no sea demasiado tarde, que destituya a Trotski y le ponga límites precisos, ya que temo que las órdenes disparatadas de Trotski, si se repiten (…) creen una disensión entre el ejército y el mando y destruyan totalmente el frente (…).
>
> No soy un amante del clamor y del escándalo, pero tengo la sensación de que si no recogemos las riendas de inmediato para refrenar a Trotski, arruinará todo nuestro ejército a favor de una disciplina «izquierdista» y «Roja» que va a enfermar incluso a los camaradas más disciplinados.

Este análisis encontró aceptación entre los dirigentes bolcheviques que conocían la historia de la Revolución francesa. Un líder militar, Napoleón Bonaparte, había tomado el poder y había rechazado gran parte del radicalismo social introducido por Maximilien Robespierre. Trotski parecía el candidato militar con más probabilidades de desempeñar este papel en el drama de la Revolución de octubre. Había un profundo malestar entre los miembros del partido por su insistencia en emplear antiguos oficiales del Ejército Imperial. Trotski también era criticado por ejecutar a comisarios políticos por desobediencia o cobardía. Una oposición militar informal comenzó a cohesionarse contra él a finales de 1918.

Sin embargo, Trotski tenía motivos para estar horrorizado por los sucesos de Tsaritsyn. Lenin comenzó a ponerse de su lado. Stalin hacía lo

que le venía en gana en el frente del Sur, lo que no siempre era compartido por la dirección oficial del partido. Lenin insistía en que, si se quería ganar la Guerra Civil, había que atraer a la causa de los rojos al campesino ruso medio (no precisamente el más pobre). La prioridad tenía que ser la persuasión y no la violencia. Las declaraciones de Lenin estaban plagadas de contradicciones. Había establecido los «comités de los pobres rurales», enormemente impopulares, para introducir «la lucha de clases» en el campo y también había reclutado a campesinos y expropiado grano por medio de patrullas urbanas armadas. Pero al mismo tiempo sin duda se preocupaba por ganar apoyos entre la masa del campesinado.

Stalin era menos ambiguo que Lenin. En su opinión, la fuerza estaba bien, era efectiva y economizaba recursos. Incendiaba pueblos para intimidar a los vecinos a fin de que obedecieran las demandas de los rojos. El terror se dirigía contra los mismos campesinos que la propaganda oficial describía como uno de los dos pilares del estado soviético. Stalin trataba a los cosacos en particular como enemigos. El término descosaquización estaba a la orden del día[22]. Stalin escribió en una carta a su viejo rival bolchevique Stepán Shaumián[23]:

> En relación con los daguestanos y otras bandas que dificultan los movimientos de los trenes provenientes del norte del Cáucaso, debe ser absolutamente inmisericorde. Hay que incendiar algunospueblos hasta los cimientos para enseñarles a no asaltar los trenes.

Esto estaba en línea con la tradición más feroz del Ejército Imperial bajo el general Yermólov en el Cáucaso a comienzos del siglo XIX y el general Alijánov en Georgia en 1905[24]. Stalin le ordenaba a Shaumián que dirigiera una campaña de terror ejemplarizante. Cuando las «bandas» atacasen los trenes, los pueblos cercanos debían ser arrasados hasta los cimientos. El mensaje era que solamente la colaboración total salvaría a las localidades del salvajismo del Ejército Rojo. Aunque quería conciliar a los grupos nacionales no rusos del país, sin embargo prescribía medidas

brutales contra los miembros de esos grupos que no pudieran contener los alzamientos antibolcheviques.

Sometió a sus propios reclutas del Ejército Rojo —incluyendo a los rusos— a una disciplina severa. Como confiaba poco en la persuasión, dio por sentado que nunca ayudarían a los rojos a menos que se usara la fuerza[25]. Empujó a los ejércitos a entrar en acción sin grandes precauciones. Actuaba como si la pura superioridad numérica reportara la victoria. No le importaba que muriera una proporción muchísimo mayor de soldados rojos que de blancos. Lenin comentó el imprudente desprecio por la vida en el frente del Sur y, aunque no mencionó a Stalin por su nombre, era obvio a quién hacía responsable[26]. Lenin liberó a Trotski de cualquier culpa por organización del Ejército Rojo y confirmó la política del Comité Central sobre el reclutamiento de oficiales del Imperio[27]. Trotski envió a su asistente Aléxei Okúlov para que averiguara qué estaba pasando en Tsaritsyn. Su informe era preocupante. Stalin, después de haber destituido a los oficiales imperiales de los puestos de mando, los había arrestado por docenas y confinado en una barcaza en el Volga. Entre ellos estaba Snésarev, a quien acusó de encabezar una conspiración para sabotear el esfuerzo de guerra de los rojos y ayudar a los blancos[28]. Al parecer, la intención de Stalin había sido hundir la barcaza y ahogar a todos los que estaban a bordo[29]. Snésarev fue liberado por orden de Moscú y el Consejo Militar Revolucionario de la República lo trasladó al mando del frente occidental. Stalin, enfurecido, continuó exigiendo sanciones contra los oficiales supuestamente contrarrevolucionarios junto con Voroshílov. Voroshílov debía sostener que, si él y Stalin no hubiesen actuado como lo hicieron en Tsaritsyn, los blancos habrían invadido toda Ucrania[30].

Stalin creía apasionadamente que en todas partes de Rusia había conspiraciones. Ya tenía tendencia a sospechar que existían complots aunque no se dispusiese de ninguna prueba directa. No era el único. Lenin y Trotski también se referían ocasionalmente a las conexiones organizadas entre los enemigos del partido; y Trotski tenía una notoria disposición a tratar incluso a los activistas del partido bolchevique como traidores si pertenecían a regimientos del Ejército Rojo que no habían sabido obedecer sus órdenes. Stalin era mucho más parecido a Trotski de lo que pretendía.

Cuando, en septiembre de 1918, no llegó a Tsaritsyn un suministro adecuado de municiones, aulló a Lenin: «Hay algún tipo de descuido o traición en uniforme de oficial *(formennoe predatelstvo)*»[31]. Para el modo de pensar de Stalin, siempre había intervenido algún acto de maldad deliberada cuando las cosas no salían bien. Por lo tanto, existían traidores incluso en la dirección de los Comisariados del Pueblo en Moscú.

Stalin hizo uso de la violencia, incluyendo el terror, a una escala mayor de la que aprobaban la mayoría de los dirigentes comunistas. Sólo Trotski, con sus exigencias de que los comisarios políticos fueran fusilados junto con los oficiales del ejército si se producían retiradas no autorizadas, estaba remotamente cerca de él en sed de sangre —y Trotski también introdujo la política romana de diezmar a los regimientos que no llevaran a cabo las órdenes superiores—. Stalin y Trotski invariablemente ignoraban las súplicas que intercedían en favor de individuos arrestados por la Cheka. Incluso Lenin, que se resistió a la mayoría de los intentos de Kámenev y Bujarin para que imponer un control sobre la Cheka, ayudó a veces en estos casos[32]. Sin embargo, el entusiasmo que Stalin mostraba por una violencia prácticamente indiscriminada hizo que incluso Trotski pareciera un individuo moderado. Este fue un rasgo que sus camaradas olvidaron y que les costaría caro en la década de los treinta.

También existía un contraste entre Stalin y Trotski en cuanto a su actitud básica hacia el bolchevismo. Trotski, que se había unido a los bolcheviques tardíamente, le prestaba poca atención al partido. Stalin consideraba de gran importancia el lugar del partido en el estado soviético. Llevó consigo una copia de la segunda edición de *El Estado y la revolución* de Lenin cuando marchó a la Guerra Civil. El libro no dice nada del partido comunista en la transición al socialismo. Stalin era consciente de esta omisión. Mientras escribía notas en los margenes, se preguntaba: «¿Puede el partido tomar el poder contra la voluntad del proletariado? No, no puede ni debe»[33]. Y añadía: «El proletariado no puede alcanzar su dictadura sin una vanguardia, sin un partido único»[34]. Lenin no había dicho tal cosa en *El Estado y la revolución*, pero Stalin, al igual que Lenin, había modificado y desarrollado sus ideas desde octubre de 1917. El partido se había convertido en la institución suprema del estado. Stalin se contaba entre los

muchos bolcheviques que deseaban incorporar esto a la doctrina comunista. La teoría había sido que el proletariado administraría su propio estado socialista. La inquietud de Stalin se manifestaba en su comentario de que «el partido no puede simplemente sustituir a la dictadura del proletariado»[35].

Pero durante la Guerra Civil le faltaba tiempo para escribir panfletos, y ninguno de sus artículos para *Pravda* tenía el nivel de los que escribían Lenin, Trotski, Zinóviev o Bujarin. Con todo, siguió pensando en las grandes cuestiones. Entre ellas destacaba la política del partido respecto de la cuestión nacional. Otra cuestión primordial era el marco institucional del estado soviético. El informe que escribió en enero de 1919 junto con Dzierzyñski acerca de un desastre militar en Perm era una disquisición acerca de las relaciones caóticas en las fuerzas armadas y entre ellas, el partido y el gobierno. Sus recomendaciones influyeron en las decisiones tomadas para establecer al partido como agente supremo del estado y para regularizar las líneas de mandos del partido en todas las instituciones públicas[36]. Sólo el hecho de que los posteriores propagandistas de Stalin hicieran una exagerada defensa del informe ha inducido a los historiadores a minimizar su importancia. Stalin era verdaderamente un político reflexivo y decisivo, y Lenin lo apreciaba por esto.

En este viaje Stalin trabó amistad con el asistente personal de Dzierzyñski, Stanisfaw Redens. Nadia acompañó a Stalin a Perm, y poco después Redens se enamoró de su hermana mayor Anna y se casó con ella. Redens se convirtió en una figura central de la Cheka[37]. La vida política, militar y personal de los bolcheviques se mezclaba en la Guerra Civil, y Stalin no fue una excepción. Su reciente casamiento no influyó en sus actividades públicas; pasó la Guerra Civil principalmente en los frentes de combate o cerca de ellos. Cuando le llamaron a Moscú en octubre de 1918, retomó su trabajo en el Comité Central del partido y en el Sovnarkom. Pero en diciembre ya se había marchado nuevamente. El Ejército Blanco del almirante Kolchak había llegado hasta la ciudad de Perm, en los Urales, y había destruido las unidades del Ejército Rojo que se encontraban allí. Stalin y Dzierzyñski fueron enviados para dirigir una investigación sobre las razones por las que se había producido el desastre militar. Volvieron y

presentaron su informe a finales de enero de 1919. Stalin permaneció nuevamente en Moscú hasta que en mayo le enviaron a Petrogrado y al frente occidental para afrontar la invasión del general Yudénich de Estonia. En julio se trasladó a otro sector del mismo frente en Smolensk. En septiembre fue transferido al frente del Sur, donde permaneció en 1920[38].

Stalin hacía lo que le venía en gana. Cuando fue trasladado a Petrogrado, en el frente occidental, a mediados de 1919, mostró una macabra inventiva para abordar el desorden y la desobediencia. El Ejército Rojo del frente occidental no le impresionó en lo más mínimo. Apenas recién llegado, el Tercer Regimiento se pasó al bando blanco. Stalin fue inmisericorde. El 30 de mayo telegrafió a Lenin desde el Instituto Smolny diciéndole que estaba capturando a los renegados y desertores, acusándoles de alta traición y ordenando que los escuadrones de fusilamiento los ejecutasen en público. Argumentaba que, ahora que todos veían las consecuencias de la traición, los actos de traición se habían reducido[39]. No todos estaban satisfechos con la intervención de Stalin. Aléxei Okúlov, trasladado al frente occidental después de haber expuesto los errores de Stalin en Tsaritsyn, volvió a fastidiarle los planes. Stalin telegrafió furioso el 4 de junio exigiendo que Lenin eligiera entre Okúlov y él. Las condiciones existentes, peroraba, eran «insensatas»; amenazó con abandonar Petrogrado si su ultimátum no se cumplía[40].

Su actividad militar estaba centrada en los Consejos Militares Revolucionarios asignados a los distintos frentes y desde 1919 se unió a ellos como el representante del Comité Central del partido. Su modo de lucha implicaba dar órdenes. Su participación en la lucha se limitaba a dar órdenes: nunca estuvo directamente involucrado en el combate físico. Su inexperiencia era absoluta y nadie ha podido encontrar pruebas de que hubiese consultado libros de táctica militar[41] (mientras que Lenin había estudiado a Clausewitz y Trotski, como corresponsal de un periódico, había informado sobre la guerra de los Balcanes antes de 1914). Pero Stalin estaba ansioso por probar su eficacia como comandante. El Comité Central reconoció su capacidad al enviarlo sucesivamente al frente del Sur, al frente occidental, de nuevo al frente del Sur, al frente sudoccidental y al frente del Cáucaso. Las cualidades que le valieron elogios fueron su aplomo, decisión,

energía y disposición a asumir la responsabilidad ante situaciones críticas o impredecibles.

Había que pagar un precio. Stalin odiaba actuar en equipo a menos que él estuviera al mando. Sólo había un compañero de partido a quien se mostraba dispuesto a obedecer, y éste era Lenin. Incluso Lenin le encontraba problemático. A Stalin le gustaba vanagloriarse y era extremadamente susceptible. Detestaba a Trotski. Odiaba a toda la élite de oficiales imperiales. Tenían una necesidad casi patética de sentirse apreciado y le bastaba tocarse la gorra en pico del Ejército Rojo que llevaba para manifestar su contrariedad. Tal era su egotismo que se mostraba dispuesto a no acatar órdenes aunque proviniesen del Comité Central o de los subcomités que funcionaban dentro de éste. Era caprichoso en extremo. Una vez que se había decidido a llevar a cabo una acción, se conducía a su antojo. Hizo que el Comité Central tuviera que dedicar una cantidad extraordinaria de tiempo a atender sus demandas de que se destituyera a camaradas y de que se alteraran la táctica y la estrategia. Las medidas represivas que aplicó a los grupos sociales hostiles al estado soviético fueron excesivas incluso para los niveles aceptados por la dirección comunista en tiempos de guerra y, aún más que Trotski, tenía la tendencia a considerar a cualquiera que no le mostraba respeto como un enemigo del pueblo.

La imagen convencional del ascenso de Stalin al poder supremo no es convincente. En realidad no se pasó la mayor parte del tiempo en oficinas durante el período de la Guerra Civil ni consolidando su posición como el burócrata por excelencia del estado soviético. Si bien es cierto que fue miembro del Comité Central del partido y también comisario del pueblo para Asuntos de las Nacionalidades, en ninguna de estas funciones sus responsabilidades se redujeron a la mera administración. Cuando aumentaron las complicaciones en los asuntos públicos, se le asignó a puestos todavía más altos. Presidió la comisión encargada del borrador de la Constitución de la RSFSR. Se convirtió en el comisario político al mando en una sucesión de frentes militares entre 1918 y 1919. Estuvo involucrado de forma regular en la toma de decisiones acerca de las relaciones con Gran Bretaña, Alemania, Turquía y otras potencias; y se ocupó de los planes para

el establecimiento de nuevas repúblicas soviéticas en Estonia, Letonia y Lituania. Dirigió la investigación sobre la derrota del Ejército Rojo en Perm. Cuando el Comité Central del partido estableció sus propios subcomités internos en 1919, fue elegido tanto para el Buró Político (Politburó) como para el Buró Organizativo (Orgburó). Se le solicitó que encabezara la Inspección de Obreros y Campesinos cuando fue creada en febrero de 1920.

Lejos de encajar en el estereotipo del burócrata, fue un líder dinámico que intervenía en casi todas los debates fundamentales sobre política, estrategia militar, economía, seguridad y relaciones internacionales. Lenin telefoneaba o telegrafiaba a los miembros del Politburó siempre que se discutía un asunto polémico[42]. Había pocos espacios en los asuntos públicos de alto nivel en los que no se conociera la influencia de Stalin, y el Politburó acudía con frecuencia a él cuando surgía una emergencia repentina. Los otros grandes líderes —Lenin, Trotski, Kámenev, Zinóviev, Sverdlov, Dzierzyñski y Bujarin— desempeñaban funciones que mantuvieron durante la Guerra Civil y posteriormente. En la mayoría de los casos estas funciones incluían apariciones públicas —y Trotski en el Ejército Rojo lo hacía con agrado y era muy aclamado—. También gozaban de prestigio los principales líderes que habían intervenido en la toma del poder en octubre de 1917: Lenin, Trotski y Sverdlov eran ejemplos de ello. Como los bolcheviques estaban dirigidos por teóricos, también aumentaba el prestigio de quienes escribían con fluidez y con frecuencia. Lenin, Trotski, Kámenev, Zinóviev y Bujarin siguieron publicando libros durante la Guerra Civil. Stalin no podía competir en ese terreno. Siempre estaba de un lado para otro. No era buen orador en ningún sentido formal y tenía escasas oportunidades de escribir.

Sus méritos tendieron a pasarse por alto aunque era parte integrante del grupo político en ascenso. El problema era que todavía tenía que hacer que el grupo, el partido o la sociedad en conjunto se diesen cuenta de su importancia. Sólo en ocasiones dejaba ver su resentimiento. En noviembre de 1919 trató de renunciar a su función como Presidente del Consejo Militar Revolucionario del frente del Sur. Lenin, alarmado, se apresuró a hacer que el Politburó tomara la decisión de implorarle que lo

reconsiderara. Stalin era demasiado útil como para ser excluido. Sin embargo, lo que a Lenin le resultaba atractivo horrorizaba a los enemigos del bolchevismo. El Stalin de la Guerra Civil fue una primera versión del déspota que instigó al Gran Terror entre 1937 y 1938. Sólo el hecho de que el resto de los líderes comunistas aplicase la política de la violencia después de la Revolución de octubre explica que la personalidad poco estable de Stalin no destacase por completo. Pero esto no es excusa. Nadie que hubiera estado en contacto con Stalin entre 1918 y 1919 debería haberse sorprendido por su «desarrollo» posterior.

EL CORREDOR POLACO

La Guerra Civil en Rusia entre los rojos y los blancos había terminado a finales de 1919. Una vez que el Ejército Rojo hubo conquistado el territorio ruso era sólo cuestión de tiempo que el resto de las regiones del antiguo Imperio fueran ocupadas. Los rojos empujaron al último Ejército Blanco, a las órdenes del general Antón Denikin, hacia la península de Crimea. Denikin traspasó el mando a Piotr Wrángel, quien enseguida cambió de política hacia la sociedad civil. Entre esos cambios se prometió a los campesinos que la tierra no sería restituida a la nobleza una vez terminada la Guerra Civil. La *Realpolitik* era necesaria si los blancos querían mejorar sus perspectivas militares. De cualquier modo, la posición material y logística de las fuerzas bajo el mando de Wrángel era desesperada a menos que el mando militar y político rojo cometiera algún error fundamental. Los hombres de Wrángel se preparaban para huir al extranjero.

La victoria obtenida en la Guerra Civil alentó a los líderes comunistas a buscar oportunidades para extender el «poder soviético» hacia el Oeste. Estaban ansiosos por difundir su revolución. En marzo de 1918 Lenin —con la ayuda de Stalin, Kámenev, Zinóviev y Sverdlov— había pedido al partido que fuera más paciente en un momento en que la mayoría de los bolcheviques quería una «guerra revolucionaria». Pero incluso ante el colapso militar alemán en noviembre de 1918, Lenin había dado órdenes de convocar a grandes contingentes de reclutas y de recabar abundantes suministros de grano a fin de que el Ejército Rojo pudiera intervenir con contundencia en Alemania[1]. Las ideas expansionistas no desaparecieron con la firma del tratado de Brest-Litovsk. La Internacional Comunista (conocida como la Comintern) se había formado por iniciativa de Lenin en

Petrogrado en marzo de 1919 para inaugurar, extender y coordinar las actividades de los partidos comunistas de Europa y el resto del mundo. La dirección del partido bolchevique en el Kremlin envió consejeros y fondos a los gobiernos que se establecieron por poco tiempo en Múnich y Budapest, y el Ejército Rojo habría estado disponible si se lo hubiera permitido la Guerra Civil en Rusia[2]. En el verano de 1920 Lenin veía con sumo agrado la situación de Checoslovaquia, Rumania, Hungría y el norte de Italia. Parecía que la cadena del capitalismo occidental por fin se iba a romper en Europa. Se preveía una campaña militar para «sovietizar» estos países[3].

¿Tenían en realidad los bolcheviques los recursos suficientes como para impulsar la formación de estados socialistas hermanos? Ellos habrían respondido que no: el antiguo Imperio ruso era un caos administrativo y económico. Pero el triunfo en la Guerra Civil había alimentado una confianza desmesurada en ellos. Habían eliminado a los blancos y las fuerzas expedicionarias británicas y francesas habían sido derrotadas. ¿Quién podría oponérseles ahora? También había una segunda consideración en sus mentes. El estado soviético estaba aislado. La expansión de la Revolución de octubre no era simplemente un objetivo: era una necesidad primordial derivada no sólo de la ideología sino también de un problema práctico. El Politburó —e incluso el suspicaz Stalin estaba de acuerdo— reconocía que la revolución seguiría en peligro hasta que no consiguiera aliados en Occidente.

Durante las primeras campañas de la Guerra Civil se actuaba dando por supuesto que el territorio extranjero comenzaba en las fronteras del antiguo Imperio ruso. Por esta razón el Politburó actuaba como si esperara que el Ejército Rojo reconquistara los territorios fronterizos tan pronto como concluyera la lucha en el territorio ruso. Los avances parecían muy satisfactorios en 1920. Azerbaiyán y Armenia estaban bajo control —y Stalin y su amigo Sergo Ordzhonikidze se hallaban envueltos con regularidad en discusiones estratégicas y políticas del más alto nivel—[4]. Pero la región del Báltico seguía siendo un problema. Se habían hecho intentos para establecer repúblicas soviéticas en Estonia, Letonia y Lituania; pero en todos los casos hubo contragolpes y estos países reconquistaron su independencia entre 1918 y 1919[5]. Estonia inauguró sus

relaciones diplomáticas plenas con la RSFSR en febrero de 1920. La situación internacional era inestable. Los bolcheviques no consideraban los territorios fronterizos occidentales, lo mismo que los meridionales, como lugares extranjeros, y Stalin sostuvo este punto de vista con notable tenacidad[6]. Pero lo que sucediera en esos países dependería de lo que ocurriera en el marco más amplio de la guerra y la paz en Europa. Los líderes bolcheviques debían decidir una política permanente.

La situación llegó a un punto crítico debido al conflicto armado entre Polonia y la RSFSR. Se habían producido choques mientras la Guerra Civil estaba en plena efervescencia, y el comandante en jefe polaco Josef Pilsudski aspiraba desde hacía tiempo a formar una unión federal con Ucrania. En la primavera de 1920 Pilsudski penetró en territorio ucraniano. El 7 de mayo sus fuerzas ocuparon Kíev, sorprendiendo a los oficiales del Ejército Rojo mientras esperaban en las paradas de autobús. El Sovnarkom hizo un llamamiento a la guerra en defensa de la patria. Serguéi Kámenev se hizo cargo del mando militar supremo y su comandante principal en el frente fue Mijaíl Tujachevski, de veinticinco años. Los voluntarios acudieron a colocarse bajo los estandartes del Ejército Rojo. Kíev fue reconquistada el 10 de junio y, después de un acuerdo con el gobierno de Lituania, una ofensiva conjunta tomó Vilnius y la transfirió a Lituania. El avance de los rojos prácticamente no encontró oposición. El gobierno británico advirtió a la cúpula soviética que diera el alto a sus tropas, pero el 16 de julio el Comité Central del partido tomó la decisión estratégica de llevar la guerra al territorio polaco, y Lenin informó a Stalin y a otros ese mismo día[7] (Stalin, que se hallaba en Járkov, en el este de Ucrania, no había podido asistir)[8]. El mando militar del frente occidental se preparó para cruzar el río Bug y avanzar hacia VarsoVia. La revolución socialista europea daba señales de vida y el 23 de julio el Politburó estableció un Comité Revolucionario Provisional Polaco a cargo de Julián Marchlewski[9].

El gobierno británico trató de evitar la expansión del comunismo convocando unas negociaciones de paz y sugiriendo una nueva frontera entre el estado soviético y Polonia. Ésta era la línea Curzon, llamada así por el secretario británico de Exteriores en 1920. Había que detener el avance

del Ejército Rojo hacia Europa Central. Con anterioridad, cuando Pilsudski parecía estar ganando la guerra, el Politburó se había tomado más en serio estos acercamientos. Pero la rápida marcha de los rojos a través de Ucrania cambió la postura de Lenin, que comenzó a abogar por una invasión de Polonia.

Stalin no se mostraba entusiasmado. Durante todo el verano había estado advirtiendo del resurgimiento de la capacidad militar de los blancos en Crimea, y cuestionaba la sensatez de avanzar sobre los polacos mientras Wrángel siguiera siendo una amenaza[10]. Incluso Trotski y Rádek, que se habían opuesto a Lenin sobre Brest-Litovsk, estaban desconcertados por la posición de Lenin[11]. Las objeciones de Stalin no se limitaban a su escepticismo crónico acerca de la viabilidad de una revolución socialista europea y a su preocupación por Wrángel. Dudaba de que el Ejército Rojo estuviera adecuadamente coordinado y organizado. Le preocupaban el alcance y la solidez de las líneas de abastecimiento[12]. Desde su base con las fuerzas rojas en Ucrania, tenía buenas razones para pensar que sabía de qué hablaba. El estado soviético no estaba a salvo de un ataque de los blancos. Los planes para una incursión en Polonia y Alemania eran impracticables. Repetidas veces Stalin mencionó el peligro que representaba Wrángel desde Crimea[13]. Asimismo le recomendó a Lenin que no subestimara la fuerza del nacionalismo de la clase obrera polaca. Stalin estaba sorprendido de que Lenin, que habitualmente era su aliado en la cuestión nacional, no se diera cuenta del peligro que esperaba al Ejército Rojo en este sentido. Deseaba que se tuviera el mismo cuidado que en 1918 en Brest-Litovsk al decidir sobre la guerra o la paz con Polonia.

Lenin no se desalentaría. Nunca había concebido la guerra revolucionaria como una cruel guerra de conquista. Más bien suponía que los obreros de toda Europa esperaban para alzarse en apoyo del Ejército Rojo. Preveía que los militantes izquierdistas de los partidos socialistas europeos se unirían a la causa comunista y así se allanarían los obstáculos para el establecimiento de gobiernos revolucionarios. El Ejército Rojo sólo tenía treinta y cinco divisiones. El Ejército Imperial había reunido cerca de cien divisiones para luchar contra Alemania y Austria-Hungría al estallar la Primera Guerra Mundial. Lenin hacía caso omiso de esto. La lucha de

clases en Europa permitiría superar con creces las carencias del Ejército Rojo. La suerte estaba echada para el Politburó. Varsovia sería tomada y el camino quedaría abierto para avanzar sobre Berlín donde, según creía Lenin, los rojos encontrarían un desorden político que podrían explotar en su favor. Los comunistas alemanes tendrían que aliarse con la extrema derecha alemana para erradicar las consecuencias del Tratado de Versalles de 1919, que había despojado a Alemania de territorios y colonias, le había impuesto onerosas compensaciones de guerra y había restringido su reconstrucción militar. Luego se volverían contra sus enemigos de derechas y se instalaría un estado revolucionario[14].

Después de haber perdido el debate muy lejos del Politburó, Stalin aceptó la decisión. En realidad desarrolló un deseo de ponerse a prueba en la campaña. En los meses anteriores había perdido mucho tiempo con otra disputa acerca de su puesto y sus responsabilidades. En noviembre de 1919 había hecho su típico intento de intimidar a Lenin y al Politburó con la amenaza de dimitir[15]. Adornó su explicación más de lo habitual: «Sin esto, mi trabajo en el frente del Sur se tornará vano e inútil, lo que me da el derecho o más bien me impone el deber de marcharme a cualquier otra parte —incluso al infierno— en lugar de quedarme en el frente del Sur»[16]. El Politburó, ya acostumbrado a sus sobreactuaciones, rechazó este ultimátum[17]. En enero de 1920 el frente del Sur fue convertido en el frente sudoccidental, con la misión de defender Ucrania tanto de los polacos como de las fuerzas de Wrángel en Crimea. Pero en febrero Stalin fue trasladado al frente del Cáucaso. No le gustó[18]; quería actuar donde el destino de la revolución se hallaba fuertemente amenazado: se sentía humillado al ser considerado como el hombre del Cáucaso cuya experiencia se limitaba a los asuntos caucásicos. El 26 de mayo, la tenacidad de Stalin se vio recompensada cuando le asignaron al frente sudoccidental, donde se preveían enfrentamientos con los polacos.

El 12 de julio Lenin le envió un mensaje a Járkov[19]:

> Solicito a Stalin: 1) que acelere las disposiciones para una fuerte intensificación de la ofensiva; 2) que me comunique su (la de Stalin)

> opinión. Personalmente pienso que eso (la propuesta de Curzon) essimplemente una treta con la idea de anexionarse Crimea.

Antes escéptico sobre la campaña polaca, ahora Stalin telegrafiaba expresando con euforia su asentimiento[20]:

> Los ejércitos polacos se desmoronan por completo, los polacos han perdido sus comunicaciones y administración y las órdenes polacas, en lugar de llegar a su destino, caen cada vez con más frecuencia en nuestras manos; en breve, los polacos estarán experimentando un desmoronamiento del que no serecobrarán pronto.

Stalin se burlaba de la propuesta de lord Curzon de una tregua seguida de conversaciones de paz en Londres[21]:

> Creo que el imperialismo nunca ha estado tan débil como ahora, en el momento de la derrota de Polonia, y nosotros nunca hemos estado tan fuertes como ahora. Por lo tanto, cuanto más firmes nos mostremos, mejor será tanto para nosotros como para la revolución internacional. Adelanto la decisión del Poiitburó.

Lenin y Stalin, defensores de la cautela en Brest-Litovsk en 1918, se habían convertido en los miembros más beligerantes de la dirección bolchevique.

Según la opinión de Stalin era indispensable «apoderarnos de lo máximo que podamos» antes de que pueda producirse un alto del fuego. Su objetivo era tomar Lwow[22]. Era una preferencia personal: la caída de Lwow no sólo beneficiaría a la causa soviética sino que también le proporcionaría el honor de ser el conquistador de la ciudad. El problema era que, tal como Stalin lo había señalado, las fuerzas de Wrángel seguían siendo una amenaza seria. Stalin, como de costumbre, abogó por la política de ejecutar a todos los oficiales Blancos que habían caído prisioneros sin excepción[23]. Al enterarse de que las cosas no iban bien para el Ejército Rojo en Crimea[24], atribuyó el fracaso a la cobardía del comandante en jefe

Serguéi Kámenev. Tenía la mirada puesta en la gloria que le depararía Polonia mientras él y su personal de mando se trasladaban hacia el Oeste[25].

Stalin y Lenin también acometieron una planificación preliminar del tipo de Europa que esperaban organizar cuando los socialistas tomasen el poder. La grandiosidad de su visión deja sin aliento. Antes del II Congreso de la Comintern, Lenin insistió en la necesidad de formar una federación general que incluyera a Alemania, y dejó claro que deseaba que la economía de semejante federación fuera «administrada por un solo organismo». Stalin lo rechazó porque era imposible de llevar a la práctica[26]:

> Si cree que logrará alguna vez que Alemania entre en una federación con los mismos derechos que Ucrania, se equivoca. Sí piensa que incluso Polonia, que se ha constituido como un estado burgués con todos sus atributos, entraría en la Unión con los mismos derechos que Ucrania, se equivoca.

Lenin estaba enojado. El comentario de Stalin implicaba que las consideraciones de orgullo nacional empujarían a Rusia y a Alemania a permanecer como estados separados en el futuro próximo. Lenin le envió una «carta amenazadora» en la que le acusaba de chovinismo[27]. El objetivo de Lenin era establecer una Unión de Repúblicas Soviéticas de Europa y Asia. Su visión de la «revolución socialista europea» no había cambiado desde 1917. Pero Stalin se mantuvo firme. El Politburó tenía que tener en cuenta la situación real de las nacionalidades si se deseaba que la expansión del socialismo en Europa tuviera éxito.

Estas discusiones eran hipotéticas, ya que el Ejército Rojo todavía no había llegado a Polonia, y mucho menos establecido un gobierno revolucionario en Varsovia. El propio Stalin había obstaculizado las operaciones. Esto ocurrió cuando ordenó a sus subordinados militares y políticos que consideraran prioritaria la toma de Lwow. No mencionó que esta orden perturbaría el plan estratégico general aprobado por Trotski y

Tujachevski en campaña y por Lenin en Moscú. Stalin hacía caso omiso de la prioridad que los demás daban a la captura de Varsovia; en cambio, desvió las fuerzas armadas del frente sudoccidental de la línea de convergencia con las del frente occidental.

La batalla de Varsovia tuvo lugar en cuatro sectores. Duró desde el 12 al 25 de agosto y determinó el desenlace de la guerra[28]. El plan original de Tujachevski había sido atacar aún más pronto, antes de que los polacos tuviesen tiempo de reagruparse para defender su capital. Habían sufrido enormes pérdidas. Era poco probable que les llegaran aprovisionamientos y refuerzos. El exhausto Ejército Rojo, acosado por la población polaca, tenía que lograr una rápida victoria o de otro modo lo perdería todo[29]. Piísudski aprovechó la oportunidad. Repelió el avance del Ejército Rojo en varios lugares de forma sucesiva. Serguéi Kámenev, el comandante supremo, había planeado avanzar sobre dos frentes: el occidental bajo las órdenes de Tujachevski y Smilga y el sudoriental, bajo las órdenes de Yegórov y Stalin. Pero Kámenev no pudo coordinarlos a ambos. El frente sudoccidental todavía tenía la misión de proteger al estado soviético contra Wrángel en Crimea: por lo tanto, apuntaba al mismo tiempo en dos direcciones. Más aún, el 22 de julio Yegórov dirigió su ruta de avance hacia Lublin y Lwow, y día a día se incrementaba la distancia entre él y Tujachevski. Esto era un caldo de cultivo para la confusión y las disputas, y Stalin nunca se privaba de agravar una situación difícil.

El Ejército Rojo necesitaba una urgente revisión del plan estratégico. Un plan de este tipo sólo ser diseñado al nivel político más alto. El 2 de agosto el Politburó resolvió dividir en dos el frente sudoccidental y asignar la mitad de sus fuerzas al frente occidental y la otra mitad a un frente sudoccidental reestructurado y encargado de defender Ucrania contra Wrángel[30]. Pero no se hizo nada hasta el 14 de agosto, cuando Serguéi Kámenev ordenó el traslado inmediato de las tropas desde el frente sudoccidental[31].

La falta de sentido práctico de Kámenev como comandante enfureció a Stalin. Yegórov y Stalin ya estaban inmersos en su ataque a Lwow antes del comienzo de la batalla de Varsovia. Aunque la distancia entre Varsovia y Lwow, a vuelo de pájaro, es de 200 millas, la geografía de la región hizo

que los movimientos rápidos de las tropas fueran imposibles. Era un lugar pantanoso y sin caminos. La población polaca era casi en su totalidad hostil a los rojos, a los que veía como otra fuerza invasora rusa. Stalin, que siempre estaba dispuesto a criticar a los militares profesionales heredados del Ejército Imperial, le dijo a Kámenev en términos inequívocos: «Su orden frustra inútilmente las operaciones del frente sudoccidental, que ya había comenzado a avanzar»[32]. Cuando Yegórov cumplió puntualmente la orden de Kámenev, Stalin se negó a refrendar las últimas disposiciones y le dejó la tarea a su ayudante R. Berzins[33]. Pero la Caballería Roja del compañero de Stalin, Semión Budionny, estaba completamente inmersa en los combates cercanos y hasta el 20 de agosto no se abandonó el ataque a Lwow. Para entonces la batalla de Varsovia estaba cerca del catastrófico final que tuvo para Tujachevski y el frente occidental.

Es indiscutible que Stalin reaccionó de forma turbulenta al cambio de estrategia. Pero pronto se le acusó de algo más grave. Se empezó a decir que una obsesión por lograr la gloria militar le había impulsado a retener las fuerzas que debían ayudar a Tujachevski. Por lo tanto, parecía ser el culpable de la derrota de los rojos. Es un veredicto demasiado severo. De hecho, él no bloqueó el traslado de tropas: sencillamente se negó a refrendar personalmente la orden. Ciertamente no era inocente. El 12 de agosto había apoyado el despliegue de la caballería contra Lwow pese a estar al tanto de la intención del Politburó de dividir las fuerzas del frente sudoccidental entre un frente occidental y un frente sudoccidental. Aun así, es muy poco probable que las fuerzas reasignadas al frente occidental hubiesen llegado a Varsovia a tiempo para la batalla, aunque Stalin no hubiese aprobado la operación de Lwow[34]. Sin embargo, aun sin haberse insubordinado, indudablemente hizo mucho —y debió de haberlo hecho a sabiendas— para que fuera casi imposible para Kámenev y Tujachevki llevar a cabo cualquier otro despliegue de las fuerzas del Sudoeste. En este sentido actuó como lo había hecho durante la Guerra Civil. Se comportaba como si tuviera el monopolio del juicio militar y aquellos que se oponían a él eran o tontos o bellacos.

En el momento en que se levantó el sitio de Lwow Stalin ya estaba lejos. Volvía a Moscú para la reunión del Politburó del 19 de Agosto, donde

ardía en deseos de justificarse. Tanto Lenin como Trotski estaban presentes. La lucha ante Varsovia continuaba; Wrángel se movía hacia el Norte desde Crimea. Al mismo tiempo se había abierto una brecha en el frente del Cáucaso por la que las unidades rojas podrían penetrar en Persia a través de Azerbaiyán. El conjunto de las fuerzas militares fluía en tres direcciones. Sin embargo, el primer punto a tratar era la confusión estratégica que se había producido en Lwow. Stalin decidió que el ataque político era la mejor forma de defensa: condenó la campaña en su totalidad. Subrayó el abandono sufrido por las fuerzas armadas que enfrentaban a Wrángel y advirtió que el resultado podría ser la reanudación de la Guerra Civil en Rusia. Su virulenta ofensiva tuvo resultado porque, a pesar de un contrainforme por parte de Trotski, el Politburó decidió «reconocer el frente de Wrángel como el principal»[35]. En una semana en que el destino de la campaña polaca pendía de un hilo, era una extraordinaria conclusión. Desde fuera parecía que Stalin había golpeado decisivamente a su enemigo Trotski en el Politburó y se había asegurado la reorientación estratégica que apoyaba.

Sin embargo, su triunfo no era lo que parecía. El Politburó no reconoció que los planes y la conducta de Stalin en la guerra polaco-soviética hubiesen sido los apropiados. Lenin y Trotski siguieron culpándolo. Un punto que estaba más abajo en la agenda y que se refería a la posición de Stalin da una idea de la intensidad de la disputa. Después de algunas discusiones fue formalmente recompensado con quince días de vacaciones[36]. Una vez más se declaraba exhausto y, sin duda, se sentía menospreciado. Era el patrón de conducta que se había establecido en la Guerra Civil siempre que no se salía con la suya[37].

Stalin estaba a punto de estallar de furia. Ni se tomó las vacaciones[38] ni renunció a su disputa con el Mando Supremo y su líder Trotski. Se sentía humillado y, cuando volvió al Politburó el 1 de septiembre, solicitó su propio cese de la «actividad militar». Nadie esperaba seriamente que sirviese en el Ejército Rojo después del fin de las hostilidades en Polonia, pero la petición fue aceptada y Stalin abandonó el Consejo Militar Revolucionario de la República[39]. Se había esforzado mucho por ser miembro de este Consejo desde su creación, pero ya no seguiría sirviendo

en él si sus recomendaciones iban a ser ignoradas. Se negaba a olvidar lo que él consideraba los menosprecios que había sufrido. En la misma sesión del Politburó hubo apresuradas discusiones sobre política internacional, y Trotski había propuesto con éxito una «política de paz con Polonia»[40]. Esto era difícil de soportar para Stalin. Trotski y el Mando Supremo eran a sus ojos igualmente responsables de los desaciertos en la guerra. Ahora Trotski aparentemente quería disfrutar de los elogios en tiempos de paz. Stalin se había manifestado en contra de toda la campaña de Polonia. Había hecho sonar la alarma acerca de Wrángel. Se le había pedido que dirigiera dos frentes militares como si fuesen uno solo y se le había pedido que luchara todavía en otro frente más.

Durante varios día se entregó a las labores por las que había sido más respetado antes de la Guerra Civil. A instancias suyas, el Politburó planeaba atraer a los pueblos indígenas del Cáucaso a expensas de los cosacos. En principio se tomó la decisión y se le pidió a Stalin que supervisara la puesta en práctica de esta medida en nombre de Moscú[41]. También se hizo cargo del complejo asunto bashkirio. El Comité Revolucionario Bashkirio se había comportado deslealmente con el estado soviético y varios de sus miembros habían sido arrestados. Stalin propuso trasladarlos a Moscú para ser interrogados[42]. Era un trabajo político importante. Pero al mismo tiempo Stalin no quería que se le conociese como un georgiano que se especializaba en la cuestión nacional. Pertenecía al Comité Central y al Sovnarkom por derecho propio, y quería que esto se reconociese. Tenía sus opiniones acerca de la política en general. Tenía la sensación de que sabía tanto como cualquier otro acerca de la política y la sociedad en las provincias. El resentimiento se extendía como el óxido en un clavo de hierro. Como cualquier otro miembro del Politburó, también sentía los efectos físicos y emocionales de los excesos de los años anteriores. A diferencia de otros, se sentía menospreciado. Nada indicaba que sus sentimientos fueran a aplacarse cuando se acercaba la IX Conferencia del Partido.

Lenin llegó a la Conferencia el 22 de septiembre y mostró un desacostumbrado remordimiento. Había que afrontar la realidad: era «una profunda derrota, una situación catastrófica». El proyecto secreto de la

«sovietización de Polonia» había resultado desastroso. El Ejército Rojo, en lugar de ser bien recibido por los obreros y los campesinos polacos, había sido rechazado por un «despertar patriótico». Entonces, ¿cómo se había producido este error de cálculo? Lenin admitía que había creído que Alemania era un hervidero y que Polonia sería una mera cabeza de puente hacia Berlín. También admitió: «En absoluto pretendo tener el más mínimo conocimiento de la ciencia militar». Concedió que el Ejército Rojo había emprendido una tarea imposible. Probablemente el Politburó debía haber aceptado la propuesta de Curzon y entablado negociaciones de paz. La mejor opción era demandar un tratado y esperar a que se produjese un giro en los acontecimientos «en la primera oportunidad conveniente»[43].

La reciente dimisión de Stalin era demasiado para el agobiado Lenin. La actitud conminatoria de Stalin y su carácter inestable resultaban excesivos; con Trotski al menos parecía que se podía contar en una crisis. Trotski aprovechó la oportunidad y criticó duramente la actuación de Stalin en la guerra polaco-soviética y lo acusó de «errores estratégicos»[44]. Los informes de los comisarios políticos que habían regresado confirmaron esta acusación y Lenin la repitió en las primeras sesiones[45]. El Politburó se revelaba como un nido de celos y descalificaciones. Varios de los miembros de la audiencia eran conscientes de que Lenin había sido muy poco franco en cuanto a la parte que le tocaba en la *debacle*. El error fundamental había sido invadir Polonia y esto era ante todo una equivocación de Lenin. En realidad, Trotski y Stalin le habían advertido de las probables consecuencias. Trotski había argumentado que el Ejército Rojo ya estaba exhausto; Stalin, que los polacos se alzarían contra la invasión[46]. Algunos delegados acusaron directamente a Lenin y la sesión terminó en una agria disputa. Cuando se reanudaron las sesiones al día siguiente, Stalin insistió en su derecho a réplica. Fue un discurso breve. Después de señalar que él había expresado desde el comienzo sus dudas acerca de la invasión, no hizo ninguna defensa de su comportamiento durante la campaña y la Conferencia se desvió hacia otras cuestiones[47].

Desde la perspectiva de Stalin, esto era muy poco satisfactorio. Había tenido la oportunidad de defenderse y en el último momento la había desechado. El efecto más duradero fue que la responsabilidad primordial de

la desastrosa campaña recayó únicamente sobre él. En el pasado ha habido intensas controversias. La decisión de octubre de 1917 de tomar el poder y el rechazo en noviembre de 1917 de un gobierno de coalición socialista habían causado un gran revuelo en el Comité Central, y durante varias semanas cierto número de miembros del Comité Central se habían negado a compartir el gobierno con Lenin. La disputa sobre Brest-Litovsk había sido todavía más estridente: Bujarin y sus partidarios habían considerado muy seriamente la posibilidad de formar un gobierno sin Lenin. Pero la controversia acerca de la guerra polaco-soviética introdujo un elemento nuevo. Stalin, miembro destacado del grupo dirigente, fue acusado de insubordinación, ambición personal e incompetencia militar; una notoria lista de faltas.

La reacción a medias de Stalin es difícil de explicar. Era un hombre extremadamente orgulloso. También era receloso —hasta un punto extraordinario—. Le afectaban profundamente las críticas y se sentía ofendido con facilidad. También era muy belicoso. Entonces, ¿por qué decidió mascullar unas pocas palabras acerca de la prehistoria de la invasión y luego volver a su asiento? Si se hubiera tratado de otro, ni Lenin ni Trotski habrían dejado de dar un largo discurso de autojustificación[48]. Probablemente Stalin sintió que pisaba un terreno poco firme y en el último momento perdió la confianza en sí mismo. Había pruebas incontrovertibles de que se había conducido mal y, en cualquier caso, no era la primera vez que se hablaba de su contumacia. En el VIII Congreso del Partido el propio Lenin le había reprendido por usar tácticas que llevaron a la muerte a muchísimos soldados del Ejército Rojo[49]. La diferencia en la IX Conferencia del Partido fue que no se dijo nada positivo como contrapeso de lo negativo. Había caído en desgracia; ninguno de sus amigos se había tomado la molestia de hablar en su favor. Le pareció innecesario prolongar sus padecimientos profundizando en la discusión. Odiaba que le vieran lamentándose[50]. Tenía una necesidad constante de aparecer como alguien firme, decidido y práctico.

Pero no tenía la intención de olvidar y perdonar. La acusación de Trotski había añadido uno más a la lista de agravios que Stalin rumiaba. Lo único llamativo de este episodio es que no cultivó ningún rencor contra

Lenin. Stalin siguió expresando admiración por él hasta el fin de sus días. Se ha sugerido que Stalin veía en Lenin no sólo a un héroe, sino también a un sustituto de padre al que emular[51]. Esto no se puede probar. Hubo muchas ocasiones antes y después de octubre en las que Stalin chocó violentamente con Lenin. Pero acerca de su estima fundamental por Lenin no caben dudas serias. No había deferencia, mucho menos servilismo, pero Stalin hacía una excepción con Lenin y no le trataba como al resto de la raza humana —y aguardaba el momento de vengarse de Trotski.

CON LENIN

Las desavenencias entre Lenin y Stalin desaparecieron como la nieve bajo el sol. La razón fue de índole política. En noviembre de 1920 Trotski atacó los sindicatos soviéticos y repentinamente Lenin necesitó la ayuda de Stalin. Según Trotski, el sindicalismo convencional no tenía lugar en el estado revolucionario; su postura era que el Sovnarkom salvaguardaba los intereses de los obreros y que los sindicatos debían estar subordinados constitucionalmente a las órdenes de aquél. Esta sugerencia irritó a la Oposición Obrera, que estaba haciendo campaña para permitir que la clase obrera controlara las fábricas, las minas y otras empresas. Lenin hizo objeciones a la Oposición Obrera y en la práctica tenía la esperanza de que los sindicatos obedecieran al partido y al gobierno. Sin embargo, la petición de Trotski de que se efectuara una imposición formal de este acuerdo sería una afrenta innecesaria contra los trabajadores. En vano Lenin trató de hacer que Trotski retrocediera. Se formaron facciones en torno a Lenin y de Trotski mientras éstos escribían furiosos folletos y convocaban a acalorados encuentros. Aunque Bujarin formó un «grupo de amortiguación» entre ambos bandos, este grupo también se convirtió en una facción. No solamente la Oposición Obrera sino también los Centralistas Democráticos (quienes, desde 1919, habían estado abogando por la restauración de los procedimientos democráticos en el partido) entraron en la refriega. El partido estuvo envuelto en un amargo conflicto que duró todo el largo invierno de 1920 y 1921.

Lenin reclutó a Stalin para organizar a sus partidarios en las provincias. Stalin estaba desempeñando la función de la que Sverdlov había sido relevado durante la disputa de 1918 sobre Brest-Litovsk. Se realizó un

esfuerzo extraordinario para desacreditar a las otras facciones. Las normas del partido podían ser flexibles, pero no romperse; Lenin sabía que Stalin, a quien tachaba burlonamente de «faccioso salvaje», haría lo que fuera necesario para lograr la victoria[1]. El Secretariado del Comité Central estaba dirigido por Preobrazhenski, Krestinski y Serebriakov, que simpatizaban con Trotski y Bujarin. Por lo tanto, Stalin envió a partidarios de confianza de Lenin a las provincias para que sembraran la agitación entre sus seguidores y les indicaran cómo organizar la campaña contra Trotski. Mientras que Stalin disponía las cosas en Moscú, Zinóviev viajaba por el país dando discursos en nombre de Lenin. Trotski realizó una gira similar; pero cuando se acercaba el momento de celebrar el x Congreso del Partido en marzo de 1921. Estaba claro que la victoria sería para los leninistas. Stalin coordinó la facción en cuanto sus delegados se reunieron en Moscú. Los leninistas presentaron su propia lista de candidatos para las elecciones al Comité Central. Esto fue gratificante para Stalin. Trotski, que había gozado del apoyo de Lenin en el asunto de la guerra polaco-soviética, había caído ahora en desgracia.

La lucha entre facciones había impedido que los bolcheviques tomaran en cuenta una amenaza fundamental a su poder. Se estaban amotinando guarniciones de tropas. Los obreros de las fábricas de las principales ciudades industriales rusas iban a la huelga. Y por todo el estado había problemas con los campesinos. Provincias enteras de Ucrania, de la región del Volga y de Siberia occidental se alzaron contra la dictadura del partido bolchevique. Las demandas de los amotinados, huelguistas y luchadores de las ciudades eran sustancialmente las mismas. Deseaban una democracia multipartidista y que se pusiera fin a la requisa de grano. La revuelta del campesinado de la provincia de Tambov devolvió por fin la cordura al Politburó y el 8 de febrero de 1921 sus miembros decidieron un cambio crucial en la política. La requisa de grano se reemplazaría con un impuesto gradual en especie. Se permitiría a los campesinos vender el resto de su cosecha en los mercados locales. Esta Nueva Política Económica extraería la astilla del descontento rural y permitiría al Ejército Rojo sofocar las rebeliones. No habría concesiones políticas: el objetivo era salvar el estado soviético tal como existía de la destrucción. Se nombró una comisión para

esbozar una política integral que se discutiría en el x Congreso del Partido. No hubo discusiones en el Politburó. Era necesario que se cambiaran las medidas para evitar el desastre.

El Congreso del Partido, que empezó el 8 de marzo, fue sorprendentemente tranquilo. La Nueva Política Económica (o NEP) en su forma primitiva fue aprobada sin discusión y los leninistas ganaron sin dificultad el debate sobre los sindicatos. Stalin organizó la facción cuando sus partidarios llegaron a Moscú. Las críticas provenientes de la Oposición Obrera fueron fácilmente rebatidas; ni Alexandr Shliápnikov ni Alexandra Kollontai lograron influir en el Congreso con su defensa de que la clase obrera tuviera una influencia más directa sobre la política del Kremlin y sobre las condiciones de los lugares de trabajo. La causa de esta victoria fácil de la facción de Lenin tuvo poco que ver con el prestigio de Lenin o con la astucia de Stalin[2]. El 28 de febrero la guarnición naval de Kronstadt, a 35 millas de la costa de Petrogrado, había iniciado un motín. Esos marineros habían estado entre los más fervientes defensores del Partido en 1917. El motín obligó al Congreso a reconocer que todo el régimen soviético estaba fundamentalmente amenazado. Los delegados del Congreso se ofrecieron como voluntarios para unirse a las tropas enviadas para reprimir a los marineros de Kronstadt. Trotski dirigió la ofensiva militar sobre Kronstadt. La unidad era esencial. Lenin prácticamente no tuvo oposición cuando declaró que la NEP —un repliegue desde el sistema económico de los años de la Guerra Civil que iba a ser conocido como «comunismo de guerra»— debía estar acompañada de medidas políticas drásticas. No se permitiría la actividad de facciones en el partido y se pidió que se disolvieran todas las facciones existentes.

Después del Congreso, Lenin le pidió a Stalin que asegurara el control del grupo de Lenin sobre el aparato central del partido. Debido a sus otras obligaciones —en el Politburó, el Orgburó, el Comisariado del Pueblo para Asuntos de las Nacionalidades y la Inspección de Obreros y Campesinos— ésta no iba a ser su tarea primordial, pero incrementaría sustancialmente su ya pesada carga de trabajo. Aceptó a regañadientes supervisar el Departamento de Agitación y Propaganda del Secretariado del Comité Central[3].

Sin embargo, este aspecto de la actividad política era vital para un partido dirigente en un estado entregado a imponer una sola ideología. Entre los problemas estaba el gran número de instituciones involucradas. La más influyente era el Comisariado del Pueblo para la Instrucción, cuya principal representante era la esposa de Lenin, Nadezhda Krúpskaia. Molesta por el intento de Stalin de reafirmar la autoridad del partido, apeló a Lenin. Stalin escribió a Lenin sin rodeos[4]:

> De lo que se trata aquí es o de un malentendido o de una concomitancia casual (…) Interpreto la nota que envió hoy a mi nombre (al Politburó) como una pregunta acerca de si voy a dejar el Departamento de Agitación y Propaganda. Usted recordará que este trabajo en agitación y propaganda *me fue impuesto* (yo no lo buscaba), de lo que se sigue que no debería objetar a mi propio cese. Pero si me está haciendo esta pregunta *precisamente ahora*, en relación con los malentendidos señalados más arriba, se pone usted y me pone a mí en una posición desagradable —Trotski y los otros van a pensar que lo hace «en favor de Krúpskaia» y que está buscando una «víctima», que yo estoy dispuesto a ser la «víctima», etc.—, lo cual no es deseable.

A Stalin se le acababa la paciencia. Era obvio en su petición simultánea de abandonar el cargo en el Comisariado del Pueblo para los Asuntos de las Nacionalidades[5]. Quería y necesitaba ser apreciado.

Pedir la dimisión era su forma habitual de señalarlo. Lenin entendió el mensaje y dio un paso atrás. Stalin era un miembro de su equipo demasiado importante como para permitirle que se marchara.

Lenin desconfiaba de Trotski después de la disputa acerca de los sindicatos. También le preocupaba que Trotski deseaba aumentar la influencia de la planificación económica del estado en la NEP. Trotski no era el único problema de Lenin; toda la cúpula central le complicaba la vida. Cuando incluso el jefe del movimiento de sindicatos soviéticos, Mijaíl Tomski, se negó a seguir la línea del partido, Lenin pidió que se le expulsara del Comité Central[6]. El grupo dirigente no había sido tan

proclive a la división desde 1918. Cuando la petición de Lenin fue desechada, él estaba fuera de sí y no le importó decirlo. El empeoramiento de la salud de varios de sus camaradas, ya que el inmenso desgaste físico de los años recientes había pasado factura, agravó la situación. Zinóviev tuvo dos ataques al corazón. Kámenev sufría de una enfermedad cardíaca crónica. Bujarin había estado muy débil y Stalin sufrido de apendicitis. En ausencia de estos firmes partidarios de la NEP, Lenin tuvo que poner en práctica solo las medidas decididas por el Politburó[7]. Estaba ansioso por tener de nuevo a Stalin a su lado. Después de haberlo reclutado para la causa leninista cuando se produjo la disputa sobre los sindicatos, Lenin apoyó una propuesta para convertirlo en secretario general del Partido Comunista Ruso.

El año en que Mólotov estuvo a cargo del Secretariado no había sido un éxito[8]; en realidad, desde la muerte de Sverdlov en marzo de 1919, nadie había estado a la altura del puesto[9]. Lenin estaba decepcionado. Él y Mólotov solían conspirar en las reuniones del Comité Central. Tras hacerle llegar un mensaje a Mólotov, ordenaba: «Usted va a dar un discurso. Bien, ¡hable con tanta dureza como pueda contra Trotski!». Y añadía: «¡Rompa esta nota!». A esto seguía una furibunda pelea entre Mólotov y Trotski, quien sabía que Mólotov actuaba cumpliendo órdenes[10]. El mismo Lenin tuvo problemas de salud en 1921. Dudaba de la habilidad de Mólotov para refrenar a Trotski durante su ausencia. Lenin concluyó que era necesaria una mano más firme en el Orgburó y en el Secretariado.

En esta atmósfera se propuso informalmente la candidatura de Stalin como secretario general del partido, con Viacheslav Mólotov y Valerián Kúibyshev como secretarios auxiliares, en el XI Congreso del Partido en marzo-abril de 1922. Yevgueni Preobrazhenski, uno de los aliados de Trotski, vio lo que se avecinaba. Ocupando el estrado, criticó la cantidad de puestos en manos de Stalin[11]. Preobrazhenski se quejaba del modo en que Stalin acumulaba un excesivo poder central, pero sobre todo sostenía que alguien con tantos puestos no podría desempeñar todas sus funciones con eficacia. En cualquier caso, no hubo ninguna decisión formal en el Congreso acerca del Secretariado General y, cuando el asunto fue discutido en el siguiente pleno del Comité Central, el 3 de abril, se presentó la queja

de que Lenin y sus colaboradores más cercanos se habían adelantado al debate acordando elegir a Stalin para el puesto. Al parecer, Lenin había escrito «Secretario General» junto al nombre de Stalin en la lista de candidatos que presentó para las elecciones al Comité Central[12]. Pero Kámenev puso calma y la designación de Stalin fue confirmada con la condición de que delegara mucho más en sus ayudantes de la Inspección de Obreros y Campesinos (o Rabkrin) y en el Comisariado para Asuntos de las Nacionalidades. El partido tenía que ser lo primero[13].

Por lo general se ha supuesto que Stalin fue destinado a una oficina porque era un burócrata experimentado con una capacidad poco habitual para no aburrirse con el trabajo administrativo. Los hechos no apoyan esta hipótesis. Fue editor de *Pravda* en 1917 y un íntimo colaborador de Lenin en el diseño de políticas inmediatamente después de la Revolución de octubre. Había pasado la mayor parte de la Guerra Civil como comisario político. Estuvo en las campañas militares de Ucrania y Polonia en 1920 y, aunque tenía responsabilidades en Moscú, en el Orgburó del partido, en el Comisariado del Pueblo para Asuntos de las Nacionalidades y en el Rabkrin, nunca había tenido demasiado tiempo para dedicarles. Lo que es más, Stalin era conocido por su resistencia al cansancio en las interminables reuniones administrativas de la capital. Pero, desde luego, tuvo que tragarse muchas, lo mismo que Lenin, Kámenev, Zinóviev, Trotski y otros líderes. Estaban a la cabeza de un estado que todavía no se había consolidado. A menos que se ocuparan de la puesta en práctica y la supervisión de las decisiones administrativas tanto como de la política, el estado caería antes de ser construido. La razón por la que Lenin eligió a Stalin fue menos de orden administrativo que político. Quería que uno de sus aliados ocupara un puesto crucial para el mantenimiento de sus políticas.

Lenin insistió en que el Secretariado General no era equivalente a la dirigencia suprema del partido y en que el partido nunca había tenido un presidente[14]. Pero hablaba con comedimiento. Lo que en realidad quería dejar en claro era que él seguiría siendo el único líder dominante. Lenin y Stalin habían reñido muchas veces antes, durante y después de la Revolución de octubre[15]. Esta era la norma en el Comité Central. Pero Lenin confiaba en que no perdería el control de las cosas.

Stalin estaba de acuerdo con las amplias líneas de la NEP. No se consideraba un mero administrador y exponía libremente sus opiniones en los distintos debates que tenían lugar en el seno de la dirección. En contra de sus descripciones posteriores, su cautela en política exterior no le hizo abstenerse por completo de correr riesgos en el extranjero. Incluso después del Tratado Anglo-Soviético en marzo de 1921, favoreció el envío de provisiones e instructores militares a Afganistán con el objetivo de socavar el poder del Imperio británico[16]. También siguió considerando a los nuevos estados bálticos —especialmente Letonia y Estonia— como territorios arrebatados a Rusia de forma ilegítima, «que forman parte de nuestro arsenal como elementos integrales y vitales para la recomposición de la economía de Rusia»[17]. Es falsa la idea de que a Stalin no le habría importado que el estado soviético se mantuviera permanentemente aislado. Aceptaba este aislamiento como un hecho de la vida militar y política que todavía no podía ser modificado. Consideraba que, en una situación así, concernía al Politburó continuar con la reconstrucción de posguerra lo mejor que pudiera hasta el momento en que surgieran mejores oportunidades para la revolución en el extranjero. Esta siguió siendo su actitud durante los años posteriores.

Pero Stalin, al igual que Lenin, deseaba evitar problemas en el futuro inmediato. Lenin vio una oportunidad de llegar a un entendimiento con Alemania. Se habían entablado conversaciones entre las potencias europeas en Génova, en el norte de Italia. La RSFSR y Alemania fueron tratadas como parias, y Lenin intentó un acercamiento para que ambos países firmaran un tratado comercial por separado. El tratado se ratificó plenamente en la cercana localidad de Rapallo en abril de 1922. Ambos estados tenían más en mente que el mero comercio. Alemania, a la que el Tratado de Ver-salles impedía rearmarse, acordó probar equipamientos militares y entrenar unidades del ejército en secreto en suelo soviético. Otros miembros del Politburó, especialmente Zinóviev, eran reacios a aceptar que «el despertar revolucionario» se había apagado en Europa. Pese al Tratado de Rapallo, en 1923 la Comintern, a instancias de Zinóviev, alentó un levantamiento armado contra el gobierno alemán en el sexto

aniversario de la toma del poder por parte de los bolcheviques en Petrogrado. Stalin no tuvo nada que ver con tales aventuras.

Sin embargo, el acuerdo de trabajo entre Lenin y Stalin ya había tenido que soportar una dura prueba con ocasión del súbito deterioro de la salud de Lenin el 25 de mayo de 1922, cuando tuvo un ataque masivo mientras se recuperaba de la operación a la que había sido sometido para extraer la bala alojada en su cuello desde el atentado contra su vida en agosto de 1918. Lenin perdió la movilidad del lado derecho del cuerpo; no podía hablar claramente y obviamente había perdido algo de lucidez mental. Varios médicos, incluyendo los bien remunerados especialistas traídos de Alemania, se consultaban entre ellos acerca de la naturaleza de la enfermedad de Lenin. Las opiniones estaban divididas. Entre las posibilidades que se consideraban estaban una enfermedad cardíaca hereditaria, la sífilis, la neurastenia e incluso los efectos de la reciente operación en el cuello. Había veces en que Lenin perdía toda esperanza y pensaba que «su canción había terminado». Pero, ayudado por su esposa Nadia y su hermana María Uliánova, se fortalecía psicológicamente. Los visitantes que le mantenían al tanto de los asuntos públicos eran bienvenidos.

Como secretario general, Stalin era su visitante más asiduo. No era un amigo. Lenin no lo tenía en gran estima al margen de la política. Le dijo a María que Stalin «no era inteligente». También dijo que Stalin era «asiático». Tampoco podía soportar el modo en que Stalin chupaba su pipa[18]. Lenin era un hombre maniático típico de su clase profesional; esperaba que los camaradas se comportasen con la cortesía de la clase media europea. Empezó a usar expresiones que aludían a un sentimiento de superioridad nacional. Stalin no era meramente un georgiano, sino un oriental, un no europeo y, por lo tanto, un inferior. Lenin no era consciente de sus prejuicios, que surgían sólo cuando tenía la guardia baja. Estos prejuicios contribuyeron a que hasta entonces no se hubiera dado cuenta de que Stalin podría ser el principal candidato a sucederle. Cuando pensaba en el poder dentro de los partidos, Lenin tenía la tendencia a suponer que solamente aquellos con buenos fundamentos doctrinales tenían posibilidades. Daba por sentado que las únicas figuras que merecían

consideración en cualquier partido eran sus teóricos. El ejemplo clásico era su obsesión con Karl Kautsky. Tanto antes como durante la Gran Guerra, sobrevaloró la influencia de Kaustsky en el movimiento marxista alemán. Aunque Kautsky era una figura influyente, estaba muy lejos de moldear las políticas del Partido Socialdemócrata Alemán[19].

En cualquier caso, Stalin era el intermediario entre Lenin y el distante mundo de la política del Kremlin mientras estaba convaleciente en el pueblo de Gorki, 20 millas al sur de Moscú. Cuando Stalin acordaba ir allí para mantener una conversación, Lenin solía decirle a su hermana María que consiguiera una botella de vino decente para el invitado. Stalin era un hombre muy ocupado; había que tratarlo apropiadamente. Recientemente María había estudiado fotografía para retratar a Lenin y también le fotografió con Stalin durante una de sus frecuentes visitas[20]. Los dos se llevaban bien y se sentaban en la terraza para conversar. En otras circunstancias, algunos asuntos se habrían resuelto a favor de Lenin en el Comité Central, pero su ausencia le obligaba a confiárselos a Stalin. Sin embargo, una petición estremeció a Stalin. Antes de su ataque Lenin le había pedido que le consiguiera veneno para poder suicidarse si llegaba a quedar paralizado. El 30 de mayo volvió a pedírselo. Stalin salió de la habitación. Bujarin estaba fuera. Los dos consultaron a María. Acordaron que Stalin, en lugar de negarse rotundamente, volvería con Lenin y le diría que los médicos presentaban diagnósticos optimistas, por lo que el suicidio estaba totalmente fuera de lugar[21]. El episodio quedó atrás y Stalin retomó sus viajes para mantener a Lenin al tanto de la política en la capital[22].

Lenin era un enfermo cascarrabias y buscaba la ayuda de Stalin para quitarse de encima a los médicos que le fastidiaban[23]:

> Si ha dejado a Klemperer aquí, entonces yo recomiendo cuando menos: 1) deportarlo de Rusia no después del viernes o sábado junto con Forster, 2) encomendar a Ramónov, Levin y otros que se sirvan de estos médicos alemanes y los sometan a vigilancia.

Trotski elogió la «vigilancia» de Lenin pero —como todo el Politburó— votó en contra de la petición. Otros ochenta líderes bolcheviques estaban siendo tratados por los alemanes. La deportación habría sido una medida ridícula[24]. Los caprichos de Lenin aumentaban. Exasperado por el rechazo de sus camaradas a acceder a sus preferencias sobre política, propuso una reorganización total del Comité Central. Su absurda sugerencia fue echar a la mayoría de los miembros. Los veteranos debían ser destituidos inmediatamente y reemplazados por Viacheslav Mólotov, Alexéi Rykov y Valerián Kúibyshev. No sólo Stalin sino también Trotski, Kámenev y Zinóviev quedarían fuera[25].

Lenin se sentía frustrado por la debilidad física y la inactividad política. Sus diatribas surgían de la irritación que le provocaba lo que oía acerca de las desviaciones de la política oficial. A cada momento se encontraba con que Stalin estaba en desacuerdo con él. Había estado madurando un debate acerca del comercio exterior desde noviembre de 1921[26]. Aunque Lenin había promovido la expansión del sector privado bajo la NEP, impulsó el monopolio del estado sobre las importaciones y exportaciones comerciales. Otros miembros del Comité Central, liderados por el comisario de finanzas Sokólnikov y apoyados por Stalin, consideraban que esto era impracticable. Sokólnikov tenía un argumento. La débil burocracia estatal era incapaz de aprovechar todas las oportunidades para el comercio exterior. Las fronteras no estaban eficazmente controladas; los contrabandistas hacían negocios sin que nadie se lo impidiera y sin pagar impuestos a las autoridades. Si el propósito de la NEP era regenerar la economía, entonces autorizar que se ampliaran los límites de los contratos privados de comercio exterior contribuiría a ello. Lenin no quiso escuchar. Para él convertir el estado soviético en una fortaleza económica contra la infiltración de influencias extranjeras no supervisadas había llegado a ser un artículo de fe.

Lenin tenía que buscar amigos fuera de su entorno anterior. Sokólnikov estaba con él. También le apoyaba firmemente el comisario del pueblo para el Comercio Exterior, Lev Krasin; pero Krasin tenía poco peso en el Comité Central. El defensor de una posición similar a la de Lenin con mayor influencia era de hecho la misma persona que había argumentado que Lenin

había apartado en exceso el desarrollo de la economía del país de la regulación del estado: Trotski.

La creciente alianza de conveniencia entre Lenin y Trotski surgió muy lentamente. Por ambas partes persistía la sospecha sobre las actuales medidas económicas. Pero en el verano de 1922, cuando los debates constitucionales sobre el futuro del estado soviético llegaron a un punto crítico, surgió otro asunto que influyó entre tanto en las inestables relaciones entre Lenin y Stalin. A Lenin le parecía fundamental que las repúblicas soviéticas establecidas desde 1918 se unieran en términos de igualdad en una estructura federal. Formalmente, debía darse la impresión de que, aunque el estado fuera administrado desde Moscú, los dirigentes comunistas rechazaban toda inclinación hacia el «Chovinismo Granruso». La RSFSR, por vasta que fuera, no sería sino una república soviética más junto con Ucrania, Bielorrusia y la Federación Transcaucásica. Lenin quería un nuevo estado federal que se llamara Unión de Repúblicas Soviéticas de Europa y Asia. Ésta siempre había sido su meta (lo había explicado en su correspondencia confidencial con Stalin a mediados de 1920)[27]. Lenin no tenía la intención de restar influencia a los bolcheviques en la Comintern. Pero su objetivo a medio plazo era genuinamente internacionalista, y pensaba que el nombre y la estructura del proyectado estado federal deberían reflejarlo.

Stalin, sin embargo, deseaba extender la RSFSR a todo el territorio ocupado por las repúblicas soviéticas y otorgar a Ucrania, Bielorusia y el Transcáucaso el mismo estatus de «repúblicas autónomas» de la RSFSR que a la República Autónoma Socialista Soviética de Bashkiria. El estado seguiría siendo designado como RSFSR. Stalin podía argumentar que sólo estaba proponiendo lo que los bolcheviques siempre habían dicho que su estado socialista proporcionaría: la «autonomía regional». Lenin y Stalin habían afirmado durante mucho tiempo, desde antes de la Gran Guerra, que ésta sería la solución del partido a las reivindicaciones de las «minorías nacionales». Stalin quería evitar que en las repúblicas soviéticas se otorgaran privilegios a aquellas naciones que daban nombre a cada una de las repúblicas. Por esta razón había propuesto que las repúblicas soviéticas formadas en Azerbaiyán, Armenia y Georgia en 1920 y 1921 se uniesen a la

RSFSR en una Federación Transcaucásica. Éste era un mecanismo para impedir que los nacionalismos locales se les fueran de las manos como había sucedido en los años anteriores. Consideraba que la propuesta de Lenin de una estructura federal formal conllevaba en potencia la capacidad de minar todo el orden estatal. Con su típica brusquedad, lo desestimó como «liberalismo».

Stalin seguía haciendo planes para la «autonomización». Sus colaboradores Serguéi Kírov y Sergo Ordzhonikidze presionaron con éxito a los líderes comunistas de Azerbaiyán y Armenia para que aprobaran este proyecto en septiembre de 1922. Lo mismo hizo el Comité Regional Transcaucásico[28]. Pero el Comité Central Georgiano, al que siempre había disgustado el proyecto y que sabía que esto disminuiría aún más su baja popularidad en Georgia, lo rechazó. También había indicios de que las direcciones comunistas ucraniana y bielorrusa —e incluso, de un modo discreto, la armenia— lo aceptarían sólo muy a regañadientes[29]. Stalin contraatacó sosteniendo que, si no se seguía su propuesta, esto significaría la continuación del «puro caos» en el gobierno soviético[30]. Presentó su proyecto a una comisión del Orgburó el 23 de septiembre[31]. Lenin, que habló directamente con Stalin el 26 de septiembre, tuvo noticia de ello[32]. Insistió en que debían hacerse cambios en el borrador aceptado por la comisión del Orgburó. Pidió que se abandonara la idea de la «autonomización». De nuevo Lenin defendía una Unión de Repúblicas Soviéticas de Europa y Asia, y seguía insistiendo en que Rusia (en la forma de RSFSR) debía unirse a esta federación en pie de igualdad con las otras repúblicas soviéticas[33].

Lenin había obtenido información de Budu Mdívani y otros comunistas georgianos. Stalin estaba perdiendo el control de la situación. Mdivani había sido previamente apoyado por Stalin; gracias a él se convirtió en presidente del Comité Revolucionario Georgiano en julio de 1921 en lugar de Pilipe Majaradze, crítico con Stalin en el interior del partido[34]. Lenin empezó a ponerse del lado de los líderes comunistas georgianos cuando éstos estaban en desacuerdo con Stalin. Sin embargo, Lenin no apoyaba por completo la línea de Mdivani. Todavía apoyaba a Stalin en la necesidad de una Federación Transcaucásica como mecanismo para sofocar las

manifestaciones de nacionalismo en el sur del Cáucaso; y Stalin, por su parte, se retractó de su propuesta de que la RSFSR «autonomizara» a las otras repúblicas soviéticas. Lo hizo a su pesar: cuando Kámenev le recomendó una solución de compromiso, replicó: «Lo que hace falta, según mi punto de vista, es firmeza con Ilich». Kámenev, que conocía a Lenin, puso reparos y sostuvo que eso simplemente empeoraría las cosas. Finalmente Stalin le dio la razón a Kámenev: «No sé. Que haga lo que crea razonable»[35]. El nombre acordado para el estado sería Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS). A Stalin no le agradaba la idea, pero dejó de hacer objeciones.

Tenía motivos para sentirse abandonado por Lenin. Los asuntos que los separaban no eran de importancia fundamental, a pesar de lo que Lenin dijo en el momento (y a pesar de lo que los historiadores han escrito después)[36]. Stalin y Lenin básicamente estaban de acuerdo en política. Ninguno cuestionaba las ventajas de un estado de partido único, su monopolio ideológico o su derecho de usar métodos dictatoriales o terroristas. Estaban de acuerdo en la necesidad provisional de la NEP. También habían alcanzado un acuerdo implícito en que Stalin tenía la importante tarea en el aparato central del partido de bloquear el avance de los trotskistas y fortalecer el orden administrativo en su conjunto. Lenin le había encomendado esas tareas. Stalin también había sido el camarada en quien había confiado cuando quiso suicidarse. Cada vez que hacía falta rigor o autoridad, Lenin habia recurrido a él. Nunca los dividió una cuestión de principios básicos, y habían trabajado muy bien juntos desde la disputa de los sindicatos. Lenin se había comportado de un modo extraño en el verano de 1922, antes de reñir con Stalin. Pero era Stalin el que tenía que tratar con él. Sus dificultades con Lenin habrían puesto a prueba la paciencia de un santo.

Sus discusiones sobre Georgia y sobre el monopolio estatal en el comercio exterior tocaban asuntos de importancia secundaria. Lenin no abogaba por la independencia de Georgia; sus alegatos en favor de los comunistas georgianos se referían al grado de autonomía que se les debía conceder: era casi una disputa acerca de cosmética política. Stalin también tenía razón en que el régimen comunista georgiano había estado lejos de ser

ecuánime en su trato hacia los no georgianos. La Federación Transcaucásica era un proyecto plausible para evitar la opresión nacional en Georgia, Armenia y Azerbaiyán. La disputa acerca del comercio exterior tampoco estaba en absoluto cerca de definirse claramente, como Lenin sostenía. El monopolio del estado no había logrado disminuir el aumento del contrabando y la especulación; y Stalin y sus partidarios sostenían que esto conducía a una pérdida de ingresos estatales. Sin embargo, aunque Stalin estaba molesto por las intervenciones de Lenin, no podía impedir que el Viejo del Bolchevismo siguiera haciendo y deshaciendo a su antojo mientras se lo permitieran sus condiciones físicas.

NACIÓN Y REVOLUCIÓN

A Stalin le mortificaba que Lenin se hubiera vuelto contra él en lo concerniente a la cuestión nacional. Su colaboración para resolver este asunto había comenzado antes de la Gran Guerra, y Lenin no habría podido arreglárselas sin él. Aunque Stalin no buscaba gratitud, tenía motivos para esperar un intercambio de opiniones más razonable. Sus desacuerdos en materia de política no eran nuevos[1], pero ambos habían coincidido en la orientación estratégica del gobierno en el estado soviético multinacional. Stalin era comisario del pueblo para Asuntos de las Nacionalidades y el especialista del Politburó en el tratamiento de asuntos tocantes a la nacionalidad, religión y límites territoriales durante la Guerra Civil. Al término de sus obligaciones militares, mantuvo el control sobre las decisiones en materia de nacionalidades. Cuando la dirección comenzó a planear la estructura constitucional permanente del país, se le dio un papel principal. La tarea se abordó seriamente en 1922.

El Sovnarkom había establecido desde tiempo atrás su punto de vista sobre varios aspectos de la política «nacional». Se permitía que los no rusos tuvieran sus propias escuelas y prensa y los jóvenes prometedores, partidarios de los bolcheviques y provenientes de todos los grupos étnicos y nacionales, eran instruidos para ocupar posiciones políticas de relevancia. Stalin supervisaba la política aunque, durante la Guerra Civil, con frecuencia estuvo fuera de Moscú. Las reuniones del colegio del Comisariado del Pueblo para Asuntos de las Nacionalidades habían sido caóticas durante su ausencia. A veces también eran ruidosas y extremadamente largas cuando él estaba presente. Su asistente Stanisíaw Pestkowski recordaba[2]:

> Apenas sorprende que algunas veces perdiera la paciencia. Pero en ninguna ocasión lo hizo manifiesto durante las reuniones. En los momentos en que su cuota de paciencia se agotaba como resultado de nuestras interminables discusiones en nuestros encuentros, solía esfumarse repentinamente. Lo hacía con extraordinaria habilidad. Solía decir: «Vuelvo en un momento». Entonces acostumbraba a desaparecer de la sala, salía y se escondía en alguno de los cuchitriles del (Instituto) Smoiny o del Kremlin.

Todavía no había llegado el momento en que la previsión de que Stalin pudiera estar descontento hacía que todos se echaran a temblar. Stalin no era entonces sino un dirigente bolchevique más entre tantos. Sólo Lenin, con su mayor prestigio personal, podía quitarse de encima a los bribones de la oposición.

Cuando Stalin se hartaba se iba sigilosamente del Sovnarkom (he ahí el mito del gran burócrata de inagotable paciencia). Pestkowski, que conocía los hábitos de Stalin mejor que la mayoría, solía recibir instrucciones de sacarle de su guarida: «Fui a buscarle un par de veces al apartamento del camarada-marino Vorontsov, donde Stalin, recostado en un diván, estaba fumando su pipa y pensando en sus ideas»[3]. Había ocasiones en que Stalin anhelaba que se le reasignara a los frentes de la Guerra Civil para deshacerse de la palabrería del Comisariado.

En cualquier caso, las decisiones fundamentales acerca de la cuestión nacional las tomaba la dirección central del partido. Mientras el Ejército Rojo reimponía la autoridad central sobre las regiones periféricas del antiguo Imperio ruso, la dirección del Kremlin necesitaba clarificar y diseminar su política para captar al máximo las simpatías de los no rusos. Era una tarea difícil. En 1917 habían sido los obreros y soldados de Rusia quienes habían votado con más fuerza a favor de los bolcheviques. Arrasando y saqueando el Ejército Rojo no logró erradicar las sospechas acerca del imperialismo ruso, y el torrente de decretos provenientes del Comisariado del Pueblo para Asuntos de las Nacionalidades tardó en tener un efecto positivo. A esto se añadió un problema causado por la situación internacional. Aunque los aliados occidentales se retiraron del antiguo

Imperio ruso a finales de 1919, las potencias regionales de Europa del Este y de Asia occidental seguían suponiendo una amenaza militar y al Politburó le preocupaba que Gran Bretaña y Francia pudieran utilizar a esas potencias para derrocar al comunismo ruso. Se temía a Turquía, Finlandia y Polonia, a los que se veía como potenciales invasores. En estas circunstancias, en 1919 el Comité Central y el Politburó establecieron estados soviéticos independientes en Ucrania, Lituania y Bielorrusia, y en 1920 en Azerbaiyán, Armenia y Georgia. Los dirigentes comunistas de Moscú confiaban con probar así que su apoyo a la autodeterminación nacional era auténtico.

La división de Azerbaiyán, Armenia y Georgia en estados separados se había producido debido a las enemistades entre las naciones de la Federación Transcaucásica antibolchevique, establecida después de la Revolución de octubre. Antes de que el partido musavatista panturco llegara al poder en Bakú en 1918 no había existido formalmente un lugar que se denominara Azerbaiyán[4]. Las fronteras de Azerbaiyán, Armenia y Georgia siguieron estando en litigio al principio de la administración soviética. Sin embargo, habían adquirido una primitiva administración estatal. Los bolcheviques invasores tenían la intención de construir sobre esa base.

Había sido Stalin quien redactó los decretos que reconocían a las repúblicas soviéticas de Estonia, Letonia y Lituania en diciembre de 1918[5]. Lo aceptó como una situación temporal; más tarde se referiría a ello como una política de «liberalismo nacional»[6]. La puesta en práctica era difícil. Escaseaban los líderes y activistas bolcheviques locales, y a menudo los bolcheviques que venían de allí eran judíos, en lugar de ser de la nacionalidad titular. Stalin tomaba parte en la discusión, aunque no podía asistir a las sesiones en la capital. Se le dio el derecho de veto personal sobre la designación de la organización Hümmet como el nuevo Partido Comunista de Azerbaiyán. Se consideraba que sólo Stalin sabía si se podía confiar en los hümmetistas como poder territorial[7]. A medida que la Guerra Civil llegaba a su fin, se planteaba la cuestión acerca de una futura organización constitucional permanente. Stalin no tenía dudas. Hasta entonces había habido tratados bilaterales entre la RSFSR y las repúblicas soviéticas. Se habían inclinado a favor de la hegemonía de la RSFSR, y en

todos los casos el Comité Central del partido controlaba a los partidos comunistas de las otras repúblicas[8]. La existencia de un estado centralizado administrado desde Moscú ya era una realidad. Stalin quería colocar las estructuras gubernamentales en línea con las del partido incorporando a las repúblicas soviéticas a la RSFSR.

Inicialmente lo hizo. El «tratado de unión» negociado entre la RSFSR y la República Socialista Soviética de Ucrania después de la Guerra Civil unificó sus respectivos Comisariados del Pueblo para asuntos militares, económicos y de transporte —y se les concedió autoridad a los Comisariados del Pueblo de la RSFSR sobre los ucranianos—. Sin embargo, el Comité Central paró en seco la aprobación del objetivo fundamental de Stalin de una incorporación global[9]. Kámenev fue el principal oponente en esa ocasión. Pero Lenin también comenzó a criticarla. Se abría una brecha en la duradera colaboración entre ambos. De su análisis de la Guerra Civil, Lenin había sacado la conclusión de que las concesiones constitucionales formales a los territorios fronterizos debían mantenerse. Lo que Stalin quería era expandir la RSFSR y convertir a Ucrania en una de las «repúblicas autónomas» interiores. Se avecinaba una formidable disputa.

El establecimiento de repúblicas autónomas había comenzado durante la Guerra Civil, y esta política se había puesto en práctica plenamente desde 1920, cuando el principio nacional-territorial de gobierno local se extendió a los bashkires, tártaros, kirguises, chuvashes, maris, calmucos, votiacos y finlandeses de Karelia[10]. Esto no se logró sin controversias. La concesión de autoridad a los grupos nativos nacionales y étnicos disgustó a los habitantes rusos de regiones autónomas y de provincias, que tenían la sensación de que se los reducía al estatus de ciudadanos de segunda clase de la RSFSR. Incluso el Politburó llegó a ser visto como el órgano que impulsaba la mejora de las condiciones de los no rusos. No pocas ciudades de población mayoritariamente rusa fueron incluidas en una república autónoma con la finalidad específica de que la república pudiera tornarse autosuficiente económica y administrativamente[11]. Todo esto llevó a complicadas discusiones en Moscú y rara vez pudieron ofrecerse respuestas fáciles. Los bolcheviques estaban tratando de desimperializar un antiguo imperio sin permitir su desintegración en estados-nación separados. No

había modelos para copiar. Estaban estableciendo un precedente, y Stalin era reconocido por el Politburó como el especialista en la materia.

Su participación fue a menudo problemática. La República Tártaro-Bashkiria, instalada en la RSFSR en 1919, pronto se fue al traste. Los tártaros y los bahskires no eran los mejores amigos, y a los residentes locales rusos no les agradaba sentirse excluidos de una posición influyente. La violencia interétnica asoló toda la región. Hubo que enviar al Ejército Rojo para restablecer el orden y Stalin decidió con razón que los tártaros y los bashkires deberían haber constituido unidades nacionales y territoriales separadas. La orientación básica de la política se mantuvo. Stalin siguió estableciendo repúblicas autónomas aunque esto significara ofender a la población rusa local[12].

Ninguna región le presentó problemas tan complicados como su Cáucaso natal. La mezcla étnica era intensa —tanto al norte como al sur de la cadena montañosa— y las rivalidades crónicas, enormes. Stalin no podía manejar esta situación exclusivamente desde el Kremlin y el 14 de septiembre el Politburó le asignó una misión en el norte del Cáucaso. Después de las decepciones de la guerra polaco-soviética, se le otorgaba un amplio margen de iniciativa[13]. Era el tipo de misión que más le agradaba. Al llegar a la región, aprobó la existencia de la República de la Montaña: le gustaba la capacidad que ésta tenía de unir a chechenos, osetios, kabardos y otros. Pero no incluyó a los cosacos[14]. Muchos de los problemas en el norte del Cáucaso derivaban de la práctica imperial de establecer cosacos, descendientes de los campesinos rusos fugitivos, en pueblos y pequeñas ciudades como un medio de controlar a las naciones aborígenes. Stalin alardeaba ante Lenin en octubre de 1920 de que él había impuesto «un castigo ejemplar a varios asentamientos cosacos» por sus actividades rebeldes[15]. Pese a la reputación que adquirió después, Stalin no tenía especial afecto por los rusos y el hecho de que continuara con la limpieza étnica de los cosacos lo reflejaba[16].

Al asistir al Congreso de los Pueblos del Terek en noviembre de 1920, Stalin consideró arreglos constitucionales futuros[17]:

> ¿Qué clase de autonomía se le va a dar a la República de la Montaña? (…) La autonomía puede ser diversa: hay una autonomía administrativa tal como la que poseen los karelios, los cheremíes, los chuvashes y los alemanes del Volga; también hay autonomía política como la que tienen los bashkires, los kirguises y los tártaros. La autonomía de la República de la Montaña es política.

Claramente quería decir que a los pueblos del norte del Cáucaso no sólo se les permitiría gestionar sus propias unidades territoriales sino también perseguir sus intereses nacionales étnicos dentro de ellas.

Stalin explicó su política en el X Congreso del Partido en marzo de 1921, cuando presentó el debate sobre la cuestión nacional. Su discurso comparaba Europa occidental, donde los estados-nación eran la norma, con Europa oriental, donde los Románov, los Habsburgo y los Hohenzollern habían regido vastos estados multinacionales. Stalin exageró la homogeneidad nacional de los estados occidentales, pero tenía razón en que la mezcla de naciones era mucho más densa en el Este. En cualquier caso, declaró que la lucha anti-imperial se había intensificado después de la Gran Guerra, cuando Turquía en particular apoyaba movimientos de liberación nacional en las colonias de las potencias europeas. Pero al parecer sólo la Rusia soviética podía hacer algo práctico. Stalin declaró[18]:

> La esencia de la cuestión nacional en la RSFSR consiste en eliminar el atraso (económico, político, cultural) de las nacionalidades que ha sido heredado del pasado, a fin de dar la oportunidad a los pueblos atrasados de ponerse a la par con Rusia central en relación al estado, la cultura y la economía.

Señalaba dos peligros. El primero era obvio para cualquiera que, como él, proviniera de los territorios fronterizos del Imperio. Era el «chovinismo del gran poder ruso». El otro era el nacionalismo de los no rusos fuera de Rusia, y Stalin subrayó que era un nacionalismo compartido por los

comunistas locales. El Partido Comunista Ruso tenía que afrontar ambos peligros.

«Bajo el estado federativo soviético —señalaba Stalin— ya no hay ni nacionalidades oprimidas ni dominantes: la opresión nacional ha sido liquidada»[19]. El discurso era atípicamente vago en su contenido. Stalin pudo haber estado demasiado ocupado como para prepararlo apropiadamente porque al mismo tiempo estaba organizando la facción leninista en relación con la controversia sindical. También estaba sufriendo de fuertes dolores en el estómago[20]. Como había demostrado otras veces, tenía una enorme capacidad de trabajo y siempre había logrado reunir la fuerza necesaria para dar un gran discurso. Lo más probable es que, sabiendo con qué rapidez se encendían las pasiones cuando se trataba de la cuestión nacional, intentara apaciguar las cosas.

Si ésta fue su intención, no tuvo éxito. Los críticos se alineaban para atacar. Le reprocharon haber hecho un informe abstracto «fuera del tiempo y del espacio» y apoyarse mucho en las reivindicaciones nacionalistas «pequeño-burguesas», mientras que no luchaba con la fuerza suficiente contra el rusocentrismo[21]. De hecho, Stalin tenía problemas con independencia de lo que dijera. Algunos delegados querían la descentralización y mayor espacio para la auto-expresión nacional. Otros, que querían una firme centralización en Moscú, atacaban la supuesta indulgencia que se había mostrado hacia el nacionalismo desde la Revolución de octubre. El propio Stalin fue acusado de «implantar artificialmente la nacionalidad bielorrusa». Este comentario le hizo enfurecer. Su respuesta fue[22]:

> No es cierto, porque la nación bielorrusa existe; tiene su propia lengua, que es diferente del ruso, en vista de lo cual al pueblo bielorruso sólo le será posible alcanzar un grado más alto de cultura en su propia lengua. Opiniones como ésas se han escuchado hace cinco años sobre Ucrania, sobre la nacionalidad ucraniana. Y no hace tanto que la gente solía decir que la República de Ucrania y la nacionalidad ucraniana eran un invento alemán. Sin embargo, está

claro que la nacionalidad ucraniana existe y que el desarrollo de su cultura constituye un deber de los comunistas.

Stalin no iba a permitir que toda la política desarrollada por él mismo y por Lenin fuera socavada, difamada o desechada.

Sus argumentos eran demográficos y políticos. Predijo que las ciudades ucranianas pronto dejarían de ser rusas cuando rebosaran de ucranianos recién llegados, exactamente del mismo modo que Riga, que antaño había sido una ciudad predominantemente alemana, se había letonizado gradualmente. En segundo lugar, sostuvo que, si se pretendía que el mensaje marxista fuera aceptado en los territorios fronterizos del antiguo Imperio ruso, tenía que ser transmitido en una lengua que fuese comprensible y querida para sus destinatarios. La idea de que Stalin era un «chovinista granruso» en la década de los veinte carece de fundamento. Luchó más que ningún otro líder bolchevique, incluido Lenin, por el principio de que cada pueblo del estado soviético debía tener un ámbito propio de expresión nacional y étnica.

Sin embargo, era enormemente difícil llevar los principios a la práctica. El Cáucaso seguía preocupando al Politburó y cualquier proyecto general que se aplicara a él tendría consecuencias en toda la estructura constitucional del estado soviético (o de los estados soviéticos). Cuando Georgia cayó en manos del Ejército Rojo en marzo de 1921, los bolcheviques habían reclamado para sí la parte del antiguo Imperio ruso que poseerían hasta las anexiones de 1939 y 1940. Polonia había repelido a los rojos en la batalla del Vístula. Estonia, Letonia y Lituania habían abolido sus repúblicas soviéticas y adquirido su independencia. El Politburó estaba decidido a que esto no pasara en el Cáucaso. Las repúblicas soviéticas de Azerbaiyán, Armenia y Georgia habían sido establecidas y Moscú no dejó de incrementar el control sobre la región. Sin embargo, todos los viejos problemas volvían a repetirse aquí. Los bolcheviques veteranos eran pocos y el apoyo popular a los regímenes comunistas era frágil. Las tradiciones religiosas seguían siendo fuertes. Las jerarquías sociales tradicionales persistían tenazmente. Lo que es más, el Ejército Rojo había entrado en una región que había estado desgarrándose por continuos conflictos armados

desde 1918. Había habido guerras a lo largo de todas las fronteras. También se había perseguido a las minorías étnicas y nacionales en el interior de cada estado. Se había perpetrado una limpieza étnica[23]. El Politburó todavía tenía que conseguir un acuerdo definitivo.

Había varias posibilidades. Cada pequeña área podría haberse transformado en una provincia de la RSFSR. Esto habría tenido la ventaja de la nitidez administrativa y del control centralizado. Otra opción habría sido establecer varias repúblicas soviéticas según el modelo de Ucrania durante la Guerra Civil. No sólo Georgia, Armenia y Azerbaiyán, sino también Abjasia, Daguestán, Chechenia y otras partes del norte del Cáucaso podrían haber sido administradas de este modo. Y aún otra posibilidad era resucitar la efímera Federación Transcaucásica de 1918 como entidad prosoviética —y, tal vez, añadirle el norte del Cáucaso—. No existió un plan ni antes ni después de la Revolución de octubre. Aunque entre 1920 y 1921 Stalin llegó a abogar por situar el norte del Cáucaso dentro de la RSFSR, también tenía la intención de mantener las repúblicas soviéticas de Georgia, Armenia y Azerbaiyán mientras las empujaba a entrar en una Federación Transcaucásica (que en sí misma se convertiría en una parte subordinada a la RSFSR). Nunca explicó por qué excluía el norte del Cáucaso de su proyecto para el resto del Cáucaso. Pero probablemente quería que la RSFSR contara con una frontera defensiva que la protegiera de una potencial invasión de los turcos o de los aliados. La razón por la que se inclinaba por una Federación Transcaucásica es fácil de entender: era un medio de asegurar el fin de los conflictos interestatales e interétnicos de la región. No se podía confiar en Georgia, Armenia y Azerbaiyán como repúblicas soviéticas separadas.

En el verano de 1921 Stalin, que había estado recuperándose en Nálchik, al norte del Cáucaso, finalmente hizo un viaje al sur del Cáucaso[24]. Hasta entonces él mismo desde el Kremlin y el Buró Caucásico del Partido, con sede en Tbilisi, habían dirigido los asuntos de la región. Los dirigentes del Buró eran sus amigos Sergo Ordzhonikidze y Serguéi Kírov, y Ordzhonikidze insistía en que la presencia de Stalin era necesaria para resolver los numerosos problemas que les acuciaban[25]. Era su primera visita a Georgia desde la Gran Guerra. No se hacía ilusiones sobre

la clase de recibimiento que le esperaba. Incluso entre los bolcheviques georgianos había muchos a quienes siempre les había desagradado y su identificación con las fuerzas armadas «rusas» de ocupación —el Ejército Rojo-no contribuía mucho a mejorar su imagen entre los georgianos en general. Pero Stalin no se dio por vencido. Si Ordzhonikidze y Kírov, como representantes del Kremlin, no podían hacerlo, Stalin, como miembro del Politburó, adoptaría las decisiones necesarias.

El Buró Caucásico había estado dividido en varios asuntos territoriales. Así como la dirección comunista georgiana seguía presionando sin descanso para que Abjasia se incorporara a la República Soviética de Georgia, en Bakú la dirigencia comunista azerí también reclamaba que Karabagh, un enclave habitado por armenios y colindante con Azerbaiyán, formara parte de Azerbaiyán, a lo que se oponían ferozmente los comunistas de Armenia sobre la base de que Karabagh debía pertenecer a Armenia. Gobernar el Cáucaso no iba a ser fácil después de las guerras entre azeríes y armenios que se habían producido desde 1918. Pero la opinión de Stalin de que había que apaciguar a las autoridades de Azerbaiyán buscaba un equilibrio. El pragmatismo revolucionario era su motivación principal. El Comité Central del Partido en Moscú había dado prioridad total al objetivo de ganar apoyos para la Internacional Comunista en Asia. La indulgencia bolchevique hacia el Azerbaiyán «musulmán» sería percibida con aprobación en los países que hacían frontera con las nuevas repúblicas soviéticas. En cualquier caso, el gobierno turco de Kemal Pasha estaba siendo cortejado por Moscú; los ejércitos turcos habían arrasado Georgia, Armenia y Azerbaiyán en los años inmediatamente anteriores y continuaban siendo una amenaza para la seguridad soviética: el apaciguamiento de Azerbaiyán estaba concebido como un medio efectivo de mantener tranquila a Estambul.

Esto acumulaba problemas para el futuro. Si el asunto se hubiera podido decidir sin referencia a la situación en el resto de Asia, Stalin probablemente habría dejado Karabagh en manos de Armenia a pesar de las protestas de los azeríes. Si hubiera sido por él, también habría decidido poner Abjasia en manos de Georgia, con derechos de autonomía interior, en el mismo encuentro del Buró Caucásico[26]. Pero los líderes bolcheviques

abjasianos Yefrém Eshba y Néstor Lakoba, que habían negociado un tratado entre la RSFSR y la Turquía de Kemal Pasha[27], habían establecido sólidas alianzas en Moscú y obtuvieron su República Soviética de Abjasia. El gobierno menchevique de Georgia se había anexionado Abjasia y había maltratado a su pueblo. Eshba y Lakoba insistían en que la reincorporación de su país a Georgia haría impopulares a los bolcheviques y, frente a esta campaña, Stalin cedió y les permitió tener su propia república soviética. Pero sólo pudo hacerlo al precio de molestar al Comité Central del Partido Georgiano (que, por su parte, argumentaba de forma similar que el bolchevismo se ganaría la hostilidad popular si Stalin accedía a la petición de Eshba y Lakoba).

Esto se confirmó cuando se dirigió a la Organización del Partido de la Ciudad en Tbilisi el 6 de julio. La audiencia ya estaba enojada con él y su discurso empeoró las cosas. Stalin sostuvo que la economía georgiana era incapaz de recuperarse después de la guerra sin la ayuda específica de Rusia[28]. Esto era al mismo tiempo falso y ofensivo, porque la inversión occidental y el comercio pudieron haber contribuido a regenerar la industria y la agricultura en el país. Desde un punto de vista intelectual pisaba terreno más firme cuando afirmó[29]:

> Ahora, al llegar a Tiflis [Tbilisi], me impresiona la ausencia de la vieja solidaridad entre los obreros de las distintas nacionalidades del Caucaso. Se ha desarrollado el nacionalismo entre los obreros y campesinos y la desconfianza hacia los camaradas de otras nacionalidades se ha hecho más fuerte; antiarmenio, antitártaro, antigeorgiano, antirruso y cualquier otra nacionalidad que se quiera nombrar.

Pero tampoco este argumento fue bien recibido. Esencialmente Stalin advertía a los líderes y a los activistas comunistas georgianos que debían demostrar que merecían el apoyo de Moscú. Los abjasios, osetios y adzharos habían sufrido realmente bajo el gobierno menchevique, que había tratado sus tierras como provincias de la Georgia histórica. Habían insistido en que los abjasios eran una tribu georgiana pese al hecho de que su lengua

no tuviera ninguna relación con la suya. Si había que alcanzar la armonía, la dirección comunista georgiana tenía que dar el ejemplo.

Stalin se vio envuelto en problemas todavía mayores cuando se dirigió a una masiva concentración de obreros en Tbilisi. Escucharon en silencio al hijo pródigo de Georgia mientras abogaba por la sovietización. Esto contrastó con el trato que dispensaron a Isidor Ramishvili: el depuesto ministro del Interior menchevique y viejo enemigo personal de Stalin fue recibido con una fuerte ovación[30]. Stalin se enfureció repentinamente y, protegido por sus guardias de la Cheka, estalló. Toda su carrera política en Tbilisi había estado llena de rechazos. Este último episodio era una humillación insoportable. Como de costumbre, sublimó su resentimiento atacando a otros. Señaló a Pilipe Majaradze, presidente del Comité Georgiano Revolucionario, como responsable personal del fracaso. Majaradze fue destituido y reemplazado por Budu Mdivani[31]. Entonces Stalin tuvo la sensación de que había encumbrado al poder en Georgia a un bolchevique más leal y cumplidor. Y, desde luego, juzgó mal a su hombre. Mdivani resultó estar muy lejos de ser un aliado de confianza; era él quien había incitado a Lenin en su lecho de muerte a actuar contra Stalin en lo concerniente a la cuestión nacional.

La tempestuosa disputa entre Lenin y Stalin entre 1922 y 1923 tendió a ocultar el hecho de que Stalin mantuvo el acuerdo general al que habían llegado después de hacer las concesiones que Lenin exigía. La decisión de formar la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas fue ratificada el 31 de diciembre de 1922 y la nueva constitución formalmente entró en vigencia a comienzos de 1924. El sistema federal era una mera tapadera. El Politburó del Partido Comunista Ruso tomó las principales decisiones acerca de cada república soviética. Stalin tenía sus propias y crecientes inclinaciones a favor de Rusia y de los rusos. Sin embargo, la concesión de autoridad, prestigio y progreso a los otros pueblos permaneció intacta. Las repúblicas soviéticas se mantuvieron y proliferaron las repúblicas autónomas. Los grupos nacionales y étnicos disfrutaron de la libertad de tener periódicos y escuelas en sus propias lenguas —y Stalin y sus colaboradores destinaron recursos para que los filólogos desarrollaran alfabetos para las lenguas de varios pueblos pequeños del Cáucaso y de Siberia a fin de que pudieran

ponerse en marcha escuelas—. El partido también trató de reclutar a jóvenes nativos. Stalin lo expuso con detalle en una conferencia organizada por el Comité Central con dirigentes comunistas provinciales y republicanos «nacionales» en junio de 1923[32].

Era un experimento extraordinario. El Politburó, mientras reforzaba su imagen ante la posibilidad de que cualquier región de la URSS pudiera separarse, continuaba tratando de demostrar a todo el mundo, tanto en el país como en el extranjero, que la Revolución de octubre había establecido las condiciones para solucionar finalmente los problemas nacionales. Stalin no estaba simplemente haciendo política. Creía en ella y fue uno de sus exponentes más comprometidos. Sus orígenes georgianos y su temprana militancia marxista le habían inculcado la idea de que los pueblos del antiguo Imperio ruso necesitaban ser educados, adoctrinados y reclutados si se quería que el marxismo arraigara en ellos, Lenin y él habían coincidido al respecto entre 1912 y 1913. Stalin no se limitaba a jugar con estas ideas. Desde antes de 1917 había entendido la importancia de las lenguas nacionales y del personal nacional para el avance del comunismo. Había desechado algunas de sus ideas originarias pero seguía insistiendo en que el marxismo tenía que asumir el compromiso serio de resolver la cuestión nacional. Sus altercados con Mdivani y con los dirigentes comunistas georgianos no derivaron del «chovinismo» (como Lenin había dicho en ese momento y como Trotski repitió más tarde), sino de un conjunto específico de objeciones a la descuidada falta de atención por parte de Mdivani hacia los deseos de Moscú y los intereses de los no georgianos en Georgia[33].

Las medidas oficiales sobre la cuestión nacional siempre habían desagradado a muchos de los líderes comunistas, y fue Stalin quien tuvo que cargar con el peso del oprobio. Trotski, Zinóviev y Kámenev estaban de acuerdo con la línea oficial. Sin embargo, al ser judíos se sentían cohibidos ante la idea de jugar un papel destacado en los debates sobre la cuestión nacional. Aunque Bujarin hizo algunas observaciones ocasionales, también se mantuvo al margen. Así Stalin, pese a la acusación de Lenin de que era un chovinista granruso, siguió siendo el principal responsable de la política del partido. Mdivani y otros dirigentes comunistas georgianos enseguida riñeron con él. La imposición de una Federación Transcaucásica era un

trago demasiado amargo y las manipulaciones de Stalin en 1922 los ofendieron en forma permanente. No era la primera vez desde 1917 que había emprendido una tarea desagradable que otros rehuían.

TESTAMENTO

Las tensiones entre Stalin y Lenin fueron en aumento en el otoño de 1922. Stalin no tenía una actitud conciliadora. Reprochó a Lenin que hubiese tergiversado los contenidos de la política del partido en una entrevista para el *Manchester Guardian*[1], el alumno reconvenía a su maestro. Ningún miembro del Politburó excepto Trotski escribió de un modo tan directo a Lenin. Estas minucias se sumaron al conjunto de las preocupaciones que Lenin albergaba sobre el secretario general, y la idea de que el partido comunista quedara en manos de Stalin empezó inquietarle. A medida que su esperanza de recuperarse físicamente iba desvaneciéndose, dictó una serie de notas para que se hicieran públicas en caso de que muriese[2]. Su encabezamiento rezaba «Carta al Congreso», porque quería que se leyesen en el próximo congreso del partido. Son las notas que la historia conoce como «Testamento de Lenin».

Lo esencial esta en los pasajes que redactó el 25 de diciembre de 1922 sobre sus compañeros de partido Stalin, Trotski, Zinóviev, Kamenev, Bujarin y Piatakov. Mólotov fue uno de los que se enojaron por haber quedado fuera de la lista[3]; Lenin dejaba un testimonio para la historia. De hecho, el testamento trata principalmente de dos de los individuos de la lista[4]:

> El camarada Stalin, después de haberse convertido en secretario general, ha concentrado en sus manos un poder ilimitado y no estoy convencido de que siempre vaya a conseguir utilizar ese poder con el cuidado debido. Por otro lado, el camarada Trotski, como ha demostrado mediante su lucha contra el Comité Central en relación

> con el Comisariado del Pueblo de Medios de Comunicación, no se distingue solamente por sus relevantes talentos. Como persona, sin duda es el individuo más competente del actual Comité Central, pero tiene una excesiva confianza en sí mismo y una preocupación también excesiva por el aspecto puramente administrativo de los asuntos.

Lenin hacía hincapié en la rivalidad entre Trotski y Stalin[5]: «Estas cualidades de los dos líderes más destacados del actual Comité Central podrían suscitar una ruptura no deseada (en el partido) y, a menos que el partido tome medidas para evitarlo, esto podría suceder de forma inesperada». Afirmaba que una división en el partido pondría en peligro la existencia del régimen soviético.

Lenin proseguía: «Nuestro Partido descansa sobre dos clases sociales y esto es lo que facilita su inestabilidad y hace inevitable su colapso a menos que puedan establecerse acuerdos entre estas dos clases»[6]. El peligro que tenía en mente era que Trotski y Stalin promovieran políticas que favorecieran a las diferentes clases —el proletariado y el campesinado— y que esto llevara a conflictos que pudieran minar el régimen.

Para muchos militantes del partido que conocían en secreto el Testamento, este análisis era algo extravagante. Reconocían el aislamiento del estado soviético en el sistema internacional y no habían olvidado la intromisión extranjera en la Guerra Civil. También podían entender por qué Lenin señalaba a Trotski como alguien que podría traer la desunión a la cúpula del Partido. Pero se sorprendieron de que Stalin constituyera una preocupación para Lenin. La opinión más extendida, según los informes de la GPU (como se conocía a la Cheka desde 1921), sugería que Trotski, Zinóviev, Kámenev, Rykov, Bujarin e incluso Dzierzyñski tenían más probabilidades de ganar la batalla por la sucesión política[7]. Incluso dentro del grupo dirigente todavía no se tomaba a Stalin tan en serio como se habría debido. Sin embargo, Lenin al fin había percibido su dimensión; y el 4 de enero de 1923, mientras el conflicto que tenía lugar en Georgia se volvía más agrio, dictó un apéndice a su caracterización[8]:

> Stalin es demasiado rudo, y este defecto, que es totalmente soportable dentro de nuestro medio y en las relaciones entre nosotros, se torna intolerable en el puesto de secretario general. Por lo tanto, propongo a los camaradas que piensen en el modo de destituir a Stalin y de nombrar a alguien en su lugar que se distinga del camarada Stalin en todos los aspectos por tener el único rasgo superior de ser más paciente, más leal, más cortés y más amable con los camaradas, menos caprichoso, etc.

El sentido de sus palabras traspasaba la sintaxis vacilante de Lenin: quería destituir a Stalin del Secretariado General.

Su propuesta tenía un alcance limitado. No sugería que se destituyera a Stalin de la cúpula del partido, mucho menos del partido en general. Una idea semejante habría sido tratada con el mismo desdén que había recibido su petición de julio de 1922 de que se destituyera a la mayoría de los miembros del Comité Central[9]. Lenin tampoco era el profeta político por excelencia de su tiempo. No había absolutamente nada en el Testamento que predijera la escalada de terror que iba a sobrevenir a partir de 1928. Lenin, el principal impulsor del terror de estado en la Guerra Civil, no se percató de la capacidad de Stalin para aplicar el terror como norma a una escala mucho mayor en tiempos de paz. El Testamento de 1922-1923 se limitaba a ser un intento de privar a Stalin de su cargo administrativo más importante[10].

Los archivos sobre el problema georgiano fueron sometidos al examen de Lenin. Había decidido el veredicto: Stalin y sus partidarios eran culpables de chovinismo granruso, aunque Stalin, Ordzhonikidze y Dzierzyñski no eran rusos. A finales del año anterior, en un artículo sobre la cuestión nacional, Lenin había reconocido[11]:

> Al parecer soy inmensamente culpable ante los obreros de Rusia por no haber intervenido con la suficiente energía y el suficiente rigor en la cuestión primordial de la autonomización, oficialmente conocida, al parecer, como la cuestión de la unión de repúblicas socialistas soviéticas.

También dictó un artículo sobre la burocracia en los órganos del partido y del gobierno, donde hacía fuertes críticas a la Inspección de Obreros y Campesinos. Para los observadores informados resultaba obvio que Stalin, que encabezaba la Inspección, era el blanco principal. Los editores de *Pravda* suavizaron el artículo de Lenin en la publicación[12], pero conservaron el sentido principal. Lenin compuso otro artículo, «Mejor menos pero mejores», donde exigía la inmediata promoción de trabajadores industriales ordinarios a los cargos políticos. Su hipótesis era que sólo ellos tenían las actitudes necesarias para que hubiera armonía en el Comité Central del partido y para poner fin a las prácticas burocráticas. Una vez más el mensaje estaba dirigido a desacreditar a Stalin.

Lenin continuó dictando a María Volódicheva y a Lidia Fótieva. Aunque parecía haber dejado de sacar temas delicados delante de Nadia Allilúeva, no tomó ninguna otra precaución más que decirle a sus secretarias que guardaran una reserva absoluta y que pusieran bajo llave sus documentos. Así planeaba la caída de un individuo al que consideraba el mayor peligro para la revolución. Su excesiva confianza en sí mismo —el mismo defecto que adjudicaba a Trotski— no le había abandonado.

Habría sido menos descuidado si hubiese conocido mejor a sus secretarias. Volódicheva estaba desconcertada por los contenidos de las notas que le había dictado el 23 de diciembre y consultó a su colega Fótieva, que le recomendó entregar una copia nada menos que a Stalin. Stalin estaba perplejo, pero no se desanimó. Había tenido un altercado con Krúpskaia el día anterior al descubrir que ella había estado ayudando a Lenin a comunicarse con Trotski y con otros sobre los asuntos políticos del momento. La conducta de Krúpskaia contravenía las órdenes del Politburó y Stalin, a quien se le había pedido que garantizara la observación del régimen especificado por los médicos de Lenin, arremetió contra ella con insultos. Krúpskaia declaró que ella era la única que sabía lo que era mejor para la salud de Lenin. Si se le negaba a Lenin el contacto con otros líderes políticos, su recuperación se retrasaría todavía más. Escribió en estos términos a Kámenev, añadiendo que nadie en el partido le había hablado nunca de un modo tan ofensivo como Stalin. Pero no se lo contó a Lenin por temor a disgustarle, y Stalin no había querido negarle a Lenin el

derecho a dictar sus escritos. Le dolía que se le culpara cuando simplemente estaba cumpliendo las órdenes del Politburó[13], pero supuso razonablemente que los asuntos que le separaban de Lenin finalmente se solucionarían.

Sin embargo, varias semanas después Krúpskaia le contó a Lenin cómo Stalin se había comportado con ella. Lenin estaba furioso. Aunque a menudo él mismo usaba expresiones fuertes[14], su límite estaba en propasarse verbalmente con las mujeres. El comportamiento de Stalin le había ofendido, y el 5 de marzo de 1923 dictó una severa carta:

> Ha tenido usted el descaro de hablar con mi esposa por teléfono e insultarla. Incluso aunque ella haya tenido con usted la deferencia de olvidar lo que se dijo, sin embargo este hecho ha llegado a Zinóviev y Kamenev por mediación de ella. No pienso olvidar tan fácilmente lo que se ha hecho contra mí, y no hace falta aclarar que considero que lo que se haga contra mi esposa también se hace contra mí. Por lo tanto, le pido que considere si está de acuerdo en retractarse de lo que dijo y pedir disculpas o bien prefiere cortar nuestra relación.

Stalin estaba estupefacto. Había tratado de reconstruir los puentes entre él y Lenin dejando que continuara dictando e investigando, aunque los artículos que resultaban de esta actividad le perjudicaban. Le había pedido a la hermana de Lenin, María Uliánova, que intercediera en su favor: «Lo quiero con todo mi corazón. Hágaselo saber de alguna manera». Con la carta en la mano, Stalin trataba de convencerse a sí mismo: «¡No es Lenin el que habla, es su enfermedad!».

Garabateó con desgana una disculpa: «Si mi esposa se hubiera comportado incorrectamente y usted hubiera tenido que reprenderla —escribía—, yo no me habría considerado con derecho a intervenir. Pero ya que usted insiste, estoy dispuesto a disculparme con Nadezhda Konstantínovna». Después de reflexionar, Stalin volvió a escribir el mensaje y admitió haberle gritado a Krúpskaia, pero añadió que sólo cumplía con el deber que le había asignado el Politburó. Añadía:

> Aun así, si usted considera que la continuidad de nuestras «relaciones» requiere que yo me «retracte» de las palabras antes mencionadas, puedo retractarme, aunque sin embargo me niego a entender cuál es el problema, en qué consiste mi «culpa» y qué se requiere de mí en concreto.

Cada vez que comenzaba a disculparse, terminaba echando sal en la herida. Es difícil imaginar cómo pudo ocurrírsele a Stalin que un mensaje así aplacaría a Lenin. Pero era un hombre orgulloso. De ningún modo iba a llegar a mostrar un arrepentimiento mayor y estaba a punto de costarle caro.

Sin embargo, esto no sucedió. El 10 de marzo, alterado por la disputa, Lenin sufrió un ataque al corazón. Repentinamente Stalin ya no tenía que preocuparse porque Lenin estuviera dirigiendo una campaña contra él. Le llevaron a la mansión Gorki, en las afueras de Moscú, de donde nunca regresaría. Ahora era un pobre inválido atendido por su esposa Nadia y su hermana María y, aunque los médicos les dijeron que no todo estaba perdido, Nadia dejó de creerles. Su estado de salud seguía sometido a la vigilancia de los cuerpos de seguridad. Los informes de los agentes de la GPU al Kremlin revelaron a Stalin que no había nada que hacer: Lenin no podía recuperarse; su muerte era cuestión de tiempo.

Sin embargo, los pensamientos que Lenin había dictado seguían siendo una amenaza. El líder agonizante había hecho mecanografiar numerosas copias y los miembros del Politburó, además de las secretarias de la oficina de Lenin, sabían de su existencia. No todos los miembros del Politburó estaban en buenos términos con Stalin. Las relaciones entre Trotski y Stalin nunca habían sido buenas, y Stalin podía esperar problemas por ese lado. Sin embargo, contaba a su favor que Kámenev, Zinóviev y otros previeran una fuerte ofensiva por parte de Trotski para asumir el poder supremo. Stalin era un valioso aliado al que no se sentían inclinados a destituir del Secretariado General. Sabían de sus defectos tan bien como Lenin, pero también eran menos conscientes de sus capacidades y su ambición de lo que Lenin había llegado a ser: por lo tanto, subestimaron las dificultades que podría suponer tratar con él en los años siguientes. Esto significaba que, si Stalin hacía su jugada con habilidad, aún podría sobrevivir a la tormenta. El

siguiente Congreso del Partido —el duodécimo— estaba previsto para abril de 1923. El Politburó tenía el objetivo de demostrar que el régimen podía funcionar eficazmente en ausencia de Lenin. Se le ofreció a Trotski el honor de presentar el informe político en nombre del Comité Central, pero lo rechazó. En su lugar lo hizo Zinóviev. Entre Zinóviev, Kámenev y Stalin concertaron el resto de las sesiones de antemano.

Pese a todo, Stalin dio el informe organizativo. Astutamente aceptó la propuesta de Lenin de llevar a cabo reformas estructurales en el Comité Central del partido y en la Comisión de Control Central, pero, mientras que Lenin había deseado que se incorporaran obreros comunes como miembros de estos organismos, Stalin dio preferencia a los líderes de los partidos locales de origen proletario que ya no trabajaban en fábricas o minas. De este modo Stalin controlaría el proceso y abortaría las intenciones de Lenin.

También presentó el informe sobre la cuestión nacional. Combinó sus palabras con ingenio y habló como un hombre en posición de ataque. Condenó tanto el nacionalismo granruso como los nacionalismos de los pueblos no rusos. Sugirió que la política del partido había sido correcta desde un punto de vista doctrinal, político y práctico —y, por implicación, insinuó que él simplemente seguía la senda trazada por Lenin—. Budu Mdivani se puso de pie para decir que Stalin y sus partidarios habían actuado injustamente[15]. Para entonces, sin embargo, Stalin había tenido tiempo de organizar su defensa y de hacer que los dirigentes del sur del Cáucaso atacaran a Mdivani. También Zinóviev se puso del lado de Stalin, al exigir que Mdivani y sus partidarios se separaran del nacionalismo georgiano. Bujarin enfatizó la necesidad de evitar ofender las sensibilidades nacionales de los no rusos, pero no señaló que Stalin había sido un obstáculo para el éxito de la política oficial. Incluso Trotski se contuvo de atacar abiertamente al secretario general a pesar de que Lenin le había estimulado en este sentido. Con todo, la presión sobre Stalin había sido intensa y, mostrando cierto grado de autoconmiseración, él sostuvo que no había sido su deseo presentar el informe acerca de la cuestión nacional. Como de costumbre, se mostraba ante los demás como un simple encargado de cumplir las misiones que la dirección del partido le había asignado.

Y superó la difícil prueba. Pagó un precio: tuvo que aceptar varias enmiendas al borrador de la resolución, la mayoría de las cuales concedían más derechos a los no rusos de lo que a él le habría gustado. Sin embargo, el alegato georgiano fue rechazado y Stalin sobrevivió al Congreso. El Testamento permaneció bajo llave. Pudo haber sido revelado en el Congreso, pero sus aliados Zinóviev y Kámenev habían impedido esta maniobra[16]. Para un secretario general que había estado a punto de ser destituido del Comité Central, esto merecía celebrarse como una victoria. Zinóviev, Kámenev y Stalin parecían gobernar el partido y el estado como un triunvirato.

Trotski dejó pasar la oportunidad de provocar un conflicto. En los años siguientes sus partidarios criticaron que no hubiese aprovechado su ocasión en el XII Congreso del Partido. Indudablemente tenía poca sutileza táctica en los asuntos internos del partido. Aun así, es dudoso que se hubiese hecho un favor rompiendo con el resto del Politburó. Muchísimos dirigentes de la cúpula y de las provincias lo habían descrito como una figura similar a Bonaparte que podría conducir a las fuerzas armadas contra los principales objetivos de la revolución. Su pasado antibolchevique jugaba en su contra. Su actuación en la Guerra Civil, que incluía el fusilamiento de líderes bolcheviques del Ejército Rojo por cometer errores, no había sido olvidada. Más aún, algunos de sus subordinados del Consejo Militar Revolucionario que le admiraban no habían pertenecido —al igual que él— a los bolcheviques antes de 1917 y algunos de ellos no habían sido revolucionarios en absoluto. Trotski tenía una tendencia intermitente a ponerse muy nervioso en las pruebas de fuerza dentro del partido. También era consciente de que cualquier intento de desplazar a un miembro del Politburó habría sido interpretado como un intento de hacerse con el poder supremo incluso antes de la muerte de Lenin. Trotski decidió esperar que se presentara una oportunidad mejor en los meses siguientes.

De hecho, la rivalidad creció entre sus enemigos tan pronto como terminó el Congreso. Kámenev y Zinóviev habían protegido a Stalin porque deseaban ayuda contra Trotski, pero las iniciativas individuales de Stalin en las semanas siguientes al ataque cardíaco de Lenin les desconcertaron. Zinóviev, que residía en el lejano Petrogrado, criticaba que se tomaran

decisiones sin consulta previa. Durante la Guerra Civil y después de ella había sido habitual que Lenin recabara la opinión de los miembros del Politburó por teléfono o por telegrama antes de fijar una política. Stalin actuaba según sus preferencias acerca del comité editorial de *Pravda*, la cuestión nacional en la URSS, Oriente Medio y la Comintern. Sus botas de Tsaritsyn se le estaban quedando pequeñas, y Zinóviev se proponía tratarlo con firmeza. Mientras estaba en Kislovodsk, en el norte del Cáucaso, Zinóviev convocó un encuentro con otros dirigentes bolcheviques que estaban de vacaciones cerca de allí. Entre ellos estaban Bujarin, Voroshílov, Lashévich y Yevdokímov. Si bien Lashévich y Yevdokímov eran partidarios de fiar que trabajaban con él en Petrogrado, Voroshílov era un cliente de Stalin que posiblemente iba a transmitirle el contenido de las conversaciones al secretario general. Tal vez (como supuso la mayoría) Zinóviev pecaba de ingenuo. Sin embargo, es más probable que pensara que Voroshílov sería el intermediario que llevaría a Stalin el mensaje de que tenía que cambiar de conducta o sufrir las consecuencias negativas.

El 30 de julio le escribió a Kámenev[17]:

> Usted sencillamente permite que Stalin se burle de nosotros. ¿Hechos? ¿Ejemplos? ¡Aquí van!
>
> 1. *La cuestión nacional.*
>
>   (…) Stalin nombra a los plenipotenciarios (instructores) del Comité Central.
>
> 2. La Convención del Golfo.
>
>   ¿Por qué no consultarnos a nosotros dos y a Trotski acerca de esta cuestión tan importante? *Había tiempo suficiente.* A propósito, se supone que soy el responsable del Comisariado del Pueblo para Asuntos Extranjeros (…)
>
> 3. Comintern (…)
>
>   V. I. [Lenin] dedicaba más del diez por ciento de su tiempo a la Comintern (…) Y Stalin llega, echa un vistazo y toma una decisión. Y Bujarin y yo somos «almas muertas»: no se nos consulta acerca de nada.

4. *Pravda*

> Esta mañana —y esto es el colmo— Bujarin se enteró por un telegrama personal de Dubrovski de que el comité editorial había sido reemplazado sin que se le informara o consultara a Bujarin (…)

> No vamos a tolerar esto por más tiempo.
>
> Si el partido tiene la desgracia de atravesar un período (probablemente muy breve) de despotismo personal de Stalin, que así sea. Pero por mi parte no tengo la intención de encubrir todo estecomportamiento detestable. Todas las plataformas se refieren al «triunvirato», partiendo de la base de que no soy la figura de menos importancia en él. En realidad no hay triunvirato, sólo existe la dictadura de Stalin.

Según Zinóviev, el tiempo de actuar se había acabado.

Exageraba el poder del secretario general. Un simple voto en el Politburó, presidido por Kámenev, todavía podía frenar a Stalin y, cuando Zinóviev no podía asistir a las sesiones, no habría sido difícil insistir en que se consultaran previamente sus opiniones. Pero tenía razón acerca del creciente deseo de Stalin de salirse con la suya al margen de sus compañeros del Politburó. Stalin vio la necesidad de una retirada táctica. Estuvo de acuerdo en efectuar cambios —y en realidad pareció fomentarlos — en la composición de los órganos centrales del partido. Sus críticos habían visto con cuánta frecuencia había colocado a sus partidarios en puestos de autoridad fuera de Moscú. Soportaba las reuniones del Orgburó, que decidían estos asuntos. La solución era obvia. Se nombró a Trotski, Zinóviev y Bujarin miembros del Orgburó. Podrían oponerse a los designios de Stalin cada vez que quisieran[18].

Esto no cambiaba demasiado las cosas. La razón que suele darse es que Trotski y Zinóviev no repararon en la importancia de asistir al Orgburó, mientras que Stalin era un firme participante de sus sesiones. Sin embargo, la pregunta fundamental es por qué Trotski y Zinóviev, que habían identificado la fuente del poder burocrático de Stalin y reclamado ser

miembros del Orgburó, no pudieron seguir actuando contra él. Esta pregunta lleva a otra. ¿Fue la disposición de Stalin para tragarse una reunión tras otra la razón más importante que le permitió derrotarlos? Con toda seguridad la respuesta es que no. Trotski, Kámenev y Zinóviev no se despreocupaban del deber de asistir a reuniones burocráticas. Todo el orden soviético era burocrático, y las reuniones de cargos administrativos eran lo habitual. Los órganos directivos del Comité Central habían sido reorganizados principalmente con vistas a asestar un golpe al secretario general. Sus compañeros del Politburó pensaron que podrían seguir adelante con sus campañas individuales para suceder a Lenin. Cada uno de ellos esperaba controlar su jerarquía administrativa sin la interferencia de los otros. La carrera de Stalin no se había extinguido, pero su capital político se había reducido al mínimo.

Los acontecimientos vinieron en su ayuda. Todos los miembros del Politburó, incluido Trotski, deseaban salvaguardar la unidad de la cúpula del partido. Aislados y criticados en todo el país al margen del partido, deseaban presentarse ante la opinión pública como un frente unido. Lenin todavía no estaba muerto, aunque los líderes del Kremlin supieran que las posibilidades de que se recuperara eran remotas. Los adversarios de Stalin en el Politburó no querían sacudir el bote del Partido Comunista intentando arrojar a Stalin por la borda.

Sin embargo, los desacuerdos continuaban de puertas para adentro. La gestión de Kámenev, Zinóviev y Stalin en materia de política económica los intensificó. A mediados de 1923 hubo un repentino déficit en el suministro de alimentos a las ciudades. Era el resultado de lo que Trotski llamó la «crisis de las tijeras». Los precios de los bienes industriales habían aumentado tres veces más que los precios que se pagaban por los productos agrícolas desde 1913. Así se abrieron las hojas de la tijera económica. Los campesinos preferían guardar el grano en el campo a venderlo a las agencias de suministros del gobierno. Acumulaban parte de la cosecha. Se alimentaban mejor ellos y sus animales. Fabricaban más vodka para consumo propio. Se negaban a abrir paso a los bolcheviques, que habían hecho que los productos manufacturados se encareciesen tanto. Los miembros de la mayoría del Politburó prestaron oídos a las exigencias del

campo y redujeron los precios industriales. Las ruedas del intercambio entre la ciudad y el campo comenzaron a moverse de nuevo. Trotski no dejó de criticar a sus rivales por su mala gestión económica; consideraba que habían hecho realidad sus temores sobre la NEP en su calidad de instrumento potencial para desviarse de los objetivos de la Revolución de octubre e inclinarse ante los requerimientos del campesinado.

Los compañeros izquierdistas de Trotski en el partido se movilizaron contra el desarrollo de la Nueva Política Económica en octubre de 1923. Yevgueni Preobrazhenski y otros firmaron la Plataforma de los Cuarenta y Seis, criticando las políticas económicas y de organización de la dirección en ascenso del partido. Reclamaban una mayor libertad de discusión y una intervención estatal más profunda en el desarrollo industrial. En noviembre de 1923 Trotski se unió a los disidentes con una serie de artículos titulados «El nuevo curso». La XIII Conferencia del Partido, en diciembre, había acusado a esta oposición de izquierdas de deslealtad. Los líderes en ascenso necesitaban más que nunca a Stalin como contrapeso de Trotski; todas las críticas del verano quedaron aparcadas —y Zinóviev ya no habló más de la necesidad de restringir la autonomía administrativa de Stalin—. Creían que era mejor dejar en sus manos la supresión de la actividad de las facciones en las provincias. También le encomendaron la tarea de presentar una queja contra Trotski en la Conferencia. Por una vez ellos no deseaban tener el honor. Sabían que Stalin podía mirar a Trotski a los ojos y abofetearlo políticamente —y tal vez calcularon que Stalin no se haría ningún favor a sí mismo al aparecer como secesionista mientras ellos se mantenían por encima de las exigencias de la lucha entre facciones.

Stalin estaba más que deseoso de encargarse de reprender a Trotski. Sus palabras fueron incisivas[19]:

> El error de Trotski consiste en el hecho de que se ha puesto en contra del Comité Central y ha concebido sobre sí mismo la idea de que es un superhombre que está por encima del Comité Central, por encima de sus leyes, por encima de sus decisiones, a fin de proporcionar razones a cierto sector del partido para dirigir sus esfuerzos hacia minar la confianza en el Comité Central.

La Conferencia fue un triunfo para Stalin. Lenin agonizaba mientras Trotski se tambaleaba y Kámenev y Zinóviev aplaudían. Stalin se había asegurado su rehabilitación.

Y aunque el Testamento había advertido acerca de una separación entre Stalin y Trotski, Stalin había seguido adelante y denunciado a Trotski. Si se hubiera recobrado, Lenin no habría aceptado la excusa de Stalin de que sólo estaba haciendo lo que el resto del Politburó le había pedido. Sin embargo, Stalin nunca se había puesto de rodillas ante Lenin y tenía razones para sentirse perjudicado por él. Había contenido su resentimiento por la forma en que le había tratado; no era un comportamiento que desplegara a menudo. Presumiblemente entendió que lo más probable era que Lenin estuviera demasiado enfermo como para recuperarse físicamente y, de cualquier modo, siguió sintiendo una auténtica admiración por el líder que declinaba. Stalin se limitó a observar atentamente lo que pasaba en la mansión Gorki, donde los guardaespaldas y las enfermeras informaban a Dzierzyñski, que a su vez mantenía al tanto a Stalin[20]. Stalin todavía no estaba a salvo de problemas. Nadezhda Krúpskaia podía estar recurriendo a sus viejos trucos al leerle a Lenin las editoriales de *Pravda* acerca de las actitudes secesionistas de la XIII Conferencia. De este modo Lenin habría podido saber que lo que había predicho respecto de la división entre Stalin y Trotski ya había ocurrido. Pero para Stalin las cosas habían cambiado. Estaba orgulloso de su actuación en la Conferencia, era un líder supremo en ascenso y comenzaba a erigirse en toda su altura.

LAS OPORTUNIDADES DE LUCHA

Lenin murió de un ataque al corazón el 21 de enero de 1924. Stalin, a quien se le confirió el honor de organizar el funeral, logró consolidarse más cumpliendo esta función. El Politburó había decidido que se diera un tratamiento excepcional al cadáver. Iba a ser embalsamado y expuesto de forma permanente en un mausoleo que se construiría en la Plaza Roja. Krúpskaia objetó en vano las implicaciones casi religiosas de tal decisión. Stalin estaba decidido a la «mausoleización» del fundador del bolchevismo. Varios científicos ofrecieron voluntariamente sus servicios y comenzaron los preparativos para descubrir un proceso químico que permitiese realizar la labor. Trotski preguntó si debía volver de Tbilisi, donde había llegado *en route* a Sujumi, en el mar Negro, a donde se dirigía para recuperarse de un severo brote de gripe. Stalin le telegrafió diciendo que su regreso no era ni necesario ni posible, ya que el funeral se realizaría el 26 de enero. El mensaje tenía una intención hostil: Stalin sabía que Trotski atraería toda la atención si aparecía en Moscú para la ceremonia. Trotski viajó a Sujumi, donde Néstor Lakoba, partidario de Stalin, le dio la bienvenida. Dzierzyñski, que se había puesto del lado de Stalin en el asunto georgiano, ya había enviado instrucciones de que nadie debía molestar a Trotski durante su estancia en la dacha estatal[1].

Mucho se ha dicho acerca del deseo de Stalin y de Dzierzyñski de mantener a Trotski al margen de los acontecimientos. Presumiblemente la ausencia de Trotski en el funeral arruinaba sus posibilidades de suceder a Lenin como supremo líder del partido, mientras que la organización de la comisión encargada del funeral por parte de Stalin lo colocaba en una posición sumamente ventajosa. Esto es poco convincente. Aunque años

después Trotski se quejaría de las manipulaciones de Stalin, no afirmó que esto hubiese tenido una gran trascendencia. Concentrado principalmente en su propia convalecencia, Trotski se quedó en Sujumi durante varias semanas antes de tomar el tren de vuelta a Moscú.

En realidad, el funeral tuvo lugar el 27 de febrero, y Stalin fue uno de los que llevó el féretro junto con Kámenev, Zinóviev, Bujarin, Mólotov, Dzierzyñski, Tomski y Rudzutak. Apareció con su túnica de corte militar. Al igual que los demás, pronunció un discurso. Incluía una serie de juramentos que terminaban con las palabras[2]:

> Al partir, el camarada Lenin nos dejó un legado de fidelidad a los principios de la Internacional Comunista. Le juramos, camarada Lenin, que no escatimaremos nuestras propias vidas para fortalecer y expandir la unión del pueblo trabajador de todo el mundo: ¡la Internacional Comunista!

No fue el único que usó esta imaginería religiosa[3] y su discurso no era aún el de un orador pulido. La significación de su discurso radicaba en otra parte. Stalin por fin estaba hablando como alguien que podía dirigirse al partido en conjunto. En realidad, hablaba como si lo hiciera en nombre de todo el partido. Estaba emergiendo para situarse en el centro de la escena política —y tenía agallas como para envolverse en la bandera de la lealtad a un hombre que había querido destrozar su carrera—. Pocos habían imaginado que actuaría con tanto aplomo.

El Comité Central dejó a un lado sus disputas, al menos en público. Los bolcheviques habían hablado a menudo acerca de la amenaza que suponían otros partidos políticos. Era un temor exagerado después de la Guerra Civil; la oposición organizada contra el bolchevismo estaba en su punto más bajo. Aun así, el líder de la GPU, Félix Dzierzyñski, y Stalin no bajaron la guardia, creyendo que los mencheviques, los social-revolucionarios o incluso las «Centurias Negras» (que habían organizado pogromos antisemitas antes de la Gran Guerra) podrían organizar estallidos «contrarrevolucionarios» contra los bolcheviques[4]. Estas sospechas demostraban la actitud temerosa y suspicaz de los líderes comunistas.

Habían sorprendido a sus oponentes al tomar el poder en la Revolución de octubre y les preocupaba que algo más o menos similar pudiera acontecerle a ellos mismos.

Stalin había trabajado codo con codo con la GPU desde que volvió de la guerra polaco-soviética[5]. Esto reflejaba la interdependencia entre el partido y la policía, así como la preocupación personal de Stalin por lo concerniente a la seguridad. La dictadura soviética se había mantenido por medio de la represión, y ningún bolchevique —ni siquiera los más «blandos», como Kámenev y Bujarin— dejaban de apreciar la dependencia del régimen de la GPU. Mientras Stalin comenzaba a mostrar su seguridad, la viuda de Lenin, Krúpskaia, cambió temporalmente de actitud hacia el secretario general. Ya no volvió a decir lo que pensaba de él. Tampoco podía impedir que se publicaran recreaciones históricas de su carrera. La autoridad de Krúpskaia en el Comisariado del Pueblo para la Instrucción estaba decayendo[6]. A fin de reafirmarse, se presentó como la principal estudiosa de Lenin de su tiempo. También se embarcó en esta tarea para poder sobrellevar su pérdida: había escrito un esbozo de una biografía de Lenin semanas antes de su muerte. En mayo se lo envió a Stalin preguntándole que pensaba de su proyecto[7]. Stalin, que tenía sus propias buenas razones para tender un puente entre ambos, le respondió dando su aprobación. Sin duda leyó el escrito con mucha atención ya que se tomó la molestia de corregir una fecha equivocada[8].

Stalin y Krúpskaia se establecían como el sacerdote y la sacerdotisa supremos del culto a Lenin. La imagen de Lenin aparecía en todas partes. Se cambió el nombre de Petrogrado por el de Leningrado y se produjeron ingentes cantidades de libros y artículos sobre él. Paradójicamente, este nuevo culto requería la censura a las obras del propio Lenin. Los comentarios de Lenin que no coincidían con las políticas de Stalin eran prohibidos. De ningún modo podía tolerarse que Lenin apareciese como alguien que hubiera cometido errores. Un ejemplo era su discurso en la IX Conferencia del Partido en el que Lenin admitía que la guerra con Polonia había sido una equivocación y había declarado que las «fuerzas rusas» por sí solas eran insuficientes para la construcción del comunismo en Rusia[9]. Esto no se publicó. Stalin también censuró sus propias obras para

incrementar su reputación de hombre de lealtad inquebrantable. En la celebración del quincuagésimo cumpleaños de Lenin, en 1920, el elogio de Stalin había incluido una referencia a los errores de juicio de Lenin en el pasado. Una década después, cuando se le pidió permiso a Stalin para reimprimir el discurso, se negó: «¡Camarada Adoratski! El discurso está muy bien transcrito en lo esencial, pero en verdad requiere cierta labor de edición. Sin embargo, no querría publicarlo: no es agradable hablar acerca de los errores de Ilich»[10]. La cristiandad tenía que dar paso al comunismo y Lenin se presentaría como el nuevo Jesucristo. También tenía que aparecer como la quintaesencia del ruso si se deseaba que la adhesión al comunismo se expandiera entre el mayor grupo nacional. Stalin prohibió mencionar la mezcla étnica de los ancestros de Lenin —el hecho de que el bisabuelo de Lenin hubiera sido judío se mantuvo en secreto[11].

Entretanto Stalin estaba ansioso por demostrar sus capacidades como teórico. No había tenido tiempo de escribir un texto de cierta extensión desde antes de 1917, y a ningún líder bolchevique se le tomaba en serio en la cúpula del partido a menos que hiciera una contribución doctrinal. A pesar de las demás obligaciones que reclamaban su tiempo e inteligencia, logró escribir y —en abril de 1924— dio un curso de nueve conferencias para activistas del partido que se formaban en la Universidad Sverdlov bajo el título de *Fundamentos del leninismo.*

Publicado enseguida como un folleto, era un trabajo de notoria concisión. Stalin evitaba la espectacularidad de intentos similares a los de Zinóviev, Trotski, Kámenev y Bujarin, que en privado gustaban de menospreciarlo. También circuló el rumor de que los pasajes de Stalin que tenían algún mérito plagiaban los contenidos de un folleto de un tal E Xenofóntov. En realidad, Stalin era un escritor fluido y cuidadoso, aunque no tenía un estilo refinado. Su exégesis de las doctrinas de Lenin era precisa e iba al meollo de la cuestión, y sus conferencias se organizaban en una secuencia lógica. Hacía lo que Lenin no había hecho en su propio nombre, y en gran medida logró codificar el bagaje de escritos, discursos y propuestas de la *oeuvre* de toda una vida. Negó que las ideas bolcheviques fueran aplicables exclusivamente a la «realidad rusa». Para Stalin, Lenin había

desarrollado una doctrina de alcances universales: proclamó que «el leninismo»[12]

> es el marxismo de la época del imperialismo y de la revolución proletaria. Más concretamente, el leninismo es la teoría y la táctica de la revolución proletaria en general y la teoría y la táctica de la dictadura del proletariado en particular.

Stalin sostenía que Lenin era el único gran heredero de la tradición de Marx y Engels.

Stalin divulgó las «enseñanzas» de Lenin con minuciosidad catequista. Fue esta cualidad la que provocó la condescendencia de sus rivales, pero suscitó la aprobación de los jóvenes marxistas que escuchaban las conferencias. No es que el folleto careciera de ambigüedades en su contenido. El resumen que Stalin había hecho de la teoría leninista exhibía realmente una considerable cantidad de vaguedades. Insistía en ciertos tópicos. Citando a Lenin, sostenía que la «cuestión campesina» tenía que resolverse mediante una maniobra firme para lograr granjas cooperativas a gran escala[13]. Instaba al partido a ignorar a los escépticos que negaban que esta transición pudiera terminar en la consecución del socialismo. También se ocupaba de la cuestión nacional y mantenía que sólo el establecimiento de una dictadura socialista podría eliminar la opresión de las naciones. Supuestamente, el capitalismo diseminaba los odios nacionales y étnicos como un medio para dividir y dominar el planeta.

Stalin tenía poco que decir acerca de los principales tópicos del discurso marxista. Rara vez se refería a la «cuestión obrera». Hacía tan sólo unos pocos comentarios breves sobre el socialismo mundial. Pero había comenzado de nuevo, por primera vez desde antes de la Gran Guerra, a ocupar un lugar en el debate teórico marxista por sus contribuciones. Estaba progresando en su carrera. Y, sin embargo, había una mosca en la miel. Lenin había pedido que su Testamento se hiciera público en el siguiente Congreso del Partido en caso de que muriese. Krúpskaia, pese a su reconciliación con Stalin, sintió que era su deber para con la memoria de su

esposo y elevó la cuestión a la dirección del Partido[14]. El XIII Congreso del Partido estaba previsto para mayo de 1924. Stalin tenía razones para preocuparse. Aunque Krúpskaia no hubiera hecho nada, existía el peligro de que Trotski viera la ventaja táctica que le depararía hacerlo en su lugar. Stalin no podía confiar automáticamente en el apoyo de Kámenev y Zinóviev: el episodio de Kislovodsk le había enseñado mucho. Todo lo que había logrado en los pocos meses anteriores se perdería si se realizaba un debate abierto en el Congreso y se adoptaba la resolución de cumplir con el consejo de Lenin de nombrar un nuevo secretario general.

Stalin tuvo suerte debido a que el Comité Central del Partido, con el impulso de Kámenev y Zinóviev, decidió que el Testamento sólo se leería a los líderes de las delegaciones provinciales. Si Kámenev y Zinóviev no hubiesen seguido preocupándose por Trotski, podrían haber acabado con Stalin. Pero en cambio lo apoyaron. Stalin estaba sentado tan pálido como una tiza mientras se revelaba el testamento a la restringida audiencia. Trotski, temeroso de aparecer como secesionista tan poco tiempo después de la muerte de Lenin, no se aventuró a enfrentarse a la «troika» formada por Stalin, Zinóviev y Kámenev. La decisión de que fuera Zinóviev quien presentara el informe político del Comité Central, cosa que habitualmente había hecho Lenin hasta su enfermedad terminal, halagó su *amour propre*. Así se perdió la mejor oportunidad para impedir el posterior ascenso de Stalin al poder. Tal vez Stalin se habría defendido con eficacia. Zinóviev y Kámenev no eran muy populares y la conducta de Stalin no estaba muy desacreditada en el partido en ese momento. Sin embargo, a Stalin le gustaba pelear desde una posición de fuerza y estaba muy débil en los pocos días que duró el Congreso. La noción de que debía su supervivencia a sus cabriolas como un artista del trapecio es errónea. Lo que lo salvó fue la red de seguridad que le procuraron sus aliados temporales, Zinóviev y Kámenev, y el que Trotski no emprediera un ataque.

Apenas destacó durante las sesiones. Presentó el informe organizativo con la árida recopilación de detalles estructurales y numéricos de rigor, pero no intervino durante el resto de las sesiones de apertura. El momento más peligroso fue cuando informó acerca de la cuestión nacional en largas sesiones a puerta cerrada. Ahora que los principales delegados sabían de las

críticas hechas por Lenin en su lecho de muerte, era un tema difícil. Sus enemigos comunistas georgianos se alineaban para disparar contra él. Sin embargo, Stalin no se amedrentó. En lugar de disculparse, hizo una ferviente apología de la política oficial.

El sentimiento de haber sido herido disminuyó, pero no desapareció. Las vicisitudes internas de la troika lo perturbaban: sabía que Zinóviev y Kámenev lo miraban con desprecio y que, si se presentaba la ocasión, lo hundirían. Además no estaba bien de salud. Al sentirse humillado, Stalin siguió su proceder habitual: pidió que le liberaran de sus obligaciones. En una carta al Comité Central del 19 de agosto de 1924, decía que el trabajo «honorable y sincero» con Zinóviev y Kámenev ya no podía continuar. Afirmaba que necesitaba tomarse un tiempo para recuperarse, pero también pedía al Comité Central que le retirara del Politburó, del Orgburó y del Secretariado[15]:

> Cuando el tiempo [de convalecencia] termine, solicito que se me asigne al distrito de Turujansk, a la provincia de Yakutsk o a algún lugar del extranjero en algún puesto discreto.
>
> Querría que el pleno decidiera sobre todas estas cuestiones en mi ausencia y sin explicaciones por mi parte, ya que considero perjudicial para la causa dar explicaciones aparte de los comentarios que ya he hecho en la primera parte de esta carta.

Volvería a Turujansk como un militante provincial ordinario y no como el líder del Comité Central que había sido en 1913. Stalin solicitaba un descenso de rango mucho más severo aunque el especificado por el Testamento.

Tenía una personalidad compleja. Puede dudarse de que hubiera considerado la posibilidad de volver al norte de Siberia. Pero era impulsivo. Cuando sentía su orgullo herido, perdía la compostura. Incluso al ofrecer su renuncia asumía un gran riesgo. Apostaba por esta exhibición de humildad que inducía al Comité Central, que incluía a algunos de sus amigos, a rechazar su petición. Necesitaba poner a sus enemigos en un aprieto. La maniobra funcionó perfectamente.

El Comité Central lo mantuvo como secretario general y el ajuste de cuentas definitivo entre Stalin, Kámenev y Zinóviev se pospuso una vez más. Al volver de sus vacaciones en otoño, había recuperado el dominio de sí. Adelantándose a las reuniones del Politburó, consultó a Kámenev y a Zinóviev. Como Zinóviev estaba en Moscú, los tres se reunieron en privado y después, como unos conspiradores, llegaron al Politburó por separado. Stalin se comportó con descaro, sacudiendo la mano de su archienemigo Trotski cuando se saludaron. También contuvo cualquier muestra de ambición personal. Kámenev, y no Stalin, presidió el Politburó después de la muerte de Lenin[16]. Pero Stalin ya se estaba ocupando de su futuro. Cuando sus rivales no lograron entrar en el Orgburó, tuvo libertad para reemplazarlos por nombramientos que eran más de su agrado. El grupo de Stalin se formó bajo su liderazgo; era como la pandilla callejera que no había conseguido liderar de niño en Gori[17]. Nadie era más importante que Viacheslav Mólotov y Lázar Kaganóvich. Ambos eran secretarios del Comité Central; también se alternaban al frente de alguno de los departamentos y colaboraban con Stalin en el Orgburó. Cuando la política comunista ucraniana se tornó problemática para el Kremlin en abril de 1925, Kaganóvich fue enviado a Kíev para convertirse en el primer secretario del Partido Comunista de Ucrania.

Stalin también formó en torno suyo un grupo de partidarios en el Comité Central. Entre ellos estaban Sergo Ordzhonikidze, Kliment Voroshílov, Semión Budionny, Serguéi Kírov y Andréi Andréiev. Todos estos hombres eran leales sin ser serviles y lo llamaban Koba[18]. Algunos habían tenido disputas con él en el pasado. Mólotov había reñido con él en marzo de 1917. Kaganóvich había criticado la política organizativa del Comité Central entre 1918 y 1919 y Orzhonikidze nunca había podido darse un punto en la boca cuando algo le rondaba la cabeza[19]. Andréiev había pertenecido a la Oposición de los Obreros. Budionny y Voroshílov habían servido bajo sus órdenes en Tsaritsyn; Ordzhonikidze y Kírov habían sido sus subordinados en el Cáucaso. Andréiev lo había impresionado por su trabajo administrativo a principios de la década de los veinte. La pandilla tardó en cuajar, y Stalin nunca permitió que sus miembros dieran por sentada la posición que habían alcanzado. Incluso los «tsaritsynitas» tenían

que seguir demostrando su valía ante los ojos de Stalin. Serguéi Minin y Moiséi Rujimóvich, sus secuaces en el frente del Sur, llegaron a parecer tan inútiles como pintura seca. Minin se puso del lado de la oposición a la dirección del partido en ascenso y Stalin ya no quiso tener nada que ver con él. Minin se suicidó en 1926. Cuando se hizo evidente la incompetencia de Rujimóvich en la organización del transporte, Stalin lo destituyó por «burócrata autocomplaciente»[20].

Exigía de sus secuaces tanto eficiencia como lealtad. También los elegía por sus cualidades individuales. No quería tener cerca a nadie que lo sobrepasara intelectualmente. Elegía hombres con un compromiso revolucionario semejante al suyo, y establecía el modo de actuar mediante sus severas políticas. Nadie se ganaba su desaprobación por mostrarse despiadado con el enemigo. Creó un ambiente de conspiración, compañerismo y rudo humor masculino. Como retribución por los servicios prestados, cuidaba de los intereses de los otros. Se preocupaba porque gozaran de buena salud. Dejaba pasar sus flaquezas mientras no afectaran en nada las tareas encomendadas y mientras reconocieran su palabra como ley.

Esto es lo que Amakián Nazaretián escribió acerca de trabajar «bajo la mano firme de Koba»[21]:

> No puedo ofenderme. Hay mucho que aprender de él. Tras haber llegado a conocerlo de cerca, he desarrollado un extraordinario respeto hacia su persona. Tiene un carácter que uno sólo puede envidiar. No puedo ofenderme. Su severidad está envuelta en amabilidad hacia los que trabajan con él.

En otra ocasión, añadió[22]:

> Es muy astuto. Es duro como una nuez y no se le puede partir de un golpe. Pero ahora tengo una visión completamente diferente de él de la que tenía en Tiflis. A pesar de su salvaje racionalidad, por así

> decirlo, es un individuo afectuoso; tiene sentimientos y sabe como valorar los méritos de la gente.

Lázar Kaganóvich compartía estos conceptos[23]:

> En los primeros tiempos Stalin era un individuo afectuoso (…). Bajo Lenin y después de Lenin. Tuvo que aguantar muchas cosas.
>
> En los primeros años después de la muerte de Lenin, cuando llegó al poder, todos atacaron a Stalin. Se endureció mucho en la contienda con Trotski. Después sus supuestos amigos Bujarin, Rykov y Tomsk también lo atacaron (…).
>
> Resultaba difícil no ser cruel.

Para Kaganóvich, la personalidad de Stalin respondía a circunstancias ajenas a su voluntad.

Trató de desviar la atención de su origen nacional. En las provincias sus partidarios destacaron el hecho de que sus principales oponentes —al principio Trotski, y luego Kamenev y Zinóviev— eran judíos. El nunca hizo referencia a esto, pero no impidió que otros lo hicieran[24]. Tenía sus propias razones para ser precavido. No sólo los judíos, sino también los polacos, georgianos y armenios tenían una presencia en la dirección central y local del partido bolchevique que no era proporcionada a la demografía de la URSS, y había un creciente resentimiento por este hecho en el país. Por lo demas, Stalin todavía hablaba con fuerte acento. Trotski lo destacó con típica malicia: «El ruso siempre fue para él no sólo una lengua a medias extranjera e improvisada, sino también —mucho peor para su conciencia— convencional y forzada»[25]. Los comentarios negativos acerca de su fluidez lingüística no eran poco comunes en la década de los veinte[26].

Sin embargo, ningún otro de los dirigentes del partido en ascenso se situó tan bien. Bujarin tenía seguidores en el partido, pero no una red clientelar consolidada. Zinóviev tenía una red de ese tipo, pero la mayoría de sus clientes residían en Leningrado. Kamenev nunca había tenido mucho de patrón. El único líder que podía competir con la habilidad de Stalin para

formar un grupo clientelar era Trotski. Todavía atraía a los miembros del grupo de los distritos que se habían unido a los bolcheviques en mayo de 1917 y había cosechado admiración en la Guerra Civil como comisario del pueblo para Asuntos Militares. La Oposición de Izquierdas, cuando atacaba al Politburó en el último cuarto del año 1923, veía en él una fuerza inspiradora. Entre ellos estaban Yevgueni Preobrazhenski, Leonid Serebriakov, Nikolai Krestinski, Adolf Ioffe y Christian Rakovski. Pero a Trostki le faltaba la accesibilidad cotidiana de Stalin. Tenía el tipo de altivez que irritaba a muchos potenciales seguidores. También carecía de la astucia y beligerancia de Stalin y entre sus seguidores cundía la sospecha de que las enfermedades de su ídolo en coyunturas cruciales de la lucha entre facciones tenían un aspecto psicosomatico. Con todo, tenía suficientes seguidores como para arremeter y derrotar a Stalin de haber sido distinta la situación. El problema era que Trotski había perdido los primeros asaltos del combate. Siempre estaba perdiendo puntos.

Stalin continuó pegando sin bajar la guardia. La derrota a la Oposición de Izquierdas en el invierno de 1923-1924 se había conseguido en un combate abierto. Trotski y la Oposición de Izquierdas habían atacado y Stalin, Zinóviev, Kamenev y Bujarin habían respondido. Stalin apenas había tenido necesidad de echar a los trotskistas y reemplazarlos por individuos leales a la dirección del partido en ascenso[27]. Pero el Orgburó y el Secretariado —así como el Politburó en la instancia más alta— usaron su derecho a cambiar designaciones en los meses siguientes. La dirección del partido en ascenso accionaba las distintas palancas administrativas en beneficio propio. Rápidamente la Izquierda perdió los puestos clave que todavía le quedaban en el partido, el gobierno, el ejército y la policía. Las destituciones habitualmente fueron acompañadas de degradaciones que con frecuencia implicaban el traslado a lugares remotos de la URSS. Era en realidad una forma liviana de exilio por medio de la cual la dirección en ascenso consolidaba su control del poder. La Izquierda también fue minada desde un punto de vista doctrinal. El Departamento de Agitación y Propaganda del Secretariado publicaba disputas del pasado entre Lenin y Trotski. Sus distintas dependencias imprimieron montones de panfletos antitrotskistas, y Stalin, que era un lector ávido, garabateó una *aide-*

mémoire en la cubierta de una obra sobre la Revolución de octubre: «Hay que decirle a Mólotov que Trotski mintió acerca de Lenin en el tema de los modos de llevar a cabo una insurrección»[28].

Stalin tenía una actitud muy conspirativa. Según el secretario del Politburó, Borís Bazhánov, el escritorio de Stalin tenía cuatro teléfonos, pero dentro había un aparato más que le permitía escuchar las conversaciones de muchísimos líderes comunistas influyentes. Podía hacerlo sin tener que pasar por la centralita telefónica del Kremlin, y la información que recabó debió de haberle puesto sobre aviso de las maniobras que se emprendían contra él[29]. Asistentes personales suyos como Lev Mejlis y Grigori Kánner llevaban a cabo cualquier oscura empresa que se le ocurriera[30]. Era implacable con sus enemigos. Cuando Kámenev le preguntó por la cuestión de ganar una mayoría en el partido, Stalin se burló: «¿Sabe qué pienso acerca de eso? Creo que lo que vote cada uno en el partido no tiene importancia. Lo que es extremadamente importante es quién cuenta los votos y cómo se registran»[31]. Con esto daba a entender que contaba con que el aparato central del partido manipulara los resultados si llegaban a ponerse en contra suya.

Este tipo de afirmación le reportó a Stalin la fama de ser un burócrata sin principios. Se deleitaba en sus perversidades cuando hablaba con sus colaboradores. Pero había mucho más. Tenía las cualidades de un verdadero líder. Era convincente, competente, seguro y ambicioso. El hecho de que se le eligiera a él, en lugar de a Zinóviev o Kámenev, para encabezar la carga contra Trotski en la XIII Conferencia del Partido demostraba que otros miembros del Comité Central empezaban a comprenderlo. Estaba saliendo de la sombra. Desde los meses finales de 1924 mostró una enorme disposición para seguir atacando a Trotski sin conservar a Zinóviev y a Kámenev de su lado. Kámenev había cometido un desliz al referirse a la «Rusia del hombre nep» en lugar de a la «Rusia de la NEP». El así llamado «hombre nep» era el típico comerciante privado que sacaba ventaja de las reformas económicas que se habían producido desde 1921 y al que los bolcheviques denostaban. Stalin sacó mucho jugo al desliz de Kámenev en la prensa del partido. Más o menos por la misma época Zinóviev había descrito el régimen soviético como una «dictadura del partido». Stalin,

como secretario general del partido, rechazó enérgicamente el término como descripción de la realidad política[32]. Kámenev y Zinóviev percibieron que tenían que tener cuidado. En el otoño de 1924 Stalin cargó contra sus principales partidarios. I. A. Zelenski fue reemplazado como secretario del partido de la ciudad de Moscú por el seguidor de Stalin Nikolái Uglánov[33].

Los factores estratégicos se repartían entre Stalin, de un lado, y Zinóviev y Kámenev, del otro. Stalin quería defender la hipótesis de la posibilidad de «construir el socialismo» en la URSS incluso durante la NEP. Esto contradecía el argumento de Trotski, expuesto en *Las lecciones de octubre*, en 1924, de que la Revolución de octubre expiraría a menos que se mantuviera por medio de la cooperación con los regímenes socialistas de Europa. Trotski desarrollaba sus ideas prerrevolucionarias acerca de la necesidad de la «revolución permanente». Para Stalin ese folleto resultaba al mismo tiempo antileninista en la doctrina y pernicioso en la práctica para la estabilidad de la NEP. Bujarin, un archiizquierdista en la dirección bolchevique durante la Guerra Civil, estaba de acuerdo con Stalin y fue recompensado con el nombramiento de miembro de pleno derecho del Politburó después del XIII Congreso del Partido. Comenzó a actuar con Stalin contra Zinóviev y Kámenev. Bujarin, cuando analizaba la política del partido después de Lenin, creía que la NEP ofrecía un marco apropiado para un desarrollo más pacífico del país y para una «transición al socialismo» evolutiva. Desechó la tradicional hostilidad del partido hacia los kulaks y los alentó a «enriquecerse». Buscaba la moderación de los métodos represivos de control de la sociedad por parte del estado y deseaba hacer hincapié en el adoctrinamiento de la clase obrera urbana. Veía las cooperativas campesinas como una base para la «construcción del socialismo».

Stalin y Bujarin rechazaron a Trotski y a la Oposición de Izquierdas acusándolos de doctrinarios cuyas acciones podrían llevar a la URSS a la perdición. La propuesta izquierdista de una política exterior más activa podría provocar una invasión por parte de las potencias occidentales como represalia. El comercio se arruinaría junto con los planes de inversión soviéticos. Por lo demás, la exigencia trotskista de un incremento del nivel

de crecimiento industrial podría realizarse sólo mediante la subida de los impuestos a la capa más acomodada del campesinado. El único resultado posible sería la ruptura de la relación entre campesinos y obreros recomendada por Lenin. El recrudecimiento de las tensiones económicas y sociales podría conducir a la caída de la URSS.

Zinóviev y Kámenev no se sentían cómodos frente a un giro tan drástico hacia la economía de mercado. Pero todavía temían a Trotski. También querían mantener la alianza con el campesinado. Pero no estaban dispuestos a suscribir el programa evolucionista de Bujarin; les disgustaba el desplazamiento de Stalin hacia una doctrina según la cual el socialismo podía ser construido en un solo país —y hervían de resentimiento ante la incesante acumulación de poder por parte de Stalin—, Zinóviev y Kámenev podían ser acusados de haber traicionado al Comité Central bolchevique en octubre de 1917. Tenían que probar su radicalismo. Sólo era cuestión de tiempo que comenzaran a desafiar a sus aliados antitrotskistas Stalin y Bujarin.

Stalin estaba preparado y a la espera. Para la mayoría de los observadores parecía más tranquilo que durante sus primeros enfrentamientos, cuando no había podido manipular las disputas internas del partido. Pero en realidad no era así. Stalin estaba furioso y su ferocidad era la de siempre. Lo que había cambiado era que ya no era el marginado ni la víctima. Stalin dominaba el Orgburó y el Secretariado. Con Bujarin dirigía el Politburó. Podía permitirse mantener una apariencia exterior de tranquilidad y coger desprevenidos a sus enemigos.

Siguió actuando de este modo. Había logrado sobrevivir pese a las críticas de Lenin. Tenía que demostrar a los demás que no era tan malo como le habían pintado. Su grupo en la dirección central del partido le ayudaría. Pero tenía que vigilar a los otros. Dzierzyñski no le debía ningún favor. Krúpskaia, después de sus primeros acercamientos a Stalin, seguía su propio criterio. El propio Bujarin no era incondicional; siguió hablando amistosamente con Trotski, Zinóviev y Kámenev aunque condenara sus ideas. La política bolchevique fluctuaba peligrosamente.

IÓSEF Y NADIA

Las luchas entre las facciones del Partido Comunista también eran un desafío por la supremacía individual. Tanto Trotski como Zinóviev, Bujarin y Stalin se sentían merecedores de suceder a Lenin, e incluso Kámenev tenía sus ambiciones. Stalin estaba cansado de ver a sus rivales alardeando en la escena pública. Aceptaba que eran buenos oradores y que él nunca podría alcanzarlos en este aspecto. Sin embargo, estaba orgulloso —a su modo tenso y susceptible— de que su contribución al bolchevismo fuera principalmente de naturaleza práctica: consideraba que los *praktiki* como él eran la espina dorsal del partido. Los *praktiki* reverenciaban a Lenin como el águila que ahuyenta a sus oponentes como si fueran meros pollitos. Stalin impresionaba poco a quienes no lo conocían y en realidad también a los que lo conocían, pero ya estaba decidido a remontarse en la historia como la segunda águila del partido[1]. No solamente ahuyentó a sus rivales en la sucesión: siempre que pudo se abatió sobre ellos y los despedazó. En una charla con Kámenev y Dzierzyñski en 1923 había explicado su actitud general: «¡La mayor delicia es agarrar al enemigo, preparar todos los detalles del golpe, satisfacer la propia sed de una cruel venganza y luego irse a casa a dormir!»[2].

Éste era el hombre que había desposado a Nadia Allilúeva después de la Revolución de octubre. No había habido ceremonia de boda, pero se le dijo a la hija de ambos, Svetlana, que sus padres vivían como marido y mujer desde un momento no especificado antes del traslado del gobierno soviético de Petrogrado a Moscú en 1918 (al parecer, el registro oficial no tuvo lugar hasta el 24 de marzo de 1919)[3]. Nadia tenía menos de la mitad de la edad de él en ese momento y él era su héroe revolucionario; todavía tenía que

aprender que los rasgos desagradables del carácter de su marido no estaban reservados exclusivamente para los enemigos del comunismo.

Al principio las cosas fueron bien. Alexandra Kollontai, que llegó a conocer a Nadia en el invierno de 1919-1920, estaba impresionada tanto por su «encantadora belleza de alma» como por la buena disposición de Stalin: «Le presta muchísima atención»[4]. Pero el conflicto ya se respiraba en el ambiente. Iósef quería una esposa que tuviera como prioridad la atención del hogar; ésta era una de las cualidades de Nadia que lo había atraído en 1917[5]. Sin embargo, Nadia quería desarrollar una carrera profesional. Como hija de un veterano bolchevique, había desempeñado importantes tareas técnicas para el partido durante la Guerra Civil. Aunque carecía de cualificación profesional, poseía una educación escolar y demostró ser una empleada competente en una época en que las secretarias de fiar desde un punto de vista político escaseaban[6]. Pronto aprendió a decodificar telegramas que transmitían información confidencial entre líderes soviéticos, incluido su esposo[7]. Lenin la incluyó en su equipo personal[8]. Iósef estuvo más a menudo ausente en sus campañas que presente en el hogar hasta el otoño de 1920, dejando a Nadia que se dedicara a sus deberes en el Sovnarkom. Llegó intimar tanto con los Lenin que si Nadezhda Krúpskaia tenía que irse de viaje, solía pedirle que diera de comer a su gato (no podía confiar en que Lenin lo hiciera)[9]. Nadia se unió al partido dando por sentado que su participación en los altos niveles de la administración bolchevique iba a continuar.

Sus esperanzas se hicieron añicos cuando Iósef volvió de la guerra polaco-soviética y se incrementaron las tareas domésticas. Iósef deseaba una tranquilidad doméstica al final de su día de trabajo, dondequiera que pudiera estar. Las cosas llegaron a un punto crítico en el invierno de 1920-1921. Nadia, embarazada desde junio de 1920, había seguido trabajando durante su embarazo. El mismo Iósef había caído gravemente enfermo. En la Guerra Civil se había quejado frecuentemente de molestias y dolores tanto como de «agotamiento»[10]. Nadie lo había tomado en serio porque solía hacer lo mismo cuando trataba de dimitir en medio de la indignación. Su cuñado, Fiódor Allilúev, al verlo antes del x Congreso del Partido, destacó lo cansado que parecía. Stalin asintió: «Sí, estoy cansado. Necesito

irme lejos, a los bosques. ¡A los bosques! ¡Para relajarme y tener un descanso apropiado y dormir como es debido!»[11]. Se tomó algunos días libres. Pero fue sólo cuando se metió en cama después del Congreso cuando se hizo obvia la necesidad de atención médica. El profesor Vladímir Rózanov, uno de los médicos del Kremlin, le diagnosticó apendicitis crónica. Rózanov dijo que el problema pudo haber estado latente durante años; apenas podía creer que Stalin hubiese podido mantenerse en pie. Era necesario operar de inmediato.

En esa época las operaciones de apendicitis a menudo eran fatales. A Rózanov le preocupaba que la intervención pudiera desencadenar una peritonitis; también consideraba peligroso el hecho de que Stalin estuviera muy delgado[12]. En principio se le administró una anestesia local debido a la debilidad de su estado. Sin embargo, el dolor se hizo insoportable y la operación no pudo concluir hasta después de administrarle una dosis de cloroformo. Cuando se le permitió volver a casa, Stalin yació en un diván leyendo libros y recuperándose durante los dos meses siguientes. En cuanto se sintió mejor, salió en busca de compañía. En junio ya se había recobrado. En una discusión con Mijaíl Kalinin y otros bolcheviques acerca de la NEP, anunció su vuelta al trabajo: «Es insoportable estar acostado sin hacer nada y solo, así que me levanté de la cama: uno se aburre sin sus camaradas»[13]. Esta confesión pudo haberse incluido fácilmente en cualquier colección de recuerdos acerca de Stalin, pero el resto de la historia de Fiódor Allilúev era tan bochornosa para Stalin que no permitió que se publicara. No iba a permitir que la gente descubriera que no había sido sino una persona fuerte física y mentalmente.

La enfermedad de Iósef y su recuperación coincidieron con la llegada del primer hijo del matrimonio. Vasili Stalin nació en Moscú el 21 de marzo de 1921. La felicidad que le deparó a Nadia el parto sin complicaciones se empañó por el hecho de que Iósef incrementó la presión sobre ella para que se dedicara a las tareas domésticas. Ninguno de los miembros de su familia la ayudó: todos, incluyendo su madre, Olga, estaban inmersos en la actividad política. De cualquier modo, Olga no era precisamente un modelo en cuanto a la crianza de niños. Cuando Nadia y los otros hijos de los Allilúev eran pequeños, con frecuencia habían tenido que arreglárselas

solos mientras sus padres estaban fuera desempeñando sus tareas profesionales y sus actividades revolucionarias.

Nadia no podía pedir ayuda a la familia de su marido: la madre de Iósef, Keke, se negó terminantemente a trasladarse a Moscú. En junio de 1921, después de recuperarse de la operación de apendicitis, Stalin había partido hacia el Sur por asuntos del partido: estuvo en Georgia y visitó a Keke. El hijo saludó a su madre sin la calidez que podría haberse esperado después de tan larga ausencia[14]. Ella tenía sus convicciones y no evitó preguntarle: «Hijo, ¿no te habrás manchado las manos con la sangre del zar?». Arrastrando los pies, hizo la señal de la cruz y juró que no había participado en ello. Su amigo Sergo Ordzhonikidze se mostró sorprendido ante esta reincidencia de la religión, pero Stalin exclamó: «¡Es creyente! ¡Pido a Dios que nuestro pueblo crea en el marxismo como ella cree en Dios!»[15]. Habían estado separados durante muchos años y, aunque él se hubiera escabullido para no darle una respuesta directa, la pregunta que ella le había hecho demostraba que sabía que había una creencia no compartida que seguiría separándolos. Como cristiana, Keke tenía razón al decirle a su hijo que el Kremlin rojo no era lugar para ella. Para su seguridad y comodidad, Stalin la instaló en una de las dependencias de la servidumbre en el viejo palacio del virrey de Tbilisi. Budu Mdivani comentó que las autoridades locales reforzaron la guardia en torno de ella: «¡Lo hacen para que no dé a luz a otro Stalin!»[16].

Pero Iósef no volvió solo. En Georgia también buscó a su hijo Yákov, el que había tenido con su primera esposa Ketevan. Yákov había estado al cuidado del hermano de Ketevan, Alexandr Svanidze, y de su esposa María.

Iósef apenas reconocía al muchacho de trece años, pero quiso hacerse cargo de él por fin —o al menos que lo hiciese Nadia—. Aquí no acabó la ampliación de la familia. El dirigente bolchevique E A. Serguéiev, apodado Artiom, pereció en un accidente aéreo en julio de 1921 dejando un hijo adolescente. Era costumbre en el partido que tales huérfanos fueran criados por otros bolcheviques, y eso fue lo que hicieron los Stalin. El joven Artiom Serguéiev vivió con ellos hasta la edad adulta (y se convirtió en general de división del Ejército Rojo durante la Segunda Guerra Mundial)[17]. Stalin también se interesó por la crianza de Nikolái Patólichev, el hijo de un

camarada que, según los informes, había muerto luchando en la guerra polaco-soviética en 1920[18]. El joven Patólichev no fue a vivir con la familia. En cualquier caso, en el lapso de unos pocos meses la casa de Stalin pasó de tener dos habitantes a tener cinco.

Nadia se ocupaba de las tareas domésticas mientras su atareado marido concentraba sus energías en la política. Contrató a una niñera para Vasili, y también a sirvientes. Ella misma era como un sabueso que husmeaba en busca de materias primas para la cocina. El régimen administrativo del Kremlin, a cargo del viejo amigo de Stalin, Abel Enukidze, asignaba una cuota de productos alimenticios para cada familia que residía en él. A Iósef, cuyo estado de salud le había dado problemas durante toda la Guerra Civil, le habían recomendado una dieta abundante en carne de ave. Como resultado, había adquirido el derecho de recibir quince pollos al mes, un queso y quince libras de patatas. Hacia mediados de marzo de 1921, días antes de que naciera el bebé, la familia ya se había comido diez de los quince pollos (o las aves eran excepcionalmente pequeñas y delgadas o la familia Stalin tenía un apetito de caballo). Nadia redactó una petición para que se incrementara su cuota[19] (antes de casarse con Iósef ella ya sabía cómo manejarse con la burocracia soviética: en noviembre de 1918, después de que los Allilúev se mudaran a Moscú, escribió a Yákov Sverdlov para pedirle que les asignara una habitación mejor)[20]. En los años siguientes hizo otras peticiones. Una de ellas se refería a una nueva guardería, pero en esa ocasión no se le hizo caso[21].

Nadia quería trabajar fuera del hogar, como la mayoría de las jóvenes bolcheviques, que combinaban la dedicación a la causa revolucionaria con la lucha por la emancipación de la mujer. No tenía inconvenientes en supervisar los asuntos domésticos, mientras tuviera sirvientes y pudiera continuar con su empleo en la oficina de Lenin. El doble papel era muy pesado y la falta de apoyo por parte de Iósef lo hacía apenas soportable. Con mucha frecuencia él volvía muy tarde al edificio del Kremlin. Tenía malos modales y cuando se enojaba no ahorraba los insultos. Sus insultos no se limitaban a frases como «¡Vete al diablo!». Como odiaba que lo contradijeran, usaba las expresiones más groseras con su esposa. Su comportamiento era extremadamente rudo y no puede desecharse la

posibilidad de que hasta cierto punto compensara de este modo sus inseguridades personales. Después de haberse lastimado el brazo cuando era niño, no había podido participar en los juegos bruscos habituales de la edad. Había sido rechazado por razones físicas en el Ejército Imperial durante la Gran Guerra. Stalin quería que se le considerara un hombre hecho y derecho. En realidad, según su sobrino nieto Vladímir Allilúev, llevaba las uñas cuidadosamente arregladas y «dedos casi femeninos»[22]. ¿Le quedaba alguna duda acerca de su masculinidad según los criterios de la época? De ser así, fue Nadia la que pagó las consecuencias.

Como la mayoría de los hombres de su tiempo, Stalin pensaba que la esposa tenía que obedecer. En este aspecto quedó decepcionado, porque Nadia se negó a someterse. Las peleas entre ambos se hicieron frecuentes aproximadamente desde el mismo momento en que comenzaron su larga convivencia. Ella también tenía carácter. En realidad, ahora está claro que tenía problemas mentales. Tal vez fueran hereditarios. Al parecer, cierto tipo de esquizofrenia había afectado a las generaciones anteriores de su familia materna y su hermano Fiódor, después de un suceso muy traumático posterior a la Guerra Civil, cuando el antiguo ladrón de bancos Kamo organizó un tumulto en el que amenazó con dispararle, sufrió un colapso del que nunca se recuperó[23]. Nadia tenía un temperamento inestable y, aunque siguió enamorada de Iósef, el matrimonio siguió estando lleno de hostilidad con intervalos de tranquilidad.

Alguien del aparato central del partido decidió que Nadia no era adecuada para ser miembro del partido. Se rumoreaba que no era otro que el propio Iósef. En diciembre de 1921 fue excluida del partido: esto era una desgracia para cualquiera que trabajara en las oficinas del Sovnarkom. Cabía la posibilidad de que perdiera su empleo. Se la acusaba de no haber pasado las distintas pruebas a las que eran sometidos todos los miembros del partido y de no haberse molestado en prepararse para ellas. Tampoco había contribuido al trabajo rutinario del partido, lo que era todavía menos aceptable en la medida en que ella era «una persona de la *intelliguentsia*». Solo un miembro de la Comisión de Control Central habló en su favor, aunque el mismo Lenin había escrito cálidamente en apoyo de Nadia[24]. Ella suplicó que se le diera otra oportunidad y prometió hacer los mayores

esfuerzos para lograr lo que se requería de ella. Inicialmente se tomó la decisión de «excluirla por ser un lastre, una persona que no se interesa en absoluto por el trabajo del partido», pero finalmente la Comisión de Control Central le permitió mantener el estatus secundario de «candidato» a ser miembro del partido[25]. No le hacía ninguna falta este contratiempo en un año lleno de problemas, pero la decisión final por lo menos le permitió seguir trabajando en la oficina de Lenin sin tener un borrón en su expediente.

No puede probarse que Iósef estuviera detrás de la maniobra para quitarle el carnet del partido, y Nadia nunca lo culpó expresamente. Pero él pertenecía al Politburó y al Orgburó y ya tomaba parte en el trabajo del Secretariado en 1921[26], por lo que habría podido interceder en su favor si hubiese querido. Pero ella logró salirse con la suya. Stalin aceptó la situación y evitó interferir nuevamente en las aspiraciones profesionales de su esposa. Ella trabajaba como secretaria de Lenin y lo siguió haciendo incluso cuando Lenin y Stalin tuvieron desavenencias. Krúpskaia incluso llegó a pedirle que actuara de enlace con Kámenev en favor de Lenin en la cuestión georgiana[27]. Sería raro que Nadia hubiera ocultado este secreto a su esposo. Tal vez Stalin por fin empezó a ver las ventajas de tener una esposa que trabajara fuera de casa.

En el hogar Nadia era una madre severa que negaba a los niños el visible afecto que demostraba a Iósef. Se reforzaron las estrictas reglas de conducta. Yákov, que apenas conocía a su padre antes de mudarse a Moscú, no se lo tomó bien. El trabajo de Iósef lo mantenía fuera de casa y el lazo entre padre e hijo nunca se consolidó. El interés que demostraba por su hijo tendía a implicar presión. Le presionaba para que leyera. «¡Yasha —escribió en la cubierta del libro de B. Andréiev, *La conquista de la naturaleza*—, lee este libro sin falta!»[28]. Pero era Nadia la que tenía que vérselas con Yákov diariamente y como indica la carta que le escribiera a la madre de Iósef en octubre de 1922, le encontraba exasperante[29]:

> Le envío un beso muy fuerte y los saludos de Soso; goza de buena salud, se siente muy bien, trabaja mucho y siempre se acuerda de usted.

> Yasha (o sea Ydkov) estudia, se porta mal, fuma y no escucha mis consejos. Vasenka (o sea Vasili) también se porta mal, insulta a su mamá y tampoco me escucha. Todavía no ha empezado a fumar. Iósef le va a enseñar a hacerlo, ya que siempre le deja dar una calada a su *papiroska*.

Una *papiroska es* un cigarrillo con un tubo vacío en el extremo que actúa como boquilla para permitir fumar mientras se tienen los guantes puestos cuando la temperatura está por debajo de los cero grados. Era típico de Iósef esperar que Nadia reforzara la disciplina mientras él la desbarataba.

Pese a todo, la vida tenía sus momentos placenteros. Los Stalin tuvieron dos residencias después de la guerra polaco-soviética: el apartamento en el Kremlin y la dacha llamada Zubálovo cerca del viejo aserradero de Úsovo, en las afueras de Moscú. Por una extraña casualidad, el propietario de la dacha había pertenecido a la familia de comerciantes Zubalishvili, que había construido la casa que albergaba el Seminario Espiritual de Tiflis. Probablemente esto estimulaba la fantasía de Stalin y de su vecino Mikoián de que vivían en casas erigidas por un industrial del sur del Cáucaso contra el que una vez habían contribuido a organizar huelgas[30].

Varias dachas se habían convertido en propiedad estatal en el mismo distrito en 1919 y los Stalin ocupaban la Zubálovo-4. Stalin, que nunca había tenido una casa propia[31], limpió el terreno de árboles y arbustos para convertirlo en un lugar de su agrado. El río Moscova estaba cerca, y en verano los niños podían nadar en él. Era un lugar hermoso que podría haber aparecido en las obras de teatro de Antón Chéjov; pero mientras que Chéjov describía el modo en que la antigua aristocracia rural era sustituida por los *nouveaux riches,* en este caso los *nouveaux riches* habían sido expulsados por los revolucionarios. Al tiempo que se regodeaba con la partida forzada de los Zubalishvili, Stalin no se privaba de llevar un estilo de vida igualmente burgués. Cuando podían, todos los miembros de la familia Stalin se trasladaban a Zubálovo. Recogían miel. Buscaban setas y fresas salvajes. Iósef cazaba faisanes y conejos y toda la familia comía lo que había matado. Los Stalin mantenían su casa abierta y las visitas se quedaban tanto tiempo como quisieran. Budionny y Voroshílov a menudo se

desplazaban hasta allí para beber y cantar con Iósef. Ordzhonikidze y Bujarin también solían pasar tiempo allí. Nadia y los niños apreciaban especialmente al gentil Bujarin: incluso llegó a llevar un zorro gris amaestrado y pintó los árboles que había cerca de la dacha[32].

En el verano pasaban las vacaciones en el sur de la URSS, por lo general en una de las muchas dachas estatales que había a orillas del mar Negro. Stalin recibía por correo el material siempre que había necesidad de consultarle. Pero sabía divertirse. Siempre había muchos platos y vinos caucasianos en la mesa y las visitas eran frecuentes. Los políticos georgianos y abjasianos hacían cola para congraciarse con él. Sus secuaces de Moscú, cuando residían en las dachas cercanas, visitaban a la familia y se organizaban picnics en las colinas o junto al mar. Aunque Stalin no sabía nadar, también amaba el aire fresco y la playa.

Asimismo se servía de las vacaciones para recuperarse físicamente. La salud de Iósef siempre le había causado problemas y desde 1917 se había sometido a varias curas tradicionales. El reumatismo del brazo y su molesta tos —probablemente causada por fumar en pipa— a menudo se mencionan en sus cartas[33]. En una ocasión había hecho un alto en Nálchik, a gran altura en el norte del Cáucaso, un lugar al que acudían los pacientes de tuberculosis[34]. Pero los malestares específicos de Stalin eran diferentes: para aliviar el reumatismo que afectaba su brazo cada primavera, Mikoián le aconsejó probar los baños calientes en Matsesta, cerca de Sochi en la costa del mar Negro[35].

Stalin lo probó y consideró que las aguas de Matsesta resultaban «muchísimo mejores que el barro de Essentuki»[36]. Essentuki era una de las ciudades balnearias del norte del Cáucaso famosa, por los efectos beneficiosos de su suelo. En cualquier caso, Stalin prefería con mucho ir a Sochi en las vacaciones de verano[37]. Desde 1926 se puso en manos del doctor Iván Valedinski, un gran creyente en la «balneología». Cuando Stalin se marchaba al Sur en verano, se llevaba consigo las instrucciones de Valedinski: consistían en tomar una docena de baños en Matsesta antes de volver a casa. Stalin pidió permiso para alegrar su estancia con uno o dos vasos de brandy los fines de semana. Valedinski fue terminante: Stalin podía beber un vaso los sábados, pero de ningún modo los domingos[38].

Tal vez el médico olvidó que los domingos no eran sagrados para un ateo. En cualquier caso, Stalin nunca fue un paciente en el que se pudiera confiar; tenía su propio lote de medicinas y las usaba según le parecía, sin tener en cuenta los consejos de los médicos[39]. Es dudoso que siguiera al pie de la letra todo lo que Valedinski le había prescrito. Pero sin duda se sintió mejor que antes. Los baños calientes calmaron los dolores de sus articulaciones y la aspirina recetada por Valedinski redujo su dolor de cuello. Una revisión de cardiología en 1927 confirmó que en términos generales estaba sano[40].

Más preocupantes para Stalin que sus recurrentes problemas de salud eran sus problemas con Nadia, que iban en aumento. Los períodos de calma y ternura eran interrumpidos por estallidos de furia por ambas partes. Nadia y los niños pasaban un tiempo con él en el Sur, y ella y Iósef se escribían si por alguna razón ella no podía quedarse[41]. Su ausencia se convirtió en la norma cuando empezó a estudiar en la Academia Industrial: el comienzo de las clases coincidía con el período anual de vacaciones de su marido. Las cartas que se escribían eran afectuosas, tiernas. Él la llamaba Tatka y ella, Iósef. Nadia se preocupaba por él: «Te pido por favor que te cuides. Te beso profunda, profundamente, como me besaste cuando nos despedimos»[42]. También escribía a la madre de Iósef en nombre de él, contándole novedades acerca de los niños y algunos detalles de la vida en Moscú. El propio Stalin escribía muy poco a Georgia. Estaba demasiado preocupado por los asuntos políticos y, en cualquier caso, apenas se había molestado en pensar en sus parientes consanguíneos durante muchos años. Por lo general las cartas que escribía a su madre eran breves y concisas y terminaban con frases tales como: «¡Que vivas mil años!»[43]. Nadia hacía todo lo que podía, pero nunca pudo obtener de su marido la estima y comprensión que anhelaba.

La rudeza de Stalin habría desmoralizado al carácter más optimista. El estado mental de Nadia empeoró y empezó a experimentar episodios de desesperación. Los coqueteos de Stalin con otras mujeres probablemente influyeron en ello. Entre las secretarias del Politburó había una hermosa joven, Tamara Jazánova, que se hizo amiga de Nadia; solía acudir al

apartamento del Kremlin y ayudar a Nadia con los niños. Al parecer en cierto momento Stalin se sintió atraído e intentó conquistarla[44].

Nadia se hundió en la melancolía. Expresó sus pensamientos en una carta a su amiga María Svanidze, hermana de la primera esposa de Iósef[45]:

> Me dices que te aburres. Tú sabes, mi queridísima, que en todas partes es igual. No tengoabsolutamente nada que ver con nadie en Moscú. A veces me parece extraño no tener amigos íntimos después de tantos años, pero esto obviamente depende del carácter de cada cual. Más aún, resulta raro pero me siento más cerca de quienes no son miembros del partido (mujeres, desde luego). La explicación más obvia es que tales personas son mucho más sencillas.
>
> Lamento muchísimo haberme atado otra vez a los nuevos asuntos familiares. En estos días no es nada fácil, porque hay un montón de prejuicios nuevos y extraños y, si una no trabaja, entonces la ven como una «vieja».

«Los nuevos asuntos familiares» era el peculiar modo de Nadia de referirse a su último embarazo. Por este motivo tuvo que posponer la obtención de las cualificaciones requeridas para un empleo profesional. Inscribirse en algún curso seguía siendo su ambición. Le dijo a María que adoptara la misma actitud, porque si no se pasaría la vida haciendo recados para otros[46].

El bebé que esperaba nació el 28 de febrero de 1926; fue una niña y la llamaron Svetlana. Nadia, sin embargo, siguió decidida a liberarse de las tareas domésticas y en el otoño de 1929 consiguió inscribirse en la Academia Industrial del centro de Moscú en un curso de especialización en fibras artificiales. La casa de Stalin quedó en manos de sirvientes y niñeras.

Cada mañana salía del Kremlin rumbo a la Academia Industrial. Dejaba de lado todo privilegio. Además dejaba un ambiente compuesto por gente de mediana edad y se juntaba con gente de su generación. La mayoría de los estudiantes no sabían que Nadia Allilúeva era la esposa del secretario general del partido —y aunque lo supieran, no se comportaban con ella de modo muy diferente—. Nadia partía sin chófer ni guardaespaldas, viajaba

en los mismos medios de transporte que sus compañeros de la Academia. Le escribió a Iósef acerca de un viaje muy tedioso el 12 de septiembre de 1929[47]:

> Hoy puedo decir que las cosas van mejor, porque he tenido un examen escrito de matemáticas y me fue bien, pero en general todo no sale tan bien. Para ser exactos, tenía que estar en la A(cademia) I(ndustrial) a las nueve en punto y, por supuesto, salí de casa a las ocho y media y resulta que se ha estropeado el tranvía. Me puse a esperar un autobus, pero no venía ninguno, así que decidí coger un taxi para no llegar tarde. Subo a uno y, no te lo vas a creer, habíamos avanzado solamente cien yardas cuando el taxi se para; alguna pieza se había roto.

Aunque pretendía que este catálogo de averías en los servicios le resultaba divertido, en su carta se percibe cierta dureza que se contradice con ello. Nadia tenía exigencias muy altas en todo y estaba disgustada por el deterioro de las condiciones de vida. Trataba de asegurarse de que Iósef supiera algo acerca de la clase de vida cotidiana que afrontaban los habitantes corrientes de la metrópoli: el ruido, los líos y el desorden[48].

Incluso Iósef a veces se topaba con los mismos trastornos. En una ocasión, cerca de finales de la década de los veinte, Mólotov y él salían del Kremlin por algún que otro motivo. Mólotov nunca olvidó lo que sucedió[49]:

> Recuerdo una tormenta muy fuerte; la nieve se amontonaba y Stalin y yo cruzábamos el Manége. No teníamos guardaespaldas. Stalin llevaba un abrigo de piel, botas altas y un gorro con orejeras. Nadie sabía quién era. De repente, un mendigo se plantó ante nosotros: «¡Dadnos algo de dinero, buenos señores!». Stalin buscó en su bolsillo, sacó un billete de diez rublos, se lo tendió y seguimos caminando. Detrás de nosotros, el mendigo gritó: «¡Malditos burgueses!». Esto hizo reír a Stalin: «No hay quien entienda a

> nuestro pueblo. ¡Si uno les da poco, está mal; si uno les da mucho, también está mal!».

Pero por lo general no tenía contacto con este tipo de experiencias.

Sin embargo, a Nadia le preocupaba que se hubiera ido desprendiendo de todo compromiso familiar. En casa siempre estaba de mal humor y con una actitud dominante. Ella sospechaba que tenía relaciones con las atractivas mujeres que se cruzaban en su camino. Y, por su parte, él rara vez pensaba en otra cosa que no fuera la política. Se sentía satisfecho no en el apartamento del Kremlin ni en Zubálovo, sino en su despacho, que estaba a pocos cientos de yardas en la Plaza Vieja, atravesando por la Plaza Roja. Allí estaba la sede del Comité Central desde 1923. Su despacho estaba en un piso alto cerca de los de Mólotov, Kaganóvich y otros[50]. Stalin pasaba allí la mayor parte del día y a menudo una buena parte de la noche. Nadia no le reprochaba que la dejara sola, pero sí sentía que su comportamiento en casa —cuando estaba allí— dejaba mucho que desear. Era comprensible que no fuera feliz. Stalin no tenía otros intereses fuera del trabajo y el estudio, salvo alguna partida de caza ocasional. A diferencia de Mólotov y sus otros secuaces, no jugaba al tenis ni a los bolos. Ni siquiera iba al cine. El matrimonio de Iósef y Nadia parecía un divorcio anunciado.

UN FACCIOSO CONTRA LAS FACCIONES

En el año 1925 las disputas en el Politburó llegaron a un punto culminante. Las rivalidades personales se convirtieron en un conflicto de facciones cuando Zinóviev y Kámenev se colocaron en abierta oposición a Bujarin y Stalin. Discutían tanto sobre la organización interna del partido como sobre las relaciones internacionales. Las medidas agrarias oficiales también eran muy controvertidas. Bujarin, en su entusiasmo por la Nueva Política Económica, había dicho a los campesinos más prósperos: «¡Enriqueceos!»[1]. Esto no coincidía con los comentarios que durante años Lenin había hecho sobre los kulaks. Incluso en los últimos artículos que había dictado, Lenin había concebido un movimiento directo del campesinado hacia un sistema de granjas cooperativas; nunca había abogado expresamente por que se considerara el beneficio como el motor de la regeneración de la agricultura. Bujarin, aliado de Stalin, parecía estar minando las ideas leninistas básicas, y Zinóviev y Kámenev no sólo le criticaban por oportunismo. En líneas generales, no estaban de acuerdo con las crecientes concesiones de la Nueva Política Económica, tal como había sido desarrollada. Stalin y Bujarin cerraron filas para deshacerse de sus adversarios de facción. Después de haberse enfrentado a Trotski y la Oposición de Izquierdas, batallaron contra Zinóviev y Kámenev cuando defendieron una interpretación más radical de la «unión de la clase obrera y el campesinado». La supervivencia de la NEP estaba en peligro.

Los enfrentamientos tuvieron lugar en el Comité Central en octubre de 1925. Zinóviev y Kámenev habían recibido garantías del apoyo de Grigori Sokólnikov, el comisario del pueblo de Finanzas, y de la viuda de Lenin, Nadezhda Krúpskaia. Stalin y Bujarin obtuvieron la mayoría en esa

ocasión. Pero ni Zinóviev ni Kámenev habían perdido a sus seguidores en las instancias más altas del partido. Por lo tanto, Stalin decidió atacarlos abiertamente en el XIV Congreso del Partido, en diciembre de 1925. Lo hizo con gran habilidad, revelando que en una ocasión habían tratado de acordar con él la expulsión de Trotski del partido. Negando con aire de santurrón su propia inclinación por las carnicerías, Stalin anunció[2]:

> Estamos a favor de la unidad, estamos en contra del desmembramiento. La política dei desmembramiento nos asquea. El partido desea la unidad, y la logrará junto con los camaradas Kámenev y Zinóviev, si es eso lo que quieren —o sin ellos, si no la quieren.

Aunque él mismo había recibido críticas de Lenin por rudo y secesionista, se las apañó para sugerir que la amenaza de una ruptura en el partido se encarnaba en lo que empezaba a conocerse como la Oposición de Leningrado.

Kámenev fue directo al grano[3]:

> Estamos en contra de crear una teoría del «Líder» *[vozhdia];* estamos en contra de convertir a alguien en «el Líder». Estamos en contra del Secretariado, que en realidad combina la política y la organización, colocándose por encima del órgano político. Estamos a favor de la idea de que nuestros dirigentes se organicen internamente de modo que exista un Politburó verdaderamente omnipotente que unifique a todos los políticos de nuestro partido y un Secretariado subordinado a él que ejecute técnicamente sus decretos (…) Personalmente sugiero que nuestro secretario general no es la clase de figura que pueda cohesionar el viejo mando supremo bolchevique. Precisamente porque a menudo se lo he dicho al camarada Stalin en persona y precisamente porque a menudo se lo he dicho a un grupo decamaradas leninistas lo repito en el Congreso:

> he llegado a la conclusión de que el camarada Stalin es incapaz de desempeñar el papel de unificad or del mando supremo bolchevique.

Esta advertencia resultaba extravagante para los que apoyaban a Stalin y a Bujarin. Pero Kamenev tenía algo a su favor. Se daba cuenta de que, detrás de la apariencia de amistad entre Stalin y Bujarin, Stalin aspiraba a convertirse en el líder indiscutible del partido.

Zinóviev devolvió a Stalin el golpe por haber hecho públicas sus conversaciones privadas divulgando detalles del episodio en Kislovodsk, cuando incluso algunos de los amigos de Stalin habían considerado deseable recortar sus poderes[4], pero confiaba en sus fiorituras retóricas para lograr su objetivo y la habitual ovación ya no se iba a producir. Aunque Zinóviev había sido víctima de una maniobra, no podía culpar de todo su infortunio al secretario general. Había sido él quien había puesto en marcha el mecanismo de la sospecha mutua. Si alguien había mostrado una ambición desmedida, había sido él. Todavía no tenía mucho que contraponer a las políticas del duunvirato Stalin-Bujarin a cargo del Politburó. Zinóviev y Kámenev podían murmurar sobre las deficiencias del régimen, pero hasta muy poco tiempo atrás habían sido las columnas que sostenían su frontón. Cuando Zinóviev presentó un informe complementario al informe oficial de Stalin en el Comité Central, se quejó del tratamiento que había recibido de Stalin y advirtió en contra de la propuesta de Stalin y Bujarin de hacer mayores concesiones al campesinado. Pero no quedó claro qué haría él en su lugar.

Zinóviev y Kámenev se habían puesto en evidencia ante la mayoría de los dirigentes y militantes del partido. Habían restablecido el faccionalismo en el partido en un momento peligroso. Apenas había sido derrotado Trotski y ellos ya estaban dividiendo la dirección del partido. La posición del partido no era segura en todo el territorio de la URSS. Su victoria sobre los blancos en la Guerra Civil les mostró sin contemplaciones su aislamiento en el país. Los obreros que no militaban en las filas bolcheviques estaban muy descontentos. Los campesinos estaban lejos de mostrarse agradecidos a los bolcheviques por la NEP; existía un profundo resentimiento por los continuos ataques a la Iglesia Ortodoxa Rusa. Muchos miembros de las

profesiones técnicas, mientras trabajaban en las instituciones soviéticas, anhelaban precisamente la «degeneración termidoriana» que el partido temía. Termidor había sido el mes de 1794 en que los jacobinos que habían encabezado el gobierno revolucionario francés fueron depuestos y se puso fin a los experimentos sociales de corte radical. La mayoría de los intelectuales creativos seguían considerando el bolchevismo como una plaga que debía ser erradicada. Muchos no rusos que habían experimentado la independencia de Rusia durante la Guerra Civil, deseaban reafirmar sus reivindicaciones nacionales y étnicas más allá de los límites permitidos por la Constitución de la URSS. «Los hombres nep» hicieron mucho dinero durante la NEP, pero suspiraban por un entorno comercial más previsible. Los campesinos más ricos —los llamados kulaks— tenían la misma aspiración. En las sombras de la vida pública también acechaban las legiones de miembros de los partidos políticos suprimidos: los mencheviques, los social-revolucionarios, los kadetes y las abundantes organizaciones fundadas por distintas nacionalidades.

El partido tenía la sensación de estar rodeado de enemigos en su propio país, y la dirección comunista soviética —incluyendo a Stalin— era muy consciente de que la imposición de un estado centralizado de partido único todavía no había llevado a un cambio revolucionario en las actitudes y en las prácticas de los niveles inferiores del partido, el estado y la sociedad. Las políticas se formulaban en su mayoría sin consultar fuera del Kremlin. La oposición abierta estaba restringida a las sucesivas reyertas internas del partido bolchevique. Cada vez que surgía otra tendencia, la OGPU (nombre que reemplazó al de GPU en 1924) la suprimía con rigor. Los miembros del Politburó sin excepción eran conscientes de que presidían un estado con métodos imperfectos de gobierno. El antagonismo social, nacional y religioso hacia los bolcheviques estaba muy extendido. Incluso el partido tenía sus defectos: las luchas de facciones y la desobediencia pasiva en la administración, así como una decadencia del fervor ideológico en los niveles inferiores eran evidentes. Quienquiera que ganara la batalla por la sucesión de Lenin tendría que enfrentarse de inmediato a una tarea más ardua: conseguir que el gobierno de la URSS se hiciera más sólido e irreversible. Stalin tenía poder sobre la formulación política y la elección de

personal; se las había arreglado para derrotar a sus principales enemigos dentro del partido. Todavía no había convertido el orden soviético en un sistema de poder consagrado a una obediencia total y entusiasta.

El temor de que en cualquier momento pudiera declararse una «cruzada» capitalista contra la URSS se sumaba a sus preocupaciones fundamentales. Los estados extranjeros habían intervenido en la Rusia soviética entre 1918 y 1919 y podrían hacerlo nuevamente. Abiertamente, la URSS tenía tratados de comercio con el Reino Unido y otros estados. Con la derrotada Alemania había firmado el Tratado de Rapallo. La Comintern aumentaba gradualmente en cuanto al número y la fuerza de los partidos comunistas afiliados. La paz no estaba manifiestamente amenazada. Incluso los franceses, que habían protestado ante la renuncia soviética a hacerse cargo de las deudas de Nicolás II y del gobierno provisional, de ninguna manera iban a comenzar una invasión. Sin embargo, mientras la URSS fuese el único estado socialista del mundo, habría tensiones diplomáticas que podrían provocar un cambio brusco en la situación y la Unión Soviética podría ser invadida. Los bolcheviques estaban en alerta ante la posibilidad de que se produjeran estallidos militares en sus fronteras. Creían que los polacos no habrían avanzado sobre Ucrania en 1920 a menos que la incursión hubiera sido instigada por los aliados occidentales (y, aunque esto no era cierto, realmente estaban en connivencia con asesores militares franceses y habían entablado negociaciones diplomáticas con los británicos). Los bolcheviques creían que, si los propios británicos y franceses no habían emprendido una cruzada contra la URSS en los años veinte, perfectamente podían armar y desplegar ejércitos invasores que actuaran en su lugar. Las fuerzas armadas de Polonia, Finlandia, Rumania e incluso Turquía se consideraban candidatas a cumplir esta clase de papel.

En esta situación, con la URSS presionada por enemigos de dentro y fuera de sus fronteras, Zinóviev y Kámenev elegían seguir un camino ya trillado por Trotski. Incluso sin los discursos de Stalin contra ellos, parecían amenazadoramente desleales. En 1925 había un millón veinticinco mil bolcheviques en una población de ciento cuarenta y siete millones[5]. Como los bolcheviques reconocían, eran una gota en el océano; se admitía que las

campañas de reclutamiento masivo durante y después de la Guerra Civil habían creado un partido que tenía unos pocos miles de dirigentes y militantes con experiencia y una gran mayoría que difería muy poco en cuanto a sus conocimientos políticos y experiencia administrativa del resto de la sociedad. Zinóviev y Kámenev parecían ser dos ambiciosos egoístas y estaban a punto de pagarlo caro.

Stalin continuó publicando escritos que explicaban sus propósitos. Tenía que demostrar sus credenciales ideológicas y entre sus distintos logros estuvo una continuación de sus conferencias en la Universidad Sverdlov: en 1926 publicó *Sobre cuestiones del leninismo* (traducido convencionalmente como *Problemas del leninismo).* Sus contenidos no contribuyeron mucho a cambiar la impresión generalizada entre los dirigentes bolcheviques de que Stalin era un intérprete poco imaginativo de las doctrinas de Lenin. Otros producían los panfletos y artículos de mayor análisis. Trotski escribió acerca de los problemas de la vida cotidiana; Preobrazhenski, acerca del desarrollo económico; Bujarin, sobre epistemología y sociología. Apenas había algo en *Problemas del leninismo* que no pudiera encontrarse con facilidad en las principales obras publicadas de Lenin. En realidad, era un trabajo de codificación y muy poco más. Hubo precisamente un componente del libro que llamó la atención en el momento: la teoría de Stalin de que el socialismo podía ser construido en un solo país. Hasta entonces había sido un principio oficial del partido bolchevique que Rusia no podría hacerlo por sus propios medios. En realidad, se había dado por sentado que, mientras el capitalismo mundial continuara siendo fuerte, habría severos límites para la consecución de un gran progreso social y económico incluso en el país socialista más avanzado.

Esta había sido la opinión de Lenin, y la había expresado en su política exterior. Siempre que pudo, trató de extender la revolución a Occidente mediante la propaganda, la ayuda económica, los consejos o la guerra. Repetidas veces había proclamado que la reconstrucción de la economía rusa sería un objetivo quimérico a menos que se contara con la ayuda de Alemania, fuera capitalista o socialista. En consecuencia, su programa implicaba que los bolcheviques comenzaran a construir el socialismo en Rusia con la esperanza de que los estados extranjeros, en especial

Alemania, finalmente ayudaran en la tarea de completar la construcción. En septiembre de 1920 lo afirmó en la IX Conferencia del Partido. Insistió en que «las fuerzas rusas» por sí solas serían inadecuadas para este objetivo; incluso la recuperación económica, mucho menos el desarrollo económico, podría llevar entre diez a quince años, si la Rusia soviética permanece aislada[6].

Sin embargo, Stalin sostenía que la construcción del socialismo era completamente factible incluso aunque no existiera un estado socialista hermano. En este punto el gran codificador tenía que encontrar un subterfugio. Tuvo que citar mal los textos publicados de Lenin y, haciendo uso de su autoridad organizativa, impedir que aparecieran discursos y escritos inéditos que comprometieran sus afirmaciones. Sus enemigos recibieron los escritos con tanto desprecio que ni siquiera se dignaron a poner de manifiesto su heterodoxia; y, en realidad, sus enseñanzas heréticas sólo llegaron a tener algún significado práctico de forma retrospectiva. En la década de los veinte no tuvieron un efecto directo en la política. Todos los partidarios de la NEP daban por sentado que la URSS tenía que continuar con la «construcción del socialismo» por sus propios medios en una época en la que no existía ningún otro estado socialista. La cuestión de hasta qué punto los bolcheviques podrían triunfar en este aspecto parecía inútilmente abstracta.

Los otros contendientes por el liderazgo —Trotski, Zinóviev, Kómenev y Bujarin— también escribieron libros que explicaban el leninismo al resto del partido. Cada uno de ellos invocaba la autoridad de Lenin y sostenía haber diseñado una estrategia leninista coherente. No había nada intelectualmente destacable en ninguna de estas obras, pero todos sus autores tenían en común el deseo de dar la impresión de ser intelectuales destacados. Trotski, cuando se aburría en el Politburó, solía sacar una novela francesa y ponerse a leerla a ojos de todo el mundo. Era arrogante incluso para los parámetros del Politburó. Pero todos compartían su desprecio por el «ignorante» e «inculto» Stalin. Lo que no pudieron entender fue que *Problemas del leninismo,* aparte del punto herético del «socialismo en un solo país», era un resumen competente de la obra de Lenin. Estaba bien estructurado. Contenía formulaciones claras. Era un

modelo de claridad pedagógica: se presentaban las ideas y se explicaban cuidadosamente desde varios ángulos. Se tocaban casi todos los temas principales de la obra de Lenin. El sucinto modo de exposición se reconoció en su momento y el libro se reimprimió varias veces.

Los rivales de Stalin subestimaron mucho su decisión de demostrarles que estaban equivocados al estimarle tan poco. Él conocía sus defectos. Sabía muy poco alemán, mucho menos inglés y nada de francés. Por lo tanto, retomó su intento de aprender inglés por su cuenta[7]. Carecía de refinamiento oratorio. Por lo tanto, trabajó duramente en sus discursos y no dejó que nadie los escribiera por él ni que editara sus borradores. Su marxismo carecía de competencia epistemológica. Por eso le pidió a Jan Sten que le diera clases semanales sobre los preceptos y métodos básicos de la filosofía marxista contemporánea[8].

Al mismo tiempo, Stalin se dotó de un perfil distintivo en la cúpula del partido. Su idea acerca del «socialismo en un solo país, tomado separadamente» era leninismo pobre, pero tocó la fibra sensible de muchos miembros del comité del partido a los que disgustaba la insistencia de Trotski en que la Revolución de octubre se marchitaría y moriría a menos que los socialistas tomaran el poder en otros países poderosos del continente europeo. Stalin, ferviente defensor de la NEP, se las ingenió para sugerir que él creía profundamente en el potencial básico de progreso de la URSS sin la ayuda extranjera. El socialismo en un solo país era la exposición de una propensión ideológica[9]. Igualmente importantes eran ciertas tendencias del pensamiento de Stalin. Su compromiso con la NEP era cada vez más equívoco. Nunca le dio un apoyo entusiasta, como Bujarin, y estipuló cada vez más la necesidad de mayores niveles de inversión en la industria estatal y de gravar a los campesinos más pudientes con impuestos más elevados. También siguió insistiendo en que había que promover a los obreros de las fábricas a los puestos administrativos; su odio a los «especialistas burgueses» seguía sin remitir[10]. En línea con la política oficial del partido, sus nombramientos de cargos del partido tenían como base la lealtad demostrable al bolchevismo antes de 1917[11].

El caso es que esta configuración de las tendencias ideológicas y políticas tenía un atractivo cada vez mayor para los líderes del partido de

Moscú y de las provincias. Stalin no se elevó hasta el poder supremo exclusivamente por medio de las palancas de la manipulación burocrática. Sin duda tenía ventaja en la medida en que podía reemplazar a los secretarios de los partidos locales por personas de su elección. También es verdad que el régimen del partido le permitió controlar los debates del Comité Central y de los congresos del partido. Pero estos recursos habrían sido inútiles de no haber podido convencer al Comité Central y al Congreso del Partido de que él era el político adecuado a seguir. No sólo como administrador, sino también como líder —en el pensamiento y la acción— parecía reunir estos requisitos mejor que cualquier otro.

Stalin y Bujarin se prepararon para una última y decisiva campaña contra la oposición en el interior del partido. Siempre habían odiado a Trotski y, en su correspondencia privada, se regocijaban porque cada vez tenían más éxito a la hora de humillarle. Pero también conservaban un cierto temor hacia él. Sabían que era brillante y decidido; eran conscientes de que conservaba varios seguidores en el partido. Trotski seguía siendo un enemigo peligroso. Tenían menos respeto por Zinóviev, pero podían percibir que también seguía siendo una amenaza. Más peligro aún entrañaban los efectos de un posible acercamiento entre Trotski y Zinóviev. Mientras Zinóviev criticaba a Bujarin y a Stalin desde una posición de izquierdas, las diferencias entre los opositores se aminoraban. A mediados de 1926 se formó una Oposición Unida. Cuando Stalin oyó que Krúpskaia simpatizaba con Zinóviev, le escribió a Mólotov: «Krúpskaia es una secesionista. Necesita realmente que se la castigue por secesionista si queremos conservar la unidad del partido»[12]. Dos años antes había recibido con agrado el apoyo de ella mientras se defendía de los efectos del Testamento de Lenin. Tras haber superado esa emergencia, ahora se proponía tratarla con la misma severidad que al resto de los dirigentes de la Oposición Unida.

A mediados de 1926 estaba preparado el escenario para el ajuste de cuentas y Stalin tenía ganas de pelea. Cuando Trotski le murmuró a Bujarin que esperaba tener a la mayoría del partido de su lado, el secretario general escribió a Mólotov y a Bujarin: «¡Qué poco sabe y en qué baja estima tiene a Bujarin! Pero creo que el partido pronto les va a romper el hocico a

Trotski, a Grisha [Zinóviev] y a Kámenev y los va a convertir en renegados como Shliápnikov»[13]. Los acusó de comportarse de una forma aún más desleal que la Oposición Obrera de Shliápnikov. Había que enfrentarse a ellos. Zinóviev sería expulsado del Politburó. La dirección del partido en ascenso no tenía nada que temer: «Puedo asegurarles que este asunto se llevará a cabo sin las menores complicaciones para el partido y para el país»[14]. Se desharían primero de Zinóviev. A Trotski se le podía dejar para después[15].

Para entonces el grupo de Stalin en la dirección estaba bien organizado. Stalin mismo podía permitirse quedarse en el mar Negro mientras, el 3 de junio de 1926, una terrible disputa sobre las propuestas por Zinóviev se prolongaba durante seis horas[16]. Stalin quería el control total de su grupo. Quería mantenerse al tanto de los acontecimientos y enviaba instrucciones a sus subordinados con regularidad. Pero había creado un sistema que le permitía ser el amo incluso mientras estaba de vacaciones. Se reafirmó hasta un punto todavía mayor. En septiembre de 1926 le escribió a Mólotov indicándole que albergaba reservas fundamentales acerca de su aliado y supuesto amigo Bujarin: «Bujarin es un puerco y seguramente es peor que un puerco porque piensa que está por debajo de su dignidad escribir un par de líneas»[17]. Más o menos por entonces también dijo de su allegado Mikoián: «Pero Mikoián es un patito en política, un patito hábil pero de cualquier manera un patito»[18]. De todo esto se desprendía que Stalin se consideraba a sí mismo como la única fuerza indispensable en la campaña contra la Oposición Unida. A sus ojos, nadie más podía coordinar y dirigir con éxito a la dirección del Partido en los conflictos entre facciones que se avecinaban. Su objetivo era que Trotski y Zinóviev sufrieran una derrota definitiva.

Sin embargo, la tensión de las constantes polémicas también le afectó. Libre de acusar a la Oposición Unida, resultó herido por las ofensas personales que él mismo tuvo que soportar. Era un bruto extremadamente sensible. Cuando la situación fue demasiado lejos para él, siguió su patrón de conducta habitual desde los primeros años después de octubre de 1917 e intentó dimitir. El 27 de diciembre de 1926 escribió al presidente del Sovnarkom Alexéi Rykov diciendo: «Le pido que me releve del puesto de

secretario general del Comité Central. Afirmo que ya no puedo trabajar más en ese puesto, que no estoy en condiciones de seguir trabajando por más tiempo en este puesto». Hizo un intento similar de renuncia el 19 de diciembre de 1927[19]. Por supuesto, lo que quería era que le persuadieran de que se retractara de estas peticiones —y sus partidarios hicieron exactamente lo que deseaba—, pero la máscara de absoluto autocontrol y seguridad en sí mismo se le había caído por momentos.

Las vacilaciones de Stalin fueron temporales e intermitentes. La Oposición Unida todavía tenía que ser derrotada y él volvió a trabajar como secretario general del partido con la belicosidad por la que sus partidarios lo admiraban. Stalin y Bujarin estaban listos para la lucha (aunque Bujarin tenía la inquietante tendencia a seguir dirigiéndose a sus oponentes en términos amistosos). La muerte política de Trotski, Zinóviev y Kámenev llegó con sorprendente rapidez. En la primavera de 1927 Trotski presentó una ambiciosa «plataforma», firmada por ochenta y tres opositores (incluido él mismo), donde se criticaban fulminantemente los pecados de la dirección del partido. Exigía una política exterior más «revolucionaria», así como un crecimiento industrial más rápido y, mientras que previamente había expresado su preocupación acerca de la «burocratización» del partido, él y sus partidarios insistían ahora en que era necesario llevar a cabo una amplia campaña de democratización no sólo en el partido sino también en los soviets. Sostenía que sólo mediante este conjunto de medidas las metas originales de la Revolución de octubre podrían alcanzarse. Así pues, para la Oposición Unida el Politburó estaba arruinando todo aquello por lo que Lenin había luchado. Era necesaria una lucha a muerte para zanjar las disputas y elevar nuevamente los principios del partido a la cima de la agenda política actual.

Stalin y Bujarin dirigieron los contraataques durante el verano de 1927. Su humor beligerante se vio reforzado por su aguda conciencia de que la Oposición Unida, mientras difundía acusaciones sobre la dejación de sus deberes revolucionarios por parte del Politburó, también estaba acusando a sus miembros de lisa y llana incompetencia. El Politburó estaba decidido a mantenerse firme mientras los conflictos internacionales se intensificaban. El gobierno conservador británico había estado buscando pelea durante

varios meses y, cuando una investigación policial de la compañía comercial anglo-soviética Arcos descubrió pruebas comprometedoras, el Reino Unido rompió por completo las relaciones diplomáticas con la URSS y expulsó al embajador soviético en mayo. Al mes siguiente, el embajador soviético en Polonia fue asesinado. No era la primera vez que afloraban las cicatrices de guerra en la URSS. La OGPU reforzó su vigilancia de las actividades subversivas y el sabotaje. Los problemas aumentaban en importancia y rapidez. A mediados de julio llegaron noticias desde China de que el líder nacionalista Chiang Kaishek había masacrado a los comunistas en Shangai durante el mes de abril. Mientras que nada de lo que pasaba en Londres y Varsovia era imputable al Politburó, Stalin y Bujarin eran directamente responsables de las políticas impuestas por la Comintern a la dirección comunista china. Hasta hacía muy poco tiempo habían insistido en una alianza con Chiang Kaishek contra los deseos de los comunistas chinos; ahora, en agosto de 1927, les autorizaron a organizar un levantamiento contra Chiang Kaishek. La Oposición Unida denunció al Politburó por la falta total de una supervisión eficaz de la política exterior de la URSS.

Sin embargo, Stalin se fue al Sur de vacaciones, como de costumbre. Daba por sentado que podía dejar que la Comisión de Control Central, presidida por Ordzhonikidze, se encargara de disciplinar a la Oposición. Le enviaban los documentos por correo con regularidad. Lo que leía le llenaba de ira. De algún modo Zinóviev y Trotski habían logrado convertir las investigaciones de la Comisión de Control Central en una oportunidad para desafiar al Comité Central. Y Ordzhonikidze parecía haber perdido el control de los acontecimientos. «¡Qué vergüenza!», escribió Stalin a Mólotov como preludio de un escrito más agresivo dirigido a los hombres que había dejado a cargo de Moscú[20].

En junio y julio salpicó sus cartas de instrucciones detalladas tanto sobre Gran Bretaña como sobre China[21]. Aun así, no apartó los ojos de la amenaza interna: había que ocuparse de Trotski. Stalin, Mólotov y Bujarin se preguntaban sobre la conveniencia de que su enemigo fuera deportado a Japón[22]. Se tomó la decisión de proceder por etapas. En el pleno del Comité Central y de la Comisión de Control Central en octubre de 1927,

algunos de los seguidores de Trotski gritaron que el Politburó estaba enterrando el Testamento de Lenin. Stalin estaba listo para responderles[23]:

> La Oposición esta pensando en «explicar» su derrota en términos personales: la rudeza de Stalin, la actitud poco comprometida de Bujarin y Rykov y cosas por el estilo. ¡Es una explicación mezquina! Es menos una explicación que una tontería supersticiosa (…) En el período transcurrido entre 1904 y la Revolución de febrero [1917], Trotski se pasó todo el tiempo revoloteando en torno a los mencheviques y dirigiendo una campaña contra el partido de Lenin. En ese período Trotski sufrió toda una serie de derrotas a manos del partido de Lenin. ¿Por qué? ¿Tal vez la rudeza de Stalin fue la causa? Pero Stalin todavía no era el secretario del C[omité] C[Central]; en ese tiempo [Stalin] estaba incomunicado y lejos de lugares extranjeros, dirigiendo la lucha en el subsuelo mientras que la disputa entre Trotski y Lenin se desarrollaba en el extranjero. Entonces, ¿qué tiene que ver exactamente con esto la rudeza de Stalin?

Su manipulación del pleno fue una obra maestra de persuasión. Le recordó a la Oposición que con anterioridad él había rechazado peticiones de expulsión de Trotski y Zinóviev provenientes del Comité Central. «Tal vez —sugirió mordazmente— me excedí en mi “amabilidad” y cometí un error».

El pleno excluyó a Trotski, Zinóviev y Kámenev del Comité Central. El 14 de noviembre de 1927 Trotski y Zinóviev fueron expulsados del partido por completo, y esta decisión fue ratificada por el XV Congreso del Partido en diciembre. El eje Stalin-Bujarin había triunfado. Su versión de la política revolucionaria en el país y en el extranjero había prevalecido después de una década de continuas luchas de facciones entre los bolcheviques. Bujarin mantuvo relaciones amistosas con sus adversarios derrotados, pero Stalin se negó a llegar a ningún compromiso. En el XV Congreso del Partido se anunció la exclusión de setenta y cinco opositores más, incluyendo a

Kámenev. Stalin y Bujarin se habían deshecho de la grave amenaza contra la NEP. Nadie imaginó que en un mes más el acuerdo político quedaría destruido y que los dos triunfadores se convertirían en enemigos. En enero de 1928 la Nueva Política Económica estaba a punto de ser liquidada por el secretario general del partido.

TERCERA PARTE

EL DÉSPOTA

EL FIN DE LA NEP

Repentinamente a finales de la década de los veinte, Stalin arremetió como un toro salvaje contra la Nueva Política Económica. El compromiso económico inaugurado por el Politburó de Lenin siete años antes fue rechazado. Se recurrió a la violencia generalizada para introducir un sistema de granjas colectivas. Comenzó la industrialización a marchas forzadas. Se intensificó la persecución de los kulaks, los «hombres NEP» y los «especialistas burgueses». También hubo cambios políticos. El régimen interno del partido se endureció todavía más y se reanudaron los juicios ejemplarizantes contra los líderes supervivientes de los agonizantes partidos rivales. Comenzó una ofensiva contra todo tipo de tendencia nacionalista[1]. Los espacios de expresión cultural se redujeron drásticamente y la religión institucionalizada se convirtió en objeto de violentos ataques. El controvertido acuerdo que había estado en vigor desde 1921 se deshizo.

Stalin puso en marcha los cambios después de que la caída de los suministros de grano alcanzase un punto crítico a finales de 1927. El 6 de enero de 1928 el Secretariado remitió directrices secretas que amenazaban con expulsar a los dirigentes locales del partido que no aplicaran «duros castigos» a los que hacían acopio de grano[2]. Stalin manifestó sus convicciones en una carta a Serguéi Syrtsov y a la dirección del partido en Siberia[3]:

> Mantenemos que este es el camino al pánico, al aumento de precios —la peor forma de hacer un trueque cuando es sencillamente imposible cubrir las necesidades de un campo Heno de campesinos con reservas de grano comercializabies: esto refuerza la capacidad

> de resistencia de la clase poderosa del campo (…) El campesino no pagará sus impuestos porque lo diga el editorial de *Pravda:* la planificación forzosa es fundamental para él.

Se les notificaba a los comunistas siberianos que se exigía un inmediato incremento de la recaudación de grano. A diferencia de Ucrania y del norte del Cáucaso, Siberia —que había suministrado un tercio de las exportaciones soviéticas de trigo— había tenido un verano cálido. Stalin estaba decidido a expropiar el grano a los kulaks. Junto con un grupo selecto de funcionarios del partido salió de Moscú el 15 de enero de 1928. Políticos como Mikoián, Kírov, Zhdánov, Shvérnik, Póstyshev y Kosior, acompañados por miles de cargos del partido, emprendieron viajes similares hacia las regiones agrícolas de la URSS[4].

La recaudación de grano por parte del estado se había reducido a sólo el 70% del total obtenido el año anterior. Las dificultades habían surgido a causa de la mala gestión económica del Politburó. Desde 1926 se habían introducido varias medidas para extraer como fuese ingresos adicionales del sector privado. Se impuso a los kulaks un impuesto de clase: los ingresos fiscales que se obtenían de ellos se elevaron por encima del 50% entre 1926 y 1927. El 1926 el acopio «malintencionado» de productos industriales y agrícolas se convirtió en un delito en virtud del artículo 107 del Código Penal. Se aplicaron recargos al transporte por ferrocarril de bienes particulares. El gobierno expropió muchos molinos harineros que eran propiedad privada. Estas medidas siguieron a la reorientación de los objetivos económicos inmediatos propuesta por Stalin y Bujarin en el XIV Congreso del Partido en diciembre. La política del partido se orientaba hacia a un ritmo acelerado de industrialización por medio de la expansión constante de la acumulación de capital por parte del estado. Esta prioridad se reafirmó en julio de 1926. Se ordenó al Gosplan —el Comité de Planificación Estatal, responsable de diseñar un plan para el desarrollo económico del país— que se preparara para afrontar una situación en la que las empresas iban a estar sujetas a mayores requerimientos y supervisión. Se llevaron a cabo maniobras tendentes a poner todo el sistema económico bajo la autoridad del gobierno central[5].

A los miembros del Politburó había llegado a inquietarles la NEP, de modo que, al realizar un cambio político radical se comprometían con los objetivos socialistas e industrializadores de los protagonistas de la Revolución de octubre. Al optar por un cambio rápido y sustancial intensificaban la transformación de la URSS en la dirección a la «modernidad». Los vestigios del viejo orden debían ser erradicados. Fastidiados por Trotski, deseaban demostrar sus credenciales. También sabían que el ritmo lento de la transformación económica era un terreno abonado para que la Oposición Unida se hiciese propaganda entre los dirigentes del partido en las provincias[6] —y, a pesar de la incesante centralización política desde mediados de 1918, los dirigentes del partido tenían buenas razones para temer un repentino brote de resistencia a su supremacía—. Pero creían en lo que hacían. Stalin vivía para el bolchevismo, pero combinaba la convicción ideológica con sentimientos hacia sus rivales —celos, rencor y venganza— que estaban muy lejos de ser puros.

La consecuencia previsible de las medidas económicas adoptadas desde 1926 fue el deterioro de la economía de mercado. Incluso antes de cortar las raíces de la NEP, Stalin —junto con Bujarin hasta las expropiaciones de enero de 1928— le había asestado serios golpes. Habían empezado a cambiar las cosas incluso antes, bajando los precios de los productos de las fábricas de propiedad estatal como un modo de resolver la «crisis de las tijeras» en 1923. El efecto fue acumulativo. Se registró una escasez de bienes de consumo, mientras los comerciantes compraban todo lo que estaba disponible. Tres años después, Stalin y Bujarin también bajaron los precios que estaban dispuestos a pagar por el grano. El resultado fue un deterioro del comercio de la cosecha de cereal. Los dos dirigentes del Politburó competían entre sí para ver quién era más incompetente. Sólo uno de ellos, Bujarin, se dio cuenta de que sus métodos eran equivocados al indicar al Comité Central que los precios de venta al por menor debían elevarse para evitar una calamidad. Stalin se resistió. Había tenido suficiente: en sus primeros años la NEP había restaurado la economía, pero no podía asegurar el ritmo de progreso industrial que deseaban los

miembros del Politburó. El pleno del Comité Central de febrero de 1927 respaldó las medidas que se habían tomado el año anterior.

Stalin y Bujarin habían arruinado la economía, pero Stalin se negaba a reconocer la enorme metedura de pata. ¿Qué estaba pensando en 1927? Stalin nunca explicó su estrategia con detalle. Se ha sugerido que simplemente deseaba el poder y tenía que retar a Bujarin en un terreno en el que podría contar con que su postura discrepara de la de los círculos más amplios del partido. Es una posibilidad. Pero la explicación más plausible es que Stalin, después de haber acordado con Bujarin una aproximación más militante a la industrialización, se negó a echarse atrás. Su capacidad de juicio estaba embotada. La NEP siempre había dejado mal sabor de boca a Stalin y a muchos dirigentes bolcheviques de los órganos centrales y de las provincias. Las continuas emergencias les habían mantenido con los nervios a flor de piel. Había habido una terrible hambruna en 1922 y la «crisis de las tijeras» en el comercio en 1923. El partido había tratado de exprimir aún más a los obreros de las fábricas y las minas mediante la racionalización del proceso de producción. Pero esto nunca bastó para satisfacer a los críticos de izquierdas. Cada cual a su manera, los opositores —los Centralistas Democráticos, la Oposición Obrera, la Oposición de Izquierdas, la Oposición de Leningrado y la Oposición Unida— ponían en tensión al Politburó acusando a sus miembros de cobardía ideológica y de traición.

La NEP había logrado más de lo que sus críticos querían reconocer. El volumen de producción industrial y agrícola entre 1926 y 1927, según la mayoría de las estimaciones, había mantenido todo o casi todo el nivel del último año anterior a la Gran Guerra y el estado soviético estaba elevando su tasa de inversión en proyectos capitales. La NEP parecía capaz de generar un ritmo moderado de desarrollo económico en los años venideros. También había mucha estabilidad social y política. El Partido, la OGPU y el Ejército Rojo disponían de un poder indiscutible. En 1924 tuvo lugar un levantamiento georgiano; también se produjeron disturbios en Asia Central. Pero por lo demás había tranquilidad. El control de la disidencia pública fue efectivo.

La cuestión seguía siendo si el ritmo del desarrollo económico era suficiente para que la URSS pudiera protegerse contra sus potenciales enemigos exteriores. Hacia finales de la década de los veinte se consideraba que los principales peligros eran Gran Bretaña (que rompió relaciones diplomáticas con la URSS en mayo de 1927), Francia (que siguió exigiendo a Rusia el pago de los antiguos créditos del estado ruso) y Japón (que miraba codiciosamente las posesiones soviéticas del Extremo Oriente). Era dudoso que el Ejército Rojo estuviera lo suficientemente bien equipado para enfrentarse con cualquiera de estos países en una guerra. Aunque el desarrollo industrial seguía su curso, la brecha tecnológica entre la Unión Soviética y las economías más avanzadas de Occidente iba en aumento. Los bolcheviques habían llegado al poder creyendo firmemente en la necesidad vital de la ciencia y la ingeniería como vehículos del progreso socialista. Una década después de la Revolución de octubre no había sucedido nada en la URSS que sugiriera que la brecha podía cerrarse pronto. Los Estados Unidos y Alemania tomaban la delantera. Stalin y sus partidarios estaban preocupados por el persistente fracaso del régimen soviético.

La actitud del partido no se basaba únicamente en previsiones de desarrollo económico. Los «hombres nep» hacían fortunas fabricando poco. Una rica capa del campesinado, al que los bolcheviques llamaban kulaks, volvió a surgir en el campo. Los sacerdotes, imanes y rabinos proclamaban la palabra de Dios. El ateísmo marxista-leninista no era popular. Ciertos sectores de la *intelliguentsia*, procedentes especialmente de los pueblos no rusos, cultivaban ideas nacionalistas. Se habían hecho concesiones sobre la cuestión nacional desde la Revolución de octubre que se reforzaron durante la NEP. En Ucrania se llevaba a cabo una campaña sistemática de «ucranización» de las escuelas, la prensa y los cargos públicos. En otras repúblicas soviéticas se emprendieron iniciativas similares. Pero el nacionalismo estaba en alza por toda la URSS y superaba la difusión del pensamiento socialista. La política básica de Lenin y de Stalin fue contraatacar de manera espectacular. Moscú respondió en 1926 aprobando medidas para deportar a cierto número de religiosos y líderes tribales de Azerbaiyán[7]. La política sobre la cuestión nacional se hizo más dura, al tiempo que se incrementaba la severidad en la política económica.

Kaganóvich, colaborador de Stalin que presidió el Partido Comunista de Ucrania entre 1925 y 1926, propuso medidas para deportar a los polacos de las fronteras occidentales hacia las regiones interiores de la URSS. Su finalidad era evitar que las agencias de inteligencia de Piísudski se infiltrasen en Ucrania[8].

El mismo partido que había hecho la Revolución de octubre en nombre de la clase obrera y de los campesinos más pobres estaba ante una sociedad donde el capitalismo, la religión y el nacionalismo eran cada vez más fuertes. Incluso las propias filas del partido eran motivo de preocupación. En 1927, después de una intensiva campaña de reclutamiento, los miembros del partido se elevaron a 1.200.000. Aunque es una cifra considerable, no hacía sino disimular la inquietud oficial porque la calidad de los reclutados, en términos de fervor ideológico y formación cultural, dejaba mucho que desear[9].

En este contexto se habían introducido las medidas económicas desestabilizadoras desde mediados de la década de los veinte. Stalin conservó durante mucho tiempo una inclinación hacia la autarquía económica. Daba por sentado que la política estatal no era la adecuada si no producía un crecimiento industrial autóctono. Había escrito a Mólotov en junio de 1925[10]:

> O resolvemos [esta sería cuestión] correctamente según los intereses dei estado, de los obreros y de los desempleados, a quienes sería posible incorporar a la expansión de la producción o, si no lo resolvemos correctamente, vamos a perder cientos de millones —aparte de todo lo demás— para beneficio de los fabricantes extranjeros.

Mientras Bujarin abogaba por la industrialización a un ritmo lento y trataba de contener las exigencias de aceleración, Stalin empezó a mostrar una creciente frustración. La alianza entre Stalin y Bujarin se estaba desintegrando sin que ninguno de los dos presintiese que iba a producirse una ruptura decisiva. Todavía se llevaban bien en el Politburó. También se veían en reuniones sociales. Pero las ideas de Stalin se estaban

endureciendo. En diciembre de 1926 negó que la URSS fuese a necesitar cincuenta años o más para igualar el volumen económico de las potencias capitalistas extranjeros. En realidad, afirmó que podían y debían darse «pasos de gigante»[11].

La contribución de Stalin al debate sobre política económica había sido moderada hasta enero de 1928 y —aparte de sus ataques autorizados a la oposición interna del partido— había mantenido una actitud exterior de calma desde la muerte de Lenin. Sus rivales tenían alguna excusa para malinterpretar la situación, pero no era un error del que fueran a salir indemnes. Stalin actuaba con astucia. No le dijo una sola palabra a Bujarin acerca de la guerra que estaba a punto de iniciar en el campo. Encerrado durante dos días en el Transiberiano con su asistente Alexandr Poskrióbyshev, entre otros, su ánimo era belicoso (Poskrióbyshev fue el último de los asistentes personales de Stalin y permaneció en el cargo hasta 1953). Cualquiera que se interpusiera en el camino de Stalin durante su viaje iba a recibir un tratamiento feroz. Al llegar a Novosibirsk, ordenó el arresto de los kulaks «antisoviéticos». Debían cumplirse las cuotas de recaudación de grano. La campaña comenzó al «expandir el establecimiento» de granjas colectivas[12]. Se formaron patrullas en Siberia occidental y los Urales para recoger las cuotas fijadas para la cosecha de grano. Viajaron a las granjas armados hasta los dientes y se apoderaron de toda la producción que descubrieron. Al igual que había sucedido entre 1918 y 1920, los bolcheviques entraron en las aldeas, reunieron a los campesinos en asambleas y exigieron el cumplimiento inmediato de sus órdenes a punta de pistola.

Stalin volvió a Moscú el 6 de febrero de 1928 con vagones llenos de grano quitado a los «acaparadores». *Pravda* celebró el logro[13]. Parecía que la política de Stalin había triunfado sin resistencia por parte de la dirección del partido. Tanto él como otros dirigentes insistieron en que los «campesinos medios», lo mismo que los kulaks, tenían que ser obligados a entregar sus cosechas[14]. Bujarin estaba furioso. El cambio de política se había sido llevado a cabo en las provincias sin previa sanción por parte del Politburó o del Comité Central. No había precedentes en la historia del partido. Stalin había llegado a Moscú como un ladrón con su botín; en lugar

de reconocer su delito, esperaba que se encomiara su virtud. El Politburó era un tumulto. Sus miembros dejaron de dirigirse la palabra fuera de los encuentros oficiales. Cuando se desafiaban sus políticas, Stalin se enojaba y se mostraba tajante. Bujarin le reprochó su comportamiento del 16 de abril. Stalin le respondió: «No me va a forzar a quedarme quieto ni a ocultar mi opinión con sus aullidos acerca de "mi deseo de enseñar a todos." ¿Todo tiene que acabar siempre en ataques contra mí?»[15]. Estas palabras constituían una mezcla explosiva de fariseísmo y susceptibilidad extrema.

Stalin entendió cómo aprovechar la situación. Deseaba una colectivización agrícola más rápida y una industrialización planificada por el estado. La mayoría de los cargos del partido nunca se habían sentido cómodos con la NEP. Estaban ansiosos por avanzar en una dirección más «revolucionaria». En el Komsomol —la organización juvenil del partido— también había muchos militantes que anhelaban que el Politburó abandonara la política de compromisos. Esta tendencia también se manifestaba en la OGPU: muchos oficiales de la policía estaban ansiosos por imponer un mayor control sobre una sociedad indisciplinada. Destacados mandos del Ejército Rojo ansiaban la transformación económica y el fin de las restricciones presupuestarias que les afectaban[16]. Aunque la agricultura había sido el foco principal de la iniciativa de Stalin en enero de 1928, estaba asumiendo una agenda mucho más amplia. Al igual que sus seguidores en el partido y en otros organismos públicos, quería acelerar y profundizar la transformación del campo. Había que dar prioridad a la industria, la educación, la urbanización y al adoctrinamiento socialista. El estado iba a incrementar su intervención y la tradicional adhesión a la religión y la nacionalidad tenían que desaparecer. La URSS iba a convertirse en una potencia militar capaz de defenderse a sí misma.

En su actuación más allá de la política agrícola, Stalin organizó un juicio a ingenieros y «especialistas industriales» de Shajty, en la cuenca del Don, entre los que se incluían varios extranjeros. Se les acusó de sabotaje deliberado. Oficialmente la OGPU, bajo las órdenes de Guénrij Yagoda, estaba llevando a cabo una investigación independiente. En realidad, Stalin era el fiscal y el juez. Se ignoraron los procedimientos de investigación. El secretario general del partido ordenó que los individuos arrestados fueran

golpeados hasta que confesaran crímenes imaginarios. Estaba poniendo a punto la maquinaria de la política soviética. Buscaba quebrantar la resistencia de los especialistas industriales —gestores, ingenieros y planificadores— ante las exigencias de un crecimiento industrial más rápido. Mediante los procesos de Shajty, dio fuerza a la hipótesis de un sabotaje a gran escala. La sombra de la sospecha caía sobre todos los especialistas de la URSS.

Stalin dejó que otros hicieran el trabajo sucio. Evitó pedir la ejecución de los acusados en el caso Shajty. Maniobró para obtener los resultados deseados mientras protegía su buena reputación[17]. Mientras tanto, el Gosplan preparaba las directrices para toda la economía de la URSS. El Sovnarkom había dado instrucciones a tal efecto en junio de 1927 y el trabajo estaba llegando a su término en el verano de 1928. La inauguración de la primera versión del Plan Quinquenal estaba fijada para octubre. Los objetivos de la producción eran increíblemente grandes: se preveía que los bienes de equipo creciesen un 161% y los bienes de consumo, un 83%[18]. Todos los sectores de la economía iban a estar sujetos al control estatal. Aunque se daba prioridad al desarrollo de la industria pesada, el Politburó pronosticaba que el nivel de vida de la población urbana se incrementaría de forma simultánea. También se esperaba que se construyeran unos 100.000 tractores destinados a la agricultura, que serían puestos a disposición de las granjas colectivas que estaban a punto de crearse. Los fondos para llevar a cabo un plan tan extremadamente optimista provendrían de los principales beneficiarios de la NEP. Stalin deseaba arrancar un tributo al campesinado acomodado. Bujarin lo describió como «estúpida incultura».

En abril Bujarin logró que el pleno del Comité Central condenase los «excesos» cometidos en las recientes operaciones de recaudación. Cuando el Comité Central volvió a reunirse el 4 de julio, su resolución oficial se comprometió con la NEP e incluso prometió un aumento en el precio del grano[19]. Sin embargo, el problema de Bujarin era que sus medidas no lograban restaurar la estabilidad económica. Los campesinos se negaban a entregar las reservas de grano. La violencia había empeorado las relaciones entre las aldeas y las autoridades administrativas. En cualquier caso, la

escasez de productos manufacturados no animó al campesinado a volver al mercado[20]. El Politburó había esperado aliviar los problemas importando trigo, pero fue muy poco y llegó demasiado tarde como para terminar con el déficit en el suministro de alimentos. Tampoco sirvió para allanar las dificultades con los campesinos. Mientras tanto, en las ciudades seguían faltando el grano y las verduras. El Politburó no podía ignorar los informes mensuales: la URSS se enfrentaba a un invierno dominado por la desnutrición en las ciudades.

Bujarin no había contado con la reacción de varios poderosos dirigentes. Esperaba que Voroshílov y Kalinin criticaran lo que había pasado en los Urales y en Siberia[21]. Incluso Ordzhonikidze a veces era desleal a Stalin de puertas para adentro[22]. Bujarin siguió albergando la esperanza de que podría salir victorioso frente a individuos como el líder de la OGPU, Yagoda, y el resto del partido. La vuelta al Comunismo de Guerra tenía que mostrarse como lo que era[23]. Pero Stalin logró poner a todos de su lado (se dijo que la debilidad de Kalinin por las bailarinas le había permitido a Stalin ejercer presión sobre él). Hacia el verano de 1928 Bujarin estaba desesperado. Incluso empezó a preocuparse porque Stalin hiciera volver a la escena pública a Kámenev y a Zinóviev para utilizarlos como aliados. Bujarin intentó un acercamiento a Kámenev a fin de evitarlo: «Los desacuerdos entre nosotros y Stalin —le dijo— muchas veces son más serios que todos los que tuvimos con usted. Los derechistas (…) querían que Kámenev y Zinóviev se reincorporaran al Politburó»[24]. Estas tentativas de Bujarin eran una señal de pánico. No podía reunir suficiente apoyo en los niveles superiores del partido. Sus únicos aliados prominentes contra el secretario general eran Rykov, Tomski y Uglánov.

Bujarin aún creía que se renegaría del «método ural-siberiano» y se restaurarían los mecanismos de mercado de la NEP de Lenin. Inicialmente su optimismo parecía justificado. Los «excesos» que al parecer se habían cometido en la campaña de expropiación se condenaban oficialmente y se negaba que las «medidas extraordinarias» supusiesen un abandono de la NEP. Aunque Stalin insistía con éxito en que también debía introducirse un compromiso más fuerte con la colectivización en los estamentos públicos,

todavía estaba muy difundida la opinión de que se había perjudicado políticamente.

Bujarin no se rindió. Tras haber escrito una prosa inescrutable durante la mayor parte de su vida adulta, puso los pies en la tierra y publicó «Notas de un economista». Bujarin criticaba las ideas de la «superindustrialización». En su opinión, eran trotskistas y antileninistas. Sostenía que únicamente una relación equilibrada y constante entre los intereses de la industria y de la agricultura aseguraría un desarrollo económico saludable[25]. No había nada en las «Notas» que desentonara con lo que Stalin había dicho hasta 1928 y, como Stalin todavía evitaba renegar de la NEP, Bujarin no necesitó un permiso especial para publicar lo que quiso con la esperanza de neutralizar a un político al que había empezado a considerar el Genghis Khan de la URSS[26]. Pero también juzgó mal a Stalin al dar por sentado que sólo le interesaba conservar el poder[27]. Lo que había comenzado como una crisis del suministro de alimentos había adquirido otras dimensiones. El grupo de Stalin en el Politburó y en el Comité Central no iba a quedar satisfecho con el cambio de política agrícola. Deseaban un rápido progreso industrial y seguridad militar. Querían acabar con el nacionalismo y la religiosidad. Se proponían erradicar la hostilidad al régimen soviético y querían deshacerse de los remanentes de las viejas clases propietarias. Había que fundar ciudades, escuelas y cines. El socialismo tenía que difundirse como idea y como realidad práctica.

Stalin y Bujarin chocaban cada vez que se encontraban. Partiendo de sus elevadas expectativas, Stalin aplicó su programa a las relaciones internacionales. Ahora negaba que prevaleciese la «estabilización capitalista» y declaraba que la economía mundial se enfrentaba a otra emergencia fundamental. Decidió que esto debía reflejarse en el movimiento comunista mundial. Antes del VI Congreso de la Comintern en julio de 1928, Stalin declaró que los socialistas anticomunistas de Europa —miembros de los partidos laboristas y socialdemócratas— eran enemigos mortales del socialismo. Los llamó «social-fascistas». Bujarin estaba horrorizado: se daba cuenta del peligro que representaba la extrema derecha europea. Como apreciaba la diferencia cualitativa entre conservadurismo y fascismo, quería que los nazis de Hitler fueran el principal objeto de ataque

político por parte del Partido Comunista Alemán. Pero Stalin consiguió el apoyo suficiente del Politburó para un cambio de política en la Comintern. La brecha interna suscitada por la NEP adquiría ahora una dimensión exterior. Hasta entonces la línea oficial había sido que el capitalismo mundial se había estabilizado después de la Gran Guerra. Ahora Stalin insistía en que había comenzado un «tercer período» en el que el capitalismo había entrado en su crisis terminal, de modo que estaban a punto de presentarse en Europa oportunidades revolucionarias.

Esto se había estado discutiendo en el Politburó durante uno o dos años, pero, a pesar de ello, no se había producido ninguna alteración seria en las instrucciones prácticas de la Comintern a los partidos comunistas europeos. Como quería desplazar a Bujarin, Stalin tenía un interés personal en cambiar de política. Pero probablemente había más. Stalin había tenido dudas acerca de la «revolución socialista europea» entre 1917 y 1918. Su escepticismo todavía era absoluto y a veces sus instintos bolcheviques le dominaban. Con el objetivo de transformar la URSS, pudo haber vuelto a la opción radical. Como quiera que sea, desde mediados de 1928 el grupo de Stalin ordenó a los comunistas de todo el continente que adoptaran la postura asumida por los bolcheviques en 1917. El radicalismo extremo se convirtió de nuevo en la corriente dominante y la Comintern, instigada por el Politburó, comenzó a purgar a los indecisos y vacilantes —así como a los trotskistas— de todas las filas de sus partidos. El comunismo mundial se preparaba para un inminente estallido revolucionario.

Stalin, mientras insistía en que la revolución estaba a punto de estallar en Europa, seguía sosteniendo que el Partido Comunista Ruso debía concentrarse en la construcción del «socialismo en un solo país». Sus enemigos lo tomaron como una demostración de que Stalin era un hipócrita o un tonto. Trotski recordaba a todo el mundo las cacareadas instrucciones enviadas al Partido Comunista Chino en 1927; Bujarin estaba perplejo por el cambio de política. El cambio de política de Stalin no encerraba una paradoja esencial. Su controvertido compromiso con el socialismo en un solo país no implicaba soslayar la necesidad de que se produjera una revolución internacional. Stalin nunca había dejado de aceptar que la URSS se enfrentaría a problemas de seguridad hasta el momento en que una o más

de las grandes potencias mundiales llevaran a cabo una revolución del tipo de la soviética. Esto no significaba, sin embargo, que estuviera dispuesto a arriesgarse a una intervención directa en Europa; todavía temía provocar una cruzada contra la URSS. Pero ya no buscaba refrenar a los partidos comunistas de Alemania, Francia e Italia que no habían dejado de proclamar su desacuerdo con la insistencia de la Comintern en que debían colaborar con los partidos laboristas y socialdemócratas de sus países.

Rara vez Stalin hacía algo por un solo motivo. Cuando era aliado de Bujarin antes de 1928, en buena medida dejó en sus manos la dirección de la Comintern. Bujarin tenía muchos partidarios que ocupaban puestos destacados en los partidos extranjeros. Al modificar la política y expulsar a los disidentes, Stalin pudo poner en la cúspide a su propia gente. De talante depresivo, Bujarin consideró la posibilidad de dimitir para presionar a Stalin[28]. Desde la Revolución de octubre, Stalin con frecuencia había presentado su dimisión a diversos puestos, pero trataría a Bujarin con la misma indulgencia que él había recibido. Su concepción de la victoria incluía defenestrar y humillar a su enemigo.

El terreno estaba preparado. Al avanzar hacia la propiedad y regulación generalizadas del estado, los dirigentes mejor situados del partido retrocedían hacia el sistema económico soviético del período de la Guerra Civil. El Consejo Supremo de Economía del Pueblo había sido fundado para supervisar toda la actividad económica después de la Revolución de octubre[29]. El estado se hizo cargo de los sectores bancario e industrial en la Guerra Civil y posteriormente los retuvo en gran medida. El Gosplan había sido creado en febrero de 1921. Una vez iniciado el Primer Plan Quinquenal, Stalin y sus aliados sugirieron que estaban poniendo en marcha una estrategia calculada a partir de esta transformación. La palabra «plan» implicaba que era así. Sin embargo, esa estrategia no existía en una forma que fuese definitiva y se produjeron muchos vaivenes en la ruta hacia la transformación. Las políticas se modificaban y a veces se abandonaban. Después de anunciarse, los objetivos del crecimiento económico se alteraban con frecuencia. Con todo, Stalin sabía por dónde se andaba cuando tiró por la borda la NEP. Aunque le faltara una estrategia calculada, siempre estaba en posesión de un conjunto de presupuestos operativos, y

estos presupuestos eran compartidos por muchos dirigentes del partido, tanto en el nivel central como en el local.

Más pronto o más tarde, como creyó incluso Nikolái Bujarin, el mercado tenía que ser eliminado de la economía y los elementos sociales hostiles al socialismo —los kulaks, los «hombres nep», el clero, los «especialistas burgueses», los nacionalistas y los partidarios de todas las otras tendencias políticas y culturales— tenían que desaparecer de algún modo. La necesidad de una economía que estuviera totalmente en posesión del estado y de una sociedad dirigida por el estado era un objetivo compartido por los dirigentes bolcheviques. El uso de la fuerza no les arredraba. Endurecidos por sus experiencias antes y después de la Revolución de octubre de 1917, estaban más que deseosos de asegurar el cumplimiento de las medidas mediante métodos crueles. Las frustraciones de la NEP eran inmensas. La amenaza militar extranjera no se desvanecía y la brecha tecnológica entre la URSS y Occidente crecía. Más aún, los partidarios leales de los líderes más destacados del partido estaban molestos por las declaraciones de los opositores, que sostenían que habían traicionado el objetivo de la revolución dirigida por Lenin. Esta mentalidad brindó un marco de presupuestos dentro del cual Stalin pudo ir introduciendo esporádicamente sus propuestas desde 1928 y contar con el apoyo sustancial de la mayoría del partido.

Stalin empezó por las hipótesis generales acerca del mundo. Esto provenía de su peculiar y deformada reacción ante su origen georgiano, su experiencia en la clandestinidad revolucionaria y la variante bolchevique del marxismo. Cualquiera que fuese el asunto que había que decidir, nunca se mostraba desconcertado hasta el punto de vacilar. Sus axiomas no prescribían la política en detalle. Al pensar y ordenar de acuerdo con sus ideas fundamentales, podía decidir de inmediato. Cualquier situación dada a veces podía requerir mucho estudio —y Stalin se esforzó constantemente, aun después de la Segunda Guerra Mundial, en mantenerse bien informado —. Pero la mayoría de las situaciones podían resolverse sin tanto esfuerzo; en realidad, Stalin podía permitirse dejarlas en manos de sus subordinados y pedir informes de lo que habían decidido. Se rodeó de personas como Mólotov y Kaganóvich, que compartían sus presupuestos, y promovió a

otros que podían ser adiestrados para que los asumieran (o que los secundaran por ambición o por temor). Este mundo interior de presupuestos da la clave de lo que de otro modo parecería una misteriosa capacidad de Stalin para maniobrar en las cambiantes situaciones de los años treinta.

Durante el Primer Plan Quinquenal la URSS pasó por un período de cambios drásticos. A la cabeza estaban las campañas para expandir las granjas colectivas y eliminar a los kulaks, los clérigos y los comerciantes. El sistema político se haría más férreo. La violencia se intensificaría. El Partido Comunista Ruso, la OGPU y los Comisariados del Pueblo consolidarían su poder. Serían erradicados los restos de los antiguos partidos. Los «nacionalistas burgueses» serían arrestados. El Gulag, que era la red de campos de trabajo sujetos al Comisariado del Pueblo de Asuntos Internos (NKVD), se expandiría y se convertiría en un sector indispensable de la economía soviética. Se fundarían muchas ciudades y pueblos. Se crearían miles de nuevas empresas. Se produciría una enorme afluencia de gente de las aldeas, ya que las fábricas y las minas necesitaban fuerza de trabajo. Los programas educativos tendrían una enorme base estatal. La promoción de obreros y campesinos a cargos administrativos se ampliaría. Se cultivaría el entusiasmo por la desaparición del compromiso político, social y cultural. El marxismo-leninismo se difundiría de forma intensiva. El cambio sería obra de Stalin y sus colaboradores del Kremlin. Suyo sería el mérito y suya la culpa.

ECONOMÍA Y TERROR

En 1929 Stalin estaba decidido a alterar las estructuras y las prácticas económicas de la URSS. El Gosplan fue puesto bajo una estrecha supervisión política y se le ordenó que produjera versiones todavía más ambiciosas que las del Primer Plan Quinquenal. El Politburó decidió que los objetivos tenían que cumplirse en cuatro años, en lugar de cinco, y se instruyó a los funcionarios del Gosplan para que llevaran a cabo la tarea colosal de adaptar los proyectos que involucraban a la industria nacional, la agricultura, el transporte y el comercio. Se ignoraron las advertencias de los expertos que prevenían contra el exceso de optimismo. Se construyeron ciudades totalmente nuevas como Magnitogorsk. Empezó a excavarse el canal que uniría el mar Blanco con el mar Báltico. Aumentaron las plantas de ingeniería de Moscú y Leningrado; se abrieron nuevas minas en Ucrania, los Urales y la cuenca del Kuznets. Millones de campesinos fueron absorbidos en la fuerza de trabajo en expansión. Los obreros cualificados se convirtieron en directores. Las fábricas trabajaban los siete días de la semana. Se adquirió tecnología norteamericana y alemana con los ingresos producidos por el aumento de las exportaciones de grano. Se firmaron contratos con empresas extranjeras para construir nuevas plantas y contribuir a formar personal soviético. Se extendieron los recursos educativos. Se promovió a la juventud. Una vasta transformación económica se llevaba a cabo.

Se suponía que se había producido un aumento del 50% en los salarios industriales, pero la subida vertiginosa de los precios de los alimentos se llevó cualquier ganancia, especialmente después de la introducción del racionamiento del pan a principios de 1929. La construcción de viviendas

estaba muy por detrás de las necesidades de la población urbana en expansión. Si se había proyectado fabricar 100.000 tractores, razones de seguridad llevaban al Politburó y al Gosplan a aumentar la proporción del presupuesto destinada al armamento. Las necesidades de los consumidores se pospusieron, mientras se incrementaban las demandas de carbón, hierro, acero y maquinaria[1].

Tras haber arrancado el grano de manos del campesinado desde enero de 1928, el Politburó ignoró la petición de Bujarin de volver a la Nueva Política Económica y sus ideas empezaron a designarse como una desviación de derechas de los principios marxista-leninistas. En 1929 se adoptó una resolución sobre la colectivización masiva de la agricultura. En la década de los veinte habían existido muchos tipos de granjas colectivas. Stalin eligió dos tipos. El tipo «superior» era el sovjoz, cuya tierra era propiedad del estado y cuyos trabajadores eran simplemente el equivalente rural de la fuerza de trabajo empleada en las fábricas. El otro tipo era el koljoz, que en ruso quería decir «granja colectiva», que se diferenciaba del sovjoz en que alquilaba formalmente la tierra al estado y acordaba entregarle una cuota fija de la cosecha. Mientras que a los trabajadores del sovjoz se les pagaba un salario regular, a los trabajadores del koljoz se les pagaba según el número de días que dedicaban a la granja. La diferencia real era mínima para los campesinos. La política del Politburó, como se anunció públicamente, era que el ingreso en cualquiera de los dos tipos de granja colectiva fuera voluntario. Se ordenó a los comités locales del partido que hicieran propaganda para potenciar el fenómeno. Cuando Bujarin fue expulsado del Politburó en noviembre de 1929, Stalin intensificó la campaña[2].

En repetidas ocasiones el Politburó acortó el plazo para la puesta en marcha de las granjas. El proceso se aceleraba incluso en verano, cuando las autoridades se esforzaban por obtener el grano requerido a las aldeas a precios que los campesinos no querían aceptar. Un artículo de Stalin del 7 de noviembre, el aniversario de la Revolución de octubre, argumentaba que muchas fincas rurales se daban cuenta de la ventaja que suponían las granjas colectivas, sin la necesidad de que el estado los obligara, lo que contrastaba con las afirmaciones de la Oposición Unida[3]. Una comisión

del Politburó fue designada para llevar a cabo su puesta en práctica. El propósito era dar prioridad al establecimiento de granjas colectivas en la región del bajo Volga (que era famosa por su fértil suelo). El extremo septentrional de Rusia iba a ser la última región en sufrir la colectivización total en 1933. El plazo era corto, pero se acortó aún más. Los cuadros del partido a nivel central y local que pidieron una prórroga se encontraron con una negativa tajante. Las instrucciones se mantenían en secreto y eran difusas, y los funcionarios del partido y del gobierno, a los que preocupaba la posibilidad de que se les juzgase desobedientes, comenzaron a imponer la colectivización total con efectos inmediatos[4].

En julio de 1929 se formuló la política oficial de que debía evitarse el terror y de que los kulaks, así como la mayoría del campesinado, debían ser incorporados a las granjas colectivas. Stalin, sin embargo, no quería ninguna de las dos cosas. En diciembre de 1929 anunció que debía prohibirse a los kulaks que se convirtieran en trabajadores de las granjas colectivas. Sus palabras fueron terminantes[5]:

> Ahora tenemos la oportunidad de llevar a cabo una decidida ofensiva contra los kulaks, quebrantar su resistencia, eliminarlos como clase y reemplazar su producción con la producción de los koljozes y sovjozes (…) Ahora las propias masas de campesinos pobres y medios, que están en el proceso de colectivización total, están emprendiendo la deskuiakización. Ahora la deskuiakización no es sólo una simple medida administrativa en las áreas de colectivización total. Ahora la deskuiakización es una parte integral de la creación y el desarrollo de las granjas colectivas. Cuando se corta la cabeza, nadie se lamenta por el pelo.

El 30 de enero el Politburó aprobó estremecido la liquidación de los kulaks como clase. En febrero se remitieron las directrices del Comité Central. Se establecían tres categorías de kulaks. En la primera entraban los individuos que debían ser enviados a los campos de concentración; en la segunda, los que serían llevados a lugares distantes en la URSS, y en la tercera, los destinados a otras partes de su provincia. El Politburó exigía que se

procediera al mismo tiempo con las instituciones religiosas[6]. La OGPU era gobernada del mismo modo que la economía. Se asignaron cuotas de deskulakización a las regiones y se prescribieron los destinos en el norte de los Urales y en Kazajstán. El Politburó transmitió el programa para las operaciones[7].

Stalin, al igual que otros bolcheviques, detestaba a los kulaks. Parece haber percibido que el campesinado no se uniría a los sovjozes ni a los koljozes a menos que temiera las consecuencias de resistirse. La represión de una minoría considerable podría cambiar esto —de cualquier modo, Stalin probablemente creía verdaderamente que los kulaks eran capaces de entorpecer seriamente la operación de las granjas colectivas—. Más de 320.000 fincas fueron sometidas a la deskulakización hacia julio de 1930. La violencia fue enorme. Prevaleció la fuerza superior de las autoridades, a las que favorecía el carácter repentino de la campaña. Todo un modo de vida rural se hundía en el olvido[8].

Ya en 1927 el Politburó había aprobado el uso de trabajo forzado para expandir la minería de oro. Esta iniciativa se trasladó el año siguiente a la tala de madera[9]. Stalin emitió ordenanzas acerca del uso de los campos de concentración no sólo para la rehabilitación social de los prisioneros, sino también para contribuir a incrementar el producto interior bruto de las regiones donde no era fácil encontrar mano de obra disponible. Nunca había sido reacio a considerar esta clase de campos como un componente primordial del gobierno del partido comunista, y no dejó de ordenar arrestos y de exigir al jefe de la OGPU, Viacheslav Menzhinski, que creara un marco organizativo permanente. Entre las víctimas había categorías de personas a las que temía y que le molestaban. Los miembros de partidos políticos ahora ilegales estaban entre los primeros de la lista. Stalin también tenía puestas las miras en los «nacionalistas burgueses», los sacerdotes y los comerciantes, así como en los expertos en economía recalcitrantes. Su método era una continuación de las técnicas desarrolladas en Shajty. Tanto individuos como grupos dirigentes de diversas categorías «antisoviéticas» eran juzgados de forma ejemplar. El objetivo era intimidar a todos sus seguidores y simpatizantes para que abandonaran cualquier intento de oposición o, en caso contrario, ellos también podrían ser arrestados.

Entre 1929 y 1930 se produjo una sucesión de juicios de esta clase. Stalin le prestó la mayor parte de la inventiva política que requería. Los historiadores Serguéi Platónov y Yevgueni Tarle fueron arrestados y pasaron a formar parte del llamado «caso de la Academia de Ciencias», que llevó a la condena de la inexistente «Unión de todos los pueblos para la lucha por la regeneración de Rusia» en julio de 1929[10]. El ficticio Partido Industrial, que incluía al ingeniero Leonid Ramzín, llegó a los tribunales en noviembre de 1930. El Partido Laborista de los Campesinos, también inexistente, fue acusado ante los tribunales en diciembre de 1930; los principales acusados fueron los economistas Alexandr Chaiánov y Nikolái Kondrátiev[11]. El denominado Buró Unido de los mencheviques fue juzgado en febrero y marzo de 1931 con Nikolái Sujánov como principal demandante[12]. Fuera de la RSFSR se llevaron a cabo juicios a nacionalistas. Muchos de ellos hasta hacía poco habían sido figuras reconocidas de la política oficial. Pero dondequiera que Stalin y sus aliados captaban una brizna de nacionalismo recurrían a los procesos judiciales. Ucrania, Bielorrusia y el Cáucaso norte y sur estuvieron sujetos a procesos similares. La tortura, las acusaciones inverosímiles y las confesiones aprendidas de memoria se convirtieron en algo habitual. Cientos de acusados fueron fusilados o sentenciados a largos períodos de confinamiento[13].

La estrategia de Stalin era incrementar masivamente el control político mientras se reforzaba su ofensiva revolucionaria general. Su celo para sojuzgar a toda clase de «especialistas» se incrementó. Directores de fábricas, abogados, maestros y oficiales del ejército cayeron en desgracia. Los comandantes del Ejército Rojo se libraron por un pelo de ser juzgados, pero solamente los interrogatorios, en los que participaba Stalin en persona, bastaban para aterrorizar de por vida al cuerpo de oficiales. Con todo, los generales, fueron perseguidos de forma individual. Al igual que el Ejército Rojo, la Iglesia Ortodoxa Rusa —al igual que todas las otras iglesias cristianas y también el Islam, el judaismo y el budismo— logró eludir el juicio ejemplarizante. Pero esto no significa que se detuviera la represión. Los ataques a los líderes religiosos se hicieron tan frecuentes y sistemáticos que la Liga de los Militantes Ateos suponía que la creencia en las deidades

sería erradicada en pocos años. La persecución fue extrema, y sólo a una doceava parte de los sacerdotes de la Iglesia Ortodoxa Rusa se les había permitido seguir oficiando en sus parroquias hacia 1941[14].

Entretanto se llevaba a cabo la promoción de trabajadores y campesinos recién adiestrados mientras se ampliaba el sector administrativo. Entre los jóvenes trabajadores se encontraron colectivizadores voluntarios. Armados y adoctrinados, estos llamados «veinticinco mil» partieron a las aldeas para lidiar con el «enemigo de clase»[15]. Se expandió la base de reclutamiento del partido. Hacia 1931 tenía unos 1.369.406 miembros de pleno derecho[16]. La enseñanza básica de la lengua y las matemáticas se propagó. Hubo un reflote del espíritu revolucionario cuando el régimen transmitió el mensaje de que en la URSS se creaba el socialismo, mientras que el capitalismo extranjero entraba en su crisis final. El colapso financiero de Wall Street en octubre de 1929 contribuyó a darle credibilidad al mensaje. Por todos lados aparecieron incondicionales entusiastas de las políticas del Poütburó. Incluso muchos que detestaban la violencia y el envilecimiento estaban dispuestos a creer que verdaderamente se estaba construyendo un mundo nuevo y mejor. En el partido hubo alivio porque al fin se hubiera pasado a la acción. El grupo de Bujarin tenía tan poco apoyo organizado que no merecía siquiera el nombre de Oposición de Derechas. El final de la NEP fue bien recibido. Los secretarios locales del partido se convirtieron en Stalins en miniatura al tomar el conjunto de las decisiones fundamentales en todos los aspectos de la política —y el hecho de que casi toda la economía estuviese de un modo u otro en manos del estado significaba que su poder nunca había sido mayor[17].

Al mismo tiempo que promovía la industrialización y la colectivización, Stalin no pasó por alto el hecho de que gobernaba un antiguo imperio. En un discurso que dirigió a una conferencia de funcionarios industriales el 4 de febrero de 1931, declaró: «En el pasado no tuvimos ni pudimos tener una patria. Pero ahora que hemos acabado con el capitalismo y que el poder está en nuestras manos, el pueblo —y nosotros— tenemos una patria y vamos a proteger su independencia»[18]. El patriotismo retornaba a la lista de prioridades oficiales. Mientras que la sociedad se desgarraba en pedazos debido a las iniciativas políticas de finales de la década de los veinte, Stalin

reconocía que se necesitaba cierto aglutinante para mantener unida a la población de la URSS.

El espectro de políticas nuevas era bastante amplio, y en cada caso se hacía sentir la injerencia de Stalin. Incluso estuvo activo en el «frente filosófico». El 9 de diciembre visitó el Instituto de Profesores Rojos. Varios de los académicos, incluido Abram Deborin, eran conocidos partidarios de Bujarin. Stalin reclamaba de sus propios seguidores una mayor militancia en la célula del partido que funcionaba en el Instituto: «Todo lo que han escrito aquí es correcto; el problema es que todavía no se ha dicho todo. En la parte crítica se puede decir mucho más. Han hecho una evaluación correcta, pero es demasiado blanda e insatisfactoria». Después añadió: «¿Tienen fuerzas? ¿Son capaces de hacerle frente? Si tienen fuerzas, necesitan golpear»[19]. Stalin estaba decidido a romper la cáscara de nuez de la resistencia intelectual a sus políticas. Dijo del grupo de Deborin[20]:

> Ocupan las posiciones dominantes en filosofía, ciencias naturales y en varias cuestiones sutiles de política. Tienen que hacerse cargo de esto. Sobre cuestiones de ciencias naturales, el Diablo sabe quéestán haciendo; escriben acerca de weismannismo, etc, etc. —y todo esto lo presentan como marxismo.
>
> Hay que dispersarlos y remover todo ese estiércol que se ha acumulado en filosofía y ciencias naturales.

Stalin trataba a los filósofos de la célula del partido como tropas a desplegar en una campaña contra el enemigo.

El motivo era manifiesto: «¿Qué clase de marxismo es este que separa la filosofía de la política, la teoría de la práctica?»[21]. En cierto modo, Stalin era incoherente. En otra sección de su comentario acusó a Bujarin y a Deborin de disfrazar sus ideas políticas con argumentaciones filosóficas. Pero no le preocupaban sus contradicciones. Quería que la vida cultural quedara despejada de cualquier rastro de oposición a su política. Se impondrían la estrechez mental, la rigidez y los rituales. En la campaña Lenin debía ser elevado al rango de figura totémica indiscutible. Su *Materialismo y empiriocriticismo*, esa tosca epistemología que Stalin había

desestimado cuando se publicó en 1909, se elevaría al rango de clásico de la filosofía y todos los filósofos tendrían que tomar sus postulados como axiomas[22].

Pero incluso Stalin no podía ignorar totalmente el enorme deterioro de la agricultura que su política había provocado. Conscientes del destino que les aguardaba, las comunidades campesinas de Ucrania, el norte del Cáucaso, el sur de Rusia y Asia central tomaron las armas. Las patrullas urbanas de colectivizadores se encontraron con una violenta oposición. El Ejército Rojo, a pesar de la inicial preocupación oficial por la lealtad de sus integrantes, liquidó con éxito estos levantamientos, y los rebeldes no pudieron conseguir controlar un territorio tan amplio como el que controlaban al término de la Guerra Civil. Pero la imposición de las granjas colectivas llevó a un profundo resentimiento. El antagonismo a las autoridades era imposible de erradicar y los millones de campesinos que fueron obligados a abandonar sus propiedades y costumbres dejaron de cooperar. La productividad cayó. Un sistema propuesto como la solución permanente a los problemas de la economía rural podría haber procurado más grano a las ciudades, pero esto se hacía a punta de pistola, y los peligros de proseguir con la clectivización en masa al ritmo actual resultaban obvios[23].

Varios de los miembros del entorno de Stalin fueron testigos, durante los viajes por el país, de las alarmantes consecuencias de esta política (lo manifestaron sin reclamar un cambio general: no eran bujarinistas). Stalin no estaba dispuesto a moverse ni un milímetro de la línea general de la política agraria. Lo máximo que podía aceptar era que su puesta en práctica local había sido excesiva y que los funcionarios de las provincias no habían comprendido la política central. El 2 de marzo de 1930, *Pravda* publicó un artículo escrito por él, «Mareados por el éxito», que criticaba a los colectivizadores fanáticos[24]:

> Esto significa que la tarea del partido es consolidar los éxitos logrados y usarlos de forma planificada para seguir avanzando.
>
> Pero los éxitos tienen su lado oscuro, especialmente cuando se logran «con facilidad» y por así decirlo, de un modo «inesperado».

Insistía engañosamente en que siempre había sido su intención que la colectivización fuese presidida por el principio de voluntad. Para entonces la proporción de fincas agrícolas de la URSS convertidas en granjas colectivas se había elevado aproximadamente al 55%[25]. Stalin sostenía que los funcionarios locales del partido eran culpables de los «excesos» y las «distorsiones». Al contrario que la Oposición Unida, declaró que la dirección central del partido no había intentado imponer la colectivización mediante el uso de la fuerza y la emisión de decretos.

«Mareados por el éxito» implicaba una hipocresía descomunal. Aunque era el responsable principal de la reciente aceleración, Stalin no admitió su culpa. Durante todo un año había incitado a los cargos del partido a acosar a los campesinos para que se trasladasen a las granjas colectivas. Había dado temibles directrices sobre la deskulakización. Había destituido y arruinado a políticos que criticaban el ritmo de la colectivización; incluso sus secuaces del Politburó habían atraído su ira. Pero tenía un instinto de conservación política muy desarrollado. En la sociedad se acentuaba la furia contra él. Había llegado el momento de echar la culpa precisamente a aquellos que habían cumplido fielmente sus deseos. Se salió con la suya. Varios funcionarios de rango inferior, un tanto confundidos, permitieron a muchos millones de granjeros volver al sistema tradicional de tenencia de la tierra. Rápidamente el porcentaje de las granjas colectivas de la agricultura de la URSS comenzó a caer: a principios de junio había solo veintitrés[26]. Aun así, Stalin, al mismo tiempo que se inclinaba por una retirada táctica, seguía empeñado en su estrategia: la granja soviética debía entrar a la fuerza en el molde de la colectivización y de inmediato. Después del verano la campaña a favor de la colectivización total se reinició y en 1932, aproximadamente el 62% de las fincas agrícolas se habían convertido en granjas colectivas. El porcentaje iba a elevarse al 90% en 1936[27]. Esto se logró por medio del masivo incremento de la coerción, aplicada con mayor precisión que antes. El resultado fue el caos en el campo. La combinación de la expropiación violenta de las reservas de grano con la reorganización violenta de la tenencia de las granjas y del empleo desembocó en una hambruna que se extendió a gran parte del territorio.

El sentido económico de esta política no fue revelado públicamente, pero Stalin la dejó en claro en una instrucción a Mólotov: «Refuerce la exportación de grano al máximo. Éste es el núcleo fundamental. Si exportamos grano, obtendremos créditos»[28]. Unos pocos días después, en agosto de 1930, repitió el mensaje por si su contenido no había sido aceptado plenamente. Mikoián había informado con suficiencia acerca del nivel de trigo recaudado en toda la URSS. Esto resultó insufrible para Stalin. La cuestión era seguir elevando el nivel de exportación y «hacer que subiesen» las exportaciones de grano «salvajemente»[29]. No se daría por satisfecho con nada que no fuese una campaña desatada para recoger y vender trigo en el extranjero.

Una y otra vez hacía breves retiradas tácticas, como había sucedido con «Mareados por el éxito». Cuando estaba de vacaciones en el mar Negro en agosto de 1931, vio lo suficiente con sus propios ojos como para darse cuenta de que la colectivización había reducido a «una serie de distritos de Georgia occidental *a la inanición*». Pero, según su costumbre, culpó a los funcionarios locales y a los funcionarios de la OGPU: «No entienden que los métodos ucranianos de recaudación de grano, necesarios y acertados en las zonas donde se cultiva grano, son insensatos y perjudiciales en las zonas donde no hay grano, en las que, además, *tampoco* hay proletariado industrial». Incluso deploró el arresto de cientos de personas —una reacción anormal en la carrera de Stalin—[30]. Stalin recomendó que se enviara grano inmediatamente a Georgia occidental. Al contrario de lo que se piensa a menudo, bajo su dirección el Politburó con frecuencia tomaba decisiones de este tipo en caso de emergencia. Pero el principal objetivo estratégico siempre seguía en mente y finalmente volvía a aplicarse. La industrialización y la colectivización eran las dos caras de una misma moneda. El estado necesitaba apoderarse del grano para exportarlo a fin de financiar la expansión de la minería y de la producción industrial. Stalin no dejó que nadie en el Kremlin lo pusiera en duda.

Proclamó a gritos la necesidad de hacer avanzar la transformación económica a pasos agigantados en un discurso dirigido a una conferencia de funcionarios y directores industriales el 4 de febrero de 1931[31]:

> La reducción del ritmo significaría quedar atrás. Y la retaguardia es fustigada. No queremos ser fustigados. No, no es lo que queremos. La historia de la vieja Rusia consistió, entre otras cosas, en ser incesantemente fustigada por su retraso. Fue fustigada por los khanes de Mongolia. Fue fustigada por los *beys* turcos. Fue fustigada por los señores feudales suecos. Fue fustigada por los nobles polacos y lituanos. Fue fustigada por los capitalistas anglo-franceses. Fue fustigada por los barones japoneses. Todos la fustigaron por su atraso. Por el atraso militar, por el atraso cultural, por el atraso estatal, por el atraso industrial, por el atraso agrícola, La fustigaron porque era beneficioso para ellos y podían hacerlo con impunidad. Recordad las palabras del poeta prerrevolucionario: «Eres mísera, eres rica, eres poderosa, eres impotente, Madre Rusia».

El lenguaje tenía una carga emotiva que no había usado desde el funeral de Lenin. Las frases sonoras resonaban como martillazos. La apelación al patriotismo es inconfundible. La simple metáfora de «fustigar» repetida una y otra vez, transmitía la urgencia de la batalla que tenían por delante.

Stalin advirtió a su audiencia: «Así es la ley de los explotadores: fustigar al atrasado y al débil. La ley del lobo del capitalismo. Estáis atrasados, sois débiles —así que hacéis mal y, por lo tanto, podéis ser golpeados y esclavizados»[32]. La solución, insistió, era ineludible[33]:

> Hemos quedado por detrás de los países avanzados entre cincuenta y cien años. Debemos cerrar esa brecha en diez años. O lo hacemos o seremos vencidos.
>
> Esto es lo que nuestro deber hacia los obreros y campesinos de la URSS nos dicta.

No tenía dudas acerca de lo que podía conseguirse. En una recepción del 1 de mayo de 1933 declararía[34]:

> Si los rusos están armados con tanques, aviación y una flota, son invencibles, invencibles.
>
> Pero no pueden avanzar armados insuficientemente por falta de tecnología, y toda la historia de la vieja Rusia se resume en esto.

La voz del líder en su discurso de 1931 a los funcionarios y directores industriales había confirmado que no habría vacilaciones. La vía rápida de la industrialización y la colectivización se había establecido y no habría desviaciones. El líder, el partido y el estado estaban completamente decididos a alcanzar el destino previsto. La firmeza y el coraje eran imprescindibles. Pero Stalin estaba seguro. En una frase que fue escogida de inmediato por los propagandistas oficiales declaró: «No hay fortalezas que no puedan ser derribadas por los bolcheviques». Contemplando a la audiencia, dirigió al final de su discurso[35]:

> Hemos llevado a cabo una serie de tareas durísimas. Hemos acabado con el capitalismo. Hemos construido una industria socialista en gran escala. Hemos puesto al campesino medio en la senda del socialismo. Hemos hecho lo más importante desde el punto de vista de la construcción. Todavía hay un poco más por hacer: adquirir la tecnología y dominar la ciencia. Y cuando lo hagamos, obtendremos frutos que en el presente nos atrevemos ni a soñar.
>
> ¡Y lo haremos si de verdad queremos!

Stalin era un burócrata, un conspirador y un asesino y su política era de un tipo monstruoso. Sin embargo, también era capaz de conmover. Ninguno de los que le escucharon en esa ocasión pudo haber evitado sentirse impresionado por su actuación.

Convocaba a sus subordinados, tanto en la república y en las provincias como en Moscú, para llevar a cabo una transformación política y económica de proporciones colosales. Sabía que no podía estar al tanto de todo lo que sucedía. Era diestro en conseguir que miles de funcionarios mostraran el celo requerido estableciendo una política general o exigiendo

cuotas de entrega fijas. Muchos subordinados estaban horrorizados por los «excesos». Pero muchos otros —fuera por convicción, miedo o ambición— cooperaban con entusiasmo. Cuando el proyecto se formuló entre 1928 y 1929, los funcionarios de todas las instituciones soviéticas competían entre sí por participar en el incremento de los recursos. También aspiraban al poder y a los privilegios que se ofrecían como cebo. La dirección de la política había quedado más que clara y ellos querían sacar tajada del viaje que estaban a punto de emprender[36].

La convocatoria fue un éxito. El Primer Plan Quinquenal, previsto para durar hasta finales de 1933, se completó un año antes de lo fijado. Los ingresos nacionales casi se habían duplicado desde el año fiscal 1927-1928. El producto interior bruto se había elevado en un destacable 137%. En la industria, la producción de bienes de equipo registraba un incremento todavía más impresionante, del 285%. La fuerza de trabajo empleada había ascendido de 11.300.000 bajo la Nueva Política Económica a 22.800.000. Las cifras han de tomarse con cautela. Stalin y sus colaboradores nunca fueron reacios a reclamar para sí más logros de los debidos, y en realidad obtenían su información de miembros de los cuadros inferiores del partido y del gobierno que sistemáticamente los engañaban. Ningún sector de la economía funcionaba con normalidad[37]. Ucrania, el sur de Rusia y Kazajstán se morían de hambre. El Gulag estaba abarrotado de prisioneros. Sin embargo, la transformación económica no fue una ficción. Bajo el dominio de Stalin, la URSS estaba definitivamente en camino de convertirse en una sociedad industrial y urbana. Éste había sido el gran objetivo. Stalin había ganado su apuesta, aunque no sus millones de víctimas. Magnitogorsk y el canal entre el mar Blanco y el Báltico fueron construidos a expensas de las vidas de los convictos del Gulag, de los campesinos ucranianos e incluso de los desnutridos y extenuados obreros de las fábricas.

ASCENSO A LA SUPREMACÍA

Una vez Stalin había desfilado ante el partido como el paladín de la Nueva Política Económica de Lenin. Como secretario general del partido había ordenado registros de los archivos y había sacado a la luz todos los desacuerdos que se habían producido entre sus enemigos —Trotski, Kámenev, Zinóviev y Bujarin— y Lenin. Stalin mismo había tenido fuertes desavenencias con Lenin entre 1922 y 1923. Sin embargo, cuando el trotskista norteamericano Max Eastman publicó documentos relacionados con esa disputa en 1925, Stalin consiguió que el Politburó le ordenara a Trotski que los rechazara por falsos. Implícitamente, tenía la pretensión de ser el único que lealmente mantenía viva la llama de la memoria de Lenin.

La prudencia hizo que se abstuviera de anunciar el abandono de la NEP. Más aún, podía percibirse algo más que un destello de las ideas de Trotski en las nuevas medidas económicas que adoptó. A Stalin le convenía simular que estaba consolidando el legado de Lenin. Sin embargo, al mismo tiempo quería asegurar su posición de líder supremo del partido. Ya no bastaba con aparecer como la voz de su amo: Stalin tenía que imponer su propia figura. Se le presentó una buena ocasión durante la celebración de su quincuagésimo cumpleaños en diciembre de 1929[1]. *Pravda* disparó una batería de encomios acerca de sus contribuciones pasadas y presentes a la causa revolucionaria. No había habido nada semejante desde el quincuagésimo cumpleaños de Lenin en abril de 1920, cuando Stalin se había contado entre los principales panegiristas. Stalin podía vanagloriarse. Había logrado sobrevivir a las tormentas de la censura a propósito del Testamento de Lenin y a la crítica pública posterior durante la década. En el banquete en honor de Stalin, se escucharon una serie de discursos que

enumeraban sus virtudes y sus logros. El subestimado secretario general había escalado hasta la cúspide del Partido Comunista de la Unión Soviética, del estado soviético y de la Internacional Comunista.

Se comportó de manera arrogante. Antes se le conocía por su trato llano y había parecido más bien «democrático» en comparación con la mayoría de los otros dirigentes del Partido[2]. Un joven llamado Nikita Jrushchov nunca olvidó la impresión que le causó Stalin en el XIV Congreso del Partido en 1925. Su delegación ucraniana le pidió a Stalin que se sacara una fotografía con ellos. Petrov, el fotógrafo, les daba instrucciones a gritos para que adoptaran la pose que quería. Stalin dijo con sorna: «Al camarada Petrov le encanta dar órdenes a la gente. Se pasa la vida dando órdenes, aunque eso ahora está prohibido aquí. ¡Basta de dar órdenes a la gente!»[3]. Jrushchov y sus amigos estaban maravillados: Stalin parecía uno de los suyos. Pensaron que se trataba de una revolución proletaria y que un compañero de la clase obrera estaba dirigiendo el partido que la había hecho. Pero la brecha entre Stalin y sus seguidores se ensanchaba. Exigía una obediencia total y a menudo interfería en la vida privada de los demás. Como no le agradaba la barba de Kaganóvich, le ordenó que se la afeitara y amenazó con hacerlo él mismo con las tijeras de su esposa Nadia[4]. Probablemente Stalin quería que los miembros del Politburó fueran identificados por su cara afeitada típica de la modernidad, pero tenía una brusca manera de lograr sus propósitos.

Había escalado hasta la punta del zigurat del poder, cuyo vértice era el Politburó. Sus miembros tomaban las grandes decisiones en materia de política, economía, asuntos nacionales y militares. La agenda del Politburó incluía habitualmente temas de cultura, religión y leyes. Stalin no tenía rivales allí. Entre los miembros del Politburó estaban Viacheslav Mólotov, Lázar Kaganóvich, Anastás Mikoián y Sergo Ordzhonikidze. Aunque dominaba el Politburó, Stalin no lo presidía. Subsistía la tradición de que el presidente del Sovnarkom debía desempeñar esa tarea[5]. Stalin entendía los instintos del partido. Como el emperador romano Augusto, que evitó autoproclamarse rey (rex) cuando estaba fundando una monarquía, Stalin sacrificó su vanidad personal en aras de la realidad del poder supremo. Su título principal era el de secretario general del partido —y a veces

simplemente firmaba como secretario—[6]. Sus partidarios más importantes eran Mólotov y Kaganóvich. Ambos eran políticos decididos e ideológicamente comprometidos —y Stalin les había impuesto constantemente su voluntad—. Ambos se referían a él como el Jefe *(Joziain)* (lo hacían cuando no les escuchaba. Aunque permitía que algunos viejos camaradas le llamaran Koba, se inclinaba cada vez más porque sus compañeros políticos se dirigieran a él como «camarada Stalin» o «Iósif Visariónovich»). Casi ningún asunto importante del Politburó se acordaba en contra de sus deseos.

Nunca dejaba de trabajar, incluso durante las vacaciones en el mar Negro. Sus asistentes personales iban con él y se ocupaba de asuntos importantes que requerían su inmediata intervención vía telegrama. Mólotov y Kaganóvich se mantenían en contacto con él. Stalin mismo seguía consultando a otros líderes comunistas en la costa: hacían cola para reunirse con él. Pero éste era un aspecto secundario del drama principal. La preocupación central de Stalin era Moscú y se había asegurado de que los dos hombres que quedaban en la capital compartieran su visión general acerca de qué tipo de revolución era deseable. Había elegido bien.

Cuando estaba en Moscú, también delegaba muchas responsabilidades en Mólotov y Kaganóvich. Se tomaba la molestia de convocar al Politburó cada vez con menos frecuencia. De las setenta y cinco sesiones de 1924, el número bajó a cincuenta y tres en 1928 y a veinticuatro en 1933. Se tomaban las decisiones consultando a los miembros por teléfono, lo que fomentó su capacidad para manipular y controlar[7]. Por lo general Kaganóvich presidía el Orgburó y el Secretariado. En septiembre de 1930 Stalin escribió a Mólotov acerca de la necesidad de deshacerse de Rykov y de que Mólotov ocupase su lugar[8]. Otros miembros del entorno de Stalin se sintieron descontentos —y tal vez además celosos— a causa del plan para promocionar a Mólotov, y Voroshílov sugirió que el mismo Stalin debía hacerse cargo del Sovnarkom, de modo que se lograra la «unificación de la dirección». A Mólotov le faltaba «el talento de un estratega»[9]. No sin disfrutar del elogio, Stalin rechazó la sugerencia y otorgó el puesto a Mólotov. Deseaba concentrar sus energías en el partido y en la Comintern al

mismo tiempo que sabía que Mólotov desempeñaría con lealtad las tareas que se le asignaran.

El Orgburó, el Secretariado y el Sovnarkom se ocupaban de asuntos que tenían que ser remitidos al Politburó si se suscitaba una disputa interna. Stalin se mantenía informado acerca de todo lo que pudiera entrar en conflicto con la política general o con sus intereses personales. En cualquier caso, los tres dirigentes tenían que mantenerse juntos. La economía soviética había sido sometida al torbellino de la industrialización a marchas forzadas y de la colectivización obligatoria en masa. Las revueltas populares estaban a la orden del día. La oposición interna del partido había sido sojuzgada pero no liquidada, y todavía existía la preocupación de que Zinóviev, Kámenev, Bujarin o incluso Trotski pudieran retornar para aprovecharse de la situación.

Los distintos Comisariados del Pueblo y otras instituciones estatales también estaban a cargo de partidarios de Stalin. No había lugar para las medias tintas. Si sus partidarios querían mantenerse en sus puestos tenían que cumplir las órdenes hasta las últimas consecuencias. En septiembre de 1929 el cuñado de Stalin, Stanisíaw Redens, que pertenecía a la Cheka, puso sobre aviso a Stalin de que el jefe de la OGPU, Viacheslav Menzhinski, había entrenado a sus oficiales para afrontar «fenómenos macabros» en el trabajo. Era un intento de poner un freno a la puesta en práctica de las políticas oficiales. Stalin deseaba celo y resultados, no formalidad en los procedimientos. Le escribió a Menzhinski indicándole lo «perverso» de sus métodos[10]. El adjunto de Menzhinski, Guénrij Yagoda, se arriesgó a recibir una desaprobación similar un año más tarde cuando le escribió a Stalin acerca de la «cruel coacción a los campesinos pobres y medios para que entren en los koljozes»[11]. Stalin también aumentó la presión en la Comisión de Control Central del Partido, la institución que juzgaba los casos de desobediencia a la política del partido. También estaba destinada a proteger a los bolcheviques contra un aparato central del partido excesivamente poderoso, pero esta función había caído en desuso. Stalin usó la Comisión de Control Central a cargo de Ordzhonikidze para acosar a los grupos de oposición hasta que dejaran de existir —y no tardó en culpar

a su aliado Ordzhonikidze por falta de celo en el procesamiento de los causantes de disturbios[12].

Las asambleas conjuntas del Comité Central y de la Comisión de Control Central también se utilizaban como un medio para conseguir la ratificación de las propuestas de Stalin. Recurrió a este truco siempre que creyó que podría encontrar críticas en el Comité Central. Los resultados le satisficieron. La OGPU, la Comisión de Control Central y el Comité Central eran organismos que supervisaban toda la vida pública soviética, y se mantenían bajo la autoridad de Stalin y sus partidarios.

Después de la derrota de la Oposición de Izquierdas y la Desviación de Derechas, Stalin permitió que los opositores regresaran individualmente a la vida pública bajo condiciones estrictas. Si ellos solicitaban la rehabilitación, él requería que se retractaran como los herejes acusados ante la Inquisición española. Se requería una degradante autocrítica pública y con bastante frecuencia se obtenía. Muchos trotskistas en particular se sintieron atraídos por la máxima prioridad otorgada al rápido crecimiento industrial y, como nunca habían sido demócratas por principio, olvidaron sus exigencias de restauración de la democracia en el partido y los soviets y se unieron al grupo de Stalin. Entre ellos estaban Piatakov y Preobrazhenski. Esto no significaba que Stalin fuera a fiarse de ellos, pese a lo que declarasen en público. En septiembre de 1930, le escribió a Mólotov[13]:

> Hay que vigilar cuidadosamente durante un tiempo a Piatakov, ese genuino trotskista derechista (otro Sokólnikov), que ahora representa el elemento más dañino de la composición del bloque de Rykov-Piatakov más la modalidad derrotista kondratievita de burócratas del aparato soviético.

A Stalin le inquietaba un posible reagrupamiento de facciones. Su lema era: si una vez fue opositor, siempre será opositor. Si se daban los motivos para que se volviese a expulsar a algún adversario de la vida pública, era muy poco probable que intentara un acercamiento amable.

Esta tendencia a ver lazos conspirativos entre los que no estaban de su parte se detectaba en una nota que le envió a Ordzhonikidze en 1930. La

OGPU había interrogado a un gran número de oficiales del Ejército Imperial y había descubierto que varios tenían depositadas sus esperanzas en Mijaíl Tujachevski. Aunque no se encontró ni la más mínima prueba de que Tujachevski planeara un *coup d'état*, las sospechas de Stalin se acentuaron[14]:

> En todos los aspectos, Ttijachevski se ha convertido en colaborador de los elementos antisoviéticos y ha sido especialmente influido por los elementos antisoviéticos procedentes de las filas de los derechistas. Esto es lo que se desprende de las actas [de los interrogatorios]. ¿Es posible? Desde luego que es posible, ya que no ha podido descartarse. Obviamente los derechistas están preparados parallegar al extremo de una dictadura militar, si con eso se ven libres dei C[omíté] C[centrai], de los koljozes y de los sovjozes, de las tasas bolcheviques de desarrollo de la industria.

Stalin no dudaba: Tujachevski, Kondratiev y Bujarin eran los líderes de este «bando» desleal de los derechistas[15]. Solo después de que la OGPU hiciera su trabajo creyó que Tujachevski estaba «limpio al cien por cien»[16].

Disparaba sus ideas como proyectiles de acero dirigidos a las mentes de sus partidarios. Mólotov, Ordzhonikidze, Kaganóvich, Voroshilov y algunos pocos más eran las personas de su confianza, y su objetivo implícito era formar en el Kremlin una banda fanática que lo reverenciara como a su jefe. Todos los que se interponían en su camino eran expulsados. En octubre de 1930 arremetió contra el comisario del pueblo de Finanzas. Escribió al Politburó ordenando: «Cuelguen a Briujánov de las pelotas por todos sus pecados presentes y futuros. Si las pelotas resisten, considérenlo absuelto en el tribunal; si no resisten, ahóguenlo en el río»[17]. Stalin hizo un dibujo de Briujánov suspendido en el aire y sujeto a una polea por una soga que le tiraba del pene y los testículos hacia atrás a través de las piernas. A veces, sin embargo, se ridiculizaba a sí mismo. Una vez, al escribirle a Voroshílov

en marzo de 1929, se burló de su propia imagen grandiosa: «¿Líder del mundo *[Vozhd]?* ¡Que se vaya a joder a otra parte!»[18].

Pero aunque Stalin pudiera reírse de sí mismo de este modo, no permitía que los miembros de su banda hicieran lo mismo: su dignidad le importaba en grado sumo, al igual que su autoridad. Fue él quien decidió quién podía unirse a la banda y quién tenía que irse. También indicó a la banda quiénes eran los enemigos. Engatusó a los miembros del grupo para que consideraran a sus críticos como los peores renegados. En realidad, hacia 1932 le dijo a Kaganóvich que hiciera que *Pravda* «maldijera cruda y tajantemente» no sólo a los mencheviques y a los social-revolucionarios, sino también a los Desviacionistas de Derechas y a los trotskistas, acusándolos de estar a favor de la restauración del capitalismo[19]. La intención era evidente. Stalin y la banda del Kremlin debían ser vistos como los únicos depositarios de la sabiduría política y del compromiso socialista. Había que convencer al pueblo de la URSS de que sólo los dirigentes más poderosos del partido serían quienes verdaderamente brindarían a la sociedad el bienestar material y social, y de que los antiestalinistas hundirían el país y le harían retroceder a los viejos y malos tiempos de los codiciosos propietarios de fábricas, banqueros y terratenientes. Por lo tanto, la difamación de los oponentes podía llegar al punto de tejer la fantasía de que Bujarin y Trotski eran aliados del capitalismo occidental.

Stalin convirtió todas las críticas que se le hacían en un drama. La menor divergencia de sus deseos se consideraba una traición personal y política. Transmitió esta actitud a sus partidarios e hizo que atacaran en conjunto a quienes él deseaba derribar. En las vacaciones de septiembre de 1929, envió una nota furiosa a los miembros del Politburó Mólotov, Voroshílov y Ordzhonikidze[20]:

> ¿Han leído el discurso de Rykov? En mi opinión representa el discurso de un *burócrata del soviet sin partido* disfrazado con el tono de alguien «leal» y «partidario» de los soviets. ¡Ni una sola palabra acerca del partido! ¡Ni una palabra acerca de la Desviación de Derechas! ¡Ni una palabra acerca de los logros del partido que Rykov suciamente se atribuye a sí mismo pero que de hecho se

> consiguieron por medio de la lucha con los derechistas, incluyendo al mismo Rykov (…)! He descubierto que Rykov continúa actuando como *presidente* [del Politburó] en lugar de usted los lunes y jueves. ¿Es cierto? Si es cierto, ¿por quépermite semejante farsa? ¿A quién sirve y con qué fin?

Mólotov obedeció al instante: «Para mí es obvio (…) que St[alin] tiene razón. Solamente estoy en desacuerdo con que estábamos “protegiendo” a Rykov. Debemos, sin embargo, corregir el problema tal como lo propuso St[alin]»[21].

Para Stalin, una especie de versión soviética de Al Capone, era fácil encontrar nuevos miembros para su banda[22]. Cuando consideraba que sus otrora partidarios no demostraban suficiente celo o eficacia, promovía a otros. Algunos se contaban entre las figuras menos atractivas de la vida pública soviética. Andréi Vishinski, antes menchevique, se convirtió en fiscal general en 1935. Su propuesta fundamental de que la confesión (que podía ser obtenida bajo tortura) era la reina de las pruebas judiciales, resonó como música en los oídos de Stalin. Lavrenti Beria, primer secretario del Partido de la Federación Transcaucásica hasta su promoción en 1938 a la jefatura de la NKVD (que incluía la OGPU desde 1934), era aficionado a golpear personalmente a sus prisioneros. Nikolái Yezhov, un bisexual promiscuo y alcohólico, llegaba a las peores conclusiones acerca de la gente todavía más rápido que el mismo Stalin. Stalin iba a convertirse en jefe de la NKVD en 1936. Otros como Nikita Jrushchov, que encabezó el Comité del Partido de la Ciudad de Moscú desde 1935, tenían un lado decente, aunque esto no le impidió tomar parte en la matanza durante el Gran Terror.

Stalin no descuidó la Comintern. Bujarin había supervisado su Comité Ejecutivo en nombre del Politburó desde la destitución de Zinóviev. Con la ruptura entre Stalin y Bujarin en 1928, este organismo se convirtió en un terreno en disputa y Bujarin fue expulsado del Comité Ejecutivo en abril de 1929. Durante un tiempo Stalin confió en Dmitri Manuilski y en Ósip Piátnitski para que continuaran con la función en su nombre en la Comintern. Eran responsables de los principales partidos comunistas europeos. Una férrea jerarquía controlaba lo que sucedía con el comunismo

alemán, italiano y francés. El sistema de mandos se reforzó mediante la presencia en Moscú de varios dirigentes destacados y de confianza en representación de sus países de origen. Entre ellos se encontraban Ernst Meyer, Palmiro Togliatti y Maurice Thorez. Pero la Comintern no se limitó a un control a distancia. Así, el húngaro Eugen Fried fue enviado a París para mantenerse en contacto con el Politburó del Partido Comunista Francés, y los comunistas de Francia no se atrevían a tomar decisiones importantes sin obtener su autorización[23]. La Comintern había sido estrictamente controlada desde su fundación en 1919; pero el grado de interferencia aumentó en la década de los treinta, cuando Stalin trataba de asegurarse de que nada de lo que hicieran los comunistas en el extranjero pudiera perjudicar los intereses de lo que él estaba intentando en la URSS.

No era habitual que Stalin diera razones de lo que hacía. De hecho, no sucedía en absoluto. Era un camorrista callejero metido a político: no había límites. Creía que esto era lo que la situación requería. Aunque elaboró una imagen ridícula de sus enemigos, su desasosiego acerca de su propia posición y de la de sus partidarios no era del todo imaginario. Habían arrancado de cuajo el timón que orientaba las políticas de la NEP e iniciaron un proceso de transformaciones económicas rápidas y violentas. La banda tenía que hacerse responsable de las consecuencias. No podían esperar misericordia a menos que garantizaran un incremento de la capacidad económica y militar. Esto daba sentido a denostar a los críticos en caso de que las cosas fuesen mal. Citando las palabras de Lenin en el X Congreso del Partido en 1921, Stalin le dijo a Kaganóvich que las disensiones provocadas por facciones que se desviaran de la línea trazada por el sector dominante de la dirección darían como resultado la emergencia de tendencias de «Guardia Blanca» y «la defensa del capitalismo»[24]. Lenin no había dicho tal cosa. Pero a Stalin no le importaba: quería avivar la mentalidad de acoso ya experimentada por sus compañeros del Politburó; la repetición de acusaciones descabelladas servía a este deseo.

Mientras que rehabilitó a varios miembros arrepentidos de la Oposición Unida, Stalin no mostró indulgencia hacia el impenitente Trotski. En enero de 1929 el Politburó discutió acerca de qué hacer con el hombre que podía causarles los mayores problemas. Desde su exilio en Alma-Ata, Trotski

producía agitación en Moscú. Los partidarios que le quedaban mantenían presente su recuerdo con la esperanza de que su vuelta al poder no se pospusiera mucho tiempo. Incluso algunos miembros del entorno de Stalin trataron de instarle a que hiciera volver a Trotski, ya que básicamente la orientación económica oficial era la que Trotski había recomendado desde hacía mucho tiempo (y Aarón Solts le dijo a Ordzhonikidze que Trotski aportaría mayor lucidez a esa política)[25]. Trotski no manifestó la menor intención de acercarse a Stalin, quien por su parte temía que hasta que no se deshiciera de su viejo enemigo siempre existiera el peligro de que Trotski explotara cualquier dificultad que surgiera durante el Primer Plan Quinquenal.

Sin embargo, Stalin todavía no había defendido su eliminación física. Ningún bolchevique veterano había sido ejecutado por disensiones políticas. La alternativa al exilio en Alma-Ata era la deportación de la URSS. Ya en el verano de 1927 Stalin había considerado la posibilidad de enviarlo a Japón[26]. El Politburó llegó a una decisión el 10 de enero de 1929 y Trotski fue expulsado por «actividades antisoviéticas»[27]. El destino elegido fue Turquía. Trotski y su familia surcaron el mar Negro en el vapor *Ilich*. El Politburó calculó que sería rechazado por los partidos de la Comintern (como sucedió) e ignorado por las potencias capitalistas del mundo (como sucedió). Pero Trotski no estaba acabado. Comenzó a publicar con regularidad un *Boletín de la oposición* desde el extranjero. Expulsado del partido y del país, no tenía nada que perder. Lo que desconcertaba a Stalin era que el contacto de Trotski con la URSS no se hubiese interrumpido. El *Boletín* informaba de las controversias en la dirección central del partido. Trotski conocía los chismes políticos que circulaban en Moscú; también rebuscaba en sus recuerdos en busca de ejemplos de la estupidez y maldad de Stalin y los describió en su autobiografía[28] —sabía bien que Stalin odiaba que le ridiculizasen o criticasen—. El *Boletín* circulaba clandestinamente, lo mismo que había sucedido en tiempos de la facción bolchevique antes de 1917. La deportación no era la cura para los males del trotskismo.

Stalin no volvió a cometer el error de dejar que un líder de la oposición escapara de sus garras. En el verano de 1929 supo que Vissarión Lominadze

y algunos otros bolcheviques de segunda fila criticaban su modo de actuar y sus políticas. Al año siguiente hubo más problemas. Lominadze habló también con el presidente del Sovnarkom de la RSFSR, Serguéi Syrtsov. Stalin llegó a la peor conclusión posible y le escribió a Mólotov[29]:

> Aquí le envío los dos comunicados de [el informador interrogado] Reznikov acerca de la agrupación contraria al partido —y básicamente desviacionista de derechas— de la facción Syrtsov-Lominazde. Una vileza inconcebible. Todos los detalles apuntados en las comunicaciones de Reznikov corresponden a la realidad. Estuvieron jugando con la idea de dar un *coup d'état,* estuvieron jugando a ser el Politburó, y han terminado en un completo fracaso.

Las sospechas de Stalin eran demasiado fantasiosas incluso para Mólotov, de modo que Lominazde y Syrtsov simplemente fueron expulsados del Comité Central.

La atmósfera de una caza de brujas política se hacía más densa. Nikolái Bauman fue expulsado del Secretariado del Comité Central por mostrarse un tanto conciliador con los antiguos miembros de la Oposición Unida. Stalin, Mólotov y Kaganóvich estaban extremadamente tensos. Sus políticas apostaban fuerte. En su intento de consolidar el régimen y de profundizar en la revolución atacaban a un amplio frente de enemigos en materia de política, economía y sociedad. Esto requería un vigoroso despliegue del partido, de las fuerzas armadas y de la OGPU. Los dirigentes de estas instituciones tenían que ser absolutamente de fiar. Había que reforzar la dotación de personal y de recursos materiales de cada una de estas instituciones para que pudieran desempeñar sus tareas. Pero, a medida que aumentaba el poder del estado, surgía el peligro de que se incrementara la capacidad de esta clase de dirigentes de minar el Politburó. Los seguidores tibios no servían para los planes de Stalin. Lo único eficaz era el apoyo incondicional.

La firmeza que mostró Stalin entre 1930 y 1931 no logró evitar que se le criticara en secreto entre los cuadros superiores del partido. Aunque el grupo de Syrtsov-Lominazde había sido desarticulado, surgieron otras

pequeñas agrupaciones. Una de ellas estaba formada por Nikolái Eismont, Vladímir Tolmachov y A. P. Smirnov. Denunciados por informadores en noviembre de 1932 e interrogados por la OGPU, confesaron deslealtad verbal. Pero esto no fue suficiente para Stalin. El pleno conjunto del Comité Central y la Comisión de Control Central, reunido en enero de 1933, condenó a los dirigentes por haber formado una «agrupación contraria al partido» y aprovechó la oportunidad para amonestar a Rykov y a Tomski por mantener contactos con «elementos contrarios al partido»[30]. Sin embargo, no bien se habían ocupado de un grupo cuando se descubría otro. Martemián Riutin, un funcionario del partido del distrito de Moscú, odiaba la dictadura personal de Stalin. Junto con varios amigos de parecer similar, se reunían en sus casas al anochecer para discutir y Riutin escribió un panfleto pidiendo que se destituyera a Stalin de su cargo. Riutin fue arrestado. Stalin, que interpretó el panfleto como una instigación al asesinato, exigió la ejecución de Riutin. Finamente fue sentenciado a diez años de confinamiento él Gulag[31].

Stalin nunca olvidó un detalle ni dejó pasar la ocasión de devolver el golpe. Podía esperar la ocasión propicia tanto tiempo como fuera necesario. Todo árbol alto que talaba saciaba un ego que había sido herido durante años de subestimación y burla. Tenía una extraordinaria memoria, y sus futuras víctimas estaban anotadas en una lista larguísima. Extendió su desconfianza a sus aliados y subordinados. Exigía una lealtad absoluta. Su hija Svetlana, al escribir unas respetuosas memorias en 1967, recordaba[32]:

> Si expulsaba de su corazón a alguien a quien había conocido durante largo tiempo y si en su alma ya había colocado a esa persona entre las filas de los «enemigos», era imposible mantener una conversación con él sobre esa persona.

Éste era su modo de actuar. ¡Un enemigo es siempre un enemigo! Incluso si se veía forzado por razones internas del partido a mostrar misericordia, siempre intentaba saciar su sed de venganza a su debido tiempo.

Bujarin tardó en darse cuenta de ello. Hasta 1928 se había conformado con tener de su lado a este camarada agresivo y rudo. Cuando se produjo su

ruptura con Stalin, sabía que sería difícil obtener nuevamente su favor. Y aun así siguió tratando de lograr que se le readmitiera en la actividad pública. Escribió cartas de súplica a Stalin. Continuó yendo a la dacha de Stalin en Zubálovo y pasando tiempo allí, charlando largo y tendido con Nadia Allilúeva y jugando con los niños. Sin embargo, cometió la estupidez de no dejar de comentar sus verdaderas opiniones con otros líderes de la oposición. A veces lo hacía por teléfono. Apenas podía sospechar que la OGPU suministraba a Stalin las transcripciones de sus llamadas. Bujarin, Kámenev y Zinóviev aportaban el material que haría tan terribles las últimas represalias de Stalin. Sabía que sus halagos y su obediencia no eran sinceros.

Sus partidarios cercanos estaban igualmente decididos a consolidar la autoridad de su banda. Pero casi siempre en el curso del Primer Plan Quinquenal era Stalin quien tomaba la iniciativa de perseguir o suprimir a los enemigos del grupo. Nadie era más suspicaz ni agresivo. Sin embargo, su personalidad desequilibrada no era el único factor en juego. Aunque exageraba la dimensión de la amenaza inmediata que pesaba sobre el grupo dirigente, tanto él como sus colaboradores tenían motivos para angustiarse. Trotski se mantenía activo en el extranjero. Bujarin se convirtió en editor del periódico gubernamental *Izvestiia* («Noticias») en 1934; Zinóviev y Kamenev volvieron a ocupar un lugar destacado más o menos en la misma época. Un liderazgo alternativo a la espera se había reformado a sí mismo. La experiencia del partido bolchevique en 1917 había demostrado que un grupúsculo político podía poner un país patas arriba. Stalin tenía que vigilar. El hecho de que, entre sus propios partidarios, unos alevines —Lominadze, Syrtsov, Eismont, Tolmachov y Smirnov— hubieran demostrado deslealtad, lo ponía todavía más nervioso.

Más aún, las expresiones de disgusto acerca de las «cuestiones campesinas» eran un lugar común en el Ejército Rojo. En tanto las fuerzas armadas estaban imponiendo la política agraria oficial, esto tenía que ser un motivo de preocupación. En su gran mayoría los soldados odiaban las granjas colectivas. Circulaban muchos rumores. En 1930 corrió la noticia, en el Distrito Militar de Moscú, de que Voroshílov había matado a Stalin[33]. Las implicaciones eran obvias: existía un claro deseo de un

cambio en la política. Después de haberse erigido en el principal protagonista del cambio radical, Stalin se había convertido en el blanco de la impopularidad.

En todos los niveles de autoridad de la URSS había descontento. Los dirigentes regionales del partido sentían una creciente inquietud debido a las reacciones impredecibles y violentas de Stalin; no les agradaba la posibilidad de que pudiera seguir presionándolos para que se incrementaran las tasas de crecimiento económico —y el Primer Plan Quinquenal había otorgado a estos dirigentes mucho más poder que el que tenían bajo la NEP —. El partido había sido la institución de vanguardia del Primer Plan Quinquenal. Cuando el estado se apropió del sector privado de la economía y mientras el conjunto de la economía se expandía, cada uno de los dirigentes regionales del partido adquirió una enorme autoridad. Muchos dirigentes, acosados por la imposición de cuotas de producción por parte del Kremlin y conscientes del gran desorden y descontento que reinaban en sus respectivas regiones, anhelaban un período de reducción de las exigencias más que una transformación rápida y continua. Los dirigentes de varios Comisariados del Pueblo en Moscú y en las provincias sentían una inquietud similar acerca de Stalin y el Politburó. El estado soviético, aunque ganaba mucho con las medidas del Primer Plan Quinquenal, estaba muy lejos de lograr la aceptación incondicional de cualquier política que transmitiera desde arriba.

Por debajo de la estratosfera del partido y de los cargos del gobierno había millones de descontentos. Miles de opositores esperaban la caída de Stalin. Fuera de las filas del bolchevismo existían posturas aún más irreconciliables. La mayoría de los social-revolucionarios, mencheviques y kadetes habían dejado su actividad política, pero estaban dispuestos a proseguir con ella si surgía la oportunidad. Lo mismo pasaba con los borotbistas, dashnakos, musavatistas y los muchos otros partidos nacionales que habían sido suprimidos en la Guerra Civil. Además estaban los sacerdotes, los mulás y los rabinos que habían sufrido la persecución de los bolcheviques y, aunque más de tres millones de personas habían emigrado después de la Revolución de octubre, aún seguían allí muchísimos

aristócratas, banqueros, industriales, terratenientes y comerciantes que seguían suspirando por la caída del estado soviético.

Varios años de violencia estatal y represión popular habían hecho más profunda la ira contra el régimen. Los kulaks y sus partidarios habían sido asesinados o deportados. Los directores industriales y otros expertos habían sido perseguidos. Los «nacionalistas burgueses», incluidos los rusos, habían sido encarcelados. Los líderes religiosos que quedaban habían sido perseguidos. Juicios ejemplarizantes se habían organizado en Moscú y en las provincias. El sistema de campos de trabajo incluía un millón de convictos. Zonas enteras del norte de Rusia, Siberia y Kazajstán estaban habitadas por colonos forzosos que vivían y trabajaban en condiciones apenas mejores que las de la prisión. La hostilidad al régimen no se limitaba a los que habían sufrido el arresto o la deportación. Los campesinos de las granjas colectivas, en especial en las zonas de hambruna, odiaban el sistema agrícola que se había impuesto a las aldeas. Los trabajadores estaban molestos porque las autoridades no habían logrado cumplir su promesa de elevar el nivel de vida del pueblo. Incluso entre los administradores recién promovidos en ámbitos políticos y económicos había muchos a los que les desagradaban las crueles prácticas del régimen. La aparente obediencia ocultaba en gran medida la verdad. Había una multitud de individuos que sufrían los métodos arbitrarios y punitivos del orden soviético y seguramente podía contarse con su apoyo para casi cualquier movimiento contra Stalin y su política.

Pero no era así como los propagandistas oficiales presentaban la situación, y los camaradas que viajaban por el mundo reproducían su complacencia triunfal; en realidad, la idea de que Stalin no tenía razones externas para sentirse inseguro se había convertido en el punto de vista normal sobre la situación de la política soviética a principios de la década de los treinta. Sin embargo, los dictadores no son inmunes a la inestabilidad política, y los dirigentes bolcheviques percibían que las clases importantes de la sociedad les deshancarían si alguna vez se les presentaba la ocasión. Stalin había ganado varias batallas. Había instigado la industrialización a marchas forzadas y la colectivización acompañadas de una represión masiva. Había impuesto los objetivos del «socialismo en un solo país».

Había desbaratado las antiguas oposiciones internas del partido. Se había convertido en el dictador de la URSS en todo salvo el nombre. Sin embargo, tanto él como sus partidarios no carecían de apoyo. Los funcionarios promovidos disfrutaban de sus nuevos privilegios. Los miembros del Komsomol y los jóvenes activistas del partido estaban entusiasmados con el proyecto de transformación revolucionaria. Los activistas culturales admiraban la campaña contra el analfabetismo. El personal militar apreciaba el crecimiento y la consolidación de las fuerzas armadas. Se consideraba que, mientras que las economías occidentales sufrían los efectos del colapso de Wall Street, la URSS lograba un grandioso avance industrial.

Stalin y sus partidarios no habrían durado en sus cargos sin ese apoyo. Todavía no estaba claro si el apoyo era mayor que la hostilidad que existía en el estado y en la sociedad. Por el momento nadie se atrevía a desafiar a Stalin. Había alcanzado la ansiada cima del poder. Pero esa cima era un lugar inseguro, y quedaba por ver si tendría que pagar por haber alcanzado tan elevada posición.

LA MUERTE DE NADIA

Stalin estaba cada vez más aislado de la vida cotidiana de la URSS a medida que crecía la preocupación por su seguridad personal. Ya no tenía una oficina abierta en el Secretariado. No visitaba las granjas colectivas. Mientras estaba de vacaciones en Abjasia supuestamente fue a inspeccionar un mercado, pero las autoridades de Sujumi, deseosas de impresionarlo, hicieron que los tenderos bajaran los precios durante el tiempo que duró la visita: de este modo no pudo enterarse del elevado coste de vida[1]. En cualquier caso, nunca inspeccionó las fábricas y minas que se estaban construyendo y, cuando fue a ver el canal del mar Blanco, su viaje fue anunciado en la prensa sólo días después de que hubiese tenido lugar[2]. La OGPU había capturado a un asesino en potencia, Yákov Ogariov, en las afueras del Kremlin en noviembre de 1931. Sin embargo, Ogariov se sintió tan sorprendido por la inesperada aparición de Stalin en la Plaza Roja que no acertó a sacar su revólver[3]. La cuestión de la seguridad no explica por sí sola que Stalin dejara de hacer apariciones en público. El hecho era que había establecido una estructura política que ya no precisaba que saliese y vigilase. Tanto desde el Kremlin como desde sus dachas, podía dar órdenes y hacer que sus subordinados las ejecutaran.

El encierro político no contribuyó a aminorar las tensiones familiares. Su hijo Yákov trató de suicidarse en 1929; fue un intento torpe que le acarreó el desprecio de Stalin más que su comprensión. Las relaciones conyugales con Nadia eran tensas. Era extremadamente desatento con ella y nunca admitió su falta. Muy posiblemente Stalin siguió sintiendo una singular atracción por las jóvenes comunistas y, aunque fuera fiel a Nadia, ella no siempre confiaba en él y se volvía loca de celos. Sin embargo, Stalin

nunca se había caracterizado por comprometerse en las relaciones personales, mucho menos con mujeres. Las actitudes de Iósef no eran la única razón de la furia de Nadia. Otro factor era su estado mental. Aunque su naturaleza precisa sigue siendo poco clara, probablemente hoy podría definirse como algún tipo de esquizofrenia. Los días de quietud se alternaban con estallidos de furia. Stalin nunca sabía a ciencia cierta qué le esperaba en el apartamento del Kremlin o en la dacha de Zubálovo —y la falta de sensibilidad que manifestaba frente al estado de su esposa la llevaba a la desesperación—. Nadia siempre había tenido una gran fuerza de voluntad. Stalin había sido el amor de su vida y, a diferencia de otros miembros de su familia, no había mantenido ninguna relación extraconyugal. Al sentirse rechazada y subestimada, en 1926 no pudo soportarlo más y se marchó a Leningrado en un intento de divorciarse de Iósef[4].

Sin embargo, cedió a los ruegos de él y trató de darle al matrimonio otra oportunidad. No quería más hijos; según su propia hija, ya había abortado en dos ocasiones[5]. Stalin no le había impedido matricularse como estudiante en la Academia Industrial. Las cartas entre marido y mujer eran tiernas. El tenía su rutina establecida: todos los veranos solía ir al sur de la RSFSR. Por lo general el destino era Sochi, en la costa nororiental del mar Negro. Nadia llenaba sus cartas con noticias acerca de los niños, la vida doméstica, el clima y sus progresos en los estudios.

La familia Stalin decidió consultar a especialistas extranjeros acerca del estado mental de Nadia. Desde el Tratado de Rapallo en 1922, se había convertido en la norma que los miembros de la élite soviética acudieran a clínicas y balnearios alemanes. Stalin era uno de los pocos que había declinado este privilegio. Como desconfiaba de los médicos y no le agradaban los países extranjeros, nunca pensó en viajar al extranjero por motivos de salud. Gueorgui Chicherin, su comisario de Asuntos Exteriores, trató de convencerlo: «Sería muy bueno que usted, Stalin, cambiara su aspecto exterior y viajara por un tiempo al extranjero con un auténtico intérprete en lugar de llevar a uno tendencioso. ¡Entonces vería la realidad!»[6]. Sin embargo, Stalin aprobó el viaje de Nadia. Deseaba tanto como su esposa que se curara. Sin embargo, incluso para ella la

autorización tenía que venir de las instancias superiores. El Orgburó y el Secretariado del Partido tardaron desde abril a julio de 1930 en aprobar la petición de Nadia, avalada por sus médicos de Moscú, de pasar un mes en Alemania. La autorización definitiva fue firmada por Stalin, Mólotov, Kaganóvich e I. N. Smirnov[7]. Stalin dispuso que Nadia pudiera enviarle cartas por valija diplomática[8]. Nadia se encontró con su hermano Pável y con su esposa Yevguenia durante su viaje y, después de visitar a los médicos, volvió a tiempo para el comienzo de las clases de la Academia Industrial en septiembre[9].

Los historiales médicos se han perdido[10], pero según Kira Allilúeva, la sobrina de Nadia, el diagnóstico fue una fusión de las suturas craneanas[11]. Iósef le escribía cartas afectuosas. A lo largo de esos meses —antes, durante y después del viaje— él recurrió al lenguaje sentimental que habían desarrollado a lo largo de los años, incluyendo expresiones tales como «besos enormes, muchas veces»[12].

Con todo, la salud de Nadia no mejoró. En 1932 recurrió a los médicos soviéticos para que le dieran su opinión sobre lo que parecían ser dolencias abdominales. Se ha sostenido que esos dolores eran consecuencia de un aborto anterior[13]. Lo que parece haber sucedido es que una intervención quirúrgica prevista fue pospuesta por recomendación médica. Esto fue lo que ella le confió a su doncella del Kremlin, Alexandra Korcháguina[14]. Nadia seguía tan agitada como siempre y, aunque no hizo nuevos intentos de romper con su esposo, el matrimonio siguió siendo inestable. Stalin apenas se preocupaba de prestarle atención. En una época en que él y sus propagandistas sostenían la importancia de las películas, Iósef no se molestó en llevarla al cine. Cuando no estaba bebiendo con sus rudos camaradas, seguía coqueteando con mujeres. Los niños no eran un consuelo para Nadia. Severa y exigente, apenas les brindaba el afecto que es habitual en otras familias. Solo cuando ellos no estaban Iósef y Nadia volvían a relacionarse afectuosamente. Esto no suponía mucho alivio para una mujer de la que se esperaba que ofreciera el máximo apoyo psicológico a su marido sin poder contar nunca con ser correspondida.

Nadia no limitó su respaldo al ámbito privado, sino que también lo apoyó políticamente. Circularon historias acerca de que, al igual que

Bujarin, en quien ella confiaba, Nadia detestaba la campaña de colectivización agrícola. De hecho, era una esposa que defendía celosamente la posición política de su esposo. El 2 de mayo de 1931 le escribió a Sergo Ordzhonikidze acerca de ciertas cuestiones relacionadas con la Academia Industrial. Denunció que las disposiciones de Stalin acerca de la formación correcta de los «especialistas técnicos» estaban siendo ignoradas. Incluso insistió en que sus compañeros de estudios no tenían que enterarse y en que la carta debía ser destruida[15]. Delataba a la gente de la Academia Industrial en apoyo de la línea fijada por la camarilla que regía el país.

Con todo, los problemas derivados de su estado de salud y de su relación con Iósef la habían llevado al borde del estallido. Lo único que sorprende es que nadie se diera cuenta de la situación. Amigos íntimos como Tamara Jazánova (para entonces casada con Andréi Andréiev) y la esposa de Mólotov, Polina Zhemchúzhina, sabían de sus problemas pero no llegaron a comprender los alcances de su padecimiento. Nadia se sentía terriblemente sola. Ciertas situaciones sociales le resultaban sumamente perturbadoras. Tendía a sentirse molesta cuando Iósef se reunía con sus secuaces y sus esposas. Era tradicional que el grupo dirigente quedase a cenar en el apartamento de Voroshílov en el Kremlin para celebrar el aniversario de la Revolución de octubre, el 7 de noviembre (el Sovnarkom había adoptado el calendario gregoriano en 1918, lo que hacía que la fecha se desplazase trece días y, por lo tanto, cambiaba el mes en que se había producido la revolución). Siempre se bebía en exceso y se gastaban bromas pesadas. En 1932 Nadia hizo un esfuerzo especial para arreglarse lo mejor posible. Pero esto no provocó ninguna diferencia en la conducta de Iósef. A última hora de la velada Stalin coqueteó con la esposa de Alexandr Yegórov, que había servido con él en la guerra polaco-soviética. Natalia Yegórova llevaba un vestido llamativo y se comportaba como una coqueta. Al parecer Iósef hizo su burda broma de tirarle una bolita de pan. Atormentada por los celos, Nadia abandonó la reunión en pleno ataque de furia. Los testigos lo achacaron despectivamente a su «sangre gitana»[16].

Hay otras versiones de lo que pasó antes de que ella se fuera. Una afirma que Stalin llamó a Nadia a gritos usando el familiar «tú» y que ella

se ofendió. Otra afirma que le arrojó un cigarrillo encendido. Pero la versión más plausible es que verdaderamente coqueteaba con Natalia Yegórova y que Nadia ya no podía soportarlo más. Lo que pasó a continuación está mejor documentado. Polina Zhemchúzhina salió tras ella al frío de la noche. Nadia estaba extremadamente nerviosa y Polina la acompañó a dar una vuelta por los terrenos del Kremlin intentando calmarla. Después Nadia se fue por su cuenta al apartamento familiar mientras que Polina regresó a la fiesta[17].

Los pensamientos de Nadia se sumieron en una oscuridad existencial. Algunos años antes su hermano le había regalado una pistola. A pesar de que parecía una pistola de juguete (como más tarde recordó Stalin), era un arma mortal[18]. Sentada en la cama, la apuntó al corazón y disparó. La doncella de la mañana encontró el cadáver. El personal doméstico, presa del pánico, llamó a Abel Enukidze. Como miembro del Comité Central y administrador del Kremlin, tendría la autoridad para decidir qué había que hacer. Resultó que Enukidze también era el padrino de Nadia[19]. Sin vacilar, mandó despertar a Stalin. El matrimonio se había acostumbrado a dormir en habitaciones separadas y Iósef era a todas luces inconsciente de las consecuencias de su mal comportamiento de la noche anterior. Se convocó a los médicos para que dictaminaran la causa de la muerte. No les iba a llevar mucho tiempo: Nadia se había matado de un disparo en el corazón. Cuando los profesores Rózanov y Kúshner llevaron a cabo el examen *post mortem* después del mediodía, el cuerpo yacía tendido en la cama. El pequeño revólver estaba cerca. Concluyeron que la muerte debía de haber sido instantánea y se había producido entre ocho o diez horas antes. Nadia se había quitado la vida. Rózanov y Kúshner comenzaron a escribir su breve informe a la una de la tarde.

Los políticos discutían qué debía revelarse al público[20]. Se consideró que no era apropiado decir la verdad, por temor a disminuir el prestigio de Stalin. En su lugar se le pidió a *Pravda* que afirmara que Nadia había muerto a causa de una apendicitis. Las esposas de los líderes más prominentes firmaron una carta de condolencia para Stalin que también fue publicada en el periódico. Se designó una comisión para el funeral, encabezada por Abel Enukidze. Habría un cortejo fúnebre que seguía a un

carruaje tirado por caballos que llevaba el ataúd. Los deudos se reunirían en la Plaza Roja a las tres de la tarde del 12 de noviembre y atravesarían la ciudad hasta el cementerio del monasterio Novodévichi. Tales ocasiones eran motivo de inquietud oficial, por lo que se encargó a la OGPU que se ocupara de la organización y seguridad de la ceremonia. Tanto la OGPU como el Ejército Rojo proporcionarían las orquestas. Iba a tener lugar una breve ceremonia junto a la tumba. Hablarían dos oradores: Kaganóvich, como secretario del partido del Comité de la ciudad de Moscú, y Kaláshnikov, como representante de la Academia Industrial donde ella había estudiado[21]. Stalin dejó que otros se ocuparan de los detalles. Su aparición pública el día del funeral iba a ser una dura prueba y no se ofreció para pronunciar un discurso de homenaje antes de que el ataúd fuera inhumado.

A pesar de lo que muchos insinuaron posteriormente, asistió a la ceremonia. El cortejo fúnebre fue a pie por la ciudad. Era un día sin nieve. Las multitudes se alineaban en las calles. En el cementerio el ataúd abierto fue sacado del carruaje y bajado hasta la dura tierra. El discurso de Kaganóvich mencionó brevemente a la difunta y terminó con la petición a los miembros del partido comunista de que llevaran a cabo los deberes que les correspondiesen como consecuencia de la pérdida de Stalin. Kaláshnikov hizo un elogio de Nadia que destacaba sus virtudes de estudiante buena y aplicada[22]. El funeral concluyó en pocos minutos. Stalin y sus camaradas volvieron en limusina al Kremlin. Una sencilla lápida se erigió en la tumba de Nadia, donde permanece hasta ahora.

Cuando la Academia Industrial solicitó permiso a Stalin para examinar los materiales de trabajo de Nadia, él dio su inmediato consentimiento y le pidió a Anna Allilúeva, la hermana de Nadia, que lo acelerara. Stalin estaba muy lejos de ser un viudo posesivo. Le pidió a Anna que inspeccionara la caja fuerte con la ayuda de Tamara Jazánova[23]. La hija de Nadia, Svetlana, afirmaría que había dejado una nota de suicidio, pero sólo muchos años después supo que su madre se había quitado la vida y, en cualquier caso, sus memorias no siempre son dignas de crédito. No puede darse por supuesto que una nota de ese tipo necesariamente lo explicaría todo. Lo que estaba claro es que el control oficial sobre la información en 1932 sólo servía para

alimentar la proliferación de rumores. En los círculos diplomáticos se comentaba que se había suicidado[24]. Las habladurías dentro del Kremlin eran incesantes. Era una actividad peligrosa. Alexandra Korcháguina, la doncella de Iósef y Nadia, fue acusada por otros empleados del Kremlin de haber dicho que Stalin la había matado; fue sentenciada a tres años de trabajo correctivo en el canal del mar Báltico y el Blanco. Korcháguina declaró que fueron precisamente los denunciantes los que hicieron tal afirmación acerca de Stalin[25]. Estos mismos denunciantes fueron arrestados en la depuración del personal auxiliar del Kremlin de 1935[26].

Indiscutiblemente Stalin estaba profundamente conmocionado. «Fui un mal marido —admitió ante Mólotov—. Nunca tenía tiempo para llevarla al cine»[27]. Esto estaba muy lejos de ser un reconocimiento pleno de toda la ayuda que habría tenido que darle a Nadia. Pero, aun así, indica cierto grado de remordimiento. Significativamente, también implica que fueron las circunstancias, más que su propia conducta, lo que determinó su parte en la tragedia. Pensaba tanto en sí mismo como en su esposa muerta. Su egocentrismo aumentó. En unas pocas semanas la culpaba directamente y se preocupaba por la suerte de sus hijos. Se acordó del atentado contra su vida cometido por el joven Yákov Duzhghashvili y durante una cena con sus amigos exclamó: «¿Cómo es que Nadia, que tanto condenó a Yasha por hacer una cosa así, explotara y se pegara un tiro? Hizo algo muy malo: me dejó lisiado». Alexandr Svanidze, cuñado de Stalin por su primer matrimonio, trató de calmarlo preguntando cómo pudo haber dejado a sus dos hijos sin madre. Stalin se enojó: «¿Qué pasa con los niños? Ellos la olvidaron en unos pocos días: ¡es a mí a quien dejó lisiado de por vida!». Pero luego propuso: «¡Bebamos por Nadia!»[28].

Poco a poco llegó a tener una visión menos benévola del suicidio de Nadia[29]:

> Los niños crecieron sin su madre, ése era el problema. Las niñeras y gobernantas —por buenas e ideales que fueran— no podían reemplazar a su madre. Ah, Nadia, Nadia, ¿qué hiciste? ¡Cuánto te necesitábamos los niños y yo!

Concentraba sus pensamientos en el daño infligido a los niños y, sobre todo, a él. Sumido en la introspección, no se confió a nadie. Les dijo a los niños que su madre había muerto por causas naturales. Por duro y gélido que fuera en su comportamiento externo, en su interior Stalin podía ser afectuoso.

Durante varias semanas existió el temor de que también él pudiera acabar con su vida. Estaba pálido y desatendía sus necesidades diarias. Su típico sentido del humor campechano había desaparecido. Semanas después empezó a recuperarse. En busca de compañía, se volvió hacia sus compañeros del Politburó. Kírov era uno de sus amigos. Siempre que Kírov salía de Leningrado, Stalin iba a ver a la familia Ordzhonikidze, pero con frecuencia los invitaba a su casa y Kírov se quedaba a dormir allí[30]. También invitaba con frecuencia a Mikoián. Esto le causaba problemas a Mikoián, ya que no le resultaba fácil convencer a su esposa Ashken de que verdaderamente estaba donde le decía. Pronto Mikoián empezó a declinar las invitaciones de Stalin, y entonces éste se volcó en Alexandr Svanidze[31]. Necesitaba desesperadamente el apoyo y la compañía de la gente de su entorno. El gobernante de la Unión Soviética era un viudo solitario. Según Lazar Kaganovich, nunca volvió a ser el mismo. Se encerró más en sí mismo y endureció su actitud hacia todo el mundo en general[32]. Comía y bebía sin moderación; a veces se sentaba a la mesa durante tres o cuatro horas después de haber trabajado[34] una jornada completa en su despacho[33].

Aun así, todavía no se acercó a la familia y los amigos de su última esposa (eso vendría después). Los Allilúev trataron de mantenerse en contacto con él sin tener demasiado en cuenta el momento o la conveniencia. El padre de Nadia, Serguéi, le escribió para saber si todavía podía ir a pasar un tiempo en la dacha de Zubálovo. No estaba bien de salud y tenía la esperanza de pasar la convalecencia en el campo[34]. La petición, escrita dos meses después de la muerte de Nadia, sacó a Stalin de su ensimismamiento. En realidad, lo exasperó: «¡Serguéi! ¡Usted es una persona muy rara! ¡Qué clase de "permiso" necesita cuando tiene pleno derecho de venir y residir en "Zubálovo" sin ningún "permiso"!»[35]. Otros miembros de la familia Allilúev también eran bien recibidos, y Yevguenia

—cuñada de Nadia— se esforzó por lograr que él mantuviera una vida social. La familia Svanidze también iba a verlo cada vez que podía. Tanto para Stalin como para ellos la sangre era más espesa que el agua.

Pero Zubálovo le traía recuerdos de sus años de casado. Tener otra dacha fuera de Moscú le pareció una idea razonable, y Stalin encontró a un arquitecto cuyas ideas le agradaban. Mirón Merzhánov diseñaba casas de campo de muros gruesos y sombríos como si estuvieran concebidas para ser fortalezas inexpugnables. Como no estaba Nadia para disuadirlo, Stalin encargó una residencia que habría servido mejor como lugar de trabajo que como residencia familiar. Se halló un paraje rural cerca de Kúntsevo, al oeste de Moscú. Estaba a sólo siete millas del Kremlin y se podía llegar allí en pocos minutos con la limusina oficial. Stalin tuvo la dacha que quería. Había una gran sala de reuniones, así como varios dormitorios y habitaciones para tomar el té, jugar al billar o ver películas. La construcción terminó en 1934; enseguida Stalin se estableció allí y dejó de dormir en el apartamento del Kremlin. La dacha fue conocida como Blízhniaia («Dacha cercana»), Se construyó otra más lejos y se la llamó Dálniaia («Dacha lejana»), pero Blízhniaia era su preferida. Merzhánov tenía que tener paciencia con su patrón. No bien estuvo lista la Blízhniaia, Stalin exigió reformas, incluso hasta el extremo de pedir que se añadiera un segundo piso[36]. Siempre pensaba en cómo convertir el pequeño castillo rural en la casa de sus sueños.

Tenía un temperamento inquieto y insatisfecho. Aunque vivía apartado de su familia por propia elección, no se sentía a gusto estando solo, y Moscú donde había pasado la mayor parte de los años de su segundo matrimonio, nunca iba a permitirle olvidar el pasado. Le apetecía mucho pasar sus vacaciones en el Sur. Aunque había estado allí con Nadia, sus obligaciones de estudiante la habían retenido en Moscú en los últimos tiempos. Ya había dachas estatales en la costa entre Sochi y Sujumi, y Merzhánov fue enseguida comisionado para que diseñara otras nuevas.

Stalin pasó casi todas sus vacaciones después de 1932 en Abjasia. Aunque vivía solo en las distintas dachas locales, pasaba el tiempo acompañado. El vino fluía y las mesas rebosaban de comida. Su compañero favorito era Néstor Lakoba. Durante las disputas entre facciones de los años

veinte, Lakoba había logrado mantener al Partido Comunista de Georgia libre de toda influencia de la oposición. Había peleado en la Guerra Civil y era un magnífico tirador con rifle de caza; a Stalin le divertía que Lakoba avergonzara a los comandantes del Ejército Rojo cuando iban a cazar a las montañas[37]. Más aún, Lákoba era huérfano —como Stalin— y había tenido una infancia difícil; también había estudiado en el Seminario de Tiflis[38]. Era un caucásico rudo que se encargaba de que Stalin tuviera tiempo para disfrutar de las delicias del Cáucaso: el paisaje, la vida salvaje, los vinos y la cocina. Incluso cuando Stalin permanecía en Sochi, en la frontera con Abjasia, Lakoba solía visitarlo. En 1936, cuando Lakoba tuvo problemas políticos con la autoridad superior del partido de la Federación Transcaucásica y se le privó del derecho de salir de Sujumi sin permiso, Stalin se puso furioso. Cualesquiera fuesen las intrigas de la política local, deseaba la compañía de Néstor Lakoba[39].

Las primeras vacaciones después de la muerte de Nadia fueron dignas de mención en varios sentidos. El 23 de septiembre de 1933 Stalin y sus guardaespaldas hicieron un viaje en barca a Sujumi. De repente empezaron a recibir disparos de rifle desde la costa. El jefe de los guardaespaldas, Nikolái Vlásik, se arrojó sobre Stalin para protegerlo y pidió permiso para devolver los disparos. Mientras tanto, el barquero se alejaba del área. Lo primero que supusieron fue que se trataba de un intento de asesinato, pero la verdad resultó ser mucho más vulgar. La NKVD de Abjasia había estado sospechando de una barca que no venía de la localidad y supusieron que esos extranjeros no estaban haciendo nada bueno. Los guardacostas reconocieron su error y rogaron misericordia. Stalin recomendó que se les sometiese únicamente a medidas disciplinarias (durante el Gran Terror el caso fue reabierto y los fusilaron o los enviaron a campos de trabajos forzados)[40].

El poder y la preeminencia de Stalin atrajeron la atención de los políticos del sur del Cáucaso. Su presencia era como una ocasión caída del cielo para impresionarlo. Entre los que suspiraban porque Stalin les tomase bajo su protección estaba Lavrenti Beria. En 1933 era el primer secretario del Comité Transcaucásico del Partido y una luminosa mañana de verano encontró un pretexto para visitar a Stalin antes del desayuno en una dacha

del mar Negro. Beria llegó demasiado tarde. Stalin ya había bajado a los arbustos que crecían alrededor de los edificios y, cuando Beria alcanzó a verle por primera vez, vio para su desgracia que Stalin estaba acompañado por Lakoba. Pero esto no le impidió adularle. Después del desayuno Stalin observó: «Hay que arrancar esos arbustos salvajes que entran en el camino del jardín». Sin embargo, los esfuerzos para arrancar las raíces fracasaron hasta que Beria, quitándole el hacha a un visitante de Moscú, se puso manos a la obra. Beria se aseguró de que Stalin lo oyera decir: «Puedo cortar las raíces de cualquier árbol que me señale el propietario de este jardín, Iósef Visariónovich»[41]. Prácticamente se ofrecía como purgador de Stalin. Eran escasos los encuentros sociales carentes de contenido político. Stalin, incluso de vacaciones, no podía aislarse de las ambiciones de los intrigantes.

Sin embargo, la mayoría de sus visitantes eran funcionarios del partido y del gobierno de la región. Ninguno, ni siquiera Mólotov o Kaganóvich, era tan cercano como lo había sido Kírov; y Lakoba era más un anfitrión ocasional que un auténtico amigo íntimo. Tras haber levantado barricadas para frenar cualquier intromisión psicológica, Stalin se limitaba al esparcimiento juguetón. Sentaba sobre sus rodillas a sobrinos y sobrinas. Cantaba himnos litúrgicos ortodoxos al piano. Iba de cacería, retaba a sus visitas al billar y recibía con agrado a sus parientes femeninas. Pero su personalidad se había endurecido mucho más. El hielo había penetrado en su alma. Mólotov y Kaganóvich, que lo admiraban inmensamente, no acertaban a descubrir qué lo mantenía vivo. Más tarde dirían que había cambiado mucho después de la muerte de Nadia. Pero esto mismo pone de manifiesto lo que le hacía excepcional: la fuerza de voluntad, la claridad de visión, la resistencia y el coraje. Mólotov y Kaganóvich siempre lo observaban desde fuera. Sentían por Stalin un temor reverente. Al ser ellos también voluntariosos y decididos, valoraban a alguien que poseía estas cualidades con extraordinaria intensidad. Cuando Stalin actuaba mal, le concedían el beneficio de la duda. Pensaban que se había ganado el derecho a tener cualquier rareza por los servicios que había prestado a la URSS.

Hasta finales de la década de los treinta, la mayoría de ellos no vieron razones para preguntarse por el estado mental de su líder. Sin duda Stalin

los había mantenido ocupados con órdenes de intensificar las campañas políticas y económicas. Con todo, la política había sido la del sector en ascenso de la dirección del partido y el lado negativo de la personalidad de Stalin había pasado desapercibido. Sus antiguos conocidos habían sido más perceptivos. Sus compañeros de Gori y Tbilisi, al igual que muchos de sus camaradas del partido antes de 1917, habían observado su hipertrofiado sentido de la importancia y su excesiva tendencia a ofenderse. Cuando Lenin se sirvió de él como comisario político durante la Guerra Civil o como secretario general del partido, sabía que Stalin tendría que ser cuidadosamente controlado para que su inestabilidad y crueldad no perjudicaran los intereses de la revolución. Después, a principios de la década de los treinta, Stalin comenzó a pedir la pena capital para sus adversarios del partido comunista. Si el suicidio de Nadia lo cambió, fue sólo para empujarlo a seguir por el camino que ya venía recorriendo desde siempre.

UN HECHICERO MODERNO

Stalin y sus colaboradores tenían la intención de convertir la URSS en un megalito industrial y militar. Eran militantes. Luchaban para cambiar la sociedad de arriba a abajo. Peleaban por una «revolución cultural». Su campaña, tal como la concebían, requería que el conjunto de las actitudes y conductas del país se transformaran de acuerdo con el espíritu de la Ilustración en general y del marxismo en particular. Había que declarar la guerra a las ideas tradicionales. La religión tenía que ser erradicada y las afiliaciones nacionalistas, disueltas. Había que obligar a la *intelliguentsia* de las artes y las ciencias a someterse, o si no sería descartada. El objetivo era que el comunismo se convirtiera en la ideología aceptada por todos y que la variante del marxismo-leninismo concebida por Stalin constituyera su núcleo. No había descubierto repentinamente esta inclinación. En la década de los veinte había impulsado el adiestramiento de los jóvenes comunistas para que asumieran cargos con autoridad y difundieran las ideas del partido[1]. Toda la generación de veteranos bolcheviques compartía este punto de vista. Creían que la consecución del socialismo requería una ruptura fundamental con la vieja sociedad y con las élites que formaban su opinión.

Stalin, como todo comunista, insistía en que la cultura no se limitaba a la poesía de Pushkin, sino que abarcaba la alfabetización, las matemáticas elementales, la higiene, la vivienda, la alimentación, la conciencia y la eficiencia. Había un éxtasis casi religioso en los sermones políticos que tanto él como sus compañeros dirigentes daban al «frente cultural». Los escritores fueron designados como «ingenieros de almas». Su fe marxista se fundía con un espíritu beligerante. Nadie subestimaba las dificultades de la

campaña cuando Stalin instó a los combatientes culturales a ponerse manos a la obra. En el XVII Congreso del Partido en enero y febrero de 1934, declaró que todavía quedaban duras batallas por librar[2]:

> Los enemigos del partido, los oportunistas de todos los colores, los nacional-desviacionistas de toda clase, han sido derrotados. Pero los restos de esas ideologías perviven en las mentes de algunos miembros del partido y a menudo dan prueba de su existencia (…) Y en nuestro país indudablemente existe un terreno abonado para tales inclinaciones, aunque sólo sea porque todavía tenemos capasintermedias de la población en la ciudad y en el campo de las que se nutren esas inclinaciones.

Se pedía fervor y beligerancia. Stalin había empezado una guerra que estaba decidido a ganar.

La mayoría de los observadores han supuesto que su objetivo primordial era meramente «ponerse a la par» con Occidente. Esto es subestimar sus propósitos. Su proyecto abarcaba mucho más, y el clima que existió durante su gobierno, que engendró un gran entusiasmo popular, resulta incomprensible sin ese proyecto. Cuando Stalin hablaba de la necesidad de introducir la «modernidad» *(sovremennost)* en la URSS, lo que tenía en mente era algo más que la ciega imitación de los países capitalistas más avanzados. La modernidad soviética, según su concepción, sería de una clase muy superior.

Tanto él como el resto del Politburó creían en el marxismo. La vertiente utópica de su concepción ocupaba el primer plano a comienzos de la década de los treinta; pensaban que la modernidad soviética elevaría a la humanidad a un plano más alto de existencia no sólo por eliminar las viejas y perniciosas tradiciones rusas, sino también por realizar cosas sin paralelo en Occidente. El desempleo ya había sido erradicado y pronto se cerraría la brecha que existía entre las condiciones de vida de la ciudad y el campo[3]. Se garantizarían el suministro de alimentos, la vivienda, la educación y la atención sanitaria para todo el mundo. Los bolcheviques siempre habían sostenido que el capitalismo era un sistema económico derrochador por

naturaleza en comparación con el socialismo. Marx y Lenin habían escrito que los industriales y los banqueros desarrollaban inevitablemente un interés por aventajar a sus competidores y por bloquear el avance tecnológico a expensas de las necesidades y aspiraciones populares. En la URSS de Stalin los recursos no se iban a expandir de forma improductiva. Se señalaba como una virtud la uniformización de productos y servicios. El mayor bien era el principio de disponibilidad común. Stalin era hostil, al menos en público, al mantenimiento de subsectores de la industria dedicados a la producción de bienes de lujo. La tendencia a la elección individualizada fue conscientemente minimizada. Para la «nueva persona soviética» la prioridad era aceptar las obligaciones que implicaba ser miembro del «colectivo».

Stalin defendía ideas de este tipo en discursos y en artículos. Las personificaba en sus apariciones y conducta públicas. Su túnica de corte militar, su tendencia a evitar la palabra «yo», su forma de emitir órdenes en nombre de los respectivos órganos del partido en lugar de hacerlo en el suyo propio, incluso su falta de artificios oratorios: todos estos rasgos contribuían a transmitir el mensaje de que la modernidad soviética finalmente triunfaría y traería beneficios sin precedentes a los trabajadores de todo el mundo.

El sector más importante de la dirección del partido en gran medida había desbrozado el terreno para la transformación cultural. El Primer Plan Quinquenal estuvo acompañado de constantes campañas contra la religión, y el Ejército Rojo y los «veinticinco mil» arrestaron con igual entusiasmo a sacerdotes y kulaks. La religión tenía que ser erradicada. Muchas iglesias, mezquitas y sinagogas fueron cerradas. De los 73.963 edificios religiosos abiertos antes de 1917, sólo 30.543 fueron autorizados a funcionar hacia abril de 1936[4]. Los nacionalismos de cualquier clase también fueron pisoteados. Las élites de los distintos grupos nacionales y étnicos fueron objeto de intensas sospechas, incluyendo a mucha gente que se había alineado con los comunistas en los años anteriores. Los juicios ejemplarizantes a dirigentes «nacionalistas burgueses» se celebraban desde 1929. Se fundó con gran pompa la Liga de los Militantes Ateos. Cuando Mykola Skrípnik, un dirigente bolchevique ucraniano que había promovido

con ahínco los intereses de su nación, se suicidó, no se presentó ninguna condolencia oficial. Los tiempos habían cambiado, y la URSS estaba siendo dirigida hacia las transformaciones que, según los bolcheviques veteranos, ya se habían demorado demasiado. Se cerraron las imprentas privadas. Los viajes entre la URSS y los países extranjeros se volvieron imposibles a menos que los órganos políticos y policiales dieran su autorización. El sector principal del poder trató de aislar el país de todas las influencias ideológicas salvo la suya. Las ideas fundamentales del bolchevismo por fin iban a convertirse en realidad.

Sus presupuestos habían sido más pluralistas antes de la Revolución de octubre que después. El sector más inflexible del bolchevismo se impuso a sus otras tendencias después de 1917, y el extremismo de Stalin y sus secuaces prevaleció sobre las orientaciones que una vez había apoyado el resto del Politburó. La violencia y la crueldad de la nueva campaña de «revolución cultural» fueron notables.

Tampoco la alta cultura se dejó de lado como campo de batalla. Las anteriores intervenciones de Stalin habían sido de índole confidencial, y en la década de los veinte habían sido Trotski y Bujarin los que se habían destacado por sus contactos con la *intelliguentsia* creadora. Trotski había escrito *Arte y revolución.* Ahora Stalin buscaba imponerse. En 1930 dictó la historia política del bolchevismo anterior a 1914[5]. Cada vez con mayor asiduidad sus subordinados interferían en las artes y ciencias a través del Departamento de Agitación y Propaganda del Secretariado. Lejos estaban los tiempos en que Anatoli Lunacharski (muerto en 1933) o Nadezhda Krúpskaia podían fijar las líneas principales de la política a través del Comisariado del Pueblo de Instrucción. Stalin estaba decidido a conseguir el tipo de cultura, alta y baja, que conviniera al estado y a la sociedad que estaba construyendo. Incrementó sus contactos con los intelectuales. Vigilaba las obras de teatro y el ballet mucho más que antes. Seguía leyendo novelas, libros de historia y compendios de ciencia contemporánea. Consiguió que sus colaboradores hicieran lo mismo. La transformación cultural tenía que ser dirigida con la misma firmeza que se empleaba para los cambios sustanciales en la economía y la política.

Acogió a unos pocos intelectuales como acompañantes ocasionales. Esto también significó un cambio respecto a los años anteriores, cuando sólo sus secuaces políticos, exceptuando al poeta Demián Bedny, estaban cerca de él. Maxim Gorki, al que había convencido para que volviera en 1931 de un exilio autoimpuesto, frecuentaba la dacha de Stalin. Entre otros visitantes estaban los novelistas Mijail Shólojov y Alexéi Tolstói.

Sin embargo, fuera cual fuera su opinión de los méritos literarios de Gorki, nunca dejaba de tener en cuenta las razones de estado. Gorki era famoso en Occidente y podía convertirse en ornato de la URSS. A su regreso fue celebrado como un gran intelectual proletario. Stalin quería algo como contrapartida. En 1929 persuadió a Gorki para que visitara el campo de prisioneros de Solovki; incluso lo engatusó para que se convirtiera en el coautor de un libro sobre la construcción del canal del mar Blanco[6]. Gorki fue embaucado para que creyera que se estaban haciendo esfuerzos humanitarios para rehabilitar a los trabajadores convictos. También presidió el Primer Congreso de Escritores en 1934 y contribuyó a la formación de la Unión de Escritores. La aprobación de Gorki ayudaba a Stalin a mantener el arte de la URSS bajo un estricto control político. Como pago por ello, Stalin tenía que escuchar las quejas del escritor acerca del maltrato del que eran objeto distintos intelectuales por parte de las autoridades. Pero afortunadamente para Stalin, Gorki murió en el verano de 1936. Proliferaron los rumores de que la NKVD lo envenenó por importunar con demasiada frecuencia al secretario general. Sea como fuere, lo cierto es que la muerte de Gorki le dio a Stalin la libertad de transformarlo en una figura emblemática del arte oficial de la URSS.

Shólojov y Tolstói también se relacionaron con Stalin. *El Don apacible* de Shólojov fue una de las pocas buenas obras de la prosa soviética de entreguerras que no atacaba las premisas del comunismo. Ambientada en los pueblos cosacos del sur de Rusia y plagada de expresiones dialectales, la novela era una saga de la Guerra Civil. La primera edición contenía episodios que se consideraron indulgentes con los blancos. Shólojov, después de modificar el texto como se le exigía, entró a formar parte del canon clásico del régimen. También produjo una especie de continuación, *Campos roturados*, acerca de la campaña de colectivización. De menor

calidad estética, reforzó la sospecha de que había robado la mayoría de los capítulos de *El Don apacible* a un escritor cosaco muerto[7]. Aun así, Shólojov no era un lacayo servil. Le horrorizó lo que presenció en el campo cuando los cosacos fueron brutalmente obligados a trabajar en las granjas colectivas. Escribió repetidas veces a Stalin denunciando esta situación. Cuando aumentó la hambruna en el sur de Rusia, la correspondencia se tornó más acalorada por ambas partes[8]. Las cartas de Shólojov son testimonio de su coraje; el compromiso asumido por Stalin con el escritor indica que reconocía que los intelectuales leales desempeñaban una función útil para él al plantear cuestiones difíciles sin amenazar nunca su posición política. Ningún político salió indemne de semejante impertinencia.

Otro escritor que gozaba del favor de Stalin era Aléxei Tolstói, el novelista patriota sobrino del escritor del siglo XIX. Tolstói había llegado a pensar que los bolcheviques habían emprendido la tarea histórica de reunificar Rusia, deshaciéndose de sus enemigos internos y llevando a cabo su necesaria industrialización. El novelista proporcionó a Stalin ideas relacionadas con la continuidad entre los modelos de gobierno imperial y comunista. Según Tolstói, el deber del secretario general del partido era mantenerse firme en la tradición de Iván el Terrible y Pedro el Grande. Iván y Pedro habían usado métodos brutales en aras de los intereses del país. Tolstói llamaba a una puerta abierta: Stalin, incansable estudioso de la historia rusa, ya había visto las semejanzas con los reinados de Iván y Pedro[9].

Sabía lo que le gustaba tanto en el arte como en la historia. En el teatro había admirado *Los días de los Turbin* de Mijaíl Bulgákov desde su estreno en 1926. Era una obra de teatro acerca de las alianzas cambiantes en la Ucrania de la Guerra Civil. La devoción de Stalin mostró su disposición a entender la lucha en términos mucho menos simplistas que los de los libros de texto oficiales de historia: Bulgákov presentaba no sólo a los rojos, sino también a los blancos con rasgos positivos. En el ballet Stalin prefería *El lago de los cisnes* de Chaikovski a las nuevas piezas musicales y a las nuevas coreografías. El significado de esto es objeto de especulación. Tal vez simplemente deseaba mostrarse como un entusiasta de la danza clásica y, de cualquier modo, no encontró nada muy atractivo en la coreografía

soviética. Lo mismo sucedía con la música. Aunque comenzó a asistir a sinfonías y óperas, pocos compositores contemporáneos captaron su admiración. Los poetas vivos tampoco le interesaron mucho. El poeta Vladímir Maiakovski, que se suicidó en 1930, se convirtió —como Gorki— en un tótem artístico del régimen. Stalin se limitó a honrar su memoria de boquilla (Lenin había afirmado que, en una época en que escaseaba el papel, era un escándalo destinar recursos para sus poemas). El secretario general conservaba un amor duradero por la poesía clásica georgiana, excluyendo la poesía soviética contemporánea.

En el transcurso de los años fue objeto de burla por su falta de gusto artístico. Sus enemigos derrotados se consolaban llamando la atención acerca de sus limitaciones intelectuales. Fueron demasiado lejos con sus ridiculizaciones. Stalin también podía culparse a sí mismo porque había ocultado deliberadamente su nivel de educación, sus obras poéticas y sus variados intereses intelectuales[10], y sus intercambios verbales con la mayoría de los escritores y pintores por lo general derivaban hacia cuestiones políticas.

De hecho, la llama del auténtico criterio estético de Stalin no se había apagado. Se manifestaba especialmente cuando se planteaban cuestiones acerca del arte de su Georgia natal. Cuando Shalva Nutsubidze compiló y tradujo al ruso una antología de poesía georgiana a mediados de la década de los treinta, Stalin no pudo resistirse a echar un vistazo al borrador mecanografiado. Volvió a fluir su entusiasmo de siempre por la poesía y anotó con lápiz en los márgenes algunas propuestas de corrección[11]. Nutsubidze y Stalin formaban una extraña pareja. Nutsubidze era un estudioso que se había negado a unirse al partido; su mismo proyecto de elaborar una antología de la literatura georgiana podría haber servido de pretexto para arrestarlo. Pero los dos hombres se llevaban bien y Nutsubidze creyó que las sugerencias de Stalin contribuían realmente a mejorar el texto[12]. Stalin se abstuvo de interceder a favor de la publicación. Tampoco dio una aprobación permanente a los intentos de resucitar su fama como poeta georgiano menor. Algunos de sus primeros versos lograron llegar a la imprenta y esto no pudo haber sucedido sin su autorización. Pero prevalecieron otras consideraciones. Los poemas no se

reimprimieron demasiado mientras estuvo en el poder y no aparecieron en los tomos de sus *Obras*, publicados después de la Segunda Guerra Mundial. Las razones de estado se impusieron sobre la vanidad. Probablemente Stalin llegó a la conclusión de que la poesía romántica de su juventud podría desfigurar su imagen de «Hombre de Acero». Es posible que también quisiera fijar el tono literario del momento. La cultura tenía que ser juzgada por el rasero de las necesidades políticas actuales.

La literatura, la pintura y la arquitectura podían juzgarse con más facilidad según esta perspectiva reduccionista que la música. Stalin deseaba dos cosas a la vez. Quería una cultura para las «masas» y también se proponía expandir la alta cultura. Deseaba que los logros de la URSS superaran cualquier otro. Insistiendo en la secular grandeza rusa, asimiló al proyecto socialista posterior a 1917 a escritores y compositores del siglo XIX —Pushkin, Tolstói, Glinka y Chaikovski—. Personalmente sentía un gran entusiasmo por Dostoievski, al que consideraba un gran estudioso de la psicología humana[13]; sin embargo, sus opiniones políticas abiertamente reaccionarias, así como su fe religiosa de carácter místico, eran excesivas incluso para él, por lo que no aprobó la reedición de sus obras. Los libretos de las óperas de Glinka fueron reescritos y se prohibieron muchos de los escritos de Pushkin y Tolstói. Aun así, buena parte del legado artístico prerrevolucionario, con sus elementos conservadores, liberales y apolíticos, estaba a disposición del público. El programa cultural de Stalin era una mezcla inestable. Podía matar artistas a voluntad y aun así su política era incapaz de producir grandes obras de arte a menos que él, deliberada o inconscientemente, hiciera la vista gorda, al menos hasta cierto punto, sobre lo que sus artistas hacían en realidad.

La cultura en general fue objeto de intervenciones ocasionales por su parte —e impredecibles—. El asistente de Stalin, Lev Mejlis, telefoneó al dibujante Borís Yefímov en 1937 y le ordenó presentarse inmediatamente en el Kremlin. Sospechando lo peor, Yefímov fingió tener gripe. Pero «él» —Stalin— insistía; Yefímov pudo posponer la visita como máximo un día. En realidad, Stalin simplemente quería decirle que pensaba que debía dejar de dibujar figuras japonesas con dientes prominentes. «Por supuesto —replicó el dibujante—. No habrá más dientes»[14]. La intervención de Stalin

en la producción de películas era igualmente directa. Borís Shumiatski, comisario del pueblo encargado del cine soviético hasta su arresto en 1938, entendió que el secretario general era el único crítico al que había que tomar en serio[15]. Stalin había instalado salas de proyección en sus dachas de las afueras de Moscú y del mar Negro. Películas como *Lenin en octubre* se contaban entre sus favoritas, pero le gustaba que el público no sólo fuera adoctrinado, sino que también se divirtiera. No puso objeciones a un melodrama de evasión como *Circo* y, como la propaganda acentuaba el patriotismo, Stalin aplaudió las películas *Iván el Terrible* y *Alexandr Nevski*, dirigidas por Serguéi Eizenshtein. Era un favor que Eizenshtein al mismo tiempo apreciaba y temía: sabía que Stalin arremetería con furia contra cualquier escena que considerara en conflicto con la política oficial del momento.

Las obras artísticas de mérito creadas en la década de los treinta —con muy pocas excepciones— cobraron existencia a pesar suyo. Se prohibió la publicación de las obras de Anna Ajmátova, que compuso su maravilloso ciclo elegiaco de poemas *Réquiem* entre 1935 y 1940 (sólo durante la Segunda Guerra Mundial, cuando sus versos resultaban útiles para elevar la moral del pueblo, Stalin cedió en cierta medida)[16]. *El maestro y Margarita*, de Mijaíl Bulgákov, una obra maestra de la prosa rusa, se quedó en el cajón del escritorio después de la muerte de su autor y no se publicó en forma completa en la Unión Soviética hasta 1975. Stalin incluso aterrorizó al genio de la música clásica rusa de mediados de siglo, Dmitri Shostakóvich, que fue denunciado por escribir piezas que nadie podía silbar. Shostakóvich fue obligado a «confesar» sus errores; en realidad, su *Quinta sinfonía* de 1937 llegó a conocerse como «La respuesta de un artista soviético a la justa crítica». Sin embargo, la música recibió un trato menos duro que las otras artes. Por muy aterrorizado que hubiera estado, Shostakóvich siguió componiendo y sus sinfonías se interpretaron. Apenas se publicaron unas pocas obras literarias de calidad. Entre ellas estaban las dos novelas de Shólojov y algunos de los cuentos de Andréi Platónov. Pero en general la política de Stalin arruinó el ya dañado panorama artístico de la URSS.

El Gran Terror de 1937 y 1938 iba a intimidar a la mayoría de los artistas hasta ponerlos en la disyuntiva de cooperar abiertamente con el estado o simplemente agachar la cabeza. Solo unos pocos desafiaron a la autoridad, Ósip Mandelshtam leyó en voz alta un poema contra Stalin en una velada privada en 1934[17]:

> Vivimos, sordos a la tierra bajo nuestros pies,
> A diez pasos de distancia nadie oye nuestras voces,
>
> Pero donde no hay más que conversación a medias
> El montañés del Kremlin será mencionado.
>
> Sus dedos son tan gordos como larvas
> Y las palabras, tajantes como pesas de plomo, caen de sus labios,
>
> Sus bigotes de cucaracha escudriñan de soslayo
> Y las puntas de sus botas relucen.
>
> En torno a él una chusma de dirigentes de cuello delgado —aduladores—
> Para él medio-hombres con quienes jugar.
>
> Relinchan, ronronean, o lloriquean
> Mientras él parlotea o apunta con el dedo,
>
> Uno por uno van forjando sus leyes, para ser arrojadas
> Como herraduras a la cabeza, el ojo o la ingle.
>
> Y cada asesinato es un homenaje
> Para el osetio de amplio pecho.

El último verso reproduce el rumor (no demostrado) de que Stalin era de ascendencia osetia.

Entre el auditorio de esa noche había un informante y el poeta fue arrestado. Sin embargo, ni siquiera Stalin sabía a ciencia cierta qué hacer con él. Su instinto lo impulsaba a ejecutarlo, pero en cambio telefoneó a otro gran poeta, Borís Pasternak, y le preguntó si era cierto que Mandelstam

tenía un talento extraordinario. Pasternak estaba en una situación muy comprometida: si decía que sí, también podría ser arrestado, pero decir que no condenaría a su amigo y colega al Gulag. Pasternak dio una respuesta equívoca, lo que empujó a Stalin a comentar sarcásticamente: «¡Si yo tuviera un amigo poeta con problemas, me arrojaría contra una pared para salvarlo!»[18]. Mandelstam fue enviado al Gulag en 1938. La lista de artistas excelentes que fueron fusilados o encarcelados es dolorosamente larga. Durante la década de los treinta fueron muchos más los grandes intelectuales que perecieron que los que sobrevivieron. Isaak Bábel, autor de magníficos relatos sobre la caballería roja durante la guerra polaco-soviética de 1920, fue también una víctima, al igual que el director teatral Vsévolod Meyerhold. Incluso Mijaíl Bulgákov, cuyas obras de teatro habían complacido a Stalin en la década de los veinte, fue arrojado a los abismos de la depresión. Era un hombre destrozado, aunque libre, cuando murió en 1940. Anna Ajmátova sufrió muchísimo, aunque nunca fuera arrestada: en su lugar la policía se llevó a su hijo Lev. A diferencia de Bulgakov, ella soportó la situación con persistente fortaleza.

La represión también llegó a las instituciones educativas y a las ciencias naturales. Entre las víctimas de los juicios ejemplarizantes que se celebraron entre 1921 y 1931 hubo historiadores como Serguéi Platónov, que fue acusado de actividades nacionalistas rusas. Yevgueni Tarle, que más tarde se convirtió en uno de los historiadores preferidos de Stalin, fue encarcelado. La crítica literaria era otro campo de estudio que se consideraba peligroso. Aunque Stalin incluyó en su programa para la revolución cultural poesía y prosa del siglo XIX, no autorizaría la publicación de interpretaciones heterodoxas. La enseñanza y la investigación científicas también fueron perseguidas, ya que las veía como una amenaza para el régimen. La lista de figuras sobresalientes que sufrieron la represión es muy extensa. Incluye al biólogo Nikolói Vavílov, al ingeniero aeronáutico Andréi Túpolev y al físico Lev Landau.

Este trato dispensado a los científicos del país chocaba con la campaña oficial para situar a la URSS en la vanguardia del progreso científico. Pero la Unión Soviética era un sistema político despótico y Stalin tenía prejuicios que imponía incluso en ámbitos de la investigación de los que no tenía el

menor conocimiento. También estaba bien dispuesto hacia científicos que provenían de la clase obrera o el campesinado y que, pese a su formación limitada, desafiaban las ideas convencionales. Se sentía aún más atraído por cualquier idea científica que pareciera congruente con la torpe versión de la epistemología y ontología marxista que él propugnaba (y que desarrolló en el capítulo sobre materialismo dialéctico de la *Historia del Partido Comunista de la Unión Soviética (Bolchevique): Curso breve*[19]*)*. El caso más notorio fue Trofim Lysenko, un peculiar genetista que declaró ser capaz de cultivar nuevas especies de plantas cambiando su entorno climático. Los genetistas con experiencia como Vavílov sostuvieron que Lysenko ignoraba décadas de experimentos que demostraban que las plantas no transmiten sus características ambientales adquiridas de una generación a otra. El lysenkoísmo era una forma bastarda de las hipótesis de Lamarek acerca de la selección natural. Vavílov no despertó interés en Stalin; Lysenko captó su entusiasmo. El resultado fue una catástrofe para la genética soviética y la condena de Vavílov a un campo de trabajos forzados.

Muchos de los científicos, investigadores y artistas que prosperaron bajo Stalin eran de tercer orden. El presidente de la Unión de Escritores de la URSS era el inepto Alexandr Fadéiev, no Bulgákov ni Pasternak; y era el mediocre Tijon Jrénnikov, en lugar del genio musical Dmitri Shostakóvich, el que lideraba la Unión de Compositores de la URSS. La fiabilidad política era lo que contaba en el Departamento de Agitación y Propaganda del Secretariado del Partido. Las organizaciones daban los permisos para trabajar en la Unión Soviética; podían fabricar o destruir las carreras de sus miembros. Asignaban los fondos, las raciones de alimentos, la atención médica y el uso de las dachas de vacaciones. Los dirigentes —del tipo de Fadéiev y Jrénnikov— iban a reuniones sociales cuyo anfitrión era Stalin. Cada república soviética tenían sus uniones. El Kremlin confería los premios y las medallas. No sólo los investigadores, sino también los aviadores, futbolistas, cantantes de ópera e incluso payasos de circo esperaban ganarlos. Los Premios Stalin anuales significaban prestigio y un hermoso cheque en la cuenta bancaria. Stalin era el arquitecto de este sistema de control y recompensa. Llevó a cabo la revolución cultural que

eligió, y estaba orgulloso de los logros que se habían obtenido bajo su poder[20].

Hacia 1939 aproximadamente el 87% de los ciudadanos soviéticos entre las edades de nueve y cuarenta y nueve años estaban alfabetizados y poseían conocimientos matemáticos elementales. Las escuelas, los periódicos, las bibliotecas y las emisoras de radio proliferaban. El aprendizaje en las fabricas había experimentado una gran expansión. Las universidades estaban abarrotadas de estudiantes. Una sociedad agraria había sido empujada en dirección a la «modernización». La revolución cultural no se restringió a la difusión de competencias técnicas; también tenía como objetivo expandir la ciencia, el urbanismo, la industria y la modernidad de estilo soviético. Los comportamientos y los modales también tenían que ser transformados[21]. Las escuelas, los periódicos y las radios pregonaban a los cuatro vientos esta prioridad oficial. Los portavoces del régimen soviético —políticos, investigadores, maestros y periodistas— afirmaban que la URSS era un faro de ilustración y progreso. Los estados capitalistas eran descritos como bosques de ignorancia, reacción y superstición. La física, el ballet, la tecnología militar, las novelas, el deporte organizado y las matemáticas de la URSS se presentaban como pruebas contundentes del progreso ya logrado.

En muchos sentidos la URSS había sacado a la sociedad de la senda del tradicionalismo. Pero el proceso no era unidireccional. El marxismo-leninismo, pese a sus pretensiones de «análisis científico», descansaba en concepciones heredadas de los siglos anteriores. Esto era particularmente cierto en lo que se refiere a la mentalidad de Stalin. Nunca había erradicado la supersticiosa visión de mundo que había adquirido cuando era niño y sus actitudes se transfirieron a la vida cultural en su conjunto una vez que obtuvo el poder supremo. El pensamiento soviético oficial, consolidado en la Guerra Civil, postulaba la existencia de fuerzas ajenas y maléficas que actuaban contra el bien común. Se imaginaban conspiraciones por todas partes. La apariencia de sinceridad siempre tenía que ser investigada. Se decía que en la URSS había gran cantidad de agencias extranjeras. Tales ideas no comenzaron con Stalin. Durante la revuelta de Kronstadt y en otras ocasiones, Lenin había vinculado los estallidos de disidencia y resistencia

con la actividad desplegada por los poderes capitalistas del extranjero. Sin embargo, bajo Stalin este tipo de percepción se convirtió en una característica aún más importante. La contrastación de las afirmaciones de carácter político y económico con las pruebas empíricas cayó en desuso; cesó la discusión abierta acerca del modelo científico. Las declaraciones del Kremlin constituían la cábala del régimen. Cualquiera que se negara a aceptar la existencia de enemigos que usaban métodos diabólicos para derrocar el régimen podía ser tratado como un infiel o un hereje merecedor de un castigo sumario.

Se proporcionó un corpus de textos mágicos. No eran las obras de Marx o Engels, ni siquiera las de Lenin. La cultura soviética desde finales de la década de los treinta estaba dominada por la *Historia del Partido Comunista de la Unión Soviética (Bolchevique): Curso breve* y por la biografía oficial de Stalin. A los extractos de ambos textos se les otorgaba una autoridad casi bíblica. El marxismo-leninismo en general, y la versión de Stalin en particular, reproducían una mentalidad característica del tradicionalismo campesino. Las costumbres del campo estaban asociadas con la creencia en espíritus, demonios y brujas. La brujería era un fenómeno normal y habitualmente se usaban conjuros para alejar el mal (o para infligirlo a los enemigos). Esto impregnó el estalinismo y su cultura. Sin usar el término, Stalin sugirió que había que enfrentarse a la magia negra si se quería que sobrevivieran y prosperaran las fuerzas del bien —el marxismo-leninismo, el Partido Comunista y la Revolución de octubre—. Ningún novelista, estudioso o científico tomó en serio tal idiotez. Muy al contrario, los mejores logros culturales alcanzados bajo Stalin no tuvieron nada que ver con esto. Pero en los sectores clave, especialmente las escuelas, la prensa y los medios de comunicación, pudo imponer este modelo de forma muy eficaz. A pesar de sus aportaciones a la cultura del siglo XX, la URSS era arrastrada hacia viejas modalidades de pensamiento. Stalin, lejos de ser el bien proporcionado titán de la modernidad, era un brujo de pueblo que mantenía a sus súbditos bajo su yugo tenebroso.

TEMORES EN LA VICTORIA

Aun cuando el Primer Plan Quinquenal casi se había completado en 1932, las tensiones en la economía y en la sociedad se estaban volviendo intolerables. La hambruna se agravó en Ucrania, el sur de Rusia, el norte del Cáucaso y Kazajstán. Las rebeliones rurales no habían sido completamente sofocadas. Continuaban los ataques a las patrullas colectivizadoras, a los oficiales de la OGPU y a los soviets locales. Después de haber sido empujados a golpes para que se unieran a los koljozes, cientos de miles de familias campesinas abandonaron el campo en lugar de seguir soportando más represión[1]. El problema empezaba a extenderse a las ciudades. Se organizaron huelgas y manifestaciones contra el régimen en la ciudad textil de Ivánovo[2].

Al igual que Lenin en 1921, Stalin vio la necesidad de una retirada provisional en lo económico. La diferencia era que, mientras que Lenin había introducido la Nueva Política Económica principalmente por temor a una revuelta generalizada del campesinado, fueron los obreros los que hicieron entrar en razón a Stalin. Si había que detener la industrialización, los fundamentos de su poder quedarían minados. Se reconoció que los problemas de las ciudades y de los pueblos estaban relacionados. Desde mayo de 1932 se permitió a los campesinos comerciar con sus excedentes agrícolas en los denominados mercados de los koljozes. Entre agosto de 1932 y febrero de 1933, la recaudación de cuotas de grano planificada por el estado se redujo de 18,1 millones de toneladas a 14,9[3]. En el plano de la industria, la retirada temporal adoptó la forma de una relajación del ritmo de inversión de capital durante el Segundo Plan Quinquenal. La carrera desenfrenada por expandir la producción industrial y minera tenía que

ralentizarse[4]. Por fin se dio la preeminencia a las condiciones de vida de los ciudadanos. Se planeó incrementar la producción industrial de bienes de consumo en un 134% y la producción agrícola en un 177% entre 1933 y 1937. El espacio habitacional iba a expandirse en dos quintas partes[5]. Aparentemente, Stalin comenzaba a obrar con sentido. El objetivo era evitar las consecuencias de una segunda carrera precipitada por el crecimiento en los proyectos capitales y consolidar lo ya ganado.

Hubo más discusión en el Politburó acerca de la industria que acerca de la agricultura. Stalin sabía bien lo que quería del campo, aunque sentía la necesidad de hacer concesiones. La política industrial lo puso ante un dilema, y escuchó en el debate en el Politburó cómo Mólotov y Kaganóvich abogaban por una ralentización contra los deseos de Ordzhonikidze, del Comisariado del Pueblo de Industria Pesada. Las preferencias de Stalin le acercaban a Ordzhonikidze, pero se puso cada vez más en su contra. En el pleno del Comité Central en enero de 1933, Stalin anunció un descenso del objetivo de crecimiento industrial del 13 al 14%[6].

La presión sobre la sociedad sólo cedió moderadamente. La reducción de la recaudación agrícola hizo poco para engañar a la hambruna, ya que la cosecha de 1932, perjudicada por las condiciones climáticas, fue pobre. Las concesiones de Stalin a los campesinos tenían sus límites y la insistencia en aumentar la exportación de grano se mantuvo. Las sanciones penales por desobediencia se hicieron más severas que nunca. El 7 de agosto, a instancias del propio Stalin, los campesinos que robaran incluso un puñado de trigo pasaron a ser susceptibles de ser sentenciados a muerte o a un mínimo de diez años de prisión[7]. En una época en que los campesinos de varias regiones estaban tan desesperados que algunos recurrieron al canibalismo, era un decreto de extraordinaria ferocidad incluso para Stalin. La levadura del pan de la reforma era la represión. También dio órdenes a la OGPU para que controlara que los kulaks y los «especuladores» no intentaran sacar ventaja de las concesiones que se habían hecho[8]. La policía, el ejército y el Partido sirvieron para asegurar que los cambios económicos y políticos básicos introducidos desde 1928 se mantuvieran intactos. Stalin estaba totalmente al cargo de la política económica. El menor signo de desacuerdo proveniente de los líderes comunistas de Moscú

o de las provincias se ganaba su inmediata reprimenda. El resultado fue que ni una vez después de la segunda mitad de 1932 un miembro del Politburó se atrevió a desafiar ninguna de sus decisiones[9].

A veces Stalin parecía desconcertado por los abusos y el caos que había provocado con sus políticas. Al escribir a Kaganóvich y Mólotov en junio de 1932, mencionó que los comités del partido de Ucrania y los Urales dividían cruelmente entre las unidades territoriales inferiores de cada provincia las cuotas de recaudación de grano asignadas por el gobierno central. Preguntaba por qué esos comités no tomaban en cuenta las particularidades locales[10]. Sin embargo, a fin de cumplir con las cuotas impuestas desde Moscú, las administraciones provinciales poco podían hacer salvo emplear métodos feroces y rápidos. Sólo hacían a nivel local lo que Stalin hacía en el Kremlin. Al estar apartado de las realidades rurales y administrativas, suponía que el problema era la incompetencia local o el sabotaje.

Sin embargo, los informes acerca de la pobre cosecha y de la expansión de la hambruna hicieron que hasta Stalin, que disfrutaba cómodamente de sus vacaciones en el mar Negro, aligerara las recaudaciones de grano ucraniano a mediados de agosto y, cuando tuvo la certeza de que lo había aprobado, el Politburó disminuyó a la mitad sus cuotas para aliviar la terrible situación[11] (no es que dejara de sentirse defraudado por los dirigentes del partido de Kíev: mantuvo su promesa al Politburó de que llegaría el momento en que los destituiría)[12]. Stalin también permitió una disminución de las cuotas en el Volga, los Urales y Kazajstán después de la cosecha de 1933[13]. Pero estas indulgencias eran temporales y parciales. Cuando, en septiembre de 1934, Kaganóvich solicitó todavía otra disminución en las cuotas de grano de Ucrania, Stalin replicó[14]:

> Considero esta carta un síntoma alarmante, ya que muestra que podemos deslizamos hacia el camino incorrecto a menos que encaremos el asunto a tiempo con una firme política (esto es, inmediatamente). La *primera* reducción fue necesaria. Pero está siendo usada por nuestros funcionarios (no sólo por los campesinos) como un primer paso al que tiene que seguir un segundo paso

> encaminado a *presionar* a Moscú en demanda de *mayores* reducciones.

Le recordaba a Kaganóvich, miembro del Politburó, que la orientación general de las políticas debía mantenerse.

Las medidas paliativas de 1932 y 1933 tuvieron poco efecto inmediato. Incluso la disminución de las cuotas de recaudación dejó al campesinado con menos trigo y patatas de las que necesitaba para subsistir. Comían bayas, hongos, ratas y ratones y, cuando todo eso se terminó, masticaban hierba y corteza de árbol. Probablemente seis millones de personas murieron en una hambruna que fue la consecuencia directa de la política estatal[15]. Se anunciaron más medidas. El Estatuto Modelo del Koljoz, introducido en 1935, permitía que cada casa tuviera una parcela privada de entre un cuarto de hectárea y media hectárea[16]. Este incentivo adicional al sector no estatal de la economía era una señal de lo terribles que eran las condiciones para los consumidores soviéticos. Sin la producción agrícola privada, por más que fuera en un marco muy restringido, las condiciones habrían sido todavía peores. Los campesinos a duras penas se ganaban la vida en las circunstancias más severas aun después de que terminara la hambruna en 1933. Pero la vida era sólo poco mejor para la mayoría de los obreros de las ciudades. Los salarios urbanos seguían siendo más bajos en términos reales que antes del Primer Plan Quinquenal. La industrialización y la colectivización habían arrojado a la sociedad a un torbellino de hambre, migraciones y Gulag. Pero Stalin y su Politburó renunciaban a las medidas más extremas de transformación económica, y muchos funcionarios y la mayoría de los ciudadanos esperaban que el caos frenético que se había producido entre 1928 y 1932 hubiera terminado.

El XVII Congreso del Partido en enero y febrero de 1934 fue aclamado de antemano como el Congreso de los Triunfadores. En apariencia había unanimidad entre los delegados. No se hizo ninguna crítica directa al sector en ascenso de partido. El informe de Stalin ante el Comité Central fue recibido con ferviente aclamación; su contenido abarcaba con confianza tanto la política nacional como la internacional. Estaba orgulloso de las «victorias» logradas desde 1928. Se habían impuesto la industrialización

rápida y la colectivización agrícola. La oposición a los bolcheviques, tanto de derechas como de izquierdas, había sido aplastada. Se le había dado prioridad al socialismo en un solo país. El Comité Central se distinguió más por su lista de objetivos a largo plazo que por su especificación de la política a seguir en lo inmediato.

En público los delegados se limitaron a hacer peticiones en beneficio de localidades en particular o de sectores económicos. Algunos pidieron ajustes en las políticas existentes, pero no hubo ninguna discusión clara acerca de la hambruna ucraniana o de la política industrial en general[17]. Sin embargo, de puertas para adentro se quejaban de los métodos y ambiciones de Stalin. Los cargos del partido de las repúblicas y de las provincias habían pasado por tiempos difíciles en los años recientes cuando se esforzaban por poner en práctica las exigencias del Politburó y el Gosplan. No tenían objeciones a los poderes y privilegios adicionales que todo esto había supuesto. Pero la perspectiva de tener que seguir soportando un régimen de presión permanente era algo que no deseaban. Más allá de sus intereses personales, creían que era necesario un período de consolidación. En ausencia de abiertas oportunidades, algunos de ellos —al menos según unas pocas fuentes— se acercaron al miembro del Politburó Serguéi Kírov y le pidieron que considerara relevar a Stalin del Secretariado General. Otras memorias sugieren que, cuando tuvo lugar la votación para el Comité Central, a Stalin no le fue bien, y que Kaganóvich, que estaba a cargo del recuento, tuvo que manipular los resultados para ratificar la reelección de Stalin. Si esto fuera cierto, entonces el llamamiento del arrestado Riutin estaba recibiendo respuesta y Stalin corría el peligro de caer en el olvido político[18].

Stalin dio motivos de preocupación al mostrar que las llamas de su severidad no se habían extinguido. Mientras que estaba de acuerdo con la necesidad de la consolidación económica, no dejó de argumentar la necesidad de vigilancia y represión dondequiera que se descubrieran enemigos del pueblo. Declaró que los opositores internos del partido habían «descendido al campo de los contrarrevolucionarios furiosos y destructores al servicio del capital extranjero»[19]. La antigua oposición sólo había sido readmitida recientemente en el partido. El informe de Stalin al Comité

Central da la impresión de que no estaba totalmente convencido de que el arreglo debiera ser permanente, y con aire amenazante relacionó a la oposición interna del partido con los actos de traición a nivel estatal. No es extraño que muchos delegados consideraran que era peligroso dejarlo en el puesto de secretario general.

Los acontecimientos del Congreso ocurridos de puertas para adentro permanecieron en el misterio. Los que estuvieron íntimamente involucrados en ellos —Kírov y Kaganóvich— nunca divulgaron los detalles. La mayoría de los participantes de menor rango iban a desaparecer durante el Gran Terror y no se hizo un registro formal de lo que había sucedido en el Congreso. Kírov adquiriría una reputación postuma de miembro del Politburó políticamente moderado. No hay muchos fundamentos para sostener esta afirmación más allá de algunos gestos relativos a incrementar el suministro de pan en Leningrado, donde era Secretario del Partido de la Ciudad[20]. Todos los miembros del Politburó tendían a proteger sus zonas de trabajo contra los efectos devastadores de la política general, y Kírov no fue una excepción. Si Kírov en realidad estuvo en los debates del Congreso, es probable que le dijera a Stalin qué tipo de apoyo recibía de los delegados. Kírov no se comportó como un líder en campaña ni dio señales de tal ambición. No puede demostrarse fehacientemente que el voto del Congreso para el nuevo Comité Central humillara a Stalin. Lo que puede afirmarse con seguridad es que muchos cargos estaban desencantados con él y que pueden haber dejado constancia de ello en sus papeletas de votación. Por su parte, Stalin tenía buenas razones para preocuparse aun sin tener en cuenta las historias acerca de Kírov y el voto del Comité Central. Tras haber obtenido la victoria en todos los frentes durante el Primer Plan Quinquenal, había entendido que una multitud de compañeros en esta victoria se negaban a darle carta blanca para proceder como quisiera.

Durante un tiempo no hizo mucho al respecto, y se mantuvo la faceta más moderada de la política oficial. A la policía se le hizo más difícil arrestar arbitrariamente a los especialistas que trabajaban en la economía. Además, la OGPU fue incorporada al Comisariado del Pueblo de Asuntos Internos. Algunos observadores contemporáneos abrigaban la esperanza de que esto aplacara el celo represivo de los chekistas. Miles de individuos

arrestados a finales de la década de los veinte comenzaron a regresar de los campos de trabajo y a retomar una vida en libertad. La economía era firmemente dirigida hacia la consecución de las metas del Segundo Plan Quinquenal en una atmósfera despejada de la histeria de los años previos.

Pero entonces sucedió algo que acabó con la tranquilidad política. El 1 de diciembre de 1934 Kírov fue asesinado de un disparo. Leonid Nikoláiev, probablemente molesto por los escarceos de Kírov con su esposa, entró en el Instituto Smolny y le mató. En septiembre de 1934 ya se había informado sobre la dejadez de la NKVD de Leningrado[21] y su incompetencia posterior formaba parte de un modelo general. Stalin estaba conmocionado, pálido y rígido —o por lo menos así fue como lo vieron otros en ese momento—. Nikoláiev fue identificado como un antiguo zinovievita. Rápidamente fue interrogado, incluyendo una sesión en presencia de Stalin, y luego fue fusilado. De inmediato los inspectores de la policía sufrieron misteriosos accidentes —aunque la dirección de la NKVD de Leningrado era objeto de sanciones disciplinarias por sus descuidos, el castigo fue excesivamente severo para la mayoría de ellos—[22]. Stalin emitió un decreto que sancionaba la formación de *troiki* con la atribución de administrar «justicia» sumaria sin tener que pasar por los juzgados. Se habían puesto las bases para la extensión del terror de estado. Los antiguos integrantes de la oposición fueron arrestados e interrogados. Zinóviev especulaba en su fuero interno con la posibilidad de que Stalin utilizara el crimen como pretexto para llevar adelante su propia campaña de represión siguiendo el modelo de Hitler en Alemania[23]. Stalin asistió al funeral de Kírov con aspecto sombrío y decidido. Incluso sus colaboradores más cercanos se preguntaban cómo iba a afrontar la situación; pero todos supusieron que se aplicarían severas medidas.

Muy pronto se expandió el rumor de que Stalin había sido cómplice del asesinato de Kírov. Era bien conocida su preferencia por la acción represiva, y abundaban las historias de que se había tanteado a Kírov para que reemplazara a Stalin en el Secretariado General. Supuestamente, Stalin estaba detrás del asesinato. En realidad, todas estas posibilidades son conjeturas y nunca se ha encontrado una prueba concluyente. Lo que es innegable es que Stalin carecía de escrúpulos a la hora de aplicar medidas

drásticas. Todavía no había matado a nadie de su entorno, pero el asesinato de Kírov pudo haber sido la primera vez y, aunque no ordenara el crimen, fue su principal beneficiario. La muerte de Kírov le permitió tratar a sus anteriores opositores tal como había dado a entender que quería hacerlo en su informe al Comité Central en el XVII Congreso del Partido.

Zinóviev y Kámenev fueron puestos bajo custodia de la NKVD en Moscú y acusados de haber organizado una conspiración terrorista con sus seguidores de la oposición. Stalin nunca había dejado de inquietarse por la capacidad de retornar al poder de los opositores de izquierdas y de derechas, especialmente si sus ideas tenían aceptación entre los actuales cargos del partido. La sucesiva eliminación de agrupaciones formadas en torno a Lominadze, Eismont y Riutin no le deparó ningún alivio. Bien podría haber otros que actuaran solapadamente en Moscú y en las provincias. Lo que es más, Stalin sabía que Bujarin, Kámenev y Zinóviev no habían perdido la esperanza de volver al poder. Los mantuvo bajo vigilancia mediante las escuchas que le proporcionaba la policía política[24]. Sabía que lo odiaban y lo despreciaban. Bujarin, al mismo tiempo que mostraba respeto por Stalin cuando estaba ante él, lo denunciaba en privado. Kámenev y Zinóviev eran extremadamente rencorosos. Y Trotski estaba en libertad en el extranjero editando el *Boletín de la oposición* y enviando a sus emisarios a la URSS. Stalin era consciente de que, a pesar de sus pretensiones, sus enemigos del partido tenían la sensación de que había algo en común entre todos ellos. Existía una clara probabilidad de que organizaran una coalición clandestina en contra de Stalin y su Politburó. La habilidad de Trotski para mantenerse en contacto estaba bien consolidada. Cuando en enero de 1933 fueron arrestados en Moscú sesenta y ocho de sus partidarios, la OGPU descubrió un alijo de los últimos artículos de Trotski[25].

Hubo también una oleada de resentimiento en toda la sociedad por los efectos de las políticas de Stalin. Los campesinos habían sido arrojados a las granjas colectivas y detestaban el nuevo sistema agrícola, y cientos de miles de familias de kulaks habían sido víctimas de atropellos. Los trabajadores que no lograban ser promovidos a puestos directivos experimentaban un drástico deterioro de sus condiciones de vida. Los

salarios, la comida y la vivienda rara vez eran más que rudimentarios. En las capas más altas de la sociedad el resentimiento también era intenso: los ingenieros, intelectuales, expertos en economía e incluso directores soportaban con rencor el acoso que sufrían. La sensación de descontento civil era profunda y estaba muy extendida. Los que habían pertenecido a otros partidos, así como los opositores comunistas derrotados, estaban resentidos por las fuertes sanciones que se les aplicaban. Todos los grupos nacionales y religiosos rezaban por un milagro que quitara de sus hombros la carga de las políticas económicas de Stalin. Había abundantes recursos humanos en toda la URSS que podían ser desviados hacia un golpe contra Stalin y su Politburó si las condiciones cambiaban.

Zinóviev y Kámenev se negaron a «confesar» la organización de una conspiración. Pero ante la posibilidad de ser condenados a largos años de prisión y de la separación permanente de su actividad comunista, cedieron y admitieron la responsabilidad política y moral de la acción de Nikoláiev. El Politburó —o más bien Stalin— decidió que Zinóviev era el más peligroso de los dos. Zinóviev fue condenado a diez años y Kámenev, a cinco. La NKVD no se detuvo ahí. Seiscientos sesenta y tres antiguos partidarios de la Oposición de Leningrado fueron apresados y exiliados en Yakutia y otras zonas de Siberia oriental[26]. La incriminación de la antigua oposición interna continuó. Regularmente *Pravda* e *Izvestiia* denigraban a Trotski. Al mismo tiempo que se dictaba el veredicto contra Zinóviev y Kámenev, se anunciaba que iba a producirse un intercambio de carnets del partido. El propósito era excluir a los miembros del partido que no habían logrado desempeñar sus obligaciones mínimas, que se habían comportado de modo inadecuado o incluso que alguna vez habían pertenecido a la oposición interna. No se preveían consecuencias judiciales para aquellos a quienes se iba a despojar de su carnet del partido. Pero se insinuaba que la campaña de persecución, que hasta entonces había estado limitada a los dirigentes que habían pertenecido a la oposición y a sus seguidores, no iba a detenerse en las puertas del partido. Todos estaban obligados a probar su lealtad al Politburó o corrían el riesgo de ser expulsados y degradados.

El cariz amenazador del intercambio de carnets del partido queda plasmado en una directriz secreta enviada por el Secretariado del partido el

13 de mayo de 1935[27]. Stalin estaba fuera de control. El Secretariado explicó que los aventureros, enemigos del partido y espías declarados habían estado en posesión de dichos carnets. Elementos extranjeros y antisoviéticos se habían infiltrado en el partido. El 20 de mayo el Politburó intervino con una directriz que especificaba que todos los que habían sido trotskistas y aún no estaban en prisión o en los campos de trabajo serían condenados sin excepción a un mínimo de tres años de trabajos forzados en el Gulag[28]. La venganza de Stalin contra sus viejos adversarios y detractores había tardado varios años en llegar. Ahora se revelaba en toda su furia primitiva. El 20 de noviembre se dio un paso más allá: Zinóviev y Kámenev, que habían sido encarcelados, y el deportado Trotski fueron acusados de espiar para las potencias extranjeras enemigas.

Los miembros del grupo de Stalin identificaban la actividad opositora histórica con la traición al estado en la actualidad. Los héroes veteranos del partido comunista eran denunciados como agentes mercenarios al servicio de los intereses occidentales. Parecían conejos paralizados de miedo ante la proximidad del zorro. En cualquier caso, no había modo de huir. La única esperanza que les quedaba era que el resto del Politburó pudiera refrenar de algún modo al secretario general[29]. Pero la atmósfera política no era propicia. Stalin había vuelto calladamente a la convicción de que el modo más seguro de fortalecer tanto su posición personal como el pujante desarrollo económico era ejercer una fuerte presión sobre el Gosplan y los Comisariados del Pueblo para que incrementaran el ritmo de la producción industrial. En previsión de la oposición que encontraría, se dedicó a explotar los esfuerzos de los trabajadores individuales para desafiar los métodos convencionales de producción. Se informó de que en la cuenca del Don el minero Alexéi Stajánov había extraído 102 toneladas de carbón en una sola jornada de seis horas en agosto de 1935. Esto suponía catorce veces más que la norma establecida por los directores de las minas. Stalin lo tomó como una demostración de que persistía la resistencia pasiva al Segundo Plan Quinquenal. Stajánov fue convocado a Moscú y cubierto de honores y regalos. El movimiento estajanovista se extendió a todos los sectores de la economía, incluso a las granjas y los ferrocarriles.

Los estajanovistas no podían batir récords sin que los directores dictaran disposiciones especiales para ellos. Se obligó a otros trabajadores a brindar ayuda extra. Esto desbarató el modelo de producción en general y la producción se vio afectada de forma negativa. Más aún, los estajanovistas, en su celo por destacarse, empezaron a servirse de atajos. El resultado era a menudo que la maquinaria se rompía. Pero Stalin ignoraba lo evidente. Se dejaron de lado las modalidades científicas de producción mientras prevalecía el entusiasmo por conseguir obreros que obtuviesen privilegios por incrementar la producción[30].

La situación podría haberse tornado más difícil para los especialistas en economía —directores, capataces, ingenieros, proyectistas— si las sospechas de que eran objeto, fomentadas por el movimiento estajanovista, hubiesen adquirido la sanción penal aplicada a los antiguos opositores. La cosa estaba muy reñida. En 1935 Stalin no limitó sus ansias persecutorias a la represión simultánea de los antiguos opositores del partido y los actuales miembros del partido bajo sospecha. También dirigió su ira hacia categorías enteras de ciudadanos. Se ordenó a la NKVD limpiar Leningrado de todas aquellas personas que en virtud de su profesión o su posición social antes de 1917 se consideraran intrínsecamente hostiles a la URSS. Se expulsó a miles de aristócratas, terratenientes y comerciantes con sus familias y un mínimo de pertenencias personales a ciudades más pequeñas o pueblos. Se deportó de Leningrado a más de once mil personas hacia finales de marzo[31] y esta misma política se reprodujo en otras grandes ciudades. Bajo la dirección de Stalin el Politburó empezaba a purgar las ciudades de supuestos elementos antisoviéticos de un modo muy similar al que se había empleado en las zonas rurales cuando tuvo lugar la «deskulakización» en 1929.

Pese a todo, los especialistas que estaban en actividad, aunque acosados en su trabajo, no fueron objeto de una persecución extrema a menos que obstruyeran manifiestamente las medidas oficiales. Se beneficiaron del deseo de apoyarse en ellos de muchos de los miembros del entorno de Stalin. Ordzhonikidze, comisario del pueblo de Industria Pesada desde 1932, protegió a sus directores y proyectistas no sólo porque pensara que estaban siendo difamados, sino también porque se daba cuenta de que no

lograría cumplir con las cuotas del Plan Quinquenal requeridas a su Comisariado sin ayuda de su pericia.

En cualquier caso, los beneficios de la consolidación económica comenzaban a vislumbrarse. La producción total de acero en 1935 duplicaba holgadamente la de 1932[32]. El Segundo Plan Quinquenal, al igual que el Primero, se modificó varias veces durante su puesta en práctica. Entre las modificaciones inevitables hubo un incremento del presupuesto para la producción de armamento después de que Hitler se convirtiera en canciller alemán en enero de 1933 y la URSS tuvo que reconocer que pronto podría tener lugar una guerra con el Tercer Reich[33]. Esto obviamente implicaba un aplazamiento de las metas establecidas para la producción de bienes de consumo. Pero en términos generales el Kremlin estaba satisfecho con el progreso alcanzado. Aunque la política se llevaba a cabo y se hacía pública en una atmósfera de crisis, los miembros del Politburó, incluido Stalin, no daban la impresión, ni en su correspondencia ni en sus debates, de creer que hubiera una importante resistencia activa a sus planes o de que no se estuvieran haciendo avances en el desarrollo económico. El progreso continuó en 1936 y después. En 1937, último año del Segundo Plan Quinquenal, la producción industrial se había incrementado en tres quintas partes con respecto a la producción de 1932. Incluso la agricultura empezaba a recobrarse de los duros golpes de la colectivización. La producción agrícola se elevó alrededor de un 50% en el mismo período[34].

La propia actividad de Stalin todavía era ambigua. Entre 1935 y 1936 supervisó la elaboración de una nueva constitución para la URSS. Implicó en ello a muchas figuras relevantes de la política y la cultura e incluso Bujarin desde sus oficinas editoriales de *Izvesíiia* contribuyó a elaborar las versiones iniciales[35]. En cualquier caso, la autoridad suprema radicaba en Stalin y el Politburó. En la práctica, esto quería decir en Stalin. Y Stalin, el implacable perseguidor de antiguos opositores y de la denominada «gente de antes», sancionó la garantización de todos los derechos civiles reconocidos en la constitución a todos los ciudadanos soviéticos sin importar su condición social, religiosa o política. Se proclamó la igualdad universal de trato. Se garantizó a los ciudadanos soviéticos el salario, la

comida, la educación, la vivienda y el empleo. Ninguna otra constitución en el mundo era tan amplia en cuanto a los beneficios que otorgaba. En un momento en que todas sus maniobras políticas estaban en su punto de máxima opacidad, Stalin se presentaba como una persona desconcertante ante los observadores de 1936. La mayoría de los artículos de la constitución eran tan absolutablemente benignos que algunos pensaron que estaba tramando un subterfugio. Tal vez la constitución se había concebido principalmente para crédulos ojos extranjeros, teniendo en cuenta los intereses de la URSS en las relaciones internacionales. También es posible que la hubiese concebido como propaganda dentro del país sin proponerse seriamente cumplirla en un futuro cercano. Durante mucho tiempo, Stalin había disfrazado la opresión y la explotación y afirmado que la URSS era un paraíso para la mayoría de sus ciudadanos.

Al presentar la Constitución en noviembre de 1936, Stalin proclamó: «El socialismo, que es la primera fase del comunismo, se ha logrado en lo esencial en nuestro país». Rompiendo con su anterior idea de que la resistencia al comunismo se hacía más feroz a medida que aumentaban los logros del régimen, acogió con agrado la revocación de la privación de los derechos civiles de que habían sido objeto las antiguas élites políticas, económicas y religiosas en 1918. Pero no toleró cambios en la orientación del Politburó. La Constitución definió a la URSS como «un estado socialista de obreros y campesinos». A pesar de los derechos constitucionales que se les otorgaban, no se permitiría que los ciudadanos alteraran el orden soviético. Stalin, al glosar varios de los artículos, afirmó abiertamente que no se debilitaría la dictadura comunista.

Sin embargo, algunos ciudadanos no llegaron a entender los límites reales del cumplimiento de la Constitución. Se enviaron quejas y denuncias al Kremlin en la suposición de que las autoridades se habían comprometido verdaderamente con los derechos cívicos en general[36]. Desde luego, la mayoría de la gente no se hizo ilusiones. La concesión de todos los derechos civiles a la «gente de antes» significaba que en el mejor de los casos obtenían los derechos del resto de la oprimida ciudadanía soviética —y no había ninguna intención oficial de cambiar esta situación de base—. La URSS era gobernada arbitrariamente y mediante la represión masiva. La

mayoría esperaba muy poco de la nueva Constitución. En un funeral, alguien gritó: «Mataron a un perro —Kírov—, pero todavía queda otro perro vivo, Stalin»[37]. El resentimiento en el campo era espantoso[38]. Muy pocos ciudadanos tenían la esperanza de verse beneficiados por la nueva Constitución. Aunque el partido comunista no era mencionado en ningún artículo, su monopolio político iba a mantenerse claramente mientras Stalin estuviera en el poder. El sistema electoral era casi tan ficticio como su antecesor soviético. La NKVD dejaba sus informes sobre el escritorio de Stalin. Fuera lo que fuera lo que prentendiera con la Constitución, no le quedaron dudas de que no había engañado a la mayoría del pueblo. Todo el mundo sabían que el partido y la policía se proponían poner en práctica una dictadura tan feroz como la de antes.

Otros hechos acaecidos en la segunda mitad de 1936 demostraron que Stalin no estaba satisfecho con las condiciones políticas. Sus medidas, siempre brutales, descendían a niveles de depravación. El 29 de junio de 1936 el Secretariado envió un mensaje secreto a los órganos locales del partido que afirmaba el descubrimiento de «actividades terroristas del bloque trotskista-zinovievista». Era evidente que las sentencias judiciales del año anterior no habían contentado a Stalin, y en agosto Zinóviev y Kámenev fueron procesados en un juicio ejemplarizante que tuvo lugar en Moscú. Ambos confesaron puntualmente haber dirigido, de acuerdo con Trotski desde el extranjero, un Centro Antisoviético Trotskista-Zinovievista que llevaba a cabo asesinatos sistemáticos en la URSS. Budionny sugirió tontamente que se encomendara a la Comintern que capturara a Trotski y lo devolviera a su país para ser juzgado con los dos principales acusados[39]. Aun antes de su lamentable comparecencia ante el tribunal, Zinóviev y Kámenev ya eran dos hombres acabados. A instancias de Stalin se les sometió a continuas denigraciones y burlas durante todo el juicio. El veredicto fue la condena a muerte por fusilamiento. Se les había prometido a ambos que si confesaban su participación en la «conspiración» de Kírov, en 1934, se les conmutarían las sentencias. Pero Stalin los había engañado. El día siguiente a primera hora de la mañana, antes de que se pudiera considerar cualquier apelación judicial, fueron sacados de la celda a empujones y fusilados.

Igual de siniestro fue el cambio del personal de la NKVD. Ni Guénrij Yagoda ni su antecesor Viacheslav Menzhinski habían logrado complacer a Stalin. Había tenido que presionarlos para que llevaran a cabo las actuaciones extremas que había exigido desde finales de la década de los veinte. No eran sus funcionarios ideales, aunque en último término nunca habían dejado de llevar a cabo sus órdenes. Yagoda trató de congraciarse relatándole a Stalin cada una de las ocasiones en que se hallaba un nuevo alijo de material trotskista[40]. Pero no era suficiente para Stalin. Quería que al frente de la NKVD estuviera alguien que fuera capaz de anticiparse a sus deseos en lugar de responder a ellos con lentitud ocasional y sin mucha eficiencia.

El 26 de septiembre de 1936 pensó que había encontrado al hombre adecuado en Nikolái Yezhov. Yagoda fue destituido por decisión del Politburó y Yezhov ocupó su lugar. Yezhov era un funcionario del partido en constante ascenso desde 1917. En 1927 se incorporó al Departamento de Asignaciones y Registros del Secretariado del Partido y en 1930 se convirtió en su jefe. En el momento de su nombramiento como comisario del pueblo de Asuntos Internos era al mismo tiempo secretario del Comité Central del Partido y presidente de la Comisión de Control del Partido. Stalin lo había visto en acción y apreciaba su compromiso fanático de descubrir y aniquilar a los adversarios del sector principal de la dirección del partido. En 1935 Yezhov, con el apoyo de Stalin y con ayuda editorial, había hecho un «trabajo teórico», nunca publicado, sobre la oposición interna del partido. Titulado «Del faccionalismo a la contrarrevolución abierta», intensificaba las amenazas que pesaban sobre todos aquellos —especialmente los dirigentes— que alguna vez hubieran dejado de acatar la línea política de Stalin. Haber formado parte de alguna tendencia opositora en el pasado se había convertido en equivalente a ser culpable de traición en el presente[41]. Cuando se le nombró comisario del pueblo de Asuntos Internos, se pidió a Yezhov que dedicara las nueve décimas partes de su tiempo a la NKVD[42].

A partir de diciembre de 1934 Stalin contaba con la base legislativa y organizativa para expandir el terror de estado en la modalidad de las *íroiki*. Durante 1935 y 1936 lo había puesto en práctica en gran medida, pero de

forma intermitente. También había mostrado cierta contención, al igual que su entorno, y su mandato se caracterizaba cada vez más por el avance económico y por la calma social. Pero en la sociedad el resentimiento seguía estando profundamente arraigado aunque se hubiese sofocado la resistencia activa. Aunque proseguía la caza de opositores y «gente de antes», muchos lograron evitar ser capturados. Trotski mantenía los vínculos con sus seguidores; Bujarin no era el único antiguo dirigente de la oposición que tenía la esperanza de que se produjera un cambio de personal y de políticas en la cúpula de la política soviética. Hasta ahora las víctimas de Stalin, al menos durante el desarrollo del Segundo Plan Quinquenal, estaban agrupadas en categorías definidas. Pero nada garantizaba que siguiera siendo así.

La carrera anterior de Stalin, en especial en la Guerra Civil y durante el Primer Plan Quinquenal, ponía en evidencia los peligros de la situación. Siempre le había seducido la idea de arreglar cuentas con los «enemigos» de forma violenta, y se enfurecía cuando su entorno no se identificaba con él. Nunca le faltaron las ganas de tomar la iniciativa. Era peligroso en extremo cuando intuía un peligro para él o para el orden soviético. Más pronto o más tarde, Stalin, el más decidido conductor del vehículo del terror, volvería a coger el volante y a encender el contacto. Los años transcurridos entre finales de 1932 y 1936 fueron testigos de arranques ocasionales y bruscos avances. La maquinaria respondía caprichosamente a las órdenes de Stalin. Cuando encendía el contacto, el resultado era impredecible. A veces la batería se descargaba y había que recargarla. En otras ocasiones las conexiones estaban demasiado húmedas y todo lo que podía conseguir era un sonido breve e intermitente. Pero de hecho el vehículo era apto para circular y, cuando las circunstancias fueron más favorables en 1937, el conductor podría arrancar y correr a toda velocidad hasta que decidiera detenerlo un año después.

EL GOBIERNO DE LAS NACIONES

El partido comunista administraba un estado multinacional. Los rusos constituían el 53% de la población y Stalin trató de vincularse con la nación rusa[1]. Esta tendencia suya se había incrementado entre los años veinte y principios de la década de los treinta. Stalin y Lenin habían tenido desavenencias cuando Lenin reclamaba que se tratara con mayor amabilidad de la que Stalin consideraba apropiada a los líderes comunistas georgianos.

En cierta ocasión el joven Vasili Stalin le dijo a su hermana Svetlana: «Pero, ¿sabes?, nuestro padre antes era georgiano»[2]. El muchacho había sido educado en Rusia, hablaba ruso y consideraba a su padre un ruso. Vasili cometía un error infantil: Stalin no se había convertido en ruso por arte de magia. Es verdad que alguna vez se definió como un «asiático georgiano rusificado» y negó ser un «europeo»[3]. Era un extraño modo de describirse desde un punto de vista nacional después de la Revolución de octubre, pero debe ser considerado con atención. Según los geógrafos, Georgia pertenece a Asia, ya que se sitúa al sur de las cumbres del Cáucaso. En consecuencia, la combinación de «georgiano» y «asiático» es sorprendente. Es posible que procediera de un cierto sentido de superioridad sobre los pueblos del Este. De cualquier modo, Stalin no lo dijo en público, sino en una cena privada en el apartamento de Voroshílov. La soltó bruscamente a modo de disculpa informal por haber interrumpido el discurso que el comunista búlgaro Georgui Dimítrov daba a los invitados. Al definirse como asiático, término peyorativo entre los europeos, Stalin se servía del humor para alivianar la atmósfera. Como siempre, sus

comentarios deben interpretarse a la luz de las circunstancias en que se hicieron.

Sin embargo, había un núcleo plausible en la broma de Stalin. Nacido en Georgia, conservaba costumbres y actitudes de su patria y siguió valorando la poesía clásica georgiana. Pero también le impresionaban los gobernantes de los grandes imperios asiáticos. Leyó con avidez la historia de Genghis Khan. Su experiencia en Rusia también había dejado huella en su conciencia. Admiraba la literatura rusa del siglo XIX. Estaba orgulloso del poder de Rusia en el pasado y en el presente. Lamentaba la pérdida de territorios como Sajalín, que habían pertenecido al Imperio ruso. Le gustaba estar entre los rusos tanto como entre los georgianos. Es probable que su identidad subjetiva no fuera ni exclusivamente rusa ni exclusivamente georgiana, sino una mezcla fluida y vaga de ambas. Esto no es nada extraño. Mucha gente que viaja de país en país se asimila a medias a nuevas culturas sin abandonar su cultura de origen. Además, Stalin era un socialista internacionalista. Como marxista, consideraba que las ideas de nacionalidad eran un fenómeno temporal y contradictorio: eran ideas que al mismo tiempo mejoraban y viciaban a las sociedades. Es dudoso qué Stalín sintiera la necesidad interna de afirmarse en una identidad nacional. Sus prioridades más bien se centraban en gobernar y transformar a la URSS y en consolidar su despotismo personal.

Estas prioridades lo empujaban hacia un cambio de política sobre la cuestión nacional más allá de la compleja cuestión de su propia identidad. A pesar de los arrestos de personas acusadas de nacionalismo ruso durante el desarrollo del Primer Plan Quinquenal, de forma simultánea ordenó a los medios de comunicación que evitaran ofender los sentimientos nacionales de los rusos comunes y en confianza reprendió al poeta Demián Bedny por mofarse de las inclinaciones del pueblo ruso[4]. Cuando Stalin y Kaganóvich ordenaron la demolición de la catedral de Cristo Salvador en el centro de Moscú en 1932, especificaron que no debía anunciarse públicamente, sino hacerse por la noche: no querían que se dijera que un georgiano y un judío habían dado la orden[5]. Cuando apareció la biografía oficial de Stalin en 1938, no se hacía ninguna referencia a su origen georgiano en todo el libro después de la segunda frase del libro[6].

No le faltaban razones para preocuparse por el resentimiento popular de los rusos por ser gobernados por políticos extranjeros. Aunque la NKVD —y antes la OGPU— parece haber informado muy poco sobre esto, durante toda su vida Stalin fue muy susceptible a estas cuestiones. Un cartel clandestino mostraba la imagen de dos grupos de guerreros enfrentados en ambas márgenes de un río. Uno era el judío, al mando de Trotski, Kámenev y Zinóviev, mientras que el otro era el georgiano, comandado por Stalin, Ordzhonikidze y Enukidze. Debajo de la imagen se leía: «Y los eslavos se enzarzaron en una disputa acerca de quién iba a gobernar la vieja Rusia»[7]. En realidad, había varios no rusos en el entorno de Stalin y no todos ellos eran georgianos. Los más importantes a principios de la década de los treinta eran Kaganóvich (judío) y Mikoián (armenio). En consecuencia, Stalin siguió estando receloso de la opinión popular. La destrucción del campesinado ruso, de su Iglesia Ortodoxa y de sus modos de vida aldeanos tuvieron como consecuencia una marcada hostilidad hacia el régimen. Lo que es más, la propaganda oficial acentuaba la importancia de Stalin en el diseño de políticas. Esto no dejaba dudas acerca de su responsabilidad personal. Los campesinos lo odiaban y, por muy abundante que fuera, la propaganda no podía atenuar ese sentimiento[8].

Para entonces el régimen había abandonado muchas de sus objeciones iniciales a las tradiciones rusas. El referente máximo de la historiografía soviética en la década de los veinte había sido Mijaíl Pokrovski, que había descrito los siglos anteriores a 1917 como una época caracterizada por la opresión de otros pueblos del Imperio por parte de Rusia. No se les había adjudicado ninguna cualidad positiva a los emperadores o generales. Todo el sistema social era presentado como un obstáculo para el progreso social. A partir de mediados de la década de los treinta todo esto cambió. Se elogiaba a Iván el Terrible y a Pedro el Grande como precursores del orden administrativo, el avance económico y la influencia en el extranjero. Se aclamaba a los comandantes Alexandr Suvórov y Mijaíl Kutúzov como libertadores de Rusia y Europa de la tiranía francesa. Mientras que anteriormente se había considerado héroes a los rebeldes del Cóucaso, los historiadores comenzaron a recalcar que el gobierno imperial ruso aportó grandes beneficios a las regiones fronterizas. También se subrayaron los

logros científicos y culturales de los rusos. Se afirmaba que el químico Mendeléiev y el fisiólogo Iván Pávlov (que murió en 1936) eran superiores a sus colegas extranjeros. Se editaron enormes tiradas de las obras de los clásicos de la literatura rusa del siglo XIX, y en 1939 se celebró con gran pompa el centenario de la muerte de Alexandr Pushkin. En la URSS de Stalin ya no se aceptaban las burlas o denigraciones de Rusia y de los rusos.

Junto con Zhdánov y Kírov, Stalin supervisó la producción de textos históricos adecuados[9]. La nueva ortodoxia era que la URSS realzaba las mejores tradiciones del patriotismo y la ilustración del Imperio ruso sin reproducir los rasgos negativos del zarismo. Había que fomentar el orgullo nacional. En gran medida se trataba de una propaganda cínica para ganar el favor de los rusos. Pero probablemente también concordaba con lo que entonces pensaba Stalin. Después del desfile conmemorativo del vigésimo aniversario de la Revolución de octubre, en 1937, habló en una cena privada que tuvo lugar en el apartamento de Voroshílov en el Kremlin a la que asistieron algo más de veinte dirigentes políticos y comandantes militares[10]:

> Los zares rusos hicieron muchas cosas horribles (…) Pero también hicieron algo bueno: crearon un estado inmenso de aquí a Kamchatka. Hemos recibido ese legado. Y por primera vez nosotros, los bolcheviques, hemos hecho de él un estado cohesionado y lo hemos reforzado convirtiéndolo en un estado unitario e indivisible, pero en interés de los grandes terratenientes y de los capitalistas sino para el bienestar de los trabajadores y de todos los pueblos que constituyen este estado.

Stalin era un buen actor y bien pudo no haber creído una sola palabra. Sin embargo, es probable que estas afirmaciones, con esa peculiar mezcla de marxismo-leninismo y sentimientos imperialistas rusos, reflejaran su auténtica opinión.

También respondía a las turbulencias que en ese momento se producían en la atmósfera política. Personas de nacionalidad rusa tendían a ocupar el lugar de los derrotados adversarios de la facción de Stalin. Los judíos

salieron perdiendo. A la luz de su continua relación con amigos judíos (si es que alguien podía ser considerado su amigo), sería difícil calificarle de antisemita y, sin embargo, esta el hecho de que sus principales enemigos —Trotski, Zinóviev y Kamenev, miembros prominentes del Politburó de Lenin— eran de origen judío. Los rusos fueron promovidos en todas las jerarquías de la administración estatal. Incluso en las repúblicas soviéticas no rusas tenían puestos asegurados. En contraste, rara vez los no rusos ascendían a puestos elevados fuera de las zonas en las que su nacionalidad constituía la mayoría de la población local. Desde mediados de la década de los treinta, el sistema de campos llamado Gulag albergaba a «nacionalistas burgueses» de todos los grupos nacionales y étnicos, excepto rusos. Se honró la lengua rusa. Se convirtió en obligatoria en las escuelas e instituciones, aunque al mismo tiempo se permitió que las repúblicas soviéticas siguieran enseñando también la lengua local. Se modificaron los alfabetos de otras lenguas. Los caracteres latinos y arábigos cedieron paso, en la mayor parte de las lenguas, a los que estaban basados en el modelo cirílico[11].

Muchos sugirieron que Stalin, no contento con haber distorsionado el marxismo-leninismo, había hecho efectivo su abandono. El dirigente fascista ruso emigrado, Konstantín Rodzaievski, convencido de que el estalinismo y el fascismo eran idénticos, volvió de Harbin a la URSS después de la Segunda Guerra Mundial (no fue muy inteligente por su parte: lo fusilaron nada más llegar a Moscú)[12]. ¿Era Stalin objetivamente un nacionalista ruso, aunque en el plano subjetivo no sostuviera esta postura? Es indudable que desde mediados de la década de los treinta fue el artífice de la promoción de los rusos a expensas de las otras nacionalidades de la Unión Soviética. Se prefería a los rusos para los altos cargos de la administración pública. Se otorgó primacía a la lengua rusa en los programas de enseñanza. En los medios de comunicación se elogió a los escritores, a los comandantes e incluso a ciertos emperadores rusos. Se presentó la conquista de otras naciones por parte de las fuerzas imperiales rusas como una gran contribución a su desarrollo general.

El enaltecimiento de Rusia y de los rusos iba acompañado del brutal maltrato de otros pueblos de la URSS. Los ucranianos y los kazajos creían

que Stalin estaba llevando a cabo un genocidio con ellos. Ambos sufrieron extremadamente por la imposición violenta de la colectivización de la agricultura ordenada desde Moscú. Se forzó a los kazajos, un pueblo nómada, a establecerse en los koljozes. Los ucranianos siempre habían sido un pueblo agrícola. La OGPU y los «veinticinco mil» invadieron repentinamente sus pueblos y, después de la deportación de los kulaks, se forzó al resto de los habitantes a incorporarse al sistema de granjas colectivas. Los kazajos y los ucranianos padecieron más que los rusos en la mayor parte del territorio de Rusia. La razón era semejante: los kazajos tenían una cultura que todavía no había aceptado la agricultura, mucho menos las granjas colectivas; entre los ucranianos había muchas familias claramente asociadas con las ganancias de las granjas privadas. Los kazajos y los ucranianos estaban abocados a que la campaña de colectivización iniciada a finales de la década de los veinte los golpeara con deliberada dureza.

Al principio fueron motivaciones económicas y culturales, más que nacionales, las que subyacían al tratamiento dado a ambos pueblos. Pero una vez que la campaña estuvo en marcha, Stalin y sus colaboradores estaban atentos a la menor posibilidad de que los «nacionalistas burgueses» pudieran ponerse a la cabeza de la resistencia rural. Los líderes tribales y religiosos kazajos fueron constantemente perseguidos. También hubo represión en Ucrania, no sólo contra los kulaks, sino también contra los sacerdotes, escritores e intelectuales.

Sin embargo, Ucrania siguió siendo motivo de preocupación para Stalin aunque entre 1932 y 1933 estuvo dispuesto a bajar las cuotas de recaudación de grano asignadas a la república. A medida que la colectivización y la «deskulakización» seguían su curso y las condiciones materiales empeoraban, cientos de miles de campesinos trataban de huir a regiones de la URSS donde el suministro de alimentos estuviera más asegurado. Entre los refugiados también había ucranianos que, según la OGPU, eran portadores del bacilo del nacionalismo. La reacción del Politburó, instigada por Stalin, fue ordenar a las autoridades comunistas de Ucrania que cerraran las fronteras de la república al paso de personas desde el 22 de enero de 1933. La misma política de cierre se aplicó a la zona de

Kubán, en el norte del Cáucaso, donde en años anteriores se habían establecido muchos ucranianos: Stalin quería impedir que difundieran las ideas nacionalistas fuera de sus aldeas[13]. El mes anterior, el 14 de diciembre de 1932, el Politburó había decretado que la política tradicional del partido de reclutar principalmente cuadros ucranianos para el partido y el gobierno de Ucrania y de las zonas habitadas por ucranianos en otras regiones se había aplicado de forma demasiado mecánica. Se aducía que el resultado había sido la penetración de «elementos nacionalistas burgueses» en el estado. El Politburó exigió que se llevara a cabo una criba política mucho más rigurosa[14].

Esas medidas, que llegaban después de los arrestos y juicios a figuras de la cultura ucraniana que se habían producido desde finales de la década de los veinte[15], eran brutales y discriminatorias y, aunque Stalin no buscara el exterminio de todos los ucranianos y kazajos, sin duda se proponía extirpar toda oposición, fuera real o potencial, por parte de éstos. No obstante, el objetivo final era que Ucrania y Kazajstán se convirtieran en repúblicas soviéticas eficaces. Por lo tanto, permitió que ambos pueblos conservaran su cultura, si bien de un modo mucho más restringido que en la década posterior a la Revolución de octubre. Si la República Socialista Soviética de Ucrania podía convertirse en parte integrante de la URSS, constituiría un modelo económico que ganaría admiradores para el comunismo en Europa oriental[16]. La fértil Kazajstán también podría llegar a ser una república envidiada en el extranjero, en especial por parte de los musulmanes. La colectivización, la «deskulakización», la desclericalización y la subestimación de la hambruna fueron métodos espeluznantes para elevar a Ucrania y Kazajstán al rango de modelos del orden comunista, pero tenían un mínimo de sentido dentro de la visión del mundo del marxismo-leninismo de Stalin.

No todas las interpretaciones de Stalin como nacionalista lo consideran un rusófilo. Algunos piensan que sus concesiones a los rusos eran una tapadera de su campaña para realzar el prestigio y la situación de la nación georgiana. Se supone que, lejos de ser un nacionalista ruso, había conservado el entusiasmo patriótico de su juventud. Nunca había aprobado la separación de Abjasia de Georgia en los acuerdos constitucionales de

1921 y 1922, a pesar de que le encantaba pasar las vacaciones en la costa abjasia[17]. En 1933 obligó a su amigo Néstor Lakoba a aceptar la incorporación de Abjasia a la República Soviética de Georgia. La mayoría de los georgianos consideraba Abjasia como una provincia de la Georgia histórica y muchos se sintieron agradecidos a Stalin por su acción. Una vez incorporada, Abjasia fue sometida a una ofensiva cultural georgiana, especialmente después del asesinato de Lakoba en diciembre de 1936[18]. Se impuso obligatoriamente el cambio del alfabeto abjasio por un sistema basado en la escritura georgiana. Se restringió la enseñanza de la lengua abjasia. Se transfirió a funcionarios georgianos al partido, el gobierno y la policía abjasias. Se produjo una reestructuración demográfica cuando desde 1937 se adjudicaron viviendas y trabajos en Abjasia a los mingrelios, que habitaban en el oeste de Georgia[19].

El propio Stalin conservó su interés por las inquietudes culturales de su juventud. Fomentó la publicación de los antiguos clásicos literarios georgianos. Siguió leyendo la gran obra épica del siglo XIII, *El caballero de la piel de pantera,* de Shota Rustaveli. Autorizó la reimpresión de *El parricida,* de Alexandr Qazbegui, la historia del bandido montañés que lo había cautivado de niño. Este interés cultural fue lo que llevó a Stalin a tomarse el tiempo de leer y corregir la antología de poesía georgiana de Shalva Nutsubidze[20].

Aun así, estos hechos no significan que Stalin fuera un nacionalista georgiano. Esta clase de interpretación no encajaría con sus políticas de finales de la Guerra Civil, con la conquista de Georgia en 1921, con la persecución de los líderes comunistas georgianos en 1922 y, sobre todo, con los ataques a los campesinos, sacerdotes, intelectuales y políticos georgianos desde finales de la década de los veinte hasta los últimos años de la década de los treinta. El hecho de que muchos georgianos olvidaran posteriormente todo esto no altera lo sucedido. La actitud de Stalin probablemente se explique mejor en relación con su conocida aproximación a la cuestión nacional en general. Desde *El marxismo y la cuestión nacional* de 1913, su axioma había sido que los pueblos sin una prensa y una literatura potentes no debían ser considerados naciones[21]. Su premisa era que había que elevar el nivel cultural de estos pueblos mediante su

asociación con naciones cultas limítrofes. El incremento de la influencia georgiana podía desempeñar este papel en Abjasia y, mientras que deseaba que los ucranianos y bielorrusos avanzaran por medio de la introducción de la cultura rusa, su experiencia personal le decía que a los georgianos, al no ser eslavos, no era sensato abordarlos de este modo: la conciencia nacional georgiana estaba arraigada con demasiada fuerza como para que esto fuera posible.

Stalin elevó el estatus de los rusos en la URSS y favoreció a algunas naciones más que a otras, y lo hizo debido a una mezcla de razones ideológicas y pragmáticas. La URSS era un estado que atravesaba una transformación económica y social. Stalin tenía ciertas ideas preconcebidas acerca de cómo encarar los problemas resultantes de esto. Pero también tuvo que reaccionar a circunstancias que ni él ni nadie de su entorno había previsto. Durante la década de los treinta halló soluciones provisionales para los nuevos y los viejos problemas.

Aun así, que Stalin abandonara el marxismo-leninismo era tan poco probable como que se cortara sus propios dedos. Lo que hacía era mucho más parecido a afeitarse la barba, ya que la ideología esencial quedó en gran medida intacta. Stalin tenía su propia idiosincrasia sobre los aspectos de la identidad nacional rusa que eligió apoyar. No incluyó ciertos rasgos que habían tenido un lugar prominente en la ideología de los nacionalistas más recalcitrantes del siglo XIX y de comienzos del siglo XX. Estos habían elogiado la fe religiosa del pueblo ruso, sus tradiciones campesinas y la sencillez y belleza de sus aldeas. El campesinado ruso, con su falta de sofisticación, con su resistencia y su despreocupación por el resto del mundo, había constituido el núcleo del nacionalismo histórico. Pero nada de esto aparecía en el pensamiento de Stalin como algo positivo. Rastreó el pasado ruso en busca de precedentes de las preocupaciones comunistas por el poder estatal, los gobernantes fuertes, el terror, la industrialización, las pequeñas y grandes ciudades, la secularización y la organización a escala colosal. Habían existido tendencias en este sentido en algunos círculos intelectuales antes de 1917, pero no exactamente de la misma forma. La versión del nacionalismo ruso que propugnó surgió en gran medida de su propia cabeza[22].

Desde luego, existía otra ideología que glorificaba la dictadura, el militarismo, el urbanismo, lo colosal y la desconfianza hacia Occidente y se burlaba del campesino, la aldea y la cristiandad. Esa ideología era el marxismo-leninismo. Stalin descompuso las distintas versiones de la identidad nacional rusa hasta lograr una sola, muy peculiar, que además se solapaba al máximo con las ideas marxista-leninistas tal como se habían desarrollado desde 1917. Se animó a los rusos a que disfrutaran de un sentido de nacionalidad, pero al mismo tiempo se los disuadió severamente de que indagaran en él. Las autoridades tenían la sensación de que sabían qué nacionalidad rusa era buena para el pueblo ruso y castigaban todo intento de presentar otras alternativas.

Más aún, se esperaba que los rusos fueran tan soviéticos como rusos. De la misma manera que los zares de la dinastía Romanov habían alentado la adhesión popular al Imperio ruso más que a cualquier idea nacional, Stalin indujo una mezcla de orgullo multinacional de la URSS más que un nacionalismo definido[23]. En un discurso improvisado en la cena que tuvo lugar el 7 de noviembre en el apartamento de Voroshílov declaró, entre otras cosas[24]:

> La vieja Rusia se ha convertido en la URSS donde todos los pueblos son iguales. El país es fuerte por su poder, su ejército, su industria y su agricultura colectiva. Entre los estados y países que son iguales dentro de la URSS esta la nación rusa, que es la más soviética y la más revolucionaria.

No explicó por qué los rusos eran más leales que otras naciones a la Revolución de octubre y a la Unión Soviética. Pero había dos factores de peso. Uno era que la Unión Soviética fue fundada en territorio ruso. La otra era que al pueblo ruso se le habían concedido ventajas negadas a otros. De cualquier modo, Stalin no quería que se transformaran en nacionalistas. Todavía temía a los rusos. En consecuencia, mientras otros pueblos tenían sus propios partidos comunistas, a la RSFSR se lo denegó. Los sentimientos nacionales de los rusos tenían que canalizarse hacia una fusión de las

identidades soviética y rusa. De este modo podría contar con su apoyo sin dejar libre al incontrolable demonio del nacionalismo.

También está claro que la rusificación tenía sus límites en las otras repúblicas soviéticas. La URSS siguió siendo un estado multinacional y Stalin continuó ocupándose de inducir a los no rusos a que se asimilaran al orden soviético. Para esto necesitaba que las escuelas y la prensa utilizaran las lenguas locales y que los grupos nacionales locales tuvieran acceso a promocionarse. Había que fomentar el orgullo nacional. Así, a lo largo y ancho de la Unión Soviética se honró al poeta ucraniano Tarás Shevchenko, que murió en 1861. El homenje de las figuras literarias en Georgia y en otras repúblicas soviéticas del sur del Cáucaso siguió una tendencia similar. El proceso de conseguir que los pueblos de Asia Central se adaptaran afectivamente a las unidades territoriales demarcadas por las fronteras de Kazajstán, Kirguizistán, Tayikistán, Uzbekistán y Turkmenistán también continuó, y los bielorrusos, cuya conciencia nacional no estaba muy desarrollada antes de 1917, siguieron teniendo sus propias escuelas y su prensa.

Este inmenso conglomerado de pueblos, reunidos en el marco de un estado revolucionario, requería nuevas formas de gobierno. Se describe erróneamente a Stalin como un mero zar vestido de rojo. En varios sentidos no pudo haber sido más diferente de Nicolás II. Es verdad que tanto Stalin como el emperador Nicolás, aparte de unas pocas excursiones al ballet, rara vez aparecían en público excepto en ocasiones ceremoniales. Pero Nicolás y su esposa acudían con frecuencia a los lugares de peregrinación cristiana preferidos por los campesinos. En el verano de 1903 disfrutaron con pasión del traslado de las reliquias de San Serafim de Sarov al interior de Rusia[25]. Stalin no iba con regularidad a ninguna parte salvo a su dacha o de vacaciones. No se dignaba recibir a grupos de campesinos peticionarios como habían hecho los zares. Lenin había entendido que esas actividades lo ayudaban a mantenerse en contacto con lo que sucedía en el país en general y a aumentar su popularidad. Stalin desechó esta práctica mucho antes de que empezara a temer por su seguridad personal: debió de haber sabido que los campesinos —y probablemente también la mayoría de los obreros— le

habrían soltado una retahila de quejas acerca de las espantosas condiciones del país.

Hubo una excepción a esta reclusión. Su cuñada María Svanidze apuntó en su diario el relato de un incidente el día del cumpleaños de la hija de Stalin en noviembre de 1935. Svetlana deseaba dar un paseo por el nuevo metro de Moscú y se dispuso que María acompañaría a Svetlana y a su hermano Vasili. En el último momento Stalin dijo que los acompañaría junto con Mólotov. Kaganóvich estaba desconcertado. Aunque había encargado de antemano diez billetes, temía por las implicaciones en materia de seguridad de la noticia de que Stalin iba a ir. Cuando llegaron a la Plaza de Crimea las paredes de la estación de metro, recién inaugurada, todavía no estaban secas, pero ya la usaban pasajeros normales. Los transeúntes distinguieron a Stalin mientras se disponía que él y sus acompañantes viajaran en un vagón separado con su propio motor y, cuando salieron en Ojotny Riad, la estación más cercana al Kremlin, los otros pasajeros aplaudieron. Retomando sus lugares en el vagón, siguieron por la Línea Circular hasta que Stalin decidió que era hora de volver a casa[26].

Nicolás II podría haber hecho una excursión similar de haber estado todavía en el trono. Pero, por lo general, la conducta de Stalin contrastaba con sus prácticas. Daba discursos y escribía artículos acerca de política soviética y mundial, mientras que los Románov dejaban que sus obispos dieran los sermones: los zares no se caracterizaban por escribir compendios de sus intenciones. Nicolás II era creyente y, como gobernante, no sentía la necesidad de explicar su fe fuera de su familia. Stalin era diferente. Durante las décadas de los veinte y los treinta pasó mucho tiempo escribiendo. Era una tarea dura y fatigosa. Prescindía de los servicios de los taquígrafos: pensaba que no se estaban quietos. Escribía laboriosamente a mano y apenas se distraía. Ningún emperador desde Catalina la Grande había sentido tal entusiasmo por escribir —y la emperatriz Catalina había escrito principalmente a corresponsales privados como Voltaire y Diderot—: Stalin elaboraba sus escritos para el mundo entero. Los Románov siempre fueron muy considerados con sus ministros. Stalin disfrutaba humillando a sus subordinados; golpeó y mató a muchos de ellos. Rara vez era amable y nunca dejaba de amenazar (con frecuencia, cuando le daba por ser

agradable, hacía que los demás se preguntaran qué maldad estaría preparando). Daba pavor a los que le rodeaban. Desde Iván el Terrible y Pedro el Grande no había habido un gobernante ruso que se hubiera propuesto producir semejante efecto.

Otra diferencia entre el estilo de gobierno de Stalin y el de los zares era de naturaleza social. Stalin insistía repetidas veces en reuniones privadas que su éxito político se debía al apoyo de «las masas»[27]:

> No niego que los líderes sean importantes; organizan y dirigen a las masas. Pero sin las masas no son nada. Personas como Aníbal o Napoleón perecieron en cuanto perdieron el apoyo de las masas. Las masas deciden el éxito de todas las causas y del destino histórico.

Los zares no se expresaban de este modo. En realidad, en junio de 1937 Stalin dio un paso más. Acostumbrado a brindar a la salud de los comisarios del pueblo, quiso que se les tributara el debido reconocimiento a los «miles» de dirigentes medios y pequeños. «Son gente modesta. No sobresalen y apenas se hacen notar. Pero sería ceguera no percibirlos»[28].

Expresó con más agudeza esta actitud el 7 de noviembre de 1937 durante la cena del aniversario de la Revolución de octubre, cuando pronunció un discurso que la prensa no registró. Declaró que los *praktiki* eran los intermediarios que mantenían el contacto entre el Kremlin y las masas. Sus rivales entre los líderes soviéticos de la década de los veinte habían sido más populares; pero no se dieron cuenta de la necesidad de estimular las carreras de los funcionarios de menor rango. Cuando Dimítrov y otros trataron de elogiarlo personalmente, continuó con su alabanza a los *praktiki*[29]. Pensaba que la derrota de la oposición interna del partido, seguida de las purgas de los últimos meses, había acabado con los líderes que provenían de las capas más altas de la sociedad prerrevolucionaria. Se lo había dicho en junio de 1937 a los comandantes militares después del arresto y la ejecución de Tujachevski[30]. Stalin estaba ansioso por demostrar que tanto él como sus colaboradores supervivientes eran capaces de entender las necesidades de la clase obrera y del campesinado mucho mejor que los privilegiados emigrados de antes. Ellos también provenían de

las capas más bajas, o al menos muchos de ellos. Ningún emperador Romanov alardeó de carecer de una excelente genealogía.

Sin embargo, hubo un momento durante el episodio del metro de Moscú en que las mentalidades se retrotrajeron a la época imperial. En la estación de Ojotny Riad el grupo de Stalin salió del tren para probar el ascensor. Mientras tanto, los pasajeros del andén se metieron en su vagón y permanecían allí cuando Stalin volvió y el tren se puso en movimiento[31]:

> Todo fue muy conmovedor. [Iósif] sonreía gentilmente todo el tiempo, con mirada amable *[dobrye]*, amable y atenta. Creo que lo que lo conmovió, pese a su gran sobriedad, fue el amor y la atención que el pueblo demostraba a su líder *[vozhd]*. No había nada artificial ni formal en ello. Creo que dijo de los aplausos que recibió: la gente necesita un zar, esto es, una persona ante la cual puedan inclinarse y en cuyo nombre puedan vivir y trabajar.

Esta observación no parece referirse exclusivamente a los rusos[32]; probablemente Stalin tenía en mente a todas las masas del antiguo Imperio ruso cuando lo dijo. De cualquier modo, había revelado algo importante acerca de su modo de entender el gobierno de la URSS. A los ojos de Stalin, la Revolución de octubre todavía no había transformado la mentalidad de la mayoría de los ciudadanos soviéticos. Necesitaban que alguien los gobernara, al menos en cierta medida, de manera tradicional. Y esto quería decir que necesitaban un «zar».

Stalin era un avido lector de libros sobre Ivan el Terrible y Pedro el Grande. Admiraba sus poderosos métodos y aprobaba la brutalidad en aras de los intereses del Estado. Era evidente que algunos zares eran mejores modelos que otros. Incluso Ivan el Terrible no llegaba a ser su preferido. Para Stalin, Ivan era demasiado asistematico en la represión de sus enemigos. Sin embargo, en términos generales adoptó ciertas técnicas de gobierno de los zares. La mayoría de los gobernantes Romanov conservaban un aura de misterio. Una exhibición excesiva ante el pueblo habría desacreditado la dignidad y autoridad del trono imperial. Stalin se sumó a esta tradición. Tal vez lo hizo porque sabía que no parecía

enteramente ruso. De hecho, algunos emperadores Romanov tuvieron el mismo problema: Catalina la Grande era una princesa alemana de las casas de Anhalt y Holstein. En el caso de Stalin, la dificultad era mayor por el hecho de que él, un georgiano que gobernaba Rusia, estaba rodeado de muchos que tampoco eran rusos. Ademas, Stalin había modificado su estilo político. Su despacho ya no estaba abierto para que cualquier militante del partido pudiera acudir a consultarlo. No se hacía fotografiar con las delegaciones provinciales en los congresos del partido; no sometía a discusión sus ideas en eventos públicos.

Sólo persistieron unos pocos rastros de su «don de gentes». A pesar de su enorme volumen de trabajo, Stalin todavía encontraba tiempo para escribir notas personales a gente que le escribía acerca de todo tipo de pequeñas cuestiones. Cuando la campesina Fekla Kórshunova, de setenta años, le envió una carta pidiendo permiso para presentarse ante él con una de sus cuatro vacas, le contestó[33]:

> Gracias, madrecita *[matushka]* por su amable carta. No me hace falta una vaca porque no tengo una granja —soy un funcionario del estado *[sluzhashchii]* a tiempo completo, sirvo al pueblo lo mejor que puedo, y es raro que los funcionarios tengan una granja—. Mi consejo, madrecita, es que se quede con su vaca y que la conserve en recuerdo mío.

Esta breve respuesta tiene el peso de una pluma en el conjunto de sus virtudes, y su misantropía asesina la sobrepasa con creces. Pero muestra que incluso en los años del terror era capaz de ser amable con personas desconocidas.

Pese a racionar el número de sus apariciones públicas, Stalin no podía dejar de pronunciar discursos y de hacerlos registrar para los noticiarios soviéticos. Las costumbres del partido podían alterarse, pero no abandonarse del todo. A fin de confirmar su legitimidad como sucesor de Lenin tenía que ponerse en pie en los congresos del partido y pronunciar el discurso de apertura, y también estaba obligado a escribir artículos y folletos explicando las últimas versiones de la doctrina marxista-leninista.

Nunca llegó a ser un orador destacado. Le faltaba el sentido del ritmo; a menudo parecía apresurarse mucho o ir muy despacio, como si no entendiera lo que estaba diciendo[34]. Cuando insistía en algo, lo hacía con torpe severidad. Aun así, su rudeza como orador también jugaba a su favor. Stalin escribía sus propias palabras; siempre meditaba cuidadosamente su mensaje. Pronunciaba los discursos de manera brusca y directa. Parecía más un general arengando a sus tropas que un político, o en algunas ocasiones se asemejaba a un sacerdote que leyera un texto litúrgico cuyos detalles hubieran dejado de atraer toda su atención. Los esfuerzos por animar estas situaciones eran escasos. Si en alguna ocasión había algo de humor, era fuertemente sarcástico, y destacaba la escasez de anécdotas sacadas de su experiencia.

Pero tampoco adoptó una modalidad paternalista. Ningún Románov, ni siquiera los más salvajes como Pedro el Grande, carecía tanto de encantos sociales de cara al público. Stalin conservó hasta el fin de sus días el aspecto rudo del típico veterano bolchevique. Ningún bolchevique fue tan parecido a un zar como él, pero seguía siendo un bolchevique.

LA PSICOLOGÍA DEL TERROR

Con frecuencia Stalin le mentía al mundo cuando al mismo tiempo se mentía a sí mismo. Si alguna vez decía que alguien era un traidor, no sólo estaba manipulando las mentes de otros. Ante la necesidad de creer lo peor acerca de ciertas personas o de ciertos grupos, dejaba que sus palabras se deslizaran del hecho establecido a la realidad deseada. Esto se percibe en un mensaje que le envió a Kaganóvich en agosto de 1934 después de un intento de motín del comandante de división de artillería, Najáiev[1]:

> Por supuesto (¡por supuesto!) no esta solo. Deberían empujarlo contra una pared y forzarlo a decir —a divulgar— toda la verdad y luego castigarlo con total severidad. Es —tiene que ser— un agente polaco-alemán (o japonés). Los chekistas están haciendo el ridículo al discutir sus «opiniones políticas» con él (¡y a eso lo llaman *interrogatorio*!).

Stalin estaba de vacaciones en el mar Negro en ese momento, a cientos de millas de Moscú. Todo lo que sabía acerca del incidente de Najáev le había llegado por telegramas. Le habían dicho que Najáev había engañado a sus tropas para llevarlas a la insurrección; no había ninguna prueba que implicara a Najáev en una trama más amplia. Considerar que Najáev estaba actuando como un «agente polaco-alemán» era una especulación fantasiosa. Stalin había confeccionado un cuento para sí y para otros y luego trataba de aplicarle una capa de verosimilitud.

Rara vez exponía en público sus procesos mentales. No llevaba un diario, y las cartas a su esposa Nadia aportan poco a lo que se conoce acerca

de sus pensamientos más íntimos: como mucho solía referirse escuetamente a su salud, estado de ánimo o al clima. En su correspondencia con Mólotov, Kaganóvich y otros políticos afloran más pistas de sus maquinaciones. A menudo los contenidos eran suspicaces, conspirativos o vengativos[2]. No creía que un problema se produjese por accidente o por error. Suponía que los conspiradores trabajaban en todas partes y tenían que ser descubiertos y castigados[3]. La correspondencia de Stalin lo muestra implacable en su lucha por llevar a cabo sus propósitos. Cuando daba instrucciones a los miembros del Politburó, rara vez les preguntaba sus opiniones, pero siempre exigía un acatamiento total. Al mismo tiempo que creía en el comunismo, no confiaba en los comunistas ni los respetaba.

Trotski escribió sus memorias (una de sus principales actividades después de ser deportado de la URSS en 1929). Mólotov, Kaganóvich y Mikoián escribieron memorias informativas[4]. La hija de Stalin y algunos de sus parientes políticos también dejaron un testimonio de sus experiencias[5]. A veces Stalin dejaba escapar algo en presencia de ellos que nos proporciona una pieza de su rompecabezas mental. Podía ser una afirmación ocasional a Mólotov o a un pariente cercano; igualmente podía ser un discurso improvisado o un brindis en un banquete privado[6]. Desde luego, sería una estupidez olvidar que cuando hablaba por lo general ocultaba algo. Stalin observaba siempre a la gente como si fueran sus enemigos en potencia. Se presentaba constantemente ante las personas con un propósito en mente. Decidía de antemano lo que quería de ellos y adaptaba su conducta a este fin. Rara vez levantaba la voz y su autocontrol era legendario entre sus colaboradores[7]. Incluso muchos de sus archivos privados constituyen un testimonio ambiguo acerca del funcionamiento de la mente de Stalin. Sin embargo, algo se le escapaba; queda suficiente material disponible para que las generaciones venideras elaboren conjeturas plausibles.

Lo que siempre ha sido intrigante es cómo un burócrata poco expresivo de la década de los veinte pudo convertirse en un asesino de masas[8]. Este interrogante es el resultado de la pereza en el análisis. Incluso los estudiosos anticomunistas copiaron el brillante retrato de Stalin que hiciera Trotski[9]. Pero el relato de Trotski era un relato interesado. Al recordar la Guerra

Civil, destacó en particular el modo en que Stalin había conspirado contra la política de organización del Ejército Rojo del partido, pero no mencionó el terror enfermizo perpetrado por Stalin en ese tiempo. El mismo Trotski era un entusiasta del terror durante la Guerra Civil y no tenía por qué criticar un comportamiento que él también había desarrollado. También le disgustaba admitir que debía haber sido capaz de predecir cómo actuaría Stalin en la década de los treinta.

La propensión a la violencia por parte de Stalin, excesiva incluso para las normas bolcheviques, era detectable poco después de la Revolución de octubre. En la Guerra Civil había incendiado poblados enteros cerca del frente del Sur a fin de inspirar temor a los campesinos[10]. Había arrestado a oficiales del Ejército Imperial incorporados a las fuerzas rojas con el menor pretexto y los había subido a una barcaza en el Volga: sólo una intervención de última hora proveniente de Moscú le había impedido ahogarlos[11]. Hasta los reclutas corrientes del Ejército Rojo tenían motivos para estar atemorizados. Stalin y sus camaradas del frente del Sur disponían sus operativos de forma temeraria: las pérdidas humanas sufridas por las fuerzas bajo su mando fueron injustificablemente elevadas. Lenin, al mismo tiempo que admitía que no era un experto militar, se lo reprochó en el VIII Congreso del Partido en marzo de 1919[12]. Un puñado de camaradas despiadados se reunieron en torno a él como si fuera el jefe de su banda. Sus amigos conspiraban juntos y se apoyaban unos en otros cada vez que veían amenazados los intereses de la banda. Stalin estaba dispuesto a pagar cualquier precio humano para lograr sus objetivos, excepto su propia vida. Para Stalin el criterio supremo en materia política era la necesidad de proteger y mejorar su poder personal.

Estaba en su elemento cuando actuaba en un ambiente caótico. Durante la Guerra Civil perfeccionó una artimaña que consistía en un cóctel de sospecha y fanatismo en un ambiente sin escrúpulo moral alguno que les sirviera de freno. Anunciaba los objetivos generales sin especificar cómo debían ser llevados a cabo. Su orden suprema era que había que cumplir los objetivos y, si las medidas que había que tomar implicaban cortar cabezas, no le importaba. Mientras el mundo giraba locamente, sólo Stalin permanecía tranquilo e inconmovible. Así gustaba de actuar Stalin en la

Guerra Civil. Su actuación como líder político y militar se conoció entonces, pero posteriormente se ignoró.

Sin embargo, aunque Stalin era despiadado y cínico, también era optimista a su modo particular. Por lo general se deshacía de los colaboradores que cuestionaban sus políticas. Siempre daba por supuesto que era fácil encontrar gente que reemplazara a los que habían sido asesinados deliberadamente o se habían perdido inadvertidamente en el tumulto. «Cuando el pueblo expresa con claridad sus deseos —dijo como si pronunciara un oráculo délfico— empieza a aparecer gente»[13]. Era un activo promotor de los jóvenes y capaces y daba por supuesto que los reclutados entre la clase obrera y el campesinado podrían dominar con rapidez las tareas más especializadas. En su opinión, los expertos de clase media eran una pesadilla y nadie era peor que los oficiales del Ejército Imperial. Trotski estipuló que debían otorgarse ascensos sólo sobre la base de criterios profesionales; Lenin fluctuaba de cuando en cuando, pero también era reacio a deshacerse de gente sólo a causa de su origen de clase si se necesitaba auténtica pericia. En la dirección del partido, Stalin era el ferviente partidario de elegir según la premisa de la clase. Se tomó muy seriamente la panacea leninista de que los líderes comunistas debían liberar el potencial de las clases sociales inferiores de la vieja sociedad y que las tareas de dirección del socialismo eran de hecho más simples de lo que afirmaban los «especialistas burgueses».

No era el único entre los bolcheviques que sostenía este punto de vista, aunque se apegó a él con un fanatismo que ningún otro bolchevique demostró. No sólo Mólotov y Kaganóvich, sino también otros colaboradores cercanos compartían sus perspectivas generales. Se habían unido a Stalin cuando escalaban el resbaladizo palo de la política soviética en las décadas de los veinte y los treinta. Tenían los mismos enemigos y sabían que su destino estaba sellado si se caían del poder. Al igual que Stalin, veían a los opositores de otras facciones como «cerdos» y «escoria» y empezaron a competir en la demanda de sanciones severas. En una carta dirigida a Stalin, Voroshílov se refería a Trotski, Kámenev y Zinóviev como «horribles individuos insignificantes, traidores, gente acabada», y añadía: «Esta escoria venenosa y miserable debe ser aniquilada»[14].

El entusiasmo de los colaboradores de Stalin por la represión política tenía su origen en las tradiciones del bolchevismo. El discurso del estado soviético siempre se había caracterizado por su extremismo en el tono y el contenido. Términos como «elementos antisoviéticos» y «enemigos del pueblo» habían sido de uso común durante la Guerra Civil. Estaba extendida la noción de que categorías sociales enteras merecían una implacable persecución. Los métodos terroristas se habían aprobado y Lenin y Trotski habían «teorizado» sobre ellos[15]. Los juicios ejemplarizantes y la invención sistemática de acusaciones se habían convertido en un lugar común desde que los líderes social-revolucionarios fueron arrestados y sentenciados en 1922[16]. La práctica de acusar a los que se oponían a los bolcheviques de tener contactos directos con los gobiernos extranjeros y sus agencias de inteligencia había sido algo corriente desde la represión del motín de Kronstadt en 1921. La campaña de arrestos durante el Primer Plan Quinquenal resucitó esas tendencias. Todos los bolcheviques compartían la opinión de que la gente tenía que elegir entre estar a favor o en contra de la Revolución de octubre y todos ellos sabían que el estado soviético estaba sitiado por las fuerzas del capitalismo mundial. Stalin y sus colaboradores eran un grupo brutal, pero habían surgido de un partido que carecía de tolerancia.

Sus colaboradores no sólo trataban de congraciarse con Stalin cuando usaban esos términos. Sin duda se esforzaban por complacer al Jefe y varios eran arribistas. Pero muchos de ellos lo servían y respetaban también porque compartían muchas de sus ideas. Esto era especialmente cierto en los casos de Mólotov y Kaganóvich. El Gran Terror, al mismo tiempo que era instigado por el liderazgo exclusivo de Iósef Stalin, también era una concepción —por más retorcida que fuera— surgida del bagaje mental del bolchevismo tal como se había impuesto en el partido a mediados de la década de los treinta. El grupo que rodeaba a Stalin tenía su propia jerga y sus propias actitudes. Sus miembros hacían propuestas dentro de un ambiente característico. Stalin reunió a otros colaboradores que estaban muy próximos a su orientación básica. Yezhov, que comenzó a trabajar en el Secretariado del Comité Central en 1930, era un ejemplo digno de

mención. Incluso los arribistas recién llegados probablemente llegaron a imbuirse de varios de los principios básicos.

Aun así, Stalin era el espíritu que animaba la camarilla. Estaba orgulloso de su posición en la URSS y, cuando miraba fuera, veía pocos individuos que suscitaran su admiración. Adolf Hitler era uno de esos pocos. La ocasión de expresar su estima le llegó a Stalin en junio de 1934 cuando el Fürher ordenó a las fuerzas armadas alemanas —la Wehrmacht— que arrestara y matara a los miembros de las SA. Fue un acto de asesinato político en masa. Las SA habían sido el brazo paramilitar del Partido Nazi en su ascenso al poder y su líder era Enrst Rohm, colaborador de Hitler. Cuando Rohm comenzó a criticar la confabulación de Hitler con el *establishment* político y económico, firmó su sentencia de muerte y la de su organización. Stalin disfrutó con las noticias acerca de la Noche de los Cuchillos Largos: «¡Qué gran tipo! ¡Qué bien lo ha hecho!»[17]. Sabía lo que decía. Pero lo dijo en una conversación casual con Mikoián: el significado del comentario de Stalin sólo le pareció siniestro de forma retrospectiva. Tal vez otros miembros de la banda hablaran de modo similar. Lo característico de Stalin es que expresaba cada palabra que decía sobre Hitler con intensidad apasionada, y estaba dispuesto a actuar del mismo modo cuando surgiera la oportunidad.

El andamiaje psicológico e intelectual de las inclinaciones de Stalin estaba oculto al público. Admiraba enormemente a Lenin. Pero entre los demás objetos de su admiración se contaba Iván el Terrible. La mayoría de la gente culta de la URSS se habría horrorizado ante esto. Se asociaba al zar Iván con la arbitrariedad en el gobierno, la imposición del terror y con una personalidad enfermiza. Pero Stalin no pensaba lo mismo. Durante años se estudió la vida y el gobierno de este zar del siglo XV.

En una recepción en el Kremlin, el 8 de noviembre de 1937, Stalin acusó a los dirigentes de la oposición de estar planeando la desintegración territorial de la URSS en connivencia con Alemania, Gran Bretaña, Francia y Japón. Juró destruirlos a todos. Declaró que, si alguien intentaba segregar aun la más mínima porción de territorio soviético, «es un enemigo, un execrable enemigo del estado y de todos los pueblos de la URSS». Luego llegó el punto culminante[18]:

> ¡Y aniquilaremos a todos esos enemigos, aunque hayan sido veteranos bolcheviques! ¡Aniquilaremos a toda su estirpe, a su familia! Sin piedad aniquilaremos a todos los que por sus acciones y pensamientos (sí, también sus pensamientos) pongan en peligro la unidad del estado socialista. ¡Por la aniquilación total de todos los enemigos, de ellos y de sus estirpes!

Tanto el estilo como el contenido tenían muy poco de marxismo. ¿Era tal vez un residuo de su propensión a posiciones extremas debido a su crianza en Georgia donde, al menos en las montañas, persistía la tradición de la venganza de sangre? Ésta no puede ser la única explicación. Aunque las tradiciones georgianas bien pueden haberlo alentado a vengarse por cualquier ofensa, éstas no implicaban la idea de que la destrucción tenía que extenderse a toda la familia[19]. Una influencia más plausible es la lectura de la historia antigua de Rusia —durante mucho tiempo había sido un lector entusiasta de la biografía de Iván el Terrible escrita por R. Vipper—[20]. Al proponerse exterminar no sólo a los dirigentes sino también a sus parientes, Stalin reproducía la forma de actuar de Iván el Terrible.

Siguió sopesando las motivaciones del comportamiento humano. Colocó un rasgo del carácter sobre todos los demás: «Lenin tenía razón cuando decía que una persona carente de valor para actuar en el momento crucial no puede ser un auténtico dirigente bolchevique»[21]. Lo escribió en una carta dirigida a Kaganóvich en 1932. Dos años más tarde una opinión similar afloraba en uno de los breves mensajes a su madre: «Los niños le envían sus respetos. Desde la muerte de Nadia, desde luego, mi vida personal es dura. Pero así son las cosas: una persona valiente siempre tiene que ser valiente»[22] (tal vez también intentaba convencerse de su propio valor). Todas sus amistades estaban impresionadas por su fuerza de voluntad. Incluso el testarudo Kaganóvich se plegaba a sus designios. Pero esto no le bastaba a Stalin, que quería mostrarse no sólo decidido, sino también valiente. Esta virtud seguiría siendo un tema dominante de su pensamiento, e insistiría en la necesidad de ella en su último discurso improvisado ante el Comité Central en octubre de 1952, pocos meses antes de su muerte[23].

También se puede entrever su forma de pensar en las anotaciones que hizo en la edición de 1939 de la obra de Lenin *Materialismo y empiriocriticismo.* Stalin estudió este árido trabajo de epistemología pese a todos los asuntos de estado pendientes de resolución. Llenó los márgenes de comentarios. Stalin saboreaba los ataques polémicos de Lenin, garabateaba frases tales como «¡Ja! ¡Ja!» o incluso «¡Madre mía! ¡Bueno, qué pesadilla!»[24]. Su obsesión por Lenin resulta evidente por el modo en que copiaba una y otra vez el nombre de Lenin en caracteres latinos[25]. Con todo, lo más intrigante es lo que escribió en la guarda al final del libro[26]:

> ¡NB! Si una persona es:
> 1) fuerte (espiritualmente)
> 2) activa
> 3) inteligente (o capaz)
> entonces es una buena persona a pesar de que tenga otros «vicios».
>
> 1) debilidad
> 2) pereza
> 3) estupidez
> son la única cosa *[sic]* que pueden considerarse vicios.

Esta es con seguridad la más extraña de todas las reacciones que produjo *Materialismo y empiriocriticismo.* Resulta difícil creer que la lectura del libro pudiera provocar estos comentarios de Stalin; es probable que sencillamente utilizara la guarda como un espacio apropiado para anotar las ideas que acudían a su mente.

Cuando estaba en comunión consigo mismo, Stalin usaba palabras típicas del lenguaje religioso como espíritu, pecado y vicio. Al parecer, el comportamiento humano sólo podía condensarse en tales términos: era evidente que el marxismo no podía por sí solo desempeñar esta función. Stalin volvía al discurso del Seminario de Tiflis; sus primeros años de formación habían dejado en él una huella imborrable.

Sin embargo, el contenido del comentario es profundamente anticristiano; recuerda más a Nicolás Maquiavelo y a Friedrich Nietzsche

que a la Biblia. Para Stalin el parámetro de la bondad no era la moral sino la eficacia. Se debía juzgar a las personas por su fuerza interior, su perseverancia, su sentido práctico y su ingenio. Podía perdonarse cualquier borrón en el expediente si iba acompañado de logros sustanciales al servicio de la causa. Más aún, el hecho de que los rasgos despreciados por Stalin fueran la debilidad, la indolencia y la estupidez revela que el asesino de masas dormía tranquilo. La angustia de llevar la corona del estado no era propia de él: adoraba el poder. Pero también era exigente consigo mismo. Quería acción y deseaba que ésta se basara en sólidos juicios, y no podía tolerar la pereza y las conductas carentes de inteligencia. Se ofrecía para ser aclamado por la historia. Al juzgar su propia carrera en la política revolucionaria, larga y sanguinaria, no hallaba nada que reprocharse. Pero, como un calvinista del siglo XVI, sentía la necesidad de seguir preguntándose si verdaderamente había llegado a alcanzar sus objetivos. Aunque era rudo e insensible cuando estaba con sus camaradas, tenía momentos de introspección. Pero no se atormentaba. El mismo proceso de exponer sus criterios al parecer disipaba las dudas que pudiera tener sobre sí mismo. Se convirtió en su propio mito.

El hecho de que anotara sus comentarios en un ejemplar de una obra de Lenin puede que no fuera casual: Stalin se medía según los parámetros de Lenin[27]. No era una mera influencia ideológica. Stalin había visto a Lenin en la intimidad y siempre respetó e incluso honró su memoria. Pero el lenguaje utilizado en las notas no era precisamente leninista. Es posible que la amoralidad de Stalin no proviniera del marxismo-leninismo, sino de un bagaje ideológico muy anterior. Había leído *El príncipe* de Maquiavelo y anotado su ejemplar (por cierto, la copia ha desaparecido de los archivos)[28]. Su insistencia en la importancia del valor muy bien puede haber derivado de la exigencia suprema de Maquiavelo al gobernante: a saber, que debía mostrar *vertú*. Ésta es una palabra difícil de traducir tanto al ruso como al inglés, pero se identifica con la virilidad, el empeño, el valor y la excelencia. Stalin, si esto es correcto, se consideraba la encarnación de la *vertú* de Maquiavelo.

Tenía una mente compleja y una personalidad predispuesta a fantasías persecutorias y, trágicamente, tuvo la oportunidad de llevar a la práctica sus

propias perturbaciones psicológicas por medio de la persecución de millones de personas. Vislumbraba enemigos por todas partes; su modo de entender la realidad consistía por entero en suponer que hasta el menor problema en su vida personal o política era el resultado de alguna malévola intervención humana. También era proclive a sospechar la existencia de conspiraciones mucho mayores. No limitaba su recelo a la URSS. En relación con el antibritánico Congreso Nacional Hindú de 1938, afirmó ante los delegados recién elegidos del Soviet Supremo de la URSS en 1938 que más de la mitad eran «agentes comprados con dinero inglés»[29]. Está fuera de discusión que el gobierno británico poseía informantes a sueldo. Pero la idea de que una proporción tan grande se dedicara a denunciar a Mahatma Gandhi carece de fundamento, aunque sí puede indicar el estado mental de quien lo sostenía. Prefería vincular a sus «enemigos» con una conspiración extendida por todo el mundo y conectada con los servicios de inteligencia de las potencias extranjeras hostiles. Sus colaboradores reforzaban esta tendencia. Siempre se sintieron sitiados políticamente.

Este sentimiento se incrementó después de eliminar a la oposición en el partido y llevar a cabo campañas de inmensa brutalidad en el país. Trataban a toda la gente que se resistía o que sencillamente los criticaba como basura que debía ser aniquilada. No todos ellos eran fanáticos del terror, aunque algunos sí lo eran y muchos más colaboraron de buena gana. Cada uno de ellos tenía razones para sentir miedo. El profundo rencor que existía en toda la Unión Soviética era real, y no podían estar seguros de que no surgiría un liderazgo político alternativo que lograra imponerse y derribarlos.

Stalin no sufría de psicosis (palabra que prefieren hoy los médicos en lugar de locura). A diferencia de las personas consideradas enfermos mentales, no pasó por trances que le impidieran desempeñar diariamente su trabajo de forma competente. No era un esquizofrénico paranoide. Pero sí tenía ciertas tendencias que apuntaban hacia un trastorno de personalidad paranoide y sociopático. Le sucedía algo muy extraño, tal como sus camaradas más cercanos reconocieron más pronto o más tarde: no tenía un control total sobre sí mismo. No era un fenómeno nuevo sentirse incómodo ante él. Desde la niñez en adelante, sus amigos, al mismo tiempo que reconocían sus cualidades positivas, percibieron un lado profundamente

desagradable. Era extraordinariamente resentido y vengativo. Rumiaba durante años los agravios recibidos. Los efectos de la violencia que ordenaba le dejaban completamente indiferente. Entre 1918 y 1920 y desde finales de la década de los veinte había sometido al terror principalmente a gente que pertenecía a sectores sociales hostiles a la Revolución de octubre; desde mediados de la década de los treinta comenzó a perseguir no sólo a esos grupos, sino también a gente a la que conocía personalmente —y muchos de ellos eran camaradas veteranos del partido—. Su capacidad para volverse contra sus amigos o sus subordinados y someterlos a tortura, trabajos forzados y ejecución ponía de manifiesto un profundo trastorno de la personalidad.

Hubo algunos factores al comienzo de su vida que pudieron haberlo inducido a seguir este camino. Tenía el sentido del honor y de la venganza georgianos. La idea de vengarse de sus adversarios nunca lo abandonó. Sostenía la perspectiva bolchevique de la revolución. La violencia, la dictadura y el terror eran métodos que tanto él como sus veteranos compañeros del partido consideraban normales. El exterminio físico de los enemigos era algo completamente aceptable para ellos. Las experiencias personales de Stalin acentuaron estas tendencias. Nunca pudo superarlas: las palizas en la niñez, el régimen punitivo del Seminario, el desprecio que sufrió cuando era un joven activista, la subestimación de su capacidad durante la Revolución y la Guerra Civil y el ataque a su reputación en la década de los veinte.

La historia no acaba aquí. El ambiente que lo rodeaba en la década de los treinta era realmente intimidatorio. Desde luego, sus propias políticas lo habían hecho así. Sin embargo, tenía toda la razón cuando sentía que tanto él como su régimen estaban bajo amenaza. A finales de la década de los veinte había introducido una medida que era amplia y profundamente detestada en todo el país. Sus discursos no dejaban dudas acerca de que era él quien concebía las políticas oficiales. Su culto confirmaba esta impresión. Los kulaks, los sacerdotes y los «hombres nep» habían padecido a causa del Primer Plan Quinquenal. No es nada disparatado suponer que millones de víctimas, en caso de haber sobrevivido, habrían anhelado la caída de Stalin y su régimen. Sabía que sus rivales querían deshacerse de él

y que lo consideraban poco fiable, estúpido y peligroso. Se acostumbró a planificar las cosas por su cuenta y a deshacerse de sus colaboradores ante el menor signo de que se negaban a secundarle. Veía enemigos por todas partes y tenía la intención de tratarlos con la mayor severidad, por mucho que tuviera que esperar para hacerlo. La situación era terriblemente peligrosa. Stalin era una persona excéntrica. La cultura, la experiencia de vida y probablemente sus características personales le hicieron también peligroso.

Más aún, pese a toda su vida social, Stalin era un hombre solitario —y a los amigos que hizo, o los encontró culpables de deslealtad o murieron—. Nunca más volvió a tener un hogar estable ni tampoco un apoyo afectivo. Su primera esposa había muerto joven. Su vida como activista clandestino del partido había sido inestable y poco satisfactoria, y le resultó casi imposible hacer amigos durante el exilio (no es que lo intentara denodadamente). Su segunda esposa se había suicidado y, entre los mejores amigos con que contaba en la esfera del poder, Kírov había sido asesinado y Ordzhonikidze finalmente terminó oponiéndose a sus ideas estratégicas. Solitario de nuevo, Stalin no tenía paz interior. Era una bomba humana a punto de explotar.

En la relación entre lo que estaba sucediendo en el país y lo que él pensaba sobre ello se producía un círculo vicioso. Sus políticas habían provocado una situación espantosa. Millones de personas murieron en el transcurso de la colectivización en Ucrania, el sur de Rusia, el norte del Cáucaso y Ka-zajstán. La represión fue total tanto en la ciudad como en el campo. El nivel de vida de la población había caído en picado. La resistencia había adoptado la forma de revueltas campesinas y huelgas industriales, y el sector más importante de la dirección del partido no podía depender enteramente de las fuerzas armadas. Aun así, en lugar de cambiar de política, Stalin introdujo más violencia en las tareas de gobierno. A su vez, la violencia alimentaba un resentimiento cada vez mayor y esto indujo a Stalin, de por sí un gobernante profundamente receloso y vengativo, a intensificar y ampliar la aplicación de la coerción por parte del estado. La situación sacó lo peor de él. De hecho, ya había maldad de sobra en él mucho antes de que ejerciera un poder despótico. Explicar no es disculpar:

Stalin era tan siniestro como siempre había sido. Ejercer el terror de forma masiva era acorde con su mentalidad. Cuando tuvo la oportunidad de poner en práctica sus ideas, actuó con una decisión salvaje que tiene pocos paralelos en la historia universal.

EL GRAN TERRORISTA

Si la mente de Stalin estaba predispuesta hacia terror de masas, falta explicar por qué intensificó repentinamente las medidas represivas en los últimos meses de 1936 y las expandió. Durante dos años había estado engrasando la maquinaria de la violencia estatal. Había acabado con la oposición activa. Había arrestado a miles de antiguos miembros de la Oposición Unida y había matado a Zinóviev y a Kámenev. Había deportado a miles y miles de «gentes de antes» de las grandes ciudades. Había llenado hasta los topes el sistema de campos del Gulag con auténticos o supuestos enemigos del régimen. Su supremacía personal era indiscutible. Sobornaba a su entorno para que aceptaran sus principales exigencias políticas y, cuando intuía una falta de acatamiento total, reemplazaba al personal con facilidad. Desde el asesinato de Kírov se habían simplificado los procedimientos judiciales. Stalin seguía consultando formalmente a los miembros del Politburó, pero se trataba meramente de que ratificaran las medidas que la NKVD se disponía a aplicar mediante sus *troiki*. El gobierno del partido había dejado de funcionar en la forma acostumbrada.

En el pleno del Comité Central en diciembre de 1936 se dio un paso más hacia lo que llegó a ser conocido como el Gran Terror[1]. Stalin soltó a sus perros y los azuzó contra Bujarin y los derechistas veteranos. Yezhov, que encabezaba la jauría, declaró que Bujarin sabía de antemano todo lo concerniente a los planes y actividades terroristas del (inexistente) bloque trotskista-zinovievista. El plan era obvio. Se había dado vía libre a Yezhov para que ampliara la red de las anteriores víctimas de la oposición y las etiquetara a todas como si estuvieran relacionadas entre sí y trabajaran para las potencias extranjeras. Durante meses Bujarin había vivido con el temor

de que algo así sucediera. Cuando efectivamente ocurrió, le cogió por sorpresa. Todavía era el editor de *Izvestiia*. Había escrito artículos que, si se leían entre líneas, podían interpretarse como advertencias acerca de los efectos de las políticas de Stalin, pero se había mantenido alejado de los supervivientes de la Oposición de Izquierdas. No había tenido nada que ver ni con Zinóviev ni con Kámenev durante años. Aun así, Stalin y Yezhov querían darle caza. Bujarin pidió un careo con los prisioneros de Yezhov que le incriminaban. Se dispuso que tuviera lugar en presencia de Stalin y del Politburó. Después de que lo sacaran a rastras de la Lubianka, Yevgueni Kulikov declaró que Bujarin había presidido un Centro de Unión[2]. Gueorgui Piatakov fue más lejos y declaró que Bujarin se había relacionado con regularidad con conocidos trotskistas como él mismo[3].

Todavía no se arrestó a Bujarin, pero desde diciembre de 1936 hasta julio de 1937 la red de represión se extendió cada vez más y se terminó de confeccionar la lista de víctimas agrupadas en distintas categorías. La NKVD arrestó a los seguidores de la oposición tanto de izquierdas como de derechas. Arrestó a cargos del partido, del gobierno, del ejército y de otras instituciones públicas. Arremetió contra sectores más amplios de la sociedad que tenían conexiones con las élites prerrevolucionarias. Arrestó a miembros de los viejos partidos antibolcheviques, del clero y a antiguos kulaks. Arrestó y deportó a distintos grupos nacionales y étnicos de las regiones fronterizas de la URSS. Tras haber identificado a las categorías que iban a ser objeto de la represión, la maquinaria de terror de la NKVD se mantuvo en acción a todo gas hasta noviembre de 1938.

Una cosa es segura: fue Stalin quien instigó la carnicería de 1937 y 1938, aunque hubo una corriente popular de opinión en la URSS que sostenía que no era el principal culpable. Se suponía que sus colaboradores y consejeros lo habían convencido de que sólo las medidas más extremas salvarían el estado de la destrucción y en las últimas décadas un puñado de autores ha seguido sosteniendo esta idea[4]. Pero era un autoengaño. Stalin inició y mantuvo el impulso hacia el Gran Terror. No le hacía falta que otros lo empujaran. Fue él y nadie más quien planeó los encarcelamientos, la tortura, los trabajos forzados y el fusilamiento. Recurrió al terror sobre la base de las doctrinas bolcheviques y de las prácticas soviéticas precedentes.

También se dedicó a él al margen de un impulso psicológico interno[5]. Aunque no necesitaba muchos incentivos para mutilar y matar, tenía una estrategia en mente. Cuando actuaba, su brutalidad era tan mecánica como una ratonera. Stalin sabía qué estaba cazando durante el Gran Terror y por qué lo hacía. Había una lógica básica en su actividad criminal. Era una lógica que cobra sentido en el marco de sus rasgos personales, que interferían en la práctica y la teoría del bolchevismo. Pero él era el déspota. Lo que pensaba y ordenaba se había convertido en el factor dominante de lo que se hacía en las instancias superiores del estado soviético.

De todas sus razones, la principal era la seguridad, y no distinguía entre su seguridad personal y la de sus políticas, del liderazgo y del estado. Ya viejos y atontados, Mólotov y Kaganóvich sostendrían que Stalin había tenido temores justificados acerca de la posibilidad de que una «quinta columna» apoyara a las fuerzas invasoras en caso de guerra[6]. Stalin insinuó algo al respecto. Estaba perplejo ante lo fácil que le había resultado al general Franco conseguir partidarios durante la Guerra Civil española, que estalló en julio de 1936[7]. Se proponía evitar que alguna vez sucediera esto en la URSS. Esto explica en cierto modo por qué él, que estaba convencido de la eficacia del terror de estado, intensificara la violencia en 1937 y 1938. Aun así, es probable que se hubiese sentido compelido a ejercer el terror incluso sin las presiones de la situación internacional. Ya antes de finales de la década de los treinta había sentido este impulso. Dentro del partido cundía el descontento hacia él y sus políticas, y en realidad en todo el país había una furia general. Aunque su poder era enorme, nunca se permitió el lujo de bajar la guardia. No podía desechar la posibilidad de que el amargo descontento estallase en un movimiento que se le opusiese con éxito. La ruptura revolucionaria de Stalin con la NEP había provocado sacudidas que estaban muy lejos de haberse extinguido. Bajo la apariencia de tranquilidad y obediencia bullía un profundo resentimiento en el estado y en la sociedad que ya le había dado motivos de angustia.

Así, si su reacción ante la Guerra Civil española fue la cerilla, el conjunto de la situación política y social de la URSS durante los años inmediatamente anteriores fue el yesquero. Stalin estuvo muy cerca de

afirmarlo en el mensaje que él y Zhdánov enviaron desde el mar Negro a Kaganóvich y Mólotov el 25 de septiembre de 1936[8]:

> Consideramos que es un asunto totalmente necesario y urgente nombrar al camarada Yezhov como comisario del pueblo de Asuntos Internos. Queda claro que Yagoda no ha estado a la altura de la tarea de desenmascarar al bloque trotskista-zinovievista. La OGPU lleva cuatro años de retraso en este problema.

Al encender la cerilla, Stalin no tenía necesariamente un plan predeterminado, del mismo modo que no lo tenía para la transformación económica a comienzos de 1928. Aunque las categorías de víctimas se solapaban unas con otras, podría haber evitado arremeter contra todas ellas en tan corto lapso de tiempo. Pero el yesquero había estado cerca y a la vista. Estaba ahí para que lo encendieran y Stalin, considerando una categoría tras otra, acercó la llama.

El antiguo aliado de Trotski Gueorgui Piatakov había sido arrestado antes del ascenso de Yezhov. Piatakov había trabajado con eficacia como adjunto de Ordzhonikidze en el Comisariado del Pueblo de Industria Pesada. Ordzhonikidze, en discusiones que siguieron al pleno del Comité Central de diciembre de 1936, se había negado a creer las acusaciones de terrorismo y espionaje que pesaban sobre Piatakov. Era una batalla que Stalin tenía que ganar si quería seguir adelante con su campaña de represión. Bajo presión psicológica, Piatakov confesó haber cometido traición relacionándose con grupos contrarrevolucionarios. No pudo soportarlo más. Cuando lo llevaron a entrevistarse con Ordzhonikidze en presencia de Stalin, confirmó el testimonio dado a la NKVD. A finales de enero de 1937 tuvo lugar un segundo juicio de grandes dimensiones. Piatakov, Sokólnikov, Rádek y Serebriakov fueron acusados de dirigir un Centro Antisoviético Trotskista. Había muchas discrepancias en los testimonios, pero el tribunal no dudó en sentenciar a Piatakov y a Serebriakov a muerte y disponer largos períodos de confinamiento para Rádek y Sokólnikov. Mientras tanto, el hermano de Ordzhonikidze había sido fusilado por orden de Stalin. El propio Ordzhonikidze se quitó de en

medio: salió de su apartamento el 18 de febrero después de un violento altercado con Stalin y se pegó un tiro. Ya no quedaba nadie en el Politburó que estuviera dispuesto a enfrentarse a Stalin y detener la maquinaria represiva[9].

El suicidio de Ordzhonikidze tuvo lugar durante el transcurso de un pleno del Comité Central que se prolongó hasta marzo de 1937. Stalin, sin esconderse detrás de Yezhov, afirmó que el bloque trotskista-zinovievista había instalado una agencia de espionaje, sabotaje y terrorismo que trabajaba para los servicios de inteligencia alemanes[10]. Yezhov repitió que los trotskistas, los zinovievistas y los derechistas operaban en una misma organización y Stalin, con el consentimiento del pleno, le ordenó llevar a cabo una investigación exhaustiva[11]. Stalin también amenazó a todos los que ocupaban puestos en el partido. Se proponía desmantelar el sistema de clientelismo que obstaculizaba la acción de una jerarquía administrativa vertical[12]:

> ¿Qué significa si juntáis todo un grupo de amigos a vuestro alrededor? Significa que habéis adquirido cierta independencia de las organizaciones locales y, si queréis, cierta independencia del Comité Central. El tiene su propio grupo y yo tengo el mío y responden ante mi persona.

La alarma anunciaba una purga en el partido y en la policía. Bujarin fue arrestado el 27 de febrero; Yagoda, el 29 de marzo. Las expulsiones masivas del partido se realizaron durante todo el verano. El mariscal Tujachevski fue arrestado el 27 de mayo junto con la mayoría de los miembros del Mando Supremo. Tanto el partido como la policía y las fuerzas armadas eran instituciones bajo sospecha. Tujachevski fue fusilado el 11 de junio: había firmado una confesión con la mano ensangrentada después de una tremenda paliza.

Caían las altas amapolas de la URSS. Todavía se convocó otro pleno del Comité Central el 23 de junio. Yezhov dio cuenta de sus investigaciones. Falseando descaradamente las pruebas, informó de que se había descubierto un Centro de Centros que reunía a los derechistas, los mencheviques, los

socialrevolucionarios, el Ejército Rojo, la NKVD, los zinovievistas, los trotskistas y los dirigentes provinciales del partido. Afirmó que se trataba de una conspiración a escala máxima. No sólo los antibolcheviques y los antiguos miembros de la oposición bolchevique, sino también actuales dirigentes del partido habían conspirado para derrocar a Stalin y sus camaradas. Yezhov daba a entender que sólo gracias a su vigilancia se había evitado que el golpe tuviera lugar[13].

Stalin manipuló el proceso con astucia. De nuevo se las arregló para ocultarse tras las propuestas de Yezhov y simular que él no tenía nada que ver con la planificación de la represión. Pero cuando comenzaron las maniobras contra los miembros del Comité Central, le resultó imposible no decir nada y, en cualquier caso, las críticas abiertas a los arrestos enseguida le ponían furioso. En el pleno del Comité Central de junio de 1937 G. N. Kaminski, comisario del pueblo de Salud, objetó: «Si seguimos así vamos a matar al partido entero». Stalin replicó con ferocidad: «¡Y usted no tendrá amistad con esos enemigos!». Kaminski estaba convencido de su posición y se mantuvo firme: «No son mis amigos en absoluto». Stalin volvió a la carga: «¡Bueno, en ese caso quiere decir que es una baya del mismo prado!»[14]. Otro valiente fue Osip Piátnitski, un destacado funcionario soviético de la Comintern, que con vehemencia se opuso a la propuesta de ejecutar a Bujarin y acusó a la NKVD de inventar sus casos. Stalin suspendió las sesiones y reunió al Politburó para discutir este estallido. Voroshílov y Mólotov intentaron persuadir a Piátnitski de que se retractara. Piátnitski se negó. Cuando el Comité Central volvió a reunirse, Yezhov denunció que Piátnitski había sido agente de la Ojrana. Los días de Piátnitski estaban contados. Stalin cerró el pleno el 29 de junio. Había desmantelado toda oposición e instado al Comité Central a expulsar de sus filas a treinta y cinco miembros, entre miembros de pleno derecho y candidatos. El Comité Central, conmocionado, votó a favor[15].

Con la aprobación del atribulado Comité Central, el 2 de julio el Politburó se decidió a promulgar un decreto para llevar a cabo una purga definitiva de «elementos antisoviéticos». No sólo había que eliminar a la supuesta dirección del Centro de Centros (totalmente inventado), sino que también había que ensañarse con categorías sociales enteras[16]. Esto

afectaría a los antiguos kulaks, mencheviques, social-revolucionarios, sacerdotes, miembros de la oposición bolchevique, miembros de partidos no rusos, soldados del Ejército Blanco y delincuentes comunes liberados. Stalin y Yezhov redactaron la orden número 00447, que fue sancionada por el Politburó el 31 de julio. Se había dispuesto que la campaña comenzara el 5 de agosto, y Stalin dio señales de su intención de supervisarla al no tomarse sus habituales vacaciones en el mar Negro. Yezhov, que lo consultaba con frecuencia, estableció una amplia cuota de gente a condenar en la URSS. Con refinada precisión, decidió que 268.950 individuos debían ser arrestados. Los procedimientos implicarían una farsa judicial; se obligaría a las víctimas a comparecer ante las *troiki* revolucionarias del partido y la policía y, sin derecho a defensa o apelación, serían declarados culpables. También se indicaba con exactitud cuántos debían ser condenados a trabajos forzados: 193.000 individuos. El resto, 75.950, serían ejecutados.

El hecho de que ordenara el asesinato de cerca de tres de cada diez personas arrestadas en virtud de la orden número 00447 invalida la hipótesis de que las purgas masivas de Stalin de mediados de 1937 se hicieran principalmente para obtener mano de obra esclava[17]. Indudablemente las iniciaticas de la NKVD necesitaban esa fuerza de trabajo para cumplir con sus objetivos en la construcción, la minería y la manufactura. Pero el Gran Terror, si bien tenía un propósito económico, significó una pérdida sistemática de recursos humanos. Los asesinatos en masa demuestran que los intereses de la seguridad estaban en primer plano en la mente de Stalin.

El 25 de julio de 1937 Stalin y Yezhov presentaron también la orden número 00439, que esparció una red de terror sobre otra categoría de gente. Debían ser arrestados los ciudadanos alemanes y los ciudadanos soviéticos de nacionalidad alemana. La orden no especificaba una cuota: a la NKVD se le encargó simplemente que llevara a cabo la operación según su propia iniciativa. De hecho, 55.000 personas recibieron sentencias punitivas y esto incluía 42.000 ejecuciones[18]. Stalin había llegado a la conclusión de que cierto tipo de extranjeros eran tan peligrosos para él como los kulaks y otros «elementos antisoviéticos». No se conformó con los alemanes que residían

en la URSS. Después fueron los polacos, los antiguos emigrados de la ciudad china de Jarbín, los letones y otros pueblos. Los «operativos nacionales» de esta naturaleza continuaron durante lo que quedaba de 1937 y durante todo 1938.

La conclusión es inevitable. Stalin había decidido lidiar con quienes suscitaban sus preocupaciones en materia de seguridad mediante la práctica continua de arrestos y asesinatos masivos a cargo de la NKVD. Una y otra vez se aumentaban las cuotas establecidas para la operación contra los «elementos antisoviéticos» y crecía la lista de nacionalidades consideradas hostiles. No se desalentaba a los dirigentes de las provincias para que solicitaran autorización para elevar el número de víctimas. Stalin escribía telegramas en los que fomentaba el entusiasmo criminal. No se ha conservado ningún documento que atestigüe que tomara otro camino y tratara de detener el flujo de arrestos, tortura y asesinatos. Cuando el Comité Regional del Partido de Krasnoiarsk le escribió acerca de un incendio de un almacén de grano, se limitó a responder: «Ocúpense enseguida de los culpables. Condénenlos a muerte»[19]. No se les daba a los dirigentes locales ninguna directriz para que se cuidaran de reprimir sólo a la gente «correcta». Lo que más le importaba era conseguir que sus subordinados llevaran a cabo el Gran Terror con fanatismo. Se cortaron tajadas grandes y sangrientas del personal del partido, del gobierno y del resto de las instituciones. Se corría la voz de que el único modo de salvar la vida, si era posible, era cumplir con entusiasmo las órdenes acerca de la represión.

Incluso Kaganóvich tuvo que defenderse ante él cuando Stalin le echó en cara su pasada vinculación con un «enemigo del pueblo», el mariscal Iona Yakir. Kaganóvich juntó coraje para señalar que había sido el propio Stalin quien había recomendado a Yakir una década antes[20]. Nikita Jrushchov, secretario del Comité del Partido en Moscú, fue objeto de una amenaza similar cuando Stalin lo acusó de ser polaco. En una época en que los emigrados comunistas polacos en Moscú eran rutinariamente fusilados, es comprensible que Jrushchov se aplicara para probar que era un ruso genuino[21].

La participación de Stalin siguió siendo directa y muy comprometida cuando sus enviados acudían a los principales centros para presidir los saqueos y arrestos de los líderes locales. Uno de esos embajadores era el miembro del Politburó Andréiev, miembro arrepentido de la Oposición Obrera cuyo pasado le obligaba a llevar a cabo las órdenes sin rechistar. Fue a ciudades como Cheliábinsk. Krasnodar, Samara, Sarátov, Sverdlovsk y Vorónezh y también a repúblicas soviéticas como Bielorrusia, Tayikistán, Turkmenistán y Uzbekistán[22]. Andréiev decidía rápidamente a quién había que arrestar y quién iba a reemplazarlo, pero consultaba a Stalin antes de seguir adelante con sus planes. Desde Stalinabad, en Tayikistán, informó de que los «enemigos han estado trabajando aquí de manera preponderante y lo han podido hacer con bastante libertad». Stalin le contestó en un telegrama el 3 de octubre de 1937[23]:

> Nombramos a Protopópov como Primer Secretario [del Partido], a Iskandérov, como segundo, a Kurbánov como Presidente del Sovnarkom, a Shagodáiev como Presidente del Comité Ejecutivo Central.
>
> Hay que arrestar a Ashore y a Frolov. Usted tiene que partir a tiempo para estar de regreso aquí en Moscú para el pleno del Comité Central del Partido Comunista de la Unión Soviética, el 10 de octubre.
>
> Deje que Belski vaya a Turkmenia dentro de unos días para llevar a cabo una purga. Recibiráinstrucciones de Yezhov.

Andréiev, Malenkov, Zhdánov y otros viajaron por diversas regiones llevando a cabo la política de su amo.

Aunque era físicamente imposible ratificar todas y cada una de las operaciones llevadas a cabo en cada localidad, Stalin todavía se las arregló para examinar 383 «álbumes» de víctimas del Gran Terror propuestas por Yezhov. Sólo estos álbumes contenían los nombres de cerca de 44.000 personas. Cuanto más elevada era la posición de la víctima, más probable era que Yezhov requiriera la firma de Stalin antes de proceder. Se esperaba que Stalin, que era un hombre ocupado, revisara las listas y señalara las

sentencias que recomendaba cuando distinguiese un nombre conocido y tuviese alguna preferencia sobre lo que debía hacerse. Lo hacía con su acostumbrada diligencia y no hay señales de que pusiera objeciones a hacer las cosas según la «modalidad del álbum». Todo el tiempo hizo que el resto del Politburó también participara en el proceso. Se solicitó la aprobación de Mólotov, Kaganóvich, Voroshílov y otros, y con frecuencia ellos añadían fiorituras retóricas a los nombres. «¡Que el perro muera como un perro!», fue una de las aportaciones de Mólotov. Stalin todavía trataba de evitar que toda la responsabilidad recayera sobre él. Obviamente, en el fondo seguía preocupándole salir mal parado de las atrocidades que organizaba. Tras haber coaccionado a sus camaradas para que aprobaran sus medidas, quería que continuaran con esa complicidad formal.

El hecho de que Stalin escogiese como blanco a millones de personas que no habían contravenido ninguna ley tuvo consecuencias operativas. Lo mismo pasó con su decisión de purgar todas las instituciones públicas. En esta situación, era esencial obtener el apoyo y la cooperación de los cargos del partido, del gobierno y de la policía, que de otro modo podrían haber interrumpido el proceso —y al final muchos de ellos fueron condenados a pagar su sumisión con sus propias vidas—. Fue presumiblemente por esta razón por la que Stalin necesitaba que se celebraran juicios, por más espurios y sumarios que fueran. No sólo eso: se sentía constreñido a obtener pruebas del crimen. De algún modo tenía que demostrar a los supervivientes del Gran Terror, incluyendo a los individuos que promovió desde orígenes oscuros, que la temible violencia estatal tenía justificación. La comparación con la Alemania nazi viene al caso. Cuando las fuerzas de seguridad alemanas persiguieron a los judíos, gitanos, homosexuales y deficientes mentales, el antagonismo del régimen hacia ellos no era un secreto. Hitler mantuvo en secreto el número de arrestos y el destino de los que habían sido arrestados, pero esta reserva tenía la intención de evitar una oposición innecesaria de parte de los ciudadanos del Reich: desde su punto de vista, no tenía necesidad de simular que las víctimas eran espías o saboteadores. Lisa y llanamente habían sido arrestados por ser judíos, gitanos, homosexuales o deficientes mentales.

Esta comparación no favorece a Stalin. Los kulaks, los sacerdotes, los mencheviques, los alemanes, los jarbinitas y los trotskistas carecían del antagonismo popular que Hitler había inducido contra sus víctimas. Había que mostrarlos como una presencia maligna en la respetable y leal sociedad soviética. Stalin dirigía un régimen de terror. Aun así, hasta para él era necesario conservar la confianza de los funcionarios cuyas vidas perdonaba. No importaba demasiado que sus acusaciones contra las víctimas fueran intrínsecamente inverosímiles. Lo que contaba era que los taquígrafos pudieran registrar que, en lo concerniente al estado, se había llevado a cabo el debido proceso legal. Stalin siempre había visto el mundo en términos de blanco y negro. Los matices no existían para él, e implícitamente creía que las personas en las que sentía que no podía confiar realmente trabajaban activamente para conspirar contra él y sus políticas. Por lo tanto, por razones psicológicas también necesitaba que se demostrara que sus víctimas habían actuado mal y, como la NKVD no poseía pruebas materiales, la única opción posible para condenar a los supuestos espías y saboteadores era hacer que se declararan culpables. Los intereses del estado convergían con los aberrantes propósitos de un líder desequilibrado.

Aparentemente actuaba así porque le habían mostrado pruebas de que la NKVD había puesto al descubierto a los «enemigos del pueblo» —agentes imperialistas, subversivos y contrarrevolucionarios—. Stalin era tan proclive a la sospecha que es probable que se convenciera de que muchos de los que condenó al Gulag o a muerte verdaderamente eran culpables de esos crímenes contra el estado. Lo más cerca que estuvo de ser testigo del resultado de su barbarie fue cuando dispuso los *careos* entre algunos dirigentes destrozados deseosos de «confesar» y algún otro dirigente denunciado, pero al que todavía no se había arrestado. Cuando tuvo lugar el careo con Kulikov en diciembre de 1936, Bujarin parecía una mariposa mirando el alfiler que estaba a punto de clavarla en un tablero.

Aunque aparentemente a Stalin le agradaban estos careos, los organizó únicamente en el período en que todavía necesitaba la sanción de sus camaradas del Politburó para emitir veredictos particulares. Después de comienzos de 1937 renunció a ellos porque ya no eran necesarios. A lo largo de los últimos meses de 1937 las purgas continuaron. Afectaron tanto

a los funcionarios locales como a los de la administración central y también a gente «corriente». Se anunciaron premios para los heroicos carniceros de la NKVD. Yezhov ocupaba el segundo lugar después de Stalin en el reconocimiento oficial. El 16 de diciembre le tocó el turno de ser juzgados por un Colegio Militar a Abel Enukidze y a sus compañeros, acusados de ser espías, nacionalistas burgueses y terroristas. Todo se hizo en secreto y con suma rapidez. Todos fueron fusilados[24].

En marzo de 1938 le tocó el turno a Bujarin. Junto con él en el banquillo de los acusados también había otros tres antiguos miembros del Comité Central del Partido en época de Lenin: Alexéi Rykov, Nikolái Krestinski y Christian Rakovski. Yagoda también estaba acusado, así como varias figuras de segunda fila. El tercer gran juicio fue organizado por figuras dirigentes de la NKVD que hasta el momento habían sobrevivido al Gran Terror. Los cargos eran tan grotescos e inverosímiles como los anteriores. De Bujarin en particular se dijo que había conspirado en 1918 para asesinar a Lenin y a Stalin y tomar el poder. Rechazó esta acusación, aunque aceptó la responsabilidad política por las supuestas conspiraciones contra Stalin de finales de la década de los treinta. Krestinski no se mostró tan dispuesto a cooperar. En su primera aparición en el tribunal se retractó del testimonio dado en prisión. Al día siguiente, aún más demacrado, reafirmó el testimonio acordado con sus captores. Casi todos los acusados habían sido golpeados salvajemente. Aunque Bujarin se ahorró esto, claramente era un hombre destrozado. Desde su celda de la prisión le había escrito una nota a Stalin: «Koba, ¿para qué necesitas mi muerte?». Pero Stalin quería sangre. Consultado sin cesar por el fiscal general Andréi Vyshinski y por Vasili Ulrij al final de cada jornada de trabajo en el tribunal, ordenó que la prensa mundial debía convencerse de la veracidad de las confesiones antes de que se dictaran las sentencias[25]. Realmente lograron engañar a muchos periodistas occidentales. El veredicto se anunció el 13 de marzo: casi todos los acusados iban a ser fusilados.

Dos días más tarde Stalin autorizó una operación más amplia para purgar los «elementos antisoviéticos». Esta vez quería que se arrestara a 57.200 personas por toda la URSS. Había acordado con Yezhov que 48.000 de ese total, rápidamente pasarían por el procedimiento de las *troiki* y serían

ejecutadas. Yezhov, para entonces ya muy ejercitado en la organización de estos operativos, llevaba a cabo sus deberes con entusiasmo. Durante la primavera, el verano y el otoño de 1938 la carnicería siguió mientras la máquina de picar carne de la NKVD cumplía con su horrenda tarea en nombre de Stalin. Tras haber puesto los mandos en manos de Yezhov y haberle ordenado que encendiera la máquina, Stalin podía mantenerla en funcionamiento tanto tiempo como le pareciera adecuado.

Stalin nunca vio los sótanos de la Lubianka. Ni siquiera echó un vistazo a la picadora de carne de los operativos. Yezhov solicitaba y recibía enormes recursos para hacer su trabajo. Necesitaba más cosas aparte de sus oficiales ejecutivos de la NKVD para poder cumplir su cometido. El Gran Terror requería taquígrafos, guardias, verdugos, personal de limpieza, torturadores, administrativos, ferroviarios, camioneros e informantes. Los camiones con letreros como «Carne» o «Verduras» llevaban a las víctimas a zonas rurales tales como Butovo, cerca de Moscú, donde estaban listos los campos de exterminio. Los trenes, que a menudo atravesaban las ciudades por la noche, transportaban a los prisioneros del Gulag hacia el extremo norte de Rusia, a Siberia o a Kazajstán en vagones de ganado. Los infortunados no tenían agua ni comida suficiente y el clima —terriblemente frío en invierno y espantosamente caluroso en verano— agravaba el tormento. Stalin decía que no quería que los presos de la NKVD fueran tratados como si estuvieran de vacaciones. Sistemáticamente se suprimieron las pocas comodidades de las que él mismo había disfrutado en Nóvaia Udá, Narym, Solvichegodsk e incluso Kureika. Cuando llegaban a los campos de trabajo se les mantenía constantemente hambrientos. Los nutricionistas a las órdenes de Yezhov habían calculado el mínimo de calorías que debían suministrárseles para llevar a cabo pesados trabajos de talado de árboles, minería de oro o construcción de edificios, pero la corrupción en el Gulag estaba tan extendida que los internos rara vez recibían sus raciones enteras —y no consta que Stalin hiciese ningún esfuerzo por averiguar cuáles eran las verdaderas condiciones de vida allí.

Tal era el caos del Gran Terror que, a pesar de la insistencia de Stalin en que todas las víctimas debían ser procesadas formalmente por las *troiki*, el número de arrestos y ejecuciones no puede determinarse con exactitud. El

caos impidió tales precisiones. Pero todos los registros, por más que difieran en los detalles, apuntan en el gran terrorista la misma dirección. En conjunto parece ser la NKVD arrestó a un total aproximado de un millón y medio de personas entre 1937 y 1938. Tan sólo unas doscientas mil fueron finalmente liberadas. Caer en las fauces de la NKVD significaba por lo general enfrentarse a una sentencia terrible. Las *troiki* desempeñaban su horripilante tarea con empeño. Circulaba la versión —o se permitía que circulara— de que Stalin utilizaba a casi todos los detenidos como trabajadores forzados en el Gulag. En realidad, la NKVD tenía la orden de llevar aproximadamente a la mitad de las víctimas no a los nuevos campos de Siberia o del norte de Rusia, sino a las fosas de ejecución situadas en las afueras de la mayoría de las ciudades. Cerca de 750.000 personas perecieron bajo una lluvia de balas en ese breve período de dos años. El Gran Terror tenía su espantosa lógica.

EL CULTO A LA IMPERSONALIDAD

El culto a Lenin relucía como una película de aceite sobre el oscuro océano de la realidad soviética a finales de la década de los treinta. Stalin siempre había presidido sus ritos. Fue él quien dispuso que el cadáver del líder soviético fuera expuesto en el Mausoleo. Organizó la publicación de las memorias de Lenin y contribuyó a fundar el Instituto Lenin. Juraba eterna lealtad a las ideas y prácticas de Lenin. Durante la Nueva Política Económica declaró que no era más que un alumno del gran hombre.

La «biografía» escrita por el asistente de Stalin, Iván Tovstuja, en 1927 era en realidad sólo un catálogo de sus arrestos, lugares de exilio, principales publicaciones y cargos oficiales. Aunque mencionaba el apoyo de Stalin a Lenin contra Kámenev y Zinóviev en octubre de 1917, no había referencias a las posteriores campañas de facciones, y Stalin figuraba simplemente como «uno de los secretarios del Comité Central del Partido desde 1922»: se omitía su título completo de secretario general[1]. Con el ascenso de Stalin a la cima del poder político a finales de la década de los veinte, todo esto empezó a cambiar. Después de derrotar a Bujarin y a la Desviación de Derechas, quiso ser apreciado como alguien mucho más importante que un simple administrador del partido. El 21 de diciembre de 1929, fecha del (supuesto) quincuágesimo cumpleaños de Stalin, la celebración adquirió la pompa de una ceremonia estatal[2]. Aunque se sintiera avergonzado (y de hecho se cuidaba de parecer ridículo por permitir elogios excesivos)[3], sus propios intereses políticos le dictaban la necesidad de ser aclamado por los medios de comunicación en un período en que los opositores hacían una crítica mordaz. Stalin aspiraba a su propio culto personal.

Siguió expresando admiración por su antecesor. Aunque permitió que otros utilizaran los términos «marxismo-leninismo-estalinismo», se abstuvo de hacerlo. Incluso se negó a autorizar una edición completa de sus obras (mientras que Trotski ya había publicado veintiún volúmenes de sus escritos antes de caer en desgracia). En una gran conferencia sobre propaganda en Moscú en 1938, condenó los intentos de que se intentara colocarlo al mismo nivel que Lenin como teórico del partido. Insistió en que su obra *Fundamentos del leninismo* era sólo un trabajo de exégesis. La originalidad del pensamiento correspondía a Lenin, por lo que tenía sentido hablar de marxismo-leninismo y no de marxismo a secas. Pero no había que confundir al maestro con el alumno[4].

Sin embargo, con frecuencia dejó que su luz eclipsara la aureola que rodeaba a su predecesor. Comenzaron las comparaciones entre los dos hombres, en detrimento de Lenin. El historiador del partido, Yemelián Yaroslavski, sostenía que Stalin era el más decisivo de los dos líderes y basaba esta postura en la cantidad de años que Lenin había pasado en la emigración[5]. Pero habitualmente la degradación de Lenin se hacía en el aspecto visual más que en los escritos. El día de Año Nuevo de 1931 apareció en la primera plana de *Pravda* un dibujo de Stalin —mientras que Lenin aparecía sólo como un nombre impreso en un estandarte—[6]. Se utilizó una imagen similar para insistir en la grandeza de Stalin en los anales del comunismo soviético el día de Año Nuevo de 1937[7]. Se prefería publicar dibujos en lugar de caricaturas. *Pravda* siempre había evitado publicar representaciones humorísticas de los líderes del partido (aunque se consideraban de buen tono las de los políticos anticomunistas extranjeros). Esta tradición prosiguió a lo largo de la década de los treinta. No se toleraba la menor liviandad que infringiera la dignidad de Stalin y, cada vez que aparecía su imagen en los periódicos soviéticos, era en contextos que corroboraban su posición suprema. Los retratos de encargo tenían que mostrar a un genio inspirado con capacidad de decisión y sabiduría para cambiar la faz del estado y la sociedad de la URSS, y tanto editores como censores se afanaban por lograrlo.

Con frecuencia se sacaban fotos. Entre las más famosas hay una tomada en el momento en que alzó en brazos a la pequeña Guelia Markízova

cuando ella le ofreció un ramo de flores[8]. Su luminosa carita sonriente adornó muchos libros en los años siguientes. No sabían los lectores que los padres de la niña perecieron en el Gran Terror muy poco después de ese gran día. Pero Stalin obtuvo lo que quería. Pudo hacerse representar como el amigo más tierno de todos los niños del país.

Buscaba identificarse con la gente joven en general. *Pravda* reprodujo muchas fotos donde saludaba a los héroes del trabajo, la ciencia o la investigación. Astutamente, no siempre monopolizaba la publicidad. La primera plana típica de los periódicos destinaba un espacio destacado a los jóvenes héroes del momento: los mineros o metalúrgicos estajanovistas, las lecheras que batían récords, los geógrafos exploradores o los aviadores de largas distancias. Se inducía a los ciudadanos a creer que el estado regido por Stalin se orientaba de manera dinámica hacia la ciencia, la educación, la meritocracia y el patriotismo. Los aviadores atraían particularmente a Stalin. Cuando apareció un libro que conmemoraba sus reuniones con personas de talento excepcional, se concedió a los aviadores soviéticos mucho más espacio que a cualquier otra categoría. Le encantaba encontrarse con ellos: «¡Sabe que volaré como un tigre para que nadie pueda desmerecer a nuestros aviadores!»[9] y, comprensiblemente, ellos se sentían muy complacidos por su cordialidad y por las medallas que les concedía[10]. Al compartir los elogios con otros ciudadanos soviéticos fuera del círculo de los poderosos líderes políticos mejoraba su imagen de hombre modesto del pueblo. Para Stalin, los aviadores y los exploradores tenían la ventaja de actuar lejos de la vista del público. En contraste, los directores industriales y los funcionarios del partido eran ampliamente impopulares y en realidad formaba parte de la rutina de Stalin reconvenirles cada vez que sus políticas (las de Stalin) eran causa de malestar. Los subordinados culpables servían a Stalin de pararrayos que desviaba el descrédito político hacia otros.

También buscaba vincularse con líderes de organizaciones oficiales y empresas de los niveles inferiores del estado soviético. Mientras hacía arrestar a una multitud de los cargos más antiguos durante la década de los treinta, trataba de atraer a los más jóvenes para que ocuparan su lugar. Tras haberse mostrado durante largo tiempo como un *praktik,* declaró en una

recepción a funcionarios de la metalurgia y la minería del carbón que tuvo lugar en el Kremlin el 30 de octubre de 1937[11]:

> Voy a proponer un brindis en cierto modo peculiar y poco convencional. Nuestra costumbre es brindar a la salud de los líderes [del Kremlin], de los jefes, presidentes y comisarios del pueblo. Por supuesto, esto no tiene nada de malo. Pero ademas de los grandes líderes también existen los líderes medianos y pequeños. Tenemos miles y miles de líderes medianos y pequeños. Son gente modesta. No sobresalen y apenas se hacen notar. Pero sería ceguera no percibirlos, ya que el destino de la producción en toda la economía de nuestro pueblo depende de esa gente.

Escogía sus palabras con sutileza a fin de no colocarse al nivel de su audiencia. No dejaba dudas de que era uno de los «grandes líderes» y el culto al *Vozhd* confirmaba que era el máximo. Esta mezcla de autoafirmación y modestia le hacía ganar amigos e influía en la élite del Kremlin, en el partido y en la gente.

A Stalin le gustaba que se le viera poniendo freno a las extravagancias de su culto. La reverencia tenía que ser muy efusiva, pero no debía llegar al ridículo. Con frecuencia reprendía a sus subordinados si, incapaces de adivinar su opinión, sobrepasaban los límites de la adulación. Se enojó ante el intento de publicar sus artículos anteriores a la Gran Guerra. Stalin escribió a Kaganóvich, Yezhov y Mólotov en agosto de 1936 —mientras estaba de vacaciones en el mar Negro— solicitando su colaboración para evitar la publicación[12] (por supuesto, pudo haber dado una orden directa e inmediatamente le habrían obedecido, pero Stalin también quería dar la impresión al Politburó de que seguía siendo miembro de un equipo político). Continuó haciendo comentarios mordaces acerca de lo que se escribía sobre él. Ante uno de sus médicos, M. G. Shnéidorovich, se quejó de las inexactitudes de los diarios soviéticos: «Mire, usted es un hombre inteligente, doctor, y debe entender: ¡en ellos no hay una palabra de verdad!». El médico empezaba a creer que contaba con la confianza del líder hasta que Stalin añadió que los médicos eran tan poco fiables como los

periodistas —¡y contaban con los medios y la oportunidad de envenenarlo![13].

Sin embargo, Beria pudo publicar una historia de las organizaciones bolcheviques del Transcáucaso. Había logrado la aprobación de Stalin. El libro de Beria discutía la opinión establecida de que sólo los marxistas de San Petersburgo y los emigrados habían tenido un efecto decisivo en el destino del partido. Aunque los contenidos del libro eran en su mayor parte una ficción histórica, el tema de la importancia histórica de las regiones fronterizas hacía tiempo que debía haber sido objeto de atención (claro que Beria no era el verdadero autor: encargó la redacción del texto, se apropió de él y luego fusiló a los escritores). El gran rival de Beria en el Cáucaso, Néstor Lakoba, escribió un relato acerca de las experiencias de Stalin en la costa del mar Negro después del cambio de siglo[14]. También se publicaron algunas memorias de Stalin durante el exilio siberiano[15]. Con todo, no había muchos detalles acerca de los distintos episodios de su ascenso a la cima del Partido Obrero Socialdemócrata Ruso antes de la Gran Guerra y de las circunstancias de su ingreso en el Comité Central en 1912. Muchas cosas se mantenían ocultas y Stalin las dejó así. El misterio servía a sus propósitos: de forma natural, la gente se inclinaría a suponer que había sido mucho más importante de lo que en realidad fue. Propició que esto sucediera al borrar a sus enemigos de la historia del bolchevismo. De forma gradual el resto de los bolcheviques que habían estado cerca de Lenin antes de la Revolución de octubre fueron eliminados de los libros de texto —y en la mayoría de los casos también lo fueron físicamente.

La grandiosa aclamación siguió en aumento. En junio de 1930, en el XVI Congreso del Partido, Stalin fue saludado con un «aplauso atronador y prolongado que se extendió en una larga ovación». El Congreso se puso en pie al grito de «¡Hurra!». Lo mismo ocurrió en el XVII Congreso del Partido en enero de 1934, cuando se produjo una tremenda ovación y gritos de «¡Larga vida a nuestro Stalin!». En el XVIII Congreso del Partido en marzo de 1939, después del Gran Terror, se consideró que esto no era lo más adecuado. Los organizadores del Congreso habían previsto cánticos de «¡Salud a nuestro líder, maestro y amigo, camarada Stalin!».

Se habían publicado abundantes biografías de Stalin. La obra del escritor francés Henri Barbusse sobre la vida del Secretario General, de 1935, fue traducida al ruso y puesta en venta en la URSS[16]. Fue Barbusse quien puso en circulación la frase: «Stalin es el Lenin de hoy». Pero ni siquiera Barbusse agradaba por entero a Stalin. Fue este desagrado el que le llevó en 1938 a hacer que el Comité Central encargara *Stalin: una biografía,* que narraba su vida desde su nacimiento en la pequeña ciudad de Gori hasta el presente. Se reafirmó su importancia fundamental en la teoría y práctica bolcheviques. La *Historia del Partido Comunista de la Unión Soviética (Bolchevique): Curso breve* apareció el mismo año y cubría la historia del partido comunista hasta finales de la década de los treinta. Durante años habían existido versiones rivales de la historia de comunismo soviético. Varias habían disfrutado de la aprobación del Comité Central, y sus autores —Nikolái Popov, Yemelián Yaroslavski y Andréi Búbnov— obtuvieron cuantiosas sumas en concepto de derechos de autor. Sin embargo, se necesitaba una versión oficial cuando la ortodoxia más firme era asunto de vida o muerte. Se reunió a un equipo de escritores bajo la dirección de V. G. Knorin, Y. M. Yaroslavski y P. N. Pospélov para producir una obra de este tipo.

Stalin también participó de puertas para adentro; no sólo escribió un capítulo del *Curso breve,* sino que también editó el texto completo del libro cinco veces[17]. Se trazó una línea sucesoria legítima desde Marx y Engels, pasando por Lenin, hasta Stalin. El libro se caracterizaba por ser tendencioso y falso. En todos los puntos que habían sido objeto de discusión entre los revolucionarios marxistas, se sugería que sólo había una única expresión auténtica del marxismo y que Lenin y su seguidor Stalin la habían adoptado consecuentemente. La historia del comunismo soviético se abordaba en términos maniqueos. Estaban las fuerzas del bien lideradas por el leninismo y las fuerzas del mal y la traición representadas por los partidos antibolcheviques —social-revolucionario, menchevique, anarquista y nacionalistas de todas clases— y, posteriormente, las facciones bolcheviques hostiles a Stalin. El *Curso breve* denigraba a «los trotskistas, los bujarinistas, los desviacionistas nacionalistas y otros grupos antileninistas». Lenin jamás se había equivocado ni en la doctrina ni en la

estrategia. Por suerte, un hombre igualmente infalible, el propio Stalin, le había sucedido.

Los dos personajes principales del *Curso breve* recibían diferente tratamiento. Por lo general se supone que el libro permitía a Stalin suplantar a Lenin en la mitología del comunismo soviético[18]. No es cierto. A pesar de que estaba creando su propio culto, todavía le resultaba útil reconocer la superioridad de Lenin[19]. Esto era obvio en el tratamiento de los primeros tiempos de la historia del partido. Mientras que la biografía oficial prestaba atención a la carrera de Stalin cuando era un joven revolucionario, su nombre apenas aparecía en los primeros capítulos del *Curso breve*[20]. En todo el libro había cuarenta y nueve citas de las obras de Lenin, pero sólo once de las de Stalin. Evidentemente, Stalin sentía la necesidad continua de envolverse en el manto de la memoria de Lenin[21]. En este aspecto destaca el tratamiento de la Revolución de octubre. Las páginas que se refieren a la toma del poder evitan toda referencia a Stalin[22] (las posteriores generaciones de historiadores no lo tuvieron en cuenta; en realidad cabe preguntarse si se molestaron en leer el *Curso breve).* La cuestión es que a finales de la década de los treinta Stalin, pese a dominar la escena política soviética, se dio cuenta de que era mejor poner ciertos límites al culto a su propia grandeza. Incluso el líder tenía que ser cauto.

Lo que es más, había muy poco en los escritos acerca de Stalin que diera una impresión vivida de él. Por lo general las apologías oficiales se asocian al «culto a la personalidad», ya que este fue el término usado por Nikita Jrushchov cuando denunció postumamente a Stalin en 1956. Una traducción del ruso más exacta sería «culto a la persona». Así, la biografía de 1938 presentaba un mínimo de detalles de la primera mitad de la vida de Stalin antes de comenzar a catalogar sus acciones en el plano político. Apenas se prestaba atención a la familia, la escuela y su ciudad natal. Se desaconsejó la inclusión de relatos de su carrera en los comités clandestinos bolcheviques antes de la Gran Guerra; incluso su carrera en la Revolución de octubre, la Guerra Civil, el período de la NEP y los dos planes quinquenales apenas se describían tanto en la biografía como en el *Curso breve*. Desalentó todos los intentos históricos y literarios de explicar cómo llegó a pensar lo que pensó o cómo hizo lo que hizo antes de la instauración

de su despotismo. En cambio, se esforzó en que los escritores, pintores y cineastas lo presentaran como la encarnación del partido más que como un personaje histórico verosímil. A pesar del interés de los medios de comunicación por Stalin, fue extremadamente poco lo que se permitió que se hiciera de dominio público acerca de su familia, educación, creencias, carácter o ideas.

Su vida privada también quedó particularmente oculta. Antes de 1932 nunca se mencionaba en los periódicos que era un hombre casado. Cuando apareció en lo alto del Mausoleo de Lenin estaba acompañado únicamente por dirigentes políticos. *Pravda* apenas dio una breve noticia de la muerte de Nadia[23]. Se adoptó la misma actitud respecto de la madre de Stalin. *Pravda* publicó artículos cortos acerca de la visita de Stalin en 1935, poco antes de la muerte de ella, y también se informó de su funeral[24]. Por lo demás, su vida íntima se ocultó celosamente. Hubo unas pocas excepciones. En 1939 aparecieron una serie de artículos de V. Kamisnki e I. Vereshchaguin acerca de los primeros años de la vida de Stalin, que incluían breves recuerdos de algunos de sus amigos de la escuela y documentos relacionados con su educación[25]. También se publicaron algunos documentos personales acerca de los períodos de arresto y confinamiento de Stalin[26].

La persistente austeridad del culto de Stalin invita al comentario. Una posibilidad es que reconociera que la mayoría de los aspectos de su vida pasada y presente difícilmente encontrarían aceptación entre los demás —de modo que extendió un tupido velo sobre ellos—. Esto es verosímil, pero poco probable. Stalin era un maestro de la invención histórica y los hechos reales no le habrían impedido inventar una biografía enteramente ficticia. Otra posibilidad es que Stalin sencillamente careciera de imaginación y como, a diferencia de Hitler —que contaba con Goebbels—, era el principal artífice de su culto, esto puede explicar la situación. Pero Stalin estaba rodeado de colaboradores deseosos de demostrarle su utilidad. No es verosímil que no le hubieran propuesto otras ideas. La explicación más plausible es que Stalin todavía consideraba que la austeridad era lo que más convenía al ambiente cultural ruso y a los gustos del movimiento comunista mundial. Después del XVII Congreso del Partido en 1934 había dejado de

llamarse secretario general y en su lugar fue designado secretario del Comité Central del Partido. Más aún, hasta el 6 de mayo de 1941 rechazó rotundamente convertirse en presidente del Sovnarkom, pese al hecho de que este había sido el puesto de Lenin. Ni siquiera cedió a la tentación de crear para sí mismo el puesto de presidente del Politburó del Partido. Tampoco era la cabeza del estado. Este puesto siguió a cargo de Mijaíl Kalinin como presidente del Comité Central Ejecutivo del Congreso de los Soviets. Las cartas a la dirección suprema comunista a menudo no estaban dirigidas a Stalin, sino a Kalinin o a ambos[27].

Aun así, dominaba la vida pública de la URSS. La gente vivía o moría según su capricho. La actividad política, económica, social y cultural estaba condicionada por sus inclinaciones diarias. Era el guía magistral de los hombres y el administrador de los asuntos del estado soviético. Pero Stalin siempre había sido astuto. Había aprendido las ventajas de mostrarse modesto. Había llegado a la conclusión de que era mejor dejar que se pensara que no tenía sed de poder ni de prestigio. ¿Pudo haberle influido su interés en la trayectoria de Augusto, el primer emperador romano? Augusto nunca aceptó el título de rey a pesar de haberse convertido a todas luces en el fundador de una dinastía monárquica[28].

Por supuesto, Stalin deseaba ser adulado y su culto alcanzaba las mayores extravagancias; las restricciones que impuso tenían motivaciones pragmáticas. Se daba cuenta de que se granjearía más admiradores si se abstenía —y si lo veían abstenerse— de hacer las mismas afirmaciones extremas que proferían los aduladores del Kremlin. Para él era fundamental controlar el proceso. Se mantuvo alerta ante el peligro que entrañaba dejar que la gente le alabara por iniciativa propia y —por más extraño que parezca— prohibió a los círculos de debate *(kruzhki)* considerar tanto el *Curso breve* como su biografía oficial. La razón que dio fue que no deseaba que los ciudadanos, cansados después de un día de trabajo, tuvieran que asistir por la noche. En un intercambio con un propagandista del partido de Leningrado, le ordenó: «¡Déjelos vivir tranquilos!»[29]. Pero esto no era inocente. Los miembros del partido tenían que concurrir, como deber político, a reuniones después del trabajo. El objetivo real de Stalin sin duda era restringir el debate en su conjunto. Los textos de los dos libros eran

bastante directos de por sí y todo el mundo podía estudiarlos con rapidez y facilidad por sí solo. Una vez que hubieran leído y digerido los textos, podían reunirse en las ceremonias y festivales organizados escrupulosamente por las autoridades en las calles, fábricas u oficinas.

Sin duda el culto arrojaba beneficios. Una anciana trabajadora textil de setenta y un años fue invitada a las celebraciones de la Revolución de octubre en la Plaza Roja en 1935, pero debido a que era corta de vista no alcanzaba a ver a Stalin. Se acercó de golpe a Ordzhonikidze y gritó: «Mire, pronto voy a morir. ¿Es que no voy a poder verlo?». Ordzhonikidze le contestó que no iba a morir y, mientras ella seguía caminando, se acercó un automóvil del que salió Stalin. La mujer empezó a aplaudir: «¡Oh! ¡Qué veo!». Stalin le sonrió y dijo con modestia: «¡Qué bueno! ¡Un hombre de lo más corriente!». Prorrumpió en llanto: «Usted es nuestro sabio, nuestro gran hombre (…) y ahora que le he visto (…) ¡puedo morir tranquila!». Stalin replicó: «¿Y por qué quiere morir? ¡Deje que se mueran los demás y usted siga trabajando!»[30].

Este pequeño episodio muestra que muchos ciudadanos, especialmente los que estaban agradecidos a las autoridades, tenían la urgencia compulsiva de reverenciarlo (también indica que Stalin, aunque gustara de estos elogios, reaccionaba con bastante brusquedad: ¡su preocupación principal era convencer a la anciana de que siguiera trabajando pasada la edad de la jubilación!). Asimismo, era mucho más probable que la gente demostrara su veneración cuando se encontraba entre una multitud influida por la atmósfera oficial. No sólo los ciudadanos sencillos, sino también muchos políticos e intelectuales sentían la necesidad intrínseca de exaltar su figura. Se consideraban bendecidos con tan sólo encontrarse con él o verlo. El escritor Kornéi Chukovski no era un estalinista por naturaleza. Desconcertado por el tipo de literatura que Stalin requería de los autores, se dedicó a escribir cuentos infantiles. Aun así, su diario de 1936 registra la siguiente impresión en un congreso[31]:

> De pronto llegaron Kaganóvich, Voroshílov, Andréiev, Zhdánov y Stalin. ¡Qué diablos pasó en la sala! Él estaba de pie, callado, algo cansado, pensativo y magnificente. Se podía sentir la inmensa

> familiaridad con el poder, la fuerza y al mismo tiempo algo femenino y suave (…).

El hecho de que Chukovski estuviera fascinado por la «encantadora sonrisa» de Stalin dice mucho de los efectos del culto.

Pese a todo, el éxito no fue tan grande como había esperado Stalin. Entre los campesinos en particular había un penetrante disgusto hacia él y muchos aldeanos lo consideraban —siendo georgiano, ateo e internacionalista— como el mismo Anticristo. Tan extrema era la opinión que tenían hacia finales de la década de los treinta que muchos campesinos esperaban seriamente que hubiera guerra con Alemania, dando por supuesto que sólo una invasión militar podría derrocar al comunismo del poder y brindar la oportunidad de la descolectivización[32]. La hostilidad no se limitaba sólo a los habitantes del campo. Una carta de protesta con faltas de ortografía y errores gramaticales que cincuenta trabajadores de Leningrado le enviaron a Stalin y Kalinin en marzo de 1930 sostenía[33]:

> Nadie simpatiza con el poder soviético y se os considera los verdugos del pueblo ruso. Por qué debemos llevar a cabo el Plan Quinquenal de forma tan brusca cuando ya nos habíamos empobrecido a pesar de toda la riqueza que teníamos en Rusia —tomemos el ejemplo del azúcar, que solía alimentar a loscerdos y que ahora no se puede encontrar ni pagando, y mientras tanto nuestros hijos se mueren de hambre y no hay nada para darles de comer.

La mentalidad popular asociaba directamente el período del Primer Plan Quinquenal con Stalin. Había pedido apoyo para la revolución industrial y cultural en esos años. El resultado fue que todo el mundo sabía a quién tenía que culpar de su penuria.

Hasta qué punto estaba extendido y qué profundidad tenía este odio es una cuestión que nunca podrá obtener una respuesta completamente satisfactoria. La NKVD proporcionaba informes acerca de la opinión

popular con regularidad, pero tanto su lenguaje como su orientación dejaban mucho que desear. Los cuerpos de seguridad tenían interés en asustar a Stalin. El poder y prestigio de que disfrutaban se basaba en su capacidad para convencerlo de que solamente su vigilancia podía proteger al estado de sus millones de enemigos internos (lo que no quiere decir que a Stalin por lo general le hiciera mucha falta que le convencieran).

Aun así, sin duda muchos ciudadanos soviéticos, como la trabajadora textil, amaban al Líder. Las condiciones no empeoraron para todos en la década de los treinta. Había trabajo disponible, mejores salarios, vivienda y acceso a los bienes de consumo para quienes eran ascendidos. La negativa de Stalin a incorporar al orden soviético el principio del igualitarismo creó buenas perspectivas para ellos. Provenientes en general de la clase obrera o del campesinado, sus beneficiarios apenas podían creer en su buena suerte. Reemplazaron a las élites masacradas por orden de Stalin. La propaganda era burda, pero se adecuaba bien a los intereses particulares de los promovidos. Eran hombres y mujeres jóvenes, ambiciosos, brillantes y obedientes que deseaban prosperar en la vida. El sistema educativo reforzó el mensaje de que Stalin había puesto a la URSS en la senda del progreso universal. No hace falta decir que incluso estos promovidos pudieron haber albergado sus dudas. Era posible que algunos aspectos del líder y su política les agradaran y que al mismo tiempo desaprobaran otros. Mucha gente esperaba, contra toda evidencia, que finalmente se abandonarían las políticas del terror. Tal vez pensaron que Stalin pronto se daría cuenta de la necesidad de hacer reformas —y algunos pensaron que la violencia cesaría cuando dejara de escuchar a los consejeros que lo llevaban por mal camino[34].

Stalin dependía de esta ingenuidad. Difícilmente podía convencer a un kulak víctima de las purgas, a un sacerdote o a un opositor del partido de que lo amara. No podía esperar que un montón de obreros fabriles y *kojozniki* desnutridos y exhaustos le cantaran alabanzas. Pero es indiscutible que algunos de ellos lo admiraban. Y, por encima de todo, los miembros de la nueva capa administrativa deseaban mantenerse fieles a él, ya que les había dado un lugar en el mundo. Había transformado la economía y

construido una potencia militar. Era el *Vozhd,* el Líder, el Jefe. El nombre de Stalin era grande en las mentes de los beneficiarios del orden estalinista.

INDULTO BRUTAL

El Gran Terror terminó de golpe el 23 de noviembre de 1938. El hecho quedó señalado extraoficialmente por la destitución de Yezhov de la NKVD y el ascenso al cargo de su adjunto Lavrenti Beria. Hasta entonces no habían existido intentos serios de detener la carnicería. Todos los que estaban próximos a Stalin sabían que la campaña de arrestos, torturas y ejecuciones contaba con su apoyo activo: era peligroso defender un cambio de política cuando sus propósitos parecían tan firmes.

Ya habían aparecido indicios de que algunos miembros del entorno de Stalin deseaban detener la maquinaria del terror. Malenkov hizo un primer intento en el pleno del Comité Central del partido en enero de 1938, al quejarse sutilmente del gran número de errores cometidos en las expulsiones del partido el año anterior[1]. Se evitó criticar directamente los arrestos y ejecuciones. Malenkov no dejó el tema en las discusiones internas del partido y reprochó a los dirigentes locales que hubieran expulsado del partido a comunistas inocentes. Todo el mundo sabía que esto implicaba mucho más que la pérdida del carnet del partido. Los bolcheviques expulsados invariablemente eran enviados al Gulag o fusilados. Más tarde Malenkov sostuvo que trataba de presionar a Stalin para que viera la realidad. De ser así, debió de haber sido la única vez que lo hizo. Malenkov era una creación de Stalin y es inconcebible que Stalin no apoyara la iniciativa de Malenkov y, en cualquier caso, aparte de la decisión de tener más cuidado con las expulsiones, todavía no se puso freno a la maquinaria del terror. Sin embargo, es evidente que Stalin tenía cada vez más dudas acerca de Yezhov. Las hizo manifiestas de un modo típicamente indirecto cuando el 21 de agosto de 1938 se nombró a Yezhov

comisario del pueblo del Transporte de Agua, cargo que se añadía a sus otras obligaciones. Esto le advertía implícitamente de que sería apartado de la NKVD si no lograba satisfacer al Líder.

Yezhov entendió el peligro en que se hallaba y su rutina diaria se tornó frenética; sabía que el más mínimo error resultaría fatal. Sin embargo, de algún modo tenía que mostrarse indispensable ante Stalin. Mientras tanto tenía que vérselas con el nombramiento de un nuevo comisario adjunto en la NKVD, el ambicioso Lavrenti Beria, desde julio de 1938, Hasta entonces Beria había sido primer secretario del Partido Comunista de Georgia y era muy temido en el sur del Cáucaso por su taimada forma de conspirar contra cualquier rival —y casi con seguridad envenenó a uno de ellos, al dirigente comunista abjasio Néstor Lakoba en diciembre de 1936—. Si Yezhov se tambaleaba, Beria estaba listo para ocupar su lugar; en realidad Beria habría sido más que feliz haciendo que se tambaleara. Trabajar a diario con Beria era como estar encerrado dentro de un saco con una bestia salvaje. La situación se volvió intolerable para Yezhov. Comenzó a beber mucho y a buscar algún consuelo en encuentros de una noche con mujeres que se cruzaban en su vida. Cuando esto no lograba calmar sus ansias, acosaba a los hombres que se encontraba en su despacho o en su casa. Mientras trataba de asegurar su posición en el futuro, comenzó a reunir material comprometedor para el propio Stalin.

Es difícil imaginar qué uso podría haber hecho Yezhov de esos documentos. Su conducta demuestra el grado de desesperación al que había llegado el Comisario de Hierro. Sabiendo que podría ser arrestado en cualquier momento, todos los días tenía ataques de nervios. Su destino dependía de que Stalin deseara cambiar de política o reemplazar al personal. Si quería sobrevivir, el jefe de la NKVD tenía que hacer que Stalin se comprometiera con el terrorismo de estado permanente cuando aún estaba en posesión de su cargo.

El 23 de octubre de 1938, cuando al escritor Mijaü Shólojov se le concedió una audiencia con Stalin para quejarse de que estaba siendo investigado por la NKVD, se detectó un mayor declive de la influencia de Yezhov[2]. Stalin lo humilló al hacerlo comparecer. El 14 de noviembre Stalin dio la orden de purgar la NKVD de individuos que «no merecían

confianza política». Al día siguiente, el Politburó confirmó una directriz del partido y del gobierno que establecía que se cerrasen los casos que en ese momento estaban siendo investigados por los *troiki* y los tribunales militares. El 17 de noviembre el Politburó decidió que los enemigos del pueblo se habían infiltrado en la NKVD[3]. Estas medidas significaban la condenación de Yezhov. Bebió todavía más. Buscó gratificación sexual en más muchachos. Hablaba de política sin la menor cautela[4]. Estaba al borde de un colapso psicológico al tiempo que Stalin trataba cada vez más a Lavrenti Beria como el futuro jefe de la NKVD. Se reunían los lobos. En una reunión nocturna con Stalin, Mólotov y Voroshílov, el 23 de noviembre, Yezhov confesó su incompetencia para capturar a los enemigos del pueblo; se aceptó su dimisión[5]. Mantuvo sus cargos en el Secretariado del Comité Central y en el Comisariado del Pueblo de Transporte de Agua durante algunos meses. Pero sus días de gloria y poder habían terminado.

Se encargó a Beria que restableciera el orden en la NKVD y la pusiera bajo el control del partido. Era despiadado y competente, por lo que se podía confiar en él para que pusiera orden en el caos que había dejado Yezhov. Beria no era un ángel. A diferencia de Yezhov, participó activamente en las palizas y tenía bastones a mano en su despacho. Sin embargo, estaba dotado de un carácter más firme que su antecesor y Stalin y él impulsaron un conjunto de reformas. No se prohibió el uso de la tortura en los interrogatorios, pero se restringió, según la directriz de enero de 1939, a casos «excepcionales»[6]. Se recopiló un sumario sobre Yezhov, que hizo su última aparición pública el 21 de enero de 1939. Fue arrestado en abril y ejecutado al año siguiente. Todo el sistema de *troiki* fue desmantelado. Había terminado la pesadilla de los años 1937 y 1938, conocida popularmente como «Yezhóvshchina». Esto convenía a Stalin, que quería que el peso de la culpa no recayera sobre sus hombros. Sin embargo, aunque se redujeron los procedimientos del terror, no se abolieron. El partido no controlaba en el día a día a la NKVD en los niveles central y local. La tortura continuó aplicándose. La atmósfera frenética del Gran Terror se había disipado, pero la URSS de Stalin seguía siendo un manicomio asesino —y se ratificó en el poder a la mayoría de sus locos dirigentes.

La destitución de Yezhov se produjo después de que Stalin permitiera que se discutieran en su entorno los abusos de poder. Durante dos años se habían sucedido los arrestos y las ejecuciones, y se sabía que una alta proporción de las víctimas no pertenecía a las categorías de personas susceptibles de ser descritas como «elementos antisoviéticos». También es muy posible que Yezhov indujera a error a Stalin acerca de ciertos aspectos del proceso. La carrera y la vida de Yezhov dependían de su habilidad para convencer a Stalin de que se estaba arrestando y eliminando a los verdaderos elementos antisoviéticos y a los enemigos del pueblo. La actividad de Yezhov había puesto a todo el mundo en riesgo.

Como mucha gente en el momento y algunos observadores posteriores supusieron que el Gran Terror no había comenzado por iniciativa de Stalin[7], circuló la idea de que el proceso se le fue de las manos una vez comenzado. Stalin bien pudo no haber previsto los excesos catastróficos de la NKVD a las órdenes de Yezhov. Lo que es más, a la policía local sin duda le preocupaba mucho menos arrestar a individuos que perteneciesen a las categorías establecidas que alcanzar las cuotas que se le habían asignado. La represión de 1937 y 1938 siempre se caracterizó por los arrestos «equivocados». Los abusos y los excesos eran ilimitados. También es cierto que muchos auténticos individuos antisoviéticos sobrevivieron al Gran Terror y se pusieron a disposición del régimen alemán de ocupación en 1941. Las fuerzas de Hitler no hallaron gran dificultad para descubrir kulaks, sacerdotes y otros elementos antisoviéticos destinados a la eliminación por los operativos del terror soviético. En este sentido, es verdad que los objetivos de Stalin se vieron frustrados. La «limpieza» de todos los enemigos de la URSS, reales o potenciales, no había sido un completo éxito a pesar de que fue uno de los proyectos represivos de mayor alcance de toda la historia mundial.

Aun así, su incapacidad de alcanzar plenamente todos sus objetivos no prueba que no lo hiciese en gran medida. El hecho de que se arrestara equivocadamente a una multitud de personas no viene al caso. Stalin esencialmente aplicaba al sistema judicial la política que ya había desarrollado para el sistema económico. La gestión de la mayoría de los asuntos públicos en la URSS era caótica. Se impuso una política y se

establecieron objetivos cuantitativos y terribles sanciones punitivas en caso de que no fueran alcanzados. Así fue como se administraron las tasas de crecimiento industrial durante el Primer Plan Quinquenal. La colectivización de la agricultura se realizó del mismo modo. Todo el sistema administrativo obraba bajo la premisa de que había que proporcionar indicadores numéricos precisos a los funcionarios de los niveles inferiores. Stalin y el Politburó sabían que la información que les llegaba de las distintas localidades a menudo era poco fiable. La desinformación era un defecto básico del orden soviético. Como el despilfarro caracterizaba la producción industrial, podía aceptarse que se produjeran pérdidas humanas innecesarias durante el Gran Terror. Mientras Stalin lograra el supremo objetivo de erradicar a la mayoría de los individuos disconformes que podrían constituir una amenaza, no sentía remordimientos ante el caos que provocaba.

Sin duda alguna se había convertido en el dictador del país. Había eliminado a sus enemigos en todas las instancias. Ni siquiera el partido le había refrenado. Entre los principales resultados del Gran Terror había estado la reducción drástica del poder y la posición del partido. Stalin se había convertido en el depositario indiscutible de la autoridad estatal. La suya era una autocracia personal en grado máximo. Se acercó más al despotismo absoluto que cualquier monarca de la historia. Dominó todo el estado soviético; ninguna institución estatal podía llevarlo a tomar decisiones que no fueran de su agrado. La alta política estatal estaba completamente en sus garras y, por medio de sus impredecibles intervenciones en pequeños asuntos de estado, hacía que todos los funcionarios trataran de anticiparse a sus deseos. Más aún, el estado mantenía a su pueblo en una condición de subordinación enfermiza. Apenas existía la sociedad civil. Sólo la Iglesia Ortodoxa Rusa conservó un mínimo vestigio de autonomía con respecto al estado —y no tenía mucho de autonomía cuando decenas de miles de sacerdotes fueron asesinados—. El resto de las instituciones y asociaciones estaban sujetas a los requerimientos de las autoridades políticas centrales. Stalin había consolidado su despotismo y las estructuras de éste mediante el Gran Terror. La

omnipresencia del control por parte del estado de partido único era profunda e irresistible.

Pero no era una dictadura totalitaria, como se la define convencionalmente, porque a Stalin le faltaba la capacidad, aun en el momento de máximo poder, de asegurar que sus deseos fueran automáticamente acatados. Podía purgar al personal sin dificultad. Pero cuando se trataba de modificar ciertas prácticas informales que le disgustaban, tenía mucho menos éxito. En estos casos era como alguien que tratara de encender una cerilla en una pastilla de jabón.

Bajo su gobierno siguió habiendo límites. En 1937 había dicho al Comité Central del Partido que quería erradicar la red de clientelismo político en la URSS. Aun así, el clientelismo sobrevivió. El clientelismo siguió formando parte de la política en la URSS —y en muchas partes del país esto implicaba vínculos basados en familias y clanes—. Había también «nidos» locales de funcionarios que dirigían el partido, los soviets y otras instituciones públicas. Los obstáculos técnicos y sociales para lograr un sistema nítidamente vertical de poder en el estado siguieron existiendo. Los funcionarios promovidos a finales de la década de los treinta, por mucho que admiraran a Stalin, se dieron cuenta de que era esencial ser cauteloso con los mensajes enviados a Moscú. La desinformación desde abajo siguió siendo una condición fundamental para la autoprotección a nivel local. La prensa, los tribunales y el mercado apenas habían podido servir de contrapeso a la clase política dirigente de las provincias durante la NEP y habían perdido mucho peso —si es que realmente tenían alguno— después de 1928. La situación cambió poco después de 1938. La camarilla de Stalin no podía saberlo todo con la exactitud deseada. Los funcionarios ascendidos eran proclives a disfrutar de sus privilegios. Stalin tenía que brindarles ventajas materiales; no podía confiar siempre en el uso del terror por sí solo.

Lo entendía a la perfección. Deliberadamente había ascendido a los cuadros de jóvenes y de obreros a puestos elevados. Mientras que en Francia o Gran Bretaña los viejos se aferraban al poder, Stalin había potenciado una nueva generación para que reemplazara a los viejos veteranos de la Revolución de octubre —y estaba contento con lo que había

logrado—[8]. Había colocado a jóvenes en todos los escalafones del partido y el gobierno. Durante largo tiempo había sido uno de sus objetivos, y lo había realizado por medio de los métodos más brutales. Al final del Gran Terror intentó conservar a los promovidos de su parte. El sistema de distinciones y privilegios graduales se mantuvo. Cuanto más alto era el escalafón, mayor era la recompensa. Stalin los sobornaba para que se convirtieran en cómplices de sus asesinatos. Los beneficiarios administrativos de las purgas tenían unos ingresos fijos más altos y garantías de acceso a los bienes y servicios que se negaban al resto de la sociedad. Aunque literalmente no usurparon el lugar de los muertos, sin duda tomaron posesión de sus apartamentos, dachas, cuadros, alfombras y pianos. Contrataron a sus tutores, chóferes y niñeras. Los funcionarios ascendidos pertenecían a una élite privilegiada.

Stalin quería tranquilizar a los funcionarios que todavía temían que pudiera reanudarse el terror. En el XVIII Congreso del Partido, en marzo de 1939, se refirió al tema en su informe general[9]:

La elección correcta de los cuadros implica:

> En primer lugar, valorar los cuadros como la reserva de oro del partido y del estado, apreciarlos y mostrarles respeto.
>
> En segundo lugar, conocer los cuadros, hacer un detallado estudio de las virtudes y defectos de cada cuadro, saber cómo favorecer el desarrollo de sus capacidades.
>
> En tercer lugar, cultivar los cuadros, ayudar a cada militante en formación a elevarse más, no escatimar tiempo para poder orientar pacientemente a estos funcionarios y acelerar su crecimiento.
>
> En cuarto lugar, promover cuadros nuevos y jóvenes con firmeza y del modo oportuno, para evitar que se queden en el mismo sitio o que se anquilosen.

Se sentía muy atraído por los recién ascendidos. Declaró que algunos polemistas anónimos pensaban que era mejor para el estado «orientarse hacia los viejos cuadros» debido a toda su experiencia. Pero Stalin insistió

en que él había elegido el mejor camino[10]. No fue la última ocasión en que trató de dar la impresión de que los recién ascendidos no tenían un amigo más fiel que él.

Tras haber creado una nueva élite administrativa, quería su fidelidad. El *Curso breve* estaba dirigido a ellos más que a cualquier otro sector de la sociedad. En realidad tenía puestas sus miras en toda la «*intelliguentsia* científica». Reconociendo que dedicaban un tiempo limitado a leer al final del día de trabajo, les proporcionó un texto de fácil comprensión que explicaba y justificaba la existencia del orden soviético[11]. Éste también era el grupo social que él y Zhdanov trataban de reclutar para el partido. Ya no serían los obreros los que tendrían un acceso privilegiado al partido. El reclutamiento se haría sobre la base del mérito y la utilidad para la causa socialista[12].

Se proclamaba un imperativo tecnocrático, y Stalin se ponía al frente como Líder de la recién reformada URSS. Con su típica falsa modestia —e incluso autocompasión— simuló que el peso del liderazgo personal de algún modo le había sido impuesto. A veces se quejaba de esto. Mientras otros líderes soviéticos se ocupaban de los asuntos de las instituciones a su cargo, él tenía en cuenta todo el espectro de asuntos. En una cena en 1940 expresó con cierto sentimentalismo[13]:

> Pero yo *solo* me preocupo por todas estas cuestiones. Ninguno de vosotros piensa siquiera en eso. Tengo que hacerlo todo *solo*.
>
> Sí, puedo estudiar, leer, estar al tanto de todo día a día. ¿Pero por qué vosotros no podéis hacer lo mismo? No os gusta estudiar, vivís muy satisfechos de vosotros mismos. Estáis desperdiciando el legado de Lenin.

Cuando Kalinin replicó que nunca tenían tiempo, Stalin exclamó: «¡No, ese no es el problema! La gente apoltronada no quiere estudiar y volver a estudiar. Me escuchan y después lo dejan todo como estaba. Pero veréis todos lo que pasa si pierdo la paciencia. ¡Y sabéis lo que puedo hacer!». Era una farsa: Stalin habría encarcelado a cualquier miembro del Politburó que metiese la nariz en lo que considerara exclusivamente asunto suyo.

Aunque deseaba que se siguieran sus políticas, sin embargo Stalin requería que sus subordinados dieran opiniones francas y rápidas. A menudo hacía llamar a alguno de ellos y le preguntaba sus opiniones. Para Stalin, los miembros del Politburó eran inútiles a menos que pudieran aportar ideas para tomar nuevas medidas. Su período de gobierno se caracterizó por la urgencia constante. Esto contribuía a crear un ambiente de zozobra que habría enloquecido a la mayoría de los hombres. Stalin buscaba sin cesar señales de debilidad o tracción. Si flaqueaban, se lo decía, y tenía un talento especial para pescarlos con la guardia baja. Stalin siempre estaba indagando si un subordinado era «sincero». No podía soportar lo que la propaganda oficial llamaba «doble juego». Su colaborador ideal del partido era alguien despiadado, dinámico, directo y absolutamente leal. También le gustaban las personas provenientes «del pueblo». No todos sus subordinados, incluso después del Gran Terror, eran de origen obrero o campesino. En realidad Mólotov, Zhdánov y Malenkov provenían claramente de la clase media. Pero la atmósfera habitual del entorno de Stalin nunca era acogedora, y todos sus subordinados tenían que participar en las demostraciones de ruda masculinidad que agradaban al Jefe.

Como todos los rufianes, Stalin hacía realidad sus fantasías. Si alguno de estos dirigentes soviéticos no era sincero en sus relaciones con sus íntimos, ése era el mismo Jefe. De todos ellos era el que poseía una personalidad menos franca. Habría detestado que se le hicieran las lacerantes preguntas con las que atormentaba a los demás. Al considerar la traición personal como la más vil ofensa, exteriorizaba la preocupación de que sus subordinados reprodujeran un rasgo fundamental de su propio carácter. Al final su grave trastorno de personalidad funcionaba sin freno. Podía alimentar sus tendencias paranoicas y vengativas hasta el extremo, y nada excepto un exitoso golpe interno, una conquista militar o su muerte prematura podría salvar a otros de sus caprichos asesinos.

A lo largo de la década de los treinta, Stalin había dominado el Politburó y al resto de los líderes políticos soviéticos, pero el Gran Terror lo había elevado a una altura sin precedentes por encima de los otros líderes. Salvo por el nombre, era un déspota. Sus colaboradores siguieron respetándolo, hasta lo admiraban. Pero también vivían en peligro mortal.

Muy pocos se atrevían a contradecirle incluso en conversaciones privadas. Sólo Mólotov tenía suficiente confianza como para disentir de ciertas políticas —e incluso él tenía que ser cauteloso en lo que decía o en cómo se comportaba—. Los otros eran todavía más cautos. Era una tarea monstruosamente difícil porque a menudo Stalin enmascaraba a propósito lo que realmente pensaba. Los miembros del Politburó estaban obligados a revelar sus opiniones sin saber de antemano qué intenciones tenía. El maestro de la intimidación y la intriga siempre los mantenía en tensión. Había matado al hermano de Kaganóvich, Moiséi, y había degradado a la esposa de Mólotov. Después la arrestó, al igual que a las esposas de Kalinin y Andréiev. El peligro físico no había desaparecido del Politburó. Al devorar a algunos miembros de las familias de sus integrantes, el tiburón del Kremlin indicaba que no se había saciado su apetito por las víctimas. No podían dar nada por seguro.

La mayoría de los colaboradores que sobrevivieron al Gran Terror murieron de muerte natural. Mólotov, Kaganóvich, Mikoián, Voroshílov y Zhdánov habían estado con Stalin desde la década de los veinte, y los mantuvo a su lado al menos hasta que comenzó a emprenderla con alguno de ellos después de la década de los cuarenta. Los recién llegados —Malenkov, Jrushchov, Vyshinski y Beria— estuvieron con él hasta que murió. El grupo dirigente empezaba a consolidarse. Desde finales de 1938 ningún miembro del Politburó fue arrestado hasta que en 1949 se expulsó a Voznesenski. Más aún, no se puso bajo custodia a ningún general del Ejército Rojo antes de las derrotas de junio de 1941. Pero el recuerdo de lo que había pasado antes no se desvaneció. Todos los miembros del gobierno eran muy conscientes de que permanecían en sus puestos únicamente por el capricho de su amo.

Actuaba por su cuenta. Entre los arcanos de la correspondencia administrativa soviética hay un informe de la NKVD de 1940 que Beria remitió a Stalin. La conclusión principal era que el Gulag se autoabastecía como un sector de la economía soviética: «Todo el sistema de campos y colonias de trabajo se autoabastece y no son necesarios los subsidios para los prisioneros (1.700.000 personas), para los guardias ni para las instalaciones de los campos»[14]. Beria estaba al tanto y ya debía de saber

que la verdad era justamente la contraria. Pero el régimen se estaba afianzando; Stalin no iba a permitir ningún cambio esencial en lo que había construido. Era poderoso y se sentía seguro. Estaba extenuado. Había reforzado el estado como palanca fundamental del cambio político y económico. Nunca había creído en el potencial positivo y espontáneo del pueblo. Quería que los obreros y campesinos apoyaran al régimen, que trabajaran hasta el límite de sus fuerzas físicas y que denunciaran a los «enemigos». Veía con agrado la utilidad de los campos y las ejecuciones. En el XVIII Congreso del Partido dijo exultante que mientras que el 98,6% de los votantes había apoyado al régimen después del juicio de Tujachevski a mediados de 1937, la proporción había aumentado al 99,4% después de que Bujarin fuera condenado en marzo de 1938[15].

Éste era el comentario de un hombre que tenía la sensación de haber triunfado. Había logrado lo suficiente como para saber que su despotismo personal y sus designios para el orden soviético estaban asegurados al menos en un futuro inmediato. Él y el Politburó iban a realizar modificaciones menores en los próximos años para tratar de reforzar los muros en previsión de tormentas imprevistas. El diseño básico se mantuvo intacto y los observadores que han interpretado las modificaciones en términos de períodos fundamentalmente separados son muy poco convincentes. Si tiene sentido hablar de «estalinismo tardío» o de «apogeo del estalinismo», la fecha de demarcación debería ser el fin del Gran Terror en 1938. Stalin siguió retocando sus proyectos como un arquitecto. Las relaciones entre el partido, los Comisariados del Pueblo y las Fuerzas Armadas sufrieron cambios antes, durante y después de la guerra. Jugueteó con el ámbito que se concedía a la identidad nacional rusa y a la expresión cultural y religiosa; también adaptó el culto a su personalidad a la atmósfera de la época. Las políticas económicas se modificaron repetidas veces. La política exterior fue reformada con frecuencia. Stalin no se refería a su arquitectura con la palabra «estalinista», pero no era reacio a que otros usaran el término. Este orden imperó hasta el día de su muerte —y en muchos aspectos iba a sobre vivirle.

CUARTA PARTE

EL SEÑOR DE LA GUERRA

EL MUNDO A LA VISTA

Stalin, el Líder, era polifacético. Era un asesino de masas con obsesiones psíquicas. Pensaba y escribía como un marxista. Se comportaba como los gobernantes rusos más despiadados de los siglos pasados. Era jefe, administrador, editor y corresponsal de un partido. Era un *pater familias* y un anfitrión genial en su dacha, así como un lector voraz y un intelectual autodidacta. Según las circunstancias, desplegaba todos estos aspectos a la vez u ocultaba algunos mientras exhibía otros. Tenía la capacidad de dividirse y subdividirse. La multiplicidad de formas que adoptaba Stalin hacía que sus partidarios se sintieran impresionados, perplejos o atemorizados —y en realidad éste era uno de los secretos de su capacidad para mantener el dominio sobre ellos.

Sus méritos como hombre de estado en el plano internacional siempre han sido materia de discusión. El juicio de la historia ha dictaminado mayoritariamente que su preocupación por el desarrollo económico y la consolidación política de la Unión Soviética distrajeron su atención de los asuntos extranjeros. Hay quien ha acusado a Stalin de tener conocimiento de lo que acaecía en el extranjero y no darle importancia. La construcción del «socialismo en un solo país» era una de sus principales consignas, y fue la insistencia del secretario general en esta prioridad lo que alentó esa percepción equivocada, tanto entonces como posteriormente, de que no le preocupaba lo que pasaba en el resto del mundo. En general se ha dado por supuesto que tanto él como su Politburó habían enterrado el proyecto de una revolución socialista mundial. Así lo afirmaban sus opositores Trotski y Bujarin, y su perspectiva ha sido adoptada por muchos estudiosos posteriores. No cabe duda de que Stalin se concentró en la situación interna

de la URSS, pero esto no significa que no prestara atención a la política exterior. Tampoco permitió que ésta se formulara sin su intervención activa: siguió concediéndole el destacado lugar que tenía para él en la década de los veinte.

Stalin siempre había tenido muy en cuenta las relaciones internacionales y la seguridad externa. Durante la Guerra Civil había sido responsable de la política en el Cáucaso y en la región del Báltico. En 1920 discutió con Lenin el futuro de una Europa bajo administración socialista. Stalin expuso sus puntos de vista acerca de los aspectos militares y políticos de la campaña del Ejército Rojo en Polonia; también destacaron sus propuestas de expandir la influencia soviética en toda la frontera desde Turquía hasta Afganistán. Bajo la Nueva Política Económica, lejos de estar inmerso en los asuntos de facciones o burocráticos, desempeñó un papel activo e influyente en las decisiones del Politburó sobre Gran Bretaña, Alemania y China.

La elaboración detallada de la política estaba en manos de instituciones dotadas de la capacidad necesaria: el Comisariado del Pueblo de Asuntos Exteriores y la Comintern. Cuando Gueorgui Chicherin se retiró por motivos de salud en 1930, Maxim Litvínov tomó su lugar a pesar de no tener una relación reciente con Stalin[1]. Cuando se creó el puesto de secretario general del Comité Ejecutivo de la Comintern después del VII Congreso Internacional de 1935, Stalin no se inclinó por uno de sus más allegados, como Mólotov o Kaganóvich, sino por el comunista búlgaro Gueorgui Dimítrov, al que apenas conocía, pero que había alcanzado fama internacional después de haber sido procesado en la Alemania nazi. Stalin se refirió públicamente a la política exterior en sus informes políticos redactados en nombre del Comité Central, pero no escribió ningún texto fundamental sobre el asunto. Cuando surgían temas de importancia, un grupo de miembros del Politburó se consultaban mutuamente[2]. Stalin observaba, controlaba y dirigía. Daba instrucciones. No se tomaba ninguna decisión importante sin que diera su consentimiento. Aun así, no solía arremangarse e implicarse en las minucias de la puesta en práctica de la política exterior como lo hacía en los asuntos internos del país.

Su distanciamiento del funcionamiento cotidiano del Comisariado del Pueblo y de la Comintern, así como el carácter confidencial de las

discusiones en las altas esferas (que se mantuvo durante décadas aun después de la muerte de Stalin)[3], alimentaba el misterio respecto de las intenciones del Politburó. En el extranjero se daba rienda suelta a la especulación. El poder militar de la URSS crecía a un ritmo constante. Cada desfile de mayo demostraba que el estado soviético estaba recuperando su posición de potencia dominante en Europa y Asia.

Entonces, ¿qué quería hacer Stalin en el mundo? Si se juzga por sus propios artículos y discursos, veía la política global a través de los ojos del marxismo-leninismo y rechazaba cualquier suposición de que la política exterior soviética se basaba en el pragmatismo egoísta de la URSS como estado único. En repetidas ocasiones se declaró deudor de las ideas de Vladímir Lenin. En los congresos lo citaba como el principal legado del partido. Lenin había argumentado que, en tanto el capitalismo siguiera existiendo en el mundo, las rivalidades imperialistas seguirían produciéndose. La competencia económica entre las potencias industriales avanzadas inevitablemente derivaría en conflictos diplomáticos y guerras abiertas. Las potencias que carecían de colonias ultramarinas y países dependientes, aun de manera informal, estaban obligadas a intentar acceder a los mercados de sus rivales más afortunadas. Una Segunda Guerra Mundial —y posiblemente otras guerras mundiales— serían el resultado inevitable. Al dirigirse al XVIII Congreso del Partido, Stalin tocó este tema. Los conflictos militares y diplomáticos de la década de los treinta le parecían la confirmación del análisis de Lenin en cada uno de sus detalles: el capitalismo era intrínsecamente incapaz de mantener la paz en el mundo.

Desde este punto de vista, los tratados firmados al final de la Gran Guerra anticipaban futuros estallidos militares. Alemania había sido humillada en Versalles en 1919 y su decisión de reafirmarse causaría incesantes problemas. Los Estados Unidos, victoriosos en la Primera Guerra Mundial, estaban interesados en desmantelar el Imperio británico y en restringir la influencia japonesa en la región del Pacífico. En toda Europa y en Asia existían heridas abiertas en las relaciones internacionales que podían conducir a guerras. Se suponía que el problema residía en la persistencia de la economía capitalista mundial. Entretanto la URSS seguía siendo un estado paria. Cuando tuvo lugar la primera reunión de la

Sociedad de Naciones en enero de 1920, no se le concedió un lugar al régimen soviético. Más aún, los tratados posteriores a la guerra crearon estados sucesores en Europa oriental que eran hostiles a la Revolución de octubre. El Politburó percibía el peligro de que esta situación inestable de algún modo pudiese dar como resultado una cruzada contra la Unión Soviética.

Para Stalin, como había sucedido antes con Lenin, el primer objetivo de la política de seguridad soviética era mantenerse al margen de los conflictos entre las potencias capitalistas. Desde mediados de la década de los veinte Stalin había insistido en la necesidad de construir el «socialismo en un solo país». Esto no significaba que impulsara el pacifismo ni que previera una permanente abstención de la actividad militar; en realidad, ansiaba que se presentara la posibilidad de que el Ejército Rojo pudiera aprovechar las dificultades entre las potencias capitalistas resultantes de sus guerras. Nunca se había retractado de lo que afirmaba en *Problemas del leninismo* acerca de la necesidad de que se produjeran más revoluciones para que el estado soviético pudiera resguardarse contra la posibilidad de una intervención militar extranjera que pudiera derrocarlo[4]. También recalcó otro aspecto del pensamiento de Lenin, a saber, que la URSS intentaría mantenerse al margen de las guerras mundiales. Según afirmó, ni él ni sus camaradas dirigentes no iban a «sacar las castañas del fuego» a las potencias capitalistas.

Estas consideraciones condicionaron la política exterior soviética en el período de entreguerras. Pero se trataba de tendencias generales y llevaron a muchos políticos y diplomáticos contemporáneos —y a escritores posteriores— a suponer que Stalin era un individuo pragmático que había dejado de lado la ideología. Éste es un tema peliagudo. Es verdad que, si se tienen en cuenta los giros de la actividad diplomática soviética, Lenin y Stalin no demostraron mucha consistencia. En época de Lenin se había firmado en 1918 el Tratado de Brest-Litovsk y algunos observadores, incluyendo a muchos comunistas, vieron en él el abandono de las metas revolucionarias bolcheviques. Sin embargo, el Ejército Rojo invadió Polonia en 1920 y se comprometió en una «guerra revolucionaria». Una inconsistencia similar se hizo evidente desde finales de la década de los

veinte. Al principio Stalin utilizó a la Comintern para que diera instrucciones a los partidos comunistas europeos de que consideraran como sus mayores enemigos a los partidos socialdemócratas y laboristas, pero luego se inclinó a favor de que los comunistas formaran «frentes populares» con dichos partidos. Desde luego, la insistencia del marxismo-leninismo en la importancia de la flexibilidad en la política exterior soviética no era algo característico de él: más bien se trata de una característica de la diplomacia más allá de la época, el lugar o la tendencia política. Después de 1917 el marxismo-leninismo estaba recomponiendo la vieja rueda de las relaciones internacionales.

Incluso cuando Stalin mostraba su lado «ideológico», nunca dejó de lado las consideraciones prácticas. La URSS era un estado aislado cuya estructura política y económica representaba un desafío para las potencias capitalistas mundiales. La hostilidad hacia la Unión Soviética había llevado a la intervención militar en la Guerra Civil; esto mantuvo al Politburó en alerta constante ante la posibilidad de que esta situación se repitiera. Stalin y sus colaboradores tenían un interés pragmático en finalizar su aislamiento internacional; buscaban oportunidades para la reafirmación de la revolución. No había muchas maneras de cambiar la situación sin demoler el legado de la Revolución de octubre. Como mínimo la URSS tendría que reimplantar la economía de mercado y reconocer las deudas contraídas por los gobiernos rusos antes de octubre de 1917.

No había nada que indicara que Stalin contemplaba dar un paso semejante. Trotski le acusó de traicionar la Revolución de octubre y sin duda distorsionó y eliminó gran parte de la herencia de Lenin. Pero a su modo siguió siendo leninista, al mismo tiempo que introducía su particular modo de abordar las relaciones internacionales. Actuaba como si la política fuera fundamentalmente una cuestión de desenmascarar y neutralizar las conspiraciones tanto dentro del país como en el extranjero. Lenin no se había mostrado reacio a poner en duda las motivaciones de los estados extranjeros; en marzo de 1921 no había dejado de inventar la acusación de que los amotinados de Kronstadt actuaban en connivencia con gobiernos enemigos del estado soviético. Más aún, Stalin no hacía demasiadas distinciones entre los tipos de estados capitalistas. Estaba igualmente

dispuesto a vérselas con fascistas, demócratas liberales y socialistas en los gobiernos extranjeros; la política del frente popular se basaba más en razones prácticas que en afinidades ideológicas. Esto tampoco difería de la actitud que había adoptado Lenin, que en 1920 había instado a los comunistas a aliarse con la extrema derecha alemana a fin de debilitar a la República de Weimar y romper el Tratado de Versalles. En el exilio, Trotski exageraba las discrepancias entre el punto de vista de Lenin y el de Stalin en lo relativo a la política exterior[5].

¿Pero, cómo podía Stalin trasladar estos principios a la acción? A principios de la década de los treinta no tenía un programa definido en política exterior con excepción de su objetivo de que la URSS pudiera sobrevivir. No influía en los acontecimientos, sino que más bien reaccionaba ante ellos. Esto siguió siendo así mientras el estado soviético tuvo pocas posibilidades de concertar alianzas, ya que su misma existencia suponía un desafío para las demás potencias mundiales. En este tiempo, lo más que podía esperar Stalin era neutralizar la amenaza de una cruzada contra la URSS. Le inquietaban los indicios de expansionismo en sus fronteras. El Norte y el Sur no suponían una amenaza, pero el Este deparaba los peores augurios. En diciembre de 1931 los japoneses invadieron Manchuria e instalaron el estado títere de Manchukuo bajo control del ejército de Kwantung. El militarismo dominaba en Tokio. Al Kremlin le preocupaba que esto pudiera ser el preludio de un ataque a la URSS a través de Siberia.

Durante el Primer Plan Quinquenal Stalin encontró motivos para tener esperanzas acerca de los acontecimientos en el Oeste. De hecho, había una gran congruencia entre la política local y la política exterior: a comienzos de la década de los treinta era extremadamente radical en ambos casos. Se alentó a los partidos comunistas de todos los países europeos para que continuaran atacando políticamente a sus respectivos gobiernos. Se aprobaron campañas de extrema izquierda. La Comintern, que había tendido a mantenerse cauta con respecto a Alemania después del fracaso de su revolución y que había eliminado a los dirigentes izquierdistas simpatizantes de Trotski, comenzó a movilizarse contra aquellos a quienes acusaba de «derechismo». Stalin basaba su optimismo en la difícil situación

de la economía mundial. El colapso de Wall Street en 1929 llevó a la crisis a todos los países capitalistas. Mientras el Politburó y el Gosplan planificaban y lograban un incremento masivo de la producción industrial, los mercados de Norteamérica y Europa se sumían en el caos —y en ningún país el desastre económico era mayor que en Alemania—. Los comunistas de las principales ciudades alemanas se aprovecharon políticamente de esta situación y sostuvieron que la Gran Depresión señalaba la crisis final del capitalismo en todo el mundo. Stalin estaba de acuerdo con esta interpretación, que encajaba con las predicciones y los análisis que venían realizando los bolcheviques desde largo tiempo atrás.

Así, durante la campaña electoral del Reichstag en julio de 1932, dio instrucciones al Comité Ejecutivo de la Comintern para que ordenara al Partido Comunista Alemán que tratara a los socialdemócratas como el enemigo principal, con más dureza que al NSDAP de Hitler. La hegemonía sobre la izquierda política tendría prioridad sobre la lucha contra el nazismo. Este error capital se toma como prueba de que no tenía una visión acertada de la situación general de Europa. Los líderes comunistas alemanes se alarmaron ante estas directrices y una delegación partió para entrevistarse con Stalin. Cuando explicaron que los nazis constituían el peligro principal, les replicó que ya lo había tenido en cuenta. Stalin pensaba que Hitler saldría bien parado de las elecciones. Su réplica a los visitantes, entre los que estaba Franz Neumann, fue cortante: «¿No cree usted, Neumann, que si los nacionalistas llegan al poder en Alemania, van a estar tan ocupados con Occidente que podremos construir el socialismo en paz?». Con esto parecía querer decir que los nazis, como adversarios fundamentales del Tratado de Versalles, harían estragos en Europa. Parecía creer que el resultado probablemente favorecería a la Comintern en su cometido de expandir la revolución desde Rusia hacia Occidente[6].

De hecho, el líder derrotado de la Desviación de Derechas, Bujarin, había previsto que Hitler sería un líder mucho más agresivo y efectivo de lo que Stalin suponía y este pronóstico se corroboró cuando el Führer, fortalecido por su éxito electoral, se convirtió en canciller alemán en enero de 1933. Rompió el Tratado de Rapallo y suspendió la colaboración de la Wehrmacht con el Ejército Rojo. Condenó a los bolcheviques como una

amenaza política e ideológica para Europa. Cuando Hitler se hizo valer en Europa se demostró que el contenido de *Mein Kampf* no era un simple delirio. Las hipótesis de Stalin acerca del panorama político alemán resultaron ser peligrosamente ingenuas. El Oeste se había vuelto tan amenazador como el Este, y Alemania y Japón se convirtieron en los dos focos principales de los cambios que se produjeron en la política exterior soviética durante el resto de la década. Stalin apenas tuvo en cuenta a Norteamérica, salvo porque fomentó que las relaciones comerciales entre la URSS y los Estados Unidos estrecharan. Tenía poco que decir sobre Sudamérica, Africa y el resto de Asia. El Politburó siguió evitando las iniciativas revolucionarias arriesgadas. La producción de armamento se mantuvo como una prioridad fundamental. En Moscú se discutió la elaboración de una política exterior adecuada para enfrentarse el expansionismo alemán.

El Politburó, conmocionado por el éxito de Hitler en Alemania, dio algunos pasos para incrementar la seguridad soviética. Se logró una importante mejora en este sentido cuando ese mismo año los Estados Unidos anunciaron su decisión de otorgar reconocimiento diplomático a la URSS. Esto servía a los intereses de los negocios americanos en el extranjero. Después de pasar varios años intentando extender la influencia soviética en Europa, se abría para Stalin una puerta en el Nuevo Mundo[7]. Mientras tanto se reforzaron las guarniciones del Ejército Rojo en el Extremo Oriente por si Tokio trataba de usar su especie de colonia de Manchuria como base para una invasión a la URSS. Stalin no había olvidado las incursiones de los japoneses en Siberia oriental antes de que los bolcheviques ganaran la Guerra Civil en Rusia. En cuanto a Alemania, había más espacio para maniobrar. El comisario del pueblo de Asuntos Exteriores, Maxim Litvínov, sostenía que un acercamiento a todos los partidos antifascistas de Europa y la formación de frentes populares eran esenciales para los intereses soviéticos. Contaba con el apoyo de Gueorgui Dimítrov, a quien después de salir de la cárcel en Alemania en febrero de 1934 se le había concedido asilo político en la URSS. Dimítrov puso objeciones a la caracterización oficial de «social-fascistas» que se había hecho de los líderes y miembros de otros partidos socialistas[8]. Aunque las

ideas habían surgido de Litvínov y de Dimítrov, tenían que recibir la sanción del Politburó y sobre todo de Stalin. Se consideraba que Francia era el país europeo al que había que empujar a aliarse con los soviéticos. Al igual que la URSS, Francia se sentía amenazada por la política exterior de Hitler; Stalin pensó que era acertado suponer que la reconciliación entre la URSS y Francia convendría a ambos gobiernos.

También aceptó el consejo de Litvínov de adoptar una política de «seguridad colectiva». En el XVII Congreso del Partido en enero de 1934 expresó su satisfacción por la mejora de las relaciones diplomáticas con Francia y Polonia. Aunque negó que esto implicara que la URSS se retractase de su oposición al Tratado de Versalles, criticó las posturas antisoviéticas de los líderes nazis y no ofreció la paz a Alemania. En ese momento tenía sus expectativas puestas en los Estados Unidos (e incluso en Japón, al que consideró posible inducir a actuar en favor de la URSS).

> «Estamos», dijo Stalin, favor de la paz y de la causa de la paz. Pero no tememos las amenazas y estamos dispuestos a responder golpe por golpe a los agresores. Todo el que quiera la paz e intente establecer negociaciones con nosotros, siempre contará con nuestro apoyo. Pero aquellos que tratan de atacar nuestro país, serán objeto de aplastantes represalias que les enseñarán a no meter sus hocicos de cerdo en nuestro jardín soviético en el futuro.
>
> Esta es nuestra política exterior[9].

Pero omitió decir cómo se lograrían esos objetivos. Lo que estaba claro era que los dirigentes soviéticos intentaban salir de su aislamiento.

La formación de frentes populares implicaba una nueva denominación, pero no era una política totalmente nueva: ya se había intentado a mediados de la década de los veinte. Al fin se reconocía que la amenaza de la Alemania nazi era de primer orden. Dimítrov sostuvo que la Comintern tenía que reorganizarse para afrontar esta situación. En octubre señaló que la Comintern estaba excesivamente centralizada. Le escribió a Stalin que era preciso dar a los partidos comunistas extranjeros la libertad de reaccionar de forma autónoma a las condiciones nacionales[10]. Esto no

significaba que fueran a tener la opción de formar frentes populares o no. Se los conminaba a hacerlo[11]. Dimítrov escribía sobre cuestiones secundarias; quería que los partidos abordaran los asuntos del día a día sin tener que consultar permanentemente con las altas esferas. Fabricaba castillos en el aire. Al tiempo que reclamaba la independencia de esos partidos, no rompía las cadenas de su constante sometimiento.

Stalin aprobó las ideas de Dimítrov sin mayores modificaciones. Dimítrov demostró ser una fértil fuente de ideas en favor de que la URSS y los partidos comunistas de Europa se adaptaran a una realidad política y militar en rápida transformación. Stalin no podía aportar ideas propias. Sin embargo, los cambios que se hicieran en la política exterior debían contar con su autorización personal y, mientras dejaba que Dimítrov se ocupara de la Comintern, él y Litvínov se dedicaron a otros asuntos. Stalin no limitó los avances de la URSS en las relaciones internacionales a los contactos con los partidos de centro-izquierda. También quería reconciliarse con el gobierno francés de Gastón Doumergue. La dirección soviética se encaminaba gradualmente hacia una política fundada en tratados de «seguridad colectiva». Teniendo esto en mente, Stalin autorizó a sus diplomáticos para que solicitaran y lograran la entrada de la URSS en la Sociedad de Naciones en septiembre de 1934. No sólo Francia, sino también Checoslovaquia y Rumania fueron objeto de la apertura soviética[12]. Stalin se vio favorecido por el temor generalizado al resurgimiento alemán bajo el gobierno de Hitler. La existencia del Tercer Reich aterrorizaba a estos estados, y todos pensaban superar su rechazo inicial a tratar con la URSS. El potencial del Ejército Rojo como una fuerza antinazi en Europa oriental y central hacía las negociaciones con el Kremlin más atractivas que nunca desde la Revolución de octubre.

Había grandes desacuerdos entre los observadores acerca de los propósitos de Stalin. Para algunos parecía que se encaminaba gradualmente a restablecer una agenda más tradicional en la política exterior rusa. Los tratados y las alianzas particulares no les importaban: esas cosas siempre cambiaban de una generación a otra. Pero ganaba terreno la idea de que Stalin había abandonado los objetivos internacionalistas del leninismo y que deseaba el reconocimiento de la URSS como una gran potencia

internacional no interesada en subvertir el sistema político y económico mundial. Otros daban esto por cierto, pero matizaban el juicio. Para ellos parecía obvio que tanto la posición geopolítica de la URSS como las preferencias personales de Stalin indicaban una tendencia a aproximarse a Alemania a expensas de las buenas relaciones con el Reino Unido y Francia. Sin embargo, quienes tenían la sensación de que Stalin carecía de la preparación mental necesaria para ser algo más que un estadista mundial que simplemente reaccionaba ante los acontecimientos, cuestionaban este análisis.

Subestimaban su concienzuda capacidad de adaptación y la dimensión de su ruptura con el marxismo-leninismo. Con igual claridad anhelaba evitar los errores cometidos bajo el liderazgo de Lenin. En una cena a la que asistió Gueorgui Dimítrov dijo a los invitados que Lenin se había equivocado al abogar por una guerra civil europea durante la Gran Guerra[13]. También comenzó a estudiar la historia de las relaciones internacionales y a instancias suyas se publicaron muchos estudios especializados sobre el tema en la década de los treinta. Al mismo tiempo que incorporaba estos conocimientos a su visión del mundo, se mantenía dispuesto a mantener la flexibilidad de la política soviética en el plano internacional. Ésta era la actitud de Lenin cuando llegó al poder. A Stalin le había impresionado y trataba de emularla. Así como Lenin había afrontado y superado la terrible prueba de fuerza diplomática con Alemania entre 1917 y 1918, Stalin estaba decidido a probar su temple en los desafíos de los años treinta. En tanto crecían las amenazas provenientes de Europa y Asia, quería tener la preparación intelectual necesaria. Sabía que sin tales conocimientos podrían sorprenderle y no deseaba colocarse inocentemente en manos del Comisariado del Pueblo de Asuntos Exteriores ni de la Internacional Comunista.

En España estalló una guerra civil en julio de 1936, cuando el general fascista Francisco Franco se rebeló contra el gobierno de coalición de la República presidido por Diego Martínez Barrio (cuya autoridad emanaba de un frente popular). Franco solicitó la ayuda de Alemania e Italia. Ambos países se la otorgaron, y la Luftwaffe adquirió experiencia en bombardear ciudades y pueblos. Mientras tanto Francia y el Reino Unido, aunque

simpatizaban con el gobierno elegido, se mantuvieron neutrales. El gobierno español convocó a todas las fuerzas de la izquierda política que pudo. Los comunistas españoles lo apoyaron especialmente.

En Moscú había llegado la hora de decidir si iban a intervenir como ya lo habían hecho Hitler y Mussolini. El desplazamiento de unidades militares del Ejército Rojo resultaba difícil teniendo en cuenta la distancia. Pero la tradición revolucionaria impulsó a Stalin a responder favorablemente a la petición de ayuda proveniente de Madrid. También influyó la conciencia de que, si no se demostraba resistencia a la seguridad alemana, Europa entera estaría expuesta a las pretensiones expansionistas del Tercer Reich. La falta de respuesta se interpretaría como un signo de la inconsistencia de la política del frente popular. Se envió ayuda financiera y municiones por barco desde Leningrado a España. Al mismo tiempo la Internacional Comunista envió al líder del Partido Comunista Italiano, Palmiro Togliatti —bajo el seudónimo de Ercoli— a dirigir las actividades de los comunistas españoles. Togliatti y los emisarios políticos y militares que le acompañaban encontraron un panorama caótico. Siguiendo las órdenes de Stalin intentaron que el Partido Comunista Español se convirtiera en la fuerza líder de la izquierda sin entrar en realidad en la coalición gubernamental. La política del frente popular se mantuvo y Moscú fruncía el ceño ante cualquier alusión a la toma del poder por parte de los comunistas. Dimítrov hizo todo lo que pudo para dirigir la puesta en práctica de la línea general acordada en el Kremlin: sabía que era peligroso ignorar la voz del amo[14].

Cuando Franco empujó a la retirada a las fuerzas armadas republicanas, el gobierno español presionó a los comunistas para que entraran en la coalición. Se pidió por teléfono el consentimiento de Stalin y entonces Dimítrov envió instrucciones tácticas al líder comunista José Díaz. Finalmente Francisco Largo Caballero, dirigente del Partido Socialista, se convirtió en jefe del gobierno. Hacia marzo de 1937 Stalin estaba claramente tenso por haber sido arrastrado a una lucha militar de alcance interno sin ser capaz de controlar las consecuencias. Además, los informes acerca de la efectividad de la coalición y de su ejército no eran alentadores. Su instinto le decía que había que abandonar España y disolver las Brigadas

Internacionales en el caso de que Alemania e Italia también se retiraran, pero por el momento insistió en una fusión de los partidos comunista y socialista en España[15]. De inmediato esto se convirtió en la política de la Comintern. Aun así, las negociaciones entre los partidos no progresaban mucho; no podían borrarse en un día años de antagonismos. Tampoco contribuyó a mejorar la situación la política de Stalin de enviar agentes de la NKVD a España para perseguir y liquidar a los trotskistas. La pérdida de confianza en la izquierda aumentó rápidamente cuando los miembros del POUM, leal a las ideas trotskistas, fueron cercados. Sin remordimientos el Partido Comunista de España reforzó su influencia en el gobierno.

La situación cambiaba de un mes a otro y los socialistas se negaron a someterse a las directrices del Partido Comunista de España. Hacia febrero de 1938 Stalin había llegado a la conclusión de que los comunistas debían dimitir del gobierno. Tanto Dimítrov desde Moscú como Togliatti en España acataron la decisión pese a la confusión que necesariamente provocaría en la alianza antifranquista[16]. Stalin no fomentó las tensiones políticas en la izquierda sin fundamentos. Pero las hizo mucho más crueles de lo que habría sido necesario y, si alguien todavía pensaba que sus acusaciones contra las víctimas de la represión en la URSS eran simplemente un instrumento de despotismo sin auténtica importancia para él, se desilusionaron con los acontecimientos de España. Se pusieron en marcha idénticas persecuciones políticas. Stalin había decidido que los elementos de extrema izquierda del bando republicano debían ser exterminados antes de que pudieran infectar al Partido Comunista de España con sus propósitos aberrantes. Desde luego, muchos de los izquierdistas españoles eran trotskistas, anarquistas o comunistas independientes por convicción. Stalin no sintió la necesidad de sopesar las opciones: sabía que tenía que cauterizar la herida del pluralismo en la izquierda. Iba a ayudar a España según los preceptos de su característica política homicida.

Para entonces la Guerra Civil ya se había decidido indefectiblemente a favor de Franco. En marzo de 1939 había terminado. Los republicanos habían perdido la prolongada lucha contra las fuerzas reaccionarias respaldadas por el fascismo alemán e italiano. Trotski criticó la política de

Stalin por excesivamente cautelosa. Para Trotski la Guerra Civil española era una de esas oportunidades que se presentaban con regularidad para expandir la revolución al oeste de la URSS y debilitar a la ultraderecha política en toda Europa. Sin embargo, Stalin era muy consciente de los riesgos que podría correr si realizaba una intervención enérgica. Siempre temió arrojar a los gobiernos francés e inglés en brazos del general Franco. La hegemonía comunista en la coalición de gobierno español habría llevado indudablemente a esa situación. Pero tanto él como la Comintern al menos hicieron algo, y no es probable que los republicanos hubieran podido resistir tanto tiempo si Stalin no hubiera sancionado la participación del Partido Comunista de España. Los críticos trotskistas lo acusaron de dirigir con excesivo pragmatismo las relaciones internacionales soviéticas. Pasaban por alto los limitados recursos de que disponía la URSS. En los aspectos económico, militar y —sobre todo— geográfico, no tenía posibilidades serias de hacer más de lo que hizo.

Sin embargo, si no pudo hacer mucho más para ayuda, sin duda pudo haber hecho menos para dificultar las cosas. Su actitud hacia la izquierda política española, especialmente en lo que respecta a la eliminación del POUM, lo hizo merecedor con toda justicia de la condena de George Orwell en *Homenaje a Cataluña.* Stalin actuaba dentro de los límites de sus propias concepciones. No podía imaginar que un movimiento revolucionario pudiera movilizarse adecuadamente a menos que fuera purgado de elementos poco fiables. Al mismo tiempo que se estaba deshaciendo de ese tipo de gente en la URSS estaba decidido a eliminarlos de las filas de la Comintern. La causa de la revolución debía sustentarse en la limpieza de elementos de la extrema izquierda política. Los trotskistas eran una plaga venenosa. Los agentes de Stalin en la Comintern peleaban por la causa de la política interna de la URSS en las montañas y llanuras de la lejana España.

LA GUERRA SE ACERCA

La política interna, la seguridad del estado y la política exterior confluyeron a fines de la década de los treinta. Stalin arrestó a cientos de miles de ciudadanos soviéticos inofensivos cuyo origen nacional era inconveniente. Los polacos, los finlandeses, los chinos y los coreanos residentes en territorios limítrofes con los estados cuya nacionalidad mayoritaria compartían por lo general eran deportados a regiones distantes de la URSS. Incluso los griegos que vivían en las repúblicas soviéticas del mar Negro, a cientos de millas marítimas de Grecia, sufrieron este mismo destino[1]. La política de seguridad del estado soviético tenía una dimensión nacional y étnica. Al mismo tiempo que se promovía la prensa y la educación para la población no rusa del estado soviético multinacional, Stalin manifestaba una fuerte hostilidad hacia un sector de ella en particular. Lo que se conoce como «limpieza étnica» no era algo nuevo en la URSS. El Politburó había puesto en práctica una política similar contra los cosacos del norte del Cáucaso a finales de la Guerra Civil[2]. Las propuestas de limpieza sobre la base de la nacionalidad volvieron a resurgir al comienzo del Plan Quinquenal[3]. Pero las deportaciones, arrestos y ejecuciones durante y después del Gran Terror elevaron la represión nacional y étnica a una escala mucho mayor.

La aplicación de esta política no excluía a los comunistas soviéticos con carnet del partido. El celo de Stalin por lograr que el país estuviese a salvo de ser sublevado desde el extranjero llegó al punto de exterminar a los exiliados del Partido Comunista Polaco residentes en Moscú. Los comunistas polacos le resultaban particularmente sospechosos. Varios de sus dirigentes habían simpatizado con las tendencias de la oposición

soviética en la década de los veinte. Incluso muchos de ellos habían estado del lado de la dirigente y teórica marxista polaca Rosa Luxemburgo contra Lenin antes de la Gran Guerra. En cualquier caso, a Stalin siempre le había inquietado la amenaza que suponía Polonia para la URSS. Se convencía con facilidad de la veracidad de los informes que le proporcionaba la NKVD de Yezhov de que las agencias de inteligencia de las potencias capitalistas occidentales se habían infiltrado en la comunidad polaca en el exilio. En noviembre de 1937 Stalin no concebía tratar cada caso individualmente: ordenó la disolución de todo el partido. Dimítrov, exiliado búlgaro en Moscú, acató dócilmente la orden y escribió a Stalin para que le aconsejara sobre cómo proceder. Stalin replicó exigiendo directamente a Dimítrov que tomase conciencia de la necesidad de actuar rápidamente: «La disolución lleva dos años de retraso»[4]. Varios líderes comunistas polacos ya se hallaban en la Lubianka. De inmediato la NKVD capturó al resto y la mayoría de los prisioneros fueron fusilados.

La obediencia de Dimítrov no puso a la Comintern a salvo de las sospechas de Stalin. Grupos enteros de funcionarios de su Comité Ejecutivo y de varios de sus departamentos fueron ejecutados. No se exceptuó tampoco a los enviados a España, que demostraron su lealtad asesinando a los miembros del POUM. Stalin y Yezhov embaucaron a muchos de ellos para que regresaran y los hicieron matar. Stalin expresaba abiertamente su furia ante Dimítrov exclamando rabioso que «todos los de la Comintern sois uña y carne con el enemigo»[5]. En Moscú pudo llevar a cabo la purga que anhelaba. En el extranjero hizo que Dimítrov obligara a los partidos comunistas de Francia, España, Italia, Reino Unido y Estados Unidos que operaban libremente —aunque se habían convertido en muy pocos— a expulsar a aquellos miembros que se negaran a apoyar la línea oficial o que hubieran simpatizado en el pasado con los opositores a Stalin. Esta atmósfera punitiva impregnó todo el movimiento comunista mundial. Stalin sólo deseaba el apoyo en el extranjero de quienes fueran auténticamente leales.

Cuando los republicanos fueron derrotados en la Guerra Civil española, Stalin se interesó por el Partido Comunista Francés y su política con respecto al gobierno socialista de Léon Blum. El líder comunista francés

Maurice Thorez, al igual que sus colegas en todas partes de Europa, se había mostrado cauto sobre el giro hacia el frente popular, pero, tras aceptarlo, propuso unirse al gabinete de Blum en 1936. Había que pedir permiso a Moscú. Cuando Moscú puso objeciones, Thorez obedeció a Moscú[6]. El Kremlin siempre mantenía una estrecha tutela y Stalin estaba al mando. La principal restricción a sus maniobras radicaba en la calidad de información que recibía del Comité Ejecutivo de la Comintern, así como de Francia y otros países, y dirigentes como Thorez, por más que se afanaran por complacer a Stalin, envolvían los mensajes en sus preferencias políticas. Stalin tenía confianza en el sistema de toma de decisiones que había establecido. También actuaba de acuerdo con sus presupuestos generales sobre el desarrollo mundial. Al mismo tiempo que reconocía la importancia de las relaciones internacionales, no podía permitirse el lujo de ocuparse de ellas la mayor parte del tiempo si quería asegurar el tipo de transformación interna que pretendía —y a finales de la década de los treinta su mayor prioridad era llevar a cabo las sangrientas purgas masivas —. Sólo un líder de extraordinaria capacidad de decisión pudo obrar como lo hizo en el escenario político europeo y asiático.

Esto resultaba obvio en su intervención en los asuntos del Partido Comunista Chino. Stalin seguía reclamando que Mao Tse-tung mantuviera la alianza con Chiang Kai-shek. Aunque Mao pensara que Stalin sobrevaloraba el movimiento nacionalista chino —el Kuomintang— dirigido por Chiang Kai-shek, necesitaba desesperadamente la ayuda financiera y política de Moscú. Stalin exigía la táctica del «frente popular» y Mao tuvo que acceder. Después de haber sido suprimido por el Kuomintang en 1927, el Partido Comunista Chino se había reagrupado. La Larga Marcha se había iniciado en 1934 en dirección al norte de China, donde Mao consolidó el apoyo al partido en las áreas rurales. El Kuomintang y el Partido Comunista Chino siguieron teniendo una relación intensamente hostil. La sospecha mutua a veces derivaba en esporádicos estallidos de violencia. Lo único que impedía la guerra civil era la amenaza externa que representaba el Japón militarista. Los japoneses, que habían ocupado Manchuria en 1931 y establecido el estado títere de Manchukuo, tenían claras intenciones de continuar la expansión territorial. A Stalin, que

como siempre pensaba en términos de geopolítica amplia y deseaba fortalecer la seguridad inmediata de la URSS, le parecía mejor que Mao y Chiang dejaran de lado su rivalidad: éste fue el consejo que la Comintern dio a los comunistas chinos durante toda la segunda mitad de la década de los treinta.

Mao siguió escabullándose de la línea de la Comintern. Ningún líder comunista del partido antes de la Segunda Guerra Mundial demostró tal contumacia (según la veía Stalin). Los hombres de Mao, lejos de aliarse con Chiang, lo capturaron. Moscú ordenó su inmediata liberación. Mao estaba exasperado por la intervención; deseaba matar al líder enemigo que había estado a punto de eliminar a todo su partido en 1927. Aun así, tenía que acceder si no quería enfrentarse a la pérdida de los indispensables suministros militares provenientes de la URSS. Había prevalecido la disciplina comunista[7].

La situación cambió en 1937 cuando los japoneses invadieron el territorio chino. Pekín y Shanghai cayeron rápidamente en sus manos. El Ejército Rojo chino retomó una actitud de mayor cooperación con el Kuomintang en aras de los intereses nacionales. Aun así, las fuerzas conjuntas chinas no podían competir con las japonesas. El ejército conquistador arrasó el país y masacró a civiles en las ciudades. Stalin prometió armas y ayuda económica a los comunistas chinos. También reorganizó sus propias fronteras. En esos años ordenó las purgas étnicas de coreanos y chinos que vivían en el Extremo Oriente soviético. Se reemplazó la dirección regional de la NKVD y se encomendó al Ejército Rojo estar alerta ante cualquier amenaza del ejército de Kwantung en Manchukuo. Ambos bandos, soviético y japonés, se vigilaban mutuamente tratando de adivinar sus respectivas pretensiones geopolíticas. Los frecuentes disturbios fronterizos agravaron la situación y el 25 de noviembre de 1936 los japoneses firmaron el Pacto Anti-Comintern con Alemania e Italia. El Kremlin estaba extremadamente preocupado. Stalin no veía salida en las concesiones diplomáticas, y cuando el ejército de Kwantung chocó con las fuerzas soviéticas en mayo de 1939 en Nomonhan, respondió al fuego con fuego. Estalló la guerra. El Ejército Rojo del Extremo Oriente fue reforzado

con tanques y aviones. Se envió al comandante Gueorgui Zhúkov a dirigir la campaña militar[8].

El militarismo hizo que los mapas del Este, Sur y Oeste fueran rediseñados. La Sociedad de Naciones había resultado ineficaz ante el avance japonés, primero sobre Manchuria y luego sobre China. Las protestas internacionales tampoco salvaron a Etiopía de ser conquistada por Italia, y Alemania, después de intervenir activamente en la Guerra Civil española, se anexionó Austria y Checoslovaquia. Sin embargo, hasta Nomonhan el Ejército Rojo había actuado mucho más contra los campesinos soviéticos rebeldes que contra los enemigos extranjeros de la URSS. Al fin tenía lugar la prueba decisiva para la que Stalin había preparado la industria y el ejército.

A pesar de los daños sufridos durante el Gran Terror, el Ejército Rojo se defendió bien. Así como los rusos habían supuesto una fácil victoria sobre un enemigo inferior en 1904, los japoneses preveían un colapso militar soviético. Inteligente y con capacidad de adaptación, Zhúkov había aprendido mucho de los programas de entrenamiento alemán que había seguido en la URSS hasta 1933. Al igual que Tujachevski, consideraba que la intervención de las formaciones de tanques era fundamental en la guerra contemporánea por tierra. Su llegada al Extremo Oriente fortaleció la estrategia ofensiva soviética. Había sido testigo de la destrucción del Mando Supremo perpetrada por Stalin y sabía que solamente algo muy próximo a una victoria total podría salvarlo de la persecución de la NKVD[9]. Su única ventaja era que Stalin, como lo había hecho siempre desde la Guerra Civil, no escatimaría hombres y equipamiento a los comandantes. Zhúkov planeaba superar al enemigo en recursos antes de enfrentarse a él. En agosto de 1939 había reunido la fuerza necesaria y podía comenzar la ofensiva planeada. Stalin observaba con reticencia a través del prisma de los informes que le llegaban de los comandantes del ejército y del organismo de inteligencia militar. Mientras que Zhúkov necesitaba la confianza de Stalin, Stalin necesitaba que Zhúkov triunfase en la campaña.

Stalin mismo estaba siendo cortejado por Gran Bretaña y Francia, ya que sus respectivos gobiernos buscaban un modo de frenar a Hitler por

medio de un acuerdo con la URSS. Aun así, estas tentativas no eran muy apremiantes. El Foreign Office envió a Leningrado a un oficial de rango intermedio en un barco de vapor en lugar de enviarlo por avión, y este oficial no tenía autoridad para decidir sobre ninguna propuesta diplomática. Stalin, sopesando sus apuestas en la diplomacia europea, dio el paso drástico de hacer saber a Berlín que no se mostraría reacio a un acercamiento a los alemanes.

Ya había gastado una gran cantidad de recursos valiosos para extender el terror de estado al extranjero. El exterminio de los trotskistas y anarquistas en España había sido parte de este fanatismo represor. Se llevaron a cabo asesinatos de emigrados rusos anticomunistas residentes en Europa. También se habían puesto las miras en los comunistas que criticaban a Stalin. La mayor presa de todas era Trotski. Los órganos de la inteligencia soviética concedieron suma importancia a planificar y organizar atentados contra su vida. Tras huir de un país a otro, finalmente había hallado refugio en Coyoacán, en los alrededores de Ciudad de México. Aunque ya no era una amenaza decisiva para Stalin en el Kremlin, Trotski lo había enfurecido al publicar el *Boletín de la oposición* y organizar la IV Internacional. El artista mural David Aifaro Siqueiros dirigió el primer ataque que sufrió en Coyoacán, pero fracasó, de modo que Trotski reforzó sus precauciones. Pero Stalin estaba obsesionado por el deseo de matarlo. El segundo ataque se organizó con mayor sutileza. El agente de la NKVD Ramón Mercader consiguió infiltrarse en la residencia de Trotski presentándose como partidario de sus ideas. El 20 de agosto de 1940 encontró la oportunidad que había esperado en la villa y hundió un piolet en la cabeza de Trotski.

La cacería del enemigo mortal de Stalin había desviado gran cantidad de recursos de otras tareas de espionaje[10]. No obstante, la red de espionaje soviética no era ineficaz en la década de los treinta. Muchos europeos antifascistas veían al comunismo como el único bastión contra Hitler y Mussolini. Un número pequeño pero significativo de ellos ofreció sus servicios voluntarios a la URSS. Stalin y la NKVD también podían contar con informes regulares de los partidos comunistas de Europa y Norteamérica.

Esto proporcionó información a la dirección soviética para formular su política exterior sobre la base de un conocimiento sólido de la probable reacción en el extranjero. En Japón, Alemania y el Reino Unido, la NKVD tenía espías de alto nivel con acceso excepcional a los secretos de estado. El problema no era el suministro de información, sino su interpretación y distribución. Stalin insistió en restringir los informes provenientes de las agencias diplomáticas y de espionaje a un ínfimo puñado de camaradas. Se designó un grupo en el interior del Politburó para que vigilara, discutiera y decidiera. Pero tal era la sospecha de Stalin hacia sus compañeros políticos del Kremlin que a menudo no les permitía inspeccionar los informes disponibles. Cuando las crisis en las relaciones internacionales se multiplicaban e intensificaban antes de 1939, esto significaba que las acciones de la URSS dependían fundamentalmente, en una medida mucho mayor que en Alemania, de los cálculos del Líder. Al mismo tiempo también examinaba los informes acerca de toda la gama de actuaciones políticas internas en materia de política, seguridad, economía, sociedad, religión, nacionalidad y cultura. Por lo tanto, tenía un tiempo limitado para estudiar a fondo el material que llegaba del extranjero. El contenido de los informes siempre era contradictorio; también presentaba distintos grados de fiabilidad. El recelo de Stalin hacia sus colaboradores implicaba un desaprovechamiento de las ventajas que proporcionaba su red de inteligencia[11].

También fue responsable de reducir el Comisariado del Pueblo de Asuntos Exteriores a la sombra de lo que había sido. El Gran Terror había significado la destitución de cientos de personas cualificadas. Se reprimió especialmente a los judíos. Como resultado, después de 1937 y 1938 todos los funcionarios de Moscú y de las embajadas evitaban decir cualquier cosa que pudiera concebirse como causa de problemas. Se evitaba aconsejar a Stalin de forma firme y directa.

Stalin y sus colaboradores del Politburó precisaron nervios de acero para seguir los acontecimientos de Europa y Asia en 1939. Las intervenciones personales de Stalin en los asuntos diplomáticos fueron haciéndose cada vez más frecuentes, y el 5 de mayo de 1939 formalizó la situación cambiando la dirección del Sovnarkom. Stalin asumió por primera

vez la dirección. Era un paso que hasta entonces había eludido; desde 1930 se había contentado con dejar que Mólotov estuviera a cargo del gobierno. El sombrío panorama de las relaciones internacionales lo indujo a cambiar de idea. Sin embargo, Mólotov no fue descartado, sino asignado al Comisariado del Pueblo de Asuntos Exteriores. En 1941 Maxim Litvínov finalmente fue nombrado embajador en los Estados Unidos. Su conocida preferencia por un sistema de seguridad colectiva frente a la amenaza fascista en Europa parecía limitar las opciones diplomáticas soviéticas a mediados de 1939. Se abría la puerta a una política exterior más flexible hacia la Alemania nazi si surgía la ocasión (el hecho de que Litvínov fuera judío suponía un escollo adicional para un entendimiento con Hitler). Mólotov era el más fiel seguidor de Stalin y era ruso. Era otro indicio de que Stalin creía que se avecinaban sucesos sumamente importantes.

Esto ha llevado a suponer que estaba desarrollando una estrategia a largo plazo con vistas a hacer un trato con Alemania. Era una tradición en la política exterior soviética. Cuando no estalló la revolución socialista en Berlín después de octubre de 1917, Lenin trató infatigablemente de regenerar la economía soviética por medio de concesiones alemanas. Sin la ayuda alemana, fuera socialista o capitalista, veía poca posibilidad de mejorar la industria y la agricultura en todo el país. El Tratado de Rapallo de 1922 en cierto sentido iba en esa dirección. ¿Tenía Stalin una concepción similar? Sin duda es muy poco probable. Había puesto en marcha el Primer Plan Quinquenal para liberar a la URSS de toda dependencia de ayuda extranjera, aunque la importación de tecnología norteamericana y alemana tuvo que continuar durante algunos años.

Al observar la situación mundial a partir del colapso de Wall Street, Stalin confirmó sus ideas. Para él el capitalismo era intrínsecamente inestable. Sin embargo, también era peligroso. Hasta que el Ejército Rojo no fuera una fuerza imbatible en los dos continentes sería necesario que la diplomacia soviética se inclinara por hacer acuerdos con las potencias extranjeras. Incluso Alemania, a pesar de haber militado en el bando opuesto en la Guerra Civil española, no era necesariamente irreconciliable. Como Japón, Alemania era un factor geopolítico constante que debía tener en cuenta en sus cálculos. Pero aumentaba su sensación de que los logros

industriales y militares de la URSS permitían una política exterior más activa. En la década de los veinte, cuando los comandantes militares Mannerheim y Pilsudski tenían el poder en Finlandia y Polonia, el Politburó se hallaba perpetuamente preocupado por sus intenciones depredatorias. En la década siguiente estos temores disminuyeron. El Ejército Rojo era un poder que había que tener en cuenta. En 1939 sus tropas estaban en guerra con Japón y controlando su propia organización. El Comisariado del Pueblo de Asuntos Exteriores podía tratar con los territorios fronterizos —Finlandia, Estonia, Letonia, Lituania, Polonia, Rumania y Bulgaria— desde una posición de fuerza. La posibilidad de que causaran algún perjuicio a la URSS sólo podría darse en caso de que actuaran conjuntamente. Pero después de que Hitler subiera al poder la posibilidad de ser conquistados por los alemanes les preocupaba mucho más que fraguar planes para derrocar el bolchevismo en Moscú.

Sin embargo, Alemania podía actuar de modo independiente. Sus sucesivas campañas de expansión recibieron la aprobación del Reino Unido y Francia. Los intentos diplomáticos soviéticos de organizar una resistencia habían sido rechazados. Stalin había ofrecido ayuda a Checoslovaquia antes de su destrucción en marzo de 1939. Es dudoso que verdaderamente tuviese la intención de comprometer al Ejército Rojo. Estaba llevando a cabo una declaración pública del antifascismo de la URSS sabiendo que era extremadamente improbable que los británicos y los franceses dieran un paso contra Hitler. Los checoslovacos mismos se mostraban reacios a tener unidades soviéticas armadas en su propio territorio. En la primavera y el verano de 1939 Hitler aumentó la presión sobre Polonia.

Evidentemente tenía los ojos puestos en Danzig, en la costa del Báltico. Polonia estaba bajo amenaza militar y aun así sus políticos se negaban a aliarse con la URSS. La enemistad polaco-soviética era un hecho irrenunciable en los cálculos de Varsovia. En estas circunstancias apenas puede sorprender que Stalin empezara a considerar si no sería preferible hacer un trato con Hitler que mantenerse completamente al margen de los acontecimientos de Europa oriental.

Stalin confiaba principalmente en el poder militar, en los informes de inteligencia y en las argucias diplomáticas para abordar la situación. La

Comintern no suponía una gran ayuda. Los comunistas chinos eran incapaces de derrotar a los japoneses y todavía tenían que vencer al Kuomintang. Los comunistas alemanes estaban muertos o en campos de concentración —sólo quedaban algunos pocos emigrados en la URSS—. El comunismo como fuerza política en Europa central y oriental estaba de rodillas. En España e Italia también estaba deshecho. En el resto del mundo, incluyendo Norteamérica, todavía no contaba demasiado. En el Reino Unido era una minoría molesta para el orden establecido, principalmente para el Partido Laborista. Tan sólo en un país, Francia, el Partido Comunista conservaba un apoyo masivo. Pero los comunistas franceses no eran sino un partido de izquierdas más. Aunque pudieran organizar huelgas obreras y manifestaciones políticas, eran principalmente un factor perturbador de la política nacional. A menudo Stalin era criticado, especialmente por la IV Internacional de Trotski, por haberse apartado de la Comintern en la década de los treinta. La realidad era que el movimiento comunista mundial no ofrecía muchas esperanzas de hacer la revolución.

Aunque se hubiera producido una revolución, habría habido complicaciones para la política militar y de seguridad soviéticas. La URSS contaba con pocas alternativas en los últimos años de la década. Stalin, que siempre se había mostrado escéptico hacia los pronósticos relativos a un estallido revolucionario en Europa, depositaba su confianza en la actividad del estado soviético. Esto no significa que abandonara la creencia en la inevitabilidad de la revolución socialista en todo el mundo. Pensaba que la «transición» mundial finalmente iba a producirse, tal como predijeron Marx, Engels y Lenin. Pero era realista sobre la debilidad del movimiento comunista mundial en ese momento y, al ser un hombre que gustaba de obrar con un esquema programático amplio en un momento dado, puso su fe en su ejército, en sus agencias de inteligencia y —sobre todo— en sí mismo y en su fiel subordinado Mólotov.

Stalin y Mólotov, con su limitada experiencia diplomática, asumieron la responsabilidad conjunta y, aunque en algunas ocasiones Mólotov discutió con Stalin en materia de ideología[12], nunca chocaron en lo relativo a la política exterior. Pero esta corporación incrementó el riesgo del país. Stalin no podía haber imaginado un arreglo más peligroso para tomar las

decisiones de estado. Tomó solo las decisiones supremas. De su agudeza mental dependían el destino de su país y la paz en Europa y el Extremo Oriente. A la mayoría de los líderes semejante carga de responsabilidad le habría quitado el sueño. Pero no a Stalin. Poseía una inmensa confianza en sí mismo ahora que había liquidado a los intelectuales destacados que tanto lo habían irritado y que —en el fondo de su alma— le habían hecho sentir fuera de lugar. Aprendía rápido y se enorgullecía de su dominio de cada detalle. Nunca le había faltado fuerza de voluntad. El resto del Politburó, aterrorizado por las purgas de los años 1937 y 1938 e inmerso en sus otras funciones de gobierno, dejó la política exterior a cargo del Jefe. Gradualmente su grupo interno quedó excluido de las discusiones. Aun así, sus miembros estaban asombrados por la capacidad y la determinación de Stalin. Era una situación que presagiaba el desastre. Y el desastre no tardaría en llegar.

LA CENA DEL DEMONIO

En las primeras horas del 24 de agosto de 1939 tuvo lugar un acontecimiento que estremeció al mundo: la URSS y Alemania sellaron un pacto de no agresión por diez años. La ceremonia tuvo lugar en la oficina de Mólotov en el Kremlin con la presencia de Stalin[1], donde los dos ministros de relaciones exteriores —Mólotov y Ribbentrop— firmaron el acuerdo. Terminaban seis años de incriminaciones mutuas entre la Unión Soviética y el Tercer Reich. *Pravda* dejó de vilipendiar a Hitler y al nazismo en sus editoriales y Hitler interrumpió sus críticas al «judeo-bolchevismo». Los filmes contra los alemanes desaparecieron de los cines soviéticos; los panfletos y libros antisoviéticos se quitaron de los estantes de las librerías alemanas. Las dos dictaduras que habían apoyado a bandos opuestos durante la Guerra Civil Española se daban un abrazo.

Stalin, con su túnica arrugada por el uso, miraba por encima del hombro izquierdo de Mólotov mientras éste firmaba el documento. Al igual que Lenin con el Tratado de Brest-Litovsk, se mantuvo detrás por si las cosas salían mal. Stalin estaba encantado del modo en que marchaban las cosas desde la llegada de Ribbentrop al Aeródromo Central el día anterior. Ribbentrop había llegado al Kremlin a media tarde, donde se encontró con Stalin y Mólotov. Para Ribbentrop, era una señal de que la dirección soviética tenía verdaderamente un genuino interés en un trato con el Tercer Reich. Las notas diplomáticas habían circulado entre Berlín y Moscú durante tres semanas. Ribbentrop había llegado para proponer un acuerdo germano-soviético que abarcara desde el mar Báltico hasta el mar Negro. El objetivo inmediato de Hitler era la invasión a Polonia, pero la empresa sería peligrosa sin la complicidad de la URSS. El Führer autorizó a Ribbentrop a

que acordara un tratado de no agresión entre la Unión Soviética y la Alemania nazi. El tratado propuesto preveía la división de las regiones septentrionales de Europa oriental en dos zonas de influencia soviética y alemana; también establecía un proyecto para incrementar el comercio en beneficio mutuo. Ribbentrop había volado a Moscú para afirmar que Hitler, pese a ser el autor de *Mein Kampf,* iba en serio.

La voluntad de Stalin de llegar a este acuerdo con la Alemania nazi se había visto reforzada por la poca disposición de los otros posibles socios poderosos para llegar a algún acuerdo diplomático. Hacia mediados de agosto la perspectiva de una alianza con Gran Bretaña y Francia se había esfumado y cada día que pasaba la oferta alemana se hacía más tentadora. Mólotov, siguiendo las instrucciones de Stalin, envió una nota confidencial donde manifestaba la resolución de iniciar conversaciones diplomáticas. La impaciencia de los alemanes iba en aumento. Hitler tenía que invadir y conquistar Polonia antes del invierno. El 19 de agosto Stalin declaró que Moscú estaba lista para recibir a Ribbentrop. Era tal la prisa por llegar a un acuerdo que Hitler no tuvo tiempo de asistir —o tal vez no habría ido a Moscú de ningún modo.

Con todo, Stalin estaba complacido. Tres horas de tranquila negociación en la tarde del 23 de agosto dejaban sólo un asunto por resolver: el destino de Letonia. Hitler había ordenado a Ribbentrop que conservara Letonia, con su influyente minoría alemana, en la zona de influencia alemana. Pero Stalin y Mólotov se mostraron intransigentes. Las viejas fronteras imperiales eran de cierto interés para Stalin. También estaba el factor de la seguridad estratégica. Si a Hitler se le ocurría invadir Letonia, tendría una cuña metida en los territorios fronterizos rusos. Las conversaciones se interrumpieron a las seis y media de la tarde para que Ribbentrop pudiera consultar a su Führer. Hitler asentió de inmediato, y Ribbentrop volvió al Kremlin para comunicar la noticia a Stalin. Stalin, que por lo general cuando quería se mostraba tan impasible como una piedra, no pudo evitar un estremecimiento. Pero pudo dominarse y, cuando los dos grupos finalizaron el texto del tratado, Stalin sacó las botellas y propuso un brindis «a la salud de Führer». Ribbentrop brindó con él en nombre del Führer[2]. Más tarde, esa misma noche, tuvo lugar la ceremonia oficial donde Stalin

sonreía satisfecho al lado de Mólotov. Cuando se informó al abstemio Hitler, retirado en su nido de águilas sobre Berchtesgaden, se permitió beber una copita de champán[3].

Hitler tenía la necesidad de asegurarse de que la URSS no se opondría a su conquista de Polonia Era un compromiso temporal: no había desechado para siempre una posible invasión a la URSS. ¿Pero qué pasaba con Stalin? A la luz de lo que sucedió en 1941, cuando Hitler ordenó la Operación Barbarroja, ¿fue prudente al hacer lo que hizo en 1939?

Esto plantea la cuestión de si Stalin tenía alguna otra alternativa realista. Es evidente que la reconciliación con Alemania fue una decisión que tomó personalmente después de consultar con Mólotov. El personal del Comisariado del Pueblo de Asuntos Exteriores no fue advertido de antemano ni se le pidió que preparara informes por escrito[4]. No había habido ninguna insinuación en la prensa diaria más importante. Con excepción de Mólotov, el grupo de política exterior del Politburó, que incluía a Malenkov, Beria y Mikoián, no sabía nada del asunto[5]. La mejor prueba de que Stalin estaba dispuesto a asumir grandes riesgos es el pacto que firmó con los nazis. Más aún, cuando tomó la decisión no se dignó a explicar nada a los demás. En verdad, la política exterior soviética sólo tenía en ese momento dos opciones básicas: un acuerdo con Hitler o un acuerdo con Francia y el Reino Unido. La paz con Hitler le daría a Stalin un período de respiro para continuar fortaleciendo al ejército soviético. En contraste, no quedaba claro si los franceses y los británicos realmente estaban interesados en hacer un trato. El hecho de que los británicos hubieran enviado simplemente a un oficial de rango intermedio del Foreign Office para dirigir las conversaciones en Moscú en 1939 resultaba profundamente desalentador para el Kremlin.

Stalin, que temía un peligroso aislamiento, creyó que un trato con Alemania era la única opción que había sobre la mesa. Tuvo que superar sus prejuicios ideológicos: los nazis eran los mayores enemigos del comunismo mundial. Pero Stalin no dejó que la cuestión doctrinaria le impidiera actuar. Al fin y al cabo el marxismo-leninismo no diferenciaba demasiado los distintos tipos de estados capitalistas. Para Stalin, todos esos estados —fueran liberal-democráticos o fascistas— eran igualmente deplorables.

Cuando se inclinó por la política de los frentes populares en 1934, simplemente se basaba en el cálculo práctico de que el Tercer Reich suponía una amenaza inminente para la URSS en Europa. Esto no había excluido la posibilidad de un tratado con Hitler en último término, del mismo modo que Lenin, a mediados de la década de los veinte, había contemplado la posibilidad de una acción armada conjunta con los protonazis alemanes[6]. Más aún, también Lenin había querido que el estado soviético se mantuviera al margen de una guerra mundial entre los estados capitalistas. La política de la URSS hacia las grandes potencias se basaba en dejar que éstas se enfrentaran entre sí en una futura guerra mundial, mientras el Ejército Rojo sacaba provecho del resultado cualquiera que fuese. Si esto implicaba firmar un tratado de no agresión para apartar a Hitler de la URSS y hacer que Alemania destinara a sus fuerzas armadas a luchar contra Francia y el Reino Unido, Stalin estaba dispuesto a dar ese paso.

No creía que un mero tratado pudiera asegurar la paz a la Unión Soviética. También sabía que Hitler era un formidable enemigo en potencia. Mólotov recordaría[7]:

> Sería erróneo decir que lo subestimaba. Sabía que Hitler se las había ingeniado para organizar al pueblo alemán en poco tiempo. Había habido un Partido Comunista importante y, sin embargo, había desaparecido —¡fue barrido!—. Hitler tenía el apoyo del pueblo y los alemanes pelearon de tal modo en la guerra que esto resultaba palpable. Así que Stalin, con su desapasionado acercamiento a la consideración de la estrategia global, se tomó todo esto muy en serio.

Esto es verosímil. En público los marxistas tenían que subrayar que el nazismo recibía su apoyo principalmente de la clase media. Sin embargo, Stalin sabía que se encontraba frente a un Führer cuyo pueblo le apoyaba. Tampoco tenía razones para creer que Hitler iba a derrotar de inmediato a los franceses después de someter Polonia. Al igual que muchos observadores, los dirigentes soviéticos pensaron que el Tercer Reich se metería en problemas en Occidente y que esto permitiría que la URSS

continuara preparándose para la guerra en lugar de tener que enfrentarse sola a la Wehrmacht.

El tratado de no agresión se dividía en dos partes: una pública y otra secreta. La primera estipulaba que la URSS y el Reich alemán acordaban no declararse la guerra ni en forma individual ni en coalición con otras potencias. Las disputas que surgieran deberían ser resueltas mediante negociaciones o, si éstas no resultaban efectivas, mediante una comisión de arbitraje. El tratado conllevaba que, si cualquiera de las partes entraba en guerra con alguna otra potencia, la otra parte no brindaría apoyo a tal potencia. Tendría una validez de diez años con la opción de prolongarse cinco años más. La URSS y Alemania incrementarían el comercio entre ambos países en beneficio mutuo. Sin embargo, la parte secreta del tratado era todavía más significativa. Sus cláusulas delimitaban «esferas de interés» de los regímenes soviético y alemán en Europa oriental. Se admitía la libertad de acción de Alemania desde su actual frontera oriental hasta Lituania. La influencia sobre Polonia iba a dividirse entre la URSS y el Tercer Reich. Sin decirlo expresamente, Hitler y Stalin se proponían ocupar sus «esferas» y reducirlas a la subordinación política directa.

De inmediato Hitler hizo realidad su objetivo geopolítico. El 1 de septiembre de 1939 se inició una *Blitzkrieg* contra Polonia. En pocos días la resistencia militar polaca había sido abatida. Varsovia cayó el 27 de septiembre. Los gobiernos francés y británico, en cierto modo para sorpresa de Hitler, enviaron un ultimátum a Berlín el primer día de la guerra. Hitler hizo caso omiso. Los alemanes se quedaron perplejos cuando en principio Stalin se negó a autorizar el avance del Ejército Rojo hacia el territorio que quedaba bajo dominio soviético según el acuerdo. La razón era que la URSS y Japón seguían en guerra en el Extremo Oriente y el riesgo militar de movilizar fuerzas armadas hacia Polonia oriental era demasiado grande hasta que los dos países firmaron la paz el 15 de septiembre. El Ejército Rojo avanzó sobre territorio polaco dos días después. Un segundo acuerdo —el Tratado de Fronteras, Amistad y Cooperación— se firmó el 28 de septiembre. Stalin no sólo reclamó Estonia y Letonia como parte de la esfera soviética, sino también Lituania. Tenía el objetivo de recobrar los territorios que habían pertenecido al Imperio ruso y asegurar que la URSS

poseyera un área compacta de defensa. Hitler, que ya estaba pensando en atacar Francia, accedió enseguida.

Los procedimientos establecidos por Stalin para tratar a los «enemigos del pueblo» dieron resultado. Se reprimió a los dirigentes políticos, económicos y culturales; también se arrestó a oficiales del ejército. Algunos fueron fusilados y otros enviados a campos de trabajo en Siberia y Kazajstán. La NKVD, tras haber aprendido las lecciones del Gran Terror, había preparado escrupulosamente la lista de personas que debían ser capturadas. Stalin quería estar seguro de que la intervención policial golpeara exactamente a aquellos grupos que había identificado como hostiles a los intereses soviéticos. Él y Beria no se limitaron a perseguir a personas en particular. Se arrestaron y deportaron familias enteras. Polonia fue el primer país que sufrió las consecuencias[8]. Estonia, Letonia y Lituania venían a continuación en la agenda de Stalin, y Mólotov ordenó a los respectivos gobiernos de esos países que firmaran pactos de ayuda mutua. Se envió una orden similar a Finlandia. El objetivo perseguido era el afianzamiento de la hegemonía soviética en toda la región. El problema era que Finlandia, que en el plano diplomático se hallaba cercana a Alemania, no estaba dispuesta a someterse. Las negociaciones cesaron. Stalin estableció un gobierno provisional formado por comunistas finlandeses y situado en Moscú y el 30 de noviembre el Ejército Rojo atacó confiado en que muy pronto llegaría a Helsinki.

Sin embargo, los finlandeses no se rindieron. El Ejército Rojo, debilitado por los efectos del Gran Terror, combatió duramente pero sin habilidad. La Guerra de Invierno se convirtió en un sangriento empate en las nieves septentrionales. El gobierno finlandés era consciente de que derrotar por completo al Ejército Rojo estaba fuera de su alcance. Se reanudaron las conversaciones y se firmó un tratado de paz en marzo de 1940. Los finlandeses, con sentido de la realidad, cedieron una gran porción de territorio y varias bases militares. La frontera soviética con Finlandia avanzó cientos de millas al norte de Leningrado. Stalin había conseguido lo que se había propuesto, pero a un precio terrible. Perecieron 127.000 soldados del Ejército Rojo[9]. Pero para Stalin lo más importante (ya que no le importaba en absoluto el número de muertos) era que la fuerza militar de

la URSS se había mostrado más débil de lo que el mundo pensaba. Si las fuerzas armadas soviéticas no eran capaces de destruir a Finlandia, ¿qué podrían hacer contra el Tercer Reich si llegaba a estallar una guerra con Hitler?

La conmoción en el Kremlin era generalizada. Con una fuerza tan grande, se esperaba que el Ejército Rojo repeliera a los fineses sin dificultad y permitiera así el establecimiento de una República Soviética Finlandesa que solicitaría su incorporación a la URSS. Stalin estaba fuera de sí. Increpó a Voroshílov. La bebida y la vieja amistad soltaron la lengua de Voroshílov. Pese al Gran Terror, conservaba el sentido del honor y no estaba dispuesto a aceptar las críticas del Líder, que había supervisado todas las grandes decisiones acerca de seguridad y defensa durante los últimos años. Voroshílov ya no soportaba más: tomó un plato de cochinillo y lo estrelló contra la mesa[10]. Este tipo de reacción violenta habría condenado a más de uno al Gulag (en realidad, lo normal era que fueran a parar al Gulag mucho antes de que se atrevieran a gritar al Líder). Sin embargo, la guerra era una razón demasiado poderosa para que Stalin concentrara su interés en los fines estratégicos y se diera cuenta de la necesidad de reorganizar el Ejército Rojo. Stalin despidió al poco apto Voroshílov y nombró a Semión Timoshenko, un general profesional, para que se hiciera cargo de la dirección del Comisariado del Pueblo de Defensa.

La urgencia de la tarea quedó demostrada en el verano de 1940, cuando la Wehrmacht en rápido avance a través de los Países Bajos llegó a Francia y forzó la capitulación de París y la evacuación urgente de las fuerzas británicas de las playas de Dunquerque. La caída del Reino Unido parecía inminente. Timoshenko, con el consentimiento de Stalin, hizo que los cuerpos de oficiales soviéticos recuperaran el orgullo militar. La educación política se redujo a una parte del entrenamiento militar necesario. Se concibieron planes para la construcción de líneas defensivas a lo largo de los límites que separaban las esferas de interés alemana y soviética. Para llevar a cabo este objetivo parecía necesario que Estonia, Letonia y Lituania quedaran bajo control de la URSS. El desastre de Finlandia no podía repetirse. Se llevó a cabo una pequeña farsa. Se pergeñaron «incidentes» de provocación a fin de que el Kremlin tuviera un pretexto para intervenir.

Había que intimidar a los políticos del Báltico. Se convocó a Moscú a los ministros de Estonia, Letonia y Lituania. Stalin y Mólotov tenían décadas de experiencia en estos asuntos. Los visitantes no tuvieron otra opción que aceptar la anexión. Mólotov le dijo con voz áspera al ministro de Exteriores letón: «Usted no va a regresar a su casa hasta que no firme el acuerdo de inclusión en la URSS»[11]. Los tres gobiernos carecían de todo apoyo militar. La resistencia habría llevado a una catástrofe nacional.

Por supuesto, el acatamiento también significaría el desastre, ya que Estonia, Letonia y Lituania sin duda iban a ser sometidas al mismo tratamiento que Polonia oriental. De hecho, los métodos de matón no derivaron inmediatamente en peticiones formales de incorporación a la URSS. Por lo tanto, el Ejército Rojo se movilizó para asegurar los objetivos de Stalin y las unidades de la NKVD le siguieron de cerca —algunas de ellas habían estado operando en Polonia—. Se mantuvo una fachada de constitucionalismo. El miembro del Politburó Andréi Zhdánov, estrechamente ligado a su amo Stalin, fue enviado a la región del Báltico para llevar a cabo sus órdenes de puertas para adentro. Se produjeron arrestos no difundidos debido a la censura de noticias. Las ejecuciones y las deportaciones se sucedieron mientras los medios de comunicación, dominados por los soviéticos, anunciaban nuevas elecciones. Solo se permitió presentarse a los candidatos comunistas o que cuando menos los apoyaban. Los parlamentos se reunieron en Tallin, Riga y Vilnius en julio y declararon su total acuerdo con los deseos de Moscú. Todos solicitaron la incorporación a la URSS, como había exigido Stalin. En consideración a las formalidades, Stalin evitó admitir a los tres países el mismo día. Lituania entró en la URSS el 3 de agosto; Letonia, dos días después y Estonia, al día siguiente.

Stalin jugaba al juego geopolítico por si servía de algo. Las perspectivas comunistas en Europa se habían desvanecido. Para Stalin, inveterado oportunista, esto no era problema. Al tiempo que no dejaba de considerar que el comunismo era superior al capitalismo, esperaba que se presentara una nueva oportunidad para promover su tipo de gobierno dictatorial en el extranjero. Lituania, Letonia y Estonia no eran los únicos lugares que tenía en miras como zonas de especial interés para la URSS. Él y sus

representantes siempre insistieron en llevar a cabo la misma política en Rumania y Bulgaria. También defendió la idea de que Turquía cayera en la zona de hegemonía soviética. Y Stalin, al mismo tiempo que enviaba abundantes cuotas de grano y combustible a Alemania, en guerra con Francia y el Reino Unido, exigía a cambio tecnología alemana. Berlín tuvo que autorizar la venta de aviones de combate Messerschmitt, un tanque Panzer-III y el crucero *Lutzow;* también mostró a los especialistas rusos los planos para la construcción del buque de guerra *Bismarck*[12]. Stalin tiene fama de haber sido estafado por Hitler. Pero para Berlín en los años 1939 y 1940 no era así. Stalin sabía cómo conseguir lo que quería e insistía en conseguirlo por completo. Cuando no cejó en sus exigencias a riesgo de que aumentara la tensión entre Moscú y Berlín, Hitler lo describió como un «chantajista de sangre fría»[13].

Lo que cambió la actitud de Stalin no fue nada de lo que sucedió en Europa del Este ni en el Extremo Oriente. La caída de Francia en el verano de 1940 lo transformó todo. La planificación militar soviética se había basado en la suposición de que Hitler encontraría una resistencia más efectiva por parte de las fuerzas armadas francesas de la que había encontrado en Polonia. La geopolítica europea estaba patas arriba. Muy pocos observadores concedían al Reino Unido muchas posibilidades de sobrevivir en los meses siguientes. Para Stalin las implicaciones de la situación eran terribles. La Wehrmacht parecía estar a punto de culminar sus tareas en Occidente. Ya no tendría que luchar una guerra en dos frentes si dirigía su poderío contra la URSS. Las relaciones entre Hitler y Stalin reflejaron inmediatamente las consecuencias de la caída de Francia. La intransigencia mostrada a partir de agosto de 1939 comenzó a aplacarse. Había que impedir la guerra con Alemania a cualquier precio[14].

Esta política conciliadora se llevó a la practica sin ninguna declaración expresa de un cambio de posición. Pero las afirmaciones de Stalin en privado, recientemente disponibles, revelan sus preocupaciones. El 7 de noviembre de 1940, en la cena del aniversario de la Revolución de octubre en el Kremlin, se mostró conmocionado por los sucesos militares. No se limitó al desastre francés. La guerra soviético-japonesa había demostrado la debilidad de la fuerza aérea del país, aunque no la de sus tanques. La

Guerra de Invierno con Finlandia había sido mucho peor para la URSS, ya que había revelado enormes defectos de organización y planificación. Y después Alemania había asolado Francia en la campaña de verano y había hecho retroceder a los ingleses al otro lado del Canal. Stalin fue tajante: «No estamos preparados para una guerra como la que se está desarrollando entre Alemania e Inglaterra»[15]. Mólotov recordaría que por esa época Stalin llegaba a la siguiente conclusión: «Podremos enfrentarnos a los alemanes en pie de igualdad sólo en 1943»[16]. Las ramificaciones diplomáticas eran innumerables. Era necesario convencer a Hitler de que las intenciones militares soviéticas eran absolutamente pacíficas. Había que enviar la materia prima requerida aunque a cambio no llegara de inmediato la tecnología alemana: el retraso en la entrega, antes motivo de reproche, ahora podía perdonarse.

Mientras el mundo diplomático se ensombrecía en la primera mitad de 1941, Stalin reconsideró varios de sus juicios políticos. Ya había incorporado los ingredientes nacionales rusos al marxismo-leninismo. Al pensar en los países europeos bajo la bota de acero de los nazis, gradualmente llegó a la conclusión de que la utilidad de la Comintern había terminado. Si lo que se quería era extender la simpatía popular por el comunismo, tenía que ser visto como un movimiento que mostrara respeto por los sentimientos nacionales. Tal vez a Stalin también le urgía el deseo de convencer a Hitler de que el expansionismo soviético había dejado de ser una aspiración. Se lo mencionó a Dimítrov en abril de 1941; aseveró que los partidos comunistas[17],

> tienen que tener autonomía absoluta y no ser parte de la Comintern. Tienen que convertirse en partidos comunistas nacionales con distintas denominaciones: partido de los trabajadores, partido marxista, etc. No importa el nombre. Lo que sí importa es que arraiguen en sus pueblos y que se concentren en sus tareas específicas (…) La Internacional fue creada en tiempos de Marx ante la expectativa de una revolución internacional en ciernes. La Comintern fue creada en tiempos de Lenin en un momento similar.

> Hoy, las tareas *nacionales* se han convertido en la prioridad suprema de cada país. No hay que aferrarse al *ayer.*

Con estas palabras prácticamente se le daba a entender a Dimítrov que su trabajo estaba obsoleto.

Esto no significaba que Stalin hubiera perdido la fe en el triunfo final del comunismo a nivel mundial, pero Dimítrov recibía de modo indirecto la opinión de que la situación militar de Europa se había vuelto tan compleja y peligrosa que ya no era ventajoso para la URSS seguir manteniendo un movimiento comunista coordinado bajo la dirección de la Comintern. Stalin no había abandonado la esperanza de controlar la actividad de otros partidos comunistas. En cambio, había llegado a la conclusión provisional de que su política de apaciguar a Alemania se vería favorecida si ponía distancia entre su gobierno y la Comintern. Sólo el comienzo de la guerra con Alemania retrasó la disolución de la Comintern por parte de Stalin.

Pero mientras buscaba tranquilizar a Hitler, quería mantener alta la moral de su propio Ejército Rojo. El 5 de mayo de 1941 presidió la ceremonia de graduación de las academias militares de Moscú. Sus palabras, no reproducidas por la prensa de entonces, fueron combativas. En lugar de los discursos tranquilizadores que solía pronunciar ante los medios sobre Alemania, declaró[18]:

> La guerra con Alemania es inevitable. Si el camarada Mólotov logra posponer la guerra durante dos o tres meses a través del Ministerio de Asuntos Exteriores, tanto mejor para nosotros. Pero vosotros debéis seguir adelante y tomar medidas para elevar la capacidad de combate de nuestras fuerzas.

Stalin instaba a las fuerzas armadas soviéticas a prepararse para la guerra[19]. Explicó[20]:

> Hasta ahora hemos llevado a cabo una política pacífica y defensiva y ademas hemos educado a nuestro ejército en este espíritu. Sin

> duda hemos ganado algo con nuestros empeños por mantener una política de paz. Pero ahora la situación debe cambiar. Tenemos un ejército fuerte y bien armado.

Y prosiguió:

> Una buena defensa implica la necesidad de atacar. El ataque es la mejor forma de defensa (…) Ahora debemos llevar a cabo nuestra política defensiva y de paz mediante el ataque. Sí, defensa con ataque. Ahora debemos reeducar a nuestro ejército y a nuestros comandantes. Infundirles el espíritu de ataque.

¿Era esto —como pensaron algunos— una señal de la intención de atacar Alemania en un futuro cercano? Es innegable que Stalin no tenía el menor escrúpulo en apuñalar por la espalda a amigos y aliados. Hitler pensaba y actuaba de igual modo, y el Kremlin no había olvidado la propaganda nazi acerca del *Lebensraum y* de los *Untermenschen* eslavos. Esto pudo haber suscitado en Stalin la idea de que la mejor estrategia era golpear a Hitler antes de que éste pudiera atacar a la URSS. También es cierto que Zhúkov y Timoshenko diseñaban los planes de esta ofensiva.

Sin embargo, nada de todo esto prueba que Stalin planeaba verdaderamente llevar a cabo una ofensiva en el futuro inmediato. Una ceremonia de graduación militar en Europa y Asia a mediados de 1941 no era una ocasión para que un líder político moderara la mentalidad de combate de los futuros oficiales. Tenían que estar preparados para la guerra; también tenían que darse cuenta de que tenían unos dirigentes políticos dispuestos a ir a la guerra. Más aún, habría sido un descuido por parte de Stalin no encargar a Zhúkov y Timoshenko para que planearan una ofensiva. Todos los ejércitos deben llevar a cabo múltiples planificaciones y el Ejército Rojo no era una excepción. Stalin deseaba estar preparado para hacer frente a cualquier posible contingencia. Era realista al suponer que necesitarían al menos un par de años antes de que sus fuerzas pudieran atacar a los alemanes. No excluía la posibilidad de atacar Alemania en caso

de que la Wehrmacht mostrara debilidad. La tradición marxista-leninista en política extranjera indicaba que la URSS debía explotar las rivalidades políticas, económicas y militares entre las potencias capitalistas. Así se habían comportado los estados de toda índole desde tiempos inmemoriales. Si Alemania parecía débil, el águila soviética se lanzaría en picado para atrapar su presa.

En consecuencia, la prioridad de Stalin en mayo y junio de 1941 era evitar que Hitler tuviera algún motivo para comenzar una guerra. El Mando Supremo todavía tenía que completar un plan de defensa global definitivo[21]. La contemporización en lo diplomático y lo económico seguía siendo primordial en la mente de Stalin. Los análisis de los expertos militares de Berlín y Moscú habían destacado la importancia de comenzar las hostilidades a comienzos del verano a fin de pulverizar las defensas de la URSS antes de la llegada del invierno, y Stalin esperaba que todas estas conjeturas fueran verdaderas. Hitler no había podido invadir la Unión Soviética en el momento apropiado debido a los problemas en Yugoslavia a partir de la primavera. Pero la decisión secreta ya se había tomado en Berlín: Hitler iba a atacar tan pronto como reuniese fuerzas suficientes en la Polonia ocupada por los alemanes. Su confianza en el triunfo descansaba en su ignorancia de la capacidad militar soviética. La cautela de Stalin hizo que los alemanes no pudieran saber con certeza la verdadera capacidad militar de la URSS. Cuando tal información comenzó a llegar a Berlín, era demasiado tarde para persuadir a Hitler de que aplazara la invasión[22].

Stalin esperaba contra toda esperanza que sus maniobras diplomáticas dieran resultado mientras el verano se acercaba. No prestaba atención a la creciente cantidad de información acerca de que Hitler no estaba en las fronteras para nada bueno. Zhúkov estaba desesperado. A mediados de junio hizo uno de sus recurrentes intentos de que se apartara de su política conciliadora. Stalin saltó con furia: «¿Qué es lo que busca? ¿Ha venido aquí para asustarnos con la idea de la guerra o es que verdaderamente quiere la guerra? ¿No tiene ya suficientes medallas y títulos?»[23]. Este era un golpe bajo que hizo que Zhúkov perdiera la compostura aun con Stalin. Pero el momento pasó y se mantuvo la política conciliadora. Así pues, el confiado

Líder del Kremlin preparaba sin saberlo las condiciones para que se produjera el mayor desastre militar del siglo XX.

BARBARROJA

Poco antes del amanecer del 22 de junio de 1941 las fuerzas armadas alemanas iniciaron la Operación Barbarroja. Hitler no hizo ninguna advertencia preliminar; era una típica *Blitzkrieg* y Stalin estaba en ese momento en su cama de la dacha Blízhniaia. Durante la crisis diplomática acaecida en las últimas semanas, había considerado que los informes de las fuentes de inteligencia que pronosticaban una invasión alemana no eran sino una provocación. Timoshenko, como comisario del pueblo de Defensa y Zhúkov, como jefe del Estado Mayor, pensaron que Stalin estaba equivocado, de modo que se mantuvieron en estado de alerta durante toda esa noche. A las tres y media de la madrugada fueron informados de fuertes bombardeos a lo largo de la frontera germano-soviética. Sabían lo que significaba: el comienzo de la guerra. Timoshenko le ordenó a Zhúkov que telefoneara a la Blízhniaia. Zhúkov, obedeciendo la orden, le pidió a un dormido Vlásik, el jefe de la guardia personal de Stalin, que despertara al Líder[1].

Como un escolar que rechazara el resultado de una simple operación aritmética, Stalin no podía creer lo que oía. Con la respiración agitada, le dijo refunfuñando a Zhúkov que no había que tomar medidas en respuesta[2]. Los ejércitos alemanes no habían tenido nunca una víctima tan dócil. La única concesión de Stalin a Zhúkov fue levantarse de la cama y volver en limusina a Moscú. Allí se reunió con Zhúkov, Timoshenko, Mólotov, Beria, Voroshílov y Lev Mejlis[3] (Mejlis era un burócrata del partido que había desempeñado muchas tareas para Stalin durante el Gran Terror). Pálido y furioso, se sentó con ellos a la mesa empuñando una pipa vacía para reconfortarse[4]. No podía aceptar que se había equivocado con

Hitler. Masculló que el estallido de las hostilidades seguramente habría tenido origen en una conspiración dentro de la Wehrmacht. Siempre tenía que haber alguna conspiración. Cuando Timoshenko expresó sus dudas al respecto, Stalin replicó que «si fuera necesario organizar una provocación, los generales alemanes serían capaces de bombardear sus propias ciudades». Todavía trataba de convencerse de manera ridícula de que la situación tenía vuelta atrás: «Seguramente Hitler no sabe nada de esto». Le ordenó a Mólotov que se pusiera en contacto con el embajador Shulenburg para aclarar la situación. Esto era como aferrarse a una última esperanza mientras tronaba el Armagedón. De hecho, Schulenburg ya había solicitado una entrevista con Mólotov en el Kremlin. Entretanto, Timoshenko y Zhúkov continuaron implorando la autorización de Stalin para organizar las acciones armadas de contraataque[5].

Schulenburg, que había tratado de convencer a Hitler de que no invadiera la URSS, presentó las novedades militares sin ambigüedades. Mólotov informó a Stalin: «El gobierno alemán nos ha declarado la guerra». Stalin se hundió en su asiento y un silencio insoportable flotó en la sala. Lo rompió Zhúkov, que propuso medidas para detener al enemigo. Timoshenko le corrigió: «Para detenerlo no, para aniquilarlo». Sin embargo, incluso entonces Stalin siguió sosteniendo que las fuerzas de tierra soviéticas no debían afectar la integridad territorial alemana. La Orden N.º 2 se despachó a las siete y cuarto de la mañana[6].

Los alemanes pululaban como langostas en las fronteras occidentales de la URSS. Nadie, con excepción tal vez de Stalin, confiaba en que el Ejército Rojo pudiera hacerlos retroceder rápidamente hasta el río Bug. Había ocurrido un desastre militar de dimensiones sin precedentes en las guerras del siglo XX. Stalin todavía no era dueño de sus actos. Estaba visiblemente aturdido y era incapaz de prestar atención al problema fundamental. Cuando Timoshenko volvió del Comisariado del Pueblo de Defensa para consultarle, Stalin se negó a recibirle. La política, incluso en un momento así, tenía prioridad, de modo que insistió en que primero debía reunirse el Politburó. Finalmente, a las nueve de la mañana se permitió que Timoshenko presentara un plan para la creación de un Mando Supremo. Mientras tanto, el Politburó le encargó a Mólotov la tarea de hablar por la

radio al mediodía[7]. Stalin todavía estaba desorientado. De haber querido, podría haberlo hecho él mismo. Pero la conmoción y el desconcierto le mantuvieron apartado. Con todo, estaba decidido a permanecer en el centro de las operaciones —y sabía que Mólotov no desmerecería en el micrófono —. Stalin no perdía el tiempo mortificándose por lo que Hitler le había hecho. Había estallado la guerra. Stalin y la URSS tenían que ganarla.

¿Cómo se dejó engañar? Durante semanas la Wehrmacht se había estado concentrando en la ribera occidental del río Bug mediante el traslado de numerosas divisiones del ejército desde diversos lugares de Europa. La Luftwaffe había enviado escuadrones aéreos de reconocimiento que sobrevolaron las ciudades soviéticas. El organismo de inteligencia militar había informado de todo esto a Stalin. En mayo y junio tanto Timoshenko como Zhúkov lo habían presionado sin cesar para que autorizara los preparativos para el inicio de la lucha. Richard Sorge, el agente soviético de la embajada alemana en Tokio, había dado la voz de alarma. Winston Churchill había enviado telegramas advirtiendo del peligro a Stalin. Los espías de la URSS en Alemania habían mencionado los preparativos en curso. Hasta el Partido Comunista Chino alertó a Moscú de las intenciones alemanas[8].

Pero Stalin había tomado sus decisiones. Rechazó las advertencias y confió en su propio juicio. Es indiscutible que cometió un desatino. Aun así, hay algunas circunstancias atenuantes. Stalin tenía la certeza de que tarde o temprano habría guerra con Alemania. Al igual a que los estrategas militares de todas partes, el triunfo fácil de Hitler sobre Francia le había dejado atónito. El éxito alcanzado por la Wehrmacht en el Oeste hacía muy probable que el Führer apoyara cualquier plan de marchar hacia el Este y atacar a la URSS. Pero Stalin tenía ciertos motivos para creer que los alemanes no se arriesgarían a un ataque en 1941. Aunque había humillado a Francia, Hitler no había conseguido golpear mortalmente a Inglaterra. Sus fuerzas armadas también se habían visto en dificultades en los Balcanes durante la primavera, cuando la resistencia de Yugoslavia a la ocupación alemana mantuvo ocupadas a las tropas que se necesitaban para la operación Barbarroja. Stalin siguió creyendo firmemente que una invasión triunfal de la URSS por parte de los alemanes sólo podría comenzar como

muy pronto a principios del verano. El destino de Napoleón en 1812 había demostrado la importancia de atacar a los rusos sin tener que arrastrarse por la nieve. A mediados de junio de 1941 parecía que el peligro de la cruzada alemana se había esfumado.

Algunos agentes de la inteligencia soviética también negaban que el ataque alemán fuera inminente. Una nebulosa de informes confundía los cálculos de Stalin[9]. Al insistir en ser el único juez de la veracidad de los datos, empeoró las cosas. El análisis habitual de la información no estaba permitido en la URSS[10]. Stalin confiaba en exceso en sus propias intuiciones y experiencias. No sólo los otros dirigentes, sino también el comisario del pueblo de Defensa, Timoshenko, y el jefe del Estado Mayor, Zhúkov, desconocían los informes de las embajadas y de las agencias de inteligencia[11]. Los alemanes se aprovecharon de la situación brindando falsos informes; se esmeraron para inducir a Stalin a creer que no había una campaña militar en ciernes. Así pues, en los primeros meses de 1941 Stalin circulaba por una vía de dos direcciones: cumplía escrupulosamente los términos de su pacto con la Alemania nazi mientras que, en los encuentros con la élite política y militar soviética declaraba que, si los alemanes atacaban, los repelerían con ferocidad y eficacia. Había estado arriesgando de manera desmesurada la seguridad de su país. Cauto en tantos aspectos, Stalin confiaba en su habilidad para adivinar las intenciones de Hitler sin discutir las pruebas con nadie.

Stalin estaba trastornado por la operación Barbarroja, pero Mólotov siempre defendió al Jefe contra la acusación de que había sucumbido al golpe[12]:

> No se puede decir que se hubiera derrumbado; sin duda estaba sufriendo, pero no lo demostraba. Claro que tenía sus dificultades. Sería estúpido sostener que no sufría. Pero no se lo representa tal como realmente era (…) ¡se lo representa como un pecador arrepentido! Por supuesto, esto es absurdo. Todos esos días con sus noches, como siempre, siguió trabajando; no tenía tiempo para desfallecer ni para perder el don de la palabra.

La agenda de visitas de Stalin confirma que no cayó en la pasividad[13]. Zhúkov también insistió en que la recuperación de Stalin fue rápida. Al día siguiente ya dominaba mejor la situación y a los pocos días parecía ser el de siempre. Su voluntad de poder lo mantenía a flote. Tenía pocas opciones. Si no pudiera derrotar a las fuerzas armadas alemanas, sería fatal para el Partido Comunista y el estado soviético. La Revolución de octubre sería aplastada y los alemanes tendrían Rusia a su merced.

El 23 de junio Stalin trabajó sin descanso en su oficina del Kremlin. Durante quince horas, desde las tres y veinte de la madrugada, consultó a los miembros del Mando Supremo. Era fundamental llevar a cabo una planificación militar centralizada, de modo que autorizó a sus subordinados políticos a continuar sus respectivas tareas mientras él se concentraba en las propias. Después, a las seis y veinticinco de la tarde, solicitó informes orales de los políticos y comandantes. Mólotov estuvo con él prácticamente todo el tiempo. Stalin reunía la mayor cantidad de información disponible antes de emitir nuevas órdenes. Según el registro recibió gente hasta la una y veinticinco de la madrugada del día siguiente[14].

El Mando Supremo o Stavka —término usado bajo Nicolás II en la Primera Guerra Mundial— también quedó conformado el 23 de junio. En principio Stalin no estaba por la labor de convertirse formalmente en su jefe. No le agradaba la idea de presentarse como el líder de un esfuerzo bélico en condiciones tan desastrosas, de modo que fue Timoshenko quien se hizo cargo de la presidencia de la Stavka, que incluía a Stalin, Mólotov, Voroshílov, Budionny, Zhúkov y Kuznetsov. Trataron de persuadir a Stalin de que aceptara el nombramiento de comandante supremo. Pero se negó, aunque en la práctica actuaba como si hubiese aceptado el puesto. Fue él quien dio forma a la Stavka[15], y está claro que insistió en que políticos destacados pertenecieran a este cuerpo militar. No solamente Mólotov, sino también Voroshílov y Budionny eran básicamente militantes del partido que carecían de experiencia profesional para dirigir la maquinaria de guerra. Por lo tanto, Timoshenko, Zhúkov y Kuznetsov eran sobrepasados en número. Stalin no permitiría que se tomaran decisiones fundamentales sin la participación de los políticos, pese a los inmensos errores que había cometido en los días pasados. Convocaba a los generales a su oficina,

preguntaba por la situación al oeste de Moscú y les daba sus instrucciones. No había dudas acerca de su supremacía.

Se impuso a sí mismo y a los demás un ritmo frenético hasta las primeras horas del 29 de junio, cuando Mólotov, Mikoián y Beria fueron los últimos en marcharse (V. N. Merkúlov, que había encabezado la organización de la seguridad del estado durante varios meses, se había ido pocos minutos antes)[16]. A partir de ese momento comenzó a comportarse de forma misteriosa. Su visita al ministro de Defensa dos días antes había sido complicada. Cuando Timoshenko y Zhúkov le mostraron los mapas de las operaciones, se quedó conmocionado ante la magnitud del desastre sufrido por el Ejército Rojo. Tras haber superado su furia por la operación Barbarroja el 21 de junio, sufrió una recaída. Sus compañeros del Politburó, el Sovnarkom y la Stavka no tenían ni idea de lo que le había sucedido. Cuando se llamaba a la dacha Blízhniaia, el jefe de personal, Poskrióbyshev, declaraba que no sabía dónde estaba. Sin embargo, en realidad se ocultaba allí. Los comandantes y los políticos tendrían que proseguir la guerra contra Alemania como mejor pudieran. Nadie fuera de la Blízhniaia sabía si estaba vivo o muerto.

El avance alemán cruzaba rápidamente los territorios fronterizos. Acostumbrados por Stalin a aceptar sus caprichos, sus subordinados políticos y militares trataron de llevar a cabo sus instrucciones como si no ocurriese nada raro. Pero les preocupaba hacer cualquier cosa sin previa consulta. La situación cambiaba de una hora a otra. La autorización de Stalin había sido esencial durante años y la Stavka necesitaba que estuviera presente en el centro de decisiones. ¿Qué estaba haciendo? Una posibilidad era que tuviese la moral tan baja que se sintiera incapaz de continuar en su puesto. Tenía motivos sobrados para sentirse mal por su reciente actuación. Otra posibilidad era que tratase de demostrar a sus subordinados que, por muy mal que se hubiese comportado, seguía siendo el Líder irremplazable. Stalin era un ávido lector de libros sobre Iván el Terrible y en cierta medida se identificaba con él. El zar Iván una vez abandonó el Kremlin para encerrarse en un monasterio; su propósito había sido persuadir a los boyardos y a los obispos de que se dieran cuenta de que su presencia era fundamental para sostener el gobierno. Después de algunos días una

delegación fue a ver al zar para rogarle que volviera al Kremlin. Tal vez Stalin había ideado algo similar.

Nunca se sabrá la verdad, ya que Stalin nunca habló del episodio. Finalmente sus subordinados sacaron fuerzas de flaqueza para averiguar lo que estaba pasando. Nikolái Voznesenski, la estrella en ascenso en los organismos de planificación del estado, visitaba a Mikoián cuando Mólotov los llamó por teléfono para convocarlos a una reunión. Malenkov, Voroshílov y Beria ya estaban con Mólotov, y Beria proponía la creación de un Comité Estatal de Defensa. Mikoián y Voznesenski estuvieron de acuerdo. Este Comité Estatal de Defensa estaba concebido para suplantar tanto la autoridad del partido como la del gobierno y para ser regido por Stalin. Era la primera iniciativa de envergadura que tomaban en años sin pedir previamente la autorización de Stalin[17].

El inconveniente era lograr que Stalin accediera. El grupo decidió marchar a la Blízhniaia para presentarle la propuesta directamente. Cuando Mólotov adujo el problema de la «dolencia» de Stalin en los días anteriores, Voznesenski se armó de valor: «Viacheslav, vé tú primero y nosotros vamos inmediatamente detrás». Mikoián interpretó esto como mucho más que un simple plan de viaje. Voznesenski quería decir que si Stalin no era capaz de cooperar, Mólotov debía tomar su lugar. Al llegar a la dacha lo encontraron hundido en un sillón. Su aspecto era «raro» y «receloso», muy diferente del que estaban acostumbrados a ver en el Líder. «Bueno —murmuró—, ¿habéis venido?». Mikoián pensó que Stalin sospechaba que estaban a punto de arrestarlo. Pero entonces Mólotov, su viejo camarada, habló en nombre de todos explicando la necesidad del Comité Estatal de Defensa. Stalin todavía no estaba convencido y preguntó: «¿Quién va a presidirlo?». Mólotov nombró al mismo Stalin. Aun entonces Stalin pareció sorprenderse y se limitó a decir: «Bien». El hielo se derretía. Beria sugirió que cuatro miembros del Politburó debían sumarse a Stalin en el Comité Estatal: Mólotov, Voroshílov, Malenkov y Beria. Stalin, recobrando el ánimo, quiso agregar a Mikoián y a Voznesenski[18].

Beria objetó que Mikoián y Voznesenski eran indispensables para las tareas del Sovnarkom y el Gosplan. Voznesenski se enfureció con Beria. Stalin estaba en su salsa: sus subordinados estaban más interesados en

discutir entre ellos que en rivalizar con él. Se logró el consentimiento de Stalin para organizar el Comité Estatal de cinco miembros y se concedieron a Mikoián amplios poderes para organizar el abastecimiento y a Voznesenski para coordinar la producción de armamento[19]. La decisión fue confirmada en la prensa el 1 de julio[20]. Y Stalin estaba de nuevo a cargo. La sugerencia de que Mólotov podría haber sustituido a Stalin podría haber significado la muerte de todos ellos; la mantuvieron en secreto y no la revelaron a Stalin. De cualquier modo, había sido un momento que Stalin no olvidaría con facilidad. Beria pensó que más pronto o más tarde los visitantes a la dacha pagarían un precio simplemente por haberlo visto en un momento de profunda debilidad[21].

El 10 de julio, a instancias de Zhúkov entre otros, Stalin aceptó ser designado comandante supremo. Seguía mostrándose cauto al respecto y el nombramiento no llegó a los medios de comunicación sino varias semanas después. La causa de estas vacilaciones no fue revelada y Stalin nunca comentó nada a sus íntimos. Pero es difícil no llegar a la conclusión de que Stalin deseaba evitar que la opinión popular le relacionara demasiado estrechamente con la catástrofe en el frente. Si continuaban las derrotas, haría rodar más cabezas. Tardó aún más en tomar posesión oficial del cargo en la Stavka. Hasta el 8 de agosto no aceptó convertirse en presidente. ¿Era este otro indicio más de que había aprendido de las biografías del primer emperador romano Augusto que el poder real importa más que los títulos? Con independencia de lo que implicara este gesto en cuanto a la actitud de Stalin hacia su imagen, es una prueba clara de que finalmente pensó que el Ejército Rojo se había recobrado de los desastres de los primeros días en la contienda contra los alemanes. Se había empezado a poner en práctica una defensa efectiva, y el caos inicial era reemplazado por el orden y la eficiencia: al fin Stalin podía afrontar el riesgo de asumir la responsabilidad suprema y si no lo hacía habría despertado sospechas acerca de su compromiso.

El que pagó el más alto precio por haber disgustado a Stalin, aun sin haberlo visto deprimido en la dacha, fue el comandante del frente occidental Dmitri Pávlov. Tras haberse colocado en una situación insostenible debido a la mala actuación de Stalin antes y durante el 22 de

junio de 1941, Pávlov iba a convertirse en el chivo expiatorio del triunfo militar alemán. Errar es humano y Stalin había errado en grado sumo. Se perdonaba a sí mismo, pero no perdonaba a los demás y, cuando se equivocaba, otros cargaban con la culpa. Pávlov fue arrestado, sometido a un consejo de guerra y sentenciado a muerte. Es difícil entender qué pensaba Stalin que conseguía con esto. No se dio mucha publicidad a la sentencia. Lo más probable es que Stalin hiciera sencillamente lo que había llegado a ser su proceder habitual, y deseaba que sus comandantes no dejaran de temerle. Pero tal vez también intuyó la necesidad de evitar que todo el cuerpo de oficiales se desmoralizase. De ahí que optara por una especie de compromiso. Consiguió una víctima, pero se abstuvo de los escenarios de tortura, juicios ejemplarizantes y confesiones forzadas anteriores a la guerra. Claro que esto no sirvió de mucho consuelo para el desventurado Pávlov, pero fue el primer indicio, aunque débil, de que Stalin había entendido que era necesario ajustar su conducta al molde de la guerra.

Mientras tanto, la Wehrmacht de Hitler continuaba sembrando la destrucción en el territorio soviético. El plan estratégico alemán era un avance motorizado a través de las llanuras y marismas de las fronteras occidentales de la URSS y, en pocas semanas, la ocupación de las principales regiones europeas. Parecían estar a punto de lograr todo lo que el Führer esperaba. Las formaciones de tanques, bien adiestradas, se deslizaban por el vasto territorio topándose con operaciones de defensa valerosas pero poco efectivas. Minsk, la capital de Bielorrusia, cayó el 29 de junio, y Smolensk, el 16 de julio. No había ningún centro urbano importante entre Smolensk y Moscú. Tras perder las esperanzas en la comandancia del frente occidental, Stalin dejó en manos de Timoshenko y Zhúkov la reorganización y la intensificación de la resistencia. Se logró contener en parte el avance alemán contra el Centro Agrupado del Ejército. Pero las formaciones de Panzer se abrían paso hacia Leningrado por el Norte y hacia Kíev más al Sur. Ya toda Polonia, Lituania y Bielorrusia estaban sometidas a la autoridad del Gobierno General designado por Hitler. Parecía que nada podía salvar al «poder soviético». La operación Barbarroja había sido emprendida por fuerzas armadas que habían conquistado todos los países europeos que habían atacado. Se había reunido a más de tres

millones de hombres para la campaña contra la URSS. Hitler tenía a su disposición más de tres mil tanques y dos mil aviones. Las fuerzas de seguridad avanzaban por los senderos abiertos por estas victorias: los Einsatzkommandos liquidaban a todos aquellos que supusieran hostiles al Nuevo Orden. Se había planificado y proporcionado todo lo necesario para que las cosas saliesen a la perfección.

El pánico se apoderó de Moscú y Leningrado; miles de habitantes intentaban huir antes de que llegaran los alemanes. Entre los refugiados había funcionarios del gobierno y del partido. Stalin no tuvo piedad. Beria, que había sido encargado de la supervisión general de los asuntos de seguridad en el Comité Estatal de Defensa, fue autorizado a colocar destacamentos de contención en los límites de la capital y a aplicar la justicia sumaria a todos aquellos que intentaran huir. Las disposiciones estratégicas se tomaron mientras el Comité Estatal designaba los altos mandos para los frentes no-roccidental, occidental y sudoccidental. La confianza de Stalin en el profesionalismo militar no había madurado. Aunque designó a Timoshenko para el frente occidental, ordenó que Voroshílov se hiciera cargo del frente noroccidental, mientras que Budionny lo hacía del frente sudoccidental[22]. Voroshílov y Budionny, camaradas de Stalin en la Guerra Civil, no habían ganado laureles en la guerra soviético-finesa y aun así Stalin los apoyaba. Los comités del partido y los comités ejecutivos soviéticos de las provincias quedaron bajo el mando directo de la dirección del Comité Estatal y se les ordenó intensificar el espíritu de resistencia. Se emprendió una leva intensiva de hombres para incorporarlos al Ejército Rojo. Era necesario promover la producción de armamento, endurecer la disciplina de trabajo y asegurar el abastecimiento de alimentos desde las zonas rurales. A Stalin no le interesaba cómo se hiciese. Lo único que le importaba era el resultado.

Un enorme número de prisioneros de guerra cayeron en manos alemanas: sólo en la batalla por la toma de Minsk fueron capturados más de 400 000 soldados del Ejército Rojo. La fuerza aérea soviética de las fronteras occidentales había sido destruida, principalmente en tierra, en los dos primeros días de hostilidades. También habían barrido los enlaces de transporte y comunicación. Cuando fue ocupada Smolensk, no hubo tiempo

de quemar los documentos del cuartel general del partido. La URSS perdió sus repúblicas soviéticas de los territorios fronterizos occidentales cuando Ucrania, Bielorrusia, Lituania, Letonia y Estonia cayeron bajo dominio alemán. La URSS había perdido la mitad de su capacidad industrial y agrícola y casi la misma proporción de población. En las zonas todavía no ocupadas cundía la desmoralización. La administración civil era un caos. Los bombarderos alemanes seguían destrozando poblaciones muchas millas más allá de las líneas de avance de la Wehrmacht. En Moscú el pánico iba en aumento. Muchos funcionarios del gobierno trataban de escapar. Ni el discurso de Mólotov del 22 de junio ni el de Stalin once días después lograron convencer a la mayoría de la gente de que era posible resistir el ataque.

Tampoco le faltaban a la URSS ciudadanos que estuvieran complacidos con lo que parecía estar sucediendo. Muchos habitantes de los territorios fronterizos occidentales dieron la bienvenida a las tropas de la Wehrmacht como si fueran un ejército libertador. Los campesinos ucranianos los saludaban con pan y sal, según la tradición. El objetivo de Stalin de aniquilar toda posibilidad de una quinta columna mediante la puesta en marcha del Gran Terror había resultado ineficaz. Lo que logró con su política fue atizar el fuego del rencor. El campesinado deseaba ser liberado de los tormentos del sistema de granjas colectivas. No eran los únicos. En las ciudades pequeñas y grandes, especialmente entre la gente que no era ni rusa ni judía, cundía la ingenuidad acerca de los propósitos de Hitler. No es sorprendente, ya que la política de ocupación alemana todavía no estaba clara y algunos funcionarios nazis vieron la ventaja de buscar la cooperación voluntaria en las regiones conquistadas de la Unión Soviética a la hora de desmantelar el orden construido desde 1917. Se reabrieron las iglesias. Las tiendas y los pequeños negocios empezaron a funcionar de nuevo.

Estúpidamente Hitler rechazó todas las propuestas de ahondar esta línea de acción. Los pueblos eslavos en su totalidad tenían que ser tratados como *Untermenschen,* destinados únicamente a la explotación económica en beneficio del Tercer Reich. Se ordenó a la Wehrmacht y a las SS obtener

fuerza de trabajo y materias primas de Ucrania exprimiéndola como si fuese un limón.

En la URSS el esfuerzo bélico comenzó a coordinarse. Se ordenó a los funcionarios del partido que convocaran asambleas en las fabricas y dijeran a los trabajadores que el avance alemán estaba a punto de ser detenido. Se exigiría mucho de los ciudadanos soviéticos. Se alargaron las jornadas de trabajo; la disciplina se hizo todavía más rígida. Tenían que resistir la amenaza del nazismo. La URSS iba a ganar y el Tercer Reich, a pesar de que por el momento parecía suceder lo contrario, iba a ser derrotado. El régimen soviético iba a actuar con la misma ferocidad que había empleado en tiempos de paz.

Aun así, era difícil creer a los pocos que se mostraban optimistas. Se suponía que los portavoces oficiales decían únicamente lo que se les había ordenado que dijeran. La Luftwaffe bombardeaba Moscú el 21 de julio. Un mes de lucha había puesto de rodillas a la Unión Soviética. El Grupo Norte del Ejército se acercaba a Leningrado y, ante la presunta inminencia de la caída de Moscú, Hitler y sus generales comenzaron a considerar la idea de enviar fuerzas al Grupo Sur del Ejército para garantizar la próxima conquista de Kíev. Los refugiados soviéticos que circulaban por Rusia central difundían historias de los triunfos militares alemanes que contradecían la insistencia de *Pravda* en que el Ejército Rojo había dejado de retroceder. Lo que Hitler estaba consiguiendo era lo que los comandantes alemanes Ludendorff y Hindenburg habían amenazado con hacer si Lenin y los comunistas no firmaban un tratado por separado en Brest-Litovsk a comienzos de 1918. Vastos recursos económicos habían quedado a disposición de la ocupación alemana en la guerra contra la URSS. Por orden de Stalin se intentaron evacuar las fábricas y su fuerza de trabajo; las tropas soviéticas y la NKVD en retirada pusieron en práctica una política de tierra quemada para minimizar los beneficios que pudiera obtener la Wehrmacht. Hitler se preparaba para ser el amo del Este.

LA LUCHA CONTINÚA

El otoño de 1941 fue espantoso para los rusos. El Reino Unido se había enfrentado solo a Alemania durante más de un año y ahora la URSS se le unía corriendo aún mayor peligro. Los británicos no podían enviar mucha ayuda en dinero, armamento ni tropas. Aunque el frente de la Wehrmacht y el Ejército Rojo no era sino uno de los frentes de la Segunda Guerra Mundial, en ese momento era prácticamente una guerra aparte. El frente todavía tenía que estabilizarse por medio de una efectiva defensa soviética. En octubre las fuerzas alemanas, después de haber avanzado con eficacia por las llanuras y marismas hacia el este del río Bug, se concentraron en las afueras de Moscú para una ofensiva final en la capital de la URSS. El Kremlin tenía que tomar decisiones fundamentales. El plan inicial era que todo el gobierno fuera evacuado a Kúibyshev, a orillas del Volga. Stalin debía partir en tren —y el cadáver embalsamado de Lenin, protegido por sustancias químicas, estaba preparado para el viaje a Tiumén, en Siberia occidental—. Todo indicaba que Moscú iba a sucumbir al conquistador antes del invierno. Desde la invasión de Napoleón en 1812 la capital rusa no se había enfrentado a semejante situación —y Stalin, a diferencia de Alejandro I, no podía esperar que Hitler le perdonara la vida en caso de que los alemanes obtuvieran la victoria, cosa que cada vez parecía más probable.

Pero la línea defensiva aguantó. Zhúkov, jefe del Estado Mayor de la Stavka, fue trasladado a la defensa de Moscú. En el último momento Stalin decidió permanecer en la capital. Al mismo tiempo que autorizaba la partida de varios Comisariados del Pueblo a Kúibyshev, se convenció de que Zhúkov podría lograr la victoria y ordenó a los dirigentes políticos que

se quedaran con él en la capital. No pudo haber soñado con una propaganda mejor. Corrió la voz de que el Líder se negaba a abandonar la capital. Todos iban a resistir, desde los miembros de la Stavka hasta los soldados rasos y los obreros de las fábricas.

La primera prueba de la resolución de Stalin llegó hacia finales de año, cuando en la Stavka se discutió la intensificación de las defensas. Zhúkov siempre había sido partidario del avance; nunca estuvo tan feliz como cuando organizó al Ejército Rojo para atacar a la Wehrmacht. Pero también era un militar profesional. Las posibilidades estratégicas de resistir a las fuerzas alemanas que avanzaban sobre Kíev eran mínimas y Zhúkov —al igual que los otros comandantes— concluyó que abandonar la capital ucraniana serviría para preservar recursos humanos y materiales que podrían ser usados en una etapa posterior de la guerra. Expuso la situación a Stalin sabiendo el peligro que corría. Stalin se enfureció. «¿Cómo —preguntó— se le ocurre siquiera pensar que vamos a dejar a Kíev en manos del enemigo?». Aun así, Zhúkov se mantuvo firme: «Si usted piensa que el jefe del Estado Mayor no puede decir otra cosa que tremendas tonterías, entonces no tiene nada que hacer aquí»[1]. Sin embargo, Stalin se mantuvo en su postura y se dio la orden de defender Kíev hasta el fin. Timoshenko, que por lo general temía ofender a Stalin, consideró la posibilidad de abandonar Kíev sin informar a Stalin (esto, obviamente, habría sido un acto suicida). Atacar, atacar, atacar: tal era el modo en que Stalin pensaba repeler la invasión nazi. Así que se ordenó a las fuerzas armadas de la capital que se prepararan para un enfrentamiento decisivo a instancias de Stalin. Se ordenó a los civiles permanecer atrás.

La Wehrmacht avanzaba. Los comandantes alemanes estaban sorprendidos por el animo, la decisión y la flexibilidad de los soviéticos. Les habían enseñado a considerar a los rusos como *Untermenschen,* pero descubrieron que los pueblos de la URSS, incluyendo a los rusos, estaban muy lejos de ser unos seres primitivos. Stalin todavía no se basaba en la estrategia. El abandono de las grandes ciudades era un anatema para él. Todavía le faltaba aprender que una retirada estratégica podía facilitar un reagrupamiento indispensable. Actuaba como un ignorante en cuestiones militares, al igual que había demostrado serlo en cuestiones diplomáticas a

mediados de 1941. Kíev cayó inevitablemente ante las fuerzas más numerosas y mejor organizadas de la Wehrmacht el 19 de septiembre.

El Ejército Rojo tenía pocas opciones estratégicas. Mientras la Wehrmacht tuviera la iniciativa, la Stavka tenía que responder a los movimientos alemanes. Se ordenó a los comandantes que mantuvieran sus posiciones. La Stavka decidió cuáles eran los sectores que más necesitaban el envío urgente de refuerzos. Mientras que Zhúkov trabajaba en un plan de campaña, Stalin acosaba a sus políticos para que aumentaran la producción destinada a las fuerzas armadas. En 1942 la URSS realizó una proeza asombrosa. Las fábricas y talleres evacuados de las regiones occidentales de la URSS volvieron a ponerse en funcionamiento en los Urales. Mientras tanto, las empresas industriales de Rusia central incrementaban su actividad. Se trataba de superar las lamentables pérdidas de 1941. Todo esto se hacía con la violencia acostumbrada de Stalin. La consigna «¡Todo para el frente!» se hizo realidad casi al pie de la letra. La industria, ya orientada a las necesidades militares antes de 1941, se dedicaba casi exclusivamente a suplir las necesidades de las fuerzas armadas. Dejaron de fabricarse bienes de consumo. El poder económico soviético se consagró con tanto éxito al esfuerzo bélico que en los últimos seis meses de 1942 alcanzó un nivel de producción que los alemanes sólo lograron en el año entero. Las cifras eran destacables. En ese medio año la URSS llegó a contar con quince mil aviones y tres mil tanques[2].

Otros sectores de la economía pagaron el precio. Se negaron recursos a la agricultura. Mientras los hombres jóvenes eran incorporados a las fuerzas armadas y las mujeres jóvenes partían a trabajar en las fábricas, las condiciones de las granjas colectivas sufrieron un grave deterioro. Muchas granjas dejaron de producir o, si no lo hicieron, continuaron con el trabajo de mujeres que habían perdido largo tiempo atrás el vigor de la juventud. Aun así, se mantuvieron las cuotas de recaudación de grano para alimentar a los soldados y a los obreros. El resultado fue un profundo empobrecimiento del campo. El orden administrativo estatal que informaba de los enormes logros en la producción de tanques y aviones era un desastre para la agricultura. Los propagandistas de Stalin —y muchos comentaristas posteriores— insistían en que sus políticas habían demostrado ser

maravillosas durante la guerra, pero sólo podían hacerlo si guardaban silencio sobre las granjas de las regiones no ocupadas.

Pese a todo, el espíritu patriótico era inquebrantable. La propaganda reforzó la resistencia al publicar detalles de las atrocidades alemanas. *Pravda* no se convirtió en un «periódico serio», pero no tenía que inventar historias falsas acerca de la Wehrmacht ni de las SS. Una vez que la resistencia militar soviética comenzó a reforzarse, los medios de comunicación de Moscú se concentraron de lleno en la divulgación de las atrocidades alemanas. Los judíos, gitanos y comunistas estaban siendo fusilados a mansalva. El asesinato y el pillaje devastaban los territorios fronterizos occidentales de la URSS. Aunque los alemanes permitieron que se reabrieran la mayoría de las iglesias y algunos establecimientos privados en Ucrania, en general trataban el país como tierra a saquear. Era habitual que se apropiaran de las cosechas, y los ocupantes alemanes consideraron que las granjas colectivas eran un modo de abastecimiento de grano demasiado útil como para desecharlo. Al comienzo de la operación Barbarroja se habían debatido en Berlín las políticas de ocupación. Varios oficiales habían exigido actuar con prudencia a fin de neutralizar la oposición de las regiones occidentales de la URSS garantizándoles concesiones económicas y sociales. Hitler acalló estas propuestas. Para él, el único propósito de la invasión era hacer realidad su sueño ideológico. Se ordenó a la Wehrmacht, a las SS y a la administración civil que trataran a los *Untermenschen* eslavos como un recurso humano que debía ser explotado hasta la muerte.

Esto aparentemente no tenía efecto sobre Stalin. No había sido capaz de prever la virulencia de la brutalidad nazi, pero, incluso cuando le llegaron los informes desde detrás de las líneas alemanas, contuvo su lengua al respecto. Sólo hablaba de las atrocidades alemanas en términos generales (mientras que Churchill y Roosevelt no cesaban de insistir en el absoluto desprecio de los alemanes por las leyes internacionales sobre la guerra). Stalin mismo dirigía la guerra, lo mismo que la política, con su propia ferocidad descomunal. La NKVD había hecho incursiones en Estonia, Letonia y Lituania y había matado o arrestado a capas enteras de la población. La operación Barbarroja enfrentó a Stalin por primera vez desde

la Guerra Civil con un enemigo tan proclive como él a hacer uso del terror contra civiles inocentes.

En cualquier caso, Stalin no pensó mucho en ello[3]. Tras haber instado a sus compatriotas a emprender una dura guerra a cualquier precio, no tenía interés en llamar la atención acerca de la horrenda fuerza y crueldad de la Wehrmacht. Siguió planificando, organizando y supervisando las acciones de guerra con la Stavka. Eran hombres duros desde cualquier punto de vista. Los dirigentes comunistas que a su modo de ver tenían un lado blando —Bujarin, Kámenev, Tomski o Riazánov— habían perecido durante el Gran Terror. No había personalidades de ese tipo en la Stavka ni en el Comité Estatal de Defensa. Si alguno de ellos tenía reservas acerca de la severidad con que Stalin trataba a sus propias fuerzas, no las expresaba. Ambos contendientes del conflicto germano-soviético se enfrentaron sin tener en cuenta la Convención de Ginebra. Los prisioneros de guerra sufrían un trato atroz. Las tácticas y estrategias desarrolladas no escatimaban costes civiles ni militares. Las restricciones que caracterizaron la lucha entre Alemania y los aliados occidentales nunca prevalecieron en el enfrentamiento con el Ejército Rojo. La guerra llegó al grado de brutalidad colosal que se había visto por última vez en Europa en las guerras de religión del siglo XVII, y Stalin estaba en su salsa.

La supervivencia de la URSS en ese primer invierno terrible de 1941-1942 pareció un milagro en el momento. Los Estados Unidos entraron en la guerra contra Alemania en 1941. Los aliados occidentales de Stalin, a pesar de sus bravatas, no le habían dado mucho crédito y, aunque Washington prometió armas y otros suministros mediante el sistema de «préstamo y arriendo» (que posponía cualquier pago hasta el fin de las hostilidades), fue muy poco lo que llegó a la URSS hasta los últimos meses de 1942. La Unión Soviética tuvo que enfrentarse a la Alemania nazi con sus propios recursos, mientras que Hitler podía contar con el creciente apoyo proveniente de Italia, Hungría, Rumania y Eslovaquia.

Una valoración sosegada era más favorable a las posibilidades de Stalin. El análisis previo a la guerra, compartido por Berlín y Moscú, sostenía que los alemanes tenían que atacar a comienzos del verano si querían triunfar en la conquista. La campaña militar que se estaba desarrollando refrendaba la

lucha continúa esta hipótesis. La Wehrmacht, después de grandes avances en los territorios fronterizos occidentales de la URSS, se había detenido ante Leningrado y Moscú; no había logrado conquistar el corazón de Rusia, la zona de Bakú, rica en petróleo, ni las rutas de transporte del Volga. La URSS conservaba recursos materiales y humanos para continuar resistiendo al agresor. La Wehrmacht operaba en condiciones menos favorables que las previstas por Hitler. Los meses finales de 1941 fueron extremadamente fríos. Las líneas de abastecimiento y comunicación alemanas se habían extendido enormemente: Hitler no había llegado lo suficientemente lejos como para lograr el triunfo final, pero sí había llegado demasiado lejos como para mantener en buenas condiciones a sus fuerzas armadas. Más aún, el equipamiento militar alemán no había sido construido para soportar los rigores del invierno ruso. El tanteo empezó a volverse favorable a la URSS a pesar del duradero efecto de los errores de cálculo de Stalin en relación con la operación Barbarroja.

Stalin había recobrado el aliento, aunque la situación inmediata era profundamente desalentadora. La Wehrmacht rondaba como una pantera en las afueras de Moscú y Leningrado. El suministro de alimentos en las zonas no ocupadas de la URSS había caído a la mitad como resultado del control alemán sobre Ucrania. También se habían apoderado de la cuenca del Don, y con esto se esfumaban las tres cuartas partes del carbón, hierro y acero de que disponía el país. Además, otras reservas de metal estaban en territorios ocupados por los alemanes, incluyendo el cobre, el manganeso y el aluminio. La base de reclutamiento del Ejército Rojo se había reducido debido a la rapidez y profundidad del avance de la Wehrmacht. Más aún, en los territorios en manos soviéticas cundía el caos. Millones de refugiados se encaminaban a Rusia central. A Moscú llegaban desde el Oeste trenes con vagones repletos de maquinaria de las fábricas que habían sido evacuadas.

El comandante supremo volvió por sus fueros. Insistió a sus exhaustos generales en que el ataque era preferible a la defensa. Incluso él reconocía que era imposible cerca de Moscú o de Leningrado, pero pensó que sus mapas indicaban la debilidad de los alemanes en la cuenca del Don. Los generales y los comisarios le advirtieron de que la logística y la geografía no eran nada propicias, pero no consiguieron nada. Stalin sostuvo —o más

bien supuso, y no le importó lo que otros argumentaran en contra— que casi cualquier acción era mejor que la pasividad. En abril de 1942, cuando la nieve cedía paso al barro, Stalin pasó por encima de la Stavka y obligó a sus especialistas militares a organizar una ofensiva en el este de Ucrania con el objetivo de tomar Járkov. Sería el primer contraataque soviético de envergadura. Fue planificado con una indiscreción mayúscula y las agencias de inteligencia alemanas lo supieron con antelación. La Wehrmacht habia tomado sus precauciones y estaba a la espera; también conocía de antemano el plan de Stalin de recuperar Crimea. Se le tendió una trampa estratégica. A pesar de las objeciones de sus consejeros, Stalin siguió insistiendo en la ofensiva y el Ejército Rojo condujo sus tanques a las fauces de la derrota.

Hitler había logrado infligir un golpe brutal a las fuerzas armadas soviéticas, y Járkov se mantuvo en manos del enemigo. Hitler seguía pensando en términos grandiosos. A las fuerzas alemanas les iba bien en el norte de África y no era descabellado suponer que la Wehrmacht, avanzando desde el Sur y desde el Norte, pronto podría conquistar todo Oriente Medio y tomar posesión de su petróleo. Los japoneses, aliados de Hitler, avanzaban con rapidez hacia la costa occidental del Pacífico. Ningún país podía resistir a Japón; las potencias imperialistas europeas —Gran Bretaña, Francia y Holanda— estaban siendo derrotadas en Asia. Hitler, seguro de sí mismo, eligió Stalingrado (antes conocida como Tsaritsyn) como su próximo objetivo.

Stalin ordenó que se defendiera la ciudad a cualquier precio. Ha habido gran cantidad de comentarios injustificados acerca de que tanto Stalin como Hitler exageraron la importancia estratégica de Stalingrado. Stalin había tenido allí su base en 1918 y sus propagandistas habían presentado la campaña de Tsaritsyn como fundamental para el desenlace de la Guerra Civil. Se ha dicho que Hitler atacó Stalingrado porque la ciudad llevaba el nombre de Stalin. Tanto el sentimiento como la significación simbólica bien pueden haber contribuido a la decisión alemana de tomar Stalingrado y a la voluntad soviética de resistir, pero la razón principal de la decisión de Hitler fue de orden estratégico. Stalingrado se hallaba en una zona vital para el esfuerzo bélico de la URSS desde un punto de vista logístico. El control alemán de la región del curso medio del Volga separaría a la URSS de sus

fuentes de abastecimiento de petróleo en Bakú y Grozny. Asimismo, la posesión de la zona posibilitaría a los alemanes avanzar a través del Volga hacia el sudeste de Rusia y reducir peligrosamente el acceso de Moscú al grano y las patatas. La otra alternativa habría sido concentrarse en la toma de Moscú para dominar el centro de transporte y administración de toda la URSS. Pero la decisión de Hitler fue sensata, aunque no era la única opción de que disponía.

Alemania y sus aliados comenzaron la campaña de Stalingrado el 28 de junio de 1942. De inmediato llegaron a Vorónezh y la tomaron. Luego cayó Rostov. Stalingrado parecía condenada, de manera que un Hitler muy seguro dividió las fuerzas de ataque a fin de apoderarse del petróleo del norte y sur del Cáucaso. Los informes que llegaban a Moscú supusieron un doloroso golpe para la Stavka. El pánico se había apoderado de los habitantes de sur de Rusia. Para evitar que se repitiera el pavor que había trastornado la capital en junio de 1941, Stalin emitió la Orden N.º 227, «¡Ni un paso atrás!», el 28 de julio de 1942. Los términos de la orden, que se leyó a las tropas en el campo de batalla pero no fue difundida por los medios de comunicación soviéticos, exigían obediencia so pena de un severo castigo. La retirada, salvo que fuera explícitamente autorizada por el Kremlin, sería considerada como traición. El territorio que permanecía en manos soviéticas debía ser defendido a cualquier precio. Los «miedosos» y «cobardes» recibirían un tratamiento sumario: serían fusilados en el lugar o bien trasladados a los denominados «batallones de castigo» (en los que tenían pocas posibilidades de sobrevivir). Stalin había redactado y firmado la Orden N.º 227. Con ella a ningún soldado le quedó la menor duda acerca de la decisión del Líder de obligar al Ejército Rojo a pelear sin ceder un palmo.

Sin embargo, cuando Stalin se negó a enviar refuerzos a Stalingrado no confiaba plenamente en la Orden N.º 227. Temía desviar las reservas de Moscú y Leningrado. Las tropas del comandante alemán Friedrich Paulus avanzaban inexorablemente sobre Stalingrado. Stalin volvió a recurrir a Zhúkov. Reconocía implícitamente que había hecho apreciaciones equivocadas acerca de Ucrania y el sur de Rusia que por fin rectificaba apelando a su oficial más dinámico. Como recompensa por sus méritos,

Zhúkov fue nombrado subcomandante supremo. Después de una rápida visita al frente, Zhúkov se pronunció en favor de un cambio en las disposiciones militares. En particular abogó por el envío de reservas a Stalingrado. Se aceptó el plan en septiembre de 1942 y Zhúkov y el nuevo jefe del Estado Mayor, Alexandr Vasílievski, elaboraron los detalles con Stalin. Poco a poco el comandante supremo aprendía cómo trabajar con los miembros de la Stavka. Se confeccionó un plan para una amplia contraofensiva, la Operación Urano. Se reunieron las reservas y se ordenó a los defensores de Stalingrado, aislados por los alemanes, que resistieran mientras tanto. Barrios enteros de la ciudad quedaron reducidos a escombros debido a las constantes incursiones aéreas de la Luftwaffe. Vasili Chuikov fue designado como nuevo comandante soviético, pero Hitler creía que Paulus pronto tomaría posesión de Stalingrado.

Zhúkov y Vasílievski consultaron con Stalin y otros comandantes cada etapa del plan. Esto era consecuencia del creciente respeto de Stalin por la pericia de sus profesionales. Zhúkov informaba a Stalin a partir de sus observaciones directas cerca del frente. Cuando hacía alguna recomendación acerca de defectos operativos, tenía que soportar las parrafadas de Stalin acerca de las características de la guerra contemporánea[4]. Pero en general Stalin se comportaba. Propuso que se pospusiera la Operación Urano hasta que no se hubieran dispuesto todos los preparativos[5]. Stalin no actuaba así a comienzos de la guerra.

Las decisiones finales acerca de la Operación Urano se tomaron el 13 de noviembre. Zhúkov y Vasílievski hallaron cierto alivio al saber que eran tropas rumanas y no alemanas las que se hallaban en la línea de avance soviética; además, tenían la superioridad numérica en hombres y armamento. Stalin escuchaba con mucha atención, chupaba lentamente su pipa y se atusaba el bigote[6]. Los miembros del Comité Estatal de Defensa y del Politburó entraban y salían. El plan general se repasó varias veces, de modo que todos los dirigentes pudieran comprender cuál era su responsabilidad. Zhúkov y Vasílievski, al mismo tiempo que apoyaban esta contraofensiva no dejaban de recordar a Stalin que con toda seguridad los alemanes trasladarían tropas desde Viazma para reforzar las fuerzas de Paulus. Por lo tanto, sugirieron una contraofensiva sincronizada del Ejército

Rojo al norte de Viazma. Stalin dio su consentimiento: «Estaría bien. ¿Pero quién va a hacerse cargo de este asunto?». Zhúkov y Vasílievski se dividieron las responsabilidades y Stalin ordenó a Zhúkov que partiera al día siguiente hacia Stalingrado para supervisar los últimos preparativos antes de que comenzara la Operación Urano. Stalin dejó en manos de Zhúkov la fecha del inicio de la campaña[7]. Zhúkov y Stalin estaban tan seguros como decididos. Esta vez los alemanes serían derrotados.

La Operación Urano se inició con éxito el 19 de noviembre, pero la defensa alemana consiguió contenerla. Según Zhúkov, Stalin envió montones de telegramas apremiando históricamente a sus comandantes a que aniquilaran al enemigo[8]. Era su habitual modo de tratar a los subordinados: tenían que seguir marchando a paso frenético o se enfurecería. Entretanto, Hitler envió a Erich von Manstein, uno de sus mejores generales, a romper las líneas soviéticas que rodeaban Stalingrado. Pero Stalin también había aprendido a esperar. Afortunadamente conocía muy bien la geografía de la región. Esto hacía menos probable que tratara de imponer ideas manifiestamente impracticables. Pero todavía mostraba un «nerviosismo excesivo» en la Stavka[9].

En diciembre de 1942 decidió en el Comité Estatal de Defensa poner a Konstantín Rokossovski como único comandante del frente. Hasta entonces había actuado con cierta moderación en las reuniones de planificación; el sorprendido Zhúkov guardó silencio. Stalin exclamó: «¿Por qué se queda callado? ¿O es que no tiene una opinión propia?». Zhúkov, que había pasado semanas enteras reuniendo un grupo de comandantes en Stalingrado, señaló que esos comandantes, en especial Andréi Yeriómenko, se ofenderían. Pero Stalin ya había tomado su decisión: «No es momento de ofenderse. Llame por teléfono a Yeriómenko y cornuníquele la decisión del Comité Estatal de Defensa»[10]. Yeriómenko se lo tomó realmente mal, pero Stalin se negó a hablar con él. El plan y el personal por fin estaban claros. La lucha en torno a Stalingrado había alcanzado su climax. La ciudad se había convertido en un paisaje lunar; apenas si quedaba en pie algún edificio intacto. Escaseaban las municiones y los alimentos. El helado invierno del Volga hacía difícilmente soportables las condiciones de los soldados de ambos bandos: la congelación y la desnutrición afectaron a

muchos. Sin embargo, las fuerzas soviéticas de algún modo estaban mejor provistas que los alemanes y sus aliados. Hitler no había logrado solucionar el problema de extensión de las líneas de comunicación. Inequívocamente el Ejército Rojo tenía ventaja.

Además, Hitler se había despreocupado en exceso de las dificultades en Stalingrado hasta que Paulus quedó aislado entre el frente del Don de Konstantín Rokossovski y el frente sudoccidental de Nikolái Vatutin. La única opción que tenía Paulus era intentar replegarse, pero Hitler, que pensó que la Luftwaffe podría respaldar a las fuerzas alemanas hasta el momento en que Manstein pudiera realizar un avance devastador, no se lo permitió. Zhúkov y Vasílievski habían previsto todo esto. Llenaron el espacio que había entre Paulus y Manstein con un vasto despliegue de divisiones armadas. Desde esta posición intentaban llevar a cabo dos golpes estratégicos. La Operación Saturno tenía el objetivo de recuperar Rostov del Don, mientras que la Operación Círculo completaría el cierre de Stalingrado y la destrucción de las fuerzas de Paulus. Este doble plan era demasiado ambicioso. Permitió que Manstein estabilizara su frente y amenazara a los sitiadores soviéticos de Stalingrado. De haber actuado por su cuenta, Zhúkov y Vasílievski podrían haber reaccionado con mayor flexibilidad, pero tenían a Stalin mirando por encima de sus hombros. Una vez que olía la victoria, no podía contenerse. El resultado fue que los rojos lucharon hasta la extenuación innecesariamente y que a los alemanes se les concedió una segunda oportunidad.

Con todo, las fuerzas soviéticas se reagruparon. Manstein no logró quebrar sus defensas y Rokossovki logró lanzar sus divisiones sobre Paulus. La Wehrmacht sufrió el destino que solía imponer a sus enemigos. La propaganda nazi había convencido a los soldados alemanes de que iban a pelear con una turba de *Untermenschen* en nombre de la civilización europea; en cambio, fueron reducidos a una condición lastimosa por una fuerza superior bien armada, bien organizada y bien dirigida.

Otros líderes se habrían rebajado a presenciar parte de la acción. Stalin se mantuvo en Moscú. Para él la realidad de la guerra consistía en sus conversaciones con Zhúkov, la inspección de los mapas y las órdenes que vociferaba por teléfono a los atemorizados políticos y comandantes. Ni fue

testigo ni leyó nada sobre la degradación de las fuerzas de Paulus. Se congelaban, se morían de hambre, cazaban ratas y masticaban hierbas y cortezas de árbol para alimentarse. Se acercaba el fin y Paulus fue invitado a rendirse. La lucha en la calle lo inmovilizó en el interior de la ciudad. Los combates cuerpo a cuerpo continuaron hasta que Paulus se rindió y el 2 de febrero de 1943 cesó la resistencia alemana. Stalingrado era de nuevo una ciudad soviética. Las pérdidas alemanas eran más elevadas de las que habían sufrido en ningún otro escenario de la Segunda Guerra Mundial: 147.000 hombres murieron y 91.000 fueron apresados. El Ejército Rojo había perdido todavía más hombres, pero había ganado mucho en otros aspectos. El mito de la invencibilidad de la Wehrmacht quedó en entredicho. Había quedado claro que Hitler carecía de las habilidades fundamentales de un general. Mientras que antes los ciudadanos soviéticos dudaban de que el Ejército Rojo pudiera ganar la guerra, ahora todos pensaban que podría lograrlo.

Stalin se mostró generoso con sus comandantes. Zhúkov y otros cinco fueron recompensados con la Orden de Suvórov, de primera clase, Stalin se nombró a sí mismo mariscal de la Unión Soviética. Se convenció de que se había fogueado al calor de la batalla y de que había logrado todo lo que se esperaba de él. Su verdadero papel había sido el de coordinador e instigador. Había reunido las secciones civil y militar del estado soviético. Los comandantes de la Stavka habían aportado su pericia, y el coraje y la resistencia provenían de los oficiales y soldados del Ejército Rojo que habían luchado en condiciones de privación casi increíbles. El equipamiento material había sido suministrado por los mal alimentados obreros fabriles, que trabajaron sin quejarse. Los *kojozniki* habían proporcionado los alimentos cuando ellos mismos apenas tenían grano y patatas para sobrevivir. Pero Stalin no dudaba de sí mismo. Cada vez que aparecía en público y siempre que aparecían retratos suyos en los noticieros y en la prensa después de Stalingrado, lucía el uniforme de mariscal.

DURMIENDO EN EL DIVÁN

La invasión alemana privó a Stalin de la presencia de su familia. Sus hijos Yakov y Vasili servían en el ejército. Yókov era teniente en la XIV División Armada; Vasili era un jovencísimo comandante de la fuerza aérea. Yókov sufrió un destino terrible. Capturado por la Wehrmacht cerca de Vitebsk en 1941, se descubrió su identidad y fue conservado como un valioso prisionero. Hitler autorizó el ofrecimiento de cambiarlo por uno de los principales generales alemanes. Los alemanes lo interrogaron con la esperanza de que dijera algo que pudiera perjudicar a su padre. Yókov, a pesar de sus desvarios juveniles, demostró ser un heroico soldado y defendió a Stalin y a la URSS. Stalin soportó la situación y rechazó la propuesta alemana de plano. Aun así, la situación lo afectaba profundamente; le pidió a Svetlana que se quedara con él en su dormitorio durante varias noches sucesivas[1]. Sólo Zhúkov se atrevió a preguntar por Yókov. Stalin dio no menos de cien pasos antes de responder en voz baja que no tenía esperanzas de que Yókov sobreviviera al cautiverio. Más tarde, durante la cena apartó su comida y declaró con rara familiaridad: «No, Yókov preferirá afrontar cualquier tipo de muerte antes que traicionar a la patria. ¡Qué guerra tan terrible! ¡Cuántas vidas de nuestra gente se ha llevado! Obviamente tendremos pocas familias a las que no se les haya muerto un pariente»[2].

La Orden N.º 270, que había sido redactada y endurecida por Stalin[3], prohibía a los soldados soviéticos que se dejaran tomar prisioneros. Los prisioneros de guerra del Ejército Rojo automóticamente eran calificados de traidores. Aun así, Stalin eximió a su hijo Yókov de toda culpabilidad. Sin embargo, tenía alma de acero: quería que se tomara en serio la política de

no rendición y no podía permitirse ser visto mostróndose indulgente con su hijo.

La relación entre Stalin y sus hijos no había sido buena antes de la guerra. Yókov no había dejado de disgustar a su padre, negóndose incluso a unirse al Partido Comunista. Stalin lo hizo llamar y se lo reprochó: «¡Y tú eres mi hijo! ¿Qué voy a parecer yo, el secretario general del Comité Central? Puedes tener todas las opiniones que quieras, pero piensa en tu padre. Hazlo por mí». Este argumento tuvo efecto en Yókov y se unió al partido[4]. Pero se vieron poco y Stalin siempre estaba dispuesto a recriminar a su hijo. La situación era similar con el otro hijo, Vasili, que se tomó mós tiempo del normal para ingresar en el cuerpo de oficiales de la fuerza aérea soviética (que era la parte de las fuerzas armadas que se prefería para los vóstagos de los miembros del Politburó). Se dice que Stalin se quejaba: «Hace tiempo que deberías haber obtenido tu diploma de la Academia Militar». Al parecer, Vasili replicaba: «Bueno, tú tampoco tienes diploma»[5]. Tal vez este relato sea apócrifo, pero no resulta inverosímil. Stalin siempre trataba de impresionar a los demós por sus conocimientos en materia de ejércitos y de estrategia militar. Sólo su hijo se habría atrevido a señalar que era un aficionado.

Hasta que empezó la guerra, Svetlana había sido la niña de sus ojos. Los estrictos parómetros de conducta fijados por Nadia se aflojaron después de su muerte[6], y Svetlana quedó a cargo de tutores y de la gobernanta Katerina Til. Una niñera la peinaba. Sin embargo, la supervisión de su rutina diaria se encomendó al jefe de la guardia personal de Stalin, Nikolái Vlásik[7]. Stalin estaba demasiado ocupado para estar detrós de ella y, en cualquier caso, opinaba que «los sentimientos son cosa de mujeres»[8]. Lo que quería de sus hijos era que lo alegraran cuando estaban juntos. A su vez, quería divertirlos. Yákov y Vasili no cumplían con estos requisitos: ninguno de los dos se esforzó en la escuela ni se comportó con la mezcla de respeto y vivacidad que él pedía. Pero Svetlana hacía lo que se esperaba de ella. Stalin le escribía simulando ser su «primer secretario camarada Stalin». A su vez ella respondía dándole órdenes tales como «por la presente le exijo que me permita ir al teatro o al cine con usted». A lo que él replicaba: «Está bien, obedezco»[9]. Como María Svanidze, la cuñada de

Stalin de su primer matrimonio, registró en su diario en 1934, Svetlana lo adoraba: «Svetlana siempre estaba acariciando a su padre. Él la abrazaba, la besaba, la admiraba y le daba de comer de su propia cuchara, eligiendo amorosamente los mejores bocados para ella»[10].

Las relaciones entre el padre y la hija se deterioraron después de la Operación Barbarroja. Cuando llegó a la adolescencia, ella comenzó a interesarse por los hombres, y esto sacó a relucir el mal genio de Stalin. Cuando ella le mostró una fotografía donde estaba con ropas que él consideró poco recatadas (y tenía ideas muy severas en este aspecto), se la arrancó de las manos y la rompió en pedazos[11]. Odiaba que ella usara lápiz de labios. Cuando ella quería quedarse a pasar la noche en la dacha de los Beria, que visitaba con frecuencia, él le ordenaba volver a casa de inmediato: «¡No confío en Beria!»[12]. Stalin no ignoraba la inclinación de Lavrenti Beria por las mujeres jóvenes. Aunque ella en realidad visitaba al hijo de Beria, Sergo, Stalin tomó precauciones y asignó a un oficial de seguridad —al que Svetlana llamaba tío Klímov— para que hiciera de carabina.

El descontento de Svetlana aumentó al enterarse de detalles de la historia familiar. Su tía Anna le contó, cuando tenía dieciséis años, que su madre Nadia no había muerto por causas naturales, sino que se había suicidado. Svetlana estaba conmocionada por lo que había oído; su padre siempre había evitado hablar del tema[13]. Anna no le dijo a Svetlana mucho más: ya se había arriesgado bastante al traicionar la confianza de Stalin. Svetlana comenzó a preguntar a su padre para saber más. Según Sergo Beria, a quien ella contó la historia, la respuesta de Stalin fue hiriente. Le molestaba el modo en que Svetlana se pasaba el tiempo viendo fotos de Nadia. Cuando le preguntó si su madre había sido hermosa, Stalin replicó con la mayor insensibilidad: «Sí, salvo porque tenía dentadura de caballo». Añadió que las otras mujeres de la familia Allilúev también habían querido acostarse con él. Esto bien pudo haber sido realmente cierto, pero era muy doloroso para Svetlana. Terminó diciéndole: «Al menos tu madre era joven, y me amaba de veras. Por eso me casé con ella»[14].

Por esa época Svetlana comenzó a salir con el guionista Alexéi Kápler. No es posible imaginar un novio menos adecuado. Kápler era un mujeriego

que tenía una larga lista de aventuras. Tenía más del doble de la edad de Svetlana. Además era judío —y Stalin aun antes de la guerra había intentado que él mismo y su familia fueran identificados como rusos—. Kápler era sumamente indiscreto. Consiguió películas occidentales como *La reina Cristina* (protagonizada por Greta Garbo), *B/ancanieves y los siete enanitos*, de Walt Disney, y se las dejó ver a Svetlana. También hacía circular libros de Ernest Hemingway, entonces inédito en la URSS. Le pasó a Svetlana, que amaba la literatura, ejemplares de poemas de Anna Ajmátova, que había caído en desgracia antes de la guerra.

Kápler hizo que Svetlana se sintiera una mujer deseada, y cayó rendida de amor por él[15]. Cuando se enteró de la situación por boca de Vlásik, Stalin supo lo que debía hacer. ¿Acaso no había seducido él mismo a muchachas en Siberia? ¿Acaso no se había llevado a una mujer que tenía la mitad de su edad a Tsaritsyn en 1918 y explotado sus encantos de hombre maduro? Había que hacer algo. Stalin decidió que lo mejor —por una vez— no era arrestar al sujeto, sino enviarlo como corresponsal de *Pravda* al frente de Stalingrado[16]. Era mera coincidencia que Kápler fuera a ser enviado a Stalingrado, donde Stalin y Nadia Allilúeva habían pasado varios meses juntos. Stalin quería darle un buen susto a Kapler al asignarlo a un lugar tan cercano al campo de batalla. Después del Gran Terror semejante intervención del Kremlin era suficiente como para aterrorizar a cualquiera, pero Kápler asumió el encargo con despreocupación. Lejos de sucumbir a las presiones, envió artículos a Moscú con notorias insinuaciones de su relación con Svetlana. «En este momento en Moscú —escribió en uno de ellos— sin duda cae la nieve. Desde tu ventana se ve la almenada pared del Kremlin». Esta temeridad hizo que Svetlana recobrara el sentido común y cortara la relación con Kápler[17].

Pero seguía estando en su corazón y cuando volvió de Stalingrado comenzaron a verse de nuevo. Se besaban y acariciaban pese a estar en compañía del tío Klímov. El pobre Klímov tenía la sensación de que estaba condenado si informaba de ello y de que también lo estaba si no lo hacía. Al saber lo que estaba sucediendo, Vlósik, enojado, envió a un oficial para que le ordenara a Kápler que se fuera de Moscú. Lo extraordinario es que Kápler lo mandó al diablo.

Finalmente intervino Stalin. «Lo sé todo —le dijo a Svetlana—. Aquí están todas tus conversaciones telefónicas». Se tocó el bolsillo, lleno de transcripciones. Nunca le había hablado con tanto desprecio. Mirándola fijamente a los ojos, le gritó: «¡Tu Kápler es un espía inglés; ha sido arrestado!». Svetlana gritó: «¡Pero yo le quiero!». Stalin perdió todo dominio de sí y le dijo con tono de burla: «¡Tú *le quieres*!». Le dio dos bofetadas. «¡Hay que ver a lo que ha llegado! ¡En medio de semejante guerra y ella enredada en todo esto!». Soltó un montón de obscenidades antes de que se le pasara el ataque de furia[18]. Svetlana rompió con Kápler y su padre creyó que se había salido con la suya. Pero su victoria era ilusoria. Apenas se separó de Kápler, se sintió atraída por el hijo de Beria, Sergo. Los padres de Sergo estaban horrorizados por las posibles consecuencias de esta relación y le dijeron que se alejase de ella. La madre de Sergo, Nina, le habló a Svetlana con franqueza: «Ambos sois muy jóvenes. Primero debéis encontrar trabajo. Además, él te considera una hermana. Nunca se va a casar contigo»[19]. Svetlana reconoció la verdad de estas palabras y buscó en otra parte. En la primavera de 1944, después de un corto noviazgo, se casó con uno de los amigos de su hermano Vasili, Grigori Morózov. Esta vez Stalin se contuvo un poco más. Aunque se negó a invitar a Morózov a la dacha Blízhniaia, permitió que su hija se casara.

No podía controlarlo absolutamente todo y, mientras la guerra continuó, no lo intentó. Desilusionado con su familia, dejó que sus pensamientos volaran hacia Georgia y sus amigos de la escuela. Nunca los había olvidado, pese a los años transcurridos sin verlos. De los miles de rublos de sus asignaciones monetarias, que no había tocado, hizo una transferencia de dinero a Péter Kapanadze, Grigol Glurzhidze y Mijaíl Dzeradze (como siempre, fue muy preciso: cuarenta mil rublos para el primero y treinta mil para cada uno de los otros dos). El comandante supremo firmó como Soso[20].

Había seguido viendo a viejos amigos y parientes después del suicidio de Nadia, pero todos percibieron que se estaba convirtiendo en un solitario. Las familias Allilúev y Svanidze fueron bien recibidas en la dacha Blízhniaia hasta finales de la década de los treinta. El Gran Terror cambió la situación. Stalin hizo arrestar a María Svanidze en 1939 y la envió a un

campo de trabajo. Su esposo Alexandr Svanidze también cayó víctima de la NKVD: había sido arrestado en 1937 y fue fusilado en 1941. Alexandr se comportó con extraordinario valor en la tortura y se negó a confesar o a pedir clemencia. Aunque Stalin todavía no había tocado a los parientes carnales de su difunta segunda esposa, los maridos no tuvieron tanta suerte. Stanisíaw Redens, el esposo de Anna Allilúeva, fue arrestado en 1938[21]. Anna, junto con sus padres, obtuvo permiso para abogar en favor de su marido en presencia de Stalin y Mólotov. Pero el día de la reunión su padre, Serguei Allilúev, se negó a acompañarles. Stalin se lo tomó a mal y el destino de Redens quedó sellado[22]. Incluso otros parientes más lejanos de Stalin, que no fueron encarcelados, vivían en un constante temor. Así, al igual que todo el mundo en la élite del Kremlin, eran como polillas volando cerca de la luz: incapaces de salirse de sus órbitas.

Durante la guerra habría habido poco tiempo para la convivencia familiar aunque Stalin no hubiese acabado ya con la vida de sus parientes. Las horas de descanso —que eran pocas— las pasaba en compañía de los comandantes y políticos que tenía a mano. Estas ocasiones eran cosa de hombres, y la bebida corría con tanta prodigalidad como la comida. Sin embargo, limitaba las noches dedicadas al placer. Concentraba sus energías en dirigir la guerra.

Es destacable que Stalin pudiera sobrellevar las intensas presiones físicas. A lo largo de la década de los treinta había tenido mala salud. La arteria del cuello seguía molestándole. Sucesivos médicos controlaron su circulación sanguínea, pero no confiaba en casi ninguno: estaba convencido de que la mejor cura para cualquier dolencia eran los baños termales. En 1931 tuvo una grave inflamación de garganta justo después de tomar las aguas en Matsesta y su temperatura llegó a treinta y nueve grados centígrados. Cinco años después tuvo una infección de estreptococos. Su médico personal, Vladímir Vinográdov, estaba tan preocupado que consultó a otros especialistas sobre el tratamiento más adecuado. Stalin no pudo asistir a las celebraciones de Año Nuevo de 1937 porque se encontraba demasiado enfermo. En febrero de 1940 se vio postrado de nuevo presa de una fuerte fiebre y el acostumbrado problema de la garganta[23]. Sin embargo, hasta 1941 pudo contar con largas temporadas de reposo para

recuperarse. Solía pasar varias semanas en el mar Negro para darle tiempo a su cuerpo de recobrarse de la severa rutina que se había impuesto en Moscú. Pero esto ya no fue posible después de la Operación Barbarroja. Durante las hostilidades, excepto cuando viajó a Yalta y a Teherán para mantener conversaciones con los líderes aliados o cuando hizo su publicitado viaje a las proximidades del frente[24], Stalin permaneció en Moscú o en sus alrededores. Y trabajó como un perro.

Las consecuencias fueron manifiestas. Su cabello se volvió gris (Zhúkov dijo que era blanco, aunque no resulta muy creíble)[25]. Tenía bolsas debajo de los ojos debido a la falta de sueño. El exceso de tabaco agravó su progresiva arteriosclerosis. No habría escuchado los consejos de los médicos de cambiar su modo de vida. El tabaco y el alcohol eran su consuelo y, en cualquier caso, no consta que los especialistas médicos que lo atendieron le hayan aconsejado que cambiara sus hábitos. Tenían miedo de hacerlo —o posiblemente no consideraron que fuera una conducta peligrosa para la salud—: en ese tiempo, no todos los médicos eran tan estrictos como sus sucesores actuales. Por lo tanto, de un modo inexorable, Stalin iba camino a la tumba mucho antes de lo que habría prescrito la herencia biológica[26].

Stalin vivió una vida irregular después del suicidio de su esposa, pero también otros miembros de su entorno llevaban una vida poco regular. Beria violaba a muchachas jóvenes. Otros miembros del Kremlin también eran muy aficionados a las mujeres, aunque sin hacer uso de la coerción física. Abel Enukidze, ejecutado en 1937, había sido famoso por seducir a empleadas jóvenes y atractivas. Kalinin tenía una especial afición por las bailarinas y Bulganin, por las divas de la ópera. Se ha dicho que Jrushchov acostumbraba a perseguir a las mujeres. La historia sexual de la élite soviética no estaba exenta de promiscuidad en varios casos, e incluso unos pocos no se limitaron a relaciones con mujeres. Yezhov había sido bisexual y muchas veces se deleitaba tanto con el marido como con la mujer de una pareja. Tales individuos usaban su poder político para asegurarse la gratificación. Sabían que en cualquier momento podían ser arrestados. Muchos también hallaban alivio en la bebida. Zhdánov y Jrushchov eran alcohólicos en grado superlativo. Para ellos la noche no estaba completa sin

una buena ración de vodka y brandy, y Yezhov con frecuencia estaba borracho antes del mediodía. El terror elevó a individuos extraños a la cima del poder y la presión los hacía todavía más extraños.

Podría parecer sorprendente que se las arreglaran para ejercer como políticos. Pero esto nos llevaría a un error. Aunque habrían estado inmersos en excesos sexuales y alcohólicos incluso si no se hubieran convertido en políticos soviéticos, indudablemente también fueron las presiones —y peligros— de sus cargos las que los arrastraron en esta dirección.

La existencia de Stalin antes de la Operación Barbarroja había sido equilibrada en comparación, pero no estaba exenta de compañía femenina ni de abuso de la bebida. Según un chisme bastante plausible, Stalin se sintió atraído por Yevguenia, cuñada de su difunta esposa Nadia. Lo vio con mucha frecuencia en los meses posteriores al suicidio. Otra mujer que hizo lo mismo fue María Svanidze[27]. Al parecer el esposo de María, Alexandr, no lo aprobaba, pues pensaba que esa cercanía podría conducir a la infidelidad. María no mantuvo en secreto el hecho de que «amaba a Iósef y le tenía mucho afecto»[28]. Era bonita y trabajaba como cantante[29]. Le resultó casi inevitable atraer la atención de Stalin. Pero hubo más chismes acerca de Yevguenia. De hecho, Yevguenia, cuyo esposo Pável Allilúev murió en 1938, enseguida se casó con un inventor llamado Nikolái Molóchnikov. Aunque es dudoso que mantuviera una relación sexual con Stalin, persiste la sospecha de que Yevguenia se casó con Molóchnikov para evitar comprometerse más con él. Su hija Kira ha dicho veladamente: «Se casó para defenderse»[30]. Pero la piedad filial le impidió determinar si era de las atenciones de Stalin de lo que quería escapar. Lo que se sabe es que Stalin la siguió llamando por teléfono y que durante la Segunda Guerra Mundial le pidió que acompañara a Svetlana y otros parientes cuando fueron evacuados de Moscú. Yevguenia rechazó su petición alegando que tenía que ocuparse de su propia familia[31].

Se rumoreó que tuvo otras amantes a finales de la década de los treinta, y hasta se dijo que se había casado de nuevo en secreto con Rosa Kaganóvich. Los medios de comunicación nazi difundieron este chisme. Supuestamente Rosa era la hermosa hermana de Lázar Kaganóvich. Pero no eran sino un montón de mentiras. Lázar Kaganóvich tenía sólo una

hermana, Rajil, que murió a mediados de la década de los veinte[32]. También se insinuó que Stalin se había acostado con la hija de Lázar Kaganóvich, Maia. Era verdaderamente bonita. Pero no hay pruebas que acrediten esto. Lázar Kaganóvich no era un mojigato y, ya jubilado, no tenía motivos para pretender que su hija no había tenido relaciones con Stalin de haber sido cierto[33].

Lo que está fuera de toda duda es el tipo de vida de que disfrutaba Stalin entre sus amigos. Le gustaba cantar con Mólotov y Voroshílov, mientras Zhdánov les acompañaba al piano. Mólotov provenía de una familia aficionada a la música y sabía tocar el violín y la mandolina. Durante su exilio en Vólogda antes de la Gran Guerra, había complementado su asignación de convicto uniéndose a un grupo de músicos que tocaban la mandolina en los restaurantes y en el cine del lugar. Zhdánov también tenía inquietudes culturales y se unía a la diversión en la dacha, y Voroshílov sabía cantar bastante bien. De jóvenes todos habían aprendido de memoria la música litúrgica y, dejando a un lado su ateísmo, intepretaban los himnos que tanto les gustaban[34]. Stalin conservaba una buena voz y todavía podía cantar las partes de barítono[35]. También le cantaba a su hija Svetlana y a sus sobrinos y sobrinas de la familia Allilúev. Kira Allilúeva le recordaba meciéndola sobre las rodillas y cantándole sus tonadas preferidas[36]. A pesar de que más tarde fuera apresada y condenada al exilio por la policía de Stalin, conservó el afecto por su tío. En el ámbito privado la jovialidad de Stalin no había desaparecido con el suicidio de su esposa.

Otra forma de diversión era el billar. Cuando lo visitaban los Allilúev, Stalin a veces jugaba con el hermano mayor de Nadia, Pável. En general eran momentos apacibles, pero no siempre. Pável recelaba cada vez más de Iósef. La regla de la casa era que los que perdían a cualquier juego tenían que gatear bajo la mesa. Una noche en la década de los treinta Pável y Iósef perdieron una partida contra Alexandr Svanidze y Stanisíaw Redens. Pável previo un peligroso resentimiento por parte de Stalin y ordenó a sus hijos que gatearan en nombre de ambos. Pero la hija de Pável, Kira, estaba presente. «Esto —gritó con infantil rectitud— va contra las reglas. Han perdido, entonces ¡que gateen!». Pável, asustado, se acercó de inmediato a

ella y la golpeó con el palo de billar. No se podía permitir que Stalin fuera humillado[37].

También había que mostrar indulgencia durante las fiestas. A Stalin le gustaba coquetear con las mujeres y probablemente se acostó con algunas. Sería asombroso que semejante egoísta no se hubiese aprovechado por lo menos de algunas de las numerosas mujeres que se mostraban dispuestas. Pero desaprobaba que el libertinaje se hiciese público (esta es una de las razones por las que su vida sexual a partir de 1932 sigue siendo un misterio). El falso pudor que mostraba respecto de las mujeres contrastaba con el goce no disimulado que le producía beber en cantidad. Solía obligar a sus invitados a beber brandy y vodka y después aguardaba hasta que por efecto del alcohol dejaban escapar algún secreto. Tomaba la precaución de beber vino en un vaso del mismo tamaño que el de los que bebían vodka. Otro de sus trucos era tomar un vino del color del vodka, mientras los demás tomaban licores fuertes (reconoció esta estratagema ante Ribbentrop en 1939)[38]. Cuando había logrado que sus incómodos invitados se relajasen, quería observar y escuchar en lugar de emborracharse. Le gustaban las bromas y las anécdotas obscenas y, si alguno no quería sumarse, tenía problemas. Entre sus chistes más infantiles estaba el de poner un tomate en el asiento de un miembro del Politburó. El ruido que hacía al reventarse siempre le hacía reír hasta las lágrimas.

Fiestas de esta índole se sucedieron hasta después de 1941, aunque tenían lugar con menos frecuencia. Pertenecían a la vida secreta de los gobernantes del Kremlin. Los únicos testigos, aparte del escaso número de sirvientes, eran los emisarios comunistas de Europa del Este que llegaban a Moscú en los años de la guerra. Educados para imaginar a Stalin como una persona austera, la vulgaridad de la escena los dejaba estupefactos. Stalin debió de haber sospechado que la mayoría de la gente tendría la misma reacción. Aunque ordenó que se sirviera bebida a discreción para Churchill y Roosevelt, nunca puso en práctica sus habituales chanzas en su presencia.

También cuidó su vestuario en los encuentros con los líderes aliados. Pero esto era excepcional. Con otros visitantes no veía la necesidad de mostrarse elegante. Continuó arrastrando los pies por los alrededores de la dacha Blízhniaia con su chaqueta preferida de la Guerra de Civil recubierta

de piel por dentro y por fuera. Para variar, se ponía una chaqueta corriente de piel (que también había adquirido después de la Revolución de octubre). Cuando los sirvientes intentaban deshacerse de la prenda a escondidas, no lograban engañarlo: «Todos los días buscáis la ocasión de traerme una nueva chaqueta de piel, pero esta todavía tiene para diez años más». No estaba menos apegado a sus viejas botas[39]. Zhúkov se dio cuenta de que llenaba su pipa no con tabaco de calidad, sino con el relleno de los cigarrillos Herzegovina Flor, disponibles en todos los quioscos. Él mismo los desenrollaba[40]. Un joven oficial en ascenso, Nikolái Baibákov, estaba desconcertado por su desaliño. Las botas no sólo estaban gastadas; también tenían agujeros en las puntas. Baibákov se lo comentó al asistente personal de Stalin, Poskrióbyshev, quien le dijo que el propio Stalin había hecho los agujeros para evitar que el roce le molestara en los callos[41]. ¡Cualquier cosa con tal de no someterse a una revisión médica regular!

Aunque ocasionalmente permitía que le arreglaran el cabello, pasaba la mayor parte del tiempo sobrecargado de trabajo. Casi todas las noches se quedaba en su oficina provisional, situada mucho más abajo de la estación de metro Maiakovski. Los días eran largos y agotadores, y por lo general no dormía en una cama, sino en un diván. Desde Nicolás I, el más austero de los zares Románov, los rusos no habían tenido un gobernante de costumbres tan frugales. Stalin era consciente del precedente[42] y se convirtió en una máquina humana para ganar la Gran Guerra Patria.

¡A MUERTE!

La victoria de Stalingrado en febrero de 1943 hizo posible la derrota de la Wehrmacht, pero todavía no segura. Las fuerzas de Hitler en el Este eran valientes y estaban bien equipadas. Sitiaron Leningrado. El Camino de Hielo que unía la ciudad con el resto de Rusia era objeto de continuos bombardeos. También Moscú seguía en peligro. Cualquier error estratégico o mengua del compromiso patriótico habría tenido consecuencias catastróficas para la URSS.

El Ejército Rojo se esforzó para consumar una victoria total en Stalingrado. La creciente disposición de Stalin a escuchar los consejos de la Stavka y del Comité Estatal de Defensa dio buen resultado. Cambió también sus métodos, aunque fuera sólo mientras duró la guerra. Después de la derrota de Stalingrado, Manstein reagrupó apresuradamente las divisiones de la Wehrmacht para una campaña que denominó Operación Ciudadela. Avanzando desde Ucrania, su objetivo era enfrentarse al Ejército Rojo en un gran saliente del frente orientado al sur, cerca de Kursk, en la frontera ruso-ucraniana. Manstein planeaba una acción rápida. Pero Hitler le prohibió que abriese una ofensiva que habría cogido por sorpresa a la Stavka. Como Stalin, Hitler había aprendido que la preparación cuidadosa de cada campaña era fundamental y sin quererlo estaba dando tiempo al Ejército Rojo para reflexionar y reaccionar. Esto debía haber sido aprovechado por la Stavka. Sin embargo, desafortunadamente las precauciones de Stalin eran sólo intermitentes. El impulso a atacar en toda ocasión no había muerto en él. Al saber que la Wehrmacht estaba replegándose, no pudo evitarlo: ordenó que la Stavka organizara una ofensiva total sin demora.

Zhúkov no quería saber nada; envió un informe a la Stavka insistiendo en que una defensa integral era la mejor opción: un desgaste sangriento pero controlable era mejor que un ataque sangriento y arriesgado —y Zhúkov predijo que el lugar en que se daría la batalla decisiva sería Kursk —[1]. El 12 de abril se celebró una conferencia de la Stavka. Stalin aceptó de mala gana la propuesta de Zhúkov, que fue respaldada por sus colegas militares Alexandr Vasílievski y Alexéi Antónov[2]. Las intenciones de los alemanes de inmediato quedaron a la vista cuando cincuenta de las mejores divisiones de Hitler fueron movilizadas y puestas en posición de ataque en el lugar que había predvcho Zhúkov. Sin embargo, en mayo Stalin reconsideró su posición y volvió a argumentar en favor de una ofensiva preventiva. Zhúkov, Vasílievski y Antónov se mantuvieron firmes y lograron el respaldo de la Stavka[3]. Stalin aceptó el resultado y apremió a Zhúkov y a Vasílievski para que asumieran el mando directo. El 4 de julio Zhúkov tenía plena certeza de que el ataque era inminente, por lo que ordenó a Rokossovski que pusiera en marcha el plan acordado. Stalin fue informado de la decisión sin ser consultado previamente. Era un gesto osado por parte de Zhúkov, pero logró salirse con la suya. Stalin recibió la noticia sin mostrar su habitual inquina: «Estaré en la Stavka aguardando el desarrollo de los acontecimientos»[4].

Cuando comenzaron las hostilidades a primera hora de la mañana del día siguiente, Zhúkov estaba enfrascado en la tarea de reaccionar ante las decisiones imprevistas que habían tomado los alemanes. Fue Stalin quien lo llamó por teléfono en lugar de ser a la inversa: «Bien, ¿cómo va todo? ¿Ya han empezado los alemanes?». Zhúkov se limitó a responder: «Ya han empezado»[5]. Stalin tenía que esperar el momento oportuno y controlar sus nervios. El destino de la URSS estaba en manos del Ejército Rojo, y no había nada que pudiera hacer desde Moscú para influir en el desenlace de la batalla.

Los tanques de la Wehrmacht avanzaron los dos primeros días, pero después las líneas soviéticas los contuvieron. Zhúkov y Mainstein competían por sacar ventaja y golpear. Las tácticas despiadadas de Zhúkov eran efectivas. En lugar de esperar a que la artillería batiera al enemigo antes de lanzar los tanques contra ellos, llevó a cabo las dos acciones

simultáneamente. Las pérdidas soviéticas fueron inmensas, pero aunque los alemanes sufrieron menos, no podían soportarlas a la luz de su creciente disminución de hombres y suministros. Zhúkov, según sus propias estimaciones, tenía un 40% más de tropas, un 90% más de armamento, un 20% más de tanques y un 40% más de aviación[6]. Aunque despilfarrara sus recursos, había calculado que los alemanes se enfrentarían al desastre a menos que lograran una victoria rápida. El triunfo alemán no era nada probable. De acuerdo con el plan elaborado hacía tiempo, el Ejército Rojo contraatacó tanto desde el frente de Briansk como desde el frente occidental. La Wehrmacht tuvo que retroceder. Stalin no pudo resistirse a exigir la intensificación de las operaciones ofensivas y, como de costumbre, recayó sobre Zhúkov la tarea de pedirle tiempo para la recuperación física y el reagrupamiento táctico. Las disputas proliferaron y Stalin hizo un montón de acusaciones hirientes[7]. Pero Zhúkov era tenaz y se apoyaba en la confianza en un triunfo inminente. En agosto tuvo su momento de gloria cuando pudo informar a la Stavka de la victoria final.

Los alemanes no lograron ganar la batalla de Kursk. El Ejército Rojo no había ganado en términos convencionales porque la Wehrmacht llevó a cabo una retirada planificada y ordenada, de modo que la batalla no tuvo un desenlace definitivo. Pero Hitler lo consideró una derrota estratégica simplemente porque no habían sido capaces de ganar. Después de Kursk la Wehrmacht fue obligada a retirarse sin cesar hacia el Oeste. La moral del Ejército Rojo aumentaba mientras el entusiasmo alemán se desmoronaba. La URSS incorporó al ejército a su vasta reserva de soldados campesinos, mientras que los alemanes y sus aliados se estaban quedando sin tropas. Las fábricas soviéticas alcanzaron un máximo de producción que se aceleraba a un ritmo mayor que el de la capacidad industrial alemana. Stalin y su Stavka creían que los reveses sufridos por los ejércitos alemanes en Kursk indicaban el principio del fin del Nuevo Orden de Hitler en Europa.

Los comandantes soviéticos tenían razón en afirmar que Stalin había contribuido menos que ellos a la victoria de Kursk. Sin embargo, sólo veían el lado militar de su actividad: sabían muy poco de sus otras intervenciones en el esfuerzo bélico de la URSS. La Stavka no tenía nada que ver con la política exterior, la organización política, la política cultural y social o la

movilización económica. Stalin intervino en todos estos sectores y su influencia fue profunda. Entre 1941 y 1942 esto ya había llevado a hacer varios ajustes que creyó necesarios para los intereses de la URSS. Las grandes pérdidas territoriales de los primeros meses de la guerra precipitaron un desmoronamiento del suministro de alimentos cuando el trigo, las patatas y la remolacha azucarera de Ucrania cayeron en manos de los alemanes. Aunque no se emitió ninguna directriz, las autoridades disminuyeron sus esfuerzos por luchar contra el mercado negro en la producción agrícola. Las excepciones eran las ciudades sitiadas como Leningrado, donde la NKVD castigaba a cualquiera que estuviera comerciando en la calle. Pero la economía de mercado circuló con mayor amplitud en el orden soviético cuando las autoridades del partido y de los municipios aceptaron que los campesinos que llevaban sacos de verduras para vender aliviaban la desnutrición urbana[8], y Stalin, que había despotricado contra la falta de acatamiento de las leyes de comercio en la década de los treinta, guardó silencio sobre el asunto durante la guerra.

También entendió la necesidad de ampliar las limitaciones a la expresión cultural. A muchos intelectuales, antes sospechosos para las autoridades, se les dijo que sus servicios creativos serían bien recibidos. Entre ellos destacaron la poetisa Anna Ajmátova y el compositor Dmitri Shostakóvich. Ajmátova había estado casada con el poeta Nikolái Gumiliov, ejecutado por ser considerado militante antisoviético en 1921; su hijo Lev todavía languidecía en prisión y las obras de Anna no se habían publicado en años. Pero los miembros cultos de la sociedad la recordaban con afecto. Stalin estaba interesado en permitir que se leyera su obra por la radio y en recitales. Este permiso era selectivo. Se daba preferencia a los poemas que destacaban los logros del pueblo ruso. Shostakóvich había aprendido la lección a causa de sus problemas antes de la guerra y había dejado de acompañar su música con palabras. Escribió la partitura de su Séptima Sinfonía (de Leningrado) mientras trabajaba como guardabosques en el turno de noche. La audiencia que estuvo presente la noche del estreno en 1942 reconoció la grandeza de la obra.

En el frente se repartieron ediciones baratas de los clásicos rusos. Stalin, como escritor, también pertenecía al panteón literario soviético y los

comisarios entregaron sus panfletos a las tropas, pero de hecho no era el autor preferido de los hombres en servicio activo. El régimen se dio cuenta de ello y moderó su insistencia en colocar su *oeuvre* en el centro de la propaganda.

Asimismo, Stalin desechó la *Internacional* como himno estatal de la URSS (o nacional) y convocó un concurso para uno nuevo. El ganador fue Alexandr Alexándrov con una melodía que conmovía el alma. Serguéi Mijalkov y Garold El-Registán le pusieron la letra, que fue uno de los elementos más efectivos del arsenal de la propaganda oficial. Los primeros versos decían así[9]:

> La unión indestructible de repúblicas
> Formada por la Gran Rus.
> ¡Larga vida a la unida y poderosa Unión Soviética
> Creada por la voluntad del pueblo!

La segunda estrofa vinculaba el patriotismo con la fidelidad a la Revolución de octubre:

> Después de la tormenta el sol de la libertad brilla sobre nosotros
> Y el gran Lenin ilumina nuestro camino:
> ¡Stalin nos guía, nos impulsa a ser fieles al pueblo,
> Al trabajo y a las hazañas heroicas!

El himno tuvo una resonancia emotiva auténtica para la generación de la guerra; apenas si era una «concesión» cultural, ya que contenía un elogio a Stalin, pero indicaba que las autoridades comprendían que el cosmopolitismo personificado por la *Internacional* no ayudaba mucho a que los rusos pelearan por la patria.

Aún más importantes fueron las decisiones de Stalin acerca de la Iglesia Ortodoxa Rusa. Hacia 1939 sólo quedaban unos cien lugares de culto abiertos para los creyentes[10]. Ningún monasterio había sobrevivido a los años soviéticos. Decenas de miles de sacerdotes habían sido asesinados

durante la Guerra Civil, el Primer Plan Quinquenal y el Gran Terror. Pese a todo, la gente creía en Dios. Cuando se realizó el censo de la URSS en 1937, aproximadamente el 55% de la población rechazó la propuesta de un estado ateo y se declaró religiosa —y naturalmente la verdadera proporción de creyentes debió de haber sido mucho mayor.

Stalin, antiguo alumno del Seminario de Tiflis, saludó con agrado la postura patriótica del patriarca Serguéi. También le complacían las ofrendas que se recogían en las iglesias para la producción de armamento. La columna de tanques Dmitri Donskói provino de estos recursos. A Stalin le venía muy bien que la Iglesia Ortodoxa Rusa fortaleciera el compromiso de sus feligreses con la guerra. Se permitió discretamente que se reabrieran los edificios para fines religiosos. Stalin formalizó esta actitud al invitar al patriarca Serguéi a reunirse con él en el Kremlin el 4 de septiembre de 1943. Serguéi llegó preguntándose qué sería exactamente lo que le esperaba[11]. Stalin actuó como si jamás hubiese habido ningún conflicto entre el estado soviético y la Iglesia Ortodoxa. Le preguntó jovialmente a Serguéi por qué había ido con tan pocos sacerdotes. Serguéi venció la tentación de decirle que podría haber reunido fácilmente a más clérigos si Stalin no hubiese pasado la década anterior arrestándolos y ejecutándolos. Pero la atmósfera se aligeró ante la propuesta de Stalin de que a cambio del fin de la persecución y la autorización de la libertad de culto, la Iglesia debía reconocer la legitimidad del estado soviético y abstenerse de criticar su política interior y exterior[12].

Stalin nunca explicó la fecha elegida para esta concesión; ni siquiera permitió que *Pravda* hiciera un anuncio público. Aun así, era un concordato en todo salvo en el nombre. Esto ha llevado a pensar que la política exterior pudo haber sido el factor desencadenante. Stalin iba a encontrarse poco después con Roosevelt y Churchill en la Conferencia de Teherán. Se ha sugerido que una disminución demostrable de la persecución religiosa probablemente se consideró que le permitiría hacer un trato más ventajoso con los aliados occidentales[13].

Sin embargo, esta hipótesis sería más aceptable si Stalin también hubiese aflojado la presión sobre otras iglesias cristianas, especialmente las instituidas en el Oeste. Pero Stalin privilegió abiertamente a la Iglesia

Ortodoxa Rusa. La explicación probablemente esté relacionada con sus cálculos acerca del gobierno de la URSS. El encuentro con el patriarca tuvo lugar muy poco tiempo después de las batallas de Stalingrado y Kursk. El Ejército Rojo estaba a punto de comenzar una ofensiva para recuperar los territorios fronterizos occidentales. Hitler había permitido que las iglesias cristianas, incluyendo la Iglesia Autocéfala Ucraniana, funcionaran durante la ocupación. Como habían probado de nuevo la libertad religiosa, sería difícil volver a reprimirla de inmediato. Al mismo tiempo que restauraba una autonomía limitada para la Iglesia Ortodoxa Rusa, Stalin la autorizó para que volviera a hacerse cargo de edificios que no le pertenecían desde la década de los veinte. Mientras las fuerzas armadas soviéticas se abrían paso en Ucrania y Bielorrusia, las iglesias se transferían a manos de la Iglesia Ortodoxa Rusa. Evidentemente, Stalin juzgó que se podría controlar con mucha más facilidad a los creyentes cristianos si Serguéi, elegido patriarca en el Sínodo celebrado en septiembre de 1943, tenía autoridad sobre ellos. Stalin no dejaba nada al azar. Designó a G. Kárpov para el Consejo Gubernamental de la Iglesia Ortodoxa Rusa a fin de que supervisara las relaciones con esta última. Stalin quería sacar tajada.

En el movimiento comunista internacional se produjo otro cambio político. Stalin cambió su disposición de abolir la Comintern a comienzos de 1941. Recurrió a Dimítrov y le dio órdenes de organizar las formalidades necesarias. En los encuentros del Comité Ejecutivo de la Comintern, en mayo de 1943, los dirigentes comunistas extranjeros aceptaron dócilmente las demandas de Stalin[14]. Afirmó que había llegado a la conclusión de que había sido un error intentar —como lo había hecho Lenin— dirigir el movimiento comunista mundial desde un solo centro. También él había repetido el error y el resultado fue que los enemigos acusaban a los partidos comunistas de depender del Kremlin. Stalin quería que pudieran apelar a sus respectivos partidos sin tener esta soga al cuello[15].

No hace falta subrayar que Stalin no era sincero. No tenía la menor intención de aflojar su control político sobre los partidos comunistas del extranjero. Al permitirles una autonomía aparente, tenía la intención de seguir atándolos corto. El secretario general de la Comintern, Guiorgui Dimítrov, simplemente sería trasladado al Departamento Internacional del

Secretariado del Comité Central del Partido Comunista de la Unión Soviética. Sus obligaciones se mantendrían en secreto y en lo esencial no cambiarían. Siempre se había esperado que Dimítrov aconsejara y obedeciera a Stalin en relación con el movimiento comunista mundial, y la misma situación persistió después de la disolución de la Comintern. Esto da una pista sobre las razones que tuvo Stalin para tomar tan asombrosa decisión. Se supuso entonces, y también posteriormente, que había tratado de hacer que los aliados confiaran en sus intenciones. Pero este no puede haber sido el motivo principal. El período en que Stalin más necesitaba conseguir su apoyo ya había pasado. La URSS era más débil antes de Stalingrado y Kursk, cuando la Wehrmacht tenía esperanzas de ganar la guerra. Sin embargo, durante dos años Stalin no había hecho nada al respecto. Había aguardado hasta que la victoria del Ejército Rojo comenzó a percibirse como algo factible.

Es poco probable que la fecha escogida haya sido accidental. Stalin y sus consejeros hacían planes para la Europa de posguerra. Iván Maiski y Maxim Litvínov, trasladados como embajadores a Londres y Washington, aportaron sus ideas. Dimítrov añadió las suyas. Mólotov siempre estaba disponible. Todos se esforzaban por llegar a la mejor conclusión acerca de lo que debía hacerse para aumentar al máximo la seguridad y el poder del comunismo en Occidente. Las agrupaciones comunistas habían logrado sobrevivir en la clandestinidad durante los primeros años del conflicto militar nazi-soviético. Mientras la URSS estaba a la defensiva, todo lo que pudieran hacer los partidos extranjeros de la Comintern para sabotear el Nuevo Orden de Hitler era bien recibido. Pero a mediados de 1943 los límites a su ambición tenían que disiparse. Stalin quería consolidar el apoyo a los partidos comunistas de Europa oriental y centro-oriental. Los partidos en sí eran frágiles —y no había ayudado mucho a su fortalecimiento el hecho de que Stalin exterminara a tantos camaradas polacos como pudo en 1938—. El Ejército Rojo estaba intentando recuperar los territorios fronterizos de la URSS hasta la línea de demarcación anterior al acuerdo diplomático nazi-soviético en 1939. En realidad, estaba a punto de conquistar la mayoría de los países al este de Alemania y Stalin sabía que los comunistas de estos países eran considerados agentes de Moscú. Era

fundamental tanto para ellos como para Stalin simular que no eran títeres de Moscú. La disolución de la Comintern era por tanto una condición previa fundamental.

Esto significaba que los partidos comunistas debían encontrar el modo de presentarse no sólo como internacionalistas, sino también como defensores de los intereses nacionales. Stalin se aseguró de que tanto los líderes comunistas extranjeros residentes en Moscú como los que se mantenían en contacto desde sus respectivos países lo entendieran. Los comunistas tendrían que aceptar a los héroes, símbolos, poemas y canciones con resonancias nacionalistas y Stalin suponía que de este modo aumentaría el apoyo local a los partidos comunistas. Así se había hecho para los rusos en la URSS y ahora debía repetirse en los países que estaban a punto de ser conquistados por el Ejército Rojo. El comunismo no era ni un movimiento internacionalista ni uno exclusivamente ruso; a instancias de Stalin, intentaba incorporar la diversidad nacional[16].

Esta concesión enmascaraba objetivos militares. Durante la segunda mitad de 1943 se llevaron a cabo otros cambios políticos con menos disimulo. Entre ellos estaba la reafirmación del marxismo-leninismo. Pero el sentimiento nacional ruso estaba muy lejos de ser rechazado. Los héroes de la vieja Rusia —aquellos aceptables para el régimen— siguieron vigentes: Iván el Terrible, Pedro el Grande, Suvórov, Lomonósov, Pushkin y Tolstói. Sin embargo, había que respetar los límites. Y mientras la guerra se acercaba a su fin, el Kremlin empezó a insistir en los motivos soviéticos. El patriotismo se puso por encima del internacionalismo, y se afirmó la «amistad fraternal» entre los pueblos soviéticos. El término «cosmopolita» se convirtió en un insulto. Cualquier demostración de admiración por las sociedades y culturas de Occidente se castigaba severamente. Stalin sospechaba de la influencia que podía tener la presencia de vehículos todoterreno, explosivos y otros equipamientos militares que los Estados Unidos habían proporcionado a la URSS mediante el sistema de préstamo y arriendo. El prestigio de los productos extranjeros de calidad podía socavar los alardes oficiales soviéticos. En 1942 se añadió al código legal de la URSS el delito de «elogiar la tecnología americana», lo que significaba que cualquiera podía ser arrojado a los campos del Gulag por el simple hecho de

haber expresado su admiración por un todoterreno[17]. Stalin se proponía volver a extirpar de la mentalidad soviética toda influencia extranjera al mismo tiempo que aumentaba la esperanza de que el Ejército Rojo se reuniera con sus aliados occidentales en Alemania para derrotar al poder nazi.

Se pusieron a prueba ideas para incrementar el apoyo al Ejército Rojo en Europa oriental y centro-oriental. Entre ellas estaba el paneslavismo, según el cual los eslavos, no importa cuál fuera su nacionalidad, tenían mucho en común en el aspecto político y cultural. Alejandro III y Nicolás II habían explotado esta idea para incrementar la influencia del Imperio ruso en Bulgaria y Serbia. Stalin autorizó la formación de grupos dedicados a la unificación de los eslavos en la lucha contra Hitler[18]. Brindó al historiador no marxista Yevgueni Tarle una plataforma para promover estas ideas. Para Stalin, la URSS —a diferencia del Imperio ruso— practicaba el paneslavismo (o la eslavofilia, como la llamaba) sobre una única base: «Nosotros, los nuevos leninistas eslavófilos —los comunistas y bolcheviques eslavófilos— no estamos a favor de la unificación de los pueblos eslavos, sino de su unión». Para Stalin esta unión era fundamental para que los eslavos solucionaran el viejo problema de protegerse contra los alemanes[19].

El intento era obvio: la conquista de la mitad oriental de Europa sería más fácil si la URSS contaba con la simpatía generalizada de la población de esos países más allá de los feudos electorales habituales de los partidos comunistas. Era la política que los Románov habían empleado con mucho éxito en las relaciones diplomáticas con Bulgaria y Serbia, y Stalin pensaba proceder de un modo similar. Pero tenía defectos que se manifestarían en cuanto jugara la carta paneslavista. No todos los eslavos pertenecían a la Iglesia Ortodoxa ni tenían un sentimiento tradicional de vinculación con los rusos. Los polacos y los checos, de religión católica, recordaban siglos de antagonismo. Más aún, no todos los pueblos de Europa oriental y centro-oriental eran eslavos. El paneslavismo representaba una amenaza directa para los húngaros, rumanos y alemanes (tampoco era bien recibido por los estonios, letones y lituanos, pero en cualquier caso iban a ser reincorporados a la URSS). Stalin persistió en esta política hasta después de

la derrota de la Alemania nazi. Era un signo de su obcecación. No todos los cambios políticos que realizó durante la guerra tuvieron éxito. Esto también puso de manifiesto una aguda percepción de que la campaña para ganar la paz debía ser cuidadosamente elaborada mucho antes de que terminara la guerra. Stalin tenía conciencia de los problemas que iba a tener que afrontar.

La prueba de que su paneslavismo tenía otros objetivos puede encontrarse en el desarrollo de la política interna soviética. El motivo de la Patria dominaba las declaraciones oficiales y gradualmente se incrementaron las referencias negativas al anti-internacionalismo. Alexandr Fadéiev, presidente de la Unión de Escritores de la URSS, condenó de plano el «cosmopolitismo sin raíces»[20]. Stalin no hizo comentarios acerca de esta actitud en público, pero el hecho de que el provocativo artículo de Fadéiev se convirtiera en la línea indiscutible del partido prueba que esta versión chovinista del patriotismo contaba con la aprobación de Stalin y que en realidad había sido instigada por él. Entre los grupos más claramente amenazados por la acusación de cosmopolitismo, por supuesto, estaban los judíos soviéticos. Stalin ya jugaba con uno de los instrumentos más repugnantes de gobierno: el antisemitismo.

Esto merece ser tenido en cuenta por quienes desean entender a Stalin y también la política soviética. La vida pública durante el tiempo de guerra en la URSS no era homogénea. Tampoco hubo un corte repentino en 1945. Desde luego, Stalin hizo concesiones en la guerra, pero varias de ellas —especialmente las relacionadas con la Iglesia Ortodoxa y la Comintern— pertenecían en realidad a un plan de incremento y no de disminución de la presión estatal. Stalin cedió cuando tuvo que hacerlo, pero se deshizo de sus limitados compromisos tan pronto como se le presentó la ocasión. Su conducta era misteriosa para quienes lo rodeaban. Les parecía que tenía una postura más abierta que en el pasado sobre el asesoramiento militar y las tradiciones religiosas y culturales del país. Tenían la esperanza de que se hubiese producido algún tipo de conversión y de que siguiera comportándose del mismo modo después de ganar la guerra. Pero se engañaban. Había muchos indicios ya en 1943, y aun antes, de que Stalin había cedido terreno sólo por razones tácticas. Los que lo conocían en la

intimidad, especialmente el resto de los miembros del Comité Estatal de Defensa, no percibieron nada que indicara que el Jefe deseara cambiar; entendieron que la tolerancia reciente no sería necesariamente duradera. Tenían razón.

Sin embargo, el resto de la sociedad soviética —o por lo menos aquellos miembros suyos que querían pensar lo mejor de él— no tenían información. La guerra no les dejó tiempo para sopesar las cosas. Estaban peleando, trabajando y buscando comida. Recibieron con agrado el alivio de las presiones, pero esperaban mucho más. En realidad, miles de prisioneros de guerra rusos, una vez fuera de la coerción del régimen de Stalin, decidieron que Stalin también era un enemigo y se ofrecieron como voluntarios para ayudar a los alemanes a derrotarlo bajo el liderazgo del teniente general Andréi Vlásov. Pero la inmensa mayoría de los que fueron capturados por la Wehrmacht se negaron a cambiar de bando[21]. Como otros ciudadanos de la URSS, esperaban contra toda esperanza que se llevaran a cabo profundas reformas al final de la guerra. Los rigores que habían sido soportables en la batalla contra el nazismo, se considerarían innecesarios e intolerables una vez que Alemania hubiera sido derrotada.

La gente se engañaba. Stalin sólo había hecho las concesiones mínimas necesarias para conseguir el triunfo militar. La base del orden soviético quedó intacta. Desde el inicio de la Operación Barbarroja, Stalin había ordenado que la NKVD castigara sin misericordia a los «cobardes» en el plana militar y a los «holgazanes» en el trabajo. Cualquier indicio de desviación de la obediencia absoluta conllevaba represalias inmediatas. Las agencias de planificación estatal destinaban los recursos disponibles a las fuerzas armadas a expensas de los civiles, que quedaron con apenas lo suficiente para sobrevivir. Se reforzaron las cadenas de mando verticales. Se requería un elevado grado de compromiso por parte de los dirigentes de las administraciones central y local de llevar a cabo todo decreto desde el Kremlin a pie de la letra. La dictadura de partido único estaba siendo sometida a la prueba final y se reorganizaba para servirse de su poder con la máxima efectividad. El partido en particular adquirió importancia como una organización que coordinaba las relaciones entre el Ejército Rojo y las instituciones gubernamentales de cada localidad; también concibió la

propaganda para elevar la moral de los soldados y los civiles. Aun así, la URSS siguió siendo un aterrador estado policial y las estructuras básicas de coerción siguieron vigentes. Los ciudadanos poco informados no debieron haber esperado ninguna otra cosa por parte de Stalin. Había gobernado sirviéndose del miedo durante demasiado tiempo como para que quedara alguna duda acerca de lo que haría cuando se volviera a la paz.

COMANDANTE SUPREMO

Un hombre cuyo brazo izquierdo dañado le había hecho inadecuado para el reclutamiento en la Primera Guerra Mundial y que había sido criticado por su incapacidad militar tanto en la Guerra Civil como en la guerra polaco-soviética, comandaba ahora un estado en guerra con la Alemania nazi. Desde Moscú, Stalin se enfrentaba a Hitler, en Berlín. En las mentes de ambos hombres había un duelo personal y un choque de ideologías y de sistemas de organización estatal. A ninguno de los dos le faltaba confianza en sí mismo para dirigir su guerra.

El líder soviético se tomó su tiempo para juzgar cómo manipular la opinión pública. Mólotov anunció oficialmente el comienzo de la guerra en nombre de la dirección política el 22 de junio de 1941. Otro héroe del día fue el locutor de radio Yuri Levitán, cuya exquisita voz de bajo representaba la voluntad popular de resistir la invasión alemana a cualquier precio. Cuando finalmente Stalin se dirigió por radio a los ciudadanos soviéticos el 3 de julio, once días después del comienzo de las hostilidades, ajustó su lenguaje a la urgencia de los tiempos de guerra. Estas fueron sus palabras iniciales[1]:

> ¡Camaradas! ¡Ciudadanos!
> ¡Hermanos y hermanas!
> ¡Soldados de nuestro ejército y armada!
> ¡A vosotros me dirijo, amigos míos!

Muchos han señalado que Stalin estaba retomando el discurso tradicional ruso al hablar a sus «hermanos y hermanas». Es cierto. Pero lo que

habitualmente no se tiene en cuenta es que comenzó el discurso apelando a camaradas y ciudadanos (y al menos uno de los que escuchaban notó una cesura entre «¡Ciudadanos! ¡Camaradas!» y «¡Hermanos y hermanas!»)[2]. Tampoco buscaba identificarse exclusivamente con los rusos. Cuando enumeró a los pueblos amenazados por Alemania, mencionó no sólo a los rusos, sino también a «los ucranianos, bielorrusos, lituanos, letones, estonios, uzbekos, tártaros, moldavos, georgianos, armenios, azerbaiyanos y demás pueblos libres de la Unión Soviética»[3].

Los oyentes estaban agradecidos porque era evidente que se había preparado una defensa firme. La escritora Yekaterina Málkina oyó el discurso y se sintió inspirada por él, y la sirvienta de su casa estaba tan conmovida que se puso a llorar. Málkina escribió a una amiga[4]:

> Olvidé decirte del discurso de Stalin que mientras lo escuchaba me pareció que estaba muy incómodo. Hacía unas pausas muy largas y con frecuencia bebía mucha agua; se podía oír cómo se la servía y la tragaba. Todo esto servía para reforzar el efecto emotivo de sus palabras. Ese mismo día fui y me alisté en el ejército de voluntarios.

Muy pocas personas que lo escucharon ese día olvidaron la experiencia.

Cuando buscaba el mejor modo de comunicarse, a veces conseguía resultados brillantes:

> ¿Cómo pudo suceder que nuestro glorioso Ejército Rojo dejara caer en manos de las fuerzas fascistas algunas de nuestras ciudades y distritos? ¿Es cierto que las fuerzas fascistas alemanas son verdaderamente invencibles, tal como alardea sin cesar la propaganda fascista?
>
> ¡Claro que no! La historia demuestra que los ejércitos invencibles no existen y nunca han existido. El ejército de Napoleón fue considerado invencible, pero fue aplastado por turno por las fuerzas rusas, inglesas y alemanas. El ejército alemán de Wilhelm durante la primera guerra imperialista también fue considerado un

> ejército invencible, pero sufrió sucesivas derrotas a manos de las fuerzas rusas y anglo-francesas, y, finalmente, fue completamente liquidado por las fuerzas anglo-francesas. Lo mismo se puede decir del actual ejército de Hitler. Este ejército todavía no se ha topado con un buen contendiente en el continente europeo. Sólo en nuestro territorio ha encontrado una resistencia seria.

Estas palabras fueron pronunciadas en un tono inflexible que confirmaba que se plantaría batalla a los alemanes. Con esto se devolvía el desafío a Hitler y a la Wehrmacht.

La retórica de Stalin era lamentablemente engañosa respecto del tipo de enemigo a que se enfrentaba el Ejército Rojo. Advirtió al pueblo de que, en caso de que la URSS no pudiera derrotar a la Wehrmacht, el destino que les aguardaba era ser esclavos de «los príncipes y barones alemanes»[5]. Ignoraba la naturaleza específica del Nuevo Orden nazi. No se trataba de príncipes ni barones, sino que los custodios del Tercer Reich eran los Gauleiters y las SS. La violencia racial, los vagones móviles de gas y los campos de concentración ya estaban plenamente instalados en el Este y aun así ni una sola vez Stalin se refirió a ellos. La Primera Guerra Mundial había quedado impresa en su mente. También estaba marcado por el recuerdo de la Guerra Civil. En su discurso en la Plaza Roja, el 7 de noviembre de 1941 —aniversario de la Revolución de octubre— se extendió acerca de los «intervencionistas» extranjeros como si éstos y los nazis representaran una amenaza de igual calibre para el estado soviético[6]. Igualmente contraria a los hechos era su afirmación de que Alemania estaba debilitada por el «hambre y empobrecimiento»[7]. Stalin estaba echando mano de viejos clichés de los discursos del partido bolchevique. Cuando los soldados y los civiles soviéticos entraron en contacto directo con la Wehrmacht y las SS, aprendieron por sí mismos que el nazismo tenía métodos y propósitos de una repugnancia única. La reputación de Stalin como propagandista era mayor que su actuación efectiva.

En realidad la adaptabilidad de Stalin tenía un límite. Los discursos parlamentarios habituales de Winston Churchill y las transmisiones de radio semanales de Roosevelt contrastaban con la practica soviética. Stalin sólo

pronunció nueve discursos públicos de cierta longitud durante la guerra. No escribía para los periódicos. Aunque podría haber hecho que otros escribieran para él, se negó a publicar con su nombre algo que no hubiera escrito él mismo. En general no había mucha información sobre él. Dejaba pasar una oportunidad tras otra de inspirar al pueblo de otro modo que no fuera el que él prefería.

Pravda siguió nombrándolo con devoción. Rara vez se permitía a los fotógrafos retratarlo; las fotos que aparecían en la prensa eran principalmente fotos viejas, e incluso éstas se usaban poco[8]. Era como si se hubiera tomado la decisión de tratarlo como un símbolo incorpóreo de la URSS y no como el comandante supremo, viviente y en acción. Los carteles, los bustos y las banderas se seguían fabricando. Folletos con sus artículos y discursos más conocidos estaban en venta a precios económicos. Los comisarios de las fuerzas armadas daban conferencias acerca de política y estrategia militar, y también acerca del liderazgo personal de Stalin. No permitía que los detalles de sus actividades se airearan en los medios de comunicación de masas. Continuó manipulando su imagen pública en sus propios términos, y nunca se sintió cómodo con el frecuente contacto con la sociedad que agradaba a los líderes de los países aliados occidentales. Tampoco cambió de idea acerca de permitir que un subordinado —como hizo Hitler con Goebbles— se encargara de fabricar una imagen pública de él. Como antes de la guerra, Stalin mantuvo un control directo de lo que se decía en su nombre.

Con todo, su tendencia a la reclusión tenía al menos algunas ventajas y no era tan dañina para el régimen como lo habría sido en cualquier otra parte. Muchos ciudadanos soviéticos infirieron que un patriarca sabio estaba al mando de las instituciones políticas y militares del estado. Esto pudo haber contribuido al esfuerzo bélico más que haberlo obstaculizado. Stalin era un inepto cuando se trataba de presentarse lo mejor posible o de reconfortar a la opinión pública. En los encuentros multitudinarios o en las transmisiones de radio tendía por naturaleza a proyectar ferocidad. Si la gente lo hubiese visto más a menudo, la ilusión de su bienintencionada sagacidad se habría desvanecido. El encierro del líder les permitía creer en el tipo de Stalin que deseaban. Podían convencerse a sí mismos de que

todos los problemas del período de entreguerras se resolverían una vez que hubiesen sido derrotados los alemanes. El pueblo esperaba verdaderamente que un Stalin victorioso aprobaría una distensión del orden soviético. Millones de personas se equivocaban sobre él. Pero el error los ayudó a pelear por la victoria a pesar de los tremendos rigores.

En el extranjero la reclusión de Stalin surtía aún mejores efectos. Poco se sabía de él. Incluso había desconcertado a muchos diplomáticos radicados en Moscú antes de la guerra[9]. El interés había sido máximo entre los comunistas, pero los miembros leales de la Comintern no se extendían más allá de los rasgos piadosos que presentaban las biografías oficiales, y renegados como los trotskistas, que sabían mucho más, eran una minoría vociferante, pero ignorada. El público occidental en general apenas si obtuvo alguna información más después del pacto nazi-soviético en agosto de 1939. David Low, caricaturista del *Evening Standard* de Londres, produjo imágenes maravillosas de Stalin y Hitler abrazándose al mismo tiempo que cada uno sostenía una daga que apuntaba a la espalda del otro. Stalin estaba representado como un tirano siniestro. Sin embargo, era Hitler y no Stalin quien atraía la atención de los comentaristas occidentales. Ésta fue la situación hasta la Operación Barbarroja. Entonces Stalin se convirtió en el héroe de los países que luchaban contra los nazis. Esto mismo hizo que disminuyera la tendencia a escarbar en los rincones oscuros de la carrera de Stalin. Si el Ejército Rojo resistía, había que apoyarle y los comunistas occidentales, leales a él, debían ser tratados como patriotas y no como subversivos. Los diplomáticos y los periodistas británicos dejaron de hacer cualquier tipo de crítica. Stalin era su nuevo ídolo.

Cuando los Estados Unidos entraron en la guerra en diciembre de 1941, la adulación cruzó el Atlántico. Al año siguiente, la revista *Time* designó a Stalin como su «Hombre del Año». Se destacaba en el homenaje[10]:

> La comitiva de dignatarios dei mundo en visita a Moscú en 1942 logró que Stalin saliera de su valva inescrutable y se revelara como un anfitrión agradable y un experto en jugar sus cartas en los asuntos internacionales. En los banquetes en honor de hombres

> como Winston Churchill, W. Averell Harriman y Wendel WHkie, el anfitrión Stalin bebió su vodka de un trago y habló del mismo modo.

En líneas generales, el editorial señalaba:

> El hombre cuyo apodo significa «acero» en ruso, cuyo escaso vocabulario en inglés incluye la expresión americana «tough guy» («tipo rudo»), fue el hombre de 1942. Sólo Iósef Stalin sabía plenamente lo cerca que estuvo Rusia de la derrota en 1942, y sólo Iósef Stalin supo plenamente cómo sacarla adelante.

Estos comentarios dieron la tónica de todas las descripciones occidentales que se hicieron de él durante el resto de la guerra. Ya había sido nominado como candidato a «Hombre del Año» de la revista *Time* a comienzos de 1940[11]. Pero mientras que antes se le elogiaba como experto en maniobras inteligentes y prácticas, ahora se destacaba su franqueza y su firmeza. Se le saludaba como un estadista con el que Occidente podía negociar. Churchill se guardó sus reservas en interés de la Gran Alianza. El culto que se le tributaba en su país había adquirido santuarios filiales en tierras capitalistas —y era tan vago y equivocado en Occidente como en su propia tierra[12].

Más allá del ojo público, Stalin era el mismo individuo complejo de siempre. Como impostor absoluto, podía asumir cualquier tipo de comportamiento que considerara útil. Era capaz de cautivar a un sapo desde un árbol. Las figuras públicas más jóvenes, ascendidas en la década de los treinta, eran particularmente susceptibles. Entre ellas había un tal Nikolái Baibákov. Lo que impresionó a Baibákov fue «el acercamiento profesional y amistoso» de Stalin. Mientras tenía lugar una discusión en su despacho, solía ir de un lado para otro a grandes pasos y ocasionalmente dirigía una penetrante mirada a sus entrevistados. Tenía varios trucos bajo la manga. Uno era desencadenar un debate entre expertos sin revelar de antemano su preferencia. Baibákov también recordaba que Stalin nunca mantenía una discusión sin haber estudiado el material disponible. Estaba bien informado

acerca de muchos temas. Rara vez levantaba la voz y casi nunca regañaba a nadie o expresaba enojo[13].

Baibákov veía el pasado de color de rosa; el resto de su relato indica que las entrevistas podían convertirse en momentos terribles. Stalin, cuando le puso a cargo de las refinerías de petróleo del Cáucaso, especificó sus términos[14]:

> Camarada Baibákov, Hitler amenaza todo el Cáucaso. Ha declarado que si no se apodera del Cáucaso perderá la guerra. Hay que hacer todo lo que sea necesario para evitar que el petróleo caiga en manos alemanas. Tenga en mente que si usted permite que los alemanes se apoderen siquiera de una tonelada de petróleo, lo vamos a fusilar. Pero si usted destruye las refinerías prematuramente y los alemanes no las capturan, pero nosotros nos quedamos sin combustible, también lo fusilamos.

Este mandato no podría ser calificado de «profesional y amistoso», pero en retrospectiva Baibákov pensó que las circunstancias requerían semejante dureza. Armándose de coraje ante Stalin, había respondido con tranquilidad: «Pero usted no me deja elección, camarada Stalin». Stalin cruzó la sala en dirección a él, levantó la mano y le dio unos golpecitos en la frente: «La elección está aquí, camarada Baibákov. Vaya ahora. Piense qué hacer con Budionny y decida sobre el terreno»[15].

El general A. Y. Golovánov presenció otro incidente de este tipo en octubre de 1941. Estaba en la Stavka cuando Stalin atendió una llamada telefónica de un tal Stepánov, comisario del ejército del frente occidental. El auricular del teléfono de Stalin tenía un amplificador ensamblado y Golovánov pudo oír la conversación. Stepánov, en nombre de los generales del frente occidental, le pedía permiso para trasladar los cuarteles generales de la comandancia al este de Perjushkovo debido a la proximidad de la línea del frente. Era el tipo de peticiones que enfurecía a Stalin y la conversación se desarrolló de este modo[16]:

Stalin: Camarada Stepánov, averigüe si sus camaradas tienen palas.
Stepánov: ¿Cómo dice, camarada Stalin?
Stalin: ¿Tienen palas los camaradas?
Stepánov: Camarada Stalin, ¿a qué clase de palas se refiere: a las que usan los zapadores o a algún otro tipo?
Stalin: No importa qué tipo.
Stepánov: Camarada Stalin, ¡claro que tienen palas! ¿Pero qué deberían hacer con ellas?
Stalin: Camarada Stepánov, avise a sus camaradas de que tienen que coger sus palas y cavar sus propias tumbas. Nosotros no nos vamos de Moscú. La Stavka va a permanecer en Moscú. Y ellos no se van a ir de Perjushkovo.

Por lo general no le hacía falta recurrir al sarcasmo. El recuerdo del Gran Terror era suficiente para disuadir a la mayoría del personal militar y político de mantener diálogos como éste.

La atmósfera de miedo e impredecibilidad empujaba a casi todo el mundo a hacer cualquier cosa que ordenase Stalin. Sólo algunos pocos líderes soviéticos se atrevían a contradecirle. Dos de ellos fueron Gueorgui Zhúkov y Nikolái Voznesenski. Pero Stalin era capaz de intimidar incluso a Zhúkov. Además lo exasperaba. Zhúkov percibía que a Stalin le había costado entender la necesidad de una cuidadosa preparación de las operaciones militares en manos de comandantes profesionales. Era como discutir con un boxeador, cuando se podrían haber obtenido mejores resultados mediante métodos más profesionales[17]. También era arbitrario en las designaciones y sustituciones de los comandantes, actuaba sobre la base de información parcial o sugerencias maliciosas. La moral de los oficiales de la comandancia habría sido más elevada si no hubiese interferido de este modo[18].

Los otros subordinados de Stalin habían aprendido a bajar la cabeza. «Cuando iba al Kremlin», dijo Iván Kovaliov acerca de su experiencia durante la guerra en el puesto de comisario del pueblo de Comunicaciones,

> Mólotov, Beria y Malenkov solían estar en el despacho de Stalin. Yo sentía que estaban allí Nunca preguntaban nada, pero estaban allí sentados y escuchaban, a veces anotaban algo. Stalin solía estar ocupado dando instrucciones, hablando por teléfono, firmando papeles (…) y esos tres seguían ahí sentados[19].

El diario de visitas de Stalin deja claro que estos tres le veían con más frecuencia que cualquier otro político. Mikoián tenía una teoría al respecto. Sostenía que Stalin retenía a Mólotov en su despacho porque temía lo que Mólotov podría hacer si le permitía actuar por su cuenta[20]. Mikoián tenía algo de razón, aunque exagerara. Stalin tenía que incluir a otros en los asuntos de estado y ellos a su vez tenían que saber qué se preparaba. No hace falta añadir que no le importaba un comino que los principales dirigentes del estado estuvieran cansados como perros cuando por fin iban a sus respectivos Comisariados del Pueblo y comenzaban a ocuparse de sus propios asuntos.

No confiaba en ninguno de sus políticos ni comandantes. Incluso Zhúkov, su líder militar preferido, era objeto de intranquilidad para él: Stalin dio instrucciones a Bogdán Kobulov, de la NKVD, para que instalara micrófonos en la casa de Zhúkov. Al parecer, se hizo lo mismo con Voroshílov y Budionny, viejos camaradas de Stalin. Las sospechas de Stalin eran ilimitadas[21]. Tras haber ordenado la ejecución de Dmitri Pávlov en los primeros días de la guerra, Stalin no estaba mucho más satisfecho con Iván Kónev, sucesor de Pávlov en el frente occidental. El que Kónev no hubiera podido detener de inmediato el avance alemán era razón suficiente como para cuestionar su lealtad. Stalin quería fusilarlo. Zhúkov no era amigo de Kónev, pero pensaba que no merecía ese destino en absoluto. Había tenido que suplicar a Stalin para aplacarlo[22]. Zhúkov aprendió que ningún comandante estaba seguro ni en su puesto ni en su vida.

Stalin sabía que no podía actuar sin Zhúkov desde octubre de 1941. La formación de tanques alemana había llegado a las afueras de Moscú y los bombarderos alemanes sobrevolaban la ciudad. Las fuerzas regulares soviéticas tenían que apresurarse a enfrentarse con la amenaza. El pánico se había apoderado del común de los ciudadanos y la NKVD arrestaba a los

que intentaban fugarse. Las fábricas y oficinas cerraron mientras duró la batalla. Stalin y Zhúkov mantuvieron una conversación[23]:

> *Stalin:* ¿Esta convencido de que podremos defender Moscú? Se lo pregunto con todo el dolor de mi corazón. Dígamelo honestamente, como un comunista.
>
> *Zhúkov:* Desde luego que vamos a defender Moscú.

Tras haberle asegurado al comandante supremo que Moscú no caería, Zhúkov tenía que cumplir su compromiso pese a las dificultades.

Cuando enviaba telegramas a Stalin o le telefoneaba desde el campo de batalla, Zhúkov le llamaba «camarada comandante supremo»[24]. La fórmula era una típica mezcolanza soviética: Zhúkov tenía que referirse a él al mismo tiempo como compañero comunista y como comandante. Stalin a su vez mantenía las formalidades. Incluso cuando se trataba de algo urgente, a menudo evitaba dar órdenes en su propio nombre. Cuando telefoneaba a los generales de los distintos frentes, más bien era propenso a decir frases como: «el Comité de Defensa y la Stavka piden encarecidamente que se tomen todas las medidas posibles e imposibles»[25]. Zhúkov recordaría todas estas galanterías evasivas muchos años después.

También recordaría cuánto le gustaba a Stalin usar seudónimos. Hubo algunos momentos de camaradería entre ambos cuando la lucha se volvió favorable a la URSS y Stalin estimaba a Zhúkov (pese a tenerlo bajo vigilancia). Entre los dos elaboraron un código compartido para efectuar sus comunicaciones por tierra o por telegrama: Stalin era «Vasíliev» y Zhúkov, «Konstantínov». Stalin había usado este seudónimo antes de 1917 y tal vez indicaba cierto tipo de identificación con Rusia. En cualquier caso, los nombres falsos eran poco más que un juego: era prácticamente imposible engañar a las agencias de inteligencia alemanas con un mero seudónimo, en especial uno que ya había usado Stalin en el pasado. Aun así, Stalin no debería ser juzgado con demasiada severidad (hay razones de sobra para acusarlo, de modo que no hace falta aumentar su número artificialmente). Ambos soportaban presiones inmensas y no es sorprendente que el «camarada comandante supremo» se consolara con los apodos. En sus

momentos menos sombríos sabía cómo alentar y también cómo aterrorizar a sus subordinados militares.

Sin embargo, no se inclinaría por ser testigo presencial de las condiciones del frente; en realidad, apenas salió de Moscú salvo por los viajes absolutamente inevitables que hizo a Teherán y Yalta para asistir a las conferencias de los aliados. Mientras exigía a sus comandantes que fueran audaces, él no arriesgaba su seguridad personal. Hubo una excepción que la prensa anunció a bombo y platillo. En 1942 hizo un viaje al frente, supuestamente para controlar el progreso de la campaña. Cuando llegó a unas treinta o cuarenta millas de la zona de enfrentamientos, fue saludado por los comandantes militares en la carretera de Minsk, que le advirtieron de que no podrían garantizar su seguridad si continuaba avanzando. Stalin debió de haber sabido que dirían esto. Fue lo más cerca que se aproximó a cualquier zona de combate durante la guerra. Nunca vio disparar un tiro. Pero mantenía largas conversaciones con sus comandantes y, después de una previsible demostración de contrariedad, volvía al Kremlin. El viaje en gran medida tenía fines propagandísticos. *Pravda* informó como si Stalin verdaderamente hubiera llegado al mismo frente y hubiera dado órdenes tácticas y estratégicas imprescindibles a la comandancia.

Mikoián contó una historia acerca del viaje un poco menos halagadora. «Stalin mismo —escribió— no era el más valiente de los hombres.» Al parecer, cuando estaba hablando con sus comandantes, Stalin sintió una urgente necesidad de la naturaleza. Mikoián supone que pudo haberse debido más al miedo mortal que sentía que al proceso normal de la digestión. Sea como fuere, Stalin tuvo que retirarse rápidamente a algún lugar a hacer sus necesidades. Preguntó por los arbustos que había a los lados de la carretera, pero los generales —cuyas tropas todavía no habían terminado de liberar la zona de la ocupación alemana— no podían garantizar que ya no quedara ninguna mina terrestre. «En ese mismo momento —registró Mikoián con memorable precisión— el comandante supremo se bajó los pantalones a la vista de todos e hizo sus necesidades sobre el asfalto. Con esto completó su “reconocimiento del frente” y de inmediato se volvió directamente a Moscú»[26].

Evitar los riesgos innecesarios es una cosa —y Stalin la llevó al extremo—, pero no es honesto afirmar que era un cobarde. Probablemente su conducta se debía más bien a que suponía que era indispensable para el desarrollo de la guerra. Al contemplar a los políticos y militares que tenía a sus órdenes pensó que no podrían arreglárselas sin él. Tampoco temió asumir la responsabilidad una vez que se recuperó de la conmoción del 22 de junio de 1941. Viviría o moriría por su capacidad de dirigir el ejército y el gobierno. Llegaría al límite de sus energías para lograr ese objetivo. Y Zhúkov reconoció que Stalin había superado su ignorancia inicial y su falta de experiencia militar. Siguió estudiando durante la lucha y con su capacidad excepcional para el trabajo duro pudo elevarse al nivel de entender la mayoría de los complejos asuntos militares tratados en la Stavka. Posteriormente Jrushchov describiría caricaturescamente a Stalin tratando de seguir las campañas militares en un pequeño globo terráqueo que tenía en el despacho, historia que se reprodujo en muchos relatos posteriores. De hecho, Stalin, aunque amedrentaba a sus comandantes y a menudo les pedía cosas imposibles de llevar a la práctica, se ganó su admiración profesional.

No sólo las directrices militares, sino también las disposiciones acerca del conjunto de la sociedad civil y de la economía estaban en manos de Stalin. Se mantenía atento a todos los recursos y anotaba los detalles en un pequeño cuaderno. Siempre tenía mucho interés en que sus subordinados dosificasen al máximo los recursos de que disponían. Lo registraba todo, desde la producción de tanques hasta las reservas de moneda extranjera, y escatimaba añadir algo a lo que ya había sido asignado a las instituciones. Los dirigentes que compartían estas responsabilidades tenían instrucciones de actuar de modo similar: Mólotov con los tanques, Mikoián con el suministro de alimentos, Kaganóvich con el transporte, Malenkov con la fuerza aérea y Voznesenski con el armamento. El pequeño cuaderno regía sus vidas[27]. Stalin era el eje del esfuerzo bélico soviético. Los dos aspectos de ese esfuerzo, el civil y el militar, se mantuvieron separados. Stalin no quería que los comandantes interfirieran en la política y la economía ni que los políticos intervinieran en la Stavka, y cuando mantenía reuniones en el Comité Estatal de Defensa, era él quien reunía ambos componentes.

LOS TRES GRANDES

Los intereses vitales de la URSS, los Estados Unidos y el Reino Unido coincidieron después de los acontecimientos de junio y diciembre de 1941. Churchill ofreció su colaboración a Stalin tan pronto como estalló la guerra germano-soviética. Se firmó un acuerdo el 12 de julio de 1941. Una delegación británica encabezada por lord Beaverbrook y de la que formaba parte el diplomático americano Averell Harriman voló a la URSS para reunirse con Stalin en septiembre. Las negociaciones entre Washington y Moscú continuaron cuando comenzó la guerra entre Alemania y los Estados Unidos en diciembre. Se creó un comité de Mando Conjunto para coordinar las operaciones británicas y norteamericanas. Los líderes de los países aliados —Churchill, Roosevelt y Stalin— pronto fueron conocidos como «Los tres grandes».

La Gran Alianza estaba dominada por las sospechas mutuas. Se estaba librando una guerra mundial y todavía no se había llegado a un acuerdo acerca de la distribución de recursos en los campos de batalla de Europa y Asia. También debían consultarse las operaciones estratégicas. Mientras continuaba la lucha entre el Tercer Reich y la URSS, los americanos y los británicos debían decidir el momento de abrir un «segundo frente» en Europa occidental. También estaba la cuestión de la ayuda mutua. Tanto la URSS como el Reino Unido esperaban que los Estados Unidos, la mayor potencia económica del mundo, fuera la fuente de equipamientos, alimentos y financiación. Los gobiernos tenían que llegar a un acuerdo acerca de los términos de esta ayuda. También había que dejar claros los objetivos de la guerra. Había una tensión constante entre los americanos y los británicos, ya que Washington no tenía deseos de fortalecer el Imperio británico en el

caso de una victoria aliada. Del mismo modo, ni los americanos ni los británicos deseaban dejar a Stalin las manos libres para tratar con Europa del Este. Tampoco habían discutido qué hacer con Alemania después de Hitler. Tales eran los dilemas que los líderes mundiales tenían que resolver.

Los tres grandes se mantenían en contacto por medio de telegramas y por las embajadas. Sin embargo, era deseable que se realizaran negociaciones directas. El problema era que Roosevelt estaba incapacitado físicamente y volar a larga distancia con frecuencia era demasiado agotador para él. Churchill, en cambio, era un viajero entusiasta. El primer ministro británico cruzó el Atlántico para reunirse con Roosevelt en la bahía de Placentia en agosto de 1941 y en Washington en diciembre del mismo año. Hizo viajes todavía más peligrosos para mantener conversaciones con Stalin en Moscú en agosto de 1942 y en octubre de 1944 (que precisaron de escalas en Gibraltar, El Cairo, Teherán y el aeródromo de Kúibyshev).

Stalin, que tenía la obsesión de controlarlo todo en Moscú y ningún deseo de arriesgarse a viajar en avión, desechó tales viajes siempre que pudo evitarlos. Mólotov, como comisario del pueblo de Asuntos Exteriores, había sido enviado a Berlín en 1940. También voló al Reino Unido sobre el Báltico y el mar del Norte en mayo de 1942; tal era su desconfianza de la pérfida Albión que durmió con un revólver bajo la almohada. El egocéntrico Stalin esperaba que otros corrieran los riesgos. Su falta de movilidad exasperaba a Roosevelt y a Churchill. Roosevelt describió el esplendor de las pirámides de Gizeh para persuadir al líder soviético de que volara a El Cairo[1]. Como señaló, él mismo deseaba viajar, aunque la Constitución de los Estados Unidos restringía el tiempo que un presidente podía pasar en el extranjero[2]. Stalin no podía seguir postergando indefinidamente el encuentro de los tres grandes y, después de desechar El Cairo, Bagdad y Basora, aceptó reunirse con ellos en Teherán en noviembre de 1943. No estaba lejos de la URSS y había tomado las disposiciones necesarias para que la embajada soviética de la capital iraní pudiera garantizar su seguridad. De otro modo se negaba a viajar fuera del territorio bajo jurisdicción soviética. La siguiente conferencia tuvo lugar en Yalta, al sur de la RSFSR, en febrero de 1945. Stalin se había acostumbrado a

trabajar por la noche y dormir la mayor parte del día. Tenía que volver a una rutina más normal en vista de las reuniones con Roosevelt y Churchill[3].

Stalin había llevado a cabo sus propios preparativos para el viaje. En 1941 ordenó que se dispusiera un vagón de tren especial que le permitiría seguir trabajando mientras viajaba. De ochenta y tres toneladas, estaba fuertemente blindado. Dentro tenía todas las comodidades —estudio, sala, baño, cocina y compartimento para los guardaespaldas— dispuestas en el estilo severo que él prefería. Desprovisto de lujos, la solidez de la madera y el metal del interior revelaban un gusto por la austeridad y que exigía las condiciones necesarias para el trabajo habitual. El vagón FD 3878 era como un despacho del Kremlin móvil[4].

Los acuerdos con los aliados occidentales se habían puesto en marcha mucho antes de que Stalin hiciera uso de su nuevo recurso. La URSS necesitaba suministros con urgencia. Churchill había ofrecido su ayuda después del inicio de la Operación Barbarroja y se enviaron convoyes militares al océano Ártico. Pero los británicos mismos confiaban en los barcos de abastecimiento americanos. Por lo tanto, era importante que el gobierno soviético buscara la ayuda de Roosevelt una vez que Hitler declaró la guerra a los Estados Unidos. De hecho, los americanos tenían interés en acceder a esta petición si servía para que la Wehrmacht se debilitara debido al fortalecimiento de la resistencia del Ejército Rojo. El acuerdo de préstamo y arriendo que ya se había formalizado con el Reino Unido se extendió a la URSS. Se destinaron créditos, equipamiento militar y alimentos para uso soviético. Los envíos se hacían por medio de convoyes que atravesaban el Ártico hasta Múrmansk y también a través de la frontera con Irán. La guerra con Japón en el Pacífico descartaba las demás rutas. Los vehículos todoterreno americanos, la carne en conserva, el azúcar y la pólvora llenaban con regularidad lagunas vitales de la producción. El ataque de los submarinos alemanes destruía con frecuencia los buques británicos, pero Stalin consideraba que la cuantía de las pérdidas no merecía mayor comentario cuando el Ejército Rojo daba la vida de millones de sus soldados en la lucha contra los alemanes.

La otra cuestión que inquietaba a Stalin le dejó todavía menos satisfecho. Quería que los aliados occidentales organizaran la apertura de un

segundo frente en Europa como un modo de aliviar la presión que sufrían sus propias fuerzas armadas. Nunca dejó pasar la ocasión de reclamar a los Estados Unidos y el Reino Unido que se apresuraran a hacerlo. Como aún no habían combatido contra las tropas de Hitler, los americanos hablaban con ligereza de organizarlo a finales de 1942. Pero Churchill era más cauto y, durante la visita que hizo a Moscú en agosto de 1942, desplegó un mapa de Europa occidental para explicar las enormes dificultades logísticas de una invasión por mar desde Gran Bretaña. Stalin siguió azuzándolo: «¿Es que la marina británica carece de sentido de la gloria?»[5]. Churchill estuvo a punto de volverse a Londres sin discutir más. Ya estaba harto de las coléricas demandas del líder soviético. Al ver que tal vez había ido demasiado lejos, Stalin le invitó a otra cena y la crisis se disipó. Roosevelt y sus consejeros, cuando se familiarizaron con la logística militar, aceptaron la pertinencia de la hipótesis de Churchill y Stalin tuvo que reconocer que hasta que no estuvieran preparados y dispuestos a hacer zarpar sus barcos para cruzar el Canal de la Mancha, no había nada que pudiera hacer para que se dieran prisa.

Aunque Stalin continuó reprendiendo a Churchill y a Roosevelt en su correspondencia, también podía tener tacto. El 14 de diciembre de 1942 escribió a Roosevelt, del que dependía para la ayuda financiera y militar[6]:

> Permítame también expresar mi confianza en que el tiempo no haya pasado en vano y en que las promesas acerca de la apertura de un segundo frente en Europa, que me fueron hechas por usted, señor presidente, y por el señor Churchill, referidas a 1942, se cumplirán y que, en cualquier caso, lo serán en la primavera de 1943 (…).

Esto no implicaba ninguna diferencia. Los americanos y los británicos se negaban a acelerar los preparativos.

La obstinación de los líderes incrementó la premura de Stalin por acceder a su invitación para que los tres grandes se reunieran. Así se organizó la Conferencia de Teherán. Para entonces, Churchill ya conocía muy bien a sus dos aliados, pero Stalin y Roosevelt nunca se habían visto. Los líderes soviético y americano intentaron simpatizar. Y se cayeron muy

bien. Stalin se comportó de la mejor manera posible, dando al presidente la impresión de que se trataba de alguien con quien se podía negociar. Tanto Stalin como Roosevelt deseaban ver desintegrado el Imperio británico y Roosevelt lo expresó en un momento en que estaban a solas. Roosevelt se enorgullecía de saber cómo manejar a Stalin, que le parecía un negociador rudo pero fiable; no se le ocurrió que Stalin era capaz de estimular su propia cordialidad para conseguir sus propósitos. A mitad de la guerra Roosevelt estaba enfermo. Sus energías y su capacidad intelectual disminuían. En las conferencias de Teherán y Yalta, Stalin cultivó principalmente la amistad con Roosevelt y trató de introducir una cuña entre él y Churchill. No siempre lo consiguió. Pero pudo hacer bastante para evitar que Churchill insistiera en que se adoptara una línea más firme contra las pretensiones soviéticas en Europa oriental.

Sin embargo, también había que tranquilizar a Churchill. Churchill había sido el principal defensor de una cruzada contra la Rusia soviética durante la Guerra Civil. Se había referido a los bolcheviques como mandriles y había abogado por «estrangular» en la cuna a la Revolución de octubre. Stalin mencionó el tema de una manera jocosa. Churchill replicó: «Trabajé activamente para la intervención y no deseo que crea otra cosa». Mientras Stalin simulaba una sonrisa, Churchill se arriesgó a preguntar: «¿Me ha perdonado?». El comentario diplomático de Stalin fue: «Todo eso es agua pasada, y el pasado está en manos de Dios»[7].

En cualquier caso, los líderes occidentales de la Gran Alianza podían contar con el tratamiento regio *á la soviétique* cuando viajaban para reunirse con Stalin. Fue Churchill quien recibió la bienvenida más suntuosa como resultado de su concesión de ir a Moscú. En octubre de 1944 Mólotov, como comisario del pueblo de Asuntos Exteriores, organizó una gran fiesta en la que las mesas rebosaban de comida y bebida. La delegación oficial británica comió en abundancia antes de asistir a un concierto en la Sala Chaikovski. La orquesta tocó la *Quinta sinfonía* de Chaikovski y la *Tercera* de Rajmáninov. Stalin había aceptado cenar esa noche en la embajada británica. Estaba pasando un buen momento con Churchill en la cena y su cordialidad era tanta que se dirigió a las habitaciones del piso de abajo de modo que el resto de los visitantes

británicos pudieran verlo. Brindaron a su salud antes de que volviera a por otra ración de comida y bebida. Por lo general, Stalin evitaba emborracharse bebiendo un vino del color del vodka mientras otros consumían licores fuertes. Había admitido esta treta ante Ribbentrop en 1939[8]. Pero esa noche se permitió una buena dosis antes de retirarse de la guarida de la reacción capitalista anglosajona a las cuatro de la madrugada[9]. Según su costumbre, a esa hora Stalin estaba bien despierto, pero los anfitriones británicos no lo sabían: se llevaron la impresión de que habían tenido un invitado magnífico que había actuado de acuerdo con la ocasión.

La hospitalidad fue similar en la Conferencia de Teherán y esto creó una atmósfera propicia para llegar a importantes acuerdos entre los tres grandes. Stalin, Roosevelt y Churchill estaban decididos a evitar a toda costa que Alemania volviera a convertirse en una amenaza para la paz mundial. Estuvieron de acuerdo en que la medida más efectiva sería desmembrar el estado[10] y algunos miembros del entorno de Roosevelt deseaban llegar hasta el extremo de la desindustrialización forzada del país. Las fronteras de Europa oriental y centro-oriental también fueron objeto de atención en Teherán. La preocupación de Stalin por la seguridad soviética indujo a Churchill a proponer un rediseño del mapa europeo. Lo demostró con la ayuda de tres palillos. Al parecer pensó que sin una ayuda visual no podría hacer comprensible su idea al caucásico. Churchill deseaba desplazar Polonia y Alemania hacia el Oeste[11]. Según sus estimaciones, la frontera occidental de la URSS debía llegar hasta la línea propuesta a mediados de la década de los veinte por lord Curzon (la cual, como señaló Anthony Edén, era prácticamente la misma que se conocía en Occidente como la frontera Ribbentrop-Mólotov, a la que Mólotov no hizo objeción alguna)[12]. La URSS se expandiría a expensas de Polonia. Polonia sería compensada por adquisiciones en Alemania oriental[13]. Para garantizar la seguridad en el continente Stalin también exigió que la ciudad portuaria de Konigsberg pasara a manos de la URSS, y Roosevelt y Churchill estuvieron de acuerdo[14].

Stalin tenía que ajustar su horario diario para conseguir sus objetivos, porque, mientras podía intimidar a todos los políticos y comandantes

soviéticos para que adoptaran sus hábitos nocturnos de trabajo, no podía esperar que Roosevelt y Churchill negociaran a la luz de las velas. Stalin jugaba su baza con un aplomo basado en la secreta ventaja que tenía sobre sus interlocutores: hacía grabar sus conversaciones. El hijo de Beria, Sergo, escribió al respecto[15]:

> A las 8 a.m. Stalin, que había cambiado sus hábitos para la ocasión (solía trabajar toda la noche y se levantaba a las 11 a.m.), me recibió junto con los otros. Se preparaba cuidadosamente para cada una de nuestras sesiones, tenía a mano archivos acerca de todos los temas que le interesaban. Incluso llegaba al punto de preguntar por detalles relativos al tono de las conversaciones: «¿Lo dijo convencido o sin entusiasmo? ¿Cómo reaccionó Roosevelt? ¿Lo dijo con decisión?». A veces se sorprendía: «¡Saben que podemos oírlos y aun así hablan abiertamente!». Un día me preguntó: «¿Qué piensas, saben que les estamos escuchando?».

Aunque las delegaciones occidentales trabajaban partiendo de la base de que las agencias de inteligencia soviéticas podían estar escuchándolos, Stalin pudo haber estado menos intrigado acerca de Roosevelt y Churchill de lo que ellos lo estaban respecto a él.

En el viaje de Churchill a Moscú en octubre de 1944 había una intensa necesidad de hablar más extensamente acerca del futuro de Europa. Churchill introdujo el asunto con habilidad: «Era el momento adecuado para negociar, así que dije: “Definamos el tema de los Balcanes”». Churchill cogió el toro por los cuernos y garabateó su propuesta en una hoja de papel en blanco. Sugirió un reparto proporcional de zonas de influencia entre la URSS de un lado y el Reino Unido y los Estados Unidos del otro. Este era el famoso «acuerdo de porcentajes»[16]:

	%	
Rumania	90	Rusia
	10	el resto

Grecia	90	Gran Bretaña (de acuerdo con los Estados Unidos)
	10	Rusia
Yugoslavia	50-50	
Hungría	50-50	
Bulgaria	75	Rusia
	25	el resto

Stalin aguardó la traducción, echó un vistazo al papel y luego cogió su lápiz azul de un portalápices de bronce y trazó una marca grande. A esto siguió una larga pausa: los dos hombres intuían que estaban decidiendo algo de importancia histórica. Churchill rompió el silencio: «¿No podría considerarse bastante cínico si pareciera que hemos dispuesto estos asuntos, tan fundamentales para el destino de millones de personas, de una manera tan improvisada? Quememos este papel». Pero Stalin estaba tranquilo y dijo: «No, guárdelo usted»[17].

Más tarde, en una conversación con el embajador británico, Churchill se refirió a esta propuesta como el «despreciable documento». Stalin disentía en los detalles y pidió más influencia en Bulgaria y Hungría. En ambos casos exigió el 80% para la URSS. El secretario del Foreign Office, Anthony Edén, consintió en esta enmienda en una sesión con Mólotov con la aquiescencia de Churchill[18]. La mitología ha impregnado el acuerdo de los porcentajes. Por ejemplo, cundió la leyenda de que Stalin y Churchill se habían dividido entre ambos toda Europa y que su conversación determinó todas las decisiones territoriales y políticas que tomaron los aliados con posterioridad. En realidad el «despreciable documento» era un acuerdo bilateral provisional de cara a un futuro inmediato. Dejaba mucho al margen. No se mencionaba Alemania, Polonia ni Checoslovaquia. Nada se decía del sistema político y económico que iba a ser instalado en cualquiera de los países después de la guerra. El supuesto orden de posguerra en Europa y Asia tenía que ser clarificado y el acuerdo de porcentajes no ataba de manos a los Estados Unidos. Como no había sido consultado, el

presidente Roosevelt podía aceptar o rechazar el trato si lo deseaba. Aun así, tal era su deseo de mimar a la URSS hasta la derrota de Alemania que no puso reparos al «despreciable documento».

Para el momento en que los tres grandes se encontraron en Yalta el 4 de febrero de 1945 era imposible eludir el acuciante problema de planificar la organización de Europa y Asia en la posguerra. Para Stalin también era una ocasión de que las autoridades soviéticas mostraran su *savoir faire.* Cada delegación se alojó en un palacio construido para los zares. Esto no impresionó al aristocrático primer ministro inglés. Churchill dijo que no podría haberse encontrado «un lugar peor en el mundo», aun después de toda una década de búsqueda. El largo viaje no pudo haber molestado a un viajero inveterado como él. Yalta está en la península de Crimea. Antes de 1917 era uno de los lugares preferidos por los dignatrarios del estado imperial para pasar las vacaciones. Stalin amaba toda la costa desde Crimea hasta Abjasia —no se puede dejar de observar que Churchill se permitía hacer gala de su esnobismo inglés.

En la Conferencia de Yalta se tomaron decisiones de enorme importancia y Stalin estaba en un estado de máxima ebullición. Pidió que se le recompensara por prometer que iba a entrar en guerra con Japón después de la inminente victoria sobre Alemania. En particular, exigió que Alemania indemnizara a la URSS con veinte billones de dólares. Esto provocó controversias, pero los líderes occidentales se lo concedieron. El tratamiento que se daría a Polonia suscitó un debate más acalorado. Roosevelt y Churchill insistieron en que el futuro gobierno polaco debía ser una coalición de nacionalistas y comunistas. Sin embargo, no consiguieron que Stalin estuviera de acuerdo en los detalles. El astuto Stalin deseaba tener las manos libres en Europa oriental y centro-oriental. Roosevelt y él estaban en buenos términos y a veces se reunían en ausencia de Churchill. Como socio menor de los aliados occidentales, Churchill tenía que soportarlo pacientemente y sacar el mayor provecho; cuando Stalin reclamó el sur de Sajalín y las islas Kuriles —conocidas por los japoneses como sus Territorios Septentrionales— en recompensa por unirse a la guerra del Pacífico, Churchill estuvo tan feliz de aceptar como el presidente norteamericano. Stalin y Churchill también accedieron a la apasionada

petición de Roosevelt de que se estableciera una Organización de Naciones Unidas al final de la guerra. Para Roosevelt, lo mismo que para Woodrow Wilson después de la Primera Guerra Mundial, era fundamental formar un órgano colegiado que mejorara las perspectivas de la paz mundial.

Los aliados occidentales no estaban en una posición envidiable. Aunque Alemania estaba al borde de la derrota, no podía predecirse durante cuánto tiempo podría resistir Japón. Por otra parte, se había informado a las fuerzas americanas y británicas de Europa de que luchaban en alianza con el Ejército Rojo. No sólo *Pravda,* sino también los medios occidentales embellecieron la imagen de Stalin. La URSS apenas había entrado en guerra con el Tercer Reich cuando la prensa británica reemplazó la crítica por el elogio. Con ocasión del cumpleaños de Stalin en diciembre de 1941 la Orquesta Filarmónica de Londres, que no se había destacado previamente por sus tendencias comunistas, tocó un concierto en su honor[19]. La opinión pública occidental se mostraba sumamente agradecida al Ejército Rojo (lo que tenía su fundamento) y, con menos justificación, trataba a Stalin como su valiente y gloriosa encarnación. Una confrontación militar entre los aliados occidentales y la URSS habría sido difícil tanto política como militarmente. Sin embargo, pudo haberse hecho algo más para presionar a Stalin y, aunque Churchill era más firme que Roosevelt, incluso él se mostró excesivamente benévolo.

De hecho, el peor contratiempo entre los tres grandes en Yalta no ocurrió durante las negociaciones formales. Roosevelt, después de beber bastante en el almuerzo, le dijo a Stalin que en Occidente se le conocía como el tío Joe[20]. El irascible líder soviético se sintió ridiculizado: no podía entender que el sobrenombre indicaba la concesión de un elevado grado de respeto. Picado por la revelación, tuvieron que convencerlo de que no se retirara de la mesa. De cualquier modo, el uso de sobrenombres no se limitaba a Stalin: en los telegramas al presidente norteamericano Churchill se llamaba a sí mismo «antiguo miembro de la Marina»[21]. Stalin no era reacio a molestar a Churchill. En una de las comidas que compartieron los tres grandes propuso que, para evitar el resurgimiento del militarismo alemán después de la guerra, los aliados fusilasen a cincuenta mil oficiales y especialistas técnicos alemanes. Churchill, que conocía la fama de

sanguinario de Stalin, creyó que hablaba en serio y exclamó que preferiría pegarse un tiro antes que «manchar mi honor y el de mi patria con semejante infamia». Roosevelt trató de calmar los ánimos diciendo que la ejecución de cuarenta y nueve mil oficiales de las tropas alemanas sería más que suficiente. Churchill, asqueado por la broma, se dirigió a la puerta y Stalin y Mólotov tuvieron que convencerlo de que se quedara disculpándose por lo que pretendieron que era una broma[22].

El primer ministro británico no se quedó convencido de que Stalin estuviera bromeando, pero ni por un momento contempló la idea de abandonar la Conferencia de Yalta. Como en sus encuentros previos, tanto Churchill como Stalin y Roosevelt tenían claro que los aliados debían estar unidos o serían derrotados por separado. Cuando uno de ellos recibía algún insulto personal, aunque no fuera intencionado, los otros tenían que suavizar la situación. De hecho, fue una persona del entorno de Churchill, el general Alan Brooke, quien tuvo el peor intercambio verbal con Stalin. Sucedió en un banquete en la Conferencia de Teherán, cuando Stalin se puso en pie para acusar a Brooke de no haber demostrado amistad y camaradería hacia el Ejército Rojo. Brooke estaba preparado y replicó con igual énfasis que al parecer la «verdad debe tener una escolta de mentiras» en la guerra, y después aseguró que sentía «genuina camaradería» hacia los hombres de las fuerzas armadas rusas. Stalin encajó el golpe y comentó a Churchill: «Me gusta ese hombre. Suena auténtico»[23].

Aunque era hábil, Stalin no era un genio diplomático. Sin embargo, los tres grandes tenían intereses en conflicto y él sacó provecho de ello. Había cedido una pulgada y tenía la intención de avanzar una milla. Ya se había formado en su mente la idea de que la URSS debía conquistar territorios en la mitad oriental de Europa con el fin de tener una zona de amortiguación entre el país y cualquier agresor occidental. Stalin podía trabajar muy bien con el exhausto Roosevelt y, aunque él y Churchill no confiaban el uno en el otro, tenían la sensación de que podían continuar sentados frente a frente en la mesa de negociaciones. Mucha gente en Polonia y en otros lugares pensaba que esta cooperación estaba alcanzando proporciones excesivas. El gobierno polaco en el exilio advirtió de las ambiciones de Stalin, pero fue en vano. Sin embargo, el 12 de abril Roosevelt murió. Stalin, un hombre

nada inclinado a efusiones sentimentales, envió una sentida carta de condolencia a Washington. No era tanto la muerte de uno de los miembros de los tres grandes lo que lamentaba, sino más bien el fin de una relación política de trabajo. La diplomacia personal había obviado muchos escollos que podrían haber desbaratado la alianza militar tripartita establecida en 1941. A Stalin le complacía que Churchill y Roosevelt le hubiesen tomado en serio como político durante el período de las hostilidades y sus reuniones habían aumentado su autoestima. El sucesor de Roosevelt, el vicepresidente Harry Traman, tenía fama de situarse más a la derecha. Stalin preveía que las modalidades de deliberación acerca de los temas mundiales en adelante serían menos afables.

ÚLTIMAS CAMPAÑAS

En el verano de 1944 los aliados occidentales por fin estaban preparados para abrir el segundo frente. La Operación Overlord comenzó el 6 de junio, cuando americanos, británicos, canadienses y otras fuerzas bajo el mando de Dwight Eisenhower desembarcaron en las playas de Normandía, al norte de Francia. Era una operación anfibia de inmensa audacia y habilidad. Tras haber engañado a la Wehrmacht acerca del lugar exacto, los ejércitos aliados obligaron a los alemanes a batirse en retirada. Si Stalin hubiese estado iniciando una ofensiva semejante en el Este, habría reclamado que los aliados occidentales atacaran a los alemanes de forma simultánea. Sin embargo, no se apresuró en sus preparativos más de lo que los americanos y británicos lo habían hecho en los años inmediatamente anteriores. La contrapartida oriental iba a ser la Operación Bagratión. El nombre no se eligió por casualidad: Bagratión era uno de los generales más famosos de Alejandro II en 1812 y también era georgiano, como el comandante supremo de la URSS. El grueso de las fuerzas alemanas permanecía en el Este —228 divisiones, mientras que sumaban 58 las que se enfrentarían a Eisenhower y Montgomery—. El 22 de junio, después de meses de preparación a cargo de Zhúkov y Vasílievski, comenzó la Operación Bagratión. Fue exactamente tres años después de que los alemanes hubiesen cruzado el río Bug en la Operación Barbarroja. Una compleja y sólida combinación de tanques y aviación se desplegó a lo largo del extenso frente[1]. En el Este y en el Oeste estaba claro que las batallas finales del escenario europeo eran inminentes.

Las marismas de Pripet, entre Bielorrusia y Polonia, eran el próximo campo de batalla, y Stalin se regodeaba con la gloria obtenida por el éxito

de sus profesionales militares. El 22 de julio las fuerzas de Rokossovski cruzaron el Bug. La Stavka se concentró en el avance del Ejército Rojo en dirección a Varsovia y Lwow. Stalin había tomado parte en batallas libradas en ese territorio en 1920 y esta vez estaba totalmente a cargo de las actividades del Ejército Rojo. Cuando cayó Lwow el 27 de julio, la Wehrmacht retrocedió cruzando el Vístula. Ni Hitler ni sus generales tenían una estrategia que pudiera dar la vuelta a la suerte del Tercer Reich. Las fuerzas alemanas se enfrentaban a la perspectiva de luchar contra dos enemigos formidables en dos frentes compactos. Los aliados occidentales se abrían paso hacia las Ardenas, mientras que el Ejército Rojo podía ver Varsovia con sus prismáticos.

La Wehrmacht se mantuvo firme frente al avance del Ejército Rojo no sólo en Polonia, sino también en todos los países de Europa del Este. La tentación obvia, una vez que el Ejército Rojo cruzó el Bug, era ordenar que el enemigo fuese perseguido hasta Varsovia, pero lo desaconsejaba la constatación de que las fuerzas soviéticas todavía no habían completado la reconquista de los estados bálticos y de que Hitler tenía preparada una defensa importante en la misma Polonia. La Stavka tenía buenas razones para autorizar al Ejército Rojo a que descansara y se reabasteciera para el arduo cruce del Vístula. Stalin también necesitaba asegurarse de que una ofensiva en Varsovia no expusiera sus fuerzas a un movimiento de rotación por parte de los alemanes desde Rumania. Aunque había logrado expulsar a la Wehrmacht del territorio soviético, se daba cuenta de que todavía quedaba por delante una importante campaña militar[2]. Un problema añadido era la debilidad de la inteligencia soviética en lo relativo a la situación polaca. Stalin era en gran medida el culpable. Al aniquilar a miles de comunistas polacos en Moscú durante el Gran Terror, se había privado de agentes que podrían haberse infiltrado al otro lado de las líneas enemigas en 1944. Y su comportamiento criminal hacia los polacos que huían entre 1939 y 1941 había dado como resultado que en Polonia aumentaran las sospechas hacia sus propuestas.

De hecho, la resistencia polaca a los alemanes había estado preparando en secreto un levantamiento en Varsovia y los planes estaban en una fase bastante avanzada. Los nacionalistas, lejos de querer dar la bienvenida al

Ejército Rojo, confiaban en echar a los nazis de Varsovia sin la intervención soviética. El propósito era evitar que Polonia se convirtiera en presa de la URSS después de ser liberada de los alemanes. La organización militar era dirigida por el Ejército Patrio y el levantamiento de Varsovia comenzó el 1 de agosto. Fue un intento heroico, pero sin ninguna posibilidad. Los alemanes hicieron intervenir a la Wehrmacht y los rebeldes enseguida fueron capturados y derrotados. La lucha había terminado el 2 de octubre.

El largo período de recuperación y requipamiento del Ejército Rojo provocó muchos comentarios adversos tanto en el momento como en los años posteriores. El Ejército Patrio, aunque planeaba la derrota a los alemanes en Varsovia a manos polacas, suplicaba desesperadamente ayuda soviética y no recibió prácticamente nada. No es que en Moscú no se planteara la cuestión de una intervención militar más temprana; en realidad, no se producía una disputa más encendida en la Stavka desde antes de la batalla de Kursk. Desafortunadamente, no se sabe casi nada acerca de lo que dijo cada uno hasta que terminó el levantamiento de Varsovia. Zhúkov, el militar profesional, seguía sosteniendo la necesidad de una pausa prolongada a principios de octubre. Mólotov se puso del lado contrario y exigió una ofensiva inmediata. Beria sembraba la discordia entre los contendientes y se deleitaba poniendo a unos en contra de otros. Stalin, como era predecible, se inclinó por la postura de Mólotov: siempre prefería la acción. Pero Zhúkov se mantuvo firme. Al final, Stalin tuvo que ceder, aunque con su acostumbrada falta de buena voluntad[3]. Zhúkov había ganado el debate al precio de acumular problemas en su relación con Stalin al final de la guerra. El Ejército Rojo se desplegó en la margen oriental del Vístula y se mantuvo allí durante el resto del año.

Lo que Stalin le dijo a Zhúkov probablemente no fuera todo lo que tenía en mente. Las condiciones de debilidad y cansancio en que se hallaba el Ejército Rojo eran sólo uno de los factores a sopesar. Stalin ya estaba buscando el modo de asegurarse el dominio político sobre Polonia durante y después de la guerra. Su experiencia en la guerra polaco-soviética de 1920 le había convencido de que los polacos no eran de fiar porque su patriotismo superaba su conciencia de clase. «El que es polaco lo será siempre» podría haber sido la consigna de Stalin al tratar con ellos y sus

élites. Estaba decidido a que, fuera cual fuera el estado polaco que surgiera de los escombros de la guerra, tendría que someterse a la hegemonía de la URSS. Esto significaba que el gobierno en el exilio, con sede en Londres, tenía que considerarse ilegítimo y que cualquier organización armada formada por los polacos en Polonia debía ser tratada del mismo modo. Stalin no tenía motivos para tratar a los polacos con simpatía. Había ordenado el asesinato de miles de oficiales polacos capturados en abril de 1940 en el bosque de Katyn, en Rusia. No quería que la élite política y militar polaca sobreviviera, como tampoco tenía la intención de preservar las élites de Estonia, Letonia y Lituania —y tenía una larga experiencia en el arte de resolver los problemas políticos por medio de la eliminación física de aquellos que los encarnaban.

Stalin también tenía razones estratégicas objetivas para negarse a comenzar una temprana ofensiva cruzando el Vístula. En agosto Hitler y sus comandantes habían tratado al Ejército Rojo como el enemigo principal y habían dejado la supresión del levantamiento de Varsovia a sus unidades de seguridad, mientras que el grueso de la Wehrmacht se apostaba junto al río para repeler cualquier intento de cruzarlo por parte de Rokossovski. Las autoridades alemanas confiaban en que podrían derrotar con facilidad a los insurgentes polacos. Sin embargo, lo imperdonable de la conducta de Stalin desde el punto de vista militar fue su rechazo a todas las peticiones polacas de ayuda una vez que comenzó el levantamiento de Varsovia el 1 de agosto de 1944. Churchill detectó el juego sucio y censuró al Kremlin[4]. Se enviaron aviones británicos con base en Italia para lanzar suministros a los polacos. Pero Stalin se mantuvo imperturbable y el Ejército Rojo no se movilizó.

El levantamiento de Varsovia no fue suprimido de forma rápida ni fácil. Mientras el Ejército Rojo aprovechaba la oportunidad de descansar, recobrarse y reabastecerse, el Ejército Patrio de los polacos se ocupaba de sus asuntos. Los insurgentes eran dúctiles, estaban bien organizados y completamente decididos. Los alemanes no tenían ni idea de cómo contenerlos hasta que se dio la orden de arrasar hasta los cimientos los distritos insurgentes. Stalin pudo haber tenido dudas justificadas de que la ayuda a los rebeldes polacos por medio de un asalto anfibio a través del

Vístula fuese a debilitar decisivamente a la Wehrmacht, pero, de haber sido un gran grupo de rusos o de partisanos ucranianos el que se rebelaba contra el Tercer Reich, seguramente les habría suministrado armas y alimentos y habría bombardeado a los alemanes. Su falta de ayuda a Varsovia implicaba una decisión calculada acerca del futuro de Polonia. Stalin ya había establecido un gobierno provisional. Se proponía instalar en el poder este gabinete, nombrado por el Kremlin y que respondía ante él, después de la derrota alemana. Otros líderes polacos, por muy populares que pudieran ser en todo el país, quedarían al margen de los acontecimientos. Stalin aspiraba a gobernar Polonia por medio de sus títeres comunistas. Cuantos más insurgentes cayeran a manos de los alemanes, más cerca estaría de su objetivo. Las protestas de Churchill acerca de las medidas políticas y militares tomadas por Stalin eran justificadas.

De cualquier modo, Churchill simularía ante Stalin cuando se encontraron en Moscú en octubre de 1944 que no sospechaba que el Ejército Rojo se había mantenido atrás deliberadamente[5]. La cohesión de la Gran Alianza tenía prioridad. La Wehrmacht, a pesar de estar a la defensiva en el Este y el Oeste, no había perdido su capacidad de recomponerse. Los aliados sabían que tenían una batalla por delante mientras los alemanes, a pesar de las quejas acerca de los fracasos militares y económicos de Hitler, fuesen fieles a su Führer. Churchill y Stalin entendían la importancia de llegar primero a Berlín. La conquista del territorio pondría al conquistador en posición de imponer los términos de la paz. Roosevelt y Eisenhower veían las cosas de otro modo; su estrategia se apoyaba en el deseo de minimizar sus pérdidas más que en el de sumarse a una carrera para ver quién llegaba primero a Berlín. Stalin estaba decidido a ganar esa carrera aunque los americanos se negasen a competir. Le preocupaba que los Estados Unidos y el Reino Unido hicieran un trato con los alemanes para terminar la guerra. Esto podría conducir a una cruzada conjunta contra la Unión Soviética y, aunque esto no sucediese, los alemanes podrían rendirse a los aliados occidentales y así privar a la Unión Soviética de los beneficios de la posguerra. Stalin seleccionó a sus mejores comandantes de campo —Rokossovski, Kónev y Zhúkov— para reforzar la campaña cuya finalidad era la conquista de la capital alemana.

Bajo sus órdenes, el Ejército Rojo comenzó la Operación Vístula-Oder el 12 de enero de 1945. Aunque el Ejército Rojo superaba en número a la Wehrmacht en una proporción de tres a uno, la voluntad alemana de resistir no se había apagado. El primer frente ucraniano de Kónev arremetió contra el ala Sur de una fuerza militar que se extendía a lo largo de todo el territorio polaco. El primer frente bielorruso de Zhúkov avanzó por el Norte. Cuando las defensas alemanas cedieron, Zhúkov pudo informar de que controlaba la ribera del Oder. El resto de los alemanes que no se habían replegado fueron capturados en una trampa. Konigsberg y su población quedaron aislados. En su camino a través de Polonia el Ejército Rojo se enfrentó con escenas espantosas cuando entró en los campos de concentración. Las pruebas de los asesinatos en masa habían sido disimuladas en Belzec, Sobibor y Treblinka, pero en Auschwitz (Oswiecim) los alemanes que huían no habían tenido tiempo de disfrazar el confinamiento, el trabajo forzado, el hambre y el crimen. Los soldados soviéticos habrían actuado con furia incluso sin contar con esa experiencia. Las atrocidades alemanas en la URSS habían sido sistemáticas desde el comienzo de la Operación Barbarroja y la propaganda de guerra soviética había arrancado cualquier rastro de sensibilidad hacia los alemanes como pueblo. Mientras avanzaba hacia Europa central, el Ejército Rojo arrasó con todo; las tropas se dedicaron al pillaje y la violación sin que hubiera prácticamente ninguna restricción por parte de los comandantes.

Las tropas soviéticas actuaron casi sin discriminar entre nacionalidades. No sólo los alemanes, sino también otros pueblos fueron tratados con brutalidad y Stalin se negó a castigar a los responsables. El líder comunista yugoslavo Milovan Djilas se quejó ante él en vano. «Bueno, entonces» replicó Stalin[6]:

> imagine a un hombre que ha peleado desde Stalingrado hasta Belgrado, por miles de kilómetros de su propia tierra devastada, entre los cadáveres de sus camaradas y seres más queridos. ¿Cómo puede ese hombre reaccionar con normalidad? ¿Y qué tiene de malo pasar un buen rato con una mujer después de tales horrores? Usted

> se ha imaginado que el Ejército Rojo era ideal. Y no es ideal, ni puede serlo (…) Lo importante es que lucha contra los alemanes.

Djilas, que había peleado en los Balcanes y que no destacaba precisamente por su sensibilidad, apenas podía creer lo que oía.

Sin importarle cómo se comportaran sus soldados fuera de servicio, Stalin estaba decidido a que tomaran la capital alemana. Engañó a los aliados occidentales acerca de sus intenciones. El 1 de abril de 1945, mientras establecía sus planes militares en Moscú, telegrafió a Eisenhower para acordar que las fuerzas soviéticas y occidentales convergerían en la región de Erfurt, Leipzig y Dresde, y añadió: «Berlín ha perdido su importancia estratégica previa. Por lo tanto, el Mando Supremo Soviético está pensando en asignar fuerzas de segundo nivel a la parte de Berlín»[7]. Para completar el engaño, propuso dar el «golpe principal» en la segunda mitad de mayo. Simultáneamente les ordenó a Zhúkov y a Kónev que apuraran los preparativos[8]. Churchill se preocupó todavía más. Desde su perspectiva política, era fundamental reunirse con el Ejército Rojo tan al Este como fuera posible. Pero no logró obtener una respuesta afirmativa por parte de Roosevelt antes de que las fuerzas soviéticas se hubieran movilizado de nuevo. El 19 de abril se lanzaron sobre las defensas de la Wehrmacht entre los ríos Oder y Neisse. El 25 de abril habían alcanzado los alrededores de Potsdam, en las afueras de Berlín, el mismo día en que las divisiones de Kónev trabaron contacto directo con el Primer Ejército de los Estados Unidos en Torgau, en el Elba. Sin embargo, los rojos llegaron primero a Berlín. Zhúkov prevaleció sobre Kónev en la carrera. El 30 de abril Hitler, al darse cuenta de que ya no tenía esperanzas, se suicidó. Lo siguiente fue la rendición incondicional[9].

Muchas divisiones de la Wehrmacht se rindieron a las fuerzas americanas y británicas el 8 de mayo, mientras que Zhúkov recibió esta clase de ofertas sólo al día siguiente. El desmoronamiento del poder militar alemán permitió a Stalin volverse hacia el Este. La URSS nunca estaría segura mientras el agresivo Japón estuviera asentado en sus fronteras. Iba a referirse a la «vergüenza» que había soportado el Imperio ruso por la derrota en la batalla naval de Tsushima en 1905. Tokio había apostado

fuerzas en el Extremo Oriente soviético durante la Guerra Civil. Japón había invadido Manchuria en 1931 y había firmado el Pacto Anti-Comintern en 1936. La guerra había estallado entre Japón y la URSS en 1938 y se habían desarrollado las mayores batallas con tanques que se habían visto hasta entonces en el mundo. Hasta mediados de 1941 los gobernantes japoneses no decidieron iniciar la expansión hacia el Sur a lo largo de la costa del Pacífico en lugar de hacia el Este a través de Siberia.

Los aliados occidentales, que habían tenido que dosificar sus recursos materiales y humanos, seguían necesitando ayuda del Ejército Rojo. Todo indicaba que los japoneses se preparaban para defender su territorio hasta el último soldado. En Yalta Stalin había arrancado a Roosevelt y Churchill la promesa de que la URSS recibiría las islas Kuriles en caso de una victoria aliada. Éste era todavía su objetivo después de la victoria en Europa. La Stavka hizo rápidos preparativos para que el Ejército Rojo entrara en guerra en el Pacífico. Tras haber sufrido el expansionismo japonés en la década de los treinta, Stalin intentaba asegurarse un arreglo en la paz que protegiera de forma permanente los intereses de la URSS en el Extremo Oriente. Cerca de medio millón de tropas se trasladaron en el Transiberiano hacia el Extremo Oriente soviético. Sin embargo, el Kuomintang liderado por Chiang Kai-shek se negó a aceptar los términos que Stalin había impuesto a los aliados occidentales. Stalin siguió negociando con los chinos y expuso sus argumentos sin ambages para obtener concesiones de China y territorio de Japón. Afirmó que de otro modo los japoneses seguirían siendo un peligro para sus vecinos: «Necesitamos Dairen y Port Arthur durante treinta años por si Japón recobra sus fuerzas. Podríamos atacarlo desde allí»[10].

Sin embargo, el 16 de julio de 1945, los americanos habían probado con éxito su bomba A en Alamogordo. También había quedado claro que los japoneses pelearían por cada palmo de sus islas, y el presidente Truman consideró que las armas nucleares eran un medio adecuado para evitar la pérdida de gran cantidad de vidas de las fuerzas invasoras norteamericanas. Ya no vio ninguna razón para alentar la intervención militar soviética. Tras haber visto cómo Stalin había engañado a Roosevelt sobre Berlín, no quería que le sucediera lo mismo. En cualquier caso, la política norteamericana hacia la URSS se endurecía gradualmente. Sin embargo, lo que Truman no

haría sería retractarse de las promesas específicas hechas por Roosevelt a Stalin en Yalta acerca de China y Japón: no deseaba sentar el precedente de romper los acuerdos entre los aliados. Stalin no lo sabía. Todavía tenía que comprobar la sinceridad de Truman como negociador. Tenía la sensación de que, a menos que el Ejército Rojo interviniera rápidamente, los americanos podrían negarle las islas Kuriles después de la derrota de Japón. Stalin deseaba para la URSS una seguridad absoluta: «Estamos encerrados. No tenemos salida. Japón debe mantenerse vulnerable desde todas partes, Norte, Oeste, Sur, Este. Entonces se mantendrá en calma»[11]. La carrera por Berlín abrió paso a la carrera por las Kuriles.

Stalin, Truman y Churchill se reunieron en la Conferencia de Potsdam el 17 de julio. Esta vez no hubo discusiones acerca del lugar de la reunión; los tres grandes querían saborear la victoria en el centro mismo del caído Tercer Reich. Mientras que Stalin tomó el tren desde Moscú, Truman hizo el largo viaje cruzando el Atlántico y se reunió con Stalin y Churchill en Berlín. Las reuniones tuvieron lugar en Cecilienhof. Las relaciones personales de los tiempos de guerra ya habían terminado con el reemplazo de Roosevelt por Truman. Tal vez Roosevelt también habría dejado de complacer a Stalin en vista de las ambiciones norteamericanas después de la guerra mundial. Sin duda Truman ya tenía esta actitud.

El otro gran cambio en los tres grandes ocurrió en el transcurso de la Conferencia de Potsdam. El 26 de julio las elecciones en Gran Bretaña llevaron al Partido Laborista al poder. Churchill cedió su lugar en las negociaciones al primer ministro Clement Attlee. El nuevo gobernante no era más amable con Stalin que Churchill y la Conferencia de Potsdam se convirtió en una prueba de fuerza entre los Estados Unidos y la URSS, con el apoyo habitual de los británicos a los americanos. Hubo varios temas difíciles: la campaña japonesa, los términos de la paz en Europa y las fronteras y el gobierno de Polonia. Los americanos, confiados en su monopolio del armamento nuclear, ya no estaban ansiosos por obtener ayuda militar soviética en el Extremo Oriente. Esta vez fue Stalin quien insistió en la necesidad de la participación de la URSS. En Europa había acuerdo acerca de la demarcación de las zonas de ocupación aliadas, pero persistieron las disputas. Se decidió que los detalles fueran resueltos por el

Consejo de Ministros de Asuntos Exteriores. Sin embargo, Polonia no podía quedar al margen. Ante la insistencia de Stalin, la Conferencia escuchó los argumentos a favor del establecimiento de un gobierno provisional patrocinado por la URSS. Los americanos y los británicos se quejaron repetidas veces de la manipulación soviética y de la represión política en Varsovia. Los aliados occidentales esperaban que Stalin respetara la independencia polaca y favoreciera una reforma democrática.

Tanto Truman como Stalin sabían que la bomba A norteamericana estaba lista para ser usada, pero Truman no sabía que Stalin lo sabía. En realidad, el espionaje soviético había informado con precisión a Moscú y en esta ocasión Stalin no desconfió de sus agentes. Cuando Truman le informó acerca del avance tecnológico, Stalin ya se había preparado para mostrarse imperturbable —y Truman se quedó atónito ante su sangre fría—. En el mismo período Stalin acorralaba a sus comandantes, instándoles a abrir la ofensiva soviética contra Japón. Pero razones técnicas impidieron cualquier cambio de programa y Stalin contuvo su inclinación a insistir en lo imposible. Los aliados occidentales le ignoraban cada vez más. Truman, Churchill y Chiang Kaishek enviaron su propio ultimátum al gobierno japonés desde Potsdam. Nadie consultó a Stalin[12].

Al volver a Moscú, Stalin se dedicó a molestar a Vasílievski en la Stavka. La respuesta de Vasílievski fue que las fuerzas soviéticas estarían listas para atacar a los japoneses el 9 de agosto como muy pronto. Pero incluso esto era demasiado tarde. Truman había tomado la decisión de dar instrucciones a los bombarderos norteamericanos para que llevaran a cabo su primera operación militar con armas nucleares. El 6 de agosto un B-29 despegó de la isla de Tinian y lanzó una bomba sobre Hiroshima. Una nueva etapa en la historia de la capacidad de destrucción humana se inauguró cuando toda una ciudad fue reducida a escombros por un solo ataque aéreo. Stalin todavía esperaba sumarse a la victoria. El 7 de agosto firmó la orden de que las fuerzas soviéticas invadieran Manchuria dos días después. Pero de nuevo le ganaron por la mano. Como los japoneses no solicitaron la paz, Truman decidió autorizar otra incursión aérea de los B-29 el 8 de agosto. Esta vez el blanco fue Nagasaki. El resultado fue el mismo: la ciudad quedó en ruinas al instante y la población fue aniquilada. El

gobierno japonés, a instancias del emperador Hirohito, se rindió el 2 de septiembre de 1945. Stalin había perdido la carrera por Tokio. La campaña de Manchuria todavía seguía adelante como se había planeado en Moscú y el ejército de Kwantung fue atacado. Pero en realidad el destino de Japón estaba en manos del presidente Truman[13].

El único resorte diplomático que le quedaba a Stalin era su impasibilidad. En una recepción a Averell Harriman y el diplomático George Kennan el 6 de agosto, hizo toda una demostración de indiferencia por el destino de Hiroshima y Nagasaki. También exhibió sus conocimientos acerca de los intentos alemanes y británicos de construir bombas atómicas. Evidentemente, deseaba que Truman supiera que los espías soviéticos estaban informando al Kremlin acerca del desarrollo de la tecnología militar nuclear en todo el mundo. Incluso dejó caer a propósito que la Unión Soviética tenía su propio proyecto de bomba atómica[14]. Stalin desempeñó el papel que se había propuesto a la perfección. Los diplomáticos norteamericanos sabían muy bien que la élite política soviética estaba deprimida por el bombardeo de Hiroshima y Nagasaki. El lugar relevante de la URSS junto a los Estados Unidos y el Reino Unido como potencia victoriosa quedaba en entredicho y pronto sería evidente que los inmensos sacrificios realizados en toda la Unión Soviética entre 1941 y 1945 habían aportado muy pocos beneficios a sus ciudadanos. Stalin había ganado muchas manos sin tener los ases necesarios para rematar el juego.

¡VICTORIA!

En las primeras horas del 9 de mayo de 1945 el locutor de radio Yuri Levitan dio la noticia que todos anhelaban oír. La guerra con Alemania había terminado. El entusiasmo popular había ido en aumento durante varios días. Cuando llegó el momento, tumultuosas celebraciones tuvieron lugar en toda la URSS y en todos los países que habían combatido el Nuevo Orden de Hitler. El gobierno soviético había dispuesto el lanzamiento de fuegos artificiales al anochecer en Moscú, pero la gente había comenzado a festejarlo varias horas antes. Millones de personas llenaron los barrios del centro. Por todas partes había cantos y bailes. Cualquier hombre que vistiera el uniforme verde del Ejército Rojo tenía muchas probabilidades de ser abrazado y besado. Una multitud se reunió ante la embajada de los Estados Unidos coreando: «¡Viva Roosevelt!». Se identificaba tanto al presidente norteamericano con la Gran Alianza que pocos recordaban que había muerto en abril. No se reprimió esta conducta. Se bebió en abundancia; la policía pasó por alto a los jóvenes que orinaban contra las paredes del Hotel Moskvá. Los restaurantes y las cafeterías estaban repletos de clientes; la comida era escasa pero había gran cantidad de vodka[1]. Todos se alegraban de que el nazismo hubiera sido aplastado por los tanques del Ejército Rojo.

La hija de Stalin, Svetlana, le telefoneó después de la transmisión de radio: «¡Papá, te felicito: victoria!». «Sí, victoria —respondió—. Gracias. También te felicito. ¿Cómo estás?». El distanciamiento entre padre e hija se borró en la calidez del momento[2]. Jrushchov tuvo menos suerte. Cuando hizo una llamada telefónica similar, Stalin lo reprendió. «Dejó bien claro —sugirió Jrushchov— que estaba haciéndole perder su valioso tiempo.

Sencillamente me quedé helado. ¿Qué era lo que pasaba? ¿Por qué? Me lo tomé muy mal y me maldije con ganas: ¿para qué le habré llamado? Después de todo, conocía su carácter y pude haber sospechado que de él no saldría nada bueno. Sabía que desearía demostrarme que el pasado era el pasado y que ahora pensaba en otros asuntos importantes»[3].

Stalin pronunció un «discurso al pueblo» que comenzaba: «¡Camaradas! ¡Hombres y mujeres compatriotas!»[4]. Ya no estaban los amables vocativos que había empleado en la transmisión de radio al comienzo de la Operación Barbarroja. La URSS se había salvado y por fin podía flamear la «gran bandera de la libertad de los pueblos y de la paz entre los pueblos». La Gran Guerra Patria había terminado[5]. Pero, si bien el estilo era solemne, también fue condescendiente, al menos para los oyentes rusos. En un banquete para los comandantes del Ejército Rojo el 24 de mayo, declaró[6]:

> Camaradas, permitidme proponer un último brindis.
>
> Quisiera proponer un brindis a la salud de nuestro pueblo soviético y sobre todo del pueblo ruso, porque es la nación más destacada de todas las que forman parte de la Unión Soviética.
>
> Propongo este brindis a la salud del pueblo ruso porque en esta guerra se ganó el reconocimiento general como la fuerza directriz de la Unión Soviética entre todos los pueblos de nuestro país.

Previamente nunca había favorecido inequívocamente a una nación entre el conjunto de las muchas que componían la URSS. A muchos rusos les parecía que el horno de la guerra había fundido el metal que había en él y había producido un Líder inoxidable que merecía su confianza y admiración.

Eran palabras poco sinceras, ya que Stalin temía tanto a los rusos como estaba orgulloso de ellos. Pero le pareció bien colocar al pueblo ruso en un pedestal oficial todavía más alto que antes de la guerra. Parece que entendió de forma intuitiva que necesitaba garantizar la legitimidad de un patriotismo nacional que el marxismo-leninismo aceptaba con reservas. Al menos lo hizo por un tiempo (y tal vez incluso él se dejó llevar un poco por la euforia del momento). Lo que había parecido completamente

inconcebible en el verano de 1941 había sucedido. Hitler estaba muerto. Casi toda la mitad de Europa oriental estaba bajo control militar soviético. La URSS había sido tratada por los Estados Unidos y por el Reino Unido como un árbitro más del destino del mundo.

Supuestamente Stalin había querido capturar a Hitler con vida y estaba molesto por su suicidio, y corría el rumor de que Zhúkov había jurado hacerlo desfilar en una jaula en la Plaza Roja. Esto en realidad pudo haber sido una bravuconada típica de un comandante ante su jefe político, pero no es muy probable que Stalin hubiera permitido semejante espectáculo: todavía deseaba evitar ofender innecesariamente a sus aliados. La meta de los Estados Unidos y del Reino Unido era la desnazificación metódica de la vida pública alemana y esperaban convencer a los alemanes de que abandonaran su afecto por Hitler. Los conquistadores habían humillado por última vez a sus líderes enemigos de esa manera durante los triunfos de los generales romanos victoriosos. Como no pudo capturar a su presa con vida, Stalin ordenó a sus agencias de inteligencia que le llevaran los restos de su cadáver. Se hizo en el más absoluto secreto; una vez que se certificó que las partes chamuscadas de un cadáver quemado que se encontró fuera del búnker de Hitler pertenecían al Führer, fueron enviadas a la capital soviética. La actitud de urgencia de Stalin derivaba de sus preocupaciones políticas. No tenía que quedar nada en suelo alemán que más tarde pudiera convertirse en foco de atracción de la nostalgia del régimen nazi.

Aunque peculiar, se trataba un involuntario gesto de respeto por Hitler, ya que Stalin daba a entender que su enemigo muerto todavía era peligroso. Aparte de Churchill y Roosevelt, la mayoría de los otros líderes del mundo le inspiraban condescendencia en el mejor de los casos (lo que pensaba de Mussolini sigue siendo un misterio, pero al único italiano al que tomó en serio fue al líder del partido comunista Palmiro Togliatti). El sucesor de Churchill, Clement Attlee, apenas le dejó huella. Ni siquiera Truman logró impresionarlo. Mientras que Roosevelt había despertado su curiosidad personal, apenas si pensó en su sucesor. No hay nada en los registros de las conversaciones de Stalin que indique que apreciaba las cualidades de Truman. Valoraba más a Churchill, aunque el Reino Unido, como expertos económicos de Stalin como Jeno Varga le demostraron, ya no era la

potencia mundial que había sido antes. Churchill podía chillar y resoplar, pero la casa de la URSS no se caería. Stalin se consideraba una de las figuras más destacadas de la historia. Cuando se encontraba con personajes dominantes de su misma índole como Mao Tse-tung, se negaba a tratarlos decentemente. Mao llegó a Moscú en diciembre de 1949 después de tomar el poder en Pekín y se le dijo de una forma no muy cortés que la URSS esperaba grandes concesiones por parte de China. En ningún caso Stalin, en la cresta de la ola de la posguerra, tenía la intención de permitir que otro comunista rivalizara con él en el prestigio. Amo del mundo comunista y líder de un estado triunfante, deseaba que la admiración del mundo se concentrara en él.

El día señalado para celebrar el triunfo sobre el nazismo fue el 24 de junio de 1945. Habría un desfile en la Plaza Roja frente a decenas de miles de espectadores. Los regimientos victoriosos que habían regresado de Alemania y de Europa del Este desfilarían triunfales ante la muralla del Kremlin. A Stalin se le ocurrió que debía ocupar el lugar de honor montado en un caballo blanco, según la costumbre tradicional rusa (éste era el modo en que los generales rusos habían encabezado los desfiles militares en Tbilisi). Se encontró un corcel árabe y Stalin intentó montarlo. El resultado fue humillante. Stalin espoleó mal al corcel, que se encabritó. Stalin se agarró mal de las crines y fue arrojado al suelo. Se lastimó la cabeza y el hombro y cuando logró levantarse estaba furioso. Escupiendo con rabia, declaró: «Que Zhúkov conduzca el desfile. Es un veterano de caballería»[7]. Unos días antes del desfile mandó llamar a Zhúkov, que había regresado de Berlín, y le preguntó si sabía montar a caballo. Zhúkov había pertenecido a la Caballería Roja durante la Guerra Civil, pero su primer impulso fue protestar afirmando que Stalin debía encabezar el desfile como comandante supremo. Sin revelarle sus dificultades ecuestres, Stalin replicó: «Estoy demasiado viejo para encabezar desfiles. Usted es más joven. Hágalo usted»[8].

Las disposiciones para la ceremonia se tomaron con meticulosidad el mismo día. Mientras Stalin y otros líderes políticos se mantenían de pie en lo alto del mausoleo de Lenin, por debajo del muro del Kremlin, el mariscal Zhúkov cruzó a caballo la Plaza Roja para saludarlo. Se elogiaba todo el

esfuerzo militar soviético realizado entre 1941 y 1945. Un regimiento de cada frente marchaba detrás de Zhúkov. Todos saludaban a Stalin. La compacta multitud, compuesta por gente a la que las autoridades deseaban recompensar, rugía con entusiasmo. El climax de la ceremonia llegó cuando las banderas de la derrotada Wehrmacht se llevaron hasta el espacio adoquinado para ser arriadas justo frente a Stalin. No hacía buen tiempo; poco antes había caído un chaparrón[9]. Pero el aplauso a Stalin y las fuerzas armadas soviéticas hizo que la oscuridad se disipara. Se había elevado a la cima de su carrera y se le reconocía como el padre de los pueblos de la URSS.

Todo salió como estaba planeado ese 24 de junio, aparte de la inoportuna lluvia, y el orden soviético parecía más fuerte que nunca. El Ejército Rojo dominaba Europa hasta el Elba. Europa oriental y centro-oriental estaba sujeta a su control político y militar y, como la guerra continuaba en el Pacífico, las fuerzas rojas se aprestaban a tomar parte en la ofensiva final contra Japón. Además, la URSS intensificaba en secreto sus investigaciones tecnológicas para obtener su propia bomba atómica. Su industria armamentística ya era capaz de abastecer a las fuerzas armadas de todo lo que necesitaran para mantener el poder y el prestigio soviéticos. El sistema económico y político consolidado antes de la Segunda Guerra Mundial permanecía intacto. El partido, los ministerios y la policía ejercían una autoridad firme y las tareas de la reconstrucción pacífica de la industria, la agricultura, el transporte, la educación y la salud parecían en consonancia con la capacidad de la URSS. La jerarquía y la disciplina estaban en su mejor momento. El país tenía la moral alta. El despotismo de Stalin parecía una ciudadela inexpugnable.

Al día siguiente, en la recepción que el Kremlin ofreció a los participantes en el Desfile de la Victoria, se mostró triunfante[10]:

> Ofrezco un brindis por toda esa gente sencilla, corriente y modesta, para los «pequeños engranajes» que hacen funcionar bien el mecanismo de nuestro gran estado en todos los campos de la ciencia, la economía y las cuestiones militares. Hay muchísimos; su nombre es legión porque esa clase de gente se cuenta por millones.

La «gente» para él eran meros engranajes en la maquinaria del estado y no individuos o grupos de carne y hueso con necesidades y aspiraciones sociales, culturales y psicológicas. El estado estaba por encima de la sociedad.

Sin embargo, Stalin, mientras concebía una imagen de omnipotencia para el estado soviético, en realidad no creía en ella. La URSS tenía problemas acuciantes. Ordenó a las agencias de seguridad que reunieran información con vistas a reclamar indemnizaciones cuando tuviera lugar la próxima conferencia de los aliados. Se confeccionaron catálogos de la devastación sufrida. En la Segunda Guerra Mundial habían perecido 26.000.000 de ciudadanos soviéticos. Stalin no estaba libre de culpa: sus políticas de detención y deportación habían contribuido a la cifra total (al igual que su desastrosa política de colectivización agrícola, que obstruyó la capacidad de la URSS para autoalimentarse). Pero la mayoría de las víctimas habían muerto en el frente o durante la ocupación nazi. Se había confirmado que aproximadamente 1.800.000 civiles soviéticos habían sido asesinados por los alemanes en la RSFSR; en Ucrania se registraba el doble de ese número[11]. Los muertos no eran la única pérdida humana. Millones de personas quedaron malheridas o desnutridas, sufrieron daños irreparables. Incontables niños quedaron huérfanos y tuvieron que arreglárselas solos sin apoyo del estado ni caridad privada. En los territorios fronterizos occidentales había regiones enteras que se habían despoblado de manera tan drástica que había cesado toda actividad agrícola. La Unión Soviética pagó un precio muy alto por su victoria y tardaría años en recuperarse.

Mientras la NKVD completaba su tarea de recopilar y catalogar la información (al mismo tiempo que no dejaba de lado su cometido de arrestar a todos los enemigos de Stalin y del estado), se iba haciendo visible la dimensión de la catástrofe. En la zona de la URSS que había estado bajo ocupación alemana, apenas alguna fábrica, mina o empresa comercial había escapado a la destrucción. La Wehrmacht no era la única culpable: Stalin había adoptado una política de tierra quemada después del 22 de junio de 1941, a fin de que Hitler se viera privado de ventajas materiales. Pero la posterior retirada alemana entre 1943 y 1944 había tenido lugar durante un

período todavía más largo y esto le había dado a la Wehrmacht tiempo suficiente como para llevar a cabo una destrucción sistemática. El registro reunido por la NKVD es casi inverosímil. Los alemanes habían asolado no menos de 1.710 ciudades soviéticas y aproximadamente 7.000 pueblos. Incluso en los lugares en que la Wehrmacht no había quemado ciudades enteras, había podido incendiar hospitales, emisoras de radio, escuelas y bibliotecas. El vandalismo cultural fue casi tan absoluto como lo podría haber hecho el mismo Hitler. Si Stalin sufría una crisis de disponibilidad de recursos humanos, se enfrentaba a un conjunto de tareas igualmente atroz como consecuencia de la devastación de los recursos materiales.

No sólo eso: la estructura administrativa era mucho más endeble de lo que lo había sido antes de la guerra. Por todas partes había gente desplazada y cuando comenzaron a regresar las tropas de Europa, el caos se incrementó. No se autorizaba que la descripción de todo esto apareciera en los periódicos ni en los noticiarios. Lo que seguía destacándose era la valentía y eficiencia del Ejército Rojo en Alemania y en los otros países ocupados de Europa oriental y centro-oriental. La realidad era muy diferente. El orden soviético pudo restaurarse con mayor facilidad en las ciudades más grandes, en especial en aquellas que nunca habían estado bajo dominio alemán. Pero la intensa concentración en las tareas militares durante la Gran Guerra Patria había llevado a descuidar los aspectos de la administración civil que no estaban estrechamente conectados con la lucha contra los alemanes. En la zona anteriormente ocupada por la Wehrmacht había un completo caos organizativo. En algunos lugares era difícil creer que alguna vez hubiera existido el orden soviético, ya que los campesinos volvieron a un modo de vida que se remontaba a antes de la Revolución de octubre. El comercio privado y las costumbres sociales populares habían vuelto a imponerse a los requerimientos comunistas. Las disposiciones de Stalin eran indiscutibles en Moscú, Leningrado y otros centros urbanos, pero en las localidades más pequeñas, especialmente en los pueblos (donde todavía vivía la mayoría de la población), el brazo de las autoridades no era lo suficientemente largo como para afectar a la vida cotidiana.

Pese al triunfo del Ejército Rojo en Europa, había problemas en varios países bajo ocupación soviética. Las agencias políticas, diplomáticas, de

seguridad y militares de la URSS, ya tensadas hasta el límite antes de 1945, tenían que habérselas con las responsabilidades de la paz. Yugoslavia constituía un caso particular, en tanto sus propias fuerzas internas, bajo la dirección de Tito, la habían liberado de los alemanes. Pero en todas las demás partes los rojos habían jugado el fundamental en la derrota la Wehrmacht. La victoria resultó ser más simple que la ocupación posterior. Poca gente de Europa oriental y centro-oriental deseaba ser sometida al orden comunista. Stalin y el Politburó sabían que Hitler y sus aliados habían sido muy efectivos erradicando a los comunistas y también que los líderes comunistas emigrados y residentes en Moscú tenían muy poco apoyo en sus respectivas tierras natales.

De algún modo Stalin tenía que encontrar la manera de ganarse la simpatía popular en esos países ocupados mientras resolvía un gran número de tareas urgentes. Era necesario encontrar suministros de alimentos. Había que regenerar las economías y establecer administraciones postnazis. Había que comprobar si los funcionarios eran políticamente de fiar. Había que reconstruir las ciudades derruidas y los caminos y vías férreas dañados. Al mismo tiempo, Stalin estaba decidido a obtener indemnizaciones de sus antiguos enemigos, no sólo de Alemania, sino también de Hungría, Rumania y Eslovaquia. Esto necesariamente comprometía la tarea de ganar popularidad para sí y para el comunismo. Los aliados occidentales también constituían una dificultad. Se había llegado a un entendimiento en la cuestión de que una línea irregular atravesase Europa de Norte a Sur separando la zona de influencia soviética de la zona que iba a ser dominada por los Estados Unidos, Gran Bretaña y Francia. Pero no estaba claro cuáles eran los derechos de las potencias victoriosas a la hora de imponer sus modelos ideológicos, económicos y políticos en los países que ocupaban. Las potencias victoriosas tampoco habían especificado qué métodos de gobierno eran aceptables. A medida que se iban depositando las cenizas de la guerra, surgían tensiones entre los aliados.

La rivalidad entre los aliados estaba abocada a incrementarse después de aplastar a sus enemigos alemanes y japoneses. Los ejércitos de Stalin habían llevado a cabo el embate más fuerte en Europa, pero el poder norteamericano también había sido decisivo y estaba creciendo allí. En el

Extremo Oriente, el Ejército Rojo había contribuido poco hasta los últimos días. Además, los Estados Unidos eran la única potencia nuclear del mundo. La administración del orden mundial de posguerra presentaba muchas amenazas para la seguridad soviética y Stalin comprendió enseguida el peligro.

Si su régimen era impopular en el extranjero, no era mucho más atractivo para los ciudadanos soviéticos. Había una paradoja en esto. Indudablemente, la guerra había hecho maravillas para mejorar la reputación de Stalin en la URSS; se le consideraba en gran medida la encarnación del patriotismo y la victoria. Incluso muchos que lo detestaban habían llegado a tributarle cierto respeto —y cuando se entrevistaba a disidentes de la Unión Soviética se notaba que estaban de acuerdo con algunos valores primordiales propagados por las autoridades—. El compromiso con la educación, la vivienda y la salud, así como el pleno empleo, contaban con un apoyo duradero. Pero los oponentes dentro de la URSS eran realmente numerosos. La resistencia armada se expandía en Estonia, Letonia y Lituania, en Bielorrusia occidental y en Ucrania occidental. Eran zonas de reciente anexión. En otras partes el régimen seguía controlando la situación de manera estable y pocos ciudadanos se animaban a organizarse contra Stalin y sus subordinados. La mayoría de los que sí se animaban eran gente joven, especialmente estudiantes, que no habían vivido el Gran Terror. En las universidades se formaron grupúsculos clandestinos. Se caracterizaban por dedicarse a purificar la ideología y el comportamiento marxista-leninistas de la contaminación estalinista: el adoctrinamiento estatal había llevado a los jóvenes más brillantes a apoyar la Revolución de octubre. Era fácil infiltrarse en esos grupos y disolverlos.

Más preocupante para las autoridades era la esperanza que prevalecía en la sociedad de que a la consecución de la victoria militar seguirían enormes cambios en los aspectos político y económico. Stalin era un estudioso de la historia rusa; sabía que la entrada triunfal del ejército imperial ruso en París en 1815 después de la derrota de Napoleón había llevado a la inestabilidad política en Rusia. Los oficiales y las tropas que habían experimentado la mayor libertad civil de que se disfrutaba en Francia nunca volverían a ser los mismos, y en 1825 tuvo lugar un levantamiento que estuvo a punto de

derrocar a los Romónov. Stalin estaba decidido a evitar que se repitiera la revuelta decembrista. El Ejército Rojo que asaltó Berlín había sido testigo de imágenes terribles en Europa oriental y centro-oriental: cámaras de gas, campos de concentración, hambruna y devastación de ciudades. El impacto del nazismo era inconfundible. Pero esos soldados también habían podido vislumbrar un modo de vida distinto y atrayente. Las iglesias y las tiendas estaban abiertas. Los bienes de consumo, que en la URSS sólo se vendían en lugares reservados para las élites, estaban disponibles, al menos en la mayoría de las ciudades. La dieta era más diversificada. Los campesinos, aunque no fueran bien vestidos, no siempre tenían un aspecto miserable. La reglamentación rígida de la URSS también estaba ausente en los países por los que habían pasado, incluida la propia Alemania.

Stalin no recibió informes explícitos acerca de todo esto: las agencias de seguridad habían aprendido largo tiempo atrás que debían presentarle la verdad en términos ideológicamente aceptables, y Stalin no quería ni oír hablar de que la vida era más agradable en el extranjero. Lo que le dijeron ya era bastante alarmante. El botín que se trajeron los soldados incluía toda clase de objetos, desde alfombras, pianos y cuadros hasta discos, calcetines y ropa interior. Los soldados del Ejército Rojo habían adquirido el hábito de coleccionar relojes de pulsera y con cierta frecuencia se los ponían todos al mismo tiempo. Incluso los civiles que no habían ido más allá de las viejas fronteras soviéticas, pero que habían estado sometidos al gobierno militar alemán, habían experimentado otro modo de vida que no les había resultado desagradable en todos los aspectos. Las iglesias, las tiendas y los pequeños talleres volvieron a funcionar después del éxito inicial de la Operación Barbarroja. Estos ciudadanos soviéticos no contaban con un botín de guerra ni con la experiencia de un viaje al extranjero, pero tenían grandes expectativas de que las cosas cambiaran en la URSS. En realidad, a lo largo y ancho de toda la Unión Soviética había un sentimiento popular de que había valido la pena luchar en la guerra sólo si se llevaban a cabo las reformas[12].

Y así, bajo las drapeadas banderas rojas de la victoria el peligro y la incertidumbre acechaban a Stalin y su régimen. Él entendía la situación mejor que nadie cercano a él en el Kremlin. Tanto esta conciencia como su

perenne aspereza hicieron que fuera tan cortante con Jrushchov después de la caída de Berlín. Se daba cuenta de que se aproximaban momentos críticos.

Con todo, no habría sido humano si ocasionalmente no se hubiese visto dominado por sentimientos más afables. En las ceremonias públicas sacaba pecho. Las numerosas delegaciones de dignatarios extranjeros que llegaron a Moscú al final de la Segunda Guerra Mundial captaron el sentido de su actitud. En tales ocasiones dejaba que el orgullo se impusiera sobre las preocupaciones. Stalin, el Ejército Rojo y la URSS habían ganado la guerra contra un enemigo terrible. Como era habitual, comparaba las condiciones actuales con las que habían prevalecido bajo su admirado predecesor. Esto se desprendía claramente de lo que dijo a los visitantes yugoslavos[13]:

> En su época Lenin no soñó con la correlación de fuerzas que ahora hemos conseguido en esta guerra. Lenin contaba con que todo el mundo iba a atacarnos y con que sería bueno que por lo menos algún país distante, por ejemplo, los Estados Unidos de América, pudiera permanecer neutral. Pero ahora resulta que un grupo de la burguesía fue a la guerra contra nosotros y otro estuvo de nuestro lado. Antes Leninno creyó posible que pudiera establecerse una alianza con un ala de la burguesía y luchar contra otra. Esto es lo que hemos logrado (…)

Stalin se enorgullecía de haber dado un paso más adelante de lo que Lenin había considerado posible. Mientras que Lenin había tenido la esperanza de preservar el estado soviético manteniéndose fuera de los conflictos militares entre las grandes potencias capitalistas y dejando que lucharan unas contra otras, Stalin había convertido a la URSS en una gran potencia por derecho propio. Tal era su fuerza que los Estados Unidos y el Reino Unido se habían visto obligados a buscar su ayuda.

Sin embargo, ¿durante cuanto tiempo se mantendría la alianza después del fin de las hostilidades con Alemania y Japón? Acerca de esto, Stalin se mostró tranquilo y categórico cuando se encontró con una delegación comunista polaca[14]:

> Nuestros enemigos están difundiendo intensamente rumores de guerra.
>
> El inglés *[sic]* y los norteamericanos están usando a sus agentes para difundir rumores con el fin de asustar a los pueblos de aquellos países cuyas políticas no les agradan. Ni nosotros ni los angloamericanos podemos entrar en guerra en este momento. Todos estamos hartos de guerra. Más aún, no hay intenciones de ir a la guerra. No nos estamos preparando para atacar Inglaterra y Norteamérica, y ellos tampoco van a correr ese riesgo. Ninguna guerra es posible por lo menos hasta dentro de veinte años.

A pesar de lo que decía en público acerca de las tendencias beligerantes de los aliados occidentales, esperaba que hubiese un largo período de paz a partir de 1945. La Unión Soviética y los estados afines a ella en Europa del Este afrontarían tiempos difíciles. La devastación producida por la guerra y las complicaciones de la consolidación en la posguerra agotarían las mentes y las energías del movimiento comunista durante muchos años. Pero la URSS estaba segura en su fortaleza.

Para muchos, especialmente para aquellos que no eran conscientes de las actividades criminales de Stalin, no habría habido victoria soviética en la Segunda Guerra Mundial sino hubiese sido por su contribución —y tal vez Alemania habría estado fustigando al continente europeo de forma permanente—. También en la URSS se habían intensificado los elogios hacia él, aunque sería un error pensar que el grado exacto de apoyo con que contaba era perceptible. No sería incorrecto suponer que la mayoría de los ciudadanos tenían sentimientos contradictorios hacia él. Durante toda la guerra había evitado identificarse con políticas específicas. Había cometido ese error durante la colectivización agrícola a finales de la década de los veinte y la maniobra de autodistanciamiento de «Mareados por el éxito» no había logrado salvarlo del oprobio del campesinado. Por lo tanto, para todo el mundo no estaba claro quién era en realidad el responsable de los horrores que habrían podido evitarse durante la guerra. Millones de ciudadanos estaban dispuestos a concederle el beneficio de la duda:

deseaban una distensión del régimen y suponían que llegaría tan pronto como terminara la guerra.

Stalin era mucho más amado de lo que tenía derecho a esperar. En los momentos más apacibles le gustaba compararse con los líderes aliados. Decía a los demás que sus cualidades incluían «inteligencia, análisis, reflexión». Churchill, Roosevelt y otros eran diferentes: «Ellos —los líderes burgueses— son resentidos y vengativos. Hay que saber controlar los sentimientos; si uno permite que los sentimientos se impongan, sale perdiendo»[15]. Esto resultaba un tanto gracioso viniendo de un líder cuya tendencia a la violencia era extrema. Pero Stalin no tenía una actitud autocrítica. En un encuentro secreto con comunistas búlgaros, se burló de Churchill por no haber logrado prever su derrota en las elecciones al Parlamento británico en julio de 1945 —y Churchill, según Mólotov, era el político extranjero más respetado por Stalin—. La conclusión era obvia: Stalin había llegado a convencerse de su propia genialidad. Era el amo de una superpotencia que comenzaba a hacer realidad su destino. El nombre de Stalin era tan glorioso como la victoria celebrada por el partido comunista y el Ejército Rojo. El hijo del zapatero de Gori había adquirido renombre mundial.

QUINTA PARTE

EL EMPERADOR

EL GOLPE

La mente de Stalin era un reloj parado. En 1945 no había posibilidad alguna de que pudiera satisfacer el deseo del pueblo de que se produjeran reformas. Sus presupuestos políticos se habían endurecido como estalactitas. Sabía lo que hacía. Si hubiera distendido el régimen, habría puesto en peligro su supremacía personal. Esta consideración contaba para él más que la evidencia de que su modo de gobernar minaba el objetivo de alcanzar una competitividad económica duradera y un dinamismo político. Stalin se limitó a pensar estrictamente dentro del marco de su visión del mundo y de sus presupuestos. Los hábitos del despotismo lo habían anestesiado para percibir el sufrimiento humano. Digería a diario montones de hechos y desechaba la información que no le agradaba.

Sólo su muerte o una drástica incapacidad física podrían haber dirigido los mecanismos hacia una reforma. En realidad, pudo haber muerto en la primera mitad de octubre de 1945 debido a una afección cardiaca[1]. Los años se le venían encima. Había tenido momentos de mala salud desde la Revolución y la Segunda Guerra Mundial le había impuesto una pesada carga. A la edad de sesenta y seis años, ya hacía largo tiempo que había dejado atrás la flor de la edad. El problema cardiaco se ocultó como un secreto de estado y Stalin optó por tomarse dos meses de vacaciones[2], pero estos padecimientos físicos habían sido frecuentes durante los años de entreguerras. Ni siquiera los miembros de su entorno estaban al tanto de los detalles de su estado físico —sencillamente dejó que supusieran que sufría una enfermedad de poca importancia—. Aparte de su médico, Vladímir Vinográdov, nadie conocía los diagnósticos. Los miembros del Politburó sabían que tenían que abstenerse de demostrar cualquier tipo de curiosidad.

Habría sido peligroso que Stalin pensara que percibían su creciente fragilidad. Al instante habría sospechado que estaba a punto de producirse un golpe contra él. Bastaba con que albergara en su mente la menor sombra de duda sobre cualquier individuo para que lo pusiera en manos de las fuerzas de seguridad.

A pesar de su deterioro físico, podía seguir gobernando la URSS a través de las instituciones, el personal y los procedimientos existentes. La supremacía personal de Stalin se sustentaba en la continuidad de la dictadura de partido único. El control ideológico y el terror siguieron siendo instrumentos indispensables de su despotismo —y nunca vaciló en su determinación de seguir manteniéndolos—. No dejó de pensar en la política internacional y se propuso fortalecer la posición de la URSS como gran potencia. Reforzó la hegemonía soviética sobre los países de las fronteras occidentales: la zona de Europa conquistada por el Ejército Rojo tenía que permanecer bajo su férreo dominio y buscaría la ocasión de extender la influencia de la URSS en Asia. Tras haber ganado la guerra contra el Tercer Reich, Stalin no tenía la intención de plegarse a los designios de los aliados occidentales. En un encuentro con sus íntimos, les ordenó «asestar un fuerte golpe» ante la menor insinuación de que sería deseable la «democracia» en la URSS[3]. En opinión de Stalin, las aspiraciones democráticas de la sociedad soviética eran la desafortunada consecuencia de la cooperación con los Estados Unidos y el Reino Unido desde 1941. Desde 1917 los políticos occidentales habían temido la expansión del bacilo revolucionario proveniente de Rusia y desde 1945 Stalin temía que su URSS se viera afectada por infecciones contrarrevolucionarias: los parlamentos y los mercados eran en su concepción las plagas del orden capitalista y había que impedir que vertieran su veneno en el país.

Cultivó sus relaciones con los aliados occidentales y buscó beneficios económicos a través del incremento del comercio y los préstamos. Permitió que se extendiera en cierta medida el debate público después de la guerra. Consideró medidas para extender la producción de bienes de consumo industriales. Aun así, hizo que estas tendencias se subordinaran al logro de otras prioridades. Stalin no dejó que nada se interpusiera en el camino de mejorar el poder militar y la seguridad del país —y comenzó a destinar

vastos recursos para la adquisición de su propia bomba A y para someter a Europa central y centro-oriental al dominio del Kremlin—. La cuestión no era si Stalin iba a gobernar con moderación o crueldad, sino cuál sería el grado de crueldad que decidiría aplicar. Había una estrecha vinculación entre la política exterior y la interior. La ferocidad dentro de la URSS tenía ramificaciones en el extranjero. Asimismo, era muy probable que cualquier previsible deterioro de las relaciones con los aliados occidentales lo indujera a reforzar las medidas represivas en el país.

Stalin había deportado a varias nacionalidades caucásicas a la inhóspita Kazajstán entre 1943 y 1944. Había arrestado a las distintas élites de Estonia, Letonia y Lituania cuando volvió a anexionarse esos estados en 1944; las víctimas fueron fusiladas, arrojadas al Gulag o expulsadas a asentamientos en Siberia. La deskulakización y la desclericalización se impusieron sangrientamente y 142.000 ciudadanos de estas nuevas repúblicas soviéticas fueron deportados entre 1945 y 1949[4]. Stalin hizo que las agencias de inteligencia trabajaran para capturar a cualquiera que fuese desleal con él o con el estado. Mandó a los prisioneros de guerra soviéticos a campos de «depuración» después de que fueran liberados del cautiverio alemán. La increíble cifra de 2.775.700 antiguos soldados del Ejército Rojo fueron sometidos a interrogatorio al ser repatriados y aproximadamente la mitad de ellos aterrizó en un campo de trabajo[5]. Por todas partes tanto la policía como el partido buscaban indicios de insubordinación. La propaganda marxista-leninista recuperó su lugar preponderante hacia el final de la guerra y se siguió insistiendo en ella después de 1945. Los ciudadanos de la URSS estaban destinados a perder sus ilusiones: el orden anterior a la guerra iba a ser reintroducido con firmeza.

Las fuerzas armadas soviéticas y las agencias de seguridad actuaban plenamente dentro de los límites de la propia URSS. Incluso la tarea de alimentar al ejército era dificultosa[6]. La resistencia en las regiones que habían quedado fuera de la URSS antes de la Segunda Guerra Mundial era intensa. La guerrilla partisana en defensa de la nacionalidad, la religión y los usos y costumbres sociales era fuerte en Estonia, Letonia y Lituania, en Bielorrusia occidental y en Ucrania occidental. Stalin no era el único

político del Kremlin que consideraba necesarias las represalias generalizadas. Se corrió la voz de que los nuevos límites de la URSS eran permanentes y no negociables y que sus ciudadanos tenían que aceptar el hecho o sufrir las consecuencias. Stalin estaba convirtiendo el país en un campamento militar. Al asumir el título de generalísimo —al igual que uno de sus héroes, Suvórov—, el 28 de junio de 1945, indicó las reglas que iba a imprimir a la vida pública soviética. Los uniformes, el reclutamiento y el armamento eran objeto de elogio. Los editoriales de *Pravda* estaban llenos de llamamientos a obedecer al partido y al gobierno. La necesidad de la defensa del estado se transmitía de forma habitual en los medios. No se daba la sensación de que el período de paz fuera a durar mucho tiempo. Los medios oficiales insistían en que la sociedad tendría que realizar más sacrificios.

Mientras tanto, en la mitad de Europa que controlaba la URSS consolidó la victoria obtenida sobre la Alemania nazi. El Ejército Rojo y la NKVD confinaron a los pueblos «liberados» dentro de un marco de políticas favorables a los partidos comunistas locales. Stalin había estado preparando este desenlace durante un par de años. Los antiguos diplomáticos Maxim Litvínov e Iván Maiski, a quienes había destituido cuando consideró que ambos eran demasiado blandos con los aliados occidentales, siguieron encargados de la preparación de documentos secretos acerca del futuro tanto de Europa como de la Gran Alianza[7]. La derrota alemana hizo que fuera urgente establecer líneas de acción para preservar la hegemonía de la URSS sobre Europa oriental. Stalin adoptó una estrategia diversificada. En Alemania se propuso aumentar su influencia en Prusia, que quedaba en la zona de ocupación soviética, sin provocar conflictos diplomáticos con los aliados. En otros países tenía mayor margen de maniobra, pero aún tenía que andarse con cuidado. Los comunistas eran pocos fuera de Yugoslavia y sólo tenían algunos seguidores. Al principio Stalin se movió con cautela. Al incorporar comunistas a los gobiernos de coalición, soslayaba el establecimiento de dictaduras comunistas puras y duras.

La política exterior de Stalin más allá de los países bajo el control directo de la URSS era compleja. Nunca terminaba de desarrollarse. Se lo

pensaba dos veces antes de molestar a los otros miembros de la Gran Alianza; no quería poner en peligro sus ganancias en Europa central y centro-oriental y al mismo tiempo carecía de la capacidad militar necesaria para equipararse a los norteamericanos. También estaba ansioso por obtener lo más posible de la relación que había mantenido con los Estados Unidos durante la guerra. Los desastres de la guerra dejaban pocas perspectivas a la URSS de exportar grano, combustible y madera para pagar las importaciones de maquinaria y tecnología, como había hecho Stalin en la década de los treinta. Un préstamo estatal norteamericano ayudaría enormemente y durante un par de años éste siguió siendo uno de sus objetivos primordiales.

Al mismo tiempo, y con la colaboración de Mólotov, trató de ampliar la influencia soviética en todo el mundo. En opinión de ambos, la sangre de los muertos soviéticos en la guerra le otorgaba a Moscú el derecho de afirmarse en pie de igualdad con Washington y Londres. La mitad oriental de Europa no era el límite de sus ambiciones. Después del desmoronamiento del imperio italiano de Mussolini, Stalin dio instrucciones a Mólotov para insistir en que la recientemente liberada Libia fuera declarada protectorado soviético. Tampoco se apresuró a ordenar la retirada del Ejército Rojo del norte de Irán, donde los azeríes eran la mayoría de la población. Hubo conversaciones en el Kremlin para anexionar el territorio al Azerbaiyán soviético —los dirigentes comunistas azerbaiyanos estaban especialmente ansiosos—[8]. No se sabe si Stalin esperaba verdaderamente que los aliados accedieran. Tal vez sólo estaba tirándose un farol. De cualquier modo, era lo suficientemente realista como para darse cuenta de que la URSS no podría minar «la hegemonía anglo-americana» en la mayor parte del globo hasta que sus científicos no hubieran desarrollado bombas del tipo de las que las fuerzas aéreas norteamericanas habían lanzado sobre Hiroshima y Nagasaki. Como Hitler, Stalin no había logrado comprender el poder destructivo de las armas nucleares. Trató de rectificar la situación poniendo a Beria, un miembro del Politburó, a cargo del programa soviético de investigación. El objetivo era que la URSS se pusiera a la altura de los norteamericanos sin demora.

Los otros habitantes del Kremlin no eran menos brutales que Stalin; no habrían conservado sus puestos mucho tiempo de no haber demostrado su nivel de amoralidad. Aun así, su conocimiento de las condiciones en la URSS hacía que algunos de ellos dudaran de que las políticas de antes de la guerra fueran lo más acertado. Finalmente Stalin tuvo ocasión de ser testigo de lo mal que estaban las cosas. En el verano de 1946 fue en coche al mar Negro. Su comitiva de vehículos avanzaba con lentitud. Las carreteras estaban en un estado deplorable y Stalin y sus invitados, acompañados de cientos de guardias, tuvieron que parar en muchas ciudades. Fue recibido por los líderes comunistas locales, que se desvivieron por mostrar su destreza para regenerar el país después de la destrucción ocurrida entre 1941 y 1945. En Ucrania, donde la escasez de grano ya estaba convirtiéndose en hambruna, se le sirvió a Stalin una comida exquisita. Cada noche su mesa rebosaba de carne, pescado, verduras y frutas. Pero los intentos de disimular la situación no surtieron efecto. Pudo ver con sus propios ojos que a los lados de la carretera la gente todavía vivía en agujeros en el suelo y que los escombros de la guerra yacían por todas partes —y esto, según su ama de llaves, Valentina Istómina, lo puso nervioso—[9]. Si hubiese viajado en su vagón de tren FD 3878, no habría visto todo eso.

Se recuperó de esas tribulaciones. No iba a cambiar de política simplemente porque la mayoría de los ciudadanos, después de una guerra agotadora, estuvieran hambrientos y en la indigencia. Confiaba en que podría seguir imponiendo un presupuesto estatal que minimizara la atención al bienestar del pueblo. Los miembros del Politburó pronto lo entendieron. Si deseaban influir en el programa del partido y el gobierno, tenían que ser cautelosos al presentar sus ideas al Líder —y a veces sobrestimaba su nivel de tolerancia—. Después de 1945 se sometieron a discusión algunas ideas. Los miembros del Politburó tenían que actuar con precaución si querían sobrevivir no sólo en el sentido político, sino también físico. Pero al mismo tiempo Stalin los consideraba inútiles si no lograban presentar una propuesta estratégica para afrontar las dificultades de la URSS. Esto era lo que exigía de sus subordinados; no se les permitía simplemente gestionar las políticas existentes. Stalin tenía el talento de hacer que le revelaran lo

que tenían en mente. No era muy difícil, ya que tenía poder sobre sus vidas. Al mismo tiempo, ellos lo sabían y aun así tenían que simular ante él y ante ellos mismos que lo ignoraban. Mientras Stalin estuviera vivo, tenían que participar en el juego según sus reglas.

Varios de ellos —Beria, Malenkov y Jrushchov— más tarde revelaron que comprendían que el grado de represión del régimen era contraproducente incluso en el aspecto económico. Cuando se revisaban las cuentas anuales, quedaba claro como el agua que el sistema de trabajo forzado del Gulag le costaba al estado más de lo que ingresaba y comenzaron a introducirse incentivos monetarios para elevar la productividad de los campos[10]. Esto apenas puede sorprender. Los maltrechos prisioneros que trabajaban mal alimentados y sin cuidados médicos en Siberia y en el norte de Rusia no lo hacían con la eficiencia de hombres y mujeres libres. Además, para mantenerlos cautivos se requería toda una legión de administradores, guardianes, ferroviarios y secretarios. Este sistema de esclavitud no declarada no era el modo más efectivo de obtener madera, oro y uranio. Pero nadie podía decírselo directamente al Líder por temor a sumarse a la banda de esclavos. Sin embargo, la cúpula gobernante sabía la verdad sobre el Gulag.

Otros apartados del programa de Stalin también preocupaban a varios de los miembros del Politburó. Malenkov más tarde defendería el desarrollo de la industria ligera, especialmente la necesidad de incrementar la actividad industrial en la producción de bienes de consumo. Beria se preocupó posteriormente por el efecto ofensivo de la política oficial sobre aquellos que no pertenecían a la nación rusa; también puso reparos a los controles extremos de la expresión cultural. Jrushchov, consciente de que la mayoría de los ciudadanos no tenía satisfechas sus necesidades básicas, se daba cuenta de que era fundamental una reforma agraria. Acerca de la política exterior era todavía más peligroso expresar una opinión y, después del debate inicial acerca de las posibilidades del movimiento comunista mundial, Stalin mantuvo una postura drástica: quedó para los dirigentes soviéticos que le sucederían —de nuevo Beria y Malenkov— insistir en que una Tercera Guerra Mundial sería un desastre para la raza humana. Por debajo de la superficie de la política oficial se percibía que algo tenía que

cambiar. Varios miembros del Politburó entendían que las rigideces del marxismo-leninismo-estalinismo no aportaban una solución permanente después de la guerra. La situación debía modificarse no sólo por el bien de los miembros del Politburó, sino también para conservar el poder y el prestigio de la URSS.

Sin embargo, mientras Stalin vivió sus políticas fueron indiscutibles. No era completamente inflexible y algunos «compromisos» del tiempo de la guerra permanecieron firmes. No abandonó el entendimiento de entonces con la Iglesia Ortodoxa Rusa. Las iglesias que habían vuelto a abrir sus puertas en la guerra siguieron funcionando y el patriarca accedió a actuar como embajador no oficial de la «política de paz» del gobierno soviético —y la Iglesia Ortodoxa Rusa ocupó ávidamente los edificios que antes habían pertenecido a otras iglesias cristianas.

Stalin también persistió en la preferencia ideológica que había mostrado durante la guerra por los rusos. Esto era obvio en los libros de texto de historia. Antes de 1941 todavía era aceptable mostrar respeto por aquellos que se habían opuesto a la expansión del Imperio ruso. Shamil, el clérigo musulmán que luchó contra los ejércitos de Nicolás I y de Alejandro II en Daguestán y Chechenia, obtenía reconocimiento como héroe antizarista. Después de la Segunda Guerra Mundial su reputación se ensombreció notablemente. En realidad, todas y cada una de las figuras históricas del pasado prerrevolucionario que no habían dado la bienvenida a los ejércitos de los zares fueron condenadas por reaccionarias. Se suponía que Rusia había llevado la cultura, la ilustración y el orden a sus territorios fronterizos. El tratamiento que se le deparó a Shamil fue una prueba evidente del giro político que había experimentado la cuestión nacional. Lo mismo sucedió con los símbolos visuales del paisaje urbano. Para la celebración del octavo centenario de la fundación de Moscú en septiembre de 1947, Stalin encargó que se erigiese una estatua del príncipe Yuri Dolgoruki en la calle Gorki. Su fornido cuerpo cubierto por una cota de malla estaba concebido para inducir un temor reverente ante la grandeza de la Moscovia medieval[11]. El brindis de Stalin por la nación rusa del 24 de mayo de 1945 no había sido una fantasía volátil.

Incluso las limitaciones impuestas a la expresión cultural todavía mantenían la flexibilidad concedida durante la guerra. En las artes y la investigación la situación gozó de un margen de libertad algo mayor que antes de la Gran Guerra Patria. El compositor Shostakóvich y la poetisa Ajmátova todavía podían hacer llegar sus obras al público. Los investigadores también siguieron beneficiándose de un ambiente de trabajo menos riguroso que antes de la guerra.

El acceso de los ciudadanos soviéticos a los bienes materiales continuaba presente en la mente de Stalin y de su gobierno; no dejaban de percibir las altas expectativas que la victoria en la guerra había suscitado entre los pueblos de la URSS. Al principio Stalin no planeó una economía de escasez. Aunque impuso un férreo control sobre la política, todavía tenía el objetivo de expandir el abastecimiento de alimentos y de productos industriales a través del comercio al por menor. Algunos decretos gubernamentales confirmaron este propósito entre 1946 y 1948[12]. Se hablaba mucho de estimular la producción y la distribución de bienes de consumo, y se reconocía que sería necesaria cierta reorganización de las estructuras comerciales[13]. Para que esto pudiera hacerse realidad también tenía que ponerse fin a la inflación de la época de guerra. En diciembre de 1947, el partido y el gobierno anunciaron de golpe una devaluación del rublo. Los ahorros de los ciudadanos se redujeron automáticamente a una décima parte de lo que habían sido. El mismo mes se emitió un decreto para terminar con el sistema de cartilla de racionamiento: los ciudadanos soviéticos tenían que comprar lo que pudieran con los rublos que tenían en los bolsillos o bajo el colchón[14].

La URSS no fue el único estado que tomó medidas drásticas para la recuperación económica de la posguerra. Aun así, pocos gobiernos actuaron con tan poca consideración hacia las dificultades a las que se enfrentaban los consumidores. Las medidas se anunciaban de repente y sin advertencia previa. Stalin siempre había gobernado de ese modo. Esperaba que «el pueblo» aceptara dócilmente lo que ordenaba. Aunque irritó a millones de ciudadanos con la devaluación de la moneda, esto tuvo poca incidencia en su ruina: la razón por la que habían tenido tanto dinero era que no tenían en qué gastarlo. Sus propios ahorros se depreciaron por el decreto de

devaluación, pero él nunca había sido un hombre materialista. Cuando murió, en la dacha Blízhniaia se encontraron varios sobres sin abrir con sueldos intactos. Lo que le importaba no era la riqueza, sino el poder. En cualquier caso, tanto él como sus subordinados más cercanos estaban protegidos de cualquier influencia financiera adversa por la cadena de tiendas especiales. Durante largo tiempo Stalin había instado a sus informantes a que restaran importancia a las noticias de la difícil situación. En 1947 tuvo lugar una terrible hambruna en toda Ucrania. Jrushchov tuvo que ocuparse del asunto en su calidad de jefe del partido en Kíev. Aunque solicitó ayuda al Kremlin, se mantuvo cauteloso por temor a que Stalin llegara a la conclusión de que se había vuelto blando. Por lo tanto, no llegaba a oídos de Stalin lo mala que era la situación[15].

Pero incluso las cautas palabras de Jrushchov le preocuparon: «Stalin me envió un telegrama de lo más grosero e insultante donde decía que yo era una persona sospechosa: escribía un memorándum para tratar de demostrar que Ucrania no podría cumplir con la recaudación estatal [cuotas] y pedía un exorbitante aumento de cartillas de racionamiento para alimentar a la gente»[16]. Stalin no era el responsable de la sequía que había echado a perder la cosecha de 1946, pero seguía siendo el fundador y director del sistema de granjas colectivas, y su feroz negativa a la petición de ayuda a Ucrania le hace culpable de la muerte de millones de personas durante la hambruna de finales de la década de los cuarenta. Incluso hubo casos de canibalismo. La experiencia marcó a Jrushchov. Había llegado a entender la brutalidad idiota del orden económico soviético. Stalin era incapaz de tener una reacción similar. Al igual que Lenin, odiaba todo indicio de lo que consideraba como sentimentalismo, y tanto Lenin como Stalin tendían a suponer en primera instancia que cualquier informe acerca de las penurias del campo era producto de los engaños urdidos por los campesinos para obtener el favor de las autoridades urbanas[17].

Pero ni Stalin ni sus subordinados en el poder central podían controlarlo todo. Se concentraron en restaurar la autoridad en aquellos sectores del estado y la sociedad en los que había prevalecido antes de 1941. A veces, pero no siempre, esto suponía algún cambio de contenido en la política. Aun así, no tiene sentido denominar a este período «apogeo del

estalinismo», aunque varios estudiosos occidentales han querido afirmar que los años de posguerra fueron excepcionales. De hecho, la política de Stalin era en gran medida reaccionaria: ajustaba el orden soviético al modelo que había impuesto más o menos antes de la Operación Barbarroja. Sin embargo, la sociedad en Rusia y en sus territorios fronterizos nunca llegó a estar absolutamente regida por el Kremlin. La vieja amalgama de reglamentación y caos persistió. Varios grupos sociales se mostraban más proclives a expresar sus deseos que antes de la guerra. Obviamente los primeros eran los partisanos de los nuevos territorios anexionados en el oeste de la URSS. El Gulag tampoco se mantenía inactivo. El arresto de los disidentes ucranianos y bálticos introdujo en los campos de trabajo un elemento intransigente sustentado en la fe religiosa y en el orgullo nacional, que apenas si se había percibido en el complejo del Gulag antes de la guerra.

Si un estado totalitario no podía impedir las protestas y las huelgas en sus lugares de confinamiento, algo andaba mal —y varios de los dirigentes del Kremlin eran conscientes de esto por más que lo mantuvieran en secreto ante Stalin—. La agitación en el Gulag tuvo lugar a pesar de la intensificación de las campañas represivas. Incluso en las partes más consolidadas de la URSS existían ciertas creencias y comportamientos que permanecieron tenazmente reacios a la manipulación política. Las políticas coercitivas durante la guerra habían concentrado sus esfuerzos en erradicar el derrotismo. Pero mucha gente, en particular los más jóvenes, sólo deseaban proseguir con sus vidas sin la intervención del estado. Los jóvenes adoptaron la música occidental y, en algunos casos, también la forma de vestir de moda en Occidente[18]. La alienación de los estudiantes moscovitas era particularmente pronunciada. Los trabajadores cualificados también se negaban a ser absorbidos por la propaganda oficial; sabían lo valiosos que eran para las empresas industriales, a las que se les había ordenado aumentar considerablemente la producción. La disciplina del trabajo, que ya no se basaba en sanciones legales tan severas como en los años anteriores a la guerra, rara vez era factible.

Resultaba peligroso presentar informes a Stalin acerca de fenómenos de los que podría haber culpado al informante. Sus colaboradores se

autocensuraban cuando se comunicaban con él[19]. Gobernaba a través de instituciones y nombramientos que él mismo efectuaba. Nunca visitó una fábrica, granja o tienda durante los años de la posguerra (con excepción de un viaje hasta un mercado en Sujumi; esto tampoco había sido diferente en la década de los treinta)[20]. No recibía visitas ajenas a su entorno político, salvo por la breve estancia de sus amigos de la infancia en una de sus dachas del mar Negro[21]. Se relacionaba con la URSS y el movimiento comunista mundial a través de documentos que revestían la forma de decretos, informes y denuncias. No podía saberlo todo.

La incapacidad de Stalin para erradicar la apatía, el caos y la desobediencia persistió. Era el máximo responsable de la decisión de contestar con un golpe a las aspiraciones populares de algún tipo de distensión permanente del régimen soviético. Las suposiciones de que se realizarían cambios al final de la guerra se vieron completamente defraudadas. Cabe preguntarse si la vida de los trabajadores, los *koíjozniki* y los funcionarios habría sido radicalmente diferente si Stalin hubiera muerto en el momento del triunfo militar. La respuesta sólo puede conjeturarse, pero es difícil percibir cómo un régimen de este tipo podría haber permanecido en el poder de no haber continuado aplicando una severa represión. La ruina de ciudades, pueblos y sectores económicos enteros significaba una enorme carga para el presupuesto estatal. La preocupación por la seguridad empeoraba la situación. La carrera para desarrollar armamento nuclear estaba destinada a ser extremadamente costosa para la Unión Soviética. Aunque las relaciones diplomáticas amistosas con los Estados Unidos e incluso la ayuda financiera norteamericana podrían haber aliviado la situación, el problema esencial habría seguido existiendo, por lo que lo más probable es que se hubiera pedido a la capa social que se encontraba por debajo del nivel de las élites locales y centrales que cargara con este peso a expensas de un aplazamiento en la mejora de sus condiciones de vida —y sin el Gulag y las agencias de seguridad esta situación no podría haberse mantenido[22].

Los colaboradores de Stalin necesitaban conservar sus mecanismos represivos si querían sobrevivir. Esto no excluyó la moderación de muchas políticas y, de hecho, sugirieron discretamente algunos cambios en la

política económica, nacional y exterior. Pero ninguno de ellos era un demócrata en sus actuaciones ni un defensor de la economía de mercado. Estaban sometidos al yugo personal de Stalin. Pero no fue precisamente su naturaleza aterradora lo que detuvo los intentos de llevar a cabo reformas sustanciales. El régimen soviético tenía sus propios imperativos inherentes. Nunca había sido tan capaz de adaptarse como las sociedades occidentales y las condiciones después de la Segunda Guerra Mundial reforzaron más que nunca esta falta de flexibilidad. El estalinismo iba a sobrevivir a Stalin.

EL COMIENZO DE LA GUERRA FRÍA

La relación de la URSS con el mundo capitalista fue siempre inestable. La Revolución de octubre sacudió el orden mundial como un terremoto y los temblores se registraron en la política y en la diplomacia tanto de los bolcheviques como de sus enemigos de Occidente. Ningún gobierno pensó que la rivalidad podría quedar eternamente sin resolver. El axioma era que la coexistencia permanente era imposible y que un lado u otro tendría que triunfar. Con todo, los dirigentes comunistas estaban de acuerdo en que debía evitarse la colisión militar directa. Truman, Attlee y Stalin estuvieron de acuerdo en esto sin necesidad de discutirlo y, cuando los comunistas extranjeros de visita en la URSS le preguntaban a Stalin su opinión, insistía en que la Tercera Guerra Mundial —que tanto él como ellos, como marxista-leninistas, consideraban inevitable— no iba a producirse. Pensaba que su voluntad y juicio eran superiores a los de sus colegas de Occidente. También creía que el orden comunista contaba con mayor fortaleza interna en caso de un conflicto con los estados capitalistas. El comunismo se había extendido con rapidez en Europa y Asia. La tecnología de las armas nucleares había sido un sector débil en la Unión Soviética, pero se estaba ocupando del asunto. Había asignado los recursos necesarios para que sus fuerzas armadas se pusieran al mismo nivel que las de los Estados Unidos y se proponía equipararse a ellos en poderío militar.

Ambas partes habían considerado que los acuerdos de la URSS con los gobiernos occidentales, desde los tratados comerciales de 1921 en adelante, podían suspenderse. Los hechos posteriores confirmaron esta idea. En 1924 el Reino Unido deshizo el tratado firmado con el Sovnarkom en 1921. Tanto los japoneses en 1938 como los alemanes en 1941 entraron en guerra

con la URSS a pesar de los acuerdos anteriores. La coalición con el Reino Unido y los Estados Unidos formada por Stalin durante la Segunda Guerra Mundial se había caracterizado desde el principio por la tirantez y la sospecha. Los líderes de la Gran Alianza habían vivido en tensión. Solo la común oposición a los nazis hizo que continuaran las conversaciones. El comunismo y el capitalismo no se llevaban bien.

Pero esto no explica por qué la coalición se rompió cuando lo hizo y cómo lo hizo. Stalin se había pasado la guerra despotricando contra la perfidia de sus socios extranjeros y Truman no se engañaba respecto de lo despiadado que era el líder soviético. No era sólo una cuestión de ideologías y personalidades enfrentadas. Los estados de la Gran Alianza tenían intereses divergentes. El Reino Unido deseaba preservar intacto su imperio, mientras que la URSS y los Estados Unidos aspiraban a desmantelarlo. Los Estados Unidos se proponían lograr la hegemonía en Europa y en el Extremo Oriente, lo que por fuerza inquietaba a los dirigentes políticos soviéticos después de la prolongada lucha contra Alemania y Japón. Sin embargo, la URSS había colocado a Europa central y centro-oriental bajo su dominio directo pese a la promesa que había hecho la Gran Alianza de liberar a todas las naciones del yugo sufrido durante la guerra. El hecho de que la economía soviética, aparte del sector del armamento, estuviera arruinada, fortalecía la confianza de Truman. Los Estados Unidos exhibían su poder financiero y militar en todo el mundo y hasta 1949 sólo los Estados Unidos tenían armas atómicas, mientras que la URSS no las poseía. Esta situación era peligrosa. Todos los movimientos tácticos de Stalin y Truman debía *hacerse* con mucha cautela si se quería evitar un conflicto militar.

Stalin presintió las dificultades que se avecinaban incluso cuando los alemanes estaban a punto de ser derrotados. La ayuda del préstamo y arriendo se terminó sin previo aviso el 8 de mayo de 1945 y se ordenó a los barcos que estaban en alta mar que volvieran a los Estados Unidos. Para los norteamericanos, la URSS había cumplido con su contribución militar; ahora tenía que demostrar que merecía más ayuda. Las acciones de los norteamericanos en Europa occidental se ajustaban a este modelo. Se brindó apoyo tanto legal como clandestino a agrupaciones políticas de Francia e

Italia que se dedicaban a impedir que aumentara la influencia comunista. Se hizo la vista gorda con respecto al apoyo del general Franco a la causa de Hitler cuando también España quedó sometida a la influencia norteamericana. Los británicos ayudaron a las fuerzas monárquicas de Grecia a derrotar a las bien pertrechadas unidades de comunistas. La administración de Truman buscaba defender los intereses económicos y militares del capitalismo norteamericano en todos los continentes. Adquirieron bases aéreas en África y Asia[1]. Ayudaron a las dictaduras pronorteamericanas de América central y del Sur a hacerse con el poder. Los británicos y los norteamericanos intervinieron en Oriente Medio para garantizar su acceso al petróleo y al combustible barato. Se le concedió autoridad plenipotenciaria al general norteamericano Douglas MacArthur en Japón hasta que pudiese consolidar un estado alineado con la política norteamericana.

El Imperio británico estaba en decadencia y a Stalin no pudo haberle sorprendido que los norteamericanos estuvieran ansiosos por extender su hegemonía política y militar por el mayor número posible de países. Cuando la debilidad política del Reino Unido se hizo manifiesta, la política mundial se convirtió en una competición entre la URSS y los Estados Unidos. Stalin tenía que maniobrar con cuidado. Las negociaciones para fundar la Organización de las Naciones Unidas habían comenzado en San Francisco en abril de 1945. Stalin quería que la URSS fuera miembro del Consejo de Seguridad y que se le asegurara que podría ejercer en él el derecho de veto. Mólotov negociaba siguiendo las órdenes de Stalin. No fue una experiencia agradable, ya que a los norteamericanos ya no les preocupaban las susceptibilidades de sus interlocutores soviéticos[2].

Las políticas de la URSS se hicieron más claras en 1946. Para entonces Churchill no estaba en el cargo, pero su discurso en Fulton, en Missouri, el 5 de marzo rechazó todo intento de conciliación. Churchill habló de un «telón de acero» que Stalin y la dirección comunista habían extendido en el centro de Europa. Debían cesar las concesiones a la URSS. Churchill resumía lo que Truman había dicho de modo menos sistemático desde el inicio de su presidencia. Pero esto dejaba una laguna en el pensamiento estratégico anglo-norteamericano. La laguna se llenó gracias a un telegrama

enviado desde Moscú por el diplomático norteamericano George Kennan el 22 de febrero. Kennan afirmaba que los aliados occidentales debían encontrar el modo de «poner un freno» a su adversario mundial en vez de utilizar la fuerza militar. Mediante un mayor desarrollo de las armas nucleares los norteamericanos podrían disuadir a la URSS del aventurerismo y la agresión. Este fue el núcleo de la doctrina de estado norteamericana en los años de esplendor y si algún miembro de su cúpula dirigente se atrevía a desafiarla era despojado de su cargo. El presidente Truman fue aún más enérgico en sus negociaciones diplomáticas. Los británicos colaboraban con los Estados Unidos más que tomaban decisiones, pero aprobaron la nueva orientación y Stalin, al que sus agencias de inteligencia proporcionaban información de forma regular, sabía que tenía que tener en cuenta que se habían puesto límites a sus intervenciones en los asuntos mundiales si deseaba evitar la confrontación armada con un enemigo tan poderoso.

En el año 1947 la Gran Alianza giró hacia una abierta discordancia. Varios hechos incrementaron la antipatía mutua. Cada crisis reforzaba la creencia de los dirigentes políticos, incluyendo a Truman y a Stalin, de que sus sospechas crónicas de la potencia rival y de su líder habían estado justificadas. Retomar la cooperación habría sido difícil. Los aliados se encaminaban a trompicones hacia la guerra fría. Truman y Stalin se quejaban el uno del otro. Ambos tenían la sensación de que el poder obtenido gracias a la victoria militar les permitiría mejorar la influencia de sus respectivos estados en el mundo y les garantizaría que su rival —fuera en Washington o en Moscú— no se saliese con la suya.

La URSS había seguido preparándose después de la Segunda Guerra Mundial sin entrar en una contienda. Evitar una Tercera Guerra Mundial era la inmediata prioridad suprema. Poco se hizo en el Extremo Oriente. Stalin aceptó que los norteamericanos tenían un control indiscutible sobre el desarrollo político y económico de Japón; se contentó con la posesión de las islas Kuriles obtenidas en los acuerdos de Yalta. También llegó a la conclusión de que la ocupación prolongada del norte de Irán por parte del Ejército Rojo pondría en peligro las relaciones con los Estados Unidos. Los aliados occidentales exigieron repetidas veces la retirada de las fuerzas

armadas soviéticas y en abril de 1947 Stalin finalmente accedió. El gobierno iraní procedió a suprimir los movimientos separatistas del norte del país. Pero el Ejército Rojo se retiró para no volver. Simultáneamente Stalin trató de presionar a Turquía para que hiciera concesiones territoriales. En este caso, la vigorosa defensa de la soberanía turca por parte del presidente Truman impidió que se llegara a una situación extrema. Las ambiciones quiméricas de Stalin de convertir Libia en un protectorado de la URSS también se abandonaron discretamente después de que el secretario del Foreign Office, Ernest Bevin, montara en cólera en las negociaciones con los diplomáticos soviéticos[3].

El problema serio comenzó el 5 de junio de 1947, cuando el secretario de estado norteamericano George Marshall anunció que se ofrecería ayuda económica a los países europeos que habían sufrido la agresión nazi. La oferta también incluía a la URSS y el plan original de Stalin era que los representantes de Bulgaria y Rumania asistieran a los subsiguientes encuentros preparatorios, que se iban a celebrar en París, con el propósito de cuestionarla, pero luego tuvo otra idea, al convencerse de que se estaba organizando un «bloque occidental contra la Unión Soviética»[4]. Marshall intentaba minar la hegemonía soviética en los países de Europa oriental al brindarles ayuda financiera. El ministro de Asuntos Exteriores soviético trató de averiguar si verdaderamente se otorgarían fondos a la URSS para su recuperación de posguerra. La respuesta fue que los norteamericanos ponían como condición para la ayuda financiera la apertura del mercado. Como Truman y Marshall sabían, no había la menor posibilidad de que Stalin y sus colaboradores aceptaran tal restricción. El Plan Marshall estaba ligado a los objetivos geopolíticos de los Estados Unidos y entre ellos se contaba la drástica reducción del poder de la URSS en Europa. Incluso Jeno Varga, que había sugerido la posibilidad de una transición parlamentaria hacia el comunismo en Europa, consideró al Plan Marshall como una daga que apuntaba a Moscú[5]. La moderación de la política exterior soviética se suspendió. Así empezó la Guerra Fría, a la que se dio este nombre porque nunca implicó un conflicto militar directo entre la URSS y los Estados Unidos.

Tras haber conquistado Europa oriental, Stalin no iba a renunciar a sus ganancias. Se decidió por una perspectiva tradicional de la seguridad basada en estados tapón, concepción que pronto quedaría obsoleta debido a la existencia de bombarderos de largo alcance y misiles nucleares, y que también pasaba por alto la enorme responsabilidad que la URSS asumiría al ocupar estos países y hacerse responsable de sus asuntos internos. La mayoría de ios líderes comunistas de Europa oriental previeron la reacción de Stalin y rompieron las negociaciones con los norteamericanos en París.

Sin embargo, el gobierno checoslovaco, que incluía a ministros comunistas, estaba ansioso por ir a París para discutir las propuestas de Marshall. Una delegación presidida por Klement Gottwald fue recibida en Moscú el 10 de julio de 1947. Stalin estaba furioso[6]:

> Estamos perplejos ante vuestra decisión de participar en ese encuentro. Para nosotros esta cuestión está relacionada con la amistad entre la Unión Soviética y la república de Checoslovaquia. Lo queráis o no, objetivamente estáis contribuyendo a aislar a la Unión Soviética. Podéis ver lo que está sucediendo. Todos los países que tienen relaciones amistosas con nosotros se abstienen de participar, mientras que Checoslovaquia, que también tiene relaciones amistosas con nosotros, participa.

El líder comunista Gottwald dejó que su ministro de Exteriores de tendencia liberal, Tomás Masaryk, se enfrentara al embate. Masaryk le pidió a Stalin que tuviera en mente la dependencia de la industria checoslovaca de Occidente; añadió que los polacos habían querido ir a París. Pero Stalin se mantuvo inconmovible. La resistencia se desmoronó y Masaryk rogó a Stalin y Mólotov que ayudaran a los checoslovacos a formular su negativa a participar. Stalin sencillamente le aconsejó que copiara el modelo búlgaro. Masaryk conservó una pizca de orgullo nacional al afirmar que el gobierno no se reuniría hasta la noche siguiente, pero toda la delegación terminó agradeciendo a Stalin y Mólotov sus «imprescindibles consejos»[7].

Stalin arrojaba barro a la cara a los Estados Unidos y el mundo era testigo. De repente a Truman se le hizo más fácil convencer a los gobiernos

que albergaban dudas acerca del endurecimiento de la política norteamericana hacia la URSS; también le resultó de ayuda en su campaña el haber convencido al Congreso de los Estados Unidos de que la ayuda financiera, al menos en Europa occidental, era de interés primordial para los Estados Unidos. Stalin no tenía más remedio que tomar una decisión estratégica. Se enfrentaba a un desafío definitivo: el presidente norteamericano deseaba colocar al mayor número posible de estados europeos bajo la hegemonía de su país y brindar beneficios a sus corporaciones industriales y comerciales. La economía de la URSS seguía en una situación apremiante y los norteamericanos no tenían incentivos objetivos para contribuir a su recuperación. Aun así, Stalin pudo haber manejado la situación con más sutileza. En lugar de escupirle a Truman a la cara los términos del acuerdo, pudo haber llevado a cabo negociaciones y haber probado al mundo que el aparente altruismo del Plan Marshall ocultaba los propios intereses de los norteamericanos. Pero Stalin ya había tomado una decisión. Nunca volvió a encontrarse con Truman después de Potsdam ni tampoco lo intentó. Tampoco se tomaría la molestia de negociar con los diplomáticos occidentales. Los Estados Unidos habían arrojado el guante y él iba a recogerlo.

Aun así, los norteamericanos se abstuvieron de avanzar más en el intento de separar a Europa del Este de la URSS. Se interpretó que la política de contención implicaba una aceptación de que esos países caerían dentro de la zona de influencia soviética. La posibilidad de liberarlos alcanzó su punto culminante en 1945. La opinión pública occidental podía ser manipulada, pero solo hasta cierto punto, en especial dos años después de la guerra. Los norteamericanos y los británicos habían aprendido a respetar al «tío Joe»; también les habían dicho que la guerra terminaría definitivamente cuando Alemania y Japón hubieran sido derrotados. No habría sido fácil inducir a los soldados británicos o norteamericanos a empezar a combatir a mediados de 1947.

Las represalias soviéticas contra la iniciativa norteamericana no tardarían en llegar. En septiembre de 1947 se convocó una conferencia de partidos comunistas en Sklarska Poręba, en Polonia. Stalin no se dignó asistir. Tras haber ordenado la creación de un férreo sistema de

coordinación por teléfono y telegrama, envió a Zhdánov como representante suyo. Se habían dado las oportunas instrucciones a Zhdánov y se comunicaba con Moscú cada vez que se presentaba un imprevisto. El objetivo organizativo era formar un Buró Informativo (o Cominform) para coordinar la actividad comunista en los países de Europa oriental y también en Italia y Francia. Cuando empeoraron las relaciones con los Estados Unidos, Stalin retiró su apoyo a la idea de que la transición al comunismo en esos países se hiciera según modalidades diversas. Se hizo un llamamiento a acelerar el proceso de instalación del comunismo en Europa del Este; en Europa occidental, los partidos italiano y francés fueron reprendidos por su resistencia a abandonar la tendencia par-lamentarista (¡aunque había sido Stalin el que la había instigado!). El emplazamiento de un orden comunista rígido era el objetivo al este del Elba. Stalin también tenía puestas sus ambiciones en otros lugares. Trató de quebrar la hegemonía «anglo-norteamericana» en Europa occidental mediante la única opción que tenía a mano: la militancia en los partidos comunistas[8].

Aun así, la flagrante intromisión norteamericana en las elecciones italianas a través de las subvenciones al Partido Democristiano resultó efectiva. En las dos mitades de Europa los campos armados de los antiguos aliados se enfrentaban entre sí. Sin embargo, persistía la ambigüedad sobre Alemania, donde los Estados Unidos, la URSS, el Reino Unido y Francia tenían fuerzas de ocupación en sus respectivas zonas. Cada una de estas potencias también controlaba su propio sector de Berlín, que quedaba dentro de la zona soviética.

Stalin, molesto y frustrado por los acontecimientos, decidió poner a prueba la determinación de las potencias occidentales a la primera oportunidad. Los representantes soviéticos propusieron la formación de un gobierno de unidad alemán, a condición de que Alemania se desmilitarizase. El objetivo de Stalin a largo plazo parecía ser una Alemania comunista o neutral. También aspiraba a que se incrementasen las indemnizaciones a la URSS. El 24 de junio de 1948 Stalin inició un bloqueo de las zonas norteamericana, inglesa y francesa de la ciudad. Incapaz de afianzar la Alemania que le resultaba aceptable, optó por separar la zona oriental bajo ocupación soviética del resto del país. El Ejército

Soviético patrullaba el límite. Era inevitable una confrontación, pero Stalin apostaba a que los aliados occidentales no querrían arriesgarse a una guerra. Calculó mal. Los norteamericanos y los británicos abastecieron por aire a sus sectores de Berlín y Stalin mismo tuvo que tomar la decisión de comenzar o no las hostilidades militares. El puente aéreo a Berlín continuó hasta mayo de 1949. Stalin cedió. La determinación occidental había sido puesta a prueba y se comprobó su firmeza. Las relaciones entre la URSS y los Estados Unidos se deterioraron. Por iniciativa occidental, se inauguró la República Federal de Alemania en septiembre de 1949. Como respuesta, en octubre el Kremlin sancionó la creación de la República Democrática Alemana.

Era un ambiente turbulento. Como todos los demás, Stalin estaba sorprendido por las situaciones y hechos particulares y pasó gran parte de este período reaccionando ante las sucesivas emergencias que se presentaban. Sin embargo, no ocurrió nada que desafiara sus presupuestos tácticos generales sobre la política mundial. No esperaba favores de los norteamericanos y el Plan Marshall confirmó sus sospechas más sombrías. La referencia de Zhdánov en la conferencia inaugural de la Cominform a la existencia de «dos campos» en competencia inevitable y permanente resultó profética. El capitalista fue el primero en formar una abierta alianza militar. La Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN) comenzó a existir en abril de 1949. Bajo el liderazgo de los Estados Unidos incluía al Reino Unido, Francia, Italia, Canadá, Bélgica, Holanda, Portugal, Dinamarca, Noruega y la República Federal Alemana en 1955. La mayoría de los países de Norteamérica y de Europa occidental se adhirieron a la OTAN: era una alianza poderosa y cohesionada con el propósito obvio, si bien no explícito, de repeler cualquier ataque soviético, y para todos los miembros europeos su gran virtud radicaba en comprometer al gobierno norteamericano y a sus fuerzas militares en el empeño de mantener al Ejército Soviético detrás del Telón de Acero. En 1936 se había realizado un Pacto Anti-Comintern; en 1949 se estableció un Pacto Anti-Cominform en todo menos en el nombre.

Las preocupaciones de las potencias occidentales por la seguridad se incrementaron el 29 de agosto de 1949, cuando los científicos soviéticos probaron con éxito su bomba A. Beria se había servido del exaltado Ígor

Kurchátov como jefe técnico del proyecto. Kurchátov reunió un equipo de físicos capacitados. Las agencias de inteligencia soviética hacían llegar el material que sus agentes sustraían a los norteamericanos y esto hacía que se avanzara más rápido. El abastecimiento de uranio se vio facilitado por el confinamiento de cientos de miles de prisioneros de guerra recientemente repatriados en las minas de Siberia. Pocos sobrevivieron a esta experiencia. A mediados de 1949 la URSS había reunido la cantidad suficiente de plutonio y de uranio-235, procedente tanto de sus propias minas como de los yacimientos de Checoslovaquia, para poner en marcha la fabricación de una bomba soviética[9].

Stalin se interesó activamente. Se llamó a las principales figuras del proyecto de investigación a comparecer ante él en una larga reunión. Cada uno tenía que informar acerca de los progresos realizados y Stalin no cesó de hostigarlos con preguntas. Mijaíl Pervujin tuvo que explicarle la diferencia entre agua pesada y agua común[10]. Le dijo a Stalin lo que necesitaba saber. Al no haber estudiado física en el Seminario de Tiflis, el Líder tenía conocimientos científicos muy rudimentarios. En épocas anteriores esta ignorancia habría sido francamente peligrosa para los científicos. Había releído recientemente *Materialismo y empiriocriticismo* de Lenin y estaba convencido de que el espacio y el tiempo eran conceptos absolutos e indiscutibles (esto contrastaba con su desestimación de la controversia acerca de este mismo libro antes de la Primera Guerra Mundial como «una tormenta en un vaso de agua»)[11]. Así, los físicos einstenianos debían ser considerados una mistificación burguesa. El problema era que estos físicos eran indispensables para completar el proyecto de la bomba A. Beria, dividido entre el deseo de aparecer como el apóstol ideológico de Stalin y el de producir para él la bomba A, decidió requerir la autorización del Jefe para que los científicos soviéticos pudieran usar las ecuaciones de Einstein. Stalin, siempre pragmático en los asuntos concernientes al poder, dio alegremente su consentimiento: «Déjelos en paz. Siempre podemos fusilarlos más tarde»[12].

Kurchátov y su equipo la hicieron detonar en el desierto en las proximidades de Semipalátinsk, en Kazajstán —y para su sorpresa, mientras la nube en forma de hongo se formaba en el horizonte, Beria lo

abrazó—. Tal muestra de emoción no tenía precedentes. Pero Beria, que había pasado los cuatro años anteriores amenazando a Kurchátov, había vivido bajo la misma sombra de temor. Si la detonación hubiera fracasado, habría significado su sentencia de muerte. En cambio, pudo informar del éxito al Kremlin. Stalin también estaba encantado. La URSS había ingresado en la élite de las potencias nucleares y Stalin mismo podía concurrir a cualquier negociación diplomática futura en pie de igualdad con los líderes norteamericanos y británicos.

A su vez, esto le llevó a convencerse de que la URSS debía asumir una postura enérgica en la política mundial. Había otros motivos para su entusiasmo. No sólo se había producido el sometimiento de Europa del Este sin inconvenientes serios, sino que también el Partido Comunista Chino había tomado el poder en Pekín en octubre de 1949. El comunismo había tomado posesión de la tercera parte de la superficie del globo. Mao Tse-tung había conseguido la victoria a pesar de la renuencia de Stalin a apoyarlo contra el nacionalista Chiang Kai-shek. El triunfo revolucionario chino no suavizó la actitud de Stalin hacia Mao: esperaba que el nuevo estado comunista se sometiera a los elevados intereses del comunismo mundial tal como habían sido delineados en Moscú. En la práctica, esto significaba aceptar la prioridad de las necesidades soviéticas sobre las chinas. Stalin siguió creyendo que la URSS tenía derecho a conservar Port Arthur como base militar y a dominar Manchuria. La superioridad militar de la URSS y su inclinación a brindar ayuda económica hizo que Mao tuviera que morderse la lengua cuando realizó una larga visita a Moscú en diciembre de 1949. Las conversaciones directas entre Mao y Stalin se tornaron problemáticas cuando Stalin dejó en claro desde el comienzo que no iba a derogar el tratado chino-soviético de 1945, que había sido acordado en un momento de extrema debilidad de China y antes de que los comunistas tomaran el poder[13].

Mao no pudo conseguir toda la ayuda militar y económica que buscaba. Stalin le garantizó que China todavía no estaba amenazada por las potencias extranjeras: «Japón todavía no está en pie y, por lo tanto, no está preparado para la guerra»[14]. Como de costumbre, añadió que los Estados Unidos en modo alguno estaban dispuestos a emprender una guerra a gran escala.

Stalin, que esperaba distraer a su camarada chino con una campaña que no afectase a las relaciones soviético-norteamericanas, le aconsejó que debía limitarse a conquistar Taiwán y el Tíbet. La frustración de Mao iba en aumento. Tras haber tomado el poder en China sólo unas semanas antes, estaba casi bajo arresto domiciliario en una dacha del gobierno en las afueras de Moscú en conversaciones con Stalin. Pero luego, el 22 de enero de 1950, Stalin repentinamente cambió de posición y le comunicó a Mao su deseo de firmar un nuevo tratado chino-soviético.

Cabe preguntarse a quién o a qué habría que responsabilizar porque la situación derivase hacia la Guerra Fría. El presidente Truman tuvo parte de culpa. Su lenguaje era hostil a la URSS y al comunismo. El Plan Marshall en particular estaba estructurado de tal modo que resultaba casi inconcebible que Stalin no se ofendiera. Sin embargo, al principio incluso Mólotov se inclinaba por aceptar la ayuda[15]. Truman estaba decidido a promover la causa de la economía norteamericana en el mundo; también sentía una preocupación auténtica por la opresión que los tratados que su predecesor había firmado con Stalin habían esparcido por toda Europa oriental. La economía de los Estados Unidos no se había visto perjudicada por la guerra y su sociedad, aparte de sus soldados, no había tenido experiencia directa de la guerra. Su estado y su pueblo estaban comprometidos con la economía de mercado. Los grupos con intereses económicos buscaban el acceso a todos los países del mundo. Su poder militar era mayor que el de cualquier rival. Los Estados Unidos no amenazaron con declarar la guerra a la URSS, pero actuaron para expandir su hegemonía sobre la política mundial y el resultado fue un conjunto de tensiones que siempre podían desembocar en una confrontación diplomática e incluso en una Tercera Guerra Mundial.

Subsiste la duda de si la situación podría haber sido distinta en caso de que las negociaciones que se llevaron a cabo durante la guerra hubieran exigido más de Stalin. Sin embargo, no sólo Roosevelt, sino también Churchill habían llegado a compromisos con él que eran difíciles de quebrantar a menos que los anglo-norteamericanos desearan una ruptura total con Stalin. Incluso Churchill no era partidario de una incursión militar más allá de los límites acordados entre las zonas hegemónicas de la URSS y

de los aliados occidentales. Churchill tenía buena memoria. Al final de la Primera Guerra Mundial muchos militantes socialistas y laboristas se habían opuesto a la intervención militar contra la Rusia soviética después de la Guerra Civil. Pero desde 1945 era Attlee quien gobernaba el Reino Unido y ninguna figura pública de importancia abogaba por una incursión más allá del Elba. Truman y Attlee podrían haber tenido dificultades si intentaban recabar el apoyo popular para semejante empresa. Las tropas de los Estados Unidos y del Reino Unido habían sido entrenadas para considerar a las fuerzas soviéticas como aliadas. Los civiles habían escuchado la misma propaganda. Los únicos enemigos eran Alemania y Japón y la tarea de orientar la opinión pública hacia medidas militares contundentes habría sido extremadamente dificultosa. Se había perdido la oportunidad en Yalta, Teherán y Potsdam —e incluso en aquellas tres conferencias aliadas es dudoso que se hubiera podido avanzar en ese sentido sin tener problemas en el propio país.

Los Estados Unidos y la URSS eran grandes potencias que supusieron que la coexistencia permanente sin rivalidades era una perspectiva inverosímil. Por otra parte, Stalin hizo más que Truman por empeorar las cosas. Se apoderó de territorios. Impuso regímenes comunistas. En cualquier caso, daba por sentado que los choques con el «capitalismo mundial» eran inevitables. En realidad, mentalmente estaba mucho más dispuesto a la guerra que los líderes británicos y norteamericanos. La Guerra Fría no era inevitable, sino muy probable. Es sorprendente que no se convirtiera en la Guerra Caliente.

EL SOMETIMIENTO DE EUROPA ORIENTAL

Se interfirió poco en las acciones de la URSS en la Europa oriental ocupada por los soviéticos después de la Segunda Guerra Mundial. Truinan y Attlee protestaban, pero no actuaban al margen de los acuerdos de Teherán, Yalta y Potsdam. Seguía vigente el acuerdo tácito según el cual la URSS podía proseguir con su ocupación militar y su dominación política mientras los Estados Unidos, el Reino Unido y Francia imponían su hegemonía en Occidente. Stalin tenía poco conocimiento de su vasto territorio. Había estado en Cracovia, Berlín y Viena antes de la Primera Guerra Mundial, pero sus intereses posteriores se habían limitado a los asuntos internos de la Comintern. Sin embargo, aprendía con rapidez cuando los acontecimientos imponían la necesidad de saber. Ya durante la Segunda Guerra Mundial, mientras Hitler ocupaba los países cercanos a la URSS, Stalin se informó de la situación consultando a Dimítrov y Litvínov. También reconoció que, a menos que los partidos comunistas adoptaran una imagen más nacional, nunca lograrían atraer a los electores. En 1941 había planeado abolir la Comintern. En 1943 este objetivo se cumplió. Sin embargo, de puertas para adentro el Departamento Internacional del Secretariado del Comité Central del Partido dirigía a los partidos comunistas extranjeros en todas partes. Una vez dadas, las órdenes debían obedecerse.

El interés de Stalin por los países de la región creció a medida que se aproximaba el fin de la guerra. Recibió en Moscú a representantes de los partidos comunistas. En enero de 1945 discutió la ayuda económica, las disposiciones militares e incluso la lengua oficial, las fronteras y la política exterior del estado yugoslavo con los emisarios de Tito. Cuando le

informaron de su deseo de formar una gran federación con Bulgaria y Albania, los instó a ser precavidos. Continuamente halagaba a los dirigentes yugoslavos, que eran más engreídos que otros de Europa oriental, para que le pidieran su opinión antes de emprender una acción a gran escala[1].

A Moscú llegaban con regularidad informes y peticiones después de la guerra y Stalin seguía reuniéndose con visitantes comunistas. Su habilidad para expedir órdenes de forma improvisada era extraordinaria. En 1946 incluso había establecido el calendario de las elecciones del año siguiente en Polonia[2]. El presidente polaco Bolesfaw Bierut introdujo su exposición con la siguiente deferencia: «Hemos viajado hasta usted, camarada Stalin, a quien consideramos nuestro gran amigo, para informarle de nuestro parecer acerca del desarrollo de los acontecimientos en Polonia y comprobar que nuestra evaluación de la situación política en el país es correcta»[3]. Su control sobre Europa oriental se veía facilitado por la consolidación de la red organizativa comunista en toda la región con la protección de las fuerzas armadas soviéticas. Años de subordinación, reforzados por el terror, aseguraban el acatamiento. Los líderes comunistas, con excepción de los yugoslavos y tal vez de los checos, también sabían el poco apoyo que tenían en sus respectivos países: la dependencia del poderío militar de la URSS era fundamental para su supervivencia. Se establecieron nuevas agencias de policía según el modelo soviético y Moscú se había infiltrado en ellas y las controlaba. Los diplomáticos soviéticos, los oficiales de seguridad y los comandantes vigilaban Europa oriental como si fuera el imperio exterior de la URSS.

Al Kremlin le aguardaban problemas en toda la región. Los comunistas de Europa oriental habían sufrido persecuciones antes y durante la Segunda Guerra Mundial. Sus organizaciones eran frágiles y contaban con pocos miembros. La opinión popular consideraba que la mayoría de sus líderes eran títeres soviéticos. El comunismo se concebía como una plaga soviética y la disolución de la Comintern no había disipado esta impresión. No ayudaba a la causa de los partidos comunistas nacionales que la URSS se hubiera apoderado de los activos industriales de Alemania, Hungría, Rumania y Eslovaquia en calidad de compensaciones de guerra. La presencia de la policía soviética y del Ejército Rojo —así como el continuo

mal comportamiento de las tropas soviéticas— exacerbaba la situación. Un problema adicional para los partidos comunistas era la alta proporción de camaradas judíos en sus respectivas direcciones. El antisemitismo de Europa oriental no era un invento nazi y los líderes comunistas judíos se doblegaban para evitar que se les viera favoreciendo a los judíos: en realidad, a menudo instigaban la represión contra grupos judíos[4]. Sin embargo, Stalin no tenía paciencia con las dificultades por las que pasaban los partidos comunistas extranjeros. Había establecido una línea política y, si surgían problemas, esperaba que Mólotov o algún otro subordinado los resolviera.

A Stalin y a sus acólitos de la URSS y de Europa oriental no les faltaba confianza en sí mismos. La historia jugaba a su favor. Al instalar sistemas políticos no democráticos en Europa oriental actuaban de acuerdo con la tradición local en la mayor parte de los casos. Casi todos los países de la región habían tenido gobiernos autoritarios, incluso dictaduras, entre las dos guerras mundiales. Checoslovaquia había sido la excepción; todos los demás, aunque hubieran tenido un sistema democrático después de la Primera Guerra Mundial, habían sucumbido a formas coercitivas de gobierno[5]. Esto favorecía la política del Kremlin, ya que esos países todavía debían deshacerse de los obstáculos sociales y económicos que dificultaban el progreso basado en los méritos individuales. Los cuerpos de ejército reaccionarios y los ricos señores casi feudales habían disfrutado de un enorme poder. El avance de la educación popular había sido irregular. El clero no se abría a las ideas «progresistas» acerca del cambio social. La pobreza se hallaba por doquier. La inversión de capital extranjero siempre había sido poca y la ocupación nazi había conllevado una mayor degradación en las condiciones de vida. Al liberar a Europa oriental de las cadenas de este pasado, las administraciones comunistas podían confiar en obtener cierto grado de apoyo popular. La nacionalización de la industria y la expansión de la educación fueron muy bien recibidas por gran parte de la población. Asimismo, se celebraban las posibilidades de ascenso social de los integrantes de las capas sociales inferiores.

Así pues, los impedimentos para la implantación del comunismo en Europa oriental eran menores de los que habría habido en Europa

occidental. Se aseguró a Stalin que hallaría apoyo al este del Elba, aunque los partidos comunistas de la región habían sido muy débiles hasta hacía poco tiempo. La hipótesis del Kremlin era que, una vez que el proceso de reformas se encarrilara, la transición al comunismo ganaría impulso por sí sola.

Los comunistas de Yugoslavia, tras haber ganado su guerra civil con escasa ayuda de Moscú, no compartían el poder con ningún otro partido y alentaron a los comunistas de Albania a comportarse de modo similar. El proceso se desarrollaba con lentitud en todas partes. Se depuso a los monarcas en Rumania y Bulgaria y en todos los estados de la región se insistía en la inclusión de comunistas en el gobierno, pero en la mayoría de los casos había gabinetes de coalición. Polonia era un asunto delicado. El gobierno provisional establecido por Stalin aceptó de mala gana a miembros del gobierno en el exilio, radicado en Londres, pero los comunistas siguieron acosando a sus rivales. El Partido de los Campesinos de Stanisfaw Mikoíajczyk fue perseguido constantemente. En todas partes se recurría considerablemente a las malas prácticas en los procesos electorales, lo que permitía a los comunistas obtener mejores resultados. Los comunistas gobernaban Rumania con Petru Groza a la cabeza. Stalin se enfrentó a mayores dificultades en Hungría. Las elecciones de noviembre de 1945 habían dado como resultado una amplia mayoría anticomunista encabezada por el Partido de los Pequeños Propietarios. Sin embargo, los comunistas retuvieron muchos cargos de importancia y, apoyados por las fuerzas de ocupación soviéticas, realizaron arrestos. En Checoslovaquia fue más fácil. El presidente Beneá, un liberal, defendió las relaciones amistosas con la URSS y en las elecciones de 1946 los comunistas se convirtieron en el partido mayoritario con el 38% de los votos. El líder comunista Klement Gottwald se convirtió en primer ministro.

Sin embargo, los acontecimientos de 1947 —el Plan Marshall y la I Conferencia de la Cominform— cambiaron todo el ambiente. La Guerra Fría estalló en su forma más intensa. Los partidos comunistas de Europa oriental descubrieron hasta qué punto habían cambiado las cosas en la I Conferencia de la Cominform en Sklarska Portaba, en la Silesia polaca. Malenkov fue enviado como principal representante de Stalin y pronunció

un tedioso discurso inaugural en el que proclamaba que desde la guerra se habían impreso un millón de ejemplares de la biografía oficial de Stalin[6]. Zhdánov también asistió. Él y Malenkov eran los ojos y oídos de Stalin en la conferencia. Zhdánov hizo el comentario decisivo en nombre del Kremlin cuando afirmó que existían «dos campos» en la política mundial. Uno estaba encabezado por la URSS; el otro, por los Estados Unidos. Se suponía que el de la URSS dirigía a las fuerzas progresistas del mundo. Los americanos no tenían interés en la recuperación industrial de Europa; Truman se proponía ni más ni menos que poner el continente bajo el dominio de los magnates capitalistas de su país[7]. El Plan Marshall era una treta concebida para lograr este objetivo para Wall Street; era nada menos que una campaña para consolidar la hegemonía mundial de los Estados Unidos[8].

La conferencia se desarrolló en medio del descontento. Los yugoslavos se quejaron de que los italianos no se habían comportado con firmeza revolucionaria. Acusaron a los griegos de falta de compromiso con la insurgencia[9]. Obviamente, actuaban en complicidad con Moscú; Stalin insistía en culpar a los partidos italiano y griego, aunque habían llevado a cabo sus órdenes. Malenkov y Zhdánov cumplieron sus instrucciones al pie de la letra. Según la opinión de Stalin, el Plan Marshall arruinaba la posibilidad de un entendimiento duradero con los Estados Unidos y los americanos, si esperaban desestabilizar Europa oriental, tendrían que aceptar que la URSS intentaría hacer lo mismo en Europa occidental. La Cominform no era la Comintern renacida, pero reunía a los partidos comunistas de los países más amenazados por los aliados occidentales: sus miembros incluían no sólo a los países ocupados por el Ejército Rojo, sino también a Italia y Francia.

Stalin aprovechó al máximo las oportunidades de que disponía. Había exigido que se le enviara un resumen diario de las sesiones que se celebraban a cientos de millas, en Sklarska Poręba, y, al enviar a Malenkov y Zhdánov, que eran camaradas pero no amigos ni aliados, tendría competentes fuentes de información. Tenía la intención de dominar la iniciativa internacional y perturbar la serenidad de Washington. Se declaró un desafío entre los «dos campos». Ni una palabra de disidencia salió de la

boca de los participantes; el miedo a ofender al Líder ausente era inconmensurable. Las enmiendas a las resoluciones provinieron principalmente de cambios de opinión de los dirigentes soviéticos y estos cambios precisaban y recibían la autorización de Stalin. La atención se centraba en Europa. Stalin abordó la situación sin alterar el *statu quo* en el resto del mundo. Por este motivo había rechazado de plano la petición de los líderes comunistas chinos de asistir. El propósito de la conferencia de la Cominform era responder al desafío planteado por el Plan Marshall. Tras haber procedido con cautela en los dos primeros años después de la victoria sobre el nazismo, Stalin indicaba a los comunistas de Europa oriental y occidental que se había adoptado un programa más militante.

Aunque triunfó con la ayuda de los yugoslavos, Yugoslavia le causó problemas pocos meses después de la I Conferencia. Tito no se iba a limitar a los asuntos de su país. Pidió insistentemente a Stalin que ayudara a los comunistas griegos, en guerra civil contra los monárquicos (que contaban con abundantes suministros y refuerzos militares proporcionados por los británicos); también hizo campaña a favor de la creación de un estado federal en los Balcanes, que evidentemente esperaba dominar. Reclamó una transición más rápida de la que Stalin consideraba deseable hacia las políticas comunistas en toda Europa oriental. Stalin decidió expulsarlo de la Cominform y utilizar su destino como advertencia para todos aquellos comunistas de Europa que estuvieran tentados de mostrarse tan agresivos. Utilizando a Mólotov y Zhdánov como sus portavoces, comenzó la campaña contra Tito con toda energía en marzo de 1948. Los comunistas yugoslavos fueron acusados de aventurerismo, extrema afirmación nacional y desviación de los principios marxista-leninistas. Stalin también reprochó a Tito que hubiese metido las narices en Austria, donde el Ejército Soviético estaba entre las fuerzas de ocupación[10].

El endurecimiento de la línea se expresó en un incremento de la militancia política comunista en toda la región. Las elecciones polacas se llevaron a cabo en medio de intimidaciones y fraude electoral. Bolesíaw Bierut se convirtió en presidente y comenzó un proceso global de transición al comunismo. Se consideró que Wfadysfaw Gomuíka, secretario general del partido, se resistía demasiado a las exigencias de Stalin de una

consolidación más rápida de las políticas económicas y sociales de tipo soviético y fue arrestado acusado de ser partidario de Tito. Los comunistas absorbieron a los otros partidos socialistas polacos para formar el Partido Obrero Unido Polaco. En Hungría los líderes del Partido de Pequeños Propietarios fueron arrestados y en 1947 los comunistas llegaron al poder por medio de unas elecciones fraudulentas. Los socialdemócratas fueron eliminados forzándolos a fusionarse con los comunistas en el Partido Obrero Popular Húngaro. En Checoslovaquia los comunistas manipularon a la policía hasta tal punto que los no comunistas dimitieron del gobierno. Se celebraron nuevas elecciones y los comunistas, frente a pocos rivales, obtuvieron una contundente victoria. Benes dio paso a Gottwald en junio de 1948. En Bulgaria se disolvió la Unión Agraria y su líder Nikola Pétkov fue ejecutado. Los comunistas monopolizaron el poder a todos los efectos. Gueorgui Dimítrov, primer ministro desde 1946, murió en 1949 y su cuñado Valko Chervénkov ocupó su lugar. Después de la escisión soviético-yugoslava, la dirección comunista albana liderada por Enver Hoxha se alineó con Moscú y ejecutó a los «desviacionistas» partidarios de Tito (titoístas).

Todo esto tuvo lugar mientras Stalin arremetía contra los yugoslavos. La *lése-majesté* de Tito se discutió en la II Conferencia de la Cominform, que se inauguró en Bucarest el 19 de junio de 1948. Los yugoslavos no estaban presentes. Nuevamente Stalin no quiso asistir, pero Zhdánov y los otros delegados siguieron su agenda al pie de la letra. Se desechó el proyecto de una federación de los Balcanes; Yugoslavia iba a mantenerse dentro de sus fronteras. No eran pocos los líderes comunistas deseosos de castigar a los yugoslavos. El representante francés, Jacques Duelos, se vengó de las acusaciones que le habían señalado en la I Conferencia; Palmiro Togliatti, todavía resentido por la petición de Tito de anexionar Trieste a Yugoslavia, contribuyó con una acusación de espionaje[11]. Tito se había transformado de héroe comunista en agente capitalista. La cuestión yugoslava dominaba las sesiones y Stalin se mantuvo en contacto directo con Zhdánov. El resultado fue la denigración de Tito y su partido. Los comunistas yugoslavos fueron amonestados por sus tendencias antisoviéticas, contrarrevolucionarias, trotskistas (¡y bujarinistas!), oportunistas, pequeño-

burguesas, sectarias, nacionalistas y contrarrevolucionarias. Fueron condenados a cada paso. Se declaró que se habían colocado fuera de la familia de partidos comunistas hermanos y, por lo tanto, fuera de la Cominform[12].

No se oyó ni el más tímido atisbo de oposición a Stalin y al Kremlin por parte de los otros partidos comunistas. Mientras la máquina de propaganda soviética seguía en marcha, Tito fue descrito como un fascista con ropajes comunistas y como un nuevo Hitler de Europa. Muy pronto se denominó a todos los dirigentes políticos yugoslavos agentes de los servicios de inteligencia extranjeros[13]. Las consecuencias de desafiar a Moscú se ponían de manifiesto. Se conformaba un bloque oriental, aunque no tuviera ese nombre. Con excepción de Yugoslavia, los países de Europa que se encontraban al este del Elba se convirtieron en naciones sometidas y tuvieron que encajar en el molde del orden soviético. El pluralismo político, por muy limitado que hubiera sido, terminó. La política económica también se modificó. El ritmo de la colectivización agrícola se aceleró en la mayoría de los países. En realidad, en toda la región los partidos comunistas incrementaron las inversiones en proyectos de industria pesada. Se forjaron estrechos lazos comerciales con la URSS. El bloque oriental tenía como objetivo la autarquía y los intereses económicos prioritarios designados por Stalin. El Consejo de Ayuda Económica Mutua (Comecon) se formó en enero de 1949 para controlar y coordinar el desarrollo. Toda la región, incluyendo la República Democrática Alemana, ocupada por los soviéticos, quedó encerrada dentro de una sola fortaleza militar, política y económica. El bloque oriental era el imperio exterior de la URSS.

A cambio de su obediencia se suministraba a los países dominados combustible y otros recursos naturales a precios inferiores a los del mercado. Pero en general los otros beneficios inmediatos fluían hacia la Unión Soviética y Stalin y Mólotov no disimulaban su satisfacción. Aunque habían condenado la definición de Telón de Acero del discurso de Churchill en Fulton, sus acciones encajaban con la definición del antiguo primer ministro británico. Así como la URSS había sido puesta en cuarentena antes de la Segunda Guerra Mundial, Europa oriental fue separada deliberadamente de Occidente en los años posteriores a 1945.

El comunismo triunfaba y sus líderes celebraban la victoria. Sin embargo, era necesario aclarar una cuestión técnica. Nadie había explicado todavía cómo iban a encajar los nuevos estados comunistas en el esquema marxista-leninista de las etapas históricas. Stalin había insistido en que debían seguir siendo países formalmente independientes (y rechazó los propósitos iniciales de que simplemente fueran anexionados a la URSS, como había sido el caso de Estonia, Letonia y Lituania). También deseaba subrayar que la URSS era el origen del movimiento comunista mundial y que estaba en un punto más avanzado en su camino al comunismo que los recién llegados. Éste era el tipo de mensaje que propagaba en todos los frentes. Sostenía que los logros soviéticos, especialmente rusos, empequeñecían los de cualquier nación del mundo. A sus ojos, sus fuerzas políticas y militares eran las portadoras de una forma superior de civilización en una región deteriorada por siglos de gobierno reaccionario. El orgullo soviético, en realidad arrogancia, estaba en su cénit. Los países del bloque oriental iban a ser considerados estados hermanos, pero no debía quedarles ninguna duda de que eran hermanos menores. El Gran Hermano era la URSS.

También era un principio del marxismo-leninismo que el socialismo revolucionario habitualmente —en realidad, universalmente, según *El Estado y la revolución* de Lenin— requería una dictadura del proletariado para erradicar los vestigios del capitalismo. Esto es lo que supuestamente tuvo lugar en Rusia con la Revolución de octubre. Tal dictadura podía esperar una resistencia fanática, como la que habían ofrecido los blancos durante la Guerra Civil. Durante años, los teóricos soviéticos habían estado convencidos de que este resultado era normal. Sin embargo, a finales de la década de los cuarenta la situación era diferente. El Ejército Rojo había llevado la revolución a Europa oriental con sus tanques y aviones entre 1944 y 1945. Las clases medias de esos países no tenían ninguna oportunidad real de restaurar el capitalismo y un levantamiento armado contra las fuerzas armadas soviéticas habría sido un suicidio. El modelo histórico ruso no había sido copiado.

Por lo tanto, Stalin optó por designar a los nuevos estados comunistas de modo diferente. Ésta era la clase de tarea que le agradaba en su papel de

ideólogo principal del comunismo mundial y evidentemente apenas se molestó en consultar a su entorno sobre el tema. Introdujo una astuta nomenclatura. En lugar de referirse a estos estados como dictaduras del proletariado, introdujo un nuevo término: «democracias populares». Con esto se las ingeniaba para sugerir que el camino de estos países hacia el socialismo sería más llano que el que había sido posible en la URSS. No sólo tenía en mente la prevención de guerras civiles. También daba a entender que el grado de consenso popular abarcaba muchos grupos sociales amplios más allá de la clase obrera. Los campesinos y las clases medias y bajas de la ciudad habían sufrido bajo muchos regímenes anteriores a la guerra en toda la región y las reformas de inspiración comunista poseían un considerable atractivo. La tierra fue redistribuida. Se proporcionó a todo el mundo educación gratuita. Los privilegios sociales de las clases superiores fueron suprimidos y se abrieron posibilidades de ascenso para jóvenes que de otro modo habrían sido discriminados. El término «democracia popular» servía para acentuar el compromiso básico de los partidos comunistas con la introducción de reformas largamente esperadas; fue un golpe maestro de atracción ideológica.

Aun así, el término implicaba un inmenso engaño. Por imperfecta que sea la democracia en todas partes, por lo general supone la puesta en práctica de procesos electorales legales y pacíficos. Tales procesos nunca tuvieron lugar en Europa oriental. Incluso en Checoslovaquia había violencia política antes de que los comunistas lograran el poder. En los países en que los comunistas siguieron permitiendo la existencia de otros partidos como miembros menores de las coaliciones de gobierno, no se permitía ninguna derogación fundamental de los objetivos de la dirección comunista local. El fraude electoral era generalizado. Aunque los comunistas tenían cierta popularidad, siempre era muy restringida. Seguía estando presente la certera sospecha de que ante todo tenían que cumplir con las instrucciones emitidas por el Kremlin.

Mientras se imponía el arnés de la represión, Stalin se esforzó por incrementar el grado de aceptación y cumplimiento. Lo hizo siguiendo la línea de la campaña anti-judía que se había realizado en la URSS después de su ruptura con el gobierno israelí[14]. Se conminó a los partidos

comunistas a elegir a un judío de entre los de su medio, someterlo a juicio público y ejecutarlo. En los países de la Cominform comenzaron los sórdidos procesos legales y sin duda muchos dirigentes comunistas de la región calcularon que esa acción contra los judíos iba a procurarles popularidad nacional. Sin embargo, el veredicto final se decidía en Moscú. László Rajk de Hungría, Rudolf Slánsky de Checoslovaquia y Ana Pauker de Rumania fueron encontrados culpables sin la menor prueba de que hubieran trabajado para agencias de inteligencia extranjeras. Todos fueron fusilados. La penetración soviética en estos estados significaba que las embajadas soviéticas, la MVD (que era el cuerpo sucesor de la NKVD) y el Ejército Soviético dirigían la alta política como mejor les placía. Sólo un país se mantuvo al margen del esquema. Moscú presionaba para que en Polonia se juzgara a Gomufka por espía y se le fusilara. Pero el resto de la dirección comunista polaca, después de encarcelarlo, se negó a sentenciarlo a muerte. No todo en Europa oriental seguía con precisión el sendero trazado por Iósef Stalin.

¿Pero qué pretendía Stalin? Sin duda tenía en mente lo de los judíos desde 1949 y su conducta y su discurso se tornaron todavía más crueles[15]. Pero Gomufka era un polaco sin ascendencia judía —y entre los líderes que le encarcelaron se incluían judíos como Bierut y Berman—. Probablemente Stalin también actuaba contra las tendencias nacionalistas en las direcciones comunistas de Europa oriental. Gomulka era famoso por haberse opuesto a acelerar el proceso de transición al comunismo en Polonia y haber insistido en que había que proteger los intereses nacionales polacos siempre que fuera posible. Pero Rajk de Hungría, Slánsky de Checoslovaquia y Pauker de Rumania apenas si podían ser acusados de nacionalismo. Probablemente es una tontería buscar un conjunto específico de pecados políticos detectados por Stalin. Si se toman como guía los resultados de los juicios ejemplarizantes que se celebraron en Hungría, Rumania y Checoslovaquia, entonces se llega a la conclusión de que lo que realmente quería era el sometimiento política de Europa oriental.

La elección de las víctimas no importaba mucho mientras fueran comunistas destacados. Hasta entonces la prioridad para la dirección comunista de cada país del imperio exterior había sido la persecución de

aquellos elementos de la sociedad que se oponían a la implantación del comunismo. Las viejas élites de la política y la economía, la iglesia y las fuerzas armadas habían sido las elegidas para ser puestas bajo arresto y enviadas a campos de trabajos forzados o ejecutadas. Los partidos comunistas habían tenido que hacer que sus miembros se infiltraran en todas las instituciones públicas. Tenían que copiar la estructura básica del estado soviético y mantener estrechas relaciones bilaterales con Moscú. Débiles en número en 1945, habían tenido que convertirse rápidamente en partidos de masas. Su tarea había sido adoctrinar, reclutar y gobernar en un ambiente donde sabían que el grueso de la población los odiaba. Sin embargo, ellos mismos siempre habían sido objeto de sospecha por parte del Líder del Kremlin. Antes del fin de la Segunda Guerra Mundial los consideró demasiado doctrinarios y les ordenó que se esforzaran por identificarse con los intereses de sus respectivas naciones. Luego, cuando se estableció la estructura comunista básica, cambió de tercio y los conminó a restar importancia a los aspectos nacionales de la política. En el bloque del Este iba a prevalecer un orden monolítico. La obediencia total se convertiría en el principio rector y había que dar ejemplo —según Stalin— con unas pocas de las primeras estrellas brillantes de la Cominform.

El proceso fue escrutado por Stalin en los informes de la MVD que recibía de las capitales de Europa oriental. Se aplicaron torturas, antes reservadas sólo a los no comunistas, a Rajk, Pauker y Slánsky. Las palizas fueron espantosas. Se les prometió a las víctimas que se les perdonaría la vida si confesaban ante el tribunal los cargos que se les imputaban. Aquí se lució la pericia de la Lubianka. Las mismas técnicas que se aplicaron contra Kámenev, Zinóviev, Bujarin y Piatakov se utilizaron en los calabozos y en los tribunales de Budapest, Bucarest y Praga. No todos los periodistas occidentales conocían la realidad del Gran Terror a finales de la década de los treinta. El error no se repitió después de la Segunda Guerra Mundial. Los medios de comunicación de Norteamérica y de Europa occidental denunciaron los juicios. Stalin fue justamente acusado de ser el verdadero criminal.

Los aterrados líderes comunistas mantenían un acatamiento exterior y ninguno sabía si los juicios podrían ser el preludio de purgas más amplias.

Mientras tanto, el bloque oriental demostraba su fidelidad a la Revolución de octubre, a la URSS y a su líder Stalin. Se puso su nombre a varias ciudades. Sus obras se publicaron en todas las lenguas de la región. Sus políticas eran objeto de la veneración oficial. Sin embargo, bajo la superficie el resentimiento popular era inmenso. La intolerancia religiosa de las autoridades comunistas causó repulsión. La negativa a destinar recursos suficientes para satisfacer las necesidades del consumo molestaba a sociedades enteras. Las restricciones culturales disgustaban a la *intelliguentsia*. Ningún gobierno comunista presentaba una auténtica propuesta de cambio y todos ellos eran vistos sin excepción como un conjunto de títeres soviéticos. Los países de Europa occidental mostraban a ratos su descontento por la hegemonía de los Estados Unidos, pero la ira hacia el gobierno de la URSS era más amplia y profunda en Europa oriental. Sin la ocupación militar soviética y la penetración de la MVD, ningún régimen comunista habría durado más de unos pocos días a principios de la década de los cincuenta. Stalin había adquirido la zona de amortiguación que anhelaba, pero sólo al precio de convertir esos países en una región hostil a sus designios y constantemente reprimida. Finalmente su victoria política entre 1945 y 1948 estaba destinada a convertirse en una victoria pírrica.

EL RÉGIMEN ESTALINISTA

Al dejar a un lado su trabajo en la Stavka en 1945, Stalin retomó su vida social. Sus posibilidades se habían visto reducidas por sus propios actos. A mediados de la década de los treinta había buscado la compañía de las familias numerosas de los Allilúev y los Svanidze. Pero después había matado o arrestado a varios de sus miembros y los supervivientes estaban en un estado de crisis psicológica nada propicio para compartir una velada.

Los alemanes habían fusilado a Yákov. Vasili era un vago que ocupaba un puesto que no merecía, enfurecía a sus compañeros de la oficialidad y sus fiestas y borracheras hicieron que su padre se apartara de él. Svetlana tampoco le deparaba satisfacciones. Después de romper con Kápler comenzó a engatusar al hijo de Beria, Sergo, para que se casara con ella —con pocas probabilidades de éxito, ya que Sergo ya estaba casado—. Contrariada, se casó contra los deseos de Stalin con Grigori Morózov en 1943. El matrimonio fue tormentoso y terminó con un divorcio de mutuo acuerdo en 1947. Ese verano Stalin la invitó a pasar algunas semanas con él en Jolódnaia Rechka, en el mar Negro[1]. Había hecho construir una dacha para ella al pie de la empinada ladera en la que se hallaba su propia dacha, mucho más grande[2]. Aunque fue un gesto afable, no estaban en condiciones de compartir el mismo techo: ambos se sentían incómodos. Muy pronto ella empezó a dirigir su atención hacia el hijo de Zhdánov, Yuri, y la pareja se casó en 1949. Stalin no mostró entusiasmo ni siquiera por este irreprochable matrimonio y se abstuvo de asistir a la ceremonia; aunque los hijos de Svetlana iban a la dacha, les prestaba atención sólo de vez en cuando. Svetlana y Yuri muy pronto tuvieron desavenencias y se separaron. Ella exasperaba a Stalin. La gente que Stalin quería que formara

parte de su entorno afectivo debía cumplir con sus expectativas o de otro modo quedaba fuera de él.

Stalin siguió siendo una persona que necesitaba compañía: no le agradaba la soledad. Se consolaba bromeando con sus guardaespaldas de la dacha. Le tomaba el pelo al jefe de su guardia personal, Vlásik, y a su asistente principal, Poskrióbyshev. Charlaba con su gobernanta, Valentina Istómina, y, aunque los rumores que afirman que fue su amante no se han probado hasta ahora, se sentía cómodo en su compañía.

Sin embargo, estas relaciones no le hacían feliz y sus pensamientos volvían a períodos anteriores de su vida. En 1947 escribió a un tal V. G. Solomin, al que había conocido en el distrito de Turujansk durante la Primera Guerra Mundial[3]:

> Todavía no le he olvidado, como tampoco a los amigos de Turujansk y en realidad nunca los olvidaré. Le envío seis mil rubios de mi sueldo de diputado [del Soviet Supremo], No es una gran suma, pero aun así le resultara útil.

Durante las vacaciones en Jolódnaia Rechka en el otoño de 1948 le invadió una profunda nostalgia y ordenó que se dispusiera todo para que sus compañeros de escuela de Gori pudieran quedarse allí con él. Invitó a Péter Kapanadze, M. Titvinidze y Mijaíl Dzeradze. Al principio hubo cierto embarazo cuando llegaron. Kapanadze rompió el hielo al expresar sus condolencias por la muerte de ese «pobre muchacho», el hijo de Stalin, Yakov. Stalin le respondió que él no era sino uno de los millones de padres que habían perdido a un pariente. Kapanadze, que tenía cosas que hacer, partió al cabo de unos días. Cantaron y charlaron bastante en las noches siguientes, pero Titvinidze y Dzeradze comenzaron a mostrarse inquietos al cabo de una semana. Stalin les preguntó si se aburrían. Titvinidze contestó que sabían que él tenía mucho trabajo por delante. Stalin entendió la insinuación. Pronto hicieron las maletas y, después de una cálida despedida, se les condujo a sus hogares en Georgia[4]. Se dio cuenta de que el pasado no podía recuperarse de manera artificial y nunca volvió a ver a sus amigos.

Sus subordinados del Politburó eran huéspedes más entusiastas, ya fuera en el mar Negro o en la dacha Blízhniaia. Las fiestas ahora eran casi siempre cosa de hombres. Para los políticos, una invitación significaba que seguían contando con su favor y que su vida se prolongaba. A las horas de comida y bebida por lo general seguía la proyección de una película. A Stalin todavía le gustaba entonar cánticos litúrgicos en el trío que formaba con Mólotov y Voroshílov —acompañados por Zhdánov en el pianoforte—, aunque su voz había perdido fuerza y precisión[5]. Sin embargo, en otras ocasiones las cenas eran ruidosas. Como antes, trataba de colocar a sus amigos en situaciones embarazosas. Se realizaban interminables brindis a la salud de los distinguidos visitantes y a Stalin, pese a su falsa modestia, le agradaba recibir elogios.

Sin embargo, la amabilidad que mostraba como anfitrión en las dachas podía desaparecer en un instante. Como sus invitados políticos sabían demasiado bien, el Jefe utilizaba esas invitaciones para que soltaran la lengua. Muchos de ellos no necesitaban que se les estimulase demasiado. El editor de *Pravda*, Leonid Ilichov, nunca olvidó la última vez que fue a la Blízhniaia. Stalin lo había llamado a medianoche y le había invitado a discutir un artículo que estaba a punto de publicarse. Al llegar se encontró con Beria, Malenkov y Mólotov, que se solazaban con el Líder. Después de una hora de trabajo todos se trasladaron a la mesa, donde les esperaba una cena abundante. Le ofrecieron a Ilichov un vaso de vino georgiano mientras Beria se servía un brandy y proponía un brindis por Stalin. Con prudencia, porque todavía no había comido, Ilichov sólo bebió la mitad del vaso y cogió un bocado. Pero Beria había detectado la falta en la etiqueta: «Usted debería apurar su vaso cuando se brinda por el carnada Stalin». Cuando Ilichov trató de murmurar una excusa, Beria exclamó en tono trágico: «Camarada Stalin, ¿me permitiría beber a su salud lo que queda de ese vaso?». Los ojos de Stalin destellaban burlones, pero no dijo nada. Ilichov sostenía el vaso con fuerza. Beria trató de arrebatárselo gritando: «¡Deseo beber por el camarada Stalin!». Pero Ilichov lo retuvo y se bebió el resto.

Stalin anunció mordazmente que el siguiente brindis sería por Beria y preguntó por qué Ilichov parecía reacio a participar. El editor de *Pravda* estaba mudo de miedo. «Muy bien, entonces, camarada Ilichov —aventuró

el provocador Stalin— yo voy a apurar su vasito y a beber por nuestro muy respetable amigo Lavrenti.» Ilichov no pudo seguir al margen de las rondas de brindis y cuando se emborrachó se convirtió en el blanco de las burlas de todos. Cuando amanecía, Malenkov le ayudó a ponerse la chaqueta y a subirse al coche que le esperaba.

Stalin preguntó a los miembros del Politburó qué pensaban de Ilichov como editor. Se servía de sus payasadas para hacer una valoración profesional. Beria opinó que Ilichov hablaba con demasiada libertad; Malenkov añadió que se necesitaba una persona «más sólida». Cuando se repuso de la borrachera, el editor supo que lo habían despedido[6]. Sin embargo, nunca culpó a Stalin; no fue capaz de comprender en absoluto que por medio de esos mecanismos sociales Stalin escrutaba y menospreciaba a sus colaboradores. Los que se hallaban más cerca de Stalin eran más conscientes de lo que sucedía. Mientras mantuviera dividido al Politburó, su dominación sería segura. Los celos, los malentendidos y las disputas componían el juego de herramientas del déspota. Los miembros del Politburó se daban cuenta de todo, pero no podían hacer nada al respecto como no fuera asesinarlo. Si alguna vez se les pasaba por la cabeza tal pensamiento, enseguida lo desechaban. La apuesta habría sido demasiado arriesgada porque a Stalin lo custodiaban hombres que le eran completamente fieles. Incluso si un grupo de políticos hubiera organizado una conspiración, siempre cabía la posibilidad de que otros se asociaran contra ellos. Con seguridad la cosa habría acabado en arresto.

Los actos de Stalin siguieron siendo brutales, pese a los intentos de aplacarlo —y sistemáticamente minaba la posición de quienes tenían autoridad y prestigio después de la guerra—[7]. Sus métodos eran particularmente tortuosos. La esposa de Mólotov, Polina Zhemchúzhina, fue arrestada en 1949. Zhemchúzhina era judía y Stalin puso reparos a la calidez de la bienvenida que le había dado en Moscú a la enviada israelí, Golda Meir[8]. Mólotov se abstuvo cuando se votó en el Politburó su expulsión del partido, pero luego se disculpó con Stalin:

> Declaro que, tras haber meditado sobre la cuestión, voto a favor de la decisión de este Comité Central, que se corresponde con los

> intereses del partido y del estado y enseña una comprensión correcta de la mentalidad del partido. Más aún, confieso mi grave culpa por no haber evitado que Zhemchúzhina, una persona cercana a mí, diera pasos en falso y se vinculara con nacionalistas judíos antisoviéticos como Mijoels[9].

Mólotov no fue el único dirigente que se vio privado de su pareja. Yelena Kalínina y Tamara Jazanova —esposa de Andréi Andréiev— pasaron largo tiempo en campos de trabajo (aunque Kalínina fue liberada a tiempo de ver morir a su esposo)[10].

Los políticos soviéticos tenían que convertirse en maestros del halago. Después de un malentendido con Stalin en diciembre de 1945, Mólotov le aseguró: «Trataré de ser merecedor de su confianza por mis acciones, una confianza en la que todo bolchevique de honor ve no sólo la confianza personal, sino también la confianza del partido, que para mí es más valiosa que mi vida». Su «error garrafal y oportunista» había consistido en permitir que se reprodujeran en Moscú extractos de los discursos de Churchill[11]. El asunto no tenía gran importancia, pero Stalin se había negado a verlo así. «Ninguno de nosotros —aulló por telegrama desde Abjasia— tiene derecho a llevar a cabo una decisión unilateral que implique una alteración de nuestro rumbo político. Sin embargo, Mólotov se ha arrogado ese derecho. ¿Por qué y con qué fundamento? ¿No es debido a que tales tretas forman parte de su plan de trabajo?»[12]. Mikoian también tuvo que humillarse cuando Stalin se enojó debido a sus decisiones sobre la recaudación de grano[13]:

> Tanto yo como otros no podemos plantear las cuestiones del modo en que usted puede hacerlo. Haré todos los esfuerzos para aprender de usted cómo trabajar adecuadamente. Haré todo lo posible para aprovechar todas las lecciones necesarias de su severa crítica, de modo que me ayuden en mi trabajo futuro bajo su liderazgo paternal.

¡Qué padre! ¡Qué hijos! Las manos de Mólotov y Mikoian estaban manchadas con la sangre de las víctimas de las políticas estatales soviéticas y, sin embargo, ellos también tenían que postrarse. Sabían que tenían que acercarse a Stalin como si fuera el patriarca severo pero justo de la URSS —y así quizas podrían sobrevivir.

Las funciones paternales de Stalin incluían humillaciones habituales y tenía inventiva para llevarlas a cabo. Mólotov invitó a bailar un vals al líder comunista polaco Jakub Berman durante una de las veladas de Stalin. Esta infracción de las convenciones masculinas agradaba a Stalin e iba con él. Mólotov llevaba al torpe Berman mientras Stalin presidía la escena junto al gramófono. Berman daría un tinte positivo al episodio: el vals con Mólotov no había sido una ocasión para susurrar dulces naderías al ministro soviético de Asuntos Exteriores, sino para murmurar «cosas que no se podían decir en voz alta»[14]. Se las ingenió para olvidar de qué modo tanto él como Mólotov habían sido humillados para deleite de Stalin.

El dominio del Líder implicaba también la imposición de horarios. Se almorzaba por la tarde, a eso de las cuatro o las cinco, y la cena no estaba dispuesta antes de las nueve. Así vivía Stalin y todo el grupo dirigente tenía que ajustar su reloj biológico a sus hábitos[15]. Kaganóvich los imitaba al pie de la letra[16]. Mólotov intentaba arreglárselas echando pequeñas siestas durante el día; tal era su autocontrol que era famoso por anunciar a sus ayudantes: «Ahora voy a descansar en el cuarto de al lado durante trece minutos». Se levantaba del diván como un autómata y volvía justamente trece minutos después[17]. Todos sabían que el Líder trabajaba desde el anochecer en adelante; todos los miembros de las capas superiores de la élite soviética tenían que hacer lo mismo —y sus familias tenían que avenirse a esto; era el precio que tenían que pagar por su sustento y sus privilegios—. Con la extensión del comunismo a Europa del Este, el horario de trabajo cambió allí también. En toda la extensión de la URSS y hasta Berlín, Tirana y Sofía las figuras dirigentes del partido y del gobierno no se atrevían a alejarse del teléfono. Stalin podía llamar desde cualquier hora de la noche hasta las primeras horas de la mañana[18].

Cuando se alargaban las vacaciones de Stalin en el Sur, recurría con frecuencia a los telegramas. No podía controlar toda la maquinaria del

estado con detalle. Esto era obvio para él desde largo tiempo atrás. «No puedo saberlo todo», le dijo a Iván Kovaliov, ministro de Comunicaciones después de la Segunda Guerra Mundial. «Presto atención a los desacuerdos y a las objeciones y descubro por qué han surgido y a qué se refieren»[19]. Stalin explicaba que sus subordinados constantemente le ocultaban cosas y que siempre emprendían alguna negociación a sus espaldas antes de informarle. Le parecía que esto equivalía a conspirar. Sólo Voznesenski se mantuvo contrario a estas prácticas —y Stalin le admiraba por eso—. Stalin odiaba la «falta de sinceridad» de otros miembros del Politburó. No podía detectar casos particulares de engaño, pero sabía que podían engañarle y actuaba dando por sentado que no había que confiar en ellos. El resultado era que Stalin, con sus energías mermadas, buscaba las discrepancias entre lo que le decían uno y otro[20]. Era probable que cualquier desacuerdo ocultase una falta de carácter político. Stalin había encontrado un modo eficaz de penetrar en los secretos de lo que se hacía en los pasillos del Kremlin.

La información también le llegaba por canales secretos. Los «órganos» —conocidos como MGB desde marzo de 1946 y que se mantenían separados de la MVD— informaban con regularidad acerca de sus escuchas de las conversaciones entre los líderes soviéticos. Sabía que otros miembros del Politburó tenían grandes ambiciones personales y, como habían liquidado a millones bajo sus órdenes, suponía que podían llevar a cabo una conspiración violenta contra él. Durante toda la guerra con Alemania había ordenado que se instalaran micrófonos en los apartamentos del personal militar. Esta práctica se aplicó también a una creciente lista de políticos. Hacia 1950 incluso Mólotov y Mikoián fueron espiados[21].

Otra de sus modalidades era sembrar los celos entre sus subordinados. Las riñas eran constantes y solamente Stalin podía actuar como mediador. Rara vez permitía que los líderes políticos más importantes permanecieran en el mismo puesto durante mucho tiempo. Nada era estable en el Kremlin; Stalin se daba cuenta de que crear inseguridad entre sus sucesores potenciales aumentaba su capacidad de dominarlos. El tiovivo político de Moscú hacía que algunos individuos salieran despedidos cada cierto tiempo y los que quedaban a menudo tenían que bajar de su asiento y ponerse en

otro. Esto no era suficiente por sí solo. La mala salud de Stalin le impedía llevar a cabo la vigilancia absoluta y detallada que había ejercido en la década de los treinta y durante la Segunda Guerra Mundial. Necesitaba alguien en quien pudiera confiar para que actuara como sus ojos y oídos en la dirección del mismo modo en que Lenin había recurrido a su ayuda en abril de 1922. Stalin obraba con astucia. Después de 1945, en un momento dado tenía un favorito político y a veces insinuaba que el favorito era el sucesor elegido. Pero tal favor nunca se concedía formalmente y Stalin elevaba a una persona sólo para dejarla caer más tarde. Nadie podía aferrarse a los resortes del poder hasta el punto de adquirir la capacidad de suplantar a Stalin.

Había muchos resortes. En 1946, el Consejo de Ministros (como se denominó al Sovnarkom ese mismo año) tema cuarenta y ocho ministros y comités, cada uno responsable de un amplio espectro de funciones del estado[22]. Stalin dejó de presidirlo. En cambio, incrementó el énfasis en las «curadurías». Era un sistema por medio del cual a todo colaborador destacado de Stalin se le asignaba la responsabilidad de un grupo de instituciones[23]. Aunque Stalin se inclinaba por la fluidez y la vaguedad como último medio de salvaguardar su gobierno, necesitaba estar seguro de que el estado cumplía con las intenciones que él había declarado. Los curadores eran la solución. Se reunían frecuentemente con él y nunca sabían cuándo iba a reprenderlos con severidad porque alguna de las instituciones a su cargo le había dado motivos para inquietarse. Cada grupo de instituciones se convertía en objeto de rivalidades. Los miembros del Politburó querían dirigir tantas como fuera posible; era una señal de la aprobación de Stalin y una garantía de verdadero poder. La reducción del número indicaba que un individuo en particular había caído bajo la sombra de la desaprobación —o incluso bajo la letal sospecha del Líder—. Sus colaboradores estaban continuamente bajo una presión intensa y constante. Siempre temían que cualquier tonto traspié de alguno de sus propios subordinados pudiera traerles consecuencias adversas. Esto podía pasar en cualquier momento porque el Líder sembraba los celos entre todos ellos.

También los espoleó para que adoptaran su feroz estilo de liderazgo: en un pleno del Comité Central del partido en marzo de 1946, declaró: «Un

comisario del pueblo debe ser un animal salvaje, debe trabajar y asumir la responsabilidad directa del trabajo»[24]. El gobierno, tal como Stalin recomendaba que lo ejercieran tanto sus comisarios del pueblo como sus curadores, no se parecía en nada al modelo burocrático descrito por los sociólogos a partir de Max Weber y Roberto Michels. Incluso en sus últimos años, cuando el orden soviético se había estabilizado y en muchos sentidos petrificado, conservaba rasgos militantes y dinámicos.

La política era un nido de víboras. Los miembros del Politburó podían morderse y arañarse entre ellos con tanta brutalidad como gustaran mientras produjeran los resultados que Stalin exigía. Sólo en presencia de Stalin se veían obligados a moderar su conducta. El Politburó había dejado de reunirse durante la guerra y la tradición anterior a la guerra no se retomó[25]. Stalin siguió consultando a otros dirigentes mediante métodos poco formales. Siempre le agradaba hacer que los dirigentes del Politburó escribieran, enviaran telegramas o telefonearan para declarar su consentimiento a sus preferencias políticas. El Orgburó y el Secretariado —así como el Consejo de Ministros y su Presidium— deliberaban en ausencia de Stalin. El Congreso del Partido, que ejercía formalmente la autoridad suprema sobre todos los órganos del partido, no fue convocado hasta 1952. Stalin esperaba gobernar mediante canales no oficiales; sabía que la discontinuidad de la regularidad institucional le ayudaba a prolongar su despotismo personal. Podía intervenir con una orden según su capricho. Deliberadamente imponía un esquema de trabajo contradictorio a sus subordinados. Ellos, al revés que él, tenían que respetar los procedimientos administrativos puntillosamente. Al mismo tiempo tenían que obtener resultados prácticos con independencia del manual de instrucciones. La presión era incesante. Así le gustaban las cosas a Stalin y los otros dirigentes no se atrevían a hacer objeción alguna.

El hecho de que Stalin estuviese a menudo fuera de Moscú llevó a muchos contemporáneos (y a estudiosos posteriores) a suponer que estaba perdiendo poder. Esta percepción es errónea. En las grandes cuestiones de la agenda internacional, política y económica muy poco era lo que quedaba fuera de su dominio y los políticos del Kremlin le temían demasiado como para intentar engañarle. La estructura del gobierno en la capital y en las

provincias también siguió siendo objeto de su atención. Al final de la guerra había cuatro órganos de la máxima importancia: el gobierno, el partido, las fuerzas de seguridad y el ejército. Stalin los necesitaba a todos. También precisaba una situación en la que ninguna institución alcanzara una preeminencia que pusiera en peligro su posición. La amenaza más obvia después de la Segunda Guerra Mundial era el Ejército Rojo y el héroe militar del país, Gueorgui Zhúkov, cayó de inmediato bajo sospecha.

En cuanto terminó de encabezar el desfile de la victoria en la Plaza Roja y de completar las negociaciones militares con Eisenhower y Montgomery en Berlín, Zhúkov fue barrido del primer plano de la política. Stalin tenía muchísimo material comprometedor en su contra. Las agencias de seguridad informaron al Kremlin de que Zhúkov había robado el botín de un tren alemán. La lista era enorme, incluía 3.420 piezas de seda, 323 pieles, 60 cuadros con marco dorado, 29 estatuas de bronce y un piano de cola[26]. Era la costumbre de las fuerzas rojas de ocupación. Prácticamente todos los comandantes podrían haber sido acusados de los mismos cargos. Stalin jugó con la idea de un juicio, pero en junio de 1946 se limitó a relegar al héroe de Kursk y Berlín al distrito militar de Odessa (del cual fue a su vez destituido en febrero de 1947). *Pravda* dejó gradualmente de destacar los nombres de los mariscales. Se otorgó poder a la policía para incrementar la vigilancia sobre los cuerpos de oficiales. Era innegable que el Ejército Rojo (denominado Ejército Soviético en 1946) seguía siendo fundamental para las tareas de mantenimiento del control político en la URSS y en Europa del Este; era también el destinatario de gran parte del presupuesto desde que el Gosplan concedió cada vez más importancia al gasto militar en la planificación económica central. Sin embargo, Stalin seguía ansioso por mantener a las fuerzas armadas bajo su control civil.

Las agencias de seguridad también se convirtieron en objeto de sospecha. En este caso el método de Stalin fue diferente. En tiempos de paz Beria, a diferencia de Zhúkov, era demasiado útil como para prescindir de él. Sin embargo, a Stalin le pareció bien reemplazarlo al frente de la policía. Beria sabía demasiado y tenía demasiados clientes propios a los que había puesto en sus cargos. Por lo tanto, Stalin puso a Beria a cargo del proyecto soviético de la bomba atómica e incorporó a hombres más jóvenes al

Ministerio de Seguridad Estatal (MGB) y al Ministerio del Interior (MVD). En diciembre de 1945 se nombró a Serguéi Kruglov para el MVD, mientras que se le encargó a Alexéi Kuznetsov la supervisión de los asuntos de seguridad en nombre del Politburó; Víktor Abakúmov se convirtió en jefe del MGB en mayo de 1946. Aunque en teoría la continuidad de la dirección administrativa era deseable, el objetivo principal de Stalin era mantener su poder personal inviolable. Un jefe de policía que se consolidara en su cargo podía representar un gran peligro para él, en especial desde que el MGB tenía fuerzas uniformadas que podían ser desplegadas en circunstancias normales. Stalin también retuvo su propio cuerpo de seguridad paralela bajo la forma del Departamento Especial. Confiaba firmemente en que Poskriόbyshev le mantuviera al tanto de cualquier cosa que fuera importante para sus intereses. También se aseguró de que el jefe de su guardia personal, Vlásik, le informara sólo a él. Era un estado policial en el que el gobernante desconfiaba permanentemente de su policía.

Sin embargo, su dependencia simultanea del MGB y del MVD era fuerte. Sin la eficacia operativa de ambos habría sido difícil reducir el prestigio de la cúpula del Ejército Soviético. El presupuesto soviético siguió destinando amplios recursos a las agencias de seguridad. El Gulag todavía producía una cuantiosa proporción de los diamantes, el oro y la madera del país, y las minas de uranio se desarrollaron después de 1945 mediante el trabajo de los presos. En realidad, la confianza de Stalin en sus agencias de seguridad creció a medida que reforzaba las políticas que frustraban las esperanzas de la mayoría de los ciudadanos de una distensión política y económica. La coerción social era extremadamente importante.

Pero ni siquiera cuando el MGB y el MVD constituían el gobierno real Stalin planificaba el futuro de la URSS. El Consejo de Ministros retuvo esa función. La creciente complejidad de la economía requería conocimientos especializados que faltaban en las agencias de seguridad. El Consejo de Ministros también intentaba liberarse de la excesiva tutela de los órganos del partido: varios dirigentes destacados deseaban afianzar el imperativo tecnocrático. Esta era una vieja discusión que había hecho reflexionar a Stalin durante toda la década de los treinta. Como antes, osciló entre dos alternativas. Una era ceder ante el grupo de presión ministerial y poner

freno a la injerencia del partido. Ésta fue la orientación propugnada en particular por Gueorgui Malenkov. La otra solución era extender y reforzar los poderes del partido, si no hasta el extremo de finales de la década de los veinte al menos en detrimento del Consejo de Ministros en la década de los cuarenta. Entre los defensores de esta última tendencia estaba Andréi Zhdánov. En los primeros años que siguieron a la Segunda Guerra Mundial Stalin se inclinó efectivamente en la dirección señalada por Zhdánov. Pero luego Zhdánov cayó en desgracia, de modo que comenzó a respaldar a Malenkov[27].

Los argumentos, desde el punto de vista estructural, fueron expuestos de forma sutil. Zhdánov y sus amigos podían señalar que el Consejo de Ministros por sí mismo no podía garantizar la rectitud ideológica estalinista. Sin esto, la Revolución de octubre estaba minada y la razón de ser de la URSS, arruinada. La Unión Soviética no podía sobrevivir exclusivamente gracias al empuje tecnocrático. Sin embargo, la otra postura tenía fundamentos igual de sólidos. La URSS actuaba en un mundo en el que la competencia militar y económica era enorme. Si el sector doctrinario del partido prevalecía sobre los especialistas ministeriales, la capacidad del país para igualar a los Estados Unidos y a sus aliados capitalistas se reduciría. La tutela meticulosa por parte del partido situaría a la URSS en desventaja frente a Occidente.

Stalin no necesitaba que le convencieran de que la URSS tenía que llegar a ser más competente ni de que el adoctrinamiento ideológico y el control político eran importantes. Su estado no podía sostenerse sin el gobierno y sin el partido y, aunque le daba preferencia a uno sobre el otro, se abstenía de elegir definitivamente entre los dos. La tensión institucional jugaba a favor de su provecho personal. Al mantener la rivalidad entre los dos organismos, reforzaba su posición de árbitro. Pero esto a su vez significaba que tenía que conformarse con un nivel más bajo de eficacia administrativa del que en otras circunstancias habría querido. Partió de la premisa de que cada institución perseguía sus propios intereses a expensas de las demás. Las persistentes rivalidades llevaron a una obstrucción sistemática. Las enredadas competencias del gobierno, el partido y la policía produjeron una montaña de papeleo burocrático que hacía lentos los

procesos de deliberación y puesta en práctica. El dinamismo se introducía cuando Stalin daba una orden directa o cuando permitía a un grupo influyente de subordinados que llevaran a cabo una iniciativa deseada. Pero Stalin sabía que no podía estar al tanto de todo. La red de los organismos institucionales centrales trabajaba para mantener su despotismo; era menos efectiva para hacer posible un gobierno flexible y eficaz. Stalin pagó un precio por su tiranía.

POLÍTICAS Y PURGAS

Stalin no limitó su actividad política en el Kremlin a manipular las estructuras centrales existentes y a fomentar los enfrentamientos entre los líderes políticos. En los peligrosos años de la posguerra tenía que haber un debate político constante. La situación externa e interna fluctuaba permanentemente y Stalin no podía enfrentarse a ella sin consultar a sus compañeros de la dirección. Tenía que aceptar que el conocimiento del mundo que podía adquirir por sí solo tenía límites. Tampoco podía confiar plenamente en su propio juicio. Resultaba práctico permitir cierto grado de diversidad de opinión entre sus subordinados antes de fijar una política. Los desacuerdos entre los dirigentes no sólo eran inevitables, sino también deseables. Esto no era un secreto; los miembros del Politburó se daban cuenta de cómo se los manipulaba. Pero también sabían que si no adoptaban una posición en una discusión, Stalin podía decidir que ya no le resultaban útiles. Al mismo tiempo tenían que abstenerse de decir algo que pudiera molestarle. Mientras no lo asesinaran seguirían a su merced —y la escrupulosa atención que Stalin prestaba a su propia seguridad hacía que atentar contra su vida tuviera escasas probabilidades de éxito.

En cualquier caso, sus principales colaboradores al mismo tiempo estaban ocupados en el ejercicio de sus deberes institucionales. Sobre cada uno de ellos recaía una inmensa responsabilidad y su poder y privilegios al menos les compensaban de algún modo por las condiciones de sometimiento en que trabajaban. También estaban motivados por el celo patriótico y, en algunos casos, por el compromiso ideológico. Habían actuado bajo el control de Stalin durante años. No sorprende que continuara

dominándolos y explotándolos del mismo modo que ellos a sus propios subordinados.

Así, Stalin cambiaba con frecuencia la dirección según sus miembros ganaban o perdían su confianza en las batallas políticas que consentía. Poco después de la guerra degradó a Viacheslav Mólotov. Junto con Kaganóvich y Mikoián, Mólotov era el subordinado que había estado a su servicio durante más tiempo. Al principio todo parecía ir bien. Cuando Stalin se fue de vacaciones al Sur en octubre de 1945, dejó al cuarteto compuesto por Mólotov, Beria, Mikoián y Malenkov a cargo del Kremlin[1]. Pero casi seguro buscaba un pretexto para atacar a Mólotov y el incidente de la publicación de extractos de los discursos de Churchill le brindó lo que deseaba. Stalin pudo haberse sentido ofendido por la fama adquirida por Mólotov durante la guerra, así como por su popularidad como auténtico ruso. La prensa británica debió de haber empeorado aún más la situación al sugerir que Mólotov se preparaba para asumir el poder[2]. Los beneficiarios de la caída en desgracia de Mólotov fueron Malenkov y Beria, que en marzo de 1946 fueron ascendidos —en un extraño pleno del Comité Central del partido— a miembros plenos del Politburó, y el nombre de Malenkov se colocó después del de Stalin en la composición del Orgburó y del Secretariado[3]. Mólotov no fue destituido de su cargo de ministro de Asuntos Exteriores hasta marzo de 1949, pero se había terminado su tiempo como representante de Stalin.

Sin embargo, aunque Stalin era resentido y suspicaz, todavía no deseaba desprenderse por entero de Mólotov. Cuando Trygve Lie, secretario general de la Organización de las Naciones Unidas, visitó a Stalin en Moscú en mayo de 1950, Stalin convocó a Mólotov para que participara activamente en las discusiones[4]. La experiencia de Mólotov seguía siendo demasiado valiosa como para desecharla. Su posición formal se había debilitado, pero su influencia real, pese a haberse visto reducida, todavía estaba muy lejos de ser insignificante. Siguió siendo miembro del Politburó y, más importante, invitado habitual a las cenas en la dacha de Stalin. Stalin jugaba a largo plazo.

Como contrapeso de la reciente autoridad de Malenkov se apoyó en Andréi Zhdánov, que fue puesto al frente de la Administración de

Propaganda del Secretariado del Partido en abril de 1946. La posición de Zhdánov se consolidó con la designación simultánea de Alexéi Kuznetsov, que había trabajado con él en Leningrado, para encabezar la Administración de los Cuadros del Secretariado. Malenkov sabía que tendría que cuidarse las espaldas[5]. En realidad, apenas se había elevado cuando fue derribado. En mayo de 1946 el Politburó lo destituyó del Secretariado del Partido. Stalin lo culpó de no haber sido capaz de mejorar la calidad de la producción aeronáutica. N. S. Patólichev ocupó su lugar[6]. El momento de gloria de Malenkov había sido breve; sin embargo, al igual que Mólotov, no fue excluido por completo del Kremlin (al menos después de su regreso de una misión en las repúblicas soviéticas de Asia central). Hasta el momento los malabarismos con el personal después de la guerra no significaban mucho más que la obvia pérdida de prestigio e influencia. Malenkov no fue arrestado, pero sus clientes del partido y el gobierno fueron destituidos de sus puestos y a menudo reemplazados por individuos vinculados a Zhdánov desde la época en que había trabajado en Leningrado. La estrella de Zhdánov estaba en ascenso.

El motivo exacto por el que Stalin cambió repentinamente sus preferencias sigue siendo un misterio. Puede ser que estuviera verdaderamente molesto por las revelaciones acerca de la falta de organización en la industria aeronáutica. Sin embargo, tal vez estaba buscando algún pretexto para mantener en ascuas a todo el Politburó —y no hubo miembro del Politburó que finalmente no incurriera en su desaprobación—. Posiblemente la simpatía de Stalin por Zhdánov también tuvo su importancia; Mólotov recordaba: «Stalin quería a Zhdánov más a que todos los demás»[7]. Con Zhdánov como brazo derecho, Stalin se volvió contra Mikoián. No era su primer contratiempo en los últimos años. En 1944 Stalin había rechazado «de plano» la propuesta de Mikoián de suministrar semillas de grano para la siembra de invierno a las granjas colectivas que se habían reconstruido en Ucrania: acusó a Mikoián de actuar «contra el estado»[8]. En diciembre de 1946 esto derivó en una hostilidad permanente por parte de Stalin, que acusó a Mikoián de apoyar maniobras para plegarse a las condiciones que los Estados Unidos exigían para incrementar el comercio entre ambos estados[9].

Nadie estaba seguro. El Comité Central del Partido, a petición de Stalin, ascendió a Voznesenski, que era de Leningrado, al Politburó en febrero de 1947. Pero al mismo tiempo Stalin elevó a Nikolái Bulganin a la condición de miembro: no quería que un grupo de Leningrado disfrutara de un poder indiscutible en la cúpula del partido. En realidad nunca dejó que un nuevo equilibrio durara mucho tiempo. La conmoción en las jerarquías siempre fue un rasgo de su gobierno y era muy poco probable que Zhdánov se mantuviera de forma permanente como su favorito. Sin embargo, Mólotov y Mikoián desaparecieron. Cuando Stalin les invitó a comer en Miussery en 1948 se sintieron heridos por una escena en la que tomó parte Poskrióbyshev. En medio de la comida, Poskrióbyshev se dirigió de repente a Stalin diciendo: «Camarada Stalin, mientras usted estaba de vacaciones en el Sur, Mólotov y Mikoián han estado organizando un complot contra usted»[10]. Ambos acusados comprendieron que Stalin había organizado la escena y cuando proclamaron su inocencia Stalin aceptó sus afirmaciones. Pero nunca más gozaron del favor del Líder. Según Mikoián, el «capricho» de Stalin se tornó evidente sólo a partir de los últimos años de la guerra. Se engañaba. No recordaba que Stalin siempre había sido proclive a los métodos arbitrarios en el ejercicio del poder. La diferencia era que Mikoián, después de una carrera en la que disfrutó del apoyo de Stalin, hacía poco tiempo que se había convertido en víctima de esos métodos.

Si Mikoión tenía razón en algo, era en que desde los últimos años de la guerra Stalin había comenzado a actuar de un modo más extraño que nunca hacia quienes conformaban su entorno social. Éstos le temían desde antes de 1941. Nunca habían podido predecir si ordenaría su persecución y arresto. Pero a medida que se aproximaba la victoria en la guerra y Stalin retomaba un comportamiento afable, disfrutaba jugando con sus sentimientos. Lo consideraron más un signo de deterioro que el aumento gradual de una tendencia ya existente. Eran supervientes políticos, pero poco sutiles en psicología pese a la experiencia de tratarle durante varias décadas.

La política del Kremlin comenzó a favorecer a Malenkov y a Beria cuando, en agosto de 1948, Zhdánov murió después de un largo tratamiento en una clínica. Desvastado por el alcoholismo y los problemas cardíacos,

había estado aquejado de mala salud durante años, pero se difundió el rumor de que los médicos lo habían asesinado. Una de las médicas de la clínica, Lidia Timashuk, presentó quejas del tratamiento inadecuado que había recibido Zhdánov. Aunque el despacho de Stalin recibió el informe sobre Zhdánov, no se hizo nada al respecto —de hecho puede ser que no lo revisara en el momento—. En cualquier caso, hacía meses que había dejado de favorecer a Zhdánov y ahora autorizó a Malenkov y a Beria para que rastrearan su muerte mediante una investigación de la situación política en Leningrado. Malenkov, un obeso *aparatchik* con cara de bebé y espantosos antecedentes durante el Gran Terror, declaró haber encontrado pruebas de una conspiración dirigida contra Stalin y el Kremlin. Stalin estaba lo suficientemente convencido de que los de Leningrado se habían insubordinado políticamente como para ordenar una purga general que abarcara a toda la dirección del partido y del gobierno de la ciudad. Las ejecuciones se llevaron a cabo en 1950. Malenkov volvió al Kremlin como el favorito de Stalin durante unos años más.

No todos los políticos de Leningrado habían estado de acuerdo con el objetivo de Stalin de que se ampliaran las funciones políticas del partido. Pero muchos sí lo habían estado y la ciudad tenía reputación de acoger a quienes seguían comprometidos con la importancia del partido, la ideología y la restricción de las tendencias tecnocróticas en el vasto aparato del Consejo de Ministros[11]. Malenkov y Beria se habían alineado contra Zhdánov, que abogaba por ampliar la libertad de los ministros de asumir la tarea de la regeneración económica. En su lenguaje imperioso y opaco, acentuaban su inclinación a poner especialistas a cargo de los asuntos. La pericia debía predominar sobre la ideología. La división entre las dos partes no estaba completamente definida. Beria y Malenkov no propugnaban que el partido quedara al margen de la administración del país. Ambos estaban también asociados con los órganos represivos, aunque Beria dejó de dirigirlos en 1945. En cierta medida sus opiniones reflejaban los intereses de las instituciones que encabezaban —lo que también era cierto en el caso de Zhdánov—. Pero una disputa de importancia intrínseca los había dividido. Stalin tendría que resolverlo de algún modo.

El Caso de Leningrado fue la primera purga sangrienta contra la élite política comunista desde 1938. Después de la Segunda Guerra Mundial las deportaciones, arrestos y ejecuciones se habían dirigido contra sectores específicos de la sociedad, en especial contra figuras destacadas de la vida pública y económica de los estados bálticos recientemente anexionados. Stalin también envió a prisioneros de guerra que regresaban al país a los campos de trabajo forzado del Gulag. Pero el encarcelamiento de la gente de Leningrado fue diferente, porque las víctimas pertenecían a los grados más elevados del escalafón administrativo de la URSS. Esta vez no se molestó en celebrar juicios ejemplarizantes. Cientos de funcionarios del partido y del gobierno fueron encarcelados y fusilados. Entre ellos estaban el miembro del Politburó Nikolái Voznesenski, el secretario del Comité Central Alexéi Kuznetsov, el primer ministro de la RSFSR Mijaíl Rodiónov y el primer secretario del Partido de Leningrado, Piotr Popkov.

Aunque Stalin no reveló sus motivos, los de Malenkov y Beria se pueden adivinar fácilmente. Siempre se habían sentido molestos por la autoridad y la clientela política que Zhdánov tenía en Leningrado. La vida pública soviética era un nido de víboras y Malenkov y Beria eran dos de sus anacondas. Había llegado la ocasión de derribar a los colaboradores de Zhdánov. Pero, ¿por qué Stalin estuvo de acuerdo? Probablemente se había sentido ofendido por el modo en que Voznesenski había hablado en contra suya durante la guerra; Voznesenski también era el único miembro del Politburó que había escrito un libro de amplia difusión después de la guerra. Es muy probable que su creciente prestigio como político irritara a Stalin, del mismo modo que le había molestado la capacidad de Zhúkov como comandante. En cualquier caso, cuando se descubrió que Voznesenski había extraviado importantes datos del Gosplan, se presentó la ocasión para Malenkov, que siempre le había odiado[12], de acusarle de conducta irresponsable e incluso de traición[13]. También se consideró que Voznesenski había retenido información acerca de las discrepancias entre los planes económicos del estado y la situación económica real. Se mostró sin rodeos a Voznesenski como un impostor. Aunque todos los líderes políticos eran impostores, Voznesenski tuvo la mala suerte de ser

descubierto. Para Stalin, la peor falta que podía cometer un miembro del Politburó era no ser sincero con él.

En Leningrado también había otra gente que había ofendido a Stalin. La dirección de Leningrado, «ciudad heroica» en la Gran Guerra Patria, había cultivado el patriotismo local. Capital del Imperio ruso desde el reinado de Pedro el Grande, Leningrado seguía rivalizando con Moscú después de que la sede del gobierno se trasladase a Moscú en marzo de 1918. Los habitantes de Leningrado pensaban que habían sobrevivido a la ofensiva alemana más por su propia determinación que por la ayuda del Kremlin. La ciudad empezaba a parecer la capital de Rusia en un estado soviético multinacional —la URSS— con base en Moscú.

La dirección del partido y del gobierno de la ciudad había empezado a dar indicios de traspasar los límites autorizados por Stalin[14]. Por mucho que le gustara incorporar el orgullo nacional de los rusos a la doctrina y la política, nunca dejó de lado su preocupación por el posible crecimiento del nacionalismo entre ellos. La élite política de Leningrado no logró hacerse cargo de las reglas de la situación. Kuznetsov había organizado en Leningrado una feria al por menor para toda la RSFSR sin el permiso del Kremlin y Rodiónov había abogado por un «Buró para la RSFSR»[15]. Voznesenski no había trabajado en Leningrado desde antes de la guerra, pero Stalin intuyó una vena nacionalista en él y le dijo a Mikoián: «Para él no sólo los georgianos y los armenios, sino también los ucranianos no son personas propiamente dichas»[16]. Más aún, los políticos de Leningrado, incluido Zhdánov, se habían entusiasmado con los yugoslavos después de la Segunda Guerra Mundial. Tito y los yugoslavos pedían una transición más radical al comunismo en Europa oriental[17]. Stalin no había puesto objeciones en ese momento, pero cuando Tito y él rompieron, la conocida inclinación de Zhdánov —aunque en su momento había contado con la aceptación de Stalin— le hizo sospechar que la «segunda capital» de la URSS era un nido de traidores. Voznesenski había gozado de gran predicamento durante la guerra y en 1948 Kuznetsov incluso había sido mencionado por Stalin como su posible sucesor[18].

En realidad, Stalin no estaba amenazado por ellos. No había ningún líder de Leningrado del que se pudiera demostrar que estaba ansioso por

promover la causa nacionalista rusa. La única fuente de preocupación seria era que intentaban poner las bases de la autonomía de la RSFSR dentro de la URSS. Pero Stalin, que siempre era extremadamente cauto, no dejaba nada al azar. Los líderes de Leningrado fueron arrestados, interrogados y fusilados. No habían constituido un grupo cohesionado con un programa uniforme y acordado y algunos de ellos —notablemente Voznesenski, miembro del Politburó y presidente del Gosplan— tenían intereses que entraban en conflicto con la insistencia de Zhdanov en las virtudes del partido. Pero una cantidad suficiente de ellos estaba de acuerdo en las discusiones políticas posteriores a la guerra como para que se los considerara como una tendencia potencial dentro del círculo del gobierno[19].

El Caso de Leningrado no puso fin a las disputas políticas. Sin duda la posición del aparato ministerial se consolidó en detrimento del partido y los especialistas cualificados de los sectores económicos y sociales de la vida pública —y en realidad también los políticos— no fueron molestados ni por el partido ni por la policía. Tras haber sopesado la posibilidad de tomar medidas para elevar el nivel de vida de la población, Stalin se había inclinado por las viejas prioridades. La Guerra Fría impuso una colosal tensión presupuestaria a la ya dañada economía soviética. Se tomaron disposiciones para aumentar la producción en la industria pesada y se destinaron abundantes recursos a las fuerzas armadas y a las fábricas de armamento, así como al desarrollo del armamento nuclear. Se hacían declaraciones de corte xenófobo acerca de la política internacional; poco quedaba de las restricciones típicas de la Gran Alianza. Se terminó la distensión cultural de la época de la guerra y se retomó la persecución de la *intelliguentsia* creativa. Lo ruso era objeto de elogios extravagantes. El marxismo-leninismo en su peculiar versión estalinista constituía el núcleo de la propaganda en la prensa, la radio y la escuela. Se endurecieron los procedimientos punitivos; los prisioneros liberados del Gulag al cumplirse sus sentencias fueron arrestados de nuevo y devueltos a los campos o trasladados a establecimientos especiales.

A Stalin le agradaba que el mundo creyera que el debate acerca de los aspectos primordiales de la política había dejado de ser necesario y que

existía un consenso popular en la URSS. Así, cualquier reconsideración de la «línea del momento» era una pérdida de tiempo en el mejor de los casos y una herejía y un peligro para los intereses del estado en el peor. Supuestamente las ideas de Stalin eran exactamente las mismas que las del partido y la clase obrera. Sin embargo, algunos miembros de su entorno percibían que era necesaria una reforma en distintos sectores de la vida pública. Malenkov creía que había que darle prioridad a la producción de la industria ligera, pese al deterioro de las relaciones entre Estados Unidos y la URSS. Beria estaba de acuerdo (y después de la muerte de Stalin cooperó con Malenkov tratando de fomentar la reconciliación entre los antiguos aliados de la guerra). Probablemente Malenkov y Beria también estaban de acuerdo en que la ruptura con Yugoslavia no había sido buena idea. Pero Malenkov estaba menos dispuesto que Jrushchov a reconocer la existencia de una situación de emergencia agrícola en la URSS. Tampoco quiso admitir los peligros, señalados por Beria, que suponía la exacerbación de los sentimientos nacionales rusos entre los pueblos no rusos. La cúpula del partido estaba plagada de disputas reprimidas sobre una extensa variedad de políticas en curso.

Para Stalin una cosa era desarrollar una estructura idiosincrática para la dirección política soviética y otra completamente diferente, mantenerla en pie. Al jugar con el destino de sus subordinados, se arriesgaba a desestabilizar todo el orden estatal, como había pasado entre 1937 y 1938. Las instituciones que controlaban la sociedad, la economía y la cultura necesitaban mantener su autoridad. La sociedad estaba dominada, pero era capaz de estallar en una rebelión: la historia de las revueltas populares en el Imperio ruso constituía una advertencia contra la complacencia oficial. No era la única reflexión que se hacía Stalin. Sabía que si quitaba de en medio a todos sus subordinados en una gran purga, se arriesgaba a caer en descrédito. Si la emprendía con todos, su juicio sería puesto en cuestión. Además, también tenía que tener en cuenta la reacción de sus potenciales víctimas. Si hacía que se sintiesen aterrados por sus intenciones, podrían intentar un golpe contra él. Por lo tanto, actuaba contra individuos en lugar de hacerlo contra grupos. Stalin no era omnipotente. Debía actuar con precaución, actuar contra sus subordinados de forma gradual.

Existe una imagen de Stalin como gobernante que lo muestra como un déspota sin precedentes en la historia. Más que Luis XIV, podría haber dicho con toda propiedad: «L'Etat, c'est moi». El Gran Terror había culminado con una victoria total. La implantación duradera del poder y la autoridad supremos —el partido— se consiguió por medio de sus métodos sangrientos y posteriormente pudo hacer más o menos lo que quiso. Todas las instituciones estaban en permanente rivalidad entre ellas a un nivel muy por debajo del trono imperial de Stalin. Sin duda las instituciones tenían importancia, pero recibían órdenes de las alturas celestiales sin poder modificar los contenidos. Funcionaban como cintas transportadoras administrativas de Stalin; su tarea era realizar cualquier misión que él hubiera dispuesto para cada día concreto. Los dirigentes de las instituciones ocupaban sus puestos únicamente en virtud de los caprichos del Líder y cumplían sus deberes al pie de la letra, según la expresa voluntad de Stalin. Las instituciones y los dirigentes eran por lo tanto meras extensiones de los deseos e indicaciones declarados de Stalin. En todos los sentidos, la actividad política había cesado. Un enjambre de polillas cuyo amo era el pequeño psicópata picado de viruela gobernaba la URSS. Según esta imaginería, Stalin era la encarnación humana del totalitarismo.

Los órganos centrales no eran el único problema. Cada institución tenía sus discrepancias internas. El centro competía con sus pares regionales. Los dirigentes de Moscú trataban de incrementar su autoridad mediante la incorporación de sus partidarios personales a los puestos de la jerarquía inferior. El patronazgo se volvió un fenómeno político normal. Stalin pudo debilitar sus efectos colocando figuras rivales dentro de una misma institución, pero no podía eliminarlo por completo y desde el final del Gran Terror tampoco se esforzó por intentarlo. También podía incorporar sus propios nombramientos a los cuadros provinciales. Sin embargo, todo esto requería una gran cantidad de energía. Stalin la había tenido en la década de los treinta, aunque entonces sus elecciones se basaban más en la intuición que en el trato directo con los funcionarios —había dejado de recibir a las delegaciones provinciales como lo hacía normalmente a finales de la década de los veinte—. De hecho, rara vez intervenía en el gran proceso de nombramientos para cargos no centrales después de 1945. Estaba

demasiado viejo y cansado y tenía otras cosas en mente: la política exterior y económica a gran escala, la guerra de Corea, el movimiento comunista mundial y su supremacía política.

El gobierno estalinista siguió siendo tan contradictorio como siempre. Se caracterizaba por el enorme poder acumulado por Stalin y sus subordinados en el Politburó; sólo los santos o los locos criticaban su derecho a gobernar o los contenidos de sus políticas. Las elecciones eran una farsa. Nunca se consultaba la opinión popular. La obligación de los ciudadanos soviéticos era escuchar las órdenes y acatar la doctrina. El mando jerárquico se había convertido en un aspecto normal y primordial del gobierno y cualquiera que desafiara este aspecto del orden soviético —e incluso muchos que no se atrevieron a desafiarlo— terminaría con seguridad contra un muro o en un campo de trabajo. Era imposible resistirse al inmenso poder de un estado omnipresente y muy pocos lo intentaron. Apenas un puñado de valientes estudiantes rusos se reunieron en las universidades y discutieron planes para un cambio en la ideología y para la práctica del verdadero leninismo. Los disidentes religiosos también siguieron reuniéndose en secreto. Algunos intelectuales continuaron escribiendo pese a que no tuvieran perspectivas de publicación. Los grupos de partisanos armados de Ucrania y los estados bálticos, aunque disminuidos, todavía no habían sido eliminados del todo. Pero en el conjunto de la URSS las fuerzas de resistencia eran débiles. En la base del poderoso estado estaba Iósef Stalin —Soso para sus amigos de la escuela de su misma edad, Iósef para los Allilúev, el Jefe para el Politburó y el Padre de los Pueblos para los ciudadanos—. Las manos del déspota mantenían un férreo control de los resortes del poder y, mientras siguiera respirando, no podría ser derrocado.

Las apariencias no engañan: era un déspota al que nadie podía desafiar. Pero esas apariencias deslumbraban tanto que ocultaban las debilidades. En los niveles inferiores del estado y la sociedad las infracciones al principio jerárquico eran sistemáticas. No sólo en la política, sino también en todos los niveles de la administración de la URSS había robo, corrupción, nepotismo, favoritismo, desinformación y desorden generalizado. Se defendían los intereses regionales, institucionales y locales. El orden

soviético pagaba a los trabajadores y *koíjozniki* un salario pero no lograba imponer las pautas de cumplimiento del trabajo que son convencionales en Occidente. El sistema totalitario era un fracaso lamentable en la gestión a pequeña escala.

Stalin no se daba por enterado de nada de esto. Después de la Segunda Guerra Mundial nunca volvió a visitar una fábrica, una granja o incluso una oficina administrativa. Gobernaba según sus intuiciones. Cuando veía a otros políticos trataba de sonsacarles la información que ellos se esforzaban por ocultarle. Daba cenas. Mantenía contactos regulares con sus órganos de vigilancia. Daba sus órdenes y enviaba telegramas amenazadores. Cerraba todos los canales que sirvieran de vehículo para la propagación de doctrinas y opiniones diferentes de las suyas. Disponía arrestos. Pero su «omnipotencia» no le permitía perfeccionar el orden piramidal. Los inspectores siempre encontraban algo que no marchaba bien en los niveles inferiores de la estructura, pero hacía tiempo que habían dejado de decirle la verdad. Cuando se le informaba de defectos o problemas, era *de rigueur* sugerir que se debían a la acción de saboteadores, disidentes o agentes extranjeros. Nadie se atrevía a insistir en que el problema era inherente al orden soviético y a las políticas introducidas y puestas en práctica por Stalin. Era un círculo vicioso. Stalin sabía sólo lo que quería saber. Sus subordinados trataban de decirle sólo lo que él quería o lo que ellos querían que él supiera. El Líder con un poder más abarcador que cualquier otro gobernante contemporáneo no estaba al tanto de lo que pasaba en la base de la sociedad que regía. Amo de todo lo que vigilaba, veía sólo una pequeña parte de la realidad de su país y controlaba todavía menos.

EL CULTO AL EMPERADOR

A veces Stalin pretendía estar desconcertado por la extravagancia de los rituales de su culto. Pedía que se limitaran los elogios y refunfuñaba a sus propagandistas que estaban exagerando. En 1945, al discutir los planes para el primer volumen de sus obras completas, propuso restringir la tirada a treinta mil ejemplares debido a la escasez de papel. Otros participantes en la reunión consiguieron que aceptara una tirada de trescientos mil ejemplares, ya que, según afirmaron, la demanda del público sería enorme[1]. Stalin también mostró similar precaución un año más tarde en un encuentro semejante para discutir el borrador de la segunda edición de su biografía. Las adulaciones lo irritaban[2]:

> ¿Qué tiene que hacer el lector al terminar este libro? ¡Ponerse de rodillas y rezarme! (…) No necesitamos idólatras (…) Ya tenemos las enseñanzas de Marx y Lenin. No hace falta añadir otras (…) En ninguna parte dice claramente que yo soy el discípulo de Lenin (…) De hecho, me he considerado y todavía me considero el discípulo de Lenin.

El futuro de la Revolución, el marxismo y la URSS debían tenerse en cuenta. «¿Y qué pasa —exclamaba Stalin— si dejo de estar presente? (…) [Mediante este borrador] no inculcan el amor al partido (…) ¿Qué va a pasar cuando ya no esté aquí?»[3].

Sin embargo, en realidad Stalin no impedía las fanfarrias: o bien hacía juegos psicológicos o ya no podía molestarse en mantener un férreo control del área de propaganda. En 1946 aparecieron sus obras completas en una

primera edición de medio millón de ejemplares. Un millón de ejemplares de la biografía revisada había sido publicado a finales de 1947 —y diez millones de ejemplares del *Curso breve* sobre la historia del partido fueron a la imprenta al mismo tiempo—[4]. El culto a Stalin se había convertido en una industria estatal (y el mismo Stalin había dejado de lado su débil intento de restringir su marcha).

Había un severo control de la iconografía. Un episodio de 1946 ilustra el celoso cuidado de la imagen del Líder. La artista V. Livánova había pintado un cartel sobre el «9 de mayo – Celebración de la Victoria Mundial» para la editorial Arte de Moscú. De acuerdo con los procedimientos habituales, los editores lo revisaron para controlar su mérito visual y su fidelidad política antes de enviarlo al censor I. N. Kleiner del Glavlit, el órgano central de censura. Pero las cosas no salieron bien. Los editores no esperaron la respuesta, sino que enviaron el cartel a la imprenta, ubicada en la zona de Alemania ocupada por los soviéticos. Para cuando las copias del cartel estaban siendo enviadas de nuevo a la URSS para su distribución se habían descubierto dos errores. Uno era que había sólo quince estandartes en representación de las repúblicas soviéticas en lugar de dieciséis. El otro se refería a Stalin: su estrella de mariscal tenía seis puntas en lugar de cinco. La investigación demostró que los errores los había cometido la misma Livánova y no saboteadores alemanes (como se había sospechado). El Glavlit también tuvo problemas por no haber tomado las precauciones necesarias. Kleiner fue despedido y la dirección del Glavlit, que estaba aterrorizada y trataba de probar su lealtad, solicitó quedar subordinada al Ministerio del Interior[5].

A errores nimios como éste se les atribuía un significado pernicioso. Los enemigos del orden soviético podrían estar haciendo un llamamiento al desmembramiento de la URSS al reducir el número de estandartes oficiales. Tal vez había una insinuación implícita a la independización de Ucrania. En cuanto a la imagen de Stalin con su estrella de mariscal de seis puntas, esto podía sugerir un complot para mostrarlo como amigo del judaismo internacional, dado que la estrella de David también tiene seis puntas[6].

El culto a Stalin era el núcleo del sistema de creencias del marxismo-leninismo-estalinismo. Aunque carecía de credo, sus devotos tenían que

apegarse rigurosamente a una terminología e imaginería establecidas. Textos como *El capital* de Marx y *El Estado y la revolución* de Lenin cumplían la función de los Evangelios y el *Curso breve* y la biografía oficial de Stalin equivalían a los Hechos de los Apóstoles. El detallismo acerca de las palabras e imágenes era una reminiscencia de la tradición eclesiástica del antiguo Imperio ruso —y Stalin, que había asistido al Seminario de Tiflis hasta la edad de veintiún años, bien pudo haber estado influido, conscientemente o no, por sus recuerdos de la inflexible adhesión de la Iglesia Ortodoxa a los ritos, la liturgia y las imágenes establecidas[7] —. Los pintores de iconos representaban las imágenes sagradas según severas reglas prescritas. Tal vez éste era el origen del extremado control del detalle en los materiales de difusión pública que tenían por objeto a Stalin. Si en realidad éste era el caso, debió de haber reforzado la predisposición de los doctrinarios marxista-leninistas a garantizar la fidelidad a los textos de Marx, Engels, Lenin y Stalin para desterrar cualquier rastro de heterodoxia. El cristianismo medieval y el marxismo vulgar constituían una mezcla poderosa.

La impersonalidad establecida en la imaginería de Stalin se mantenía dentro de límites muy precisos. No se permitía que ningún miembro del Politburó tuviera un perfil público que pudiera distraer al pueblo de la adoración al Líder. Veteranos compañeros de armas como Mólotov, Kaganóvich y Mikoián sólo se hacían notar cuando desarrollaban tareas específicas: ninguno de ellos fue siquiera mencionado en *La economía de guerra de la URSS* de Nikolái Voznesenski y tampoco se hacía referencia a ellos en los capítulos que se añadieron a la edición de posguerra del *Curso breve* y de la biografía oficial de Stalin[8].

El Líder observaba con ojos de lince los productos de la propaganda soviética. Incluso le disgustó la novela *La joven guardia*, de Alexandr Fadéiev, galardonada con el Premio Stalin. Era un éxito de ventas que describía a unos partisanos adolescentes que actuaban detrás de las líneas alemanas durante la guerra. La valentía, decisión y patriotismo de los personajes tocaban la fibra sensible de los lectores y el libro era muy popular, en particular entre los jóvenes de la URSS. Pero Stalin iba más allá. Al contrario de lo habitual, no había leído el texto antes de la entrega

del premio. Iliá Ehrenburg recordaba la furia del Líder cuando vio los fragmentos de la película basada en la novela: «Aquí había jóvenes abandonados a su suerte en una ciudad tomada por los nazis. ¿Dónde estaba la organización del Komsomol? ¿Dónde estaba la dirección del partido?»[9]. La cuestión fundamental para Stalin residía en que todo el mundo debía comprender que la victoria en la guerra había estado asegurada por el marco institucional y la dirección proporcionada por las jerarquías del estado. No se podía admitir que se mostrara a individuos en particular y ni siquiera a grandes grupos sociales como si actuaran de forma autónoma. Se impuso una versión codificada de la realidad histórica. Se repudiaba cualquier obra que mostrara a los ciudadanos soviéticos luchando efectivamente contra la Wehrmacht sin la supervisión directa de una jerarquía administrativa ligada al Kremlin.

La guerra misma se convirtió en una cuestión embarazosa para Stalin. La celebración del aniversario del Día de la Victoria se suspendió después de 1946 y no fue reimplantada sino después de su muerte. Las memorias de los generales, soldados y civiles se prohibieron. Stalin deseaba controlar, manipular e influir en la memoria del pueblo. La realidad de la época de la guerra podía desestabilizar sus planes para el régimen de posguerra. Las ideas acerca del modo en que el pueblo pudo resistir y pelear sin referencia a la autoridad de Stalin eran peligrosas.

La segunda edición de su biografía oficial, presentada en los medios con ensordecedoras fanfarrias en 1947, añadía material sobre la Gran Guerra Patria y la participación de Stalin en ella. También se corrigieron los capítulos ya existentes. Aunque en general los autores solían exagerar los elogios hacia él, había una excepción. Mientras que la primera edición afirmaba que había sido arrestado ocho veces y había estado exiliado siete veces antes de 1914, la segunda reducía los números a siete y seis, respectivamente. Pero por lo demás la nueva edición era una apología todavía más extravagante que la primera. La parte dedicada a la Segunda Guerra Mundial apenas mencionaba a alguien que no fuera Stalin y su breve viaje a las proximidades del frente se trataba como un hecho crucial para el triunfo del Ejército Rojo. La narración no era mucho más que una lista de batallas. Se mencionaba al gobierno y al ejército. Pero el elemento

dramático, en la medida en que existía, se centraba en las decisiones y en la inspiración de Stalin. El libro carecía por completo de un relato de las difíciles deliberaciones de la Stavka o de la contribución de otros dirigentes y del pueblo en su conjunto. Se pasaron por alto los detalles de la carrera de Stalin en la guerra; se le presentaba como la personificación del estado y la sociedad en la victoria. Aún más que antes de la Segunda Guerra Mundial, era un icono sin personalidad propia. Stalin, el partido, el Ejército Rojo y la URSS eran representados como un todo indiscernible[10].

Stalin incluso estuvo a punto de relegar a Lenin de su posición primordial en la Unión Soviética, como indica el prefacio al primer volumen de sus obras completas. Expresaba su sorpresa de que Lenin, que había desarrollado los elementos de su síntesis de la teoría marxista de la revolución socialista en 1905, no hubiese divulgado por completo el hecho hasta 1917[11]. Con anterioridad se había instruido a los propagandistas oficiales para que insistieran en que la política leninista se había desarrollado en una línea ininterrumpida de cambios positivos. Hacia 1946 Stalin sugería que Lenin había dejado algunos cabos sueltos.

El aumento de su prestigio a expensas de Lenin también revistió otras formas. Los pintores oficiales sugerían visualmente que el más grande de los dos líderes comunistas había sido Stalin. Se hizo con mucha sutileza. En general lo típico era que Stalin estuviera de pie, seguro de sí mismo, pipa en mano, mientras explicaba alguna cuestión de estrategia política a Lenin, que le escuchaba con gran interés, como si se hubieran intercambiado los papeles de maestro y discípulo. Aparte de lo improbable de la sumisión de Lenin estaba su conocida aversión a que se fumara en su presencia. Otro toque poco realista era la creciente tendencia de los artistas a retratar a Stalin más alto que Lenin. De hecho, medían aproximadamente lo mismo. No hace falta mencionar que las imperfecciones físicas de Stalin se evitaban cuidadosamente. Después de la Segunda Guerra Mundial, las representaciones históricas acentuaban cada año su aspecto de atleta fuerte y maduro. La misma tendencia se seguía en las películas. En *Inolvidable 1919*, de Mijaíl Chiaureli, se ve a Stalin imperturbable mientras comunica sus decisiones. La imagen lo presenta como alguien excepcional por su valentía. Siempre parece defender la «decisión correcta», para elogio de

todo el mundo. Se hacía que la supervivencia del estado soviético pareciese esencialmente un logro de Stalin.

Esto se hizo a propósito. Las políticas de la dirección eran profundamente opresivas; las elecciones y las consultas a la sociedad en conjunto no existían. Las aspiraciones populares de otro tipo de estado y de sociedad eran fuertes y los líderes soviéticos las veían como una amenaza. Se puso en marcha un plan de adoctrinamiento para reforzar el caparazón del viejo régimen. La fuerza por sí sola no era suficiente. Stalin ya era la personificación del orden soviético y la seducción que ejercía sobre los ciudadanos de la URSS era profunda y amplia incluso entre los millones de personas que odiaban sus políticas. Es imposible cuantificar el fenómeno: los informes de la policía de seguridad se basan en impresiones y están plagados de enormes prejuicios; además, no se hacían encuestas independientes para sondear la opinión pública. Pero la reacción ante la muerte de Stalin en marzo de 1953, cuando el dolor del pueblo adoptó una forma histérica, indica que todavía existía respeto e incluso afecto por él. Encarnaba el orgullo por la victoria militar. Impulsó el desarrollo industrial y el progreso cultural. Incluso si no hubiese deseado un culto a su grandeza, tal culto habría tenido que inventarse.

La vida pública partía de la premisa de que todas las cosas buenas de la URSS fluían de los talentos y los dones de Iósef Stalin[12]. Entre las expresiones del culto estaba *El libro de la comida deliciosa y saludable,* cuyo párrafo introductorio era una cita de Stalin: «La particularidad distintiva de nuestra Revolución consiste en haberle dado al pueblo no sólo libertad, sino también bienes materiales y la oportunidad de tener comodidades y cultura»[13]. No podía publicarse ninguna obra que no fuera de ficción sin mencionar su genio. Se decía que la historia, la política, la economía, la geografía, la lingüística e incluso la química, la física y la genética, no podían estudiarse adecuadamente a menos que incorporaran sus ideas como guía.

Aun así, a este déspota le faltaba, en lo más recóndito de su mente, una confianza verdadera en su apariencia. Su brazo izquierdo lisiado, su cara picada de viruela y su corta estatura parecen haberle impedido disfrutar de ese culto tanto como lo habría hecho en otras circunstancias. Amaba y

detestaba al mismo tiempo los elogios excesivos. También entendía que la escasez de imágenes recientes de él servía para mantener el interés del público. La cercanía y familiaridad podrían haber alimentado la apatía o el desprecio. Por estas razones eligió poner límites técnicos a su iconografía en mayor medida que la mayoría de los dirigentes extranjeros contemporáneos. Prefería la pintura a la fotografía. Aun así, no le gustaba posar para los pintores oficiales y, cuando lo pintaban, esperaba una idealización estética y un lavado de cara político. Con el paso de los años, disminuyó el número de imágenes que autorizaba que se imprimieran. Se negaba a que se le sacaran nuevas fotos y siguió dejando que circularan las que habían sido autorizadas antes de la Segunda Guerra Mundial: éste fue el caso de la segunda edición de su biografía oficial (que incluía versiones retocadas de fotografías que habían sido publicadas desde la década de los veinte)[14].

Hubo un par de excepciones. La biografía incluía una fotografía suya en la que saludaba desde el muro del Kremlin y una pintura con su uniforme de generalísimo, pero, aunque ambas imágenes lo mostraban más viejo que otras anteriores, los efectos de la edad se disimularon. En la pintura tenía el bigote oscuro e incluso el cabello apenas presentaba un matiz grisáceo. No había marcas de viruela en su cara. La túnica le colgaba con delicadeza poco natural y las medallas de su pecho, incluida la estrella de mariscal de cinco puntas, parecían pegadas a una superficie plana. Este retrato, obra de B. Kárpov, se usó en carteles, bustos y libros[15]. También había una foto suya sentado con los otros mariscales, pero la imagen era tan pequeña en relación con el tamaño de la página que apenas se distinguían el cuerpo y la cara —y, en cualquier caso, también se habían hecho retoques: tenía los hombros inverosímilmente anchos y parecía más corpulento que las otras figuras de la foto[16].

Se produjeron algunos intentos de «humanizar» su imagen. Los más notables fueron las memorias de los Allilúev supervivientes. Anna Allilúev y su padre Serguéi, orgullosos del pasado de su familia, registraron sus impresiones sobre Stalin antes de la Revolución de octubre. Se publicaron en 1946[17]. El libro de Serguéi apareció postumamente: había muerto en el anterior mes de julio, extenuado por los años de duro trabajo y problemas y

por la tragedia familiar. Anna era consciente de los riesgos que conllevaba escribir acerca de Stalin y se dirigió formalmente a Malenkov para asegurarse de que el libro obtuviera la bendición de Stalin[18]. Los textos eran laudatorios y habían pasado por la censura[19]. Pero Serguéi dejó que se supiera que había conocido a Stalin como Soso Dzhugashvili. También mencionó que el primer intento de Stalin de escapar del exilio administrativo de Nóvaia Udá durante el invierno de 1903-4 se malogró por un error elemental: Stalin olvidó llevar ropa de abrigo y se le congelaron seriamente las orejas y la cara[20]. Las memorias de Anna daban todavía más detalles acerca de la vida privada de Stalin. Describía cómo su brazo dañado impidió que fuera llamado a filas durante la Primera Guerra Mundial. Relataba que parecía más delgado y viejo después de la Revolución de 1917 y que, cuando se fue a vivir con los Allilúev, le gustaba perseguir a la criada de la familia. Las memorias informaban de que Stalin dormía en la misma habitación que Serguéi a finales del verano. También describían cuánto le agradaba el celo de Nadia Allilúeva por mantener limpio y ordenado el apartamento. Y ofrecía un cómico episodio de la afición de Stalin por su pipa: Anna recordaba que se había quedado dormido con la pipa encendida y había quemado las sábanas[21].

Muy pronto Stalin se arrepintió de haber autorizado los libros de los Allilúev. Anna fue arrestada en 1948 y sentenciada a ser confinada en un campo durante diez años por haberlo difamado. Stalin hizo caso omiso de la carta que le envió, en la que le decía que había expuesto con claridad el proyecto antes de la publicación y que no había hecho nada malo[22]. Anna no podía creer lo que estaba pasando. Le escribió defendiendo a su familia y su testimonio. Implícitamente acusaba al «querido Iósef» de ingratitud: «Hay gente a la que nuestra familia sencillamente salvó de la muerte. Y esto no es un elogio desmedido, sino la pura verdad, muy fácil de comprobar»[23]. Que le enviara tal mensaje al Líder es un signo de su valor o de su estupidez. Antes de la Segunda Guerra Mundial habían muerto suficientes parientes políticos de Stalin como para que ella pudiera saber a qué clase de persona se dirigía.

Aunque la viuda Olga Allilúeva, a quien Stalin había expresado su amable gratitud en 1914, no fue perseguida, cayó en una profunda

depresión. Nadia se había suicidado en 1932, Pável había muerto en 1938 y Fiódor nunca se había recobrado del trauma provocado por la mala pasada que le jugó Kamo al final de la Guerra Civil. Ninguno de los hijos, nueras o yernos de Olga permanecieron en libertad en los años de posguerra. La viuda de Pável, Yevguenia, no se salvó casándose de nuevo y alejándose de Stalin: había sido arrestada un año antes que Anna y recibió el mismo castigo. Olga no tenía consuelo: murió en 1951, devastada por el dolor. Así fue como Stalin recompensó a los Allilúev por los favores que le habían hecho antes de la Revolución de octubre. Sus parientes Svanidze ya habían recibido este peculiar agradecimiento. Alexandr Svanidze había sido arrestado durante el Gran Terror y fusilado en 1942; su esposa María tuvo un ataque al corazón al recibir la noticia. No sólo ellos, sino también las dos hermanas de la primera esposa de Stalin, Ketevan —María y Alexandra—, habían perecido antes de finalizar la Segunda Guerra Mundial. Los únicos parientes cercanos que vivían sin miedo a ser arrestados eran sus hijos Svetlana y Vasili. Pero eran las excepciones: por norma la vinculación familiar con Stalin conllevaba la represión.

El problema que planteaban los Allilúev era que lo conocían muy bien. Deseaba mantenerse libre de su historia personal. Optó cada vez más por el icono estatal a expensas de una imagen realista de sí. Se tornó todavía más huraño y misterioso. Es verdad que a veces aparecía en el Mausoleo de Lenin para pasar revista a los desfiles del aniversario de la Revolución de octubre o del Primero de mayo. Pero muy pocos espectadores podían verlo más de un instante. Por lo general la policía y los mariscales del desfile cruzaban la Plaza Roja tan rápido como les era posible[24].

Lo que la gente no sabía por el contacto directo con Stalin, a menudo lo inventaba en expresiones de devoción hacia él. El genio universal del padre de todos los pueblos debía ser reconocido en toda ocasión solemne en las escuelas, empresas y oficinas. Había que manifestar gratitud por su vida y su carrera. *Pravda* citaba a diario sus obras. Sus viejas fotografías retocadas se publicaban con regularidad —y a veces se sacaban cuadros almacenados y se convertían en imágenes que parecían fotografías—. Nada de esto dañaba su prestigio, ya que muy pocos individuos lo veían en realidad: se había convertido en una deidad distante. Las reuniones comenzaban

siempre con un pean dedicado al Líder. Los recuerdos de un pasado en el que no gobernaba quedaron confinados a una pequeña minoría de la sociedad soviética. No había nada en la URSS ni en los otros países donde se había establecido el comunismo que se considerara ajeno a su genio. Sus retratos colgaban en los lugares de trabajo y en las casas. En ocasiones importantes se entregaba formalmente su biografía a los jóvenes. A falta de ser llamado Dios en la tierra, Stalin se había deificado.

Cuando en 1949 (en una fecha inexacta) celebró su septuagésimo cumpleaños[25], se suscitó un tremendo alboroto a su alrededor. Hizo un débil intento de que no se le fuera de las manos diciendo a Malenkov. «¡Ni se le ocurra regalarme otra estrella!». Con esto quería decir que ya tenía suficientes recompensas (y siguió lamentando haber permitido que le nombraran generalísimo: cuando Churchill le preguntó como debía llamarle, si mariscal o generalísimo, Stalin respondió que mariscal)[26]. Era inconcebible que Malenkov se tomara en serio tal demostración de humildad. Se habían preparado memorias laudatorias para el gran día. Los artículos proliferaban en los periódicos. El mismo día, 21 de diciembre, se soltó un gran globo sobre el Kremlin que proyectaba el rostro bigotudo de Stalin. Se habían organizado marchas en su honor a lo largo y ancho de la URSS. Los festejos continuaron al anochecer en el teatro Bolshói, cuando los invitados de la élite política soviética y del extranjero se reunieron para hacer los honores al Líder. Fue una de las pocas apariciones de Stalin y quienes lo vieron se sorprendieron de su deterioro físico: estaban acostumbrados a las imágenes de culto y no preparados para la realidad humana. ¿Sería cierto que ese anciano decrépito que tenían ante los ojos fuera el Gran Stalin?

Sin embargo, se adaptaron a lo que habían visto. Optaron por la admiración. Stalin podía estar viejo, pero a sus ojos seguía siendo la figura cumbre en la historia de la URSS desde los últimos años de la década de los veinte. Había sido el impulsor de la campaña para modernizar, industrializar y educar en la década de los treinta y —pensaban— lo había logrado. Había sido el líder que consiguió la victoria sobre las hordas nazis. Suya era la mano firme que sostenía el timón de la política exterior durante las tormentas de la Guerra Fría. Si la audiencia abrigaba dudas acerca de su

grandeza, rápidamente se disiparon. Horas de discursos reforzaron el mensaje de que el mejor político vivo del mundo estaba presente en la sala. Dirigente tras dirigente ensalzaron su significación para el comunismo. El escenario, decorado con pancartas y flores, estaba ocupado por destacados comunistas extranjeros como Mao Tse-tung, Palmiro Togliatti y Dolores Ibárruri (que estaba exiliada en Moscú desde la Guerra Civil española). Detrás de ellos se había desplegado un enorme retrato de Stalin. Él mismo sonreía ocasionalmente y aplaudía a los oradores. Aunque sus gestos no eran expansivos, estaba satisfecho. Todo el movimiento comunista le rendía homenaje.

El culto de Stalin, señor de todo lo que contemplaba, se extendía mucho más allá de los límites de la URSS. En los carteles y en la prensa su imagen era prominente y era inconcebible que los dirigentes comunistas de Europa oriental no lograran conservar la reverencia del pueblo. Los líderes de la región interiorizaban individualmente esta actitud siempre que tenían contacto directo con él. Las conversaciones con Stalin se abordaban como si a los súbditos se les concediera una audiencia imperial. El primer ministro húngaro, Ferenc Nagy, declaró con efusión al comienzo de su conversación: «El gobierno húngaro ha reconocido que un año después de la liberación [del país] debía venir a expresar su gratitud al generalísimo Stalin por la liberación de Hungría, por la libertad de la vida política húngara y por la independencia de la patria húngara»[27]. No fue el único. El primer ministro polaco, Bolesíaw Bierut, declaró: «Hemos viajado hasta usted, camarada Stalin, a quien consideramos nuestro gran amigo, para informarle de nuestro parecer acerca del desarrollo de los acontecimientos en Polonia y comprobar que nuestra evaluación de la situación política en el país es correcta»[28]. Por lo general Stalin se sentía complacido por esta abyecta sumisión a su voluntad. Pero en algunas ocasiones los informes no le agradaban y cuando reconvino al líder comunista rumano GeorgiuDej por sus errores políticos, a Dej no le quedó otra cosa que «confesar lo erróneo de sus puntos de vista»[29].

Nadie desafiaba esto excepto, a distancia, el líder comunista Tito. Aunque el miedo a las represalias soviéticas contri los dirigentes comunistas de Europa oriental debió de haber contribuido lo suyo, también

sentían una admiración genuina por Stalin. La mayoría de esos partidos comunistas habrían sido suprimidos de no haber estado el Ejército Soviético como fuerza de ocupación. Dependían extremadamente de la buena voluntad de Stalin y lo sabían. Incluso Mao Tse-tung, que había ganado la Guerra Civil china con escaso apoyo y en realidad muchos impedimentos por parte de Stalin, mantenía una postura pública de admiración hacia el Líder de la URSS. Hacia 1952, cuando el XIX Congreso del Partido se reunió en Moscú, el elogio que los líderes extranjeros tributaron a Stalin fue verdaderamente empalagoso. Lo saludaron al grito de: «¡Gloria al gran Stalin!». Estatuas, pequeños bustos de metal y carteles repetían los elogios. Hasta el día de su muerte escuchó himnos dedicados al amo del movimiento comunista mundial.

AMISTADES PELIGROSAS

La guerra de propaganda entre la URSS y los aliados occidentales se intensificó. Los diplomáticos soviéticos trataban como enemigos a sus colegas norteamericanos y británicos, y el sentimiento era recíproco. Cesaron los contactos culturales. Los países de Europa oriental, al igual que los partidos comunistas de Europa occidental, quedaron supeditados al Kremlin. En Occidente Stalin era presentado como el dictador vivo más malvado, casi tanto como el Führer alemán al que había derrotado. Al mismo tiempo *Pravda* denigraba a Truman y a Attlee por tener las mismas ambiciones de conquista mundial —así como métodos similares— que Hitler. Ambos bandos compartían la suposición de que podría producirse una Tercera Guerra Mundial entre los estados que hasta 1945 se habían unido en la lucha armada contra la Wehrmacht. En el mundo existían dos campos, armados hasta los dientes y rivalizando por la supremacía.

Sin embargo, ninguno de los dos buscaba el conflicto militar. Incluso Stalin, cuyo sombrío axioma era que una Tercera Guerra Mundial podría demorarse, pero que en definitiva era inevitable[1], no deseaba empujar a los Estados Unidos a un enfrentamiento con la URSS. Pero los hechos fortalecían su resolución de hacer frente a los norteamericanos. La coincidencia de la adquisición de la bomba A por parte de la URSS y la toma del poder en China alteraron el equilibrio mundial de poder. Aunque la tecnología bélica norteamericana seguía estando por encima de la de su rival, Stalin ya no iba a sentirse fácilmente intimidado en los encuentros diplomáticos. *Pravda* anunció el logro con orgullo. Se describía a los Estados Unidos como una amenaza militar a la paz del mundo y el estado soviético tomaba la delantera como el único poder que podía resistir las

pretensiones norteamericanas. Lo que es más, la Revolución china significaba que la geopolítica de Asia en particular nunca volvería a ser la misma. La actitud inicial de Mao Tse-tung de rendir pleitesía a Stalin para conseguir ayuda económica era especialmente alentadora para Moscú. Cuatro años después del fin de la Segunda Guerra Mundial, la Unión Soviética reclamaba su derecho a ser tratada como una potencia mundial al mismo nivel que los Estados Unidos.

Por supuesto, pocos regalos llegan sin envoltorio y Stalin sabía que el resurgimiento del poder de China bajo la dirección comunista podía complicarle las cosas. Mao podía consolidarse como un Tito chino. El movimiento comunista mundial, hasta entonces ampliamente unificado, podría verse minado por tendencias separatistas. Podría haber un choque directo entre la República Popular China y la URSS. O las cosas podrían deteriorarse de forma más indirecta. La República Popular China podría empezar a actuar en el plano de las relaciones internacionales sin consultar al Kremlin e involucrar de algún modo a la URSS en las consecuencias adversas.

Con todo esto en mente, Stalin envió a su ministro de Comunicaciones, Iván Kovaliov, a Pekín para ver en qué medida los comunistas chinos seguían sus recomendaciones. Fuera de lo habitual, le mostró a Mao el informe de Kovaliov[2]. Los motivos de Stalin no tenían que ver con la camaradería. Probablemente deseaba hacerle saber a Mao que la URSS sabía más de la política china de lo que Mao había imaginado. Kovaliov reveló que se habían realizado muy pocos esfuerzos reales para ganar a la clase obrera para la causa revolucionaria. Mencionó que la reforma agraria era desigual e incompleta. Kovaliov tampoco mostraba mucha consideración por la preparación ideológica de los cuadros del partido. En realidad percibió tensiones en la dirigencia de Pekín. Kovaliov le dijo directamente a Stalin que algunos dirigentes no sólo eran antinorteamericanos, sino también antisoviéticos. Se decía que el cercano colaborador de Mao, Chou En-lai, se preguntaba por qué, si se le había dicho a Pekín que evitara molestar a los Estados Unidos, debería rechazar los acercamientos provenientes de la vetada Yugoslavia[3]. Había muchas

cosas que suscitaban la sospecha de Stalin y le hizo saber a Mao que, a menos que China siguiera la línea soviética, la ayuda de Moscú no llegaría.

Las relaciones diplomáticas entre los Estados Unidos y la URSS no se habían roto, pero tanto Moscú como Washington entendían que la política mundial había entrado en un período de creciente incertidumbre. Stalin deseaba especialmente asegurar los intereses soviéticos frente a la China comunista. Comenzó como quería proseguir. Devastada por décadas de guerra civil, China necesitaba con urgencia ayuda económica extranjera y la URSS era la única fuente de ayuda posible. Stalin intentó regatear con dureza. Aunque se conformaba con empujar a China a que extendiera la influencia política comunista en Asia oriental, exigía que los chinos aceptaran la primacía de la Unión Soviética en el movimiento comunista mundial.

Sin embargo, los hechos del Extremo Oriente lo tentaron a correr el riesgo de inclinarse hacia una política exterior ofensiva. Desde que Corea había sido liberada de la ocupación japonesa se había producido una guerra civil intermitente y en 1948 la península se había dividido en dos estados separados. El mismo escudo militar americano que defendía Japón protegía Corea del Sur con Seúl como capital. Mientras tanto, Corea del Norte tenía un gobierno comunista con sede en Pyongyang que acudía a Moscú en busca de ayuda. Los ejércitos contendientes tenían abundantes suminstros de equipamiento y asesores, y ambos estados coreanos partían de la base de que más tarde o más temprano las hostilidades se reanudarían de nuevo. El líder comunista coreano Kim II Sung fue a Moscú en marzo de 1949 y pidió un gran incremento de la ayuda a fin de poder atacar el Sur[4]. Stalin se negó y les aconsejó a los camaradas coreanos que continuaran con sus preparativos, pero que combatieran sólo si eran invadidos. Sin embargo, Kim II Sung deseaba ir a la guerra y siguió provocando a Seúl. No dejó de hacer propuestas a Stalin. En marzo de 1950 volvió a Moscú y argumentó con pasión que el Sur estaba allí para tomarlo. Afirmó que, si China podía unificarse bajo el liderazgo de Mao, Corea estaba lista para un plan similar bajo Kim II Sung.

Stalin tenía la costumbre de eludir este tipo de demandas de los líderes comunistas extranjeros, pero Kim II Sung tocó su fibra sensible y Stalin

cedió repentinamente. No pudo haber sido la capacidad de persuasión del coreano lo que lo llevó a cambiar de opinión: Stalin era demasiado cauto para eso. Habían sucedido muchas cosas desde 1945. La adquisición por parte de la URSS tanto de su propia capacidad nuclear como de un poderoso aliado en China, le animó a pensar que ya no tenía que comportarse con debilidad ante los Estados Unidos.

Había subestimado mucho el potencial revolucionario del Partido Comunista Chino. Lo confesó en presencia de los líderes búlgaros y yugoslavos en una reunión en el Kremlin el 10 de febrero de 1948. Según el diario de Dimítrov, dijo[5]:

> También dudé de que los chinos pudieran triunfar y les aconsejé que llegaran a un acuerdo temporal con Chiang Kai-shek. Oficialmente estuvieron de acuerdo con nosotros, pero en la práctica siguieron movilizando al pueblo chino. Y luego preguntaron abiertamente: «¿Debemos continuar con nuestra lucha? Tenemos el apoyo de nuestro pueblo». Nosotros dijimos: «Bien, ¿qué necesitáis?». Resultó que las condiciones eran muy favorables allí. Los chinos demostraron que tenían razón y nosotros nos equivocamos.

Stalin desempeñaba el papel de un líder que reconoce su propia falibilidad a fin de salirse con la suya los Balcanes. Pero el estilo estruendoso le salía con más naturalidad. La República Popular China, con su potencial económico y militar, podría convertirse en un quebradero de cabeza dentro del movimiento comunista mundial y Mao Tse-tung podría llegar a ser su pesadilla. Así que por una vez probablemente dejaba ver lo que realmente pensaba.

Tardó en darse cuenta de la necesidad de tratar a Mao con más tacto. Kim II Sung había hecho su último ruego en un momento en que Stalin estaba más dispuesto a cambiar de idea y, de cualquier modo, Stalin no podía saber con certeza si los chinos apoyarían a Kim II Sung incluso sin tener en cuenta el consentimiento de la URSS. Stalin no reveló sus cálculos. Para entonces Mólotov había caído en desgracia de forma extraoficial y ya

no era su confidente. Todos los demás del Ministerio de Asuntos Exteriores simplemente seguían las órdenes de Stalin.

Así pues, en las reuniones que se celebraron en Moscú en abril y mayo de 1950 Stalin sancionó la petición de Kim II Sung de que apoyara la reanudación de la guerra por parte de los comunistas coreanos. Tanto Stalin como Mao se habían convencido de que la campaña militar sería corta y triunfal[6]. Las armas, municiones y otros equipamientos soviéticos llegaron a Corea por medio del Transiberiano. Kim II Sung comenzó su ofensiva el 25 de junio. Superiores en todos los sectores militares, las fuerzas comunistas coreanas barrieron el Sur y tomaron Seúl tres días más tarde. Parecía que la premisa básica de la discusión de Stalin con Kim II Sung estaba a punto de convertirse en realidad cuando se logró una rápida victoria antes de que el resto del mundo pudiera parpadear. Pero los dos interlocutores comunistas habían cometido un grave error de cálculo. Truman estaba conmocionado, pero no se arredró. En cambio, ordenó a sus diplomáticos que acudieran al Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas y se aseguraran de que votara a favor de llevar a cabo una intervención armada para impedir la invasión de Corea del Sur. Le facilitó la tarea un error cometido previamente por Stalin, que, al oponerse a que siguiera reconociéndose al régimen de Chiang Kai-shek en Taiwán como el legítimo gobierno chino y a su derecho a ocupar el lugar de China en el Consejo de Seguridad, había boicoteado el organismo. Ante la ausencia del veto soviético, el Consejo de Seguridad aprobó la propuesta norteamericana. Stalin rechazó el consejo de su ministro de Asuntos Exteriores de terminar con el boicot a fin de evitar que los norteamericanos y sus aliados aterrizaran allí con la legitimidad que les confería la sanción de las Naciones Unidas[7].

No había mostrado una torpeza similar desde 1941. Las fuerzas de las Naciones Unidas, principalmente norteamericanas, estaban al mando del general Douglas MacArthur. El rápido despliegue fue posible gracias a la ocupación norteamericana del cercano Japón y a finales de septiembre ya habían detenido el avance de los comunistas y recuperado Seúl. En el mes siguiente cruzaron el paralelo 38 y entraron en Corea del Norte. Kim II Sung estaba desesperado; no tenía otra alternativa que pedir a Stalin un

apoyo militar efectivo, aunque sabía cuál sería la respuesta probable. Mao Tse-tung fue menos desdeñoso, ya que suponía que la guerra entre los Estados Unidos y la República Popular China era sólo cuestión de tiempo. Los chinos decidieron ayudar a los comunistas coreanos antes de consultar a Stalin. Pero Mao todavía esperaba que el Kremlin enviara armas para las doce divisiones que estaban a punto de salir de China[8]. La noticia del triunfo de MacArthur llegó a Moscú y le fue remitida a Stalin al mar Negro. La suya era una forma curiosamente distante de vigilar los intereses de la seguridad soviética, pese a su capacidad de mantenerse al tanto por teléfono y telegramas. Cuando estaba en el Sur se desligaba de las frenéticas discusiones cara a cara con los dirigentes políticos y militares, tal como había sido su costumbre durante la Segunda Guerra Mundial. De pronto se agudizaba la crisis en la península de Corea y Stalin tenía que tomar una decisión estratégica. Kim II Sung reclamaba con urgencia un incremento de la ayuda y afirmaba que sin ella los comunistas pronto perderían la guerra por completo.

Stalin tenía la opción de acceder a la petición de Kim II Sung o simplemente apartarse de la guerra antes de que las cosas se le fueran por completo de las manos. El problema era que la geopolítica sin duda se tornaría favorable a los Estados Unidos a menos que se apoyara la causa comunista en Corea y la humillación para Stalin y la URSS sería inmensa, ya que era un secreto a voces que la ayuda encubierta que los soviéticos ya habían prestado a Kim II Sung había sido considerable. Era un momento delicado. Mientras se maldecía a sí mismo por haberse dejado convencer por Kim II Sung a principios de año, no podía fallarle en la crisis. Aun así tenía que procurar no acrecentar la hostilidad entre la URSS y los Estados Unidos hasta el punto de que estallara una guerra entre ambos. Eligió comportarse con astucia. El 1 de octubre envió un telegrama a Pekín reclamando a Mao que enviara «seis o siete divisiones» al paralelo 38. Era la latitud que separaba en dos mitades a Corea. Si los comunistas podían repeler el avance en ese punto, Kim II Sung podría retener un área de proporciones respetables. Stalin tenía que evitar a cualquier precio una colisión directa entre las fuerzas de los Estados Unidos y de la URSS mientras seguía defendiendo los intereses geopolíticos soviéticos. Había

que persuadir a Mao de que los chinos tenían que asumir por sí solos la responsabilidad de defender Corea del Norte. Parecía raro que Stalin, que recientemente se había situado por encima de Mao como líder de una potencia económica y militar ya poderosa, se deshiciera del peso de la guerra con tanta ligereza. ¿Cómo podía dar con la cuadratura del círculo?

Lo hizo principalmente mediante la fuerza de los argumentos. Al escribir a Pekín, afirmó[9]:

> Desde luego debo considerar el hecho de que, pese a su falta de disposición, los Estados Unidos todavía podrían lanzarse a una guerra a gran escala por razones de prestigio; consecuentemente China sería arrastrada a la guerra y la URSS, ligada a China por el pacto de ayuda mutua, también se vería arrastrada a la guerra. ¿Tenemos que temer esto? En mi opinión no, ya que juntos seremos más fuertes que los Estados Unidos y Gran Bretaña (…) Si la guerra es inevitable, dejemos que se produzca ahora y no dentro de unos años, cuando el militarismo japonés resurja como aliado de los Estados Unidos y cuando los Estados Unidos y Japón cuenten con una cabeza de puente disponible en el continente [asiático] en forma de la Corea de Syngman Rhee.

El razonamiento está claro. Todavía afirmaba esencialmente que los norteamericanos no estarían por la labor de combatir. Pero si esto era cierto, ¿por qué Stalin insistía en que los chinos combatieran en su lugar?

En cualquier caso, la República Popular China tenía el permanente temor de que su integridad territorial se viera amenazada si Syngman Rhee, el político coreano apoyado por los norteamericanos en el sur del país, llegaba a gobernar toda Corea. Se sucedieron tensas negociaciones. Mientras que Stalin trataba de conseguir que los chinos combatieran en el Extremo Oriente en nombre del comunismo mundial, Mao y sus camaradas trataban de conseguir la máxima cantidad de equipamiento soviético. Ambas partes estuvieron cerca de romper las conversaciones sobre Corea[10]. El 12 de octubre Stalin se la jugó enviando una carta a Kim Il Sung en la que le decía que la guerra estaba perdida y le aconsejaba evacuar

a sus fuerzas hacia China y la URSS por razones de seguridad[11]. Mao cedió al día siguiente y Stalin pudo anunciar a Kim II Sung que los camaradas coreanos pronto recibirían grandes refuerzos de tropas chinas. Teóricamente las tropas estarían compuestas por voluntarios, pero en la práctica serían divisiones tomadas directamente del Ejército Popular de Liberación. El 19 de octubre cruzaron el río Yalu en dirección al territorio coreano. En cuestión de días entablaban combate con las fuerzas lideradas por los norteamericanos[12]. Lucharon con la ayuda prometida por Stalin. Contaron con abundantes suministros de armamento y municiones soviéticas y, en cuanto a los aviones de combate, Stalin era muy consciente de que la aviación debía ser utilizada adecuadamente, de modo que mandó a sus propios aviadores vestidos con uniformes chinos.

Después de ciertas vacilaciones, Stalin había cumplido. Lo que había comenzado como una guerra en los confines de Asia podía convertirse en un conflicto mundial con los miembros victoriosos de la Gran Alianza enfrentados a muerte. Stalin no reveló sus cálculos, pero probablemente influyó una mezcla de factores. No deseaba un estado títere de los Estados Unidos en sus fronteras. No quería que la URSS perdiera prestigio en el movimiento comunista mundial mientras que la República Popular China ayudaba a un poder comunista hermano. También debió de haber tenido la sensación de que Mao tenía una clara oportunidad de lograr lo que Kim II Sung no había podido hacer. La logística del abastecimiento militar era más fácil para China y la URSS que para los Estados Unidos. Tal vez Stalin también adivinaba que las fuerzas norteamericanas se verían maniatadas y extenuadas en Corea incluso si no se las derrotaba completamente. La suposición básica de Stalin era que la guerra mundial podría posponerse pero no evitarse. Fueran cuales fueran sus reflexiones sobre la situación coreana, no dejó que nadie las conociera. Mantenía la posición, como en agosto de 1941 cuando Ribbentrop fue a cortejar al Kremlin, de ignorar las opiniones de otros y convirtió en un hábito dejar pocas pistas del proceso mental que había seguido antes de tomar una decisión importante. Esto lo ayudó a seguir teniendo sobre ascuas al resto del mundo. Cuanto más enigmático fuera en la política mundial, menos probable era que se diera por sentado lo que iba a hacer.

Los acontecimientos se pusieron cada vez más difíciles en Corea; Stalin y sus colaboradores sopesaban qué hacer. Entraron en juego factores más amplios. Aunque pragmático, Stalin también era un hombre de presupuestos ideológicos y creía verdaderamente que los tratados firmados al final de la Segunda Guerra Mundial eran documentos destinados a romperse en pedazos cuando el mundo se lanzara a una Tercera Guerra Mundial. Mientras tanto, había que aprovechar las oportunidades de expandir la influencia comunista. Los espías de Stalin le llevaron a la conclusión de que Truman no intervendría para salvar al impopular gobierno de Corea del Sur[13]. La URSS se había hecho con armas nucleares efectivas en agosto de 1949, de modo que los Estados Unidos tenían que actuar con más cuidado. La alianza chino-soviética aumentaba todavía más el peso de Moscú en el mundo —y en realidad Stalin tenía que tener en cuenta el hecho de que Mao Tse-tung era plenamente capaz de ofrecer un apoyo efectivo a Kim II Sung con independencia de los deseos de Stalin: Mao tenía incluso más libertad de elección que Tito.

La entrada de China en la Guerra de Corea inclinó la balanza a favor de la causa comunista. El Ejército Popular de Liberación cruzó el río Yalu en dirección a Corea el 19 de octubre de 1950 y la campaña de MacArthur se vio en serios apuros, especialmente después de la llegada de las unidades aéreas soviéticas en el mes siguiente[14]. Se dio otro paso hacia una guerra mundial el 31 de diciembre, cuando las fuerzas chinas avanzaron hacia el Sur y cruzaron el paralelo 38. Al mes siguiente se tomó Seúl. MacArthur pidió permiso para llevar la lucha a suelo chino. En ese momento ni Stalin ni Mao estaban en disposición de transigir. El mismo hijo de Mao fue movilizado para la guerra (murió en combate)[15]. Parecía que los norteamericanos estaban a punto de perder la guerra en la península de Corea[16].

Mientras tanto, Stalin tenía que ocuparse de Europa y estaba especialmente preocupado por Italia y Francia. Grecia ya no le interesaba: no había intervenido en la guerra civil, los comunistas griegos le habían disgustado reclamando su permiso para operar como si fuera posible que los socialistas tomaran el poder y había dejado Atenas a merced del fanatismo represivo del gobierno de Alexandros Diomidis. Italia y Francia eran otra

cosa: sus partidos comunistas le dieron muchos menos problemas y había sido fácil acallar a los dirigentes que se proponían seriamente llevar a cabo una insurrección en Roma y en París. Cuando las relaciones con los aliados occidentales empeoraron, se convirtieron en los peones del juego europeo de Stalin. Aunque su estrategia siguió siendo evitar la guerra con los Estados Unidos, no le importaba fastidiar a los norteamericanos siempre que podía. Por esta razón exigió a los partidos comunistas francés e italiano que llevaran a cabo una política más alborotadora. Esto se explicó a los representantes de Italia y Francia en la II Conferencia de la Cominform en junio de 1948. Como de costumbre, Stalin y los dirigentes soviéticos no admitieron haber cometido ningún error. En cambio, se culpó a Togliatti, Thorez y sus subordinados de no haberse dado cuenta de la necesidad de tomar medidas más radicales que las que el Kremlin había estipulado previamente.

A comienzos de la década de los cincuenta el control que Stalin ejercía sobre los asuntos mundiales era más débil que en los años anteriores. La guerra de Corea se recrudecía y, con los pilotos y el equipamiento soviéticos, podía desembocar en una Tercera Guerra Mundial. La República Popular China lo complicaba todo al instar a Stalin a pelear hasta la muerte; el comportamiento de Mao Tse-tung demostraba que podía ser tan independiente de Moscú como Tito —y en realidad China se jugaba mucho en sus aventuras en el extranjero—. Stalin no podía controlar ni siquiera todos los partidos comunistas de Europa. Cuando convocó a Palmiro Togliatti para que dejara Italia y tomara una posición dirigente en la Cominform, recibió un enérgico rechazo; Togliatti deseaba guiar al Partido Comunista Italiano a través de las complicaciones de la política italiana de la posguerra y no tenía interés en arriesgar su vida trabajando cerca de Stalin. Mientras tanto, Tito seguía imperturbable como máxima autoridad en Belgrado. En todas partes de Europa oriental había un silencio sepulcral en lo político, pero bajo la superficie las democracias populares estaban lejos de la calma: el rencor por la toma del poder de los comunistas en estos países era profundo y sólo la amenaza de una represión incondicional mantenía el orden en beneficio de Stalin.

Sin embargo, la guerra de Corea representó el mayor peligro para los intereses soviéticos. Stalin no pudo pasar por alto que los americanos les aventajaban en número de armas nucleares y en la proximidad de sus bases en el extranjero. Sin embargo, es posible que supiera más acerca de las intenciones de Truman y que nadie se percatara de ello en el momento. Existían agentes soviéticos en la clase dirigente británica. Entre ellos estaban Kim Philby y Donaid Maclean. Cuando el primer ministro Clement Attlee voló a Washington a principios de diciembre de 1950 para protestar por los debates secretos acerca del uso de bombas nucleares en la Guerra de Corea, el presidente Truman le aseguró que sólo se utilizaría armamento convencional. Es muy probable que Maclean, jefe de la sección norteamericana del Foreign Office, enviara la noticia a Moscú. Stalin pudo haber sabido de este modo que Truman no buscaba un enfrentamiento[17]. Aun así, podría haberse desarrollado una guerra mundial con armamento convencional y no había modo de garantizar que un lado u otro, en algún momento desesperado, no recurriera a su arsenal nuclear. Aunque Stalin no era un jugador completamente temerario, tampoco era del todo cauto. Arriesgó mucho, mucho más de lo que debía si realmente consideraba la paz mundial como una prioridad suprema.

No estalló una Tercera Guerra Mundial. Pero la situación se desarrolló de un modo que se asemejaba peligrosamente a un conflicto mundial a todos los efectos y gran parte de la responsabilidad recae sobre los hombros de Stalin. Si no hubiera financiado y equipado a Kim II Sung, la guerra civil de Corea no habría sido retomada con la intensidad que adquirió.

VOZHD E INTELECTUAL

El *Vozhd* conservaba sus intereses intelectuales. Decía a la gente que leía hasta quinientas paginas al día[1] y los libros que elegía eran del tipo que había preferido siempre. Entre ellos estaba *Germinal* de Émile Zola, a quien había descubierto cuando era adolescente[2]. Siguió amando la épica medieval de Shota Rustaveli, *El caballero de la piel de pantera*[3]. Había encontrado a sus favoritos en sus primeros años y no los abandonó en la vejez. Su renovado apoyo al falaz genetista Trofim Lysenko siguió evitando el progreso de la biología soviética y amenazando la vida y la carrera de los oponentes políticos y académicos de Lysenko[4].

El marxismo, la arquitectura, la lingüística, la genética y las relaciones internacionales estaban entre los intereses intelectuales de Stalin. Le atraían especialmente las obras históricas. Leía sobre la historia de Rusia, así como los anales de Mesopotamia, la antigua Roma y Bizancio[5]. Cuando se le ocurría, mantenía conversaciones con físicos, biólogos y científicos. Leía con atención las novelas que ganaban todos los años el Premio Stalin y escuchaba en el gramófono discos de música folklórica y clasica antes de que aparecieran en las tiendas (y los clasificaba desde «buenos» hasta «horribles»). En Moscú asistía a los ballets, las óperas y los conciertos. Sus dachas estaban equipadas para que pudiera censurar las películas soviéticas antes de que se estrenaran. *¡Volga! ¡Volga!* era su película preferida[6]. Leía, escuchaba y miraba ante todo para su deleite personal y para ilustrarse. No le agradaban los escritores extranjeros contemporáneos. Los escritores vivos tenían que ser soviéticos. No es que esto los salvara de su ira si no aprobaba alguno de sus libros. Nunca dejó de decir lo que pensaba acerca de los productos culturales sin que le importara si conocía o no el tema.

Nadie en toda la URSS estaba en posición de ignorar sus predilecciones. Si existió alguna vez un intelectual obsesivo y diletante, ése fue Stalin.

Sin embargo, pronunció solamente tres discursos públicos después de 1946 y dos de ellos sólo duraron unos pocos minutos[7]. Escribió pocos artículos y no publicó textos de mayor extensión después de la guerra hasta *Marxismo y problemas de lingüística* en 1950[8]. No había escrito tan poco para la prensa desde el final de la Guerra Civil. La consecuencia fue que esos escritos menores y escasos servían como pautas de lo que otros podían publicar o transmitir en el ámbito público comunista tanto en la URSS como en el extranjero.

También hizo manifiesto su deseo de contrarrestar la admiración en boga por la ciencia y cultura extranjeras. Cuando el presidente Truman le envió algunas botellas de Coca-Cola, Stalin se enfureció y ordenó al científico experto en alimentos Mitrofan Lagvidze que desarrollara una bebida gaseosa superior a base de pera para enviársela a cambio (por una vez cabe sentir cierta simpatía por Stalin)[9]. Al elogiar sólo los logros de la URSS, Stalin se proponía encerrar todavía más a la URSS en una cuarentena intelectual. La principal excepción se mantuvo en secreto: dependía considerablemente del espionaje científico y tecnológico para robar los descubrimientos extranjeros que se necesitaban para el desarrollo del poderío militar e industrial soviéticos. En lo demás el principio rector era que todo lo extranjero era inferior y perjudicial. Con esto en mente convocó al Kremlin a Alexandr Fadéiev y a dos de sus colegas literarios, Konstantín Símonov y Borís Gorbatov, a los que se unieron Mólotov y Zhdanov el 13 de mayo de 1947. Fadéiev, presidente de la Unión de Escritores de la URSS, tenía la esperanza de que se discutiese la política de derechos de autor. Pero Stalin tenía otros motivos. Una vez que se estableció la política acerca de los derechos de autor, le entregó una carta a Fadéiev para que la leyera en voz alta a los allí reunidos. Los contenidos se referían a un posible medicamento anticancerígeno desarrollado por dos científicos soviéticos que habían enviado detalles sobre éste a editores norteamericanos[10]. Fadéiev estaba aterrorizado, mientras Stalin hacía su escena de caminar de un lado para otro dando la espalda a sus invitados. Cuando Fadéiev se volvió hacia él, la mirada de Stalin —severa y vigilante

— lo estremeció todavía más. Stalin declaró: «Tenemos que liquidar el espíritu de autohumillación».

Fadéiev se sintió aliviado al oír que no había ningún problema con él, sino que se le encargaba la campaña contra las influencias y modas extranjeras. El ministro de Asuntos Exteriores no podía hacerlo sin desestabilizar las relaciones con Occidente[11] (por lo menos en esta ocasión los testigos presenciales pudieron registrar los cálculos específicos de Stalin). Stalin estaba planeando completar la cerrazón de la mente intelectual soviética. Su propia mente ya casi se había aislado de las influencias extranjeras. Ahora estaba llevando a cabo la reproducción sistemática de su mentalidad en toda la URSS.

Símonov anotó las palabras de Stalin[12]:

> Aquí está el tema, que es muy importante y en el cual deben interesarse los escritores. Es el tema de nuestro patriotismo soviético. Si uno toma una muestra de los miembros de nuestra *intelliguentsia*, la *intelliguentsia* académica, los profesores y los doctores, no se les ha inculcado debidamente el sentimiento del patriotismo soviético. Muestran una injustificada sumisión a la cultura extranjera. Todos se sienten todavía inmaduros y suponen que no son personalidades desarrolladas al 100%; se han acostumbrado a considerarse eternos alumnos.

Stalin continuó[13]:

> Esta es una tradición antigua y puede hacerse remontar a Pedro el Grande. Pedro tenía algunas buenas ideas pero pronto se establecieron demasiados alemanes; fue un período de sumisión a los alemanes. Veamos, por ejemplo, lo difícil que era para [el erudito ruso del siglo XVIII] Lomonósov respirar, lo difícil que le resultaba trabajar. Primero fueron los alemanes, luego los franceses. Había mucha sumisión ante los extranjeros, ante mierdas.

Aunque Stalin era un admirador de Pedro el Grande, se colocaba como el gobernante que por fin podría erradicar el síndrome del complejo de inferioridad característico de la vida intelectual rusa desde la época de Pedro.

Durante la Segunda Guerra Mundial había dejado de hacerse ilusiones de que podría incrementar su control sobre el orden soviético, pero estaba orgulloso de lo que había consolidado en muchos sentidos[14]. Reconocía que tendrían que producirse grandes cambios antes de que el comunismo de Marx, Engels y Lenin pudiera hacerse realidad. Sin embargo, insertó sus propias y peculiares ideas. Desde luego, en la década de los veinte había suscitado una controversia al decir que el socialismo podía ser construido en un solo país rodeado de estados capitalistas hostiles. Esto contrastaba con la convención de los teóricos bolcheviques, incluyendo a Lenin, de que debería haber más de un estado poderoso comprometido con el socialismo para que pudiera completarse tal construcción. Antes de la guerra Stalin había ido más lejos sugiriendo que la construcción del comunismo —la forma perfecta de sociedad sin Estado soñada por los marxistas desde los comienzos— podría comenzar en la URSS por sí sola[15].

Stalin había explicado su idea en el XVIII Congreso del Partido en marzo de 1939: «¿Deberemos mantener el Estado en el período del comunismo? Sí, se mantendrá a menos que el entorno capitalista sea liquidado y a menos que el peligro de un ataque militar extranjero sea liquidado»[16]. No indicó cómo se marchitaría el Estado, como había anticipado Lenin en *El Estado y la revolución.* Mólotov llamó la atención de Stalin sobre esta deficiencia teórica. La raíz del problema podía remontarse a la afirmación en la Constitución de la URSS de 1936 de que el estado soviético funcionaba sobre el principio de cada cual según sus capacidades y a cada cual, según su trabajo. Como había argumentado Mólotov, éste no era el verdadero estado de cosas en la URSS. El socialismo todavía no estaba cerca de completarse. Era especialmente erróneo considerar los koljozes como una forma de economía socialista. Existían grandes injusticias en la administración de la sociedad. Mólotov también rechazó la opinión de que el socialismo podía completarse en un solo país. La construcción podía comenzar; podía continuar. Sin embargo, no podía ser consumada[17]. Stalin

entendió lo que Mólotov decía, pero lo refutó: «Reconozco la teoría, pero así es como yo entiendo las cosas: esta es la vida y no la teoría»[18]. La vida, tal como Stalin la veía desde finales de la década de los treinta, requería la expansión del orgullo por el orden que existía en el estado y la sociedad, aunque esto implicara mancillar la pureza de las doctrinas leninistas.

Se deleitaba intensamente con los logros soviéticos. Cuando miraba un mapa con un dirigente del Partido Comunista Georgiano, Akaki Mgueladze murmuró[19]:

> Veamos qué tenemos aquí. En el Norte todo esta en orden. Finlandia ha cedido y hemos extendido la frontera desde Leningrado. La región báltica —¡que es auténtica tierra rusa!— es nuestra de nuevo; todos los bielorrusos viven ahora con nosotros y lo mismo los ucranianos y los moldavos. Todo está en orden en el Oeste.

Estaba igualmente complacido con la situación en el Este: «¿Qué tenemos aquí? (…) Las islas Kuriles ahora son nuestras, Sajalín es completamente nuestra: ¡qué bien! Port Arthur y Dalni [Dairen] también son nuestros. El ferrocarril chino es nuestro. En cuanto a China y Mongolia, todo está en orden». La única frontera que le inquietaba era la del Sur. Presumiblemente deseaba fervientemente obtener el estrecho de los Dardanelos y tal vez también el norte de Irán. Había llegado a aspirar a la restauración de las fronteras imperiales rusas y a considerar los objetivos de la política exterior de los Romanov como suyos; las obras sobre la historia de Moscovia y del Imperio ruso, incluyendo la serie de volúmenes del clásico del siglo XIX Nikolái Karamzín, tenían un creciente atractivo para él.

La pasión de Stalin por lo ruso se había hipertrofiado. Cuando leía *Tras las huellas de las culturas antiguas* de V. V. Piotrovski, se encontró con el nombre «Rusa» en una parte dedicada a los asirios. Tomó nota de esto[20], pensando evidentemente que esta palabra podría dar una clave acerca de los orígenes de la nación rusa. Cualquier cosa que tuviera la más leve relación con Rusia atraía su atención. Como un viejo desocupado que tiene que ver una última locomotora antes de renunciar a su afición, se había convertido de entusiasta en fanático.

Pocos autores se libraron de sus críticas. En el margen de la página donde Piotrovski declaraba sus méritos como pionero de la historiografía de la cultura, Stalin se burlaba: «¡Ja, ja!»[21]. Stalin había recorrido cuidadosamente el libro de Piotrovski. Las notas que tomó acerca de las lenguas antiguas del Oriente Medio fueron importantes para él, ya que se proponía escribir un largo ensayo sobre lingüística. Está de más decir que esto causó sorpresa entre la *intelliguentsia* soviética. Esperaban que, cuando tomara nuevamente la pluma, expresara sus ideas acerca de la política o la economía. Pero hizo lo que le apetecía. En el trancurso de su extensa actividad lectora se había topado con las obras de Nikolai Marr. Miembro de la Academia Imperial rusa antes de 1917, Marr había hecho las paces con el estado soviético y había ajustado sus teorías al tipo de marxismo popular de la Unión Soviética en las décadas de los veinte y los treinta. Marr había argumentado que los marxistas debían incorporar los «principios de clase» a la lingüística del mismo modo que se hacía en la política. El lenguaje tenía que ser visto como específico de una clase y como la creación de cualquier clase que estuviera en el poder. Ésta era la ortodoxia oficial que Stalin había decidido desechar.

Los artículos aparecieron en *Pravda* en el verano de 1950 y fueron recopilados en un folleto titulado *Marxismo y problemas de lingüística.* Las facultades universitarias de toda la URSS dejaron lo que estaban haciendo para estudiar las ideas de Stalin[22]. Mucho de lo que escribió era un antídoto saludable contra las ideas que circulaban en la lingüística soviética. Marr había argumentado que el ruso contemporáneo había sido un fenómeno burgués bajo el capitalismo y que debía ser recreado como un fenómeno socialista bajo la dictadura del proletariado. Stalin pensaba que esto era charlatanería. Insistió en que el lenguaje tenía sus raíces en un período anterior; en la mayoría de las sociedades, en realidad, se había formado antes de la época capitalista. Los cambios recientes que se habían producido en el ruso consistían principalmente en la introducción de nuevas palabras en su acervo léxico y en el abandono de viejas palabras a medida que se transformaban las condiciones políticas y sociales. También tuvo lugar una organización de la gramática. Pero el ruso escrito y hablado por Alexandr Pushkin a principios del siglo XIX difería muy poco de la lengua

de mediados del siglo XX[23]. Mientras que varias clases tenían su propia jerga y algunas regiones su propio dialecto, el idioma fundamental había sido común para todos los rusos[24].

Los motivos de Stalin desconcertaron a los políticos e intelectuales acostumbrados a sus contribuciones polémicas acerca de la política internacional, la dictadura política y la transformación económica. Su habitual tono amenazador apenas era evidente. Sólo una vez dejaba ver su ira, cuando afirmaba que, si no hubiera sabido de la sinceridad de un escritor en particular, habría sospechado un sabotaje deliberado[25]. Aparte de eso conservaba las características de un maestro paciente y modesto.

Marxismo y problemas de lingüística ha sido injustamente ignorado. Si bien recurrió a importantes lingüistas como Arnold Chikobava para que le asesoraran, Stalin escribió el libro solo, y no hacía nada sin un propósito[26]. El texto estaba lejos de tratar sólo de lingüística. Los contenidos también muestran su permanente interés por las cuestiones del carácter nacional ruso. En un punto establecía con autoridad que los orígenes de «la lengua nacional rusa» podían ser rastreados hasta las provincias de Kursk y Oriol[27]. Pocos lingüistas aceptarían hoy esta opinión, pero conserva su importancia en la historia soviética, porque demuestra el deseo de Stalin de situar las raíces de la condición rusa en el territorio de la RSFSR. Esto era particularmente relevante para él, porque algunos filólogos e historiadores consideraban que Kíev, en la Ucrania contemporánea, era la cuna de la lengua rusa. Más aún, usó la lengua rusa como ejemplo de la longevidad y resistencia de una lengua nacional. Pese a todas las invasiones del país y a todas las influencias culturales, el ruso se conservó durante siglos y emergió «victorioso» de los intentos de erradicarlo[28]. Al elogiar con frecuencia las obras de Alexandr Pushkin, Stalin no dejaba dudas acerca del lugar privilegiado que ocupaban Rusia y los rusos en su corazón.

Sin embargo, esta fascinación por la «cuestión rusa» no excluía una preocupación por el comunismo y la política mundial. De hecho, Stalin afirmó que las lenguas nacionales finalmente desaparecerían cuando el socialismo se extendiera en el mundo. En su lugar surgiría una sola lengua para toda la humanidad que se desarrollaría a partir de las lenguas «regionales» que a su vez habían surgido de las nacionales[29]. La idea muy

extendida de que la ideología de Stalin se había convertido en un nacionalismo puro y duro no puede ser corroborada. Ya no propugnaba la causa del esperanto. Su empeño en exagerar las virtudes de Rusia no puso fin a su creencia marxista de que la última fase de la historia sería el logro de una sociedad mundial postnacional.

En cualquier caso, fue su fervor por Rusia y por la Unión Soviética lo que ocupó el mayor espacio en sus consideraciones intelectuales. Estaba claro en su último libro. Lo había escrito de su puño y letra; se negó a dictar sus reflexiones a un secretario[30]. El libro, que apareció poco antes del XIX Congreso del Partido en 1952, se titulaba *Los problemas económicos del socialismo en la URSS.* Seguía a un debate público acerca del tema inaugurado a instancias de Stalin en noviembre de 1951 y, como preparación para su propia contribución, dio instrucciones a Malenkov de que se familiarizara con la bibliografía reciente sobre economía política. A Malenkov se le habían encomendado muchas tareas difíciles durante su carrera, pero la asimilación rápida de todo el corpus del marxismo fue una de las más arduas[31]. Stalin reconoció que no tenía ni el tiempo ni las fuerzas —y tal vez tampoco la capacidad intelectual— para desarrollar una visión general de la economía política que fuera innovadora. Pero estaba dentro de su capacidad indicar su marco preferido en lo que afectara a la URSS. Tenía el objetivo de proporcionar unas pautas para políticas que se esperaba que siguieran en vigor durante muchos años. La obra fue concebida como su testamento intelectual por un líder debilitado[32].

El libro describe varias supuestas herejías que debían ser evitadas por los marxistas soviéticos. Ante todo, Stalin argumentaba contra quienes pensaban que la transformación podría llevarse a cabo mediante la mera aplicación de la voluntad política. Stalin mantenía que las «leyes» del desarrollo condicionaban lo que era posible bajo el socialismo del mismo modo que bajo el capitalismo[33]. Aquí se desplegaba una formidable hipocresía. Si ha habido un intento de transformar la economía mediante la pura voluntad y la violencia, se produjo precisamente al final de la década de los veinte bajo el liderazgo de Stalin.

Pero en 1952 Stalin estaba decidido a evitar mayores tumultos Deseaba que se dejase de especular con la idea de que los koljozes pronto serían

convertidos en granjas colectivas bajo la posesión y dirección del estado (sovjozes). Insistía en que, en un futuro próximo, el marco organizativo agrícola se mantendría. Las ideas acerca de la construcción de «ciudades agrarias» también tenían que ser desestimadas. Del mismo modo seguía insistiendo en que la inversión en el sector industrial de bienes de equipo tenía que tener prioridad en el presupuesto estatal de la URSS. Aunque un incremento de los bienes de consumo también era fundamental, todavía tenía que ocupar un lugar secundario respecto a la maquinaria, el armamento, los transportes y, en realidad, también el hierro y el acero en general. Stalin escribía exclusivamente sobre economía. No era un tratado general de economía política. Sin embargo, al recomendar un afianzamiento más que una drástica ruptura de las estructuras y políticas económicas, presentaba una firme fundamentación implícita del sistema político de la URSS. Stalin estaba conforme con sus obras de las décadas pasadas.

Las instituciones políticas, los procedimientos y las actitudes que ya existían iban a seguir vigentes mientras el líder viviera y largo tiempo después.

Sin embargo, en las relaciones internacionales previo un desarrollo más dinámico. Stalin planteó dos cuestiones[34]:

a. ¿Es posible afirmar que la famosa tesis expuesta por Stalin antes de la Segunda Guerra Mundial acerca de la estabilidad relativa de los mercados en el período de la crisis general del capitalismo sigue estando vigente?
b. ¿Es posible afirmar que sigue estando vigente la famosa tesis de Lenin, según la expuso en la primavera de 1916, según la cual, a pesar de la decadencia del capitalismo, «en conjunto el capitalismo está creciendo de modo mucho más rápido e inconmensurable que antes»?

Como teórico en jefe del movimiento comunista mundial, Stalin respondió como sigue: «No creo que sea posible hacer tal afirmación. A la luz de las nuevas condiciones que han surgido en relación con la Segunda Guerra

Mundial, es preciso considerar que ambas tesis han perdido su vigencia»[35]. Recurrió a Oriente para explicarlo[36]:

> Pero al mismo tiempo China se ha separado del sistema capitalista, así como otros países europeos de gobiernos democrático-populares, que junto con la Unión Soviética han creado un único y poderoso campo socialista confrontado al campo capitalista. El resultado económico de la existencia de dos campos opuestos ha sido que el mercado único y global se vino abajo con la consecuencia de que ahora tenemos dos mercados mundiales paralelos y opuestos.

Stalin aseveraba que el mundo había cambiado debido al incremento numérico de estados comunistas. La reducción territorial del mercado capitalista mundial no aminoraría sino que intensificaría las rivalidades entre las economías capitalistas[37]. Aunque Alemania y Japón habían sido humillados en el plano militar, se recobrarían en el plano industrial y comercial para competir duramente con los Estados Unidos, el Reino Unido y Francia. Los propios vencedores tenían intereses en conflicto. Los Estados Unidos tenían como objetivo ser la potencia capitalista dominante en el mundo y pretendían acabar con los imperios de los aliados occidentales. Era de esperar una Tercera Guerra Mundial. Stalin afirmaba dogmáticamente: «A fin de erradicar la inevitabilidad de la guerra es necesario aniquilar el imperialismo»[38]. En la vejez seguía teniendo fe en que el capitalismo estaba perdido. También seguía creyendo que el socialismo tenía una capacidad inherente de fomentar el avance tecnológico. Era una vieja idea marxista. Para Marx y Lenin era un axioma que el desarrollo capitalista indefectiblemente entraría en un callejón sin salida e impediría activamente el desarrollo de los productos industriales necesarios para el bienestar de la humanidad[39].

Sin embargo, el aspecto del pensamiento de Stalin que ha atraído la mayor atención es su actitud hacia los judíos. En sus obras publicadas no hay pruebas irrefutables de antisemitismo. El que antes de la Primera Guerra Mundial negara que los judíos fueran una nación se basaba en consideraciones técnicas; no puede probarse que definiera la nacionalidad

con el fin específico de excluir a los judíos[40]. No se negó a conceder a los judíos el derecho a la expresión cultural después de la Revolución de octubre; en realidad, su Comisariado del Pueblo para Asuntos de las Nacionalidades brindó dinero y recursos a grupos que defendían los intereses de los judíos[41]. Sin embargo, las acusaciones contra él también incluyen el hecho de que sus partidarios sacaron a relucir tópicos antisemitas en la lucha contra Trotski, Kámenev y Zinóviev en la década de los veinte[42]. En su propia familia, se había opuesto al noviazgo de su hija con el cineasta judío Alexéi Kápler[43]. Sin embargo, el hecho de que sus partidarios explotaran los sentimientos antisemitas en las disputas internas del partido no lo convierte en un antisemita. Además, como padre tenía mucha razón en querer apartar a Svetlana de un mujeriego maduro como Kápler.

Su campaña contra «el cosmopolitismo desarraigado» no se puede atribuir automáticamente al odio a los judíos en tanto que judíos. Arremetió agresivamente contra todos los pueblos de la URSS que compartían nacionalidad con pueblos de estados extranjeros. Los griegos, polacos y coreanos habían sufrido a manos de él antes de la Segunda Guerra Mundial por esta razón[44]. Las campañas contra el cosmopolitismo comenzaron cuando las relaciones entre la Unión Soviética y los Estados Unidos empeoraron drásticamente en 1947[45]. Al principio los judíos no era el blanco principal. Pero esto no duró mucho tiempo. Unos veinte mil judíos tributaron una cálida recepción a Golda Meir en la sinagoga de Moscú en septiembre de 1948 después de la fundación del estado de Israel[46]. Esto enfureció a Stalin, que comenzó a considerar al pueblo judío como un elemento subversivo. Aunque su motivo era de *Realpolitik* más que un prejuicio visceral, aun así en sus últimos años algunas de sus afirmaciones en privado así como en actos públicos tenían un innegable matiz de áspero antagonismo contra los judíos.

Sin embargo, Beria y Kaganóvich, que era judío, absolvieron a su amo de la acusación de antisemitismo[47] (no es que fueran árbitros morales en ningún sentido). Sin duda Kaganóvich a veces se sentía incómodo. El entorno de Stalin tenía un sentido del humor casi cruel. Un día Stalin preguntó; «¿Pero por qué pone esa cara tan sombría cuando nos reímos de

los judíos? Mire a Mikoián: cuando nos reímos de los armenios, Mikoián se ríe con nosotros de los armenios». Kaganóvich replicó[48]:

> Camarada Stalin, usted conoce bien los sentimientos y el carácter nacional. Evidentemente, se ha dicho que es típico de los judíos el hecho de que a menudo sufren una paliza y reaccionan como una mimosa. Si usted la toca, al instante se cierra.

Stalin cedió y se le permitió a Kaganóvich, que no era precisamente el más sensible de los hombres, quedar al margen de las bromas. El episodio en sí no exculpa a Stalin y hay que añadir que algunos de los comentarios que hizo a otros a principios de la década de los cincuenta eran extremadamente malévolos en lo referente a los judíos soviéticos. Tal vez se convirtió en un antisemita justo al final o, posiblemente, usaba un lenguaje violento para recabar apoyo político. Era demasiado inescrutable como para que se pueda emitir un juicio exacto.

Lo que está claro es que la mente de Stalin no se puede reducir a una sola dimensión. Algunos lo ven como un nacionalista ruso. Para otros la fuerza motriz de sus ideas era el antisemitismo. Otra línea de pensamiento postula que en la medida en que tenía ideas, éstas eran las de alguien que practica la *Reaipoiitik;* esta versión de Stalin cobra varias formas: la primera es la de un líder que perseguía las metas tradicionales de los zares, la segunda es la de un hombre de estado oportunista que trataba de elevarse a la altura de los dirigentes de las otras grandes potencias. Y hay algunos —hoy día visiblemente pocos— que lo describen como un marxista.

El pensamiento intelectual de Stalin era en realidad una amalgama de tendencias y dentro de ellas se expresaba de un modo individual. En la edad adulta había comenzado a ver el mundo a través del prisma marxista, pero había sido el marxismo en la variante leninista —y había ajustado esta variante, a veces distorsionándola, a su gusto—. El marxismo de Lenin había sido un compuesto de doctrinas de Marx y otros elementos que incluían el terrorismo socialista ruso. El tratamiento del leninismo por parte de Stalin fue igualmente selectivo y, al igual que Lenin, se resistía a reconocer que nada sino el puro legado de Marx y Engels constituía la base

de su marxismo-leninismo. Pero su idea del gobierno se caracterizaba indudablemente por ideas sobre la nación rusa, el imperio, la geopolítica internacional y una generosa dosis de orgullo xenófobo. En un momento dado estas tendencias entraron en juego en su mente, aunque sólo los miembros de su entorno atisbaron la gama de sus fuentes. No las sistematizó. De haberlo hecho habría corrido el riesgo de revelar cuánto había tomado de otros pensadores que no eran ni Marx ni Engels ni Lenin. En cualquier caso, se abstuvo de codificar ideas que tenía la sensación de que podrían obstaculizar su libertad de acción si quedaban fijadas de algún modo.

Stalin era un hombre muy reflexivo y a lo largo de su vida trató de encontrar sentido al universo tal como se le presentó. Había estudiado mucho y olvidado poco. Su aprendizaje, sin embargo, le había llevado a introducir sólo unos pocos cambios básicos en sus ideas. La mente de Stalin era similar a una máquina de acumulación y regurgitación. No fue un pensador original, ni siquiera un escritor destacado. Sin embargo, siguió siendo un intelectual hasta el fin de sus días.

EL DÉSPOTA ENFERMO

La salud de Stalin había empeorado gradualmente. Desde finales de 1945 los problemas cardíacos le obligaron a pasar semanas enteras fuera del Kremlin. Ya no podía sobrellevar la pesada carga de los deberes oficiales como antes. El exceso crónico de trabajo le pasaba factura. Tras haber llegado a la supremacía política pudo haber reducido su ritmo de trabajo, pero era un hombre inquieto. Se exigía tanto como exigía a sus subordinados. No soportaba pasar un día sin hacer nada del mismo modo que no era capaz de ir a la luna. Stalin, a diferencia de Hitler, era adicto al detalle administrativo. También era enormemente suspicaz en su incesante esfuerzo por encontrar signos de que alguien pudiera estar tratando de socavar sus políticas o suplantarlo como líder.

Su historia clínica incluía apendicitis, callos dolorosos, laringitis y probablemente soriasis[1]. Su inveterada desconfianza de la eficiencia de los médicos no le había hecho ningún favor. Está claro que ni siquiera Stalin podía arreglárselas por completo sin los médicos, pero los especialistas del Kremlin se ponían nerviosos cuando lo trataban y eran frecuentes los arrestos de individuos acusados de envenenar a los miembros del Politburó y a otras figuras públicas destacadas. La doctora Moshéntsova ofreció un relato estrambótico y poco verosímil. Cuando Stalin fue llevado a la clínica para que le trataran de un «enorme absceso» en el pie, al parecer tenía la cara y el cuerpo cubiertos por una manta y a ella se le dieron instrucciones de que sólo levantara el borde inferior. Sólo más tarde descubrió la identidad de su paciente[2]. Menos afortunado fue el médico personal de Stalin, Vladímir Vinográdov. En enero de 1952, después de hacerle una revisión al líder, le aconsejó que se retirara de la política a fin de evitar

consecuencias fatales para su salud. El franco diagnóstico de Vinográdov enfureció a Stalin, que no podía jubilarse sin arriesgarse a sufrir las represalias de quienquiera que fuera su sucesor. El diagnóstico de debilidad permanente podría inducir a sus subordinados a urdir un complot contra él (sin duda les había dado motivos). Vinográdov fue a parar a la Lubianka en noviembre. La atención médica del líder podía costarles muy cara a sus médicos[3].

Stalin no dejó de tener en cuenta sus problemas de salud. Desde mediados de la década de los veinte se tomaba largas vacaciones de verano en el mar Negro y dependía de las cartas y los telegramas para mantenerse en contacto con la política del Kremlin. Incluso cuando estaba de vacaciones seguía dando instrucciones generales a sus subordinados más importantes. Sus vacaciones se alargaron después de 1945. En 1949 pasó tres meses en sus residencias del Sur; tanto en 1950 como en 1951 su estancia en Abjasia duró casi cinco meses[4].

Trataba de prolongar su vida y su carrera combinando el descanso en el mar Negro con el gobierno a larga distancia. En 1936 se hizo construir una dacha en Jolódnaia Rechka, al norte de Gagra, en la costa de Abjasia. Era una estructura de piedra de muros compactos diseñada por su arquitecto cortesano Mirón Merzhánov. Tenía un comedor, una sala de estar, una de billar, una de té y varios dormitorios —tanto en el piso superior como en la planta baja— y baños (de hecho, Stalin siguió prefiriendo dormir en un diván antes que en sus distintas camas)[5]. Se insistía en la severidad soviética más que en el lujo. Los únicos artículos importados eran la ducha alemana y la mesa de billar italiana. Aunque las alfombras eran de mejor calidad que cualquiera de las que se vendían en las tiendas soviéticas, eran muy inferiores a las que se vendían en los mercados de Tbilisi en la época de su niñez. Ordenó que toda la dacha se revistiera de madera y las paredes de todas las habitaciones estaban cubiertas por una variedad de maderas barnizadas. Aparte de la sala de billar, el principal lujo que se permitió Stalin fue una larga galería con un proyector de películas y una pantalla desplegable en la pared. El agua se bombeaba desde un arroyo en el fondo del valle directamente hacia el Sur. Los muros exteriores de la dacha (y esto

era igual en la cercana dacha de su hija) estaban pintados de verde camuflaje[6].

Con su paso lento, a principios de la década de los cincuenta Stalin parecía una gárgola que se hubiera caído del canalón de alguna iglesia medieval. Su rostro era de una palidez sombría. Ya hacía tiempo que su cabello había adquirido el tono gris de la arenisca erosionada. Ya no ofrecía recepciones a los distinguidos visitantes extranjeros; también dejó de preocuparse por su aspecto. Su ropa estaba más raída que nunca. Vivía como le placía. Los abetos impedían que se vieran las casas. Siempre que estaba en su residencia, ciento cincuenta guardias se encargaban de garantizar su privacidad y seguridad. Solo dormía en la parte residencial de la dacha[7] y por lo general dejaba para el último momento la elección del dormitorio que iba a utilizar por temor a ser asesinado.

A Stalin le gustaba trabajar por la tarde y por la noche; nada pudo cambiar esta rutina hasta que finalmente sufrió un colapso en 1953. Nunca aprendió a nadar y rara vez descendía los 826 escalones del camino que llevaba a la costa. Su lugar preferido era el jardín. En Jolódnaia Rechka podía apartarse de las preocupaciones políticas que perturbaban sus horas de vigilia. Desde el balcón al borde del jardín podía contemplar el mar Negro, calmo y casi sin olas en los últimos meses de verano. Dándoselas de jardinero, plantó limoneros y eucaliptus frente a la casa. El limonero fue la única planta que sobrevivió al duro invierno de 1947-1948; todavía se encuentra allí[8]. En sus dachas de Abjasia podía hacer sus cálculos políticos sin alboroto. También podía disfrutar del Cáucaso que deseaba para sí. Era un Cáucaso sin la brillante diversidad humana y la actividad frenética de las ciudades de Georgia, Armenia, Azerbaiyán o Abjasia. En Jolódnaia Rechka o más arriba, junto al lago Ritsa, no había nada más que las dachas, las montañas, el cielo y el mar. Era un Cáucaso tranquilo, seguro y oculto donde las únicas intromisiones eran las que Poskrióbyshev y Vlásik autorizaban según sus indicaciones.

Ya fuera recuperándose en el Sur o descansando en la Blízhniaia, Stalin intentaba mantener en secreto su decadencia. Se pesaba con regularidad. Tomaba píldoras y cápsulas de yodo —sin supervisión médica— para estimularse[9]. Tomaba las aguas en los balnearios del mar Negro y en

ocasiones disfrutaba de las saunas en Moscú (a las que consideraba equivalentes al ejercicio físico: hacía tiempo que había dejado atrás las diversiones que requerían movimiento). Para Stalin era motivo de orgullo, cuando había alguna ceremonia, subir con agilidad los escalones del Mausoleo en la Plaza Roja antes de saludar a la multitud[10]. Se alentaba a los ciudadanos soviéticos a creer que el gobernante del país seguía robusto y saludable. Stalin mismo se burlaba de las personas de su entorno que se habían abandonado físicamente. Acosaba a Jrushchov y a Malenkov por su corpulencia. Ridiculizaba a otros por cuestiones de gusto. La barba de chivo de Bulganin le divertía. Se reía de Beria porque éste no quería usar corbata, aunque él mismo nunca había usado; también ponía reparos a sus quevedos: «Le hacen parecer un menchevique. ¡Sólo le falta una cadenita para completar la imagen!»[11].

La edad no había suavizado su temperamento. Cada vez que admitía sentir el peso de los años, sus subordinados replicaban que era sencillamente indispensable. Pero siguió planteándose la posibilidad de renunciar al poder a pesar del brutal tratamiento que había sufrido Vinogradov por haberle hecho la misma sugerencia. En 1946 les había dicho a los miembros del Politburó que pensaran en el modo de preparar a la generación siguiente para hacerse cargo del poder. Según Kaganóvich, también expresó el deseo de retirarse. Pensaba en Mólotov para reemplazarlo: *«Dejemosque Viacheslavhaga el trabajo»*[12]. Esto causaba consternación: a Kaganóvich no le agradaba la perspectiva de someterse a Mólotov. Sin embargo, el favor de Stalin, aunque hubiera sido concedido, siempre podía ser retirado. Jugaba como un gato con los ratones del Politburó. En 1947 le dijo a cada uno de sus miembros que eligieran a cinco o seis subordinados que fueran capaces de reemplazarles. Mikoián proporcionó la lista de nombres requerida al tiempo que afirmaba que se ascendía a los individuos demasiado rápido. Los veteranos no tenían incentivos para colaborar con los recién llegados; en realidad podría habérseles perdonado por obstruir deliberadamente su tarea y esto es probablemente lo que sucedió. Al cabo de un año se puso de manifiesto la falta de experiencia de los nuevos y fueron retirados de sus cargos[13]. Podían contentarse con seguir vivos.

Sin embargo, aunque acosaba a sus principales subordinados, Stalin deseaba verdaderamente deshacerse de muchas cargas; en particular, delegó la gestión diaria de la economía y del orden administrativo a sus subordinados. Redujo el número de días en que recibía visitas de ciento cuarenta y cinco en el último año de la guerra a treinta y siete en 1952[14]. Pero estaba decidido a seguir siendo el Líder[15]. No sólo retuvo la supervisión de la política general, sino que también se reservó la capacidad de intervenir en asuntos concretos según su capricho y, pese a que estaba enfermo, nunca dejó que se tomara ninguna decisión sobre las relaciones internacionales sin su participación. Siguió recibiendo montañas de papeles desde Moscú mientras permanecía en el mar Negro. Los asuntos de la policía de seguridad siguieron siendo una de sus preocupaciones[16]. Siempre le acompañaba Alexandr Poskrióbyshev, jefe del Departamento Especial del Secretariado del Comité Central del Partido. A Poskrióbyshev se le había otorgado el grado de mayor general en la guerra y a Stalin le gustaba gastarle bromas dirigiéndose a él como «comandante supremo»[17]. Su relación de perro y amo era fundamental para Stalin. Poskrióbyshev se ocupaba de los telegramas que llegaban a la dacha y decidía cuáles eran los que requerían la atención de Stalin. Si surgía alguna emergencia, Poskrióbyshev tenía autorización para interrumpir la cena de su amo sin tener en consideración a los invitados y consultarle acerca de la respuesta adecuada[18].

En sus largas estancias en Abjasia, Stalin siempre tenía preparada una mesa abundante para los visitantes. La mayoría eran políticos provenientes de Moscú o del Cáucaso. Se mantenían conversaciones sobre distintos temas. Las cenas y desayunos tardíos de Stalin seguían siendo un resorte de su despotismo. Los utilizaba para deliberar con sus colaboradores, para darle precedencia a uno u otro y para suscitar el temor e incitar los celos de los demás. Entre las tradiciones aceptadas desde finales de la década de los cuarenta estaban los puntillosos brindis por su salud y por sus logros. Se consideraba de mala educación dejar de subrayar su participación fundamental en la preparación de la URSS para la Segunda Guerra Mundial y en la consecución de la victoria en 1945. En cada dacha había dispuesto que hubiera una abundante cantidad de vinos, brandy y champán; también

tenía una provisión de cigarros y cigarrillos[19]. Durante toda su vida había fumado en pipa y siguió siendo aficionado a dar una calada a un cigarrillo. Le gustaba especialmente la compañía de los jóvenes oficiales del lugar y era un narrador entusiasta de sus años de juventud. En sus últimos años, especialmente ante sus nuevos conocidos, no podía dejar de adornar las historias con fantasías exageradas y su encanto y sentido del humor los cautivaba.

Estos hombres más jóvenes del partido y del gobierno estaban ansiosos por averiguar sus deseos. El jefe del partido en Abjasia, Akaki Mgueladze, le preguntó a Stalin qué vinos prefería. De los tintos el Líder dijo que su favorito era el Jvanchkara, producido con métodos artesanales. Esto sorprendió a Mgueladze, que había supuesto que Stalin se inclinaría por los renombrados Atenuri o Jidistavi de su Gori natal (los georgianos están orgullosos de las viñas de la localidad donde se han criado). Stalin explicó que en realidad se había provisto de una cantidad de Jidistavi por Mólotov. El otro vino tinto que prefería era el Chjaveri[20]. En el desayuno tomaba simplemente unas gachas con leche; para el almuerzo y la cena prefería las sopas y el pescado —era raro que un hombre del Cáucaso no gustara mucho de la carne—[21]. Adoraba los plátanos (y se irritaba mucho si le traían unos de calidad inferior)[22]. Cuando todo estaba preparado, hacía el papel de anfitrión a la manera georgiana y a menudo prescindía de los sirvientes. Los invitados se servían solos de un buffet. Las bebidas se colocaban en mesitas auxiliares[23].

Los aspectos maliciosos de las cenas de Stalin persistían. En lugar de vino se servía vodka. Algunas veces se echaba pimienta en algún plato sin que el comensal se diera cuenta. No era simplemente un juego. Como antes, Stalin deseaba mantener a la gente en vilo. Le encantaba que algún invitado muy borracho dejara escapar una indiscreción. Quería sacar los trapos sucios de todo el mundo[24]. Sin embargo, también podía ser galante. Cuando el actor georgiano Bagashvili opinó que la esposa de Beria, Nina, tenía que escapar de «su jaula dorada», Beria se abstuvo de reaccionar pese a la insinuación de que ella vivía de forma indigna. Se sintió insultada y se notó. Stalin entendió su reacción. Cruzó la habitación, le tomó la mano y dijo: «Nina, esta es la primera vez que le beso la mano a una mujer». Beria

recibió una reprimenda marital esa noche y Stalin se ganó la gratitud de una mujer enojada[25]. Pudo haber actuado de manera hipócrita, pero, aunque así hubiera sido, su conducta dio resultado y, aunque era un déspota, por lo general aquellos a quienes halagaba le concedían el beneficio de la duda.

Sin embargo, Stalin se fue deshaciendo gradualmente de los que habían sido sus íntimos desde mediados de la década de los treinta. Incluso Vlásik fue destituido en abril de 1952 y Poskrióbyshev, en enero de 1953. Otro blanco de Stalin fue Beria. Al parecer ambos estaban en buenos términos. Stalin lo honró en 1951 al confiar en él para que pronunciara el discurso principal en la Plaza Roja en las celebraciones del aniversario de la Revolución de octubre. Beria sospechó que Stalin no tramaba nada bueno. Le preocupó que el Líder le dijera que no hacía falta que le mostrara de antemano el texto del discurso[26].

Beria supuso que se le emplazaba a decir algo que podría ser usado en su contra. Conocía demasiado bien los métodos de Stalin y muy pronto los hechos le demostraron que tenía motivos para desconfiar. Dos días después del desfile del aniversario, una resolución del Comité Central denunció a un «grupo nacionalista mingrelio». No se nombraba a Beria en la resolución, pero su origen mingrelio lo exponía a acusaciones ulteriores —y en realidad la resolución especificaba que una organización menchevique con base en París y liderada por Yevgueni Gueguechkori, que era tío de la esposa de Beria, dirigía una red de espionaje en Georgia—[27]. Los mingrelios son un pueblo cuya lengua es tan diferente del georgiano que Stalin nunca la había entendido[28] (esto, desde luego, no contribuía en absoluto a disipar las recientes sospechas sobre ellos). Varios de ellos integraban la clientela política de Beria y éste les había dado tierras a los mingrelios en Abjasia a expensas de los abjasios con el consentimiento de Stalin. Cuando comenzaron a producirse los arrestos de destacados mingrelios en el invierno de 1951 y 1952, Beria previo que pronto se uniría a ellos. Aunque Stalin había detenido la purga en la primavera de 1952, Beria notó que por lo general se comportaba de un modo más correcto que amigable. Eran malos presagios. El antiguo jefe de la NKVD temía tener que volver a la Lubianka, pero no por voluntad propia[29].

En septiembre fueron arrestados varios médicos del Kremlin; fue el inicio de muchas otras detenciones. Esto se produjo como consecuencia de una denuncia confidencial del tratamiento recibido por Andréi Zhdanov, que había muerto en 1948. La denunciante fue la doctora Lidia Timashuk. Su denuncia, enviada inmediatamente después del fallecimiento de Zhdánov, se sacó de los archivos y se usó como base para purgar a los profesores de la clínica del Kremlin. *Pravda* publicó un artículo en el que denunciaba a los «asesinos de batas blancas». Esto causó pánico en la élite de la profesión médica. El profesor Yevdokímov, dentista de Stalin y durante muchos años jefe de cirugía maxilofacial y bucal en el Kremlim, se ausentó de su casa durante una semana por si la policía iba a detenerlo[30].

Yevdokímov volvió a su apartamento agotado. Probablemente había descubierto que las autoridades querían arrestar a médicos de origen judío. La mayoría de las víctimas tenían apellidos que parecen indicar que eran judíos. El «cosmopolitismo desarraigado» se denunciaba diariamente con creciente intensidad. Se persiguió a los judíos por toda la Unión Soviética. Fueron destituidos de los puestos de responsabilidad y humillados en el trabajo. En las calles se veían insultos antisemitas y a nadie se pedía cuentas de ellos. Se requería mucho valor para defender a las víctimas. La campaña, que nunca fue designada de manera oficial como dirigida a los ciudadanos judíos, se reforzó. Muchos dirigentes judíos fueron puestos bajo custodia policial. Solomón Mijoels, líder del Comité Judío Antifascista de la URSS (formado durante la Segunda Guerra Mundial) fue asesinado en un accidente automovilístico provocado por orden de Stalin en 1948; el Comité Judío Antifascista fue dispersado y el resto de sus dirigentes, arrestados y fusilados[31]. Pero la esposa de Mólotov, Polina Zhemchúzhina, que había estado detenida y exiliada desde 1949, todavía vivía. Se la escogió como potencial acusada en un juicio ejemplarizante de próxima celebración. La policía de seguridad volvió a interrogarla. Había rumores crecientes de que se estaban preparando medidas para deportar a todos los judíos soviéticos a la Región Autónoma Judía que se había establecido en Birobidzhan, en Siberia oriental, en 1928 (cuando Stalin y el Politburó finalmente habían llegado a la conclusión de que los judíos de la URSS que desearan mantener su cultura ancestral debían tener un territorio propio).

No se sabe a ciencia cierta si Stalin verdaderamente pensaba llevar a cabo una deportación general de judíos a principios de la década de los cincuenta, aunque en general se considera un hecho, y no se ha descubierto ninguna prueba concluyente[32]. Sin embargo, la situación cambiaba con rapidez. Ningún judío podía sentirse seguro en la URSS. Aumentaba el presentimiento de que habría pogromos. Kaganóvich, de ascendencia judía, estaba muy alterado. Tal vez Stalin le habría evitado verse implicado en el Complot de los Médicos. Pero los precedentes no eran alentadores. Una vez que empezaban las purgas, no había modo de saber a donde podían llegar. Mólotov y Mikoian ya habían caído desde lo más alto. Con Zhemchúzhina en prisión, Mólotov había temido lo peor durante mucho tiempo. Tanto Mólotov como Mikoian fueron destituidos de sus cargos como dirigentes, aunque seguían siendo miembros del Politburó. Pero sabían de antemano lo que les esperaba. Una vez que Stalin retiraba su apoyo, rara vez lo volvía a conceder.

Cuando finalizó los preparativos para el XIX Congreso del Partido en octubre de 1952, Stalin tenía reservadas varias sorpresas. En agosto tuvo lugar un pleno del Comité Central. Esto le brindó la oportunidad de tener un panorama completo de todo el partido y de la cúpula dirigente y no dejó de alentar a los participantes para que criticaran los borradores presentados por los demas antes de que pasaran al Congreso. Era también una oportunidad para que los jóvenes prometedores captaran su atención. Entre ellos estaba Mijaíl Pervujin, ya presidente adjunto del Consejo de Ministros. Dos semanas más tarde, Stalin le llamó por teléfono un domingo a primera hora de la mañana. Le preguntó por qué había propuesto enmiendas a las directrices en el pleno del Comité Central en lugar de haberlo hecho en el Consejo de Ministros. Pervujin le explicó que se sentía obstaculizado por el hecho de que las directrices ya se habían decidido en el Buró del Consejo de Ministros. Para Stalin esto olía a conspiración, especialmente cuando se enteró de que Beria, Malenkov y Bulganin se habían turnado en la presidencia del Buró. Siempre buscaba romper las coaliciones formadas por sus subordinados. Malenkov y Bulganin siguieron contando con su aval, pero Stalin no dejaba nada al azar. Según sus instrucciones, el franco Pervujin fue ascendido a miembro del Buró[33].

Después Stalin le pidió al escarmentado Malenkov que presentara el informe político del Comité Central. Él se sentía demasiado débil. Desde 1925 nadie salvo Stalin había desempeñado esta tarea. Cuando Kaganóvich le preguntó el motivo, Stalin respondió ladinamente que tenía que «promover a los jóvenes»[34]. Esto tampoco era una buena noticia para Kaganóvich, pero era todavía peor para Mólotov y Mikoián. En la reunión para planificar el desarrollo del evento, Stalin propuso excluirlos del presidium del Congreso por ser «miembros no activos del Politburó». Cuando los que le escuchaban lo tomaron como un chiste, Stalin insistió en que hablaba en serio[35]. En el Congreso mismo Stalin habló poco y se contentó con complacer a su audiencia sentándose en un lugar destacado del estrado. Las políticas que estaban en vigor fueron confirmadas por los elogios de los oradores. Sin embargo, las divergencias dentro del Politburó eran detectables para los oídos de los delegados mejor informados. Malenkov habló a favor de la industria ligera; Beria, de los no rusos, y Jrushchov, de la agricultura. Todo esto se hizo con un doble discurso elaborado de tal modo que parecía que Stalin y el Politburó estaban tan unidos en cuanto a sus pareceres como dos capas de pintura.

Desde luego, los subordinados sabían que no chocheaba y que no había asistido al Congreso simplemente para servir de adorno: también escuchaba y observaba como un ave rapaz. El conservadurismo estalinista estaba a la orden del día. Colocarse al margen de los encomios ceremoniales de las políticas del partido y del gobierno habría sido suicida. El informe de Malenkov no mostraba ni un ápice de realismo al afirmar que el problema del suministro de grano en la URSS había sido resuelto «definitivamente y para siempre». Pero este pecado era más leve en un orador que la más mínima señal de disentimiento.

El pleno del Comité Central después del Congreso el 16 de octubre de 1952 escuchó el último discurso de Stalin. Acompañado por los otros dirigentes, entró en la Sala Sverdlov en medio de una ovación. Su discurso duró una hora y media; no tenía notas y se dirigía a la audiencia con una mirada escrutadora[36]. El tema principal, aunque no declarado, era él mismo. Dio a entender que no le quedaba mucho de vida. Recordó los peligros de principios de 1918, cuando los enemigos acosaban al naciente

estado soviético por todas partes: «¿Y qué hay de Lenin? En lo que se refiere a él, vayan y relean lo que dijo y escribió en ese momento. En una situación tan extremadamente difícil siguió bramando. Bramaba y no le tenía miedo a nadie. ¡Bramaba, bramaba, bramaba!»[37]. Cuando hablaba de Lenin en realidad se describía a sí mismo y hacía referencia a su contribución a la Revolución. «En cuanto se me encomendaba [una tarea], la cumplía. Y no para que se me reconociera. No me educaron de ese modo»[38]. Cuando un miembro del Comité Central afirmó con orgullo que era discípulo Stalin, éste intervino: «¡Todos somos discípulos de Lenin!»[39]. Fue lo más parecido a un testamento político. Más que dejar recomendaciones sobre políticas específicas, enumeró las cualidades que debían tener los dirigentes soviéticos después de su muerte: coraje, valentía, modestia personal, perseverancia y leninismo.

Su objetivo inmediato era dejar a la vista las debilidades de algunos posibles sucesores. A diferencia de Lenin, dejó aflorar su ira mientras vertía insultos sobre las cabezas de sus víctimas. Mólotov y Mikoián fueron las principales. Stalin despotricaba acusándoles de cobardía y ligereza, alegando que los viajes que habían hecho a los Estados Unidos les habían proporcionado una admiración exagerada por el poder económico de los Estados Unidos. Recordó incidentes como, por ejemplo, cuando Mólotov había querido reducir la demanda de suministros de grano de los koljozes. Mólotov soportó la reprimenda sin responder. Sin embargo, Mikoián decidió que esto requería una defensa activa y subió al estrado para responder[40]. Los miembros del Politburó ya sabían de la hostilidad de Stalin hacia Mólotov y Mikoián, pero para otros dirigentes era algo nuevo.

Casi estaba dispuesto el escenario para un ajuste de cuentas definitivo. Mólotov, Mikoián y Beria vivían aterrorizados. El Comité Central estableció un Presidium como su principal órgano ejecutivo en lugar del Politburó. Stalin leyó en voz alta la lista de los miembros propuestos. Toda la lista fue aceptada sin discusión[41]. El nuevo Presidium del Partido tendría un Buró interno y ni Mólotov ni Mikoián iban a formar parte de él[42] (Beria obtuvo un puesto, pero no era un gran consuelo; sabía que Stalin a menudo torturaba a sus víctimas antes de iniciar una purga). Cuando el Presidium se reunió el 18 de octubre, Malenkov fue puesto al

frente de la comisión permanente de asuntos exteriores, Bulganin debía supervisar las «cuestiones de defensa» y Shepílov iba a presidir la comisión que se ocuparía de «cuestiones ideológicas». Aunque era viejo, Stalin todavía se dedicaba a leer los informes, planear sus maniobras y asistir a reuniones fundamentales —y, como en 1937, renunció a la oportunidad de tomarse vacaciones todo ese año—. El Buró se reunió seis veces en las semanas restantes de 1952 y Stalin acudió en cada ocasión[44]. Gran parte de las sesiones se centraron en la asignación de personal. Pero también se discutieron asuntos de una naturaleza inequívocamente siniestra. Stalin planteó la cuestión «del sabotaje en el trabajo médico»; también pidió un informe acerca de la situación del MGB[45].

Stalin deseaba que un organismo oficial del partido se sumase a su conspiración. El riesgo de un golpe contra él tenía que reducirse. Al moverse lentamente y obtener sanciones formales en cada etapa del camino, también esperaba convencer a los miembros del Buró más jóvenes, y por lo tanto menos experimentados, de que sus medidas se basaban en pruebas sólidas. El asesino necesitaba asegurarse su coartada y su legendaria astucia no lo había abandonado.

Sus cómplices veteranos temblaban de angustia. No sólo Beria, sino también Malenkov, Jrushchov y Bulganin sabían por experiencia que no podían dar por sentado que Stalin no fuera a emprenderla también con ellos a su debido tiempo. No podían confiar en él: era obvio para todos. Las cosas se ponían feas. El 21 de diciembre de 1952 Mólotov y Mikoián, después de muchas vacilaciones, decidieron ir a la dacha Blízhniaia para felicitar a Stalin por su cumpleaños. Era lo que habían hecho durante muchos años y, aunque en los últimos tiempos él se había mostrado hostil hacia ellos, pensaron que la hostilidad se incrementaría si rompían la tradición. Se equivocaron. La visita molestó a Stalin y los otros miembros del Presidium aconsejaron a Mólotov y a Mikoián que se mantuvieran fuera de su vista[46]. Aun así, su comportamiento desconcertó y asustó a todos. Claramente ya no era la persona que había sido. Después de su muerte sus colaboradores subrayarían que había sufrido un deterioro tanto físico como psíquico. Percibieron el comienzo de una imprevisibilidad que llamaron «caprichosa». Previamente se había mantenido leal al grupo de dirigentes

que había establecido a fines de la década de los treinta; el Caso de Leningrado de 1949-1950 había sido la excepción y no la regla durante los años de la posguerra[47]. Pero había comenzado a conceder y retirar su apoyo con una arbitrariedad que los aterraba.

Entonces, ¿qué se proponía el Líder? ¿Sus movimientos implicaban algún plan? ¿La eliminación de varios veteranos —junto con la persecución de todos los judíos— señalaba el fin de alguna purga proyectada? ¿Un hombre cuyo deterioro físico era inequívoco podía culminar semejante purga? Para sus colaboradores más cercanos, denunciados o no por él, no tenía ningún sentido intentar adivinar los motivos precisos. Durante muchos años Stalin había estado asesinando a sus compañeros. No había perdido la costumbre en su vejez.

MUERTE Y EMBALSAMAMIENTO

El 21 de diciembre de 1952 Stalin ofreció una fiesta de cumpleaños en la gran sala de recepciones de su dacha Blízhniaia[1]. El Jefe tenía la intención de pasar un buen momento y había invitado a la dirección política. Su hija Svetlana también estaba presente. Imágenes de niños soviéticos cubrían las paredes. Stalin también había dispuesto que se colgaran cuadros con escenas de las obras de Gorki y Shólojov[2]. Se bebió mucho. El gramófono tocó música folklórica y de baile durante toda la noche y Stalin se encargó de elegir los discos. Era una velada feliz.

Sin embargo, había dos invitados tristes. Uno era Jrushchov, que odiaba tener que bailar y se autodenominaba «una vaca sobre el hielo». Stalin le instó maliciosamente a que bailara la movida danza ucraniana *gopak*. Tal vez el Jefe, que de niño no lograba dominar el *lekuri*[3], obtenía una perversa satisfacción al ver el embarazo de Jrushchov. La otra persona que no disfrutaba de la reunión era Svetlana. A la edad de veintiséis años, casada en dos ocasiones y madre, no podía soportar que le dijeran lo que tenía que hacer y se negó a bailar con su padre. Su brazo más corto de lo normal habitualmente le impedía sacar a alguien a bailar, pero esa noche llevaba una o dos copas de más. Cuando Svetlana le rechazó, Stalin se puso furioso. La cogió de su cabellera pelirroja y la arrastró a la pista de baile. Ella se puso colorada y los ojos se le llenaron de lágrimas de dolor y humillación. Otros invitados lo sentían por ella, pero no podían hacer nada. Jrushchov, todavía ofuscado por su propia vergüenza, nunca olvidó la escena: «[Stalin] arrastraba los pies alrededor con los brazos abiertos. Era evidente que nunca antes había bailado». Pero no le juzgó con dureza. «Se comportó con tanta rudeza no porque quisiera herir a Svetlana. No, su

conducta hacia ella era en realidad una expresión de afecto, pero de la forma perversa y brutal que le era propia»[5].

Otros invitados estaban preocupados por algo muchísimo peor que ser cogidos por los cabellos y obligados a bailar. La probable inminencia de una purga política los inquietaba a todos. El 13 de enero de 1953 *Pravda* publicó un editorial sobre «Malvados espías y asesinos disfrazados de profesores de medicina». Stalin había editado el texto[5]. Aunque había permanecido todo ese tiempo en la Blízhniaia, no era un mero espectador del complejo drama político[6]. Los miembros del Presidium del Partido —la nueva designación del Politburó— leyeron *Pravda* con el corazón en un puño. La tensión alcanzaba un punto culminante. El 28 de febrero Stalin invitó a Malenkov, Beria, Jrushchov y Bulganin a ver una película con él en la dacha. Stalin fue tan buen anfitrión como siempre. Había abundante comida y bebida. Los miembros del Presidium del Partido, después de haber bebido una buena cantidad de vino, trataron de evitar decir cualquier cosa que pudiera molestar al Líder. Cuando terminó la cena, Stalin ordenó a los sirvientes que colocaran el equipo de proyección en la galería de la planta baja. La fiesta terminó a las cuatro de la madrugada del 1 de marzo[7]. Ninguno de los importantes invitados que partían recordó después que Stalin pareciera enfermo. Según Jrushchov, lo dejaron muy borracho y en buenas condiciones[8]. Era lo que se esperaba después de una larga noche de diversión.

Cuando las limusinas de los visitantes se perdieron en la oscuridad de los suburbios de Moscú, Stalin dio rápidas instrucciones a sus guardias. Uno de ellos, Pável Lozgachov, informó de ellas a su jefe Iván Jrustaliov. Stalin había anunciado que se iba a la cama y que ellos quedaban libres de sus obligaciones y podían irse a dormir; también había ordenado que los guardias no debían molestarlo hasta que él los llamara a sus habitaciones[9].

Desde la media mañana del 1 de marzo la inquietud entre los guardias que entraban de servicio fue en aumento porque Stalin no había dado la orden de que pasaran. La rutina había sido la misma durante años. Un grupo conocido como el equipo de seguridad móvil patrullaba la dacha Blízhniaia. Los cambios de guardia alternaban dos horas de vigilancia y dos horas de descanso para mantener el estado de alerta. Las posiciones de los guardias

alrededor de la dacha se designaban por medio de números[10]. Cumplían la inusual prohibición de Stalin de no molestarlo y, sin embargo, todos sabían que serían inculpados si algo malo hubiese sucedido. Su costumbre era pedir un té con una rodaja de limón avanzada la mañana. Era tan puntual como un reloj. El segundo del comandante, Mijaíl Stárostin, se puso nervioso al ver que no lo había pedido[11]. En la dacha no había ninguna autoridad superior a la que acudir. Poskrióbyshev y Vlásik ya no estaban en sus puestos y no quedaba claro qué miembro del Presidium del Partido, si es que había alguno, podría contradecir una orden que el Líder había dado personalmente. Esta situación había beneficiado a Stalin cuando estaba bien. Ahora estaba a punto de pagar un precio fatal por su extraordinaria concentración de poder.

A las seis y media de la tarde se encendió una luz en la dacha. Los guardias que patrullaban se sintieron aliviados ante esta señal de vida y supusieron que todo iba bien. Dieron por sentado que, tras haberse levantado tarde, se ocupaba de sus numerosas obligaciones. Sin embargo, Stalin no salió de su cuarto. Tampoco pidió comida ni ordenó que se hiciera cosa alguna. Nadie pudo verlo. Por lo tanto, los guardias permanecieron a la expectativa de lo que debían hacer a continuación. Cerca de las diez de la noche llegó un paquete para Stalin proveniente de las oficinas del Comité Central en Moscú. Esto forzó al grupo de seguridad a tomar una decisión. Después de un intercambio de opiniones se decidió que Pável Lozgachov debía llevar el paquete a Stalin. Entró nervioso en la habitación y se encontró con una escena terrible. Stalin estaba tirado en el suelo. Aunque no había perdido el conocimiento por completo, no podía hablar y se había orinado encima. Evidentemente había tenido un ataque. Su reloj de pulsera yacía en el suelo cerca de él y marcaba las seis y media. Los guardias supusieron con razón que Stalin se había caído a esa temprana hora del anochecer cuando había encendido la luz[12].

Ninguno se atrevía a hacer lo más obvio, que era llamar a un médico. Como necesitaban una orden de una autoridad superior, los guardias telefonearon a Moscú al ministro de Seguridad Estatal, Semión Ignátiev. Éste se sintió superado por la situación y telefoneó a Malenkov y a Beria. Todos los que estaban en la dacha deseaban desesperadamente recibir

órdenes. Lo único que hicieron por iniciativa propia fue levantar a Stalin del suelo, ponerlo en su diván y taparlo con una manta[13].

Al recibir las noticias de Ignátiev por medio de Malenkov, los miembros del Presidium se preguntaron si Stalin estaba a punto de morir. Pero el modo en que actuaron exactamente todavía sigue siendo un enigma. No sólo los compañeros de Stalin, sino también sus guardias mantuvieron la boca cerrada durante muchos años respecto del episodio —y los recuerdos se deterioran con el paso del tiempo—. Las vicisitudes de la lucha por la sucesión política también tuvieron el efecto de distorsionar los testimonios. Triunfó Jrushchov, Beria fue ejecutado en diciembre de 1953 y Malenkov, derrotado por Jrushchov, no se sintió inclinado a dejar constancia de su testimonio. Jrushchov y Svetlana Allilúeva fueron los únicos testigos que pudieron contar la historia con libertad antes de que el paso del tiempo oscureciera sus recuerdos. Desafortunadamente ni Jrushchov ni Allilúeva eran reacios a fantasear para exagerar sus conocimientos y virtudes. Fue una situación paradójica. Stalin mismo había regulado rígidamente la publicación de detalles acerca de su vida, que eran extremadamente exiguos y poco fiables. Sin embargo, esos detalles se volvieron todavía menos creíbles desde el día en que perdió ese control. Las fechas, las acciones, las personalidades y los hechos son tan claros como un barril de alquitrán en el período que va del 28 de febrero al 5 de marzo de 1953.

El relato más completo provino de Jrushchov. Según él, varias personas acudieron a la dacha en las primeras horas del 2 de marzo. Supuestamente entre ellos estaban Malenkov, Beria, Bulganin y Jrushchov. No se sabe con certeza si todos —o algunos— realizaron una segunda visita antes de tomar la decisión de pedir asistencia médica[14]. Por la razón que fuera pasaron horas hasta que se convocó a los médicos para que atendieran a Stalin. La hora exacta de su llegada se discute. Svetlana, a la que se mandó llamar cuando estaba en una clase de francés[15], afirmó en sus memorias que fue a las diez de la mañana, pero el testimonio más verosímil del guardia A. T. Rybin, que estaba allí en ese momento, sostiene que fue a las siete de la mañana[16]. De cualquier manera queda claro que los miembros del Presidium no se dieron prisa en procurarle asistencia médica. Esto hizo que surgiera la sospecha de que dejaron que Stalin empeorara deliberadamente.

Es una posibilidad, ya que todos ellos eran víctimas potenciales de una purga. Pero tal vez los subordinados políticos de Stalin estaban sencillamente demasiado aterrados como para intervenir antes. Si se recuperaba, pagarían un precio muy alto por actuar como si estuvieran al frente del país. Es una hipótesis verosímil. Sin embargo, lo que es seguro es que se demoraron en una medida que los hace culpables —y tal vez ya eran más conscientes del carácter crónico de la enfermedad de Stalin que lo que dejaban ver.

Los doctores encontraron a Stalin empapado en su propia orina. Lo desvistieron y lo limpiaron con una solución de vinagre. En un momento dado vomitó sangre; a esto siguió la respiración Cheynes-Stokes, con su típico jadeo e irregularidad. Era obvio que estaba muy grave. Los mismos expertos médicos trabajaban bajo la presión de saber lo que les sucedía a los médicos que no satisfacían a los políticos soviéticos. Rápidamente averiguaron lo peor. Las extremidades derechas de Stalin estaban totalmente paralizadas. Aunque hicieron lo que pudieron, tenían pocas esperanzas. Antes del mediodía le administraron enemas, aunque en realidad nadie preveía un efecto positivo[17].

Para el Presidium el problema era que, si Stalin se recuperaba, sus miembros podrían ser culpados si no contribuían a su restablecimiento y también si intervenían sin su permiso. Era imprescindible actuar con cautela. Estaba claro que saber más acerca de su estado de salud era fundamental. Desafortunadamente, después de los arrestos a causa del Complot de los Médicos, los mejores especialistas de Moscú se encontraban en las celdas de la Lubianka. Lo que siguió fue una especie de tragicomedia. Los profesores encarcelados (a los que se había calificado de viles traidores) fueron consultados y se les preguntó acerca del posible diagnóstico de un paciente que tenía la respiración Cheynes-Stokes. Después de semanas de tortura estaban perplejos ante el imprevisto giro que había tomado el interrogatorio. Yákov Rapoport contestó concisamente que era un síntoma «muy grave»; sus palabras implicaban que la muerte era el resultado más probable[18]. No se sabe si los médicos tomaron medidas sobre la base de esta información.

Pero los miembros del Presidium por lo menos tenían la certeza de que eran libres para planificar la sucesión política. Ante sus ojos tenían pruebas que en cualquier caso eran muy concluyentes: Stalin estaba en estado crítico y los médicos que le atendían eran claramente pesimistas. Ahora el médico más distinguido del país, encarcelado en la Lubianka, había confirmado la impresión que ellos habían tenido.

El 4 de marzo comenzaron a adoptar sus disposiciones. No había tradición en cuanto a los procedimientos ni normas; Stalin había dejado todo eso fuera de la agenda premeditadamente. Los principales dirigentes se dieron cuenta de que sólo podrían legitimarse si podían simular la continuidad del régimen y convocaron una sesión de urgencia del Comité Central del Partido. Esto hizo posible que los veteranos del Presidium sortearan la amenaza que suponían los miembros promovidos a partir del XIX Congreso en octubre de 1952. Algunos veteranos estaban mejor situados que otros. Mólotov no podía reclamar el poder supremo después de que Stalin lo hubiera atacado en octubre de 1952. Malenkov y Beria tomaron la iniciativa. Flanqueados por los veteranos del Presidium (con excepción de Bulganin, que cumplía con su deber junto al lecho de Stalin), Malenkov abrió la sesión anunciando que Stalin estaba gravemente enfermo y que el pronóstico médico no era favorable aunque lograra superar el estado crítico en que se hallaba. El Comité Central escuchó en silencio y con angustia. Luego Beria ocupó el estrado y propuso que Malenkov debía ocupar el puesto de Stalin como presidente del Consejo de Ministros con efecto inmediato. Se acordó esto y se declaró terminada la corta sesión[19].

Sin embargo, Stalin todavía no había muerto y los miembros del Presidium volvieron rápidamente a la dacha, donde empeoraba irremisiblemente. Ante sus ojos pasaban fugazmente instantes de su vida pasada: los planes quinquenales, el Gran Terror y la Gran Guerra Patria. Stalin personificaba su carrera colectiva. Habían trabajado activamente para la consolidación del estado soviético, de su poder militar e industrial y de su expansión territorial y su seguridad política. Con la posible excepción de Beria, reverenciaban la inteligencia y experiencia de Stalin al mismo tiempo que le temían. Los había cautivado incluso cuando los traumatizaba. Mientras yacía postrado en el diván, no podían estar seguros de que

mediante algún esfuerzo sobrehumano no reviviera y regresara para dominar de nuevo la vida pública. Estos mismos individuos que habían enviado a millones de personas a la muerte en el Gulag bajo el liderazgo de Stalin, temblaban ante la vista de un anciano semiconsciente e inerte, cuya vida se desvanecía. Siguió esclavizándolos hasta el final. Todavía cabía la posibilidad de que pudiera recuperarse lo suficiente, aunque fuera sólo por un momento, para ordenar la destrucción de todos ellos. Aun cuando agonizaba no se podía tomar a Stalin a la ligera.

En la dacha la tensión era muy fuerte. Beria se hizo cargo de la seguridad y dispuso que se aislase la zona que rodeaba la dacha mientras se mantenía la vigilancia sobre el paciente. La mañana del 5 de marzo vomitó sangre de nuevo[20]. Como más tarde descubrieron los médicos, había sufrido una hemorragia masiva en el estómago. Su estado general había sido malo durante años y sus arterias estaban endurecidas. El equipo médico y los políticos se reunieron junto al lecho. Svetlana era su única pariente cercana en la dacha. Los presentes se turnaban para acercarse a su cuerpo yacente y presentarle sus respetos. Le tomaban la mano en busca de alguna señal de sus intenciones hacia ellos. Lo más destacable fue la conducta de Beria, que babeó la mano de Stalin en una melosa demostración de lealtad personal. A las diez menos diez de la mañana el Líder dejó escapar su último aliento. Había muerto.

Algunos se abrazaron. Svetlana, afligida, buscó consuelo en los brazos de Jrushchov. Se permitió a los sirvientes que vieran el cadáver. Incluso los miembros del Presidium, que horas antes habían adoptado disposiciones sobre la política a seguir después de la muerte de Stalin, se sintieron afectados. Se había terminado todo un período de sus vidas y de la historia de su país. No habrían sido seres humanos si no se hubiesen sentido conmocionados por la experiencia. Sólo una persona conservaba por completo la presencia de ánimo. Era Beria, que se comportaba como una pantera a la que se hubiera soltado de la jaula. Ya no dolido ni meloso, gritó: «¡Jrustaliov, el coche!»[21]. Beria corrió al Kremlin para completar una sucesión política programada en la que jugaría un papel destacado. Mientras los demás consolaban a Svetlana o lloraban junto a la cama de Stalin, había mucho que hacer y Beria marcó el ritmo. A diferencia de

Mólotov o Mikoián, él no había sido considerado indeseable como posible sucesor. El Caso Mingrelio no se había mencionado en el Comité Central y, hasta donde sabían sus miembros, Beria había estado en buenos términos con Stalin hasta el fin. La batalla por la sucesión había empezado.

El grupo de seguridad se convirtió en la guardia de honor del Líder muerto. Un catafalco negro llegó a la dacha y los guardias lo pusieron allí para llevarlo al instituto especial donde se controlaba regularmente el estado del cadáver de Lenin y donde el de Stalin sería preparado para el funeral. Jrustaliov, el comandante de la guardia, siguió asumiendo la responsabilidad.

A las ocho de la tarde del 5 de marzo el Comité Central del Partido volvió a reunirse bajo la presidencia de Jrushchov. Los miembros del Presidium sabían que tenían que convencer a todos los presentes de que Stalin había muerto por causas naturales[22]. El ministro de Salud de la URSS, A. E Tretiakov, ocupó el estrado para ofrecer un informe médico detallado. Jrushchov, evitando el debate, anunció las propuestas del Buró del Presidium. Se sugirió que Malenkov ocupara la presidencia del Consejo de Ministros. Beria sería uno de sus primeros adjuntos y se haría cargo del Ministerio del Interior (MVD) y del Ministerio de Seguridad Estatal (MGB). Jrushchov permanecería como secretario del Comité Central del Partido. Los veteranos más viejos no fueron ignorados. Voroshílov sería presidente del Presidium del Soviet Supremo de la URSS. Mólotov, que mantenía su ascendiente sobre las mentes de sus compañeros de la dirección a pesar del ataque de Stalin, se convertiría en primer vicepresidente del Consejo de Ministros (como sucedió no sólo con Beria, sino también con Bulganin). Pero las figuras clave eran Malenkov, Beria y Jrushchov. Esto se manifestó claramente en la decisión de confiarles la tarea de poner los papeles de Stalin «en el debido orden». Todas las propuestas fueron aprobadas por unanimidad y el encuentro duró sólo cuarenta minutos[23]. Los deseos particulares de Stalin se ignoraban. Había planeado la caída de Beria, así como la de Mólotov y Mikoián. Sin embargo, Malenkov veía a Beria como un aliado útil y Jrushchov aceptó temporalmente el *fait accompli.*

Malenkov, Beria y Jrushchov habían conocido a Stalin en los años en que tenía poder sobre sus vidas. No tenían experiencia de la política sin el temor de que pudiera ordenar su arresto. Beria hizo que su hijo Sergo se entrenara como piloto y que aprendiera las rutas internacionales de vuelo por si la familia tenía que escapar[24]. Beria, Mólotov, Voroshílov, Mikoián y Kaganóvich tenían buenas razones para bendecir la hora en que Stalin había dejado este mundo. Otros como Jrushchov y Malenkov también debieron de haberse preocupado porque las amenazas de Stalin recayeran sobre ellos en algún momento. Todo el Presidium había temblado de miedo durante meses. Los subordinados más cercanos a Stalin tenían mucho interés en su fallecimiento y en conspirar para acelerarlo. Las razones de su muerte siguen sin aclararse. Aunque se llevó a cabo una autopsia, nunca se encontró el informe. Esto es más que suficiente para inducir a la sospecha. Más aún, los diez médicos que lo atendieron en sus últimas horas elaboraron una historia clínica de su enfermedad, pero no se completó hasta julio (y sólo puede consultarse desde hace muy poco tiempo)[25]. La conclusión aceptable es que Stalin murió por causas naturales. Pero el retraso en la elaboración de la historia resulta raro, al igual que la pérdida del informe de la autopsia: tal vez se estaba encubriendo algo importante.

El veredicto debe permanecer abierto. Una posibilidad es que fuera asesinado, probablemente con la connivencia de Beria y Jrustaliov. Por lo general se piensa en un envenenamiento de su comida; otra posibilidad es que Beria hiciera que sus hombres entraran en la dacha y asesinaran al Líder mediante una inyección letal. Una extraña versión sostiene que el hombre que murió en la Blízhniaia no era Stalin, sino su doble, pero esto es una especulación muy poco probable y sin el menor fundamento (y en realidad sin explicación de por qué, si el cadáver pertenecía a un doble, Stalin no regresó para vengarse de los conspiradores).

El cadáver se llevó al primer piso del instituto en una camilla y el equipo médico reemplazó a los guardias, que todavía estaban conmocionados —muchos lloraban—. Solamente se quedó Jrustaliov, mientras que los otros guardias bajaron las escaleras en dirección al vestíbulo. Le quitaron la dentadura postiza y se la dieron al comandante de la guardia para que la guardara en lugar seguro. Al igual que Lenin, Stalin

iba a ser embalsamado. Había complicado esta tarea en 1952 al arrestar a Borís Zbarski, que había estado al frente del laboratorio del Mausoleo durante muchos años[26]. Pero ya hacía tiempo que se llevaban registros de los procesos químicos para que estuvieran a disposición de otros. Mientras tanto, el cadáver de Stalin fue colocado sobre un catafalco en la Plaza Roja[27]. Los mismos guardias acompañaron el cuerpo al Salón de las Columnas, más abajo de la Plaza Roja, donde permaneció hasta el día del funeral[28]. Se dio la orden de convertir el Mausoleo de Lenin en un lugar de descanso conjunto para Lenin y Stalin. No había nada inesperado en esto, aunque Stalin no había dado instrucciones al respecto. Durante dos décadas había sido celebrado como el principal ser humano viviente. El Presidium sencillamente supuso que su cadáver debía recibir el mismo tratamiento que Stalin había dispuesto para Lenin en 1924.

La radio y los periódicos anunciaron su muerte el 6 de marzo. La conmoción popular fue inmensa, sobre todo porque no había habido ningún aviso previo de su deterioro físico y en realidad durante los años anteriores no se había hecho comentario alguno acerca de su precario estado de salud. Se congregaron multitudes. Los moscovitas se apresuraron a ver los restos del dictador antes del funeral. Los trenes y los autobuses provenientes de provincias distantes llegaban repletos de pasajeros deseosos de ver a Stalin muerto. La gente llegaba en metro o en autobús al centro de la capital y luego iba a pie hasta la plaza adoquinada llena de sombría ansiedad. El 8 de marzo la muchedumbre era tan numerosa que la policía no podía controlarla. Demasiada gente convergía allí desde distintos puntos. Se desató el pánico cuando muchos trataban de volverse. El resultado fue desastroso. Miles de personas fueron pisoteadas, gravemente heridas y cientos de ellas murieron por asfixia (lo que no se publicó en los periódicos). Incluso en su ataúd el Líder no había perdido su capacidad de sembrar la muerte al azar entre sus súbditos. Pero esta tragedia tenía otra dimensión: indicaba los límites del control estatal incluso en la URSS. La mayor parte del tiempo se exhibía una actitud de obediencia a las órdenes, pero la superficie de la calma pública era frágil y la MVD se sentía nerviosa por tener que prohibir a la gente corriente que hiciera lo que quisiera los dos primeros días después de que la noticia se hiciera pública.

El funeral tuvo lugar el 9 de marzo. Era un día frío, seco y gris de finales del invierno. El sol no salió. Hubo una intensa helada[29]. La multitud era compacta. En la capital los trayectos cortos duraban varias horas. Las autoridades se debatían entre el deseo de legitimarse por medio de su vinculación con la memoria de Stalin y el de asegurarse de mantener el orden en las calles. El régimen imperial se había vuelto enormemente impopular cuando miles de espectadores murieron aplastados accidentalmente en el campo Jodynka el día de la coronación de Nicolás II. No era conveniente que se repitiera la historia con el fallecimiento de Iósef el Terrible.

Cualquier otro desenlace que no fuera una ceremonia pacífica habría dado la impresión de que los sucesores de Stalin eran incapaces de gobernar el país: tenían que mostrarse como hombres de acero igual que el Líder muerto. El catafalco depositado en el Salón de las Columnas tenía una cortina lateral con la consigna: «¡Proletarios del mundo, unios!». Sólo quedaron visibles la cabeza y los hombros de Stalin. Tenía los ojos cerrados. Se colocaron luces potentes para iluminarlo. Una y otra vez se permitía a los fotógrafos oficiales que se acercaran para registrar el hecho. Las orquestas tocaban. Un coro femenino, vestido de negro, cantaba plantos. A las diez y media de la mañana el Presidium del Partido se incorporó para cantar el himno estatal de la URSS. Malenkov encabezaba el cortejo acompañado por el representante chino Chou Enlai. El ataúd fue colocado en una cureña que salió de la Sala de las Columnas para subir la pendiente hasta la Plaza Roja, donde el Mausoleo, ahora llamado de Lenin-Stalin, lo aguardaba. El cadáver fue sacado de la cureña y transferido a un féretro fuera del edificio. Los miembros del Presidium y los invitados de honor se dirigieron a la parte superior del Mausoleo[30]. En la Plaza Roja se había congregado una enorme multitud. Se colocaron micrófonos y amplificadores para que todos pudieran seguir la ceremonia. Las coronas formaban una elevada pila (el compositor Serguéi Prokófiev había muerto el mismo día que Stalin y sus deudos no encontraron flores en las tiendas porque todos se habían apresurado a comprarlas para ofrecer su homenaje al Líder). Se celebraba el fin de una era política.

Varios destacamentos del Ejército Soviético desfilaron por la Plaza Roja. Como de costumbre, la MVD organizó la seguridad detrás de las vallas. Las orquestas militares comenzaron a ofrecer sus últimos respetos y, a diferencia del 1 de mayo o del 7 de noviembre, cuando las organizaciones sindicales obligaban a tomar parte en las ceremonias, el interés del pueblo por estar presente ese histórico día era inequívoco.

Hubo tres encomios: Malenkov, Mólotov y Beria los pronunciaron desde lo alto del Mausoleo. Los que estaban cerca de los oradores pudieron detectar diferencias entre ellos: sólo el rostro de Mólotov expresaba una sincera pena. Beria hablaba con brusca sequedad (y su mujer Nina se lo reprochó después)[31]. La importancia de Mólotov indicaba a los que estaban bien informados políticamente que ya se hacían sentir los temblores en la cúpula de la política soviética: el cadáver de Stalin todavía no se había enfriado del todo y su antiguo colaborador había sido readmitido en el grupo gobernante. Los visitantes extranjeros no sólo eran comunistas. Los líderes comunistas veteranos como Chou Enlai, Palmíro Togliatti, Dolores Ibárruri y Maurice Thorez ocupaban un lugar preferente, pero también acudieron a la ceremonia otras personalidades, como el líder socialista italiano Pietro Nenni. Los gobiernos extranjeros enviaron sus condolencias a Moscú. Los viejos rivales de Stalin, Churchill y Truman, mandaron las suyas. Los periódicos de los países comunistas destacaron que se había ido el coloso de mayor estatura de la historia. En Occidente la reacción de la prensa era variada. Sin embargo, aunque se mencionaron sus crímenes contra la humanidad, pocos editores deseaban pasar por alto la oportunidad de referirse a su contribución a la transformación económica del país y a la victoria sobre el Tercer Reich. Fue un destino más amable del que merecía.

No obstante, el movimiento comunista mundial no cuestionó sus servicios a la humanidad. Quien había ordenado la construcción del Mausoleo de Lenin estaba a punto de unirse en la muerte al fundador de la Unión Soviética. Los embalsamadores completaron su trabajo. El cadáver había sido eviscerado y sumergido en un líquido cuyos ingredientes permanecieron en secreto. Se había encargado una cabina de cristal. La disposición del interior de la estructura rectangular de granito fue rediseñada, mientras los albañiles cambiaban el nombre por el de Mausoleo

de Lenin-Stalin. Iósef Vissariónovich Dzhughashvili, que pasó a la historia con el nombre de Stalin, descansaría allí.

DESPUÉS DE STALIN

Un maremoto de reformas chocó contra las políticas de Stalin en la primera semana de marzo de 1953. Sus sucesores se oponían a él postumamente después de décadas de obediencia. Ningún miembro del Presidium del Partido apoyaba la preservación total de su legado; incluso los comunistas más conservadores, como Mólotov y Kaganóvich, estuvieron de acuerdo en hacer ciertas innovaciones. Los cambios que Stalin había impedido ahora se tornaban posibles. Sin embargo, el debate no trascendió a la sociedad. No se permitió. Lo último que deseaban los líderes más destacados del partido era permitir que los ciudadanos soviéticos corrientes e incluso los funcionarios del estado de rango inferior influyeran en lo que se decidía en el Kremlin.

Mólotov y Kaganóvich no pudieron impedir los proyectos de reforma de Malenkov, Beria y Jrushchov. Malenkov deseaba incrementar los pagos a las granjas colectivas a fin de estimular la producción agrícola; también quería dar prioridad a la inversión en la industria ligera. Jrushchov deseaba roturar tierras vírgenes de la URSS y poner fin a décadas de viejas incertidumbres acerca del suministro de pan. Malenkov y Beria se comprometían con una política de acercamiento a los Estados Unidos con el objetivo de una coexistencia pacífica: temían que la Guerra Fría se convirtiera en un desastre para la humanidad. Beria quería un acercamiento a Yugoslavia; también se proponía despojar de sus privilegios a los ciudadanos rusos de la URSS y ampliar los límites impuestos a la expresión cultural. Malenkov, Beria y Jrushchov estaban de acuerdo en que la vida pública debía regirse de un modo menos violento y arbitrario que bajo Stalin. Apoyaban la liberación de los presos políticos de los campos de trabajo. Refrenaron discretamente la tendencia de los medios oficiales a

transmitir los acostumbrados elogios desmesurados de Stalin. Si se iban a reemplazar sus políticas ya no tenía sentido seguir tratándolo como a un semidiós.

El Presidium del Partido trató con precaución su legado material. Cuando murió Lenin en 1924, Stalin se convirtió en el custodio de sus escritos y decidió qué debía publicarse y qué debía quedar oculto. Publicó su propia obra *Fundamentos del leninismo.* Trataba de legitimar todo lo que hacía mediante la referencia a las obras de Lenin. Los sucesores de Stalin lo sabían. El Comité Central del Partido aprobó el 5 de marzo de 1953[1] la requisa de su colección de libros y la mayoría se distribuyó anónimamente entre varias bibliotecas públicas. Sólo quedaron unos cientos de libros en el Instituto del Marxismo-Leninismo. Se quemaron muchas de sus cartas y telegramas y la mayoría de los borradores de sus artículos y libros desaparecieron[2]. La última edición de sus obras completas se suspendió cuando aún no estaba terminada[3].

El escritorio de Stalin de la dacha Blízhniaia escondía secretos perturbadores. Contenía tres hojas de papel que había ocultado bajo un periódico dentro de un cajón. Una era una nota de Tito[4]:

> *Stalin:* deje de enviar gente a matarme. Ya hemos capturado a cinco, uno de ellos con una bomba y otro con un rifle (…) Si no deja de enviar asesinos, voy a enviar uno a Moscú y no voy a tener que enviar a un segundo.

Así le escribía un gángster a otro. Nadie más había desafiado a Stalin de este modo; tal vez por eso conservó la nota. También había guardado lo último que le había escrito Bujarin: «Koba, ¿para qué necesitas mi muerte?». ¿Había querido Stalin estremecerse de satisfacción al releer esto? (resulta inconcebible que le quedara alguna clase de aprecio por Bujarin). El tercer papel era la carta dictada por Lenin el 5 de marzo de 1922, que contenía la exigencia de que Stalin se disculpara con Krúpskaia por haberla insultado. Fue el último mensaje que le envió Lenin y era el más hiriente. No lo habría conservado en el escritorio a menos que su eco resonara en lo más recóndito de su mente.

Los dirigentes del partido mantuvieron los tres escritos en secreto. Pero cambiaron el discurso público después de la muerte de Stalin y *Pravda* puso freno a su ensalzamiento. Los artículos criticaban el «culto al individuo». Aunque estaban plagados de citas de las obras de Stalin, no había que esforzarse mucho para recordar que el culto a su persona había sido el más grandioso de la historia. Mientras se discutían nuevas políticas en el Presidium del Partido, Beria celebraba su regreso a la dirección del Ministerio del Interior recogiendo cintas grabadas de las conversaciones de Stalin con los cuerpos de seguridad. Las cintas probaban que Stalin hasta el último momento planeaba una oleada de terror. Beria dispuso que los miembros del Comité Central leyeran las transcripciones[5].

Los reformadores se enfrentaban a un dilema: si aconsejaban cualquier abandono del legado de Stalin, se cuestionaría su legítimo derecho a gobernar, pero, si no se apresuraban a cambiar algunas políticas, podrían tener problemas por ignorar el descontento social. Había una dificultad más. Stalin era reverenciado por muchas de las personas —y eran millones— que habían odiado sus políticas represivas. El déspota todavía ejercía su hechizo después de su muerte. Los reformadores tenían que mostrar una conducta firme y competente. Los indicios de pánico podrían suscitar un desafío a todo el orden soviético. La mayoría del Presidium intentaba modificar las políticas de Stalin sin criticarlo abiertamente[6]. En el Comité Central del Partido se aludía simplemente a la imprevisibilidad de Stalin y a sus caprichos de los últimos años. Esto sucedió en el pleno de julio de 1953, después del arresto de Beria bajo la falsa acusación de ser un agente de la inteligencia británica. En realidad, la dirección temía que Beria aspirara a su propia supremacía personal y planificara reformas que parecían excesivamente radicales. Fue Beria, no Stalin, el que cargó con la responsabilidad de los crímenes y abusos del pasado y fue ejecutado en diciembre de 1953[7].

La situación de la familia de Stalin sufrió un cambio brusco. Significativamente su hija Svetlana se cambió de apellido. Cuando era estudiante se la conocía por Svetlana Stalina, pero después de la muerte de su padre se puso el nombre de Svetlana Allilúeva[8]. Al colocarse por debajo de los sucesores de su padre, se libró de problemas. Vasili Stalin era

incapaz de adaptarse de este modo. Era famoso por sus fiestas, sus borracheras y su libertinaje. En realidad, su padre lo había repudiado, pero sólo después de la muerte del líder se le pidió que rindiera cuentas y fue arrestado por violencia y malversación de fondos públicos. Se terminaron sus días de privilegio.

El Ministerio del Interior quedó bajo el control del partido después de la caída de Beria. Las limitaciones a la expresión cultural siguieron disminuyendo. Malenkov y Jrushchov siguieron promoviendo reformas mientras competían por la supremacía personal. Se elevaron los precios que se pagaban a las granjas colectivas por la cosecha. El suelo virgen de Kazajstán fue roturado para incrementar el volumen de la producción agrícola. Hubo un acercamiento a la Yugoslavia de Tito. También se llevó a cabo una política de acercamiento a los Estados Unidos para aminorar las tensiones internacionales. La Guerra de Corea finalizó. Las discusiones en el Comité Central estaban menos dominadas por la necesidad de demostrar un apoyo indudable a todas las acciones del Presidium. Aunque la URSS seguía siendo una dictadura de partido único, la atmósfera de temor generalizado se fue aligerando. La rivalidad entre Malenkov y Jrushchov siguió en aumento. Se había temido tanto el radicalismo reformista de Beria como su rudeza personal. A Malenkov le faltaba su brillantez y Jrushchov, beneficiado por la reputación de haber derrotado a Beria, se convirtió en el líder supremo del Presidium en un par de años.

A instancias suyas una comisión examinó el material sobre las purgas del período de Stalin. Jrushchov, mientras buscaba pruebas que perjudicaran a Malenkov, también tenía proyectos más amplios. Varios miembros del Presidium del Partido pusieron objeciones a mayores reformas. A fin de asegurarse su preeminencia, Jrushchov sacó el tema de Stalin en el XX Congreso del Partido en febrero de 1956. Cuando se hicieron comentarios acerca del peligro de desestabilizar el orden soviético, replicó: «Si no decimos la verdad en el Congreso, nos veremos forzados a decirla en algún momento en el futuro. Y entonces no seremos nosotros los autores de los discursos. No, ¡seremos los investigados!»[9]. En una sesión a puerta cerrada denunció a Stalin por haber sido un monstruo que había enviado a miles de personas a la muerte y que había roto con las tradiciones leninistas

sobre el liderazgo y la política. Las acusaciones no abarcaban muchos aspectos. Jrushchov centró su informe en la actividad de Stalin desde la muerte de Kírov en 1934 en adelante. Evitó la crítica de las estructuras políticas y económicas básicas establecidas a finales de la década de los veinte y no dijo nada acerca del terror dirigido por Stalin en la Guerra Civil y durante el Primer Plan Quinquenal. Como quería congraciarse con los actuales funcionarios del partido y del gobierno, dio la impresión de que sus predecesores habían sido las principales víctimas del Gran Terror de 1937 y 1938.

La audiencia del Congreso quedó sumida en el silencio. Jrushchov había logrado su propósito: había impedido que sus opositores atacaran su liderazgo y políticas sin que pareciera que defendían una vuelta al terror de Estado. Sin embargo, había un problema. Había sido Stalin quien había establecido los estados comunistas en la mitad oriental de Europa. Al desacreditar a Stalin, Jrushchov reafirmaba una línea de legitimidad en la Unión Soviética que se sustentaba en Lenin y en la Revolución de octubre. No era el caso de Europa oriental, donde fue Stalin quien instaló el comunismo. El informe de Jrushchov era dinamita política para esa zona. Los huelguistas organizaron manifestaciones de protesta en Polonia. Hacia octubre de 1956 estalló una revuelta popular en Hungría.

Quienes se oponían a la reforma devolvieron el golpe en el Presidium, en junio de 1957, reclamando la destitución de Jrushchov como primer secretario del partido. Pero el Comité Central lo protegió y, después de años de lucha, lanzó un ataque todavía más devastador contra Stalin en el XXII Congreso del Partido en octubre de 1961. Se cedió la tribuna a la vieja bolchevique Dora Lazúrkina. Encorvada por los años, contó cómo la sombra de Lenin se le había aparecido en un sueño pidiéndole que lo dejaran descansar solo en el Mausoleo de la Plaza Roja. Este sentimiento suscitó un estruendoso aplauso. Al amparo de la noche el cuerpo embalsamado de Stalin fue sacado del Mausoleo y enterrado fuera de los muros del Kremlin; sobre su tumba se colocaron un sencillo busto y un pilar. Se ordenó a los historiadores que buscaran en los archivos pruebas de que Stalin había reñido con Lenin con frecuencia y de que se había comportado con crueldad. La ciudad de Stalingrado se rebautizó como

Volgogrado. El culto a Lenin se sumó a un culto creciente a Jrushchov. En 1959 se publicó un nuevo libro de texto sobre la historia del partido[10]. Los comunistas que admiraban a Stalin tenían que guardar silencio o arriesgarse a ser expulsados de las filas del partido. Sólo unos pocos partidos comunistas del extranjero estuvieron en desacuerdo. El principal de todos fue el Partido Comunista Chino. Mao Tse-tung había tenido divergencias con Stalin en vida, pero pensaba que las políticas de reforma impulsadas por Jrushchov significaban una ruptura demasiado grande con el tipo de comunismo que propugnaban tanto Stalin como Mao. Esta controversia se sumó a las tensiones que condujeron a una distanciamiento entre la URSS y la República Popular China.

Jrushchov fue destituido del poder en 1964. El Politburó del Partido (como se denominó de nuevo al Presidium) abandonó las políticas más características de Jrushchov tanto en el país como en el extranjero; también acalló las opiniones disidentes con más dureza que Jrushchov. Pero esto supuso una modificación del programa de Jrushchov más que una vuelta al estalinismo en su totalidad. El nuevo secretario general del partido, Leonid Brézhnev, nunca pensó en el terror ni en el despotismo individual. «La estabilidad de los cuadros» se convirtió en una consigna. Sin embargo, de puertas para adentro el Politburó contempló verdaderamente la posibilidad de rehabilitar la imagen histórica de Stalin en 1969 con motivo de su cumpleaños. Se preparó un editorial laudatorio para *Pravda*. Sólo una intervención de último momento a cargo de los líderes de los partidos comunistas francés e italiano evitó la publicación (sin embargo, era demasiado tarde para detener la publicación por parte del Partido Comunista de Mongolia, ya que Ulan Bator se encuentra en un huso horario anterior).

Pero el deseo de rehabilitar a Stalin persistió. En julio de 1984 —menos de un año antes de que Mijaíl Gorbachov llegara al poder— el Politburó seguía dándole vueltas al tema. Los miembros más viejos seguían sintiendo afecto por él y eran hostiles a Jrushchov[11]:

> *Ustínov:* Al evaluar la actividad de Jrushchov voy a arriesgarme, como dicen, a dar mi opinión. Nos hizo mucho daño. Basta pensar

> en lo que hizo con nuestra historia, con Stalin.
> *Gromyko:* Dio un golpe irreversible a la imagen positiva de la Unión Soviética a los ojos del resto del mundo (…).
> *Tíjonov:* ¿Y qué hizo [Jrushchov] con nuestra economía? ¡Yo mismo me vi forzado a trabajar en un consejo [regional] de la economía nacional!
> *Gorbachov:* ¿Y [qué hizo] con el Partido? ¡Lo dividió en organizaciones industriales y rurales!
> *Ustínov:* Siempre estuvimos contra el consejo de la economía nacional. Y, como podéis recordar, muchos miembros del Politburó del Comité Central se pronunciaron contra su posición [de Jrushchov], En relación con el cuadragésimo aniversario de la victoria sobre el fascismo me gustaría proponer la discusión de una cuestión más: ¿no tendríamos que volver a ponerle el nombre de Stalingrado a Volgogrado? Millones de personas lo recibirían muy bien.

A la muerte de Stalin, Ustínov había sido ministro de Armamento, Gromyko había sido embajador en el Reino Unido y Tíjonov, ministro de Metalurgia del Hierro.

La idea de la rehabilitación no llegó a nada debido a que Gorbachov, que había evitado hablar sobre Stalin en el Politburó, se convirtió en secretario general del partido en marzo de 1985. El cambio precipitó el regreso de Stalin al banquillo de los acusados. La magnitud de sus crímenes, que sólo había sido revelada de forma parcial bajo el gobierno de Jrushchov, se describió en toda su extensión. Se denunció el «sistema de mando administrativo» establecido por Stalin. Aparecieron películas, novelas y poemas en la misma línea, así como investigaciones históricas. Gorbachov animó a la *intelliguentsia* para que convenciera a la sociedad de que era fundamental repudiar el legado de Stalin a fin de que la sociedad soviética pudiera regenerarse. El proceso se le fue de las manos cuando varios críticos de Stalin sostuvieron que Lenin también era culpable de abusos de poder. Rastrearon el sistema de mando administrativo hasta los orígenes de la URSS. Sin embargo, esta misma apertura de la discusión

también permitió que algunos intelectuales elogiaran a Stalin. Su papel en la consolidación de la industrialización en la década de los treinta y su posterior victoria en la Segunda Guerra Mundial se defendieron repetidas veces.

Pero no había vuelta atrás. Gorbachov siguió condenando a Stalin como uno de los criminales más grandes de la historia. Cuando cayó la URSS a finales de 1991 y la Federación Rusa se convirtió en un estado independiente, Borís Yeltsin siguió con la condena de Stalin —y, a diferencia de Gorbachov, rechazó en igual medida a Lenin y a Stalin—. Así siguieron las cosas hasta que en 2000 Vladímir Putin se convirtió en presidente. El abuelo de Putin había trabajado como cocinero para Lenin y Stalin. El presidente Putin era reacio a oír hablar de los abusos de poder en las décadas de los treinta y los cuarenta; en cambio, deseaba elogiar los logros del estado soviético en esos años[12]. La «denigración» del pasado volvió a estar mal vista. Putin, en un gesto simbólico, repuso el viejo himno nacional de la URSS, si bien con una letra distinta. Habló con cariño de los inicios de su carrera en la KGB, el órgano sucesor del cuerpo de policía de seguridad de Stalin[13]. Putin no tenía la intención de rehabilitar a Stalin, sino más bien de afirmar la continuidad que liga el Imperio con la Unión Soviética y la Federación Rusa. Sin embargo, este proceso liberó a la sombra de Stalin del tormento por primera vez desde finales de la década de los ochenta. Putin lo relegó al lugar de una figura histórica y dejó que los estudiosos se pelearan por el veredicto. Era el colmo de la indignidad para el dictador muerto mucho tiempo atrás. Mientras habían durado las denuncias postumas, había seguido siendo una fuerza viva en la política de Moscú. Después sufrió la ignominia de la indiferencia oficial.

Sin embargo, la sociedad no lo había olvidado. Pese a las revelaciones acerca de su despotismo, seguía presente un remanente de nostalgia de Stalin y de su período de gobierno. Los sondeos de la opinión pública efectuados en 2000 lo confirman. Cuando se preguntó a la gente qué período de la historia del siglo XX veían con mayor admiración, la mayoría de los encuestados eligió los años de Brézhnev. El gobierno de Jrushchov tenía un apoyo del 30%, la Revolución contaba con un 28% y el reinado de Nicolás II, con un 18%. Sin embargo, el despotismo de Stalin, con el 26%,

no aparecía mal colocado. Los que afirmaban estar en contra del despotismo eran aún más, un 48%, pero el hecho de que más de una cuarta parte de los encuestados rechazaran la condena del gobierno estalinista resultaba deprimente para los funcionarios públicos rusos que aspiraban a una transformación de las conductas sociales[14]. Sin embargo, no todos reverenciaban su memoria. Había familias cuyos miembros brindaban solemnemente a la salud del «doctor norteamericano» Cheynes-Stokes al cumplirse cada aniversario de la muerte de Stalin. Recordaban el fatal problema respiratorio diagnosticado en la Blízhniaia en marzo de 1953 (en realidad, se trataba de dos médicos, Cheynes y Stokes, y no eran norteamericanos, sino irlandeses)[15]. En realidad millones de ciudadanos soviéticos maldicen habitualmente su memoria, en tanto que los políticos se mueven entre la semidenuncia pública y, al menos en muchos casos, la admiración en privado.

En el extranjero la caída de su reputación fue precipitada y casi universal. El régimen comunista de Europa oriental se desmoronó en 1989 y en ningún país se podía hablar o escribir en defensa de Stalin sin recibir como respuesta un amplio rechazo del público. En Occidente la mayoría de los partidos comunistas hacía largo tiempo que habían repudiado el estalinismo. El «eurocomunismo» de Italia y España había adoptado una actitud crítica respecto de Stalin y Lenin desde la década de los setenta. En cualquier caso, los partidos comunistas occidentales se vinieron abajo con el desmoronamiento de la URSS y ya no tenía mucho interés lo que pensaran acerca de la época de Stalin. Incluso en la República Popular China, donde se mantenía formalmente el respeto hacia Stalin, voces autorizadas acentuaron las dificultades que había causado a los intereses particulares de China. Sólo hay un pequeño país donde es posible encontrar muchos admiradores de Stalin. Se trata de su Georgia natal, que reconquistó su independencia en el Año Nuevo de 1992. Con frecuencia los georgianos olvidan el maltrato que Stalin infligió a sus antepasados. Se le alaba como un georgiano de fama mundial que logró conquistar a los rusos y darles una lección del arte de gobernar —y esto era suficiente como para salvarlo de ser execrado—. Tanto sus estatuas como el santuario de su casa de la infancia se mantienen intactos y se veneran en Gori. Los parientes que

todavía viven, especialmente sus nietos, que no lo conocieron personalmente, mantienen su culto. Los comunistas veteranos de Georgia honran su memoria.

No es un destino extraordinario para un líder homicida. Genghis Khan es reverenciado en Mongolia. Hitler tiene admiradores en Alemania y otros países (incluida Rusia). La gente recuerda lo que quiere cuando evoca el pasado; siempre selecciona y a menudo inventa los recuerdos. En el caso de Stalin, los que hablan de él con afecto —al menos muchos de ellos— reaccionan contra el desprecio mostrado hacia sus propios logros o los de sus padres antes de 1953. Al igual que Putin, quieren limpiar el nombre de sus familias. También reaccionan contra la situación poco satisfactoria de la Rusia postcomunista. Tienen la sensación de que Stalin les dio orgullo, orden y seguridad; soslayan el hecho de que ese gobierno se caracterizó por la represión sistemática. La época de Stalin se ha convertido en una ficción tranquilizadora para las personas y grupos sociales que buscan apoyarse en algún mito para vivir el presente. Incluso muchas personas cuyos antepasados fueron fusilados o encarcelados por orden de Stalin se consuelan con historias amenas acerca de un gobernante que cometió algunos errores pero que por lo general dirigió correctamente la política estatal.

Esto es evidente para cualquiera que visite Moscú. Más abajo de la Plaza Roja, al lado del Manége, hay un edificio que albergaba el Museo Lenin. A principios de la década de los noventa se convirtió en el lugar de reunión preferido para varios tipos de estalinistas. Los transeúntes pueden oír a ancianos rusos que denuncian todo lo que ha sucedido en el país desde 1953. Venden periódicos que rechazan todo el proceso histórico acaecido desde Jrushchov hasta Yeltsin (con los estalinistas se mezclan individuos aún más raros que ofrecen curas de hierbas para el sida). Sus ideas son una mezcolanza. Los estalinistas odian a los judíos, a los francmasones y a los norteamericanos. Son partidarios del nacionalismo ruso al mismo tiempo que abogan por la restauración de un estado multinacional. Elogian el sacrificio social. Son un puñado de gente patética, anclada en la nostalgia y la policía se abstiene de detenerlos aunque sus estridentes consignas contravienen la Constitución rusa de 1993.

Las autoridades han actuado como si dieran por sentado que la veneración por Stalin se esfumará cuando se extinga la generación más vieja. Sin embargo, lo que contará para la opinión pública es el grado de éxito que alcance el gobierno ruso en la mejora de las condiciones de vida de muchos ciudadanos. Esa mejora parece muy lejana hoy. Los sueldos son bajos y el consumo ostentoso de una minoría rica conocida como los «nuevos rusos» suscita un profundo malestar. Moscú florece mientras la mayoría de las ciudades y casi todos los pueblos languidecen. Aproximadamente un tercio de la sociedad subsiste por debajo del índice de pobreza establecido por las Naciones Unidas. Las élites política y económica carecen de una estrategia para llevar a cabo una rápida transformación, mientras que los partidos de extrema derecha y extrema izquierda sostienen que la solución en realidad es sencilla. Tanto el Partido Demócrata Liberal de Vladímir Zhirinovski como el Partido Comunista de la Federación Rusa dirigido por Guennadi Ziugánov han invocado el nombre de Stalin, considerado una figura que en su tiempo dio dignidad a Rusia. Sostienen que, de no haber sido por Stalin, la URSS no se habría convertido en una potencia industrial y militar capaz de enfrentarse a la Alemania de Hitler. Ninguno de los dos partidos ha obtenido una mayoría en las elecciones a la Presidencia o a la Duma estatal y, aunque persiste la nostalgia por Stalin, la mayoría de los rusos abominan de la perspectiva de un retorno de la política violenta. Sin embargo, hasta que la sociedad rusa no consiga mejoras materiales, la imagen amenazadora de Iósef Stalin seguirá presente en las pancartas de los políticos extremistas.

Sigue suscitando controversias en Rusia. Stalin legó a sus sucesores un sistema consolidado de gobierno. Personalmente había seguido siendo devoto de Lenin y su gobierno había conservado y reforzado el régimen leninista. El estado de partido único establecido por los bolcheviques en los meses de la Revolución de octubre se mantuvo firme. Se acentuó la exclusión de otras ideologías en la sociedad. Se engrasaron y afilaron los mecanismos de la dictadura, el terror y la politización de la judicatura, y la sociedad y la economía siguieron siendo tratadas como un recurso destinado a ser movilizado según las órdenes del Kremlin. El control económico del estado, considerable desde la Guerra Civil, se endureció

dramáticamente. Se consideraba que el partido sabía mejor que nadie acerca del pasado, el presente y el futuro. Se decía que la historia debía marchar al ritmo del tambor que tocaban Lenin y Stalin.

La continuidad entre el despotismo de Stalin y el período soviético inicial ha sido un rasgo fundamental de la historia del país —y los historiadores que han escrito sobre el contraste esencial entre Lenin, el idealista humanitario, y Stalin, el ogro, pasan por alto los datos históricos —. Stalin fue el discípulo más aplicado de Lenin. Pero también había contrastes entre ambos. Stalin hizo sus propias elecciones y algunas casi seguro fueron diferentes de las que Lenin habría hecho de haber seguido vivo. Hay que añadir una nota de precaución a este juicio. Lenin era impredecible en sus políticas, aunque sus presupuestos básicos cambiaban muy poco. Sin embargo, es muy poco probable que ni siquiera Lenin hubiera optado por la violencia caótica del Primer Plan Quinquenal y la colectivización agrícola. No es que Lenin se hubiese mantenido eternamente paciente con los campesinos, sacerdotes, hombres de la NEP y nacionalistas: tenía sus propios momentos de impulsividad. Pero también era capaz de refrenarse, cosa que Stalin no compartía con él. Lenin no se excedió en la persecución de disidentes en el interior del partido. Tal era su supremacía en el partido que no necesitaba usar métodos de exterminio para quitarse de en medio a los elementos perturbadores. Las campañas de terror de Stalin en los años treinta fueron excesivas incluso para los parámetros del bolchevismo y seguramente Lenin no las habría fomentado ni autorizado.

Sin embargo, ni Lenin ni Stalin gozaron de una libertad plena. Estaban constreñidos por el tipo de régimen que habían creado y las acciones de Stalin desde finales de la década de los veinte se vieron condicionadas por los serios problemas suscitados por la NEP. Lenin y Stalin dirigieron un partido hostil a la economía de mercado, al pluralismo político y cultural y a la tolerancia religiosa y social. Habían creado un estado de partido único y de una sola ideología acechado por las potencias capitalistas; las políticas que podían aceptar eran limitadas[16]. Sin la dictadura, el régimen comunista de la URSS se habría desplomado. Con la libertad de expresión o la iniciativa privada habría sido derrotado por la oposición y, de no haber

alcanzado su poderío industrial y militar, la URSS habría corrido el riesgo de ser conquistada por algún depredador extranjero. Las instituciones y las prácticas disponibles para hacer frente a tales dificultades no eran infinitamente maleables. El mando jerárquico tenía que ser el principio rector del estado. La vigilancia administrativa y las sanciones punitivas eran necesarias para conseguir que se cumplieran los objetivos y el recurso frecuente a las campañas de movilización, argumentos morales y purgas —pacíficos o no— era inevitable[17].

Stalin no pudo actuar solo. Mientras dirigía la destrucción de la NEP, gozó de un gran apoyo por parte del Comité Central y de los comités regionales del Partido Comunista. El entusiasmo por reforzar el control del estado era compartido por diversos órganos del partido, por la policía política, por las fuerzas armadas y por el Komsomol a finales de la década de los veinte. Pero un conjunto de objetivos no es lo mismo que un plan. Stalin no tenía un plan global, como tampoco sus partidarios. Aun así, actuaba partiendo de presupuestos que otros tenían en común con él. De cualquier modo, no se dedicó simplemente a bailar al son de la música de su tiempo. Stalin no era precisamente un burócrata. Era un hombre motivado por la ambición y las ideas. Convertía sus hipótesis generales en políticas según su naturaleza impetuosa y sus inclinaciones despóticas.

Cuando se incrementó su autoridad, disminuyó la necesidad de contar con el apoyo de sus partidarios más cercanos. Siempre estaba dispuesto a reemplazarlos si le molestaban. Impuso políticas económicas, culturales y sociales con creciente imperturbabilidad. Impulsó y supervisó el Gran Terror. La decisión de firmar un pacto con la Alemania nazi fue suya. También lo fueron los métodos elegidos para dirigir la maquinaria de guerra soviética. Suyas fueron las elecciones en materia de política exterior e interior después de la guerra. En realidad, toda la arquitectura del estado soviético, una vez que se afianzó a finales de la década de los veinte, fue una obra de Stalin basada en el diseño de Lenin. Sin embargo, incluso Stalin tenía que refrenarse a veces. Tenía que actuar en el marco del orden comunista. Puso objeciones a las redes de patronazgo en la política y en la administración general. Sabía que no podía confiar en la información que le llegaba desde abajo. Criticó la falta de concienciación de los obreros y

campesinos. Le disgustaban los deficientes resultados alcanzados por la propaganda marxista-leninista del régimen. Pero tenía que obrar con el material humano y los recursos institucionales de que disponía. El Gran Terror reforzó y aseguró su despotismo, pero también le reveló los peligros de mantener un control personal absoluto. Aunque sus métodos siguieron siendo intimidatorios, violentos y crueles, sus propósitos fueron más realistas después de 1938.

El hecho de que tuviera éxito durante tanto tiempo fue consecuencia de su habilidad para formar un equipo central de subordinados voluntariosos aunque atemorizados. También supo promover a millones de hombres y mujeres jóvenes a todos los niveles de la actividad pública que lo apoyaron a cambio del poder y los beneficios que recibieron de él. Además, gobernó durante tantos años que los jóvenes que habían pasado por la escuela en esos tiempos recibieron la influencia de la propaganda y la victoria en la Segunda Guerra Mundial no hizo sino reforzar esta tendencia. Probablemente sólo una minoría de la sociedad lo admiraba verdaderamente. Sin embargo, muchos críticos discretos lo respetaban por sus políticas de bienestar y patriotismo: Stalin hizo cosas monstruosas y, sin embargo, la actitud popular hacia él no fue del todo negativa.

¿Pero cuál es su posición en la historia de su país y del mundo? Sin Stalin y su gobierno, la URSS habría sido un estado frágil y su control sobre la sociedad se habría desvanecido. Stalin modificó el leninismo y sus prácticas y actitudes justamente del mismo modo en que Lenin había adaptado el marxismo. Todo este proceso —desde Marx y Engels hasta Lenin y a través de Stalin— implicaba una combinación de reafirmación y mutilación. Lenin había inventado un callejón sin salida para el comunismo y Stalin lo condujo allí. Bajo Stalin, ningún aspecto de la vida pública y privada quedaba al margen de la intervención del estado, ni en la teoría ni en la práctica. Los comunistas perseguían de manera extrema una modernización general —y Stalin, como todos los comunistas, sostenía que la concepción de la modernidad que tenía su partido superaba a todas las demás—. Consiguió mucho: urbanización, poderío militar, educación y orgullo soviético. Su URSS podía reivindicar logros impresionantes. Se convirtió en el modelo de los movimientos políticos radicales —no sólo

comunistas— de todas partes del mundo. Y en la época anterior a la Segunda Guerra Mundial, cuando el gobierno demócrata-liberal no consiguió oponerse efectivamente al fascismo, Stalin parecía ofrecer una alternativa viable (al menos hasta el tratado de no agresión de septiembre de 1939). De no haber sido así, nunca habría tenido el apoyo necesario para sobrevivir y medrar.

Su valoración por parte de la opinión pública es un tema complejo. Incontable cantidad de gente considera posible dar su aprobación a varios objetivos básicos y declarados del régimen y dejar otros a un lado. Además, la victoria en la guerra convirtió a Stalin en la encarnación del patriotismo, el poderío mundial y un futuro radiante para el país. Tal era su autoridad despótica que innumerable cantidad de gente vivió dando por supuesto que tenía que aceptar las estructuras políticas y la ideología oficial. Por supuesto, muchos millones lo odiaron en la década de los treinta y siguieron detestándolo hasta el fin de sus días. Pero también existieron numerosos partidarios suyos de diverso tipo en toda la URSS.

Sin embargo, Stalin no sólo llevó al régimen soviético a un callejón sin salida, sino también a su fin. Su sistema de mando logró un sometimiento inmediato a expensas de un consenso general. Las campañas de terror traumatizaron a generaciones enteras. La mayoría de la gente ignoraba las políticas oficiales e intensificaba las prácticas de clientelismo, localismo, fraude y obstrucción. Como Stalin mismo reconoció, su poder tenía límites. De cualquier modo, el leninismo era visiblemente «antimoderno» en muchos sentidos y Stalin magnificó este rasgo suyo. La URSS de las décadas de los treinta y los cuarenta era gobernada como si siempre hubiera un único conjunto de políticas correctas. Stalin consideraba la discusión de base como un peligro para la unanimidad deseada y arrestó y asesinó para asegurar su dominio. Así perecieron sus enemigos, tanto declarados como potenciales. El resultado fue un torbellino de asesinatos que dejó un saldo de temor, desconfianza y autocensura. La primacía de los intereses del estado condujo a la inmovilidad política, mientras el salto de Stalin a la transformación industrial y cultural llegó a un punto muerto. Los parámetros de pensamiento y acción de su régimen finalmente impidieron el desarrollo dinámico y con perspectivas abiertas característico de los

países capitalistas con democracias liberales. Había salvado y consolidado el orden soviético a expensas de que pudiera mantener una competencia duradera con sus principales rivales.

La Unión Soviética fue un estado totalitario, pero esto no significa que se caracterizara por un control central perfecto. Lejos de ser así, cuanto más concentraba Stalin en sus manos el poder sobre áreas específicas de la política, mayor era la falta de obediencia que detectaba en los demás. Su U RSS era una mezcla de orden y desorden extremos. Mientras los principales objetivos oficiales eran cimentar la potencia militar y la industria pesada, la realidad de la situación se le ocultaba tanto a él como a sus partidarios e incluso a sus enemigos. Stalin apenas tenía conciencia de los problemas que había creado.

Sin embargo, era una persona mucho más compleja de lo que en general se ha supuesto. Como político sabía cómo presentarse según el grupo con que tratara. La mayoría de la gente sabía que era decidido, despiadado y feroz y que perseguía el objetivo de convertir la URSS en una potencia militar e industrial a escala mundial. No era un secreto que poseía dotes de conspirador y de burócrata. Paradójicamente, el efecto de su culto oficial a menudo era contraproducente. Si los propagandistas soviéticos decían que era una persona excepcional, los críticos llegaban a la conclusión opuesta y sostenían que debió de haber sido un don nadie. Pero sin duda fue un individuo excepcional. Fue un auténtico líder. También estaba impulsado por la ambición de poder así como por las ideas. A su modo era un intelectual y su nivel de producción literaria y editorial es impresionante. Sobre sus rasgos psicológicos siempre habrá controversias. Sus políticas eran una mezcla de racionalidad calculada y de falta de lógica salvaje, y reaccionaba hacia los individuos y hacia todos los estamentos sociales con una suspicacia tan excesiva que sobrepasaba cualquier parámetro. Tenía una vena paranoica. Pero la mayor parte del tiempo, para quienes estaban cerca de él, no parecía estar loco. La ideología, las practicas y las instituciones que heredó fueron las que le permitieron dar rienda suelta a sus crueldades.

Stalin no era un psicótico clínico y nunca se comportó de un modo que le impidiera llevar a cabo sus obligaciones públicas. Como hombre de familia, invitado o amigo, era rudo. Pero su conducta fue rara vez tan

excéntrica antes de finales de los treinta como para que otros dejaran de considerarlo una compañía aceptable. Escribió poemas en su juventud y siguió cantando durante las cenas hasta la vejez. Envió dinero a sus amigos de la infancia en Georgia. Hay quienes desean que los «monstruos» de la historia sean representados como especies únicas. Esto es un error. Por suerte los individuos como Stalin no son muchos y la mayoría pertenece a los anales de la historia —y sin la Revolución de octubre habría habido uno menos: la emergencia de Stalin a partir del exilio y la oscuridad hasta elevarse a la cúspide del poder, la fama y la influencia habría sido imposible si su partido no hubiera hecho la Revolución de octubre y construido un andamiaje institucional, de procedimientos y doctrinal que él iba a aprovechar—. Tales individuos, cuando han aparecido, por lo general han exhibido rasgos «corrientes» y agradables incluso mientras llevaban a cabo actos de indecible crueldad. Rara vez la historia nos da lecciones claras, pero ésta es una de ellas.

Glosario

Bolcheviques — Facción del Partido Obrero Socialdemócrata Ruso formada por Lenin en 1903 y que se consolidó como un partido independiente en 1917.

Centralistas Democráticos — Facción bolchevique formada en 1919 que buscaba la restauración de los procedimientos de democracia interna en el partido.

Cheka — Comisión Extraordinaria para Combatir la Contrarrevolución y el Sabotaje.

Cominform — Organismo internacional fundado en 1947 supuestamente para facilitar la consulta entre los partidos comunistas de Europa oriental y de Francia e. Italia. De hecho se usó para imponer la voluntad de Moscú a esos partidos.

Comintern — Abreviatura de Internacional Comunista.

Comisión de Control Central — Órgano del partido establecido en 1920 para supervisar la administración del Partido Comunista.

Comité Central — Órgano supremo del Partido, elegido en los Congresos del Partido para dirigirlo hasta el siguiente congreso.

Consejo de Comisarios del Pueblo — Gobierno establecido por Lenin y los bolcheviques en la Revolución de octubre. Por lo general se lo conoce por el acrónimo Sovnarkom.

Consejo de Ministros — Órgano de gobierno que sucedió al Consejo de Comisarios del Pueblo y que se estableció en 1946.

Desviación de Derechas — Partidarios de Bujarin que se oponían al abandono de la NEP en 1928.

Ejército Rojo — Ejército Rojo de Obreros y Campesinos, fundado en 1918.

Ejércitos Blancos — Distintos ejércitos que se oponían al Ejército Rojo desde 1918. Sus comandantes y soldados eran antisocialistas y no confiaban en el liberalismo ni en el parlamentarismo.

GPU — Nombre de la Cheka desde 1921. El nombre completo es Administración Política Principal.

GUGB — Acrónimo ruso de Administración de Seguridad Estatal: fue el nombre departamental de la OGPU después de su incorporación a la NKVD en 1934.

Gulag — El acrónimo exacto sería GULag: es la forma abreviada de Administración Principal de Campos.

Ilich — Uno de los apodos de Lenin, usado por sus colaboradores políticos.

Inspección de Obreros y Campesinos — Nombre completo de la institución habitualmente conocida como Rabkrin.

Internacional Comunista — Órgano internacional fundado en Petrogrado en marzo de 1919 para coordinar y dirigir todo el movimiento comunista mundial. Fue disuelta en 1943.

Kadetes — Acrónimo de los Constitucional-demócratas. Fue el principal partido liberal ruso, formado por Pável Miliukov en 1905.

Koba — Uno de los apodos de Stalin en su juventud, que siguió usando cuando ya era militante y dirigente marxista antes de 1917.

Kuomintang — Movimiento nacionalista chino dirigido por Chiang Kai-shek.

Lenin — Seudónimo principal del líder bolchevique. Fue bautizado como Vladímir Ilich Ulíanov.

Mencheviques — Tendencia del Partido Obrero Socialdemócrata Ruso, dirigida inicialmente por Mártov y fundada en el II Congreso del Partido en 1903.

MGB — Ministerio de Seguridad Estatal, organización que sucedió a la NKGB desde 1946.

MVD — Ministerio del Interior, organización que sucedió a la NKVD desde 1946.

NKGB — Comisariado de Seguridad Estatal. Era el nombre del cuerpo de policía de seguridad; fue designado así en 1941 y nuevamente entre 1943 y 1946.

NKVD — Comisariado del Pueblo del Interior, establecido después de la Revolución de octubre. En 1934 incorporó a la OGPU.

OGPU — Órgano sucesor de la GPU y de la Cheka desde 1924. Formalmente reunía a todas las GPU de las distintas repúblicas soviéticas cuando comenzó a existir la URSS. El nombre completo es Administración Política Unida Principal.

Oposición de Izquierdas — Tendencia bolchevique liderada por Trotski desde 1923 comprometida con la aceleración del crecimiento industrial y la desburocratización del partido.

Oposición Obrera — Tendencia bolchevique que surgió al final de la Guerra Civil y que reclamaba la democratización interna del partido y que se garantizara el derecho de los obreros y campesinos a controlar sus respectivos sectores de la economía.

Oposición Unida — Tendencia formada a partir de la confluencia de la Oposición de Izquierdas y de la Oposición de Leningrado en 1926.

Orgburó — Órgano interno del Comité Central del Partido con responsabilidad sobre la dirección organizativa del partido en el lapso entre las reuniones del Comité Central.

Partido Comunista de la Unión Soviética (Bolchevique) — Nombre del partido desde 1952.

Partido Comunista Ruso (Bolchevique) — Nombre del Partido Bolchevique desde 1918.

Partido Obrero Socialdemócrata Ruso — Partido marxista de la época del Imperio ruso, fundado en 1898. En 1903, la dirección se escindió en dos facciones, los bolcheviques y los mencheviques. Después de varios intentos de reunificación el partido se dividió en dos partidos separados en 1917.

Politburó — Comité interno del Comité Central del Partido, autorizado a dirigir el partido en el lapso entre las reuniones del Comité Central.

Rabkrin — Nombre abreviado de la Inspección de Obreros y Campesinos. Establecida en 1920, fue dirigida por Stalin hasta diciembre de 1922.

RSFSR — República Soviética Federativa Socialista Rusa. Establecida en 1918, se convirtió en una república integrante de la URSS en 1924. Fue denominada República Socialista Federativa Soviética Rusa en 1936.

Social-federalistas — Partido socialista georgiano que se oponía al marxismo y propugnaba la unidad nacional y territorial georgiana organizada en un estado federal dentro de los límites del Imperio ruso.

Social-revolucionarios — Partido formado por Víktor Chérnov y otros en 1901 en la tradición revolucionaria del Imperio ruso. Consideraban primordialmente a los campesinos como la fuerza motriz de la revolución y la tierra comunal como la futura base de la sociedad socialista.

Soselo — Uno de los apodos de Stalin en su juventud.

Soso — Principal apodo de Stalin en su juventud.

Sovnarkom — Gobierno establecido por Lenin y los bolcheviques durante la Revolución de octubre. Acrónimo de Consejo de Comisarios del Pueblo.

Ulianov, Vladímir Ilich — Nombre auténtico de Lenin antes de que adoptara seudónimos revolucionarios.

Wehrmacht — Ejército alemán.

Bibliografía selecta

Esta bibliografía se limita a las obras citadas en las notas.

Archivos, museos y obras inéditas

The British Library

K. Charkviani, memorias inéditas

Gosudarstvennyi Arjiv Rossiiskoi Federatsii [GARF]

fond 81	fond 3316	fond 7523
fond 1318	fond 6980	fond R-130

Gosudarstvennyi Dom-Muzei I. V. Stalina (Gori) [GDMS]

S. Kavtaradze, *tsareulispurtsebli*, vols. 1-2 (Tbilisi, 1969)

Rossiiskii Gosudarstvennyi Arjiv Sotsialno-Politicheskoi Istorii [RGASPI]

fond 2	fond 16	fond 71	fond 82
fond 3	fond 17	fond 73	fond 85
fond 4	fond 44	fond 74	fond 332
fond 5	fond 46	fond 76	fond 558 (Stalin)
fond 12	fond 64	fond 81	fond 668

Volkogonov Papers (Oxford)

Publicaciones periódicas

Agitator
American Historical Review
Argumenty i fakty
Biulleten oppozitsii
Bolshevik
Borba
Cahiers du Monde Russe et Soviétique
Christian Science Monitor
Dagens Nyheter
Europe-Asia Studies
Glasgow Academy Herald
Istochnik
Istoricheskii arjiv
Izvestiia
Izvestiia Tsentralnogo Komiteta KPSS
Journal of Communist Studies
Journal of Economic History
Kommunist
Komsomolskaia pravda
Krasnaia zvezda
Krasnyi arjiv
Literaturnaia gazeta
Molodaia gvardiia
Nauka i zhizn
Novaia i noveishaia istoriia
Novaia zhizn
Novyi zhurnal
Otechestvennie arjivy
Pod znamenem marksizma

Pravda
Proletarskaia revoliutsiia
Prosveshchenie
Rabochii put
Rodina
Rossiiskaia gazeta
Russian Review
Slavia
Slavic Review
Sotsialisticheskii vestnik
Sovershenno sekretno
Soviet Studies
Svobodnaia mysl
Trud
Voienno-istoricheskii zhurnal
Voprosy istorii
Voprosy istorii KPSS
Vperiod
Zvezda (Moscú)

Colecciones de documentos

Adibekov, G. M.; Anderson, K. M.; Rogovaia, L. A. (eds.), *Politbiuro RKP(b)-VKP(b). Povestkidnia zasedanii*, vols. 1-3, Moscú, 2000-1.

Akademicheskoe délo 1929-1931 gg., vol. 1, *Délo po obvineniiu akademika S. F. Platonova,* San Petersburgo, 1993.

S. Alieva (ed.), *Tak eto bylo: natsionalnie repressii v SSSR,* vols 1-3, Moscú, 1993.

Anninski, L. *et al.* (eds.), *Stalin v vospominaniiaj sovremennikovi dokumentovepojii,* Moscú, 2002.

Atlas aziatskoi Rossi i. Izdanie pereselencheskogo upravleniia glavnogo upravleniia zemleustroistva i zemledeliia, San Petersburgo, 1914.

Baxter, C.; Longden, M. A. L. (eds.), *Churchili and Stalin. Documents from the British Archives,* Londres, 2002.

Bordiugov, G.; Matvéiev, G.; Kosevski, A.; Pachkovski, A. (eds.), *SSSR-Polsha. Mejanizmy podchineniia. 1944-1949gg. Sbornik dokumentov, Moscú*, 1995. «Bosco d'inverno a Zubalov», *Slavia (1991).*

Cherniaiv, A. S. (ed.), «Posledniaia "otstavka" Stalina», *lstochnik* 1 (1994). *Chetviortyi (obiedinitelnyi) siezd RSDRP, Moscú, 1949.*

Chetviortyi (obiedinitelnyi) siezd RSDRP. Protokoly. Aprel-mai 1906 goda, Moscú, 1959.

Chetyrnadtsatyi siezd Vsesoiuznoi Kommunisticheskoi Partii (b). 15-31 marta 1925 goda. Stenograficheskii otchot, Moscú, 1926.

Cristiani, A.; Michaleva, V. M. (eds.), *Le repressioni degli anni trenta nell'Armata Rossa,* Napoles, 1996.

Dallin, A.; Firsov, F. I. (eds.), *Dimitrov and Stalin, 1934-1943. Letters from the Soviet Archives,* Yale, 2000.

Danilov, I. P.; Manning, R.; Viola, L. (eds.), *Traguediia sovetskoi derevni: kollektivizatsiia i raskulachivaniei dokumenty i materialy v 5 tomaj, 1927-1939, Moscú*, 1999-ss.

Desiatyi siezdRKP(b). Mart 1921 g. Stenograficheskii otchot, Moscú, 1961.

Deviataia konferentsiia RKP(b). Sentiabr 1920goda. Protokoly, Moscú, 1972.

«Dve besedy I. V. Stalina s Generalnym Sekretariom Obiedinennyj Natsii Triugve Li», *Novaia i noveishaia istoriia* 3 (2001).

Dvenadtsatyi siezdRKP(b). 17-25aprelia 1923 goda: stenograficheskii otchot, Moscú, 1968.

Elwood, R. C. (ed.), *Vserossiiskaia KonferentsHa Rossiiskoi Sotsial-Demokraticheskoi Rabochei Partii 1912 goda,* Londres, 1982.

Felshtinski, I. G. (ed.), *Razgovorys Bujarinym,* Moscú, 1993.

Gori, F.; Pons, S. (eds.), *Dagli Archivi di Mosca. L'URSS, ii Cominform e iiPCI (1943-1951)*, Roma, 1998.

Goriaieva, M. (ed.), *Istoriia sovetskoipoliticheskoi tsenzury. Dokumenty i kommentarii,* Moscú, 1997.

Gromyko, A. A.; Jvostov, V. M.; Zémskov, I. N.; Belov, G. A.; Zhúkov, Y. M.; Maiórov, S. M.; Novoselski, A. A.; Podtserob, B. F.; Sivolobov, M. A.; Tretiakov, P. N.; Jarlamov, M. A. (eds.), *Perepiska predsedatelia Soveta Ministrov SSSR s prezident ami SShA i*

premerministrami Velikobritanii vo vremia velikoi Otechestvennoi voiny, 1941-1945 gg., vols. 1-2, Moscú, 1957.
Istoricheskie mesta Tbilisi. Putevoditelpo mestam, sviazannym s zhizniu i deiatelnostiu I. V. Stalina, ed. Filial Georgiana del Instituto Marx-Engels-Lenin, 2.ª edición revisada, Tbilisi, 1944.
Jaustov, V. N.; Naúmov, V. P.; Plótnikova, N. S. (eds.), *Lubianka. Stalin i VChK-GPU-OGPU-NKVD. Yanvar 1922-dekabr 1936*, Moscú, 2003.
Jlévniuk, O. V.; Davies, R. W.; Rees, E. A.; Rogovaia, L. A. (eds.), *Stalin i Kaganovich. Perepiska. 1931-1936 gg.*, Moscú, 2001.
Jlévniuk, O. V.; Gorlizki, Y.; Kosheleva, L. P; Miniuk, A. I.; Prozumenshchikov, M. Y.; Rogovaia, L. A.; Somónova, S. V. (eds.), *Politbiuro TsK VKP(b) i Sovet Ministrov SSSR, 1945-1953*, Moscú, 2002.
Jlévniuk, O. V.; Kvashonkin, A. V.; Kosheleva, L. P.; Rogovaia, L. A. (eds.), *Stalinskoe Politbiuro v 30-e gody: Sbornik dokumentov*, Moscú, 1995.
Kaminski, V.; Vereshchagin, I., «Detstvo i yunost vozhdia. Dokumenty, zapiski, rasskazy», *Molodaiagvardiia* 12 (1939).
Ken, O. N.; Rupasov, A. I. (eds.), *Politbiuro TsK VKP(b) i otnosheniia SSSR s zapadnymi sosednimi gosudarstvami (konets 1920-1930-j gg.)*, San Petersburgo, 2000.
Knyshevski, P. N. *et al.* (eds.), *Skrytaia pravda voiny. 1941 god*, Moscú, 1992.
Korotkov, A. V.; Chérnev, A. D.; Chernóbaev, A. A. (eds.), «Posetiteli kremliovskogo kabineta Stalina», *Istoricheskii arjiv* 5/6 (1997).
Kosheleva, L.; Lelchuk, V.; Naúmov, V.; Naúmov, O.; Rogovaia, L.; Jlévniuk, O. (eds.), *Pisma I. V. Stalina V. M. Molotovu, 1925-1936 gg. Sbornik dokumentov*, Moscú, 1995.
Kosolapov, R. (ed.), *Slovo tovarishchu Stalinu*, 2. ed., Moscú, 2002.
Kovaliov, I. V., «Dvenadtsat sovetov I. V. Stalina rukovodstvu kompartii Kitaia», ed. A. M. Ledovski, *Novaia i noveishaia istoriia* 1 (2004).
Krasnov, V. G. (ed.), *Neizvestnyi Zhúkov. Lavry i ternii polkovodtsa. Dokumenty. Mneniia. Razmyshleniia*, Moscú, 2000.

Kvashonkin, A. V.; Jlévniuk, O. V.; Kosheleva, L. R; Rogovaia, L. A. (eds.), *Bolshevistskoe rukovodstvo. Perepiska, 1912-1927,* Moscú, 1996.

Kvashonkin, A. I.; Kosheleva, L. P; Rogovaia. L. A.; Jlévniuk, O. V. (eds.), *Sovetskoe rukovodstvo. Perepiska, 1928-1941,* Moscú, 1999.

Lado Ketsjoveli. Sbornik dokumentov i materialov, Tbilisi, 1969.

Lenin, V. I., *Polnoe sobranie sochinenii,* 5. edición, Moscú, 1958-65.

Livshin, A. Y; Orlov, I. B. (eds.), *Pisma vo vlast, 1917-1927,* Moscú, 1998.

«Materialy fevralskogo-martovskogo plenuma TsK VKP(b) 1937 goda». *Voprosy istorii* 10 (1994); 2 (1995); 3 (1995).

Meijer, J. (eds.), *The Trotsky Papers,* vols. 1-2, La Haya, 1964-71.

Murin, Y. G.; Denísov, V. N. (eds.), *Iosif Stalin v obiatiiaj semi. Iz Uchnogo arjiva,* Moscú, 1993. Naumov, O. V.; Getty, J. A. (eds.), *The Road to Terror: Stalin and the Self-Destruction of the Bolsheviks, 1932-1939,* Londres, 1999 [hay traducción española: *La lógica del terror. Stalin y la autodestrucción de los bolcheviques,* Barcelona, Crítica, 2001].

Nevezhin, V. A. (ed.), *Zastolnie rechi Stalina. Dokumenty i materialy,* Moscú, 2003.

Odinnadtsatyi siezd RKP(b). Mart-aprel 1922 g. Stenograficheskii otchot, Moscú, 1961.

Perepiska V. I. Lenina i rukovodimyj im uchrezhdenii RSDRP s mestnymi partiinymi organizatsiiami. 1905-1907, vol. 2, parte 1, Moscú, 1982.

Piatnadtsatyi siezd Vsesoiuznoi Kommunisticheskoi Partii-(b). Stenograficheskii otchot, Moscú-Leningrado, 1928.

Piatyi (londonskii) siezd RSDRP. Protokoly. Aprel-mai 1907 goda, Moscú, 1963.

Pisatel i vozhd: perepiska M. A. Sholojova s I. V *Stalinym 1931-1950 gody,* Moscú, 1997.

«Pravilnaia politika pravitelstva reshaet uspej armii. Kto dostoin byt marshalom?», *Istochnik* 3 (2002).

Procacci, G; Adibekov, G.; Di Biagio, A.; Gibianski, L.; Gori, F.; Pons, S. (eds.), *The Cominform. Minutes of the Three Conferences, 1947/1948/1949,* Milán, 1994.

«Proidiot desiatok let, i eti vstrechi ne vosstanovish uzhe i pamiati. Dnevnikovie zapisi V. A. Malysheva», *Istochnik* 5 (1997).

«Protokoly i rezoliutsii Biuro TsK RSDRP(b) (mart 1917 g.)», *V1KPSS* 3 (1962).

Protokoly Tsentralnogo Komiteta RSDRP(b). Avgust 1917-fevral 1918, Moscú, 1958.

«Protokoly Vserossiiskogo (martovskogo) soveshchaniia partiinyj rabotnikov, 27 marta-2 aprelia 1917 g.», *VIKPSS 6* (1962).

«Rasstrel po raznariadke, ili Kak eto delali bolsheviki», *Trud* (junio de 1992).

Resheniia partii i pravitelstva po joziaistvennym voprosam, vol. 3, Moscú, 1968.

Revoliutsiia 1905goda v Zakavkaze. (Jronika sobytii, dokumenty i materialy). Po materialam Muzeia Revoliutsii Gruzii, Istpartotdel TsK KP(b) Gruzii, Tiflis, 1926.

Romano, A.; Tarchova, N. (eds.), *L'Armata Rossa e la collettivizazzione delle champagne nell'URSS (1928-1933),* Nápoles, 1996.

Sedmaia (aprelskaia) vserossüskaia konferentsiia RSDRP (bolshevikov). Petrogradskaia konferentsiia obshchegorodskaia konferentsiia RSDRP (bolshevikov). Aprel 1917goda, Moscú, 1958.

Semnadtsatyi siezd Vsesoiuznoi Kommunistieheskoi Partii (b), 26 yanvaria-10 fevralia 1934.

Stenograficheskii otchot, Moscú, 1934. Shaumián, S., *Izbrannie proizvedeniia,* vols. 1-2, Moscú, 1957.

ShestoisiezdRSDRP(b). Avgust 1917 goda. Protokoly, Moscú, 1958.

Sokolov, A. K.; Zhuravliov, L. P.; Kosheleva, L. P.; Rogovaia, L. A.; Telpujovski (eds.), *Obshchestvo i vlast. 1930-egody. Povestvovanie v dokumentaj, Moscú,* 1998.

Spandarián (Timoféi), S., *Stati, pisma, dokumenty, 1882-1916,* Ereván, 1940.

Stalin, I. V., *Stiji, Moscú, 1997.*

«I. V. Stalin dal slovo zhenitsia», *lstochnik 4 (2002).*

Stalin, I. V., *Marksizm i natsionalnyi vopros, en Marksizm i natsionalno-kolonialnyi vopros.*

Sbornik statei i rechei, Moscú, 1937.

«I. V. Stalin o “Kratkom kurse po istorii VKP(b)”. Stenogramma vystupleniia na soveshchanii propagandistov Moskvy i Leningrada», *Istoricheskii arjiv 5* (1994).

Stalin, I. V., *Sochineniia*, vols. 1-13, Moscú, 1952-4.

Stalin, I. V., *Sochineniia,* vols. 1(xiv)-3(xvi), ed. R. MacNeal, Stanford, 1967.

«Stenogrammy ochnyj stavok v TsK VKP(b). Dekabr 1936 goda», *Voprosy istorii* 3 y 4 (2002).

Sverdlov, Y. M., *Izbrannie proizvedeniia,* vols. 1-2, Moscú, 1957.

Tainy natsionalnoi politiki RKP(b). Chetviortoe soveshchanie TsK RKP s otvetstvennymi rabotnikami natsionalnyj respublik i oblastei v g. Moskve, 9-12 iiunia 1923 g. Stenograficheskii otchot, Moscú, 1992.

Togliatti, R., *Opere,* vols. 1-6, Roma, 1967-84.

Tretii siezdRSDRP. Protokoly. Aprel-mai 1905 goda, Moscú, 1959.

Tretii Vserossiskii Siezd Sovetov Rabochij, Soldatskij i Krestianskij Deputatov, Petersburgo [sic.] 1918.

Volokitina, T. I.; Islamov, T. M.; Noskova, A. F.; Rogovaia, L. A. (eds.), *Vostochnaia Evropa v dokumentaj rossiiskij arjivov, 1945-1953 gg.*, vols. 1-2, Moscú, 1997.

Voroshilov, K. E., *Stalin i Krasnaia Armiia,* Moscú, 1937.

K. E. Voroshílona Tsaritsynskom fronte. Sbornik dokumentov, Stalingrado, 1941.

Vosemnadtsatyi siezd Vsesoiuznoi Kommunistieheskoi Partii (b). 10-21 marta 1939 goda. Stenograficheskii otchot, Moscú, 1939.

Vosmoi siezdRKP(b). Mart 1919. Protokoly, Moscú, 1959.

Vtoroi siezd RSDRP. Protokoly. Iiul-avgust 1903 goda, Moscú, 1959.

Yakovlev, A. N. (ed.), *Reabilitatsiia: politicheskie protsessy 30-50-j godov,* Moscú, 1991.

«Zhurnal poseshcheniia 1. V. Stalina v ego Kremliovskoi kabinete», *lstochnik* 2-4 (1996).

Obras contemporáneas

Ajmatova, A., *Sochineniia v dvuj tomaj,* Moscú, 1990.
Alexandrov, G. F.; Galaktionov, M. R.; Krushov, V. S.; Mitin, M. B.; Mochalov, V. D.; Pospélov, P. N. (eds.), *Iosif Vissarionovich Stalin. Kratkaia biografiia,* 2. ed. corregida y aumentada, Moscú, 1946.
An (N. Zhordaniia), «Natsionalnyi vopros», *Sorba* (San Petersburgo) 2,18 de marzo de 1914.
Andréiev, B., *Zavoevanie Prirody. Fizika na sluzhbe chelovechestva,* Moscú, 1927.
Arjomed, S. T., *Rabochee dvizhenie i sotsial-demokratiia na Kavkaze,* Moscú-Petrogrado, 1923.
Baikalov, A. V., «Turujanskii "bunt" politicheskij ssylnyj», *Sibirskii arjiv 2* (Praga, 1929).
Baikaloff, A. V., *IKnew Stalin,* Londres, 1940.
Barbusse, H., *Staline. Un monde nouveau vu á travers d'un homme,* Paris, 1935 [hay traducción española: *Stalin. Un mundo nuevo visto a través de un hombre,* Madrid, Cénit, 1935].
Beria, L., *K voprosu ob istorii bolshevistskij organizatsiiaj v Zakavkaze,* Moscú, 1935.
Buber-Neumann, M., *Von Potsdam nach Moskau. Stationen eines Irrweges,* Stuttgart, 1957.
Chukovski, K., *Dnevniki, 1930-1969,* Moscú, 1995.
Dan, F., *Proisjozhdenie bolshevizma: k istorii demokraticheskij i sotsialisticheskij idei v Rossii posle osvobozhdeniia krestian,* Nueva York, 1946.
deda ena, ed. Y. Goguebashvili, Tiflis, 1912.
deda ena, ed. Y. Goguebashvili, Tiflis, 1916.
Drevniaia Evropa i Vostok, Moscú-Petrogrado, 1923.
Gorki, M.; Averbaj, L.; Firin, S. (eds.), *Belomorsko-baltüskii kanalimenil.* V *Stalina, Moscú,* 1934.
Iosif Vissarionovich Stalin. Kratkaia biografiia, Moscú, 1938.
Istoriia Vsesoiuznoi Kommunisticheskoi Partii (Bolshevikov). Kratkii kurs, Moscú, 1938.
Istoriia Vsesoiuznoi Kommunisticheskoi Partii (Bolshevikov). Kratkii kurs, 2. ed., Moscú, 1946.

Kennan, G., *Siberia and the Exile System,* Londres, 1891.
Kviring, E., *Lenin, Zagovorshchestvo, Oktiabr,* Jarkov, 1924.
Lenin, N., «Zametki publitsista», *Diskussionnyi Ustok. Prilozhenie k Tsentralnomu Organu ‘Sotsial-demokrat’,* París, número 2, 24 de mayo / 7 de junio de 1910.
Majaradze, F. Y.; Jachapuridze, G. V., *Ocherkipo istorii rabochego i krestianskogo dvizheniia v Gruzii,* Moscú, 1932.
Molchanova, O. P.; Lobanov, D. I.; Lífshits, M. O.; Tsyplenkov, N. P. (eds.), *Kniga o vkusnoi i zdorovoipishche,* edición aumentada, Moscú, 1952.
Piotrovski, V. V., *Po sledamn drevnij kultur,* Moscú, 1951.
Souvarine, B., *Staline: aperqu historique du bolchévisme*, París, 1935.
S. K. (I. V. Stalin), «Pismo s Kavkaza», *Diskussionnyi listok. Prilozhenie k Tsentralnomu Organu ‘Sotsial-demokrat’,* número 2, 24 de mayo / 7 de junio de 1910.
Stalin, K., «K natsionalnomu voprosu: evreiskaia burzhuaznaia i bundovskaia kulturno-natsionalnaia avtonomiia», *Prosveshchenie 6* (junio de 1913).
Stalin. Kshestidesiatiiu so dnia rozhdenüa. Sbornikstatei ‘Pravdy’, Moscú, 1939.
Sujanov, N., *Zapiski o russkoi revoliutsii,* vols. 1-7, Berlín, 1922-3.
Talakvadze, S., *K istorii Kommunisticheskoi partii Gruzii,* Tiflis, 1925.
Tovstuja, I., «Stalin (Dzhugashvili), Iosif Vissarionovich», *Deiateli Soiuza Sovetskij Sotsialisticheskij Respublik* i *Oktiabrskoi Revoliutsii (Avtobiografii i biografii),* en *Entsiklopedicheskii slovar Granat,* Moscú y Leningrado, 1927, pp. 107-12.
Trotski, L., *Moiazhizn. Opytavtobiografii,* vols. 1-2, Berlín, 1930.
Trotski, L. D., *Terrorizm i kommunizm,* Petersburgo [sic], 1920.
Trotsky, L., *My Life,* Londres, 1975.
Trotsky, L., *Stalin: An Appraisal of the Man and His Influence,* Londres, 1947.
Trotsky, L., *The Real Situation in Russia,* Nueva York, 1928.
Voznesenski, N., *Voiennaia ekonomika SSSR vperiodotechestvennoi voine,* Moscú, 1948.

Memorias y diarios

Alliluév, S., *Proidionnyiput*, Moscú, 1946.

Alliluév, V., *Jronika odnoi semi: Alliluevy. Stalin*, Moscú, 2002.

Alliluéva, A. S., *Vospominaniia, Moscú,* 1946.

Alliluéva, S., *Dvadtsat pisem k drugu*, Londres, 1967.

Alliluéva, S., *Toko odingod*, Nueva York, 1969.

Antipenko, N. A., *Riadom s G. KZhukovym i K. K Rokossovskim*, Moscú, 2001.

Arbatov, G., *Svidetelstvo sovremennika. Zatianuvsheiesia vyzdorovlenie (1953-1985 gg.)*, Moscú, 1991.

Arsenidze, R., «Iz vospominanii o Staline», *Novyi zhurnal* 72 (junio de 1963).

«“Avtobiograficheskie zametki” V. N. Pavlova – perevodchika I. V. Stalina», *Novaia i noveishaia istoriia 4* (2000).

Baibakov, N. K., *Ot Stalina do Yeltsina*, Moscú, 1998.

Bardach, J.; Gleeson, K., *Surviving Freedom. After the Gulag*, Berkeley, 2003.

Bazhanov, B., *Bazhanov and the Damnation of Stalin*, trad. D. W. Doyle, Atenas, Ohio, 1990.

Bazhanov, B., *Vospominaniia byvshego sekretariia Stalina*, San Petersburgo, 1990.

Berezhkov, V., *Kak ya stal perevodchikom Stalina*, Moscú, 1993.

Beria, S., *Beria, My Father. Inside Stalin’s Kremlin*, Londres, 2001.

Budionny, S. M., *Proidionnyiput*, vol. 2, Moscú, 1965.

Bukovski, V., *Moskovskiiprotsess*, Moscú, 1996.

Bullard, R., *Inside Stalin’s Russia. The Diaries of Reader Bullard, 1930-1934*, Charlbury, 2000.

Chúiev, F. (ed.), *Takgovoril Kaganovich, Ispoved stalinskogo apostola*, Moscú, 1992.

Chúiev, F. (ed.), *Molotov. Poluderzhavnyi vlastelin*, Moscú, 1999.

Churchill, W. S., *The Second World War*, vols. 1-6, Londres, 1950-5 [hay traducción española: *La Segunda Guerra Mundial*, Madrid, La Esfera de los Libros, 2001-2002].

Davrichewy, J., *Ah! Ce qu'on rigolait bien avec mon copain Staline,* París, 1979.
Dimitrov, G., *Diario. Gli anni di Mosca (1934-1945),* ed. S. Pons, Turin, 2002.
Dimitrov, G., *The Diary ofGeorgi Dimitrov, 1933-1949,* ed. I. Banac, Londres, 2003.
Djilas, M., *Conversations with Stalin,* Londres, 1962.
Ehrenburg, I., *Post-War Years: 1945-1954,* Cleveland, 1957.
Fadéiev, A. (ed.), *Vstrechi s tovarishchem Stalinym,* Moscú, 1939.
Górev, B., «Za kulisami pervoi revoliutsii», *Istoriko-revotiutsionnyi biulleten* 1 (1922).
Gromyko, A. A., *Pamiatnoe,* vols. 1-2, Moscú, 1988.
Guío, A., *Zhizn podpolnika,* Leningrado, 1925.
Ilichov, L. F. (entrevistado por V. Boldin), «Stalin i "Pravda": rabochii kontakt», *Pravda,* 11 de abril de 2002.
Iremaschwili, J., *Stalin und die Tragödie Georgiens,* Berlin, 1932.
Ivanov, B. I., *Vospominaniia rabochego bolshevika,* Moscú, 1972.
Ivanov, V., «Krasnaia ploshchad», *Novyi mir* 11 (1937).
Jrushchov. N. S., «Memuary Nikity Sergueievicha Jrushchova», *Voprosy istorii* 1-12 (1991).
Kaganovich, L. M., *Pamiatnie zapiski,* Moscú, 1996.
Khrushchev, N., *Khrushchev Remembers,* Londres, 1971.
Khrushchev, N. S., *Khrushchev Remembers. The Glasnost Tapes,* Londres, 1990.
Krasin, L. B., «Bolshevistskaia partiinaia tejnika», en *Tejnika bolshevistskogo podpolia. Sbornik statei vospominanii,* 2.ª edición, corregida y aumentada, Moscú, 1925.
Kumaniov, G. A., «Dve besedy s L. M. Kaganovichem», *Novaia i noveishaia istoriia* 2 (1999).
Kumaniov, G. A. (ed.), *Riadom so Stalinym,* Moscú, 1999.
Kuusinen, A., *Before and After Stalin,* Londres, 1974.
Lakoba, N. (ed.), *Stalin i Jasim (1901-1902 gg.). Nekotorie epizody iz batumskogo podpoliia,* Sujumi, 1934.

Lobanov, M. (ed.), *Stalin: v vospominaniiaj sovremennikov i dokumentov epoji*, Moscú, 2002.
Malenkov, A., *O moiom ottse Georguii Malenkove,* Moscú, 1992.
Malyshev, V. A., «Proidiot desiatok let, i eti vstrechi ne vosstanovish uzhe i pamiati», *lstochnik* 5 (1997).
McEwan, I. P., «Quo Vadis?», *Glasgow Academy Chronicle,* marzo de 1945.
Meshcheriakov, N. L., *Kak my zhiii v ssylke,* Leningrado, 1929.
Mgueladze, A., *Stalin, kakim ya ego zna. Stranitsy nedavuego proshlogo,* 2001.
Mikoian, A., «Iz vospominaniia A. I. Mikoiana», *Sovershenno sekretno* 10 (1999).
Mikoian, A., *Mysli i vospominaniia o Lenine,* Moscú, 1970.
Mikoian, A., *Tak bylo. Razmyshleniia o minuvshem,* Moscú, 1999.
Moshéntsova, P., *Tainy kremliovskoi bolnitsy,* Moscú, 1998.
Pavlov, V. N., «Predistoriia 1939 goda», *Svobodnaia mysl* 7 (1999).
Pervujin. M. G., «Kak byla reshena atomnaia problema i nashei strane», *Novaia i noveishaia istoriia* 5 (2001).
Pervujin, M. G., «Korotko o perezhitom». *Novaia i noveishaia istoriia* 5 (2003).
Pestkovski, S., «Vospominaniia o rabote i Narkomnatse (1917-1919 gg.)», *Proletarskaia revoliutsiia 6* (1930).
Rapoport, I., *The Doctors' Plot. Stalin's Last Crime,* Londres, 1991.
Raskolnikov, E. E., «Priezd tov. Lenina i Rossiiu», *Proletarskaia revoliutsiia* 1 (1923).
Ribbentrop, J. von, *Zwischen London undMoskau: Erinnerungen undletzte Auf-zeichnungen,* Leoni am Starnberger See, 1954 [hay traducción española: *Entre Londres y Moscú. Recuerdos y últimos escritos,* Barcelona, Destino, 1955].
Rybin, A., «Riadom so Stalinym», *Sotsiologuicheskie issledovaniia* 3 (1988).
Ryzhkov, N., *Perestroika: istoriia predatelstv.* Moscú, 1992.
Semichastny, V., *Bespokoinoe serdtse,* Moscú, 2002.
Shliapnikov, A. G., *Semnadtsatyigod,* vol. 2, Moscú-Petrogrado, 1923.

Shvéitser, V., *Stalin* v *turujanskoi ssylke. Vospominaniia podpolshchika,* Moscú, 1940.
Símonov, K., *Glazami cheloveka moego pokoleniia,* Moscú, 1990.
Sudoplatov, P. A.; Sudoplatov, A., *Special Tasks. The Memoirs of an Unwanted Witness - A Soviet Spymaster,* Londres, 1994.
Sverdlova, K. T., *Yakov Mijailovich Sverdlov,* Moscú, 1957.
Tejnika bolshevistskogo podpolia. Sbornik statei i vospominanii. 2. edición corregida y aumentada, Moscú, 1925.
Toranska, T., *Oni. Stalin's Polish Puppets,* Londres, 1987.
Trotsky's Diary in Exile, 1935, Nueva York, 1963.
Uglanov, N. A., «Vospominaniia», en *Vospominaniia o Vladimire Hiche Lenine,* vol. 7.
«M. I. Ulianova ob otnoshenii V. I. Lenina i V. I. Stalina», *ITsKPSS* 12 (1989).
Uratadze, G., *Vospominaniia gruzinskogo sotsial-demokrata,* Stanford, 1968.
Valedinski, I. A., «Vospominaniia o vstrechaj s 1.1. V. Stalinym», *Istochnik* 2 (1994).
Vereshchak, S., «Stalin v tiurme. (Vospominaniia politicheskogo zakliuchionnogo)», partes 1-2, *Dni* 22 y 24, enero de 1928.
Volkov, G. (entrevista), «Stenografistka Ilicha», *Sovetskaia kultura,* 21 de enero de 1989.
Voroshilov, K., *Rasskazi o zhizni. Vospominaniia,* vol. 1, Moscú, 1968.
Voroshilov, K. E., *Stalin i Vooruzhionnie Sily SSSR,* Moscú, 1951.
Vospominaniia o Vladimire Hiche Lenine, vols. 1-8, Moscú, 1989-91.
Werth, A., *Russia at War, 1941-1945,* Londres, 1964.
Yegórov, P. I., «Posledniaia noch Stalina», *Argumenty ifakty* 10, marzo de 2003.
Yenukidze, A., «Istoriia organizatsiia i raboty nelegalnyj tipografii R.S.D.R.P (bolshevikov) na Kavkaze za vremia ot 1900 do 1906 g.», en *Tejnik boishevistskogo podpoliya. Sbornik statei i vospominanii,* 2. edición corregida y aumentada, Moscú, 1925.
Zbarsky, I.; Hutchinson, S., *Lenin's Embalmers,* Londres, 1998.
Zetkin, *C, Erinnerungen an Lenin,* Viena, 1929.

Zhakov, M. P, «Pismo M. Zhakova», *Proletarskaia revoiiutsiia* 10 (1922).
Zhordaniia, N., *Moia zhizn*, Stanford, 1968.
Zhúkov, G. K., *Vospominaniia iraztnyshleniia*, vols. 1-3, Moscú, 1995.

Bibliografía complementaria

Agursky, M., «Stalin's Ecclesiastical Background», *Survey* 4 (1984).
Alekséiev, V. A., *illiuzii i dogma*, Moscú, 1991.
Alekséiev, V. A., «Neozhidannyi dialog», *Agitator* 6 (1989).
Alien, R. C., *Farm to Factory. A Reinterpretation of the Soviet Industrial Revolution*, Oxford, 2003.
Alien, R. C., «The Standard of Living in the Soviet Union, 1928-1940», *Journal of Economic History* 4 (1998).
Allilúeva, S. (ed), *Tak eto bylo: natsionalnie repressii v SSSR, 1919-1952 godi*, vols. 1-3, Moscú, 1993.
Andréiev, C, *Vlasov and the Russian Liberation Movement. Soviet Realities and Emigré Theories*, Cambridge, 1987.
Andrew C.; Elkner, J., «Stalin and Foreign Intelligence», en H. Shukman (ed.), *Redefining Stalinism*, Londres, 2003.
Andrew, C.; Mitrokhin, V., *The Mitrokhin Archive. The KGB in Europe and the West*, Londres, 1999.
Baberowski, J., *Der Feindist Liberal! Stalinismus im Kaukasus*, Múnich, 2003.
Baberowski, J., *Der Rote Terror. Die Geschichte des Stalinismus*, Múnich, 2004.
Bacon, E., *The Gulag at War. Stalin's Forced Labour System in the Light of the Archives*, Londres, 1994.
Bailes, K., *Technology and Society under Lenin and Stalin. Origins of the Soviet Technical Intelligentsia, 1921-1941*, Princeton, 1978.
Barber, J., *Soviet Historians in Crisis, 1928-1932*, Londres, 1981.
Barber, J.; Harrison, M. (eds.), *The Soviet Defence-Industry Complex from Stalin to Khrushchev*, Londres, 2000.
Barsukov, N., «Kak sozdavalsia "zakrityi doklad" Jrushchova», *Literaturnaia gazeta, 21* de febrero de 1996.

Benvenuti, F., *Fuoco sui sabotatori! Stachanovismo e organizzazione industríale in URSS, 19341938*, Roma. 1988.
Benvenuti, F., «Kirov nella Política Soviética», *Annali dell'Istituto Italiano per gil Studi Storici*, Napoles, 1979.
Benvenuti, F.; Pons, S., *II Sistema di Potere del lo Stalinismo. Partito e Stato in URSS, 19331953,* Milan, 1988.
Bettanin, F., *La Fabbrica del Mito. Storia e Política nell URSS Staliniana*, Napoles, 1996.
Biagi, E., *Svetlana: the Inside Story,* Londres, 1967 [hay traducción española: *¿Qué silenció la hija de Stalin?: hablan los protagonistas,* Barcelona, Sagitario, 1967].
Bix, H. R., *Hirohito and the Making of Modern Japan,* Londres, 2000.
Bordiugov, G., «Ukradionnaia pobeda», *Komsomolskaiapravda, 5 de* mayo de 1990.
Bos, W. H., «Joseph Stalin's Psoriasis: Its Treatment and the Consequences», *Psoriasis Research Institute Paper,* Palo Alto, abril de 1997.
Brackman, R., *The Secret File of Joseph Stalin. A Hidden Life,* Londres, 2001.
Brandenberger, D., *Stalinist Mass Culture and the Formation of Modern Russian National Identity, 1931-1956,* Cambridge, Mass., 2002.
Brandt, C., *Stalin's Failure in China, 1924-1927*, Cambridge, Mass., 1958.
Brent, J.; Naumov, V. P, *Stalin's Doctors' Plot. The Anatomy of a Conspiracy, 1948-1953,* Londres, 2003.
Brodski, V.; Kalinnikova, V., «Otkrytie sostoialos», *Nauka izhizn* 1 (1988).
Brooks, J., *Thank You, Comrade Stalin! Soviet Public Culture from Revolution to Cold War,* Princeton, 2000.
Carr, E. H., *Socialism in One Country,* vols. 1-3, Londres, 1958-64 [hay traducción española: *El socialismo en un solo país (1924-1926),* Madrid, Alianza, 1974-1976].
Carr, E. H.; Davies, R. W., *Foundations of a Planned Economy 1926-1929,* vol. 1, Londres, 1970.
Channon, J. (ed), *Politics Society and Stalinism in the USSR*, Londres, 1998.

Chubarian, A. O.; Gorodetski, *G, Voina ipolitika 1939-1941,* Moscú, 1999.
Cohén, S. F., *Bukharin and the Russian Revolution. A Political Biography, 1888-1938,* Londres, 1974.
Conquest, R., *Power and Policy in the USSR,* Londres, 1962.
Conquest, R., *The Great Terror. Stalin's Purge of the Thirties*, Londres, 1973.
Conquest, R., *Harvest ofSorrow: Soviet Collectivisation and the Terror-Famine,* Oxford, 1986.
Conquest, R., *Inside Stalin's Secret Pólice: NKVD Politics 1936-39,* Londres, 1986.
Conquest, R., *Stalin and the Kirov Murder,* Londres, 1989.
Conquest, R., *The Great Terror. A Reassessment,* Londres, 1990.
Conquest, R., *Stalin: Breaker ofNations,* Londres, 1993.
Cooper, J.; Perrie, M.; Rees, E. A. (eds.), *Soviet History, 1917-1953. Essays in Honour of R. W. Davies,* Londres, 1995.
Courtois, S. (ed.), *Une si longue nuit. L'apogée des régimes totalitaires en Europe, 1935-1953,* París, 2003.
Crisp, S., «Soviet Language Planning, 1917-1953», en M. Kirkwood (ed.), *Language Planning in the Soviet Union,* Londres, 1989.
Daniels. R. V., *The Conscience of the Revolution,* Cambridge, Mass., 1969.
Danílov, A. A., «Izmenenie vysshij organov v SSSR v 1945-1952 gg.», en *G. S.* Sagatelian, B. S. Ilizarov y O. V. Jlévniuk (eds.), *Stalin, Stalinizm. Sovetskoe obshchestvo. Sbornik statei,* Moscú, 2000.
Danílov, V. P., «Stalinizm i sovetskoe obshchestvo», *Voprosy istorii 2* (2004).
Darlington, T., *Education in Russia,* Londres, 1909: vol. 23, de *Board of Education Special Reports on Educational Subjects.*
Davies, N., *Rising '44. 'The Battle for Warsaw',* Londres, 2003.
Davies, N., *White Eagle, Red Star: The Polish-Soviet War, 1919-1920,* Londres, 1972.
Davies, R. W., *The Soeialist Offensive. The Collectivisation of Soviet Agriculture, 1929-1930,* Londres, 1980.
Davies, R. W., *The Soviet Economy in Turmoil, 1929-1930,* Londres, 1989.

Davies, R. W., *Crisis and Progress in the Soviet Economy, 1931-1933*, Londres, 1996.

Davies, R. W., *Soviet History in the Yeltsin Era*, Londres, 1997.

Davies. R. W.; Harrison, M.: Wheatcroft, S. *G, The Economic Transformation of the Soviet Union, 1913-1945*, Cambridge, 1994.

Davies, R. W.; Ilic, M.; Khlevnyuk, O., «The Politburo and Economic Policy Making», en E. A. Rees (ed.), *The Nature of Stalin's Dictatorship. The Politburo, 1924-1953*, Londres, 2004.

Davies, R. W.; Wheatcroft, S. G., *The Years of Hunger: Soviet Agriculture, 1931-1933*, Londres, 2003.

Davies, S., *Popular Opinión in Stalin's Russia. Terror, Propaganda and Dissent, 1934-1941*, Cambridge, 1997.

Deutscher, I., *Stalin: A Political Biography*, edición revisada, Harmondsworth, 1966 [hay traducción española: *Stalin. Una biografía política*, Barcelona, Edició de Materials, 1967].

Dragadze, T., *Rural Families in Soviet Georgia: A Case Study in Ratcha Province*, Londres, 1988.

Dubinski-Mujadze, I. M., *Shaumian*, Moscú, 1965.

Duncan, P. J. S., *Russian Messianism. Third Rome, Revolution, Communism and After*, Londres, 2000.

Dundovich, E.; Gori, F.; Guercetti, E. (eds.), *Reflections on the Gulag, with a Documentary Appendix on the Italian Victims of Repression in the USSR*, Milan, 2003.

Duskin, J. E., *Stalinist Reconstruction and the Confirmation of a New Elite, 1945-1953*, Londres, 2001.

Erickson, J., *The Soviet High Command A Military-Political History, 1918-1941*, Londres, 1962.

Erickson, J., *The Road to Stalingrad*, Londres, 1975.

Erickson, J., *The Road to Berlín*, Londres, 1983.

Fatéiev, A. V., *Obraz vraga v sovetskoipropagande. 1945-1954 gg.*, Moscú, 1999.

Filtzer, D., *Soviet Workers and Late Stalinism. Labour and the Restoration of the Stalinist System after World War II*, Cambridge, 2002.

Filtzer, D., *Soviet Workers and Stalinist Industrialization: The Formation of Modern Soviet Production Relations, 1928-1941*, Londres, 1986.
Fishman, W. J., *East End 1888. A Year in a London Borough Among the Labouring Poor*, Londres, 1988.
Fitzpatrick, S. (ed.), *Stalinism: New Directions*, Londres, 2000.
Fitzpatrick, S., *Stalin's Peasants. Resistance and Survival in the Russian Village after Collectivisation*, Oxford, 1994.
Getty, J. A., *Origins of the Great Purges: the Soviet Communist Party, 1933-1938*, Cambridge, 1985.
Getzler, I., *Nikolai Sukhanov. Chronicler of the Russian Revolution*, Londres, 2002.
Gilí, G., *The Origins of the Stalinist Political System*, Oxford, 1990.
Glantz, D., *Stumbling Colossus. The Red Army on the Eve of World War*, Kansas, 1998.
Gori, F.; Pons, S. (eds.), *The Soviet Union and Europe in the Cold War, 1943-1953*, Londres, 1996.
Gorodetsky, G., *Grand Delusion. Stalin and the Germán Invasión of Russia*, Londres, 1999.
Górkov, Y., *Gosudarstvennyi Komitet Oboroni postanovliaiet (1941-1945). Tsifry, dokumenty*, Moscú, 2002.
Gorlizki, Y., «Party Revivalism and the Death of Stalin», *Slavie Review* 1 (1995).
Gorlizki, Y., «Stalin's Cabinet: The Politburo and Decision-Making in the Post War Years», *Europe-Asia Studies 2* (2001).
Gorlizki, Y.; Khlevniuk, O., *Cold Peace. Stalin and the Soviet Ruling Circle, 1945-1953*, Oxford, 2003.
Gorodetsky, G., «Geopolitical Factors in Stalin's Strategy and Politics in the Wake of the Outbreak of World War II», en S. Pons y A. Romano (eds.), *Russia in the Age of Wars, 1914-1945*, Milán, 1998.
Graziosi, A., *The Great Peasant War: Bolsheviks and Peasants, 1918-1933*, Cambridge, Mass., 1997.
Gregory, P. R., *Behind the Façade of Stalin's Command Economy. Evidence from the Soviet State and Party Archives*, Stanford, 2001.

Gútov, R. J., *Sovmestnaia borba narodov Tereka za Sovietskuiu vlast,* Nalchik, 1975.

Harris, J., *The Great Urals. Regionalism and the Evolution of the Soviet System,* Nueva York, *1999.*

Harrison, M., *Accounting for War: Soviet Production, Employment and the Defence Burden, 1940-1945,* Cambridge, 1996.

Hewitt, G., «Language Planning in Georgia», en M. Kirkwood (ed.), *Language Planning in the Soviet Union,* Londres, 1989.

Hochman, X., *The Soviet Union and the Failure of Collective Security, 1934-1938,* Londres, 1984.

Holloway, D., *Stalin and the Bomb: The Soviet Union and Atomic Energy, 1943-1956,* Londres, 1994.

Hosking, G., *Russia and the Russians: A History from Rus to the Russian Federation,* Londres, 2001.

Hosking, G., *Russia: People and Empire, 1552-1917,* Londres, 1997.

Hosking, G.; Service, R. (eds.), *Russian Nationalism, Past and Present,* Londres, 1998.

Hosking, G.; Service, R. (eds.), *Reinterpreting Russia,* Londres, 1999.

Hughes, J., *Stalin, Siberia and the Crisis of the NEP,* Cambridge, 1991.

The ICD-10 Classification of Mental and Behavioural Disorders. Clinical Descriptions and Diagnostic Guidelines, Génova, 1992.

Ilizarov, B. S., «Stalin. Bolezn, smert i “bessmertie”», en G. S. Sagatelian, B. S. Ilizarov y O. V. Jlévniuk (eds.), *Stalin, Stalinizm i Sovetskoe obshchestvo: sbornik statei. K 70-letiiu V. 5. Lelchuka,* Moscú, 2000.

Ilizarov, B. S., *Tainaia zhizn Stalina. Po materialam ego biblioteki i arjiv a. K istoriografii stalinizma, Moscú,* 2002.

Istoriia Kommunistieheskoi Partii Sovetskogo Soiuza, Moscú, 1959.

Istoriia SSSR, vol. 3, libro 2, Moscú, 1968.

Jansen, M., *A Show Trial Under Lenin: the Trial of the Socialist-Revolutionaries, Moscow, 1922,* La Haya, 1982.

Jansen, M.; Petrov, N., *Stalin’s Loyal Executioner: People’s Commissar Nikolai Ezhov, 1895-1940,* Stanford, 2002.

Jarlamov, V. A. *et al.* (eds.), *Leninskaia vneshniaiapolitika Sovetskoi strani,* Moscú, 1969.

Jarmandarian, S. V., *Lenin i stanovlenie zakavkazskoi federatsii,* Erevan, 1969.
Jlévniuk, O. V., *Politbiuro: mejanizmypoliticheskoi vlasti v 1930-e godi,* Moscú, 1996.
Jlévniuk, O., «Stalin i organy gosudarstvennoi bezopasnosti i poslevoiennyi period», *Cahiers du Monde Russe et Soviétique* 2/4 (2001).
Jlévniuk, O. V., *Stalin i Ordzhonikidze. Konflikty v Politbiuro v 30-e gody,* Moscú, 1993.
Jlévniuk, O. V., «Stalin i Molotov. Edinolichnaia diktatura i predposylki "oligarjizatsiia"», en G. S. Sagatelian, B. S. Ilizarov y O. V. Jlévniuk (eds.), *Stalin, Stalinizm i Sovetskoe Obshchestvo.* Sbornik statei, Moscú, 2000.
Jlévniuk, O. V., *1937-i: Stalin, NKVD i sovetskoe obshchestvo,* Moscú, 1992.
Jolodkovski, V. M., «V. I. Lenin i mezhdunarodnie otnosheniia novogo tipa», en L. A. Jarlamov *et al.* (eds.), *Leninskaia vneshniaiapolitika Sovetskoi strani,* Moscú, 1969.
Joravsky, D., *The Lysenko Affair,* Cambridge, Mass., 1970.
Kelly, C., *Refining Russia. Advice Literature, Polite Culture and Gender from Catherine to Yeltsin,* Oxford, 2001.
Khlevniuk, O., «The Objectives of the Great Terror, 1937-1938», en J. Cooper *et al, Soviet History, 1917-1953.*
Khlevnyuk, O., «The Reasons for the "Great Terror": The Foreign-Political Aspect», en S. Pons y A. Romano (eds.), *Russia in the Age of Wars, 1914-1945,* Milan, 2000.
Kirilina, A., *Neizvestnyi Kirov,* San Petersburgo, 2001.
Kirkwood, M. (ed.), *Language Planning in the Soviet Union,* Londres, 1989.
Klier, X.; Lambroza, S., *Pogroms: Anti-Jewish Violence in Modern Russian History,* Cambridge, 1992.
Kolésov, D. V., *I. V. Stalin. Pravo nazhizn,* Moscú, 2000.
Kostirchenko, G. V., *Tainaiapolitika Stalina. Vlast i antisemitizm,* Moscú, 2003.
Kozlov, V., *The Peoples of the Soviet Union,* Londres, 1988.

Krasilnikov, G. A., «Rozhdenie Gulaga: diskussii i verjnij eshelonaj vlasti», *Istoricheskii arjiv* 4 (1989).
Krétov, F. D., *Borba V.* I *Lenina za sojranenie i ukreplenie RSDRP i godi stolypinskoi reaktsii*, Moscú, 1969.
Kriegel, A.; Courtois, S., *Eugen Fried. Le grand secret du PCF*, Paris, 1997.
Kuleshov, S.; Strada, V., *Il fascismo russo*, Venecia, 1998.
Kumaniov, V. A.; Kulikova, I. S., *Protivostoianie: Krúpskaia-Stalin*, Moscú, 1994.
Kun, M., *Stalin: An Unknown Portrait*, Budapest, 2003.
Kuromiya, H., «The Donbass», en E. A. Rees (ed.), *Central-Local Relations in the Soviet State, 1928-1941*, Londres, 2002.
Lakoba, S., *Ocherkipoliticheskoi istorii Abjazii*, Sujumi, 1990.
Lakoba, S., *Otvet istorikam iz Tbilisi*, Sujumi, 2001.
Lampert, N., *The Technical Intelligentsia and the Soviet State. A Study of Soviet Managers and Technicians, 1928-1935*, Londres, 1979.
Lang, D. M., *A Modern History of Georgia*, Londres, 1962.
Lebrecht, N., «Prokofiev was Stalin's Last Victim», *Evening Standard, 4* de junio de 2003.
Leggett, G., *The Cheka. Lenin's Political Pólice. The All-Russian Extraordinary Commission for Combating Counter-Revolution and Sabotage, December 1917 to February 1922*, Oxford, 1981.
Leifier, M. P., *A Preponderance of Power. National Security, the Truman Administration and the Cold War*, Stanford, 1992.
Lévina, Y. S., *Vavilov, Lysenko, Timofeiev-Resovskii (…) Biologiia i SSSR: Istoriia i istoriografiia*, Moscú, 1995.
Lewin, M., *Russian Peasants and Soviet Power. A Study of Collectivisation*, Londres, 1968.
Lezhava, G. P., *Mezhdu Gruziei i Rossiei. Istorischeskie korni i sovremennie factory abjazo-gruzinskogo konflikta (XIX-XX vv.)*, Moscú, 1997.
Lieven, D., *Nicholas II. Emperor ofAll the Russias*, Londres, 1993.
Lipitski, S. V., «Stalin i grazhdanskoi voine», en A. N. Mertsalov (ed.), *Istoriia istalinizm*, Moscú, *1991*.

Luukkanen, A., *The Religious Policy of the Stalinist State. A Case Study: the Central Standing Commission on Religious Questions, 1929-1938,* Helsinki, 1997.
Marijuba, I., *Yefrem Eshba (vidaiushchiisia gosudarstvennyi deiatel),* Sujumi, 1997.
Marsh, R., *Images of Dictatorship: Portraits of Stalin in Literature,* Londres, 1989.
Martin, T., *The Affirmative Action Empire. Nations and Nationalism in the Soviet Union, 1923-1939,* Londres, 2001.
Maslov, N. N., «Ob utverzhdenii ideologuii stalinizma», en A. N. Mertsalov (ed.), *Istoriia i stalinizm, Moscú, 1991.*
Mazower, M., *Dark Continent. Europe's Twentieth Century,* Londres, 1998.
McLoughlin, B.; MacDermott, K. (eds), *Stalin's Terror. High Politics and Mass Repression in the Soviet Union,* Londres, 2003.
McNeal, R., *Stalin. Man and Ruler,* Londres, 1985.
Medvédev, R., *Let History Judge. The Origins and Consequences of Stalinism,* Londres, 1971 [hay traducción española: *Que juzgue la historia: orígenes y consecuencias del estalinismo,* Barcelona, Destino, 1977].
Medvédev, R., *Problems in the Literary Biography of Mikhail Sholokhov,* Cambridge, 1977.
Medvédev, R., *Semia tirana. Mat i syn. Smert Nadiezhdv Alliluevoi,* Nizhni-Novgorod, 1993.
Medvédev, Z. y R., *Neizvestnyi Stalin,* Moscú, 2001 [hay traducción española: *El Stalin desconocido,* Barcelona, Crítica, 2005].
Merridale, C., *Moscow Politics and the Rise of Stalin. The Communist Party in the Capital. 1925-1932,* Moscú, 1990.
Merridale, C., *Night of Stone: Death and Memory in Russia,* Londres, 2000.
Mertsalov, A. N. (ed.), *Istoriia i stalinizm,* Moscú, 1991.
Moroz, V., «Verjovnii sud», *Krasnaiazvezda,* 23 de diciembre de 2003.
Moskoff, W., *The Bread of Affliction. The Food Supply in the USSR during World War II,* Cambridge, 1990.
Nahaylo, B.; Swoboda, V., *The Soviet Disunion: A History of the Nationalities Problem in the USSR,* Londres, 1990.

Naimark. N., *The Russians in Germany: A History of the Soviet Zone of Occupation, 1945-1949*, Londres, 1995.

Nove, A., *An Economic History of the USSR*, Londres, 1969.

Ojotin, N.; Roginski, A., «Iz istorii "nemetskoi operatsii" NKVD 1937-1938 gg.», en *Repressii protivrossiiskij: nakazannyi narod,* Moscú, 1999.

Olla-Reza, E., *Azerbaidzhán [sic] i Arran*, Erevan, 1993.

Ostrovski, A., *Kto stoyalzaspinoi Stalina?* San Petersburgo, 2002.

Overy, R., *Russia's War*, Londres, 1997.

Parrish, M., *The Lesser Terror: Soviet State Security, 1939-1953,* Westport, 1996.

Peris, D., *Storming the Heavens: the Soviet League of the Militant Atheists,* Nueva York, 1998.

Perrie, M., *The Cult of Ivan the Terrible in Stalin's Russia,* Londres, 2001.

Petrov, N., «The Gulag as Instrument of the USSR's Punitive System», en E. Dundovich, F. Gori y E. Guercetti (eds.), *Reflections on the Gulag, with a Documentary Appendix on the Italian Victims of Repression in the USSR*, Milán, 2003.

Pijoia, R., *Sovetskii Soiuz: istoriia vlasti, 1945-1991,* Novosibirsk, 2000.

Pinkus, B., *The Soviet Government and the Jews, 1948-1967: A Documentary Study,* Cambridge, 1984.

Pipes, R., *The Formation of the Soviet Union. Communism and Nationalism, 1917-1923,* 2. Edición revisada, Cambridge, Mass., 1964.

Pons, S., *Stalin and the Inevitable War, 1936-1941*, Londres, 2002.

Pons, S., «The Twilight of the Cominform», en G. Procacci, G. Adibekov, A. Di Biagio, L. Gibianski, F. Gori y S. Pons (eds.), *The Cominform. Minutes of the Three Conferences, 1947/1948/1949*, Milán, 1994.

Pons, S., Romano, A. (eds.), *Russia in the Age of Wars, 1914-1945*, Milán, 1998.

Ponsi, A., *Partito único e democrazia in URSS. La Costituzione del'36,* Roma, 1977.

Pospielovsky, D., *The Russian Church under the Soviet Regime,* vols. 1-2, Nueva York, 1984.

Preston, P., *Franco: A Biography,* Londres, 1993 [hay traducción española, *Franco: caudillo de España*, Barcelona, Grijalbo, 1994].

Pyzhikov, A., *Jrushchovskii 'ottepel',* Moscú, 2002.

Radzinsky, E., *Stalin: The First In-Depth Biography Based on Explosive New Documents from Russia's Secret Archives*, Londres, 1996.

Rayfield. D., *Stalin and His Hangmen: An Autitoritative Portrait of a Tyrant and Those Who Served Him*, Londres, 2004 [hay traducción española: *Stalin y los verdugos*, Madrid, Taurus, 2003].

Rees, E. A. (ed.), *Central-Local Relations in the Soviet State, 1928-1941*, Londres, 2002.

Rees, E. A., *Political Thought from Machiavelli to Stalin: Revolutionary Machiavellism,* Basingstoke, 2004.

Rees, E. A., «Stalin as Leader, 1924-1937: From Oligarch to Dictator», en E. A. Rees (ed.), *The Nature of Stalin's Dictatorsihip. The Politburo, 1924-1953*, Londres, 2004.

Rees, E. A., *State Control in Soviet Russia: The Rise and Fall of the Workers' and Peasants' Inspectorate, 1920-1934,* Londres, 1987.

Richardson, R., *The Long Shadow. Inside Stalin's Family,* Londres, 1993.

Rieber, A., «Stalin, Man of the Borderlands», *American Historical Review 5* (2001).

Rigby, T. H., *Communist Party Membership in the USSR, 1917-1967*, Princeton, 1968.

Rigby, T. H., «Was Stalin a Disloyal Patrón?», *Soviet Studies* 3 (1986).

Roberts, G., *The Soviet Union and the Origins of the Second World War: Russo German Relations and the Road to War, 1933-1941*, Londres, 1995.

Roobol, W. H., *Tsereteli, A Democrat in the Russian Revolution: A Political Biography,* La Haya, 1976.

Rossi, J., *Spravochnikpo Gulagu*, vols. 1-2, 2.ª ed., Moscú, 1992.

Rossman, J. J., «The Teikovo Cotton Workers' Strike of April 1932: Class, Gender and Identity Politics in Stalin's Russia», *Russian Review,* enero de 1997.

Rubenstein, J., Naumov, V. P. (eds.), *Stalin's Secret Pogrom: the Postwar lnquisition of the Jewish Anti-Fascist Committee,* New Haven, 2001.

Rucker, L., *Staline, Israelet les Juifs,* París, 2001.
Sagatelián, G. S.; Ilizarov, B. S.; Jlévniuk, O. V. (eds.), *Stalin, Stalinizm i Sovetskoe obshchestvo: sbornik statei. K 70-letiiu V. S. Lelchuka,* Moscú, 2000.
Samuelson, L., *Plans for Stalin's War Machine. Tukhachevskii and Military Economic Planning, 1925-1941*. Londres, 2001.
Sebag Montefiore, S., *Stalin: The Court of the Red Tsar,* Londres, 2003 [hay traducción española: *Stalin. La corte del zar rojo,* Barcelona, Crítica, 2004].
Service, R., «Architectural Problems of Reform in the Soviet Union: From Design to Collapse», *Totalitarian Movements and Political Religions 2* (2001).
Service, R., *The BolshevikParty in Revolution: A Study in Organisational Change,* Londres, 1979.
Service, R., «Destalinisation in the USSR before Khrushchev's Secret Speech», en *Il XX Congresso del PCUS,* ed. F. Gori, Milán, 1988.
Service, R., «Gorbachev's Reforms: The Future in the Past», *Journal of Communist Studies* 3 (1997).
Service, R., *A History of Modern Russia, From Nicholas II To Vladimir Putin,* Londres, 2003.
Service, R., *A History of Twentieth-Century Russia,* Londres, 1997 [hay traducción española: *Historia de Rusia en el siglo XX,* Barcelona, Crítica, 2000].
Service, R., «Joseph Stalin: The Making of a Stalinist», en J. Channon (ed.), *Politics, Society and Stalinism in the USSR,* Londres, 1998.
Service, R., *Lenin: A Biography,* Londres, 2000 [hay traducción española: *Lenin. Una biografía,* Madrid, Siglo XXI, 2001].
Service, R., *Lenin: A Political Life,* vols. 1-3, Londres, 1985-95.
Service, R., «The Road to the Twentieth Party Congress», *Soviet Studies 2* (1981).
Service, R., *Russia: Experiment with a People from 1991 to the Present,* Londres, 2002 [hay traducción española: *Rusia. Experimento con un pueblo,* Madrid, Siglo XXI. 2004].

Service, R. (ed.), *Society and Politics in the Russian Revolution,* Londres, 1992.
Service, R., «Stalinism and the Soviet State Order», en H. Shukman (ed.), *Redefining Stalinism*, Londres, 2003.
Sherstianoi, E., «Germaniia i nemtsi i pismaj krasnoarmeitsev vesnoi 1945 g.», *Novaia i noveishaia istoriia 2* (2002).
Shukman, H. (ed.), *Redefining Stalinism,* Londres, 2003.
Shukman, H. (ed.), *Stalin's Generáis*, Nueva York, 1993.
Shukman, H., Chubarian, A. (eds.), *Stalin and the Soviet-Finnish War, 1939-1940*, Londres, 2002.
Slusser, R., *Stalin in October. The Man Who Missed the Revolution*, Baltimore, 1987.
Smith, E., *The Young Stalin: The Early Years of an Elusive Revotutionary,* Londres, 1968.
Smith, I., *The Bolsheviks and the National Question, 1917-1923,* Londres, 1999.
Sokolov, A., «Before Stalinism: the Defense Industry of Soviet Russia in the 1920s», *PERSA Working Paper* (University of Warwick) 31 de abril de 2004.
Starkov, B., *Déla i Hudi stalinskogo vremeni,* San Petersburgo, 1995.
Strandmann, H. P. von, «Obostriaiushchiesia paradoksi: Guitler, Stalin i guermano-sovetskie ekonomicheskie sviazi. 1939-1941», en A. O. Chubarián y G. Gorodetski. *Vaina ipolitika, 1939-1941*, Moscú, 1999.
Stugart, M. (readers' queries column), *Dagens Nyheter,* 22 de marzo de 2004.
Suny, R. G., *The Bakú Commune, 1917-1918: Class and Nationality in the Russian Revolution*, Princeton, 1972.
Suny, R. G., «A Journeyman for the Revolution: Stalin and the Labour Movement in Bakú, June 1907-May 1908», *Soviet Studies* 3 (1972).
Suny, R. G., *The Making of the Georgian Nation*, Londres, 1989.
Sword, K. (coord.), *The Soviet Takeover of the Polish Eastern Provinces, 1939-1941*, Londres, 1991.
Taubman, W., *Khrushchev. The Man and His Era,* Londres, 2003. Timasheff, N. S., *The Great Retreat,* Londres, 1946.

Topolyansky, V., «The Cheynes-Stokes Draught», *New Times,* abril de 2003.
Tsypin, V., *Istoriia Russkoipravoslavnoi tserkvi, 1917-1990,* Moscú, 1994.
Tucker, R. C., *Stalin in Power. The Revolution from Above, 1928-1941,* Londres, 1990.
Tucker, R. C., *Stalin as Revolutionary, 1879-1929: A Study in History and Personality,* Londres, 1974.
Tumarkin, N., *Lenin Lives! The Lenin Cult in Soviet Russia,* Londres, 1997.
Vasílieva, L., *Deti Kremlia,* Moscú, 2001.
Vasílieva, L., *Kremliovskie zhoni, Moscú, 1994.*
Viola, L., *Peasant Rebels Under Stalin: Collectivisation and the Culture of Peasant Resistanee,* Oxford, 1996.
Volkogónov, D., *Sern vozhdei. Galereia vozhdei,* vol. 1, Moscú, 1995.
Volkogónov, D., *Triumf i traguediia. Politicheskiiportret I. V. Stalina,* Moscú, 1989.
Volobúiev, O., Kuleshov, S., *Ochishchenie. Istoriia i perestroika. Publitsisticheskie zametki,* Moscú, 1989.
Watson, D., *Molotov and Soviet Government. Sovnarkom, 1930-1941,* Londres, 1941.
Watson, D., «The Politburo and Foreign Policy in the 1930S», en E. A. Rees (ed.), *The Nature of Stalin's Dictatorship. The Politburo, 1924-1953,* Moscú, 2004.
Watt, D. C., *How War Carne: The Immediate Origins of the Second World War, 1938-1939,* Londres, 1989.
Weller, K., *'Don't Be A Soldier!': the Radical Anti-War Movement in North London, 1914-1918,* Londres, 1985.
Wheatcroft, S. G., «From Team-Stalin to Degenerate Tyranny», en E. A. Rees (ed.), *The Nature of Stalin's Dictatorship. The Politburo, 1924-1953,* Londres, 2004.
Wheatcroft S. G.; Davies, R. W., «Agriculture», en R. W. Davies, M. Harrison y S. G. Wheatcroft, *The Economic Transformation of the Soviet Union, 1913-1945,* Cambridge. 1994.
Wheatcroft, S. G; Davies, R. W., «Population», en R. W. Davies, M. Harrison y S. G. Wheatcroft, *The Economic Transformation of the*

Soviet Union, 1913-1945, Cambridge, 1994.
Zémskov, V., «Prinuditelnie migratsii iz Pribaltiki v 1940-1950 gg.», *Otechestvennie arjivi* 1 (1993).
Zimín, A., *Uistokovstalinizma, 1918-1923*, París, 1984.
Zubkova, Y., «Obshchestvennaia atmosfera posle voiny (1945-1946)», *Svobodnaia mysl* 6 (1992).
Zubkova, Y., *Obshchestvo i reformy, 1945-1964, Moscú, 1993*.
Zubok, V.; Pleshakov, C., *Inside the Kremlin's Cold War: From Stalin to Khrushchev*, Cambridge, Mass., 1996.



ROBERT JOHN SERVICE (29-10-1947) es un historiador británico especializado en Rusia. Es, asimismo, escritor, comunicador y profesor en el St Antony's College de Oxford. Fue uno de los primeros historiadores en acceder a los archivos soviéticos tras el colapso de la URSS en 1991. Service estudió en la Universidad de Cambridge, donde se dedicó al estudio del ruso y del griego antiguo. Se trasladó después a las universidades de Essex y de San Petersburgo para realizar el posgraduado; y, enseñó en Keele, de la London School of Slavonic Studies (Escuela londinense de estudios eslavos) antes de establecerse como profesor en la Universidad de Oxford en 1998.

Entre 1986 y 1995, Service publicó una biografía monumental en tres volúmenes de Vladimir Iilich Lenin. Ha escrito varias obras sobre «Historia general de Rusia en el siglo XX», que han encontrado multitud de lectores en el gran público. Encaró la producción de una trilogía de biografías de los líderes soviéticos Lenin (2000), Stalin (2004) y Trosky (2009), todas editadas en español (las dos primeras por Ed. Sigo XXI y la última por Ediciones B), han sido o muy mal o muy bien recibidas. En el año 2011 se publicó en español, en Edic. B, *Camaradas* una historia de los partidos comunistas. Muchos críticos han alabado en Service sus análisis

desapasionados del siglo pasado de Rusia. Esto, combinado con su habilidad para la investigación y su estilo literario, ha hecho de Robert Service uno de los historiadores de la ex URSS más populares, al nivel de especialistas como Robert Conquest, Orlando Figes, Richard Pipes o Simon Sebag Montefiore.

Notas

[1] En la traducción española los nombres propios y otras palabras rusas se transcriben según versión simplificada del ruso al español tanto en el texto como en las notas finales *[N. de la T.]* <<

[1] N. Sujánov, *Zapiski o russkoi revoliutsii*. <<

[2] *Véase,* especialmente, B. Souvarine, *Staline: aperçu historique du bolchévisme;* L. Trotski, *Stalin. An Appraisal of the Man and His Influence;* T. Dan, *Proisjozhdenie bolshevizma: k istorii demokraticheskij i sotsialisticheskij idei v Rossii posle osvobozdeniya krestian.* <<

[3] Nadie, aparte de Lenin y Trotski, fue más condescendiente con él en los años veinte que Bujarin, quien pagó el precio más alto. Todavía no hay una explicación satisfactoria acerca de por qué otros líderes que fueron sus compañeros no se percataron a su debido tiempo de la potencial influencia de Stalin. La respuesta que ellos mismos dieron en su momento fue que no habían reparado en su astucia política. Como habían despreciado a Stalin considerándolo un oficinista ignorante, no previeron sus despiadadas habilidades para maniobrar y conspirar. Esto no basta. Hay que destacar que la rudimentaria explicación de los rivales derrotados por Stalin estaba motivada por el intento de sugerir que habían sido superados por un maestro en ardides que no guardaba similitud alguna con ellos y que no poseía talento propio. <<

[4] «Stalin (Dzhughashvili), Iósif Vissariónovich». <<

[5] *Iosif Vissarionovich Stalin* (1.ª ed.). <<

[6] G. Gorodetsky, *The Grand Delusion.* <<

[7] R. Conquest. *The Great Terror.* Conquest, al mismo tiempo que aporta detalles que iluminan la peculiaridad psicológica de Stalin, afirma que no estaba perturbado. <<

[8] El *Stalin* del trotskista Isaac Deutscher incorpora, después de la Segunda Guerra Mundial, las ideas fundamentales de los análisis trotskistas y mencheviques acerca de la trayectoria de Stalin que se habían hecho antes de la guerra, pero, a diferencia de la biografía de Trotski, insiste en que la dictadura personal de Stalin había hecho surgir cambios institucionales y educativos que al final podían actuar a favor de objetivos genuinamente comunistas. En una viñeta biográfica E. H. Carr ofrece una interpretación similar al enfatizar mucho más que Deutscher la tarea desplegada por Stalin en cuanto a la «modernización» general de Rusia: *Socialism in One Country, 1924-1926*, vol. 1, pp. 174-186. Incluso Trotski, pese a todo, insistió en que Stalin había dirigido cambios en la URSS cuyos efectos irían más allá de su control permanente. <<

[9] R. W. Davies, *Soviet History in the Yeltsin Era.* <<

[10] R. Medvédev, *Let History Judge*. <<

[11] D. Volkogónov, *Stalin: triumf i tragediia*. <<

[12] E. Radzinsky, *Stalin.* <<

[13] J. A. Getty, *Origins of the Great Purges.* <<

[14] S. Sebag Montefiore, *Stalin: At The Court of the Red Tsar;* M. Kun, *Stalin: An Unknown Portrait.* <<

[15] A. Ulam, *Stalin;* R. McNeal, *Stalin. Man and Leader;* R. Hingley, *Stalin;* R. Tucker, *Stalin.* <<

[16] R. McNeal, *Stalin. Man and Leader;* R. Tucker, *Stalin*, pp. 133-7. <<

[17] R. Slusser, *Stalin in October: The Man Who Missed the Revolution.* <<

[18] R. Medvédev, *Let History Judge*. <<

[19] R. Conquest, *The Great Terror;* R. Medvédev, *Let History Judge*. <<

[20] J. A. Getty, *The Origins of the Great Purges*. <<

[21] O. V. Jlévniuk, *1937-i*. <<

[1] *Iosif Vissarionovich Stalin* (1.ª ed.), p. 5. Para evitar cortes y cambios en este capítulo inicial he transliterado el apellido georgiano de Stalin como Dzhughashvili aun cuando, en sentido estricto, debería escribirse Dzhugashvili si se toma del texto ruso de la biografía oficial. <<

[2] Véanse las notas del encuentro del 23 de diciembre de 1946 tomadas por un participante, V. D. Mochálov: *Slovo tovarishchu Stalinu*, pp. 469-73. Le debo a Arfon Rees la observación acerca del disgusto de los bolcheviques por los relatos biográficos personales. <<

[3] RGASPI, f. 558, op. 4, d. 6. p. 1. <<

[4] Agradezco a Stephen Jones que haya compartido conmigo sus ideas acerca de este punto. <<

[5] J. Davrichewy, *Ah! Ce qu’on rigolait bien*, p. 90. Véase también A. Ostrovski, *Kto stoial za spinoi Stalina?*, p. 90. <<

[6] R. Medvédev, *Semia tirana*, p. 5 <<

[7] *Ibid.*, p. 4. <<

[8] J. Davrichewy, *Ah! Ce qu'on rigolait bien*, p. 27. <<

[9] *Ibid.* <<

[10] S. Beria, *Beria, My Father*, p. 21. <<

[11] J. Davrichewy, *Ah! Ce qu'on rigolait bien*, p. 27-28. Otra persona mencionada como padre biológico de Stalin es un tal Dzhulabovi: *ibid.* R. Brackman recientemente ha afirmado que Stalin era hijo bastardo de un sacerdote llamado Egnatashvili: *The Secret File of Joseph Stalin*, p. 4; pero la mayoría de las fuentes primarias señalan expresamente que Egnatashvili era el tabernero local. <<

[12] A. Mgueladze, *Stalin, kakim ya ego zna*, pp. 242-3. <<

[13] J. Davrichewy, *Ah! Ce qu'on rigolait bien*, pp. 27-9. <<

[14] R. Z. Medvédev, *Neizvestnyi Stalin*, p. 265. <<

[15] Le agradezco a Stephen Jones que haya discutido este asunto conmigo.
<<

[16] *Sochineniia*, vol. 13, p. 113. <<

[17] S. Allilúeva, *Tolko odin god*, p. 313. <<

[18] *Ibid.* <<

[19] G. K. Zhúkov, *Vospominaniia irazmyshleniia*, vol. 3, p. 215. <<

[20] A. Ostrovski, *Kto stoialza spinoi Stalina*, p. 95. <<

[21] *Ibid.* <<

[22] Recuerdo de G. I. Elisabedashvili en *Stalin: v vospominaniiaj i dokumentov epoji*, p. 12. <<

[23] GFIML, f. 8, op. 2, ch. 1, d. 24, p. 191, citado en A. Ostrovski, *Kto stoial za spinoi Stalina. p. 97.* <<

[24] *Ibid.* y J. Davrichewy, *Ah! Ce qu’on rigolait bien*, p. 38. <<

[1] Esta es la observación hecha por A. Ostrovski, *Kto stoial za spinoi Stalina?*, p. 97. <<

[2] *Ibid.*, pp. 100-1. <<

[3] V. Kaminski e I. Vereshchagin, *Detstvo i yunostvozhdia*, pp. 28 y 43-4; véase también A. Ostrovski, *Kto stoial za spinoi Stalina?*, pp. 100-1. <<

[4] F. Y. Majaradze y G. V. Jachapuridze, *Ocherkipo istorii rabochego i krestianskogo dvizheniia v Gruzii*, pp. 143-4. Esta parte del libro fue escrita exclusivamente por Majaradze. <<

[5] *Ibid.*, p. 144. <<

[6] RGASPI, f. 71, op. 10, d. 275. Véase M. Kun, *Stalin. An Unknown Portrait*, p. 18. <<

[7] Hay un relato implícito de los infortunios materiales de Beso en *Sochineniia*, vol. 1, p. 318. <<

[8] También se ha echado la culpa a incidentes ocurridos mientras patinaba o luchaba: ver A. Ostrovski, *Kto stoial za spinoi Stalina?*, p. 95. Pero la historia del faetón es con mucho la más probable. <<

[9] A. Ostrovski sugiere que el accidente pudo haber precedido a la época escolar de Stalin: *ibid.*, p. 99. <<

[10] J. Iremaschwili, *Stalin unddie Tragödie Georgiens*, p. 5. <<

[11] J. Davrichewy, *Ah! Ce qu’on rigolait bien*, pp. 71 y 73. <<

[12] Véase *infra*, p. 522. <<

[13] J. Davrichewy, *Ah! Ce qu’on rigolait bien*, p. 39. <<

[14] *Ibid.*, p. 82. <<

[15] *Ibid.*, pp. 43-4. <<

[16] *Ibid.*, p. 61. <<

[17] J. Iremaschwili, *Stalin und die Tragödie Georgiens*, p. 18. <<

[18] V. Kaminski e I. Vereshchaguin, *Detstvo iyunost vozhdia*, p. 48. <<

[19] J. Davrichewy, *Ah! Ce qu’on rigolait bien*, p. 59. <<

[20] *Ibid.* <<

[21] *Ibid.* <<

[22] RGASPI, f. 558, op. 4, d. 61, p. 1. <<

[23] A. Chelidze. «Neopublikovannie materialy iz biografii tovarishcha Stalina», p. 19. <<

[24] No quiero decir que tal supervisión aritmética fuera realizada con imparcialidad. Por el contrario, manipulaba deliberadamente los registros de salida de grano en la década de los veinte. <<

[25] RGASPI, f. 558, op. 4, d. 61, p. 1. <<

[1] A una edad avanzada, Stalin le describió sus primeros tiempos en Tbilisi a K. Charkviani. He obtenido esta referencia de las notas de las memorias de Charkviani que Simón Sebag Montefiore amablemente compartió conmigo: p. 2a. Véase también *Stalin: v vospotninaniiaj sovremennikov i dokumentov epoji,* p. 18. <<

[2] *Istoricheskie mesta Tbilisi. Putevoditelpo mestam, svyazannym s zhizniu i deiatelnostiu I. V. Stalina*, pp. 30-1. <<

[3] Le agradezco a Peter Strickland que me asesorara acerca de la arquitectura europea del siglo XIX. <<

[4] Véase M. Agursky, «Stalin’s Ecclesiastical Background», pp. 3-4. <<

[5] *Ibid.*, p. 6. <<

[6] El original ruso era *sobachii yazik*, que puede traducirse literalmente como «una lengua de perros». En ambas traducciones, de cualquier manera, era muy ofensivo para los georgianos. <<

[7] T. Darlington, *Education in Russia*, p. 286. <<

[8] *Ibid.*, p. 287. <<

[9] N. Zhordaniia, *Moia zhizn*, p. 8. <<

[10] T. Darlington, *Education in Russia*, p. 288. <<

[11] RGSPI, f. 558, op. 4, d. 17, p. 1. <<

[12] T. Darlington, *Education in Russia*, p. 286. <<

[13] J. Iremaschwili, *Stalin und die Tragödie Georgiens*, pp. 16-17. <<

[14] J. Davrichewy, *Ah! Ce qu’on rigolait bien*, p. 113. <<

[15] N. Zhordaniia, *Moia zhizn*, p. 11. <<

[16] *Ibid.*, p. 12. <<

[17] G. Uratadze, *Vospominaniia gruzinskogo sotsial-demokrata*, pp. 58-9.
<<

[18] N. Zhordaniya, *Moiazhizn*, pp. 25 y 27. Zhordaniia anteriormente había declinado la invitación de Ilia Chavchavadze para editar *Iveria:* deseaba una autonomía política completa. <<

[19] *Ibid.*, pp. 29-30. <<

[20] *Istoricheskie mesta Tbilisi*, p. 25. <<

[21] *Iveria* 23 (1895). <<

[22] N. Zhordaniia, *Moia zhizn*, p. 31. <<

[23] *deda ena* (ed. Y. Goguebashvili: edición de 1912). <<

[24] I. Stalin, *Stiji*, p. 3. Varias biografías de Stalin suponen erróneamente que estaba dedicada a Guiorgui Eristava, el poeta que se exilió a las provincias polacas del Imperio ruso en 1832. <<

[25] M. Kun cita archivos que indican que el poema de Eristavi era recordado como de contenido «revolucionario» por un compañero del Seminario; véase *Stalin: An Unknown Portrait*, p. 77. <<

[26] Una versión más plausible de esta anécdota era que los seminaristas pedían prestados los libros según el modo habitual a cambio de una suma y luego se turnaban para copiarlos a mano: recuerdo de M. Chiaureli de una conversación con Stalin en A. Fadeer (ed.), *Vstrechis tovaríshchem Stalinym*, pp. 156-7. <<

[27] *Stalin: v vospominaniiaj sovremennikov i dokumentov epoji*, p. 24. <<

[28] J. Iremaschwili, *Stalin unddie Tragödie Georgiens*, p. 20. <<

[29] «I. V. Stalin o “Kratkom kurse po istori” VKP(b)». Stenogramma vystupleniia no soveshchanii propagandistov Moskvy i Leningrada, *Istoricheski arjiv* 5 (1994), p. 12. <<

[30] Véanse los resultados en RGASPI, f. 558, op. 4, dd. 48 y 665. <<

[31] Y. Goguebashvili, *deda ena* (1912). La Casa Museo Estatal de J. V. Stalin en Gori también conserva la edición de 1916 en la Sala I. <<

[32] Registros de los alumnos del Seminario de Tiflis de 1898-9: RGASPI, f. 558, op. 4, d. 53, p. 1. <<

[33] Relato de Stalin de 1931, reproducido en *Istoricheskie mesta Tbilisi*, p. 29. <<

[1] *Iosif Vissarionovich Stalin: biografiia* (2.ª ed.), p. 10. Como esta clase de ocupación era difícilmente compatible con la reputación de Stalin como militante marxista, es probable que sea cierta. <<

[2] Sala I, GDMS. notas 607 <<

[3] Véase la cinta magnetofónica y varios registros escritos en Sala II, GDMS. <<

[4] *Istoricheskie mesta Tbilisi. Putevoditelpo mestam, sviazannym s zhizniu i deiatelnostiu I. V. Stalina*, pp. 30-1. <<

[5] *Ibid.*, p. 32. <<

[6] *Lado Ketsjoveli: Sbornik dokumentov i materialov*, pp. 174-5. <<

[7] J. Iremaschwili, *Stalin unddie Tragödie Georgiens*, p. 24. <<

[8] A. Guío, *Zhizn podpolnika*, p. 25 (escrito acerca del grupo liderado por el conocido de Stalin, Silva Dzhibladze). <<

[9] *Ibid.*, p. 54. <<

[10] J. Davrichewy, *Ah! Ce qu’on rigolait bien*, p. 111. <<

[11] N. Zhordaniia, *Moia zhizn*, pp. 29-30. <<

[12] J. Iremaschwili, *Stalin und die Tragödie Georgiens*, p. 25. <<

[13] *Ibid.* <<

[14] G. Uratadze, *Vospominaniia gruzinskogo sotsial-demokrata*, pp. 66-7. <<

[15] Véase E. Smith, *The Young Stalin*, p. 78. <<

[16] Véase *infra*, pp. 70-2. <<

[17] Véase la historia del marxismo georgiano de Stephen Jones, capítulo 4 (en prensa). Un suscinto resumen de las ideas de N. Zhordaniia aparece en su «Natsionalnyi vopros», *Borba* 2 (1914), pp. 26-31. <<

[18] Relato de Stalin en una reunión en el Kremlin el 28 de diciembre de 1945, registrado por V. D, Mochalov: *Slovo tovarishchu Stalinu*, p. 461. <<

[19] A. Yenukidze, «Istoriia organizatsiia i raboty nelegalnyj tipografii R.S.D.R.P. (bolshevikov) na Kavkaze za vremya ot 1900 po 1906 g.», en *Tejnika bolshevistskogo podpolya*, p. 20. <<

[20] L. B. Krasin, «Bolshevistskaia partiinaiia tejnika», en *ibid.*, p. 10. <<

[21] G. Uratadze, *Vospominaniia gruzinskogo sotsial-demokrata*, p. 193; A. S. Yenukidze, «Istoriia organizatsii i raboty nelegalnyj tipografii R.S.D.R.P. (bolshevikov) na Kavkaze», pp. 20-5; N. Zhordaniia, *Moia zhizn*, p. 35. <<

[22] S. T. Arjomed, *Rabochee dvizhenie i sotsial-demokratia na Kavkaze*, pp. 81-4. <<

[23] G. Uratadze, *Vospominania gruzinskogo sotsial-demokrata*, pp. 66-7. <<

[24] S. T. Arjomed, *Rabochee dvizhenie i sotsial-demokratia na Kavkaze*, pp. 81-4. <<

[25] *Stalin i Jasim (1901-1902 gg.)*. La importancia de este relato fue establecida por M. Kun, *Stalin: An Unknown Portrait*, pp. 49-50. Mi agradecimiento a George Hewitt por asesorarme sobre nomenclatura abjasia y sobre la probable nacionalidad del campesino. <<

[26] I. V. Stalin, *Sochineniia*, vol. 1, pp. 11-31. <<

[27] Véase el relato de Stalin en la reunión en el Kremlin el 28 de diciembre de 1945 registrada por V. D. Mochalov: *Slovo tovarishchu Stalinu*, p. 461. <<

[28] *Ibid.*, p. 462. <<

[29] A. Yenukidze, «Istoriia organizatsiia i raboty nelegalnyj tipografii», p. 28. <<

[30] *Ibid.* <<

[31] N. Zhordaniia, *Moia zhizn*, p. 30. <<

[32] I. V. Stalin, *Sochineniia*, vol. 1, pp. 7 y 9. <<

[33] S. Kavtaradze, *tsareulis purtsebli*, vol. 1, pp. 17-20. Le agradezco a Zakro Megreleshvili por su ayuda con la traducción de estas importantes memorias, <<

[34] G. Uratadze, *Vospominaniia gruzinskogo sotsial-demokrata*, p. 70. <<

[35] S. Allilúev, *Proidionyi put*, p. 109. <<

[36] G, Uratadze, *Vospominaniia gruzinskogo sotsial-demokrata*, p. 68. <<

[37] *Ibid.*, p. 66. <<

[38] *Ibid.*, p. 65. <<

[39] *Ibid.* <<

[40] *Ibid.*, p. 66. <<

[41] S. Kavtaradze, *tsareulis purtsebli*, vol. 1, p. 17. <<

[42] *Ibid.*, p. 18. <<

[43] *Ibid.*, p. 20; relato de Stalin como lo contó en un encuentro privado de destacados propagandistas oficiales el 28 de diciembre de 1945: véanse las notas de V. D. Mochalov en *Slovo tovarishchu Stalinu*, p. 463. <<

[44] I. V. Stalin, *Sochineniia*, vol. 1, p. X: comentario a cargo del grupo editorial anónimo del Instituto Marx-Engels-Lenin. <<

[45] S. Kavtaradze, *tsareulis purtsebli*, vol. 1, pp. 17-20. <<

[46] *Ibid.*, p. 18. <<

[47] *Ibid.* <<

[1] S. Kavtaradze, *tsareulis purtsebli*, vol. 1, p. 24. <<

[2] *Revoliutsiia 1905 goda v Zakavkazi*, pp. 70-1. <<

[3] *Ibid.*, p. 89. <<

[4] S. Vereshchak, «Stalin v tiurme», parte 2, *Dni*, 24 de enero de 1928. <<

[5] *Perepiska V. I. Lenina i rukovodimyj im uchrezhdenii RSDRP s mestnymi partiinymi organizatsiami, 1905-1907*, vol. 2, parte 1, p. 294. <<

[6] *Pravda*, 24 de abril de 1920. Se ha especulado sobre si ésta fue en realidad la reacción inicial de Stalin hacia Lenin o no, pues al describir a Lenin positivamente en tales términos estaba implícitamente refiriéndose a sí mismo tanto como a Lenin ante quienes le escuchaban en abril de 1920. No obstante, no es una reacción improbable. <<

[7] B. Górev, «Za kulisami pervoi revoliutsii», pp. 16-17; I. V. Stalin, *Pravda*, 24 de abril de 1920. <<

[8] Nota editorial de R. Márkov, *Chetviortyi (obedinitelnyi) siezd RSDRP* (edición de 1949), p. 34. <<

[9] M. Stugart en su columna de preguntas de los lectores, *Dagens Nyheter,* 22 de marzo de 2004. <<

[10] *Chetviortyi siezd*, p. 116. <<

[11] *Ibid.*, p. 224. <<

[12] *Ibid.*, p. 311. <<

[13] *Ibid.*, pp. 78-9,81 y 116. <<

[14] *Ibid.*, pp. 78-9 y 224. <<

[15] J. Davrichewy, *Ah! Ce qu’on rigolait bien*, p. 228. <<

[16] Y Allilúev, *Jronika odnoi semi*, p. 108. <<

[17] Véase el relato de M. Kun, *Stalin: An Unknown Portrait*, pp. 342-3. <<

[18] Véase *infra*, pp. 90-2. <<

[19] Véase *infra*, pp. 73-4. <<

[20] W. J. Fishman, *East End 1888*, pp. 131-72. <<

[21] Y. Yemeliánov en *Stalin. K shestidesyatyu so dnya rozhdeniia*, p. 197.
<<

[22] Véase K. Weller, *«Don’t Be a Soldier!»*, p. 85. <<

[23] *Daily Express*, 5 de enero de 1950. <<

[24] *Pyatyi (londonskii) siezd RSDRP*, p. 121. <<

[25] N. Zhordaniia, *Moia zhizn*, p. 53. <<

[1] R. G. Suny, «A Jorneyman for the Revolution», pp. 373-4. <<

[2] *Diskussionnyi Listok. Prilozhenie k Tsentralnomu Organu ‘Sotsial-demokrat’* (París), 24 de mayo / 7 de junio de 1910, pp. 26-7. Probablemente escribió esto antes de ser arrestado. Una réplica de Noé Zhordaniia se incluyó en el mismo ejemplar, pp. 28-30. <<

[3] *Ibid.*, pp. 26-28. <<

[4] *Krasnyi arjiv* 2 (1941), pp. 14 y 17-18. <<

[5] A. Allilúeva, *Vospominaniia*, p. 109. <<

[6] *Pyatyi (londonskii) siezd RSDRP*, p. 87. <<

[7] J. Iremaschwili, *Stalin und die Tragödie Georgiens*, p. 40. <<

[8] *Ibid.*, p. 39. <<

[9] *Ibid.* David Machavariani, uno de los amigos de la escuela de Iósef Dzhughashvili, corroboró —después de la Segunda Guerra Mundial— los profundos efectos que tuvo la muerte de su esposa: J. Davrichewy, *Ah! Ce qu'on rigolait bien*, p. 35. <<

[10] Véase *supra*, capítulo 1. <<

[11] J. Iremaschwili, *Stalin und die Tragödie Georgiens*, p. 39. <<

[12] S. Kavtaradze, *tsareulis purtsebli*, vol. 1, p. 99. <<

[13] I. V. Stalin, *Sochineniia,* vol. 1, pp. 314-15. <<

[14] RGASPI. f. 71, op. 10, d. 275. Véase M. Kun. *Stalin: An Unknown Portrait*, p. 18, para el relato completo. <<

[15] S. Talakvadze, *Kistorii Kommunisticheskoi partii Gruzii*, p. 118. <<

[16] R. Brackman, *The Secret File*, pp. 133-5,186-93 y 281-9. <<

[17] G. Uratadze, *Vospominaniia gruzinskogo sotsial-demokrata*, p. 67. <<

[18] A. Guío, *Zhiznpodpolnika*, p. 67. <<

[19] *Ibid.*, p. 69. <<

[20] *Ibid.*, p. 70. <<

[21] *Ibid.*, pp. 70 y 72. <<

[22] *Ibid.*, p. 73. <<

[23] J. Davrichewy, *Ah! Ce qu’on rigolait bien*, pp. 174 y 199. Stalin también reconoció a Kandide Charkviani que las «expropiaciones» eran llevadas a cabo por su grupo del partido: véase la p. 14 de sus memorias inéditas. <<

[24] J. Davrichewy, *Ah! Ce qu’on rigolait bien*, pp. 175-6 y 188-9. <<

[25] I. V. Stalin, *Sochineniia*, vol. 13, p. 222: entrevista con Emile Ludwig. <<

[26] Véase *supra*, pp. 35-6. <<

[27] RGASPI, f. 332, op. 1, ed. j. 53. Esta fuente fue analizada en primer lugar por M. Kun, *Stalin: An Unknown Portrait*, pp. 77-9. <<

[28] Véase B. Nikolaievski, «K istorii “Bolshevistskogo Tsentra”», vol. 1, p. 68: Papeles de Nikolaievski, St Antony’s College Library, Oxford. <<

[29] R. Arsenidze, *Novyi zhurnal* 72 (1963), p. 232; Y. Martov, *Vperiod* 51, 31 de marzo de 1918; *Pravda*, 1 de abril de 1918. <<

[30] Véanse las memorias de Semión Vereshchak, «Stalin v tiurme». <<

[31] K. S. [I. V. Stalin], «Pismo s Kavkaza», *Diskussionnyi Ustok. Prilozhenie k Tsentralnomu Organu ‘Sotsial-demokrat’* 2, 24 de mayo / 7 de junio de 1910, pp. 26-7. <<

[32] An [N. Zhordaniia], «Po povodu, Pismo s Kavkaza», *ibid.*, p. 28. <<

[33] I. V. Stalin, *Sochineniia*, vol. 2, pp. 50-1. <<

[34] El significado de este cambio lingüístico fue advertido en primer lugar por A. Rieber, «Stalin, Man of the Borderlands», p. 1676. <<

[35] S. Vereshchak, «Stalin v tiurme». <<

[36] Ibid. <<

[37] Ibid. <<

[38] Ibid. <<

[39] Ibid. <<

[40] Véase M. Kun, *Stalin: An Unknown Portrait*, p. 98. <<

[41] *Ibid.*, pp. 115-17. <<

[42] Véase el relato de las entrevistas realizadas por L. Vasílieva, *Deti Kremlia*, pp. 168-9 y 176. <<

[1] Véase *supra*, pp. 60 y 65. <<

[2] N. Zhordaniia, *Moia zhizn*, p. 53. <<

[3] G. Uratadze, *Vospominaniia gruzinskogo sotsial-demokrata*, p. 234. <<

[4] *Vserossiskaia Konferentsiia Ros. Sots.-Dem. Rab. Partii 1912 goda:* véase la introducción de R. C. Elwood, pp. xx-xxi. <<

[5] Véase M. Kun, *Stalin: An Unknown Portrait*, p. 130. <<

[6] V. I. Lenin, *Polnoe sobranie sochinenii*, vol. 48, p. 53. <<

[7] *Molotov. Poluderzhavnyi vlastelin*, p. 197. <<

[8] *deda ena* (ed. Y. Goguebashvili: edición de 1912). El poema en cuestión era «La mañana». <<

[9] I. V. Stalin, *Sochineniia,* vol. 2, p. 219. <<

[10] Había dejado de mostrar su lado romántico desde que dejó el Seminario de Gori: véase *supra*, pp. 39-40. <<

[11] Claramente el mejor trabajo acerca de la transformación de la personalidad política e «individual» de Stalin es «Stalin, Man of the Borderlands», de A. Rieber, que arroja luz sobre las cualidades artificiales de su autorrepresentación desde 1900, y no sólo desde 1912. Creo, sin embargo, que después de 1912, más que convertirse en una especie de ruso, Stalin adoptó una personalidad binacional que en un momento determinado podía enfatizar bien el aspecto ruso, bien el georgiano. <<

[12] V. I. Lenin, *Polnoe sobranie sochinenii*, vol. 48, p. 162. Para los contenidos del folleto, véase *infra*, pp. 94-8. <<

[13] S. Vereshchak, «Stalin v tiurme». <<

[14] A. S. Allilúeva, *Vospominaniia*, p. 115. <<

[15] S. Vereshchak, «Stalin v tiurme». <<

[16] Stalin le relató la historia a A. Y. Golovánov poco antes de la Conferencia de Teherán de 1943. Golovánov a su vez se la contó a Félix Chúiev: véase *Molotov. Poluderzhavnyi vlastelin*, p. 202. <<

[17] A. Allilúeva, *Vospominaniia*, p. 113. <<

[18] *Ibid.*, p. 115. <<

[19] *Ibid.*, p. 116. <<

[20] V. I. Lenin, *Polnoe sobranie sochinenii*, vol. 22, pp. 207-9. El artículo estaba entonces inédito. <<

[21] *Bolshevistskoe rukovodstvo. Perepiska, 1912-1927*, p. 16. <<

[22] *Ibid.* <<

[23] *Ibid.* <<

[24] *Zastolnye rechi Stalina*, p. 301. Le contó una historia similar a Kandide Charkviani: véanse sus memorias inéditas, p. 25. <<

[25] N. Lenin, «Zametki publitsista», p. 9. <<

[26] RGASPI, f. 558, op. 4, d. 647, p. 432. <<

[27] Véase *infra*, p. 440. <<

[28] RGASPI, f. 558, op. 4, d. 647, pp. 432-3. <<

[29] *Ibid.*, p. 433. <<

[30] *Ibid.* <<

[31] Los contenidos del folleto se exponen *infra*, pp. 94-8. <<

[32] F. Samóilov, «O Lenine i Staline»: RGASPI, f. 558, op. 4, d. 659, p. 1
<<

[33] *Prosveshchenie* 3-5 (1913). <<

[34] I. V. Stalin, *Sochineniia*, vol. 1, pp. 368-72: «Polozhenie v sotsial-demokraticheskoi fraktsii». Fue publicado en *Pravda* el 26 de febrero de 1913. <<

[1] Bogdánov desarrolló ideas que, si hubiesen tenido una mayor difusión, habrían dado que pensar desde la década de los sesenta a los conocidos como postmodernos. Aunque insistía en que la «cultura» nunca es un simple reflejo de las relaciones ecónomicas de producción, también estipulaba que las percepciones colectivas, percepciones que ciertamente reflejan los intereses de grupos sociales particulares, informan y condicionan tanto lo que se piensa como lo que se puede pensar en una sociedad. Bogdánov no tenía todas las respuestas. Sin embargo su *oeuvre*, producida en el cambio de siglo, fue desatendida en el extranjero y suprimida en su tierra, y la falta de consideración a sus ideas ha retrasado la desestimación del postmodernismo en boga. <<

[2] Véase *infra*, pp. 355-6. <<

[3] J. Davrichewy, *Ah! Ce qu’on rigolait bien*, p. 212. <<

[4] *Slovo tovarishchu Stalinu*, p. 462: de las notas tomadas por V. D. Mochálov en el encuentro con Stalin el 28 de diciembre de 1945. <<

[5] Incluso Davrishevi admite esto: J. Davrichewy, *Ah! Ce qu’on rigolait bien*, p. 212. <<

[6] Véase también *infra*, p. 298. <<

[7] Véase *supra*, pp. 61-2. <<

[8] Véase *supra*, p. 62. <<

[9] S. Shaumian, *Izbrannye proizvedeniia*, vol. 1, p. 267. <<

[10] I. M. Dubinski-Mujadze, *Shaumian*, p. 156. <<

[11] F. D. Krétov, *Borba V. I. Lenina za sojranenie i ukreplenie RSDRP v gody stolypinskoi reaktsii*, p. 141. <<

[12] I. M. Dubinski-Mujadze, *Shaumian*, p. 156. <<

[13] «Sotsial-demokratiia i natsionalnyi vopros», en I. V. Stalin, *Sochineniia,* vol. 1, p. 295. <<

[14] *Ibid.* <<

[15] Véase *supra*, p. 52. Le agradezco a Stephen Jones su ayuda en la formulación de este párrafo. Véase también el capítulo 8 de su historia del marxismo georgiano antes de la Revolución de octubre (en prensa). <<

[16] «Sotsial-demokratiia i natsionalnyi vopros», *Prosveshchenie* 5 (1913), p. 27. <<

[17] I. V. Stalin, *Sochineniia*, vol. 1, p. 296. <<

[18] Véase *supra*, p. 37. <<

[19] I. V. Stalin, *Sochineniia*, vol. 1, p. 307. <<

[20] *Ibid.*, p. 313. <<

[21] *Prosveshchenie* 5 (1914), p. 27. <<

[22] *Ibid.* <<

[23] *Ibid.*, pp. 32-6. <<

[24] An [Zhordaniia], «Natsionalnyi vopros», *Borba* (San Petersburgo) 2,18 de marzo de 1914, p. 31.<<

[25] *Ibid.*, p. 26. <<

[26] «Sotsial-demokratiia i natsionalnyi vopros», *Sochineniia*, vol. 1, p. 340.
<<

[27] *Ibid.*, pp. 340-1. <<

[28] *Ibid.* <<

[29] «K natsionalnomu voprosu: evreiskaia burzhuznaia i bundovskaia kulturno-natsionalnaia avtonomiia», *Prosveshchenie* 6 (junio de 1913), pp. 69-76. <<

[30] *Molotov. Poiuderzhavnyi vlastelin*, p. 258. <<

[31] *Véase* R. Service, *Lenin: A Biography*, pp. 16-18. <<

[1] B. I. Ivánov, *Vospominaniia rabochego boishevika*, p. 21. <<

[2] N. L. Meshcheriakov, *Kak my zhili v ssylke*, p. 63. <<

[3] A. V. Baikálov, «Turujanskii “bunt” politicheskij ssylnyj», p. 56; *Atlas aziatskoi Rossii*, mapa 56. <<

[4] *Atlas aziatskoi Rossii*, mapas 48-51 y 54-5. <<

[5] *Atlas aziatskoi Rossii,* mapa 58a; S. Spandarián (Timoféi), *Stati, pisma, dokumenty, 1882-1916,* p. xxxviii (nota editorial). <<

[6] A. V. Baikálov, «Turujanskii “bunt” politicheskij ssylnyj», pp. 51-2. <<

[7] Véase la exposición de G. Kennan, *Siberia and the Exile System*, vol. 1, p. 329 y vol. 2, p. 43. <<

[8] *Bolshevistskoe rukovodstvo. Perepiska, 1912-1927*, p. 18. <<

[9] N. L. Meshcheriakov, *Kak my zhili v ssylke*, p. 75. <<

[10] A. V. Baikálov, «Turujanskii “bunt” politicheskij ssylnyj», pp. 53 y 57.
<<

[11] A. V. Baikálov, «Turujanskii “bunt” politicheskij ssylnyj», p. 53. <<

[12] Informe del 27 de abril de 1914 en «K 20-letiiu smerti Y. M. Sverdlova», *Krasnyi arjiv* 1 (1939), pp. 83-4. <<

[13] *Bolshevistskoe rukovodstvo. Perepiska, 1912-1927*, p. 19. <<

[14] *Ibid.* <<

[15] Véase A. Ostrovski, *Kto stoial za spinoi Stalina?*, pp. 400-1. <<

[16] *Bolshevistskoe rukovodstvo. Perepiska, 1912-1927*, p. 19. <<

[17] Y. M. Sverdlov, *Izbrannye proizvedeniia*, vol. 1, p. 266. <<

[18] Esto quedó claro, aunque sólo implícitamente, en S. Spandarián (Timoféi), *Stati, pisma, dokumenty,* p. xxxviii (nota editorial). Hasta donde yo sé, ninguna biografía de Stalin ha señalado que la carta de Sverdlov contenía una confusión básica o que, por lo tanto, Stalin no vivió junto al río Kureika al norte del Círculo Polar Ártico. <<

[19] Y. Trífonov, *Otblesk kostra* (Moscú, 1966), pp. 47-8, en R. Medvédev, *Let History Judge*, pp. 5-6. <<

[20] Y. M. Sverdlov, *Izbrannye proizvedeniia*, vol. 1. pp. 268-9. <<

[21] *Ibid.*, p. 268. <<

[22] *Ibid.*, pp. 276-7. <<

[23] *Ibid.*, p. 289. <<

[24] *Izvestia*, 8 de diciembre de 2000; «I. V. Stalin dal slovo zhenitsia», *Istochnik*, 4 (2002), p. 74. Véase también A. Ostrovski, *Kto stoial za spinoi Stalina?*, p. 407. <<

[25] Y. M. Sverdlov, *Izbrannye proizvedenia*, vol. 1, p. 289. <<

[26] *Bolshevistskoe rukovodstvo. Perepiska, 1912-1927*, p. 18. <<

[27] *Ibid.* <<

[28] RGASPI, f. 558, op. 4, d. 647, p. 434. <<

[29] *Ibid.*, f. 558, op. 1, d. 4235, p. 1 y d. 4337, p. 1. <<

[30] *Bolshevistskoe rukovodstvo. Perepiska, 1912-1927*, p. 20. <<

[31] B. I. Ivanov, *Vospominaniia rabochego boishevika*, pp. 120-1. <<

[32] A. S. Allilúeva, *Vospominaniia*, p. 167. <<

[33] *Molotov. Poluderzhavnyi vlastelin*, p. 298. <<

[34] A. S. Allilúeva, *Vospominaniia*, p. 168. <<

[35] F. S. Allilúev, «V purgu» (memorias inéditas): RGASPI, f. 558, op. 4, d. 663, p. 115. El relato de Allilúev esta basado en lo que Stalin le contó a él. <<

[36] *Ibid.*, pp. 120 y 122. <<

[37] A. S. Allilúeva, *Vospominaniia*, p. 189. <<

[38] F. S. Allilúev, «V purgu» (memorias inéditas): RGASPI, f. 558, op. 4, d. 663, p. 123. <<

[39] *Zastolnie rechi Stalina. Dokumenty i materialy*, pp. 82-3. <<

[40] *Ibid.*, p. 83. <<

[41] F. S. Allilúev, «V purgu» (memorias inéditas): RGASPI, f. 558, op. 4, d. 663, p. 112. <<

[42] *Bolshevistskoe rukovodstvo. Perepiska, 1912-1927*, p. 21. <<

[1] A. S. Allilúeva, *Vospominaniia*, p. 166; V. Shvéitser, *Stalin* v *turujanskoi ssylke*, pp. 40-7. <<

[2] B. I. Ivanov, *Vospominaniia rabochego bolshevika*, p. 160. <<

[3] A. S. Allilúeva, *Vospominaniia*, p. 165. <<

[4] B. I. Ivanov, *Vospominaniia rabochego bolshevika*, p. 160. <<

[5] *Ibid.* <<

[6] A. V. Baikaloff, *I Knew Stalin*, pp. 28-9. <<

[7] *Ibid.*, p. 29. <<

[8] *Ibid.* <<

[9] *Ibid.*, p. vii. <<

[10] *Ibid.*, p. 28. <<

[11] Véase *supra*, p. 82 e *infra*, p. 359. <<

[12] Véase *infra*, p. 357. <<

[13] A. Allilúeva, *Vospominaniia*, p. 165; estas memorias fueron escritas cerca de tres décadas más tarde. Anna lo vio posteriormente el día 12 de marzo de 1917. <<

[14] F. Allilúev, «Ot Moskvy do Tsaritsyna. (Vstrechi s t. Stalinym)»: RGASPI, f. 558, op. 4, d. 663, p. 14. <<

[15] A. Allilúeva, *Vospominaniia*, p. 165. <<

[16] *Ibid.* <<

[17] «Protokoly i rezoliutsii Biuro TsK RSDRP(b) (mart 1917 g.)», *VIKPSS* 3 (1962), p. 143. <<

[18] *Ibid.* <<

[19] *Ibid.* <<

[20] RGASPI, f. 558, op. 1, d. 55, pp. 1-2. <<

[21] A. Allilúeva, *Vospominaniia*, p. 166. <<

[22] *Ibid.*, pp. 168-70. <<

[23] «Protokoly i rezoliutsii Biuro TsK RSDRP(b) (mart 1917 g.)», *VIKPSS* 3 (1962), pp. 146 y 148. <<

[24] A. G. Shliapnikov, *Semnadtsatyi god*, vol. 2, p. 180; *Molotov. Poluderzhavnyi vlastelin*, p. 214. <<

[25] «O voine», *Pravda*, 16 de marzo de 1917. <<

[26] «Na puti k ministerskim portfeliam», *Pravda*, 17 de marzo de 1917. <<

[27] «Ob usloviiaj pobedy russkoi revoliutsii», *Pravda*, 18 de marzo de 1917. <<

[28] «Ob otmene natsionalnyj ogranicheniiaj», *Pravda*, 25 de marzo de 1917. <<

[29] *Ibid.* Véase también «Protiv federalizma», *Pravda*, 28 de marzo de 1917. <<

[30] «Protokoly Vserossiiskogo (martovskogo) soveshchaniia partiinyj rabotnikov, 27 marta-2 aprelia 1917 g.», *VIKPSS* 5 (1962), pp. 111-12. <<

[31] *Ibid.*, p. 112. <<

[32] *Ibid.*, 6, p. 137. <<

[33] *Ibid.*, p. 140. <<

[34] F. F. Raskólnikov, «Priezd tov. Lenina v Rossiu», *Pro letarskaia revoliutsiia* 1 (1923), p. 221. <<

[35] Véanse los convincentes comentarios de R. Slusser, *Stalin in October,* pp. 49-50. <<

[1] Para una primera aproximación a este fenómeno poco estudiado, véase R. Service, *The Bolshevik Party in Revolution*, p. 47. <<

[2] Véase *supra*, p. 62. <<

[3] «Zemliu — krestianam», *Pravda*, 14 de abril de 1917. <<

[4] Véase, por ejemplo, «O voine», *Pravda*, 16 de marzo de 1917. <<

[5] Acerca de la renuncia (temporal) de Lenin a usar esta terminología, véase R. Service, *Lenin: A Political Life*, vol. 2, pp. 223-8. <<

[6] *Ibid.* <<

[7] R. Service, *The Bolshevik Party in Revolution*, pp. 46, 53-4. <<

[8] *Véase* R. Service, *Lenin: A Political Life,* vol. 2, pp. 223-8. <<

[9] *Sedmaia (aprelskaia) vserossiiskaia konferentsiia RSDRP (bolshevikov),* p. 227. <<

[10] *Ibid.*, p. 225. <<

[11] *Ibid.*, p. 228. <<

[12] S. Pestkovski, «Vospominaniia o rabote v Narkomnatse (1917-1919 gg.)», p. 126. <<

[13] *Ibid.*, p. 124. <<

[14] Véase el relato de I. Getzler acerca del significado de la frase de Sujanov en *Nikolai Sukhanov*, pp. 82-5. <<

[15] Véase *supra*, p. 117. <<

[16] A. S. Allilúeva, *Vospominaniia*, pp. 183-5. <<

[17] Borrador de las memorias de A. S. Allilúeva: RGASPI, f. 4, op. 2. d. 45, p. 6. <<

[18] *Molotov. Poluderzhavnyi vlastelin*, p. 216. <<

[19] *Ibid.*, pp. 216-17. <<

[20] *Ibid.*, p. 297. <<

[21] A. S. Allilúeva, *Vospominaniia*, pp. 184-5. <<

[22] *Ibid.*, pp. 169-70. <<

[23] *Ibid.*, p. 175. <<

[24] *Ibid.*, pp. 185-6. <<

[25] *Ibid.*, p. 187. <<

[26] *Ibid.*, p. 186. <<

[27] *Ibid.*, p. 190. <<

[28] *Ibid.*, p. 191. <<

[29] F. S. Allilúev, «Ot Moskvy do Tsaritsyna. Vstrechi s t. Stalinym» (texto mecanografiado inédito): RGASPI, f. 558, op. 4, d. 663, p. 15. <<

[30] *Ibid.* <<

[31] *Shestoi siezd RSDRP(b)*, p. 250. <<

[32] Véase *infra*, p. 241. <<

[33] *Protokoly Tsentralnogo Komiteta RSDRP(b). Avgust 1917-fevral 1918*, p. 32. <<

[34] *Ibid.*, p. 39. <<

[35] *Ibid.*, p. 46. <<

[36] *Ibid.*, p. 49. <<

[37] *Ibid.*, pp. 52-3. <<

[38] V. I. Lenin, *Polnoe sobranie sochinenii*, vol. 34, pp. 239-41. <<

[39] *Ibid.*, p. 246. <<

[40] *Protokoly Tsentralnogo Komiteta RSDRP(b). Avgust 1917-fevrat 1918*, p. 55. <<

[1] *Protokoly Tsentralnogo Komiteta*, pp. 84-6. <<

[2] *Véase* R. Service, *Lenin: A Political Life*, vol. 2, pp. 252-4. <<

[3] Véanse sus declaraciones del 11 de octubre de 1917: *Protokoly Tsentralnogo Komiteta*, pp. 87-92. <<

[4] *Rabochii put* 32,10 de octubre de 1917. <<

[5] *Ibid.* <<

[6] *Protokoly Tsentralnogo Komiteta*, p. 99. <<

[7] *Ibid., p. 101.* <<

[8] *Ibid.* <<

[9] *Novaia zhizn*, 18 de octubre de 1917. <<

[10] *Protokoly Tsentralnogo Komiteta*, p. 113. <<

[11] *Ibid.*, p. 114. <<

[12] *Ibid.*, p. 115. <<

[13] *Ibid.*, p. 107. <<

[14]*Ibid.* <<

[15] *Ibid.*, p. 118. <<

[16] *Ibid.*, p. 117. <<

[17] I. V. Stalin, *Sochineniia*, vol. 3, p. 389. <<

[18] Ibid., p. 390. <<

[19] L. Trotski, *Stalin. An Appraisal of the Man and His Influence*, pp. 225-6. <<

[20] R. M. Slusser, *Stalin in October*, p. 239. <<

[21] *Protokoly Tsentralnogo Komiteta*, p. 120. <<

[22] M. P. Zhakov, «Pismo M. Zhakova», pp. 88-93. <<

[23] Ibid. <<

[24] A. S. Allilúeva, *Vospominaniia*, p. 61. <<

[25] Véase R. Service, *Lenin: A Political Life*, p. 262. <<

[26] No me convence el intento de R. Slusser de minimizar el papel de Stalin en octubre de 1917 en *Stalin in October,* capítulos 6-7. Pero quiero dejar claro que valoro la investigación empírica que lleva a cabo. <<

[27] F. S. Allilúev, «Vstrechi s t. Stalinym» (texto mecanografiado inédito, n. d.): RGASPI. f. 558, op. 4, d. 668, p. 39. <<

[28] L. Trotski, *Stalin. An Appraisal of the Man and His Influence*, p. 352.
<<

[29] *Protokoly Tsentralnogo Komiteta*, p. 134: declaración firmada del 3 de noviembre de 1917. <<

[30] GDMS, Sala 2. <<

[1] F. S. Allilúev, «Vstrecha» (texto mecanografiado inédito, n. d.): RGASPI, f. 558, op. 4, d. 668, p. 30. <<

[2] Véase *infra*, p. 357. Sin embargo, las memorias de Fiódor Allilúev permanecieron inéditas presumiblemente porque Stalin prefirió cultivar la oscuridad en beneficio propio antes que dejar que otros lo hicieran por él. <<

[3] S. Pestkovski, «Vospominaniia o rabote v Narkomnatse (1917-1919 gg.)», pp. 129-30. <<

[4] *Ibid.* <<

[5] *Ibid.*, p. 127. <<

[6] Véase el relato inédito de F. S. Allilúev: «V Moskve (Vstrechi s t. Stalinym)», RGASPI, f. 558, op. 4. d. 663, p. 18. <<

[7] A. S. Allilúeva, *Vospominaniia*, p. 187. <<

[8] RGASPI, f. 558, op. 1, d. 5397, p. 2. <<

[9] Reunión del colegio, item 8, 21 de abril de 1918: GARF, f. 1318, op. 1, d. 1, p. 11. <<

[10] GARF, f. 1318, op. 1, d. 1, p. 3/1A: Colegio del Comisariado del Pueblo para Asuntos de las Nacionalidades, 15 de febrero (2 de marzo) de 1918. <<

[11] Véase la discusión del colegio sin fecha en un encuentro también sin fecha: GARF. f. 1318, op. 1, d. 1. pp. 52-55. <<

[12] Reunión del colegio, item 5, 8 de marzo de 1919: GARF, f. 1318, op. 1, d. 2, pp. 94-95. <<

[13] *Tretii Vserossiiskii Siezd Sovetov Rabochij, Soldatskij i Krestianskij Deputatov*, p. 73. <<

[14] *Ibid.*, pp. 74 y 78-9. <<

[15] Comisión para el Borrador de la Constitución de la RSFSR: GARF, f. 6980, op. 1, d. 3, p. 12 (5 de abril de 1918). <<

[16] *Ibid*. (10 de abril de 1918). <<

[17] *Ibid.*, p. 22 (12 de abril de 1918). <<

[18] *Pravda*, 1 de abril de 1918. <<

[19] Véase *supra*, pp. 73-4. <<

[20] RGASPI, f. 558, 2, d. 42. Sobre este archivo véase M. Kun, *Stalin: An Unknown Portrait*, pp. 82-3. <<

[21] «M. I. Ulianova ob otnoshenii V. I. Ulianova i I. V. Stalina», *ITsKKPSS* 12 (1989), p. 197. <<

[22] Véase *supra*, pp. 98-9. <<

[23] Comisión para el Borrador de la Constitución de la RSFSR: GARF, f. 6980, op. 1, d. 6, p. 38 (19 de abril de 1918). La frase rusa aquí era *avtonomnaia oblastnaia respublika*. <<

[24] *Ibid.*, p. 10. <<

[25] *Ibid.*, p. 12. <<

[26] *Ibid.*, p. 1. <<

[27] *Protokoly Tsentralnogo Komiteta*, p. 150. <<

[28] *Bolshevistskoe rukovodstvo. Perepiska 1912-1927*, p. 36. <<

[29] *Protokoly Tsentralnogo Komiteta*, p. 173. <<

[30] *Ibid.*, p. 171. <<

[31] *Ibid.*, p. 172. <<

[32] Véase *supra*, p. 134. <<

[33] *Protokoly Tsentralnogo Komiteta*, p. 178 (19 de enero de 1918). <<

[34] *Ibid.*, p. 200. <<

[35] *Ibid.*, p. 202. <<

[36] *Ibid.*, p. 212. <<

[37] GARF, f. R-130, op. 2, d. 1(3), item 4 (3 de abril de 1918). <<

[1] F. S. Alliluev, «V puti (Vstrechi s t. Stalinym)», RGASPI, f. 558, op. 4, d. 663, p. 18. <<

[2] I. V. Stalin, *Sochineniia*, vol. 4, pp. 116. <<

[3] Véase A. Zimín, *U istokov stalinizma*, *1918-1923*, p. 134. <<

[4] I. V. Stalin, *Sochineniia,* vol. 4, pp. 120-1. <<

[5] F. S. Alliliúev, «V Tsaritsyne (Vstrechi s t. Stalinym)», RGASPI, f. 558, op. 4, d. 663, pp. 20-2. <<

[6] F. S. Allilúev, «Obed u Minina», RGASPI, f. 558, op. 4, d. 668, p. 57. <<

[7] I. V. Stalin, *Sochineniia*, vol. 4, p. 118. <<

[8] Si Stalin hubiera repetido esta conducta arriesgada después de su viaje a Abganerovo-Zutovo, seguramente habría fanfarrias sobre ello en las memorias escritas en los años de su supremacía. <<

[9] F. S. Alliluev, «T. Stalin na bronepoezde», RGASPI, f. 558, op. 4, d. 668, p. 90. <<

[10] RGASPI, f. 558, op. 1, d. 258, p. 1. <<

[11] F. S. Allilúev, «Vstrechi s Stalinym», RGASPI, f. 558, op. 4, d. 668, p. 39. <<

[12] *Ibid.*, p. 38. <<

[13] *Ibid.*, p. 35. <<

[14] S. Allilúeva, *Dvadtsatpisem k drugu*, p. 90. <<

[15] *Molotov. Poluderzhavnii vlastelin*, p. 297. <<

[16] A. Allilúeva, *Vospominaniia*, p. 170. <<

[17] Véase *infra*, pp. 287-89. <<

[18] Véase el retrato de ella con su hermana Anna y su cuñado Stanislaw Redens, RGASPI, f. 558, op. 2, d. 193. <<

[19] Para el casamiento véase *infra*, pp. 227-8. <<

[20] *K. E. Voroshilov na Tsaritsynskom fronte. Sbornik dokumentov,* p. 64.
<<

[21] *Bolshevistskoe rukovodstvo. Perepiska, 1912-1927*, p. 52. <<

[22] Véase el informe de V. P. Antónov-Obséienko a Lenin: *ibid.*, p. 60. <<

[23] *Pravda*, 20 de septiembre de 1963. <<

[24] J. Davrichewy, *Ah! Ce qu’on rigolait bien*, p. 221. <<

[25] *ITsKKPSS* 11 (1989), p. 163. <<

[26] *Ibid.*, p. 169. <<

[27] R. Service, *Lenin: A Political Life*, vol. 3, pp. 79-81. <<

[28] K. Voroshilov, *Stalin i Krasnaia Armiia*, p. 104. <<

[29] *ITsKKPSS* 11 (1989), p. 157. <<

[30] *Ibid.*, pp. 161-2. <<

[31] *Bolshevistskoe rukovodstvo. Perepiska, 1912-1927*, p. 51. <<

[32] *ITsKKPSS* 6 (1989), p. 146 y 12 (1989), pp. 169-70; G. Leggett, *The Cheka*, pp. 162-3. <<

[33] Copia de Stalin de N. Lenin, *Gosudarstvo i revoliutsiia* (Petrogrado, 1919), solapa interna, RGASPI, f. 558, op. 3, d. 156. <<

[34] *Ibid.*, p. 28. <<

[35] *Ibid.*, solapa interna. <<

[36] *The Trotsky Papers, 1917-1922*, vol. 1. <<

[37] V. Allilúev, *Jronika odnoi semi: Alliluevy. Stalin*, p. 9. <<

[38] *Véase infra*, p. 176-7. <<

[39] RGASPI, f. 558, op. 1, d. 627, p. 1. <<

[40] Ibid. <<

[41] S. V. Lípitski, «Stalin v grazhdanskoi voine», p. 98. <<

[42] Véase R. Service, The Bolshevik Party in Revolution, pp. 101-2 y 123-5. <<

[1] V. I. Lenin, *Polnoe sobrante sochinenii*, vol. 50, p. 186. <<

[2] *Ibid.*, pp. 285-6. Véanse también las observaciones de Béla Kun citadas de los archivos en V. M. Jolodkovski, «V. I. Lenin i mezhdunarodnie otnosheniia novogo tipa», p. 88. <<

[3] Véase el discurso de Lenin en la IX Conferencia del Partido, RGASPI, f. 44, op. 1, d. 5, pp. 1118, 20-1, 27-8; y sus memorándums, citados en *Izvestiia*, 27 de abril de 1992. <<

[4] RGASPI, f. 17, op. 3, d. 15, item 3 y d. 103, item 8. <<

[5] *ITsKKPSS* 2 (1990), p. 158. <<

[6] V. I. Lenin, *Polnoe sobrante sochinenii*, vol. 51, p. 240. <<

[7] *ITsKKPSS* 1 (1991), pp. 119-22. <<

[8] RGASPI, f. 17, op. 3, d. 96, item 2. <<

[9] *Ibid.*, f. 558, op. 1, d. 4200, p. 1. <<

[10] R. Service, *Lenin: A Political Life*, vol. 3, p. 120. <<

[11] I. V. Stalin, *Sochineniia*, vol. 4, pp. 332-3. <<

[12] *Bolshevistskoe rukovodstvo. Perepiska, 1912-1927*, p. 149-50: telegramas a Lenin y a Trotski. <<

[13] Véase R. Service; *Lenin: A Biography*, pp. 406-8. <<

[14] *Bolshevistskoe rukovodstvo. Perepiska, 1912-1927*, p. 110. <<

[15] K. E. Voroshilov, *Stalin i Vooruzhionnie Sily SSSR*, p. 23. <<

[16] *Istoriia SSSR*, vol. 3, libro 2, p. 364. <<

[17] RGASPI, f. 558, d. 1470, p. 1. <<

[18] V. I. Lenin, *Polnoe sobranie sochinenii*, vol. 51, pp. 237-8. <<

[19] *Bolshevistskoe rukovodstvo. Perepiska, 1912-1927*, p. 142. <<

[20] *Ibid.*, p. 143. <<

[21] *Ibid.*, pp. 147 y 150. <<

[22] *Ibid.*, p. 150. <<

[23] *Ibid.*, pp. 150-1. <<

[24] *Ibid.*, pp. 151-2. <<

[25] Discurso de Stalin en la sección del XII Congreso del Partido sobre la cuestión nacional, 25 de abril de 1923; *ITsKKPSS* 4 (1991), p. 171. <<

[26] *Ibid.* <<

[27] Véase N. Davies, *White Eagle, Red Star*, p. 200. <<

[28] Véase la estimación de Norman Davies (compartida con Pilsudski) en *ibid.*, pp. 208-10. <<

[29] S. M. Budionny, *Proidionnyi put*, vol. 2, p. 304. <<

[30] Véase N. Davies, *White Eagle, Red Star*, pp. 213-14. <<

[31] S. M. Budionny, *Proidionnyi put*, vol. 2, pp. 310-11. <<

[32] *Ibid.*, p. 303. <<

[33] Véase N. Davies, *White Eagle, Red Star*, pp. 218-19. <<

[34] RGASPI, f. 17, op. 3, d. 103, item 1a. <<

[35] *Ibid.*, item 5. <<

[36] Véase *supra*, pp. 169-70. <<

[37] Así pues, asistió al Politburó el 25 y 26 de agosto, el 6,14 y 15 de septiembre de 1920, RGASPI, f. 17, op. 3, d. 104-9. <<

[38] *Ibid.*, d. 106, item 19. <<

[39] *Ibid.*, item 10. <<

[40] *Ibid.*, d. 107, item 2; d. 108, item 1. <<

[41] *Ibid.*, d. 108, item 9. <<

[42] *Ibid.*, f. 44, op. 1, d. 5, pp. 33, 35 y 36. <<

[43] *Deviataia Konferentsiia RKP(b)*, p. 26. <<

[44] *Ibid.*, p. 79. <<

[45] C. Zetkin, *Erinnerungen an Lenin* (Viena, 1919), pp. 20-1; I. V. Stalin, *Sochineniia*, vol. 4, pp. 323-4 y 333. <<

[46] *Deviataia Konferentsiia RKP(b)*, p. 82. <<

[47] Esto es esencialmente lo que hizo Trotski en el X Congreso del Partido al final de la «discusión sobre los sindicatos» y en realidad lo que Lenin buscó hacer ante todo en el IX Congreso del Partido. <<

[48] Véase *supra*, p. 167. <<

[49] Discurso de cumpleaños para Lenin; *Pravda*, 24 de abril de 1920. <<

[50] Véase R. C. Tucker, *Stalin as Revolutionary*, pp. 122-30. <<

[51] El contenido de esta nota no aparece ni en el original ni en su traducción. *(N. del editor digital).* <<

[1] A. Mikoian, *Mysli i vospominaniia o Lenine*, p. 139. <<

[2] Véase R. Service, *Lenin: A Political Life*, vol. 3, pp. 181 y 207. <<

[3] RGASPI, f. 558, op. 1, d. 5193, p. 2. <<

[4] *Ibid*. Stalin escribió en papel de carta del Rabkrin, tal vez queriendo mostrar a Lenin que tenía muchas otras tareas que llevar a cabo: *ibid.*, p. 1. <<

[5] Actas del Politburó, 24 de noviembre de 1921: *ibid.*, f. 17, op. 3, d. 234, item 10. <<

[6] RGASPI, f. 46, op. 1, d. 3, p. 18. <<

[7] *Ibid.* <<

[8] *Ibid.*, f. 5, op. 2, d. 8, p. 24. <<

[9] Véase R. Service: *The Bolshevik Party in Revolution*, capítulos 5-7. <<

[10] *Molotov. Poluderzhavnyi vlastelin*, p. 261. <<

[11] *Odinnadtsatyi siezd RKP(b)*, pp. 84-5; RGASPI, f. 17, op. 2, d. 78, item 1-i-b, p. 1. <<

[12] *Molotov. Poluderzhavnyi vlastelin*, p. 240: éste era el recuerdo de Mólotov en la vejez. <<

[13] Véase la discusión en el pleno del Comité Central, 3 de abril de 1922: RGASPI, f. 17, op. 2, d. 78, item 1 (i/b). <<

[14] A. Mikoian, *Tak bylo*, p. 369. <<

[15] Véase *supra*, pp. 62,126 y 165-6. <<

[16] *Bolshevistskoe rukovodstvo. Perepiska, 1912-1927*, p. 214. <<

[17] *Ibid.*, p. 227. <<

[18] N. A. Uglanov, «Vospominaniia», *Vospominaniia o Vladimire Iliche Lenine*, vol. 7, p. 72. <<

[19] Véase R. Service, *Lenin: A Biography*, pp. 248 y 293-4. <<

[20] RGASPI, f. 16, op. 3S, d. 20, p. 61. <<

[21] «Vospominaniia M. I. Ulianovoi»: *ibid.*, pp. 11-12. <<

[22] Informes del jefe de la unidad especial de guardia de Lenin: *ibid.*, op. 2s, d. 39, pp. 26, 45, 55, 61, 76 y 89. <<

[23] *Ibid.*, f. 17, op. 2, d. 25993. <<

[24] *Ibid.* <<

[25] *ITsKKPSS* 4 (1991), p. 188. Lenin estaba dispuesto a permitir a Kamenev, Zinóviev y Tomski que se convirtieran en aspirantes a miembros solamente. <<

[26] Actas del Politburó, 10 de noviembre de 1921: RGASPI, f. 17, op. 3, d. 228, item. 2. <<

[27] Véase *supra*, pp. 177-8. <<

[28] *ITsKKPSS* 9 (1989), pp. 195, 197 y 198. <<

[29] *Ibid.*, pp. 195 y 197. <<

[30] *Ibid.*, pp. 198-9. <<

[31] *Ibid.*, p. 200. <<

[32] V. I. Lenin, *Polnoe sobranie sochinenii*, vol. 45, p. 211. <<

[33] *Ibid.*, pp. 211-12. <<

[34] RGASPI, f. 64. op. 2, d. 7, p. 133. <<

[35] *ITsKKPSS* 9 (1989), p. 209. <<

[36] Sobre el argumento de que Lenin y Stalin estaban de acuerdo en las cuestiones primarias en 1922-23, véase R. Service, *Lenin: A Political Life*, vol. 3, pp. 298-303. <<

[1] Véase *supra*, pp. 62, 126 y 165-6. <<

[2] S. Pestkovski, «Vospominaniia o rabote v Narkomnatse (1917-1919 gg.)», p. 128. <<

[3] *Ibid.* <<

[4] E. Olla-Reza, *Azerbaidzhán i Arran*, pp. 28-31. Le agradezco a Ali Granmayeh sus consejos sobre este tema. <<

[5] GARF, f. R-130, op. 2, d. 2(5): sesiones del Sovnarkom del 7, 21 y 30 de diciembre de 1918. <<

[6] *ITsKKPSS* 9 (1989), p. 199. <<

[7] RGASPI, f. 17, op. 3, d. 15, item 3: sesión conjunta del Politburó y el Orgburó, 19 de julio de 1919. <<

[8] *Vosmoi siezd RKP(b)*, p. 425. <<

[9] RGASPI, f. 17, op. 2, d. 48, p. 1; véase también *ibid.*, pp. 3-4. <<

[10] Véase G. P. Lezhava, *Mezhdu Gruziei i Rossiei*, p. 69. <<

[11] Las resoluciones definitivas en materia territorial a veces tenían que esperar que Stalin expusiera el caso en el Politburó: véase por ejemplo RGASPI, f. 17, op. 3. d. 58, item 28. <<

[12] *ITsKKPSS* 2 (1990), 164 y 7 (1990), p. 163. <<

[13] RGASPI, f. 17, op. 112, d. 93, p. 30. <<

[14] *Ibid.*, p. 33. <<

[15] Citado por R. J. Gútov, *Sovmestnaia borba narodov Tereka za Sovetskuiu vlast*, p. 469. <<

[16] *Véase* también *supra*, p. 166. <<

[17] RGASPI, f. 17, op. 112, d. 43, p. 33. <<

[18] *Desiatyi siezd RKP(b)*, p. 184. <<

[19] *Ibid.*, pp. 184-5. <<

[20] Véase *infra*, p. 228. <<

[21] *Desiatyi siezd RKP(b)*, pp. 201-6 (V. P. Zatonski) y pp. 206-9 (A. I. Mikoian). <<

[22] *Ibid.*, p. 213. <<

[23] Ver J. Baberowski, *Der Feind ist überall*, p. 163. <<

[24] Véase *infra*, p. 228 para la apendicitis de Stalin. <<

[25] Véase G. P Lezhava; *Mezhdu Gruziei i Rossiei*, p. 92. <<

[26] Véase S. Lakoba, *Ocherki politicheskoi istorii Abjazii*, pp. 83-4. <<

[27] *Ibid.*, pp. 81-3. <<

[28] I. V. Stalin, *Sochineniia*, vol. 5, p. 94. <<

[29] *Ibid.*, p. 95. <<

[30] S. Kavtaradze, *tsareulis purtsebli*, vol. 1, p. 56. D. M. Lang describe la ocasión como mucho más tumultuosa aún, pero omite referencias a una fuente: véase *A Modern History of Georgia*, p. 239. Véase también S. V. Jarmandarian, *Lenin i stanovlenie zakavkazskoi federastsii*, p. 104, donde cita los archivos personales de G. A. Galoian. <<

[31] S. V. Jarmandarian, *Lenin i stanovlenie zakavkazskoi federatsii*, p. 85.
<<

[32] *Tainy natsionalnoi politiki RKP(b)*, especialmente p. 100. <<

[33] Véase R. Service, *Lenin: A Political Life*, vol. 3, pp. 291-3. <<

[1] *Bolshevistskoe rukovodstvo. Perepiska, 1912-1927*, p. 268: 13 de noviembre de 1922. <<

[2] V. I. Lenin, *Polnoe sobrante sochinenii*, vol. 45, pp. 343-8. <<

[3] *Molotov. Poluderzhavnyi vlastelin*, p. 195. <<

[4] V. I. Lenin, *Polnoe sobranie sochinenii*, vol. 45, pp. 345. <<

[5] *Ibid.*, pp. 344-5. <<

[6] *Ibid.*, p, 344. <<

[7] V. P. Danílov, «Stalinizm i sovetskoe obshchestvo», p. 170. <<

[8] V. I. Lenin, *Polnoe sobranie sochinenii*, vol. 45, p. 346. <<

[9] *ITsKKPSS* 4 (1991), p. 188. <<

[10] Agradezco a Francesco Benvenutti, con quien discutí este asunto durante muchos años, que persistiera en ayudarme a clarificar la interpretación. <<

[11] V. I. Lenin, *Polnoe sobranie sochinenii*, vol. 45, p. 356. <<

[12] *Pravda*, 25 de enero de 1923. <<

[13] Le dijo esto a Kaganovich en 1922: *Tak govoril Kaganovich*, p. 191. <<

[14] *Molotov. Poluderzhavnyi vlastelin*, p. 283. <<

[15] *Dvenadtsatyi siezd RKP(b)*, pp. 164-6. <<

[16] *Ibid.*, p. 821. <<

[17] *ITsKKPSS* 4 (1991), pp. 179-91. <<

[18] Ver R. V. Daniels, *The Conscience of the Revolution*, p. 208. <<

[19] *Sochineniia*, vol. 6, p. 14. <<

[20] RGASPI, f. 16, op. 2S, d. 39, pp. 16-124. <<

[1] Véase la carta de Dzierzyñski citada por S. Lakoba, *Ocherki politicheskoi istorii Abjazii*, p. 103. <<

[2] *Pravda*, 30 de enero de 1924. <<

[3] Ver N. Tumarkin, *Lenin Lives!*, p. 153. <<

[4] RGASPI, f. 76, op. 3, d. 287, pp. 7 y 19. <<

[5] Véase *Lubianka, Stalin I VChK-GPU-nOGPU-NKVD. Yanvar 1922-dekabr 1936*, pp. 11-12. <<

[6] Véase *supra*, p. 186. <<

[7] RGASPI, f. 12, op. 2, d. 41, p. 2. <<

[8] *Ibid.*, p. 3. <<

[9] *Ibid.*, pp. 17, 27 y 38. <<

[10] *Ibid.*, f. 558, op. 1, d. 3112, p. 1. <<

[11] *Ibid.*, f. 17, op. 1, d. 471: carta de A. I. Ulianova a Stalin, 28 de diciembre de 1932. <<

[12] *Ob osnovaj leninizma* en I. V. Stalin, *Sochineniia*, vol. 6, p. 71. <<

[13] *Ibid.*, pp. 135-7. <<

[14] V. I. Lenin, *Polnoe sobranie sochinenii*, vol. 45, pp. 593-4. <<

[15] *Rodina* 7 (1994), p. 72. <<

[16] B. Bazhanov, *Bazhanov and the Damnation of Stalin*, pp. 34-5. <<

[17] Véase *supra*, p. 25. <<

[18] La excepción en esta lista era Kaganóvich, que siempre usó el formal «usted» *(vy)* en la conversación y en las cartas, e incluso en algunas cartas se dirigía a él como «camarada Stalin»: véase *Stalin i Kaganóvich. Perepiska*, *1931-1936 gg.*, *passim.* <<

[19] Ver O. Jlévniuk, *Stalin i Ordzhonikidze*, pp. 28 y 34-41; R. Service, *The Bolshevik Party in Revolution*, p. 106-8. <<

[20] *Stalin i Kaganóvich. Perepiska, 1931-1936 gg.*, p. 109. <<

[21] *Bolshevistskoe rukovodstvo. Perepiska, 1912-1927*, p. 256. <<

[22] *Ibid.*, p. 263. <<

[23] *Tak govoril Kaganóvich*, p. 35. <<

[24] *Véase* R. Service, *The Bolshevik Party in Revolution*, p. 196. <<

[25] L. Trotsky, *Stalin: An Appraisal of the Man and His Influence*, p. 22. He revisado la traducción. <<

[26] W. H. Roobol, *Tsereteli: A Democrat in the Russian Revolution*, p. 13.
<<

[27] *Véase* R. Service, *The Bolshevik Party in Revolution*, p. 196. <<

[28] RGASPI, f. 558, op. 3, d. 93: la copia personal de Stalin de E. Kviring, *Lenin, Zagovorshchestvo, Oktiabr* (Jarkov, 1924). <<

[29] B. Bazhanov, *Bazhanov and the Damnation of Stalin*, pp. 39-40. <<

[30] *Ibid.*, p. 37. <<

[31] *Ibid.*, p. 57. <<

[32] I. V. Stalin, *Sochineniia*, vol. 6, pp. 257-8 y vol. 9, pp. 77 y 79. Véase E. H. Carr, *Socialism in One Country*, vol. 2, capítulos 11 y 16. <<

[33] Véase R. V. Daniels, *Conscience of the Revolution*, p. 254. <<

[1] Esta actitud perduró. Stalin la expresó por extenso en un discurso improvisado que pronunció ante Guiorgui Dimítrov y otros en noviembre de 1937, en el apogeo del Gran Terror: véase el resumen de R. C. Tucker en *Stalin in Power,* p. 483. <<

[2] Esto es lo que Trotski recordaba de lo que Kamenev le dijo sobre una conversación que había tenido con Stalin y Dzierzyñski a mediados de 1923: *Trotsky's Diary in Exile*, 1935, p. 64, <<

[3] S. Allilúeva, *Dvadtsat pisem k drugu*, p. 90; V. Allilúev, *Jronika odnoi semi: Alliiuevy. Stalin*, p. 9. <<

[4] RGASPI, f. 134, op. 3, d. 36, p. 15. Este comentario aparece en el diario de Kollontai en 1920. Sin embargo, puede sospecharse de la autenticidad de algunas partes de esta fuente: ciertas entradas correspondientes a varios años parecen haber sido modificadas a la luz de los acontecimientos políticos posteriores. <<

[5] A. S. Allilúeva, *Vospominaniia*, p. 186. Véase *supra*, p. 184. <<

[6] RGASPI, f. 589, op. 3, d. 15904, l. 14. <<

[7] *Ibid.*, f. 2., p. 1, d. 14228. Véase también la conversación entre Ordzhonikidze y Nadezhda Allilúeva, 4 de diciembre de 1920: *ibid.*, d. 6404. <<

[8] *Ibid.*, f. 589, op. 3, d. 15904,1.12. <<

[9] Nota de Serguéi Allilúev en 1919: *ibid.*, f. 4, op. 2, d. 46, p. 1. <<

[10] Véase, por ejemplo, su telegrama del 7 de noviembre de 1919: *ibid.*, f. 558, op. 1, d. 910, p. 1. <<

[11] F. Allilúev, «Vrestechi s t. Stalinym»: *ibid.*, op. 4, d. 663, p. 39. <<

[12] *Ibid.* <<

[13] *Ibid.*, p. 40. <<

[14] S. Kavtaradze, *tsareu/ispurtseb/i*, vol. 1, p. 55. <<

[15] Anécdota contada a Félix Chúiev por el hijo de Yakov Dzhugashvili, Yevgueni: véase *Molotov. Poluderzhavnyi vlastelin*, p. 245. <<

[16] G. Uratazde, *Vospominaniia gruzinskogo sotsial-demokrata*, p. 209. <<

[17] Testimonio de A. F. Serguéiev a F. Chúiev: *Molotov. Poluderzhavnyi vlastelin*, p. 359. <<

[18] V. Semichastny, *Bespokoinoe serdtse*, p. 39. <<

[19] Carta a M. I. Kalinin: RGASPI, f. 78, op. 1, d. 46, p. 2. <<

[20] Carta del 30 de noviembre de 1918: *ibid.*, f. 86, op. 1, d. 84. <<

[21] GARF, f. 3316s/g, op. 64, d. 258, pp. 5 y 7. <<

[22] V. Allilúev, *Jronika odnoi semi: Alliluevy. Stalin*, p. 131. <<

[23] S. Allilúeva, *Dvadtsat pisem k drugu.* <<

[24] RGASPI, f. 589, op. 3, d. 15904, pp. 12 y 15. <<

[25] *Ibid.*, pp. 16 y 19. <<

[26] Véase *supra*, p. 186. <<

[27] RGASPI, f. 5, op. 1, d. 456: 18 de octubre de 1922. <<

[28] *Ibid.*, f. 558, op. 3, d. 4: B. Andréiev, *Zavoevanie Prirody.* <<

[29] *Iosif Stalin v obiatiiaj semi*, p. 7. <<

[30] Véase *supra*, capítulos 6 y 7. Véase también S. Allilúeva, *Dvadtsat pisem k drugu*, pp. 24-5. <<

[31] Por supuesto, en términos estrictos la dacha no era propiedad de Stalin, sino del estado. <<

[32] S. Allilúeva, *Dvadtsat pisem k drugu*, pp. 26-9: «Bosco d’inverno a Zubalov», *Slavia* (1997). <<

[33] Véase *Pisma I. V. Stalina V. M. Molotovu*, p. 23, por ejemplo. <<

[34] A. Mikoian, *Tak bylo*, p. 351. <<

[35] *Ibid.*, pp. 351-2; A. Mikoian, «Iz vospominaniia A. I. Mikoiana», *Sovershenno sekretno* 10 (1999), p. 25. Hay dudas acerca de la fecha de este consejo: véase A. Kirílina, *Neizvestnyi Kirov*, p. 305. <<

[36] Carta de Stalin, 30 de julio de 1922: A. Kirílina, *Neizvestnyi Kirov*, p. 305. <<

[37] *Pisma I. V. Stalina V. M. Molotovu*, pp. 70 y 156. <<

[38] I. A. Valedinski, «Vospominaniia o vstrechaj s t. I. V. Stalinym», p. 68.
<<

[39] S. Allilúeva, *Dvadtsat pisem k drugu*, p. 19. <<

[40] I. A. Valedinski, «Vospominaniia o vstrechaj s t. I. V. Stalinym», p. 69.
<<

[41] *Iosif Stalin v obiatiiaj semi*, pp. 22 ss. <<

[42] *Ibid.*, pp. 22-3. <<

[43] *Ibid.*, p. 19. <<

[44] B. Bazhanov, *Bazhanov and the Damnation of Stalin*, p. 36. <<

[45] RGASPI, f. 44, op. 1, d. 1, p. 417. <<

[46] *Ibid.*, p. 418. <<

[47] *Iosif V. Stalin v obiatiiaj semi*, p. 23. <<

[48] *Ibid.*, pp. 31 y 35 para las cartas de 1929 y 1931. <<

[49] *Molotov. Poiuderzhavnyi vlastelin*, p. 365. El incidente ocurrió probablemente en 1928. <<

[50] B. Bazhanov, *Bazhanov and the Damnation of Stalin*, p. 38. <<

[1] *Chetirnadtsatyi siezd Vsesoiuznoi Kommunistichekoi Partii (b)*, pp. 427-31 y 503. <<

[2] *Ibid.*, p. 508. <<

[3] *Ibid.*, pp. 274-5. <<

[4] *Ibid.*, p. 455. <<

[5] *Ibid.*, p. 52. En este número se incluyen los miembros en período de prueba. <<

[6] RGASPI, f. 44, op. 1, d. 5, pp. 37-8. <<

[7] *Iosif Stalin v obiatiiaj semi*, pp. 30-1. <<

[8] Véanse las memorias de Y. P. Frolov, a las que se refiere R. Medvédev, *Let History Judge*, pp. 224-5. <<

[9] Véase *supra*, p. 241. <<

[10] Véase R. Service, «Joseph Stalin: The Making of a Stalinist», pp. 22-3.
<<

[11] Véase G. Gill, *The Origins of the Stalinist Political System*, pp. 125-34.
<<

[12] *Bolshevistskoe rukovodstvo. Perepiska, 1912-1927*, p. 90. <<

[13] *Pisma I. V. Stalina V. M. Molotovu*, p. 71. <<

[14] *Ibid.*, pp. 72-3. <<

[15] *Ibid.*, p. 74. <<

[16] *Ibid.*, p. 69. <<

[17] *Bolshevistskoe rukovodstvo. Perepiska, 1912-1927*, p. 90. <<

[18] *Ibid.*, p. 105. <<

[19] *Stalin v vospominaniiaj sovremennikov i dokumentov epoji*, p. 146. <<

[20] *Pisma I. V. Stalina V. M. Molotovu*, p. 102. <<

[21] *Ibid.*, pp. 103,104, 106, 107 y 116-17. <<

[22] *Ibid.*, p. 107. <<

[23] I. V. Stalin, *Sochineniia*, vol. 10, p. 193. <<

[1] Véase J. Baberowski, *Der Feindist überall*, p. 561. <<

[2] RGASPI, f. 17, op. 3, d. 667, pp. 10-12. <<

[3] Véase J. Hughes, *Stalin, Siberia and the Crisis of the NEP*, p. 129. <<

[4] *Ibid.*, p. 138. <<

[5] Véase A. Nove, *An Economic History of the USSR*, pp. 137-8 y 140-1.
<<

[6] Véase J. Harris, *The Great Urals*, p. 69. <<

[7] Véase J. Baberowski, *Der Feind ist überall*, p. 564. <<

[8] Véase J. Baberowski, *Der Rote Terror,* pp. 196-7. <<

[9] Informe organizativo del Comité Central: *Piatnadtsatyi siezd Vesoiuznoi Kommunisticheski Partii-(b)*, pp. 100-3. Este número incluye a los miembros en período de prueba. <<

[10] *PismaI. V. Stalina V. M. Molotovu*, p. 35. <<

[11] I. V. Stalin, *Sochineniia*, vol. 9, pp. 136-8. El significado de estos primeros llamamientos a una industrialización más rápida fue establecido por R. Tucker, *Stalin as Revolutionary*, pp. 398-9. <<

[12] I. V. Stalin, *Sochineniia*, vol. 11, p. 1-9. <<

[13] *Pravda*, 15 de febrero de 1928. <<

[14] Véase E. H. Carr y R. W. Davies, *Foundations of a Planned Economy 1926-1929*, vol. 1, parte 1, p. 55. <<

[15] *Sovetskoe rukovodstvo, Perepiska, 1928-1941*, p. 73. <<

[16] Andréi Sokolov, «Before Stalinism: The Defense Industry of Soviet Rusia in the 1920s», pp. 12-14. <<

[17] Resumen de Kamenev de su conversación con N. Bujarin y G. Sokólnikov en *Razgovory s Bujarinym*, p. 32. <<

[18] Véase A. Nove, *An Economic History of the USSR*, p. 145. <<

[19] R. W. Davies, *The Socialist Offensive*, pp. 41-51. <<

[20] Le agradezco a Mark Harrison que compartiese conmigo sus conocimientos acerca de la crisis final de la NEP. <<

[21] *Razgovory s Bujarinym*, p. 30: resumen de Kámenev de la conversación con G. Sokólnikov. <<

[22] *Ibid.*, p. 35: apéndice del resumen de la conversación de L. B. Kámenev, N. I. Bujarin y G. Sokólnikov. <<

[23] *Ibid.*, pp. 32-3: resumen de la conversación de Kámenev con Sokólnikov. <<

[24] *Ibid.*, pp. 30-1. <<

[25] *Pravda,* 28 de septiembre de 1928. Véase también S. E Cohén, *Bukharin and the Bolshevik Revolution,* pp. 295-6. <<

[26] *Razgovory s Bujarinym*, p. 35: resumen de la conversación de L. B. Kámenev, N. I. Bujarin y G. Sokólnikov. <<

[27] *Ibid.* <<

[28] *Razgovory s Bujarinym*, p. 35: apéndice del resumen de la conversación de L. B. Kamenev, N. I. Bujarin y G. Sokólnikov. <<

[29] Véase *supra*, p. 148. <<

[1] Véase S. G. Wheatcroft y R. W. Davies, «Agriculture», pp. 120-1. <<

[2] Véase M. Lewin, *Russian Peasants and Soviet Power*, pp. 344-77. <<

[3] *Pravda*, 7 de noviembre de 1929. <<

[4] Véase M. Lewin, *Russian Peasants and Soviet Power*, pp. 465-77. <<

[5] Pravda, 29 de noviembre de 1929. <<

[6] Véase A. Luukkanen, *The Religious Policy of the Stalinist State*, p. 57.
<<

[7] *Lubianka. Stalin i VChK-GPJ-OGPJ-NKVD. Yanvar 1922-dekabr 1936*, pp. 269-272. <<

[8] Véase M. Lewin, *Russian Peasants and Soviet Power*, pp. 482-509. <<

[9] Véase G. A. Krasilnikov, «Rozhdenie Gulaga: diskussii v verjnij eshelonaj vlasti», *Istoricheskii arjiv* 4 (1989), p. 143. <<

[10] *Akademicheskoe délo 1929-1931 gg.*, vol. 1, *Délo po obvineniiu akademika S. F. Platonova*, p. xlviii. <<

[11] *Pisma I. V. Stalina V. M. Molotovu*, p. 224. <<

[12] Véase I. Getzler, *Nikolai Sukhanov*, pp. 143-87. <<

[13] B. Nahaylo y V. Swoboda, *The Soviet Disunion: A History of the Nationalities Problem in the USSR.* <<

[14] D. Pospielovsky, *The Russian Ortodox Church under the Soviet Regime,* vol. 1, p. 175. Véase también D. Peris, *Storming the Heavens: the Soviet League of the Militant Atheists;* A. Luukkanen, *The Religious Policy of the Stalinist State.* <<

[15] K. Bailes, *Technology and Society under Lenin and Stalin: Origin of the Soviet Technical Intelligentsia, 1917-1941;* N. Lampert, *The Technical Intelligentsia and the Soviet State: A Study of Soviet Managers and Technicians, 1928-1935.* <<

[16] *Véase* T. H. Rigby, *Communist Party Membership*, p. 52. <<

[17] *Véase* R. Service, *The History of Twentieth-Century Russia*, pp. 185-6.
<<

[18] *Pravda*, 5 de febrero de 1931. <<

[19] Citado de los archivos centrales del partido por N. N. Maslov, «Ob utverzhdenii ideologii stalinizma», p. 60. <<

[20] *Ibid.* <<

[21] *Ibid.*, p. 61.<<

[22] *Ibid.* <<

[23] R. W. Davies, *The Socialist Offensive*, pp. 252-68. <<

[24] *Pravda*, 2 de marzo de 1930. <<

[25] Véase A. Nove, *An Economical History of the USSR*, p. 171. <<

[26] *Ibid.* <<

[27] *Ibid.*, p. 174. <<

[28] *Pisma I. V. Stalina V. M. Molotovu*, p. 194: mensaje, no anterior al 6 de agosto de 1930. <<

[29] *Ibid.*, p. 204. <<

[30] *Stalin i Kaganovich. Perepiska. 1931-1936 gg.*, p. 51. <<

[31] *Pravda*, 5 de febrero de 1931. <<

[32] *Ibid.* <<

[33] *Ibid.* <<

[34] *Zastolnie rechi Stalina. Dokumenty i materialy*, p. 45. <<

[35] *Pravda*, 5 de febrero de 1931. <<

[36] Véase J. Harris, *The Great Urals*, pp. 70-1. <<

[37] Véase R. W. Davies, *Crisis and Progress in the Soviet Economy, 1931-1933*, pp. 302-16. <<

[1] Acerca de la verdadera fecha de su cumpleaños, véase *supra*, p. 14. <<

[2] Bujarin era la excepción en el Politburo. <<

[3] Véase W. Taubman, *Khrushchev: The Man and His Era*, p. 63. <<

[4] *Tak govoril Kaganovich*, pp. 59-60. <<

[5] *Molotov. Poluderzhavnyi vlastelin*, p. 262. <<

[6] Presidir el Politburo, el Orgburó o el Secretariado no era lo mismo que ser su presidente y, cuando en 1928 las actas registraron a Kaganovich como presidente del Orgburó, se suscitó una furiosa protesta y Molotov tuvo que acceder a corregirlo: RGASPI, f. 81, op. 3, d. 255, p. 98. Véase *infra*, p. 361 sobre la posibilidad de que Stalin se inspirara en el precedente del emperador romano Augusto. <<

[7] Véase E. A. Rees, «Stalin as Leader, 1924-1937: From Oligarch to Dictator», p. 27. Véase también R. W. Davies, M. Ilic y O. Khlevnyuk, «The Politburo and Economic Decision-Making», p. 110. <<

[8] *Pisma I. V. Stalina V. M. Molotovu*, pp. 222-3. <<

[9] *Sovetskoe rukovodstvo. Perepiska, 1928-1941*, pp. 144-5. <<

[10] *Lubianka. Stain i VChK-GPU-OPGPU-NKVD*, p. 191. <<

[11] *Ibid.*, p. 237. <<

[12] *Véase O.* Jlévniuk, *Stalin i Ordzhonikidze*, pp. 19-31. <<

[13] *Pisma I. V. Stalina V. M. Molotovu*, p. 217. <<

[14] *Ibid.*, pp. 231-2. <<

[15] *Ibid.*, p. 232. <<

[16] *Ibid.*, pp. 231-2. <<

[17] Citado en B. S. Ilizarov, *Tainaia zhizn Stalina*, p. 93. <<

[18] RGASPI, f. 78, op. 2, d. 38, p. 38. <<

[19] *Stalin i Kaganovich. Perepiska*, p. 187. <<

[20] *Pisma I. V. Stalina V. M. Molotovu*, p. 166. <<

[21] *Ibid.*, p. 167. <<

[22] Véase T. H. Rigby, «Was Stalin a Disloyal Patron?». <<

[23] A. Kriegel y S. Courtois, *Eugen Fried*, pp. 121 y 125. <<

[24] *Stalin i Kaganovich*, p. 665: telegrama del 6 de septiembre de 1936. <<

[25] *Sovetskoe rukovodstvo. Perepiska, 1928-1941*, p. 33. <<

[26] *Pisma I. V. Stalina V. M. Molotovu*, p. 107. <<

[27] *Lubianka. Stalin i VChK-GPU-OPGPU-NKVD,* p. 180. <<

[28] L. Trotski, *Moia zhizn*. <<

[29] *Pisma I. V. Stalina V. M. Molotovu, 1925-1936 gg.*, p. 231. <<

[30] *ITsKKPSS* 11 (1990), pp. 63-74. <<

[31] *Reabilitatsiia: politicheskie protsessi 30-50-j godov*, pp. 334-443. Véase también *The Road of Terror* (ed. O. V. Naumov y J. A. Getty), pp. 52-4. <<

[32] S. Allilúeva, *Dvadtsat pisem k drugu*, pp. 54-5. <<

[33] *L'Armata Rossa e la collettiviazione delle campagne nell'URSS (1928-1933)*, pp. 164, 302 y 356. <<

[1] R. Bullard, *Inside Stalin’s Russia*, p. 142. <<

[2] *Ibid.*, p. 208. <<

[3] *Lubianka. Stalin i VChK-CPU-OPCPU-NKVD*, p. 286. <<

[4] S. Allilúeva, *Dvadtsat pisem k drugu*, pp. 99-100. <<

[5] Relatado por R. Richardson a partir de una entrevista con Svetlana Allilúeva, *The Long Shadow*, p. 125. <<

[6] *Sovetskoe rukovodstvo. Perepiska, 1928-1941*, p. 77. <<

[7] RGASPI, f. 17, op. 113, d. 869, p. 61. <<

[8] *Iosif Stalin v obiatiiaj semi*, p. 29. <<

[9] *Ibid.*, p. 30. <<

[10] RGASPI, f. 17, op. 113, d. 869. <<

[11] Entrevista con Kira Allilúeva, 14 de diciembre de 1998. Véase también Vasílieva, *Kremliovskie zhony,* p. 259. <<

[12] *Iosif Stalin v obiatiiaj semi*, pp. 31 y 33. <<

[13] Véase. S. Sebag Montefiore, *Stalin: The Court of the Red Tsar*, p. 50. <<

[14] GARF, f. 3316/ya, op. 2, d. 2016, p. 3. <<

[15] RGASPI, f. 85, op. 28, d. 63, pp. 1-3. <<

[16] *Molotov. Poluderzhavnyi vlastelin*, pp. 307-8. <<

[17] *Ibid.*, p. 307. <<

[18] *Ibid.*, p. 308. <<

[19] S. Allilúeva, *Dvadtsat pisem k drugu*, p. 31. <<

[20] GARF, f. 7523sg, op. 149a, d. 2, p. 7. <<

[21] GARF, f. 7523sg, op. 149a, d. 2, pp. 10, 11 y 13. <<

[22] GARF, f. 81, op. 3, d. 77, p. 48. <<

[23] RGASPI, f. 3, op. 1, d. 3230. <<

[24] R. Bullard, *Inside Stalin’s Russia*, p. 153. <<

[25] GARF, f. 3316/ya, op. 2, d. 2016, p. 2. <<

[26] *Lubianka. Stalin i VChK-CPU-OPCPU-NKVD*, pp. 601 y 667-9. <<

[27] *Molotov. Poluderzhavnyi vlastelin*, pp. 308. <<

[28] «Dnevnik M. A. Svanidze», en *Iosif Stalin v obiatiiaj semi*, p. 177. <<

[29] A. Mgueladze, *Stalin, kakim ya ego zna*, p. 117. <<

[30] A. Rybin, «Riadom so Stalinym», *Sotsiologicheskie issledovaniia* 3 (1988), p. 87. <<

[31] A. Mikoian, *Tak bylo*, p. 356. <<

[32] *Tak govoril Kaganovich*, p. 35. <<

[1] Las expresiones «sin moderación» y «haber trabajado» se han traducido directamente del original en inglés porque no se leían en el arcbivo pdf fuente. *(N. del editor digital).* <<

[33] A. Mikoian, *Tak bylo*, p. 353. <<

[34] RGASPI, f. 3, op. 1, d. 3231. <<

[35] *Ibid.* <<

[36] S. Allilúeva, *Dvadtsat pisem k drugu*, pp. 19 y 21. <<

[37] Véase S. Lakoba, *Ocherki politicheskoi istorii Abjazii*, p-120. <<

[38] *Ibid.*, p, 118. <<

[39] *Ibid.*, pp. 132-3. <<

[40] *Ibid.*, pp. 116-7. <<

[41] *Ibid.*, p. 115. <<

[1] Véase, por ejemplo, su discurso en la conferencia de «estudiantes proletarios» de la Unión, *Pravda*, 16 de abril de 1925. <<

[2] *Semnadtsatyi siezd Vsesoiuznoi Kommunisticheskoi Partii (b)*, p. 28. <<

[3] *Ibid.*, p. 24. <<

[4] Citado por A. Luukkanen, *The Religious Policy of the Stalinist State*, p. 140. <<

[5] Véase J. Barber, *Soviet Historians in Crisis, 1928-1932*. <<

[6] M. Gorki, L. Averbaj y S. Firin, *Belomorsko-baltiiskii kanal imeni I. V. Stalina*. <<

[7] Véase R. Medvédev, *Problems in the Literary Biography of Mikhail Sholokhov.* <<

[8] Intercambio de cartas entre Stalin y Shólojov en 1933, *Voprosi istorii* 3 (1994), pp. 9-22. <<

[9] Véase *infra*, pp. 331-2. <<

[10] Véase *infra*, p. 331. <<

[11] GDMS, Sala III contiene las notas originales. <<

[12] Agradezco a Zakro Megreshvili la información acerca de la reacción de su padrastro Shalva Nutsubidze al trabajo editorial de Stalin. <<

[13] S. Allilúeva, *Tolko odin god*, p. 337. <<

[14] *Krasriaia zviezda*, 5 de enero de 1995. <<

[15] *Istoriia sovetskoi politicheskoi tsenzury. Dokumenty i kommentarii*, p. 484. <<

[16] Véase *infra*, p. 442. <<

[17] Véase la traducción en R. C. Tucker, *Stalin in Power*, pp. 205-6. <<

[18] A. Ajmatova, *Sochineniia*, vol. 2, pp. 167-8. <<

[19] Véase *infra*, p. 359. <<

[20] *Véase* R. Service, *A History of Twentieth-Century Russia*, cap. 12. <<

[21] Véase *ibid.*, y C. Kelly, *Refining Russia*, pp. 285-309. <<

[1] Véanse los informes de la OGPU en *Tragediia sovetskoi derevni*, vol. 3, pp. 318-54. <<

[2] Véase R. W. Davies, *Crisis and Progress in the Soviet Economy, 1931-1933*, pp. 188-91; J. J. Rossman, «The Teikovo Cotton Workers'Strike of April 1932», pp. 50-56. Para una visión general, véase R. Conquest, *Harvest of Sorrow: Soviet Collectivisation and the Terror-Famine*. <<

[3] Véase R. W. Davies y S. G. Wheatcroft, *The Years of Hunger.* <<

[4] *Stalin i Kaganóvich: Perepiska*, pp. 132 y ss. <<

[5] Véase A. Nove, *An Economic History of the U.S.S.R.*, pp. 224-227. <<

[6] I. V. Stalin, *Sochineiia,* vol. 13, p. 186. Véase el relato de R. W. Davies, M. Ilic y O. Khlevnyuk, «The Politburo and Economic Policy-Making», p. 114. <<

[7] *Stalin i Kaganóvich: Perepiska*, p. 260. <<

[8] *Ibid.*, p. 235. <<

[9] Véase R. W. Davies, M. Ilic y O. Khlevnyuk, «The Politburo and Economic Policy-Making», p. 110. <<

[10] Carta del 18 de junio de 1932: *Stalin i Kaganóvich: Perepiska*, p. 179.
<<

[11] *Ibid.*, pp. 282 y 290. <<

[12] *Ibid.*, p. 274. <<

[13] *Ibid.*, p. 359. <<

[14] *Ibid.*, p. 479. <<

[15] Véase R. Conquest, *Harvest of Sorrow;* R. W. Davies, *Crisis and Progress in the Soviet Economy;* S. G. Wheatcroft, *The Years of Hunger.* <<

[16] *Ibid.*, p. 241. <<

[17] Véase E. A. Rees, «Republican and Regional Leaders at the XVII Party Congress in 1934», especialmente pp. 85-6. <<

[18] Véase R. Conquest, *The Great Terror. A Reassesment*, pp. 31-46. <<

[19] *Semnadtsatyi siezd Vsesoiuznoi Kommunisticheskoi Partii (b)*, p. 262.
<<

[20] E Benvenutti, «Kirov nella Política Soviética», pp. 283, 303-7 y 315-59.
<<

[21] *Lubianka. Stalin i VChK-GPU-OPGPU-NKVD,* p. 569. <<

[22] Véase R. Conquest, *The Great Terror. A Reassesment*, pp. 39-52. <<

[23] *Lubianka. Stalin i VChK-GPU-OPGPU-NKVD,* p. 650. <<

[24] Véase R. W. Davies, *Soviet History in the Yeltsin Era*, p. 155. <<

[25] *Lubianka. Stalin i VChK-GPU-OPGPU-NKVD,* p. 388. <<

[26] Véase O. V. Jlévniuk, *1937-i*, p. 49. <<

[27] Véase F. Benvenutti y S. Pons, *Il sistema di potere dello Stalinismo*, p. 105. <<

[28] *ITsKKPS* 9 (1989), p. 39. <<

[29] *Reabilitatsiia: politicheskie protsessi 30-50-j godov*, especialmente pp. 176-9. <<

[30] Véase Benvenutti, *Fuoco sui sabotatori! Stachanovismo e organizzazione industríale in URSS, 1934-1938,* caps. 3 y ss. <<

[31] *Lubianka. Stalin i VCHK-GPU-OPGPU-NKVD*, p. 749. Informe de A. Vyshinski a Stalin y Mólotov, 16 de febrero de 1936. <<

[32] Véase A. Nove, *An Economic History of the URSS*, p. 226. <<

[33] *Ibid.*, p. 227. <<

[34] Véase R. Moorsteen y R. P. Powell, *The Soviet Capital Stock, 1928-1962*. <<

[35] Véase A. Ponsi, *Partito unico e democrazia in URSS. La Costituzione del ’36*, pp. 20 y ss. <<

[36] Véanse los datos acerca de los grupos religiosos citados por A. Luukkanen, *The Religious Policy of the Stalinist State*, pp. 142-7. <<

[37] Véase O. V. Jlévniuk, *1937-i*, p. 53. <<

[38] Véase S. Fitzpatrick, *Stalin’s Peasants*, pp. 289-96. <<

[39] *Le repressioni degli anni trenta nell’Armata Rossa*, p. 156. <<

[40] *Lubianka. Stalin i VChK-GPU-OPGPU-NKVD*, p. 753. <<

[41] Véase B. Starkov, *Déla i liudi stalinskogo vremeni*, p. 39. <<

[42] *Lubianka. Stalin i VCHK-GPU-OPGPU-NKVD*, p. 767. <<

[1] Calculado a partir de los datos del censo de 1926 en V. Kozlov, *The Peoples of the Soviet Union*, p. 69. <<

[2] S. Allilúeva, *Dvadtsat pisem k drugu*, p. 29. <<

[3] *Zastolnie rechi Stalina. Dokumenty i materialy*, p. 158. <<

[4] *Véase supra*, p. 300. <<

[5] *Takgovoril Kaganovich*, p. 48. <<

[6] *Iosif Vissarionovich Stalin* (1938), p. 5. <<

[7] K. Simonov, *Glazami cheloveka moego pokoleniia*, p. 37. <<

[8] Véase S. Fitzpatrick, *Stalin's Peasants*, pp. 289-96. <<

[9] Véase F. Bettanin, *La fabbrica del mito*, p. 89. <<

[10] G. Dimitrov, *Diario. Gli anni di Mosca (1934-1945)*, p. 81. <<

[11] Véase S. Crisp, «Soviet language Planning, 1917-1953», pp. 27-9. <<

[12] Véase S. Kuleshov y V. Strada, *II fascismo russo*, pp. 229-38. <<

[13] Véase T. Martin, *The Affirmative Action Empire*, pp. 206-7. Véase también H. Kuromiya, «The Donbass», pp. 157-8. <<

[14] Véase T. Martin, *The Affirmative Action Empire*, pp. 302-3. <<

[15] Véase *supra*, pp. 274-5. <<

[16] *Tak govoril Kaganovich*, p. 48. <<

[17] Véase *supra*, pp. 202-3. <<

[18] Véase G. Hewitt, «Language Planning in Georgia», pp. 137-9. <<

[19] Véanse los archivos reproducidos en *Abjaziia: dokumenty svidelstvuiut. 1937-1953*. <<

[20] GDMS, la Sala III alberga una copia de las sugerencias de Stalin para la antología de Nutsubidze. <<

[21] Véase *supra*, pp. 94-9. <<

[22] Véase R. Service, *A History of Twentieth-Century Russia*, pp. 206-7 y 318. <<

[23] *Ibid.* <<

[24] *Zastolnie rechi Stalina. Dokumenty i materialy*, p. 151 (primera variante de las notas tomadas por R. P. Jmelnitski). <<

[25] Véase D. Lieven, *Nicholas II*, p. 163. <<

[26] «Dnevnik M. A. Svanidze» en *Iosif Stalin v obiatiiaj semi*, pp. 174-5.
<<

[27] *Zastolnie rechi Stalina*, p. 55. <<

[28] *Ibid.*, p. 123. <<

[29] G. Dimítrov, *Diario. Gli anni di Mosca (1934-1945)*, p. 81. <<

[30] «Pravilnaia politika pravitelstva reshaet uspej armii. Kto dostoin byt marshalom?», *lstochnik* 3: registro del discurso de Stalin. <<

[31] «Dnevnik M. A. Svanidze» en *Iosif Stalin v obiatiiaj semi*, p. 176. <<

[32] Para una interpretación diferente, véase D. Brandenberger, *Stalinist Mass Culture and the Formation of Modern Russian National identity, 1931-1956.* <<

[33] *Istochnik* 1 (2002), p. 105. <<

[34] Véase el análisis de D. V. Kolésov, *I. V. Stalin: Pravo na zhizn*, pp. 37-8. Le agradezco a Ronald Hingley las conversaciones que mantuvimos acerca de las características de la oratoria de Stalin. <<

[1] *Stalin i Kaganovich: Perepiska,* p. 425; véase también *Lubianka. Stalin i VChK-GPJ-OPGPJ-NKVD*, p. 565. <<

[2] Véase *Stalin i Kaganovich; Pisma I. V. Stalina V. M. Molotovu.* <<

[3] Esta fue también la actitud de Mólotov, al menos en la época de la Segunda Guerra Mundial: véase V. Berezhkov, *Kak ya stal perevodchikom Stalina*, p. 226. Hago uso de esta fuente también en los capítulos siguientes y le agradezco a Hugh Lunghi, uno de los intérpretes de Churchill, que señalase los abundantes aspectos poco fiables de las memorias de Berezhkov, incluyendo el título. <<

[4] L. Trotsky, *An Appraisal of the Man and His Influence.* <<

[5] Véase por ejemplo S. Alliluév, *Proidionnyi put;* A. S. Alliluéva, *Vospotninaniia;* S. Alliluéva, *Dvadtsat pisem k drugu* y *Tolko odin god.* <<

[6] Sobre todo, véase el discurso que dio en una recepción a G. Dimítrov el 8 de noviembre de 1937; *infra*, p. 331. <<

[7] N. K. Baibakov, *Ot Stalina go Yeltsina*, p. 48. <<

[8] Por supuesto, la idea de que en realidad Stalin era tan poco expresivo en la década de los veinte es poco plausible. <<

[9] Véase *supra*, pp. 4-8. <<

[10] R. Medvédev, *Let History Judge*, p. 15. <<

[11] *Ibid.*, p. 13. <<

[12] *ITsKKPSS* 11 (1989), p. 169. <<

[13] *Zastolnie rechi Stalina*, p. 157: este comentario fue una interjección dentro de otra interjección de Voroshilov en un discurso durante la cena en honor del vigésimo aniversario de la Revolución de octubre. <<

[14] *Sovetskoe rukovodstvo. Perepiska, 1928-1941*, p. 334. <<

[15] L. Trotski, *Terrorizm i kommunizm.* <<

[16] M. Jansen, *A Show Trial Under Lenin.* <<

[17] En ruso las palabras fueron: «Molodets, kak on zdorovo eto sdelal!». El testigo fue Anastas Mikoian: véase su *Tak bylo*, p. 534. V. Berezhkov, uno de los intérpretes de Stalin, recordó las palabras de Mikoian de modo levemente distinto: *Kak ya stal perevodchikom Stalina*, p. 14. <<

[18] *Zastolnie rechi Stalina*, p. 148. <<

[19] Véase T. Dragadze, *Rural Families in Soviet Georgia*, pp. 43-4. <<

[20] Véase RGASPI, f. 558, op. 3, d. 37: este era el libro *Drevniaia Evropa i Vostok* (Moscú-Petrogrado, 1923). <<

[21] *Stalin i Kaganovich: Perepiska*, p. 273. <<

[22] *Iosif Stalin v obiatiiaj semi*, p. 17. <<

[23] Véase *infra*, pp. 577-8. <<

[24] RGASPI, f. 558, op. 3, d. 167; véase por ejemplo pp. 43 y 47. <<

[25] *Ibid.*, p. 57. <<

[26] *Ibid.*, p. 248. <<

[27] *Véase infra*, pp. 579-80. <<

[28] N. Ryzhkov, *Perestroika: istoriia predatelstv*, pp. 354-5. *Véase* también E. A. Rees, *Political Thought from Machiavelli to Stalin: Revolutionary Machiavellism*. <<

[29] *Zastolnie rechi Stalina*, p. 180. <<

[1] El término, inventado en 1968 por el historiador Robert Conquest para su libro homónimo, es actualmente de uso común en Rusia así como en el resto del mundo. <<

[2] «Stenogrammy ochnyj stavok v TsK VKP(b). Dekabr 1936 goda», *Voprosy istorii* 3 (2002), p. 4. <<

[3] *Ibid.*, p. 5. <<

[4] Véase en particular J. A. Getty, *The Origins of the Great Purges*. <<

[5] Véase R. Conquest, *The Great Terror: A Reassesment*, pp. 3-22 y 53-70.
<<

[6] *Molotov. Poluderzhavnyi vlastelin*, p. 464. *Tak govoril Kaganovich*, p. 35. <<

[7] O. Khlevniuk; «The Objectives of the Great Terror, 1937-1938», en J. Cooper *et al., Soviet History, 1917-1953;* O. Khlevniuk, «The Reasons for the “Great Terror”: The Foreign-Political Aspect», en S. Pons y A. Romano, *Russia in the Age of Wars, 1914-1945*. <<

[8] *Stalin i Kaganovich. Perepiska*, pp. 682-3. Aunque Stalin se refería aquí a la OGPJ, su nombre después de ser absorbida por la NKVD en 1934 fue GJGB. <<

[9] Véase R. Conquest, *The Great Terror: A Reassesment*, pp. 135-73. <<

[10] I. V. Stalin, *Sochineniia*, vol. 14, pp. 189-91. <<

[11] «Materiali fevralskogo-martovskogo plenuma TsK VKP(b) 1937 goda», *Voprosy istorii* 10 (1994), pp. 13-27; 2 (1995), pp. 22-6; y 3. (1995), pp. 3-15. <<

[12] Citado en O. Jlévniuk, *1937-i*, p. 77. <<

[13] Véase M. Jansen y N. Petrov, *Stalin’s Loyal Executioner*, pp. 76-7. <<

[14] B. Starkov, *Déla i Hudi stalinskogo vremeni*, p. 47. <<

[15] *Ibid.*, pp. 48-9. <<

[16] *Trud*, 4 de junio de 1992. <<

[17] *Ibid.* <<

[18] N. Ojotin y A. Roguinski, «Iz istorii “nemetskoi operatsii” NKVD 1937-1938 gg.», p. 46. <<

[19] *Izvestiia*, 10 de junio de 1992. <<

[20] *Tak govoril Kaganovich*, p. 46. <<

[21] *Khrushchev Remembers: The Glasnost Tapes*, p. 38. <<

[22] *Sovetskoe rukovodstvo. Perepiska, 1928-1941*, pp. 364-97. <<

[23] RGASPI, f. 73, op. 2, d. 19, p. 101. <<

[24] Véase R. Conquest, *The Great Terror: A Reassesment*, p. 245. <<

[25] Véase S. *S.* Montefiore, *Stalin: The Court of the Red Tsar,* pp. 185-6. <<

[1] I. Tovstuja, «Stalin (Dzhughashvili), Iosif Vissarionovich», pp. 698-700.
<<

[2] *Pravda, 21* de diciembre de 1929. <<

[3] Véase *infra*, pp. 541-2. <<

[4] «Stalin o “Kratkom kurse po istorii VKP(b)”. Stenogramma vystupleniia no soveshchanii propagandistov Moskvy i Leningrada…», *Istoricheskii arjiv* 5 (1994), p. 10. <<

[5] *Stalin. Kshestidesiatiiu so dnia rozhdeniia*, pp. 193-4. <<

[6] *Pravda*, 1 de enero de 1931. Véase también el relato de J. Brooks, *Thank you, Comrade Stalin!*, pp. 80-1. <<

[7] *Pravda*, 1 de enero de 1937. <<

[8] *Ibid.*, 29 de junio de 1936. <<

[9] *Zastolnie rechi Stalina*, p. 175. Esto estaba en un discurso pronunciado en una recepción en el Kremlin a los delegados recién elegidos para el Soviet Supremo de la URSS el 20 de enero de 1938. <<

[10] A. Fadéiev (ed.), *Vstrechis tovarishchem Stalinym*, pp. 40, 98,112,133,160, 178 y 195. <<

[11] *Zastolnie rechi Stalina*, p. 123. <<

[12] *Stalin i Kaganovich. Perepiska*, p. 526. <<

[13] I. A. Valedinski, «Vospominaniia o vstrechaj o t. I. V. Staline», p. 72. <<

[14] *Stalin i Jasim (1901-1902gg.). Nekotorie epizody iz batumbskogo podpolia.* <<

[15] V. Shvéitser, *Stalin v turujanskoi ssylke. Vospominaniia podpolshchika.*
<<

[16] H. Barbusse, *Staline: Un monde nouveau vu* à *travers d’un homme.* <<

[17] Véase F. Bettanin, *La fabbrica del mito*, p. 157. <<

[18] Para una excepción a esta tendencia, véase *ibid.*, p. 174. <<

[19] No debe desecharse la posibilidad de que su admiración por Lenin fuera auténtica. <<

[20] Véase también *infra*, pp. 541-2. <<

[21] *Istoriia Vsesoiuznoi Kommunisticheskoi Partii (Boishevikov). Kratkii kurs.* <<

[22] *Ibid.*, pp. 198-204. <<

[23] Véase *supra*, pp. 290-1. <<

[24] *Pravda, 7* de octubre de 1935. <<

[25] V. Kaminski e I. Vereshchaguin, «Dietsvo i iunost vozhdia: dokumenty, zapisi, rasskazy», pp. 22-100. <<

[26] *Ibid.* <<

[27] *Pisma ko viasti*, pp. 124 y ss. <<

[28] O. Volobúiev y S. Kuleshov, *Ochishchenie*, p. 146. <<

[29] Citado por N. N. Maslov, «Ob utverzhdenii ideologuii stalinizma», p. 78. <<

[30] V. Ivanov, «Krasnaia Ploshchad», *Novyi mir,* 11, pp. 259-60. <<

[31] K. Chukovski, *Dnevniki, 1930-1969*, p. 86. Debo esta referencia a B. S. Ilizarov, «Stalin. Bolezn, smert i “bessmertie”», pp. 294-5. <<

[32] S. Fitzpatrick, *Stalin’s Peasants*, pp. 289-96. <<

[33] *Obshchestvo i vlast. 1930-e godi,* p. 25. <<

[34] S. Davies analiza la ambigüedad de los testimonios en *Popular Opinion in Stalin’s Russia*, pp. 155-82. <<

[1] «Iz vospominanii Sujanova D. N., byvshego pomoshchinika Malenkova G. M.», *Volkogonov Archive*, registro 8, p. 5. <<

[2] *Písatel i vozhd: perepiska M. A. Sholojova s I. V. Stalinym*, p. 150. Para la caída de Yezhov, véase M. Jansen y N. Petrov, *Stalin's Loyal Executioner*, cap. 7. <<

[3] *Ibid.*, pp. 160-1. <<

[4] *Ibid.*, pp. 171-4. <<

[5] *Ibid.*, p. 164. <<

[6] Directriz citada por O. Khlevniuk, «Party and NKVD: Power Relationships in the Years of the Great Terror», en B. McLoughlin y K. McDermott (eds.), *Stalin's Terror*, p. 31. <<

[7] Véase *supra*, p. 7. <<

[8] G. Dimitrov, *Diario. Gli anni di Mosca (1934-1945)*, p. 267. <<

[9] *Vosemnadtsatyi siezd Vsesoiuznoi Kommunisticheskoi Partii (b)*, p. 29. <<

[10] *Ibid.*, pp. 29-30. <<

[11] Véanse sus comentarios en la conferencia de propaganda del 1 de octubre de 1938: «I. V. Stalin o “Kratkom Kurse po istorii VKP(b)”. Stenogramma vystupleniia no soveshchanii propagandistov Moskvy i Leningrada», *Istoricheskii arjiv* 5 (1994), pp. 12-13. <<

[12] *Vosemnadtsatyi siezd Vsesoiuznoi Kommunisticheskoi Partii (b),* pp. 515-17. <<

[13] *Zastolnie rechi Stalina*, p. 235. <<

[14] Véase N. Petrov, «The Gulag as Instrument of the USSR's Punitive System», en E. Dundovich, F. Gori y E. Guercetti (eds.), *Reflections on the Gulag*, p. 22. <<

[15] *Vosemnadtsatyi siezd Vsesoiuznoi Kommunisticheskoi Partii (b)*, p. 26.
<<

[1] La excepción fue su breve colaboración en la organización bolchevique que había llevado a cabo robos antes de la Primera Guerra Mundial. <<

[2] Véase D. Watson, «The Politburo and Foreign Policy in the 1930's», pp. 149-50. <<

[3] Las discusiones sobre política exterior en la década de los treinta han estado disponibles para una investigación exhaustiva sólo desde finales de la década de los ochenta, cuando comenzaron a publicarse los archivos e incluso se permitió el acceso directo a los mismos. <<

[4] *O voprosaj leninizma*, en I. V. Stalin, *Sochineniia*, vol 8, p. 64. <<

[5] Véase R. Service, *Lenin: A Political Life*, vol. 3, p. 136. <<

[6] M. Buber-Neumann, *Von Potsdam nach Moskau*, p. 284. <<

[7] Le agradezco a Katia Andréiev sus comentarios acerca de la política exterior soviética de entreguerras. <<

[8] *Dimitrov and Stalin, 1934-1943*, p. 13. <<

[9] *Semnadtsatyi siezd Vsesoiuznoi kommunisticheskoi partii (b)*, pp. 13-14.
<<

[10] *Dimitrov and Stalin, 1934-1943,* p. 18. <<

[11] A. Kriegel y S. Courtois, *Eugen Fried*, pp. 255-61. <<

[12] J. Hochman, *The Soviet Union and the Failure of Collective Security 1934-1938*, pp. 43-51. <<

[13] G. Dimitrov, *Diario. Gli anni di Mosca (1934-1945)*, p. 203. <<

[14] *Ibid.*, pp. 46-7. <<

[15] *Dimitrov and Stalin 1934-1945*, p. 50, n. 10. <<

[16] P. Togliatti, *Opere*, vol. 4, parte 1, pp. 258-72. <<

[1] Véase S. Alieva (ed.), *Taketo byio*, vol. 1, pp. 44, 50, 86 y 96. <<

[2] Véase *supra*, pp. 166 y 200-1. <<

[3] Véase *supra*, p. 264. <<

[4] *Dimítrov and Stalin 1934-1945*, p. 28. <<

[5] *Ibid.*, p. 32, citando el diario de Dimítrov. He traducido de otro modo la expresión *na ruku*. <<

[6] Notas editoriales de A. Dallin y F. I. Firsov, *Dimítrov and Stalin 1934-1945*, p. 34. <<

[7] Notas editoriales de *ibid.*, p. 108. <<

[8] Véase H. P. Bix, *Hirohito and the Making of Modern Japan*, p. 351. <<

[9] Véase J. Erikson, *The Soviet High Command*, p. 522. <<

[10] Véase C. Andrew y V. Mitrokhin, *The Mitrokhin Archive*, p. 300. <<

[11] Véase G. Gorodetsky, *Grand Delusion*, pp. 57-8,135-6 y 180. <<

[12] Véase *infra*, pp. 360-1. <<

[1] «“Avtobiograficheskie zametki” V. N. Pavlova – perevodchika I. V. Stalina», p. 98. <<

[2] *Ibid.*, p. 99. <<

[3] Véase R. Overy, *Russia's War,* p. 49. <<

[4] V. N. Pavlov, «Predistoriia 1939 goda», *Svobodnaia mysl* 7 (1999), pp. 109-10. <<

[5] A. Mikoian, *Tak bylo*, p. 392. <<

[6] Véase *supra*, p. 176. <<

[7] *Molotov. Poluderzhavnyi vlastelin*, p. 54. <<

[8] Véase K. Sword (ed.), *The Soviet Takeover of the Polish Eastern Provinces, 1939-1941*. <<

[9] Véase H. Shukman y A. Churbaryan (eds.), *Stalin and the Soviet-Finnish War, 1939-1940*, en especial los comentarios de Stalin acerca de los éxitos y fracasos de la campaña, pp. 236-7. <<

[10] *Khrushchev Remembers: The Glasnost Tapes*, p. 154. <<

[11] *Molotov. Poluderzhavnyi vlastelin*, p. 19. <<

[12] Véase H. P. von Strandmann, «Obostriaushchiesia pradoksy: Guitler, Stalin i guermano-sovetskie ekonomicheskie sviazi. 1939-1941», p. 376. <<

[13] Véase J. Erickson, *The Soviet High Command*, p. 566. <<

[14] Véase G. Gorodetsky, *Grand Delusion*, pp. 129-135. <<

[15] Dimitrov en *Zastolnie rechi Stalina*, p. 234. <<

[16] *Molotov. Poluderzhavnyi vlastelin*, pp. 40-41. <<

[17] G. Dimitrov, *Diario. Gli anni di Mosca (1934-1945)*, p. 302. <<

[18] N. Liashchenko, «O vistuplenii I. V. Stalina v Kremle, 5 maya 1941», *Volkogonov Papers,* bobina 8, p. 1. <<

[19] G. Dimitrov, *Diario. Gli anni di Mosca (1934-1945)*, p. 310. <<

[20] Estos comentarios provienen de las notas tomadas por V. A. Malyshev: «Proidiot desiatok let, i eti vstrechi ne vosstanovish uzhe v pamiati», p. 117.
<<

[21] Véase D. Glantz, *Stumbling Colossus*, p. 97. <<

[22] L. Samuelson, *Plans for Stalin’s War Machine*, p. 199. <<

[23] N. Liashchenko, «O vistuplenii I. V. Stalina v Kremle, 5 maya 1941», *Volkogonov Papers*, bobina 8, p. 3. El episodio le fue relatado a Liashchenko por el ministro de Defensa Semión Timoshenko. <<

[1] G. K. Zhúkov, *Vospominaniia i razmyshleniia*, vol. 2, p. 8. <<

[2] *Ibid.*, p. 9. <<

[3] Véase el relato basado en archivos de G. Gorodetsky, *Grand Delusion*, p. 311. <<

[4] G. K. Zhúkov, *Vospominaniia i razmysh/eniia*, vol. 2, p. 9. <<

[5] *Ibid.*, pp. 9-10. <<

[6] *Ibid.*, p. 10. <<

[7] *Ibid.*, pp. 12-13. <<

[8] G. Dimitrov, *Diario. Gli anni di Mosca (1934-1945)*, p. 319. <<

[9] Véase G. Gorodetsky, *Grand Delusion*, pp. 275-8; D. Glantz, *Stumbling Colossus*, p. 242. <<

[10] Véase G. Gorodetsky, *Grand Delusion*, pp. 53-55. <<

[11] G. K. Zhúkov, *Vospominaniia i razmyshleniia*, vol. 2, p. 9. <<

[12] *Molotov. Poluderzhavnyi vlastelin*, p. 60. <<

[13] «Zhurnal poseshcheniia I. V. Stalina v ego Kremliovskom kabinete», en Y. Górkov, *Gosudarstvennyi Komitet Oborony postanovliaiet*, pp. 223-4. <<

[14] *Ibid.* <<

[15] G. K. Zhúkov, *Vospominaniia i razmyshleniia*, vol. 2, p. 73. <<

[16] «Zhurnal poseshcheniia I. V. Stalina v ego Kremliovskom kabinete», *loc. cit*, pp. 223-4. <<

[17] A. Mikoian, *Tak bylo*, p. 390. <<

[18] *Ibid.*, p. 391. Mólotov registró que Stalin «no era él» aquel día, pero insistió en que su actitud era firme: *Molotov. Poluderzhavnyi vlastelin*, p. 60. <<

[19] A. Mikoian, *Tak bylo*, pp. 391-2. <<

[20] *Pravda*, 1 de julio de 1941. <<

[21] S. Beria, *Seria*, *My Father*, p. 71. Ofrece un relato supuestamente contado por su padre. En esta versión es el secretario del Comité del Partido de la ciudad, Alexandr Shcherbakov, y no Voznesenski, el que le propone a Mólotov hacerse cargo de la dirección. <<

[22] Y. Górkov, *Gosudarstvennyi Komitet Oborony postanovliaiet*, p. 501.
<<

[1] G. K. Zhúkov, *Vospominaniia i razmyshleniia*, vol. 2, pp. 126-7. <<

[2] R. Overy, *Russia's War,* p. 171. <<

[3] No hay nada en las memorias de Mólotov, Kaganóvich, Jrushchov y Zhúkov —hombres que lo conocieron muy bien durante la guerra— que contradiga este punto. <<

[4] G. K. Zhúkov, *Vospominaniia i razmyshleniia*, vol. 2, p. 344. <<

[5] *Ibid.*, p. 346. <<

[6] *Ibid.*, p. 347. <<

[7] *Ibid.*, pp. 348-9. <<

[8] *Ibid.*, p. 361. <<

[9] *Ibid*. Esta afirmación, al igual que muchas otras, fue censurada en la edición de 1969 y sólo se permitió su publicación en la posterior de 1995. <<

[10] *Ibid.*, p. 367. <<

[1] S. Beria, *Beria. My Father*, p. 154. <<

[2] G. K. Zhúkov, *Vospominaniia i razmyshleniia*, vol. 3, pp. 215-6. <<

[3] A. M. Vasílievski: entrevista en G. A. Kamaniov (ed.), *Riadom so Stalinym*, p. 242. <<

[4] S. Beria, *Beria, My Father,* pp. 153-4. Esta historia le fue contada a Sergo Beria por su madre, que habló con Yakov. <<

[5] *Ibid.* p. 155. <<

[6] «Dnevnik M. A. Svanidze», en *Iosif Stalin v obiatiiaj semi*, p. 159. <<

[7] Testimonio de Alexéi Kapler: E. Biagi, *Svetlana*, p. 21. <<

[8] *Ibid.*, p. 27. <<

[9] «Dnevnik M. A. Svanidze», en *Iosif Stalin v obiatiiaj semi*, p. 161. <<

[10] *Ibid.*, p. 158. <<

[11] S. Allilúeva, *Tolko odin god*, p. 320. <<

[12] *Ibid.*, p. 326. <<

[13] *Ibid.*, p. 129-30. <<

[14] S. Beria, *Beria, My Father*, p. 150. <<

[15] S. Allilúeva. *Dvadtsat pisem k drugu*, pp. 163-6. <<

[16] *Ibid.*, pp. 166-7. <<

[17] *Ibid.*, pp. 167-8. <<

[18] *Ibid.*, p. 169. <<

[19] S. Beria, *Beria, My Father*, p. 152. <<

[20] RGASPI, f. 558, op. 1, d. 5078. <<

[21] V. Allilúev, *Jronika odnoi semi: Alliluevy. Stalin*, p. 97. <<

[22] *Ibid.* <<

[23] I. A. Valedinski, «Vospominaniia o vstrechaj s t. I. V. Stalinym», pp. 69-70. <<

[24] Véase *infra*, pp. 455-6. <<

[25] G. K. Zhúkov, *Vospominaniia irazmysh/eniia*, vol. 3. p. 109. <<

[26] No dejó que nadie supiera de sus debilidades físicas con excepción de Churchill. Durante los preparativos de su encuentro con el primer ministro británico en otoño de 1944, escribió: «Los médicos me aconsejan que no emprenda largos viajes. Durante cierto tiempo tengo que tenerlo en cuenta»: *Perepiska predsedatelia Soveta Ministra SSSR s prezidentami SShA i premier-ministrami Velikobritanii vo vremia velikoi Otechestvennoi voiny*, vol. 1, p. 262. Sin embargo, incluso esta observación no puede tomarse como válida. Stalin habría hecho cualquier cosa para que la montaña fuera a Mahoma; siempre trataba de que fueran Churchill y Roosevelt los que viajaran. <<

[27] «Dnevnik M. A. Svanidze», en *Iosif Stalin v obiatiiaj semi*, pp. 158-60,169,174,177. <<

[28] *Ibid.*, p. 168. <<

[29] *Ibid.*, p. 175. <<

[30] L. Vasilíeva, *Dieti Kremlia*, p. 261; V. Allilúev, *Jronika odnoi semi: Alliluevy. Stalin*, p. 128 (donde se menciona que los suegros nunca perdonaron a Yevguenia haberse casado tan pronto después de la muerte de Pável). <<

[31] L. Vasilíeva, *Dieti Kremlia*, p. 261. <<

[32] L. M. Kaganóvich, *Pamiatnie zapiski*, p. 33; *Tak govoril Kaganovich*, p. 49-50. Se dan 1924 y 1926 como fecha de la muerte. Véase también Allilúeva, *Tolko odin god*, p. 331. <<

[33] L. M. Kaganóvich, *Tak govoril Kaganóvich*, p. 49. Sin embargo, Sergo Beria sostuvo que la identidad de la amante de Stalin no era la de la hermana o la hija de Kaganóvich, sino que se trataba de su sobrina: véase S. Beria. *Beria, My Father,* p. 166. Hasta ahora no se ha podido corroborar esta afirmación. <<

[34] *Molotov. Poluderzhavnyi vlastelin*, pp. 181 y 191. <<

[35] «Dnevnik M. A. Svanidze», en *Iosif Stalin v obiatiiaj semi*, p. 170. <<

[36] Kira Allilúeva: entrevista, 14 de diciembre de 1998. <<

[37] Véase el recuerdo de A. P. Allilúev, según se lo refirió a R. Richardson, *The Long Shadow*, pp. 142-3. <<

[38] J. von Ribbentrop, *Zwischen London und Moskau. Erinnerungen undletzte Aufzeichnungen*, p. 25. <<

[39] Testimonio de A. T. Serguéiev a F. Chúiev: *Molotov. Poluderzhavnyi vlastelin*, p. 359. <<

[40] G. K. Zhúkov, *Vospominaniia i razmyshleniia*, vol. 3, p. 108. <<

[41] N. K, Baibakov, *Ot Stalina do Yeltsina*, pp. 80 y 83. <<

[42] Véase el relato de K. Charkviani resumido por Simon Sebag Montefiore, *Stalin: The Court of the Red Tsar*, p. 101. <<

[1] G. K. Zhúkov, *Vospominaniia i razmyshleniia*, vol. 3, p. 14. <<

[2] *Ibid.*, p. 23. <<

[3] *Ibid.*, p. 32. <<

[4] *Ibid.*, p. 45. <<

[5] *Ibid.*, p. 46. <<

[6] *Ibid.*, p. 61. <<

[7] *Ibid.*, p. 59. <<

[8] Véase W. Moskoff, *The Bread of Affliction*. <<

[9] Postal militar oficial, 6 de enero de 1944. <<

[10] V. Tsypin, *Istoriia Russkoi pravoslavnoi tserkvi, 1917-1990*, pp. 95,104 y 106. <<

[11] Véase D. Pospielovsky, *The Russian Orthodox Church under the Soviet Regime*, p. 111. <<

[12] V. A. Alexéiev, «Neozhidannyi dialog», *Agitator 6* (1989), pp. 41-4. <<

[13] V. A. Alexéiev, *Illiuzii i dogma*, pp. 336-7. <<

[14] G. Dimitrov, *Diario. Gli anni di Mosca (1934-1945)*, pp. 615 y 617. <<

[15] *Ibid.*, p. 618. <<

[16] Véase M. Mevius, *Agents of Moscow,* capítulo 3. <<

[17] J. Rossi, *Spravochnikpo Gulagu*, parte 1, p. 40. <<

[18] Véase P. J. S. Duncan, *Russian Messianism*, p. 59. <<

[19] «Proidiot desiatok let, i eti vstrechi ne vosstanovish uzhe v pamiati. Dnevnikovie zapisi V. A. Malysheva», pp. 127-8. Véase también G. Dimitrov, *Diario. Gli anni di Mosca (1934-1945)*, p. 802. <<

[20] Véase A. V. Fatéiev, *Obraz vraga v Sovietskoi propagande*, *1945-1954 gg.*, p. 23. El artículo de Fadéiev apareció en *Pod znamenem marksizma* 11 (1943). <<

[21] Véase C. Andréiev, *Vlasov and the Russian Liberation Movement. Soviet Realities and Émigré Theories*. <<

[1] *Sochineniia*, vol. 14, p. 1. <<

[2] Véase *infra*, nota 4. <<

[3] *Sochineniia*, vol. 14, p. 5. <<

[4] Carta de julio de 1941: *Zvezda* 2 (2003), p. 191. <<

[5] *Sochineniia*, vol. 14, p. 6. <<

[6] *Ibid.*, p. 33. <<

[7] *Ibid.*, p. 34. <<

[8] Esta es una cuestión señalada por J. Brooks, *Thank You, Comrade Stalin!*, p. 160. <<

[9] Véase en general D. C. Watt, *How War Carne*, pp. 224-33. <<

[10] *The Times*, 4 de enero de 1943. <<

[11] *Ibid.*, 1 de enero de 1940. <<

[12] Véase *supra*, capítulo 32. <<

[13] N. K. Baibakov, *Ot Stalina do Yeltsina*, pp. 43-8. <<

[14] *Ibid.*, p. 64. <<

[15] *Ibid.* <<

[16] Testimonio de A. E. Golovanov en G. A. Kumaniov (ed.), *Riadom so Stalinym*, pp. 272-3. <<

[17] G. K. Zhúkov, *Vospominaniia i razmysheleniia*, vol. 3, p. 59. <<

[18] *Ibid.*, pp. 113 y 115. <<

[19] K. Símonov, *Glazami cheloveka moego pokoleniia*, p. 111. <<

[20] A. Mikoian, *Tak bylo*, p. 463. <<

[21] P. A. Sudoplatov y A. Sudoplatov, *Special Tasks*, p. 328. <<

[22] G. K. Zhúkov, *Vospominaniia i razmysheleniia*, vol. 2, p. 266. <<

[23] *Ibid.*, vol. 2, p. 244. <<

[24] *Ibid.*, p. 270. <<

[25] *Ibid.*, p. 134. <<

[26] A. Mikoian, *Tak bylo*, p. 563. <<

[27] G. A. Kumaniov, «Dve besedy s L. M. Kaganovichem», *Novaia i noveishaia istoriia* 2 (1999), p. 107. <<

[1] *Perepiska predsedatelia Soveta Ministrov SSSR*, vol. 2, p. 98. Véase también W. S. Churchill, *The Second World War*, vol. 4, p. 594. <<

[2] *Perepiska predsedatelia Soveta Ministrov SSSR*, vol. 2, p. 101. <<

[3] S. Beria, *Beria, My Father*, p. 93. <<

[4] El vagón se encuentra ahora ante la Casa Museo Estatal de I. V. Stalin en Gori. <<

[5] W. S. Churchill, *The Second World War*, vol. 4, p. 447. <<

[6] *Perepiska predsedatelia Soveta Ministrov SSSR*, vol. 2, p. 43. <<

[7] W. S. Churchill, *The Second World War,* vol. 4, p. 443. <<

[8] J. von Ribbentrop, *Zwischen London und Moskau*, p. 25. <<

[9] I. P. McEwan, «Quo Vadis?», p. 113. Le agradezco a Philippa McEwan que me lo proporcionara. <<

[10] W. S. Churchill, *The Second World War*, vol. 5, pp. 334-6 <<

[11] *Churchill and Stalin: Documents from the British Archives:* conversación entre Churchill y Stalin, 28 de noviembre de 1943, doc. 46, p. 3. <<

[12] *Ibid.*, doc. 48, p. 2.: encuentro en la embajada soviética en Teherán, 1 de diciembre de 1943. <<

[13] W. S. Churchill, *The Second World War*, vol. 5, p. 350. <<

[14] *Churchill and Stalin: Documents from the British Archives*, doc. 47. <<

[15] S. Beria, *Beria, My Father*, p. 93. <<

[16] W. S. Churchill, *The Second World War,* vol. 6, p. 198. La grafía inglesa en el manuscrito y el libro de Churchill era «Roumania». <<

[17] *Ibid.* <<

[18] *Istochnik* 4 (1995), p. 17. <<

[19] N. Lebrecht, «Prokofiev was Stalin's Last Victim». <<

[20] W. S. Churchill, *The Second World War*, vol. 6, p. 345. A veces esto se abreviaba como «U.J.»: *ibid.*, p. 199. <<

[21] *Ibid.*, *The Second World War,* vol. 4, p. 596. <<

[22] *Ibid.*, vol. 5, p. 330. <<

[23] *Ibid.*, p. 342. <<

[1] Véase R. Overy, *Russia’s War,* pp. 240-1. <<

[2] J. Erickson, *The Road to Berlin*, pp. 274-90; N. Davies, *Rising ’44*, pp. 209-11 y 265-72. <<

[3] G. K. Zhúkov, *Vospominaniia i razmysheleniia*, vol. 3, pp. 173-4. Desgraciadamente los otros participantes —Stalin, Mólotov y Beria— no dejaron recuerdos valiosos sobre el tema. <<

[4] W. S. Churchill, *The Second World War*, vol. 6, p. 117. <<

[5] *Churchill and Stalin: Documents from the British Archives*, doc. 55, p. 1: telegrama de A. Edén a sir O. Sergeant, 12 de octubre de 1944. Hay que añadir que Churchill dijo esto en un momento en que estaba tratando de engatusar a Stalin para que hiciera concesiones a los «polacos de Londres». <<

[6] M. Djilas, *Conversations with Stalin*, p. 87. Stalin también hizo afirmaciones exculpatorias acerca de los soldados del Ejército Rojo ante una delegación checoslovaca el 28 de marzo de 1945: «Proidiot desiatok let, i eti vstrechi ne vosstanovish uzhe v pamiati. Dnevnikovie zapisi V. A. Malysheva», p. 127. <<

[7] Véase el texto en *Novaia i noveishaia istoriia* 3 (2000), p. 181. <<

[8] *Ibid.* <<

[9] Véase J. Erickson, *The Road to Berlin*, pp. 606-16. <<

[10] Véase D. Holloway, *Stalin and the Bomb*, p. 125. <<

[11] Véase *ibid.*, p. 124. <<

[12] *Ibid.*, p. 126. <<

[13] *Ibid.*, p. 128. <<

[14] *Ibid.*, pp. 128-9. <<

[1] Tomado de A. Werth, *Russia at War, 1941-1945*, p. 969; J. Bardach y K. Gleeson, *Surviving Freedom*, p. 95. <<

[2] S. Allilúeva, *Dvadtsat pisem k drugu*, p. 175. <<

[3] N. S. Jrushchov, «Memuary Nikity Sergueivicha Jrushchova», *Voprosy istorii* 7-8 (1991), p. 100. <<

[4] I. V. Stalin, *Sochineniia,* vol. 16, p. 197. <<

[5] *Ibid.*, p. 198. <<

[6] *Pravda*, 25 de mayo de 1945. <<

[7] G. K. Zhúkov, *Vospominaniia i razmyshleniia,* vol. 3, p. 308. La información de Zhúkov provenía del hijo de Stalin, Vasili. <<

[8] *Ibid.* <<

[9] *Ibid.*, p. 309. <<

[10] *Pravda*, 27 de junio de 1945. <<

[11] S. G. Wheatcroft y R. W. Davies, «Population», p. 78. <<

[12] Y. Zubkova, *Obshchestvo i reformy, 1945-1964*, p. 43. <<

[13] *Vostochnaia Evropa v dokumentaj rossiiskij arjivov, 1945-1953 gg.*, vol. 1, p. 132. La fecha de la reunión en Moscú fue el 9 de enero de 1945. <<

[14] *Ibid.*, pp. 456-7. El encuentro tuvo lugar el 22 de mayo de 1946. <<

[15] *Ibid.*, p. 132. <<

[1] V. Allilúev, *Jronika odnoi semi: Alliluevy. Stalin*, p. 218. Véase Simón Sebag Montefiore, *Stalin: The Court of the Red Tsar,* p. 472; Y. Gorlizki y O. Khlevniuk, *Cold Peace. Stalin and the Soviet Ruling Circle,* 1945-1953, p. 177. <<

[2] *Politbiuro TsK VKP(b) i Sovet Ministrov SSSR, 1945-1953*, p. 398. <<

[3] Recuerdo de A. S. Beliakov de un relato oral de A. A. Zhdanov acerca de una reunión de los dirigentes de la cúpula central del partido: G. Arbatov, *Svidetelstvo sovremennika*, p. 377. <<

[4] Véase 1. Zémskov, «Prinuditelnie migratsii iz Pribaltiki», pp. 13-14. <<

[5] Véase E. Bacon, *The Gulag at War*, pp. 93-4. <<

[6] N. A. Antipenko, *Riadom s G.* K *Zhukovym i* K K *Rokossovskim,* p. 71.
<<

[7] E Gori y S. Pons (eds), *The Soviet Union and Europe in the Cold War, 1943-1953*, especialmente la contribución de A. Filitov, pp. 5-22. <<

[8] *Molotov. Poluderzhavnyi vlastelin*, pp. 148-9. <<

[9] S. Allilúeva, *Dvadtsat pisem k drugu*, pp. 176-7. <<

[10] Véase A. Applebaum, *Gulag*, pp. 424-5; Y. Gorlizki y O. Khlevniuk, *Cold Peace. Stalin and the Soviet Ruling Circle, 1945-1953*, pp. 127-9. <<

[11] Hay que añadir, sin embargo, que Stalin no repitió su elogio a los rusos ni siquiera en esta ocasión: tal vez le preocupaba alentar excesivamente el nacionalismo ruso: *Pravda*, 7 de septiembre de 1947. <<

[12] Para algunos ejemplos, véase *Resheniiapartii i pravitelstva po joziaistvennym voprosam*, vol. 3, pp. 350 y ss. <<

[13] Véase A. Pyzhikov, *Jrushchevskii ottepel*, p. 19. <<

[14] Véase A. Nove, *Economic History of the USSR*, p. 308. <<

[15] Véase W. Taubman, *Khrushchev: The Man and His Era*, p. 201. <<

[16] N. S. Jrushchov, «Memuary Nikity Sergueievicha Jrushchova», *Voprosy istorii* 11 (1991), p. 38. <<

[17] Véase R. Service, *Lenin: A Biography*, pp, 88-9. Le agradezco a Mark Harrison lo relacionado con la concepción de Stalin acerca del campesinado. <<

[18] Véase el libro en preparación de J. Fuerst sobre la juventud soviética de posguerra. <<

[19] La excepción, después de la guerra, fue Nikolai Voznesenski: véase *infra*, p. 535. <<

[20] Véase *supra*, pp. 292-5. <<

[21] Véase *infra*, pp. 522. <<

[22] Véase G. Bordiugov, «Ukradionnaia pobeda»; Y. Zubkova, «Obshchestvennaia atmosfera posle voiny (1945-1946)», p. 12; D. Filtzer, *Soviet Workers and Late Stalinism*, pp. 1-5. <<

[1] Véase M. P. Leifier, *A Preponderanee of Power,* pp. 56-9. <<

[2] Véase *ibid.*, pp. 19 y 115. <<

[3] *Ibid.*, p. 148. <<

[4] *Vostochnaia Evropa v dokumentaj rossiiskij arjivov, 1944-1953 gg.*, vol. 1, p. 673. <<

[5] Citado por R. Pijoia, *Sovetskii Soiuz: istoriia vlasti, 1945-1991*, p. 26. <<

[6] *Vostochnaia Evropa v dokumentaj rossiiskij arjivov, 1944-1953 gg.*, vol. 1, p. 673. <<

[7] *Ibid.*, pp. 673-5. <<

[8] *The Cominform: Minutes of the Three Conferenees*, pp. 270 y ss. <<

[9] M. G. Pervujin, «Kak byla reshena atomnaia problema v nashei strane», p. 133. <<

[10] *Ibid.* <<

[11] Véase *supra*, p. 93. <<

[12] Véase D. Holloway, *Stalin and the Bomb*, p. 211. <<

[13] Véase V. Zubok y C. Pleshakov, *Inside the Kremlin’s Cold War*, pp. 58-9. <<

[14] Citado en *ibid.*, p. 59. <<

[15] *Molotov. Poluderzhavnyi vlastelin*, p. 118. <<

[1] *Vostochnaia Evropa v dokumentaj rossiiskij arjvov, 1944-1953 gg.*, vol. 1, pp. 118-33. <<

[2] *Ibid.*, p. 303. <<

[3] *Ibid.*, p. 443. <<

[4] Véase la carta de G. Dimitrov a Mólotov acerca de la composición de la dirección comunista polaca, 18 de enero de 1944: *SSSR-Poisha. Mejanizmy podchineniia. 1944-1949. Sbornik dokumentov,* pp. 21-2. Acerca de la actitud de los comunistas de origen judio, véase el testimonio de Jakub Berman en T. Toranska, *Oni: Stalin’s Polish Puppets,* p. 321. <<

[5] Véase M. Mazower, *Dark Continent*, pp. 12-25. <<

[6] *The Cominform: Minutes of the Three Conferences*, p. 82. <<

[7] *Ibid.*, pp. 226 y 244. <<

[8] *Ibid.*, p. 240. <<

[9] *Ibid.*, pp. 296 y 302. <<

[10] Véase S. Pons, «The Twilight of the Cominform», en *ibid.*, pp. 483-4.
<<

[11] *Ibid.*, pp. 496-7. <<

[12] *Ibid.*, pp. 610-19. <<

[13] Véase L. Gibianski, comentario en *ibid.*, p. 654. <<

[14] Véase *infra*, pp. 567-8. <<

[15] Véase *infra*, pp. 575-6. <<

[1] S. Allilúeva, *Dvadtsat pisem k drugu*, p. 177. Aquí Svetlana cuenta que permanecían en dachas separadas. <<

[2] Visita del autor: 11 de septiembre de 2002. Les agradezco a Liana Jvarchelia y a Manana Gurgulia las gestiones realizadas para que pudiera acceder a la dacha. <<

[3] Citado en D. Volkogónov, *Triumf i tragediia: politicheskoi portret I. V. Stalina*, vol. 1, parte 1, p. 41. <<

[4] Memorias inéditas de Kandide Charkviani, p. 55. <<

[5] A. Mgueladze, *Stalin, kakim ya ego zna*, p. 65; *Molotov. Poluderzhavnyi vlastelin*, pp. 65 y 181. <<

[6] Entrevista con L. F. Ilichov: «Stalin i “Pravda”: rabochii kontakt». <<

[7] Véase Y. Gorlizki y O. Khlevniuk, *Cold Peace*, pp. 19-29. <<

[8] Véase *infra*, p. 568. <<

[9] *Politbiuro TsK VKP(b) i Sovet Ministrov SSSR, 1945-1953*, p. 313. <<

[10] *Ibid.*, pp. 326-7. <<

[11] *Ibid.*, p. 200. <<

[12] *Politbiuro TsK VKP(b) i Sovet Ministrov SSSR, 1945-1953*, p. 198. <<

[13] *Ibid.*, p. 224. <<

[14] T. Toranska, *Oni: Stalin’s Polish Puppets*, p. 235. <<

[15] A. Mgueladze, *Stalin, kakim ya ego zna*, p. 113. <<

[16] V. Semichastny, *Bespokoinoe serdtse*, p. 41. Aparentemente Jrushchov trató de mantener un ritmo de vida más convencional: *ibid.*, p. 46. <<

[17] A. Gromyko, *Pamiatnoe*, vol. 2, p. 326. <<

[18] Testimonio de Yakub Berman: T. Toranska, *Oni: Stalin’s Polish Puppets*, p. 337. <<

[19] K. Símonov, *Glazami cheloveka moego pokoleniia*, p. 139. <<

[20] *Ibid.* <<

[21] P. A. Sudoplatov y A. Sudoplatov, *Special Tasks*, p. 328. <<

[22] *Politbiuro TsK VKP(b) i Sovet Ministrov SSSR*, pp. 28-9. <<

[23] *Ibid.*, pp. 30-2 y 51. <<

[24] *Ibid.*, p. 29. <<

[25] *Ibid.*, pp. 421-31. Para un relato más completo, véase Y. Gorlizki, «Stalin's Cabinet: The Politburo and Decision-Making in the Post-War Years». <<

[26] *Neizvestnyi Zhúkov,* pp. 476-7. <<

[27] Véase *infra*, pp. 534-5. <<

[1] O. V. Jlévniuk, «Stalin i Molotov. Edinolichnaiya diktatura i predposylki “oligarjizatsiia”», p. 281. <<

[2] *Ibid.*, pp. 283-4. <<

[3] *Ibid.*, p. 26. <<

[4] «Dve besedy I. V. Stalina s Generalnym Sekretariom Obiedinionnyj Natsii Tryugve Li», *Novaia i noveishaia istoriia* 3 (2001), pp. 111-12. <<

[5] *Politbiuro TsK VKP(b) i Sovet Ministrov SSSR, 1945-1953*, pp. 32-3. <<

[6] *Ibid.*, pp. 205-6. <<

[7] *Molotov. Poluderzhavnyi vlastelin*, p. 377. <<

[8] A. Mikoian, *Tak bylo*, p. 466. <<

[9] *Ibid.*, pp. 496-8. <<

[10] *Ibid.*, p. 535. <<

[11] Véase Y. Gorlizki, «Party Revivalism and the Death of Stalin». <<

[12] Testimonio de A. M. Vasílievski; G. A. Kumaniov (ed.), *Riadom so Stalinym*, pp. 237-40. <<

[13] A. Mikoián, *Tak bylo*, p. 559. <<

[14] El factor «ruso» en el Caso de Leningrado se minimiza en el importante estudio de reciente aparición de Y. Gorlizki y O. Khlevniuk, *Cold Peace*, pp. 79-95. Sin embargo, sigo impresionado por los documentos y memorias que aseveran la importancia de este factor. <<

[15] *Poiitbiuro TsK VKP(b) i Sovet Ministrov SSSR, 1945-1953*, pp. 66-7 y 246. <<

[16] A. Mikoián, *Tak bylo*, p. 559. <<

[17] Véase *supra*, p. 546. <<

[18] A. Mikoián, *Tak bylo*, p. 565. <<

[19] Quiero manifestar mi agradecimiento a Geoffrey Hosking por nuestra prolongada conversación acerca de este tema. <<

[1] *Slovo tovarishchu Stalinu*, p. 466. <<

[2] *Ibid.*, pp. 470-2. <<

[3] *Ibid.*, p. 471. <<

[4] Discurso de G. M. Malenkov, *Cominform: Minutes of the Three Confererences*, p. 82. <<

[5] *Istoriia Sovetskoi politicheskoi tsenzury*, p. 507, En 1946 aún había dieciséis repúblicas soviéticas: la República Soviética Karelio-Finlandesa fue abolida en 1956. <<

[6] *Ibid.* <<

[7] Debo esta idea a Rosamund Bartlett. <<

[8] N. Voznesenski, *Voiennaia ekonomika SSSR v period otechestvennoi voine, passim; Iosif Vissarionovich Stalin. Kratkaia biografiia* (2.ª ed.); *Istoriia Vsesoiuznoi Kommunisticheskoi Partii (Bolshevikov). Kratkii kurs* (2.ª ed.). <<

[9] I. Ehrenburg, *Post-War Years: 1945-1954*, p. 160. <<

[10] *Iosif Vissarionovich Stalin. Kratkaia biografiia* (2.ª ed.), *passim.* <<

[11] I. V. Stalin, *Sochineniia,* vol. 1, p. xiii. <<

[12] Véase J. Brooks, *Thank You, Comrade Stalin!*, pp. 195-232. <<

[13] *Kniga o vkusnoi i zdorovoi pishche.* <<

[14] *Iosif Vissarionovich Stalin. Kratkaia biografúa* (2.ª ed.), pp. 1-161. <<

[15] *Ibid.*, pp. 172 y 208. <<

[16] *Ibid.*, p. 228. <<

[17] S. Allilúev, *Proidionnyi put;* A. S. Allilúeva, *Vospominaniia*. <<

[18] RGASPI, f. 668, op. 1, d. 15, p. 67. <<

[19] Véanse en particular las secciones del texto original de las memorias de Anna en RGASPI, f. 4, op. 2, d. 45. <<

[20] S. Aililúev, *Proidionnyi put*, p. 109. <<

[21] A. S. Allilúeva, *Vospominaniia*, pp. 165, 167, 168 y 191. <<

[22] RGASPI, f. 668, op. 1, d. 15, p. 67. <<

[23] *Ibid.*, p. 69. <<

[24] J. Bardach y K. Gleeson, *Surviving Freedom*, p. 117. <<

[25] En realidad había cumplido sesenta en 1948, véase *supra*, p. 14. <<

[26] *Churchill and Stalin: Documents from the British Archives*, doc. 70, p. 4: conversación entre Churchill y Stalin en Potsdam, 17 de julio de 1945. <<

[27] *Vostochnaia Evropa v dokumeniaj rossiiskij arjivov, 1945-1953 gg.*, vol. 1, p. 407. <<

[28] *Ibid.*, p. 443. <<

[29] *Ibid.*, p. 582. <<

[1] Véase *supra*, p. 499, e *infra*, p. 567. <<

[2] Véase el relato de A. M. Ledovski en I. V. Kovaliov, «“Dvenadtsat” sovetov I. V. Stalina rukovodstvu kompartii Kitaia», p. 130. <<

[3] *Ibid.*, pp. 134-9. <<

[4] «Posetiteli kremiliovskogo kabineta Stalina», pp. 49-50. <<

[5] G. Dimitrov, *The Diary of Georgi Dimitrov, 1933-1949*, p. 443. La entrada del diario de Dimitrov concuerda en lo esencial con el recuerdo de Djilas, por lo menos en lo relativo a los comunistas chinos en *Conversations with Stalin*, p. 141. <<

[6] Véase D. Holloway, *Stalin and the Bomb*, p. 277. <<

[7] A. A. Gromyko, *Pamiatnoe*, vol. 2, pp. 249-50. <<

[8] Véase D. Holloway, *Stalin and the Bomb*, pp. 280-1. <<

[9] Citado por V. Zubok y C. Pleshakov, *Inside the Kremlin’s Cold War*, pp. 66-7. <<

[10] *Ibid.*, pp. 67-8. <<

[11] *Ibid.*, pp. 68-9. <<

[12] *Ibid.*, p. 69. <<

[13] V. Zubok y C. Pleshakov ofrecen los informes de inteligencia en los que Stalin basó su juicio: *ibid.*, p. 63. <<

[14] Véase D. Holloway, *Stalin and the Bomb*, p. 283. <<

[15] V. Semichastny, *Bespokoinoe serdtse*, p. 58. <<

[16] *Véase* Holloway, *Stalin and the Bomb*, p. 285. <<

[17] *Ibid.* <<

[1] S. Beria, *Beria, My Father*, p. 143. <<

[2] *Ibid.* <<

[3] A. Mgueladze, *Stalin, kakim ya ego zna*, p. 271. <<

[4] Véase D. Joravsky, *The Lysenko Affair*, capítulo 3, ss. <<

[5] S. Beria, *Beria, My Father*, p. 143. <<

[6] A. Malenkov, *O moiom ottse Gueorguii Malenkove*, p. 24. <<

[7] *Pravda*, 10 de febrero de 1946 (discurso a los electores del Distrito Electoral de Stalin); 13 de abril de 1948 (discurso de recepción a la delegación oficial finlandesa); 15 de octubre de 1952 (discurso en el XIX Congreso del Partido). <<

[8] I. V. Stalin, *Sochineniia,* vol. 16, pp. 114-57. <<

[9] A. Mgueladze, *Stalin, kakim ya ego zna*, pp. 224-5. <<

[10] V. Brodski y V. Kalinnikova, «Otkrytie sostoialos», *Nauka izhizn* 1 (1988). <<

[11] Konstantin Simonov, editor jefe de *Literaturnaia gazeta*, anotó sus impresiones autocensuradas en su diario, y más tarde, en 1979, añadió información y un comentario acerca de la reunión: *Glazami cheloveka moego pokoleniia*, pp. 113-16. <<

[12] *Ibid.*, p. 111. <<

[13] *Ibid.* <<

[14] Esto no quiere decir que no hubiese preferido que el orden soviético hubiera sido más dócil a sus órdenes: véase *infra*, pp. 537-40. <<

[15] *Vosemnadtsatyi siezd Vsesoiuznoi Kommunisticheskoi Partii (b)*, p. 36.
<<

[16] *Ibid.* <<

[17] *Molotov. Poluderzhavnyi vlastelin*, pp. 346, 348, 351 y 352-3. <<

[18] *Ibid.*, p. 353. <<

[19] *Ibid.*, p. 19. <<

[20] RGASPI, f. 558, op. 3, d. 165: V. V. Piotrovski, *Po sledam drevnij kultur*, p. 77. <<

[21] *Ibid.*, p. 8. <<

[22] Véase el recuerdo de Roy Medvédev en Z. y R. Medvédev, *Neizvestnyi Stalin*, pp. 259-60. <<

[23] I. V. Stalin, *Marksizm i voprosy yazykoznaniia*, en *Sochineniia*, vol. 16, p. 119. <<

[24] *Ibid.*, pp. 123 y 133. <<

[25] *Ibid.*, p. 145. <<

[26] S. Beria, *Beria, My Father*, p. 237. <<

[27] I. V. Stalin, *Marksizm i voprosy yazykoznaniia*, en *Sochineniia*, vol. 16, p. 159. <<

[28] *Ibid.*, p. 143. <<

[29] *Ibid.*, p. 169. <<

[30] *Molotov. Poluderzhavnyi vlastelin*, p. 301. <<

[31] K. Simonov, *Glazami cheloveka moego pokoleniia*. <<

[32] *Ekonomicheskie problemy sotsializma v SSSR*, en I. V. Stalin, *Sochineniia*, vol. 16, pp. 188-304. <<

[33] *Ibid.*, p. 197. <<

[34] *Ibid.*, p. 226. <<

[35] *Ibid.* <<

[36] *Ibid.*, p. 224. <<

[37] *Ibid.*, p. 256. <<

[38] *Ibid.*, p. 231. <<

[39] *Ibid.*, pp. 235-6. <<

[40] Véase *supra*, p. 92. <<

[41] Véase *supra*, pp. 150-2. <<

[42] Véase *supra*, p. 223. <<

[43] Véase *supra*, pp. 431-3. <<

[44] Véase también *supra*, p. 389. <<

[45] Véase B. Pinkus, *The Soviet Government and the Jews, 1948-1967*, pp. 151-64. Le agradezco a John Klier su ayuda en elaboración de este párrafo. <<

[46] Véase L. Rucker, *Staline, Israël et les Juifs*, p. 238. <<

[47] *Tak govoril Kaganovich*, p. 211. S. Beria, *Beria*, *My Father*, p. 211: al parecer Lavrenti Beria también pensaba que Stalin no era antisemita. <<

[48] *Tak govoril Kaganovich*, p. 175. <<

[1] Véase *supra*, pp. 228 y 436-7. <<

[2] P. Moshéntsova, *Tainy kremliovskoi bolnitsy*, pp. 6-7. <<

[3] Y. Rapoport, *The Doctors’ Plot*, p. 218. <<

[4] *Politbiuro TsK VKP(b) i Sovet Ministrov SSSR, 1945-1953*, p. 398: su estancia en el Sur duró desde el 10 de agosto hasta el 22 de diciembre de 1951. <<

[5] Véanse las memorias inéditas de K. Charkviani, p. 35. <<

[6] Estas observaciones provienen de una visita del 11 de septiembre de 2002. <<

[7] Había unos barracones para los guardias contiguos a las habitaciones de Stalin. <<

[8] Visita del autor: 11 de septiembre de 2002 <<

[9] S. Beria, *Beria, My Father*, p. 140; S. Allilúeva, *Dvadtsat pisem k drugu*, p. 191. <<

[10] S. Beria, *Beria, My Father*, p. 140. <<

[11] *Ibid.* <<

[12] *Tak govoril Kaganóvich*, p. 52. <<

[13] A. Mikoian, *Tak bylo*, p. 527. <<

[14] Véase S. Wheatcroft, «From Team-Stalin to Degenerate Tyranny», p. 92. <<

[15] L. M. Kaganóvich, *Pamiatnie zapiski*, p. 498. <<

[16] Véase O. Jlévniuk, «Stalin i organy gosudarstvennoi bezopasnosti v posle-voiennyi period», p. 544. <<

[17] A. Mgueladze, *Stalin, kakim ya ego zna*, pp. 71-2. <<

[18] *Ibid.*, pp. 72-3. <<

[19] *Ibid.*, pp. 83-4. <<

[20] *Ibid.* Véase también S. Beria, *Beria, My Father,* p. 134. <<

[21] *Ibid.*, p. 92; S. Beria, *Beria, My Father*, p. 134. <<

[22] A. Mikoian, *Tak bylo*, p. 529; Memorias de K. Charkviani, *op. cit.*, p. 21. <<

[23] S. Beria, *Beria, My Father*, p. 134. <<

[24] *Ibid.*, p. 141. <<

[25] *Ibid.*, p. 142. <<

[26] *Ibid.*, p. 240. <<

[27] *Politbiuro TsK VKP(b) i Sovet Ministrov SSSR, 1945-1953*, pp. 349-51.
<<

[28] A. Mgueladze, *Stalin, kakim ya ego znal*, p. 91. <<

[29] S. Beria, *Beria, My Father*, p. 237. <<

[30] J. Bardach y K. Gleeson, *Surviving Freedom*, pp. 87 y 235. <<

[31] J. Rubenstein y V. P. Naumov (eds.), *Stalin's Secret Pogrom.* <<

[32] Véase G. V. Kostyrchenko, *Tainaia politika Stalina. Vlast i antisemitizm*, pp. 671-84. <<

[33] M. G. Pervujin, «Korotko o perezhitom», p. 143. <<

[34] L. M. Kaganóvich, *Pamiatnie zapiski*, p. 498. <<

[35] A. Mikoián, *Tak bylo*, p. 570. <<

[36] K. Simonov, *Glazami cheloveka moego pokoleniia*, p. 209. <<

[37] *Ibid.*, p. 210: He reconstruido el texto a partir de las observaciones de Simonov. No se hizo un registro taquigráfico de las sesiones: véase A. Mikoián, *Tak bylo*, p. 575. <<

[38] K. Simonov, *Glazami cheloveka moego pokoleniia*, p. 210. <<

[39] *Ibid.*, p. 209. <<

[40] A. Mikoián, *Tak bylo*, pp. 574-5. <<

[41] M. G. Pervujin, «Korotko o perezhitom», p. 144. <<

[42] *Politbiuro TsK VKP(b) i Sovet Ministrov SSSR. 1945-1953*, p. 89. <<

[43] *Ibid.*, pp. 89-90. <<

[44] *Ibid.*, pp. 432-5. <<

[45] *Ibid.*, p. 434. <<

[46] A. Mikoián, *Tak bylo*, p. 579. <<

[47] T. H. Rigby, «Was Stalin a Disloyal Patron?». <<

[1] Aquí sigo las memorias de Svetlana Allilúeva. W. Taubman sugiere que fue en la fiesta de Nochevieja, pero creo que se basa en una referencia bastante vaga de las memorias de Jrushchov. <<

[2] S. Allilúeva, *Dvadtsat pisem k drugu*, p. 21. <<

[3] J. Davrichewy, *Ah! Ce qu’on rigolait bien*, p. 71. Véase *supra*, p. 25. <<

[4] N. Krushchev, *Khrushchev Remembers*, p. 256. <<

[5] *Politbiuro TsK VKP(b) i Sovet Ministrov SSSR*, pp. 395-6. <<

[6] *Pravda*, 13 de enero de 1953. <<

[7] N. S. Jrushchov, «Memuary Nikity Sergueievicha Jrushchova», *Voprosy istorii* 2/3, pp. 90-1. <<

[8] *Ibid.* <<

[9] Véase el testimonio de Lozgachov a E. Radzinsky, *Stalin*, pp. 552-3. <<

[10] P. I. Yegórov, «Posledniaia noch Stalina», *Argumenty i fakty* 10 (marzo de 2003), p. 10. El 1 de marzo Yegórov estaba de guardia en la dacha de Stalin, en la posición número seis. <<

[11] *Ibid.* <<

[12] Esta es una sugerencia plausible de E. Radzinsky, *Stalin*, pp. 553-4. <<

[13] Véase el testimonio de Lozgachov a E. Radzinsky, *ibid.* <<

[14] J. Brent y V. R Naumov, *Stalin’s Doctors’ Plot*, pp. 316-17. <<

[15] S. Allilúeva, *Dvadtsat pisem k drugu*, p. 5. <<

[16] J. Brent y V. P. Naumov, *Stalin's Doctors' Plot*, p. 318. <<

[17] *Ibid.* <<

[18] Y. Rapoport, *The Doctors' Plot*, pp. 151-2. <<

[19] A. Mgueladze, *Stalin, kakim ya ego znal*, pp. 234-5. <<

[20] J. Brent y V. P. Naumov, *Stalin’s Doctors’ Plot*, p. 319. <<

[21] S. Allilúeva, *Dvadtsat pisem k drugu*, p. 7. <<

[22] «Posledniaia “otstavka” Stalina», p. 110. A. Mgueladze, sin embargo, sugirió —erróneamente— que Stalin ya había muerto: *Stalin, kakim ya ego zna*, p. 235. <<

[23] «Posledniaia “otstavka” Stalina», p. 110. <<

[24] S. Beria, *Beria, My Father*, p. 238. <<

[25] J. Brent y V. P. Naumov, *Stalin’s Doctors’ Plot*, p. 314. <<

[26] I. Zbarsky y S. Hutchinson, *Lenin’s Embalmers*, p. 164. <<

[27] *Ibid.*, p. 165. <<

[28] P. I. Yegórov, «Posledniaia noch Stalina», *Argumenty i fakty* 10 (marzo de 2003), p. 11 <<

[29] V. Semichastny, *Bespokoinoe serdtse*, p. 77. <<

[30] Este relato proviene del informe de sir A. Gascoigne, 16 de marzo de 1953: *Churchill and Stalin: Documents from the British Archives*, Apéndice, pp. 1-2. <<

[31] S. Beria, *Beria, My Father*, p. 250. <<

[1] Véase *supra*, p. 586. <<

[2] Véase Z. y R. Medvédev, *Neizvestnyi Stalin*, capítulo 3. <<

[3] Robert McNeal llevó a cabo esta tarea de manera extraoficial y publicó los volúmenes 14-16 a través de la Hoover Institution en 1967. <<

[4] Citado por Z. y R. Medvédev, *Neizvestnyi Stalin*, pp. 82-3. <<

[5] K. Símonov, *Glazami cheloveka moego pokoleniia*, pp. 241-2. <<

[6] Véase R. Conquest, *Power and Policy in the USSR*, pp. 211-27. <<

[7] R. Service, «The Road to the Twentieth Party Congress». <<

[8] V. Semichastny, *Bespokoinoe serdtse*, p. 82. <<

[9] Véase N. Barsukov, «Kak sozdavalsia “zakritii doklad” Jrushchova», p. 11. <<

[10] *Istoriia Kommunisticheskoi Partii Sovetskogo Soiuza.* <<

[11] El acta del Politburó es citada por V. Bukovski, *Moskovskii protsess*, p. 88. <<

[12] *Rossiiskaia gazeta*, 6 de noviembre de 1999. <<

[13] Véase R. Service, *Russia: Experiment with a People,* pp. 211-13. <<

[14] *Ibid.*, p. 110. <<

[15] V. Topolyansky, «The Cheynes-Stokes Draught», p. 29. <<

[16] Véase la discusión en R. Service, «Architectural Problems of Reform in the Soviet Union: From Design to Collapse», pp. 9-17. <<

[17] *Ibid.*, pp. 11-16. <<

Document Outline